OBRAS COMPLETAS, II

BALTASAR GRACIÁN

El Héroe. El Político.
El Discreto. Oráculo manual.
Agudeza y Arte de Ingenio.
El Comulgatorio.
Escritos menores.

BIBLIOTECA CASTRO
TURNER

OBRAS COMPLETAS, II

OBRAS COMPLETAS DE

BALTASAR GRACIÁN

Vol. I *El Criticón*

Vol. II *El Héroe. El Político.*
El Discreto. Oráculo manual.
Agudeza y arte de ingenio.
Comulgatorio. Escritos menores.

BALTASAR GRACIÁN

El Héroe. El Político. El Discreto.
Oráculo manual y arte de prudencia.
Agudeza y arte de ingenio.
El Comulgatorio.
Escritos menores.

BIBLIOTECA CASTRO

TURNER

BIBLIOTECA CASTRO

Patrocinada por

F U N D A C I O N

JOSE ANTONIO DE CASTRO

Presidente
JUAN MANUEL URGOITI

Secretario
SANTIAGO RODRÍGUEZ BALLESTER

Editor
MANUEL ARROYO STEPHENS

Asesor
DOMINGO YNDURAIN

© EDICIÓN: TURNER LIBROS, S. A.
GÉNOVA, 3 - 28004 - MADRID
ISBN: 84-7506-380-2

ÍNDICE

Introducción xvii

EL HÉROE

Licencia 3
Suma de la tasa 3
Fe del corrector 3
Dedicatoria de la primera edición (1637) 5
Dedicatoria de la segunda edición (1639) 6
Al lector 7
Primor primero.—Que el héroe practique incomprensibilidades de caudal 9
Primor II.—Cifrar la voluntad 10
Primor III.—La mayor prenda de un héroe 12
Primor IV.—Corazón de rey 14
Primor V.—Gusto relevante 16
Primor VI.—Eminencia en lo mejor 18
Primor VII.—Excelencia de primero 20
Primor VIII.—Que el héroe prefiera los empeños plausibles 22
Primor IX.—Del quilate rey 23
Primor X.—Que el héroe ha de tener tanteada su fortuna al empeñarse 25
Primor XI.—Que el héroe sepa dejarse, ganando con la fortuna 27
Primor XII.—Gracia de las gentes 28
Primor XIII.—Del despejo 30
Primor XIV.—Del natural imperio 31
Primor XV.—De la simpatía sublime 33

Primor XVI.—Renovación de grandeza 34
Primor XVII.—Toda prenda sin afectación 36
Primor XVIII.—Emulación de ideas 37
Primor XIX.—Paradoja crítica 38
Primor último y corona.—Vaya la mejor joya de la corona y fénix de las prendas de un héroe 39

EL POLÍTICO DON FERNANDO EL CATÓLICO

Censura del doctor Pedro de Abella 45
Licencia 45
Censura del doctor Juan Francisco Andrés 46
Suma del privilegio 47
Al Excelentísimo Señor Duque de Nochera 49

EL DISCRETO

Al Príncipe Baltasar Carlos 93
Aprobación del doctor don Manuel de Salinas 94
Aprobación del doctor Juan Francisco Andrés 95
A los lectores 97
Soneto acróstico al autor del doctor don Manuel de Salinas 99
Epigrama del doctor Juan Francisco Andrés 99
I. Genio e ingenio.—Elogio 101
II. Del señorío en el decir y en el hacer.—Discurso académico 104
III. Hombre de espera.—Alegoría 108
IV. De la galantería.—Memorial a la discreción 111
V. Hombre de plausibles noticias.—Razonamiento académico 114
VI. No sea desigual.—Crisis 118
VII. El hombre de todas horas.—Carta a don Vincencio Juan de Lastanosa 120
VIII. El buen entendedor.—Diálogo entre el doctor Juan Francisco Andrés y el autor 123
IX. No estar siempre de burlas.—Sátira 126

X. Hombre de buena elección.—Encomio 129
XI. No ser malilla.—Sátira 132
XII. Hombre de buen dejo.—Carta al doctor don Juan Orencio de Lastanosa, canónigo de la Santa Iglesia de Huesca, singular amigo del autor 135
XIII. Hombre de ostentación.—Apólogo 138
XIV. No rendirse al humor.—Invectiva 144
XV. Tener buenos repentes.—Problema 147
XVI. Contra la figurería.—Satiricón 149
XVII. El hombre en su punto.—Diálogo entre el doctor don Manuel Salinas y Lizana, canónigo de la Santa Iglesia de Huesca, y el autor 153
XVIII. De la cultura y aliño.—Ficción heroica 157
XIX. Hombre juicioso y notante.—Apología 161
XX. Contra la hazañería.—Sátira 165
XXI. Diligente e inteligente—Emblema 168
XXII. Del modo y agrado.—Carta al doctor don Bartolomé de Morlanes, capellán del Rey Nuestro Señor en la Santa Iglesia de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza 171
XXIII. Arte para ser dichoso.—Fábula 174
XXIV. Corona de la discreción.—Panegiris 176
XXV. Culta repartición de la vida de un discreto 179

ORÁCULO MANUAL Y ARTE DE PRUDENCIA

Aprobación del Padre M. FR. Gabriel Hernández 187
Aprobación del doctor Juan Francisco Andrés 188
Al Excelentísimo Señor don Luis Méndez de Haro 189
Al lector 191
Máximas 193

AGUDEZA Y ARTE DE INGENIO

Aprobación del P. M. FR. Gabriel Hernández 307
Censura del doctor Juan Francisco Andrés 309
Al Excelentísimo Señor Conde de Aranda 310
Al lector 311
Discurso primero.—Panigírico al arte y al objeto 313

Discurso II.—Esencia de la agudeza ilustrada 316
Discurso III.—Variedad de la agudeza 321
Discurso IV.—De la primera especie de conceptos, por correspondencia y proporción 328
Discurso V.—De la agudeza de improporción y disonancia 338
Discurso VI.—De la agudeza por ponderación misteriosa 352
Discurso VII.—De la agudeza por ponderación de dificultad 362
Discurso VIII.—De las ponderaciones de contrariedad 368
Discurso IX.—De la agudeza por semejanza 377
Discurso X.—De las semejanzas conceptuosas 387
Discurso XI.—De las semejanzas por ponderación misteriosa, dificultad y reparo 393
Discurso XII.—De las ponderaciones y argumentos por semejanza sentenciosa 399
Discurso XIII.—De los conceptos por desemejanza 406
Discurso XIV.—De la agudeza por paridad conceptuosa 413
Discurso XV.—Del careo condicional, fingido y ayudado 424
Discurso XVI.—De los conceptos por disparidad 431
Discurso XVII.—De las ingeniosas transposiciones 440
Discurso XVIII.—De las prontas retorsiones 448
Discurso XIX.—De la agudeza por exageración 455
Discurso XX.—De los encarecimientos conceptuosos 463
Discurso XXI.—De los encarecimientos condicionales, fingidos y ayudados 471
Discurso XXII.—De las ponderaciones juiciosas, críticas y sentenciosas por exageración 479
Discurso XXIII.—De la agudeza paradoja 483
Discurso XXIV.—De los conceptos por una propuesta extravagante, y la razón que se da de la paradoja 493
Discurso XXV.—De los conceptos en que se propone algún dicho o hecho disonante, y se da la equivalente y sutil razón 503
Discurso XXVI.—De la agudeza crítica y maliciosa 510
Discurso XXVII.—De las crisis irrisorias 521
Discurso XXVIII.—De las crisis juiciosas 533
Discurso XXIX.—De la agudeza sentenciosa 547

Discurso XXX.—De los dichos heroicos ... 556
Discurso XXXI.—De la agudeza nominal ... 559
Discurso XXXII.—De la agudeza por paranomasia, retruécano y jugar del vocablo ... 568
Discurso XXXIII.—De los ingeniosos equívocos ... 575
Discurso XXXIV.—De los conceptos por acomodación de verso antiguo, de algún texto o autoridad ... 583
Discurso XXXV.—De los conceptos por ficción ... 590
Discurso XXXVI.—De los argumentos conceptuosos ... 601
Discurso XXXVII.—De otras maneras de argumentos conceptuosos ... 609
Discurso XXXVIII.—De la agudeza por una rara ingeniosa ilación ... 614
Discurso XXXIX.—De los problemas conceptuosos y cuestiones ingeniosas ... 618
Discurso XL.—De la agudeza enigmática ... 625
Discurso XLI.—De las respuestas prontas ingeniosas ... 629
Discurso XLII.—De la agudeza por contradicción y repugnancia en los afectos y sentimientos del ánimo ... 631
Discurso XLIII.—De las observaciones sublimes y de las máximas prudenciales ... 637
Discurso XLIV.—De las suspensiones, dubitaciones y reflexiones conceptuosas ... 641
Discurso XLV.—De la agudeza por desempeño en el hecho 650
Discurso XLVI.—De la agudeza por desempeño en el dicho ... 655
Discurso XLVII.—De las acciones ingeniosas por invención 657
Discurso XLVIII.—De la agudeza en apodos ... 661
Discurso XLIX.—De la agudeza por alusión ... 666
Discurso L.—De otras muchas diferencias de conceptos 673

Tratado segundo de la agudeza compuesta

Discurso LI.—De la composición de la agudeza en común 681
Discurso LII.—Del primer género de agudeza compuesta 687
Discurso LIII.—De los compuestos por metáfora ... 692
Discurso LIV.—De la acolutia y trabazón de los discursos 696
Discurso LV.—De la agudeza compuesta, fingida en común 703
Discurso LVI.—De la agudeza compuesta fingida en especial ... 711

Discurso LVII.—De otras especies de agudeza fingida 720
Discurso LVIII.—De la docta erudición y de las fuentes de que se saca 726
Discurso LIX.—De la ingeniosa aplicación y uso de la erudición noticiosa 730
Discurso LX.—De la perfección del estilo en común 737
Discurso LXI.—De la variedad de los estilos 744
Discurso LXII.—Ideas de hablar bien 750
Discurso LXIII.—De las cuatro causas de la agudeza 760

EL COMULGATORIO

Licencia 767
A la Excelentísima Señora doña Elvira Ponce de León 768
Al lector 769
Meditación primera.—De la plenitud de gracia con que la Madre de Dios fue prevenida para hospedar al Verbo Eterno 771
Meditación II.—Del convite del hijo pródigo, aplicado a la Comunión 774
Meditación III.—Para comulgar con la intención del centurión 776
Meditación IV.—Para comulgar con la fe de la cananea 778
Meditación V.—Del Maná, representación de este Sacramento 780
Meditación VI.—Para comulgar con la devoción de Zaqueo 782
Meditación VII.—Para comulgar con la confianza de la mujer que tocó la orla de la vestidura de Cristo 784
Meditación VIII.—De la entrada del Arca del Testamento en casa de Obededón, y cómo la llenó de bendiciones 787
Meditación IX.—Para llegar a comulgar con el encogimiento de San Pedro 789
Meditación X.—Para recibir al Señor con las diligencias de Marta y las finezas de María 792
Meditación XI.—Del banquete de José a sus hermanos 794
Meditación XII.—Para recibir al Señor con la humildad

del publicano ... 797
Meditación XIII.—De la magnificencia con que edificó Salomón el Templo, y el aparato con que le dedicó, aplicado a la Comunión ... 799
Meditación XIV.—De la fuente de aguas vivas que abrió el Señor en el corazón de la samaritana, aplicada a la Sagrada Comunión ... 801
Meditación XV.—Para comulgar con la reverencia de los serafines del trono de Dios ... 804
Meditación XVI.—Para comulgar como en convite descubierto ... 806
Meditación XVII.—Para recibir al Señor con el deseo y gozo del santo viejo Simeón ... 808
Meditación XVIII.—Para recibir al Señor con las tres salas del alma ... 811
Meditación XIX.—Del convite de los cinco panes, aplicado a la Sagrada Comunión ... 813
Meditación XX.—Del panal de Sansón aplicado al Sacramento ... 815
Meditación XXI.—Del convite de Simón leproso y penitencia de la Magdalena, aplicado a la Sagrada Comunión 817
Meditación XXII.—De la oveja perdida y hallada, regalada con el Pan del Cielo ... 819
Meditación XXIII.—De la mala preparación del que fue echado del convite ... 822
Meditación XXIV.—De la dicha de Misiboset, sentado a la mesa real, aplicado a la Comunión ... 824
Meditación XXV.—De cómo dio gracias el amado discípulo, recostado en el pecho de su Maestro ... 827
Meditación XXVI.—Del convite del rey Asuero ... 829
Meditación XXVII.—Para llegar a recibir al Señor adorándole con los tres Reyes y ofreciéndole sus dones ... 831
Meditación XXVIII.—Careando la grandeza del Señor con tu vileza ... 833
Meditación XXIX.—De la gran Cena, aplicada a la Sagrada Comunión ... 835
Meditación XXX.—Para recibir al Señor como tesoro escondido en el Sacramento ... 837

Meditación XXXI.—Para llegar a la Comunión con el fervor de los dos ciegos que alumbró el Señor 839
Meditación XXXII.—Para recibir al Señor del modo que fue hospedado en casa de Zacarías 842
Meditación XXXIII.—De cómo no halló en Belén dónde ser hospedado el Niño Dios, aplicado a la Comunión 844
Meditación XXXIV.—Recibiendo el Santísimo Sacramento como grano de trigo sembrado en tu pecho 847
Meditación XXXV.—Para recibir el Niño Jesús, desterrado al Egipto de tu corazón 849
Meditación XXXVI.—Del convite de las bodas de Caná, aplicado a la Comunión 851
Meditación XXXVII.—Para recibir al Niño Jesús perdido y hallado en el templo 854
Meditación XXXVIII.—Del convite en que sirvieron los ángeles al Señor en el desierto, aplicado al Sacramento 856
Meditación XXXIX.—Para recibir al Señor con el triunfo de las palmas 858
Meditación XL.—Caréase la buena disposición de Juan y la mala de Judas en la Cena del Señor 860
Meditación XLI.—Para comulgar en algún paso de la Sagrada Pasión 862
Meditación XLII.—Para comulgar con la licencia de santo Tomás, de tocar el costado de Cristo 865
Meditación XLIII.—Del convite de los dos discípulos de Emaús, para recibir al Señor como Peregrino 867
Meditación XLIV.—Para recibir al Señor con la Magdalena, como a Hortelano de tu alma 870
Meditación XLV.—Para recibir al Señor como Rey, Esposo, Médico, Capitán, Juez, Pastor y Maestro 872
Meditación XLVI.—Para recibir al Señor como a tu Criador, Redentor y Glorificador y único Bienhechor tuyo 875
Meditación XLVII.—Para comulgar en todas las festividades del Señor 877
Meditación XLVIII.—Para comulgar en las festividades de los Santos 879
Meditación XLIX.—Recopilación de otras muchas meditaciones 881

Meditación L.—Para recibir el Santísimo Sacramento por viático 883

ESCRITOS MENORES

Cartas

I.—A don Francisco Andrés de Uztarroz 889
II.—Sin dirección 890
III.—Sin dirección 891
IV.—A un jesuita de Madrid 893
V.—A un jesuita de Madrid 897
VI.—Sin dirección 897
VII.—A don Francisco Andrés de Uztarroz 899
VIII.—A un jesuita de Madrid 900
IX.—A don Francisco Andrés de Uztarroz 908
X.—A don Francisco Andrés de Uztarroz 909
XI.—A don Francisco Andrés de Uztarroz 910
XII.—A don Francisco Andrés de Uztarroz 911
XIII.—A don Francisco Andrés de Uztarroz 912
XIV.—A don Francisco Andrés de Uztarroz 913
XV.—A Lastanosa 913
XVI.—A Lastanosa 914
XVII.—A Lastanosa 914
XVIII.—Carta del canónigo don Manuel de Salinas a Gracián 915
Respuesta de Gracián a don Manuel de Salinas desde Zaragoza 920
XIX.—A Lastanosa 924
XX.—A Lastanosa 924
XXI.—A Lastanosa 924
XXII.—A don Francisco de la Torre y Sevil 925
XXIII.—A don Francisco de la Torre y Sevil 929
XXIV.—A Lastanosa 932

Otros escritos

Dedicatoria de Baltasar Gracián, que figura al frente de la obra *Predicación Fructuosa,* del P. Pedro Jerónimo Continente 933
Aprobación de Baltasar Gracián a la *Corona eterna* del

P. Manuel Ortigas 934
Aprobación de Lorenzo Gracián para el *Entretenimiento de las Musas* de Feniso de la Torre 934
Aprobación de Lorenzo Gracián para la *Vida de Santa Isabel, Infanta de Hungría,* de Fabio Clymente 935
Aprobación de Lorenzo Gracián a *La Perla. Proverbios morales* de Alonso de Barros 936
Profesión de cuatro votos del P. Baltasar Gracián 937
Anua de la Casa de Probación de la Compañía de Jesús de Tarragona 938

INTRODUCCIÓN

Baltasar Gracián publica todas sus obras en la veintena de años que va de 1537 a 1557. Pasaba de los treinta y cinco, pues, cuando se decide a dar su primer libro a estampa. Quiérese decir con ello que no era el autor un joven cuando opta por dar trabajo a las prensas: el paso hubo de llegar tras larga meditación, y no era más que el comienzo de una firme voluntad de permanecer en la literatura que le acompañará hasta el final de su vida.

Firmeza aragonesa que le ha de acarrear no pocos disgustos, debidos casi siempre a lo que fue norma en él: ignorar los trámites preceptivos para obtener las aprobaciones necesarias de la Compañía de Jesús para cualquier libro escrito por uno de sus miembros. Firmeza que se ve también en una concepción del tratado que le va acompañar siempre: Gracián sabe que algunos autores escriben los libros más para ejercitar los brazos que el ingenio, que más obran quintas esencias que fárragos. Quizá por ello, todos sus tratados son obras breves y se imprimen en pequeño tamaño (excepto la segunda versión de la *Agudeza*): lo bueno, si breve, dos veces bueno.

En esos veinte años, Gracián publica varios tratados morales y políticos (*El Héroe, El Político, El Discreto* y el *Oráculo manual y arte de prudencia*), uno de estética literaria (*Agudeza y arte de ingenio*), una novela (*El Criticón*) y un libro de devoción (*El Comulgatorio*). Su actividad literaria no termina ahí: cartas, necrologías y aprobaciones para libros ajenos consumieron parte de sus ocios. Hay ciertas obras sólo conocidas por sus títulos: es el caso de *El Galante* y los *Avisos al Varón Atento* que Lastanosa anunció en los preliminares de *El Discre-*

to; o de *El Ministro Real* del que da noticia Uztarroz en la censura de *El Político* y que se ha querido identificar con *El Discreto.* Tampoco se sabe si llegó a escribir otra obra de reflexión, *De la preciosa muerte del justo,* que prometía el mismo Gracián al dirigirse «Al lector» en *El Comulgatorio.* Se le ha atribuido también algún que otro poema o prólogo, y cierta obrilla menor sobre la conquista de Lérida, aunque no se ha podido demostrar con seguridad su autoría.

EL HÉROE

En 1637 aparece en Huesca la primera edición de *El Héroe,* a nombre de «Lorenzo Gracián, infanzón». Aunque quizá hubo dos ediciones ese mismo año, ninguna de ellas ha llegado hasta nosotros. El aragonés dedicó este su primer libro a su amigo y mecenas don Vincencio Juan de Lastanosa, quien a su vez se lo ofreció al rey Felipe IV. El manuscrito autógrafo de Gracián también lleva una dedicatoria del autor al monarca que desapareció en las ediciones, sin que podamos dar cuenta cabal de las razones que motivaron su supresión, sobre todo porque el juicio regio sobre la obra no fue en absoluto peyorativo: «Es muy donoso este brinquiño; asegúroos que contiene cosas grandes.»

El texto que conocemos de este libro es el de la edición de 1639 (Madrid, Diego Díaz), así como el de un manuscrito, autógrafo graciano, que se separa en bastantes casos de la versión impresa, pero cuyo estudio es útil por cuanto muestra a las claras una voluntad de estilo y una conciencia creadora decididas ya desde el primer momento creativo del aragonés.

No conviene entender que el modelo de héroe que propone Gracián es el que corresponde al sentido actual de esa palabra. Quizá en su origen, el sacerdote pensó en ese carácter híbrido, mezcla de dios y hombre, que caracterizaba a este personaje en la literatura antigua. Pero es el mismo autor

quien expone el programa completo de su personaje en la advertencia «Al lector»:

> *Emprendo formar con un libro enano un varón gigante, y con breves períodos, inmortales hechos: sacar un varón máximo, esto es, milagro en perfección. [...] una no política, ni aun económica, sino una razón de estado de ti mismo, una brújula de marear a la excelencia, una arte de ser ínclito con pocas reglas de discreción.*

El Héroe se divide en veinte «primores». Con esa denominación (*primor* equivale a 'excelencia'), Gracián evita la tradicional división en capítulos y va exponiendo en cada uno de ellos las prendas o excelencias que deben acompañar al modelo que presenta, ejemplificando con multitud de personajes procedentes de los ámbitos más variados. De ser posible la distinción, las prendas más importantes tienen que ver con la eminencia, ser el primero (pr. VI y VII), la fortuna (X y XI), tres cualidades plausibles —despejo, imperio natural y simpatía— (XIII-XV) y las relacionadas con el alcance de la virtud (XX).

Las fuentes son variadas, entre las que cabe destacar el Plutarco de los *Apotegmas* y los *Detti memorabili de personaggi illustri* del Botero (Turín, 1608); pero el modelo más influyente en el diseño es sin duda la traducción de Francisco de Barreda de *El Panegírico de Trajano* de Plinio el Joven, que apareció en 1622 con el título de *El mejor príncipe, Trajano Augusto.* Que Plinio fue modelo estilístico de Gracián no admite discusión (véase *Agudeza,* VI, XI, XV...), y que Gracián imita de alguna manera a Barreda, tampoco, ya que los diez discursos de este último tocan cada uno de ellos dos valores políticos, lo que hace un total de veinte, que vienen a coincidir con los primores gracianos. La diferencia estriba en que, frente al modelo único de Plinio y Barreda, Gracián multiplica los ejemplos imitables, como queda dicho.

De la exposición de prendas se desgajan varias consecuencias importantes: el ideal de héroe moderno propuesto por el jesuita es en buena medida inalcanzable; quizá por ello,

Gracián irá aquilatando ese héroe genérico en tratados posteriores: el Político, el Discreto, el Agudo, el Ingenioso, el Juicioso, etc. Los temas que conforman la red conceptual graciana apuntan ya en su primer libro.

EL POLÍTICO DON FERNANDO EL CATÓLICO

El Político don Fernando el Católico ve la luz por primera vez, a nombre de Lorenzo Gracián, en las prensas zaragozanas de Diego Dormer en 1640, aunque el texto que se imprimía habitualmente era el de la segunda (Huesca, Juan Nogués, 1646), dado que no se conocían ejemplares de la primera hasta que en 1958 don Eugenio Asensio dio las primeras noticias de uno de ellos.

Gracián escribe ahora un panegírico, siguiendo el modelo de Plinio el Joven. Aunque lo presenta no tanto como cuerpo de la historia de Fernando «cuanto alma de su política; no narración de sus hazañas, discurso sí de sus aciertos», parece claro que *El Político* es una apología de la persona y obras del Rey Católico, cuya figura venía siendo reivindicada positivamente desde los dos últimos tomos de los *Anales de la Corona de Aragón* de Jerónimo Zurita: tanto el librito de Gracián como la *Razón de estado* e *Idea de un príncipe político cristiano* de Saavedra Fajardo son fruto de esa corriente vindicativa.

Si se tiene en cuenta la situación del momento (sublevación de Cataluña y de Portugal), la intencionalidad política es evidente: presentar al monarca aragonés como modelo de excelencia frente a la aberrante política de los modernos, especialmente la de Felipe IV y su valido el Conde-Duque de Olivares. Gracián se sirve aquí de un gran número de personajes históricos, antiguos (César, Rómulo, Semíramis, Trajano) o modernos (Carlos V, Francisco I de Francia, Felipe II), que sirven como crisol para engalanar la imagen del Fernando gracianesco, por contraste o por afirmación. De ahí que la sustancia narrativa sea escasa, especialmente

si se tiene en cuenta que todo el contenido de la obra se anuncia desde el comienzo, sin que quede posibilidad de que el interés del lector pueda aumentar a medida que van corriendo las páginas. Esto ha llevado en algunos momentos a infravalorar la apología del monarca aragonés realizada por el jesuita.

No obstante, Gracián nunca dejó de apreciar su pequeña «*Política*», que así la llamará en el «Museo del Discreto» de *El Criticón* (II, iv). Allí mismo la sitúa a la estela de la *República* platónica y de otros tratados políticos modernos, como *El príncipe* de Maquiavelo o la *Razón de Estado* de Botero. Y es que *El Político* supone un paso más en la carrera literaria de Gracián: si en *El Héroe* había diseñado las prendas ideales que debían ornar ese modelo moral de carácter abstracto, ahora busca la concreción en la persona de Fernando el Católico. La «razón de estado de ti mismo» de su primera obra pasa a ser aquí la del monarca Católico:

> *Opongo un rey a todos los pasados; propongo un rey a todos los venideros: don Fernando el Católico, aquel gran maestro del arte de reinar, el oráculo mayor de la razón de estado.*

Esa continuidad con *El Héroe* se aprecia incluso en el plano tipográfico: los dos responden al mismo tamaño, incluso a la misma caja de edición, aunque el primer libro aparece dividido en primores y el segundo no tiene más divisiones que el punto y aparte.

EL DISCRETO

En 1646 Gracián vuelve a confiar a las prensas oscenses de Juan Nogués un nuevo tratadito, *El Discreto*, que se publicará una vez más a nombre de Lorenzo Gracián. A buen seguro no ha empleado seis años en este libro, ya que en 1642 publicaba la primera versión de la *Agudeza* (véase más abajo) y par-

te de aquel trabajo se refleja en la redacción de su nueva obra.

El Discreto continúa la serie de *El Héroe* y *El Político*, incluso en el tamaño y tipografía, pero con variaciones importantes. En cuanto al contenido, el protagonista ya no es un ente de excepción, como ocurría en la primera de sus obras, sino un caballero completo, inteligente, con buenos modales: un prudente hombre de mundo, en definitiva. Diríase que es el héroe que ha cambiado la *cour* por el salón y precisa un conocimiento profundo de reglas que le permitan evolucionar en él con soltura. Si las dos obras primeras tendían a ser modelos político-morales abstractos o concretos, aquí se trata de ofrecer paradigmas personales del grande hombre, ya sea en sus variantes de hombre de estado, capitán o soberano.

La estructura se asemeja más a la de *El Héroe* que a la de *El Político*. Si en su primer libro los capítulos recibían el nombre de «primores», aquí serán «realces». Es evidente que la denominación viene impuesta por el gusto barroco de la época, pero no es solamente una concesión. Si los primores tenían que ver con la excelencia, los realces tienden a elevar la personalidad, a dar lustre, magnanimidad. Esto corresponde con los diferentes destinatarios de la obra: el rey en el primer caso (al menos al principio) y el príncipe Baltasar Carlos en este último. En el realce, además, el juego verbal y la semántica se alían, ya que «realce» indica elevación, pero también tiene que ver con «real», como corresponderá en un futuro al príncipe Baltasar.

Si en *El Héroe* eran veinte los primores, aquí son veinticinco los realces: elogio, discurso académico, alegoría, memorial, razonamiento, crisis, cartas (3), diálogos (2), sátiras (4), encomio, apólogo, invectiva, problema, ficción heroica, apología, emblema, fábula y panegiris, más uno final titulado «Culta repartición de la vida de un discreto». Es precisamente esa variedad la que ha llevado a plantear la falta de organización de la obra. Se ha supuesto que algunos de los realces corresponden a disertaciones leídas por el autor en distintos momentos en alguna de las Academias literarias de la época, y que la unidad sólo viene asegurada por su inclusión en el mismo libro.

Sin embargo, y en descargo de Gracián, conviene recordar que llevaba tiempo barajando una multitud de formas literarias para su *Agudeza y Arte de Ingenio*, donde dirá: «una misma verdad puede vestirse de muchas maneras», y a ellas corresponderían las múltiples formas de *El Discreto*. Por otra parte, y pese a la innegable heterogeneidad de los materiales, Gracián incluye un último capítulo («Culta repartición de la vida de un discreto») que viene a ser una especie de resumen de todo lo anterior.

No me es posible detenerme en los paradigmas de discreción de la época áurea (en *El Cortesano* de Castiglione, los *Galateos* —el de Giovanni della Casa y la adaptación española de Lucas Gracián Dantisco— o el *Diálogo de la discreción* de Damasio de Frías). Baste con decir que nuestro Gracián es deudor sin duda de esa tradición, aunque abandona los rasgos externos de discreción en favor de otros internos: el buen natural o genio, y el ingenio excelente, reglas ambas de prudencia que configuran el «arte de entendidos» que es *El Discreto*.

Y si los realces y características de esta obra recuerdan otras anteriores de Gracián, también anticipan de forma clara *El Criticón*: la crisis aparece ya como título de uno de los capítulos; en el diálogo entre el autor y Uztarroz está el germen de algunas de las invenciones del relato (el zahorí o adivino y la reforma de los proverbios); en el realce final aparece la división en cuatro estaciones que informa la estructura externa de *El Criticón*.

ORÁCULO MANUAL Y ARTE DE PRUDENCIA

Como en la mayoría de los casos anteriores, Gracián otorga su confianza de nuevo a Juan Nogués, y en 1647 sale de aquellas prensas oscenses el *Oráculo manual y arte de prudencia*, como «sacada de los aforismos que se discurren en las obras de Lorenzo Gracián». Si ya la firma con pseudónimo o

identidad falsa fue siempre dificultosa, en este caso los problemas aumentan, porque ese encabezamiento ha hecho pensar que el propio Gracián no era el autor real de la obra. Puestos a buscar otro, nada más esperable que pensar en don Vincencio Juan de Lastanosa, el mecenas y gran amigo del autor, a quien se debe además la dedicatoria del *Oráculo* a don Luis Méndez de Haro: a él se le atribuyó durante algún tiempo la labor de recogida y poda que supuestamente dio origen al texto graciano.

Hoy se da por seguro que fue Gracián el padre del *Oráculo*, atendiendo sobre todo a los siguientes datos: el estilo es el típico de Gracián; en ninguna parte de la obra se dice que fuese Lastanosa el colector o redactor; el hecho de que lo publique el mecenas no tiene mayor importancia, porque lo mismo había sucedido con *El Político* o *El Discreto* y nadie dudó de su autenticidad; en 1648, al frente de la *Agudeza y Arte de Ingenio*, Gracián reconoce haber escrito un «*Arte de prudencia*» que sólo puede ser el *Oráculo*; y lo mismo sucede en 1655, en la Dedicatoria de *El Comulgatorio*, donde lo llama por su nombre sin rodeo alguno. Aún hay más: parece que ni la Dedicatoria ni el Prefacio del *Oráculo* son de Lastanosa, y que el colocarlos a su nombre no es más que un subterfugio para librarse de los molestos problemas con la Compañía, al igual que ya habían hecho antes.

El nuevo libro consta de trescientos aforismos con comentario que resisten todo intento de clasificación o sistematización. Su único vínculo parece ser el del número redondo que los agrupa (3 x 100), y que contaba con una buena tradición en los tratados sobre números escritos por varios Padres de la Iglesia e incluso en la literatura romance (recuérdense *Las trescientas* de Juan de Mena).

Se ha sugerido en más de una ocasión que la totalidad de los pequeños capítulos sentenciosos proceden de escritos antiguos o en preparación de Gracián, impresión que aumenta al comprobar que algunos de los aforismos coinciden con títulos de primores o realces de obras anteriores. Tampoco es cierto, porque sólo setenta y dos encuentran allí su origen, de los cuales solamente es copia literal, y otros veintiuno tie-

nen una redacción cercana. El resto hasta los setenta y dos agregan nuevos contenidos además de haber sido reescritos para el nuevo libro. Si a ello se añade que doscientos veintiocho son de origen desconocido, parece que no existe ningún inconveniente para ver en el *Oráculo* un nuevo libro del jesuita aragonés.

En él, Gracián muda de género. Se acoge ahora a una tradición antiquísima, que arranca de los *Apotegmas* de Plutarco, y que contará en los siglos XVI y XVII con cultivadores de la talla de Erasmo o Botero en Europa. En España, Melchor de Santa Cruz y Juan Rufo, por citar sólo otros dos casos, cultivaron también este terreno (la obra de Rufo aparece citada con frecuencia en las de Gracián).

No sólo ha variado el género: el destinatario también es nuevo. Aunque va dirigido en principio a don Luis Méndez de Haro, lo cierto es que sus máximas son de aplicación universal en la moral mundana. Habla el hombre experimentado en la lucha del vivir, que dirige sus consejos tanto al soberano como al hombre de bajo estado, recorriendo en cualquier caso toda la escala moral, desde el más anárquico y despreocupado hasta el hombre honesto dominado por una verdadera exigencia moral.

De ahí, la segunda parte del título, *Arte de prudencia*, que transparenta el carácter normativo que pretende dar a sus aforismos. Y de ahí, también, la quiebra que se observa con respecto de los libros anteriores, ya por el fracaso áulico de Gracián, ya por evolución sincera de su línea de pensamiento, ya por ambos factores. Con todo, es posible observar una cierta hilazón con los tratados primeros, ya que aquí se expone en alguna manera un nuevo tipo de hombre (al igual que el héroe, el político o el discreto), el prudente, que además de ser hombre de prendas, como los anteriores, añade el desengaño, lo que lleva a incluir entre sus cualidades el aviso, la cautela (algo que, en cierto modo, es una deformación del concepto tradicional de la prudencia como virtud).

Quizá por ello, el *Oráculo* es libro de lectura difícil. La quiebra en el pensamiento determinó también un cambio de estilo que notaron desde el mismo momento de su aparición

los contemporáneos de Gracián: violentas elipsis, el empleo de todas las formas de agudeza e incluso de términos desusados o con un sentido diametralmente opuesto del usual convierten al *Oráculo* en «el libro de prosa más conceptista en toda la literatura española».

AGUDEZA Y ARTE DE INGENIO

En 1642 se publica en Madrid un libro breve llamado *Arte de ingenio, tratado de la agudeza,* de nuevo a nombre de Lorenzo Gracián. Iba dedicado al príncipe Baltasar Carlos y se explicaban allí «todos los modos y diferencias de conceptos». Seis años después, en 1648, aparece una segunda edición que lleva por título *Agudeza y Arte de Ingenio* (Huesca, Juan Nogués). El pequeño libro ha pasado a ser un grueso tomo de casi cuatrocientas páginas y tamaño mayor.

Hay, pues, dos redacciones distintas de esta obra del jesuita. Parece claro que Gracián reescribe en buena medida su obra, a petición de su amigo Lastanosa, para incluir en ella las traducciones romances que de los epigramas de Marcial hiciera el canónigo Salinas (algo de lo que se arrepentirá después, cuando la amistad se rompa). Al reescribir, el jesuita aragonés no se limita a copiar sin más su tratadito anterior, sino que amplifica y glosa por lo general el texto primigenio. Por lo que hace a los discursos, se aprecia que Gracián añade algunos nuevos que no estaban en la primera redacción (por ejemplo, los relativos a la agudeza enigmática, a las observaciones sublimes y máximas prudenciales, a las suspensiones y dubitaciones; pero sobre todo los relativos a la erudición y las «Ideas de hablar bien» o teoría de los estilos de la época); coloca otros algo más racionalmente que en la primera versión; y otros aparecen ahora divididos en dos, tres o cuatro, debido sobre todo al aumento de material (casi siempre, nuevas citas). En cuanto al contenido, puede verse también un crecimiento considerable de reglas y ob-

servaciones, especialmente las relativas a artificios no analizados en su primer ensayo. Por lo que hace al estilo, hay una cierta tendencia a la brevedad que se percibe incluso en el título, pero que se sacrifica en otros casos ante imperativos distintos, como la mejor explanación del contenido lógico, la exactitud, o la creación de una figura ingeniosa, aunque esto último es menos frecuente.

No resulta fácil entender este tratado de Gracián. La impresión general es que le falta la estructura clara que necesita este tipo de obras. Con todo, la *Agudeza y Arte de Ingenio* es uno de los textos fundamentales de Gracián y debe ser leído con atención, porque aborda de manera teórica toda una serie de conceptos que vertebra el resto de la obra no religiosa del jesuita: genio-ingenio, naturaleza-arte, variedad de estilos, etc.

Por otra parte, la *Agudeza* tiene carácter de antología de la poesía antigua y moderna. Entre los primeros, y junto a Horacio, Virgilio u Ovidio, cabe destacar la presencia de Marcial (al que el Gracián aplica los calificativos más elogiosos de toda su obra) y la lírica del Siglo de Oro: Garcilaso, Góngora, Carrillo Sotomayor, Camoens, Marino... La prosa no está tan representada, aunque se pueden encontrar textos de don Juan Manuel, Mateo Alemán, y sobre todo los procedentes de obras del tipo *Las seiscientas apotegmas* de Juan Rufo.

La *Agudeza y Arte de Ingenio* es entonces, en buena medida, una antología. Toda colección tiene algo de personal, y en ello reside parte de la gracia. Gracián ha escogido para su libro los poemas más marcadamente religiosos de autores como Marino, Góngora o Lope de Vega, callando la vena amatoria y erótica que alienta en todos ellos. Lo mismo ocurre en la prosa, donde los silencios son, si cabe, más significativos: no se cita a Cervantes, pero tampoco *El Buscón* de Quevedo, en donde el inmenso derroche de ingenio y agudezas podría dar materia para escribir todo un tratado. Por el contrario, se sirve con cierta asiduidad de un libro de apólogos medieval, *El Conde Lucanor*; y, entre los contemporáneos, es el *Guzmán de Alfarache*, con toda la digresión moral entreverada, el repertorio preferido por el jesuita.

EL COMULGATORIO

Entre la segunda (1653) y la tercera parte (1657) de *El Criticón*, Gracián publica *El Comulgatorio* (Zaragoza, Juan de Ybar, 1655), quizá como medio para templar los ánimos tras sus arriesgadas publicaciones anteriores, aunque lo presenta como promesa hecha «en un peligro de la vida de servir al Autor de ella con este átomo». Es el único de todos sus libros que aparece a su nombre, y fue también el único que sometió a la aprobación de la Compañía. A pesar de todo ello, es sin duda la obra menos atendida del aragonés.

Según la portada, «contiene varias meditaciones para que los que frecuentan la sagrada Comunión puedan prepararse, comulgar y dar gracias». Se trata de cincuenta meditaciones, divididas cada una de ellas en cuatro puntos (dedicadas respectivamente a la preparación, comunión, aprovechamiento y agradecimiento). Por lo general, cada uno de los puntos presenta dos partes, separadas tipográficamente por un asterisco. Todo ello lleva a pensar en una cuidada disposición estructural e incluso espacial.

Los polos de la disputa crítica en *El Comulgatorio* se han centrado en saber si la obra es un sermón o una meditación. Desde luego, Gracián se acerca aquí bastante a la oratoria sagrada en el uso que hace de los recursos retóricos: tono lírico, dominado por imprecaciones y llamadas directas al lector, predominio de la agudeza verbal sobre la conceptuosa, etc.

En el plano del contenido, sin embargo, *El Comulgatorio* se presenta más como una meditación, calcada sobre el método de las tres potencias de San Ignacio (*Ejercicios espirituales*, 1.ª semana, 1.er ejercicio). De los cuatro puntos de cada capítulo, los dos primeros se corresponden con la meditación discursiva (predominio de la reflexión o el discurso), mientras que los dos últimos tienen que ver con la afectiva (preponderancia de afectos y actos de la voluntad). Sobre este esquema se van aplicando las tres potencias del alma (memoria, entendimiento y voluntad) a cada uno de los puntos. De esa mez-

cla de patrones intelectuales y retóricos surge en buena medida la efectividad de *El Comulgatorio* como libro devoto, de cuyo éxito dan buena cuenta las múltiples reediciones durante los siglos XVII y XVIII.

EMILIO BLANCO

NOTA A NUESTRA EDICIÓN

Para las *Obras completas* de Gracián que aparecen en este segundo volumen he seguido el texto de las siguientes ediciones:

El Héroe, Madrid, Diego Díaz, 1639. He consultado también la edición de Adolphe Coster (Chartres, Librairie Lester, 1911).

El Político don Fernando el Católico, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1985. Facsímil de la primera edición, Zaragoza, Diego Dormer, 1640, con prólogo de Aurora Egido.

El Discreto, Huesca, Juan Nogués, 1646.

La edición príncipe del *Oráculo manual y arte de prudencia* (Huesca, Juan Nogués, 1647) es hoy inaccesible. Me sirvo por ello de la transcripción de Miguel Romera-Navarro en su edición de este texto (Madrid, CSIC, 1954), aunque me he permitido ligeras variantes.

Agudeza y Arte de Ingenio, Huesca, Juan Nogués, 1648.

El Comulgatorio, Zaragoza, Juan de Ybar, 1655.

El texto de las Cartas reproduce el de la edición de las *Obras Completas* de Evaristo Correa, Madrid, Aguilar, 1944, de donde se suprimen los resúmenes extraídos de otros autores. Para las Aprobaciones me he basado en los preliminares de cada uno de los libros respectivos. Los textos relacionados con su vida religiosa siguen el que ofreció el P. Batllori en *Gracián y el Barroco* (Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1958, Apéndices), donde deberá acudir el lector interesado en los autógrafos gracianos que son copia de otros textos.

Excepto en los casos en que actualizar el texto estropea algún juego de palabras o equívoco graciano, el criterio general ha sido el de la modernización de ortografía, acentuación y puntuación según criterios actuales.

EL HÉROE

LICENCIA

Hay licencia de los señores del Consejo para poderse imprimir este libro intitulado *El Héroe,* de Lorenzo Gracián, por una vez no más, como más largamente consta del original. Despachado en el oficio de Miguel Fernández, en Madrid, primero de abril de 1639.

SUMA DE LA TASA

Tasóse este libro por los señores del Consejo, intitulado *El Héroe* de Lorenzo Gracián, a cinco maravedís el pliego, como de su original consta, a que me refiero. En Madrid, a 15 de abril de 1639 años. Ante Miguel Fernández.

FE DEL CORRECTOR

Este libro intitulado *El Héroe,* de Lorenzo Gracián, está bien y fielmente impreso con su original. Dada en Madrid, a 12 de abril de 1639.

El Lic. Murcia de la Llana

DEDICATORIA DE LA PRIMERA EDICIÓN (1637)

A DON VINCENCIO JUAN DE LASTANOSA

Sucédeme hoy en este primer pino del discurso, si no brinco de la discreción, lo que a un aprendiz de hombre que se arriesga a unos brazos abiertos. Yo, aprendiz de ingenio, acudo al Maestro con este no rasgo, sino borrón, para que, cogiéndole Vm. entre su agudeza y juicio, lo castigue y reforme, que después osará llamarse el correcto héroe, el discreto culto, el varón raro, el galán de la cultura, el amartelado de la curiosidad, para cuyo gusto compitieron la naturaleza a prodigios y el arte a milagros, en ese culto camarín, retrete de la curiosidad, donde no entra sino lo muy perfecto, merezca un rincón entre tantas curiosidades ésta del ingenio, digo después que por muy enmendada sea muy propia de Vm.

Anticipe entre los primores el de la curiosidad para este puesto, por no sacarle de su turquesa. Sea, señor, espejo Vm. de tan brillante prenda, y pudiera ser aquél del faro por moderna maravilla. Es la curiosidad sainete del saber, acicate del ingenio, y sin ella un varón corre equivocación con los brutos.

Solían ser los ilustres progenitores de Vm. cancelleres de los reyes de Aragón. Sea testimonio coronado una carta del rey don Pedro el Cuarto. Faltaron antes reyes de todo Aragón que en su nobilísima casa de Lastanosa méritos de servirles. Desocupado Vm. de real empleo, no por falta de caudal, sí de materia, ha transformado el archivo de los reyes en panteón de héroes, en efigies, en monedas y en historias. Toda la casa de Vm. es un *non plus ultra* del gusto; su camarín, alcázar de la curiosidad; su librería, esfera de la agudeza; su jardín, elíseo de la primavera; y toda junta, el teatro de la escultura,

de la pintura, de la antigüedad, de la preciosidad y de la fama. Y sobre todo en consorte y sucesión echó el resto de su favor el Cielo, que guarde a Vm.

De Calatayud y agosto 1637.

DEDICATORIA DE LA SEGUNDA EDICIÓN (1639)

A DON JUAN BAUTISTA BRESCIA, PROTONOTARIO APOSTÓLICO Y DOCTOR EN AMBOS DERECHOS

El Héroe, aún más pequeño que niño, va haciendo pinos a los brazos, que en V. merced, considero abiertos para recibirle; si es por destino mío, confiesa con alborozo mi obligación y deuda; si por inclinación suya, descubre el buen natural que su autor le ha comunicado; pues adornado con tantos dijes de policía y prudencia, aún no le hacen armonía hasta tener de V.m., con la última mano, lo perfecto. Como Héroe solicita en su patrocinio lo ilustre de los Brescia; como aprendiz de prudencia, pretende ser instruido del Maestro de ella, y por salir consumado en toda facultad y ciencia, se dedica a tomar el pecho de las doctrinas que V. merced enseña: tal sazón muestra en amagar a ser grande, que es pieza de rey el Héroe, con que asegura de V. merced el cariño y el desempeño de mi oferta.

PEDRO DE QUESADA

AL LECTOR

¡Qué singular te deseo! Emprendo formar con un libro enano un varón gigante, y con breves períodos, inmortales hechos. Sacar un varón máximo; esto es milagro en perfección y, ya que no por naturaleza rey, por sus prendas es ventaja.

Formáronle prudente Séneca; sagaz, Esopo; belicoso, Homero; Aristóteles, filósofo; Tácito, político, y cortesano, el Conde.

Yo, copiando algunos primores de tan grandes maestros, intento bosquejarle héroe y universalmente prodigio. Para esto forjé este espejo; manual de cristales ajenos y de yerros míos. Tal vez te lisonjeará y te avisará, tal vez en él verás o lo que ya eres o lo que deberías ser.

Aquí tendrás una, no política, ni aun económica, sino una razón de Estado de ti mismo, una brújula de marear a la excelencia, una arte de ser ínclito con pocas reglas de discreción.

Escribo breve por tu mucho entender; corto, por mi poco pensar. Ni quiero detenerte porque pases adelante.

Primor primero

Que el héroe practique incomprensibilidades de caudal

Sea ésta la primera destreza en el arte de entendidos: medir el lugar con su artificio. Gran treta es ostentarse al conocimiento, pero no a la comprensión; cebar la expectación, pero nunca desengañarla del todo. Prometa más lo mucho, y la mejor acción deje siempre esperanzas de mayores.

Excuse a todos el varón culto sondarle el fondo a su caudal, si quiere que le veneren todos. Formidable fue un río hasta que se le halló vado, y venerado un varón hasta que se le conoció término a su capacidad; porque, ignorada y presumida profundidad, siempre mantuvo con el recelo el crédito.

Culta propiedad fue llamar señorear al descubrir, alternando luego la victoria sujetos; si el que comprende señorea, el que se recata nunca cede.

Compita la destreza del advertido en templarse con la curiosidad del atento en conocerle, que suele ésta doblarse a los principios de una tentativa.

Nunca el diestro en desterrar una barra remató al primer lance; vase empeñado con uno para otro, y siempre adelantándolos.

Ventajas son de ente infinito envidar mucho con resto de infinidad. Esta primera regla de grandeza advierte, si no el ser infinitos, a parecerlo, que no es sutileza común.

En este entender, ninguno escrupuleará aplausos a la cruda paradoja del sabio de Mitilene: «Más es la mitad que el todo», porque una mitad en alarde y otra en empeño más es que un todo declarado.

Fue jubilado en ésta, como en todas las demás destrezas, aquel gran rey primero del Nuevo Mundo, último de Aragón, si no el *non plus ultra* de sus heroicos reyes.

Entretenía este católico monarca, atentos siempre, a todos sus conreyes, más con las prendas de su ánimo, que cada día de nuevo brillaba, que con las nuevas coronas que ceñía.

Pero a quien deslumbró este centro de los rayos de la prudencia, gran restaurador de la monarquía goda, fue, cuando más, a su heroica consorte, después a los tahúres del palacio, sutiles a brujulear el nuevo rey, desvelados a sondarle el fondo, atentos a medirle el valor.

Pero, ¡qué advertido se les permitía y detenía Fernando!, ¡qué cauto se les concedía y se les negaba! Y, al fin, ganóles.

¡Oh, varón cándido de la fama! Tú, que aspiras a la grandeza, alerta al primor. Todos te conozcan, ninguno te abarque; que, con esta treta, lo moderado parecerá mucho, y lo mucho, infinito, y lo infinito, más.

PRIMOR II

CIFRAR LA VOLUNTAD

Lega quedaría el arte si, dictando recato a los términos de la capacidad, no encargase disimulo a los ímpetus del afecto.

Está tan acreditada esta parte de sutileza, que sobre ella levantaron Tiberio y Luis toda su máquina y política.

Si todo exceso en secreto lo es en caudal, sacramentar una voluntad será soberanía. Son los achaques de la voluntad desmayos de la reputación; y, si se declaran, muere comúnmente.

El primer esfuerzo llega a violentarlos, a disimularlos el segundo. Aquello tiene más de lo valeroso; esto, de lo astuto.

Quien se les rinde, baja de hombre a bruto; quien los reboza, conserva, por lo menos en apariencias, el crédito.

Arguye eminencia de caudal penetrar toda voluntad ajena, y concluye superioridad saber celar la propia.

Lo mismo es descubrirle a un varón un afecto, que abrirle

un portillo a la fortaleza del caudal, pues por allí maquinan políticamente los atentos, y las más veces asaltan con triunfo. Sabidos los afectos, son sabidas las entradas y salidas de una voluntad, con señorío en ella a todas horas.

Soñó dioses a muchos la inhumana gentilidad, aun no con la mitad de hazañas de Alejandro, y nególe al laureado macedón el predicamento o la caterva de deidades. Al que ocupó mucho mundo, no le señaló poco cielo; pero ¿de dónde tanta escasez?, ¿cuándo tanta prodigalidad?

Asombró Alejandro lo ilustre de sus proezas con lo vulgar de sus furores, y desmintióse a sí mismo, tantas veces triunfante, con rendirse a la avilantez del afecto. Sirvióle poco conquistar un mundo, si perdió el patrimonio de un príncipe, que es la reputación.

Es Caribdis de la excelencia la exorbitancia irascible, y Scila de la reputación la demasía concupiscible.

Atienda, pues, el varón excelente, primero a violentar sus pasiones; cuando menos, a solaparlas con tal destreza, que ninguna contratreta acierte a descifrar su voluntad.

Avisa este primor a ser entendidos, no siéndolo, y pasa adelante a ocultar todo defecto, desmintiendo las atalayas de los descuidos y deslumbrando los linces de la ajena oscuridad.

Aquella católica amazona, desde quien España no tuvo que envidiar las Cenobias, Tomiris, Semíramis y Pantasileas, pudo ser oráculo de estas sutilezas. Encerrábase a parir en el retrete más oscuro y, celando el connatural decoro, la innata majestad echaba un sello a los suspiros en su real pecho, sin que se le oyese un ay, y un velo de tinieblas a los desmanes del semblante. Pero quien así menudeaba en tan excusables achaques del recato, ¡cómo que escrupulearía en los del crédito!

No graduaba de necio el Cardenal Madrucio al que aborta una necedad, sino al que, cometida, no sabe ahogarla.

Accesible es el primor a un varón callado, calificada inclinación, mejorada del arte, prenda de divinidad, si no por naturaleza, por semejanza.

Primor III

LA MAYOR PRENDA DE UN HÉROE

Grandes partes se desean para un gran todo, y grandes prendas para la máquina de un héroe.

Gradúan en primer lugar los apasionados al entendimiento por origen de toda grandeza; y así como no admiten varón grande sin excesos de entendimiento, así no conocen varón excesivamente entendido sin grandeza.

Es lo mejor de lo visible el hombre, y en él el entendimiento: luego sus victorias, las mayores.

Adécuase esta capital prenda de otras dos, fondo de juicio y elevación de ingenio, que forman un prodigio si se juntan.

Señaló pródigamente la filosofía dos potencias al acordarse y al entender. Súfrasele a la política con más derecho introducir división entre el juicio y el ingenio, entre la sindéresis y la agudeza.

Sola esta distinción de inteligencias pasa la verdad escrupulosa, condenando tanta multiplicación de ingenios a confusión de la mente con la voluntad.

Es el juicio trono de la prudencia, es el ingenio esfera de la agudeza; cúya eminencia y cúya medianía deba preferirse, es pleito ante el tribunal del gusto. Aténgome a la que así imprecaba: «Hijo, Dios te dé entendimiento del bueno.»

La valentía, la prontitud, la sutileza de ingenio, sol es de este mundo en cifra, si no rayo, vislumbre de divinidad. Todo héroe participó exceso de ingenio.

Son los dichos de Alejandro esplendores de sus hechos. Fue pronto César en el pensar como en el hacer.

Mas, apreciando los héroes verdaderos, equivócase en Augustino lo augusto con lo agudo, y en el lauro que dio Huesca para coronar a Roma compitieron la constancia y la agudeza.

Son tan felices las prontitudes del ingenio cuan azares las de la voluntad. Alas son para la grandeza con que muchos se remontaron del centro del polvo al del sol, en lucimientos.

Dignábase tal vez el Gran Turco desde un balcón, antes al vulgo de un jardín que al de la plaza, prisión de la majestad

y grillos del decoro. Comenzó a leer un papel que, o por burla o por desengaño de la mayor soberanía, se lo voló el viento de los ojos a las hojas. Aquí los pajes, émulos de él y de sí mismos, volaron escala abajo con alas de lisonja. Uno de ellos, Ganimedes de su ingenio, supo hallar atajo por el aire: arrojóse por el balcón. Voló, cogióle y subía cuando los otros bajaban, y fue subir con propiedad, y aun remontarse, porque el príncipe, lisonjeado eficazmente, le levantó a su valimiento.

Que la agudeza, si no reina, merece conreinar.

Es en todo porte la malilla de las prendas gran pregonera de la reputación, mayor realce cuanto más sublime el fundamento.

Son agudezas coronadas ordinarios dichos de un rey. Perecieron grandes tesoros de monarcas, mas consérvanse sus sentencias en el guardajoyas de la fama.

Valióles más a muchos campeones tal vez una agudeza que todo el hierro de sus escuadrones armados, siendo premio de una agudeza una victoria.

Fue examen, fue pregón del mayor crédito en el rey de los sabios y en el más sabio de los reyes la sentenciosa prontitud en aquel extremo de pleitos, que lo fue llegar a pleitear los hijos; que también acredita el ingenio la justicia.

Y aun en bárbaros tribunales asiste el que es sol de ella. Compite con la de Salomón la prontitud de aquel Gran Turco: pretendía un judío cortar una onza de carne a un cristiano, pena sobre usura. Insistía en ello con igual terquería a su príncipe, que perfidia a su Dios. Mandó el gran juez traer peso y cuchillo: conminóle el degüello si cortaba más ni menos. Y fue dar un agudo corte a la lid, y al mundo un milagro del ingenio.

Es la prontitud oráculo en las mayores dudas, esfinge en los enigmas, hilo de oro en laberintos, y suele ser de condición de león, que guarda el extremarse para el mayor aprieto.

Pero hay también perdidos de ingenio como de bienes, pródigos de agudeza para presas sublimes, tagarotes para las viles águilas. Mordaces y satíricos, que si los crueles se amasaron con sangre, éstos con veneno. En ellos, la sutileza, con

extraña contrariedad por liviana, abate, sepultándolos en el abismo de un desprecio, en la región del enfado.

Hasta aquí, favores de la naturaleza; desde aquí, realces del arte. Aquélla engendra la agudeza; ésta la alimenta, ya de ajenas sales, ya de la prevenida advertencia.

Son los dichos y hechos ajenos en una fértil capacidad semillas de agudeza, de las cuales fecundado el ingenio, multiplica cosecha de prontitudes y abundancia de agudezas.

No abogo por el juicio, pues él habla por sí bastantemente.

Primor IV

CORAZÓN DE REY

Gran cabeza es de filósofos, gran lengua de oradores, pecho de atletas, brazos de soldados, pies de cursores, hombros de palanquines. Gran corazón de reyes, de las divinidades de Platón, y texto con que en favor del corazón arman algunos pleito a la inteligencia.

¿Qué importa que el entendimiento se adelante, si el corazón se queda? Concibe dulcemente el capricho lo que le cuesta mucho de sacar a lucimiento al corazón.

Son estériles por la mayor parte las sutilezas del discurso, y flaquean por su delicadeza en la ejecución.

Proceden grandes efectos de gran causa, y portentos de hazañas de un prodigio de corazón. Son gigantes los hijos de un corazón gigante. Presume siempre empeños de su tamaño, y afecta primeros asuntos.

Grande fue el de Alejandro, y el archicorazón, pues cupo en un rincón de él todo este mundo holgadamente, dejando lugar para otros seis.

Máximo el de César, que no hallaba medio entre todo y nada.

Es el corazón el estómago de la fortuna, que digiere con igual valor sus extremos. Un gran buche no se embaraza con grandes bocados, no se estraga fácilmente con la afectación, ni se aceda con la ingratitud. Es hambre de un gigante el hartazgo de un enano.

Aquel milagro del valor, digo el delfín de Francia entonces y Carlos VII después, notificándole la sentencia estrujada en el supremo por los dos reyes —el de Francia, su padre, y el de Inglaterra, su antagonista—, en que le declaraban por incapaz de suceder en la corona de los lilios, respondió invicto que se apelaba. Instáronle con admiración que a quién. Y él, que a la grandeza de su corazón y a la punta de su espada. Y valióle.

No brilla tan ufano el casi eterno diamante en medio de los voraces carbunclos como soliza (si así puede decirse un hacer del sol) un augusto corazón en medio de las violencias de un riesgo.

Rompió con solos cuatro de los suyos el Aquiles moderno, Carlos Manuel de Saboya, por medio de cuatrocientas corazas enemigas, y satisfizo a la universal admiración diciendo que no hay compañía en el mayor aprieto como la de un gran corazón.

Suple la sobra de él la falta de todo lo demás, siendo siempre el primero que llega a la dificultad y vence.

Presentáronle al rey de Arabia un alfanje damasquino, lisonja para un guerrero. Alabáronle los grandes de la asistencia áulica, no por ceremonia, sí con razón; y, atentos a la fineza y arte, alargáranse a juzgarle por rayo de acero, si no pecara algo en corto. Mandó llamar el rey al príncipe para que diese su voto, y podía, pues era el famoso Jacob Almanzor. Vino, examinóle y dijo que valía una ciudad, propio apreciar de un príncipe. Instó el rey que si le hallaba alguna falta. Respondió que todas eran sobras. «Pues, príncipe, estos caballeros todos le condenan por corto.» Él, entonces, echando mano a su cimitarra, dijo: «Para un caballero animoso nunca hay arma corta, porque con hacerse él un paso adelante se alarga ella bastantemente, y lo que le falta de acero lo suple el corazón de valor.»

Lauree este intento la magnanimidad en los agravios, timbre augusto de grandes corazones. Enseñó Adriano un raro sobre excelente modo de triunfar de los enemigos, cuando el mayor de los suyos le dijo: «Escapástete.»

No hay encomio igual a un decir Luis Duodécimo de Fran-

cia: «No venga el Rey los agravios hechos al Duque de Orleáns.» Éstos son milagros del corazón de un héroe.

Primor V

GUSTO RELEVANTE

Toda buena capacidad fue mal contentadiza. Hay cultura de gusto, así como de ingenio. Entrambos relevantes son hermanos de un vientre, hijos de la capacidad, heredados por igual en la excelencia.

Ingenio sublime nunca crió gusto ratero.

Hay perfecciones soles y hay perfecciones luces. Galantea el águila al sol, piérdese en él el helado gusanillo por la luz de un candil y tómasele la altura a un caudal por la elevación del gusto.

Es algo tenerlo bueno, es mucho tenerlo relevante. Péganse los gustos con la comunicación, y es suerte topar con quien le tiene superlativo.

Tienen muchos por felicidad (de prestado será) gozar de lo que apetecen, condenando a infelices los demás, pero desquítanse éstos por los mismos filos, con que es de ver la mitad del mundo riéndose de la otra, con más o menos de necedad.

Es calidad un gusto crítico, un paladar difícil de satisfacerse; los más valientes objetos le temen y las más seguras perfecciones le tiemblan.

Es la estimación preciosísima, y de discretos el regatearla; toda escasez en moneda de aplauso es hidalga, y, al contrario, desperdicios de estima merecen castigo de desprecio.

La admiración es comúnmente sobrescrito de la ignorancia; no nace tanto de la perfección de los objetos, cuanto de la imperfección de los conceptos. Son únicas las perfecciones de primera magnitud; sea, pues, raro el aprecio.

Quien tuvo gusto rey fue el prudente de los Filipos de España, hecho siempre a objetos milagros, que nunca se pagaba sino de la que era maravilla en su serie.

Presentóle un mercader portugués una estrella de la tie-

rra, digo un diamante de Oriente, cifra de la riqueza, pasmo del resplandor, y cuando todos aguardaban, si no admiraciones, reparos en Filipo, escucharon desdenes, no porque afectase el gran monarca lo descomedido como lo grave, sino porque un gusto hecho siempre a milagros de naturaleza y arte no se pica así vulgarmente. ¡Qué paso éste para una hidalga fantasía! «Señor (dijo), setenta mil ducados que abrevié en este digno nieto del sol no son de asquear.» Apretó el punto Filipo y díjole: «¿En qué pensabais cuando disteis tanto?» «Señor (acudió el portugués, como tal), pensaba en que había un rey Filipo II en el mundo.» Cayóle al monarca en picadura más la agudeza que la preciosidad, y mandó luego pagarle el diamante y premiarle el dicho, ostentando la superioridad de su gusto en el precio y en el premio.

Sienten algunos que el que no excede en alabar vitupera. Yo diría que las sobras de alabanza son menguas de la capacidad, y que el que alaba sobrado, o se burla de sí o de los otros.

No tenía por oficial el griego Agesilao el que calzaba a un pigmeo el zapato de Encélado y, en materia de alabanza, es arte medir justo.

Estaba el mundo lleno de las proezas del que fue alba del mayor sol, digo de las victorias de don Hernando Álvarez de Toledo, y, con llenar un mundo, no mediaban su gusto. Extrañándole la causa, dijo que, en cuarenta años de vencer, teniendo por campo toda Europa, por blasones todas las empresas de su tiempo, le parecía todo nada, pues nunca había visto un ejército de turcos delante, donde la victoria no fuera triunfo de la destreza y no del poder, donde la excesiva potencia humillada ensalzara la experiencia y el valor de un caudillo. Tanto es menester para acallar el gusto de un héroe.

No amaestra este primor a ser Momo un varón culto, que es insufrible destemplanza; sí a ser integérrimo censor de lo que vale. Hacen algunos esclavo al juicio del afecto, pervirtiendo los oficios al sol y las tinieblas.

Merezca cada cosa la estimación por sí, no por sobornos del gusto.

Sólo un gran conocimiento, favorecido de una gran prácti-

ca, llega a saber los precios de las perfecciones. Y donde el discreto no puede lisamente votar, no se arroje; deténgase, no descubra antes la falta propia que la sobra extraña.

Primor VI

EMINENCIA EN LO MEJOR

Abarcar toda perfección sólo se concede al primer ser, que, por no recibirlo de otro, no sufre limitaciones.

De las prendas, unas da el Cielo, otras libra a la industria; una ni dos no bastan a realzar un sujeto; cuanto destituyó el Cielo de las naturales, supla la diligencia en las adquisitas. Aquéllas son hijas del favor; éstas, de la loable industria, y no suelen ser las menos nobles.

Poco es menester para individuo, mucho para universal; y son tan raros éstos, que se niegan comúnmente a la realidad si se conceden al concepto.

No es uno sólo el que vale por muchos. Grande excelencia en una intensa singularidad, cifrar toda una categoría y equivalerla.

No toda arte merece estimación, ni todo empleo logra crédito. Saberlo todo no se censura; practicarlo todo sería pecar contra la reputación.

Ser eminente en profesión humilde es ser grande en lo poco, es ser algo en nada. Quedarse en una medianía apoya la universalidad; pasar a eminencia desluce el crédito.

Distaron mucho los dos Filipos, el de España y Macedonia. Extrañó el primero en todo, y segundo en el renombre, al príncipe el cantar en su retrete, y abonó el macedón a Alejandro el correr en el estadio. Fue aquélla puntualidad de un prudente, fue éste descuido de la grandeza. Pero, corrido Alejandro antes que corredor, acudió bien que a competir con reyes, aún, aún.

Lo que tiene más de lo deleitable tiene menos de lo heroico comúnmente.

No debe un varón máximo limitarse a una ni a otra perfección, sino con ambiciones de infinidad aspirar a una uni-

versalidad plausible, correspondiendo la intensión de las noticias a la excelencia de las artes.

Ni basta cualquiera ligera cognición, empeño de corrida, que suele ser más nota de vana locuacidad que crédito de fundamental entereza.

Alcanzar eminencia en todo no es del menor de los imposibles; no por flojedad de la ambición, sí de la diligencia y aun de la vida. Es el ejercicio el medio para la consumación en lo que se profesa, y falta a lo mejor el tiempo, y más presto el gusto en tan prolija práctica.

Muchas medianías no bastan a agregar una grandeza, y sobra sola una eminencia a asegurar superioridad.

No ha habido héroe sin eminencia en algo, porque es carácter de la grandeza y, cuanto más calificado el empleo, más gloriosa la plausibilidad. Es la eminencia en aventajada prenda parte de soberanía, pues llega a pretender su modo de veneración.

Y si el regir un globo de viento con eminencia triunfa de la admiración, ¿qué será regir con ella un acero, una pluma, una vara, un bastón, un cetro, una tiara?

Aquel Marte castellano por quien se dijo «Castilla capitanes, si Aragón reyes», don Diego Pérez de Vargas, con más hazañas que días, retiróse a acabarlos en Jerez de la Frontera. Retiróse él, mas no su fama, que cada día se extendía más por el teatro universo. Solicitado de ella Alfonso, rey novel, pero antiguo apreciador de una eminencia, y más en armas, fue a buscarle disfrazado con solos cuatro caballeros.

Que la eminencia es imán de voluntades, es hechizo del afecto.

Llegado el Rey a Jerez y a su casa, no le halló en ella, porque el Vargas, enseñado a campear, engañaba en el campo su generosa inclinación. El Rey, a quien no se le había hecho de mal ir desde la Corte a Jerez, no extrañó el ir desde allí a la alquería. Descubriéronle desde lejos, que con una hoz en la mano iba descabezando vides con más dificultad que en otro tiempo vidas. Mandó Alfonso hacer alto y emboscarse los suyos. Apeóse del caballo y, con majestuosa galantería, comenzó a recoger los sarmientos que el Vargas, descuidado, derri-

baba. Acertó éste a volver la cabeza, avisado de algún ruido que hizo el Rey, o (lo que es más cierto) de algún impulso fiel de su corazón. Y, cuando conoció a su majestad, arrojándose a sus plantas, a lo de aquel tiempo, dijo: «Señor, ¿qué hacéis aquí?» «Proseguid, Vargas (dijo Alfonso), que a tal podador, tal sarmentador.»

¡Oh, triunfo de una eminencia!

Anhele a ella el varón raro, con seguridad de que lo que le costará de fatiga lo logrará de celebridad.

Que no sin propiedad consagró la gentilidad a Hércules el buey, en misterio de que el loable trabajo es una sementera de hazañas que promete cosecha de fama, de aplauso, de inmortalidad.

Primor VII

EXCELENCIA DE PRIMERO

Hubieran sido algunos fénix en los empleos, a no irles otros delante. Gran ventaja el ser primero, y si con eminencia, doblada. Gana en igualdad el que ganó de mano.

Son tenidos por imitadores de los pasados los que les siguen; y, por más que suden, no pueden purgar la presunción de imitación.

Álzanse los primeros con el mayorazgo de la fama, y quedan para los segundos mal pagados alimentos.

Dejó de estimar la novelera gentilidad a los inventores de las artes, y pasó a venerarlos. Trocó la estima en culto, ordinario error, pero que exagera lo que vale una primería.

Mas no consiste la gala en ser primero en tiempo, sino en ser el primero en la eminencia.

Es la pluralidad descrédito de sí misma, aun en preciosos quilates; y, al contrario, la raridad encarece la moderada perfección.

Es, pues, destreza no común inventar nueva senda para la excelencia, descubrir moderno rumbo para la celebridad. Son multiplicados los caminos que llevan a la singularidad,

no todos sendereados. Los más nuevos, aunque arduos, suelen ser atajos para la grandeza.

Echó sabiamente Salomón por lo pacífico, cediéndole a su padre lo guerrero. Mudó el rumbo y llegó con menos dificultad al predicamento de los héroes.

Afectó Tiberio conseguir por lo político lo que Augusto por lo magnánimo.

Y nuestro gran Filipo gobernó desde el trono de su prudencia todo el mundo, con pasmo de todos los siglos; y si el César, su invicto padre, fue un prodigio de esfuerzo, Filipo lo fue de la prudencia.

Ascendieron con este aviso muchos de los soles de la Iglesia al cenit de la celebridad. Unos por lo eminente santo, otros por lo sumamente docto; cuál por la magnificencia en las fábricas, y cuál por saber realzar la dignidad.

Con esta novedad de asuntos se hicieron lugar siempre los advertidos en la matrícula de los magnos.

Sin salir del arte, sabe el ingenio salir de lo ordinario y hallar en la encanecida profesión nuevo paso para la eminencia. Cedióle Horacio lo heroico a Virgilio, y Marcial lo lírico a Horacio. Dio por lo cómico Terencio, por lo satírico Persio, aspirando todos a la ufanía de primeros en su género. Que el alentado capricho nunca se rindió a la fácil imitación.

Vio el otro galante pintor que le habían cogido la delantera el Ticiano, Rafael y otros. Estaba más viva la fama cuando muertos ellos; valióse de su invencible inventiva. Dio en pintar a lo valentón. Objetáronle algunos el no pintar a lo suave y pulido, en que podía emular al Ticiano, y satisfizo galantemente que quería más ser primero en aquella grosería que segundo en la delicadeza.

Extiéndase el ejemplo a todo empleo, y todo varón raro entienda bien la treta, que en la eminente novedad sabrá hallar extravagante rumbo para la grandeza.

Primor VIII

QUE EL HÉROE PREFIERA LOS EMPEÑOS PLAUSIBLES

Dos patrias produjeron dos héroes: a Hércules, Tebas; a Catón, Roma; fue Hércules aplauso del orbe, fue Catón enfado de Roma. Al uno admiraron todas las gentes, al otro esquivaron los romanos.

No admite controversia la ventaja que llevó Catón a Hércules, pues le excedió en prudencia, pero ganóle Hércules a Catón en fama.

Más de arduo y primoroso tuvo el asunto de Catón, pues se empeñó en domeñar monstruos de costumbres, si Hércules de naturaleza, pero tuvo más de famoso el del tebano.

La distancia consistió en que Hércules emprendió hazañas plausibles y Catón odiosas. La plausibilidad del empleo llevó la gloria a Alcides a los términos del mundo y pasara adelante si ellos se alargaran. Lo desapacible del empleo circunscribió a Catón dentro de las murallas de Roma.

Con todo esto, prefieren algunos, y no los menos juiciosos, el asunto primoroso al más plausible, y puede más con ellos la admiración de pocos que el aplauso de muchos, si vulgares.

Milagros de ignorantes llaman a los empeños plausibles.

Lo arduo, lo primoroso de un superior asunto pocos lo perciben, pero eminentes, y así lo acreditan raros. La facilidad del plausible permítese a todos, vulgarízase, y así el aplauso tiene de ordinario lo que de universal.

Vence la intensión de pocos a la numerosidad de un vulgo entero.

Pero destreza es topar con los empleos plausibles. Punto es de discreción sobornar la atención común en el asunto plausible; manifiéstase a todos la eminencia, y a votos de todos se graduó la reputación.

Débense estimar en más los más. Es palpable la excelencia en tales hazañas, y si con evidencia plausible las primorosas tienen mucho de metafísico, dejando la celebridad en opiniones.

Empleo plausible llamo aquel que se ejecuta a vista de todos y a gusto de todos, con el fundamento siempre de la reputación, por excluir aquellos tan faltos de crédito cuan sobrados de ostentación. Rico vive de aplauso un histrión, y perece de crédito.

Ser, pues, eminente en hidalgo asunto, expuesto al universal teatro; eso es conseguir augusta plausibilidad.

¿Qué príncipes ocupan los catálogos de la fama, sino los guerreros? A ellos se les debe en propiedad el renombre de magnos. Llenan el mundo de aplauso, los siglos de fama, los libros de proezas, porque lo belicoso tiene más de plausible que lo pacífico.

Entre los jueces se entresacan los justicieros a inmortales, porque la justicia sin crueldad siempre fue más acepta al vulgo que la piedad remisa.

En los asuntos del ingenio triunfó siempre la plausibilidad. Lo suave de un discurso plausible recrea el alma, lisonjea el oído, que lo seco de un concepto metafísico los atormenta y enfada.

PRIMOR IX

DEL QUILATE REY

Dudo si llame inteligencia o suerte al topar un héroe con la prenda relevante en sí, con el atributo rey de su caudal.

En unos reina el corazón, en otros la cabeza, y es punto de necedad querer uno estudiar con el valor y pelear otro con la agudeza.

Conténtese el pavón con su rueda; préciese el águila de su vuelo, que sería gran monstruosidad aspirar el avestruz a remontarse, expuesta a ejemplar despeño; consuélese con la bizarría de sus plumas.

No hay hombre que en algún empleo no hubiera conseguido la eminencia, y vemos ser tan pocos, que se denominan raros, tanto por lo único como por lo excelente y, como la fénix, nunca salen de la duda.

Ninguno se tiene por inhábil para el mayor empleo; pero lo que lisonjea la pasión desengaña tarde el tiempo.

Excusa es no ser eminente en el mediano por ser mediano en el eminente; pero no la hay en ser mediano en el ínfimo, pudiendo ser primero en el sublime.

Enseñó la verdad, aunque poeta, aquél: «Tú no emprendas asunto en que te contradiga Minerva.» Pero no hay cosa más difícil que desengañar de capacidad.

¡Oh, si hubiera espejos de entedimiento como los hay de rostro! Él lo ha de ser de sí mismo y falsifícase fácilmente. Todo juez de sí mismo halla luego textos de escapatoria y sobornos de pasión.

Grande es la variedad de inclinaciones, prodigio deleitable de la Naturaleza; tanta como en rostros, voces y temperamentos.

Son tan muchos los gustos como los empleos. A los más viles y aun infames no les faltan apasionados. Y lo que no pudiera recabar la poderosa providencia del más político rey facilita la inclinación.

Si el monarca hubiera de repartir las mecánicas tareas —«Sed vos labrador y vos sed marineros»—, rindiérase luego a la imposibilidad. Ninguno estuviera contento, aun con el más civil empleo, y ahora la elección propia se ciega aun por el más villano.

Tanto puede la inclinación, y, si se aúna con las fuerzas, todo lo sujetan, pero lo ordinario es desavenirse.

Procure, pues, el varón prudente halagar el gusto y atraerle sin violencias de despotiquez a medirse con las fuerzas, y, reconocida una vez la prenda relevante, empléela felizmente.

Nunca hubiera llegado a ser Alejandro español y César indiano el prodigioso Marqués del Valle, don Fernando Cortés, si no hubiera barajado los empleos; cuando más, por las letras hubiera llegado a una vulgarísima medianía, y por las armas se empinó a la cumbre de la eminencia, pues hizo trinca con Alejandro y César, repartiéndose entre los tres la conquista del mundo por sus partes.

Primor X

QUE EL HÉROE HA DE TENER TANTEADA SU FORTUNA AL EMPEÑARSE

La fortuna, tan nombrada cuan poco conocida, no es otra, hablando a lo cuerdo, y aun católico, que aquella gran madre de contingencias y gran hija de la Suprema Providencia, asistente siempre a sus causas, ya queriendo, ya permitiendo.

Ésta es aquella reina tan soberana, inescrutable, inexorable, risueña con unos, esquiva con otros, ya madre, ya madrastra, no por pasión, sí por la arcanidad de inaccesibles juicios.

Regla es muy de maestros en la discreción política tener observada su fortuna y la de sus adherentes. El que la experimentó madre, logre el regalo, empéñese con bizarría, que como amante se deja lisonjear de la confianza.

Tenía bien tomado el pulso a su fortuna el César cuando, animando al rendido barquero, le decía: «No temas, que agravias a la fortuna de César.» No halló más segura áncora que su dicha. No temió los vientos contrarios el que llevaba en popa los alientos de su fortuna. ¿Qué importa que el aire se perturbe, si el cielo está sereno? ¿Que el mar brame, si las estrellas se ríen?

Pareció en muchos temeridad un empeño, pero no fue sino destreza, atendiendo al favor de su fortuna. Perdieron *otros, al contrario,* grandes lances de celebridad por no tener comprensión de su dicha. Hasta el ciego jugador consulta la suerte al arrojarse.

Gran prenda es ser un varón afortunado, y al aprecio de muchos lleva la delantera. Estiman algunos más una onza de ventura que arrobas de sabiduría, que quintales de valor; otros, al contrario, que fundan crédito en la desdicha como en la melancolía. Ventura repiten de necio y méritos de desgraciado.

Suple con oro la fealdad de la hija el sagaz padre, y el universal dora la fealdad del ingenio con ventura.

Deseó Galeno a su médico afortunado, al capitán Vejecio, y Aristóteles a su monarca. Lo cierto es que a todo héroe le apadrinaron el valor y la fortuna, ejes ambos de una heroicidad.

Pero quien de ordinario probó agrios de madrastra, amaine en los empeños, no terquee, que suele ser de plomo el disfavor.

Disimúleseme en este punto hurtarle el dicho al poeta de las sentencias, con obligación de restituirlo en consejo a los amantes de la prudencia. «Tú no hagas ni digas cosa alguna teniendo a la fortuna por contraria.»

El benjamín hoy de la felicidad es, con evidencia de su esplendor, el heroico, invicto y serenísimo señor Cardenal Infante de España, don Fernando, nombre que pasa a blasón o corona nominal de tantos héroes.

Atendía todo el orbe suspenso a su fortuna, satisfecho asaz de su valor, y declaróle esta gran princesa por su galán en la primera ocasión; digo en aquella tan inmortal para los suyos como mortal para sus enemigos batalla de Norlinguen, con progresos de finezas en Francia y Flandes, y con el resto de todo su favor en Jerusalén.

Parte es de este político primor saber discernir los bien y mal afortunados para chocar o ceder en la competencia.

Previno Solimán la gran felicidad de nuestro católico Marte, quinto de los Carlos, para que estuviera el valor en su esfera. Temió más a sola ella que a todos los tercios de Poniente, contemplación de otros.

Amainó aún a tiempo y valióle, ya que no la reputación, pues se retiraba de ella, la corona.

No así el primer Francisco de Francia, que afectó ignorar su fortuna y la del César; y así, por delincuente de prudencia, fue condenado a prisión.

Péganse de ordinario la próspera y adversa fortuna a los del lado. Atienda, pues, el discreto a ladearse y, en el juego de este triunfo, sepa encartarse y descartarse con ganancia.

Primor XI

QUE EL HÉROE SEPA DEJARSE, GANANDO CON LA FORTUNA

Todo móvil instable tiene aumento y declinación. Añaden otros estado donde no hay estabilidad.

Gran providencia es saber prevenir la infalible declinación de una inquieta rueda. Sutileza de tahúr saberse dejar con ganancia, donde la prosperidad es de juego y la desdicha tan de veras.

Mejor es tomarse la honra que aguardar a la rebatiña de la fortuna, que suele en un tumbo alzarse con la ganancia de muchos lances.

Faltarle de constante lo que le sobra de mujer, sienten algunos escocidos. Y añadió el Marqués de Mariñano, para consuelo del Emperador sobre Metz, que no sólo tiene instabilidad de mujer, sino liviandad de joven en hacer cara a los mancebos.

Mas yo digo que no son livianas variedades de mujer, sino alternativas de una justísima Providencia.

Acierte el varón a serlo en esto; recójase al sagrado de un honroso retiro, porque tan gloriosa es una bella retirada como una gallarda acometida.

Pero hay hidrópicos de la suerte que no tienen ánimo para vencerse a sí mismos si les está bailando el agua la fortuna.

Sea augusto ejemplar de este primor aquel gran mayorazgo de la fortuna y de la suerte, el máximo de los Carlos y aun de los héroes. Coronó este gloriosísimo emperador con prudente fin todas sus hazañas. Triunfó del orbe con la fortuna, y al cabo triunfó de la misma fortuna. Supo dejarse, que fue echar el sello a sus proezas.

Perdieron otros, al contrario, todo el caudal de su fama en pena de su codicia. Tuvieron monstruoso fin grandes principios de felicidad que, a valerse de esta treta, pusieran en cobro la reputación.

Pudiera asegurar un anillo arrojado al mar y restituido en el arca de un pescado arras de inseparabilidad entre Polícra-

tes y la fortuna. Pero fue poco después el monte Micalense trágico teatro del divorcio.

Cegó Belisario para que abriesen otros los ojos, y eclipsóse la luna de España para dar luz a muchos.

No se halla arte de tomarle el pulso a la felicidad, por ser anómalo su humor; previénennos algunas señales de declinación.

Prosperidad muy aprisa, atropellándose unas a otras las felicidades, siempre fue sospechosa, porque suele la fortuna cercenar del tiempo lo que acumula del favor.

Felicidad envejecida ya pasa a caduquez, y desdicha en los extremos cerca está de mejoría.

Estaba Abul, moro, hermano del rey de Granada, preso en Salobreña y, para desmentir sus confirmadas desdichas, púsose a jugar al ajedrez, propio ensayo del juego de la fortuna. Llegó en esto el correo de su muerte, que siempre ésta nos corre la posta. Pidió Abul dos horas de vida; muchas le parecieron al comisario, y otorgóle sólo acabar el juego comenzado. Díjole la suerte, y ganó la vida y aun el reino, pues antes de acabarlo llegó otro correo con la vida y la corona, que por muerte del rey le presentaba Granada.

Tantos subieron del cuchillo a la corona como bajaron de la corona al cuchillo. Cómense mejor los buenos bocados de la suerte con el agridulce de un azar.

Es corsaria la fortuna, que espera a que carguen los bajeles. Sea la contratreta anticiparse a tomar puerto.

Primor XII

GRACIA DE LAS GENTES

Poco es conquistar el entendimiento si no se gana la voluntad, y mucho rendir con la admiración la afición juntamente.

Muchos, con plausibles empresas, mantienen el crédito, pero no la benevolencia.

Conseguir esta gracia universal algo tiene de estrella, lo más de diligencia propia. Discurrían otros al contrario, cuando

a igualdad de méritos corresponden con desproporción los aplausos.

Lo mismo que fue en uno imán de las voluntades es en otro conjuro. Mas yo siempre le concederé aventajado el partido al artificio.

No basta eminencia de prendas para la gracia de las gentes, aunque se supone. Fácil es de ganar el afecto, sobornado el concepto, porque la estima muñe la afición.

Ejecutó los medios felizmente para esta común gracia, aunque no así para la de su rey, aquel infaustamente ínclito Duque de Guisa, a quien hizo grande un rey favoreciéndole, y mayor otro emulándole: el tercero, digo, de los Enricos franceses. Fatal nombre para príncipes en toda monarquía, que en tan altos sujetos hasta los nombres descifran oráculos.

Preguntó un día este rey a sus continuos: «Qué hace Guisa, que así hechiza las gentes?» Respondió uno extravagante áulico, por único en estos tiempos: «Sire, hacer bien a todas manos; al que no llegan derechamente sus benévolos influjos, alcanzan por reflexión, y cuando no obras, palabras. No hay boda que no festeje, bautismo que no apadrine, entierro que no honre; es cortés, humano, liberal, honrador de todos, murmurador de ninguno y, en suma, él es el rey en el afecto, si Vuestra Majestad en el efecto.»

Feliz gracia si la hermanara con la de su rey, que no es de esencia el excluirse, por más que encarezca Bayaceto que la plausibilidad del ministro causa recelo al patrón.

Y de verdad que la de Dios, del rey y de las gentes son tres gracias más bellas que las que se fingieron los antiguos. Danse la mano una a otra, enlazándose apretadamente todas tres, y si ha de faltar alguna, sea por orden.

El más poderoso hechizo para ser amado es amar. Es arrebatado el vulgo en proseguir, si furioso en perseguir.

El primer móvil de su séquito, después de la opinión, es la cortesía y la generosidad; con éstas llegó Tito a ser llamado Delicias del orbe.

Iguala la palabra favorable de un superior a la obra de un igual, y excede la cortesía de un príncipe al don de un ciudadano.

Con sólo olvidarse por breve rato de su majestad el magnánimo don Alonso, apeándose del caballo para socorrer a un villano, conquistó las guarnecidas murallas de Gaeta, que a fuerza de bombardas no mellara en muchos días. Entró primero en los corazones, y luego con triunfo en la ciudad.

No le hallan algunos destempladamente críticos al grande de los capitanes y gigante entre héroes otros méritos para su antonomasia sino la benevolencia común.

Diría yo que, entre la pluralidad de prendas merecedora cada una del plausible renombre, ésta fue felicísima.

Hay gracia de historiadores también, tan de codicia cuan de inmortalidad, porque son sus plumas las de la fama. Retratan, no los aciertos de la naturaleza, sino los del alma. Aquel fénix Corvino, gloria de Hungría, solía decir (y practicar mejor) que la grandeza de un héroe consistía en dos cosas: en alargar la mano a las hazañas y a las plumas, porque caracteres de oro vinculan eternidad.

Primor XIII

DEL DESPEJO

El despejo, alma de toda prenda, vida de toda perfección, gallardía de las acciones, gracia de las palabras y hechizo de todo buen gusto, lisonjea la inteligencia y extraña la explicación.

Es un realce de los mismos realces y es una belleza formal. Las demás prendas adornan la naturaleza, pero el despejo realza las mismas prendas. De suerte que es perfección de la misma perfección, con trascendente beldad, con universal gracia.

Consiste en una cierta airosidad, en una indecible gallardía, tanto en el decir como en el hacer, hasta en el discurrir.

Tiene de innato lo más, reconoce a la observación lo menos. Hasta ahora nunca se ha sujetado a precepto superior, siempre a toda arte.

Por robador del gusto le llamaron garabato; por lo imperceptible, donaire; por lo alentado, brío; por lo galán, despe-

jo; por lo fácil, desenfado. Que todos estos nombres le han buscado el deseo y la dificultad de declararle.

Agravio se le hace en confudirle con la facilidad; déjala muy atrás y adelántase a bizarría. Bien que todo despejo supone desembarazo, pero añade perfección.

Tienen su Lucina las acciones, y débesele al despejo el salir bien, porque él las parterea para el lucimiento.

Sin él, la mejor ejecución es muerta; la mayor perfección, desabrida. Ni es tan accidente que no sea el principal alguna vez. No sólo sirve al ornato, sino que apoya lo importante.

Porque, si es el alma de la hermosura, es espíritu de la prudencia; si es aliento de la gala, es vida del valor.

Campea igualmente en un caudillo al lado del valor el despejo, y en un rey a par de la prudencia.

No se le reconoce menos en el día de una batalla a la despejada intrepidez que a la destreza y al valor. El despejo constituye primero a un general señor de sí, y después, de todo.

No alcanza la ponderación, no basta a apreciar el imperturbable despejo de aquel gran vencedor de reyes, émulo mayor de Alcides, don Fernando de Ávalos. Vocéelo el aplauso en el teatro de Pavía.

Es tan alentado el despejo en el caballo como majestuoso en el dosel; hasta en la cátedra da bizarría a la agudeza.

Heroico fue el desembarazo de aquel Teseo francés, Enrico IV, pues con el hilo de oro del despejo supo desligarse de tan intrincado laberinto.

También es político el despejo, y en fe de él aquel monarca espiritual del orbe llegó a decir: «¿Hay otro mundo que gobernar?»

Primor XIV

DEL NATURAL IMPERIO

Empéñase este primor en una prenda tan sutil, que corriera riesgo por lo metafísico si no la afianzaran la curiosidad y el reparo.

Brilla en algunos un señorío innato, una secreta fuerza de imperio que se hace obedecer sin exterioridad de preceptos, sin arte de persuasión.

Cautivo César de los isleños piratas, era más señor de ellos; mandábales vencido y servíanle ellos vencedores. Era cautivo por ceremonia y señor por realidad de soberanía.

Ejecuta más un varón de éstos con un amago que otros con toda su diligencia. Tienen sus razones un secreto vigor, que recaban más por simpatía que por luz.

Sujétaseles la más orgullosa mente sin advertir el cómo, y ríndeseles el juicio más exento.

Tienen éstos andado mucho para leones en humanidad, pues participan lo principal, que es señorío.

Reconocen al león las demás fieras en presagio de naturaleza, y, sin haberle examinado el valor, le previenen zalemas.

Así a estos héroes, reyes por naturaleza, les adelantan respeto los demás, sin aguardar la tentativa del caudal.

Realce es éste de corona y, si le corresponden la eminencia del entendimiento y la grandeza del corazón, no le falta cosa para construir un primer móvil político.

Viose entronizada esta señoril prenda en don Hernando Álvarez de Toledo, señor más por naturaleza que por merced. Fue grande y nació para mayor, que aun en el hablar no pudo violentar este natural imperio.

Dista mucho de una mentida gravedad, de un afectado entono, quinta esencia de lo aborrecible, no tanto si es nativa, pero que está muy al canto del enfado.

Pero la mayor oposición mantiene con el recelo de sí, con la sospecha del propio valor, y más cuando se abate a desconfianza, que es del todo rendirse al desprecio.

Fue aviso de Catón y propio parto de su severidad, que debe un varón respetarse a sí mismo y aun temerse.

En que se pierde a sí propio, el miedo da licencia a los demás, y con la permisión suya facilita la ajena.

Primor XV

DE LA SIMPATÍA SUBLIME

Prenda es de héroe tener simpatía con héroes. Alcanzarla con el sol basta a hacer a una planta gigantea y a su flor la corona del jardín.

Es la simpatía uno de los prodigios sellados de la naturaleza; pero sus efectos son materia del pasmo, son asunto de la admiración.

Consiste en un parentesco de los corazones, si la antipatía en un divorcio de las voluntades.

Algunos las originan de la correspondencia en temperamentos; otros, de la hermandad en astros.

Aspira aquélla a obrar milagros, y ésta monstruosidades. Son prodigios de la simpatía los que la común ignorancia reduce a hechizos, y la vulgaridad a encantos.

La más culta perfección sufrió desprecios de la antipatía, y la más inculta fealdad logró finezas de la simpatía.

Hasta entre padre e hijos pretenden jurisdicción y ejecutan cada día su potencia, atropellando leyes y frustrando privilegios de naturaleza y política. Quita reinos la antipatía de un padre y dalos una simpatía.

Todo lo alcanzan méritos de simpatía; persuade sin elocuencia y recaba cuanto quiere, con presentar memoriales de armonía natural.

La simpatía realzada es carácter, es estrella de heroicidad; pero hay algunos de gusto imán, que mantienen antipatía con el diamante y simpatía con el hierro. Monstruosidad de naturaleza, apetecer escoria y asquear el lucimiento.

Fue monstruo real Luis XI, que, más por naturaleza que por arte, extrañaba la grandeza y se perdía por las heces de la categoría política.

Gran realce es la simpatía activa, si es sublime, y mayor la pasiva, si es heroica. Vence en preciosidad a la gran piedra del anillo de Giges, y en eficacia a las cadenas del Tebano.

Fácil es la propensión a los varones magnos, pero rara la

correlación. Da voces tal vez el corazón, sin escuchar eco de correspondencia. En la escuela del querer es ésta la A. B. C. donde la primera lección es de simpatía.

Sea, pues, destreza en discreción conocer y lograr la simpatía pasiva. Válgase el atento de este hechizo natural y adelante el arte lo que comenzó naturaleza. Tan indiscreta cuan mal lograda es la porfía de pretender sin este natural favor y querer conquistar voluntades sin esta munición de simpatía.

Pero la real es la reina de las prendas, pasa los términos de prodigio, basa que levantó estatua siempre de inmortalidad sobre plintos de próspera fortuna.

Está a veces amortiguada esta augusta prenda por no alcanzarle los alientos del favor. No atrae la calamita al hierro fuera de su distrito, ni la simpatía obra fuera de la esfera de su actividad. Es la aproximación la principal de las condiciones, no así el entremetimiento.

Atención, aspirantes a la heroicidad, que en este primor amanece un sol de lucimiento.

Primor XVI

RENOVACIÓN DE GRANDEZA

Son los primeros empeños examen del valor y un como salir a vistas la fama y el caudal.

No bastan milagros de progresos a realzar ordinarios principios, y cuando mucho, todo esfuerzo después es remiendo de antes.

Un bizarro principio, a más de que pone en subido traste el aplauso, empeña mucho el valor.

Es la sospecha, en materia de reputación a los principios, de condición de precita, que, si una vez entra, nunca más sale del desprecio.

Amanezca un héroe con esplendores del sol. Siempre ha de afectar grandes empresas; pero, en los principios, máximas. Ordinario asunto no puede conducir extravagante crédito, ni la empresa pigmea puede acreditar de jayán.

Son fianzas de la opinión los aventajados principios, y los de un héroe han de asestar cien estadios más alto que los fines de un común.

Aquel sol de capitanes y general de héroes, el Conde heroico de Fuentes, nació al aplauso con rumbos de sol, que nace ya gigante de lucimiento.

Su primera empresa pudo ser *non plus ultra* de un Marte; no hizo noviciado de fama, sino que el primer día profesó inmortalidad.

Contra el parecer de los más, cercó a Cambray, porque era extravagante en la comprensión como en el valer. Fue antes conocido por héroe que por soldado.

Mucho es menester para desempeñarse de una grande expectación. Concibe altamente el que mira, porque le cuesta menos de imaginar las hazañas que al que ejecuta de obrarlas.

Hazaña no esperada pareció, más que un prodigio prevenido de la expectación.

Crece más en la primera aurora un cedro que un hisopo en todo un lustro, porque robustas primicias amagan gigantez.

Grandes son las consecuencias de una máxima en antecedente; declárase el valimiento de la fortuna, la grandeza del caudal, el aplauso universal y la gracia común.

Pero no bastan alentados principios ni son desmayados los progresos. Comenzó Nerón con aplausos de fénix y acabó con desprecios de basilisco.

Desproporcionados extremos, si se juntan, declaran monstruosidad.

Tanta dificultad arguye adelantar el crédito como el comenzarlo. Envejécese la fama y caduca el aplauso, así como todo lo demás; porque leyes del tiempo no conocen excepción.

Al mayor lucimiento, que es el del sol, achacaron vejeces los filósofos y descaecimientos en el brillar.

Es, pues, treta, tanto de águila como de fénix, el renovar la grandeza, el remozar la fama y volver a renacer al aplauso.

Alterna el sol horizontes al resplandor; varía teatros al lucimiento, para que, en el uno la privación y en el otro la novedad, sustenten la admiración y el deseo.

Volvían los Césares de ilustrar el orbe al oriente de su Roma y renacían cada vez a ser monarcas.

El rey de los metales, pasando de un mundo a otro, pasó de un extremo de desprecio a otro de estimación.

La mayor perfección pierde por cotidiana, y los hartazgos de ella enfadan la estimación, empalagan el aprecio.

Primor XVII

TODA PRENDA SIN AFECTACIÓN

Toda prenda, todo realce, toda perfección, ha de engastar en sí un héroe, pero afectar, ninguna.

Es la afectación el lastre de la grandeza.

Consiste en una alabanza de sí, muda, y el alabarse uno es el más cierto vituperarse.

La perfección ha de estar en sí; la alabanza en los otros; y es merecido castigo que, al que neciamente se acuerda de sí, discretamente le pongan en el olvido los demás.

Es muy libre la estimación; no se sujeta a artificio, mucho menos a violencia. Ríndese más presto a una elocuencia tácita de prendas que a la desvanecida ostentación.

Impide poca estimación propia, mucho aplauso ajeno.

Juzgan los entendidos toda afectada prenda antes por violenta que por natural, antes por aparente que por verdadera, y así da gran baja en la estimación.

Todos son necios los Narcisos, pero los de ánimo, con incurable necedad, porque está el achaque en el remedio.

Pero si el afectar prendas es necedad de a ocho, no le quedará grado al afectar imperfecciones.

Por huir la afectación dan otros en el centro de ella, pues afectan el no afectar.

Afectó Tiberio el disimular, pero no supo disimular el disimular. Consiste el mayor primor de un arte en desmentirlo, y el mayor artificio, en encubrirle con otro mayor.

Grande es dos veces el que abarca todas las perfecciones en sí y ninguna en su estimación. Con un generoso descuido

despierta la atención común, y, siendo él ciego para sus prendas, hace Argos a los demás.

Ésta llámese milagro de destrezas, que si otras por extravagantes sendas guían a la grandeza, ésta por opuesta conduce al trono de la fama, al dosel de la inmortalidad.

Primor XVIII

EMULACIÓN DE IDEAS

Carecieron por la mayor parte los héroes, ya de hijos, ya de hijos héroes; pero no de imitadores, que parece los expuso el Cielo más para ejemplares del valor que para propagadores de la naturaleza.

Son los varones eminentes textos animados de la reputación, de quienes debe el varón culto tomar lecciones de grandeza, repitiendo sus hechos y construyendo sus hazañas.

Propóngase en cada predicamento los primeros, no tanto a la imitación cuanto a la emulación, no para seguirles, sí para adelantárseles.

Fue Aquiles heroico desvelo de Alejandro, y, durmiendo en su sepulcro, despertó en él la emulación de su fama. Abrió los ojos el alentado macedón al llanto y al aprecio por igual, y lloró, no a Aquiles sepultado, sino a sí mismo, no bien nacido a la fama.

Empeñó despúes Alejandro a César, y lo que fue Aquiles para Alejandro, fue Alejandro para César; pícole en lo vivo, en la generosidad del corazón, y adelantóse tanto, que le puso la fama en controversia y la grandeza en parangón; pues si Alejandro hizo teatro augusto de sus proezas el Oriente, César el Occidente de las suyas.

Decía el magnánimo don Alonso de Aragón y Nápoles que no así el clarín solicita al generoso caballo como le inflamaba a él la trompa de la fama cesárea.

Y nótese cómo se van heredando estos héroes con la emulación la grandeza, y con la grandeza la fama.

En todo empleo hay quien ocupa la primera clase, y la ínfi-

ma también. Son unos milagros de la excelencia, son otros antípodas de milagros. Sepa el discreto graduarlos, y para esto tenga bien repasada la categoría de los héroes, el catálogo de la fama.

Hizo el sílabo de los jubilados Plutarco en sus *Paralelas,* de los modernos Paulo Jovio en sus *Elogios.*

Deséase aún una crisis integérrima, pero ¿qué ingenio la presumirá? Fácil es señalarles lugar en tiempo, pero difícil en aprecio.

Pudiera ser idea universal si no pasara a milagro, dejando ociosa toda imitación, ocupando toda admiración, el monarca de los héroes, primera maravilla de las animadas del orbe y el cuarto de los Filipos de España, que al sol de Austria se le debía la cuarta esfera.

Sea espejo universal quien representa todas las maximidades, no digo ya grandezas.

Llámese el émulo común de todos los héroes quien es centro de todas sus proezas y equivóquese el aplauso en blasones con eminente pluralidad. El afortunado, por su felicidad; el animoso, por su valor; el discreto, por su ingenio; el catolicísimo, por su celo; el despejado, por su airosidad; y el universal, por todo.

Primor XIX

PARADOJA CRÍTICA

Aunque seguro el héroe del ostracismo de Atenas, peligra en el criticismo de España.

Extravagante aquél, le desterrará luego, y pudiera a los distritos de la fama, a los confines de la inmortalidad.

Paradojo éste, le condena a que peca en no pecar. Es primor crítico deslizar venialmente en la prudencia, en el valor, para entretener la envidia, para cebar la malevolencia.

Juzgan éstos por imposible el salvarlas, aunque sea un gigante de esplendor, porque son tan arpías que, cuando no hallan presa vil, suelen atreverse a lo mejor.

Hay intenciones con metafísica ponzoña que saben sutil-

mente transformar las prendas, malear las perfecciones y dar siniestra interpretación al más justificado empeño.

Sea, pues, treta política permitirse algún venial desliz que roa la envidia y distraiga el veneno de la emulación.

Y pase por triaca política, por contraveneno de prudencia; pues, naciendo de un achaque, tiene por efecto la salud. Rescate el corazón exponiéndose a la murmuración, atrayendo a sí el veneno.

A más de que una travesura de la naturaleza suele ser perfección de toda una hermosura. Un lunar tal vez da campo a los realces de la belleza.

Hay defectos sin defecto. Afectó algunos Alcibíades en el valor, Ovidio en el ingenio, llamándolos las fuentes de salud.

Ocioso me parece el primor, y más melindre de confiado que cultura de discreto.

¿Quién es el sol sin eclipses, el diamante sin raza, la reina de lo florido sin espinas?

No es menester arte donde basta la naturaleza. Sobra la afectación donde basta el descuido.

PRIMOR ÚLTIMO Y CORONA

VAYA LA MEJOR JOYA DE LA CORONA Y FÉNIX DE LAS PRENDAS DE UN HÉROE

Todo lucimiento desciende del padre de ellos, y sí de padre a hijos. Es la virtud hija de la luz auxiliante, y así con herencia de esplendor. Es la culpa un monstruo que abortó la ceguera, y así heredada en oscuridad.

Todo héroe participó tanto de felicidad y de grandeza cuanto de virtud, porque corren paralelas desde el nacer al morir.

Eclipsóse en Saúl la una con la otra, y amanecieron en David a la par.

Fue Constantino entre los césares el primero que se llamó Magno, y fue juntamente el primer emperador cristiano; superior oráculo de que con la cristiandad nació hermanada la grandeza.

Carlos, primer emperador de Francia, alcanzó el mismo renombre y aspiró al de santo.

Luis, gloriosísimo rey, fue flor de santos y de reyes.

En España, Fernando, llamado comúnmente el Santo en Castilla, fue el Magno del Orbe.

El conquistador de Aragón consagró tantos templos a la Emperatriz del Empíreo como conquistó almenas.

Los dos reyes Católicos, Fernando e Isabel, fueron el *non plus ultra,* digo columnas de la fe.

El bueno, el casto, el pío, el celoso de los Filipos españoles, no perdiendo un palmo de tierra, ganó a varas el Cielo; y de verdad que venció más monstruos con su virtud que Alcides con su clava.

Entre capitanes, Godofredo de Bullón, Jorge Castrioto, Rodrigo Díaz de Vivar, el gran Gonzalo Fernández, el primero de Santa Cruz y el pasmo de los turcos, el Serenísimo Señor don Juan de Austria, fueron espejos de virtud y templos de la piedad cristiana.

Entre los héroes sacrosantos, los dos primeros a quienes dio renombre la grandeza, Gregorio y León, les dio esplendor la santidad.

Aun en los gentiles e infieles reduce el sol de los ingenios, Augustino, toda la grandeza al fundamento de algunas virtudes morales.

Creció Alejandro hasta que menguaron sus costumbres. Venció Alcides monstruos de fortaleza hasta que se rindió a la misma flaqueza.

Fue tan cruel la fortuna, digo, justiciera, con ambos Nerones, cuanto lo fueron ellos con sus vasallos.

Monstruos fueron de la lascivia y flojedad Sardanápalo, Calígula y Rodrigo, y portentos del castigo.

En las monarquías pretende evidencia este primor. Floreció el que es flor de los reinos mientras que floreció la piedad y religión, y marchitóse con la herejía su belleza.

Pereció la fénix de las provincias en el fuego de Rodrigo, y renació en la piedad de Pelayo o en el celo de Fernando.

Salió a ser maravilla de prosapias la augustísima Casa de Austria, fundando su grandeza en la que es cifra de las mara-

villas de Dios. Y rubricó su imperial sangre con la de Cristo, Señor nuestro, sacramentada.

¡Oh, pues, varón culto, pretendiente de la heroicidad! Nota el más importante primor, repara en la más constante destreza.

No puede la grandeza fundarse en el pecado, que es nada, sino en Dios, que lo es todo.

Si la excelencia mortal es de codicia, la eterna sea de ambición.

Ser héroe del mundo, poco o nada es; serlo del Cielo es mucho. A cuyo gran Monarca sea la alabanza, sea la honra, sea la gloria.

EL POLÍTICO
DON FERNANDO EL CATÓLICO

CENSURA

DEL DOCTOR PEDRO DE ABELLA, CATEDRÁTICO DE ARTES EN LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Por comisión del señor doctor Juan Perat, canónigo de la santa iglesia metropolitana de la Seo de Zaragoza, y en lo espiritual y temporal vicario general por el ilustrísimo y reverendísimo señor don Pedro Apaolaza, arzobispo de Zaragoza, del Consejo de Su Majestad, etc., he leído al *Católico Fernando,* que renaciendo en nuevas memorias podrá servir de ejemplo a los príncipes y de idea a los mayores monarcas. Ofrécelo su Autor ilustrado con erudición curiosa, enseñanza advertida y política prudente, sin haber en él algo que pueda deslucir el renombre de católico, ni ofender a las buenas costumbres. Así lo siento, en Zaragoza, en Palacio, a 9 de noviembre 1640.

EL D. PEDRO DE ABELLA

LICENCIA

Doy licencia para que se imprima. En Zaragoza, a 12 de noviembre, 1640.

EL D. JUAN PERAT,
Offi. y Vicario General

CENSURA

DEL DOCTOR JUAN FRANCISCO ANDRÉS DE UZTARROZ
DE ORDEN DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE
DE NOCHERA, PRÍNCIPE DE SCILA, LUGARTENIENTE
Y CAPITÁN GENERAL EN LOS REINOS
DE ARAGÓN Y NAVARRA

Eterniza las memorias, señor excelentísimo, del glorioso rey don Fernando II de Aragón y V de Castilla este breve diseño de sus heroicas acciones, coloriendo artificiosamente Lorenzo Gracián con el ingenioso pincel de su pluma, no sólo su idea, pero dibuja, en diferentes lejos y distancias, las virtudes y deliquios de otros príncipes. Gloriarse puede la villa de Sos por haber nacido en ella, en la antigua casa de los Sadas, príncipe tan singular, cuya dicha pudieran envidiar muchas ciudades.

No puedo dejar de darle muchas gracias al Autor de este erudito trabajo por haber sabido escoger Mecenas de tan excelentes y aventajadas partes, cuya prudencia se acredita con acciones propias. Publíquelo la peregrinación que V. Excelencia hizo por Francia, Flandes, Alemania, Inglaterra, Polonia y otras provincias, dejando sus esclarecidos lares por volver a ellos rico de experiencias y glorioso de trofeos, habiendo vertido en Argentina, en defensa de la religión católica, mucha sangre de sus generales venas.

Diga la militar disciplina cuántas veces vio a V. Excelencia acaudillar numerosos ejércitos, y con el valeroso denuedo que reconoció, de orden del señor Infante Cardenal, las fortificaciones y cuarteles de Veymar para descubrir sus designios. Y, habiéndolo ejecutado dichosamente como práctico soldado, predijo los intentos del enemigo, que, a no haberlos previsto su marcial viveza, pudieran haber causado algún desorden. Hable Viena, Corte de los emperadores de Alemania, las veces que vio V. Excelencia embajador elocuente en sus estrados y doseles. Pero yo solamente diré que debe V. Excelencia ennoblecer con su protección *El Político* de Lorenzo Gracián por dos causas: la primera, porque la nobilísima

Casa de V. Ex. sabe defender los Serenísimos Reyes de Aragón. No lo callarán las historias, ni son hazañas que las puede oscurecer el olvido, pues no hay quien ignore la prudencia y el valor de los dos famosos caballeros, don Antonio Carrafa y don Diomedes, su hijo, por cuyo medio recobró el magnánimo rey don Alonso el opulento reino de Nápoles, y V. Ex., como sucesor de tan esclarecidos príncipes, defenderá esta obra.

La segunda causa por la cual hallará tutelar asilo el Autor de este desvelo político, es por ser V. Ex. protector de los varones doctos, heredando esta inclinación con la sangre, pues sabe Italia que el Palacio del Excelentísimo Señor don Fernando Carrafa, padre de V. Ex., fue museo de eruditos y célebres ingenios. Merece *El Político* que V. Ex. le haga la honra que al *Héroe* y la que previene al *Ministro Real,* dándole la licencia que suplica, por no hallarse en este libro cosa que ofenda las buenas costumbres ni las regalías de Su Majestad. Así lo siento, en Zaragoza, a 21 de noviembre, año 1640.

EL D. JUAN FRANCISCO ANDRÉS DE UZTARROZ

SUMA DEL PRIVILEGIO

Tiene privilegio por diez años Lorenzo Gracián para imprimir un libro del *Político don Fernando el Católico,* sin que otra persona lo pueda imprimir sin su licencia, so las penas en el dicho privilegio contenidas. Despachado por José Yubero, en Zaragoza, a 27 de noviembre de 1640.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE NOCHERA

OPONGO un rey a todos los pasados; propongo un rey a todos los venideros: don Fernando el Católico, aquel gran maestro del arte de reinar, el oráculo mayor de la razón de Estado.

Sera éste (¡oh, excelentísimo Duque, Mecenas y maestro mío juntamente), no tanto cuerpo de su historia cuanto alma de su política; no narración de sus hazañas, discurso sí de sus aciertos; crisis de muchos reyes, que no panegiris de uno solo, debida a la magistral conversación de Vuestra Excelencia, lograda de mi observación.

Comentaré algunos de sus reales aforismos, los más fáciles, los accesibles, que los primorosos, los recónditos, ésos cederlos he a quien presumiere alcanzarlos. Apreciaré reglas ciertas, no paradojas políticas, peligrosos ensanches de la razón, estimando más la seguridad que la novedad.

Protesto que no alienta mi pluma el favonio de la lisonja, pues nunca ésta buscó tan remotos los asuntos. Excusa, sí, mi osadía, y aun la solicita, mi suerte de hallarme, digo, con muchas noticias eternizadas por su propia real católica mano; deformes caracteres, pero informados de mucho espíritu. Oráculo dos veces por lo arcano de la inscripción, y más por lo profundo del pensamiento.

Quedó envidiando a Tácito y a Comines las plumas, mas no el cetro; el espíritu, mas no el objeto.

Fundó Fernando la mayor monarquía hasta hoy en religión, gobierno, valor, estados y riquezas; luego fue el mayor rey hasta hoy.

Concurrieron siempre grandes prendas en los fundadores de los imperios; que si todo rey, para ser el primero de los

hombres ha de ser el mejor de los hombres, para ser el primero de los reyes ha de ser el máximo de los reyes.

Fueron comúnmente tan prodigiosos los hechos de todos los fundadores, que las narraciones de ellos se juzgaron antes por invenciones de la Épica que por rigores de la Historia. Los suyos los imaginaron más que hombres, hasta inaugurarlos en dioses: los extraños, echando por otro extremo, los tuvieron por héroes fabulosos.

Destinóse la elegante pluma de Jenofonte al glorioso cetro de Ciro, cabeza del imperio de los persas, y remontóse tanto, que se perdió de crédito, pues creyó la posteridad que había escrito, no lo que había sido Ciro, sino lo que debe ser un perfecto monarca.

Es el fundador de un imperio hijo de su propio valor; sus sucesores participaron de la grandeza. Hízose rey, que pudo, sobre la corona de los méritos, fabricársela de diamantes. Ellos, o nacen reyes, o son hechos reyes.

Fue Rómulo un prodigio de la capacidad y del valor, para fundar la monarquía romana, tan dilatada en espacios como en siglos. Déjoles a los suyos en su significativo nombre depositada, como en semilla, la virtud y vinculado el valor, para ocupar lo mejor del mundo, y fue tanto más cuanto comenzó de menos.

Las principales de estas heroicas prendas son antes favores del celestial destino que méritos del propio desvelo.

Hijos fueron de esta divina elección suprema, y hermanos en la grandeza, Constantino y Carlos, para fundar los dos cristianos imperios, el uno en el Oriente y el otro en el Occidente.

Celebren todos los siglos, depositadas todas las prendas en el verdadero Gerión de España, los tres fundadores de sus tres católicos reinos, don García Jiménez de Sobrarbe, don Pelayo de las Asturias, don Alonso Enríquez de Portugal, que con gloriosa emulación pasaron a ser imperios extendiéndose cada uno por diferente parte del universo.

Con el valor se consiguen las coronas, y con la prudencia se establecen. Sobróle a Alejandro la braveza para conquistar y faltóle la sagacidad para establecer, si ya no fue envidia de

que ninguno de sus sucesores le igualase, o soberbia de no imaginar a otro alguno capaz de tanto empleo.

Llenó el Oriente el Tamorlán más de terror que de señorío, bárbaro cometa que con la facilidad con que se forjó se deshizo, y comenzaba así en nuestros días Gustavo Adolfo el de Suecia.

No tengo yo por fundador de una monarquía al que la dio cualquier principio imperfecto, sino al que la formó.

Mucho se le debe en el poderoso imperio de los turcos al valeroso Otomán, que lo comenzó, pero mucho más al conquistador Mahometo, que lo estableció en Constantinopla, dejándolo tan acreditado como acrecentado.

Plantó la monarquía de Francia el valiente Faramundo. Rególa Clodoveo con el licor celestial, coronándola más con sus cristianísimas virtudes que con sus fragantes lises.

Hay también grande distancia de fundar un reino especial y homogéneo dentro de una provincia al componer un imperio universal de diversas provincias y naciones. Allí, la uniformidad de leyes, semejanza de costumbres, una lengua y un clima, al paso que lo unen en sí, lo separan de los extraños. Los mismos mares, los montes y los ríos le son a Francia término connatural y muralla para su conservación. Pero en la monarquía de España, donde las provincias son muchas, las naciones diferentes, las lenguas varias, las inclinaciones opuestas, los climas encontrados, así como es menester gran capacidad para conservar, así mucha para unir.

Ni se limita el fundar los imperios a un modo singular; halló muchos y especiales el ingenio. De esta suerte transformó César la aristocracia en monarquía y fueron tantas sus prendas como sus coronas. Los romanos conquistaron lo más y lo mejor del mundo, y él sujetó a los romanos. Avasalló otros tantos reyes cuantos fueron los senadores y capitanes que venció.

Dio lugar el gran Constantino a la monarquía pontificia y trasladó la suya imperial allá al Oriente, haciendo de sus victoriosas armas muralla fuerte a la Iglesia. Facilitó la conquista de todo el mundo al yugo de la fe santa, si hubieran sabido sus sucesores ejecutar la traza y lograr la ocasión.

Fue dos veces grande, por lo valeroso y por lo sagaz, Ismael Sofi, pues fundó su imperio de Persia, no de las ruinas del otomano, sino de lo más florido de él. Detuvo el curso a su felicidad en su mayor aumento, y por Divina Providencia (derechamente favorable a la cristiandad) enfrenó el orgullo turquesco a lo mejor.

Tiene la astucia su propio modo de fundar, que fue valerse siempre de la ocasión; y, después de haber la inconsiderada porfía de los príncipes cristianos consumido alternativamente sus fuerzas, agotado sus tesoros, desflorado sus ejércitos, salieron de refresco los turcos y alzáronse con todo, sin resistencia: están más llenas las historias de casos que de escarmientos.

Viose renovada la gloria antigua africana en su Jerife, bárbaro sabio que supo jugar a dos manos, ya de la política y ya del valor.

Émulo Quingui de Alejandro, y envidiándole el renombre, volvió a conquistar todo el Oriente, desde las murallas de la China hasta las selvas de Moscovia, dejando a sus sucesores, más en empeño que en herencia, el renombre de Gran Kan de la Tartaria.

Todos fueron cabezas de monarquías, correspondiendo en cada uno la grandeza de su ánimo a la de su imperio. Pocos de sus sucesores les igualaron, y aunque adelantaron los términos del mando, pero no los del valor.

El claro sol que entre todos ellos brilla es el Católico Fernando, en quien depositaron, la naturaleza prendas, la fortuna favores y la fama aplausos. Copió el Cielo en él todas las mejores prendas de todos los fundadores monarcas, para componer un imperio de todo lo mejor de las monarquías. Juntó muchas coronas en una y, no bastándole a su grandeza un mundo, su dicha y su capacidad le descubrieron otro. Aspiró a adornar su frente de las piedras orientales, así como de las perlas occidentales, que, si no lo consiguió en sus días, enseñó el camino a sus sucesores por el parentesco, que, donde no ha lugar la fuerza, lo ha la maña.

Fue Fernando de la heroica prosapia de los reyes de Aragón, que fue siempre fecunda madre de héroes.

Ayuda mucho, o estorba, para conseguir la celebridad esto de las familias. Secreta filosofía, manifiesto efecto de la Soberana Providencia, más favorable a unas que no a otras. Parece que se heredan, así como las propiedades naturales, así las morales, los privilegios o achaques de la naturaleza y fortuna.

Casas hay que llevan consigo hereditaria la felicidad, y otras la desdicha. La de Austria ha sido siempre felicísima, prevaleciendo eternamente contra todas las máquinas de sus émulos.

La de Valois, al contrario, en Francia, ha sido desgraciada, no perdonando esta infelicidad aun a las privilegiadas hembras.

Otras prosapias hay belicosísimas por naturaleza y por afición, como lo es la de Borbón, seminario de valerosos caudillos, cuya mezcla con la de Austria prometen en nuestro Serenísimo Príncipe de España, con la felicidad, el valor para ser monarca del Universo. Sea oráculo su real nombre BALTASAR REY, compuesto de las cuatro vocales, que dan principio a todas las cuatro partes del mundo, en presagio de que su monarquía y su fama han de ocuparlas todas.

La familia de los Césares en Roma fue estéril de sucesores, tanto en calidad como en número, ordinario castigo de la tiranía.

Casas hay cuyos príncipes tardan en hacerse, pero, en despertando una vez, recompensan la tardanza de los principios con un prodigioso exceso en los progresos.

La casa de los reyes de Aragón fue de príncipes eminentes en el gobierno. Todos a una mano selectos, políticos, sagaces, belicosos y prudentes, felicidad rara y envidiable de todos los demás reinos.

Nació y crióse, no en el ocio ni entre las delicias del rey don Juan, su padre, sino en medio de sus mayores aprietos. Las luminarias de su nacimiento fueron rayos de las bombardas, y los regocijos de la Corte fueron triunfos de las multiplicadas victorias.

Príncipe niño, se vio cercado en el castillo de Girona con la reina doña Juana, su madre, aquella castellana amazona que capitaneó tantos ejércitos en Navarra, Aragón y Catalu-

ña. Contra un niño y una madre hubo día en que se fulminaron al castillo cinco mil balas, pero, como la fénix, salió triunfante de este incendio, que todos los reinos parece que se conjuraron contra Fernando niño para sujetársele después muy hombre.

De una heroica educación sale un heroico rey. Dura en la vasija largo tiempo el buen o mal olor del primer licor que tuvo. Ensaya el águila su generoso polluelo para ser rey de las aves a los puros rayos del sol. Críese un príncipe mirando siempre al lucimiento, a los brillantes rayos de la virtud y del honor.

Ayudóle mucho a Enrique IV, el de Francia, para ser rey, y gran rey, el haber sido trasladado de la cuna al pabellón.

Más gloriosas fueron las abarcas del aragonés don Sancho que el zapato de ámbar de otros príncipes, pues éstos paran en asquerosos muladares y aquéllas en majestuosos timbres.

Desamparó al niño Jaime, famoso conquistador de Aragón, su mismo padre el rey don Pedro; aborrecióle aun antes de engendrarle y arrojóle después; al que no quisiera haberle dado el primer ser de naturaleza, no quiso darle el más principal de la educación, y aquí estuvo su mayor dicha, pues sustituyendo el valeroso caudillo, el Conde Simón Monforte le fue padre y ayo juntamente, que se han de criar los propios hijos como extraños, y los extraños como propios: la primera gala que se puso fue el arnés, y aquellos tiernos infantiles miembros que aún no sabían andar iban ya crujiendo la malla y la loriga.

De esta suerte se criaron todos los célebres monarcas: ésta es la educación de los héroes.

Creció Alejandro al ruido, no de las fiestas y entretenimientos, sino de las hazañas del rey Filipo, su padre, alimentándose de envidia, saciándose de emulación. Hijo fue del mayor rey de la Grecia y alumno del mayor filósofo del mundo, para ser el primer monarca magno.

Presidió Fernando, siendo de menor edad, a las Cortes de Aragón en Zaragoza, supliendo la capacidad muy de hombre la edad muy de niño. Escarmentaron padre e hijo en el príncipe don Carlos de Viana, aquél para confiar más de su segundo hijo, y éste para saber unirse y aunarse con su padre.

Socorrían los emperadores romanos su cansada vejez con ir introduciendo en césares sus hijos, y, cuando no los hallaban en la naturaleza, los buscaban en la adopción. De esta suerte el sabio Nerva adoptó al valeroso Trajano. Hacían un cuerpo entrambos; aquél era cabeza y éste brazos, repartiéndose las facultades: el viejo la prudencia y el mozo el valor. Y lo que recababa la confianza en los extraños, ¿por qué no lo ha de pretender la naturaleza en los propios?

El amor o el recelo paterno es un fatal escollo donde dieron al traste muchos sucesores. Sepultaron en Francia a Carlos el Inepto, aun antes de nacer, entre pegajosas delicias, con que siempre fue rey muerto. La afición o la desconfianza les ha inventado ya a los príncipes otomanos la dulce cárcel de los entretenimientos, de donde nunca más acertaron a salir. Porque no aspirase temprano al mando Dionisio el Segundo de Sicilia lo criaron como a otros muchos, de suerte que, *después, ni aun tarde, fueron capaces dél.*

Todas las artes se aprenden, y en todos los mecánicos empleos, aun en los más faciles, hay tiempo de aprendices. Sólo al real, siendo el más arduo, se le hurta esta común providencia. «No hay cosa más dificultosa, decía Diocleciano, que imperar bien.»

Entran algunos a ser reyes sin arte ni experiencia. Hallóse de repente Nino el Segundo, el hijo de Semíramis, empeñado en el dificultoso gobernalle de un cetro. Viose Childerico, el francés, en medio de un océano político y no en leche, sino en sangre, y tal vez en pura hiel.

El riesgo grande, la experiencia ninguna. Concibió con esto don Sancho el Segundo de Portugal horror al oficio y, lo que es peor, desconfianza de sí, y, remitiendo todos éstos el trabajo, vinieron a quedarse con sólo lo gustoso y el título de reyes, hasta perderlo también.

Entregó Fernando la juventud a la milicia y la senectud a la política. Atendió en sus primeros años a conquistar, en los postreros a gobernar.

Piden las edades sus empleos: compete el valor a la mocedad y la prudencia a la vejez.

Ejercítanse las armas en la lozanía y ferviente edad con fa-

cilidad, y con felicidad también: dictamen del insigne Marqués de Mariñano, ponderado en otra ocasión.

Envidiaba Trajano a Alejandro el haber comenzado a reinar mozo, no por ambición del mando, sino por emulación de la suerte. Acabáronseles a muchos con los floridos años los felices sucesos, y perdió Pompeyo en la vejez cuanto adquirió en su gallarda mocedad.

Requieren las armas un grano de temeridad que no se encuaderna con la madurez; lo muy considerado de la mayor edad detiene el brío, enfrena la osadía, y nunca los muy prudentes fueron grandes batalladores.

Depuso presto el arnés el prudente de los Filipos de España. Pero Alejandro, con su temeridad, conquistó más que todos los reyes juntos con su mucho tiento. El determinado César triunfó con su mucha audacia de la mucha prudencia del Senado.

Ni es la menor de las conveniencias ocupar las armas la deleznable mocedad y escaparla, si no de los vicios de la negligencia.

Apetece la vejez todo lo contrario, ama la paz, porque el sosiego da leyes, reforma las costumbres, compone la república, establece el imperio.

Comenzó por rey de Sicilia, ilustre agüero de su gran cosecha de coronas. Entró luego en Castilla, empresa más ardua que las de Alcides, aunque entre la hidra con sus siete cabezas. Viose luego el exceso de su capacidad, la grandeza de su valor y conocióse que había de ser un prodigio político.

La llave de un feliz y acertado reinado consiste en el arrancar y, permítaseme decirlo así, en acertar a encarrilar. Por donde comenzó a correr el caudaloso río, por allí prosigue, que después es género de imposible el mudarle la corriente.

Tienen los reyes grandes contrarios a los principios de su gobierno. Toda prudencia, toda atención, toda sagacidad, aún no es bastante en este dificultoso punto. En las entradas de los caminos es el riesgo de errarlos, que, acertados una vez, con facilidad se prosiguen.

Comenzó el que hoy es rey de la gran China con opinión y aun alarde de prendas superiores, a la expectativa de sus

atentos vasallos, pero luego lo enviciaron, unos por un fin y otros por otro, y echaron a perder el mejor rey que hubiera eternizado la fama.

Conciben grandes esperanzas los vasallos del sol que amanece, y prométense siempre que ha de ser mejor el que comienza que el que acaba, por bueno que haya sido. Fue recibido Fernando a deseo de gran rey, y no sólo satisfizo, sino que colmó estas bien fundadas esperanzas; previó que los que procuraban que fuese rey de Castilla no lo hacían porque mandase él; mas, cebándoles en ésta su engañada ambición, valióse de sus intentos para revolver después contra ellos y, vencidos unos y otros, fue rey, rey.

Estimó los dictámenes del rey don Juan, su padre, prevaleciendo la prudencia especial a la común inclinación.

Notable propensión es en los príncipes seguir todo lo contrario del pasado o por novedad o por emulación, y reina esta pasión, no sólo en los extraños sucesores, sino en los propios hijos, que pudo la naturaleza unir las sangres, pero no los juicios; herédase tal vez el gesto, pero nunca el gusto.

Si esta connatural oposición se declarara contra los desaciertos, fuera loable, pero que se atreva a la mayor hazaña, mayor monstruosidad.

Que abomine Vespasiano y borre las huellas de Vitelio y los demás monstruos sus predecesores, es restaurar el imperio, es desagraviar la virtud.

Pero que Adriano condene los esclarecidos hechos de Trajano, el mejor emperador que adoró Roma, y llegue a tal extremo de disentir, que estreche los términos del Imperio por estrecharle la fama, derribe la celebrada puente del Danubio por derribar su memoria, no es emulación, sino atrocidad.

Aprobarlo todo suele ser ignorancia; reprobarlo todo, malicia; que, porque el pasado fue guerrero el sucesor haya de ser necesariamente pacífico, y esto, no por conveniencia, sino por nativa oposición, no es regla de política.

El mal es que, en lo bueno y en lo heroico, tienen algunos por imperfección la imitación; mas en el vicio se compiten a porfía. Vanse encadenando los príncipes ingloriosos, pero los heroicos son raros y singulares. A un delicioso Ti-

berio sucede un detestable Calígula; a éste, Claudio incapaz; a Claudio, el perverso Nerón; de suerte que van en tropa encadenándose los malos; pero a un Augusto, a un Trajano, a un Teodosio, luego los pierden de vista, no hay quien prosiga en imitarlos.

Sorteó Fernando monarquía augusto, recíproca felicidad de parte del príncipe casar con monarquía igual a su capacidad y valor; de parte de la monarquía, alcanzar esposo igual a su grandeza y poder.

A una pequeña planta, cualquier pequeño vaso le es campo espacioso; un árbol gigante, una empinada palma, un descollado cedro, hállase violentado en la vasija estrecha: no puede espaciarse, no puede campear.

Si un Carlos Manuel de Saboya hubiera sorteado un imperio tan grande como su generoso espíritu, hubiera dejado atrás al mismo César; violentóse a la pequeñez de un corto estado y, de un sol que podía ser, se malogró a una pequeña estrella.

Insufrible tormento es de un ánimo heroico ver que no alcanzan las fuerzas de su reino a las de su valor, y gran dicha no tener que envidiar la ajena monarquía.

Codició tal vez Enrico IV de Francia el valor de los españoles.

Por lo contrario, es grande infelicidad de una monarquía no tener esposo igual a su calidad y poder. Desestímale por incapaz a Vladislao II Polonia; aborrécelo por vicioso a Favila España. Y a un rey desacreditado, ni sus vasallos le acuden, ni los contrarios le temen. Las grandes y dificultosas monarquías piden príncipes grandes en la capacidad y en el valor, y el de prendas grandes campea más en la monarquía grande. Nada le debió a César el valeroso Carlos de Borgoña, y nada debió a Octaviano el Grande Cosme de Florencia, que, si fueron más celebrados aquéllos, no fue por ser mayores hombres, sino por ser mayores príncipes.

Cuando el monarca no es igual a la monarquía por defecto de la edad, aunque fue siempre peligroso y principio de su ruina, como en Arcadio, con todo esto lleva lo mejor, que se mantiene con la esperanza, pero cuando por naturaleza Alejo IV el Griego no lo es, da en desesperación.

Grande suerte es la recíproca igualdad, y como un linaje de casamiento que depende de lo alto. Y, cuando no la hubiere, vale más que peque por exceder el rey a la monarquía que no al contrario; pero el príncipe guárdese entonces de mostrar desestimación, que a César le costó la vida.

Pareciéronle a Fernando estrechos sus hereditarios reinos de Aragón para sus dilatados deseos; y así anheló siempre a la grandeza y anchura de Castilla, y de allí a la monarquía de toda España, y aun a la universal de entrambos mundos.

Reinó en creciente de imperio, que ayuda mucho a la plausibilidad de un monarca; depende mucho la grandeza o la pequeñez de un rey del estado de la monarquía, que va mucho del reinar en su creciente al reinar en su menguante.

La juventud lozana y vigorosa engendra hijos robustos y esforzados, pero la vejez, destituida de sus antiguas fuerzas, falta del calor nativo y cercada de achaques, produce hijos débiles y flacos.

Fueron comúnmente en todas las monarquías insignes reyes los primeros porque todo les ayudaba a la virtud; un valeroso Rómulo, un Numa feliz, un belicoso Hostilio, un integérrimo Anco, un sagaz Prisco y un político Sergio fueron las primicias de la monarquía romana. Duró más la excelencia en sus reyes que en sus emperadores, porque aquéllos eran hijos de su gallarda juventud, éstos de su cansada vejez; aquéllos vencían, éstos triunfaban.

Florecen en los principios el cuidado y el valor, entra después la confianza, síguela la flojedad y rematan con todo las delicias.

Iban sucediendo los esclarecidos reyes francos en su florida monarquía, con empeños de toda virtud, después del ínclito Clodoveo. La fama fresca de Childeberto solicitaba a los Clotarios, y la de éstos a Dagoberto; mas poco a poco fue descaeciendo el valor, hasta amenazar ruina en el delicioso Childerico. De estas cenizas muertas renació en Carlos Martel. Volvió en sí el valor gálico en Pipino y llegó a su mayor pujanza en Carlo Magno, pero, ¡oh, inestabilidad de las cosas humanas!, viose segunda vez a pique en Carlos, llamado el Simple, y más en Carlos el Inepto. Aquí se declaró la especial

Divina Providencia por este cristianísimo reino, pues proveyó de Hugon Capeto, que restauró para muchos siglos la monarquía, continuándose su felicidad en tantos famosos reyes, unos santos, otros valerosos y otros sabios. Émulo de tantas glorias, Luis XIII, restaurador invicto de las Galias, ha desterrado de toda la Francia la herejía, y se confiesa que ha de ahuyentar de todo el mundo la infidelidad, que quien comenzó persiguiendo los herejes debe acabar contrastando los mahometanos.

Dura por algún tiempo aquel primer calor nativo con que se formó el político cuerpo de un imperio; permanece aquella sustancia radical del poder, de la prudencia y del valor. ¿Quién pudo detener el ímpetu con que arrancó la felicidad otomana, creciendo siempre desde Otomán, su primer príncipe hasta el afortunado Solimán? Descaeció ya en el segundo Selim, contrastada de un Pontífice santo, resistida de un monarca católico. Creció con las discordias de los príncipes cristianos y con las mismas se conserva; pudo una breve Santa Liga enfrenarla victoriosa, cuánto más acabarla descaecida.

Es la Providencia suma autora de los imperios, que no la ciega vulgar fortuna. Ella los forma y los deshace, los levanta y los humilla por sus secretos y altísimos fines; los fieles para centro de su gloria, los infieles para emulación de aquéllos y castigo, resplandeciendo siempre en unos y otros la armonía prodigiosa de su saber y poder.

Fue siempre gran ventaja suceder a la corona fragante, como Jerjes a la cídaris y empuñar el cetro floreciente, como Dagoberto el de los lilios.

Suma infelicidad de un príncipe llegar a la monarquía ya postrada, caído el valor, valida la ociosidad, desterrada la virtud, entronizado el vicio, las fuerzas apuradas, la reputación fallida, la dicha alterada, todo envejecido, y, como casa vieja, amenazando por instantes la total ruina, si no es que la ocasión esté aguardando el caudal de un Vespasiano, de un Claudio Segundo que la restauren, el valor de un Pipino y de un Hugon Capeto que la renueven, que las ocasiones que a los grandes hombres los encumbran, a los enanos son tropiezos que los despeñan. Lo ordinario es adolecer el príncipe de

los mismos achaques de la monarquía, que antes se le pegará el letargo al sano que la salud al enfermo; en este mísero estado estaba España cuando entró a reinar en ella el desdichado Rodrigo, príncipe de más que medianas prendas, mas entró en el reino como en un golfo de vicios y delicias, acabado ya el antiguo valor godo de sus Alaricos, Ataúlfos, Sisebutos, Recaredos, Sisenandos, Suintilas y Wambas. Todo estaba arruinado, hasta las materiales defensas, minadas las costumbres por la torpeza y desidia de Witiza.

Es grande la fuerza del deleite, grande la violencia del vicio, y, aunque un príncipe, un Magno el Segundo de Suecia, sea de generoso natural, un Nerón de heroica educación, les contrastan las delicias, y poco a poco vienen a enviciarlos y a perderlos.

Sólo en Aragón faltó esta dependencia del estado de la monarquía, porque fueron extravagantes sus reyes, todos a una mano esclarecidos desde Ramiro el Primero, y aun desde García Jiménez, hasta el Católico Fernando, ninguno fue incapaz, ni delicioso, y, al contrario de otras monarquías, el último fue el mejor; creció la virtud con impulso natural en sus reyes, que es mayor en el fin que en el principio.

Depende también, y mucho, el salir un príncipe perfecto de la nación entre quien mora. Naciones hay que echan a perder sus reyes y otras que los ganan. Los deliciosos asirios pegábanles con facilidad a sus reyes sus afeminadas inclinaciones, si merecen llamarse así ocho monstruos, predecesores de Sardanápalo. Pero los lacedemonios, templados y prudentes, con el trato y con el ejemplo inclinaban sus heroicos reyes a todo género de virtud. Los persas, dados a toda manera de vicio y gastos excesivos en el comer y en el vestir, enviciaban sus reyes de suerte que no les bastaba toda el Asia para su inútil y vana suntuosidad. Al contrario, los macedones, parcos y ajustados, sacaban príncipes tales, que, lo que les faltaba de fausto y ostentación, les sobraba de grandeza de ánimo.

Ésta es la causa de haber habido en unas naciones reyes tan singulares, y en otras tan comunes. Cada uno de los ricos hombres de Aragón era espejo de su rey, era un ayo ejemplar

de su príncipe. Nación, al fin, propia para oficina de heroicos reyes.

Tuvo Fernando grandes virtudes de hombre, y en sumo las de rey. Amontonaron prendas los que emprendieron componer un príncipe perfecto, que es fácil el disputarlas y no lo es el conseguirlas.

Tuvieron algunos grandes virtudes de hombres y grandes vicios de reyes. Religiosísimo fue Graciano, pero más para una celda que para la silla imperial. El aragonés Ramiro y el portugués Enrico eran más para el coro que para el trono.

Al contrario, otros tuvieron grandes virtudes del rey y grandes vicios del hombre; en Alejandro y César compitieron a extremos. El batallador don Jaime tuvo algunos descuidos de hombre y heroicos desvelos de rey; de diez años, empuñó el cetro con valor de treinta, con madurez de ciento.

Las prendas reales son sublimes y de orden superior; llenaron grandes vacíos de otras en el rey don Dionís de Portugal. Será siempre celebrado Enrico IV de Francia, porque fue insigne en la parte de rey.

Las virtudes del oficio tenía el magnánimo de los Alfonsos por las primeras en solicitud, así como en el aprecio. ¿Qué importa que sea el otro Alfonso gran matemático, si aun no es mediano político? Presumió corregir la fábrica del Universo el que estuvo a pique de perder su reino.

Los elementos, aunque tienen las demás calidades en una medianía, pero las propias en sumo, y aunque sea positivo en todo lo demás; el godo Wamba se disimula, porque es rey superlativo. Con sólo esto desmintieron mucha barbaridad los Otomanos; hablo de los primeros, menos y más que hombres, por lo inculto y por lo valeroso.

Limitada perfección cualquiera de éstas, que un príncipe cabal, un Otón emperador, un Clodoveo francés, un Fernando III de Castilla, de entrambas se componen; y no sin providencia ni sin ejemplo, la sabia naturaleza depositó todas las facultades de la vida en la cabeza.

No excluían las prendas de rey, en el grande emperador Rodolfo el Primero, a las del hombre, antes se favorecían. Evidente fundamento, porque entre solos los príncipes cris-

tianos ha habido algunos perfectísimos, y queden condenados los dos impíos políticos por ciegos o mudos.

El mejor de los gentiles fue Trajano, tan insigne, que parece lo envidiaron los católicos al gentilismo, y muchos Padres de la Iglesia, si no con la realidad, lo redimieron de la última infelicidad con el afecto. Pero ¿qué tiene que ver con el católico Teodosio? Igualóle éste en lo excelente de las virtudes y excedióle en la pluralidad. Solicitaba Trajano las honras, y Teodosio los méritos; aquél los triunfos, éste las victorias. Ganóle en la templanza del ánimo y del cuerpo, hijo al fin de aquel gran Arzobispo de Milán, acostumbrado a engendrar para la Iglesia hijos gigantes en el uno y en el otro estado.

Fueron consumados Enrico entre emperadores y Luis entre reyes, en desempeño de que no se embaraza lo santo con lo real.

Opuesta infelicidad ni tener prendas de la persona ni realces del empleo. Fueron príncipes muchos para sólo acrecentar el número. Uno de ellos fue Claudio, de quien dijo Séneca que nadie supo que había dejado de ser porque nadie supo que había comenzado a ser. Viviendo Carlos el Simple o Incapaz, en Francia, pasaba ya plaza de muerto. Y pudiendo Amurates y Mahometo, entrambos terceros, ser fácilmente hijos del algo, y aun del mucho, fijaron su felicidad en la nada.

Pero aun es éste tolerable extremo; mayores monstruosidades hay; llenar un príncipe el vacío de las virtudes de abominables vicios es rematar con todo. Execrable portento fue Nerón, anfibio entre hombre y entre fiera; los seis primeros años compitió con el mejor príncipe, y los seis últimos con el peor. Previno el Cielo un oráculo de prudencia para maestro de un monstruo de maldad; mas poco aprovechó la enseñanza donde repugnó la naturaleza. ¡Y cuál hubiera sido, a no haber tenido un Séneca por Quirón!

Sacóle de la infamia Heliogábalo, aquél que aun de bruto degeneró, y de quien la misma memoria se afrenta. Tuvieron entrambos abominables vicios de hombres y de reyes; pecaron a entrambas manos.

Son eternos los yerros de los príncipes, nacen comúnmen-

te en lo más oculto de sus palacios, y luego vuelan a las plazas. Erraron en un instante para siempre, y la momentánea inadvertencia suya queda condenada a la perenne noticia de todos los venideros.

Poco es menester que falte para ser un ente imperfecto, y todo es menester que sobre para ser perfecto, y más cuando entre los órdenes de las cosas es de más noble categoría, como lo es un rey.

Las virtudes o los vicios del oficio son muy visibles, y por eso más notables. Llámanse los yerros por antonomasia cargos porque los de la obligación son los que menos se disimulan.

Exageraron en Fernando algunos ligeros achaques los extranjeros, como interesados, y como si en él fueran culpables, porque prevaleció, los que en sus príncipes excusables, porque le cedieron. Si faltó, no fue por faltar, sino por contemporizar efectos de la ocasión, no del vicio; llevábalos el tiempo. Arguye contradicción que los extranjeros le atribuyan todo lo malo y los españoles le nieguen todo lo bueno; aquéllos le acumulan las culpas, éstos le usurpan los aciertos.

Notáronle también los propios algunas faltas, que no demasías. Lo cierto es que, lo que en él un reino parecía extremo, en el otro, un medio muy ajustado. Templó con su moderación la prodigalidad de dos reyes sus predecesores, y, si fue templado para con los otros, mucho más para consigo: será siempre plausible su manga de terciopelo y el jubón de raso de su Católica reina. No quiso retractarse en las mercedes, como el rey don Dionís de Portugal, ni que se las retractasen sus sucesores, como a Juan emperador, y a otros.

Fue universal en talentos, y singular en el de gobernar. Gran caudillo, gran consejero de sí mismo, gran juez, gran ecónomo, hasta gran prelado, pero máximo rey.

No tienen algunos por gran príncipe sino al que fue gran caudillo, gran batallador, estrechando el empleo universal de un monarca al especial de un capitán, confundiendo el del superior con el de un inferior. La eminencia real no está en el pelear, sino en el gobernar. Gran prenda del gran Felipe IV, que, aunque universal en eminencias, de juicio máximo, de ingenio relevante, de valor heroico, se ha extrema-

do en el gobierno, violentándose, y como hurtándose a la natural belicosa inclinación, juzgando ésta por el ápice de las reales prendas y blasón propio de un perfecto rey.

Excelente capitán fue Aureliano, pero no excelente emperador. Insigne batallador fue Carlos el de Borgoña, pero no fue insigne gobernador. Conociólo en sí mismo el tirano Saturnino, al ponerle la violenta corona. «Hoy, dijo, comilitones, habéis perdido un buen capitán y habéis hecho un mal príncipe, que no cualquiera es apto para todo.» Heroica prenda es el militar valor en un rey; álzase con la plausibilidad. Consiguieron la inmortal reputación el cristiano don Jaime y el turco Mahometo, por lo guerrero y afortunado, pero, bien examinado al político rigor, el oficio de un rey no es ser capitán, que a mucho más se extiende. Es universal la obligación, abarca muchas eminencias. De un consumado rey, de un príncipe perfecto, de un Trajano, de un Carlo Magno, de un don Fernando el Católico, se pudieran hacer cien hombres famosos si se hubieran de repartir sus atributos, si se hubieran de dividir sus prendas.

Todos los empleos que tenía repartidos la gran República romana en tantos selectos varones, cónsules, dictadores, tribunos, censores y prefectos, se vinieron a unir en sólo un César, que todo lo ha de ser un príncipe, por obligación y con eminencia.

Nunca se ha de entregar todo a un solo empleo, que sería hurtarse a los demás; y de tal suerte se dejaba llevar de la belicosidad el gran Luis de Francia, que no perdía de vista la justicia, la religión, el gobierno, la economía y las demás obligaciones reales.

Guerreando en una provincia Carlo Magno, atendía a la paz, al aumento y a la felicidad de las demás. Peleando en la Germania, instituía la célebre Universidad de París y el gran Parlamento de Francia.

Fueron muchos guerreros de corazón, pero destruyeron más sus reinos que los contrarios; hiciéronse primero la guerra a sí mismos, empobreciendo sus estados de oro y gente, que es la mayor y principal riqueza.

En esto fue sagacísimo Fernando, pues llenó a España de

triunfos y de riquezas. Peleando en un reino, triunfaba en los demás. Enriqueció a España temporal y espiritualmente. Adelantó la milicia y la justicia, aquélla con ejércitos, ésta con tribunales.

Gobernó siempre a la ocasión, el aforismo máximo de su política. Corresponder el genio del príncipe al estado de la monarquía es suerte; violentarse, o templarse con él, prudencia. Tiene lo primero la ventaja de connatural, y con la facilidad asegura la duración; merece lo segundo la gloria de la industria.

Pero el ajustar el príncipe su inclinación a la disposición de la monarquía es preciso, o por naturaleza o por arte.

En un tiempo se desea un príncipe guerrero, y en otro un pacífico; la infelicidad está en trocarse las veces, en encontrarse las contingencias.

Cúpole a Francia un sosegado Childerico cuando se deseó un Marte por rey, y, al contrario, un belicoso Francisco cuando su reino y toda la cristiandad florecieran con su quietud.

Hubieran sido muchos reyes hijos de la fama a haberlo sido de la sazón, que da el punto a las acciones, y más a las reales.

Vino a la monarquía, a cosa hecha, el portugués Sebastián; no halló ya empleo connatural su generoso espíritu; búscolo violento, que, a venir algunos siglos antes, él fuera otro César y Lisboa otra Roma. ¡Oh, príncipe digno de mejor tiempo!

Éste es el fundamento de la grandeza a que llegó la monarquía otomana, que, en su pujante creciente, sorteó príncipes ajustados al estado, nacidos a la ocasión, con emulación y valor continuado. A un conquistador Mahometo sucedió un Bayaceto afortunado; a éste, el valeroso Selim; y a Selim, un astuto Solimán, sin dar lugar, entre tanta variación de cetros, ni a mudarse la fortuna, declarada en su favor, ni a entibiarse el valor militar acreditado.

Que cuando las armas van con calor, la reputación de aplauso, la braveza militar en su fervor, la fortuna favorable, suceder un príncipe remiso o incapaz es resfriarlo todo.

Sacudieron con tanta presteza los aragoneses el vergonzoso yugo africano, por el continuado valor de sus famosos

reyes, y pudieron ir a ayudar a sus vecinos y aun a acabar de echar de toda España la morisma. Íbanse heredando estos príncipes, no tanto en los estados, que eran estrechos, cuanto en el valor y la capacidad, que eran para un mundo entero.

Muere el rey don Sancho la muerte de los héroes, en el más apretado trance, teniendo por una parte cercada una incontrastable ciudad, llave de sus reinos, puerta de sus cristianas conquistas, y aguardando por otra en su socorro un ejército de reyes. Mas sucédele el invicto don Pedro, su hijo, príncipe de ocasión, que no sólo suplió, sino que mejoró la pérdida de su padre. Empuñó la espada en vez de cetro, sedienta de sangre infiel, y vengó bien el fatal dardo paterno, pues, por un rey muerto, segó tantas coronadas cabezas, que solas las advenedizas y auxiliares fueron cuatro.

Tienen los imperios sus crecientes, y sus llenos crecen con el valor en sumo, consérvanse con una medianía, la que basta para no declinar, aunque más monarquías perecieron por falta de valor que por exceso.

Reinos hay, provincias hay, que piden en propiedad príncipes guerreros, como la belicosa Francia. Otros, al contrario, pacíficos, como Inglaterra; aunque por accidentes pueden variarse las conveniencias.

Necesitan unos de que el príncipe se decante a la justicia, y otros que a la clemencia; y en la misma república, tras un extremo, fue bien recibido el otro. Tras un don Juan el Segundo y un don Enrique pródigos en Castilla, sucedió oportuno un guardador Fernando, redimiendo dos veces la corona, primero de sus propios vasallos y después de los enemigos. Hizo célebre en Portugal la benignidad al rey don Manuel, después de los rigores de su predecesor don Juan, que con esta alternación y variedad de influjos se conservan mejor los imperios.

Cuando los príncipes émulos o vecinos son marciales y guerreros, un rey cebado en los entretenimientos y delicias de la paz es fatal, es peligroso y aun desestimado. Su flojedad acrecienta el orgullo en los contrarios y la desesperación en sus vasallos, grave infelicidad cuando el ajeno rey es codiciado.

Si no es que la política, la sagacidad y el saber suplan la falta de la pericia militar. De esta suerte compitió el político Luis de Francia con el guerrero y bravo Carlos de Borgoña, donde se vio cuánto más vale la maña que la fuerza.

Concurrió Fernando con príncipes de su genio, sagaces, atentos y políticos. Son eras de reyes; acontece en un tiempo ser todos marciales y guerreros, compitiéndose el valor, emulándose la fama. Coincidieron de esta suerte en un tiempo el invicto Carlos V en España, el belicoso Francisco en Francia y el bravo Solimán en Turquía, todos tres grandes caudillos. Hubiérase apoderado cada uno de ellos del mundo todo a no haber tenido tales antagonistas: quebrantáronse recíprocamente el poder y enfrenáronse el esfuerzo.

Otras veces, todos son justos, píos, religiosos e hijos del Excelso. Un Enrico emperador en Alemania, Roberto en Francia, Canuto en Inglaterra y Boleslao en Polonia.

Otras, deliciosos, y, por el consiguiente, remisos: un Childerico en Francia, un Rodrigo en España y un Filipo en el nombre y en los hechos en el imperio. Despiértanse unos a otros los reyes, y adormécense también, y, como los coronados pájaros domésticos, se provocan al canto o al silencio. Hasta en la crueldad se compitieron, así como en el nombre se equivocaron los tres Pedros en España.

Contemporizó Fernando con la política de un Luis XI, con la prudencia de un primer Maximiliano, con la sagacidad de un Alexandro VI, con la astucia de un Ludovico Moro; dioles por su comer a cada uno, y alzóse al cabo con la ganancia.

Fue era de políticos, y Fernando el catedrático de Prima. Digo, político prudente, no político astuto, que es grande la diferencia.

Vulgar agravio es de la política el confundirla con la astucia: no tienen algunos por sabio sino al engañoso, y por más sabio al que más bien supo fingir, disimular, engañar, no advirtiendo que el castigo de los tales fue siempre perecer en el engaño.

Dos ídolos, dos oráculos de la política veneran los estadistas: a Tiberio y a Luis; encarecen su disimulación, exageran su artificio; mas yo atribuyo esta reputación de políticos más

al comento de sus dos escritores, que fueron Tácito y Comines, que al acierto de sus hechos.

Siempre tuve por inútil, y aun infeliz, toda su máquina política, pues los trajo a entrambos a términos de perder sus dos coronas: a Tiberio, por desprecio; a Luis, por aborrecimiento. Lo que no pudieron por reputación de prendas, pretendieron conseguir por la afectación; y lo que debieran por el amor de sus virtudes, intentaron por el horror de sus crueldades.

Llegó Tiberio al extremo de la desesperación; dejáronle todos con el afecto, y él mismo se condenó al destierro de una isla. Murió en vida, que es muerte intolerable; ventaja fue en Calígula y Nerón quedar muertos, para no sentir los póstumos agravios; pero Tiberio quedó muerto para la autoridad y sensible para el desprecio.

No es saber aquél de quien degeneran los efectos. Son las obras prueba real del buen discurso. Política inútil la que se resolvió toda en fantásticas sutilezas, y, comúnmente, cuantos afectaron artificio, fueron reyes de mucha quimera y de ningún provecho.

¡Cuánto mejor político fue Luis Nono que el Undécimo, franceses entrambos, sin tanta metafísica ni máquina! Sacó el Santo Rey la connatural guerra de Francia y echóla sobre los enemigos del Señor, con gran gloria del cristianísimo renombre; sacóla él, y volviéronla sus sucesores, sin haber vuelto a salir jamás, ya de los propios, ya de los cristianos confines, con tan poco fruto como felicidad, que, a haberla proseguido, estuviera ya olvidado en toda Europa, en África y en Asia el nombre de Mahoma. ¡Oh, punto digno de observarse, y de lamentarse también! ¡Que esté hoy ardiendo en guerras el cristianismo y descansando todo el paganismo! ¡Bañada en sangre la Cristiandad y en rosas la Infidelidad!

La verdadera y magistral política fue la de Fernando, segura y firme, que no se resolvía en fantásticas quimeras. Útil, pues le rindió reino por año. Honesta, pues le mereció el blasón de Católico. Conquistó reinos para Dios, coronas para tronos de su Cruz, provincias para campos de la Fe, y, al fin, él fue el que supo juntar la tierra con el Cielo.

Fue rey de prendas y de ocasiones, cortadas éstas a la medida de aquéllas. Tuvieron algunos príncipes excelentes prendas, pero faltáronles las ocasiones de emplearlas. Al contrario, otros tuvieron las ocasiones y faltáronles los talentos, que no sé cuál condene por mayor infelicidad. No las afectó Fernando, ni las violentó; su dicha le convidaba con ellas. Andan algunos a caza de ocasiones, sacando de sus quicios el universo, y al cabo los oprime su dolencia.

Su mayor prenda, y el sol de las demás, fue una prodigiosa capacidad, fundamento seguro de una real grandeza.

Será feliz el mundo (dijo Platón, y apreció Valerio) cuando comenzaren a reinar los sabios, o comenzaren a ser sabios los reyes. El primario real constitutivo es una gran capacidad, y rey de mucha capacidad, rey de mucha sustancia. Llamóse la cabeza así, no de la material cavidad, sino del comprender. Eslo el príncipe del reino: luego su mayor atributo ha de ser el abarcar, el entender.

La capacidad constituye personas; la incapacidad, monstruos; aquélla, un César que funda la monarquía; ésta, un Galieno que la pierde; aquélla alienta un Ciro a las gloriosas fatigas; ésta, un Darío al ocio y al descanso; y así de la una brotan prendas en Pelayo, de la otra siniestros en Rodrigo; de la una hazañas en Rómulo, de la otra abominaciones en Tarquino.

Todos los grandes reyes, eternizados en los archivos de la fama, en los inmortales catálogos del aplauso, fueron de gran caudal, que sin éste no puede haber grandeza.

Nace, no se adquiere, el dado óptimo, el don perfecto, que desciende del Padre de las ilustraciones. Bien que crece con la industria y se perfecciona con la experiencia.

Es la capacidad el fundamento de la política, aquella gran arte de ser rey, que no hace asiento sino en los grandes juicios: en un Luis XI de Francia, en un Matías Corvino de Hungría, en un Maximiliano emperador, en un Esteban Bator de Polonia y en un Fernando de España.

Es la capacidad seno de la prudencia, sin la cual ni el empleo, ni el ejercicio, ni los años, sacan jamás maestros. Con ella los mancebos son ancianos, y sin ella los ancianos son

mancebos. Mereciόle a Otón III el superlativo de los renombres, digo, el ser llamado «Milagro del Mundo», porque de once años fue elegido emperador, y desempeñó bien los sufragios; suplían las canas los aciertos, y admiraron todos un siglo de madurez en dos lustros de su edad.

Pero donde se extremó el de una gran capacidad fue en Semíramis, la que fundó a Babilonia, la que mandó el Asia: cuarenta años imperó en fe de que era varón. Empeñóse en ser hombre, y depuso con los arreos mujeriles los achaques; pero nunca bastara el traje a disimular el sexo si no lo desmintiera el caudal.

Es la capacidad la otra columna, que, ladeada del valor, aseguran entrambas la reputación, y, en competencia, ganó siempre la primera. Por ella fue llamado sabio Carlos V el francés, no por estudios, ni ciencias, sino porque supo reinar, que es el verdadero saber en los reyes; sin vestirse el arnés, recuperó toda la Francia, ya casi toda ajena, y, sin desamparar el trono real, rechazó a su Britania los ingleses.

Mas para esto es menester un caudal sumo: la inteligencia de un Justiniano, la política de un Luis, la prudencia de un Felipe II. Que querer Galieno, no igualándoles en el saber, excederles en la inmovilidad, es querer guardar el palacio, mas no el imperio.

Del saber y del valor se adecua un príncipe perfecto: un Moisés, para ser legislador y caudillo de la República de Dios. Un David valiente, para celar; sabio, para celebrar la honra del Altísimo. Un César, haciendo blasón de la pluma y de la espada. Un lacedemonio Agesilao, cuyas sentencias merecieron ser las primeras en el libro de los discretos, y sus hechos en el de los valerosos. Un Constantino Magno, ya autorizando los concilios y ya acaudillando los ejércitos. Un Justiniano dando armas y leyes al Imperio. Un Mahometo II, leyendo y conquistando. Un Alfonso el Magnánimo, o en la academia, o en la campaña. Un Ismael Sofí, cuyo renombre de sabio fue timbre de su victoriosa espada. Un Francisco I de Francia, rodeado de sabios y caudillos. Un Filipo II de España, que comenzó valiente y acabó prudente.

Consiste esta nunca asaz encarecida prenda en dos faculta-

des eminentes: prontitud en la inteligencia y madurez en el juicio; precede la comprensión a la resolucion, y la inteligencia aurora es de la prudencia.

Un príncipe comprensivo, un Casimiro el Grande de Polonia, digo, está en todos los puntos en uno. Hacíase señor de todo por la noticia para serlo por la potencia. Matriculó primero Augusto todo su imperio en la cabeza, y después lo tuvo en el puño. Abría y cerraba a su arbitrio las puertas de Jano, que era lo mismo que tener en su mano las llaves del Universo, señor de la guerra y de la paz. Estaba en todas partes el africano Jacob Almanzor por autoridad y reputación, porque estaban todas en él por cognición.

Un príncipe prudente, cuyo gran juicio es el contraste de todo gran caudal. Pesaba los talentos Teodosio; medía los fondos Antonino; apreciaba las eminencias el godo Sisebuto; examinaba los méritos Alfonso; levantaba ministros Justiniano, no acaso, sino por elección, capitanes que merecían ser emperadores, y él mucho más; repartía los cargos Antonino emperador, distribuía los empleos, no por facilidad de su ánimo, sino por el examen de su riguroso juicio.

Un príncipe sagaz, Argos real que todo lo previene. Émulo de Jano, que mira a dos haces, de fondo inapeable, con más ensenadas que un océano. Los propios le recelan, los extraños le temen y todos le atienden, porque a todos entiende.

Un príncipe penetrante descubre más tierra en una ojeada que otros con eterno desvelo: al que mucho alcanza nada se le pasa, y al que todo lo penetra, nada se le esconde. Tenía Enrico IV de Francia inteligencia trascendente, que hasta las intenciones preocupaba, zahorí de la mayor profundidad, haciendo anotomía de los espíritus, de los naturales, de las inclinaciones.

Un príncipe vivo, que todo lo ve, todo lo oye, todo lo huele, todo lo toca. No enfermaban los oídos de Vespasiano del común real achaque, adulterios de la verdad, siniestros de la información, traiciones de la lisonja.

Un príncipe atento, que ni duerme, ni deja dormir a los que le ayudan a ser rey, a las potestades inferiores. León si vela, león si duerme, siempre abiertos los ojos, o con la reali-

dad, o con la cobrada apariencia. ¡Oh, atención la del prudente Filipo de las Españas, y comparación suya muy repetida y mejor practicada la del telar con el trono donde asiste un príncipe siempre atento al hilo que se rompe!

Un príncipe sensible, que le piquen, que le lastimen las pérdidas en lo vivo del corazón. Hicieron algunos paradoja razón de Estado de la indolencia, y magnanimidad de la insensibilidad. Sensibles formó la naturaleza próvida sus vivientes, medio único de su conservación, y sensibles quiere sus reyes la política.

¿Quién no abominará la estupidez de Galieno? Atropellábanse unas a otras las malas nuevas de las provincias rebeladas, de los reinos perdidos, que pasaron de veinte, y él, muy sosegado, respondía: «¡Eh, que bien pasaremos sin las legumbres de Egipto! ¿Qué nos importan ahora los cáñamos de Francia?» ¡Oh, torpe insensibilidad! ¡Que cuide un príncipe de que los higos estén verdes todo el año y no cuide de que florezca el imperio! ¡Que busque invenciones para que las uvas duren dos y tres años y sufra que se le pierda la monarquía! Y no faltaban perniciosísimos lisonjeros que canonizaban esta barbaridad por magnanimidad y esta estupidez por constancia; y llega a tanto a veces su atrevimiento, que quieren vender por gran sutileza de política lo que es una aborrecible negligencia. No hay príncipe que, mientras vive, no sea entre sus lisonjeros héroe, entre los demás tolerado, pero después entra haciendo justicia la enterísima verdad.

Magnánimo fue Augusto, cuyo nombre es timbre de su corazón; con todo eso, sintió tanto el degüello de las romanas legiones en Germania, que hería el suelo con los pies y las paredes con la cabeza, y llegó a dar voces, repitiendo: «¿Qué hiciste de mis legiones, Quintilio Varo? Vuélveme mis soldados valerosos. ¿Qué cuenta has dado de tanto y tan esforzado capitán?» No se le vio reír en meses, ni comer en días. Ésta sí que es verdadera política, y no contraria a la majestad. Nunca pensó Rodrigo que estaba tan adelante su perdición, ni Roboán miró tan de cerca su ruina. No pensándolo, perdió Juan de Labrit su corona y Astiages su diadema.

Este príncipe comprensivo, prudente, sagaz, penetrante,

vivo, atento, sensible y, en una palabra, sabio, fue el Católico Fernando, el rey de mayor capacidad que ha habido, calificada con los hechos, ejercitada en tantas ocasiones; fue útil su saber, y, aunque le sobró valor, jugó de maña. No fue afortunado Fernando, sino prudente, que la prudencia es madre de la buena dicha. Comúnmente, es feliz, así como la imprudencia es desgraciada: todos los más prudentes príncipes fueron muy afortunados.

Mas ¿qué aprovecha el gran caudal en un don Juan el Segundo de Castilla, si no hay aplicación? Que el incapaz Childerico remita con el trabajo el empleo, agradézcasele, porque eligió con mejoría. Pero que el persiano Tamás sepultase un aventajado talento en el ocio y en el vicio, digno fue de execración.

Más alcanza en todas las artes una mediana habilidad con aplicación, que no un raro talento sin ella. La confianza es madre del descuido, y éste es plaga de los grandes oficiales. El morir de un rey quiso Vespasiano que fuese en pie, y despachando, cuanto más el vivir. Excede la remisión a todos los vicios en un príncipe, así de la banda irascible como de la concupiscible. Fueron muchos grandes reyes, no tanto por sus grandes prendas, cuanto por su loable continua asistencia.

No perdona al despacho en sus mayores recreaciones el gran Mogol del Asia, penetrando el teatro de las fieras con la audiencia de sus vasallos. Permite la vista al entretenimiento y reserva el oído a la información.

Malo es querer Amulio y Dionisio ser reyes, no siéndolo; y peor, siéndolo Ladislao de Polonia y Eduardo de Inglaterra, no quererlo ser. Aquello se llama tiranía; esto no tiene nombre.

Compitieron en Fernando el caudal y la aplicación para componer un rey perfecto, un monarca máximo: cuarenta años reinó, sin desperdiciar uno tan sólo, y obró más que cuarenta reyes juntos.

Árbol coronado es un cetro, que da por frutos hazañas. Pide a sus plantas la sabia naturaleza un fruto en cada año. ¿Qué mucho lo pretenda la fama en sus héroes?

Ociosamente ocupa el campo la estéril lozana higuera, y el trono real un príncipe inútil. No sirve sino de estorbo a otro que coronara el reino con las fecundas ramas de sus brazos.

Colgaba Alcides en los umbrales de la fama un nuevo trofeo en cada un año, ya el león, y ya la hidra, mentido héroe en quien idearon los antiguos un príncipe verdadero, obligado siempre a nuevos gloriosos empeños.

El verdadero Hércules fue el Católico Fernando; con más hazañas que días, ganaba a reino por año, y adquirió por herencia el de Aragón, por dote el de Castilla, por valor el de Granada, por felicidad la India, por industria a Nápoles; por religión a Navarra, y por su grande capacidad, todos.

Son varias las empresas de un rey, y todas ellas heroicas. Hanse de abrazar, como hacía el primer Esteban de Hungría, no por elección, sino por ocasión. No las que le proponía el gusto a Alejandro el Magno, sino las que pedía la necesidad al valeroso Alejandro Severo.

Así, que no todas las reducían Gustavo I de Suecia y Alfonso el Magnánimo de Nápoles al valor, que hay otras muchas, y a veces de más reputación que las militares. Más gloria mereció Justiniano por las leyes que Aureliano por las armas. Más célebre hizo a Fernando el haber fundado el integérrimo, el celador, el Sacro Tribunal de la Inquisición, que por haber establecido su monarquía. Y ganó más con haber echado de España los judíos que con haberla hecho señora de tantas naciones.

Las del valor fueron plausibles en Carlos V; las de la justicia, urgentes en Felipe II; las de la religión, gloriosas en Felipe III; las del gobierno, heroicas en Felipe IV el Grande, y todas juntas en Fernando.

Nunca ha de vacar un rey, porque son grandes sus acciones; en cesando la ocasión de unas, ha de pasar a otras. Tuvo bien sabida esta regla César, el hombre de más capaz y fecundo corazón. Cuando ya no tuvo provincias que sujetar, emprendió allanar los montes. Después de haber dado leyes a los hombres, intentó ponerlas a los ríos y a los mares. En habiendo restaurado el orbe, se puso a reformar el tiempo. Si bien ponderó el profundo Cayo Veleyo que, en acabándose

los empleos militares, acabó él. Y la muerte, que le perdonó en tantos años de peligros en la guerra, le halló en solos cinco meses del descanso.

Llámanse unas a otras las hazañas, y facilítanse las ejecuciones. Así lo practicaba Solimán, envejecido en las empresas por cuarenta años de su florido imperio. El primer año aseguró el Egipto, y el segundo descentó la Hungría. No se contentó con la presa de Rodas, sino que anheló luego a la de Malta, y el no ocuparla del todo fue porque a sus dos poderosos desunidos brazos les faltó la asistencia de tan gran cabeza. Eran sus serrallos los reinos conquistados, y sus deportes los bien merecidos triunfos. ¡Oh, monarca de buen gusto!

En comenzando un príncipe a cebarse en las proezas, no se halla sin nueva ocupación heroica. De esta suerte, el César de los españoles, Carlos, tomaba por descanso las unas de las otras; de humillar los herejes pasaba a enfrenar los turcos; de cautivar un rey, a ahuyentar otro. Y las conquistas del África eran sus vacaciones de la Europa.

Éste es el digno empleo de los reales tesoros. Mal empleados millones los de Nerón y de Calígula, y bien logradas blancas las del aragonés don Jaime.

Cuando las empresas son útiles, ellas restituyen los préstamos con logro. Tuvieron en esto magnífico electivo acierto los reyes de Portugal, consiguiendo a la par rentas y honores.

Ahorraba el sagacísimo Fernando de vanos inútiles empeños, que no son de provecho, sino de tema, sepultura de vasallos y tesoros; cuales eran los de los Pedros de Castilla y Aragón, originados más de la porfiada emulación que de la conveniencia, y el remate de semejantes empresas no era otro que quedar rematados entrambos reyes y reinos.

Casarse Carlos VIII con la fama a secas es buscar mujer pobre y estéril, y, entre dos extremos de escoger, es un príncipe dejado antes que un orgulloso inútilmente.

Motivaba con mil conveniencias una empresa Enrico IV de Francia cuando, acertada ya la intrínseca utilidad de ella, anteponía tal vez los adherentes. Asegura la salud del reino purgándole de los humores, o gastados o superfluos. En faltándoles a algunas repúblicas las conquistas, adolecieron de

intestinas sediciones: Grande aforismo fue siempre hacer antídoto del veneno.

Fue la ociosidad carcoma de la continuada felicidad de España, manantial perenne de los vicios en Roma. No hay mayores enemigos que el no tenerlos: sentencia esforzada de Metelo cuando lo de Cartago, y que pasó a desengaño con la dañosa experiencia. No solían vivir sin guerra los otomanos, y, variando de enemigos, les entibiaban con la intermisión el valor y con el olvido la experiencia, conservando siempre floreciente su milicia.

Es la potencia militar basa de la reputación, que un príncipe desarmado es un león muerto, a quien hasta las liebres le insultan.

No deshizo sus escuadrones Fernando, acabada en España su envejecida guerra; sirvióle de escarmiento su principio en el descuidado Rodrigo; mudóles el palenque, y, echando fuera de España las armas, hizo de ellas muralla viva a sus reinos.

Conoció y supo estimar su gran poder; tenía tomado el pulso a sus fuerzas y súpolas emplear; tenía tanteadas las de sus enemigos y súpolas prevenir; sacando los españoles a las provincias extrañas, los transformó en leones; acometiendo siempre a los franceses, los venció siempre, y nunca dio lugar a su prevención. Tenía comprendidas las naciones, y dábales por su comer.

Pero la eminencia de este gran político estuvo en hacer siempre la guerra con pólvora sorda. Esto es, sin el peligroso y vano ruido del armar, sin asonadas de empresa, que avisan a los contrarios, irritan a los neutrales y despiertan a todos. Sin hacer del hacendado, cogía una plaza en el África, un reino en España, una isla en el océano, una ciudad en Italia, y todo esto con la presteza de un león. No hubo hombre que así conociese la ocasión de una empresa, la sazón de un negocio, la oportunidad para todo.

Hallábase en persona, o por la de su gran consorte, que equivalía, a las empresas importantes dentro de España.

Célebre cuestión política si el príncipe ha de asistir en un centro por presencia y en todas partes por potencia y por noticia, o si, como el sol, ha de ir discurriendo por todo el hori-

zonte de su imperio, ilustrando, influyendo y vivificando en todas partes. Hállanse eficaces argumentos y acreditados ejemplos por el uno y otro dictamen.

Todos los hazañosos príncipes y que obraron cosas grandes asistieron en persona a las empresas. De esta suerte el Magno Alejandro en diez años allanó la Grecia, sujetó la Persia, domó la Escitia, desfrutó la India y conquistó el Oriente, llenando el mundo de terror y la posteridad de fama. El famoso César consiguió cinco triunfos: el gálico, sojuzgada la Francia, conquistada la Britania, enfrentada la Germania; el alejandrino, oprimido Ptolomeo; el africano, derrotado Juba; el póntico, humillado Farnaces; el hispánico, extinguidas las reliquias de Pompeyo. El célebre Aníbal, de veinte años expugnó a Sagunto, venció cinco generales y tres cónsules romanos, y en la batalla de Cannas noventa mil senadores. El magnánimo Augusto acabó felizmente cinco guerras civiles, avasalló doce bárbaras naciones y todas las del orbe le enviaron sus embajadores y presentes. Pasó Trajano los límites del Imperio de la otra parte del Tigris y del Éufrates. Estableció Carlo Magno su tetrarquía y ciñó sus venerables canas de las tres coronas. Conquistó Mahometo dos imperios, doce reinos y más de doscientas ciudades. Dio y ganó el conquistador don Jaime treinta batallas campales. Avasalló Quingui nueve reinos y destruyó otros tantos. Guerreó Otón I treinta años, triunfando de los príncipes de Alemania, Bohemia y Hungría, y de los Berengarios en Italia. Despojó toda la Asia el Tamorlán, llamado «Terror del Mundo», cautivando a Bayaceto, con muerte de doscientos mil turcos, asolando en tres años la Albania, Iberia, Armenia, Persia, Mesopotamia y el Egipto. Venció Boleslao de Polonia los prutenos, sajones, casubios, pomeranios; a Boleslao, rey de Bohemia; a Jaroslao, Duque de Nisia, avasallando hasta los ríos Tira y Borístenes, y fijando las dos columnas de metal.

Aterró el Asia Mahometo, el Gran Mogol, con ochocientos mil combatientes, y asentó su imperio entre los dos ríos Indo y Ganges.

Empleó ochenta años en pelear contra los moros el victorioso don Alonso Enríquez, primer rey de Portugal, venciendo en varios reencuentros ocho reyes, y degollando los siete.

Conquistó Ismael Sofí la Persia, Mesopotamia, Media, Capadocia, Iberia, Armenia y Albania. Humilló Carlos V los mayores príncipes que ha tenido el mundo: cautivó al de Francia, desmayó al turco, aprisionó al de Méjico, despojó al Inca, desbarató al de Túnez, y otros más. Pero a quien se rinde toda admiración es a la gran Semíramis, la que fundó Babilonia: no contenta con la amplísima monarquía de Asiria, conquistó el Egipto, emprendió la India, y, capitaneando un millón de gentes con dos mil naves, venció sobre las aguas del río Indo al rey Estaurobates; aliñándose el cabello, la dieron nueva que se había rebelado Babilonia, y, sin acabar el aliño, fue, vio y venció.

Así que todos los príncipes héroes, los que hicieron cosas hazañosas, acaudillaron personalmente sus ejércitos. Y era político proverbio entre los belicosos otomanos, aquellos primeros conquistadores, que no era cumplida la victoria donde no se hallaba el Gran Señor.

El ver sus soldados un rey es premiarlos, y su presencia vale por otro ejército. Con solos ciento y su real valor, fue a oponerse el rey don Pedro de Aragón el Grande al rey de Francia Filipo, que entraba en Cataluña con diecisiete mil y seiscientos caballeros, todos de linaje, cien mil hombres de a pie bien armados, cincuenta mil gastadores y ochenta mil acémilas. Solo don Pedro bastó a detener su furia por entonces, y, con moderado socorro, acabó con Filipo y con todo su ejército después. Perdió Sardanápalo la monarquía de oro por estarse hilando en los infames estrados de sus rameras. Pereció Darío con sus delicias, y, si salió a resistir a Alejandro, cuando más no pudo, fue con lanzas de oro y carros de marfil. Por no querer perder Galieno una flor de sus jardines, dejó perder veinte provincias y sufrió que se le alzasen treinta tiranos. Perdióse primero Rodrigo en la deliciosa paz y después en la batalla. Dejóse cercar en su corte y su palacio el negligente Constantino, y, al que no quiso salir a buscar al enemigo, el enemigo le vino a buscar a Constantinopla.

Volvían aquellos famosos príncipes, Augusto, Trajano y Teodosio, victoriosos a su Roma, como a teatro de sus triunfos, y estábanse en ella Tiberio, Nerón, Calígula, Domiciano y

Heliogábalo como en cenagal de sus deleites. Que no es verdadera quietud la que no se consigue con el movimiento necesario. Mucho daño hicieron los dos Luises, el de Polonia y el de Hungría, y remató el portugués don Sebastián con sus tragedias; su temeridad hizo sobradamente cuerdos a otros príncipes; ellos perdieron sus reinos por su audacia, mas causaron que los perdiesen otros por escarmiento.

Al contrario, el oficio de un rey es el mandar, que no el ejecutar, y así su esfera es el dosel, que no la tienda; es cabeza que, por guardarla, hasta los brutos exponen pieza a pieza todo el cuerpo. ¿Quién apoyará que un príncipe exponga vida y reino y honra al riesgo de una suerte, después de tantos antiguos y modernos escarmientos?: de un Valeriano emperador, hecho escabel a los pies del Bárbaro Sapor; de un Bayaceto, cautivo del Tamorlán, metido en jaula de oro, castigo proporcionado a su fiereza; de un desdichado Ladislao, rey de Polonia, burlado de la fortuna, mal aconsejado de los suyos, victorioso vencido, hecho ayunque de los jenízaros alfanjes; después de un don Alonso de Aragón, desaparecido en Fraga, porque nadie pudiera alabarse de haber visto un rey aragonés vencido y muerto; después de un rey Francisco de Francia, llamado el Grande sólo para que tuviese España un gran cautivo; de un Sebastián, sol que al amanecer le eclipsaron las lunas africanas.

Peleó César bien para ser emperador, y Valeriano mal para dejarlo de ser. Conquistó Almanzor a España por sus capitanes, y conservó el África por sí mismo. Más victorias alcanzó el emperador Carlos V ausente de sus ejércitos que presente. Halláronse en las batallas algunos reyes para levantar sus monarquías; pero, ya establecidas, no fuera prudencia arriesgarlo todo. No iba el felicísimo rey don Manuel de Portugal a buscar las victorias al África y al Asia, que ellas se le venían y entraban por sus puertas, y el Oriente vino a postrársele a sus pies.

Mas, entre estos dos extremos halló el medio el prudentísimo Fernando: ni todo era caminar como Adriano, ni todo holgar como Galieno.

No fijó su corte en alguna ciudad de las de España, o por-

que no dio por definida su monarquía, aspirando siempre a más, o por dictamen profundo de no hacer cabeza una nación y pies otra. Punto de tanta atención, que por eso los políticos reyes de la China señalaron dos ciudades, Panquín y Nanquín, para sillas de su grandeza, atendiendo, ya a la propia comodidad en la alternación de estancias con las inclemencias de los tiempos, ya a la seguridad de los vasallos, igualándolos en los favores y en las cargas.

En todas las monarquías hubo siempre un centro real del mando. Fuéronlo algunas ciudades porque comenzó en ellas la monarquía. Así, Roma fue cabeza de su gran imperio, y después de todo el mundo, emporio coronado de todas sus riquezas, delicias, grandezas y maravillas; madre universal de las naciones, que llegó a tener cinco millones de almas. Otras lo fueron por elección, atendiendo a las conveniencias, ya de la política, ya de la economía, como lo fue Constantinopla, primero del imperio cristiano, después del otomano, calificando su primera elección, una y otra, acertada, por estar esta imperial ciudad en el mejor sitio del orbe, en los términos de Europa y Asia, señoreando el mar Euxino y la Propóntide, llave de entrambos mares, centro de las provincias de la Tracia, reina de las ciudades de Europa, por la hermosura de su sitio, comodidad de su puerto, grandeza de sus edificios, riqueza de su trato, abundancia de bastimentos y corte del Gran Turco.

Nació Corte la gran Nínive en el primer imperio del mundo, que fue el de los asirios, y creció tanto, que llegó a tener tres jornadas de camino, según la Divina Historia. Compitió con ella Babilonia, corte de los príncipes caldeos, con sus cien puertas de bronce, murallas de cincuenta codos de latitud y más de doscientos de altitud, con sus tres mil torres. Fabrícola Semíramis, engrandecióla Nabuco, y tanto, que refiere Aristóteles que, habiendo sido entrada y saqueada, tardó una parte de ella tres días en saberlo. Mas, olvidando las cortes de los ya olvidados imperios, mereció París ser silla de sus cristianísimos reyes, más ha de mil años, por lo abastecido de su terreno, con más de doce mil poblaciones a diez leguas de su contorno, siendo hoy la mayor ciudad de la cristiandad; Londres, en Inglaterra, por lo ameno de su campaña y por

lo navegable del Támesis, su río; Viena, en Alemania, por lo fuerte y por lo fiel; Stocolmio, en Suecia, por lo maravilloso de su lago y por la frecuencia de su puerto; Cracovia, en Polonia, dividida en otras tres, célebre por sus escuelas y fuerte por sus castillos; Mosca, en la Moscovia, por su saludable terreno, donde jamás halló entrada la peste, tan poblada, que entra en el número de las cuatro famosas de Europa; Tauris, en Persia, coronada de jardines, regada de mil fuentes, bañada de aires salutíferos y abastecida de todo género de delicias; Cambalú, en la Tartaria, de tan gran comercio, que entran cada año en ella mil carros de sedas de la China, venciendo a cuantas hay en lo suntuoso y magnífico de su palacio; Sarmacanda, en los mogoles, enriquecida primero con los despojos de toda la Asia, y de tanta grandeza, que solía haber en ella sesenta mil caballos; Fez, en Berbería, la más bella y más poblada del África, ceñida y aun penetrada de los brazos de su río, emporio real de letras y de riquezas.

Dejó Fernando esta elección a la felicidad de sus sucesores, que, asentada la monarquía, escogieron a Madrid, por ser centro de España y por lo saludable de su terreno.

A las empresas fuera de España, que no fueron las menos gloriosas, asistía, si no por su presencia, por su dirección, fiada a famosos caudillos, prudentes virreyes, atentos embajadores criados en su escuela, graduados de su elección.

Este gran empleo del reinar no puede ejercerse a solas, comunícase a toda la serie de ministros, que son reyes inmediatos. ¿Qué importa que el príncipe sea excelente en sí si los ayudantes le desacreditan? Esclarecido rey era Estenón el Segundo de Suecia, pero sus indignos virreyes le oscurecieron. Amable era por sus reales prendas Carlos de Anjou; aborrecido fue por la iniquidad de sus ministros, hasta perder el fértil reino de Sicilia en aquella memorable tarde.

Recaen sobre la cabeza los yerros o los aciertos de los demás miembros; subordinados reyes hubo, en nada aventajados por sus personas, que fueron grandemente célebres por la eminencia de sus ministros. Éstos hicieron inmortal a Justiniano, Narsés y Belisario, armados; Teófilo y Triboniano, togados; y, al contrario, reyes hubo eminentes por sí e infelices

por sus instrumentos del reinar. Mereció por su persona la ilustre Margarita ser reina de Dinamarca, de Noruega y de Suecia; desmereciéronlo sus prefectos, y perdió los reinos ella. Y es lástima que perezca la inestimable real reputación de un máximo Carlos en España, no por faltas suyas, que no las tuvo, sino por las de sus codiciosos gobernadores.

Un rey de gran capacidad eslo, por el consiguiente, de grande elección. Estimaba don Enrique el Tercero de Castilla (aquél que se preció de gran gobernador, y de verdad lo fue), apreciaba grandemente los aventajados ministros, así de milicia como de gobierno, porque conocía su importancia.

Conservábalos siempre Felipe II el Prudente en artificiosa dependencia, templando sus muchas esperanzas con algo de fruición, que es arte de por sí ésta del saber llevar los ministros, el hacerlos y conservarlos.

Algunos atribuyen a suerte de un rey el tener buenos ministros, pero más es, o prudencia en saberlos escoger, o ciencia en saberlos hacer.

No sólo los escoge buenos un rey sabio, sino que los hace, los forma, los amaestra. El que ellos sean asortados no es del príncipe el conocer; si lo son, sí.

El político los forma políticos. Infundíales Luis XI de Francia, aun a los hombres de más común estado, que él juzgaba por más manuales y más dóciles, aquel su político espíritu. Su inteligencia en el descubrir, sus reflejos en el prevenir, su destreza en el negociar, su artificio en el proceder.

El valeroso y ejercitado en las armas los saca grandes guerreros; fue seminario de insignes capitanes la tienda del emperador Carlos V. Obró grandes cosas por sí, mayores por ellos; su felicidad extraordinaria se les pegaba y los asistía.

Así que el político Luis los hace políticos; el batallador don Jaime, valerosos; el sabio Carlos francés, sabios; el gobernador Enrique de Castilla, grandes gobernadores; el santo Fernando, rectos; el prudente Felipe, prudentes; el justiciero don Jaime de Aragón, justicieros. Y el gran Felipe IV de las Españas, porque lo es todo, ha tenido un ministro, digo, un archiministro: el Excelentísimo señor don Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares, eminente en todo, Ministro

Grande del Monarca Grande. Verdaderamente gigante de cien brazos, de cien entendimientos, de cien prudencias. Que sin duda previno el Cielo para los mayores riesgos de esta Católica Monarquía los mayores hombres. Y el conjurarse el mundo todo contra ella no ha sido sino para que las reales y ducales prendas saliesen a la luz universal de todo el orbe y de todos los siglos.

Pero lo que más le ayudó a Fernando para ser príncipe consumado de felicidad y de valor fueron las esclarecidas y heroicas prendas de la nunca bastantemente alabada reina doña Isabel, su católica consorte, aquella gran princesa que, siendo mujer, excedió los límites de varón.

Acarrea mucho bien la buena y prudente mujer, así como la imprudente mucho mal. Las madres, por respeto; las esposas, por amor, obran mucho con los príncipes. Pudo la sabia y cuerda Mesa, el tiempo que vivió, encubrir, si no enfrenar, las monstruosidades de Heliogábalo, su nieto. La santa emperatriz Elena reengendró en cristiandad y toda virtud al grande emperador Constantino. Mientras vivió su religiosa madre, fue otro Federico emperador. Gran parte de la heroica santidad de Luis IX de Francia se debe a la enseñanza de la española doña Blanca, su gran madre. La santa aragonesa doña Isabel, inmortal reina de Portugal, fue oráculo de virtud y de paz entre el rey don Dionisio, llamado el Fabricador, su esposo, y el príncipe don Alfonso, llamado el Bravo, su hijo. Con su disciplina religiosa vencía la militar, y con su piedad deshizo los armados escuadrones de un padre contra un hijo y de un hijo contra un padre, cruces contra cruces y quinas que amenazaban quinas. Nuestra inestimable reina y señora, doña Margarita de Austria, riqueza mayor de España, cuya santa memoria está siempre fresca en el continuo llanto, hizo más santo a su esposo, y llenó el mundo de católica sucesión de Atlantes de la Fe, de columnas de la religión, de soles de la cristiandad.

¡Dichoso el príncipe a quien una prudente y santa madre le saca segunda vez a la luz de la virtud y, como cristiana osa, le va formando e informando!

Con todo eso suele predominar más en la voluntad de un

príncipe el intenso amor de una esposa que el reverencial de una madre; ilustraron a muchos sus consortes y a muchos los deslustraron. Viose esta diferencia en el rey don Juan el Primero de Aragón, a quien su primera mujer le hizo amable de sus vasallos, y la segunda, aborrecible.

Reinan comúnmente en este sexo las pasiones de tal modo, que no dejan lugar al consejo, a la espera, a la prudencia, partes esenciales del gobierno, y con la potencia se aumenta su tiranía. Pero la que por su corregido natural salió sabia, y prudente, lo fue con extremo, y, ordinariamente, las muy varoniles fueron muy prudentes.

Asegurado un príncipe de la buena capacidad de su consorte, déle lugar de conreinar, mas siempre con templanza. Valía por dos el gran rey don Ramiro el Primero de Castilla, ayudado de la prudencia y el valor de la reina doña Urraca, su mujer, y mucho más el rey don Juan el Segundo de Aragón, de la reina doña Juana; dividíanse el trabajo entrambos: en tanto que el rey conducía en un reino los ejércitos, la reina tenía Cortes en el otro, y, como resplandeciente luna, suplía las ausencias del bien ocupado rey.

No es mucho el consejo de una mujer, pero bueno; perdióse por no abrazarlo el rey don Juan, último de Navarra, y debiera conservarse rey por el consejo de la que le hizo rey.

Bien es que cele un príncipe su mando de todos, pero ceda a la razón en todos, y más en una consorte sabia y santa.

Una hermana prudente, cuerda y sagaz bien puede entrar en lugar de esposa o madre. Fuelo con don Enrique el Primero de Castilla la esclarecida reina de León doña Berenguela, su hermana, que, mientras le asistió, gozó de tranquilidad Castilla. En España han pasado siempre plaza de varones las varoniles hembras, y en la casa de Austria han sido siempre estimadas y empleadas.

Fuera rara y singular entre todas la Católica reina doña Isabel, de tan grande capacidad, que, al lado de la de un tan grande rey, pudo, no sólo darse a conocer, pero lucir. Mostróse primero en escogerle, y después en el estimarle. Cada uno de los dos era para hacer un siglo de oro y un reinado felicísimo, cuanto más entrambos juntos.

Llegó Fernando a donde pocos llegaron, al extremo de la política, a hacer de su gobierno dependencia, a que conociese la monarquía que ella le había de menester a él, y no al contrario; los mismos que le ahuyentaron con su ingratitud, le instaron con sus ruegos; buscáronle agraviado, pero prudente, y juzgaron por mayor mal carecer de sus acertados dictámenes que sujetarse a su indignada prudencia.

Pocos príncipes llegaron a esta gloria; más fueron los detestados que los deseados; y, si don Sancho mereció en Castilla este renombre, fue más por una bien concebida esperanza que por una encanecida experiencia. No llegó Tito a cumplir los seis años buenos, y aun óptimos, de Nerón. Fueron algunos arrebatados antes que la malicia les mudase el buen juicio.

La variedad es madre del gusto, por lo menos del alivio, y la mudanza de superiores fue siempre plausible; no reparando en que los azares del que acaba suelen trocarse en otros de otra especie en el que comienza.

Sólo Fernando fue privilegiado de esta universalidad, fénix del mando, que volvió a renacer a él con aplausos de único. Volvió a Castilla con triunfo de reputación, y llegó el encarecimiento de un gran político a decir que el remedio de esta monarquía, si acaso declinase, no era otro sino que resucitase el Rey Católico y volviese a restaurarla.

Fundada, atendió Fernando a perfeccionarla en todo género de adorno, cultura y perfección política.

Fundó Rómulo la República romana; no le dio lugar de perfeccionarla, o el retorno del castigo fraterno, o el engañoso premio del Senado; quedó esta obligación para los sucesores, que no es la menos importante regla de política dejar gloriosamente empeñado al sucesor, dejarle algún heroico empeño. De esta suerte se despertó Solimán, mozo poco experimentado, y, con la rebelión del Gacele y Mamelucos, de un manso cordero, que comenzaba a reinar, se transformó en un furioso león de los ejércitos.

Entró, pues, Numa e introdujo la religión, aunque falsa, como fundamento de todo gobierno. Inventó dioses y culto, sacerdotes y sacrificios. Sucedióle Tulo Hostilio y puso en ser

la milicia, añadiendo al valor la disciplina. Luego Anco adornó de edificios la ciudad, de muros, y de puentes, y fundó las colonias. Después de él, Prisco autorizó la majestad real y las de los magistrados con leyes y con insignias. Últimamente, Servio estableció las rentas de la República, los pechos y gabelas, que, moderados, son nervios de su conservación, y, excesivos, de su ruina. Así que Rómulo forma la monarquía y los demás la adelantan y perfeccionan.

Lo que todos éstos hicieron en la monarquía de Italia obró Fernando solo en la de España. Él la hizo religiosa con purgarla de unos y otros infieles, y con ensalzar el tribunal sacro y vigilante de la Inquisición. Él la hizo valerosa, dando a conocer el esfuerzo de los españoles a las naciones extranjeras, con súbito espanto de su potencia; majestuosa, poniendo en su punto la autoridad real, tan atropellada antes y aun competida. Rica, no con tributos, sino con sus flotas perennes, ríos de oro, plata, perlas y otras riquezas que entran cada año de la India. Sabía contraer a ella varones doctos e insignes en letras humanas y divinas. Finalmente, feliz en todo género de perfección y de cultura. De suerte que, con mucha razón, el prudentísimo Filipo, su nieto, haciendo cortesía a sus retratos, añadía: «A éste lo debemos todo.»

Con ser tan conocidos y seguros sus aciertos, no contento, no satisfecho de su interior y de la pública aprobación, solía este gran príncipe examinarse de rey. Solía con ardid tomarse a sí mismo residencia.

Si es tan dificultoso conocerse cualquier hombre, ¿qué será un rey? Conocerse en sí mismo no lo permite la propia afición; conocerse en los otros no lo sufre la trascendental adulación. No tiene espejo un rey, pero aquí entra la industria si él es sabio.

Disimulábase príncipe Germánico (pondera Tácito) y, así mentido, iba en busca de la verdad por los desapasionados ranchos de sus soldados. Tal vez escuchaba encomios con fruición, y tal vez lo contrario, con desengaño.

De esta misma destreza se valía Carlos V, hecho espía de su reputación, y exploraba los ánimos de los suyos en aquella incauta libertad. Ni el odio ni la lisonja son cristales fieles,

adulteran a lo encontrado la verdad: aquél de las virtudes hace vicios, y ésta, de los vicios, virtudes.

Perdido en la caza Francisco I de Francia, desde entonces Grande, hizo noche en casa de la sencillez, y, entre unos villanos, le amaneció el sol de la verdad, y solía repetir el discretísimo príncipe: «Yo me gané perdido, porque mudo de rumbo.»

De algunos simples y de locos hicieron príncipes muy prudentes oráculos de la verdad, que ya ellos solos la dicen. Refieren sin recelo lo que otros hablaron delante de ellos sin reparo. Ésta fue la relevante sutileza de Fernando y corona de su política.

Murió a los sesenta y cuatro años de su preciosa edad, y a los cuarenta de su feliz reinado. Gran dicha de una monarquía cuando sus reyes mueren viejos y no comienzan niños. Vivió poco en la fruición y eternamente en el deseo. El día que murieron Fernando y Carlos, su gran nieto, lloró toda la cristiandad, alegróse toda la infidelidad; volviéronse las veces el día que perecieron Selim y su hijo.

Pero no murió Fernando, que los famosos varones nunca mueren. Anda siempre la fama por extremos. No hay medianía en los reyes. Son conocidos, o por muy buenos, o por muy malos. Así como hay unos prodigios gloriosos, así hay otros monstruos detestables. Unos que fueron basas de la monarquía para subir; otros, tropiezos para caer: reyes de horror, de escándalo, de infamia, cuya memoria se va eternizando en los bronces de la tradición. Unos acabaron con la Monarquía, como Constantínulo con la de Grecia; otros con su prosapia, como Childerico con la de Clodoveo, y otros con la religión, como Enrico VIII de Inglaterra. Comenzó a declinar el reino de Israel en Roboán, por su imprudencia; en Galieno el Imperio romano, por su flojedad; en Caloxanes el griego, por su inadvertencia. Pereció la monarquía de los asirios en Sardanápalo, por sus delicias; en Astiages la de los medos, por su tiranía; en Darío la de los persas, por su descuido; en Rodrigo la de los godos, por su lascivia; en Constantínulo la de los griegos, por su incapacidad. Durarán eternamente la falsedad de Tiberio, la iniquidad de Calígula, la estolidez de Claudio, la ti-

ranía de Nerón, la lujuria de Heliogábalo, la insensibilidad de Galieno, la ineptitud de Carlos el francés, la crueldad de Pedro el castellano, la flojedad de Sancho el portugués, la abominación de Enrico IV el sueco, la infamia de Mauregato, la obstinación de Federico, la ceguera de Enrique VIII. Temblando había de estar siempre un monarca de poder ser agregado a tan horrible caterva.

Otro augustísimo teatro tiene la fama de honor, de heroicidad, de lucimiento, y en él diversos coros, según las eminencias y renombres, y en todos admiró a Fernando con aplauso trascendiente: en el de una sacra católica piedad, entre un Teodosio, Enrique, Otón y Rodolfo, primeros de este nombre; entre ambos Ferdinandos, el Primero y el Segundo, emperadores; entre Recaredo, Wamba, Pelayo, don Fernando y Filipo terceros de España; entre Clodoveo, Carlo Magno y Luis IX de Francia; entre Esteban I de Hungría, Enrico I de Suecia, Olao I de Noruega y Casimiro de Polonia.

En el de los valerosos, entre Julio César, don Jaime el Conquistador, el Tamorlán, Quingui, Mahometo II, Carlos V, el bravo Selim, Solimán y Enrico IV de Francia. En el de los magnos, entre un Alejandro, Constantino, Carlo Magno, Alfonso III y Felipe IV de España. En el de los sabios, entre Ismael Sofí, Carlos V de Francia, Alberto de Austria y don Sancho IV de Navarra. En el de los políticos, entre un Luis XI de Francia, Estéfano Bator de Polonia, Matías Corvino de Hungría. En el de los prudentes, entre un Justiniano emperador, Maximiliano I, Gustavo I de Suecia y Felipe II de España. En el de los magnánimos, entre Nino el Primero de Asiria, Jerjes el Primero de Persia, Octaviano Augusto y don Alonso el de Nápoles. En el de los bienquistos, entre Hispán, dando a España su apellido; Tito, llamado Delicias del género humano; Otón III, dicho Milagro del Mundo; y don Sancho el Deseado. En el de los felicísimos, entre un Numa Pompilio, Filipo el macedón, Antonino y don Manuel de Portugal. En el de los justicieros, entre un Jerjes Longímano, dando a su camarero el precio del soborno; Antíoco, retractando todas las injusticias de su imperio; Seleuco, estimando la justicia más que a sus ojos; Aureliano emperador, castigando los traido-

res, y Nerva los ingratos; don Jaime el Segundo de Aragón, dicho el Justiciero, y don Alfonso el Undécimo de Castilla, el Conquiridor. Finalmente, en todos los catálogos del aplauso y de la fama halló a nuestro universal Fernando por católico, valeroso, magnánimo, político, prudente, sabio, amado, justiciero, feliz y universal héroe.

Ésta es, ¡oh, Excelentísimo Duque, gloria máxima de los Carrafas e inmortal corona mía!, una ruda copia del que fue perfectísimo dechado de monarcas. El último rey de los godos por línea de varón; pero el primero del mundo por sus prendas; cuyo mayor acierto, entre tantos, fue haber escogido, digo haber ejecutado la ya superior, divina elección de la catolicísima Casa de Austria.

Casa que la ensalzó Dios, para ensalzar con ella su Iglesia, acabándose las discordias tan antiguas como crueles entre los Federicos emperadores y los sagrados Pontífices, comenzando la paz en el emperador Rodolfo de Austria. Casa que, después que ella reina, no sabe la Iglesia del Señor qué son cismas, ni los conoce. Casa que volvió los Sumos Pontífices de Aviñón a su trono de Roma y mantiene su autoridad suprema. Casa que la levantó Dios para muralla de la cristiandad contra la potencia otomana. Casa que la fortaleció Dios para ser martillo de los herejes en Bohemia, Hungría, Alemania, Flandes y aun en Francia. Casa que la formó Dios para riquísimo minero de santos, emperadores, emperatrices, reyes, reinas y archiduques. Casa que la extendió Dios por toda la redondez de la tierra, para dilatar por toda ella su Santa Fe y Evangelio. Casa que la escogió Dios en la ley de gracia, así como la de Abrahán en la escrita, para llamarse Dios de Austria, Dios de Rodolfo, de Felipe y de Fernando. Ésta, pues, escogió el católico y sabio rey para sucesora augusta de su católico celo, para heredera de su gran potencia, para conservadora de su prudente gobierno, para dilatadora de su felicísima monarquía, que el Cielo haga universal. Amén.

EL DISCRETO

AL PRÍNCIPE BALTASAR CARLOS

Señor:

Este feliz asunto, que la amistad pudo hacerle mío, dedicándole yo V. A. le consagro a la eternidad. Pequeño es el don, pero confiado, que si al gran Jerjes le cayó en gusto la vulgar agua brindada, con más realce será lisonja a V. A. el singular sudor de un estudioso, ofrecido en este culto trabajo. Émulo es de *El Héroe,* más que hermano, en el intento y en la dicha, que si aquél se admiró en la mayor esfera del selecto Museo Real, éste aspira al sumo grado del juicioso agrado de V. A. Examínese de águila esta pluma a los rayos de un Sol, que amanece tan brillante a eclipsar lunas y marchitar flores. Señor, pues Vuestra Alteza es el verdadero Discreto, dígnese dar a un imaginado el ser, la vida, la fama de tan augusto patrocinio.

DON VINCENCIO JUAN DE LASTANOSA

APROBACIÓN

DEL DOCTOR DON MANUEL DE SALINAS Y LIZANA,
CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE HUESCA

Por comisión del ilustre señor Jerónimo Arasques, doctor en Derechos, canónigo de esta Santa Iglesia de Huesca, oficial y vicario general del ilustrísimo y reverendísimo señor don Esteban Esmir, obispo de Huesca, del Consejo de su Majestad, vi *El Discreto,* que publica don Vincencio Juan de Lastanosa. Costóme su lectura admiración y cuidado, que ha menester tenerle el más perspicaz ingenio, para no ocupar el tiempo sin lograrle, que hay distancia de lo que percibe el oído a lo que penetra el entendimiento. Sólo el título promete mucho, pero desempeña más, que en genios de remonte de águila está asegurado el acierto en la dificultad del asunto. Todos los que ha logrado este autor (otros emprenden, él logra) son singulares; no lo atribuyo a afectación, sino a fuerza del natural, que el entendimiento siempre busca proporcionado el objeto, por diferenciarle de la voluntad, que es ciega. Dio las primeras luces de su idea a la enseñanza de un príncipe, en *El Héroe* y *Político,* que es muy propio de sol dorar con sus primeros rayos las cumbres. Por ser tan eminente el modo de su enseñanza, dio Arte al Ingenio, que mal se caminara por senda tan desconocida y nueva sin arte. Forma ahora de política general un *Discreto,* si le halla entendido, que ésta es prenda del natural y aquélla del arte y la experiencia. Enseña a un hombre a ser perfecto en todo; por eso no enseña a todos. Autoriza cuerdamente su doctrina con ejemplos de insignes varones de todos siglos, que siempre han menester la virtud y magnanimidad, en nuestra flaqueza, el estímulo. El estilo es lacónico, y tan divinizado, que a fuer de lo más sacro, tiene hasta en la puntuación misterios. Mídese con la grandeza de la materia. Todo conseguirá la aprobación de los entendidos, que no acredita el aplauso de todos, cuando son tan pocos los doctos. Obra es, no para ocupar las horas, sino para lograrlas, que ofrece poco a la lectura, pero mucho al discurso. No contiene cosa contra la Fe,

antes la aviva, porque excita el entendimiento; ni contra las costumbres, pues no trata sino de enseñar a mejorarlas. Y así puede darse licencia para que se imprima. Éste es mi parecer, en Huesca, a 30 de enero de 1646.

MANUEL DE SALINAS Y LIZANA

Vista la Aprobación del señor canónigo Salinas, damos licencia que se imprima el *Varón Discreto.*

EL DR. JERÓNIMO ARASQÜÉS,
Oficial y Vicario general

APROBACIÓN

DEL DOCTOR JUAN FRANCISCO ANDRÉS

El Discreto, de Lorenzo Gracián, que publica don Vincencio Juan de Lastanosa, se me comete de orden del ilustre señor don Miguel Marta, doctor en ambos derechos, del Consejo de su Majestad y Regente de la Real Cancillería del reino de Aragón, para que diga mi sentir y le asegure de los encuentros de las preeminencias reales y bien de la república, en cuyos escollos está muy lejos de peligrar la Discreción. El asunto que describe es tan provechoso cuanto experimentarán los que atentamente le meditaren, que no basta leerle para comprenderle. La cultura de su estilo y la sutileza de sus conceptos se unen con engarce tan relevante, que necesita la atención de sus cuidadosos reparos para aprovecharse de su doctrina. Ostentó sus airosos rasgos en el *Arte de Ingenio* y *Agudeza,* y en otras fatigas de igual artificio, pero ¿quién admirará la singularidad de su idea, pues tiene por cuna a Bílbilis (hoy Calatayud), patria augusta de Marcial, que también se hereda el ingenio como la naturaleza? Las constelaciones influyen con más benevolencia en unos climas que en otros; de aquí nace la abundancia en unos y la necesidad en otros de varones sabios, aunque esta falta se ocasiona muchas veces

de la violencia de los genios, señalando los padres a sus hijos las artes y ciencias que eligió un antojo, sin averiguar sus geniales inclinaciones; de esta causa se originan las desdichas o los aciertos de las repúblicas, porque faltando en ellas la sabiduría y madurez fácilmente vacilan, porque éstas son los ejes políticos donde se asegura la estabilidad. Pudiera la ignorancia desengañarse en sus desaciertos, pero depusiera su malignidad si llegara a conocerlos, y así vanamente desvanecida en su tema, procura adelantarlo y aun persuadirlo, pues desprecia las observaciones de aquellos que examinan la propensión del ánimo. En muchas provincias se practican los dictámenes del acierto y se lucen también, que las artes liberales, encontradas con los sujetos que las profesan, no resplandecen con eminencia, sino con mediocridad.

Estos errores podrá enmendar quien observare las reglas del *Varón Discreto,* porque sin la discreción será lo mismo que un diamante rudo, pues aunque tiene valor intrínseco, no le descubre hasta que el buril lo proporciona, debiendo más luces al artífice que a su oculto replandor; y así merece darse a la estampa.

Huesca, 5 de febrero, 1646.

EL DR. JUAN FRANCISCO ANDRÉS

Imprimatur:
MARTA *Regens.*

A LOS LECTORES

DON VINCENCIO JUAN DE LASTANOSA

El cuarto (que es calidad) de los trabajos de un amigo doy al lucimiento. Muchos faltan hasta doce, que aspiran a tanta emulación. Puedo asegurar que no le desaniman al presente los pasados, aunque el primero fue un *Héroe,* cuya mayor gloria no es haberse visto impreso tantas veces y en tantas leguas, todas de su fama; no haber sido celebrado de las más cultas naciones; no haberle honrado tanto algunos escritores, que injirieron capítulos enteros en sus eruditas obras, como lo es *El Privado Cristiano.* Su verdadero aplauso, y aun su vida, fueron estas reales palabras que dijo, habiéndose dignado de leerle el gran Filipo IV de las Españas: «Es muy donoso este brinquiño; asegúroos que contiene cosas grandes.» Que fue lo mismo que laurearlo de inmortal. Tampoco le retira la crisis real aquella célebre Política del rey don Fernando el Católico, que a votos de juiciosos es lo mejor de este autor. No la prodigiosa *Arte de Agudeza,* por lo raro, erudito e ingenioso, que antes de ella se tenía por imposible hallarle arte al ingenio. Contentóle tanto a un genovés, que la tradujo luego en italiano, y aun se la apropió, que no se contentan éstos con traducir el oro y plata de España, sino que quieren chuparla hasta los ingenios. Ninguno, pues, de los que le preceden, juzgaría que le espanta, si los que le siguen, especialmente un *Atento* y un *Galante,* que le vienen ya a los alcances y le han de pasar a *non plus ultra.*

Mas a dos géneros de lectores he oído quejarse de estas obras; a unos de las cosas y a otros del estilo; aquéllos por sobra de estimación, y éstos por deseársela. Objetan los primeros, y aun se lastimaba la Fénix de nuestro siglo para toda

una eternidad, la excelentísima señora Condesa de Aranda, en fe de sus seis inmortales plumas, de que materias tan sublimes, dignas de solos Héroes, se vulgarizasen con la estampa y que cualquier plebeyo, por precio de un real, haya de malograr lo que no le tiene. Oponen los segundos que este modo de escribir puntual, en este estilo conciso, echa a perder la lengua castellana, destruyendo su claridad, que ellos llaman pureza. ¡Oh, cómo solemnizara este vulgar cargo, si lo oyera, el crítico Barclayo, y aun lo añadiera a su *Satiricón,* donde apasionadamente condena a barbaridad la española llaneza en sus escritores!

Intento responder a entrambos de una vez, y satisfacer a los unos con los otros, de suerte que la objeción primera sea solución de la segunda, y la segunda, de la primera. Digo, pues, que no se escribe para todos, y por eso es de modo que la arcanidad del estilo aumente veneración a la sublimidad de la materia, haciendo más veneradas las cosas el misterioso modo del decirlas. Que no echaron a perder Aristóteles ni Séneca las dos lenguas, griega y latina, con su escribir recóndito. Afectáronle, por no vulgarizar entrambas filosofías, la natural aquél y la moral éste, por más que el Momo inútil los apode a entrambos, de jibia al uno y de arena sin cal al otro.

Merezca, lector discreto, o porque lo eres o para que lo seas, tener vez este arte de Entendidos, estos aforismos de prudencia, en tu gusto y tu provecho.

SONETO ACRÓSTICO AL AUTOR

DEL DOCTOR DON MANUEL DE SALINAS Y LIZANA,
CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE HUESCA

Benjamín de Minerva, no ya en vano
Al mundo el nombre recatar intentes.
Lauro, el laurel con que el nativo mientes
Te corona y te ostenta más ufano.
Hombre que, humilde, hazañas de su mano
A la noticia esconde de las gentes,
Solicita con rayos más lucientes
Aplausos del Apolo soberano.
Repetidos blasones, *El Discreto*
Goce ya de la fama, que ligera
Rompe el aire tu nombre publicando.
Atento ya el *Varón,* varón perfecto,
Corra en la prensa con veloz carrera,
Y váyanse hasta doce continuando,
Así serás tú solo
Norte de ingenios y laurel de Apolo.

EPIGRAMA

DEL DOCTOR JUAN FRANCISCO ANDRÉS
A DON VINCENCIO JUAN DE LASTANOSA

Cuánto a tu genio toda España deba
Contarán tus medallas conocidas,
Si antes la oscuridad *desconocidas*
Juzgó hasta que tu pluma las renueva.

Nuevos aplausos a los doctos mueva
La edición de las luces escondidas
A tus ansias debiendo esclarecidas
El lucimiento, que su autor reprueba.
A cuál debamos más no fácilmente
Se podrá discernir; aquél oculta
Su propio nombre artificiosamente.
Tú, porque del retiro le resulta
Mayor gloria, divulgas diligente
Las sutilezas de su lima culta.

I
Genio e ingenio

ELOGIO

ESTOS dos son los dos ejes del lucimiento discreto; la naturaleza los alterna y el arte los realza. Es el hombre aquel célebre Microcosmos, y el alma su firmamento. Hermanados el genio y el ingenio, en verificación de Atlante y de Alcides, aseguran el brillar, por lo dichoso y lo lucido, a todo el resto de prendas.

El uno sin el otro fue en muchos felicidad a medias, acusando la envidia o el descuido de la suerte.

Plausible fue siempre lo entendido, pero infeliz sin el realce de una agradable genial inclinación; y, al contrario, la misma especiosidad del genio hace más censurable la falta del ingenio.

Juiciosamente, algunos, y no de vulgar voto, negaron poderse hallar la genial felicidad sin la valentía del entender, y lo confirman con la misma denominación de genio, que está indicando originarse del ingenio, pero la experiencia nos desengaña fiel, y nos avisa sabia, con repetidos monstruos en quienes se censuran barajados totalmente.

Son culto ornato del alma, realces cultos, mas lo entendido entre todos corona la perfección. Lo que es el sol en el mayor, es en el mundo menor el ingenio. Y aun por eso fingieron a Apolo dios de la discreción. Toda ventaja en el entender lo es en el ser; y en cualquier exceso de discurso no va menos que el ser más o menos persona.

Por lo capaz se adelantó el hombre a los brutos, y los ángeles al hombre, y aun presume constituir en su primera formalísima infinidad a la misma Divina Esencia. Tanta es la eminente superioridad de lo entendido.

Un sentido que nos falte nos priva de una gran porción de vida y deja como manco el ánimo. ¿Qué será faltar en muchos un grado en el concebir y una ventaja en el discurrir, que son diferentes eminencias?

Hay a veces entre un hombre y otro casi otra tanta distancia como entre el hombre y la bestia, si no en la sustancia, en la circunstancia; si no en la vitalidad, en el ejercicio de ella.

Bien pudiera de muchos exclamar, crítica, la vulpeja: «¡Oh, testa hermosa, mas no tiene interior! En ti hallo el vacuo que tantos sabios juzgaron imposible.» Sagaz anotomía, mirar las cosas por dentro. Engaña de ordinario la aparente hermosura, dorando la fea necedad; y, si callare, podrá desmentir el más simple de los brutos a la más astuta de ellos, conservando la piel de su apariencia. Que siempre curaron de necios los callados; ni se contenta el silencio con desmentir lo falto, sino que lo equivoca en misterioso.

Pero el galante genio se vio sublimado a deidad en aquel, no solamente cojo, sino ciego tiempo, para exageración de su importancia a precio de su eminencia; los que más moderadamente erraron lo llamaron inteligencia asistente al menor de los universos. Cristiano ya el filosofar, no le distingue de una tan feliz cuanto superior inclinación.

Sea, pues, el genio singular, pero no anómalo; sazonado, no paradojo; en pocos se admira como se desea, pues ni aun el heroico se halla en todos los príncipes, ni el culto en todos los discretos.

Nace de una sublime naturaleza, favorecida en todo de sus causas; supone la sazón del temperamento para la mayor alteza de ánimo; débesele la propensión a los bizarros asuntos, la elección de los gloriosos empleos, ni se puede exagerar su buen delecto.

No es un genio para todos los empleos, ni todos los puestos para cualquier ingenio, ya por superior, ya por vulgar. Tal vez se ajustará aquél y repugnará éste, y tal vez se unirán entrambos, o en la conformidad o en la desconveniencia.

Engaña muchas veces la pasión, y no pocas la obligación, barajando los empleos a los genios; vistiera prudente toga el

que desgraciado arnés; acertado aforismo el de Quilón: «Conocerse y aplicarse.»

Comience por sí mismo el Discreto a saber, sabiéndose; alerta a su Minerva, así genial como discursiva, y dêle aliento si es ingenua. Siempre fue desdicha el violentar la cordura, y aun urgencia alguna vez, que es un fatal tormento, porque se ha de remar entonces contra las corrientes del gusto, del ingenio y de su estrella.

Hasta en los países se experimenta esta connatural proporción o esta genial antipatía; más sensiblemente en las ciudades, con fruición en unas, con desazón en otras, que suele ser más contrario el porte al genio que el clima al temperamento. La misma Roma no es para todos genios ni ingenios, ni a todos se dio gozar de la culta Corinto. La que es centro para uno, es para el otro destierro; y aun la gran Madrid, por ser madre del mundo desde el Oriente hasta el Ocaso, en fe del Gran Filipo en su cuarta esfera, algunos la reconocen madrastra. ¡Oh, gran felicidad topar cada uno y distinguir su centro! No anidan bien los grajos entre las musas, ni los varones sabios se hallan entre el cortesano bullicio, ni los cuerdos en el áulico entretenimiento.

En la variedad de las naciones es donde se aprueban y aun se apuran, al contraste de tan varios naturales y costumbres. Es imposible combinar con todas, porque, ¿quién podrá tolerar la aborrecible soberbia de ésta, la despreciable liviandad de aquélla, lo embustero de la una, lo bárbaro de la otra, si no es que la conformidad nacional en los mismos achaques haga gusto de lo que fuera violencia?

Gran suerte es topar con hombres de su genio y de su ingenio; arte es saberlos buscar; conservarlos, mayor; fruición es el conversable rato y felicidad la discreta comunicación, especialmente cuando el genio es singular o por excelente o por extravagante; que es infinita su latitud, aun entre los dos términos de su bondad o su malicia, la sublimidad o la vulgaridad, lo cuerdo o lo caprichoso; unos comunes, otros singulares.

Inestimable dicha cuando diere lugar lo precioso de la suerte a lo libre de la elección, que ordinariamente aquélla

se adelanta y determina la mansión y aun el empleo, y, lo que más se siente, la misma familiaridad de amigos, sirvientes y aun consortes, sin consultarlo con el genio, que por esto hay tantos quejosos de ella, penando en prisión forzosa y arrastrando toda la vida ajenos yerros.

Cuál sea preferible en caso de carencia o cuál sea ventajoso en el de exceso, el buen genio o el ingenio, hace sospechoso el juicio. Puede mejorarlos la industria y realzarlos el arte. Primera felicidad, participarlos en su naturaleza heroicos, que fue sortear alma buena. Malograron esta dicha muchos y magnates, errando la vocación de su genio y de su ingenio.

Compítense de extremos uno y otro para ostentar a todo el mundo, y aun a todo el tiempo, un coronado prodigio en el príncipe, nuestro señor, el primero Baltasar y segundo Carlos, porque no tuviese otro segundo que a sí mismo y él solo se fuese primero. ¡Oh, gloriosas esperanzas que en tan florida primavera nos ofrecen católico Julio de valor y aun Augusto de felicidad!

II

Del señorío en el decir y en el hacer

DISCURSO ACADÉMICO

Es la humana naturaleza aquella que fingió Hesíodo, Pandora. No la dio Palas la sabiduría, ni Venus la hermosura; tampoco Mercurio la elocuencia, y menos Marte el valor, pero sí el arte, con la cuidadosa industria, cada día la van adelantando con una y con otra perfección. No la coronó Júpiter con aquel majestuoso señorío en el hacer y en el decir, que admiramos en algunos; dióselo la autoridad conseguida con el crédito, y el magisterio alcanzado con el ejercicio.

Andan los más de los hombres por extremos. Unos, tan desconfiados de sí mismos, o por naturaleza propia o por malicia ajena, que les parece que en nada han de acertar, agraviando su dicha y su caudal, siquiera en no probarlo; en todo

hallan qué temer, descubriendo antes los topes que las conveniencias, y ríndense tanto a esta demasía de su poquedad, que, no atreviéndose a obrar por sí, hacen procura a otros de sus acciones y aun quereres. Y son como los que no se osan arrojar al agua sino sostenidos de aquellos instrumentos que comúnmente tienen de viento lo que les falta de sustancia.

Al contrario, otros tienen una plena satisfacción de sí mismos; viven tan pagados de todas sus acciones, que jamás dudaron, cuanto menos condenaron alguna. Muy casados con sus dictámenes, y más cuanto más erróneos; enamorados de sus discursos, como hijos más amados cuanto más feos, y como no saben de recelo, tampoco de descontento. Todo les sale bien, a su entender; con esto viven contentísimos de sí, y mucho tiempo, porque llegaron a una simplicísima felicidad.

Entre estos dos extremos de imprudencia se halla el seguro medio de cordura, y consiste en una audacia discreta, muy asistida de la dicha.

No hablo aquí de aquella natural superioridad que señalamos por singular realce al Héroe, sino de una cuerda intrepidez, contraria al deslucido encogimiento, fundada, o en la comprensión de las materias, o en la autoridad de los años, o en la calificación de las dignidades, que en fe de cualquiera de ellas puede uno hacer y decir con señorío.

Hasta las riquezas dan autoridad. Dora las más veces el oro las necias razones de sus dueños, comunica la plata su argentado sonido a las palabras, de modo que son aplaudidas las necedades de un rico, cuando las sentencias de un pobre no son escuchadas.

Pero la más ventajosa superioridad es la que se apoya en la adecuada noticia de las cosas, del continuado manejo de los empleos. Hácese uno primero señor de las materias, y después entra y sale con despejo, puede hablar con magistral potestad y decir como superior a los que atienden, que es fácil señorearse de los ánimos después si de los puntos primero.

No basta la mayor especulación para dar este señorío; requiérese el continuado ejercicio en los empleos; que de la continuidad de los actos se engendra el hábito señoril.

Comienza por la naturaleza y acaba de perfeccionarse con

el arte. Todos los que lo consiguen se hallan las cosas hechas; la superioridad misma les da facilidad, que nada les embaraza; de todo salen con lucimiento. Campean al doble sus hechos y sus dichos; cualquiera medianía, socorrida del señorío, pareció eminencia, y todo se logra con ostentación.

Los que no tienen esta superioridad entran con recelo en las ocasiones, que quita mucho del lucimiento, y más si se diere a conocer. Del recelo nace luego el temor, que destierra criminalmente la intrepidez, con que se deslucen y aun se pierden la acción y la razón, ocupa el ánimo, de suerte que le priva de su noble libertad, y sin ella se ataja el discurrir, se hiela el decir y se impide el hacer, sin poder obrar con desahogo, de que depende la perfección.

El señorío en el que dice concilia luego respeto en el que oye, hácese lugar en la atención del más crítico y apodérase de la aceptación de todos. Ministra palabras y aun sentencias al que dice, así como el temor las ahuyenta, que un encogimiento basta a helar el discurso, y, aunque sea un raudal de elocuencia, lo embarga la frialdad de un temor.

El que entra con señorío, ya en la conversación, ya en el razonamiento, hácese mucho lugar y gana de antemano el respeto, pero el que llega con temor, él mismo se condena de desconfiado y se confiesa vencido; con su desconfianza da pie al desprecio de los otros, por lo menos a la poca estimación.

Bien es verdad que el varón sabio ha de ir deteniéndose, y más donde no conoce; entra con recato sondando los fondos, especialmente si presiente profundidad, como lo encargaremos en nuestros *Avisos al Varón Atento.*

Con los príncipes, con los superiores y con toda gente de autoridad, aunque conviene, y es preciso reformar esta señoril audacia, pero no de modo que dé en el otro extremo de encogimiento. Aquí importa mucho la templanza, atendiendo a no enfadar por lo atrevido, ni deslucirse por lo desanimado; no ocupe el temor, de modo que no acierte a parecer, ni la audacia le haga sobresalir.

Hay condiciones de personas que es menester entrarles con superioridad, no sólo en caso de mandar, sino de pedir y de

rogar, porque si estos tales conciben que se les tiene respeto, no digo ya recelo, se engríen a intolerables; y éstos comúnmente son de aquellos que los humilló bien naturaleza y los levantó mal su suerte. Sobre todo, Dios nos libre de la vil soberbia de remozos de palacio, insolentes de puerta y de saleta.

Brilla este superior realce en todos los sujetos, y más en los mayores. En un orador es más que circunstancia. En un abogado, de esencia. En un embajador es lucimiento. En un caudillo, ventaja; pero en un príncipe es extremo.

Hay naciones enteras majestuosas, así como otras sagaces y despiertas. La española es por naturaleza señoril; parece soberbia lo que no es sino un señorío connatural. Nace en los españoles la gravedad del genio, no de la afectación, y así como otras naciones se aplican al obsequio, ésta no, sino al mando.

Realza grandemente todas las humanas acciones, hasta el semblante, que es el trono de la decencia. El mismo andar, que en las huellas suele estamparse el corazón, y allí suelen rastrearlo los juiciosos en el obrar y en el hablar con eminencia, que la sublimidad de las acciones la adelanta al doble la majestad en el obrarlas.

Nácense algunos con un señorío universal en todo cuanto dicen y hacen, que parece que ya la naturaleza los hizo hermanos mayores de los otros; nacieron para superiores, si no por dignidad de oficio, de mérito. Infúndeseles en todo un espíritu señoril, aun en las acciones más comunes; todo lo vencen y sobrepujan. Hácense luego señores de los demás, cogiéndoles el corazón, que todo cabe en su gran capacidad, y aunque tal vez tendrán los otros más ventajosas prendas de ciencia, de nobleza y aun de entereza, con todo eso prevalece en éstos el señorío, que los constituye superiores, si no en el derecho, en la posesión.

Salen otros del torno de su barro ya destinados para la servidumbre de unos espíritus serviles, sin género de brío en el corazón, inclinados al ajeno gusto y ceder el propio a cuantos hay. Éstos no nacieron para sí, sino para otros, tanto, que alguno fue llamado el de todos. Otros dan en lisonjeros, aduladores, burlescos, y peores empleos, si los hay. ¡Oh, cuántos

hizo superiores la suerte en la dignidad y la naturaleza esclavos en el caudal!

Este coronado realce, como es rey de los demás, lleva consigo gran séquito de prendas; síguele el despejo, la bizarría de acciones, la plausibilidad y ostentación, con otras muchas de este lucimiento. Quien las quisiere admirar todas juntas, hallarlas ha en el excelentísimo señor don Fernando de Borja, hijo del benjamín de aquel gran Duque santo, heredado en los bienes de su diestra, digo, en su prudencia, en su entereza y en su cristiandad, que todas ellas le hicieron amado, no Virrey, sino padre en Aragón, venerado en Valencia, favorecido del grande de los Filipos en lo más, que es confiarle a su prudente, majestuosa y cristiana disciplina un Príncipe único, para que le enseñe a ser rey y a ser héroe, a ser fénix, émulo del celebrado Aquiles, en fe de su enseñanza.

Y aunque todos estos realces la veneran reina, atiende mucho esta gran prenda a que no la desluzcan algunos defectos que, como sabandijas, siguen de ordinario. La grandeza puede tal vez degenerar, por exceso, en afectación, en temeridad imprudente, en el aborrecible entretenimiento, vana satisfacción y otros tales, que todos son grandes padrastros de la discreción y de la cordura.

III

Hombre de espera

ALEGORÍA

En un carro y en un trono, fabricado éste de conchas de tortugas, arrastrado aquél de rémoras, iba caminando la Espera por los espaciosos campos del Tiempo al palacio de la Ocasión.

Procedía con majestuosa pausa, como tan hechura de la Madurez, sin jamás apresurarse ni apasionarse; recostada en dos cojines que la presentó la Noche, sibilas mudas del mejor consejo en el mayor sosiego. Aspecto venerable, que lo hermosean más los muchos días; serena y espaciosa frente, con

ensanches de sufrimiento, modestos ojos entre cristales de disimulación; la nariz grande, prudente desahogo de los arrebatamientos de la irascible y de las llamaradas de la concupiscible; pequeña boca con labios de vaso atesorador, que no permiten salir fuera el menor indicio del reconcentrado sentimiento porque no descubra cortedades del caudal; dilatado el pecho, donde se maduran y aun podrecen los secretos, que se malogran comúnmente por aborto; capaz estómago, hecho a grandes bocados y tragos de la fortuna, de tan grande buche, que todo lo digiere; sobre todo, un corazón de un mar, donde quepan las avenidas de pasiones y donde se contengan las más furiosas tempestades, sin dar bramidos, sin romper sus olas, sin arrojar espumas, sin traspasar ni un punto los límites de la razón. Al fin, toda ella de todas maneras grande: gran ser, gran fondo y gran capacidad.

Su vestir no era de gala, sino de decencia; más cumplido cuanto más ajustado, que lo aliñó el Decoro. Tiene por color propio suyo el de la Esperanza, y lo afecta en sus libreas, sin que haya jamás usado otro, y entre todos aborrece positivamente el rojo, por lo encendido de su cólera primero y de su empacho después. Ceñía sus sienes, por vencedora y por reina, que quien supo disimular supo reinar, con una rama del moral prudente.

Conducía la Prudencia el grave séquito. Casi todos eran hombres, y muy mucho algunas raras mujeres. Llevaban todos báculos por ancianos y peregrinos; otros se afirmaban en los cetros, cayados, bastones y aun tiaras, que los más eran gente de gobierno. Ocupaban el mejor puesto los italianos, no tanto por haber sido señores del mundo, cuanto porque lo supieron ser. Muchos españoles, pocos franceses; algunos alemanes y polacos, que a la admiración de no ir todos satisfizo la política juiciosa con decir que aquella su detenida común pausa procede más de lo helado de su sangre que de lo detenido de su espíritu; quedaba un grande espacio de vacío, que se decía haber sido de la prudentísima nación inglesa, pero que desde Enrico VIII acá faltaban al triunfo de la cordura y de la entereza. Sobresalían por su novedad y por su traje los políticos Chinas.

Iban muy cerca del triunfante carro algunos grandes hombres que los hizo famosos esta coronada prenda, y ahora, en llevarlos a su lado, mostraba su estimación. Allí iba el tardador Fabio Máximo, que con su mucha espera desvaneció la gallardía del mejor cartaginés y restauró la gran república romana. A su lado campeaba el bastón de los franceses, consumiendo sus numerosas huestes con la detención y acabando con la vida y con la paciencia de Filipo. El Gran Capitán, muy conocido por su empresa, que sacó en Barleta: aquélla que con grande ingenio enseñaba a tener juicio y le valió un reino, conquistado más con la cordura que con la braveza. Antes de él, el magnánimo aragonés, forjando a fuego lento de las cadenas de su prisión una corona. Iban muchos filósofos y sabios, catedráticos de ejemplo y maestros de experiencia.

Gobernaba el Tiempo la autorizada pompa, que el mismo ir tropezando con sus muletas era lo que mejor le salía. Cerraba la Sazón por retaguardia, ladeada del Consejo, del Pensar, de la Madurez y del Seso. Era esto una muy tarde, cuando vivamente les comenzó a tocar arma un furioso escuadrón de monstruos, que lo es todo extremo de pasión, el indiscreto Empeño, la Aceleración imprudente, la necia Facilidad y el vulgar Atropellamiento; la Inconsideración, la Prisa y el Ahogo, toda gente del vulgacho de la Imprudencia.

Conoció su grande riesgo la Espera por no llevar armas ofensivas, faltar el polvorín —que es munición vedada en su milicia—, por estar reformado el Ímpetu y desarmado el Furor.

Mandó hacer alto a la Detención, y ordenó a la Disimulación que los entretuviese mientras consultaba lo hacedero. Discurrióse con prolijidad, muy a la española, pero con igual provecho.

Decía el sabio Biante, gran benemérito de esta gran señora de sí misma, que imitase a Júpiter, el cual no tuviera ya rayos si no tuviera Espera. Luis XI de Francia votó que se disimulase con ellos, que él no había enseñado ni más gramática ni más política a su sucesor. El rey don Juan II de los aragoneses (que hay naciones de Espera, y ésta lo es por extremo, y de la Prudencia) la dijo que advirtiese que hasta hoy más había

obrado la tardanza española que la cólera francesa. El grande Augusto coronó su voto y sus aciertos con el *festina lente.* El Duque de Alba volvió a repetir su razonamiento en la jornada sobre Lisboa.

Dijeron todos mucho en breve. Dilatóse más el Católico rey don Fernando, como príncipe de la Política —y eslo mucho la Espera—. «Sea uno —decía— señor de sí, y lo será de los demás. La detención sazona los aciertos y madura los secretos; que la aceleración siempre pare hijos abortivos sin vida de inmortalidad. Hase de pensar despacio y ejecutar de presto; ni es segura la diligencia que no nace de la tardanza. Tan presto como alcanza las cosas, se le caen de las manos, que a veces el estampido del caer fue el aviso del haber tomado. Es la Espera fruta de grandes corazones y muy fecunda de aciertos. En los hombres de pequeño corazón, ni caben el tiempo ni el secreto.» Concluyó con este oráculo catalán: *Deu no pega de bastó, sino de saó.*

Pero el gran Triunfador de Reyes, Carlos V, aquél que en Alemania, con más espera que gente, quebrantó las mismas peñas, las duras y las graves, la aconsejó que, si quería vencer, pelease a su modo: esto es, que esgrimiese la muleta del Tiempo, mucho más obradora que la acelerada clava de Hércules. Ejecutólo tan felizmente, que pudo al cabo frustrar el ímpetu y enfrenar el orgullo a aquellas más furias que las infernales, y quedó victoriosa, repitiendo: «El tiempo y yo, a otros dos.»

Este suceso contó el Juicio al Desengaño, como quien se halló presente.

IV
De la galantería

MEMORIAL A LA DISCRECIÓN

Tienen su bizarría las almas, harto más relevante que la de los cuerpos: gallardía del espíritu, con cuyos galantes actos queda muy airoso un corazón. Llévanse los ojos del alma bellezas interiores, así como los del cuerpo la exterior; y son

más aplaudidas aquéllas del juicio que lisonjeada ésta del gusto.

Soy realce en nada común y, aunque universal en los objetos, en los sujetos soy muy singular. No quepo en todos, porque supongo magnanimidad, y con tener tantos pechos un villano, para la galantería no le tiene.

Tuve por centro el corazón de Augusto, que excusándose conmigo venció la vulgar murmuración y triunfó galante de los públicos convicios, quedando más memorable su grandeza de haberlos despreciado que la romana libertad de haberlos dicho.

Así que mi esfera es la generosidad, blasón de grandes corazones y grande asunto mío; hablar bien del enemigo y aun obrar mejor; máxima de la divina fe, que apoya tan cristiana galantería.

Mi mayor lucimiento libro en los apretados lances de la venganza; no se los quito, sino que se los mejoro, convirtiéndola cuando más ufana en una impensada generosidad con aclamaciones de crédito.

Por este camino consiguió la inmortal reputación Luis XII, que siempre fueron galantes los franceses, digo, los nobles. Temíanle rey los que le injuriaron duque, mas él, transformando la venganza en bizarría, pudo asegurarlos con aquel más repetido que asaz apreciado dicho: «¡Eh!, que no venga el Rey de Francia los agravios hechos al Duque de Orleáns.» Pero ¿qué mucho quepan estas bizarrías en un rey de hombres, cuando campean en el de las fieras? Puede el león enseñar a muchos galantería, que las fieras se humanan cuando los hombres se enfierecen, y si degeneraron tal vez, fue (a ponderación de Marcial) por haberse maleado entre los hombres.

Soy política también, y aun la gala de la mayor razón de Estado, que ésta y yo hicimos inmortal al rey don Juan el Segundo, el de Aragón, digo el día en que en aquel célebre teatro de su fama, Cataluña, trocó la más irritada venganza en la más inaudita clemencia: en viéndose vencedor del catalán, pasó a serlo de sí mismo. ¡Oh, nuevo y raro modo de entrar triunfando en la tan cara Barcelona en carros de miseri-

cordia! Que fue entrada en los corazones, con vítores de padre español y desengaños del extranjero padrastro.

No estimo tanto las victorias que consigo de la envidia, si bien mi mayor émula; solicítolas, pero no las blasono; nunca afecto vencimientos, porque nada afecto, y cuando los alcanza el merecimiento los disimula la ingenuidad.

Pierdo tal vez de mi derecho, para adelantarme más, y, cuando parece que me olvido del decoro en el ceder, me levanto con la reputación en el exceder. Transformo en gentileza lo que fuera un vulgar desaire; pero no cualquiera, que las quiebras de infamia con ningún artificio se sueldan.

Fue siempre grande sutileza hacer gala de los desaires y convertir en realces de la industria los que fueron disfavores de la naturaleza y de la suerte. El que se adelanta a confesar el defecto propio cierra la boca a los demás; no es desprecio de sí mismo, sino heroica bizarría, y, al contrario de la alabanza, en boca propia se ennoblece.

Soy escudo bizarro en los agravios, socorriendo con notable destreza en las burlas y en las veras. Con un cortesano desliz, ya de un mote y ya de una sentencia, doy salida muchas veces a muchos graves empeños, y saco airosamente del más confuso laberinto.

Gran consorte del despejo y muy favorecida de él, adelantando siempre las acciones, porque las especiosas en sí las realzo más, y las sospechosas las doro a título de despejo y a excusa de bizarría. Desembarázame tal vez de un recato majestuoso a lo humano, de un encogimiento religioso a lo cortés, de un melindre femenil a lo discreto, y lo que se condenara por descuido del decoro se disimula por galantería de condición; pero siempre con templanza, no deslice a demasía, por estar muy a los confines de la liviandad.

Tengo grandes contrarios, para que sean más lucidas mis victorias; atropello muchos vicios, para valer por muchas virtudes; de sola la vileza triunfo con algo de afectación, que jamás la supe hacer, y aborrezco de oposición toda poquedad, ya de envidia, ya de miseria. Préciome de muy noble y lo soy, hidalga de condición y de corazón. Tengo por empresa al gavilán, el galante de las aves, aquél que perdona por la maña-

na al pajarillo que le sirvió de calentador toda la noche, si pudo darle calor la sangre helada del miedo, y, prosiguiendo con la comenzada gentileza, vuela a la contraria parte que él voló, por no encontrarle y poner otra vez su generosidad en contingencia.

Todo grande hombre fue siempre muy galante, y todo galante, héroe, porque o supongo o comunico la bizarría de corazón y de condición. Toda prenda campea mucho en el varón grande, y más, cuanto mayor, porque, juntas entonces la grandeza del realce y la del sujeto, doblan la perfección.

Pareceré a algunos realce nuevo, pero no a aquellos que ha mucho me admiran en aquella mayor esfera de mi lucimiento, el excelentísimo Conde de Aranda; aquél, digo, que ha hecho tantos y tan relevantes servicios a su Dios en culto, a su rey en donativo y a su patria en celo; aquél a quien debe más esplendor su real casa de Urrea que a todos juntos sus antepuestos soles; aquél que ha eternizado juntamente su piedad cristiana y su nobilísima grandeza en conventos, en palacios y en hazañas, y todo esto con grande galantería, consiguiendo el inmortal renombre de bizarro, de galante, de magnánimo y héroe máximo de Aragón, a sombra de cuyo patrocinio llego yo a darte, ¡oh, gran reina de lo discreto!, este memorial de mis méritos, con pretensiones de que me admitas al plausible cortejo de tus heroicas, inmortales y válidas prendas.

V

HOMBRE DE PLAUSIBLES NOTICIAS

RAZONAMIENTO ACADÉMICO

Más triunfos le consiguió a Hércules su discreción que su valor; más plausible le hicieron las brillantes cadenillas de su boca que la formidable clava de su mano; con ésta rendía monstruos, con aquéllas aprisionaba entendidos, condenándolos a la dulce suspensión de su elocuencia, y, al fin, más se le rindieron al tebano discreto que valiente.

Luce, pues, en algunos una cierta sabiduría cortesana, una conversable sabrosa erudición, que los hace bien recibidos en todas partes, y aun buscados de la atenta curiosidad.

Un modo de ciencia es éste que no lo enseñan los libros ni se aprende en las escuelas; cúrsase en los teatros del buen gusto y en el general tan singular de la discreción.

Hállanse unos hombres apreciadores de todo sazonado dicho y observadores de todo galante hecho, noticiosos de todo lo corriente en cortes y en campañas. Éstos son los oráculos de la curiosidad y maestros de esta ciencia del buen gusto.

Vase comunicando de unos a otros en la erudita conversación, y la tradición puntual va entregando estas sabrosísimas noticias a los venideros entendidos, como tesoros de la curiosidad y de la discreción.

En todos siglos hay hombres de alentado espíritu, y en el presente los habrá no menos valientes que los pasados, sino que aquéllos se llevan la ventaja de primeros, y lo que a los modernos les ocasiona envidia, a ellos autoridad; la presencia es enemiga de la fama. El mayor prodigio, por alcanzado, cayó de su estimación; la alabanza y el desprecio van encontrados en el tiempo y el lugar: aquélla siempre de lejos y éste siempre de cerca.

La primera y más gustosa parte de esta erudición plausible es una noticia universal de todo lo que en el mundo pasa, trascendiendo a las cortes más extrañas, a los emporios de la fortuna. Un práctico saber de todo lo corriente, así de efectos como de causas, que es cognición entendida, observando las acciones mayores de los príncipes, los acontecimientos raros, los prodigios de la naturaleza y las monstruosidades de la fortuna.

Goza de los suavísimos frutos del estudio, registrando lo ingenioso en libros, lo curioso en avisos, lo juicioso en discursos y lo *picante* en sátiras. Atiende a los aciertos de una monarquía con felicidad, a los desaciertos de la otra con desdicha. Ni perdona a los estruendos marciales en armadas por la mar, en ejércitos por tierra, suspensión del mundo, empleo mayor de la fama, ya engañada, ya engañosa.

Su mayor realce es una juiciosa comprensión de los sujetos, una penetrante cognición de los principales personajes de esta actual tragicomedia de todo el universo; da su definición a cada príncipe y su aplauso a cada héroe. Conoce en cada reino y provincia los varones eminentes por sabios, valerosos, prudentes, galantes, entendidos, y, sobre todo, santos, astros todos de primera magnitud y majestuoso lucimiento de las repúblicas. Dale su lugar a cada uno quilatando las eminencias y apreciando su valor. Pone también en su juiciosa nota lo paradojo del un príncipe, lo extravagante del otro señor, lo afectado de éste, lo vulgar de aquél, y con esta moral anotomía puede hacer concepto de las cosas y ajustar el crédito a la verdad. Esta cognición superiormente culta sirve para mejor apreciar los dichos y los hechos, procurando siempre de sacar la enseñanza; si no la admiración, por lo menos la noticia.

Sobre todo tiene una tan sazonada como curiosa copia de todos los buenos dichos y galantes hechos, así heroicos como donosos: las sentencias de los prudentes, las malicias de los críticos, los chistes de los áulicos, las sales de Alenquer, los picantes del Toledo, las donosidades del Zapata, y aun las galanterías del Gran Capitán, dulcísima munición toda para conquistar el gusto.

Mas subiendo de punto y tiempo, tiene con letras de aprecio las sentencias de Filipo II, los apotegmas de Carlos y las profundidades del Rey Católico. Si bien los más frescos, y corriendo donaire, son los que tienen más sal y los más apetitosos. Los flamantes hechos y modernos dichos, añadiendo a lo excelente la novedad, recambian el aplauso, porque sentencias rancias, hazañas carcomidas, es tan cansada como propia erudición de pedantes y gramáticos.

Más sirvió a veces esta ciencia usual, más honró este arte de conversar, que todas juntas las liberales. Es arte de ventura, que si la da el Cielo, poco de aquéllas basta, digo para lo provechoso, que no para lo adecuado. No excluye las demás graves ciencias, antes las supone por basa de su realce. Así como la cortesía asienta muy bien sobre el tener, así esta parte de discreción sobre alguna otra grande eminencia cae como esmalte. Lo que dice es que ella es la hermosura for-

mal de todas, realce del mismo saber, ostentación del alma, y que tal vez aprovechó más saber escribir una carta, acertar a decir una razón, que todos los Bártulos y Baldos.

Varones hay eminentes en esta galante facultad, pero tan raros son como selectos, tesoreros de la curiosidad, emporios de la erudición cortesana, que, si no hubiera habido quien observara primero y conservara después los heroicos dichos del Macedón y su padre, de los Césares romanos y Alfonsos aragoneses, los sentenciosos de los Siete de la fama, hubiéramos carecido del mayor tesoro del entendimiento, verdadera riqueza de la vida superior.

Cuando encontrares con algún valiente genio de éstos, que entre millares será alguno, aunque lo busques con la antorcha al mediodía; logra la ocasión, disfruta las sazonadas delicias de la erudición, que si con hambre solicitamos los libros ingeniosos y discretos, con fruición se han de lograr los mismos oráculos de lo discreto, de lo juicioso, sazonado y entendido.

Siempre nos lleva a buscar a otro la concupiscencia propia, ya interesal, ya desvanecida, mas aquí gustosa por lo agradable del saber, por lo apetitoso del notar. No seas tú de aquellos que bárbaramente se envidian a sí mismos el gusto del saber, por deslucirle al otro el aplauso del enseñar.

Vuelven algunos de los emporios del mundo tan a lo bárbaro como se fueron, que quien no llevó la capacidad no la puede traer llena de noticias; llevaron poco caudal, y así hicieron corto empleo de observaciones; mas el discreto, como la gustosa abeja, viene libando el noticioso néctar que entresacó de lo más florido, que es lo más granado. No es la ambrosía para el gusto del necio, ni se hallan estas estimables noticias en gente vulgar, que en éstos nunca salen de su rincón ni el gusto ni el conocimiento; no dan ni un paso más adelante de lo que tienen presente.

Ponen otros su felicidad en su vientre, sólo toman de la vida el comer, que es lo más vil; de las potencias superiores no se valen ni las emplean; ocioso vive el discurso, desaprovechado muere el entendimiento. De aquí es que muchos de los señores no llevan ventaja a los demás sino en los objetos

de los sentidos, que es lo ínfimo del vivir, quedando tan pobres de entendimiento como ricos de pobres bienes. No vive vida de hombre sino el que sabe. La mitad de la vida se pasa conversando. La noticiosa erudición es un delicioso banquete de los entendidos, y destínase este realce de la mayor discreción al mejor gusto del excelentísimo Marqués de Colares, don Jerónimo de Ataide, pues se ideó de su noticiosa erudición. Será algún día desempeño de mi veneración el docto lucimiento de su asunto, la inmortalidad de sus obras.

VI
No sea desigual

CRISIS

No se acreditan los vicios por hallarse en grandes sujetos, antes bien ofende más la mancha en el brocado que en el sayal. Es la desigualdad achaque de grandes y aun de príncipes, en algunos por naturaleza, en los más por afectación.

Es de mar su condición y aun para marear, que hoy lisonjea lo que mañana abomina, y en dos inmediatos instantes no levanta en el uno hasta las estrellas sino para abatir en el otro hasta los abismos.

En tan anómalo proceder suelen perderse los bisoños, cuando ganarse los expertos, que hay grandes maestros del arte de marear en Palacio; a éstos les es materia de risa, como a escarmentados, lo que a aquéllos de confusión; anímanse unos con lo mismo que otros desmayan, porque saben que la misma mudanza que hoy atormenta con el desvío, mañana rogará con el favor. Está el remedio en el mismo origen del mal, que es la ordinaria desigualdad.

¡Oh, el prudente! ¡Qué tranquilo costea las puntas y los esteros! ¡Qué señor mide los golfos! Ni se paga de sus finezas, ni se rinde a sus sequedades, porque no se le hace nueva cualquiera mudanza en sus extremos.

Ni se funda tan monstruosa desigualdad en la razón, que toda es acasos, y los menos acordados. No depende de causas ni de méritos, que el mudarse con las cosas aún sería excusable, y

tal vez cordura. Lo que hoy es el blanco de su sí, mañana es el negro de su no, y ahora gusto lo que después desabrimiento, uno y otro sin por qué, para proseguir o perseguir de balde.

Es trivial achaque de soberanos lo antojadizo, que, como tienen tan exento el gusto, da en vaguear. En los mayores suele niñear más, y les parece que es ejercitar el señorío en ya querer, ya no querer.

El varón cuerdo siempre fue igual, que es crédito de entendido, ya que no en el poder, en el querer; de suerte que la necesidad violente las fuerzas, pero no los afectos, y aun entonces preceden a su mudanza todas las circunstancias en su abono, atestiguando que no es variedad, sino urgencia.

No sólo son estos altibajos con las personas, pero con las virtudes, para llevarlo todo parejo. Notable desigualdad la de Demetrio, bien censurada de muchos. Era cada día otro de sí mismo, y en la guerra muy diferente que en la paz, porque en aquélla era centro de todas las virtudes y en ésta de todos los vicios, de suerte que en la guerra hacía paces con las virtudes y volvía a hacerles guerra en la paz: tanto pueden mudar a un hombre el ocio o el trabajo.

Pero, ¿qué desigualdad más monstruosa que la de Nerón? No se venció a sí mismo, sino que se rindió. Algunos a sí mismos buenos, se compiten mejores, que es gran victoria de la perfección, pero otros no son vencedores de sí, sino vencidos, rindiéndose a la deterioridad.

Si la desigualdad fuera de lo malo a lo bueno, fuera buena, y si de lo bueno a lo mejor, mejor; pero comúnmente consiste en deteriorarse, que el mal siempre lo vemos de rostro y el bien de espaldas. Los males vienen y los bienes van.

Diránme que todo es desigualdades este mundo, y que sigue a lo natural lo moral. La misma tierra, que se empina en los montes, se humilla después en los valles, solicitando su mayor hermosura en su mayor variedad. ¿Qué cosa más desigual que el mismo tiempo, ya coronándose de flores, ya de escarchas? Y todo el universo es una universal variedad, que al cabo viene a ser armonía. Pues si el hombre es un otro mundo abreviado, ¿qué mucho que cifre en sí la variedad? No será fealdad, sino una perfecta proporción compuesta a desigualdades.

Pero no hay perfección en variedades del alma que no dicen con el Cielo. De la luna arriba no hay mudanza. En materia de cordura, todo altibajo es fealdad. Crecer en lo bueno es lucimiento, pero crecer y descrecer es estulticia, y toda vulgaridad, desigualdad.

Hay hombres tan desiguales en las materias, tan diferentes de sí mismos en las ocasiones, que desmienten su propio crédito y deslumbran nuestro concepto: en unos puntos discurren que vuelan; en otros, ni perciben ni se mueven. Hoy todo les sale bien, mañana todo mal, que aun el entendimiento y la ventura tienen desiguales. Donde no hay disculpa es en la voluntad, que es crimen del albedrío, y su variar no está lejos del desvariar. Lo que hoy ponen sobre su cabeza, mañana lo llevan entre pies, por no tener pies ni cabeza. Hacen con esto tan enfadosa su familiaridad, que huyen todos de ellos, remitiéndolos al vulgar averiguador que los entienda. Sóbrale al mar de amargura lo que le falta de firmeza, pereciendo los que se le fían sin estrella.

Mudó sin duda la fama a Gandía su *non plus ultra* de toda heroicidad, de toda cristiandad, discreción, cultura, agrado, plausibilidad y grandeza en aquellos dos héroes consortes, el Excelentísimo Señor Duque don Francisco de Borja y la Excelentísima Duquesa doña Artemisa de Oria y Colona, gran señora mía. Participando ínclitamente entrambos de sus dos esclarecidos timbres, el eterno blasón de su firmeza en todo lo excelente, en todo lo lucido, en todo lo realzado, en todo lo plausible, en todo lo dichoso y en todo lo perfecto: siempre los mismos y siempre heroicos.

VII

El hombre de todas horas

CARTA A DON VINCENCIO JUAN DE LASTANOSA

No siempre se ha de reír con Demócrito, ni siempre se ha de llorar con Heráclito, discretísimo Vincencio. Dividiendo los tiempos el Divino Sabio, repartió los empleos. Haya vez

para lo serio y también para lo humano, hora propia y hora ajena. Toda acción pide su sazón; ni se han de barajar, ni se han de singularizar; débese el tiempo a todas las tareas, que tal vez se logra y tal vez se pasa.

El varón de todos ratos es señor de todos los gustos y es buscado de todos los discretos. Hizo la naturaleza al hombre un compendio de todo lo natural; haga lo mismo el arte de todo lo moral. Infeliz genio el que se declara por de una sola materia, aunque sea única, aun la más sublime; pues ¿qué, si fuere vulgar, vicio común de los empleos? No sabe platicar el soldado sino de sus campañas, y el mercader de sus logros; hurtándole todos el oído al unítono, la atención al impertinente, y si tal vez se vencen, es en conjuración de fisga.

Siempre fue hermosamente agradable la variedad, y aquí lisonjera. Hay algunos, y los más, que para una cosa sola los habéis de buscar, porque no valen para dos; hay otros que siempre se les ha de tocar un punto y hablar de una materia, no saben salir de allí; hombres de un verbo, Sísifos de la conversación, que apedrean con un tema. Tiembla de ellos con razón todo discreto, que, si se echa un necio de éstos sobre su paciencia, llegará a verter el juicio por los poros, y, por temor de contingencia tan penosa, codicia antes la estéril soledad y vive al siglo de oro interiormente.

Aborrecible *ítem* el de algunos, enfadoso macear, que todo buen gusto lo execra, deprecando que Dios nos le libre de hombre de un negocio en el hablarlo y en el solicitarlo, desquítannos de ellos unos amigos universales, de genio y de ingenio, hombres para todas horas, siempre de sazón y de ocasión. Vale uno por muchos, que de los otros, mil no valen por uno, y es menester multiplicarlos, hora por amigo, con enfadosa dependencia.

Nace esta universalidad de voluntad y de entendimiento de un espíritu capaz, con ambiciones de infinito; un gran gusto para todo, que no es vulgar arte saber gozar de las cosas y un buen lograr todo lo bueno. Práctico gustar es el de jardines, mejor el de edificios, calificado el de pinturas, singular el de piedras preciosas; la observación de la antigüedad, la erudición y la plausible historia, mayor que todas la filosofía de los

cuerdos; pero todas ellas son eminencias parciales, que una perfecta universalidad ha de adecuarlas todas.

No se ha de atar el Discreto a un empleo solo, ni determinar el gusto a un objeto, que es limitarlo con infelicidad; hízolo el Cielo indefinito, criólo sin términos; no se reduzca él ni se limite.

Grandes hombres los indefinibles, por su grande pluralidad de perfecciones, que repite a infinidad. Otros hay tan limitados, que luego se les sabe el gusto, o para prevenirlo o para lisonjearlo, que ni se extiende ni se difunde.

Una vez que quiso el Cielo dar un plato, sazonó el maná, cifra de todos los sabores, bocado para todos paladares, en cuya universalidad proporcionó la del buen gusto.

Siempre hablar atento causa enfado; siempre chancear, desprecio; siempre filosofar, entristece, y siempre satirizar, desazona.

Fue el Gran Capitán idea grande de discretos; portábase en el Palacio como si nunca hubiera cursado las campañas y en campaña como si nunca hubiera cortejado.

No así aquel otro, no gran soldado, sino gran necio, que, convidándole una gentil dama a danzar en su ocasión, digo en la de un sarao, excusó su ignorancia y descubrió su tontería, diciendo que él no se entendía de mover los pies en el palacio, sino de menear las manos en la campaña. Acudió ella, que lo era: «Pues señor, paréceme que sería bueno, en tiempo de paz, metido en una funda, colgaros como arnés para su tiempo», y aun le hizo cortesía de otro más vil y más merecido puesto.

No se estorban unas a otras las noticias, ni se contradicen los gustos; todas caben en un centro y para todo hay sazón. Algunos no tienen otra hora que la suya y siempre apuntan a su conveniencia. El cuerdo ha de tener hora para sí y muchas para los selectos amigos.

Para todo ha de haber tiempo, sino para lo indecente; ni será bastante excusa la que dio uno en una acción muy liviana, que el que era tenido por cuerdo de día no sería tenido por necio de noche.

De suerte, mi cultísimo Vincencio, que la vida de cada uno

no es otro que una representación trágica y cómica, que si comienza el año por el Aries, también acaba en el Piscis, viniéndose a igualar las dichas con las desdichas, lo cómico con lo trágico. Ha de hacer uno solo todos los personajes a sus tiempos y ocasiones; ya el de risa, ya el de llanto, ya el del cuerdo, y tal vez el del necio, con que se viene a acabar con alivio y con aplauso la apariencia.

¡Oh, discretísimo Proteo! Aquel nuestro gran apasionado, el Excelentísimo Conde de Lemos, en cuyo bien repartido gusto tienen vez todos los liberales empleos, y en cuya heroica universalidad logran ocasión todos los eruditos, cultos y discretos; el docto y el galante, el religioso y el caballero, el humanista, el historiador, el filósofo, hasta el sutilísimo teólogo. Héroe verdaderamente universal para todo tiempo, para todo gusto y para todo empleo.

VIII

El buen entendedor

DIÁLOGO ENTRE EL DOCTOR JUAN FRANCISCO ANDRÉS Y EL AUTOR

DOCTOR—Dicen que, al buen entendedor, pocas palabras.

AUTOR—Yo diría que, a pocas palabras, buen entendedor. Y no sólo a palabras, al semblante, que es la puerta del alma, sobrescrito del corazón; aun le ve apuntar al mismo callar, que tal vez exprime más para un entendido que una prolijidad para un necio.

DOCTOR—Las verdades que más nos importan vienen siempre a medio decir.

AUTOR—Así es, pero recíbanse del advertido a todo entender.

DOCTOR—Eso le valió a aquel nuestro Anfión aragonés, cuando, perseguido de los propios, halló amparo y aun aplauso en los coronados Delfines extraños.

AUTOR—Tan poderosa es una armonía, y más de tan suaves consonancias, como fueron las de aquel prodigioso ingenio.

DOCTOR—Califícase ya el decir verdades con nombre de necedades.

AUTOR—Y aun, por no parecer o niño o necio, ninguno la quiere decir, con que no se usa, solas quedan en el mundo algunas reliquias de ella, y aun ésas se descubren como misterio con ceremonia y recato.

DOCTOR—Con los príncipes siempre se les brujulea.

AUTOR—Pero discurran ellos, que va en ello el perderse o el ganarse.

DOCTOR—Es la verdad una doncella tan vergonzosa cuanto hermosa, y por eso anda siempre atapada.

AUTOR—Descúbranla los príncipes con galantería, que han de tener mucho de adivinos de verdades y de zahoríes de desengaños. Cuanto más entre dientes se les dicen, es dárselas mascadas, para que mejor se digieran y entren en provecho. Es ya político el desengaño, anda de ordinario entre dos luces, o para retirarse a las tinieblas de la lisonja, si topa con la necedad, o salir a la luz de la verdad, si topa con la cordura.

DOCTOR—¡Qué es de ver en una encendida competencia la detención de un recatado y la atención de un advertido! Aquél apunta, éste discurre, y más en desengaños.

AUTOR—Sí, que se ha de ajustar la inteligencia a las materias; en las favorables, tirante siempre la credulidad; en las odiosas, dar la rienda y aun picarla. Lo que la lisonja se adelanta en el que dice, la sagacidad lo desande en el que oye, que siempre fue la mitad menos lo real de lo imaginado.

DOCTOR—En materias odiosas, yo discurriría al contrario, pues en un ligero amago, en un levísimo ceño, se le descubre al entendido mucho campo que correr.

AUTOR—Y que correrse tal vez; y entienda, que es mucho más lo que se le calla en lo poco que se le dice. Va el cuerdo en los puntos vidriosos con gran tiento y, cuanto la materia es más liviana, da pasos de plomo en el apuntar, con lengua de pluma en el pasar.

DOCTOR—Muy dificultoso es darse uno por entendido en puntos de censura y de desengaño, porque se cree mal aquello que no se desea. No es menester mucha elocuencia para

persuadirnos lo que nos está bien, y toda la de Demóstenes no basta para lo que nos está mal.

AUTOR—Poco es ya el entender, menester es a veces adivinar, que hay hombres que sellan el corazón y se les podrecen las cosas en el pecho.

DOCTOR—Hacer entonces lo que el diestro físico, que toma el pulso en el mismo aliento; así, el atento metafísico, en el aire de la boca ha de penetrar el interior.

AUTOR—El saber nunca daña.

DOCTOR—Pero tal vez da pena, y así como previene la cordura el qué dirán, la sagacidad ha de observar el qué dijeron. Saltea insidiosa esfinge el camino de la vida, y el que no es entendido es perdido. Enigma es, y dificultoso, esto del conocerse un hombre; sólo un Edipo discurre, y aun ése, con soplos auxiliares.

AUTOR—No hay cosa más fácil que el conocimiento ajeno.

DOCTOR—Ni más dificultosa que el propio.

AUTOR—No hay simple que no sea malicioso.

DOCTOR—Y que, siendo sencillo para sus faltas, no sea doblado para las ajenas.

AUTOR—Las motas percibe en los ojos del vecino.

DOCTOR—Y las vigas no divisa en los propios.

AUTOR—El primer paso del saber es saberse.

DOCTOR—Ni puede ser entendido el que no es entendedor. Pero ese aforismo de conocerse a *sí mismo* presto es dicho y tarde hecho.

AUTOR—Por encargarlo fue uno contado entre los siete sabios.

DOCTOR—Por cumplirlo, ninguno hasta hoy. Cuanto más saben algunos de los otros, de sí saben menos; y el necio más sabe de la casa ajena que de la suya, que ya hasta los refranes andan al revés. Discurren mucho algunos en lo que nada les importa, y nada en lo que mucho les convendría.

AUTOR—¿Qué, hay ocupación peor aún que el ocio?

DOCTOR—Sí, la inútil curiosidad.

AUTOR—¡Oh, cuidados de los hombres! ¡Y cuánto hay en las cosas sin sustancia!

DOCTOR—Hase de distinguir también entre lo detenido de

un recatado y lo desatentado de un fácil; exageran unos, disminuyen otros; discierna, pues, el atento entendedor, que a tantos han condenado las credulidades como las incredulidades.

AUTOR—Por eso dijeron sabiamente los bárbaros escitas al joven Peleo que son los hombres ríos; lo que aquéllos corren se van deteniendo éstos, y comúnmente tienen más de fondo los que mayor sosiego, y llevan más agua los que menos ruido.

DOCTOR—Materias hay también en que la sospecha tiene fuerza de prueba: que la mujer de César, dijo él mismo, ni aun la fama, y, cuando en el interesado llega a ser duda, en los demás ya pasa y aun corre por evidencia.

AUTOR—Tienen más o menos fondo las palabras, según las materias.

DOCTOR—Por no calarlas se ahogaron muchos; sóndelas el entendido entendedor, y advierta que la gala del nadar es saber guardar la ropa.

AUTOR—Y más si es púrpura. Y con esto vamos uno a su historia, digo, a la *Zaragoza antigua,* tan deseada de la curiosidad cuanto ilustrada de la erudición, y yo, a mi filosofía de *El Varón Atento.*

IX

No estar siempre de burlas

SÁTIRA

Es muy seria la prudencia, y la gravedad concilia veneración; de dos extremos, más seguro es el genio majestuoso. El que siempre está de burlas nunca es hombre de veras, y hay algunos que siempre lo están; tiénenlo por ventaja de discreción y lo afectan, que no hay monstruosidad sin padrino; pero no hay mayor desaire que el continuo donaire. Su rato han de tener las burlas; todos los demás las veras. El mismo nombre de *sales* está avisando cómo se han de usar. Hase de hacer distinción de tiempos, y mucho más de personas. El

burlarse con otro es tratarle de inferior, y a lo más de igual, pues se le aja el decoro y se le niega la veneración.

Estos tales nunca se sabe cuándo hablan de veras, y así los igualamos con los mentirosos, no dándoles crédito a los unos por recelo de mentira, a los otros de burla. Nunca hablan en juicio, que es tanto como no tenerle, y más culpable, porque no usar de él por no querer, más es que por no poder, y así no se diferencian de los faltos sino en ser voluntarios, que es doblada monstruosidad. Obra en ellos la liviandad lo que en los otros el defecto; un mismo ejercicio tienen, que es entretener y hacer reír, unos de propósito, otros sin él.

Otro género hay aún más enfadoso por lo que tiene de perjudicial, y es de aquellos que en todo tiempo y con todos están de fisga. Aborrecibles monstruos, de quienes huyen todos más que del bruto de Esopo, que cortejaba a coces y lisonjeaba a bocados. Entre fisga y gracia van glosando la conversación, y lo que ellos tienen por punto de galantería es un verdadero desprecio de lo que los otros dicen, y no sólo no es graciosidad, sino una aborrecible frialdad. Lo que ellos presumen gracia es un prodigioso enfado de los que tercian. Poco a poco se van empeñando hasta ser murmuradores cara a cara. Por decir una gracia os dirán un convicio, y éstos son de quien Cicerón abominaba, que por decir un dicho pierden un amigo o lo entibian; ganan fama de decidores y pierden el crédito de prudentes; pásase el gusto del chiste, y queda la pena del arrepentimiento: lloran por lo que hicieron reír. Éstos no se ahorran ni con el más amigo ni con el más compuesto, y es notable que jamás se les ofrece la prontitud en favor sino en sátira; tienen siniestro el ingenio.

Éste, con otros defectos infelices, nacen de poca sustancia y acompañan la liviandad. En hombres de gran puesto se censuran más y, aunque los hace en algún modo gratos al vulgo, por la llaneza, pone a peligro el decoro con la facilidad, que, como ellos no lo guardan a los otros, ocasionan el recíproco atrevimiento.

Es connatural en algunos el donoso genio. Dotóles de esta gracia la naturaleza, y, si con la cordura se templasen, sería prenda y no defecto. Un grano de donosidad es plausible

realce en el más autorizado, pero dejarse vencer de la inclinación en todo tiempo es venir a parar en hombre de dar gusto por oficio, sazonador de dichos y aparejador de la risa. Si en una cómica novela se condena por impropiedad el introducirse siempre chanceando a Davo, y que entre lo grave de la enseñanza o lo serio de la reprensión del padre al hijo mezcle él su gracejo, ¿qué será, sin ser Davo, en una grave conversación estar chanceando? Será hacer farsa con risa de sí mismo.

Hay algunos que, aunque le pese a Minerva, afectan la graciosidad, y como en ellos es postiza, ocasiona antes enfado que gusto, y si consiguen el hacer reír, más es fisga de su frialdad que agrado de su donaire. Siempre la afectación fue enfadosa, pero en el gracejo, intolerable, porque sumamente enfada y, queriendo hacer reír, queda ella por ridícula; y si comúnmente viven desacreditados los graciosos, cuánto más los afectados, pues con su frialdad doblan el desprecio.

Hay donosos y hay burlescos, que es mucha la diferencia. El varón discreto juega también esta pieza del donaire, no la afecta, y esto en su sazón; déjase caer como al descuido un grano de esta sal, que se estimó más que una perla, raras veces, haciendo la salva a la cordura y pidiendo al decoro la venia. Mucho vale una gracia en su ocasión. Suele ser el atajo del desempeño. Sazonó esta sal muchos desaires. Cosas hay que se han de tomar de burlas, y tal vez las que el otro toma más de veras. Único arbitrio de cordura, hacen juego del más encendido fuego.

Pesado es el extremo de los muy serios, y poco plausible Catón con su bando, pero venerado; rígida secta la de los compuestos y cuerdos; pocos la siguen, muchos la reverencian, y, aunque causa la gravedad pesadumbre, pero no desprecio.

Que es de ver uno de estos destemplados de agudeza, siniestros de ingenio, chancear aun en la misma muerte; que si los sabios mueren como cisnes, éstos como grajos, gracejando mal y porfiando. De esta suerte un Carvajal mostró cuán rematada había sido su vida.

Los hombres cuerdos y prudentes siempre hicieron muy

poca merced a las gracias, y una sola bastaba para perder la real del Católico Prudente. Súfrense mejor unos a otros los necios, o porque no advierten, o porque se semejan. Mas el varón prudente no puede violentarse, si no es que tercie la dependencia.

X
Hombre de buena elección

ENCOMIO

Todo el saber humano (si en opinión de Sócrates hay quien sepa) se reduce hoy al acierto de una sabia elección. Poco o nada se inventa, y en lo que más importa se ha de tener por sospechosa cualquiera novedad.

Estamos ya a los fines de los siglos. Allá en la Edad de Oro se inventaba: añadióse después, ya todo es repetir. Vense adelantadas todas las cosas, de modo que ya no queda qué hacer sino elegir. Vívese de elección, uno de los más importantes favores de la naturaleza, comunicado a pocos, porque la singularidad y la excelencia doblen el aprecio.

De aquí es que vemos cada día hombres de ingenio sutil, de juicio acre, estudiosos y noticiosos también, que, en llegando a la elección, se pierden. Escogen siempre lo peor, páganse de lo menos acertado, gustan de lo menos plausible, con nota de los juiciosos y desprecio de los demás. Todo les sale infelizmente, y no sólo no consiguen aplauso, pero ni aun agrado. Jamás hicieron cosa insigne, y todo ello por faltarles el grande don del saber elegir; de suerte que no bastan ni el estudio ni el ingenio donde falta la elección.

Es trascendental su importancia, porque no sea menos su extensión que su intensión. Solicitan su voto todos los empleos, y los mayores con afectación, porque ella es el complemento de la perfección, origen del acierto, sello de la felicidad, y donde ella falta, aunque sobren el artificio, el trabajo y las cosas, todo se desluce y todo se malogra.

Ninguno conseguirá jamás el crédito de consumado en cualquier empleo sin el realce de un plausible gusto. Sólo el realce en elegir pudo hacer célebres a muchos reyes eminentes en sus elecciones, así de empresas como de ministros, que un yerro en las llaves de la razón de Estado basta a perderlo todo con descrédito, y un acierto a ganarlo todo con inmortal reputación. Erraron unos en el delecto de los asuntos, y otros en el de los instrumentos, destruyendo todos con tan fatales yerros el preciosísimo oro de sus coronas.

Hay algunos empleos que su principal ejercicio consiste en el elegir, y en éstos es mayor la dependencia de su dirección. Como son todos aquellos que tienen por asunto el enseñar agradando. Prefiera, pues, el Orador los argumentos más plausibles y más graves; atienda el Historiador a la dulzura y al provecho; case el Filósofo lo especioso con lo sentencioso, y atiendan todos al gusto ajeno universal, que es la norma del elegir, y tal vez se ha de preferir al crítico y singular, o propio o extraño. Porque, en un convite, más querría dar gusto a los convidados que a los sazonadores, dijo el más sabroso de nuestra patria y de la elección. ¿Qué importa que sean muy al gusto del orador las cosas si no lo son al de auditorio?, ¿para quién se sazonan? Preferirá aquél una sutileza y aplaudirá éste a una semejanza, o al contrario.

En las vulgares artes tiene también lugar; a proporción, vimos ya dos eminentes artífices que se compitieron la fama; el uno por lo delicado y primoroso, tanto, que parecía cada una de sus obras de por sí el último esfuerzo del artificio, y todas juntas no satisfacían. Al contrario, el otro jamás pudo acabar cosa con última delicadeza ni llevarla a la total perfección; con todo eso tuvo éste el realce de la elección tan en su punto, que se alzó con el aplauso universal.

Nace, en primer lugar, del gusto propio, si es bueno, calificado con la prueba, con que se asegura el ajeno, que es ventaja poder hacer norma de él y no depender de los extaños. Con esto se puede uno confiar que lo que le agrada a él en los otros, también les agradará a ellos en él. Efecto es de su sazón el buen delecto, todo sale bien de ella, que es la mayor

felicidad, y si algo se acertó en falta suya, fue más contingencia que seguridad.

Al contrario, un mal gusto todo lo desazona, y las mismas cosas excelentes por su perfección las malogra por su mala disposición; y haylos tan exóticos, que siempre escogen lo peor, que parece que hacen estudio en el errar; el peor discurso guardan para la mejor ocasión, y en la mayor expectación salen con la mayor impertinencia, casándose siempre con su necedad.

Extremada elección la de la abeja, y qué mal gusto el de una mosca, pues en un mismo jardín solicita aquélla la fragancia y ésta la hediondez.

Lo peor es que estos tales enfermos de gusto, o por ignorancia, o por capricho, lisiados de juicio, añadiendo el segundo al primer desacierto, que es mas célebre, querrían pegar su mal a todos los demás; pretenden que su paradojo voto sea norma de los otros, y aun se admiran de que su desabrimiento no les sea sainete, y apetito su frialdad, desacertadores en todo.

Hállanse otros que tienen destemplado el gusto en unas cosas, y en otras muy en su punto, pero lo ordinario es que el que tiene depravada la raíz lleve desazonado todo el fruto.

Supone, demás de lo extremado del gusto, una adecuada comprensión de todas las circunstancias que se requieren para el acierto individual. Su primera atención es a la ocasión, que es la primera regla del acertar. No se paga en las cosas de la eminencia a solas, sino de la conveniencia también, que tal vez lo más excelente fue lo menos a propósito para la sazón, si bien cuando concurren en los medios lo realzado del ser y lo sazonado de la conveniencia concluyen felicidad. Regúlase con el tiempo, atiende al puesto, hace distinción de personas, y ajústase adecuadamente a la ocasión, con que viene a ser perfectísimo el delecto.

Es la pasión enemiga declarada de la cordura, y, por el consiguiente, de la elección; nunca atiende a la conveniencia, sino a su afecto; y estima más salir con su antojo que con el acierto. Todos sus favorecidos son buenos, no más de porque lo desea, no porque en la realidad lo son, y afecta el en-

gañarse voluntariamente, y así, todo mal intencionado sale peor ejecutado.

Los asuntos de la elección son muchos y sublimes. Elígense, en primer lugar, los empleos y los estados, delecto de toda una vida, donde se acierta o se yerra para siempre, que es un echarse a cuestas una irremediable infelicidad. El mal es que las resoluciones más importantes se toman en la primera edad, destituida de ciencia y experiencia, cuando aún no fueran bastantes la mayor prudencia y la más sazonada madurez.

Ni es el menor empeño el escoger los amigos, que han de ser de elección y no de acaso; acción muy de la prudencia, y en los más de la contingencia. Elígense también los familiares, que son ayudantes del vivir, y las más veces enemigos no excusados.

Mas si en los hijos tuviera lugar el delecto, fuera la primera de las dichas. Ello hay tales caprichos en el mundo, que eligieran los peores, y así, favor fue de la naturaleza el prevenirlos, pues aun los que le dio el Cielo, buenos, ellos, o con su ejemplo o con su descuido, vienen a hacerlos malos. Que son muchos los que malogran favores de la naturaleza y de la fortuna.

No hay perfección donde no hay elección. Dos ventajas incluye: el poder elegir y elegir bien. Donde no hay delecto, es un tomar a ciegas lo que el acaso o la necesidad ofrecen. Pero al que le faltare el acierto, búsquelo en el consejo o en el ejemplo, que se ha se saber o se ha de oír a los que saben para acertar.

XI
No ser malilla

SÁTIRA

Achaque es de todo lo bueno que su mucho uso viene a ser abuso. Codiciando todos por lo excelente, con que se viene a hacer común, y, perdiendo aquella primera estimación de raro, consigue el desprecio de vulgar, y es lástima que su misma excelencia le cause su ruina. Truécase aquel aplauso de todos en un enfado de todos.

Ésta es la ordinaria carcoma de las cosas muy plausibles en todo género de eminencia, que, naciendo de su mismo crédito y cebándose en su misma ostentación, viene a derribar y aun a abatir la más empinada grandeza; basta a hacer una demasía de lucir de los mismos prodigios vulgaridades.

Gran defecto es ser un hombre para nada, pero también lo es ser para todo, o quererlo ser. Hay sujetos que sus muchas prendas los hacen ser buscados de todos. No hay negocio, aunque sea repugnante a su instituto y genio, que no se remita o a su dirección o a su manejo; todos se pronostican la felicidad de cuanto ponen éstos mano, y, aunque no sean entremetidos de sí, su misma excelencia los descubre, y la conveniencia ajena los busca y los placea, de suerte que en ellos su mucha opinión obra lo que en otros su mucho entretenimiento. Pero esto es ya azar, si no defecto, y una como sobra de valor, pues vienen a rozarse y aun perder por mucho ganar. ¡Oh, gran cordura la de un buen medio! Pero ¿quién supo o pudo contenerse y caminar con esta seguridad?

Pensión es de las pinturas muy excelentes, de las tapicerías más preciosas, que en todas las fiestas hayan de salir, y como todo lo andan reciben muchos encuentros, con que presto vienen a ser inútiles, o comunes, que es peor.

Hay algunos, ni pocos ni cuerdos, sobresalidos, amigos de que todos los llamen y busquen; dejarán el dormir y aun el comer, por no parar; no hay presente para ellos como un negocio, ni mejor día que el más ocupado; y las más veces no aguardan a que los llamen, que ellos se injieren en todo, y, añadiendo al entremetimiento la audacia, que es forrar la necedad, se exponen a grandes empeños; pero, bien o mal, consiguen que todos hablen de sus cabellos, que es lo mismo que quitarlos a la lengua para la murmuración y desprecio.

Aunque no hubiese otro desaire que aquel continuo topar con ellos, oír siempre hablar de ellos causa un tan enfadoso hartazgo, que vienen a ser después tan aborrecidos como fueron antes deseados.

No todo sale de sus manos con igual felicidad, y tal vez la que comenzó a ser una hazañosa vasija, deslizándose la rueda (ya sea la de la suerte), viene a rematar en un vilísimo vaso

de su ignominia y descrédito. Métense a querer dar gusto a todos, que es imposible, y vienen a disgustar a todos, que es más fácil.

No escapan los que mucho lucen de envidiados o de odiados, que a más lucimiento, más emulación. Tropiezan todos en el ladrillo que sobresale a los demás, de modo que no es aquélla eminencia, sino tropiezo; así en muchos el querer campear no viene a ser realce, sino tope. Es delicado el decoro, y aun de vidrio, por lo quebradizo, y si muy placeado se expone a más encuentros, mejor se conserva en su retiro, aunque sea en el heno de su humildad.

Quieren algunos ser siempre los gallos de la publicidad, y cantan tanto, que enfadan; bastaría una voz o un par, para consejo o desvelo, que lo demás es cantar mal y porfiar.

El manjar más delicioso, a la segunda vez pierde mucho de aquel primer agrado; a tres veces ya enfada; mejor fuera conservarse en las primicias del gusto, solicitando el deseo. Y si esto pasa en lo material, ¡cuánto más en el verdadero pasto del alma, delicias del entendimiento y del gusto! Y es éste delicado y mal contentadizo cuanto mayor. Más vale una excelente raridad, que siempre fue lo dificultoso estimado.

Al paso que un varón excelente, ya en valor, ya en saber, o sea en entereza, o sea en prudencia, se retira, se hace codiciable, porque él a detenerse, y todos a desearle con mayor crédito y aun felicidad. Toda templanza es saludable, y más de apariencia, que conserva la vida a la reputación.

Rózanse de estas malillas en todo género de eminencias. Haylas también de la belleza, cuyo ostentarse, además del riesgo, tiene luego el castigo de la desestimación, y más adelante el desprecio.

¡Qué bien conoció este vulgar riesgo, y qué bien supo prevenirlo la celebrada Popea de Nerón! La que mejor supo lograr la mayor belleza, siempre la brujuleaba, que nunca hartó, ni los ojos de ella, avara con todos, envidiándola a sí misma. Franqueaba un día los ojos y la frente, y en otro la boca y las mejillas, sin echar jamás todo el resto de su hermosura, y ganó con esto la mayor estimación.

Gran lección es ésta del saberse hacer estimar, de saber

vender una eminencia, afectando el encubrirla, para conservarla y aun aumentarla con el deseo, que en los *Avisos al Varón Atento* se discurrirá con enseñanza. Célebre confirmación la de las esmeraldas del indiano, y que declara esta sutileza con buen gusto. Traía gran cantidad de ellas en calidad igual. Expuso la primera al aprecio de un perito lapidario, que la pagó en admiración. Sacó la segunda, aventajada en todo, guardando el orden de agradar, pero bajóle éste por mitad la estimación, y con esta proporción fue prosiguiendo con la tercera y con la cuarta; al paso que ellas iban excediéndose en quilates, iba cediendo el aprecio. Admirado el dueño de semejante desproporción, oyó la causa con enseñanza nuestra: que la misma abundancia de preciosidad se hacía daño a sí misma, y, al paso que se perdía la raridad, se disminuía la estimación.

¡Oh, pues el varón discreto! Si quisiere ganar la inmortal reputación, juegue antes del Basto que de la Malilla. Sea un extremo en la perfección, pero guarde un medio en el lucimiento.

XII

Hombre de buen dejo

CARTA AL DOCTOR DON JUAN ORENCIO DE LASTANOSA, CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE HUESCA, SINGULAR AMIGO DEL AUTOR

Si yo creyera a lo vulgar que había Fortuna, también creyera, amigo canónigo y señor, que su casa era la casa con dos puertas, muy diferentes la una de la otra, y encontradas en todo; porque la una está fabricada de piedras blancas, dignas de la más dichosa urna en el mejor día, y la otra, su contraria, de piedras negras, que en su deslucimiento agüeran su infelicidad; majestuosamente alegre aquélla, y ésta lúgubremente humilde. Allí asisten el Contento, el Descanso, la Honra, la Hartura y las Riquezas, con todo género de Felicidad. Aquí la Tristeza, el Trabajo, la Hambre, el Desprecio y la Pobreza, con todo el linaje de la Desdicha. Por el tanto, la

una se llama del Placer y la otra del Pesar. Todos los mortales frecuentan esta casa, y entran por una de estas dos puertas, pero es ley inviolable, y que con sumo rigor se observa, que el que entra por la una haya de salir por la otra, de modo que ninguno puede salir por la que entró, sino por la contraria: el que entró por el Placer sale siempre por el Pesar, y el que entró por el Pesar sale siempre por el Placer.

Desaire común es de afortunados tener muy felices las entradas y muy trágicas las salidas. El mismo aplauso de los principios hace más ruidoso el murmullo de los fines. No está el punto en el vulgar consentimiento de una entrada, que ésas todos las tienen plausibles, pero sí en el sentimiento general de una salida, que son raros los deseados.

¡Oh, cuántos soles habemos visto entrambos nacer con risa del aurora y también nuestra, y sepultarse después con llanto del ocaso! Saludáronlos al amanecer las lisonjeras aves con sus cantos, al fin quiebros, y despidiéronlos, al ponerse, nocturnos pájaros con sus aúllos.

Todas las fachadas de los cargos son ostentosas, mas las espaldas humildes. Corónanse de vítores las entradas de las dignidades, y de maldiciones las salidas. ¡Qué aplaudido comienza un mando, ya por el vulgar gusto del mudar, ya por la concebida esperanza de los favores particulares y de los aciertos comunes! Pero ¡qué callado final! Que aun el silencio le sería favorable aclamación.

¡Qué adorado, o de la esperanza o del temor, entra un valimiento, si él mismo no se desmintiera a la mitad de la dicción dividida! Que, aunque se varíe en privanza, no puede escapar al principio o al fin de una pronosticada infelicidad. Todos los fines son desvíos, y todos los cargos paran en cargos, si no de la justicia, de la vengada murmuración. Transfórmase el contento del comenzar en muchos descontentos al acabar. Aunque no haya otro azar más que el ponerse, que aun en un sol es caer, ocasiona desvíos; oscurécese el esplendor y resfríase el afecto. Pocas veces acompaña la felicidad a los que salen, ni dura la aclamación hasta los fines; lo que se muestra de cumplida con los que vienen, de descortés con los que van.

Hasta las amistades se traban con el gusto y se pierden con la quiebra. Súbese volando al favor y bájase de él rodando; y, comúnmente en todos los empleos y aun estados, se suele entrar por la puerta del Contento y de la Dicha, y se sale por la del Disgusto y de la Desdicha.

Gala viste de extremos la Fortuna, y hace gala de igualar; los pechos cubre de blanco, y de negro las espaldas, que el no esperarlas es dar en el blanco. ¡Oh, gran extremo de la prudencia la atención a los extremos, al acabar bien, poniendo más la mira en la felicidad de la salida que en el aplauso de la entrada! Que no gobierna el despierto Palinuro su bajel por la proa, sino por la popa; allí asiste al gobernalle en el viaje de la vida.

Tienen algunos muy felices los principios en todo, y aun plausibles; entran en un cargo con aceptación; llegan a un puesto con aplauso; comienzan una amistad con favor; todo comenzar es con felicidad. Pero suelen tener estos tales comúnmente muy trágicos los fines, y los dejos muy amargos; quédase para la postre toda la infelicidad, como en vaso de purga la amargura.

Gran regla de comenzar y de acabar dio el romano cuando dijo que todas las dignidades y los cargos los había conseguido antes de desearlos, y todos los había dejado antes que otros los deseasen. Más es esto que lo primero, aunque todo mucho; aquello fue favor de la suerte, esto otro fue asunto de una singular prudencia. Es tal vez castigo de la intemperancia la desdicha, y gran gloria la del anticiparse. Consuelo es de sabios haber dejado las cosas antes que ellas los dejasen, y consejo el prevenirlas.

Puédese regular también la dicha acompañándola con el buen modo hasta el buen dejo, y conservándola en la gracia de las gentes con tal arte, que la común aclamación del entrar se convierta en universal sentimiento del salir.

Nunca se ha de acabar con rompimiento, ya sea amistad, ya sea favor, empleo o cargo; que toda quiebra ofende la reputación, demás de la pena que causa.

Pocos de los afortunados se escaparon de los finales reveses de la fortuna, que suele tener malos dejos la gran dicha.

Sí aquellos que, con tiempo, los retiró, o la misma suerte o la cordura. A otros, a los héroes, previno el mismo Cielo de remedio, realzando misterioso su fin, como en Moisés desaparecido y en Elías arrebatado, haciendo triunfo del fenecer. Aun allá en la fabulosa gentilidad un Rómulo dudosamente acabó, transformándose la malicia de los senadores en misterio, que le ocasionó mayor veneración.

Otros, aunque eminentes y aun héroes, borraron, como el dragón, con la infelicidad de sus fines la gloria de sus hazañas. Hiló Hércules, hecho parca de su propia inmortalidad, y puso, no colofón, sino colón a sus proezas, que así se usa. Materia fue de sentimiento a los valerosos y de desengaño a los sabios.

Sola la virtud es la Fénix, que, cuando parece que acaba, entonces renace, y eterniza en veneración lo que comenzó por aplauso.

XIII
Hombre de ostentación

APÓLOGO

Prodigiosos son los ojos de la envidia; mucho tienen del sentir, no querrían ver tanto como ven; con ser los más perspicaces, nunca se vieron serenos, y si bien de ellos se pudo decir que tuvieron siempre buena vista, nunca más propiamente que cuando por los ojos de todas las aves miraron aquel portento alado de la belleza: el Pavón de Juno. Mirábanle, sol de pluma, amanecer con tantos rayos cuantos descoge plumajes en su bizarra rueda.

Del mirar se pasa al admirar, donde no hay pasión, que, si la hay, luego degenera y, cuando no puede llegar a emulación, se convierte en la poquedad de la envidia. Cegáronse, pues, con tanto ver. Comenzó la Corneja a malear, como más vil, después que quedó pelada con afrenta; íbase de unas a otras, solicitándolas a todas, ya las Águilas en sus riscos, los Cisnes en sus estanques, los Gavilanes en sus alcándoras,

los Gallos en sus muladares, sin olvidarse de los Búhos y Lechuzas en sus lóbregos desvanes.

Comenzaba con una bien solapada alabanza y acababa en una declarada murmuración. «Hermoso es y galán, decía, el Pavón; no puede negarse, pero todo lo pierde cuando lo afecta, que el mayor merecimiento, el día que se conoce a sí mismo, no digo aun darse a conocer, cae de su nobleza y baja a liviandad; la alabanza en boca propia es el más cierto vituperio; siempre los que merecen más hablan de sí menos. Hermosa era Fábula, donairosa y entendida, y sobre todo, muchacha, mas todo lo dejó de ser, cantó el cisne de Bílbilis, cuando trató de engreírse. Para mí tengo que si el Águila ostentase sus reales plumas, que se llevaría los aplausos por lo majestuoso y por lo grave. Eh, que la misma Fénix, único pasmo del orbe, aborrece esta vulgarísima ostentación, y vive más estimada en aquel su tan cuerdo como acreditado retiro.»

De esta suerte no paraba de sembrar envidia, y más en pequeños corazones, que de todo se llenan fácilmente. Es la envidia pegajosa, siempre halla de qué asir, hasta de lo imaginado. Fiera cruelísima, que con el bien ajeno hace tanto mal a su dueño propio. Comenzó a cebarse en las entrañas, o para mayor tormento o para desterrar de ellas toda humanidad. Conjuráronse todas para oscurecerle, ya que no destruirle su belleza. Procedieron con astucia, sutilizaron su malicia en no declararse contra su hermosura, sino contra su ufanía. «Porque si esto conseguimos, dijo la Picaza, que él no pueda hacer aquel odiosísimo alarde de sus plumas, le eclipsamos de todo punto su belleza.»

Lo que no se ve es como si no fuese, y, como dijo aquel avechucho satírico: «Nada es tu saber, si los demás ignoran que tú sabes.» Y dense por entendidas todas las demás prendas, aunque habló de la reina de todas. Las cosas comúnmente no pasan por lo que son, sino por lo que parecen. Son muchos más los necios que los entendidos, páganse aquéllos de la apariencia, y, aunque atienden éstos a la sustancia, prevalece el engaño y estímanse las cosas por de fuera.

Fueron a hacerle el cargo de parte de toda la república ligera, el Cuervo, la Corneja y la Picaza, con otras de este por-

te, que las demás todas se excusaron, el Águila por lo grave, la Fénix por lo retirado, la Paloma por lo sencillo, el Faisán por lo peligroso y el Cisne por lo callado, que piensa siempre, para cantar dulcemente una vez.

Volaron en su busca al majestuoso palacio de la Riqueza. Encontraron luego con un Papagayo, que estaba en un balcón y en una jaula, propia esfera de la locuacidad. Díjoles con facilidad grande cuanto supo, que fue cuanto quisieron. Enviáronle un recado con un jimio; holgóse mucho el Pavón de su llegada, que logra las ocasiones de ostentarse. Recibiólas en un espacioso patio, teatro augusto de su ostentosa bizarría y paseado palenque de su competencia, galante con el mismo sol, plumas a rayos y rueda a rueda.

Pero salióle mal la ostentativa, cuanto más airosa, que aun lo muy excelente depende de circunstancias y no siempre tiene vez. Achaques de arpía son los de la envidia, que todo lo inficiona, y a fuer de basilisco, su mirar es matar; y aunque suele hechizar la hermosura, aquí las irritó más, y, trocando los aplausos en agravios, vulgarmente enfurecidas, le dijeron: «¡Qué bien que viene esto, oh, loco y desvanecido pájaro, con la embajada que te traemos de parte de todo el alígero senado! ¡En verdad que cuando la oigas, que amaines la plumajería y que reformes la soberbia!

»Sabe que están muy ofendidas todas las aves de esta tu insufrible hinchazón, que así llaman a esa gran balumba de plumas, y con mucho fundamento, porque es una odiosísima singularidad querer tú solo, entre todas las aves, desplegar esa vanísima rueda, cosa que ninguna otra presume, pudiendo tantas tan bien, si no mejor que tú, pues ni la Garza tremola sus airones, ni el Avestruz placea sus plumajes, ni la misma Fénix vulgariza sus zafiros y esmeraldas, que no las llamo ya plumas. Mándante, pues, e inapelablemente ordenan, que de hoy más no te singularices, y esto es mirar por tu mismo decoro, pues si tuvieras más cabeza y menos rueda, repararas en que, cuando más quieres placear la hermosura de tus plumas, entonces descubres la mayor de tus fealdades, que tales son tus extremos.

»Siempre fue vulgar la ostentación, nace del desvaneci-

miento. Solicita la aversión, y con los cuerdos está muy desacreditada. El grave retiro, el prudente encogimiento, el discreto recato, viven a lo seguro, contentándose con satisfacerse a sí mismos; no se pagan de engañosas apariencias, ni las venden. Bástase a sí misma la realidad, no necesita de extrínsecos engañados aplausos; y, en una palabra, tú eres el símbolo de las riquezas, no es cordura, sino peligro, el publicarlas.»

Quedó suspenso el bellísimo pájaro de Juno y, cuando recordó de la turbación o de la profundidad, exclamó así: «¡Oh, alabanza, que siempre vienes de los extraños! ¡Oh, desprecio, que siempre llegas de los propios! ¿Es posible que cuando me llevo los ojos de todos tras mi belleza, que eso denotan estos materiales de mis plumas, así ande yo en lenguas de Picazas y Cornejas? ¿Que condenáis en mí la ostentación, y no la hermosura? El cielo, que me concedió ésta, me aventajó con aquélla, que cualquiera a solas fuera en balde. ¿De qué sirviera la realidad sin la apariencia? La mayor sabiduría, hoy encargan políticos que consiste en hacer parecer. Saber y saberlo mostrar es saber dos veces. De la ostentación diría yo lo que otros de la ventura: que vale más una onza de ella que arrobas de caudal sin ella. ¿Qué aprovecha ser una cosa relevante en sí, si no lo parece?

»Si el sol no amaneciera haciendo lucidísimo alarde de sus rayos; si la rosa, entre las flores, se estuviera siempre encarcelada en su capullo y no desplegara aquella fragante rueda de rosicleres; si el diamante, ayudado del arte, no cambiara sus fondos, visos y reflejos, ¿de qué sirvieran tanta luz, tanto valor y belleza si la ostentación no los realzara? Yo soy el sol alado, yo soy la rosa de pluma, yo soy el joyel de la naturaleza, y pues me dio el Cielo la perfección, he de tener también la ostentación.

»El mismo Hacedor de todo lo criado, lo primero a que atendió fue al alarde de todas las cosas, pues crió luego la luz, y con ella el lucimiento, y, si bien se nota, ella fue la que mereció el primer aplauso, y ése divino; que, pues la luz ostenta todo lo demás, el mismo Criador quiso ostentarla a ella. De esta suerte, tan presto era el lucir en las cosas, como el

ser: tan válida está con el primero y sumo gusto la ostentación.»

Y diciendo y haciendo, volvió a desplegar aquélla su gran rodela de cambiantes, tan defensiva de su gala cuan ofensiva a la envidia. Aquí ésta acabó de perder la cordura, y en conjuración de malevolencia arremetieron todas, el Cuervo a los ojos y las demás a las plumas. Viose en grande aprieto el pájaro bellísimo, y en sumo riesgo su bizarría, y aun dicen que del susto le quedó aquella voz, que juntamente le denomina y significa *PAVOroso*. No tuvo otra defensa que la ordinaria de la hermosura, de hablar alto; dio voces y muy agrias, invocando el favor del cielo y suelo. Voceaban también los contrarios por ahogarle hasta la voz, a cuyo grande estruendo acudieron por los aires muchas aves y por tierra muchos brutos, aquéllas volando, éstos corriendo. Convocáronse las Sabandijas todas de palacio, un León, un Tigre, un Oso y dos Jimios a la famular defensa, y, a los graznidos de los Cuervos y los Grajos, vinieron del campo el Lobo y la Vulpeja, creyendo eran clamores para dar sepultura a algún cadáver. Avisaron al Águila también, que llegó muy asistida de sus guardas de rapiña. Interpuso el León su autoridad, que bastó a moderarlas, y mostró gusto de enterarse de la contienda, encargando a entrambas partes, a la una la modestia y a la otra el silencio. A pocas razones conoció la sinrazón de la envidia y lo falso de su celo, y propuso, por conveniencia, se remitiese la causa a juicio de un tercero, y ése fuese la Vulpeja por sabia y por desapasionada. Conviniéronse las partes y sujetáronse al astuto arbitrio.

Aquí la Vulpeja se valió de todo su artificio para cumplir con todos juntamente, lisonjear al León y no descontentar al Águila, hacer justicia y no perder amistades, y así muy a lo sagaz, dijo de esta suerte:

«Política contienda es que importe más la realidad o la apariencia. Cosas hay muy grandes en sí y que no lo parecen, y, al contrario, otras que son poco y parecen mucho; ordinaria monstruosidad. Tanto puede la ostentación o la falta de ella; mucho suple, mucho llena, y si en las cosas materiales califica, como es en el adorno, en el menaje y séquito, ¿qué

será en las verdaderas prendas del ánimo, que son gala del entendimiento y belleza de la voluntad? Especialmente cuando le llega su vez a una prenda y la sazón lo pide, allí cae bien el ostentar. Lógrese la ocasión, que aquél es el día de su triunfo.

»Hay sujetos bizarros en quienes lo poco luce mucho, y lo mucho hasta admirar hombres de ostentativa, que, cuando se junta con la eminencia, forman un prodigio; al contrario, hombres vimos eminentes que, por faltarles este realce, no parecieron la mitad. Poco ha que aterraba todo el mundo un gran personaje en las campañas, y metido en una consulta de guerra, temblaba de todos, y el que era para hacer no lo era para decir. Hállanse también naciones ostentosas por naturaleza, y la española con superioridad. De suerte que la ostentación da el verdadero lucimiento a las heroicas prendas y como un segundo ser a todo.

»Mas esto se entiende cuando la realidad la afianza, que sin méritos no es más que un engaño vulgar, no sirve sino de placear defectos, consiguiendo un aborrecible desprecio, en vez del aplauso. Danse gran prisa algunos por salir y mostrarse en el universal teatro, y lo que hacen es placear su ignorancia, que la desmentía el retiro: no es ésta ostentación de prendas, sino un necio pregón de sus defectos; pretenden, en vez del timbre de su esplendor, una nota que infame sus desaciertos.

»Ningún realce pide ser menos afectado que la ostentación, y perece siempre de este achaque, porque está muy al canto de la vanidad, y ésta del desprecio. Ha de ser muy templada y muy de la ocasión, que es aun más necesaria la templanza del ánimo que la del cuerpo; va en ésta la vida material, y la moral en aquélla, que aun los yerros los dora la templanza.

»A veces consiste más la ostentación en una elocuencia muda, en un mostrar las eminencias al descuido; y tal vez un prudente disimulo es plausible alarde del valor, que aquel esconder los méritos es un verdadero pregonarlos, porque aquella misma privación pica más en lo vivo a la curiosidad.

»Válese, pues, de esta arte con felicidad y se realza más con

el artificio, gran treta suya no descubrirse toda de una vez, sino ir por brújula pintando su perfección y siempre adelantándola, que un realce sea llamada de otro mayor, y el aplauso de una prenda, nueva expectación de la otra, y lo mismo en las hazañas, manteniendo siempre el aplauso y cebando la admiración.

»Mas, viniendo ya a nuestro punto, digo, y lo siento así, que sería una imposible violencia concederle al Pavón la hermosura y negarle el alarde. Ni la naturaleza sabia vendrá en ello, que sería condenar su providencia, y contra su fuerza no hay preceptos, donde no tercia la política razón, y aun entonces, lo que la horca destierra con su miedo, la Naturaleza lo revoca de potencia.

»Más práctico será el remedio, tan fácil como eficaz, y sea éste: que se le mande seriamente al Pavón, y criminalmente se le ordene, que todas las veces que despliegue al viento la variedad de su bizarría haya de recoger la vista a la fealdad de sus pies, de modo que el levantar plumajes y el bajar los ojos todo sea uno, que yo aseguro que esto sólo baste a reformar su ostentación.»

Aplaudieron todas el arbitrio, obedeció él y deshízose la junta, despachando una de las aves a suplicar al donosante sabio Esopo se dignase de añadir a los antiguos este moderno y ejemplar suceso.

XIV

No rendirse al humor

INVECTIVA

Rey es de los montes el celebrado Olimpo, no porque se descuella sobre los más erguidos, obligación de la superioridad; no porque se ostenta a todas partes, objeto de imitación, la grandeza; no porque es el primero que esplendorizan los solares rayos, centro del lucimiento, la majestad; no porque se corona de estrellas, ápice de la felicidad, la primacía; no porque llega a dar o a tomar nombre al mismo cielo, asunto de la

fama, el mando. Sí, empero, porque nunca se sujeta a vulgares peregrinas impresiones, que es el mayor señorío el de sí mismo. Cuando mucho, llegan a besarle el pie los vientos, a ser su alfombra las nubes, y no pasan de ahí; con esto nunca se inmuta, que es una inapasionable eminencia.

Una gran capacidad no se rinde a la vulgar alternación de los humores, ni aun de los afectos; siempre se mantiene superior a tan material destemplanza. Es efecto grande de la prudencia la reflexión sobre sí, un reconocer su actual disposición, que es un proceder como señor de su ánimo; indignamente tiraniza a muchos el humor que reina, ordinaria vulgaridad, y llevados de él dicen y hacen desaciertos. Apoyan hoy lo que ayer contradecían, arriman a veces la razón y aun la atropellan, quedando perennales en juicio, que es la más calificada necedad.

A estos tales no hay que tomarles en razón la que no tienen, porque de hoy a mañana contradictoriamente se empeñan, y, siendo contrarios primero de sí mismos, contradicen después a cuantos hay; mejor es, conociendo su desalumbramiento, dejarlos en su confusión, que cuanto más empeñan, más se despeñan.

Todo lo contradicen con Saturno, y todo lo otorgan con Júpiter, sin salir de su casa de la luna. No sólo gasta la voluntad esta civilidad, sino que se atreve al juicio; todo lo altera el querer y el entender, así como toda pasión, si no se previene.

Importará mucho conocer esta destemplanza de humor para vencerla, y aun entonces convendrá declinar al otro extremo, si ha de dejar alguna vez la acertada medianía para ajustar el fiel de la prudencia.

Gran superioridad de caudal arguye prevenir su humor y corregirlo, que es indisposición del ánimo, y hase de portar el sabio en ella, como en las del cuerpo, que no condena por amargo el almíbar; por más que el gusto enfermo lo acuse, corrígelo el juicio; así, pues, se ha de proceder en las alteraciones superiores.

Hay algunos tan extremados impertinentes, que siempre están de algún humor, siempre cojean de pasión, intolerables a los que los tratan, padrastros de la conversación y enemigos

de la afabilidad, que malogran todo rato de buen gusto. Son, de ordinario, grandes contradecidores de todo lo bueno y padrinos de sola la necedad; a cada razón tienen su contra, oponiéndose luego a lo que el otro dice, no más de porque se adelantó; que si no les hubiera ganado de mano, triunfaran ellos con lo mismo, y si el otro discreto cede, y aun se hace de su banda, por no ajar el decoro, al punto ellos se pasan a la contraria, con que se halla atajada la mayor discreción. Sin duda que son más irremediables que los verdaderos locos, porque con éstos vale el hacerse de su tema, pero con aquéllos es peor; ni valen razones, porque, como no la tienen, no la admiten.

Quien no tiene usado el genio de esta gente —que hay naciones enteras tocadas de este achaque—, admírase a los principios de tan exótica monstruosidad, pero, en sondando el extravagante porte, hace graciosísimo deporte, que el cuerdo de todo sale airoso por el atajo de la galantería.

Mas cuando dos de una misma malhumorada impertinencia topan y se empeñan, estése a la mira el varón cuerdo, no tercie, que yo le afianzo el mejor rato con tal que asegure su partido y mire desde la talanquera de su cordura los toros de la necedad ajena.

Que alguna rara vez y con sobra de ocasión se destemple y aun se desazone uno, no será vulgaridad, que el nunca enojarse es querer ser bestia siempre. Pero la perennal destemplanza, y con todo género de personas, es una intolerable grosería. El sinsabor que ocasionó el esclavo no ha de ser desabrimiento de la ingenuidad, mas quien no tiene capacidad para conocerse, menos tendrá valor para enmendarse.

De aquí nace que estos tales, muy pagados de su paradoxia, solicitan la ocasión y andan a caza de empeños, van a la conversación como a contienda, levantan las porfías, y, hechos arpías insufribles del buen gusto, todo lo arañan con sus acciones y todo lo desazonan con sus palabras. Pues ¿qué, si les coge este picante humor algo leídos, aunque sepan las cosas a lo necio, que es mal sabidas? Se pasan luego de bachilleres de presunción a licenciados de malicia, monstruos de la impertinencia.

XV

TENER BUENOS REPENTES

PROBLEMA

Érase el rayo el arma más cierta del fabuloso Júpiter, en cuya instantánea potencia libraba sus mayores vencimientos. Con rayos triunfó de los rebelados gigantes, que la presteza es madre de la dicha. Ministrábalos el águila, porque realces de prontitud salieron siempre de remontes de ingenio.

Hombres hay de excelentes pensados, y otros de extremados repentes; éstos admiran, aquéllos satisfacen.

«Harto presto, si harto bien», dijo el sabio. Nunca examinamos en las obras la presteza o la tardanza, sino la perfección: por aquí se rige la estimación; son aquéllos accidentes que se ignoran o se olvidan, y el acierto permanece. Antes bien, lo que luego se hizo luego se deshará, y se acaba presto, porque presto se acabó. Cuanto más tiernos sus hijos, se los traga Saturno con más facilidad, y lo que ha de durar una eternidad ha de tardar otra en hacerse.

Pero si a todo acierto se le debe estimación, a los repentinos, aplauso; doblan la eminencia por lo pronto y por lo feliz. Piensan mucho algunos para errarlo todo después, y otros lo aciertan todo sin pensarlo antes. Suple la vivacidad del ingenio la profundidad del juicio, y previene el ofrecimiento a la consultación. No hay acasos para éstos, que la lealtad de su prontitud sustituye a la providencia.

Son los prestos lisonjas del buen gusto y los repentes hechizo de la admiración, y por eso tan plausibles; salen más las medianías impensadas que los superlativos prevenidos. No decía mucho, aunque bien, el que decía: «El tiempo y yo, a otros dos.» «El sin tiempo y yo, a cualquiera.» Esto sí que es decir, y más hacer. Quien dice tiempo, todo lo dice: el consejo, la providencia, la sazón, la madurez, la espera, fianzas todas del acierto; pero el repente sólo se encomienda a su prontitud y a su ventura.

Después que la providencia previene, la prudencia dispo-

ne y la sazón asiste, suele abortar la ejecución; pues que una prontitud a solas saque a luz sus aciertos, apláudasele su dicha y su valor; campee el acertar de una presteza a vista del errar de un reconsejo.

Atribuyen algunos estos aciertos a sola la ventura, y debieran también a una perspicacia prodigiosa; a quien no reconoce deuda este realce de héroes es al arte; todo lo agradece a la naturaleza y a la dicha. No cabe artificio donde apenas la advertencia socorre la facilidad del concebir, donde no hay lugar para discurrir, y la felicidad del ofrecerse donde no hubo tiempo para pensarse, ayúdase del señorío contra el ahogo y del despejo contra la turbación, y con esto, muy señora la prontitud de la dificultad y de sí misma, no llega, ve y vence, sino que vence, y después ve y llega.

Hace examen de su vivacidad en los más apretados lances y obra de oposición su inteligencia. Suele un aprieto aumentar el valor; así una dificultad la perspicacia. Cuanto más apretados, hay algunos que discurren más, y con el acicate de la mayor urgencia vuelan; a mayor riesgo, mayor desempeño, que hay también superior antiparistasis, que aumenta la intensión a la inteligencia y, sutilizando el ingenio, engorda sustancialmente la prudencia.

Bien es verdad que se hallan monstruos de cabeza que de repente todo lo aciertan y todo lo yerran de pensado. Hay algunos que lo que no se les ofrece luego, no se les ofrece más; no hay que esperar al reconsejo ni que apelar a después. Pero ofrecéseles mucho, que recompensó la naturaleza próvida con la eminente prontitud la falta del pensar, y, en fe de su acudir, no temen contingencias.

Son muy útiles sobre admirados estos repentes. Bastó uno a acreditar a Salomón del mayor sabio y le hizo más temido que toda su felicidad y potencia. Por otros dos, merecieron ser primogénitos de la fama Alejandro y César. Célebre fue el de aquél al cortar el ñudo gordio, y plausible el de éste al caer; a entrambos les valieron dos partes del mundo dos repentes y fueron el examen de si eran capaces del mando del mundo.

Y si la prontitud en dichos fue siempre plausible, la misma en hechos merece aclamación; la presteza feliz en el efecto

arguye eminente actividad en la causa; en los conceptos, sutileza; en los aciertos, cordura, tanto más estimable cuanto va de lo agudo a lo prudente, del ingenio al juicio.

Prenda es ésta de héroes que los supone y los acredita, arguye grandes fondos y no menores altos de capacidad. Muchas veces la reconocimos con admiración y la ponderamos con aplauso en aquel tan grande héroe, como patrón nuestro, el Excelentísimo Duque de Nochera, don Francisco María Carrafa, a cuya prodigiosa contextura de prendas y de hazañas bien pudo cortarla el hilo la suerte, pero no mancharla con el fatal licor de aquellos tiempos. Era máximo el señorío que ostentaba en los casos más desesperados, la imperturbabilidad con que discurría, el despejo con que ejecutaba, el desahogo con que procedía, la prontitud con que acertaba; donde otros encogían los hombros, él desplegaba las manos. No había impensados para su atención, ni confusiones en su vivacidad, emulándose lo ingenioso y lo cuerdo, y aunque le faltó al fin la dicha, no la fama.

En generales y campeones ésta es la ventaja mayor, tan urgente cuan sublime, porque casi todas sus acciones son repentes y sus ejecuciones prestezas; no se pueden llevar allí estudiadas las contingencias ni prevenidos los acasos; hase de obrar a la ocasión, en que consiste el triunfo de una acertada prontitud, y sus victorias en ella.

En los reyes dicen mejor los pensados, porque todas sus acciones son eternas; piensan por muchos, válense de prudencias auxiliares y todo es menester para el universal acierto. Tienen tiempo y lecho donde se maduren las resoluciones, pensando las noches enteras para acertar los días, y al fin ejercitan más la cabeza que las manos.

XVI
CONTRA LA FIGURERÍA

SATIRICÓN

Reparo fue en los advertidos, si risa en los necios, el discurrir Diógenes con la antorcha encendida al mediodía, rom-

piendo por el innumerable concurso de una calle. Pasó a admiración cuando, preguntándole la causa, respondió: «Voy buscando hombres, con deseo de encontrar alguno, y no le hallo.» «Pues ¿y éstos, le replicaron ellos, no son hombres?» «No, respondió el filósofo; figuras de hombres, sí; verdaderos hombres, no.»

Así como hay prendas plausibles, así también hay defectos muy salidos, y si aquéllas consiguen la gracia de los exquisitos, éstos el desprecio universal. Es éste de los más notables, y famoso con propiedad, ya por sí, ya por los sujetos, en quien se halla; él es tan vario, que es análogo, y ellos tantos, que no se pueden especificar.

Son muchos los terreros de la risa y aquéllos, afectadamente, lo quieren ser, que por diferenciarse de los demás hombres siguen una extravagante singularidad y la observan en todo. Señor hay que pagaría el poder hablar por el colodrillo por no hablar con la boca como los demás, y ya que no es posible eso, transforman la voz, afectan el tonillo, inventan idiomas y usan graciosísimos bordones para ser de todas maneras peregrinos. Sobre todo martirizan su gusto, sacándolo de sus quicios; él es común con los demás hombres, y aun con los brutos, y quiérenlo ellos desmentir con violencias de singularidad, que son más castigo de su afectación que elevaciones de su grandeza. Beberán a veces lejía y la celebrarán por néctar; dejan el generoso rey de los licores por antojadizas aguas que repiten a jarabes, y ellos las bautizan por ambrosía, y tienen de frialdad lo que les falta de generosidad. De esta suerte inventan cosas cada día para llevar adelante su singularidad, y realmente lo consiguen, porque, como el común de los hombres no halla en estas cosas el verdadero gusto y la real bondad que ellos exageran, no las apetece, y quédanse ellos con su extravagancia; llámenla otros impertinencia.

De este modo, o tan sin él, se portan en todo lo demás. Si bien la necesidad, y aun el gusto, tal vez desmiente su capricho, por más que procuren engañarlo. Sábeles bien uno y alaban otro, como le sucedió a un gran valedor de esta secta de excepciones que, bebiendo de un caduco vino, no pudiendo contenerse, exclamó y dijo: «¡Oh, preciosísimo néctar

que vences a los bálsamos y alquermes! Lástima es que seas tan vulgar; ídolo fueras de príncipes, si ellos solos te bebieran.»

Lo célebre es que en los vulgares vicios no se corren de asemejar, no digo ya a los más viles de los hombres, pero a los mismos brutos, y en cosas humanas quieren afectar divinidades.

En las acciones heroicas dice bien la singularidad, ni hay cosa que concilie más veneración que las hazañas. En la alteza del espíritu y en los altos pensamientos consiste la grandeza. No hay hidalguía como la del corazón, que nunca se abate a la vileza. Es la virtud carácter de heroicidad, en que dice muy bien la diferencia. Han de vivir con tal lucimiento de prendas los príncipes, con tal esplendor de virtudes, que si las estrellas del cielo, dejando sus celestes esferas, bajaran a morar entre nosotros, no vivieran de otra suerte que ellos.

¿Qué aprovecha la fragancia de los ámbares, si la desmiente la hediondez de las costumbres? Bien pueden embalsamar el cuerpo, pero no inmortalizar el alma. No hay olor como el del buen nombre, ni fragancia como la de la fama, que se percibe de muy lejos, que conforta los atentos y va dejando rastro de aplauso por el teatro del mundo, que durará siglos enteros.

Pero así como a unos los hace aborrecibles, y aun intratables, esta enfadosa afectación, que todos los cuerdos la silban, así a otros los hace singulares el no querer serlo y menos parecerlo. Este vivir a lo práctico, un acomodarse a lo corriente, un casar lo grave con lo humano, hizo tan plausible al Excelentísimo Conde de Aguilar y Marqués de la Hinojosa, segundo Mecenas nuestro. Hacíase a todos, y así era amado de todos, que hasta los enemigos le aplaudieron vivo y le lloraron muerto. Oí decir de él a muchos y muy cuerdos: «Éste sí que sabe ser señor sin figurerías», palabra digna de un tan gran héroe.

Otro género hay de éstos, que no son hombres, y son aún más figuras, pues si los primeros son enfadosos, éstos son ya ridículos; aquéllos, digo, que ponen el diferenciarse en el traje y singularizarse en el porte; aborrecen todo lo práctico y

muestran una como antipatía con el uso; afectan ir a lo antiguo, renovando vejedades. Otros hay que en España visten a lo francés y en Francia a lo español, y no falta quien en la campaña sale con golilla y en la Corte con valona, haciendo de esta suerte celebrados matachines, como si necesitase de sainetes la fisga.

Nunca se ha de dar materia de risa, ni a un niño, cuánto menos a los varones cuerdos y juiciosos, y hay muchos que parece que ponen todo su cuidado en dar que reír, y que estudian cómo dar entretenimiento a las hablillas. El día que no salen con alguna ridícula singularidad lo tienen por vacío; pero ¿de qué pasaría la fisga de los unos sin la figurería de los otros? Son unos vicios materia de otros; de esta suerte la necedad es pasto de la murmuración.

Pero si la singularidad frívola en la corteza del traje es una irrisión, ¿qué será la del interior, digo, del ánimo? Hay algunos que parece que les calzó la naturaleza el gusto y el ingenio al revés, y lo afectan por no seguir el corriente. Exóticos en el discurrir, paradojos en el gustar y anómalos en todo, que la mayor figurería es sin duda la del entendimiento.

Ponen otros su capricho en una vanísima hinchazón, nacida de una loca fantasía y forrada de necedad; con esto afectan una enfadosa gravedad en todo y con todos, que parece que honran con mirar y que hablan de merced. Hay naciones enteras tocadas de este humor: que si para uno de éstos no tiene espera la risa, ¿qué será en tan ridícula pluralidad?

Sea el decir con juicio; el obrar con decoro; las costumbres graves; las acciones heroicas, que esto hace a un varón venerable, que no fantásticas presunciones. Ni censura este crítico discurso la verdadera gravedad, que atiende siempre a su decoro; aquél nunca rozarse el conservar la flor del respeto, y como en la funda de su fondo de la estimación. Condena, sí, el exceso de una vana singularidad, que toda viene a parar en inútiles afectaciones.

Pero ¿qué remedio habría tan eficaz, que curase a todos éstos de figuras y los volviese al ser de hombres? Pues de verdad que lo hay, y es infalible. Dejo la cordura, que es el remedio común de todos males, y voy al singular de la singula-

ridad. El remedio de todos éstos es poner la mira en otro semejante afectado, paradojo, extravagante, figurero; mirarse y remirarse en este espejo de yerros, advirtiendo la risa que causa y el enfado que solicita, ponderando lo feo, lo ridículo, lo afectado de él, o por mejor decir, propio en él; que esto sólo bastará para hacer aborrecer efizcazmente todo género de figurería, y aun temblar del más leve asomo, del más mínimo amago de ella.

XVII

El hombre en su punto

DIÁLOGO ENTRE EL DOCTOR DON MANUEL SALINAS Y LIZANA, CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE HUESCA, Y EL AUTOR

AUTOR—Notable singularidad la de los persas, no querer ver sus hijos hasta que tenían siete años. El mismo paternal amor, que es el mayor, sin duda no era bastante a desmentir, o por lo menos disimular, las imperfecciones de la común niñez. No los tenían por hijos hasta que los veían discurrir.

CANÓNIGO—Pero si un padre no puede sufrir a un ignorante hijuelo, y espera siete años la hermosísima razón para admitirle a su comunicación, ya capaz, ¿qué mucho que un varón entendido no pueda tolerar un necio extraño, y que lo extrañe a su culta familiaridad?

AUTOR—No conduce la naturaleza, aunque tan próvida, sus obras a la perfección el primer día, ni tampoco la industriosa arte; vanlas cada día adelantando, hasta darles su complemento.

CANÓNIGO—Así es que todos los principios de las cosas son pequeños, aun de las muy grandes, y vase poco a poco llegando al mucho mucho del perfecto ser. Las cosas que presto llegan a su perfección, valen poco y duran menos; una flor, presto es hecha y presto deshecha; mas un diamante, que tardó en formarse, apela para eterno.

AUTOR—Sin duda que esto mismo sucede en los hombres, que no de repente se hallan hechos. Vanse cada día perfec-

cionando, al paso que en lo natural en lo moral, hasta llegar al deseado complemento de la sindéresis, a la sazón del gusto y a la perfección de una consumada virilidad.

CANÓNIGO—Es tan cierto eso, que a cada paso vemos, y lo censuramos en algunos, que realmente saben y discurren; pero se conoce que aún no están del todo hechos, que aún les falta un algo, y a veces lo mejor; y hay más y menos en esto, que va también por grados la discreta intensión. Unos están muy a los principios de lo entendido, pero se harán; otros hay más adelantados en todo; y algunos que han ya llegado al complemento de prendas, que es menester mucho para llegar a ser un varón totalmente consumado.

AUTOR—Al modo, diría yo, que el generoso licor que es bueno, y más si es bueno el vino, tiene cuando comienza una ingratísima dulzura, una insuave rigidez, como no está aún hecho, pero, en comenzando a hervir, comienza a defecarse, pierde con el tiempo aquella crudeza primitiva, corrige aquella enfadosa dulzura, y cobra una suavísima generosidad, que hasta con el color lisonjea y con su fragancia solicita, y ya en su punto es pasto de hombres y aun celebrado néctar. Conque entiendo por qué de Júpiter fingieron que introdujo el abortivo hijuelo Baco, no en la boca, desapacible al gusto por lo imperfecto, sino en la rodilla, reservando para la discreta Palas el cerebro.

CANÓNIGO—A ese modo, en el vaso frágil del cuerpo se va perfeccionando de cada día el ánimo. No luego está en su punto. Tienen todos los hombres a los principios una enfadosa dulzura de la niñez, una insuave crudeza de la mocedad; aquel resabio a los deleites, aquella inclinación a cosas poco graves, empleos juveniles, ocupaciones frívolas, y aunque tal vez en algunos, y bien raros, se anticipe la madurez, conócese que es antes de tiempo en lo desazonado: quiere desmentir en otros la seriedad, o natural o afectada, estas imperfecciones de la edad, mas luego se descuida y desliza en juveniles desaires, dando a entender que aún no estaba en el punto de la entereza.

AUTOR—Gran médico es el tiempo, por lo viejo y por lo experimentado.

CANÓNIGO—Él sólo puede curar a uno de mozo, que verdaderamente es achaque. En la mayor edad son ya mayores y más levantados los pensamientos; reálzase el gusto, purifícase el ingenio, sazónase el juicio, defécase la voluntad, y al fin hombre hecho, varón en su punto, es agradable y aun apetecible al comercio de los entendidos. Conforta con sus consejos, calienta con su eficacia, deleita con su discurso, y todo él huele a una muy viril generosidad.

AUTOR—Pero antes de sazonarse, ¡qué aspereza nos brindan en todo, qué insuavidad en el entendimiento, qué acedía en el trato, que desazón en el porte!

CANÓNIGO—Pero ¡qué tormento es para un hombre ya maduro y cuerdo haberse de ajustar, o por necesidad o por conveniencia, a uno de estos desazonados y no hechos! Bien puede competir, y aun exceder, a aquél de Fálaris, cuando ataba un vivo con un muerto mano a mano y boca a boca, por ser éste de las almas donde se apura el entendimiento.

AUTOR—Revuelve después ya cuerdo sobre sus pasadas imperfecciones, reconoce ya con seso los borrones de su ignorancia o imprudencia, acusa su mal gusto y ríese de sí mismo liviano, ahora grave, condenando con juiciosa refleja los apasionados desaciertos, en los elementos de su imperfección.

CANÓNIGO—El mal es que algunos nunca llegan a estar del todo hechos, ni llegarán jamás a ser cabales.

AUTOR—Es que les falta alguna pieza, ya en el gusto, que es harto mal, ya en el juicio, que es peor.

CANÓNIGO—Y muchas veces advertimos que les falta algo, y no acertamos a definir lo que es.

AUTOR—También tengo observado que anda muy desigual el tiempo en hacer los sujetos.

CANÓNIGO—Es que para unos vuela y para otros cojea; ya se vale de sus alas, ya saca sus muletas. Hay algunos que muy presto consiguen la perfección en cualquier materia; hay otros que tardan en hacerse, y a veces con daño universal, por serlo la obligación. Que no sólo en la perfección común de la prudencia se van haciendo los hombres, sino en las singulares de cada estado y empleo.

AUTOR—¿De modo que se hace un rey?

CANÓNIGO—Sí, que no se nace hecho; gran asunto de la prudencia y de la experiencia, que son menester mil perfecciones para que llegue a tan grande complemento. Hácese un general a costa de su sangre y de la ajena; un orador, después de mucho estudio y ejercicio; hasta un médico, que para levantar a uno de una cama echó ciento en la sepultura. Todos se van haciendo, hasta llegar al punto de su perfección.

AUTOR—Y pregunto: ese punto a que llegaron, ¿será fijo?

CANÓNIGO—Ésa es la infelicidad de nuestra inconstancia. No hay dicha, porque no hay estrella fija de la luna acá; no hay estado, sino continua mutabilidad en todo. O se crece o se declina, desvariando siempre con tanto variar.

AUTOR—¿De modo que sigue lo moral a lo natural, descaece con la edad la memoria y aun el entendimiento?

CANÓNIGO—Sí; y aun por eso conviene lograrlo en su sazón y saber gozar de las cosas en su punto, y mucho más de los varones entendidos.

AUTOR—Mucho es menester para llegar al colmo de perfecciones y de prendas.

CANÓNIGO—Macea primero Vulcano, y después contribuye el Numen; sobre los favores de la naturaleza asienta bien la cultura, digo la estudiosidad y el continuo trato con los sabios, ya muertos, en sus libros; ya vivos, en su conversación; la experiencia fiel, la observación juiciosa, el manejo de materias sublimes, la variedad de empleos; todas estas cosas vienen a sacar un hombre consumado, varón hecho y perfecto; y conócese en lo acertado de su juicio, en lo sazonado de su gusto; habla con atención, obra con detención; sabio en dichos, cuerdo en hechos; centro de toda perfección.

AUTOR—Ahora digo que no hay bastante aprecio para un hombre en su punto.

CANÓNIGO—Hay logro, ya que no aprecio, buscándole para amigo, granjeándole para consejero, obligándole para patrón y suplicándolo para maestro.

XVIII
De la cultura y aliño

FICCIÓN HEROICA

«Fue tu padre el Artificio, Quirón de la naturaleza; naciste de su cuidado para ser perfección de todo; sin ti las mayores acciones se malogran y los mejores trabajos se deslucen. Ingenios vimos prodigiosos, ya por lo inventado, ya por lo discurrido, pero tan desaliñados, que antes merecieron desprecio que aplauso.

»El sermón más grave y docto fue desazonado sin tu gracia; la alegación más autorizada fue infeliz sin su aseo; el libro más erudito fue asqueado sin tu ornato; y, al fin, la inventiva más rara, la elección más acertada, la erudición más profunda, la más dulce elocuencia, sin el realce de tu cultura fueron acusadas de una indigna vulgar barbaridad y condenadas al olvido.

»Al contrario, otras vemos que, si con rigor se examinan, no se les conoce eminencia, ni por lo ingenioso ni por lo profundo, y con todo eso son plausibles, en fe de lo aliñado. Lo mismo acontece a todas las demás prendas, por ser trascendental tu perfección. Venció la fealdad a la belleza, muchas veces socorrida del aliño, y malogróse otras tantas por descuidada la hermosura; fíase de sí la perfección, y siempre los confiados fueron los vencidos. Cuanto mayor la gala, si desaliñada, es más deslucida, porque la misma bizarría está pregonando el perdido aseo; contigo, al fin, lo poco parece mucho y sin ti lo mucho parece nada.

»Tuviste por madre a la Buena Disposición, aquélla que da su lugar a cada cosa, aquélla que todo lo concierta. Consiste mucho el aseo en estar cada parte en su puesto, que fuera de su centro todo lo natural padece violencia y todo lo artificial, desconcierto. Una misma casa para una estrella es de exaltación, y para otra de detrimento, que, según es el lugar, es el brillar. La turbación causa confusión, y ésta enfado. Lo que no está compuesto no es más que una rudísima indigesta ba-

lumba, asqueada de todo buen gusto; las cosas bien compuestas, a más de lo que alegran con el desembarazo, deleitan con su concierto.

»Frustrada quedaría lastimosamente la buena elección de las cosas si después las malograse un bárbaro desaseo, y es lástima que lo que merecieron por excelentes y selectas lo pierdan por una barbaria inculta. Cansóse en balde la invención sublime de los conceptos, la sutileza en los discursos, la estudiosidad en la varia y selecta erudición, si después lo desazona todo un tosco desaliño.

»Hasta una santidad ha de ser aliñada, que edifica el doble cuando se hermana con una religiosa urbanidad. Supo juntar superiormente entrambas cosas aquel gran patriarca, Arzobispo de Valencia, don Juan de Rivera. ¡Qué aliñadamente que fue santo! Y aun eternizó su piedad y su cultura en un suntuosamente sacro colegio, vinculando en sus doctos y ejemplares sacerdotes y ministros la puntualidad en ritos, la riqueza en ornamentos, la armonía en voces, la devoción en culto y el aliño en todo.

»No gana la santidad por grosera, ni pierde tampoco por entendida, pues vemos hoy cortesana la santidad y santa la cortesía en otro patriarca, aunque no otro de aquél, sino muy su imitador, el ilustrísimo señor don Alonso Pérez de Guzmán, que no se oponen la virtud y la discreción; y con el mismo aplauso se celebran en aquel gran espejo de prelados, tan cultamente santo y erudito, el ilustrísimo señor don Juan de Palafox, Obispo de la Puebla de los Ángeles, y pudiera en singular por Su Ilustrísima, pues se llamó primero en profecía. De esta suerte se ve y se admira hoy tan culta la santidad y tan aliñada la perfección.

»No solamente ha de ser aseado el entendimiento, sino la voluntad también. Sean cultas las operaciones de estas dos superiores potencias, y si el saber ha de ser aliñado, ¿por qué el querer ha de ser a lo bárbaro y grosero?

»Tus hermanos fueron el Despejo, el Buen Gusto y el Decoro, que todo lo hermosean y todo lo sazonan, no sola la corteza exterior del traje, sino mucho más el atavío interior, que son las prendas los verdaderos arreos de la persona.

»Pero ¡qué inculto, qué desaliñado tenía la común barbaridad el mundo todo! Comenzó la culta Grecia a introducir el aliño al paso que su imperio. Hicieron cultas sus ciudades, tanto en lo material de los edificios como en lo formal de sus ciudadanos. Tenían por bárbaras a las demás naciones, y no se engañaban. Ellos inventaron los tres órdenes de la arquitectura para el adorno de sus templos y palacios, y las ciencias para sus célebres universidades. Supieron ser hombres porque fueron cultos y aliñados.

»Mas los romanos, con la grandeza de su ánimo y poder, al paso que dilataron su monarquía, extendieron su cultura; no sólo la emularon a los griegos, sino que la adelantaron, desterrando la barbaridad de casi todo el mundo, haciéndole culto y aseado de todas maneras. Quedan aún vestigios de aquella grandeza y cultura en algunos edificios, y por blasón el ordinario encarecimiento de lo bueno, ser *obra de romanos.* Rastréase el mismo artificioso aliño en algunas estatuas que en fe de la rara destreza de sus artífices eternizan la fama de aquellos héroes que representan. Hasta en las monedas y en los sellos se admira esta curiosidad, que en nada perdonaban al aliño y en nada dejaban parar la barbaria.

»¡Oh, célebre Museo y plausible Teatro de toda esta antigua griega y romana cultura, así en estatuas como en piedras, ya en sellos anulares, ya en monedas, vasos, urnas, láminas y camafeos, el de nuestro mayor amigo, el culto y erudito don Vincencio Juan de Lastanosa, honor de los romanos por su memoria, gloria de los aragoneses por su ingenio! Quien quisiere lograr toda la curiosidad junta, frecuente su original Museo, y quien quisiere admirar la docta erudición y rara de la antigüedad, solicite el que ha estampado de las monedas españolas desconocidas, asunto verdaderamente grande, por lo raro y por lo primero.

»Donde se extrema la romana cultura y el decoro es en las inmortales obras de sus prodigiosos escritores. Allí lucen lo ingenioso de los que escriben y lo hazañoso de quienes escriben, compitiéndose la valentía de los ánimos de unos y la de los ingenios de los otros.

»Conservan aún algunas provincias este heredado aliño, y

la que más, la culta Italia, como centro de aquel imperio. Todas sus ciudades son aliñadas, así en el político, como en el económico gobierno. En España reina la curiosidad, más en las personas que en lo material de las ciudades, no porque sea mayor alabanza, que la barbaridad aun en lo poco lo es y desacredita. En Francia está tan valido el aliño, que llega a ser bizarría, digo en la nobleza. Estímanse las artes, venéranse las letras; la galantería, la cortesía, la discreción, todo está en su punto. Précianse los más nobles de más noticiosos y leídos, que no hay cosa que más cultive los hombres que el saber. Entre muchos varones eminentes luce hoy el prodigioso Francisco Filhol, presbítero y hebdomadario en la Santa y Metropolitana Iglesia de San Esteban de Tolosa, varón de igual ingenio que gusto, como lo prueban sus dos Bibliotecas, la primera de sus obras y la segunda de las ajenas.

»Hijos son tuyos el Agrado y el Provecho, que si en un jardín lo que más lisonjea, después del buen delecto de las plantas y las flores, es la acertada disposición de ellas, ¿cuánto más, en el jardín del ánimo, merecerán el gusto, la fragancia de los dichos y la galantería de los hechos, realzadas de la cultura?

»Hállanse hombres naturalmente aliñados en quienes parece que el aseo no es cuidado, sino fuerza; no perdonan al menor desorden en sus cosas; es en ellos connatural la gala, así interior como exterior; tienen un corazón impaciente al desaliño. Hasta en los ejércitos afectaba Alejandro la cultura, que parecían más, dijo el Curcio, órdenes de compuestos senadores, que hileras de desbaratados soldados. Hay otros de un corazón tan dejado de sí mismo, que no cupo jamás en él cuidado ni artificio, cuanto menos impaciencia, y así, todo cuanto obran lleva este desmedro de tosco y este deslucimiento de bárbaro.

»Es circunstancia el aliño que arguye tal vez mucha sustancia, porque nace de capacidad, y porque lo tuvo en componer un fuego, acción tan servil y tan vulgar, el Taicosama fue primero argumento, y ocasión después, de llegar a ser emperador del Japón, de siervo particular a ser amo universal; prodigiosa fortuna que los leños aliñados por su mano le pusieron o se trocaron en un cetro en ella misma.

»Ésta es, ¡oh, cultísimo realce del varón discreto!, tu esplendorizada prosapia. ¿Qué mucho que seas tan valido entre personas, que si no las supones, tú las haces?»

De esta suerte las tres Gracias informaban al Aliño, asegurando que todo lo dicho lo habían copiado del culto, bizarro, galante, cortesano, lucido, práctico, erudito, y sobre todo discreto, el Excelentísimo Señor don Duarte Fernando Álvarez de Toledo, Conde de Oropesa.

XIX

Hombre juicioso y notante

APOLOGÍA

«Muy a lo vulgar discurrió Momo cuando deseó la ventanilla en el pecho humano; no fue censura, sino deslumbramiento, pues debiera advertir que los zahoríes de corazones, que realmente los hay, no necesitan ni aun de resquicios para penetrar al más reservado interior. Ociosa fuera la transparente vidriera para quien mira con cristales de larga vista, y un buen discurso propio es la llave maestra del corazón ajeno.

»El varón juicioso y notante (hállanse pocos, y por eso más singulares) luego se hace señor de cualquier sujeto y objeto, Argos al atender y lince al entender. Sonda atento los fondos de la mayor profundidad, registra cauto los senos del más doblado disimulo y mide juicioso los ensanches de toda capacidad. No le vale ya a la necedad el sagrado de su silencio, ni a la hipocresía la blancura del sepulcro. Todo lo descubre, nota, advierte, alcanza y comprende, definiendo cada cosa por su esencia.

»Todo grande hombre fue juicioso, así como todo juicioso fue grande, que realces en la misma superioridad de entendido son extremos del ánimo. Bueno es ser noticioso, pero no basta; es menester ser juicioso; un eminente crítico vale primero en sí, y después da su valor a cada cosa; califica los objetos y gradúa los sujetos; no lo admira todo ni lo desprecia todo; señala, sí, su estimación a cada cosa.

»Distingue luego entre realidades o apariencias, que la buena capacidad se ha de señorear de los objetos, no los objetos de ella, así en el conocer como en el querer. Hay zahoríes de entendimiento que miran por dentro de las cosas, no paran en la superficie vulgar, no se satisfacen de la exterioridad, ni se pagan de todo aquello que reluce; sírveles su critiquez de inteligente contraste para distinguir lo falso de lo verdadero.

»Son grandes descifradores de intenciones y de fines, que llevan siempre consigo la juiciosa contracifra. Pocas victorias blasonó de ellos el engaño, y la ignorancia menos.

»Esta eminencia hizo a Tácito tan plausible en lo singular, y venerado a Séneca en lo común. No hay prenda más opuesta a la vulgaridad; ella sola es bastante a acreditar de discreto. El vulgo, aunque fue siempre malicioso, pero no juicioso, y aunque todo lo dice, no todo lo alcanza, raras veces veces discierne entre lo aparente y lo verdadero; es muy común la ignorancia, y el error muy plebeyo. Nunca muerde sino la corteza, y así todo se lo bebe y se lo traga, sin asco de mentira.

»¡Qué es de ver uno de estos censores del valor y descubridores del caudal, cómo emprende dar alcance a un sujeto! ¡Pues qué, si recíprocamente dos juiciosos se embisten a la par, con armas iguales de atención y de reparo, deseando cada uno dar alcance a la capacidad del otro! ¡Con qué destreza se acometen! ¡Qué precisión en los tientos! ¡Qué atención a la razón! ¡Qué examen de la palabra! Van brujuleando el ánimo, sondando los afectos, pesando la prudencia. No se satisfacen de uno ni de dos aciertos, que pudo ser ventura, ni de dos buenos dichos, que pudo ser memoria.

»De esta suerte van haciendo anotomía del ánimo, examen del caudal, registrando y ponderando tanto los discursos como los afectos, que de la excelencia de entrambos se integra una superior capacidad. No hay halcón que haga más puntas a la presa, ni Argos que más ojos multiplique, como ellos atenciones a la ajena intención, de modo que hacen anotomía de un sujeto hasta las entrañas y luego le definen por propiedades y esencia.

»Es gran gusto encontrar con uno de éstos y ganarle, que, si

no es en fe de la amistad, no franquean su sentir; recátanse, que lo que son prontos al censurar son recatados al hablarlo; observan inviolablemente aquella otra gran treta de sentir con los pocos y de hablar con los muchos; pero cuando en seguro de la amistad y a espaldas de la confianza desahogan su concepto, ¡oh, lo que enseñan!, ¡oh, lo que iluminan! Dan su categoría a cada uno, su vivo a cada acción, su estimación a cada dicho, su calificación a cada hecho, su verdad a cada intento. Admírase en ellos ya el extravagante reparo, ya la profunda observación, la sutil nota, la juiciosa crisis, el valiente concebir, el prudente discurrir, lo mucho que se les ofrece y lo poco que se les pasa.

»Tiembla de su crisis la más segura eminencia y depone la propia satisfacción, porque sabe el rigor de su acertado juicio, que es el crisol de la fineza; pero la prenda que sale con aprobación de su contraste puede pasar y lucir dondequiera. Queda muy calificada, y más que con toda la vulgar estimación, la cual, aunque sea extensa, no es segura, tiene a veces más de ruido que de aplauso, y así, no pudiendo mantenerse en aquel primero crédito, dan gran baja los ídolos del vulgo, porque no se apoyaron en la basa de la sustancial entereza. Vale más un sí de un valiente juicio de éstos que toda la aclamación de un vulgo, que no sin causa llamaba Platón a Aristóteles toda su escuela y Antígono a Zenón todo el teatro de su fama.

»Requiere o supone este valentísimo realce otros muchos en su esfera: lo comprensivo, lo noticioso, lo acre, lo profundo; y si supone unos, condena otros, como son la ligereza en el creer, lo exótico en el concebir, lo caprichoso en el discurrir, que todo ha de ser acierto y entereza.

»Pero nótese que el censurar está muy lejos del murmurar, porque aquél dice indiferencia y éste predeterminación a la malicia. Un integérrimo censor, así como celebra lo bueno, así condena lo malo, con toda equidad de indiferencia. No encarga este aforismo que sea maleante el discreto, sino entendido; no que todo lo condene, que sería aborrecible destemplanza de juicio, ni tampoco que todo lo aplauda, que es pedantería. Hay algunos que luego topan con lo malo en

cualquier cosa, y aun lo entresacan de mucho bueno; conciben como víboras y revientan por parir, proporcionado castigo a la crueldad de sus ingenios. Una cosa es ser Momo de mal gusto, pues se ceba en lo podrido; otra es un integérrimo Catón, finísimo amante de la equidad.

»Son éstos como oráculos juiciosos de la verdad, inapasionables jueces de los méritos, pero singulares, y que no se rozan sino con otros discretos, porque la verdad no se puede fiar, ni a la malicia ni a la ignorancia: aquélla por malsín y ésta por incapaz; mas cuando por suma felicidad se encuentran dos de éstos y se comunican sentimientos, crisis, discursos y noticias, señálese aquel rato con preciosa piedra y dedíquese a las Musas, a las Gracias y a Minerva.

»Ni es solamente especulativa esta discreción, sino muy práctica, especialmente en los del mando, porque a luz de ella descubren los talentos para los empleos, sondan las capacidades para la distribución, miden las fuerzas de cada uno para el oficio y pesan los méritos para el premio, pulsan los genios y los ingenios, unos para de lejos, otros para de cerca, y todo lo disponen porque todo lo comprenden. Eligen con arte, no por suerte; descubren luego los realces y los defectos de cada sujeto, la eminencia o la medianía, lo que pudiera ser más y lo que menos. No tiene aquí lugar la pía afición, que primero es la conveniencia, no la pasión ni el engaño, los dos escollos celebrados de los aciertos, que si éste es engañarse, aquélla es un quererse engañar. Siempre integérrimos jueces de la razón, que sin ojos ven más y sin manos todo lo tocan y lo tantean.

»Gran felicidad es la libertad de juicio, que no la tiranizan ni la ignorancia común ni la afición especial; toda es de la verdad, aunque tal vez por seguridad y por afecto la quiere introducir al sagrado de su interior, guardando su secreto para sí.

»Demás de ser deliciosa, que realmente lo es esta gran comprensión de los objetos, y más de los sujetos de las cosas y de las causas, de los efectos y afectos, es provechosa también su mayor asunto, y aun cuidado es discernir entre discretos y necios, singulares y vulgares, para la elección de íntimos, que

así como la mejor treta del jugar es saber descartarse, así la mayor regla del vivir es el saber abstraer.»

De esta suerte discurría con el autor el juicioso, el comprensivo, el grande entendedor de todo, el Excelentísimo Señor Duque de Híjar, sucesor en lo entendido y discreto del renombre de Salinas y Alenquer, no sólo en el título, sino en la eminente realidad, que es eco este discurso de tan magistral oráculo.

XX
Contra la hazañería

SÁTIRA

¡Oh, gran maestro aquél que comenzaba a enseñar desenseñando! Su primera lección era de ignorar, que no importa menos que el saber. Encargaba, pues, Antístenes a sus tirones desaprender siniestros para mejor después aprender aciertos.

Grande asunto es el conseguir singulares prendas, pero mayor es el huir vulgares defectos, porque uno solo basta a eclipsarlas todas, y todas juntas no bastan a desmentirlo solo. Por una pequeña travesura de una facción fue condenado todo un rostro a no parecer, y toda la belleza de las demás no es bastante a absolverle de feo.

Los defectos, que por descarados son más conocidos, fácilmente los declina cualquier medianamente discreto, pero hay algunos otros tan disimulados por revestidos de capa de perfección, que pretenden pasar plaza de realces, especialmente cuando se ven autorizados.

Uno de éstos es la hazañería, que aspira, no a excelencia, como quiera, sino de las muy plausibles, y halla favor para ello en grandes personajes, injiriéndose ya en las armas, ya en las letras, hasta en la misma virtud, y aun se roza con casi héroes, pero verdaderamente no lo son, pues con poco se llenan la boca y el estómago, no acostumbrado a grandes bocados de la fortuna.

Hacen muy del hacendado los que menos tienen, porque

andan a caza de ocasiones y las exageran; ya que las cosas valen menos que nada, ellos las encarecen. Todo lo hacen misterio con ponderación, y de cualquier poquedad hacen asombro. Todas sus cosas son las primeras del mundo y todas sus acciones hazañas, su vida toda es portentos, y sus sucesos, milagros de la fortuna y asuntos de la fama. No hay cosa en ellos ordinaria; todas son singularidades del valor, del saber y de la dicha, camaleones del aplauso, dando a todos hartazgos de risa.

Fue necio siempre todo desvanecimiento, mas la jactancia es intolerable. Los varones cuerdos aspiran antes a ser grandes que a parecerlo. Éstos se contentan con sola la apariencia, y así en ellos no es argumento de sublimidad el querer parecer; antes bien de una verdadera poquedad, que cualquiera cosa les pareció mucho.

Nace la hazañería de una desvanecida poquedad y de una abatida hinchazón, que no todos los ridículos andantes salieron de la Mancha, antes entraron en la de su descrédito. Parecen increíbles tales hombres, pero los hay de verdad, y tantos, que tropezamos con ellos y les oímos cada día sus ridículas proezas, aunque más las quisiéramos huir, porque si fue enfadosa siempre la soberbia, aquí reída, y por donde buscan los más la estimación topan con el desprecio; cuando se presumen admirados, se hallan reídos de todos.

No nace de alteza de ánimo, sino de vileza de corazón, pues no aspiran a la verdadera honra, sino a la aparente; no a las verdaderas hazañas, sino a la hazañería. De esta suerte hay algunos que no son soldados, pero lo desean ser, y lo afectan y lo procuran parecer: buscan las ocasiones, y cualquiera niñería que se les ofrezca la celebran, y meten más máquina en una antojada aventura que el belicoso y afortunado Marqués de Torrecusa en un romper las trincheras de Fuenterrabía, en un socorrer a Perpiñán y desbaratar campalmente tantas veces los bravos y numerosos ejércitos de Francia.

Muéstranse otros muy ministros, afectando celo y ocupación, grandes hombres de hacer siempre negocio del no negocio. No hay chico pleito para ellos; de las motas levantan polvaredas, y de pocas cosas mucho ruido; véndense muy ocupados, hambreando reposo y tiempo; hablan de misterio; en

cada ademán o gesto encierran una profundidad entre exclamaciones y reticencias, de suerte que llevan más máquina que el artificio de Juanelo, de igual ruido y poco provecho.

Andan otros mendigando hazañas, hormiguillas del honor, que con un solo grano, que a veces, más será paja, van más afanados y satisfechos que las valientes pías que tiran el plaustro de Ceres, el carro del lucimiento; y es muy de gallinas cacarear todo un día y al cabo poner un huevo. Andan de parto, soberbios e hinchados montes, y abortan después un ridículo ratón.

Gran diferencia hay de los hazañosos a los hazañeros, y aun oposición, porque aquéllos, cuanto mayor es su eminencia, la afectan menos; conténtanse con el hacer y dejan para otros el decir, que, cuando no, las mismas cosas hablan harto. Que si un César se comentó a sí mismo, excedió su modestia a su valor; no fue afectar la alabanza, sino la verdad. Aquéllos dan las hazañas, éstos las venden y aun las encarecen, inventando trazas para ostentarlas; un acierto mecánico, después de mil yerros civiles y aun criminales, lo blasonan, lo pregonan, y, no hallando hartas plumas en las de la fama, alquilan plumas de oro, para que escriban lodo con asco de la cordura.

Pero que estos desvanecidos hagan hazañería de su nada, excusa tienen en su pasión, que al fin ella y su necedad todo se cae en casa, pero que un gran necio de éstos haga tantos y mayores, dándoles a beber hasta hartar con sus disparates, y que estos idólatras de ignorancia veneren sus desatinos es una inexcusable vulgarísima poquedad. No digo ya de los que políticos, violentados de la dependencia, no les entra de los dientes adentro de la ignorancia, así como les sale de solos los dientes afuera la afectada alabanza, porque éstos son lisonjeros de malicia, y como no procede de engaño, quedan absueltos de ignorancia, condenados a adulación. Pero que haya necios en causa y provecho de otro es caerse la necedad en casa propia y la vanidad en la ajena.

No fueron triunfos los de Domiciano, sino hazañerías; de lo que no hicieran reparo un César, un Augusto, hacían aplauso Calígula y Nerón; triunfaban tal vez por haber muerto un jabalí, que no era triunfo, sino porquería.

Las plumas de la fama no son de oro, porque no se alqui-

lan; pero resuenan más que la sonora plata. No tienen precio, pero le dan a los méritos de aplausos.

XXI

DILIGENTE E INTELIGENTE

EMBLEMA

Dos hombres formó naturaleza, la desdicha los redujo a ninguno; la industria después hizo uno de los dos. Cegó aquél, encojó éste, y quedaron inútiles entrambos. Llegó el arte, invocada de la necesidad, y dioles el remedio en el alternado socorro, en la recíproca dependencia.

«Tú, ciego, le dijo, préstale los pies al cojo, y tú, cojo, préstale los ojos al ciego.» Ajustáronse, y quedaron remediados. Cogió en hombros el que tenía pies al que le daba ojos, y guiaba el que tenía ojos al que le daba pies. Éste llamaba al otro su Atlante, y aquél a éste su cielo.

Vio este prodigio de la industria un varón juicioso y, reparando en él, codiciándole para un ingenioso emblema, preguntó bien, que cuál llevaba a cuál. Y fuele respondido de esta suerte:

—Tanto necesita la diligencia de la inteligencia como al contrario. La una sin la otra valen poco, y juntas pueden mucho. Ésta ejecuta pronta lo que aquélla, detenida, medita, y corona una diligente ejecución los aciertos de una bienintencionada atención.

Vimos ya hombres muy diligentes, obradores de grandes cosas, ejecutivos, eficaces, pero nada inteligentes; y de uno de ellos dijo un crítico frescamente, alabando otros su diligencia, que, si el tal fuera tan inteligente como era diligente, fuera sin duda un gran ministro del Monarca Grande.

Pero a éstos nada se les puede fiar a solas, pues el mayor riesgo corre en su correr; yerran aprisa si los dejan, y emplean toda su eficacia en desaciertos. No es aquello acabar los negocios, sino acabar con ellos, que parece que corren a la posta, digo, a caballo todo, sin caer jamás de su necedad.

Es lo bueno que comúnmente estos tales aborrecen el consejo y lo truecan en ejecución.

Pasión es de necios el ser muy diligentes, porque, como no descubren los topes, obran sin reparos; corren porque no discurren, y como no advierten, tampoco advierten que no advierten, que quien no tiene ojos para ver menos los tendrá para verse.

Hay sujetos que son buenos para mandados, porque ejecutan con felicísima diligencia; mas no valen para mandar, porque piensan mal y eligen peor, tropezando siempre en el desacierto. Hay hombres de todos genios, unos para primeros y otros para segundos.

Pero no es menor infelicidad la de una grande inteligencia sin ejecución; marchítanse en flor sus concebidos aciertos, porque los comprendió el hielo de una irresolución y, perdida de aquélla su fragante esperanza, se malogran con el dejamiento.

Resuelven algunos con extremada sindéresis, decretan con plausible elección, y piérdense después en las ejecuciones, malogrando lo excelente de sus dictámenes con la ineficacia de su remisión; arrancan bien y paran mal, porque pararon; discurren mucho, que es lo más; hacen juicio y aun aprecio de lo que conviene y, por una ligera fatiga del ejecutarlo, lo dejan todo perder. Otros hay poco aplicados a lo que más importa, y se apasionan por lo que menos conviene hasta llegar a tener antipatía con su obligación, que no siempre se ajustan el genio y el empleo, y topando más dificultad en lo que abrazan, el gusto todo lo vence, de suerte que nace la fuga más de horror que de temor, más de enfado que de trabajo. Es don, y grande, la buena aplicación, que no siempre se casa ni con el oficio ni con el cargo, aunque sea soberano. ¡Qué de veces degenera de lo heroico y se destina a una vulgarísima nada!

Bien que todos los sabios son detenidos, que del mucho advertir nace el reparar; así como descubren todos los inconvenientes, querrían también prevenir todos los remedios; con esto raras veces recae la diligencia sobre la inteligencia. En los que gobiernan se desea aquélla, y ésta en los que pelean, y si concurren hacen un prodigio.

Fue la mayor presteza en Alejandro madre de la mayor ventura; conquistólo todo, decía él mismo, dejando nada para mañana; ¿qué hiciera para otro año? Pues César, aquel otro ejemplar de héroes, decía que sus increíbles empresas antes las había concluido que consultado, o porque su misma grandeza no le espantase, o porque aun el pensarlas no le detuviese; gran palabra suya el «vamos», y nunca el «vayan los otros». Basta la presteza a hacer rey de las fieras al león, que, aunque muchas de ellas le ganan, unas en armas, otras en cuerpo y otras en fuerzas, él las vence a todas en fe de su presteza.

Éste es aquel excedido exceso que entre sí mantienen los valerosos españoles y los belicosos franceses, igualando el Cielo la competencia, contrapesando la prudencia española a la presteza francesa. Opuso la detención de aquéllos a la cólera de éstos; lo que le falta al español de prontitud lo suple con el consejo y, al contrario, la temeridad en el francés es lastre de su increíble diligencia. Con esto andan equivocadas las victorias y paralelos los sucesos, según las contingencias y los tiempos. Tomóles el pulso César a entrambas naciones, y venció a la una previniendo, y a la otra esperando. A entrambas pudiera encargar el grande Augusto su *festina lente* en empresa, e hiciera un medio muy acertado.

Tiene lo bueno muchos contrarios, porque es raro, y los males muchos: para lo malo todo ayuda. El camino de la verdad y del acierto es único y dificultoso; para la perdición hay muchos medios y pocos remedios. Contra lo conveniente todas las cosas se conjuran, las circunstancias se despintan: la ocasión pasando, el tiempo huyendo, el lugar faltando, la sazón mintiendo y todo desayudando, pero la inteligencia y la diligencia todo lo vencen.

XXII
Del modo y agrado

CARTA AL DOCTOR DON BARTOLOMÉ DE MORLANES, CAPELLÁN DEL REY NUESTRO SEÑOR EN LA SANTA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE ZARAGOZA

Por este gran precepto, señor mío, mereció Cleóbulo ser el primero de los sabios; luego él será el primero de los preceptos. Mas si el enseñarlo basta a dar renombre de sabio, y el primero, ¿qué le quedará para el que lo observa? Que el saber las cosas y no obrarlas, no es ser filósofo, sino gramático.

Tanto se requiere en las cosas la circunstancia como la sustancia; antes bien, lo primero con que topamos no son las esencias de las cosas sino las apariencias; por lo exterior se viene en conocimiento de lo interior, y por la corteza del trato sacamos el fruto del caudal, que aun a la persona que no conocemos por el porte la juzgamos.

Es el modo una de las prendas del mérito, y que cae debajo de la atención; puédese adquirir, y por eso la falta de ella es inexcusable, bien que en algunos tiene principio del buen natural, pero su complemento da la industria; en otros toda es del arte, que puede el cuidado de ésta suplir los olvidos de aquélla, y aun mejorarlos, pero cuando se juntan hacen un sujeto agradable con igual facilidad y felicidad.

Es también de las bellezas trascendentales a todas las acciones y empleos. Fuerte es la verdad, valiente la razón, poderosa la justicia, pero sin un buen modo todo se desluce, así como con él todo se adelanta. Cualquiera falta suple, aun las de la razón; los mismos yerros dora, las fealdades afeita, desmiente los desaires y todo lo disimula.

¡Qué de materias graves e importantes se gastaron por un mal modo, y qué de ellas ya de desahuciadas se mejoraron y concluyeron por el bueno!

No basta el grande celo en un ministro, el valor en un caudillo, el saber en un docto, la potencia en un príncipe, si no lo acompaña todo esta importantísima formalidad.

Es político adorno de los cetros, esmalte de las coronas; antes bien, en ningún otro empleo es más urgente que en el mandar. Obliga mucho, que los superiores más recaban humanos que despóticos. Ver en un príncipe que, cediendo a la superioridad, se vale de la humanidad, obliga doblado. Primero se ha de reinar en las voluntades y después en la posibilidad. Concilia la gracia de las gentes y aun el aplauso, si no por naturaleza, por arte, que el que lo admira no mira si es propio o si es postizo; gózalo con aclamación.

Es tan útil como acepto. Cosas hay que valen poco por su ser y se estiman por su modo. Pudo dar novedad a lo pasado y ayudarle a volver y aun tener vez. Si las circunstancias son a lo práctico, desmienten lo cansado de lo viejo. Siempre va el gusto adelante, nunca vuelve atrás, no se ceba en lo que ya pasó, siempre pica en la novedad, pero puédesele engañar con lo flamante del modillo. Remózanse las cosas con las circunstancias y desmiéntese el asco de lo rancio y el enfado de lo repetido, que suele ser intolerable y más en imitaciones, que nunca pueden llegar ni a la sublimidad ni a la novedad del primero.

Vese esto más en los empleos del ingenio, que, aunque sean las cosas muy sabidas, si el modo del decirlas en el retórico y del escribirlas en el historiador fuere nuevo, las hace apetecibles.

Cuando las cosas son selectas, no cansa el repetirlas hasta siete veces; pero, aunque no enfadan, no admiran, y es menester guisarlas de otra manera para que soliciten la atención; es lisonjera la novedad, hechiza el gusto, y con sólo variar de sainete se renuevan los objetos, que es gran arte de agradar.

¡Cuántas cosas muy vulgares y ordinarias las pudo realzar a nuevas y excelentes, y las vendió a precio de gusto y de admiración! Y, al contrario, por escogidas que sean, sin este sainete no pican el gusto ni consiguen el agrado.

Préciase de discreto y lo es. Las mismas cosas dirá uno que otro, y con las mismas lisonjeará éste y ofenderá aquél. Tanta diferencia e importancia puede caber en el cómo, y tanto recaba un buen término y desazona el malo; y si la falta de él es

tan notable, ¿qué será un modo positivamente malo y afectadamente desapacible, y más en personas de empleo universal? Y vimos en muchos, y aun censuramos, que la afectación, la soberbia, la sequedad, la grosería, la insufribilidad y otras monstruosidades paralelas los hicieron inaccesibles. «Pequeño desmán es, ponderaba un sabio, el sobrecejo en ti, y basta a desazonar toda la vida.» Al contrario, el agrado del semblante promete el del ánimo, y la hermosura afianza la suavidad de la condición.

Sobre todo se precia de dorar el No, de suerte que se estime más que un Sí desazonado; azucara con tanta destreza las verdades, que pasan plaza de lisonjas, y tal vez, cuando parece que lisonjea, desengaña, diciéndole a uno, no lo que es, sino lo que ha de ser.

Él es único refugio de cuantos les falta el natural, que entonces se socorren del modo, y alcanzan más con el cuidado que otros con la natural perfección; suple faltas esenciales, y con ventajas en todos los superiores e ínfimos empleos; lo bueno es que no se puede definir, porque no se sabe en qué consiste; o si no, digamos que son todas las tres Gracias juntas en un compuesto de toda perfección.

Y porque no apelemos siempre de prodigios a la antigüedad, ni mendiguemos lo heroico de lo pasado, veneró moderna la admiración y celebró el universal aplauso en su punto, digo en su extremo, esta galante prenda en la católica, en la heroica y también grande la Reina nuestra señora, doña Isabel de Borbón, aquélla que, no ya prosiguió, sino que adelantó la gloria del renombre y la felicidad de los aciertos de las Isabeles Católicas de España. Entre singulares muchos coronados realces, sobreostentaba un tan bizarro modo, un tan soberano agrado, que, de robar los corazones de sus vasallos, llegó a hechizar los afectos; más recababa una humanidad suya que toda una real divinidad. Obró mucho en poco tiempo, vivió plausible, murió llorada. Envidiáronla, o la muerte el alzarse con el mundo, o el Cielo lo ángel y lo santo. Arrebatáronla entrambos a nuestra mejorada dicha, consiguiendo acá el renombre de deseada, que es el primero en las reinas, y allá la gloria, que es la última felicidad.

XXIII

ARTE PARA SER DICHOSO

FÁBULA

Tiene la mentida Fortuna muchos quejosos y ningún agradecido. Llega este descontento hasta las bestias, pero ¿a quién mejor? El más quejoso de todos es el más simple. Íbase éste quejando de corrillo en corrillo, y hallaba, no sólo compasión, pero aplauso, especialmente en el vulgo.

Un día, pues, aconsejado de muchos y acompañado de ninguno, dicen que se presentó en la audiencia general del soberano Júpiter; aquí, profundamente humilde, que le es de agradecer a un necio, y otorgada la inestimable licencia de ser escuchado, pronunció mal esta peor trazada arenga:

«Integérrimo Júpiter, que justiciero y no vengador te deseo: aquí tienes ante tu majestuosa presencia el más infeliz, sobre ignorante, de los brutos, solicitando, no tanto la venganza de mis agravios cuanto el remedio de mis desdichas. ¿Cómo pasa, ¡oh, Numen eterno!, tu entereza por la impiedad de la Fortuna, sólo para mí ciega, tirana y aun madrastra, ya que la naturaleza me hizo el más simple de los animales, que es decir cuanto se puede? ¿Por qué esta cruel, a tanta carga, ha de añadir la sobrecarga de desdichado, violando el uso y atropellando la costumbre? Me hace ser necio y vivir descontento; persigue la inocencia y favorece la malicia; el soberbio León triunfa; el Tigre cruel vive; la Vulpeja, que a todos engaña, de todos se ríe; el voraz Lobo pasa. Yo solo, que a ninguno hago mal, de todos le recibo. Como poco, trabajo mucho; nada del pan, todo del palo. Tráeme desaliñado y yo, que me soy feo, no puedo parecer entre gentes, y sirvo de acarrear villanos, que es lo que más siento.»

Conmovió grandemente esta lastimosa proclamación a todos los circunstantes. Sólo Júpiter, severo, que no se inmuta así vulgarmente, alargó la mano sobre que había estado, no tanto recodado, cuanto reservando para la otra parte aquel oído, hizo ademán que llamasen para dar su descargo a la Fortuna.

Partieron en busca de ella muchos soldados, estudiantes y pretendientes; anduvieron por muchas partes y en ninguna la hallaban. Preguntaban a unos y a otros, y ninguno sabía dar razón. Entraron en la casa del poderoso Mando, y era tanta la confusión y la prisa con que todos, sin discurrir, se movían, que no hallaron quien les respondiese, ni aun les escuchase, aunque toparon con muchos. Discurrieron ellos que sin duda no debía de estar entre tanto desasosiego, y no se engañaron. Pasaron a la casa de la Riqueza, y aquí les dijo el Cuidado que había estado, pero muy de paso, no más de para encomendar algunos haces de espinas y unos talegones de leznas. Entraron en la quinta de la Hermosura, que está muy cerca del sexto, para pagarlo por las setenas; toparon con la Necedad, y, sin preguntar más, pasaron a la de la Sabiduría; respondióles la Pobreza que tampoco estaba allí, pero que de día en día la aguardaban.

Sola les quedaba ya otra casa, que estaba sola a la derecha acera. Llamaron, por estar muy cerrada, y salió a responderles una tan hermosa doncella, que creyeron ser alguna de las tres Gracias, y así, la preguntaron cuál era. Respondió con notable agrado que era la Virtud. En esto salía ya de allá dentro, y de lo más interior, la Fortuna, muy risueña. Intimáronla el mandato y obedeció ella como suele, volando a ciegas.

Llegó muy reverente al sacro trono, y todos los del cortejo la hicieron muchas cortesías, y aun zalemas, por recambiarlas. «¿Qué es esto, ¡oh, Fortuna!, dijo Júpiter, que cada día han de subir a mí las quejas de tu proceder? Bien veo cuán dificultoso es el asunto de contentar, cuanto más a muchos, y a todos imposible. También me consta que a los más les va mal porque les va bien, y en lugar de agradecer lo mucho que les sobra, se quejan de cualquier poco que les falte. Es abuso entre los hombres nunca poner los ojos en el saco de las desdichas de los otros, sino en el de las felicidades, y al contrario en sí mismos; miran el lucimiento del oro de una corona, pero no el peso o el pesar. Por el tanto, yo nunca hago caso de sus quejas, hasta ahora, que las de éste de todas maneras infeliz traen alguna apariencia.»

Miróselo la Fortuna de reojo; iba a sonreírse, pero, advir-

tiendo dónde estaba, mesuróse y, muy caricompuesta, dijo: «Supremo Júpiter, una palabra sola quiero que sea mi descargo, y sea ésta: si él es un asno, ¿de quién se queja?» Fue muy reída de todos la respuesta, y del mismo Jove aplaudida, y en confirmación de ella y enseñanza del necio acusador, más que consuelo, le dijo:

«Infeliz bruto, nunca vos fuerais tan desgraciado, si fuerais más avisado. Andad, y procurad ser de hoy en adelante despierto como el León, prudente como el Elefante, astuto como la Vulpeja y cauto como el Lobo. Disponed bien de los medios, y conseguiréis vuestros intentos; y desengáñense todos los mortales, dijo alzando la voz, que no hay más dicha ni más desdicha que prudencia o imprudencia.»

XXIV
Corona de la discreción

PANEGIRIS

Zaherían a la lengua los huesos del cuerpo humano su tan murmurada flaqueza; ponderaban aquella su liviandad, con que no repara en anticiparse al mismo entendimiento, y no acababan de exagerar los vulgares empeños de su ligereza.

Pero la lengua, no faltándose a sí misma, defendíase con el corazón, que, siendo principio de la vida y rey de los demás miembros, es también de carne todo él. Excusábase con el cerebro, que, siendo asiento de la sindéresis, es muy más muelle que ella; pero no le valía, porque respondieron entrambos por sí, el corazón representando su valor y el cerebro apoyando su mucha estabilidad.

Viendo la lengua lo que la apuraban, sacando fuerzas de su propia flaqueza, dijo: «¿Qué, tan débil os parezco? Pues advertid que, si yo quiero, soy más fuerte que el más sólido de todos vosotros, y, aquí donde me veis toda de carne, basto yo a quebrantar diamantes, que no digo ya huesos.» Riéronlo mucho todos, especialmente los dientes, que hicieron amago de detenerla, como suelen. «Sí, yo lo digo —repitió ella—, y lo

probaré con tal evidencia, que todos la confeséis con aclamación. Sabed, y nótelo todo el mundo, que, cuando yo digo la verdad, soy lo fuerte de lo fuerte; nadie entonces me puede contrastar, y en fe de ella todo lo sujeto.

»Fuerte es un rey que todo lo acaba; más fuerte es una mujer, que todo lo recaba; fuerte es el vino, que ahoga la razón, pero más fuerte es la verdad, y yo que la mantengo.» «Verdad, verdad», exclamaron todos y diéronse por vencidos. Quedó triunfante la lengua, haciéndose mil en repetir y en celebrar este victorioso suceso.

Tiene esta gran reina su retiro en el corazón y su tribunal en la lengua; aquí vienen a parar todas las causas, si no de primera instancia, por apelación de desengaño.

Así sucedió en aquella célebre contienda que tuvieron entre sí las más sublimes prendas de un varón consumadamente perfecto, sobre el ya globo de oro, para ápice de su inmortal corona. Contendían la Alteza de ánimo, la Majestad de espíritu, la Autoridad, la Estimación, la Reputación, la Universalidad, la Ostentación, la Galantería, el Despejo, la Plausibilidad, el Buen Gusto, la Cultura, la Gracia de las gentes, la Retentiva, lo Noticioso, lo Juicioso, lo Inapasionable, lo Desafectado, la Seriedad, el Señorío, la Espera, lo Agudo, el Buen Modo, lo Práctico, lo Ejecutivo, lo Atento, la Simpatía sublime, la Incomprensibilidad, la Indefinibilidad, con otras muchas de este porte y grandeza.

Comenzó al principio por una generosa emulación, y vino a parar después en un bando tan declarado cuan esclarecido, no sólo ya entre las mismas prendas, sino entre los valedores de ellas. Eran éstos, aunque pocos, singulares, los mayores hombres de los siglos, gigantes todos de la fama, prodigios de las eminencias, al fin todos ellos inmortales héroes.

Competían como apasionados y diligenciaban como poderosos, adelantando cada uno su realce; los sabios por razón, los valerosos por fuerza y los poderosos por autoridad. Fue tal el tesón de inmortalidad, con tal inflamación de aplauso, que se vio arder todo el reino de la heroicidad en esta lucidísima guerra.

Discurría varia la Fama, y muy equívoca la Fortuna, según

los tiempos, los usos, y los genios de las gentes, con que cada uno abundaba en su sentir, y nunca se declaraba la victoria. Considerando los varones sabios que el Litigio fue hijo del Caos y parto de la Confusión, propusieron a los demás el llevar esto por tela de juicio y no de la contienda; convinieron todos y remitiéronse al acierto de una sabia, prudente y justísima sentencia. Mas de una dificultad, como se suele, dieron en otra mayor, y fue a qué tribunal acudirían.

Porque Astrea muchos días ha que, desahuciando el mundo, se retiró al cielo. Ir a Momo era condenarse todos, porque la murmuración a nadie da justicia, ni aun arbitrio; todo lo condena. Sola quedaba la Verdad, mas ella ha muchos siglos que dio en cuerda, retirándose a su interior, fingiéndose acatarrada y aun muda. Con todo eso, a ruego de sus amartelados sabios, y pidiendo primero salvoconducto a los reyes, que por esta sola vez se lo concedieron, dejóse ver más hermosa cuanto más de cerca, más galante cuanto más desnuda, que tomó de la primavera con el nombre la belleza. Traía poco séquito, pero lucido, y, aunque aborrecida de muchos, fue acatada de todos.

Sentóse en su tribunal a la luz del mediodía. Comenzaron a informar las partes, haciéndose encomios al modo que quedan referidos. Alabólas a todas, y con tal singularidad a cada una, que parecía decantarse a ella, mas al cabo se declaró, diciendo: «Eminentísimos realces del varón culto, plausibles prendas del varón discreto, confieso ingenuamente que a todos os admiro y a todas os celebro, pero no puedo dejar de decir la verdad, por no faltarme a mí misma. Digo, pues, que brilla un sol de los realces, lucimiento de las prendas, esplendor de la heroicidad y de la discreción complemento. Tiene en vez de esfera, religiosa ara en aquel cristiano Haro, don Luis Méndez, idea mayor de esta primera prenda. Llamóla Séneca el único bien del hombre; Aristóteles, su perfección; Salustio, blasón inmortal; Cicerón, causa de la dicha; Apuleyo, semejanza de la divinidad; Sófocles, perpetua y constante riqueza; Eurípides, moneda escondida; Sócrates, basa de la fortuna; Virgilio, hermosura del alma; Catón, fundamento de la autoridad. Llevándola a ella sola, llevaba todo el bien Biante;

Isócrates la tuvo por su posesión; Menandro, por su escudo; y por su mejor aljaba, Horacio; Valerio Máximo no la halló precio; Plauto la hizo premio de sí misma, y el plausible César la llamó fin de las demás, y yo, en una palabra, la entereza.»

XXV

Culta repartición de la vida de un discreto

Mide su vida el sabio como el que ha de vivir poco y mucho. La vida sin estancias es camino largo sin mesones, pues ¡qué si se ha de pasar en compañía de Heráclito! La misma naturaleza, atenta, proporcionó el vivir del hombre con el caminar del sol, las estaciones del año con las de la vida, y los cuatro tiempos de aquél con las cuatro edades de ésta.

Comienza la Primavera en la niñez alegre, tiernas flores en esperanzas frágiles. Síguese el Estío caluroso y destemplado de la mocedad, de todas maneras peligroso, por lo ardiente de la sangre y tempestuoso de las pasiones. Entra después el deseado Otoño de la varonil edad, coronado de sazonados frutos, en dictámenes, en sentencias y en aciertos.

Acaba con todo el Invierno helado de la vejez: cáense las hojas de los bríos, blanquea la nieve de las canas, hiélanse los arroyos de las venas, todo se desnuda de dientes y de cabellos, y tiembla la vida de su cercana muerte. De esta suerte alternó la naturaleza las edades y los tiempos.

Emula el arte, intenta repartir la moral vida ingeniosamente varia. En una palabra la dijo Pitágoras y aun menos, pues en una sola letra y en sus dos ramos cifró los dos caminos tan opuestos del mal y del bien. A este arriesgado bivio dicen que llegó Alcides al amanecer, que la razón es aurora, y aquí fue su común perplejidad. Miraba el de la diestra con horror, y con afición el de la siniestra. Estrecho aquél y dificultoso, al fin cuesta arriba, y por el consiguiente desandado; espacioso éste y fácil, tan cuesta abajo cuan trillado. Paró aquí, reparando cuán superior mano le guió impulsiva por el camino de la virtud al paradero de heroicidad.

Donosamente discurrió uno, y dulcemente lo cantó otro,

el Falcón que se convirtió en cisne: diéronle al Hombre treinta años suyos para gozarse y gozar, veinte después prestados del jumento para trabajar, otros tantos del perro para ladrar y veinte últimos de la mona para caducar; excelentísima ficción de la verdad.

Mas, ahorrando de erudita prolijidad, célebre gusto fue el de aquel varón galante que repartió la comedia en tres jornadas y el viaje de su vida en tres estaciones. La primera empleó en hablar con los muertos. La segunda, con los vivos. La tercera, consigo mismo. Descifremos el enigma. Digo que el primer tercio de su vida destinó a los libros, leyó, que fue más fruición que ocupación; que si tanto es uno más hombre cuanto más sabe, el más noble empleo será al aprender; devoró libros, pasto del alma, delicias del espíritu. ¡Gran felicidad, topar con los selectos en cada materia! Aprendió todas las artes dignas de un noble ingenio, a distinción de aquéllas que son para esclavas del trabajo.

Previnose para ellas con una tan precisa cuanto enfadosa cognición de lenguas: las dos universales, latina y española, que hoy son las llaves del mundo, y las singulares griega, italiana, francesa, inglesa y alemana, para poder lograr lo mucho y bueno que se eterniza en ellas.

Entregóse luego a aquella gran madre de la vida, esposa del entendimiento e hija de la experiencia, la plausible Historia, la que más deleita y la que más enseña. Comenzó por las antiguas, acabó por las modernas, aunque otros practiquen lo contrario. No perdonó a las propias ni a las extranjeras, sagradas y profanas, con elección y estimación de los autores, con distinción de los tiempos, eras, centurias y siglos; comprensión grande de las monarquías, repúblicas, imperios, con sus aumentos, declinaciones y mudanzas; el número, orden y calidades de sus príncipes; sus hechos en paz y en guerra. Y esto con tan feliz memoria, que parecía un capacísimo teatro de la antigüedad presente.

Paseó los deliciosísimos jardines de la Poesía, no tanto para usarla cuanto para gozarla, que es ventaja y aun decencia; con todo eso, ni fue tan ignorante que no supiese hacer un verso, ni tan inconsiderado que hiciese dos. Leyó todos

los verdaderos poetas, adelantando mucho el Ingenio con sus dichos y el juicio con sus sentencias, y entre todos dedicó el seno al profundo Horacio y la mano al agudo Marcial, que fue darle la palma, entregándolos todos a la memoria y más al entendimiento. Con la Poesía juntó la gustosa humanidad, y por renombre las buenas letras, atesorando una relevante erudición.

Pasó a la Filosofía y, comenzando por la natural, alcanzó las causas de las cosas, la composición del universo, el artificioso ser del hombre, las propiedades de los animales, las virtudes de las hierbas y las calidades de las piedras preciosas. Gustó más de la moral, pasto de muy hombres, para dar vida a la prudencia, y estudióla en los sabios y filósofos, que nos la vincularon en sentencias, apotegmas, emblemas, sátiras y apólogos. Gran discípulo de Séneca, que pudiera ser Lucilio; apasionado de Platón, como divino; de los Siete de la fama, de Epicteto y de Plutarco, no despreciando al útil y donoso Esopo.

Supo con magisterio la Cosmografía, la material y la formal, midiendo las tierras y los mares, distiguiendo los parajes y los climas; las cuatro partes hoy del universo, y en ellas las provincias y naciones, los reinos y repúblicas, ya para saberlo, ya para hablarlo, y no ser de aquellos tan vulgares, o por ignorantes o por dejados, que jamás supieron dónde tenían los pies. De la Astrología supo lo que permite la cordura. Reconoció los celestes orbes, notó sus varios movimientos, numeró sus astros y planetas, observando sus influencias y efectos.

Coronó su práctica estudiosidad con una continua grave lección de la Sagrada Escritura, la más provechosa, varia y agradable al buen gusto y al ejemplo de aquel Fénix de reyes, don Alfonso el Magnánimo, que pasó de cabo a cabo la Biblia catorce veces con comento, en medio de tantos y tan heroicos empleos.

Consiguió con esto una noticiosa universalidad, de suerte que la Filosofía Moral le hizo prudente; la Natural, sabio; la Historia, avisado; la Poesía, ingenioso; la Retórica, elocuente; la Humanidad, discreto; la Cosmografía, noticioso; la sagrada lección, pío, y todo él en todo género de buenas letras consu-

mado, que pudiera competir con el Excelentísimo Señor don Sebastián de Mendoza, Conde de Coruña. Éste fue el grande y primer acto de su vida.

Empleó el segundo en peregrinar, que fue gustoso peregrino, segunda felicidad para un hombre de curiosidad y buena nota. Buscó y gozó de todo lo bueno y lo mejor del mundo, que quien no ve las cosas no goza enteramente de ellas; va mucho de lo visto a lo imaginado; más gusta de los objetos el que los ve una vez que el que muchas, porque aquélla se goza y las demás enfadan; consérvase en aquellas primicias el gusto sin que las roce la continuidad; el primer día es una cosa para el gusto de su dueño, todos los demás para el de los extraños.

Adquiérese aquella ciencia experimental, tan estimada de los sabios, especialmente cuando el que registra atiende y sabe reparar, examinándolo todo o con admiración o con desengaño.

Trasegó, pues, todo el Universo, y paseó todas sus políticas Provincias: la rica España, la numerosa Francia, la hermosa Inglaterra, la artificiosa Alemania, la valerosa Polonia, la amena Moscovia y todo junto en Italia. Admiró sus más célebres emporios, solicitando en cada ciudad todo lo notable, así antiguo como moderno: lo magnífico de sus templos, lo suntuoso de sus edificios, lo acertado de su gobierno, lo entendido de sus ciudadanos, lo lucido de su nobleza, lo docto de sus escuelas y lo culto de su trato.

Frecuentó las cortes de los mayores príncipes, logrando en ellas todo género de prodigios de la naturaleza y del arte en pinturas, estatuas, tapicerías, librerías, joyas, armas, jardines y museos.

Comunicó con los primeros y mayores hombres del mundo, eminentes, ya en letras, ya en valor, ya en las artes, estimando toda eminencia; y todo esto con una juiciosa comprensión, notando, censurando, cotejando y dando a cada cosa su merecido aprecio.

La tercera jornada de tan bello vivir, la mayor y la mejor, empleó en meditar lo mucho que había leído y lo más que había visto. Todo cuanto entra por las puertas de los sentidos

en este emporio del alma va a parar a la aduana del entendimiento; allí se registra todo. El pondera, juzga, discurre, infiere y va sacando quintas esencias de verdades. Traga primero leyendo, devora viendo, rumia después meditando, desmenuza los objetos, desentraña las cosas, averiguando las verdades y aliméntase el espíritu de la verdadera sabiduría.

Es destinada la madura edad para la contemplación, que entonces cobra más fuerzas el alma cuando las pierde el cuerpo, reálzase la balanza de la parte superior lo que descaece la inferior. Hácese muy diferente concepto de las cosas, y con la madurez de la edad se sazonan los discursos y los afectos.

Importa mucho la prudente reflexión sobre las cosas, porque lo que de primera instancia se pasó de vuelo, después se alcanza a la revista.

Hace noticiosos el ver, pero el contemplar hace sabios. Peregrinaron todos aquellos antiguos filósofos discurriendo primero con los pies y con la vista, para discurrir después con la inteligencia, con la cual fueron tan raros. Es corona de la discreción el saber filosofar, sacando de todo, como solícita abeja, o la miel del gustoso provecho o la cera para la luz del desengaño.

La misma Filosofía no es otro que meditación de la muerte, que es menester meditarla muchas veces antes, para acertarla hacer bien una sola después.

ORÁCULO MANUAL
Y ARTE DE PRUDENCIA

APROBACIÓN

DEL PADRE M. FR. GABRIEL HERNÁNDEZ,
CATEDRÁTICO DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE HUESCA,
DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN

Visto he, por mandado del ilustre señor doctor Jerónimo de Arasqüés, canónigo de la santa iglesia de Huesca, oficial eclesiástico y vicario general de su obispado, este libro intitulado *Oráculo manual y arte de prudencia,* sacada de las obras de Lorenzo Gracián, que publica don Vincencio Juan de Lastanosa.

He admirado en tan poco cuerpo tanta alma. Es una quinta esencia de la más recóndita prudencia, que ya no se alimentan de otro los entendidos. Vese aquí de una vez todas las obras de este autor; y si cada una de por sí es un prodigio, todas aquí en delecto harán una cifra de ellos. Siempre tuve por dificultosa el arte de prudencia, pero quien supo hallar reglas a la agudeza pudo encargar preceptos a la cordura.

No tiene cosa contra nuestra santa fe; antes, es un espejo de la razón, moderna maravilla de aciertos; ni es escollo de las cristianas costumbres, sino un discreto realce de las acciones en quien el ingenio admire lo que el juicio logre.

Éste es mi parecer. En el convento de nuestro Padre San Agustín, de Huesca. Marzo, a 11 de 1647.

FRAY GABRIEL HERNÁNDEZ

Vista la aprobación del P. M. Fray Gabriel Hernández, damos licencia que se imprima el *Oráculo manual y arte de prudencia.*

EL DOCTOR JERÓNIMO DE ARASQÜÉS,
Oficial, Vicario General

APROBACIÓN

DEL DOCTOR JUAN FRANCISCO ANDRÉS,
CRONISTA DEL REINO DE ARAGÓN

Leí atentamente, por orden del muy Ilustre Señor don Miguel Marta, del Consejo de su Majestad y su Regente en la Real Cancillería de Aragón, los aforismos que publica don Vincencio Juan de Lastanosa de las obras impresas y manuscritas de Lorenzo Gracián, diligencia que merece, no solamente la permisión de la estampa, pero aplausos y admiraciones.

Por esto, y porque no se oponen a las regalías del Rey nuestro señor, pueden darse a la prensa. Así lo siento.

En Zaragoza, 24 de marzo, 1647.

EL DOCTOR JUAN FRANCISCO ANDRÉS

Imprimatur:
MARTA, *Reg.*

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON LUIS MÉNDEZ DE HARO

Excelentísimo Señor:

No tanto solicita este *Oráculo* prudencial el amparo de V. E. cuanto su autoridad; no la fortuna, aunque grande, sino el merecimiento, que es mayor. Pretende no parecer imposible en copia de preceptos, a vista de su original en ejecuciones. Cifra todo un Varón de prendas y descifra las que en V. E. veneró, y de la que fue primero admiración, hace arte. Sea excusa de su altivo destino a los pies de V. E. la que fue lisonja ya al grande macedón. Presentábanle privilegio de ciudadano suyo los de la culta Corinto, y pareciendo ridículo el servicio al conquistador de todo el mundo, doraron el hecho con este dicho: que con ninguno habían usado de aquel género de obsequio, sino con Hércules y con él. Séame excusa que estas Obras a nadie las he consagrado, sino al Rey nuestro Señor, al Príncipe, y a V. E. a quien depreco con propiedad el Católico. Vale.

DON VINCENCIO JUAN DE LASTANOSA

AL LECTOR

Ni al justo leyes, ni al sabio consejos, pero ninguno supo bastantemente para sí. Una cosa me has de perdonar y otra agradecer: el llamar *Oráculo* a este epítome de aciertos del vivir, pues lo es en lo sentencioso y lo conciso; el ofrecerte de un rasgo todos los doce Gracianes, tan estimado cada uno, que *El Discreto,* apenas se vio en España, cuando se logró en Francia traducido en su lengua e impreso en su Corte. Sirva éste de memorial a la razón en el banquete de sus sabios, en que registre los platos prudenciales que le irán sirviendo en las demás obras, para distribuir el gusto genialmente.

ORÁCULO MANUAL Y ARTE DE PRUDENCIA

SACADA DE LOS AFORISMOS QUE SE DISCURREN EN LAS OBRAS DE LORENZO GRACIÁN

I

TODO está ya en su punto, y el ser persona en el mayor. Más se requiere hoy para un sabio que antiguamente para siete, y más es menester para tratar con un solo hombre en estos tiempos que con todo un pueblo en los pasados.

II

Genio e ingenio. Los dos ejes del lucimiento de prendas; el uno sin el otro, felicidad a medias. No basta lo entendido, deséase lo genial. Infelicidad de necio errar la vocación en el estado, empleo, región, familiaridad.

III

Llevar sus cosas con suspensión. La admiración de la novedad es estimación de los aciertos. El jugar a juego descubierto ni es de utilidad, ni de gusto. El no declararse luego suspende, y más donde la sublimidad del empleo da objeto a la universal expectación; amaga misterio en todo y con su misma arcanidad provoca la veneración. Aun en el darse a entender se ha de huir la llaneza, así como ni en el trato se ha de permitir el interior a todos. Es el recatado silencio sagrado de la cordu-

ra. La resolución declarada nunca fue estimada; antes se permite a la censura, y si saliese azar, será dos veces infeliz. Imítese, pues, el proceder divino para hacer estar a la mira y al desvelo.

IV

El saber y el valor alternan grandeza. Porque lo son, hacen inmortales: tanto es uno cuanto sabe, y el sabio todo lo puede. Hombre sin noticias, mundo a oscuras. Consejo y fuerzas, ojos y manos; sin valor, es estéril la sabiduría.

V

Hacer depender. No hace el numen el que lo dora, sino el que lo adora. El sagaz más quiere necesitados de sí que agradecidos. Es robarle a la esperanza cortés fiar del agradecimiento villano, que lo que aquélla es memoriosa, es éste de olvidadizo. Más se saca de la dependencia que de la cortesía; vuelve luego las espaldas a la fuente el satisfecho, y la naranja exprimida cae del oro al lodo. Acabada la dependencia, acaba la correspondencia, y con ella la estimación. Sea lección, y de prima en experiencia, entretenerla, no satisfacerla, conservando siempre en necesidad de sí aun al coronado patrón; pero no se ha de llegar al exceso de callar para que yerre, ni hacer incurable el daño ajeno por el provecho propio.

VI

Hombre en su punto. No se nace hecho: vase de cada día perfeccionando en la persona, en el empleo, hasta llegar al punto del consumado ser, al complemento de prendas, de eminencias: conocerse ha en lo realzado del gusto, purificado del ingenio, en lo maduro del juicio, en lo defecado de la voluntad. Algunos nunca llegan a ser cabales: fáltales siempre

un algo; tardan otros en hacerse. El varón consumado, sabio en dichos, cuerdo en hechos, es admitido y aun deseado del singular comercio de los discretos.

VII

Excusar victorias del patrón. Todo vencimiento es odioso, y del dueño, o necio o fatal. Siempre la superioridad fue aborrecida, cuanto más de la misma superioridad. Ventajas vulgares suele disimular la atención, como desmentir la belleza con el desaliño. Bien se hallará quien quiera ceder en la dicha y en el genio, pero en el ingenio ninguno, cuanto menos una soberanía: es éste el atributo rey, y así, cualquier crimen contra él fue de lesa majestad. Son soberanos y quieren serlo en lo que es más. Gustan de ser ayudados los príncipes, pero no excedidos, y que el aviso haga antes viso de recuerdo de lo que olvidaba que de luz de lo que no alcanzó. Enséñannos esta sutileza los astros con dicha; que, aunque hijos y brillantes, nunca se atreven a los lucimientos del sol.

VIII

Hombre inapasionable, prenda de la mayor alteza de ánimo: su misma superioridad le redime de la sujeción a peregrinas vulgares impresiones. No hay mayor señorío que el de sí mismo, de sus afectos, que llega a ser triunfo del albedrío; y cuando la pasión ocupare lo personal, no se atreva al oficio, y menos cuanto fuere más: culto modo de ahorrar disgustos y aun de atajar para la reputación.

IX

Desmentir los achaques de su nación. Participa el agua las calidades buenas o malas de las venas por donde pasa, y el hombre las del clima donde nace. Deben más unos que otros a

sus patrias, que cupo allí más favorable el cenit. No hay nación que se escape de algún original defecto, aun las más cultas, que luego censuran los confinantes o para cautela o para consuelo. Victoriosa destreza corregir, o por lo menos desmentir, estos nacionales desdoros; consíguese el plausible crédito de único entre los suyos, que lo que menos se esperaba se estimó más. Hay también achaques de la prosapia, del estado, del empleo y de la edad, que si coinciden todos en un sujeto, y con la atención no se previenen, hacen un monstruo intolerable.

X

Fortuna y fama. Lo que tiene de inconstante la una tiene de firme la otra. La primera para vivir, la segunda para después; aquélla contra la envidia, ésta contra el olvido. La fortuna se desea y tal vez se ayuda; la fama se diligencia. Deseo de reputación nace de la virtud; fue y es hermana de gigantes la fama; anda siempre por extremos: o monstruos o prodigios, de abominación, de aplauso.

XI

Tratar con quien se pueda aprender. Sea el amigable trato escuela de erudición, y la conversación enseñanza culta; un hacer de los amigos maestros, penetrando el útil del aprender con el gusto del conversar. Altérnase la fruición con los entendidos, logrando lo que se dice en el aplauso con que se recibe, y lo que se oye, en el amaestramiento. Ordinariamente nos lleva a otro la propia conveniencia, aquí realzada. Frecuenta el atento las casas de aquellos héroes cortesanos que son más teatros de la heroicidad que palacios de la vanidad. Hay señores acreditados de discretos que, a más de ser ellos oráculos de toda grandeza con su ejemplo y en su trato, el cortejo de los que los asisten es una cortesana academia de toda buena y galante discreción.

XII

Naturaleza y arte, materia y obra. No hay belleza sin ayuda, ni perfección que no dé en bárbara sin el realce del artificio; a lo malo socorre y lo bueno lo perfecciona. Déjanos comúnmente a lo mejor la naturaleza: acojámonos al arte. El mejor natural es inculto sin ella, y les falta la mitad a las perfecciones si les falta la cultura. Todo hombre sabe a tosco sin el artificio, y ha menester pulirse en todo orden de perfección.

XIII

Obrar de intención, ya segunda, y ya primera. Milicia es la vida del hombre contra la malicia del hombre; pelea la sagacidad con estratagemas de intención. Nunca obra lo que indica: apunta, sí, para deslumbrar; amaga al aire con destreza y ejecuta en la impensada realidad, atenta siempre a desmentir. Echa una intención para asegurarse de la émula atención, y revuelve luego contra ella, venciendo por lo impensado. Pero la penetrante inteligencia la previene con atenciones, la acecha con reflejas; entiende siempre lo contrario de lo que quiere que entienda, y conoce luego cualquier intentar de falso; deja pasar toda primera intención, y está en espera a la segunda, y aun a la tercera. Auméntase la simulación al ver alcanzado su artificio, y pretende engañar con la misma verdad. Muda de juego, por mudar de treta, y hace artificio del no artificio, fundando su astucia en la mayor candidez. Acude la observación, entendiendo su perspicacia, y descubre las tinieblas revestidas de la luz; descifra la intención, más solapada cuanto más sencilla. De esta suerte combate la calidez de Pitón contra la candidez de los penetrantes rayos de Apolo.

XIV

La realidad y el modo. No basta la sustancia, requiérese también la circunstancia. Todo lo gasta un mal modo, hasta la jus-

ticia y razón. El bueno todo lo suple; dora el no, endulza la verdad y afeita la misma vejez. Tiene gran parte en las cosas el cómo y es tahúr de los gustos el modillo. Un *bel* portarse es la gala del vivir, desempeña singularmente todo buen término.

XV

Tener ingenios auxiliares. Felicidad de poderosos, acompañarse de valientes de entendimiento que le saquen de todo ignorante aprieto, que le riñan las pendencias de la dificultad. Singular grandeza servirse de sabios, y que excede al bárbaro gusto de Tigranes, aquél que afectaba los rendidos reyes para criados. Nuevo género de señorío en lo mejor del vivir hacer siervos por arte de los que hizo la naturaleza superiores. Hay mucho que saber y es poco el vivir, y no se vive si no se sabe. Es, pues, singular destreza el estudiar sin que cueste, y mucho por muchos, sabiendo por todos. Dice después en un consistorio por muchos, o por su boca hablan tantos sabios cuantos le previnieron, consiguiendo el crédito de oráculo a sudor ajeno. Hacen aquéllos primero elección de la lección, y sírvenle después en quintas esencias el saber. Pero el que no pudiere alcanzar a tener la sabiduría en servidumbre, lógrela en familiaridad.

XVI

Saber con recta intención. Asegura fecundidad de aciertos. Monstruosa violencia fue siempre un buen entendimiento casado con una mala voluntad. La intención malévola es un veneno de las perfecciones y, ayudada del saber, malea con mayor sutileza. ¡Infeliz eminencia la que se emplea en la ruindad! Ciencia sin seso, locura doble.

XVII

Variar de tenor en el obrar. No siempre de un modo para deslumbrar la atención, y más si émula. No siempre de primera intención, que le cogerán la uniformidad, previniéndole y aun frustrándole las acciones. Fácil es de matar al vuelo el

ave que le tiene seguido, no así la que le tuerce. Ni siempre de segunda intención, que le entenderán a dos veces la treta. Está a la espera la malicia; gran sutileza es menester para desmentirla. Nunca juega el tahúr la pieza que el contrario presume, y menos la que desea.

XVIII

Aplicación y Minerva. No hay eminencia sin entrambas, y si concurren, exceso. Más consigue una medianía con aplicación que una superioridad sin ella. Cómprase la reputación a precio de trabajo; poco vale lo que poco cuesta. Aun para los primeros empleos se deseó en algunos la aplicación; raras veces desmiente al genio. No ser eminente en el empleo vulgar por querer ser mediano en el sublime, excusa tiene de generosidad, pero contentarse con ser mediano en el último, pudiendo ser excelente en el primero, no la tiene. Requiérense, pues, naturaleza y arte, y sella la aplicación.

XIX

No entrar con sobrada expectación. Ordinario desaire de todo lo muy celebrado antes, no llegar después al exceso de lo concebido. Nunca lo verdadero pudo alcanzar a lo imaginado, porque el fingirse las perfecciones es fácil, y muy dificultoso el conseguirlas. Cásase la imaginación con el deseo, y concibe siempre mucho más de lo que las cosas son. Por grandes que sean las excelencias, no bastan a satisfacer el concepto, y, como le hallan engañado con la exorbitante expectación, más presto le desengañan que le admiran. La esperanza es gran falsificadora de la verdad: corríjala la cordura, procurando que sea superior la fruición al deseo. Unos principios de crédito sirven de despertar la curiosidad, no de empeñar el objeto. Mejor sale cuando la realidad excede al concepto y es más de lo que se creyó. Faltará esta regla en lo malo, pues le ayuda la misma exageración; desmiéntela con

aplauso, y aun llega a parecer tolerable lo que se temió extremo de ruin.

XX

Hombre en su siglo. Los sujetos eminentemente raros dependen de los tiempos. No todos tuvieron el que merecían, y muchos, aunque lo tuvieren, no acertaron a lograrle. Fueron dignos algunos de mejor siglo, que no todo lo bueno triunfa siempre; tienen las cosas su vez, hasta las eminencias son al uso; pero lleva una ventaja lo sabio, que es eterno, y si éste no es su siglo, muchos otros lo serán.

XXI

Arte para ser dichoso. Reglas hay de ventura, que no toda es acasos para el sabio; puede ser ayudada de la industria. Conténtanse algunos con ponerse de buen aire a las puertas de la Fortuna, y esperan a que ella obre. Mejor otros, pasan adelante y válense de la cuerda audacia, que en alas de su virtud y valor puede dar alcance a la dicha y lisonjearla eficazmente. Pero, bien filosofado, no hay otro arbitrio sino el de la virtud y atención, porque no hay más dicha ni más desdicha que prudencia o imprudencia.

XXII

Hombre de plausibles noticias. Es munición de discretos la cortesana gustosa erudición; un práctico saber de todo lo corriente; más a lo noticioso, menos a lo vulgar; tener una sazonada copia de sales en dichos, de galantería en hechos, y saberlos emplear en su ocasión. Que salió a veces mejor el aviso en un chiste que en el más grave magisterio. Sabiduría conversable valióles más a algunos que todas las siete, con ser tan liberales.

XXIII

No tener algún desdoro. El sino de la perfección, pocos viven sin achaque, así en lo moral como en lo natural, y se apasionan por ellos, pudiendo curar con facilidad. Lastímase la ajena cordura de que tal vez a una sublime universalidad de prendas se le atreva un mínimo defecto, y basta una nube a eclipsar todo un sol. Son lunares de la reputación donde para luego, y aun repara, la malevolencia. Suma destreza sería convertirlos en realces. De esta suerte supo César laurear el natural desaire.

XXIV

Templar la imaginación. Unas veces corrigiéndola, otras ayudándola, que es el todo para la felicidad, y aun ajusta la cordura. Da en tirana; ni se contenta con la especulación, sino que obra, y aun suele señorearse de la vida, haciéndole gustosa o pesada, según la necedad en que da, porque hace descontentos o satisfechos de sí mismos. Representa a unos continuamente penas, hecha verdugo casero de necios; propone a otros felicidades y aventuras con alegre desvanecimiento. Todo esto puede, si no la enfrena la prudentísima sindéresis.

XXV

Buen entendedor. Arte era de artes saber discurrir; ya no basta: menester es adivinar, y más en desengaños. No puede ser entendido el que no fuere buen entendedor. Hay zahoríes del corazón y linces de las intenciones. Las verdades que más nos importan vienen siempre a medio decir; recíbanse del atento a todo entender; en lo favorable, tirante la rienda a la credulidad; en lo odioso, picarla.

XXVI

Hallarle su torcedor a cada uno. Es el arte de mover voluntades; más consiste en destreza que en resolución: un saber por dónde se le ha de entrar a cada uno. No hay voluntad sin especial afición, y diferentes según la variedad de los gustos. Todos son idólatras, unos de la estimación, otros del interés, y los más del deleite. La maña está en conocer estos ídolos para el motivar; conociéndole a cada uno su eficaz impulso, es como tener la llave del querer ajeno. Hase de ir al primer móvil, que no siempre es el supremo; las más veces es el ínfimo, porque son más en el mundo los desordenados que los subordinados. Hásele de prevenir el genio primero, tocarle el verbo después, cargar con la afición, que infaliblemente dará mate al albedrío.

XXVII

Pagarse más de intensiones que de extensiones. No consiste la perfección en la cantidad, sino en la calidad. Todo lo muy bueno fue siempre poco y raro: es descrédito lo mucho. Aun entre los hombres, los gigantes suelen ser los verdaderos enanos. Estiman algunos los libros por la corpulencia, como si se escribiesen para ejercitar antes los brazos que los ingenios. La extensión sola nunca pudo exceder de medianía, y es plaga de hombres universales: por querer estar en todo, estar en nada. La intensión da eminencia, y heroica si en materia sublime.

XXVIII

En nada vulgar. No en el gusto. ¡Oh, gran sabio el que se descontentaba de que sus cosas agradasen a los muchos! Hartazgos de aplauso común no satisfacen a los discretos. Son algunos tan camaleones de la popularidad, que ponen su fruición, no en las mareas suavísimas de Apolo, sino en el

aliento vulgar. Ni en el entendimiento, no se pague de los milagros del vulgo, que no pasan de espantaignorantes, admirando la necedad común, cuando desengañando la advertencia singular.

XXIX

Hombre de entereza. Siempre de parte de la razón, con tal tesón de su propósito, que ni la pasión vulgar ni la violencia tirana le obliguen jamás a pisar la raya de la razón. Pero ¿quién será este fénix de la equidad? Que tiene pocos finos la entereza. Celébranla muchos, mas no por su casa; síguenla otros hasta el peligro: en él, los falsos la niegan, los políticos la disimulan. No repara ella en encontrarse con la amistad, con el poder y aun con la propia conveniencia, y aquí es el aprieto del desconocerla. Abstraen los astutos con metafísica plausible por no agraviar o la razón superior o la del Estado, pero el constante varón juzga por especie de traición el disimulo, préciase más de la tenacidad que de la sagacidad, hállase donde la verdad se halla; y, si deja los sujetos, no es por variedad suya, sino de ellos en dejarla primero.

XXX

No hacer profesión de empleos desautorizados. Mucho menos de quimera, que sirve más de solicitar el desprecio que el crédito. Son muchas las sectas del capricho, y de todas ha de huir el varón cuerdo. Hay gustos exóticos que se casan siempre con todo aquello que los sabios repudian; viven muy pagados de toda singularidad, que, aunque los hace muy conocidos, es más por motivos de la risa que de la reputación. Aun en profesión de sabio no se ha de señalar el atento, mucho menos en aquellas que hacen ridículos a sus afectantes; ni se especifican, porque las tiene individuadas el común descrédito.

XXXI

Conocer los afortunados para la elección, y los desdichados para la fuga. La infelicidad es de ordinario crimen de necedad, y de participantes no hay contagión tan apegadiza: nunca se le ha de abrir la puerta al menor mal, que siempre vendrán tras él otros muchos, y mayores en celada. La mejor treta del juego es saberse descartar: más importa la menor carta del triunfo que corre, que la mayor del que pasó. En duda, acierto es llegarse a los sabios y prudentes, que tarde o temprano topan con la ventura.

XXXII

Estar en opinión de dar gusto. Para los que gobiernan, gran crédito de agradar: realce de soberanos para conquistar la gracia universal. Esta sola es la ventaja del mandar: poder hacer más bien que todos. Aquéllos son amigos que hacen amistades. Al contrario, están otros prestos en no dar gusto, no tanto por lo cargoso, cuanto por lo maligno, opuestos en todo a la divina comunicabilidad.

XXXIII

Saber abstraer. Que si es gran lección del vivir el saber negar, mayor será saberse negar a sí mismo, a los negocios, a los personajes. Hay ocupaciones extrañas, polillas del precioso tiempo, y peor es ocuparse en lo impertinente que hacer nada. No basta para atento no ser entremetido, mas es menester procurar que no le entremetan. No ha de ser tan de todos, que no sea de sí mismo. Aun de los amigos no se ha de abusar, ni quiera más de ellos de lo que le concedieren. Todo lo demasiado es vicioso, y mucho más en el trato. Con esta cuerda templanza se conserva mejor el agrado con todos y la estimación, porque no se roza la preciosísima decencia. Tenga, pues, libertad de genio, apasionado de lo selecto, y nunca peque contra la fe de su buen gusto.

XXXIV

Conocer su realce rey. La prenda relevante, cultivando aquélla y ayudando a las demás. Cualquiera hubiera conseguido la eminencia en algo si hubiera conocido su ventaja. Observe el atributo rey, y cargue la aplicación: en unos excede el juicio, en otros el valor. Violentan los más su Minerva, y así, en nada consiguen superioridad: lo que lisonjea presto la pasión, desengaña tarde el tiempo.

XXXV

Hacer concepto, y más de lo que importa más. No pensando, se pierden todos los necios: nunca conciben en las cosas la mitad; y, como no perciben el daño o la conveniencia, tampoco aplican la diligencia. Hacen algunos mucho caso de lo que importa poco, y poco de lo que mucho, ponderando siempre al revés. Muchos, por falto de sentido, no le pierden. Cosas hay que se deberían observar con todo el conato, y conservar en la profundidad de la mente. Hace concepto el sabio de todo, aunque con distinción cava donde hay fondo y reparo, y piensa tal vez que hay más de lo que piensa; de suerte que llega la reflexión adonde no llegó la aprensión.

XXXVI

Tener tanteada su fortuna: para el proceder, para el empeñarse. Importa más que la observación del temperamento, que si es necio el que a cuarenta años llama a Hipócrates para la salud, más el que a Séneca para la cordura. Gran arte saberla regir, ya esperándola, que también cabe la espera en ella, ya lográndola, que tiene vez y contingente, si bien no se le puede coger el tenor, tan anómalo es su proceder. El que la observó favorable prosiga con despejo, que suele apasionarse por los osados, y aun como bizarra por los jóvenes. No obre el que es infeliz, retírese, ni le dé lugar de dos infelicidades. Adelante el que le predomina.

XXXVII

Conocer y saber usar de las varillas. Es el punto más sutil del humano trato. Arrójanse para tentativa de los ánimos, y hácese con ellas la más disimulada y penetrante tienta del corazón. Otras hay maliciosas, arrojadizas, tocadas de la hierba de la envidia, untadas del veneno de la pasión, rayos imperceptibles para derribar de la gracia y de la estimación. Cayeron muchos de la privanza superior e inferior, heridos de un leve dicho de éstos, a quienes toda una conjuración de murmuración vulgar y malevolencia singular no fueron bastantes a causar la más leve trepidación. Obran otras, al contrario, por favorables, apoyando y confirmando en la reputación. Pero con la misma destreza con que las arroja la intención las ha de recibir la cautela y esperarlas la atención, porque está librada la defensa en el conocer y queda siempre frustrado el tiro prevenido.

XXXVIII

Saberse dejar, ganando con la fortuna, es de tahúres de reputación. Tanto importa una bella retirada como una bizarra acometida; un poner en cobro las hazañas, cuando fueren bastantes, cuando muchas. Continuada felicidad fue siempre sospechosa: más segura es la interpolada, y que tenga algo de agridulce, aun para la fruición. Cuanto más atropellándose las dichas, corren mayor riesgo de deslizar y dar al traste con todo. Recompénsase, tal vez, la brevedad de la duración con la intención del favor. Cánsase la fortuna de llevar a uno a cuestas tan a la larga.

XXXIX

Conocer las cosas en su punto, en su sazón, y saberlas lograr. Las obras de la naturaleza todas llegan al complemento de su perfección: hasta allí fueron ganando; desde allí, perdiendo.

Las del arte, raras son las que llegan al no poderse mejorar. Es eminencia de un buen gusto gozar de cada cosa en su complemento: no todos pueden, ni los que pueden saben. Hasta en los frutos del entendimiento hay ese punto de madurez; importa conocerla para la estimación y el ejercicio.

XL

Gracia de las gentes. Mucho es conseguir la admiración común, pero más la afición: algo tiene de estrella, lo más de industria; comienza por aquélla y prosigue por ésta. No basta la eminencia de prendas, aunque se supone que es fácil de ganar el afecto, ganando el concepto. Requiérese, pues, para la benevolencia, la beneficencia: hacer bien a todas manos, buenas palabras y mejores obras, amar para ser amado. La cortesía es el mayor hechizo político de grandes personajes. Hase de alargar la mano primero a las hazañas y después a las plumas; de la hoja a las hojas, que hay gracia de escritores, y es eterna.

XLI

Nunca exagerar. Gran asunto de la atención no hablar por superlativos, ya por no exponerse a ofender la verdad, ya por no desdorar su cordura. Son las exageraciones prodigalidades de la estimación, y dan indicio de la cortedad del conocimiento y del gusto. Despierta vivamente a la curiosidad la alabanza, pica el deseo, y después, si no corresponde el valor al aprecio, como de ordinario acontece, revuelve la expectación contra el engaño y despícase en el menosprecio de lo celebrado y del que celebró. Anda, pues, el cuerdo muy detenido, y quiere más pecar de corto que de largo. Son raras las eminencias: témplese la estimación. El encarecer es ramo de mentir, y piérdese en ello el crédito de buen gusto, que es grande, y el de entendido, que es mayor.

XLII

Del natural imperio. Es una secreta fuerza de superioridad. No ha de proceder del artificio enfadoso, sino de un imperioso natural. Sujétansele todos sin advertir el cómo, reconociendo el secreto vigor de la connatural autoridad. Son éstos genios señoriles, reyes por mérito y leones por privilegio innato, que cogen el corazón y aun el discurso a los demás en fe de su respeto; si las otras prendas favorecen, nacieron para primeros mobles políticos, porque ejecutan más con un amago, que otros con una prolijidad.

XLIII

Sentir con los menos y hablar con los más. Querer ir contra el corriente es tan imposible al desengaño cuanto fácil al peligro. Sólo Sócrates podría emprenderlo. Tiénese por agravio el disentir, porque es condenar el juicio ajeno: multiplícanse los disgustados, ya por el sujeto censurado, ya del que lo aplaudía: la verdad es de pocos, el engaño es tan común como vulgar. Ni por el hablar en la plaza se ha de sacar el sabio, pues no habla allí con su voz, sino con la de la necedad común, por más que la esté desmintiendo su interior; tanto huye de ser contradicho el cuerdo, como de contradecir: lo que es pronto a la censura, es detenido a la publicidad de ella. El sentir es libre; no se puede ni debe violentar; retírase al sagrado de su silencio, y, si tal vez se permite, es a sombra de pocos y cuerdos.

XLIV

Simpatía con los grandes varones. Prenda es de héroe el combinar con héroes; prodigio de la naturaleza por lo oculto y por lo ventajoso. Hay parentesco de corazones y de genios, y son sus efectos los que la ignorancia vulgar achaca bebedizos. No para en sola estimación, que adelanta benevolencia

y aun llega a propensión, persuade sin palabras y consigue sin méritos. Hayla activa y la hay pasiva; una y otra felices cuanto más sublimes. Gran destreza el conocerlas, distinguirlas y saberlas lograr, que no hay porfía que baste sin este favor secreto.

XLV

Usar, no abusar, de las reflejas. No se han de afectar, menos dar a entender; toda arte se ha de encubrir, que es sospechosa, y más la cautela, que es odiosa. Úsase mucho el engaño: multiplíquese el recelo, sin darse a conocer, que ocasionaría la desconfianza; mucho desobliga y provoca a la venganza; despierta el mal que no se imaginó. La reflexión en el proceder es gran ventaja en el obrar; no hay mayor argumento del discurso. La mayor perfección de las acciones está afianzada del señorío con que se ejecutan.

XLVI

Corregir su antipatía. Solemos aborrecer de grado, y aun antes de las previstas prendas. Y tal vez se atreve esta innata vulgarizante aversión a los varones eminentes. Corríjala la cordura, que no hay peor descrédito que aborrecer a los mejores; lo que es de ventaja la simpatía con héroes, es de desdoro la antipatía.

XLVII

Huir de los empeños. Es de los primeros asuntos de la prudencia. En las grandes capacidades siempre hay grandes distancias, hasta los últimos trances. Hay mucho que andar de un extremo a otro, y ellos siempre se están en el medio de su cordura: llegan tarde al rompimiento, que es más fácil hurtarle el cuerpo a la ocasión que salir bien de ella. Son tenta-

ciones de juicio, más seguro el huirlas que el vencerlas. Trae un empeño otro mayor, y está muy al canto del despeño. Hay hombres ocasionados por genio, y aun por nación, fáciles de meterse en obligaciones, pero el que camina a la luz de la razón siempre va muy sobre el caso. Estima por más valor el no empeñarse que el vencer, y ya que haya un necio ocasionado, excusa que con él no sean dos.

XLVIII

Hombre con fondos, tanto tiene de persona. Siempre ha de ser otro tanto más lo interior que lo exterior en todo. Hay sujetos de sólo fachata, como casas por acabar porque faltó el caudal; tienen la entrada de palacio y de choza la habitación. No hay en éstos dónde parar, o todo para, porque acabada la primera salutación, acabó la conversación. Entran por las primeras cortesías como caballos sicilianos, y luego paran en silenciarios, que se agotan las palabras donde no hay perennidad de concepto. Engañan éstos fácilmente a otros que tienen también la vista superficial, pero no a la astucia, que, como mira por dentro, los halla vaciados para ser fábula de los discretos.

XLIX

Hombre juicioso y notante. Señoréase él de los objetos, no los objetos de él. Sonda luego el fondo de la mayor profundidad; sabe hacer anotomía de un caudal con perfección. En viendo un personaje, le comprende y lo censura por esencia. De raras observaciones, gran descifrador de la más recatada interioridad. Nota acre, concibe sutil, infiere juicioso: todo lo descubre, advierte, alcanza y comprende.

L

Nunca perderse el respeto a sí mismo, ni se roce consigo a solas. Sea su misma entereza norma propia de su rectitud, y deba más a la severidad de su dictamen que a todos los extrínsecos preceptos. Deje de hacer lo indecente más por el temor de su cordura que por el rigor de la ajena autoridad. Llegue a temerse, y no necesitará del ayo imaginario de Séneca.

LI

Hombre de buena elección. Lo más se vive de ella: supone el buen gusto y el rectísimo dictamen, que no bastan el estudio ni el ingenio. No hay perfección donde no hay delecto; dos ventajas incluye: poder escoger, y lo mejor. Muchos, de ingenio fecundo y sutil, de juicio acre, estudiosos y noticiosos también, en llegando al elegir, se pierden: casánse siempre con lo peor, que parece afectan el errar, y así, éste es uno de los dones máximos de arriba.

LII

Nunca descomponerse. Gran asunto de la cordura, nunca desbaratarse. Mucho hombre arguye de corazón coronado, porque toda magnanimidad es dificultosa de conmoverse. Son las pasiones los humores del ánimo, y cualquier exceso en ellas causa indisposición de cordura; y, si el mal saliere a la boca, peligrará la reputación. Sea, pues, tan señor de sí y tan grande, que ni en lo más próspero ni en lo más adverso pueda alguno censurarle perturbado, sí admirarle superior.

LIII

Diligente e inteligente. La diligencia ejecuta presto lo que la inteligencia prolijamente piensa. Es pasión de necios la prisa,

que, como no descubren el tope, obran sin reparo. Al contrario, los sabios suelen pecar de detenidos, que del advertir nace el reparar. Malogra tal vez la ineficacia de la remisión lo acertado del dictamen. La presteza es madre de la dicha. Obró mucho el que nada dejó para mañana. Augusta empresa correr a espacio.

LIV

Tener bríos a lo cuerdo. Al león muerto, hasta las liebres le repelan: no hay burlas con el valor; si cede al primero, también habrá de ceder al segundo, y de este modo hasta el último. La misma dificultad habrá de vencer tarde, que valiera más desde luego. El brío del ánimo excede al del cuerpo: es como la espada, ha de ir siempre envainado en su cordura para la ocasión. Es el resguardo de la persona: más daña el descaecimiento del ánimo que el del cuerpo. Tuvieron muchos prendas eminentes que, por faltarles este aliento, parecieron muertos y acabaron sepultados en su dejamiento, que no sin providencia juntó la naturaleza acudida la dulzura de la miel con lo picante del aguijón en la abeja. Nervios y huesos hay en el cuerpo; no sea el ánimo todo blandura.

LV

Hombre de espera. Arguye gran corazón, con ensanches de sufrimiento. Nunca apresurarse ni apasionarse. Sea uno primero señor de sí, y lo será después de los otros. Hase de caminar por los espacios del tiempo al centro de la ocasión. La detención prudente sazona los aciertos y madura los secretos. La muleta del tiempo es más obradora que la acerada clava de Hércules. El mismo Dios no castiga con bastón, sino con sazón. Gran decir: «el tiempo y yo, a otros dos». La misma fortuna premia el esperar con la grandeza del galardón.

LVI

Tener buenos repentes. Nacen de una prontitud feliz: no hay aprietos ni acasos para ella, en fe de su vivacidad y despejo. Piensan mucho algunos para errarlo todo después, y otros lo aciertan todo sin pensarlo antes. Hay caudales de antiparistasis que, empeñados, obran mejor; suelen ser monstruos que de pronto todo lo aciertan y todo lo yerran de pensado; lo que no se les ofrece luego, nunca, ni hay que apelar a después. Son plausibles los prestos, porque arguyen prodigiosa capacidad: en los conceptos, sutileza; en las obras, cordura.

LVII

Más seguros son los pensados. Harto presto, si bien. Lo que luego se hace, luego se deshace; mas lo que ha de durar una eternidad ha de tardar otra en hacerse. No se atiende sino a la perfección, y sólo el acierto permanece. Entendimiento con fondos logra eternidades: lo que mucho vale, mucho cuesta, que aun el más precioso de los metales es el más tardo y más grave.

LVIII

Saberse atemperar. No se ha de mostrar igualmente entendido con todos, ni se han de emplear más fuerzas de las que son menester. No haya desperdicios, ni de saber, ni de valer. No echa a la presa el buen cetrero más rapiña de la que ha menester para darle caza. No esté siempre de ostentación, que al otro día no admirará. Siempre ha de haber novedad con qué lucir, que quien cada día descubre más, mantiene siempre la expectación y nunca llegan a descubrirle los términos de su gran caudal.

LIX

Hombre de buen dejo. En casa de la Fortuna, si se entra por la puerta del placer, se sale por la del pesar, y al contrario. Atención, pues, al acabar, poniendo más cuidado en la felicidad de la salida que en el aplauso de la entrada. Desaire común es de afortunados tener muy favorables los principios y muy trágicos los fines. No está el punto en el vulgar aplauso de una entrada, que ésas todos las tienen plausibles, pero sí en el general sentimiento de una salida, que son raros los deseados; pocas veces acompaña la dicha a los que salen; lo que se muestra de cumplida con los que vienen, de descortés con los que van.

LX

Buenos dictámenes. Nácense algunos prudentes; entran con esta ventaja de la sindéresis connatural en la sabiduría, y así tienen la mitad andada para los aciertos. Con la edad y la experiencia viene a sazonarse del todo la razón, y llegan a un juicio muy templado; abominan de todo capricho, como de tentación de la cordura, y más en materias de Estado, donde por la suma importancia se requiere la total seguridad. Merecen éstos la asistencia al gobernalle, o para ejercicio o para consejo.

LXI

Eminencia en lo mejor. Una gran singularidad entre la pluralidad de perfecciones. No puede haber héroe que no tenga algún extremo sublime. Las medianías no son asunto del aplauso. La eminencia en relevante empleo saca de un ordinario vulgar y levanta a categoría de raro. Ser eminente en profesión humilde es ser algo en lo poco; lo que tiene más de lo deleitable tiene menos de lo glorioso. El exceso en aventajadas materias es como un carácter de soberanía, solicita la admiración y concilia el afecto.

LXII

Obrar con buenos instrumentos. Quieren algunos que campee el extremo de su sutileza en la ruindad de los instrumentos: ¡peligrosa satisfacción, merecedora de un fatal castigo! Nunca la bondad del ministro disminuyó la grandeza del patrón; antes, toda la gloria de los aciertos recae después sobre la causa principal, así como, al contrario, el vituperio. La fama siempre va con los primeros. Nunca dice: «Aquél tuvo buenos o malos ministros», sino «aquél fue buen o mal artífice». Haya, pues, elección; haya examen, que se les ha de fiar una inmortalidad de reputación.

LXIII

Excelencia de primero. Y si con eminencia, doblada. Gran ventaja jugar de mano, que gana en igualdad. Hubieran muchos sido fénix en los empleos a no irles otros delante. Álzanse los primeros con el mayorazgo de la fama, y quedan para los segundos pleiteados alimentos; por más que funden, no pueden purgar el vulgar achaque de imitación. Sutileza fue de prodigiosos inventar rumbo nuevo para las eminencias, con tal que asegure primero la cordura los empeños. Con la novedad de los asuntos se hicieron lugar los sabios en la matrícula de los heroicos. Quieren algunos más ser primeros en segunda categoría, que ser segundos en la primera.

LXIV

Saberse excusar pesares. Es cordura provechosa ahorrar de disgustos. La prudencia evita muchos, es Lucina de la felicidad, y por eso del contento. Las odiosas nuevas, no darlas, menos recebirlas; hánselas de vedar las entradas, si no es la del remedio. A unos se les gastan los oídos de oír mucho dulce en lisonjas; a otros, de escuchar amargo en chismes, y hay quien no sabe vivir sin algún cotidiano sinsabor, como ni Mitrídates sin veneno.

Tampoco es regla de conservarse querer darse a sí un pesar de toda la vida por dar placer una vez a otro, aunque sea el más propio. Nunca se ha de pecar contra la dicha propia por complacer al que aconseja y se queda fuera, y en todo acontecimiento, siempre que se encontraren el hacer placer a otro con el hacerse a sí pesar, es lección de conveniencia que vale más que el otro se disguste ahora que no tú después y sin remedio.

LXV

Gusto relevante. Cabe cultura en él, así como en el ingenio; realza la excelencia del entender el apetito del desear, y después la fruición del poseer. Conócese la altura de un caudal por la elevación del afecto. Mucho objeto ha menester para satisfacerse una gran capacidad; así como los grandes bocados son para grandes paladares, las materias sublimes para los sublimes genios. Los más valientes objetos le temen y las más seguras perfecciones desconfían; son pocas las de primera magnitud: sea raro el aprecio. Péganse los gustos con el trato y se heredan con la continuidad: gran suerte comunicar con quien le tiene en su punto. Pero no se ha de hacer profesión de desagradarse de todo, que es uno de los necios extremos, y más odioso cuando por afectación que por destemplanza. Quisieran algunos que criara Dios otro mundo y otras perfecciones para satisfacción de su extravagante fantasía.

LXVI

Atención a que le salgan bien las cosas. Algunos ponen más la mira en el rigor de la dirección que en la felicidad del conseguir intento, pero más prepondera siempre el descrédito de la infelicidad que el abono de la diligencia. El que vence no necesita dar satisfacciones. No perciben los más la puntualidad de las circunstancias, sino los buenos o los ruines sucesos; y así, nunca se pierde reputación cuando se consigue el intento. Todo lo dora un buen fin, aunque lo desmientan los

desaciertos de los medios. Que es arte ir contra el arte cuando no se puede de otro modo conseguir la dicha del salir bien.

LXVII

Preferir los empleos plausibles. Las más de las cosas dependen de la satisfacción ajena: es la estimación para las perfecciones lo que el favonio para las flores: aliento y vida. Hay empleos expuestos a la aclamación universal, y hay otros, aunque mayores, en nada expectables; aquéllos, por obrarse a vista de todos, captan la benevolencia común; éstos, aunque tienen más de lo raro y primoroso, se quedan en el secreto de su imperceptibilidad, venerados, pero no aplaudidos. Entre los príncipes, los victoriosos son los celebrados, y por eso los reyes de Aragón fueron tan plausibles por guerreros, conquistadores y magnánimos. Prefiera el varón grande los célebres empleos, que todos perciban y participen todos, y a sufragios comunes quede inmortalizado.

LXVIII

Dar entendimiento. Es de más primor que el dar memoria. Cuanto es más, unas veces se ha de acordar y otras advertir. Dejan algunos de hacer las cosas que estuvieran en su punto, porque no se les ofrecen; ayude entonces la advertencia amigable a concebir las conveniencias. Una de las mayores ventajas de la mente es el ofrecérsele lo que importa. Por falta de esto dejan de hacerse muchos aciertos; dé luz el que la alcanza, y solicítela el que la mendiga; aquél con detención, éste con atención: no sea más que dar pie. Es urgente esta sutileza, cuando toca en utilidad del que despierta; conviene mostrar gusto, y pasar a más cuando no bastare. Ya se tiene el *no,* váyase en busca del *sí,* con destreza, que las más veces no se consigue porque no se intenta.

LXIX

No rendirse a un vulgar humor. Hombre grande el que nunca se sujeta a peregrinas impresiones. Es lección de advertencia la reflexión sobre sí; un conocer su disposición actual y prevenirla, y aun decantarse al otro extremo para hallar entre el natural y el arte el fiel de la sindéresis. Principio es de corregirse el conocerse, que hay monstruos de la impertinencia: siempre están de algún humor, y varían afectos con ellos; y, arrastrados eternamente de esta destemplanza civil, contradictoriamente se empeñan; y no sólo gasta la voluntad este exceso, sino que se atreve al juicio, alterando el querer y el entender.

LXX

Saber negar. No todo se ha de conceder, ni a todos. Tanto importa como el saber conceder, y en los que mandan es atención urgente. Aquí entra el modo. Más se estima el *no* de algunos que el *sí* de otros, porque un *no* dorado satisface más que un *sí* a secas. Hay muchos que siempre tienen en la boca el *no,* con que todo lo desazonan. El *no* es siempre el primero en ellos, y aunque después todo lo vienen a conceder, no se les estima porque precedió aquella primera desazón. No se han de negar de rondón las cosas: vaya a tragos el desengaño; ni se ha de negar del todo, que sería desahuciar la dependencia. Queden siempre algunas reliquias de esperanza para que templen lo amargo del negar. Llene la cortesía el vacío del favor y suplan las buenas palabras la falta de las obras. El *no* y el *sí* son breves de decir, y piden mucho pensar.

LXXI

No ser desigual. De proceder anómalo, ni por natural, ni por afectación. El varón cuerdo siempre fue el mismo en todo lo perfecto, que es crédito de entendido; dependa en su mudanza de la de las causas y méritos. En materia de cordu-

ra, la variedad es fea. Hay algunos que cada día son otros de sí: hasta el entendimiento tienen desigual, cuanto más la voluntad y aun la ventura. El que ayer fue el blanco de su *sí,* hoy es el negro de su *no,* desmintiendo siempre su propio crédito y deslumbrando el ajeno concepto.

LXXII

Hombre de resolución. Menos dañosa es la mala ejecución que la irresolución. No se gastan tanto las materias cuando corren como si estancan. Hay hombres indeterminables que necesitan de ajena premoción en todo, y a veces no nace tanto de la perplejidad del juicio, pues lo tienen perspicaz, cuanto de la ineficacia. Ingenioso suele ser el dificultar, pero más lo es el hallar salida a los inconvenientes. Hay otros que en nada se embarazan, de juicio grande y determinado; nacieron para sublimes empleos, porque su despejada comprensión facilita el acierto y el despacho; todo se lo hallan hecho, que después de haber dado razón a un mundo, le quedó tiempo a uno de éstos para otro, y cuando están afianzados de su dicha se empeñan con más seguridad.

LXXIII

Saber usar del desliz. Es el desempeño de los cuerdos. Con la galantería de un donaire suelen salir del más intrincado laberinto. Húrtasele el cuerpo airosamente con un sonriso a la más dificultosa contienda. En eso fundaba el mayor de los grandes capitanes su valor. Cortés treta del negar mudar el verbo, ni hay mayor atención que no darse por entendido.

LXXIV

No ser intratable. En lo más poblado están las fieras verdaderas. Es la inaccesibilidad vicio de desconocidos de sí, que mu-

dan los humores con los honores; no es medio a propósito para la estimación comenzar enfadando. ¡Qué es de ver uno de estos monstruos intratables siempre a punto de su fiereza impertinente! Entran a hablarle los dependientes por su desdicha como a lidiar con tigres; tan armados de tiento, cuanto de recelo. Para subir al puesto agradaron a todos, y en estando en él se quieren desquitar con enfadar a todos. Habiendo de ser de muchos por el empleo, son de ninguno por su aspereza o entono. Cortesano castigo para éstos dejarlos estar, hurtándoles la cordura con el trato.

LXXV

Elegir idea heroica, más para la emulación que para la imitación. Hay ejemplares de grandeza, textos animados de la reputación. Propóngase cada uno en su empleo los primeros, no tanto para seguir, cuanto para adelantarse. Lloró Alejandro, no a Aquiles sepultado, sino a sí mismo, aún no bien nacido al lucimiento. No hay cosa que así solicite ambiciones en el ánimo como el clarín de la fama ajena. El mismo que atierra la envidia alienta la generosidad.

LXXVI

No estar siempre de burlas. Conócese la prudencia en lo serio, que está más acreditado que lo ingenioso. El que siempre está de burlas nunca es hombre de veras. Igualámoslos a éstos con los mentirosos en no darles crédito; a los unos por recelo de mentira; a los otros, de su fisga. Nunca se sabe cuándo hablan en juicio, que es tanto como no tenerle. No hay mayor desaire que el continuo donaire. Ganan otros fama de decidores y pierden el crédito de cuerdos. Su rato ha de tener lo jovial: todos los demás, lo serio.

LXXVII

Saber hacerse a todos. Discreto Proteo: con el docto, docto, y con el santo, santo. Gran arte de ganar a todos, porque la semejanza concilia benevolencia. Observar los genios y templarse al de cada uno; al serio y al jovial, seguirles el corriente, haciendo política transformación, urgente a los que dependen. Requiere esta gran sutileza del vivir un gran caudal; menos dificultosa al varón universal de ingenio en noticias y de genio en gustos.

LXXVIII

Arte en el intentar. La Necedad siempre entra de rondón, que todos los necios son audaces. Su misma simplicidad, que les impide primero la advertencia para los reparos, les quita después el sentimiento para los desaires. Pero la Cordura entra con gran tiento: son sus batidores la Advertencia y el Recato: ellos van descubriendo para proceder sin peligro. Todo Arrojamiento está condenado por la Discreción a despeño, aunque tal vez lo absuelva la Ventura. Conviene ir detenido donde se teme mucho fondo. Vaya intentando la Sagacidad y ganando tierra la Prudencia. Hay grandes bajíos hoy en el trato humano; conviene ir siempre calando sonda.

LXXIX

Genio genial. Si con templaza, prenda es, que no defecto. Un grano de donosidad todo lo sazona. Los mayores hombres juegan también la pieza del donaire, que concilia la gracia universal; pero guardando los aires a la cordura y haciendo la salva al decoro. Hacen otros de una gracia atajo al desempeño, que hay cosas que se han de tomar de burlas, y a veces las que el otro toma más de veras. Indica apacibilidad, garabato de corazones.

LXXX

Atención al informarse. Vívese lo más de información: es lo menos lo que vemos; vivimos de fe ajena: es el oído la puerta segunda de la verdad y principal de la mentira. La verdad ordinariamente se ve; extravagantemente se oye; raras veces llega en su elemento puro, y menos cuando viene de lejos; siempre trae algo de mixta de los afectos por donde pasa; tiñe de sus colores la pasión cuanto toca, ya odiosa, ya favorable; tira siempre a impresionar; gran cuenta con quien alaba, mayor con quien vitupera. Es menester toda la atención en este punto para descubrir la intención en el que tercia, conociendo de antemano de qué pie se movió. Sea la refleja contraste de lo falto y de lo falso.

LXXXI

Usar el renovar su lucimiento. Es privilegio de Fénix; suele envejecerse la excelencia, y con ella la fama; la costumbre disminuye la admiración, y una mediana novedad suele vencer a la mayor eminencia envejecida. Usar, pues, del renacer en el valor, en el ingenio, en la dicha, en todo. Empeñarse con novedades de bizarría, amaneciendo muchas veces como el sol, variando teatros al lucimiento, para que en el uno la privación y en el otro la novedad soliciten aquí el aplauso, si allí el deseo.

LXXXII

Nunca apurar ni el mal ni el bien. A la moderación en todo redujo la sabiduría toda un sabio. El sumo derecho se hace tuerto, y la naranja que mucho se estruja llega a dar lo amargo. Aún en la fruición nunca se ha de llegar a los extremos. El mismo ingenio se agota si se apura, y sacará sangre por leche el que esquilmare a lo tirano.

LXXXIII

Permitirse algún venial desliz. Que un descuido suele ser tal vez la mayor recomendación de las prendas. Tiene su ostracismo la envidia, tanto más civil cuanto más criminal; acusa lo muy perfecto de que peca en no pecar, y por perfecto en todo, lo condena todo. Hácese Argos en buscarle faltas a lo muy bueno, para consuelo siquiera. Hiere la censura, como el rayo, los más empinados realces. Dormite, pues, tal vez Homero, y afecte algún descuido en el ingenio o en el valor, pero nunca en la cordura para sosegar la malevolencia, no reviente ponzoñosa. Será como un echar la capa al toro de la envidia, para salvar la inmortalidad.

LXXXIV

Saber usar de los enemigos. Todas las cosas se han de saber tomar, no por el corte, que ofendan, sino por la empuñadura, que defiendan; mucho más la emulación. Al varón sabio más le aprovechan sus enemigos que al necio sus amigos. Suele allanar una malevolencia montañas de dificultad, que desconfiara de emprenderlas el favor. Fabricáronles a muchos su grandeza sus malévolos. Más fiera es la lisonja que el odio, pues remedia éste eficazmente las tochas que aquélla disimula. Hace el cuerdo espejo de la ojeriza, más fiel que el de la afición, y previene a la detracción los defectos, o los enmienda; que es grande el recato cuando se vive en frontera de una emulación, de una malevolencia.

LXXXV

No ser malilla. Achaque es de todo lo excelente que su mucho uso viene a ser abuso; el mismo codiciarlo todos viene a parar en enfadar a todos. Grande infelicidad ser para nada, no menor querer ser para todo; vienen a perder éstos por mucho ganar, y son después tan aborrecidos cuanto fueron antes deseados. Ró-

zanse de estas malillas en todo género de perfecciones, que, perdiendo aquella primera estimación de raras, consiguen el desprecio de vulgares. El único remedio de todo lo extremado es guardar un medio en el lucimiento: la demasía ha de estar en la perfección, y la templaza en la ostentación. Cuanto más luce una antorcha, se consume más y dura menos; escaseces de apariencia se premian con logros de estimación.

LXXXVI

Prevenir las malas voces. Tiene el vulgo muchas cabezas, y así muchos ojos para la malicia y muchas lenguas para el descrédito. Acontece correr en él alguna mala voz que desdora el mayor crédito, y si llegare a ser apodo vulgar, acabará con la reputación; dásele pie comúnmente con algún sobresaliente desaire, con ridículos defectos, que son plausible materia a sus hablillas. Si bien hay desdoros echadizos de la emulación especial a la malicia común, que hay bocas de malevolencia, y arruinan más presto una gran fama con un chiste que con un descaramiento. Es muy fácil de cobrar la siniestra fama, porque lo malo es muy creíble y cuesta mucho de borrarse. Excuse, pues, el varón cuerdo estos desaires, contrastando con su atención la vulgar insolencia, que es más fácil el prevenir que el remediar.

LXXXVII

Cultura y aliño. Nace bárbaro el hombre; redímese de bestia cultivándose. Hace personas la cultura, y más cuanto mayor. En fe de ella pudo Grecia llamar bárbaro a todo el restante universo. Es muy tosca la ignorancia: no hay cosa que más cultive que el saber. Pero aun la misma sabiduría fue grosera, si desaliñada. No sólo ha de ser aliñado el entender; también el querer, y más el conversar. Hállanse hombres naturalmente aliñados de gala interior y exterior, en conceptos y palabras, en los arreos del cuerpo, que son como la corteza, y en

las prendas del alma, que son el fruto. Otros hay, al contrario, tan groseros, que todas sus cosas, y tal vez eminencias, las deslucieron con un intolerable bárbaro desaseo.

LXXXVIII

Sea el trato por mayor, procurando la sublimidad en él. El varón grande no debe ser menudo en su proceder. Nunca se ha de individuar mucho en las cosas, y menos en las de poco gusto, porque aunque es ventaja notarlo todo al descuido, no lo es quererlo averiguar todo de propósito. Hase de proceder de ordinario con una hidalga generalidad, ramo de galantería. Es gran parte del regir el disimular. Hase de dar pasada a las más de las cosas entre familiares, entre amigos, y más entre enemigos. Toda nimiedad es enfadosa, y en la condición pesada. El ir y venir a un disgusto es especie de manía, y comúnmente tal será el modo de portarse cada uno cual fuere su corazón y su capacidad.

LXXXIX

Comprensión de sí. En el genio, en el ingenio, en dictámenes, en afectos. No puede uno ser señor de sí si primero no se comprende. Hay espejos del rostro, no los hay del ánimo; séalo la discreta reflexión sobre sí; y, cuando se olvidare de su imagen exterior, conserve la interior para enmendarla, para mejorarla. Conozca las fuerzas de su cordura y sutileza para el emprender; tantee la irascible para el empeñarse; tenga medido su fondo y pesado su caudal para todo.

XC

Arte para vivir mucho: vivir bien. Dos cosas acaban presto con la vida: la necedad o la ruindad. Perdiéronla unos por no saberla guardar, y otros por no querer. Así como la virtud

es premio de sí misma, así el vicio es castigo de sí mismo. Quien vive aprisa en el vicio, acaba presto de dos maneras; quien vive aprisa en la virtud, nunca muere. Comunícase la entereza del ánimo al cuerpo, y no sólo se tiene por larga la vida buena en la intensión, sino en la misma extensión.

XCI

Obrar siempre sin escrúpulos de imprudencia. La sospecha de desacierto en el que ejecuta es evidencia ya en el que mira, y más si fuere émulo. Si ya al calor de la pasión escrupulea el dictamen, condenará después desapasionado a necedad declarada. Son peligrosas las acciones en duda de prudencia; más segura sería la omisión. No admite probabilidades la cordura; siempre camina al mediodía de la luz de la razón. ¿Cómo puede salir bien una empresa que, aun concebida, la está ya condenando el recelo? Y si la resolución más graduada con el *nemine discrepante* interior suele salir infelizmente, ¿qué aguarda la que comenzó titubeando en la razón y mal agorada del dictamen?

XCII

Seso trascendental, digo en todo. Es la primera y suma regla del obrar y del hablar; más encargada cuanto mayores y más altos los empleos; más vale un grano de cordura que arrobas de sutileza. Es un camino a lo seguro, aunque no tan a lo plausible, si bien la reputación de cuerdo es el triunfo de la fama. Bastará satisfacer a los cuerdos, cuyo voto es la piedra de toque a los aciertos.

XCIII

Hombre universal. Compuesto de toda perfección, vale por muchos. Hace felicísimo el vivir, comunicando esta fruición a

la familiaridad. La variedad con perfección es entretenimiento de la vida. Gran arte la de saber lograr todo lo bueno, y pues le hizo la naturaleza al hombre un compendio de todo lo natural por su eminencia, hágale el arte un universo por ejercicio y cultura del gusto y del entendimiento.

XCIV

Incomprensibilidad de caudal. Excuse el varón atento sondearle el fondo, ya al saber, ya al valer, si quiere que le veneren todos; permítase al conocimiento, no a la comprensión. Nadie le averigüe los términos de la capacidad, por el peligro evidente del desengaño. Nunca dé lugar a que alguno le alcance todo: mayores efectos de veneración causa la opinión y duda de adónde llega el caudal de cada uno que la evidencia de él, por grande que fuere.

XCV

Saber entretener la expectación, irla cebando siempre; prometa más lo mucho, y la mejor acción sea envidar de mayores. No se ha de echar todo el resto al primer lance; gran treta es saberse templar en las fuerzas, en el saber, e ir adelantando el desempeño.

XCVI

De la gran sindéresis. Es el trono de la razón, basa de la prudencia, que en fe de ella cuesta poco el acertar. Es suerte del cielo y la más deseada por primera y por mejor. La primera pieza del arnés, con tal urgencia, que ninguna otra que le falte a un hombre le denomina falto. Nótase más su menos. Todas las acciones de la vida dependen de su influencia, y todas solicitan su calificación, que todo ha de ser con seso. Consiste en una connatural propensión a todo lo más conforme a la razón, casándose siempre con lo más acertado.

XCVII

Conseguir y conservar la reputación. Es el usufructo de la fama. Cuesta mucho, porque nace de las eminencias, que son raras cuanto comunes las medianías. Conseguida, se conserva con facilidad. Obliga mucho y obra más. Es especie de majestad cuando llega a ser veneración, por la sublimidad de su causa y de su esfera; pero la reputación sustancial es la que valió siempre.

XCVIII

Cifrar la voluntad. Son las pasiones los portillos del ánimo. El más práctico saber consiste en disimular. Lleva riesgo de perder el que juega a juego descubierto. Compita la detención del recatado con la atención del advertido; a linces de discurso, jibias de interioridad. No se le sepa el gusto, porque no se le prevenga, unos para la contradicción, otros para la lisonja.

XCIX

Realidad y apariencia. Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen; son raros los que miran por dentro, y muchos los que se pagan de lo aparente. No basta tener razón con cara de malicia.

C

Varón desengañado: cristiano sabio, cortesano filósofo; mas no parecerlo, menos afectarlo. Está desacreditado el filosofar, aunque es ejercicio mayor de los sabios. Vive desautorizada la ciencia de los cuerdos. Introdújola Séneca en Roma; conservóse algún tiempo cortesana; ya es tenida por impertinencia. Pero siempre el desengaño fue pasto de la prudencia, delicias de la entereza.

CI

La mitad del mundo se está riendo de la otra mitad, con necedad de todos. O todo es bueno, o todo es malo, según votos. Lo que éste sigue, el otro persigue. Insufrible necio el que quiere regular todo objeto por su concepto. No dependen las perfecciones de un solo agrado. Tantos son los gustos como los rostros, y tan varios. No hay defecto sin afecto, ni se ha de desconfiar porque no agraden las cosas a algunos, que no faltarán otros que las aprecien. Ni aun el aplauso de éstos le sea materia al desvanecimiento, que otros le condenarán. La norma de la verdadera satisfacción es la aprobación de los varones de reputación, y que tienen voto en aquel orden de cosas. No se vive de un voto solo, ni de un uso, ni de un siglo.

CII

Estómago para grandes bocados de la fortuna. En el cuerpo de la prudencia no es lo menos importante un gran buche, que de grandes partes se compone una gran capacidad. No se embaraza con las buenas dichas quien merece otras mayores; lo que es ahíto en unos es hambre en otros. Hay muchos que se les gasta cualquier muy importante manjar por la cortedad de su natural, no acostumbrado ni nacido para tan sublimes empleos; accédaseles el trato, y, con los humos que se levantan de la postiza honra, viene a desvanecérseles la cabeza; corren gran peligro en los lugares altos, y no caben en sí porque no cabe en ellos la suerte. Muestre, pues, el varón grande que aún le quedan ensanches para cosas mayores, y huya con especial cuidado de todo lo que puede dar indicio de angosto corazón.

CIII

Cada uno, la majestad en su modo. Sean todas las acciones, si no de un rey, dignas de tal, según su esfera; el proceder real,

dentro de los límites de su cuerda suerte: sublimidad de acciones, remonte de pensamientos. Y en todas sus cosas represente un rey por méritos, cuando no por realidad, que la verdadera soberanía consiste en la entereza de costumbres. Ni tendrá que envidiar a la grandeza quien pueda ser norma de ella. Especialmente a los allegados al trono pégueseles algo de la verdadera superioridad, participen antes de las prendas de la majestad que de las ceremonias de la vanidad, sin afectar lo imperfecto de la hinchazón, sino lo realzado de la sustancia.

CIV

Tener tomado el pulso a los empleos. Hay su variedad en ellos: magistral conocimiento y que necesita de advertencia. Piden unos valor y otros sutileza. Son más fáciles de manejar los que dependen de la rectitud, y más difíciles los que del artificio. Con buen natural, no es menester más para aquéllos; para éstos no basta toda la atención y desvelo. Trabajosa ocupación gobernar hombres, y más, locos o necios. Doblado seso es menester para con quien no le tiene. Empleo intolerable el que pide todo un hombre, de horas contadas y la materia cierta. Mejores son los libres de fastidio, juntando la variedad con la gravedad, porque la alternación refresca el gusto. Los más autorizados son los que tienen menos, o más distante, la dependencia; y aquél es el peor que al fin hace sudar en la residencia humana, y más en la divina.

CV

No cansar. Suele ser pesado el hombre de un negocio y el de un verbo. La brevedad es lisonjera y más negociante. Gana por lo cortés lo que pierde por lo corto. Lo bueno, si breve, dos veces bueno. Y aun lo malo, si poco, no tan malo. Más obran quintas esencias que fárragos. Y es verdad común que, hombre largo, raras veces entendido, no tanto en lo

material de la disposición cuanto en lo formal del discurso. Hay hombres que sirven más de embarazo que de adorno del universo, alhajas perdidas, que todos las desvían. Excuse el discreto el embarazar, y mucho menos a grandes personajes, que viven muy ocupados, y sería peor desazonar uno de ellos que todo lo restante del mundo. Lo bien dicho se dice presto.

CVI

No afectar la fortuna. Más ofende el ostentar la dignidad que la persona. Hacer del hombre es odioso: bastábale ser envidiado. La estimación se consigue menos cuanto se busca más. Depende del respeto ajeno, y así, no se la puede tomar uno, sino merecer la de los otros y aguardarla. Los empleos grandes piden autoridad ajustada a su ejercicio, sin la cual no pueden ejercerse dignamente. Conserve la que merece para cumplir con lo sustancial de sus obligaciones: no estrujarla, ayudarla sí; y todos los que hacen del hacendado en el empleo dan indicio de que no la merecían, y que viene sobrepuesta la dignidad. Si se hubiere de valer, sea antes de lo eminente de sus prendas que de lo adventicio, que hasta un rey se ha de venerar más por la persona que por la extrínseca soberanía.

CVII

No mostrar satisfacción de sí. Viva, ni descontento, que es poquedad, ni satisfecho, que es necedad. Nace la satisfacción en los más de ignorancia, y para en una felicidad necia que, aunque entretiene el gusto, no mantiene el crédito. Como no alcanza las superlativas perfecciones en los otros, págase de cualquiera vulgar medianía en sí. Siempre fue útil, a más de cuerdo, el recelo, o para prevención de que salgan bien las cosas, o para consuelo cuando salieren mal; que no se le hace de nuevo el desaire de su suerte al que ya se lo temía. El mismo Homero dormita tal vez, y cae Alejandro de su estado

y de su engaño. Dependen las cosas de muchas circunstancias, y la que triunfa en un puesto y en tal ocasión, en otra se malogra. Pero la incorregibilidad de lo necio está en que se convirtió en flor la más vana satisfacción, y va brotando siempre su semilla.

CVIII

Atajo para ser persona: saberse ladear. Es muy eficaz el trato; comunícanse las costumbres y los gustos, pégase el genio y aun el ingenio, sin sentir. Procure, pues, el pronto juntarse con el reportado, y así en los demás genios; con esto conseguirá la templanza sin violencia. Es gran destreza saberse atemperar. La alternación de contrariedades hermosea el universo y le sustenta, y si causa armonía en lo natural, mayor en lo moral. Válgase de esta política advertencia en la elección de familiares y de famulares, que con la comunicación de los extremos se ajustará un medio muy discreto.

CIX

No ser acriminador. Hay hombres de genio fiero: todo lo hacen delito, y no por pasión, sino por naturaleza. A todos condenan, a unos porque hicieron, a otros porque harán. Indica ánimo peor que cruel, que es vil, y acriminan con tal exageración, que de los átomos hacen vigas para sacar los ojos. Cómitres en cada puesto, que hacen galera de lo que fuera Elíseo. Pero si media la pasión, de todo hacen extremos. Al contrario, la ingenuidad para todo halla salida, si no de intención, de inadvertencia.

CX

No aguardar a ser sol que se pone. Máxima es de cuerdos dejar las cosas antes que los dejen. Sepa uno hacer triunfo del mis-

mo fenecer, que tal vez el mismo sol, a buen lucir, suele retirarse a una nube porque no le vean caer, y deja en suspensión de si se puso o no se puso. Hurte el cuerpo a los ocasos para no reventar de desaires; no aguarde a que le vuelvan las espaldas, que le sepultarán vivo para el sentimiento y muerto para la estimación. Jubila con tiempo el advertido al corredor caballo, y no aguarda a que, cayendo, levante la risa en medio la carrera; rompa el espejo con tiempo y con astucia la belleza, y no con impaciencia después, al ver su desengaño.

CXI

Tener amigos. Es el segundo ser. Todo amigo es bueno y sabio para el amigo. Entre ellos todo sale bien. Tanto valdrá uno cuanto quisieren los demás, y para que quieran se les ha de ganar la boca por el corazón. No hay hechizo como el buen servicio, y para ganar amistades, el mejor medio es hacerlas. Depende lo más y lo mejor que tenemos de los otros. Hase de vivir o con amigos o con enemigos: cada día se ha de diligenciar uno, aunque no para íntimo, para aficionado; que algunos se quedan después para confidentes pasando por el acierto del delecto.

CXII

Ganar la pía afición. Que aun la primera y suma causa en sus mayores asuntos la previene y la dispone. Éntrase por el afecto al concepto. Algunos se fían tanto del valor, que desestiman la diligencia; pero la atención sabe bien que es grande el rodeo de solos los méritos, si no se ayudan del favor. Todo lo facilita y suple la benevolencia; no siempre supone las prendas, sino que las pone, como el valor, la entereza, la sabiduría, hasta la discreción; nunca ve las fealdades, porque no las querría ver. Nace de ordinario de la correspondencia material en genio, nación, parentesco, patria y empleo. La formal es más sublime en prendas, obligaciones, reputación,

méritos. Toda la dificultad es ganarla, que con facilidad se conserva. Puédese diligenciar y saberse valer de ella.

CXIII

Prevenirse en la fortuna próspera para la adversa. Arbitrio es hacer en el estío la provisión para el invierno, y con más comodidad; van baratos entonces los favores, hay abundancia de amistades. Bueno es conservar para el mal tiempo, que es la adversidad cara y falta de todo. Haya retén de amigos y de agradecidos, que algún día hará aprecio de lo que ahora no hace caso. La villanía nunca tiene amigos en la prosperidad porque los desconoce; en la adversidad, la desconocen a ella.

CXIV

Nunca competir. Toda pretensión con oposición daña el crédito; la competencia tira luego a desdorar, por deslucir. Son pocos los que hacen buena guerra. Descubre la emulación los defectos que olvidó la cortesía: vivieron muchos acreditados, mientras no tuvieron émulos. El calor de la contrariedad aviva o resucita las infamias muertas, desentierra hediondeces pasadas y antepasadas. Comiénzase la competencia con manifiesto de desdoros, ayudándose de cuanto puede y no debe; y aunque a veces, y las más, no sean armas de provecho las ofensas, hace de ellas vil satisfacción a su venganza, y sacude ésta con tal aire, que hace saltar a los desaires el polvo del olvido. Siempre fue pacífica la benevolencia, y benévola la reputación.

CXV

Hacerse a las malas condiciones de los familiares, así como a los malos rostros, es conveniencia donde tercia dependencia.

Hay fieros genios que no se puede vivir con ellos, ni sin ellos. Es, pues, destreza irse acostumbrando, como a la fealdad, para que no se hagan de nuevo en la terribilidad de la ocasión. La primera vez espantan, pero poco a poco se les viene a perder aquel primer horror, y la refleja previene los disgustos o los tolera.

CXVI

Tratar siempre con gente de obligaciones. Puede empeñarse con ellos y empeñarlos. Su misma obligación es la mayor fianza de su trato, aun para barajar, que obran como quien son, y vale más pelear con gente de bien que triunfar de gente de mal. No hay buen trato con la ruindad, porque no se halla obligada a la entereza; por eso entre ruines nunca hay verdadera amistad, ni es buena ley la fineza porque no es en fe de la honra. Reniegue siempre de hombre sin ella, que quien no la estima no estima la virtud, y es la honra el trono de la entereza.

CXVII

Nunca hablar de sí. O se ha de alabar, que es desvanecimiento, o se ha de vituperar, que es poquedad, y siendo culpa de cordura en el que dice, es pena de los que oyen. Si esto se ha de evitar en la familiaridad, mucho más en puestos sublimes, donde se habla en común, y pasa ya por necedad cualquier apariencia de ella. El mismo inconveniente de cordura tiene el hablar de los presentes, por el peligro de dar en uno de dos escollos: de lisonja o vituperio.

CXVIII

Cobrar fama de cortés: que basta a hacerle plausible. Es la cortesía la principal parte de la cultura, especie de hechizo, y

así concilia la gracia de todos, así como la descortesía el desprecio y enfado universal. Si éste nace de soberbia, es aborrecible; si de grosería, despreciable. La cortesía siempre ha de ser más que menos, pero no igual, que degeneraría en injusticia: tiénese por deuda entre enemigos, para que se vea su valor. Cuesta poco y vale mucho: todo honrador es honrado. La galantería y la honra tienen esta ventaja: que se quedan, aquélla en quien la usa, ésta en quien la hace.

CXIX

No hacerse de mal querer. No se ha de provocar la aversión, que aun sin quererlo, ella se adelanta. Muchos hay que aborrecen de balde, sin saber el cómo ni por qué. Previene la malevolencia a la obligación. Es más eficaz y pronta para el daño la irascible, que la concupiscible para el provecho. Afectan algunos ponerse mal con todos, por enfadoso o por enfadado genio. Y si una vez se apodera el odio, es, como el mal concepto, dificultoso de borrar. A los hombres juiciosos los temen, a los maldicientes aborrecen, a los presumidos asquean, a los fisgones abominan, a los singulares los dejan. Muestre, pues, estimar para ser estimado; y el que quiere hacer casa hace caso.

CXX

Vivir a lo práctico. Hasta el saber ha de ser al uso, y, donde no se usa, es preciso saber hacer del ignorante. Múdanse a tiempos el discurrir y el gustar. No se ha de discurrir a lo viejo, y se ha de gustar a lo moderno. El gusto de las cabezas hace voto en cada orden de cosas. Ése se ha de seguir por entonces y adelantar a eminencia: acomódese el cuerdo a lo presente, aunque le parezca mejor lo pasado, así en los arreos del alma como del cuerpo. Sólo en la bondad no vale esta regla de vivir, que siempre se ha de practicar la virtud. Desconócese ya, y parece cosa de otros tiempos, el decir verdad, el guardar

la palabra; y los varones buenos parecen hechos al buen tiempo, pero siempre amados; de suerte que, si algunos hay, no se usan ni se imitan. ¡Oh, grande infelicidad del siglo nuestro, que se tenga la virtud por extraña y la malicia por corriente! Viva el discreto como puede, si no como querría. Tenga por mejor lo que le concedió la suerte que lo que le ha negado.

CXXI

No hacer negocio del no negocio. Así como algunos todos lo hacen cuento, así otros todo negocio. Siempre hablan de importancia, todo lo toman de veras, reduciéndolo a pendencia y a misterio. Pocas cosas de enfado se han de tomar de propósito, que sería empeñarse sin él. Es trocar los puntos tomar a pechos lo que se ha de echar a las espaldas. Muchas cosas que eran algo, dejándolas, fueron nada; y otras que eran nada, por haber hecho caso de ellas, fueron mucho. Al principio es fácil dar fin a todo, que después no. Muchas veces hace la enfermedad el mismo remedio. Ni es la peor regla del vivir el dejar estar.

CXXII

Señorío en el decir y en el hacer. Hácese mucho lugar en todas partes y gana de antemano el respeto. En todo influye: en el conversar, en el orar, hasta en el caminar y aun en el mirar, en el querer. Es gran victoria coger los corazones; no nace de una necia intrepidez, ni del enfadoso entretenimiento; sí en una decente autoridad nacida del genio superior y ayudada de los méritos.

CXXIII

Hombre desafectado. A más prendas, menos afectación, que suele ser vulgar desdoro de todas. Es tan enfadosa a los de-

más cuan penosa al que la sustenta, porque vive mártir del cuidado y se atormenta con la puntualidad. Pierden su mérito las mismas eminencias con ella, porque se juzgan nacidas antes de la artificiosa violencia que de la libre naturaleza, y todo lo natural fue siempre más grato que lo artificial. Los afectados son tenidos por extranjeros en lo que afectan. Cuanto mejor se hace una cosa se ha de desmentir la industria, porque se vea que se cae de su natural la perfección. Ni por huir la afectación se ha de dar en ella, afectando el no afectar. Nunca el discreto se ha de dar por entendido de sus méritos, que el mismo descuido despierta en los otros la atención. Dos veces es eminente el que encierra todas las perfecciones en sí y ninguna en su estimación; y por encontrada senda llega al término de la plausibilidad.

CXXIV

Llegar a ser deseado. Pocos llegaron a tanta gracia de las gentes; y si de los cuerdos, felicidad. Es ordinaria la tibieza con los que acaban. Hay modos para merecer este premio de afición: la eminencia en el empleo y en las prendas es segura, el agrado, eficaz. Hácese dependencia de la eminencia, de modo que se note que el cargo le hubo menester a él, y no él al cargo: honran unos los puestos, a otros honran. No es ventaja que le haga bueno el que sucedió malo, porque eso no es ser deseado absolutamente, sino ser el otro aborrecido.

CXXV

No ser libro verde. Señal de tener gastada la fama propia es cuidar de la infamia ajena: querrían algunos con las manchas de los otros disimular si no lavar las suyas; o se consuelan, que es el consuelo de los necios. Huéleles mal la boca a éstos, que son los albañares de las inmundicias civiles. En estas materias, el que más escarba más se enloda; pocos se escapan de algún achaque original, o al derecho o al través. No son co-

nocidas las faltas en los poco conocidos: huya el atento de ser registro de infamias, que es ser un aborrecido padrón, y, aunque vivo, desalmado.

CXXVI

No es necio el que hace la necedad, sino el que, hecha, no la sabe encubrir. Hanse de sellar los afectos, cuanto más los defectos. Todos los hombres yerran, pero con esta diferencia: que los sagaces desmienten las hechas, y los necios mientan las por hacer. Consiste el crédito en el recato más que en el hecho que si no es uno casto, sea cauto. Los descuidos de los grandes hombres se observan más, como eclipses de las lumbreras mayores. Sea excepción de la amistad el no confiarla los defectos; ni aún, si ser pudiese, a su misma identidad; pero puédese valer aquí de aquella otra regla del vivir, que es saber olvidar.

CXXVII

El despejo en todo. Es vida de las prendas, aliento del decir, alma del hacer, realce de los mismos realces. Las demás perfecciones son ornato de la naturaleza, pero el despejo lo es de las mismas perfecciones. Hasta en el discurrir se celebra. Tiene de privilegio lo más, debe al estudio lo menos, que aun a la disciplina es superior; pasa de facilidad y adelántase a bizarría; supone desembarazo y añade perfección. Sin él, toda belleza es muerta, y toda gracia, desgracia; es trascendental al valor, a la discreción, a la prudencia, a la misma majestad. Es político atajo en el despacho, y un culto salir de todo empeño.

CXXVIII

Alteza de ánimo. Es de los principales requisitos para héroe, porque inflama a todo género de grandeza: realza el gusto,

engrandece el corazón, remonta el pensamiento, ennoblece la condición y dispone la majestad. Dondequiera que se halla se descuella, y, aun tal vez, desmentida de la envidia de la suerte, revienta por campear, ensánchase en la voluntad, ya que en la posibilidad se violente. Reconócela por fuente la magnanimidad, la generosidad y toda heroica prenda.

CXXIX

Nunca quejarse. La queja siempre trae descrédito; más sirve de ejemplar de atrevimiento a la pasión que de consuelo a la compasión; abre el paso a quien la oye para lo mismo, y es la noticia del agravio del primero disculpa del segundo. Dan pie algunos con sus quejas de las ofensiones pasadas a las venideras, y, pretendiendo remedio o consuelo, solicitan la complacencia, y aun el desprecio. Mejor política es celebrar obligaciones de unos para que sean empeños de otros, y el repetir favores de los ausentes es solicitarlos de los presentes, es vender crédito de unos a otros. Y el varón atento nunca publique ni desaires ni defectos; sí estimaciones, que sirven para tener amigos y de contener enemigos.

CXXX

Hacer y hacer parecer. Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen. Valer y saberlo mostrar es valer dos veces: lo que no se ve es como si no fuese. No tiene su veneración la razón misma donde no tiene cara de tal. Son muchos más los engañados que los advertidos; prevalece el engaño y júzganse las cosas por fuera. Hay cosas que son muy otras de lo que parecen. La buena exterioridad es la mejor recomendación de la perfección interior.

CXXXI

Galantería de condición. Tienen su bizarría las almas, gallardía del espíritu, con cuyos galantes actos queda muy airoso un corazón. No cabe en todos, porque supone magnanimidad. Primero asunto suyo es hablar bien del enemigo y obrar mejor; su mayor lucimiento libra en los lances de la venganza: no se los quita, sino que se los mejora, convirtiéndola, cuando más vencedora, en una impensada generosidad. Es política también, y aun la gala de la razón de Estado. Nunca afecta vencimientos, porque nada afecta, y cuando los alcanza el merecimiento, los disimula la ingenuidad.

CXXXII

Usar del reconsejo. Apelar a la revista es seguridad, y más donde no es evidente la satisfacción. Tomar tiempo, o para conceder o para mejorarse. Ofrécense nuevas razones para confirmar y corroborar el dictamen: si es en materia de dar, se estima más el don en fe de la cordura que en el gusto de la presteza; siempre fue más estimado lo deseado. Si se ha de negar, queda lugar al modo, y para madurar el *no,* que sea más sazonado. Y las más veces, pasado aquel primer calor del deseo, no se siente después a sangre fría el desaire del negar. A quien pide aprisa, conceder tarde, que es treta para desmentir la atención.

CXXXIII

Antes loco con todos que cuerdo a solas, dicen políticos. Que si todos lo son, con ninguno perderá; y si es sola la cordura, será tenida por locura. Tanto importará seguir la corriente: es el mayor saber, a veces, no saber, o afectar no saber. Hase de vivir con otros, y los ignorantes son los más. Para vivir a solas ha de tener, o mucho de Dios, o todo de bestia; mas yo moderaría el aforismo, diciendo: «Antes cuerdo con los más

que loco a solas.» Algunos quieren ser singulares en las quimeras.

CXXXIV

Doblar los requisitos de la vida. Es doblar el vivir. No ha de ser única la dependencia, ni se ha de estrechar una cosa sola, aunque singular: todo ha de ser doblado, y más las causas del provecho, del favor, del gusto. Es trascendente la mutabilidad de la luna, término de la permanencia, y más las cosas que dependen de humana voluntad, que es quebradiza. Valga contra la fragilidad el retén, y sea gran regla del arte del vivir doblar las circunstancias del bien y de la comodidad. Así como dobló la naturaleza los miembros más importantes y más arriesgados, así el arte los de la dependencia.

CXXXV

No tenga espíritu de contradicción, que es cargarse de necedad y de enfado. Conjurarse ha contra él la cordura: bien puede ser ingenioso el dificultar en todo, pero no se escapa de necio lo porfiado. Hacen éstos guerrilla de la dulce conversión, y así son enemigos más de los familiares que de los que no les tratan. En el más sabroso bocado se siente más la espina que se atraviesa, y eslo la contradicción de los buenos ratos. Son necios perniciosos, que añaden lo fiera a lo bestia.

CXXXVI

Ponerse bien en las materias, tomar el pulso luego a los negocios. Vanse muchos, o por las ramas de un inútil discurrir, o por las hojas de una cansada verbosidad, sin topar con la sustancia del caso; dan cien vueltas rodeando un punto, cansándose y cansando, y nunca llegan al centro de la importancia. Procede de entendimientos confusos, que no se saben des-

embarazar. Gastan el tiempo y la paciencia en lo que habían de dejar, y después no la hay para lo que dejaron.

CXXXVII

Bástese a sí mismo el sabio. Él se era todas sus cosas, y llevándose a sí lo llevaba todo. Si un amigo universal basta hacer Roma y todo lo restante del universo, séase uno ese amigo de sí propio y podrá vivirse a solas. ¿Quién le podrá hacer falta, si no hay ni mayor concepto ni mayor gusto que el suyo? Dependerá de sí solo, que es felicidad suma semejar a la entidad suma. El que puede pasar así a solas nada tendrá de bruto, sino mucho de sabio y todo de Dios.

CXXXVIII

Arte de dejar estar. Y más cuando más revuelta la común mar o la familiar. Hay torbellinos en el humano trato, tempestades de voluntad: entonces es cordura retirarse al seguro puerto del dar vado. Muchas veces empeoran los males con los remedios. Dejar hacer a la naturaleza allí, y aquí a la moralidad; tanto ha de saber el sabio médico para recetar como para no recetar, y a veces consiste el arte más en el no aplicar remedios. Sea modo de sosegar vulgares torbellinos el alzar mano y dejar sosegar; ceder al tiempo ahora será vencer después. Una fuente con poca inquietud se enturbia; ni se volverá a serenar procurándolo, sino dejándola. No hay mejor remedio de los desconciertos que dejarlos correr, que así caen de sí propios.

CXXXIX

Conocer el día aciago, que los hay. Nada saldrá bien, y aunque se varíe el juego, pero no la mala suerte. A dos lances, convendrá conocerla y retirarse, advirtiendo si está de día o

no lo está. Hasta en el entendimiento hay vez, que ninguno supo a todas horas. Es ventura acertar a discurrir, como el escribir bien una carta. Todas las perfecciones dependen de sazón. Ni siempre la belleza está de vez. Desmiéntese la discreción a sí misma, ya cediendo, ya excediéndose; y todo, para salir bien, ha de estar de día. Así como en unos todo sale mal, en otros todo bien y con menos diligencias: todo se lo halla uno hecho, el ingenio está de vez, el genio de temple y todo de estrella. Entonces conviene lograrla y no desperdiciar la menor partícula. Pero el varón juicioso, no por un azar que vio, sentencie definitivamente de malo, ni al contrario, de bueno, que pudo ser aquello desazón y esto ventura.

CXL

Topar luego con lo bueno en cada cosa. Es dicha del buen gusto. Va luego la abeja a la dulzura para el panal y la víbora a la amargura para el veneno. Así los gustos, unos a lo mejor y otros a lo peor. No hay cosa que no tenga algo bueno, y más si es libro, por lo pensado. Es, pues, tan desgraciado el genio de algunos, que entre mil perfecciones toparán con solo un defecto que hubiere, y ése lo censuran y lo celebran: recogedores de las inmundicias de voluntades y de entendimiento, cargando de notas, de defectos, que es más castigo de su mal delecto que empleo de su sutileza. Pasan mala vida, pues siempre se ceban de amarguras y hacen pasto de imperfecciones. Más feliz es el gusto de otros que, entre mil defectos, toparán luego con una sola perfección que se le cayó a la ventura.

CXLI

No escucharse. Poco aprovecha agradarse a sí si no se contenta a los demás, y de ordinario castiga el desprecio común la satisfacción particular. Débese a todos el que se paga de sí mismo. Querer hablar y oírse no sale bien; y, si hablarse a solas es locura, escucharse delante de otros será doblada. Acha-

que de señores es hablar con el bordón del «¿digo algo?» y aquel «¿eh?» que aporrea a los que escuchan: a cada razón orejean la aprobación o la lisonja, apurando la cordura. También los hinchados hablan con eco, y, como su conversación va en chapines de entono, a cada palabra solicita el enfadoso socorro del necio «¡bien dicho!».

CXLII

Nunca por tema seguir el peor partido, porque el contrario se adelantó y escogió el mejor. Ya comienza vencido, y así será preciso ceder desairado. Nunca se vengará bien con el mal. Fue astucia del contrario anticiparse a lo mejor, y necedad suya oponérsele tarde con lo peor. Son estos porfiados de obra más empeñados que los de palabra, cuanto va más riesgo del hacer al decir. Vulgaridad de temáticos no reparar en la verdad por contradecir, ni en la utilidad por litigar. El atento siempre está de parte de la razón, no de la pasión, o anticipándose antes o mejorándose después, que si es necio el contrario, por el mismo caso mudará de rumbo, pasándose a la contraria parte, con que empeorará de partido. Para echarle de lo mejor es único remedio abrazarlo propio, que su necedad le hará dejarlo, y su tema le será desempeño.

CXLIII

No dar en paradojo por huir de vulgar. Los dos extremos son del descrédito. Todo asunto que desdice de la gravedad es ramo de necedad. Lo paradojo es un cierto engaño plausible a los principios, que admira por lo nuevo y por lo picante; pero después, con el desengaño del salir tan mal, queda muy desairado. Es especie de embeleco y, en materias políticas, ruina de los Estados. Los que no pueden llegar, o no se atreven, a lo heroico por el camino de la virtud, echan por lo paradojo, admirando necios y sacando verdaderos a muchos cuerdos. Arguye destemplanza en el dictamen, y por eso tan

opuesto a la prudencia, y si tal vez no se funda en lo falso, por lo menos en lo incierto, con gran riesgo de la importancia.

CXLIV

Entrar con la ajena para salir con la suya. Es estratagema del conseguir; aun en las materias del Cielo encargan esta santa astucia los cristianos maestros. Es un importante disimulo, porque sirve de cebo la concebida utilidad para coger una voluntad: parécele que va delante la suya, y no es más de para abrir camino a la pretensión ajena: nunca se ha de entrar a lo desatinado, y más donde hay fondo de peligro. También con personas cuya primera palabra suele ser el «no» conviene desmentir el tiro, porque no se advierta la dificultad del conceder; mucho más cuando se presiente la aversión. Pertenece este aviso a los de segunda intención, que todos son de la quinta sutileza.

CXLV

No descubrir el dedo malo, que todo topará allí. No quejarse de él, que siempre sacude la malicia adonde le duele a la flaqueza. No servirá el picarse uno sino de picar el gusto al entretenimiento: va buscando la mala intención el achaque de hacer saltar; arroja varillas para hallarle el sentimiento: hará la prueba de mil modos hasta llegar al vivo. Nunca el atento se dé por entendido ni descubra su mal, o personal o heredado, que hasta la fortuna se deleita a veces de lastimar donde más ha de doler. Siempre mortifica en lo vivo; por esto no se ha de descubrir, ni lo que mortifica, ni lo que vivifica; uno para que se acabe, otro para que dure.

CXLVI

Mirar por dentro. Hállanse de ordinario ser muy otras las cosas de lo que parecían, y la ignorancia, que no pasó de la

corteza, se convierte en desengaño cuando se penetra al interior. La Mentira es siempre la primera en todo; arrastra necios por vulgaridad continuada. La Verdad siempre llega la última y tarde, cojeando con el Tiempo. Resérvanle los cuerdos la otra mitad de la potencia que sabiamente duplicó la común madre. Es el Engaño muy superficial, y topan luego con él los que lo son. El Acierto vive retirado a su interior para ser más estimado de sabios y discretos.

CXLVII

No ser inaccesible. Ninguno hay tan perfecto que alguna vez no necesite de advertencia. Es irremediable de necio el que no escucha. El más exento ha de dar lugar al amigable aviso; ni la soberanía ha de excluir la docilidad. Hay hombres irremediables por inaccesibles, que se despeñan porque nadie osa llegar a detenerlos. El más entero ha de tener una puerta abierta a la amistad, y será la del socorro. Ha de tener lugar un amigo para poder con desembarazo avisarle y aun castigarle. La satisfacción le ha de poner en esta autoridad, y el gran concepto de su fidelidad y prudencia. No a todos se les ha de facilitar el respeto, ni aun el crédito, pero tenga en el retrete de su recato un fiel espejo de un confidente, a quien deba y estime la corrección en el desengaño.

CXLVIII

Tener el arte de conversar en que se hace muestra de ser persona. En ningún ejercicio humano se requiere más la atención, por ser el más ordinario del vivir. Aquí es el perderse o el ganarse, que si es necesaria la advertencia para escribir una carta, con ser conversación de pensado y por escrito, ¡cuánto más en la ordinaria, donde se hace examen pronto de la discreción! Toman los peritos el pulso al ánimo en la lengua, y en fe de ella dijo el sabio: «Habla, si quieres que te conozca.» Tienen algunos por arte en la conversación el ir

sin ella, que ha de ser holgada como el vestir; entiéndese entre muy amigos, que cuando es de respeto ha de ser más sustancial y que indique la mucha sustancia de la persona. Para acertarse, se ha de ajustar al genio y al ingenio de los que tercian; no ha de afectar el ser censor de las palabras, que será tenido por gramático; ni menos fiscal de las razones, que le hurtarán todos el trato y le vedarán la comunicación. La discreción en el hablar importa más que la elocuencia.

CXLIX

Saber declinar a otro los males: tener escudos contra la malevolencia, gran treta de los que gobiernan. No nace de la incapacidad, como la malicia piensa, sí de industria superior, tener en quien recaiga la censura de los desaciertos y el castigo común de la murmuración. No todo puede salir bien, ni a todos se puede contentar. Haya, pues, un testa de hierros, terrero de infelicidades a costa de su misma ambición.

CL

Saber vender sus cosas. No basta la intrínseca bondad de ellas, que no todos muerden la sustancia ni miran por dentro. Acuden los más adonde hay concurso, van porque ven ir a otros. Es gran parte del artificio saber acreditar, unas veces celebrando, que la alabanza es solicitadora del deseo; otras, dando buen nombre, que es un gran modo de sublimar, desmintiendo siempre la afectación. El destinar para solos los entendidos es picón general, porque todos se lo piensan, y, cuando no, la privación espoleará el deseo. Nunca se han de acreditar de fáciles ni de comunes los asuntos, que más es vulgarizarlos que facilitarlos. Todos pican en lo singular, por más apetecible, tanto al gusto como al ingenio.

CLI

Pensar anticipado. Hoy para mañana y aun para muchos días. La mayor providencia es tener horas de ella; para prevenidos no hay acasos, ni para apercibidos aprietos. No se ha de aguardar el discurso para el ahogo, y ha de ir de antemano; prevenga con la madurez del reconsejo el punto más crudo. Es la almohada sibila muda, y el dormir sobre los puntos vale más que el desvelarse debajo de ellos. Algunos obran y después piensan: aquello más es buscar excusas que consecuencias; otros, ni antes ni después. Toda la vida ha de ser pensar para acertar el rumbo. El reconsejo y providencia dan arbitrio de vivir anticipado.

CLII

Nunca acompañarse con quien le pueda deslucir: tanto por más cuanto por menos. Lo que excede en perfección excede en estimación; hará el otro el primer papel siempre, y él el segundo, y si le alcanzare algo de aprecio, serán las sobras de aquél. Campea la luna, mientras una, entre las estrellas; pero, en saliendo el sol, o no parece o desaparece. Nunca se arrime a quien le eclipse, sino a quien le realce. De esta suerte pudo parecer hermosa la discreta de la Fábula de Marcial y lució entre la fealdad o el desaliño de sus doncellas. Tampoco ha de peligrar de mal de lado, ni honrar a otros a costa de su crédito. Para hacerse, vaya con los eminentes; para hecho, entre los medianos.

CLIII

Huya de entrar a llenar grandes vacíos. Y, si se empeña, sea con seguridad del exceso. Es menester doblar el valor para igualar al del pasado. Así como es ardid que el que se sigue sea tal que le haga deseado, así es sutileza que el que acabó no le eclipse. Es dificultoso llenar un gran vacío, porque siempre lo

pasado pareció mejor; y aun la igualdad no bastará, porque está en posesión de primero. Es, pues, necesario añadir prendas para echar a otro de su posesión en el mayor concepto.

CLIV

No ser fácil ni en creer ni en querer. Conócese la madurez en la espera de la credulidad: es muy ordinario el mentir, sea extraordinario el creer. El que ligeramente se movió hállase después corrido; pero no se ha de dar a entender la duda de la fe ajena, que pasa de descortesía a agravio, porque se le trata al que contesta de engañador o engañado. Y aún no es ése el mayor inconveniente, cuanto que el no creer es indicio del mentir, porque el mentiroso tiene dos males, que ni cree ni es creído. La suspensión del juicio es cuerda en el que oye, y remítase de fe al autor que dice: «También es especie de imprudencia la facilidad en el querer»; que, si se miente con la palabra, también con las cosas, y es más pernicioso este engaño por la obra.

CLV

Arte en el apasionarse. Si es posible, prevenga la prudente reflexión la vulgaridad del ímpetu; no le será dificultoso al que fuere prudente. El primer paso del apasionarse es advertir que se apasiona, que es entrar con señorío del afecto, tanteando la necesidad hasta tal punto de enojo, y no más; con esta superior refleja entre y salga en una ira. Sepa parar bien y a su tiempo, que lo más dificultoso del correr está en el parar. Gran prueba de juicio conservarse cuerdo en los trances de locura. Todo exceso de pasión degenera de lo racional, pero con esta magistral atención nunca atropellará la razón ni pisará los términos de la sindéresis. Para saber hacer mal a una pasión es menester ir siempre con la rienda en la atención, y será el primer cuerdo a caballo, si no el último.

CLVI

Amigos de elección. Que lo han de ser a examen de la discreción y a prueba de la fortuna: graduados, no sólo de la voluntad, sino del entendimiento. Y, con ser el más importante acierto del vivir, es el menos asistido del cuidado. Obra el entremetimiento en algunos, y el acaso en los más. Es definido uno por los amigos que tiene, que nunca el sabio concordó con ignorantes; pero el gustar de uno no arguye intimidad, que puede proceder más del buen rato de su graciosidad que de la confianza de su capacidad. Hay amistades legítimas y otras adulterinas: éstas para la delectación, aquéllas para la fecundidad de aciertos. Hállanse pocos de la persona y muchos de la fortuna. Más aprovecha un buen entendimiento de un amigo que muchas buenas voluntades de otros. Haya, pues, elección y no suerte. Un sabio sabe excusar pesares, y el necio amigo los acarrea. Ni desearles mucha fortuna, si no los quiere perder.

CLVII

No engañarse en las personas, que es el peor y más fácil engaño. Más vale ser engañado en el precio que en la mercadería, ni hay cosa que más necesite de mirarse por dentro. Hay diferencia entre el entender las cosas y conocer las personas, y es gran filosofía alcanzar los genios y distinguir los humores de los hombres. Tanto es menester tener estudiados los sujetos como los libros.

CLVIII

Saber usar de los amigos. Hay en esto su arte de discreción: unos son buenos para de lejos y otros para de cerca, y el que tal vez no fue bueno para la conversación lo es para la correspondencia. Purifica la distancia algunos defectos que eran intolerables a la presencia. No sólo se ha de procurar en ellos

conseguir el gusto, sino la utilidad, que ha de tener las tres calidades del bien. Otros dicen las del ente: uno, bueno y verdadero, porque el amigo es todas las cosas. Son pocos para buenos, y el no saberlos elegir los hace menos. Saberlos conservar es más que el hacerlos amigos. Búsquense tales que hayan de durar, y, aunque al principio sean nuevos, baste para satisfacción que podrán hacerse viejos. Absolutamente, los mejores son los muy salados, aunque se gaste una hanega en la experiencia. No hay desierto como vivir sin amigos: la amistad multiplica los bienes y reparte los males; es único remedio contra la adversa fortuna y un desahogo del alma.

CLIX

Saber sufrir necios. Los sabios siempre fueron mal sufridos, que quien añade ciencia añade impaciencia. El mucho conocer es dificultoso de satisfacer. La mayor regla del vivir, según Epicteto, es el sufrir, y a esto redujo la mitad de la sabiduría. Si todas las necedades se han de tolerar, mucha paciencia será menester. A veces sufrimos más de quien más dependemos, que importa para ejercicio del vencerse. Nace del sufrimiento la inestimable paz, que es la felicidad de la tierra, y el que no se hallare con ánimo de sufrir apele al retiro de sí mismo, si es que aun a sí mismo se ha de poder tolerar.

CLX

Hablar de atento: con los émulos, por cautela; con los demás, por decencia. Siempre hay tiempo para enviar la palabra, pero no para volverla. Hase de hablar como en testamento, que a menos palabras, menos pleitos. En lo que no importa se ha de ensayar uno para lo que importare. La arcanidad tiene visos de divinidad. El fácil a hablar cerca está de ser vencido y convencido.

CLXI

Conocer los defectos dulces. El hombre más perfecto no se escapa de algunos, y se casa y se amanceba con ellos. Haylos en el ingenio, y mayores en el mayor, o se advierten más. No porque no los conozca el mismo sujeto, sino porque los ama. Dos males juntos: apasionarse, y por vicios. Son lunares de la perfección: ofenden tanto a los de afuera cuanto a los mismos les suenan bien. Aquí es el gallardo vencerse y dar esta felicidad a los demás realces. Todos topan allí, y, cuando habían de celebrar lo mucho bueno que admiran, se detienen donde reparan, afeando aquello por desdoro de las demás prendas.

CLXII

Saber triunfar de la emulación y malevolencia. Poco es ya el desprecio, aunque prudente; más es la galantería. No hay bastante aplauso a un decir bien del que dice mal; no hay venganza más heroica que con méritos y prendas, que vencen y atormentan a la envidia. Cada felicidad es un apretón de cordeles al mal afecto, y es un infierno del émulo la gloria del emulado. Este castigo se tiene por el mayor: hacer veneno de la felicidad. No muere de una vez el envidioso, sino tantas cuantas vive a voces de aplausos el envidiado, compitiendo la perennidad de la fama del uno con la penalidad del otro: es inmortal éste para sus glorias y aquél para sus penas. El clarín de la fama, que toca a inmortalidad al uno, publica muerte para el otro, sentenciándole al suspendio de tan envidiosa suspensión.

CLXIII

Nunca por la compasión del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado. Es desventura para unos la que suele ser ventura para otros, que no fuera uno dichoso si no fueran

muchos otros desdichados. Es propio de infelices conseguir la gracia de las gentes, que quiere recompensar ésta con su favor inútil los disfavores de la fortuna; y viose tal vez que el que en la prosperidad fue aborrecido de todos, en la adversidad compadecido de todos. Trocóse la venganza de ensalzado en compasión de caído. Pero el sagaz atienda al barajar de la suerte. Hay algunos que nunca van sino con los desdichados, y ladean hoy por infeliz al que huyeron ayer por afortunado; arguye tal vez nobleza del natural, pero no sagacidad.

CLXIV

Echar al aire algunas cosas. Para examinar la aceptación, un ver cómo se reciben, y más las sospechosas de acierto y de agrado. Asegúrase el salir bien, y queda lugar o para el empeño o para el retiro. Tantéanse las voluntades de esta suerte, y sabe el atento dónde tiene los pies: prevención máxima del pedir, del querer y del gobernar.

CLXV

Hacer buena guerra. Puédenle obligar al cuerdo a hacerla, pero no mala: cada uno ha de obrar como quien es, no como le obligan. Es plausible la galantería en la emulación; hase de pelear no sólo para vencer en el poder, sino en el modo. Vencer a lo ruin no es victoria, sino rendimiento. Siempre fue superioridad la generosidad; el hombre de bien nunca se vale de armas vedadas, y sonlo las de la amistad acabada para el odio comenzado, que no se ha de valer de la confianza para la venganza. Todo lo que huele a traición inficiona el buen nombre. En personajes obligados se extraña más cualquier átomo de bajeza; han de distar mucho la nobleza de la vileza. Préciese de que si la galantería, la generosidad y la fidelidad se perdiesen en el mundo, se habían de buscar en su pecho.

CLXVI

Diferenciar el hombre de palabras del de obras. Es única precisión, así como la del amigo, de la persona o del empleo, que son muy diferentes. Malo es, no teniendo palabra buena, no tener obra mala; peor, no teniendo palabra mala, no tener obra buena. Ya no se come de palabras, que son viento, ni se vive de cortesías, que es un cortés engaño. Cazar las aves con luz es el verdadero encandilar. Los desvanecidos se pagan del viento. Las palabras han de ser prendas de las obras, y así han de tener el valor. Los árboles que no dan fruto, sino hojas, no suelen tener corazón. Conviene conocerlos, unos para provecho, otros para sombra.

CLXVII

Saberse ayudar. No hay mejor compañía en los grandes aprietos que un buen corazón, y, cuando flaqueare, se ha de suplir de las partes que le están cerca. Hácensele menores los afanes a quien se sabe valer. No se rinda a la fortuna, que se le acabará de hacer intolerable. Ayúdanse poco algunos en sus trabajos, y dóblanlos con no saberlos llevar. El que ya se conoce socorre con la consideración a su flaqueza, y el discreto de todo sale con victoria, hasta de las estrellas.

CLXVIII

No dar en monstruo de la necedad. Sonlo todos los desvanecidos, presuntuosos, porfiados, caprichosos, persuadidos, extravagantes, figureros, graciosos, noveleros, paradojos, sectarios y todo género de hombres destemplados, monstruos todos de la impertinencia. Toda monstruosidad del ánimo es más disforme que la del cuerpo, porque desdice de la belleza superior. Pero ¡quién corregirá tanto desconcierto común! Donde falta la sindéresis no queda lugar para la dirección, y la que había de ser observación refleja de la irrisión es una mal concebida presunción de aplauso imaginado.

CLXIX

Atención a no errar una, más que a acertar ciento. Nadie mira al sol resplandeciente, y todos, eclipsado. No le contará la nota vulgar las que acertare, sino las que errare. Más conocidos son los malos para murmurados que los buenos para aplaudidos; ni fueron conocidos muchos hasta que delinquieron, ni bastan todos los aciertos juntos a desmentir un solo y mínimo desdoro; y desengáñese todo hombre, que le serán notadas todas las malas, pero ninguna buena, de la malevolencia.

CLXX

Usar del retén en todas las cosas. Es asegurar la importancia. No todo el caudal se ha de emplear, ni se han de sacar todas las fuerzas cada vez. Aun en el saber ha de haber resguardo, que es un doblar las perfecciones. Siempre ha de haber a qué apelar en un aprieto de salir mal. Más obra el socorro que el acometimiento, porque es de valor y de crédito. El proceder de la cordura siempre fue al seguro. Y aun en este sentido es verdadera aquella paradoja picante: «Más es la mitad que el todo.»

CLXXI

No gastar el favor. Los amigos grandes son para las grandes ocasiones; no se ha de emplear la confianza mucha en cosas pocas, que sería desperdicio de la gracia: la sagrada áncora se reserva siempre para el último riesgo. Si en lo poco se abusa de lo mucho, ¿qué quedará para después? No hay cosa que más valga que los valedores, ni más preciosa hoy que el favor: hace y deshace en el mundo, hasta dar ingenio o quitarlo. A los sabios, lo que les favorecieron naturaleza y fama les envidió la fortuna. Más es saber conservar las personas, y tenerlas, que los haberes.

CLXXII

No empeñarse con quien no tiene que perder. Es reñir con desigualdad. Entra el otro con desembarazo porque trae hasta la vergüenza perdida; remató con todo, no tiene más que perder, y así se arroja a toda impertinencia. Nunca se ha de exponer a tan cruel riesgo la inestimable reputación. Costó muchos años de ganar, y viene a perderse en un punto de un puntillo. Hiela un desaire mucho lucido sudor. Al hombre de obligaciones hácele reparar el tener mucho que perder; mirando por su crédito, mira por el contrario, y, como se empeña con atención, procede con tal detención que da tiempo a la prudencia para retirarse con tiempo y poner en cobro el crédito. Ni con el vencimiento se llegará a ganar lo que se perdió ya con el exponerse a perder.

CLXXIII

No ser de vidrio en el trato. Y menos en la amistad. Quiebran algunos con gran facilidad, descubriendo la poca consistencia; llénanse a sí mismos de ofensión, a los demás de enfado. Muestran tener la condición más niña que las de los ojos, pues no permite ser tocada ni de burlas, ni de veras; oféndenla las motas, que no son menester ya notas. Han de ir con grande tiento los que los tratan, atendiendo siempre a sus delicadezas, guárdanle los aires, porque el más leve desaire les desazona. Son estos ordinariamente muy suyos, esclavos de su gusto, que por él atropellarán con todo, idólatras de su honrilla. La condición del amante tiene la mitad de diamante en el durar y en el resistir.

CLXXIV

No vivir a prisa. El saber repartir las cosas es saberlas gozar. A muchos les sobra la vida y se les acaba la felicidad; malogran los contentos, que no los gozan, y querrían después vol-

ver atrás cuando se hallan tan adelante. Postillones del vivir, que, a más del común correr del tiempo, añaden ellos su atropellamiento genial. Querrían devorar en un día lo que apenas podrán digerir en toda la vida. Viven adelantados en las felicidades, cómense los años por venir y, como van con tanta prisa, acaban presto con todo. Aun en el querer saber ha de haber modo para no saber las cosas mal sabidas. Son más los días que las dichas. En el gozar, a espacio; en el obrar, a prisa. Las hazañas, bien están, hechas; los contentos, mal, acabados.

CLXXV

Hombre sustancial. Y el que lo es no se paga de los que no lo son. Infeliz es la eminencia que no se funda en la sustancia. No todos los que lo parecen son hombres: haylos de embuste, que conciben de quimera y paren embelecos; y hay otros sus semejantes que los apoyan y gustan más de lo incierto, que promete un embuste, por ser mucho, que de lo cierto, que asegura una verdad, por ser poco. Al cabo, sus caprichos salen mal, porque no tienen fundamento de entereza. Sola la verdad puede dar reputación verdadera, y la sustancia entra en provecho. Un embeleco ha menester otros muchos, y así toda la fábrica es quimera, y, como se funda en el aire, es preciso venir a tierra. Nunca llega a viejo un desconcierto: el ver lo mucho que promete, basta hacerlo sospechoso, así como lo que prueba demasiado es imposible.

CLXXVI

Saber o escuchar a quien sabe. Sin entendimiento no se puede vivir, o propio o prestado; pero hay muchos que ignoran que no saben, y otros que piensan que saben, no sabiendo. Achaques de necedad son irremediables, que, como los ignorantes no se conocen, tampoco buscan lo que les falta. Serían sabios algunos si no creyesen que lo son. Con esto, aunque son raros

los oráculos de cordura, viven ociosos, porque nadie los consulta. No disminuye la grandeza ni contradice a la capacidad el aconsejarse; antes, el aconsejarse bien la acredita. Debata en la razón para que no le combata la desdicha.

CLXXVII

Excusar llanezas en el trato. Ni se han de usar ni se han de permitir. El que se allana pierde luego la superioridad que le daba su entereza, y tras ella la estimación. Los astros, no rozándose con nosotros, se conservan en su esplendor. La divinidad solicita decoro. Toda humanidad facilita el desprecio. Las cosas humanas, cuanto se tienen más, se tienen en menos; porque con la comunicación se comunican las imperfecciones que se encubrían con el recato. Con nadie es conveniente el allanarse: no con los mayores, por el peligro, ni con los inferiores, por la indecencia; menos con la villanía, que es atrevida por lo necio, y, no reconociendo el favor que se le hace, presume obligación. La facilidad es ramo de vulgaridad.

CLXXVIII

Creer al corazón. Y más cuando es de prueba. Nunca le desmienta, que suele ser pronóstico de lo que más importa: oráculo casero. Perecieron muchos de lo que se temían; mas, ¿de qué sirvió el temerlo sin el remediarlo? Tienen algunos muy leal el corazón, ventaja del superior natural, que siempre los previene y toca a infelicidad para el remedio. No es cordura salir a recibir los males, pero sí el salirles al encuentro para vencerlos.

CLXXIX

La retentiva es el sello de la capacidad. Pecho sin secreto es carta abierta; donde hay fondo, están los secretos profundos,

que hay grandes espacios y ensenadas donde se hunden las cosas de monta. Procede de un gran señorío de sí, y el vencerse en esto es el verdadero triunfar. A tantos pagan pecho, a cuantos se descubre. En la templanza interior consiste la salud de la prudencia. Los riesgos de la retentiva son la ajena tentativa, el contradecir para torcer, el tirar varillas para hacer saltar así el atento más cerrado. Las cosas que se han de hacer no se han de decir, y las que se han de decir no se han de hacer.

CLXXX

Nunca regirse por lo que el enemigo había de hacer. El necio nunca hará lo que el cuerdo juzga, porque no alcanza lo que conviene. Si es discreto, tampoco, porque querrá desmentirle el intento penetrado, y aun prevenido. Hanse de discurrir las materias por entrambas partes y revolverse por el uno y otro lado, disponiéndolas a dos vertientes. Son varios los dictámenes: esté atenta la indiferencia, no tanto para lo que será cuanto para lo que puede ser.

CLXXXI

Sin mentir, no decir todas las verdades. No hay cosa que requiera más tiento que la verdad, que es un sangrarse del corazón. Tanto es menester para saberla decir como para saberla callar. Piérdese con sola una mentira todo el crédito de la entereza: es tenido el engaño por falto y el engañador por falso, que es peor. No todas las verdades se pueden decir: unas porque me importan a mí, otras porque al otro.

CLXXXII

Un grano de audacia con todos es importante cordura. Hase de moderar el concepto de los otros para no concebir tan alta-

mente de ellos que les tema: nunca rinda la imaginación al corazón. Parecen mucho algunos hasta que se tratan; pero el comunicarlos más sirvió de desengaño que de estimación. Ninguno excede los cortos límites de hombre; todos tienen su *si no,* unos en el ingenio, otros en el genio. La dignidad da autoridad aparente, pocas veces la acompaña la personal, que suele vengar la suerte la superioridad del cargo en la inferioridad de los méritos. La imaginación se adelanta siempre y pinta las cosas mucho más de lo que son. No sólo concibe lo que hay, sino lo que pudiera haber. Corríjala la razón, tan desengañada a experiencias. Pero ni la necedad ha de ser atrevida ni la virtud temerosa. Y, si a la simplicidad le valió la confianza, ¿cuánto más al valer y al saber?

CLXXXIII

No aprender fuertemente. Todo necio es persuadido, y todo persuadido necio, y cuanto más erróneo su dictamen es mayor su tenacidad. Aun en caso de evidencia, es ingenuidad el ceder, que no se ignora la razón que tuvo, y se conoce la galantería que tiene. Más se pierde con el arrimamiento que se puede ganar con el vencimiento. No es defender la verdad, sino la grosería. Hay cabezas de hierro, dificultosas de convencer con extremo irremediable; cuando se junta lo caprichoso con lo persuadido, cásanse indisolublemente con la necedad. El tesón ha de estar en la voluntad, no en el juicio. Aunque hay casos de excepción para no dejarse perder y ser vencido dos veces: una en el dictamen, otra en la ejecución.

CLXXXIV

No ser ceremonial. Que aun en un rey la afectación en esto fue solemnizada por singularidad. Es enfadoso el puntoso, y hay naciones tocadas de esta delicadeza. El vestido de la necedad se cose de estos puntos, idólatras de su honra, y que muestran que se funda sobre poco, pues se temen que todo

la pueda ofender. Bueno es mirar por el respeto, pero no sea tenido por gran maestro de cumplimientos. Bien es verdad que el hombre sin ceremonias necesita de excelentes virtudes. Ni se ha de afectar ni se ha de despreciar la cortesía; no muestra ser grande el que repara en puntillos.

CLXXXV

Nunca exponer el crédito a prueba de sola una vez, que, si no sale bien aquélla, es irreparable el daño. Es muy contingente errar una, y más la primera; no siempre está uno de ocasión, que por eso se dijo «estar de día». Afiance, pues, la segunda a la primera, si se errare; y, si se acertare, será la primera desempeño de la segunda. Siempre ha de haber recurso a la mejoría y apelación a más. Dependen las cosas de contingencias, y de muchas, y así, es rara la felicidad del salir bien.

CLXXXVI

Conocer los defectos, por más autorizados que estén. No desconozca la entereza del vicio, aunque se revista de brocado: corónese tal vez de oro, pero no por eso se puede disimular el yerro. No pierde la esclavitud de su vileza, aunque se desmienta con la nobleza del sujeto. Bien pueden estar los vicios realzados, pero no son realces. Ven algunos que aquel héroe tuvo aquel accidente, pero no ven que no fue héroe por aquello. Es tan retórico el ejemplo superior, que aun las fealdades persuade; hasta las del rostro afectó tal vez la lisonja, no advirtiendo que, si en la grandeza se disimulan, en la bajeza se abominan.

CLXXXVII

Todo lo favorable, obrarlo por sí; todo lo odioso, por terceros. Con lo uno se concilia la afición, con lo otro se declina la malevolencia. Mayor gusto es hacer bien que recibirlo, para grandes

hombres, que es felicidad de su generosidad. Pocas veces se da disgusto a otro sin tomarlo, o por compasión o por repasión. Las causas superiores no obran sin el premio o el apremio. Influya inmediatamente el bien y mediatamente el mal. Tenga donde den los golpes del descontento, que son el odio y la murmuración. Suele ser la rabia vulgar como la canina, que, desconociendo la causa de su daño, revuelve contra el instrumento; y, aunque éste no tenga la culpa principal, padece la pena de inmediato.

CLXXXVIII

Traer que alabar. Es crédito del gusto, que indica tenerlo hecho a lo muy bueno y que se le debe la estimación de lo de acá. Quien supo conocer antes la perfección sabrá estimarla después. Da materia a la conversación y a la imitación, adelantando las plausibles noticias. Es un político modo de vender la cortesía a las perfecciones presentes; otros, al contrario, traen siempre que vituperar, haciendo lisonja a lo presente con el desprecio de lo ausente. Sáleles bien con los superficiales, que no advierten la treta del decir mucho mal de unos con otros. Hacen política algunos de estimar más las medianías de hoy que los extremos de ayer. Conozca el atento estas sutilezas del llegar y no le cause desmayo la exageración del uno ni engreimiento la lisonja del otro; y entienda que del mismo modo proceden en las unas partes que en las otras; truecan los sentidos y ajústanse siempre al lugar en que se hallan.

CLXXXIX

Valerse de la privación ajena, que, si llega a deseo, es el más eficaz torcedor. Dijeron ser nada los filósofos, y ser el todo los políticos. Éstos la conocieron mejor. Hacen grada unos, para alcanzar sus fines, del deseo de los otros. Válense de la ocasión y, con la dificultad de la consecución, irrítanle el apetito. Prométense más del conato de la pasión que de la ti-

bieza de la posesión, y, al paso que crece la repugnancia, se apasiona más el deseo. Gran sutileza del conseguir el intento, conservar las dependencias.

CXC

Hallar el consuelo en todo. Hasta de inútiles lo es el ser eternos. No hay afán sin conhorte: los necios le tienen en ser venturosos, y también se dijo «ventura de fea...». Para vivir mucho es arbitrio valer poco. La vasija quebrantada es la que nunca se acaba de romper, que enfada con su durar. Parece que tiene envidia la fortuna a las personas más importantes, pues iguala la duración con la inutilidad de las unas y la importancia con la brevedad de las otras. Faltarán cuantos importaren, y permanecerá eterno el que es de ningún provecho, ya porque lo parece, ya porque realmente es así. Al desdichado parece que se conciertan en olvidarle la suerte y la muerte.

CXCI

No pagarse de la mucha cortesía, que es especie de engaño. No necesitan algunos para hechizar de las hierbas de Tesalia, que con sólo el buen aire de una gorra encantan necios, digo desvanecidos. Hacen precio de la honra y pagan con el viento de unas buenas palabras. Quien lo promete todo, promete nada, y el prometer es desliz para necios. La cortesía verdadera es deuda, la afectada engaño, y más la desusada: no es decencia, sino dependencia. No hacen la reverencia a la persona, sino a la fortuna y la lisonja; no a las prendas que reconoce, sino a las utilidades que espera.

CXCII

Hombre de paz, hombre de mucha vida. Para vivir, dejar vivir. No sólo viven los pacíficos, sino que reinan. Hase de oír y ver,

pero callar. El día sin pleito hace la noche soñolienta. Vivir mucho y vivir con gusto es vivir por dos, y fruto de la paz. Todo lo tiene a quien no se le da nada de lo que no le importa. No hay mayor despropósito que tomarlo todo de propósito. Igual necedad que le pase el corazón a quien no le toca, y que no le entre de los dientes adentro a quien le importa.

CXCIII

Atención al que entra con la ajena por salir con la suya. No hay reparo para la astucia como la advertencia. Al entendido, un buen entendedor. Hacen algunos ajeno el negocio propio, y sin la contracifra de intenciones se halla a cada paso empeñado uno en sacar del fuego el provecho ajeno con daño de su mano.

CXCIV

Concebir de sí y de sus cosas cuerdamente. Y más al comenzar a vivir. Conciben todos altamente de sí, y más los que menos son. Suéñase cada uno su fortuna, y se imagina un prodigio. Empéñase desatinadamente la esperanza, y después nada cumple la experiencia. Sirve de tormento a su imaginación vana el desengaño de la realidad verdadera. Corrija la cordura semejantes desaciertos, y, aunque puede desear lo mejor, siempre ha de esperar lo peor para tomar con ecuanimidad lo que viniere. Es destreza asestar algo más alto para ajustar el tiro, pero no tanto que sea desatino. Al comenzar los empleos, es precisa esta reformación de concepto, que suele desatinar la presunción sin la experiencia. No hay medicina más universal para todas necedades que el seso. Conozca cada uno la esfera de su actividad y estado, y podrá regular con la realidad el concepto.

CXCV

Saber estimar. Ninguno hay que no pueda ser maestro de otro en algo; ni hay quien no exceda al que excede. Saber disfrutar a cada uno es útil saber: el sabio estima a todos porque reconoce lo bueno en cada uno y sabe lo que cuestan las cosas de hacerse bien. El necio desprecia a todos por ignorancia de lo bueno y por elección de lo peor.

CXCVI

Conocer su estrella. Ninguno tan desvalido que no la tenga, y, si es desdichado, es por no conocerla. Tienen unos cabida con príncipes y poderosos sin saber cómo ni por qué, sino que su misma suerte les facilitó el favor; sólo queda para la industria el ayudarla. Otros se hallan con la gracia de los sabios: fue alguno más acepto en una nación que en otra, y más bien visto en esta ciudad que en aquélla. Experiméntase también más dicha en un empleo y estado que en los otros y todo esto en igualdad y aun identidad de méritos. Baraja como y cuando quiere la suerte; conozca la suya cada uno, así como su minerva, que va el perderse o el ganarse. Sépala seguir y ayudar; no las trueque, que sería errar el norte a que le llama la vecina bocina.

CXCVII

Nunca embarazarse con necios. Eslo el que no los conoce, y más el que, conocidos, no los descarta. Son peligrosos para el trato superficial, y perniciosos para la confidencia. Y, aunque algún tiempo los contenga su recelo propio y el cuidado ajeno, al cabo hacen la necedad, o la dicen, y, si tardaron, fue para hacerla más solemne. Mal puede ayudar al crédito ajeno quien no le tiene propio. Son infelicísimos, que es el sobrehueso de la necedad, y se pegan una y otra. Sola una cosa tienen menos mala, y es que, ya que a ellos los cuerdos no les

son de algún provecho, ellos sí de mucho a los sabios, o por noticia o por escarmiento.

CXCVIII

Saberse trasplantar. Hay naciones que, para valer, se han de remudar, y más en puestos grandes. Son las patrias madrastras de las mismas eminencias: reina en ellas la envidia como en tierra connatural, y más se acuerdan de las imperfecciones con que uno comenzó que de la grandeza a que ha llegado. Un alfiler pudo conseguir estimación pasando de un mundo a otro, y un vidrio puso en desprecio al diamante porque se trasladó. Todo lo extraño es estimado, ya porque vino de lejos, ya porque se logra hecho y en su perfección. Sujetos vimos que ya fueron el desprecio de su rincón y hoy son honra del mundo, siendo estimados de los propios y extraños; de los unos porque los miran de lejos; de los otros porque lejos. Nunca bien venerará la estatua en el ara el que la conoció tronco en el huerto.

CXCIX

Saberse hacer lugar a lo cuerdo, no a lo entremetido. El verdadero camino para la estimación es el de los méritos, y, si la industria se funda en el valor, es atajo para el alcanzar. Sola la entereza no basta, sola la solicitud es indigna, que llegan tan enlodadas las cosas, que son asco de la reputación. Consiste en un medio de merecer y de saberse introducir.

CC

Tener que desear, para no ser felizmente desdichado. Respira el cuerpo y anhela el espíritu. Si todo fuere posesión, todo será desengaño y descontento; aun en el entendimiento siempre ha de quedar que saber en que se cebe la curiosidad. La esperanza alienta; los hartazgos de felicidad son mor-

tales. En el premiar es destreza nunca satisfacer; si nada hay que desear, todo es de temer: dicha desdichada. Donde acaba el deseo comienza el temor.

CCI

Son tontos todos los que lo parecen y la mitad de los que no lo parecen. Alzóse con el mundo la necedad, y si hay algo de sabiduría, es estulticia con la del cielo; pero el mayor necio es el que no se lo piensa y a todos los otros define. Para ser sabio, no basta parecerlo, menos parecérselo: aquél sabe, que piensa que no sabe; y aquél no ve, que no ve que los otros ven. Con estar todo el mundo lleno de necios, ninguno hay que se lo piense, ni aun lo recele.

CCII

Dichos y hechos hacen un varón consumado. Hase de hablar lo muy bueno y obrar lo muy honroso; la una es perfección de la cabeza, la otra del corazón, y entrambas nacen de la superioridad del ánimo. Las palabras son sombra de los hechos: son aquéllas las hembras, y éstos los varones. Más importa ser celebrado que ser celebrador. Es fácil el decir y difícil el obrar. Las hazañas son la sustancia del vivir, y las sentencias el ornato: la eminencia en los hechos dura, en los dichos pasa. Las acciones son el fruto de las atenciones: los unos sabios, los otros hazañosos.

CCIII

Conocer las eminencias de su siglo. No son muchas: una Fénix en todo el mundo, un Gran Capitán, un perfecto Orador, un Sabio en todo un siglo, un eminente Rey en muchos. Las medianías son ordinarias en número y aprecio; las eminencias, raras en todo, porque piden complemento de perfección, y, cuanto más sublime la categoría, más dificultoso el extremo.

Muchos les tomaron los renombres de Magnos a César y Alejandro, pero en vacío, que sin los hechos no es más la voz que un poco de aire: pocos Sénecas ha habido, y un solo Apeles celebró la fama.

CCIV

Lo fácil se ha de emprender como dificultoso, y lo dificultoso como fácil. Allí porque la confianza no descuide; aquí porque la desconfianza no desmaye. No es menester más para que no se haga la cosa que darla por hecha. Y, al contrario, la diligencia allana la imposibilidad. Los grandes empeños aun no se han de pensar: basta ofrecerse, porque la dificultad advertida no ocasione el reparo.

CCV

Saber jugar del desprecio. Es treta para alcanzar las cosas, despreciarlas. No se hallan comúnmente cuando se buscan, y después, al descuido, se vienen a la mano. Como todas las de acá son sombra de las eternas, participan de la sombra aquella propiedad: huyen de quien las sigue y persiguen a quien las huye. Es también el desprecio la más política venganza. Única máxima de sabios, nunca defenderse con la pluma, que deja rastro, y viene a ser más gloria de la emulación que castigo del atrevimiento. Astucia de indignos oponerse a grandes hombres para ser celebrados por indirecta, cuando no lo merecían de derecho: que no conociéramos a muchos si no hubieran hecho caso de ellos los excelentes contrarios. No hay venganza como el olvido, que es sepultarlos en el polvo de su nada. Presumen, temerarios, hacerse eternos, pegando fuego a las maravillas del mundo y de los siglos. Arte de reformar la murmuración, no hacer caso: impugnarla causa perjuicio, y si crédito, descrédito. A la emulación, complacencia, que aun aquella sombra de desdoro deslustra, ya que no oscurece del todo la mayor perfección.

CCVI

Sépase que hay vulgo en todas partes: en la misma Corinto, en la familia más selecta. De las puertas adentro de su casa lo experimenta cada uno. Pero hay vulgo y revulgo, que es peor. Tiene el especial las mismas propiedades que el común, como los pedazos del quebrado espejo, y aún más perjudicial. Habla a lo necio y censura a lo impertinente, gran discípulo de la ignorancia, padrino de la necedad y aliado de la hablilla. No se ha de atender a lo que dice, y menos a lo que siente. Importa conocerlo para librarse de él, o como parte o como objeto, que cualquiera necedad es vulgaridad, y el vulgo se compone de necios.

CCVII

Usar del reporte. Hase de estar más sobre el caso en los acasos. Son los ímpetus de las pasiones deslizaderos de la cordura, y allí es el riesgo de perderse. Adelántase uno más en un instante de furor o contento que en muchas horas de indiferencia. Corre tal vez en breve rato para correrse después toda la vida. Traza la ajena astuta intención estas tentaciones de prudencia para descubrir tierra o ánimo; válese de semejantes torcedores de secretos, que suelen apurar el mayor caudal. Sea contraardid el reporte, y más en las prontitudes. Mucha reflexión es menester para que no se desboque una pasión, y gran cuerdo el que a caballo lo es. Va con tiento el que concibe el peligro. Lo que parece ligera la palabra al que la arroja, le parece pesada al que la recibe y la pondera.

CCVIII

No morir de achaque de necio. Comúnmente, los sabios mueren faltos de cordura. Al contrario, los necios hartos de consejo. Morir de necio es morir de discurrir sobrado. Unos mueren porque sienten, y otros viven porque no sienten. Y

así, unos son necios porque no mueren de sentimiento, y otros lo son porque mueren de él. Necio es el que muere de sobrado entendido. De suerte que unos mueren de entendedores y otros viven de no entendidos; pero, con morir muchos de necios, pocos necios mueren.

CCIX

Librarse de las necedades comunes. Es cordura bien especial. Están muy validas por lo introducido, y algunos, que no se rindieron a la ignorancia particular, no supieron escaparse de la común. Vulgaridad es no estar contento ninguno con su suerte, aun la mayor, ni descontento de su ingenio, aunque el peor. Todos codician, con descontento de la propia, la felicidad ajena. También alaban los de hoy las cosas de ayer, y los de acá las de allende. Todo lo pasado parece mejor, y todo lo distante es más estimado. Tan necio es el que se ríe de todo como el que se pudre de todo.

CCX

Saber jugar de la verdad. Es peligrosa, pero el hombre de bien no puede dejar de decirla. Ahí es menester el artificio. Los diestros médicos del ánimo inventaron el modo de endulzarla, que cuando toca en desengaño es la quinta esencia de lo amargo. El buen modo se vale aquí de su destreza. Con una misma verdad lisonjea uno y aporrea otro. Hase de hablar a los presentes en los pasados. Con el buen entendedor basta brujulear y, cuando no bastare, entre el caso de enmudecer. Los príncipes no se han de curar con cosas amargas: para eso es el arte de dorar los desengaños.

CCXI

En el Cielo todo es contento, en el Infierno todo es pesar. En el mundo, como en medio, uno y otro. Estamos entre dos extre-

mos, y así se participa de entrambos. Altérnanse las suertes: ni todo ha de ser felicidad, ni todo adversidad. Este mundo es un cero: a solas, vale nada; juntándolo con el Cielo, mucho. La indiferencia a su variedad es cordura, ni es de sabios la novedad. Vase empeñando nuestra vida como en comedia; al fin viene a desenredarse: atención, pues, al acabar bien.

CCXII

Reservarse siempre las últimas tretas del arte. Es de grandes maestros, que se valen de su sutileza en el mismo enseñarla. Siempre ha de quedar superior y siempre maestro. Hase de ir con arte en comunicar el arte; nunca se ha de agotar la fuente del enseñar, así como ni la del dar. Con eso se conserva la reputación y la dependencia. En el agradar y en el enseñar se ha de observar aquella gran lección de ir siempre cebando la admiración y adelantando la perfección. El retén en todas las materias fue gran regla de vivir, de vencer, y más en los empleos más sublimes.

CCXIII

Saber contradecir. Es gran treta del tentar, no para empeñarse, sino para empeñar. Es el único torcedor, el que hace saltar los afectos; es un vomitivo para los secretos la tibieza en el creer, llave del más cerrado pecho. Hácese con gran sutileza la tentativa doble de la voluntad y del juicio. Un desprecio sagaz de la misteriosa palabra del otro da caza a los secretos más profundos, y valos con suavidad bocadeando hasta traerlos a la lengua y a que den en las redes del artificioso engaño. La detención en el atento hace arrojarse a la del otro en el recato, y descubre el ajeno sentir, que de otro modo era el corazón inescrutable. Una duda afectada es la más sutil ganzúa de la curiosidad para saber cuanto quisiere; y aun para el aprender es treta del discípulo contradecir al maestro, que se empeña con más conato en la declaración y fundamento de

la verdad; de suerte que la impugnación moderada da ocasión a la enseñanza cumplida.

CCXIV

No hacer de una necedad dos. Es muy ordinario para remendar una cometer otras cuatro: excusar una impertinencia con otra mayor es de casta de mentira, o ésta lo es de necedad, que para sustentarse una necesita de muchas. Siempre del mal pleito fue peor el patrocinio; más mal que el mismo mal no saberlo desmentir. Es pensión de las imperfecciones dar a censo otras muchas; en un descuido puede caer el mayor sabio, pero en dos no, y de paso, que no de asiento.

CCXV

Atención al que llega de segunda intención. Es ardid del hombre negociante descuidar la voluntad para acometerla, que es vencida en siendo convencida. Disimula el intento, para conseguirlo, y pónese segundo para que en la ejecución sea primero; asegúrase el tiro en lo inadvertido. Pero no duerma la atención cuando tan desvelada la intención, y si ésta se hace segunda para el disimulo, aquélla primera para el conocimiento. Advierta la cautela el artificio con que llega, y nótele las puntas que va echando para venir a parar al punto de su pretensión. Propone uno y pretende otro, y revuelve con sutileza a dar en el blanco de su intención; sepa, pues, lo que le concede, y tal vez convendrá dar a entender que ha entendido.

CCXVI

Tener la declarativa. Es, no sólo desembarazo, pero despejo en el concepto. Algunos conciben bien y paren mal, que sin la claridad no salen a luz los hijos del alma, los conceptos y

decretos. Tienen algunos la capacidad de aquellas vasijas que perciben mucho y comunican poco; al contrario, otros dicen aún más de lo que sienten. Lo que es la resolución en la voluntad es la explicación en el entendimiento, dos grandes eminencias. Los ingenios claros son plausibles, los confusos fueron venerados por no entendidos; y tal vez conviene la oscuridad para no ser vulgar. Pero, ¿cómo harán concepto los demás de lo que les oyen, si no les corresponde concepto mental a ellos de lo que dicen?

CCXVII

No se ha de querer ni aborrecer para siempre. Confiar de los amigos hoy como enemigos mañana, y los peores; y pues pasa en la realidad, pase en la prevención. No se han de dar armas a los tránsfugas de la amistad, que hacen con ellas la mayor guerra; al contrario, con los enemigos, siempre puerta abierta a la reconciliación, y sea la de la galantería: es la más segura. Atormentó alguna vez después la venganza de antes, y sirve de pesar el contento de la mala obra que se le hizo.

CCXVIII

Nunca obrar por tema, sino por atención. Toda tema es postema, gran hija de la pasión, la que nunca obró cosa a derechas. Hay algunos que todo lo reducen a guerrilla; bandoleros del trato, cuanto ejecutan querrían que fuese vencimiento: no saben proceder pacíficamente. Éstos para mandar y regir son perniciosos, porque hacen bando del gobierno, y enemigos de los que habían de hacer hijos; todo lo quieren disponer con traza y conseguir como fruto de su artificio; pero, en descubriéndoles el paradojo humor los demás, luego se apuntan con ellos, procúranle estorbar sus quimeras, y así nada consiguen. Llévanse muchos hartazgos de enfados, y todos les ayudan al disguto. Éstos tienen el dictamen leso y tal vez dañado el corazón; el modo de portarse con semejantes monstruos

es huir a los antípodas, que mejor se llevará la barbaridad de aquéllos que la fiereza de éstos.

CCXIX

No ser tenido por hombre de artificio, aunque no se puede ya vivir sin él. Antes prudente que astuto. Es agradable a todos la lisura en el trato, pero no a todos por su casa. La sinceridad no dé en el extremo de simplicidad, ni la sagacidad, de astucia. Sea antes venerado por sabio, que temido por reflejo. Los sinceros son amados, pero engañados. El mayor artificio sea encubrir lo que se tiene por engaño. Floreció en el siglo de oro la llaneza; en éste de yerro, la malicia. El crédito de hombre que sabe lo que ha de hacer es honroso y causa confianza, pero el de artificioso es sofístico y engendra recelo.

CCXX

Cuando no puede uno vestirse la piel de león, vístase la de la vulpeja. Saber ceder al tiempo es exceder. El que sale con su intento nunca pierde reputación. A falta de fuerza, destreza: por un camino o por otro, o por el real del valor o por el atajo del artificio. Más cosas ha obrado la maña que la fuerza, y más veces vencieron los sabios a los valientes que al contrario. Cuando no se puede alcanzar la cosa, entra el desprecio.

CCXXI

No ser ocasionado: ni para empeñarse, ni para empeñar. Hay tropiezos del decoro, tanto propio como ajeno, siempre a punto de necedad. Encuéntranse con gran facilidad y rompen con infelicidad. No lo hacen al día con cien enfados; tienen el humor al repelo, y así contradicen a cuantos y cuanto hay. Calzáronse el juicio al revés, y así todo lo reprueban.

Pero los mayores tentadores de la cordura son los que nada hacen bien y de todo dicen mal, que hay muchos monstruos en el extendido país de la impertinencia.

CCXXII

Hombre detenido, evidencia de prudente. Es fiera la lengua, que, si una vez se suelta, es muy dificultosa de poderse volver a encadenar. Es el pulso del alma, por donde conocen los sabios su disposición; aquí pulsan los atentos el movimiento del corazón. El mal es el que había de serlo más, es menos reportado. Excúsase el sabio enfados y empeños, y muestra cuán señor es de sí. Procede circunspecto, Jano en la equivalencia, Argos en la verificación. Mejor Momo hubiera echado menos los ojos en las manos que la ventanilla en el pecho.

CCXXIII

No ser muy individuado. O por afectar o por no advertir, tienen algunos notable individuación, con acciones de manía, que son más defectos que diferencias. Y así como algunos son muy conocidos por alguna singular fealdad en el rostro, así éstos por algún exceso en el porte. No sirve el individuarse sino de nota, con una impertinente especialidad, que conmueve alternativamente en unos la risa, en otros el enfado.

CCXXIV

Saber tomar las cosas: nunca al repelo, aunque vengan. Todas tienen haz y envés. La mejor y más favorable, si se toma por el corte, lastima; al contrario, la más repugnante defiende, si por la empuñadura. Muchas fueron de pena que, si se consideraran las conveniencias, fueran de contento. En todo hay convenientes e inconvenientes; la destreza está en saber topar con la comodidad. Hace muy diferentes visos una mis-

ma cosa si se mira a diferentes luces; mírese por la de la felicidad. No se han de trocar los frenos al bien y al mal; de aquí procede que algunos en todo hallan el contento y otros el pesar. Gran reparo contra los reveses de la fortuna, y gran regla de vivir para todo tiempo y para todo empleo.

CCXXV

Conocer su defecto rey. Ninguno vive sin el contrapeso de la prenda relevante, y, si le favorece la inclinación, apodérase a lo tirano. Comience a hacerle la guerra, publicando el cuidado contra él, y el primer paso sea el manifiesto, que en siendo conocido será vencido, y más si el interesado hace el concepto de él como los que notan. Para ser señor de sí es menester ir sobre sí. Rendido este cabo de imperfecciones, acabarán todas.

CCXXVI

Atención a obligar. Los más no hablan ni obran como quien son, sino como les obligan. Para persuadir lo malo cualquiera sobra, porque lo malo es muy creído, aunque tal vez increíble. Lo más y lo mejor que tenemos depende de respeto ajeno. Conténtanse algunos con tener la razón de su parte, pero no basta, que es menester ayudarla con la diligencia. Cuesta a veces muy poco el obligar, y vale mucho. Con palabras se compran obras: no hay alhaja tan vil en esta gran casa del universo que una vez al año no sea menester y, aunque valga poco, hará gran falta; cada uno habla del objeto según su afecto.

CCXXVII

No ser de primera impresión. Cásanse algunos con la primera información, de suerte que las demás son concubinas, y,

como se adelante siempre la mentira, no queda lugar después para la verdad; ni la voluntad con el primer objeto, ni el entendimiento con la primera proposición se han de llenar, que es cortedad de fondo. Tienen algunos la capacidad de vasija nueva, que el primer olor la ocupa, tanto del mal licor como del bueno. Cuando esta cortedad llega a conocida es perniciosa, que da pie a la maliciosa industria: previénense los malintencionados a teñir de su color la credulidad. Quede siempre lugar a la revista. Guarde Alejandro la otra oreja para la otra parte. Quede lugar para la segunda y tercera información. Arguye incapacidad el impresionarse, y está cerca del apasionarse.

CCXXVIII

No tener voz de mala voz. Mucho menos tener tal opinión, que es tener fama de contrafamas. No sea ingenioso a costa ajena, que es más odioso que dificultoso. Vénganse todos de él diciendo mal todos de él, y como es solo y ellos muchos, más presto será él vencido que convencidos ellos. Lo malo nunca ha de contentar, pero ni comentarse. Es el murmurador para siempre aborrecido, y, aunque a veces personajes grandes atraviesen con él, será más por gusto de su fisga que por estimación de su cordura. Y el que dice mal, siempre oye peor.

CCXXIX

Saber repartir su vida a lo discreto: no como se vienen las ocasiones, sino por providencia y delecto. Es penosa sin descansos, como jornada larga sin mesones; hácela dichosa la variedad erudita. Gástase la primera estancia del bello vivir en hablar con los muertos; nacemos para saber y sabernos, y los libros con fidelidad nos hacen personas. La segunda jornada se emplea con los vivos: ver y registrar todo lo bueno del mundo. No todas las cosas se hallan en una tierra; repartió los dotes el Padre universal, y a veces enriqueció más la

fea. La tercera jornada sea toda para sí: última felicidad, el filosofar.

CCXXX

Abrir los ojos con tiempo. No todos los que ven han abierto los ojos, ni todos los que miran ven. Dar en la cuenta tarde no sirve de remedio, sino de pesar. Comienzan a ver algunos cuando no hay qué: deshicieron sus casas y sus cosas antes de hacerse ellos. Es dificultoso dar entendimiento a quien no tiene voluntad, y más dar voluntad a quien no tiene entendimiento; juegan con ellos los que les van alrededor, como con ciegos, con risa de los demás; y porque son sordos para oír, no abren los ojos para ver. Pero no falta quien fomenta esta insensibilidad, que consiste su ser en que ellos no sean. Infeliz caballo cuyo amo no tiene ojos: mal engordará.

CCXXXI

Nunca permitir a medio hacer las cosas: gócense en su perfección. Todos los principios son informes, y queda después la imaginación de aquella deformidad; la memoria de haberlo visto imperfecto no lo deja lograr acabado. Gozar de un golpe el objeto grande, aunque embaraza el juicio de las partes, de por sí adecua el gusto. Antes de ser, todo es nada, y en el comenzar a ser se está aún muy dentro de su nada. El ver guisar el manjar más regalado sirve antes de asco que de apetito; recátese, pues, todo gran maestro de que le vean sus obras en embrión; aprenda de la naturaleza a no exponerlas hasta que puedan parecer.

CCXXXII

Tener un punto de negociante. No todo sea especulación, haya también acción. Los muy sabios son fáciles de engañar, por-

que, aunque saben lo extraordinario, ignoran lo ordinario del vivir, que es más preciso. La contemplación de las cosas sublimes no les da lugar para las manuales; y, como ignoran lo primero que habían de saber y en que todos parten un cabello, o son admirados, o son tenidos por ignorantes del vulgo superficial. Procure, pues, el varón sabio tener algo de negociante, lo que baste para no ser engañado y aun reído: sea hombre de lo agible, que, aunque no es lo superior, es lo más preciso del vivir. ¿De qué sirve el saber si no es práctico? Y el saber vivir hoy es el verdadero saber.

CCXXXIII

No errarle el golpe al gusto, que es hacer un pesar por un placer. Con lo que piensan obligar algunos, enfadan, por no comprender los genios. Obras hay que para unos son lisonja y para otros ofensa, y el que se creyó servicio fue agravio. Costó a veces más el dar disgusto que hubiera costado el hacer placer. Pierden el agradecimiento y el don porque perdieron el norte del agradar. Si no se sabe el genio ajeno, mal se le podrá satisfacer; de aquí es que algunos pensaron decir un elogio y dijeron un vituperio, que fue bien merecido castigo. Piensan otros entretener con su elocuencia y aporrean el alma con su locuacidad.

CCXXXIV

Nunca fiar reputación sin prendas de honra ajena. Hase de ir a la parte del provecho en el silencio, del daño en la facilidad. En intereses de honra, siempre ha de ser el trato de compañía, de suerte que la propia reputación haga cuidar de la ajena. Nunca se ha de fiar, pero, si alguna vez, sea con tal arte que pueda ceder la prudencia a la cautela. Sea el riesgo común y recíproca la causa, para que no se le convierta en testigo el que se reconoce partícipe.

CCXXXV

Saber pedir. No hay cosa más dificultosa para algunos, ni más fácil para otros. Hay unos que no saben negar: con éstos no es menester ganzúa. Hay otros que el *no* es su primera palabra a todas horas. Con éstos es menester la industria. Y con todos la sazón: un coger los espíritus alegres, o por el pasto antecedente del cuerpo, o por el del ánimo. Si ya la atención del reflejo que atiende no previene la sutileza en el que intenta, los días del gozo son los del favor, que redunda del interior a lo exterior. No se ha de llegar cuando se ve negar a otro, que está perdido el miedo al *no.* Sobre tristeza no hay buen lance. El obligar de antemano es cambio donde no corresponde la villanía.

CCXXXVI

Hacer obligación antes de lo que había de ser premio después. Es destreza de grandes políticos; favores antes de méritos son prueba de hombres de obligación. El favor así anticipado tiene dos eminencias, que, con lo pronto del que da, obliga más al que recibe. Un mismo don, si después es deuda, antes es empeño. Sutil modo de transformar obligaciones, que la que había de estar en el superior para premiar, recae en el obligado para satisfacer. Esto se entiende con gente de obligaciones, que para hombres viles más sería poner freno que espuela, anticipando la paga del honor.

CCXXXVII

Nunca partir secretos con mayores. Pensará partir peras y partirá piedras; perecieron muchos de confidentes. Son éstos como cuchara de pan, que corre el mismo riesgo después. No es favor del príncipe, sino pecho, el comunicarlo. Quiebran muchos el espejo porque les acuerda la fealdad: no puede ver al que le pudo ver, ni es bien visto el que vio mal. A

ninguno se ha de tener muy obligado, y al poderoso menos. Sea antes con beneficios hechos que con favores recibidos; sobre todo, son peligrosas confianzas de amistad. El que comunicó sus secretos a otro hízose esclavo de él; y en soberanos es violencia que no puede durar. Desean volver a redimir la libertad perdida, y para esto atropellarán con todo, hasta la razón. Los secretos, pues, ni oírlos ni decirlos.

CCXXXVIII

Conocer la pieza que le falta. Fueran muchos muy personas si no les faltara un algo, sin el cual nunca llegan al colmo del perfecto ser. Nótase en algunos que pudieran ser mucho si repararan en bien poco. Háceles falta la seriedad, con que deslucen grandes prendas; a otros, la suavidad de la condición, que es falta que los familiares echan presto menos, y más en personas de puesto. En algunos se desea lo ejecutivo, y en otros lo reportado; todos estos desaires, si se advirtiesen, se podrían suplir con facilidad, que el cuidado puede hacer de la costumbre segunda naturaleza.

CCXXXIX

No ser reagudo: más importa, prudencial. Saber más de lo que conviene es despuntar, porque las sutilezas comunes quiebran. Más segura es la verdad asentada. Bueno es tener entendimiento, pero no bachillería. El mucho discurrir ramo es de cuestión. Mejor es un buen juicio sustancial, que no discurre más de lo que importa.

CCXL

Saber usar de la necedad. El mayor sabio juega tal vez de esta pieza, y hay tales ocasiones que el mejor saber consiste en mostrar no saber. No se ha de ignorar, pero sí afectar que se

ignora. Con los necios poco importa ser sabio, y con los locos cuerdo. Hásele de hablar a cada uno en su lenguaje: no es necio el que afecta la necedad, sino el que la padece. La sencilla lo es, que no la doble, que hasta esto llega el artificio. Para ser bienquisto, el único medio, vestirse la piel del más simple de los brutos.

CCXLI

Las burlas, sufrirlas, pero no usarlas. Aquello es especie de galantería, esto de empeño. El que en la fiesta se desazona, mucho tiene de bestia, y muestra más. Es gustosa la burla sobrada; saber sufrir es argumento de capacidad. Da pie el que se pica a que le repiquen. A lo mejor se han de dejar, y lo más seguro es no levantarlas. Las mayores veras nacieron siempre de las burlas. No hay cosa que pida más atención y destreza. Antes de comenzar se ha de saber hasta qué punto de sufrir llegará el genio del sujeto.

CCXLII

Seguir los alcances. Todo se les va a algunos en comenzar, y nada acaban; intentan, pero no prosiguen: inestabilidad de genio. Nunca consiguen alabanza, porque nada prosiguen; todo para en parar. Si bien nace en otros de impaciencia de ánimo, tacha de españoles, así como la paciencia es ventaja de los belgas. Éstos acaban las cosas, aquéllos acaban con ellas: hasta vencer la dificultad sudan, y conténtanse con el vencer. No saben llevar al cabo la victoria: prueban que pueden, mas no quieren. Pero siempre es defecto de imposibilidad o liviandad. Si la obra es buena, ¿por qué no se acaba? Y si es mala, ¿por qué se comenzó? Mate, pues, el sagaz la caza: no se le vaya todo en levantarla.

CCXLIII

No ser todo columbino. Altérnense la calidez de la serpiente con la candidez de la paloma. No hay cosa más fácil que engañar a un hombre de bien. Cree mucho el que nunca miente y confía mucho el que nunca engaña. No siempre procede de necio el ser engañado, que tal vez de bueno. Dos géneros de personas previenen mucho los daños: los escarmentados, que es muy a su costa, y los astutos, que es muy a la ajena. Muéstrese tan extremada la sagacidad para el recelo como la astucia para el enredo, y no quiera uno ser tan hombre de bien que ocasione al otro el serlo de mal: sea uno mixto de paloma y de serpiente; no monstruo, sino prodigio.

CCXLIV

Saber obligar. Transforman algunos el favor propio en ajeno, y parece, o dan a entender, que hacen merced cuando la reciben. Hay hombres tan advertidos, que honran pidiendo y truecan el provecho suyo en honra del otro; de tal suerte trazan las cosas que parezca que los otros les hacen servicio cuando les dan, trastrocando con extravagante política el orden de obligar. Por lo menos, ponen en duda quién hace favor a quién: compran a precio de alabanzas lo mejor, y del mostrar gusto de una cosa hacen honra y lisonja; empeñan la cortesía, haciendo deuda de lo que había de ser su agradecimiento. De esta suerte truecan la obligación de pasiva en activa, mejores políticos que gramáticos. Gran sutileza ésta, pero mayor lo sería el entendérsela, destrocando la necedad, volviéndoles su honra y cobrando cada uno su provecho.

CCXLV

Discurrir tal vez a lo singular y fuera de lo común: arguye superioridad de caudal. No ha de estimar al que nunca se le opo-

ne, que no es señal de amor que le tenga, sino del que él se tiene; no se deje engañar de la lisonja pagándola, sino condenándola. También tenga por crédito el ser murmurado de algunos, y más de aquellos que de todos los buenos dicen mal. Pésele de que sus cosas agraden a todos, que es señal de no ser buenas, que es de pocos lo perfecto.

CCXLVI

Nunca dar satisfacción a quien no la pedía. Y, aunque se pida, es especie de delito si es sobrada. El excusarse antes de ocasión es culparse, y el sangrarse en salud es hacer del ojo al mal y a la malicia. La excusa anticipada despierta el recelo que dormía. Ni se ha de dar el cuerdo por entendido de la sospecha ajena, que es salir a buscar el agravio; entonces le ha de procurar desmentir con la entereza de su proceder.

CCXLVII

Saber un poco más y vivir un poco menos. Otros discurren al contrario. Más vale el buen ocio que el negocio. No tenemos cosa nuestra sino el tiempo, donde vive quien no tiene lugar. Igual infelicidad es gastar la preciosa vida en tareas mecánicas que en demasía de las sublimes; ni se ha de cargar de ocupaciones ni de envidia; es atropellar el vivir y ahogar el ánimo. Algunos lo extienden al saber, pero no se vive si no se sabe.

CCXLVIII

No se le lleve el último. Hay hombres de última información, que va por extremos la impertinencia. Tienen el sentir y el querer de cera; el último sella y borra los demás. Éstos nunca están ganados, porque con la misma facilidad se pierden; cada uno los tiñe de su color. Son malos para confidentes, niños de toda la vida; y así, con variedad en los juicios y afectos,

andan fluctuando siempre, cojos de voluntad y de juicio, inclinándose a una y a otra parte.

CCXLIX

No comenzar a vivir por donde se ha de acabar. Algunos toman el descanso al principio y dejan la fatiga para el fin; primero ha de ser lo esencial, y después, si quedare lugar, lo accesorio. Quieren otros triunfar antes de pelear. Algunos comienzan a saber por lo que menos importa, y los estudios de crédito y utilidad dejan para cuando se les acaba el vivir. No ha comenzado a hacer fortuna el otro, cuando ya se desvanece. Es esencial el método para saber y poder vivir.

CCL

¿Cuándo se ha de discurrir al revés? Cuando nos hablan a la malicia. Con algunos todo ha de ir al encontrado: el *sí* es *no* y el *no* es *sí,* el decir mal de una cosa se tiene por estimación de ella, que el que la quiere para sí la desacredita para los otros. No todo alabar es decir bien, que algunos, por no alabar los buenos, alaban también los malos; y, para quien ninguno es malo, ninguno será bueno.

CCLI

Hanse de procurar los medios humanos como si no hubiese divinos, y los divinos como si no hubiese humanos: regla de gran maestro, no hay que añadir comento.

CCLII

No todo suyo ni todo ajeno. Es una vulgar tiranía. Del quererse todo para sí se sigue luego querer todas las cosas para sí.

No saben éstos ceder en la más mínima ni perder un punto de su comodidad. Obligan poco, fíanse de su fortuna, y suele falsearles el arrimo. Conviene tal vez ser de otros para que los otros sean de él, y quien tiene empleo común ha de ser esclavo común, o «renuncie el cargo con la carga», dirá la vieja a Adriano. Al contrario otros, todos son ajenos, que la necedad siempre va por demasías, y aquí, infeliz, no tiene día ni aun hora suya, con tal exceso de ajenos que alguno fue llamado «el de todos». Aun en el entendimiento, que para todos saben y para sí ignoran. Entienda el atento que nadie le busca a él, sino su interés en él y por él.

CCLIII

No allanarse sobrado en el concepto. Los más no estiman lo que entienden, y lo que no perciben lo veneran. Las cosas, para que se estimen, han de costar: será celebrado cuando no fuese entendido. Siempre se ha de mostrar uno más sabio y prudente de lo que requiere aquél con quien trata para el concepto, pero con proporción más que exceso. Y si bien con los entendidos vale mucho el seso en todo, para los más es necesario el remonte: no se les ha de dar lugar a la censura, ocupándolos en el entender. Alaban mucho lo que, preguntados, no saben dar razón, porque todo lo recóndito veneran por misterio, y lo celebran porque oyen celebrarlo.

CCLIV

No despreciar el mal por poco, que nunca viene uno solo; andan encadenados, así como las felicidades. Van la dicha y la desdicha, de ordinario, adonde más hay, y es que todos huyen del desdichado y se arriman al venturoso. Hasta las palomas, con toda su sencillez, acuden al homenaje más blanco. Todo le viene a faltar a un desdichado; él mismo a sí mismo, el discurso y el conhorte. No se ha de despertar la desdicha cuando duerma; poco es un deslizar, pero síguese aquel fatal

despeño sin saber dónde se vendrá a parar, que así como ningún bien fue del todo cumplido, así ningún mal del todo acabado. Para el que viene del Cielo es la paciencia; para el que del suelo, la prudencia.

CCLV

Saber hacer el bien: poco, y muchas veces. Nunca ha de exceder el empeño a la posibilidad: quien da mucho, no da, sino que vende. No se ha de apurar el agradecimiento, que, en viéndose imposibilitado, quebrará la correspondencia. No es menester más para perder a muchos que obligarlos con demasía; por no pagar se retiran, y dan en enemigos, de obligados. El ídolo nunca querría ver delante al escultor que lo labró, ni el empeñado su bienhechor al ojo. Gran sutileza del dar, que cueste poco y se desee mucho, para que se estime más.

CCLVI

Ir siempre prevenidos: contra los descorteses, porfiados, presumidos y todo género de necios. Encuéntranse muchos, y la cordura está en no encontrarse con ellos. Ármese cada día de propósitos al espejo de su atención, y así vencerá los lances de la necedad. Vaya sobre el caso, y no expondrá a vulgares contingencias su reputación; varón prevenido de cordura no será combatido de impertinencia. Es dificultoso el rumbo del humano trato, por estar lleno de escollos del descrédito. El desviarse es lo seguro, consultando a Ulises de astucia. Vale aquí mucho el artificioso desliz. Sobre todo, eche por la galantería, que es el único atajo de los empeños.

CCLVII

Nunca llegar a rompimiento, que siempre sale de él descalabrada la reputación. Cualquiera vale para enemigo, no así para

amigo. Pocos pueden hacer bien, y casi todos mal. No anida segura el águila en el mismo seno de Júpiter el día que rompe con un escarabajo; con la zarpa del declarado irritan los disimulados el fuego, que estaban a la espera de la ocasión. De los amigos maleados salen los peores enemigos; cargan con defectos ajenos, el propio en su afición. De los que miran, cada uno habla como siente, y siente como desea, condenando todos, o en los principios, de falta de providencia, o en los fines, de espera, y siempre, de cordura. Si fuere inevitable el desvío, sea excusable: antes con tibieza de favor que con violencia de furor. Y aquí viene bien aquello de una bella retirada.

CCLVIII

Buscar quien le ayude a llevar las infelicidades. Nunca será solo, y menos en los riesgos, que sería cargarse con todo el odio. Piensan algunos alzarse con toda la superintendencia, y álzanse con toda la murmuración. De esta suerte tendrá quien le excuse o quien le ayude a llevar el mal. No se atreven tan fácilmente a dos ni la fortuna ni la vulgaridad, y aun por eso el médico sagaz, ya que erró la cura, no yerra en buscar quien, a título de consulta, le ayude a llevar el ataúd; repártese el peso y el pesar, que la desdicha a solas se redobla para intolerable.

CCLIX

Prevenir las injurias y hacer de ellas favores. Más sagacidad es evitarlas que vengarlas. Es gran destreza hacer confidente del que había de ser émulo; convertir en reparos de su reputación los que la amenazaban tiros. Mucho vale el saber obligar; quita el tiempo para el agravio el que lo ocupó con el agradecimiento. Y es saber vivir convertir en placeres los que habían de ser pesares. Hágase confidencia de la misma malevolencia.

CCLX

Ni será ni tendrá a ninguno todo por suyo. No son bastantes la sangre ni la amistad, ni la obligación más apretante, que va grande diferencia de entregar el pecho o la voluntad. La mayor unión admite excepción; ni por eso se ofenden las leyes de la fineza. Siempre se reserva algún secreto para sí el amigo, y se recata en algo el mismo hijo de su padre; de unas cosas se celan con unos que comunican a otros, y al contrario, con que se viene uno a conceder todo y negar todo, distinguiendo los términos de la correspondencia.

CCLXI

No proseguir la necedad. Hacen algunos empeño del desacierto, y porque comenzaron a errar les parece que es constancia el proseguir. Acusan en el foro interno su yerro, y en el externo lo excusan, con que si cuando comenzaron la necedad fueron notados de inadvertidos, al proseguirla son confirmados en necios. Ni la promesa inconsiderada, ni la resolución errada inducen obligación. De esta suerte continúan algunos su primera grosería, y llevan adelante su cortedad: quieren ser constantes impertinentes.

CCLXII

Saber olvidar: más es dicha que arte. Las cosas que son más para olvidadas son las más acordadas; no sólo es villana la memoria para faltar cuando más fue menester, pero necia para acudir cuando no convendría: en lo que ha de dar pena es prolija, y en lo que había de dar gusto es descuidada. Consiste a veces el remedio del mal en olvidarlo, y olvídase el remedio; conviene, pues, hacerla a tan cómodas costumbres, porque basta a dar felicidad o infierno. Exceptúanse los satisfechos, que en el estado de su inocencia gozan de su simple felicidad.

CCLXIII

Muchas cosas de gusto no se han de poseer en propiedad. Más se goza de ellas, ajenas, que propias; el primer día es lo bueno para su dueño, los demás para los extraños. Gózanse las cosas ajenas con doblada fruición, esto es, sin el riesgo del daño y con el gusto de la novedad. Sabe todo mejor a privación, hasta el agua ajena se miente néctar. El tener las cosas, a más de que disminuye la fruición, aumenta el enfado, tanto de prestarlas como de no prestarlas. No sirve sino de mantenerlas para otros, y son más los enemigos que se cobran que los agradecidos.

CCLXIV

No tenga días de descuido. Gusta la suerte de pegar una burla, y atropellará todas las contingencias para coger desapercibido. Siempre han de estar a prueba el ingenio, la cordura y el valor, hasta la belleza, porque el día de su confianza será el de su descrédito. Cuando más fue menester el cuidado, faltó siempre, que el no pensar es la zancadilla del perecer. También suele ser estratagema de la ajena atención coger al descuido las perfecciones para el riguroso examen del apreciar. Sábense ya los días de la ostentación, y perdónalos la astucia, pero el día que menos se esperaba, ése escoge para la tentativa del valer.

CCLXV

Saber empeñar los dependientes. Un empeño en su ocasión hizo personas a muchos, así como un ahogo saca nadadores. De esta suerte descubrieron muchos el valor, y aun el saber, que quedara sepultado en su encogimiento si no se hubiera ofrecido la ocasión. Son los aprietos lances de reputación, y, puesto el noble en contingencia de honra, obra por mil. Supo con eminencia esta lección de empeñar la católica reina Isabela, así como todas las demás, y a este político favor

debió el Gran Capitán su renombre, y otros muchos su eterna fama: hizo grandes hombres con esta sutileza.

CCLXVI

No ser malo de puro bueno. Eslo el que nunca se enoja; tienen poco de personas los insensibles. No nace siempre de indolencia, sino de incapacidad. Un sentimiento en su ocasión es acto personal. Búrlanse luego las aves de las apariencias de bultos. Alternar lo agrio con lo dulce es prueba de buen gusto; sola la dulzura es para niños y necios. Gran mal es perderse de puro bueno en este sentido de insensibilidad.

CCLXVII

Palabras de seda, con suavidad de condición. Atraviesan el cuerpo las jaras, pero las malas palabras el alma. Una buena pasta hace que huela bien la boca. Gran sutileza del vivir saber vender el aire. Lo más se paga con palabras, y bastan ellas a desempeñar una imposibilidad; negóciase en el aire con el aire, y alienta mucho el aliento soberano. Siempre se ha de llevar la boca llena de azúcar para confitar palabras, que saben bien a los mismos enemigos. Es el único medio para ser amable el ser apacible.

CCLXVIII

Haga al principio el cuerdo lo que el necio al fin. Lo mismo obra el uno que el otro; sólo se diferencian en los tiempos, aquél en su sazón y éste sin ella. El que se calzó al principio el entendimiento al revés, en todo lo demás prosigue de ese modo; lleva entre pies lo que había de poner sobre su cabeza, hace siniestra de la diestra, y así es tan zurdo en todo su proceder; sólo hay un buen caer en la cuenta. Hacen por fuerza lo que pudieran de grado, pero el discreto luego ve lo

que ha de hacer tarde o temprano, y ejecútalo con gusto y con reputación.

CCLXIX

Válgase de su novedad: que mientras fuere nuevo será estimado. Aplace la novedad por la variedad universalmente; refréscase el gusto y estímase más una medianía flamante que un extremo acostumbrado. Rózanse las eminencias y viénense a envejecer; y advierta que durará poco esta gloria de novedad: a cuatro días le perderán el respeto. Sepa, pues, valerse de esas primicias de la estimación, y saque en la fuga del agradar todo lo que pudiera pretender; porque, si se pasa el calor de lo reciente resfriárase la pasión, y trocarse ha el agrado de nuevo en enfado de acostumbrado. Y crea que todo tuvo también su vez, y que pasó.

CCLXX

No condenar sólo lo que a muchos agrada. Algo hay bueno, pues satisface a tantos, y, aunque no se explica, se goza. La singularidad siempre es odiosa, y cuando errónea, ridícula. Antes desacreditará su mal concepto que el objeto; quedarse ha sólo con su mal gusto. Si no sabe topar con lo bueno, disimule su cortedad y no condene a bulto, que el mal gusto ordinariamente nace de la ignorancia. Lo que todos dicen, o es, o quiere ser.

CCLXXI

El que supiere poco, téngase siempre a lo más seguro de toda profesión, que, aunque no le tengan por sutil, le tendrán por fundamental. El que sabe puede empeñarse y obrar de fantasía, pero saber poco y arriesgarse es voluntario precipicio; téngase siempre a la mano derecha, que no puede faltar lo asentado.

A poco saber, camino real; y a toda ley, tanto del saber como del ignorar, es más cuerda la seguridad que la singularidad.

CCLXXII

Vender las cosas a precio de cortesía, que es obligar más. Nunca llegará el pedir del interesado al dar del generoso obligado. La cortesía no da, sino que empeña, y es la galantería la mayor obligación. No hay cosa más cara para el hombre de bien que la que se le da; es venderla dos veces y a dos precios: del valor y de la cortesía. Verdad es que para el ruin es algarabía la galantería, porque no entiende los términos del buen término.

CCLXXIII

Comprensión de los genios con quien trata: para conocer los intentos. Conocida bien la causa, se conoce el efecto, antes en ella y después en su motivo. El melancólico siempre agüera infelicidades, y el maldiciente, culpas; todo lo peor se les ofrece, y, no percibiendo el bien presente, anuncian el posible mal. El apasionado siempre habla con otro lenguaje diferente de lo que las cosas son: habla en él la pasión, no la razón; y cada uno según su afecto o su humor, y todos muy lejos de la verdad. Sepa descifrar un semblante y deletrear el alma en los señales; conozca al que siempre ríe por falto y al que nunca por falso; recátese del preguntador, o por fácil o por notante; espere poco bueno del de mal gesto, que suelen vengarse de la naturaleza éstos, y así como ella los honró poco a ellos, la honran poco a ella. Tanta suele ser la necedad, cuanta fuere la hermosura.

CCLXXIV

Tener la atractiva: que es un hechizo políticamente cortés. Sirva el garabato galante más para atraer voluntades que uti-

lidades, o para todo; no bastan méritos si no se valen del agrado, que es el que da la plausibilidad, el más práctico instrumento de la soberanía. Un caer en picadura es suerte, pero socórrese del artificio, que donde hay gran natural asienta mejor lo artificial; de aquí se origina la pía afición, hasta conseguir la gracia universal.

CCLXXV

Corriente, pero no indecente. No esté siempre de figura y de enfado; es ramo de galantería: hase de ceder en algo al decoro para ganar la afición común; alguna vez puede pasar por donde los más, pero sin indecencia, que quien es tenido por necio en público no será tenido por cuerdo en secreto. Más se pierde en un día genial que se ganó en toda la seriedad; pero no se ha de estar siempre de excepción: el ser singular es condenar a los otros; menos, afectar melindres: déjense para su sexo; aun los espirituales son ridículos. Lo mejor de un hombre es parecerlo, que la mujer puede afectar con perfección lo varonil, y no al contrario.

CCLXXVI

Saber renovar el genio con la naturaleza y con el arte. De siete en siete años dicen que se muda la condición: sea para mejorar y realzar el gusto. A los primeros siete años entra la razón: entre después, a cada lustro, una nueva perfección. Observe esta variedad natural para ayudarla y esperar también de los otros la mejoría. De aquí es que muchos mudaron de porte, o con el estado o con el empleo, y a veces no se advierte hasta que se ve el exceso de la mudanza. A los veinte años será pavón; a los treinta, león; a los cuarenta, camello; a los cincuenta, serpiente; a los sesenta, perro; a los setenta, mona; y a los ochenta, nada.

CCLXXVII

Hombre de ostentación. Es el lucimiento de las prendas. Hay vez para cada una: lógrese, que no será cada día el de su triunfo. Hay sujetos bizarros en quienes lo poco luce mucho, y lo mucho hasta admirar. Cuando la ostentativa se junta con la eminencia, pasa por prodigio. Hay naciones ostentosas, y la española lo es con superioridad. Fue la luz pronto lucimiento de todo lo criado. Llena mucho el ostentar, suple mucho, y da un segundo ser a todo, y más cuando la realidad se afianza. El cielo, que da la perfección, previene la ostentación, que cualquiera a solas fuera violenta: es menester arte en el ostentar. Aun lo muy excelente depende de circunstancias y no tiene siempre vez. Salió mal la ostentativa cuando le faltó su sazón; ningún realce pide ser menos afectado y perece siempre de este desaire, porque está muy al canto de la vanidad, y ésta del desprecio. Ha de ser muy templada, porque no dé en vulgar, y con los cuerdos está algo desacreditada su demasía. Consiste a veces más en una elocuencia muda, en un mostrar la perfección al descuido, que el sabio disimulo es el más plausible alarde, porque aquella misma privación pica en lo más vivo a la curiosidad. Gran destreza suya no descubrir toda la perfección de una vez, sino por brújula irla pintando, y siempre adelantando. Que un realce sea empeño de otro mayor, y el aplauso del primero nueva expectación de los demás.

CCLXXVIII

Huir la nota en todo: que, en siendo notados, serán defectos los mismos realces. Nace esto de singularidad, que siempre fue censurada; quédase sólo el singular. Aun lo lindo, si sobresale, es descrédito; en haciendo reparar, ofende, y mucho más singularidades desautorizadas. Pero en los mismos vicios quieren algunos ser conocidos, buscando novedad en la ruindad para conseguir tan infame fama. Hasta en lo entendido lo sobrado degenera en bachillería.

CCLXXIX

No decir al contradecir. Es menester diferenciar cuándo procede de astucia o vulgaridad. No siempre es porfía, que tal vez es artificio. Atención, pues, a no empeñarse en la una ni despeñarse en la otra. No hay cuidado más logrado que en espías, y contra la ganzúa de los ánimos no hay mejor contratreta que el dejar por dentro la llave del recato.

CCLXXX

Hombre de ley. Está acabado el buen proceder; andan desmentidas las obligaciones; hay pocas correspondencias buenas: al mejor servicio, el peor galardón, a uso ya de todo el mundo. Hay naciones enteras proclives al mal trato: de unas se teme siempre la traición, de otras la inconstancia y de otras el engaño. Sirva, pues, la mala correspondencia ajena, no para la imitación, sino para la cautela. Es el riesgo de desquiciar la entereza a vista del ruin proceder. Pero el varón de ley nunca se olvida de quién es por lo que los otros son.

CCLXXXI

Gracia de los entendidos. Más se estima el tibio *sí* de un valor singular que todo un aplauso común, porque regüeldos de aristas no alientan. Los sabios hablan con el entendimiento, y así su alabanza causa una inmortal satisfacción. Redujo el juicioso Antígono todo el teatro de su fama a sólo Zenón, y llamaba Platón toda su escuela a Aristóteles. Atienden algunos a sólo llenar el estómago, aunque sea de broza vulgar. Hasta los soberanos han menester a los que escriben, y temen más sus plumas que las feas los pinceles.

CCLXXXII

Usar de la ausencia, o para el respeto o para la estimación. Si la presencia disminuye la fama, la ausencia la aumenta. El

que ausente fue tenido por león, presente fue ridículo parto de los montes. Deslústranse las prendas si se rozan, porque se ve antes la corteza del exterior que la mucha sustancia del ánimo. Adelántase más la imaginación que la vista, y el engaño, que entra de ordinario por el oído, viene a salir por los ojos. El que se conserva en el centro de su opinión conserva la reputación; que aun la Fénix se vale del retiro para el decoro y del deseo para el aprecio.

CCLXXXIII

Hombre de inventiva a lo cuerdo. Arguye exceso de ingenio, pero, ¿cuál será sin el grano de demencia? La inventiva es de ingeniosos; la buena elección, de prudentes. Es también de gracia, y más rara, porque el elegir lo consiguieron muchos; el inventar bien, pocos, y los primeros en excelencia y en tiempo. Es lisonjera la novedad y, si feliz, da dos realces a lo bueno. En los asuntos del juicio es peligrosa por lo paradojo; en los del ingenio, loable, y, si acertadas, una y otra plausibles.

CCLXXXIV

No sea entremetido: y no será desairado. Estímese si quisiere que le estimen. Sea antes avaro que pródigo de sí. Llegue deseado y será bien recibido. Nunca venga sino llamado, ni vaya sino enviado. El que se empeña por sí, si sale mal, se carga todo el odio sobre sí, y, si sale bien, no consigue el agradecimiento. Es el entremetido terrero de desprecios, y, por lo mismo que se introduce con desvergüenza, es tripulado en confusión.

CCLXXXV

No perecer de desdicha ajena. Conozca al que está en el lodo, y note que le reclamará para hacer consuelo del recíproco

mal. Buscan quien les ayude a llevar la desdicha, y los que en la prosperidad le daban espaldas, ahora la mano. Es menester gran tiento con los que se ahogan, para acudir al remedio sin peligro.

CCLXXXVI

No dejarse obligar del todo, ni de todos, que sería ser esclavo y común. Nacieron unos más dichosos que otros: aquéllos para hacer bien y éstos para recibirle. Más preciosa es la libertad que la dádiva, porque se pierde. Guste más que dependan de él muchos que no depender él de uno. No tiene otra comodidad el mando sino el poder hacer más bien. Sobre todo, no tenga por favor la obligación en que se mete, y las más veces la diligenciará la astucia ajena para prevenirle.

CCLXXXVII

Nunca obrar apasionado: todo lo errará. No obre por sí quien no está en sí, y la pasión siempre destierra la razón. Sustituya entonces un tercero prudente, que lo será, si desapasionado. Siempre ven más los que miran que los que juegan, porque no se apasionan. En conociéndose alterado, toque a retirar la cordura, porque no acabe de encendérsele la sangre, que todo lo ejecutará sangriento, y en poco rato dará materia para muchos días de confusión suya y murmuración ajena.

CCLXXXVIII

Vivir a la ocasión. El gobernar, el discurrir, todo ha de ser al caso. Querer cuando se puede, que la sazón y el tiempo a nadie aguardan. No vaya por generalidades en el vivir, si ya no fuere en favor de la virtud, ni intime leyes precisas al querer, que habrá de beber mañana del agua que desprecia hoy. Hay algunos tan paradojamente impertinentes, que pretenden

que todas las circunstancias del acierto se ajusten a su manía, y no al contrario. Mas el sabio sabe que el norte de la prudencia consiste en portarse a la ocasión.

CCLXXXIX

El mayor desdoro de un hombre: es dar muestras de que es hombre; déjanle de tener por divino el día que le ven muy humano. La liviandad es el mayor contraste de la reputación. Así como el varón recatado es tenido por más que hombre, así el liviano por menos que hombre. No hay vicio que más desautorice, porque la liviandad se opone frente a frente a la gravedad. Hombre liviano no puede ser de sustancia, y más si fuere anciano, donde la edad le obliga a la cordura. Y con ser este desdoro tan de muchos, no le quita el estar singularmente desautorizado.

CCXC

Es felicidad juntar el aprecio con el afecto. No ser muy amado, para conservar el respeto. Más atrevido es el amor que el odio; afición y veneración no se juntan bien. Y aunque no ha de ser uno muy temido ni muy querido, el amor introduce la llaneza, y, al paso que ésta entra, sale la estimación. Sea amado antes apreciativamente que afectivamente, que es amor muy de personas.

CCXCI

Saber hacer la tentativa. Compita la atención del juicioso con la detención del recatado. Gran juicio se requiere para medir el ajeno. Más importa conocer los genios y las propiedades de las personas que de las hierbas y piedras. Acción es ésta de las más sutiles de la vida; por el sonido se conocen los metales, y por el hablar las personas. Las palabras muestran la entereza, pero

mucho más las obras. Aquí es menester el extravagante reparo, la observación profunda, la sutil nota y la juiciosa crisis.

CCXCII

Venza el natural las obligaciones del empleo: y no al contrario. Por grande que sea el puesto, ha de mostrar que es mayor la persona. Un caudal con ensanches vase dilatando y ostentando más con los empleos. Fácilmente le cogerán el corazón al que le tiene estrecho, y al cabo viene a quebrar con obligación y reputación. Preciábase el grande Augusto de ser mayor hombre que príncipe. Aquí vale la alteza de ánimo, y aun aprovecha la confianza cuerda de sí.

CCXCIII

De la madurez. Resplandece en el exterior, pero más en las costumbres. La gravedad material hace precioso al oro, y la moral a la persona; es el decoro de las prendas, causando veneración. La compostura del hombre es la fachada del alma. No es necedad con poco meneo, como quiere la ligereza, sino una autoridad muy sosegada; habla por sentencias, obra con aciertos. Supone un hombre muy hecho, porque tanto tiene de persona cuanto de madurez; en dejando de ser niño, comienza a ser grave y autorizado.

CCXCIV

Moderarse en el sentir. Cada uno hace concepto según su conveniencia, y abunda de razones en su aprensión. Cede en los más el dictamen al afecto. Acontece el encontrarse dos contradictoriamente, y cada uno presume de su parte la razón; mas ella, fiel, nunca supo hacer dos caras. Proceda el sabio con refleja en tan delicado punto, y así el recelo propio reformará la calificación del proceder ajeno. Póngase tal vez de la

otra parte; examínele al contrario los motivos; con esto, ni le condenará a él, ni se justificará a sí tan a lo desalumbrado.

CCXCV

No hazañero, sino hazañoso. Hacen muy de los hacendados los que menos tienen para qué. Todo lo hacen misterio con mayor frialdad, camaleones del aplauso, dando a todos hartazgos de risa. Siempre fue enfadosa la vanidad: aquí reída. Andan mendigando hazañas las hormiguillas del honor. Afecte menos sus mayores eminencias. Conténtese con hacer y deje para otros el decir. Dé las hazañas, no las venda. Ni se han de alquilar plumas de oro para que escriban lodo, con asco de la cordura. Aspire antes a ser heroico que a sólo parecerlo.

CCXCVI

Varón de prendas, y majestuosas. Las primeras hacen los primeros hombres; equivale una sola a toda una mediana pluralidad. Gustaba aquél que todas sus cosas fuesen grandes; hasta las usuales alhajas: cuánto mejor el varón grande debe procurar que las prendas de su ánimo lo sean. En Dios, todo es infinito, todo inmenso; así en un héroe, todo ha de ser grande y majestuoso, de suerte que todas sus acciones y aun razones vayan revestidas de una trascendente, grandiosa majestad.

CCXCVII

Obrar siempre como a vista. Aquél es varón remirado que mira que le miran o que le mirarán. Sabe que las paredes oyen, y que lo mal hecho revienta por salir. Aun cuando solo, obra como a vista de todo el mundo, porque sabe que todo se sabrá; ya mira como a testigos ahora a los que por la noticia lo serán después. No se recataba de que le podían regis-

trar en su casa desde las ajenas el que deseaba que todo el mundo le viese.

CCXCVIII

Tres cosas hacen un prodigio, y son el don máximo de la suma liberalidad: ingenio fecundo, juicio profundo y gusto relevantemente jocundo. Gran ventaja concebir bien, pero mayor discurrir bien, entendimiento del bueno. El ingenio no ha de estar en el espinazo, que sería más laborioso que agudo. Pensar bien es el fruto de la racionalidad. A los veinte años reina la voluntad, a los treinta el ingenio, a los cuarenta el juicio. Hay entendimientos que arrojan de sí luz, como los ojos del lince, y en la mayor oscuridad discurren más. Haylos de ocasión, que siempre topan con lo más a propósito: ofréceseles mucho y bien; felicísima fecundidad. Pero un buen gusto sazona toda la vida.

CCXCIX

Dejar con hambre. Hase de dejar en los labios aun con el néctar. Es el deseo medida de la estimación. Hasta la material sed es treta de buen gusto picarla, pero no acabarla; lo bueno, si poco, dos veces bueno. Es grande la baja de la segunda vez. Hartazgos de agrado son peligrosos, que ocasionan desprecio a la más eterna eminencia. Única regla de agradar: coger el apetito picado con el hambre con que quedó. Si se ha de irritar, sea antes por impaciencia del deseo que por enfado de la fruición; gústase al doble de la felicidad penada.

CCC

En una palabra, santo, que es decirlo todo de una vez. Es la virtud cadena de todas las perfecciones, centro de las felicidades. Ella hace un sujeto prudente, atento, sagaz, cuerdo,

sabio, valeroso, reportado, entero, feliz, plausible, verdadero y universal héroe. Tres *eses* hacen dichoso: santo, sano y sabio. La virtud es el sol del mundo menor y tiene por hemisferio la buena conciencia. Es tan hermosa, que se lleva la gracia de Dios y de las gentes. No hay cosa amable sino la virtud, ni aborrecible sino el vicio. La virtud es cosa de veras: todo lo demás, de burlas. La capacidad y grandeza se ha de medir por la virtud, no por la fortuna. Ella sola se basta a sí misma. Vivo el hombre, le hace amable; y muerto, memorable.

AGUDEZA
Y ARTE DE INGENIO

APROBACIÓN

DEL P. M. FR. GABRIEL HERNÁNDEZ, DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN, CATEDRÁTICO DE ESCRITURA DE LA UNIVERSIDAD DE HUESCA. POR COMISIÓN DEL SEÑOR DOCTOR JERÓNIMO DE ARASQÜÉS, CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE HUESCA, OFICIAL ECLESIÁSTICO Y VICARIO GENERAL EN SU OBISPADO.

Mándame V. M. que censure este *Arte de Ingenio,* de Lorenzo Gracián, que saca a nueva luz don Vincencio Juan de Lastanosa, ilustrado con las traducciones del doctor don Manuel de Salinas y Lizana. Hele leído, y hallando en él, que censurar, nada; que admirar, todo. Me ha parecido lo que dijo Séneca (y juzgarlo han cuantos saben lo que V. M. procura mis honras y desea me disponga a merecerlas), que me le envió, favoreciéndome, más que para calificarle, para que imitase su agudeza. *Indulgentiae scio istud esse, non judicii.* Estoy confuso, porque ni el arte necesita de lo primero, ni yo puedo ajustarme con lo segundo. Sólo lo incierto espera examen, y lo ambiguo, deliberación. Este libro por sí mismo se asegura, por su industria se corona, como dijo Claudiano: *Ornatur propriis, industria donis.* Y como San Ambrosio. Sus luces propias y solas (como al sol) le manifiestan. *Ipse igitur per se loquetur.* Por otra parte, es inimitable que lo peregrino del asunto, lo florido de la elocuencia, lo sazonado del estilo y lo universal de las noticias, ni admite igualdades, ni aun sufre competencias. Aun no le basta la exageración de Plinio: *Opus pulchrum, validum, sublime, varium, elegans, purum, etc.* Puede decir su autor de sí lo que Tulio: *Semper novus veniam,* que siempre entra nuevo. Y yo de él, con Casiodoro: *Nescet inde aliquid nasci mediocre.* De este ingenio de Gracián nada medio bueno puede salir; todo ha de ser perfectísimo, su-

perior a la envidia y mayor a la alabanza. No es lisonja; testigo es Plinio: *Tantumque ab specie adulationis absit, quantum abest a necessitate.* No puede adular quien no tiene que pretender, y ésta no es dedicatoria, sino censura. Si ya no es que el remitírmele fuese para que con admiración le celebrase. Y, en ese caso, diré de él lo que Salviano a Eustoquio: *Legi librum quem transmisisti, stylo brevem, doctrina uberem, lectione expeditum, instructione perfectum.* Porque es un epílogo de aciertos, una cifra de conceptos, una suma sin suma de discreciones, donde se estrechan la doctrina y la agudeza, la elocuencia y la erudición, con variedad tan hermosa que recrea y enseña, suspendiendo los sentidos. Llega aquí bien Casiodoro: *Nemo dubitat homines, sua varietate recreari.* Sin haber visto Plinio estas obras, parece que dijo por su autor estas palabras: *Nihil est, quod discere velis, quod ille docere non possit.* Porque labrar un discreto, formar un político, limar un discurso, rehacer un predicador y enseñar un maestro, si es materia para muchos libros, está en éste solo. Y si parece imposible, aquí se halla con suma felicidad y facilidad. Y todo con tan relevante modo, que lo pequeño parece grande; lo grande, mayor; que es lo que San Agustín celebró de Platón, y yo con él de Gracián: *Plato temporum suorum vir eruditissimus, qui sic omnia locutus est, quaecumquae dixit, ut magna et quocumque modo parva dixit, modo loquendi magnificavit.* La misma sal tienen las traducciones con que le ilustra el doctor don Manuel de Salinas y Lizana, catedrático que fue de Digesto Viejo en esta Universidad de Huesca y ahora canónigo de su catedral, ingenio grande, nacido para todas buenas letras. Dicha de Marcial que hoy sale mejorado en castellano por él. Merece bien lo que escribió Teodorico a Severino Boecio, habiendo traducido éste del griego en latín ciertos libros: *Quos tanta verborum luculentia reddidisti claros; tanta linguae proprietate conspicuos, ut potuissent et illi* (sus autores) *opus tuum praeferre, si utrumque, didicissent.* En suma, cumplo con la ceremonia de censor: no hay cosa en él que encuentre con nuestra Santa Fe, ni puede haberla, porque ninguna ha escrito su autor sin saberla bien primero, que éste es el remedio que dio Séneca para escapar de aquel peligro: *Inquirenti cuidam, quomodo optime possit dicere? Seneca respondit: Si nihil dixeris, nisi quod bene scieris.*

Con que se le debe de justicia la licencia que pide don Vincencio Juan de Lastanosa, para que se vea la novedad ingeniosa de este Arte, estimada por su mano, como en su casa, a pesar de los siglos, se admira vencedora la curiosa antigüedad. *Vitrix vetustas,* que la llamó Tertuliano. Éste es mi parecer. En el Convento de N. P. S. Agustín de Huesca. Setiembre, a 12 de 1647.

FR. GABRIEL HERNÁNDEZ

Imprimatur:
EL DOCTOR ARASQÜÉS, *Ofic.*

CENSURA

DEL DOCTOR JUAN FRANCISCO ANDRÉS, CRONISTA DEL REINO DE ARAGÓN

La *Agudeza y Arte de Ingenio,* que se imprimió en Madrid, año mil seiscientos cuarenta y dos, y agora sale aumentada en mayor volumen por su autor *Lorenzo Gracián,* y la saca a luz continuando don *Vincencio Juan de Lastanosa* la publicación de sus libros, segunda vez, no sin mucha alabanza de nuestra nación, pues no sólo la ennoblece con sus obras, sino que procura publicar las ajenas, movido de la utilidad pública y del aprovechamiento común de los beneméritos de las buenas letras: no se descubre en estos Discursos encuentro alguno con las preeminencias y derechos reales de su Majestad, que es lo que me ordena que censure y repare por su comisión el muy ilustre señor don Miguel Marta, doctor en ambos Derechos, del Consejo del N. S. y su regente en la Real Cancillería de Aragón: y por no hallar cosa que se oponga a las regalías, se puede conceder la licencia que suplica. Éste es mi sentir. En Zaragoza, 7 de enero del año 1648.

EL DR. JUAN FRANCISCO ANDRÉS

Imprimatur:
MARTA, *Reg.*

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR CONDE DE ARANDA

Faltóle a este libro el patrocinio real del Príncipe, nuestro señor; sólo V. E. le puede suplir, dignándose, de estimador de las obras de Lorenzo Gracián, ser su protector y Mecenas. Sea prueba de mi buen gusto, si premio de su gran ingenio, saberle destinar a tan heroico genio, que es dicha de los libros alcanzarle, codiciada de otro Bilbilitano a sus epigramas inmortales. No será dificultoso en V. E. el singularizar la honra, cuando está ilustrando todo un reino, toda España, el mundo todo. La heroica magnanimidad de V. E. no cabía en la suprema fortuna de su nobilísima casa, y así fue debido el darla ensanches de toda grandeza. Buscan otros las honras, las honras buscan a V. E.; otros las solicitan y reciben, V. E. las da. Excelentísimo señor, sírvase V. E. de favorecer y lograr en estampa esta *Arte de Ingenio,* que ya el Rey nuestro señor manuscrita honró tanto, que la mandó copiar y reponer en uno de sus discretamente preciosos escritorios: exceso más que emulación (en el favor, que no en el mérito) del que dedicó otro Magno a las obras del prodigioso Homero. Conságrase la Agudeza en arte a la Prudencia en vínculo, en herencia, para que asegure la realidad de lo sumo de Naturaleza, de Fortuna, de Fama, y todo en V. E. por lo de aragonés, magnate, príncipe, héroe.

Besa la mano de V. E. su más obligado servidor

DON VINCENCIO JUAN DE LASTANOSA

AL LECTOR

He destinado algunos de mis trabajos al juicio, y poco ha el *Arte de Prudencia;* éste dedico al Ingenio, la agudeza en arte, teórica flamante, que aunque se traslucen algunas de sus sutilezas en la Retórica, aún no llegan a vislumbres: hijos huérfanos, que por no conocer su verdadera madre, se prohijaban a la Elocuencia. Válese la agudeza de los tropos y figuras retóricas, como de instrumentos para exprimir cultamente sus conceptos, pero contiénense ellos a la raya de fundamentos materiales de la sutileza, y cuando más, de adornos del pensamiento.

Afecté la variedad en los ejemplos, ni todos sacros, ni todos profanos, unos graves, otros corrientes, ya por la hermosura, ya por la dulzura, principalmente por la diversidad de gustos para quienes se sazonó. El predicador estimará el sustancial concepto de Ambrosio; el humanista, el picante de Marcial. Aquí hallará el filósofo el prudente dicho de Séneca; el historiador, el malicioso de Tácito; el orador, el sutil de Plinio; y el poeta, el brillante de Ausonio, porque el que enseña es deudor universal.

Tomé los ejemplos de la lengua en que los hallé, que si la latina blasona al relevante Floro, también la italiana al valiente Tasso; la española, al culto Góngora, y la portuguesa, al afectuoso Camoens. Previne la explicación a los de extraña lengua, y recientemente la ajustada traducción a los de Marcial y otros de nuestro elegante aragonés don Manuel de Salinas, canónigo de la catedral de Huesca. Si frecuento los españoles es porque la agudeza prevalece en ellos, así como la erudición en los franceses, la elocuencia en los italianos y la invención en los griegos.

Pudiera haber dado a este volumen la forma de alguna ale-

goría, ya sazonando un convite, en que cada una de las Musas sirviera en delicado plato su género de conceptos, o si no erigiendo un nuevo monte de la mente, en competencia del Parnaso, con sus nueve Piérides, o cualquier otra invención, pero heme dejado llevar del genio español, o por gravedad o por desahogo en el discurrir. Cuando la forma no contentare, los materiales bien pueden satisfacer, que tanto tan valiente concepto, tanto tan bien dicho, desempeñarán el coste, lograrán el tiempo.

Y tú, ¡oh, libro!, aunque lo nuevo y lo exquisito te afianzan el favor, si no el aplauso de los lectores, con todo deprecarás la suerte de encontrar con quien te entienda.

AGUDEZA Y ARTE DE INGENIO

EN QUE SE EXPLICAN TODOS LOS MODOS Y DIFERENCIAS DE CONCEPTOS

Discurso primero

PANEGÍRICO AL ARTE Y AL OBJETO

FÁCIL es adelantar lo comenzado; arduo el inventar, y después de tanto, cerca de insuperable, aunque no todo lo que se prosigue se adelanta. Hallaron los antiguos método al silogismo, arte al tropo; sellaron la agudeza, o por no ofenderla, o por desahuciarla, remitiéndola a sola la valentía del ingenio. Contentábanse con admirarla en este imperial epigrama del príncipe de los héroes, Julio César, para ser merecedor de todos los laureles.

Thrax puer adstricto glacie, dum ludit in Hebro,
Pondere concretas frigore rupit aquas.
Dumque imae partes rapido traherentur ab amne,
Abscidit heu! tenerum lubrica testa caput.
Orba quod inventum mater, dum conderet urna:
Hoc peperi flammis; caetera, dixit, aquis.

No pasaban a observarla, con que no se halla reflexión, cuanto menos definición.

Eran los conceptos hijos más del esfuerzo de la mente que del artificio, pero grandes; mereció éste del dulcísimo Lupercio Leonardo el primer premio entre muchos buenos, a voto del prudente monarca de las Españas. Fue soneto a San Die-

go, ponderando la humildad con que rehusó el recibir los Sacros Órdenes:

Sin que contraste la humildad profunda
Con que huyó de la gloria humana Diego,
Hoy ve altar en su nombre, y arder fuego,
De donde grato olor a Dios redunda.
Él, que dio humilde el cuello a la coyunda
Y fue del siglo vano oprobio y juego.
Vedlo gozando celestial sosiego,
Y cómo de riqueza eterna abunda.
Póstranse las coronas y tiaras
A donde puso la desnuda planta,
Y cumplen peregrinos sanos votos.
Vivo no osó tratar las santas aras,
Y muerto, Dios sobre ellas le levanta,
En eterna memoria y simulacros.

Concebíanse otros acaso, salían a luz sin magisterio. La imitación suplía el arte, pero con desigualdades de sustituto, con carencias de variedad. La contingencia de especies tuvo también gran parte, que prohijaron gustosos críticos a la ventura. Pero no se puede negar arte donde reina tanto la dificultad. Ármase con reglas un silogismo; fórjese, pues, con ellas un concepto. Mendiga dirección todo artificio, cuanto más el que consiste en sutileza del ingenio. Cual lo fue este valiente discurso de un orador cristiano, que en el día de Ceniza pintó Fénix al alma, que del polvo de su cuerpo renace al clarísimo oriente de la gracia. Nace el hombre tan desnudo de noticias en el alma, como en el cuerpo de plumas, pero su industria y su trabajo le desquitan con ventajas.

Censúranse en los más ingeniosos escritores las agudezas, antes por unas que por únicas, y homogéneos sus conceptos: o todos crisis, o todos reparos, correlaciones o equívocos; y es que falta el arte, por más que exceda el ingenio, y con ella la variedad, gran madre de la belleza. Es la agudeza pasto del alma. Fuelo ésta con que quiso uno significar que le convenía a su amor ser tan mudo, como era ciego:

En un medio está mi amor,
Y-sabe-él
Que si en medio está el sabor,
En los extremos la hiel.

Fúndase en el nombre de Isabel, que, dividido, la primera sílaba, que es *I,* y la última, *el,* dicen *iel,* y en medio queda el *sabe,* y a eso aludió la redondilla, tan ingeniosa, cuan poco entendida. Es la sutileza alimento del espíritu. Digno epigrama éste de ser prohijado a grandes ingenios:

Cum foderet ferro castum Lucrecia pectus
Sanguinis, et torrens egrederetur, ait:
Testetur cunctis non me violasse pudorem,
Ante virum sanguis, spiritus ante deos,
Quam bene producti pro me post fata loquentur
Alter apud Manes, alter apud superos.

Hállanse gustos felices, tan cebados en la delicadeza, tan hechos a las delicias del Concepto, que no pasan otro que sutilezas. Son cuerpos vivos sus obras, con alma conceptuosa, que los otros son cadáveres que yacen en sepulcros de polvo, comidos de polilla. Pequeño cuerpo de Crisólogo encierra espíritu gigante; breve *Panegírico* de Plinio se mide con la eternidad.

Tiene cada potencia un rey entre sus actos, y un otro entre sus objetos; entre los de la mente reina el concepto, triunfa la agudeza. Gran pensamiento éste, que, por serlo tanto, se creyó del Camoens:

Horas breves de mi contentamiento,
Nunca pensé jamás, cuando os tenía,
Que, por mi mal, trocadas os vería
En tan cumplidas horas de tormento.
Las torres que fundé se llevó el viento,
Como el viento veloz las sostenía;
Mas de todo este mal la culpa es mía,
Pues hice sobre falso el fundamento.

Amor con vanas muestras aparece,
Todo lo hace llano y lo asegura,
Y luego, a lo mejor, desaparece.
¡Oh, grande mal! ¡Oh, grande desventura!
Por un pequeño bien, que desfallece,
Aventurar un bien, que siempre dura.

Entendimiento sin agudeza ni conceptos es sol sin luz, sin rayos, y cuantos brillan en las celestes lumbreras son materiales con los del ingenio.

Esta urgencia de lo conceptuoso es igual a la prosa y al verso. ¿Qué fuera Agustino sin sus sutilezas y Ambrosio sin sus ponderaciones, Marcial sin sus sales y Horacio sin sus sentencias?

Discurso II

ESENCIA DE LA AGUDEZA ILUSTRADA

Si el percibir la agudeza acredita de águila, el producirla empeñará en ángel; empleo de querubines y elevación de hombres que nos remonta a extravagante jerarquía. Es éste ser uno de aquellos que son más conocidos a bulto, y menos a precisión; déjase percibir, no definir, y en tan remoto asunto, estímeseme cualquiera descripción; lo que es para los ojos la hermosura y para los oídos la consonancia, eso es para el entendimiento el concepto. Séalo éste del suavísimo de los Doctores a la Cordera de las Vírgenes. Fue —dice Ambrosio— su fervor sobre su edad; muchas más sus virtudes que sus años; y diría yo que su nombre de Cordera (que esto significa Inés) no fue nombre de mujer, sino oráculo de mártir; profecía de su sacrificio: *Fuit devotio supra aetatem; virtus supra naturam; ut mihi videatur, non hominis habuisse nomen, sed oraculum Martyris, quod indicavit, quid esset futura.* Fue esta décima lisonja agradable al ingenio con que el licenciado Antonio de León eternizó el mejor lirio de Francia, ya marchitado:

Caminante: esta urna breve
Guarda un Sol resuelto en hielo,
Convertido en tierra un Cielo,
Una estrella en polvo leve.
No el cetro en los reyes mueve
A ser de su ser ajenos;
De llanto los ojos llenos
Llega, y tu reina verás;
Viva, no pudo ser mas,
Muerta, no pudo ser menos.

Si los materiales objetos dicen una cierta agradable simpatía y una gran conformidad con sus inferiores potencias, ¿cuánta mayor alcanzará una ingeniosa sutileza con la que es reina de todas ellas, digo, el ingenio? Pruébelo este concepto del culto Cayo Veleyo, cuando llega a referir o ponderar el trágico fin del gran Pompeyo. Víspera, dice, fue el día de su muerte del de su nacimiento; mostrándose la fortuna tan otra de sí misma en este gran varón, que al que ayer le faltaba la tierra para la victoria, hoy le falta para la sepultura: *Pridie natalem ipsius vita fuit exitus; in tantum in illo viro a se discordante fortuna ut cui modo ad victoriam terra defuerat, deesset ad sepulturam.*

Resplandece esta conformidad con el entendimiento en este compuesto de conceptos, soneto del celebrado Garcilaso, por su dulzura, facilidad y agudeza:

¡Oh, dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
Y con ella en mi muerte conjuradas.
¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
Horas en tanto bien por vos me vía
Que me habíais de ser en algún día,
Con tan grave dolor representadas?
Pues en un hora junto me llevastes,
Todo el bien que por términos me distes,
Llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
En tantos bienes, porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

Pero esta conformidad o simpatía entre los conceptos y el ingenio, en alguna otra perfección se funda, en algún sutilísimo artificio, que es la causa radical de que se conforme la agudeza, y desdiga tanto el entendimiento su contraria; y ése es el verdadero constitutivo del concepto, que vamos rastreando y admiramos en este agudísimo epigrama de Pentadio a Narciso, en que pondera que si pereció por las aguas necio joven, se restaura por las mismas flor:

Hic est ille, suis nimium qui credidit undis,
Narcisus, vero dignus amore puer.
Cernis ab irriguo repetentem gramine ripam;
Ut per quas periit, crescere possit aquis.

Tradújolo, dándole aun más alma, el canónigo don Manuel Salinas y Lizana, que así en éste, como en los de Marcial, felizmente juntó lo ingenioso de su mente y lo sabroso de su nombre. Dijo:

Éste es el bello Narciso,
Que al agua tanto creyó
Que en su cristal se abrasó,
Y morir de amarse quiso;
De su engaño saca aviso
Para volver a vivir;
Mírale flor repetir,
Sitio en que perdió su ser;
Porque le ayude a crecer,
La que le ayudó a morir.

Toda potencia intencional del alma, digo las que perciben objetos, gozan de algún artificio en ellos; la proporción entre las partes del visible es la hermosura; entre los sonidos, la consonancia, que hasta el vulgar gusto halla combinación en-

tre lo picante y suave, entre lo dulce y lo agrio. El entendimiento, pues, como primera y principal potencia álzase con la prima del artificio, con lo extremado del primor, en todas sus diferencias de objetos. Destínanse las Artes a estos artificios, que para su composición fueron inventadas, adelantando siempre y facilitando su perfección. Atiende la dialéctica a la conexión de términos para formar bien un argumento, un silogismo y la retórica al ornato de palabras para componer una flor elocuente, que lo es un tropo, una figura.

De aquí se saca con evidencia que el concepto, que la agudeza, consiste también en artificio, y el superlativo de todos, como se ve en éste, de un ingenioso orador, en que ponderó San Francisco Javier que no sólo este grande apóstol del Oriente se llevaba las voluntades de todos cuantos trataba, sino que pareció que tenía hechizado (a nuestro modo de decir) al mismo Señor, pues sudaba en Navarra un devoto Crucifijo todas las veces que el santo padecía algún trabajo en la India. Aludiendo a lo que pasa en los hechizos, entre las imágenes y las personas hechizadas, que fue plausible ponderación.

No se contenta el ingenio con sola la verdad, como el juicio, sino que aspira a la hermosura. Poco fuera en la arquitectura asegurar firmeza, si no atendiera al ornato. Que simetría, en griega o en romana arquitectura, así lisonjea la vista, como el artificio primoroso suspende la inteligencia en este elegante epigrama del ingenioso Zárate a la Aurora:

Esta sombra del sol, si no primera
Causa, principio y juventud del día,
Luz de Dios que tinieblas nos desvía,
Y en la misma inconstancia no se altera.
Ésta, que corre el velo de la esfera
Y con efectos de beldades guía,
No sirva de adormir con armonía,
O con respiración de Primavera.
Si acaso adormeciere los sentidos
Con voz de plumas, resplandor de flores,
De su llorosa risa documento,

A lágrimas de luz, velad dormidos,
No os suspendan los ecos y colores,
Pues van juntos el llanto y el contento.

Resaltan más con unos que con otros los extremos cognoscibles, si se unen, y el correlato, que es el realce de sutileza para uno y es lastre para otro. Juntó con donosa invención Ovidio en una piedra llamada Onix en latín, y en nuestro castellano Cornerina, este mote: *Flamma mea,* y la remitió así sobrescrita, queriendo decir: *O, nix, flamma mea!,* que aun en romance dice agudeza: ¡Oh, nieve, llama mía!

Consiste, pues, este artificio conceptuoso, en una primorosa concordancia, en una armónica correlación entre dos o tres cognoscibles extremos, expresa por un acto del entendimiento. Campea esta correspondencia en este gran pensamiento de Patérculo. Marco Cicerón (dice), aquel que se debió a sí todos sus aumentos: varón de una novedad nobilísima, y así como por su vida esclarecido, así por su ingenio máximo, y a quien debemos el no quedar vencidos del ingenio de aquellos cuyas armas vencimos: *Marcus Cicero, qui omnia incrementa sibi debuit: vir novitatis nobilissimae et ut vita clarus, ita ingenio maximus, qui effecit, ne quorum arma viceramus, eorum ingenio vinceremur.*

De suerte que se puede definir el concepto: es un acto del entendimiento, que exprime la correspondencia que se halla entre los objetos. La misma consonancia o correlación artificiosa exprimida es la sutileza objetiva, como se ve o se admira en este célebre soneto que, en competencia de otros muchos a la rosa, cantó don Luis de Góngora:

Ayer naciste, y morirás mañana;
Para tan breve ser, ¿quién te dio vida?
Para vivir tan poco, estás lucida,
Y para nada ser, estás lozana.
Si tu hermosura te engañó más vana,
Bien presto la verás desvanecida,
Porque en esa hermosura está encondida
La ocasión de morir muerte temprana.

Cuando te corte la robusta mano,
Ley de la agricultura permitida,
Grosero aliento acabará tu suerte.
No salgas, que te aguarda algún tirano,
Dilata tu nacer para tu vida,
Que anticipas tu ser para tu muerte.

Esta correspondencia es genérica a todos los conceptos, y abraza todo el artificio del ingenio, que aunque éste sea tal vez por contraposición y disonancia, aquello mismo es artificiosa conexión de los objetos.

Discurso III

VARIEDAD DE LA AGUDEZA

La uniformidad limita, la variedad dilata; y tanto es más sublime, cuanto más nobles perfecciones multiplica. No brillan tantos astros en el firmamento, campean flores en el prado, cuantas se alternan sutilezas en una fecunda inteligencia. De esta suerte, está lleno de conceptos aquel tan sazonado poema de don Antonio de Mendoza, de *Querer por sólo querer,* pero entre muchos, logra este soneto a la soledad:

Amable soledad, muda alegría,
Que ni escarmiento ves ni ofensas lloras;
Segunda habitación de las auroras,
De la verdad primera compañía.
Tarde buscada paz del alma mía,
Que la vana inquietud del mundo ignoras,
Donde no la ambición corta las horas,
Y entero nace para un hombre el día.
¡Dichosa tú que nunca das venganzas,
Ni de Palacio ves con propio engaño,
La ofendida verdad de las mudanzas,
La sabrosa mentira del engaño,
De almíbar las amargas alabanzas,

Ni del tirano amigo el trato extraño!

Hay distinción en esencias, y ésta es la preeminente, y hayla por accidentes, segunda; una y otra perfeccionan la agudeza con belleza superlativa. Hállanse de primera magnitud, como lo fue este afectuoso epigrama del no menos pío que ingenioso Remondo a la Magdalena:

Magdala divinis, dum figeret oscula planctis:
Saepe haec ex imo pectore verba dabat.
Dicam ne, an sileam? Culparum sarcina felix,
Quae me tam charos deprimis ante pedes!

Soles por lo raro, sales por lo agradable; otras hay de segunda, y aun de ínfima sal menuda en abundancia. Una agudeza grave por lo sublime de la materia y sutil por lo realzado del artificio; es acto digno y propio del espíritu: tal fue éste del célebre Lope de Vega a la Descensión de la Virgen, a favorecer a San Ildefonso:

Cuelgan racimos de ángeles, que enrizan
La pluma al sol, en arcos soberanos;
Humillan nubes promontorios canos,
Y de aljófar la tierra fertilizan.
Desde el Cielo a Toledo se entapizan
Los aires de celestes cortesanos,
Con lilios y azucenas en las manos,
Que la dorada senda aromatizan.
Baja la Virgen, que bajó del Cielo
Al mismo Dios; pero si a Dios María,
Hoy a María de Ildefonso el celo.
Y como en Pan Angélico asistía
Dios en su Iglesia, el Cielo vio, que el suelo,
Ventaja por entonces le tenía.

La primera distinción sea entre la agudeza de perspicacia y la de artificio; y ésta es el asunto de nuestra arte. Aquélla atiende a dar alcance a las dificultosas verdades, descubrien-

do la más recóndita. Ésta, no cuidando tanto de eso, afecta la hermosura sutil; aquélla es más útil, ésta, deleitable; aquélla es todas las Artes y Ciencias en sus actos y sus hábitos; ésta, por recóndita y extraordinaria, no tenía casa fija.

Pudiera dividirse la agudeza de artificio en agudeza de concepto, que consiste más en la sutileza del pensar, que en las palabras, como aquel plausible discurso de un orador sacro, que en la misteriosa ceremonia de la ceniza ponderó el entierro del hombre, con todas sus circunstancias, lutos de la iglesia, capuces de los eclesiásticos, llantos de los profetas, la cruz delante, poca tierra que basta para cubrir al mayor monarca, y ésa, polvo significativo del olvido, la uniformidad de palabras y de acción, que en la sepultura no hay desigualdades; y de esta suerte, fue discurriendo por todos los demás requisitos funerales. La otra es agudeza verbal, que consiste más en la palabra; de tal modo que, si aquélla se quita, no queda alma, ni se pueden éstas traducir en otra lengua; de este género son los equívocos, muy celebrado éste, que por mote lo dijo una menina de la reina, en aquella usada ingeniosa recreación de Palacio:

El galán que me quisiere
Siempre me regalará,
Porque de él se me dará
Lo mismo que se me diere.

La tercera es agudeza de acción, que las hay prontas, muy hijas del ingenio, como fue aquélla del Emperador Carlos V, cuando dejó caer el anillo en Francia. El ponerse a sarmentar el rey don Alonso detrás del Vargas. Sacar la espada Pedro, Conde de Saboya, cuando le pedía el gran Canciller del Emperador los títulos de su estado. El tirar Selim del tapete, cuando el viejo, su padre, a él y a sus hermanos los examinaba para herederos de la manzana; el huevo de Colón, o Juanelo. Y de esta suerte otras muchas, especialmente las que encierran intención misteriosa, como se dirá en su discurso propio; pero esta división más es accidental, digo de sujeto en accidentes, y lo que merece por adecuada pierde por vulgar.

Más propiamente se dividiera en agudeza de correspondencia y conformidad entre los extremos objetivos del concepto, que son los correlatos, que une para la artificiosa sutileza, como ésta de Floro, a la muerte de Julio César. Aquél (dice) que anegó todo el mundo con la romana sangre, inundó con la suya todo el Senado: *Sic ille, qui terrarum Orbem civili sanguine implerat: tandem ipse sanguine suo curiam implevit.* Vese la correspondencia entre el mundo, lleno de sangre ajena, y el Senado de la suya propia, sangre con sangre. Esta misma correspondencia campea en esta estancia de aquella agradable égloga del Príncipe de Esquilache, y príncipe de la Poesía:

Oíd mis quejas tristes,
Lisonjas de estas muchas soledades;
Ismenio soy, que vistes
Llorar agravios y cantar verdades,
Cuando del monte al prado
Bajaba sus tristezas y ganado.

Hace dulcísima armonía entre el cantar y llorar, bajar tristezas y ganado. La otra es agudeza de contrariedad o discordancia entre los mismos extremos del concepto; así como ésta, de San Crisólogo a la Magdalena, hecha trofeo a los pies de su Maestro. He aquí (dice) trocado el orden de las cosas; siempre el Cielo envía su lluvia a la tierra, mas hoy la tierra es la que riega al Cielo: *En mutatus ordo rerum pluviam terrae Coelum dat semper ecce nunc rigat terra Coelum; imo super Coelos, et usque ad ipsum Dominum imber humanarum prosilit lachrymarum.* Con esta misma sutileza concluye don Luis Carrillo, el primer culto de España, este soneto al desengaño:

Cuando me vuelvo a mí, y el dulce engaño,
Que en deleznables lazos busco y sigo,
Conozco al alma, aunque tirano amigo,
Por corte tengo el mal, por corto el daño.
Mas, cuando no, con el dolor tamaño
Que al alma abraza, querelloso digo:

«Ciega mi enfermedad, duro enemigo,
¡Oh, amor! Tal eres en tu enojo extraño.»
Cruel estrella se entregó a mi suerte,
Pues de ciegos recelos oprimida,
Desconociendo el bien, el mal advierte.
Mas sólo alienta en mí tan honda herida
El ver que el tiempo, si me da la muerte,
El mismo tiempo me ha de dar la vida.

Vese en entrambos ejemplos aquella oposición y discordancia ponderada en el primero, por aquella metáfora de llover la tierra sobre el Cielo, al contrario de lo ordinario; y en el segundo concluye el soneto con el dar muerte y dar vida al mismo tiempo; pero esta división de la agudeza no abarca todas sus especies, como las crisis, exageraciones y otras.

Hay agudeza pura, que no contiene más de una especie de concepto, sea proporción o sea misterio; así concluye Girón, agudísimo poeta valenciano, una quintilla, en el Poema de *La Pasión,* cuando llega a la negación de San Pedro. Dice:

¿No había de cantar el gallo
Viendo tan grande gallina?

No encierra otro concepto sino una proporción entre el cantar del gallo y el temer de Pedro. Otra hay agudeza mixta, monstruo del concepto, porque concurren en ella dos y tres modos de sutileza, mezclándose las perfecciones y comunicándose las esencias. Así en esta redondilla de romance, aquél que fue cisne, fue águila, fue fénix, en lo canoro, en lo agudo y en lo extremado:

Junto a mi casa vivía,
Porque yo cerca muriese,
Una mora del linaje
De los bravos Melioneses.

Aquí encierra en dos versos muchos conceptos. El misterio

de vivir cercanos, y da la razón de él por una excelente improporción, contraponiéndole el vivir para matar, y no perdona a la exageración, que es otro grande realce; incluye también la transmutación o conversión. Lo mismo se ve en este ingenioso epigrama del Estroza, en que pinta la lucha del dios Pan y del Amor:

Pan, et Amor quondam lucta certare volentes,
Deponunt calamos ille, vel ille sacros.
Hic onus alarum, villosa nebridos, ille
Proicit hic arcus, proicit ille pedum.
Tum liquido exutos artus perfundit olivo;
Cecropiaeque modum servat uterque pales.
Conservere manus totis conatibus ambo,
Robore Pan fidens dexteritate puer.
Aspera pugna fuit; primisque assaltibus anceps,
Nunc Pana ajebant vincere, nunc puerum.
At demum elato prensavit cornua saltu;
Panaque qui vincit omnia, vicit amor.

Aquí se ve la ingeniosa ficción, la comparación, antítesis sobre todo, el jugar de la voz Pan, que significa en griego todas las cosas, y debajo esa alegoría concluye con el encarecimiento de que el amor todo lo rinde.

Dividiráse adecuadamente en agudeza de artificio menor y de artificio mayor; quiero decir, incompleja y compuesta. La incompleja es un acto solo, pero con pluralidad de formalidades y de extremos, que terminan el artificio, que fundan la correlación, como se muestra en esta ponderación de aquel gran Padre, cuyo augusto nombre le corona por Rey de los ingenios. Nace Juan (dice Agustino) cuando los días comienzan a menguar; nace Cristo, cuando comienzan a crecer, para que se cumpla lo que el mismo Juan dijo: él conviene que crezca, y que yo mengüe. *Nascitur Joannes cum dies inciperent minui: natus est ipse cum dies inciperent crescere; ut praefiguraretur quod ait idem Joannes, illum oportet crescere, me autem minui.*

Aunque encierre en sí dos y tres agudezas, con todo eso se llama incompleja, porque va por modo de un pensamiento

solo, como en un epigrama, en un soneto; y sea éste del ingenioso don Luis Carrillo.

Mira el amante, pálido y rendido
A la inclemencia, Tisbe, de su hado,
El rostro en llanto por su amor bañado
Y él en su sangre por su amor teñido.
Hirióse con la espada, que había sido
Ministra de su mal y su cuidado.
El golpe no sintió, que era acabado,
Con el morir su amante, su sentido.
Cayó, y buscó su sangre presurosa
La fría de su dueño, y ella herida,
Los brazos de su amante querellosa.
Mostró su ser la muerte en tal caída,
Pues fue a juntar de un golpe, poderosa,
Lo que el amor no pudo en una vida.

La agudeza compuesta consta de muchos actos y partes principales, si bien se unen en la moral y artificiosa trabazón de un discurso. Cada piedra de las preciosas, tomada de por sí, pudiera oponerse a estrella, pero muchas juntas en un joyel, parece que pueden emular el firmamento; composición artificiosa del ingenio, en que se erige máquina sublime, no de columnas ni arquitrabes, sino de asuntos y de conceptos. Fue ingenioso discurso, dedicado a la Aurora del Empíreo. Ponderando que con gran misterio se llamó María, que significa *señora,* porque fue concebida, no como esclava, sino como señora de la culpa en gracia, y aun en gloria; nació como señora de la vida, no sujeta a las más de sus penalidades; murió como señora de la muerte de la fuerza del amor.

Vuélvese a dividir la agudeza incompleja en sus géneros y modos, y redúcese a cuatro, como raíces, fuentes del conceptear. La primera es de correlación y conveniencia de un término a otro, y aquí entran las proporciones, improporciones, semejanzas, paridades, alusiones, etc. La segunda es de ponderación juiciosa sutil, y a ésta se reducen crisis, paradojas, exage-

raciones, sentencias, desempeños, etc. La tercera es de raciocinación, y a ésta pertenecen los misterios, reparos, ilaciones, pruebas, etc. La cuarta es de invención, y comprende las ficciones, estratagemas, invenciones en acción y dicho, etc. Que todas se van declarando en los discursos siguientes.

Discurso IV

DE LA PRIMERA ESPECIE DE CONCEPTOS, POR CORRESPONDENCIA Y PROPORCIÓN

Privilegio es de ciencia reducir a principios generales su enseñanza; son las máximas doctrinales, lo que el nombre dice, cabezas y como fuentes del discurrir, los fundamentos del enseñar; comience, pues, por un principio real la arte reina.

Es el sujeto sobre quien se discurre y pondera; ya en conceptuosa panegiris, ya en ingeniosa crisis, digo alabando o vituperando; uno como centro de quien reparte al discurso, líneas de ponderación y sutileza a las entidades que lo rodean; esto es, a los adjuntos que lo coronan, como son sus causas, sus efectos, atributos, calidades, contingencias, circunstancias de tiempo, lugar, modo, etc., y cualquiera otro término correspondiente. Valos careando de uno en uno con el sujeto, y unos con otros, entre sí, y en descubriendo alguna conformidad o conveniencia, que digan, ya con el principal sujeto, ya unos con otros, exprímela, pondérala, y en esto está la sutileza. El ejemplo lo pruebe y lo declare. Careó San Ambrosio en el Bautista su nacimiento y su muerte, halló que aquél fue por profecía, y ésta por la verdad: exprimió luego la correlación, y dijo: No sé de qué me admire más, si de su prodigioso nacimiento o si de su prodigiosa muerte. Con razón murió por la verdad el que nació por profecía. *Utrum quod mirabiliter natus sit: an quod mirabilius sit occissus? Natus enim est in prophetia; in veritate peremptus est.* Con este modo de concepto dio principio a su aplaudida canción el Petrarca, que consagró a la verdadera láurea y corona de los serafines, María:

¡Oh!, Virgen bella, *que del Sol vestida,*
De estrellas coronada, *al Sol inmenso*
Tanto agradaste, que en ti fue escondido.

Nótese la correspondencia entre vestirse del Sol, y vestirle de su carne, agradar con el Sol al Sol. Esta misma armonía y correlación hizo tan celebrado este soneto de don Luis de Góngora a don Cristóbal de Mora, Marqués de Castel-Rodrigo:

Árbol de cuyos ramos fortunados,
Las nobles *Moras* son *quinas* reales,
Teñidas con la sangre de leales
Capitanes, no amantes desdichados.
En los campos del Tajo más dorados,
Y que más privilegian sus cristales,
A la par de la sublime palma sales,
Y más que los laureles levantados.
Gusano, de tus hojas me alimentes;
Pajarillo, sosténganme tus ramas
Y ampáreme tu sombra, peregrino.
Hilaré tu memoria entre las gentes,
Cantaré, enmudeciendo ajenas famas,
Y votaré a tu templo mi camino.

Va combinando sus empleos con el moral de su patrocinio, cantando ave o cisne a sus ramas, hilando como gusano de seda (que él dijo: hiló su cárcel) aliméntase de lo moral, y concluye, peregrino en sus soledades, votándole su camino. De suerte, que, esta primera especie de concepto, consiste en una cierta armonía y agradable correspondencia, que dicen entre sí los términos, o con el sujeto. Hizo Agustino centro de su agudeza a aquella Señora, que lo fue de la sabiduría infinita, y dijo: Dignóse el Verbo Eterno de trocar el seno del Padre por el sagrado virginal vientre de su Madre, y pasó esta Señora, de esposa de un pobre carpintero, a serlo del Arquitecto del Cielo. *Ex sinu Patris in uterum dignatur descendere Matris, quae, dum desponsaretur fabro, Coeli nupsit Architecto.* Puso la correspondencia primero entre el seno del Padre y el de la

Virgen madre, y luego entre aquellos dos extremos de un carpintero, al Arquitecto Criador. Con una bien ponderada proporción hizo argumento al corazón empedernido el ingenioso, y aquí más por lo verdadero, el caballero Guarini. Pondera así en la muerte de su Criador:

Questo è quel dí di pianto, e d' horror degno,
Che al Padre il Figlio in sacrificio offerse:
E nel lavacro del suo sangue immerse
Puro innocente, il nostro fallo indegno.
Su questo or sacro, e pria spietato legno,
Chi morir non potea, morte sofferse,
Qui chiudendo le ciglìa, il Cielo apperse;
E rende l'alme al già perduto regno.
Converse avea la morte in noi quell'armi:
Ei le sostenne, e feo dell' innocenti
Sue membra scudo, onde altrui vita impetra.
Orse i chiusi sepolcri, e i duri marmi
Si aprono, e piagne il Cielo, e gli elementi?
Ben empio è'l cor che non si move, e spetra.

Cuando esta correspondencia está recóndita, y que es menester discurrir para observarla, es más sutil, cuanto cuesta más, como en ésta de don Luis de Góngora:

Extremo de las hermosas
Y extremo de las crueles;
Hija al fin de sus arenas
Engendradoras de sierpes:

Extremada correlación entre ella cruel, y su patria, madre de fieras y víboras. Esto es propiamente conceptear con sutileza, y este modo de concepto se llama proporcional, porque en él se atiende a la correspondencia, que hacen los extremos cognoscibles entre sí: esta misma agudeza contiene aquel epigrama de Marcial, que ha merecido más aplausos que tiene sílabas. Careó en Diaulo los empleos antes de médico y después de sepulturero, y dijo:

Nuper erat Medicus, nunc est vespillo Diaulus:
Quod vespillo facit, fecerat et Medicus.

Tradúcelo ajustadamente el canónigo don Manuel de Salinas, con otros muchos selectos del agudísimo Marcial, para darlos a la estampa, asunto que será tan agradable cuanto deseado:

Diaulo es hoy sepulturero,
Y ha poco que era doctor:
Lo que hace enterrador,
Hizo médico primero.

Bien patente está la correspondencia entre médico y sepulturero, perseverando en su ejercicio de echar en la sepultura. Hállase simetría intelectual entre los términos del pensamiento, tanto más primorosa que la material entre columnas y acróteras, cuanto va del objeto del ingenio, al de un sentido. ¿Qué correspondencia más ingeniosa que la de esta ponderación, al hacerse esclava la Madre Virgen, cuando la hacen reina del Cielo y tierra? *Por cuanto* (dice) *cuando había de ser esclava de la culpa en su Concepción, la gracia la hizo reina: hoy en su Anunciación, cuando había de ser reina, su humildad la hace esclava.*

Por esta misma consonancia pondera conceptuosamente don Francisco de la Cueva el hecho de Porcia en este gran soneto:

Porcia, después que del famoso Bruto
Supo, y creyó la miserable suerte:
«No viva yo sin ti», con pecho fuerte
Dijo, llorando sobre el casto luto:
«Ved que las armas me escondéis sin fruto,
Gente curiosa en impedir mi muerte,
Que amor me da con que a pagarle acierte,
De esta limpieza y de esta fe el tributo.»
Tragó las brasas, y aunque allá sintieron,
Que las de amor, si amor lo permitiera,

Bastaban a vencer su fuerza esquiva.
Como todas a intento igual vinieron,
Concertáronse al fin de tal manera,
Que la mataron por dejarla viva.

Añade a la correspondencia de las ascuas materiales y el fuego de su amor, otra grande agudeza de la exageración. Extremada correspondencia fue también la de aquel concepto de don Antonio de Mendoza, por antonomasia el cisne cortesano, en la *Vida* de la Emperatriz de los Cielos:

Extraña, venera, admira,
Tan soberanos portentos,
Que Juan es la *voz de un mudo,*
Y ella es la *vista de un ciego.*

Esta armonía conceptuosa, unas veces se halla entre las causas del sujeto de la panegiris: así aquel gran padre, a quien la reina del Empíreo le restituyó la mano, para que prodigiosamente escribiese sus excelencias. San Juan Damasceno careó las dos causas paternas de esta señora, y dijo: El padre se llama *Joachim,* que significa preparación; la madre *Ana,* que es gracia. ¿Preparación y gracia? Luego María fue concebida con circunstancias, con privilegios de sacramento. Esto más fue comulgar la naturaleza, que concebirla. Gran correspondencia entre Joachim y Ana, gracia y preparación; y luego la glosa con la solución del misterio: concepto que pudiera honrar un querubín.

Otras veces campea esta correlación entre los efectos del sujeto. De esta suerte proporcionó Floro en Tarquino el Soberbio la iniquidad en el alcanzar el reino con la tiranía después en el gobernar. El poder (dijo) adquirido con maldad, no con menos lo ejerció que lo consiguió: *Hic regnum habitum, quod a Servio tenebatur, rapere maluit, quam expectare; immissisque in eum percusoribus: scelere portam potestatem, non melius egit, quam acquisierat.* Los efectos del vano y ciego amor proporcionó correlativamente el inmortal Camoens:

Vençome amor, nam o nego,
Tem mais força, que eu asaz;
Que como e *çego e rapaz,*
Dame porrada de çego.

Corresponde el efecto a la causa; el golpe, al amor ciego. Pero las circunstancias, por lo muchas, suelen ser copiosa materia de esta armonía ingeniosa. Ponderó San Agustín el crecer del día, al nacer del Sol de Justicia, y dijo: Crezca el día temporal cuando nace el día eterno: acérquesenos el Sol material, pues el Divino nace en la tierra; mengüen los horrores de las tinieblas al amanecer la verdadera luz: *Nec immerito aucto jam ab hinc die, hodie lux incrementum cepit; cum humano generi in hoc utique die vera lux venit. Die enim aeterno nascente, augmentum debuit dies temporalis accipere: defectionem sentiunt opera tenebrarum.* De la correspondencia del lugar tomó pie don Luis de Góngora para un gran concepto y dijo:

Dos términos de beldad
se levantan junto a donde
Los quiso poner Alcides,
Con dos columnas al Orbe.

Ponderó bien la duplicada belleza en el término y *non plus ultra* del valor. Con esta sutileza ponderó otro más felizmente: que con razón la Virgen Madre moraba en Galilea, que significa término, la que fue extremo de la santidad y *non plus ultra* de la perfección. Las contingencias solicitan la prontitud, y la fecundan para este modo de concepto. Ingeniosamente, Marcial glosó la contingencia de quedar sepultada una abeja en una gota de electro, ponderando que fue sin duda proporcionado premio de sus dulces empleos, néctar al néctar, y electro a su dulce licor:

Et latet et lucet Phaetontide condita gutta,
Ut videatur apis nectare clausa suo.
Dignam tantorum pretium tulit illa laborum
Credibile est ipsam sic voluisse mori.

Mas si sólo el exprimir esta correspondencia y armonía, que se halla entre los extremos objetivos, es sutileza y obra grande del pensar, ¿qué será cuando no se contente con eso sólo un grande ingenio, sino que pase adelante y llegue a realzarla? Prodigio es del sutilizar. Puédese adelantar de muchos modos: sea el primero, añadiendo la ponderación a la correlación Don Francisco de Quevedo, en la transformación de Dafne, introduce a Apolo hablando de esta suerte, con más sutileza que cultura:

Ya todo mi bien perdí,
Ya se acabaron mis bienes;
Pues hoy, corriendo tras ti,
Aun mi corazón, que tienes,
Alas te da contra mí.

Ponderó bien que las alas de su corazón la ayudaban en su carrera. No sólo se funda tal vez la correspondencia entre los correlatos, sino que se le da exceso de parte de alguno de ellos. Con notable sutileza, Marcial, glosando aquel acaso, en que llegando un niño a jugar con la osa de metal, que estaba en las cien columnas, y metiéndole la mano en la boca, le picó una víbora que estaba escondida en ella; no sólo proporcionó fiera con fiera, sino que ponderó que vivía con más cruel alma la osa fingida, que si fuera verdadera:

Proxima centenis ostenditur ursa columnis,
Exornant fictae, qua Platanona ferae.
Hujus dum patulos alludens tentat hiatus
Pulcher Hylas, teneram mersit in ora manum.
Vipera sed cæco scelerata latebat in ore,
Vivebatque anima deteriore fera.
Non sensit puer esse dolos, nisi dente recepto,
Dum perit: o facinus, falsa quod ursa fuit!

Elegantemente lo traduce así nuestro Salinas:

En el pórtico excelso de Pompeyo,

Cuya hermosa fachada
Se ve de cien columnas adornada,
Y de plátanos mil embellecida,
Donde diversas fieras,
Que adornan más el sitio majestuoso,
Tan al vivo se miran,
Que por muertos algunos se retiran:
De metal una Osa,
Con boca abierta en la primera losa,
De una pilastra estaba:
Con ésta, pues, el bello niño Hilas,
Por niñear un día,
En la boca la mano le metía:
Mas ¡ay! que, aunque son todas duros bronces,
Con alma más cruel vivía entonces
La Osa, que si viva allí estuviera;
Pues en su boca abierta y tenebrosa,
Víbora se ocultaba ponzoñosa,
Que al rapaz inocente
Clavó en su mano el venenoso diente:
Cuando a ponzoña tanta,
Rindió la vida el niño bullicioso:
¡Oh, hado riguroso!
¡Oh, suerte desdichada!
¡Qué cause mayor mal fingida fiera
Que, siendo natural, hacer pudiera!

Por lo contrario, cuando hay exceso entre los dos extremos correlatos, ir realzando el excedido, para que llegue a igualar con el otro, es relevante sutileza. Andrada, aquel gran heredero de la sutileza de su gran padre Agustino, careando la hermosura virginal de Santa Inés en carne mortal con la dotal de la gloria, dijo: que sin duda se adelantó la gracia a la gloria en hermosearla; previnola, no la dejó quehacer; de suerte, que realzó la gracia a los efectos de la gloria, y la belleza mortal a la inmortal. A veces no está el uno de los extremos, sino que se finge, con probabilidad, para fundar la correspondencia; vese en esta estancia de aquella emulada

canción de don Francisco de Quevedo a la muerte de don Luis Carrillo:

Vi con pródiga vena,
De parlero cristal un arroyuelo,
Jugando con la arena.
Y enamorando de su risa el cielo;
Y a la margen amena,
Una vez murmurando, otra corriendo,
Estaba entreteniendo,
Espejo guarnecido de esmeralda,
Me pareció al miralle;
El prado, su guirnalda:
Mas abrióse en el valle
Una envidiosa cueva de repente,
Enmudeció el arroyo,
Creció la oscuridad del fatal hoyo,
Y sepultó recién nacida fuente,
Cuya corriente breve restauraron,
Ojos que de piadosos la lloraron.

Encareció bien, proporcionando la corriente, salida de los ojos, con la desaparecida a ellos; no siempre está la proporción, pero se exprime la falta de ella; así dijo el prodigioso Lope de Vega:

Mis pastores te decían,
Cuando a mi puerta llamabas:
En vano *llama a la puerta,*
Quien no *ha llamado en el alma.*

Deseóse la correspondencia, o se arguyó faltar entre el corazón y la material de su cabaña. También es grande sutileza ir realzando alguno de los dos extremos, para fundar la correspondencia, descubriéndole alguna formalidad, o supliendo en su perfección lo que le falta con el nombre o con las circunstancias, para la proporción. Fue destinado, entre los Grandes de España, el de Alba para el real cortejo de la sere-

nísima señora doña María de Austria, infanta de España, augusta emperatriz de Alemania, digna consorte de Ferdinando III, en su viaje del Ebro al Alvis; glosó uno a lo pronto, por lo de paso, y dijo: *Bien va el Alba con el Sol.* Adelantó otro, que hay victorias entre los ingenios. Heroico es el desempeño, porque si Alemania enriqueció a España más con sola una tan preciosa Margarita que entrambas Indias con sus flotas y riquezas, hoy España retorna esta perla, hija de aquélla, y la conduce el Alba. Campea la correspondencia entre Alba, Sol, Margarita, Indias.

Vencer una aguda correspondencia con hallar otra mayor es doblar la sutileza; así Sulpicio Cartaginés, al mandar Virgilio quemar su *Eneida,* por una sazonada proporción, glosó que no eran nuevos para Troya los incendios, allá verdadera, y aquí decantada:

Juserat heu rapidis aboleri carmina flammis
Virgilius, Phrygium, quæ cecinere ducem.
Tucca vetat, Varusque simul: tu Maxime Cæsar,
Non sinis: et latiæ consulis historiae.
Infelix gemino cecidit prope Pergamon igni,
Et pene est alio Troya cremata rogo.

Realzó el concepto Cornelio Gallo, ponderando que aun hubiera sido más cruel y digno de más sentimiento este segundo incendio que lo fue el primero, pues fue feliz aquél en consuelo de tan heroico canto:

Temporibus laetis tristamur Maxime Caesar,
Hoc uno amisso, quem gemo Virgilium.
Sed vetuit relegi, si tu patiere libellos.
In quibus Aeneam condidit ore sacro.
Roma rogat, precibus toties tibi supplicat Orbis.
Ne pereant flammis, tot monumenta ducum.
Atque iterum Trojam sed maior flamma cremabit,
Fac laudes Italum, fac tua facta legi.
Aeneamque suum fac maior nuntius ornet:
Plus fatis possunt Caesaris ora dei.

Éstas son las agradables proporciones conceptuosas, belleza del discurso, hermosura del ingenio. Con este género de concepto concluye el célebre Luis de Camoens aquel soneto, apreciado por rey de los demás:

Alma minha gentil, que te partiste,
Tão çedo desta vida descontente:
Reposa lá no ceo eternamente,
E viva eu ca na terra sempre triste:
Se lá no asento Etéreo, onde subiste,
Memoria desta vida se consente;
Não te esqueças de aquelle amor ardente,
Que ja nos olhos meus tão puro viste.
E se vires que pode merecerte,
Algua cousa a dor que me ficou,
Da magoa sem remedio de perderte:
Roga a Deus, que teus annos encurtou,
Que tão çedo de cá me leve a verte,
Quam cedo de meus olhos te levou.

Discurso V

DE LA AGUDEZA DE IMPROPORCIÓN Y DISONANCIA

Es la improporción el otro extremo en este modo de agudeza; contraria a la pasada, pero no desigual, porque de los opuestos suele ser émula la perfección. Fórmase por artificio contrapuesto a la proporción, como se ve en este laureado soneto, de Bartolomé Leonardo, por el asunto, que fue a San Laurencio, y por el concepto, que fue grande:

Cual cisne, que con últimos alientos
Vive y muere cantando a un mismo punto,
Y en el *sepulcro y nido* todo junto,
Más vivos articula los acentos.
Tal en la dura cama, en fuegos lentos,
el invicto español vivo y difunto,

Levantó este divino contrapunto
Cercado de tiranos y tormentos.
Yo, Celestial Señor, yo, aquel Laurencio,
A cuyo corazón fuerza enviaste,
Para mayor martirio suficiente;
Y a quien tú visitaste en el silencio
De la noche, y con fuego examinaste,
Ardiendo el alma en otro más ardiente;
Recibe este mi espíritu inocente,
Y tú, tirano cruel, cruel Ceraste,
Revuelve, y come de este lado abierto,
Y da sepulcro vivo a un cuerpo muerto.

Otro dijo:

Serán tus entrañas crudas
Sepulcro de un cuerpo asado.

Allí se busca la correspondencia, aquí al contrario: la oposición entre los extremos. El gran Ambrosio, cuyo nombre bautizó misterioso sus escritos, siempre conceptuoso sobre elocuente, pero en el discurso de Santa Inés, apasionado, contrapuso con grande artificio la pequeñez de su cuerpo a la grandeza de su espíritu, la delicadeza virginal con la crueldad tirana. ¿Hubo (dice) lugar en aquel tierno cuerpecito para tantas y tan grandes heridas? Y lo que no tenía donde recibir los golpes del hierro, tuvo donde conseguir las coronas. Aun no sazonada para la pena, y ya madura para la victoria: *Fuit ne in illo corpusculo vulneri locus? Et quae non habuit quo ferrum reciperet; habuit quo ferrum vinceret. Nondum idonea poenae et jam matura victoriae; certare difficilis, coronari.* Sobresale ingeniosamente la correlación de contrariedad entre los términos de ella en este ejemplo del abundante Vega:

Ninguna cosa, Zulema,
De cuantas miro me agrada;
Hasta esa sierra nevada

Es un volcán que me quema.
Estas aguas de Genil
No pueden darme templanza,
Ni está verde mi esperanza,
Con haber llegado abril.
¿Qué se me da a mí que cante
El ave en esas acequias,
Si son funestas exequias
De la vida de un amante?

Nace de la proporción la hermosura, no siempre de la improporción en el hecho, pero el notarla en el concepto es perfección. Ponderó bien el cordobés agudo la ceguera de dos amantes en su *Poema de los Comendadores:*

Jorge y Beatriz se miraron
Con un afecto encendido,
Que entrándoles por los ojos
Nunca vieron el peligro.

Está la improporción en aquél no ver su mal, entrándoles por la vista. Es muy practicada esta disonancia por lo fácil del concebirla. Con esta agudeza comienza un soneto de Juan de Valdés:

La luz mirando, y con la luz más ciego,
Rompe Leandro espumas plateadas
Y entre las olas, con el viento hinchadas,
Pide al cielo piedad, al mar sosiego.

Y don Antonio de Mendoza da fin a sus octavas en su aplaudida comedia de *Querer,* con la artificiosa discordancia:

Bella ninfa del sol, deidad de nieve,
Más luciente, más cándida, más pura,
Cuya vista gentil airosa mueve
Globos de luz, esferas de hermosura,
Donde tanto escarmiento el vuelo atreve

Tanta vida contenta, y no segura;
Que puedes, si a tus ojos las conduces,
Matar con vidas y cegar con luces.
Tú, que de acero y de belleza armada,
No das reposo a nadie en su elemento,
Vistiendo hermosa, y coronando airada
De gloria el campo y de terror el viento;
Y en la selva, aun del sol mal penetrada,
Con planta bella, con bizarro aliento,
Logrando flechas, recogiendo amores,
Le quitas fieras y le dejas flores.

Ármase esta contrariedad entre los mismos términos que la conformidad, y así, entre el sujeto y sus causas. De esta suerte careó uno al Bautista, voz, con su padre mudo, y concluye esta oposición, diciendo: Enmudezca Zacarías al engendrar a Juan, para que conste que él, que es más que profeta, más es también que voz de profeta, pues es voz de la Divina Palabra, con ecos de sabiduría infinita. Entre los efectos del amor profano la ponderó el padre Tablares, ingenioso y pío jesuita:

Con leche brindas, y la sangre llevas,
Risueño miras, y sangriento llagas;
Y aunque con oro cebas,
Amor con yerros pagas;
Y cuando fénix mueres,
En ultrajada palma,
Veneno viertes que atosiga el alma.

Gran decir, y que muestra bien lo que vale este modo de concepto. Entre dos accidentes fundó esta contraposición el siempre ingenioso caballero Guarini:

Oh, felice augelleto:
Come nel tuo diletto,
Ti ricompensa ben l'alma natura,
Se ti negó saber, ti diè ventura.

En la variedad de tiempos, pasado y presente, se pondera la contrariedad de las circunstancias. Así, el bachiller Francisco de la Torre cantó:

Tórtola solitaria, que llorando
Tu bien pasado y tu dolor presente,
Ensordeces la selva con gemidos;
Cuyo ánimo doliente,
Se mitiga penando,
Bienes asegurados y perdidos,
Si inclinas los oídos
A las piadosas y dolientes quejas
De un espíritu amargo
(Breve consuelo de un dolor tan largo)
Con quien amarga soledad me aquejas,
Yo con tu compañía,
Y acaso a ti te aliviará la mía.

Comienza la estancia con la improporción del bien pasado con el dolor presente, y la acaba con la proporción entre sus recíprocas penas. Es gran fundamento para la mudanza de los efectos y la contraposición. Careó don Luis de Góngora esta variedad en aquella su canción, dos veces real, por el sujeto, que fue el mártir príncipe godo, y por lo majestuoso de la ingeniosa composición:

Hoy es el sacro venturoso día
En que la gran metrópoli de España,
Que no te quiso Rey, te adora Santo.

Y más adelante:

Príncipe mártir, cuyas sacras sienes,
Aun no impedidas de real corona,
La espada honró del pérfido arriano;
Tú, cuya mano al *Cetro* sí perdona,
No a *la Palma,* que ahora en ella tienes.

Fue este culto poeta cisne en los concentos, águila en los conceptos; en toda especie de agudeza eminente, pero en ésta de contraproporciones consistió el triunfo de su grande ingenio; vense sus obras entretejidas de esta sutileza:

El cuerpo *con poca* sangre,
Los ojos *con mucha* noche,
Le halló en el campo aquella
Vida y *muerte* de los hombres.

Y luego:

Un mal vivo con dos almas,
Y una ciega con dos soles.

Gran decir, pero entre todas, ésta:

Muchos siglos de hermosura,
En pocos años de edad.

Hasta la variedad de lugares da materia a la disonancia; de esta suerte glosó Floro, del porfiado favor de los del Lacio, para que volviese Tarquino al cetro. Querían que el pueblo, que mandaba fuera, sirviese dentro de Roma. *Latini quoque Tarquinos asserebant, aemulatione, et invidia, ut Populus, qui foris dominabatur saltem domi serviret.*

Entre la vida y la muerte de un monstruo de fortuna, un otro, que lo fue en todo, cantó bien esta disonancia. Es gran soneto:

Éste que en la fortuna más subida
No cupo en sí, ni cupo en él la suerte,
Viviendo pareció digno de muerte;
Muriendo pareció digno de vida.
¡Oh, providencia no comprehendida!
¡Auxilio superior, aviso fuerte!
¡El humo en que el aplauso se convierte
Hace la afrenta más esclarecida!

Calificó un cuchillo los perfectos
Medios que religión celante ordena,
Para ascender a la mayor victoria.
Y trocando las causas sus efectos,
Si glorias le conducen a la pena,
Penas le restituyen a la gloria.

Con esta misma correlación de oposiciones dijo don Antonio de Mendoza en un romance, que amigablemente me refirió en los corredores de Palacio:

A más de las de sus soles,
Tiene Anarda dos beldades,
Que son: *la razón que dice*
Y la *sinrazón que hace.*

Esta ingeniosa disonancia, no sólo se funda entre el sujeto y sus adyacentes propios, sino también con cualquiera otro extrínseco término con quien diga relación, como en éste, del plausible Lope de Vega:

Creedme, selvas, a mí,
Que de buen gusto me precio,
Que si no fueran *tan vivos,*
No estuviera yo *tan muerto.*
Ausente estoy animoso,
Y en llegando a verlos tiemblo,
Siendo el primero en el mundo
Que tiemblo con tanto fuego.

No sólo sirven estas improporciones para la panegiris, o al contrario, para el vituperio, sino para la ponderación juiciosa y crítica. Así ponderó bien Marcial la barbaridad de aquél y otros semejantes, que se mataron ellos mismos porque no los matasen sus contrarios:

Hostem cum fugeret, se Fannius ipse peremit.
Hic, rogo, non furor est?, ne moriare mori.

Sucinta, pero elegante traducción ésta de don Manuel Salinas:

Fannio, ansioso por huir
Del que su muerte procura,
Se mató: ¿no es gran locura
Matarse por no morir?

La improporción unas veces consiste en sola una diversidad de los correlatos, como aquella ponderación de San Agustín a la oración de San Esteban. El que estando en pie, dice, encomendó su espíritu al Señor, por sus enemigos hizo oración, arrodillado; rogó por los enemigos, como amigo, y luego durmió en el Señor. ¡Oh, sueño de paz! Descansa el justo entre sus contrarios, pero cual iba a los amigos del Cielo el que así amaba a los enemigos de la tierra: *Qui stando suum spiritum commendavit Domino; pro illorum delicto fixo genu oravit. Orabat Dominum pro inimicis, ut amicus: hoc dicto obdormivit in Domino. Oh, somnum pacis! Quid illo somno quietius? Qualis ibat ad amicos, qui sic diligebat inimicos?* Con este género de agudeza discurre el grave y no menos ingenioso fray Luis de León, en su *Canción real al desengaño:*

Mi trabajoso día,
Hacia la tarde un poco declinaba;
Y libre ya del grave mal pasado,
Las fuerzas recogía,
Cuando sin entender quién me llamaba,
A la entrada me hallé de un verde prado,
De flores mil sembrado,
Obra en que se estremó naturaleza,
El suave olor, la no vista belleza,
Me convidó a poner allí mi asiento;
¡Ay, triste!, que, al momento,
La flor quedó marchita,
Y mi gozo trocó en pena infinita.
De labor peregrina,
Una casa real vi, que labrada

Ninguna fue jamás por sabio moro;
El muro, plata fina;
De perlas y rubís era la entrada;
La torre de marfil, el techo de oro;
Riquísimo tesoro
Por las claras ventanas descubría
Y dentro una dulcísima armonía
Sonaba, que me puso la esperanza,
De eterna bienandanza;
Entré, que no debiera,
Hallé por Paraíso cárcel fiera.
Cercada de frescura,
Más clara que el cristal, hallé una fuente,
En un lugar secreto y deleitoso;
De entre una peña dura
Nacía, y murmurando dulcemente,
Con su correr hacia el campo hermoso,
Y todo deseoso,
Lancéme por beber, ¡ay, triste y ciego!
Bebí por agua fresca ardiente fuego,
Y por mayor dolor, el cristalino
Curso mudó el camino,
Que causa, que muriendo
Ahora viva en sed, y pena ardiendo, etc.

La más agradable y artificiosa es cuando dicen entre sí contrariedad los extremos de la desproporción. Ponderó de esta suerte la hazañosa muerte de Lucrecia el Camoens:

Aquella, que de pura castidade,
De si mesma tomou cruel vingança:
Por hua breve e subita mudança
Contraria a su honra e cualidade.
Vençeo a fermosura, a honestidade,
Vençeo no fim da vida a esperança,
Porque ficase viva tal lembrança,
Tal amor, tanta fe, tanta verdade.
De sí, da gente e do mundo esqueçida

Ferio com duro ferro o brando peito,
Banhando em sangue a forçado tirano.
¡Extraña ousadia, extranho feito!
Que dando morte breve ao corpo humano,
Tenha sua memoria larga vida.

Cuando esta contrariedad es entre las propiedades y efectos del sujeto, es muy relevante y participa del reparo. Observó San Agustín el haber hecho el Cielo a un cuervo voraz, guarda fiel de los sagrados despojos del ínclito mártir Vincencio, y dijo: Prosiguen las victorias del mártir vencedor; es enviado un cuervo, ave que suele cebarse en los cadáveres, para que, hambriento, guarde el manjar expuesto a las fieras, de aquellas sagradas reliquias: *Sed ut divinis excrescentibus beneficiis; majoris victoriae Vincentio gratia conferatur; mittitur corvus avis inimica cadaveribus, expositas corporis dapes servatura jejuna.* No menos dulce que ingenioso el Marino, célebre poeta italiano, concluye con esta agudeza aquel soneto:

Ecco del mondo rio, che sotto rose
Spine sol chiude, e sotto l'erba ha l'angue,
E'n sue lusinghe insidie, eterne, ansiose.
Volgeti a quel signor, che in croce esangue,
Cela il riso nel pianto, e che ripose
Vita nel suo morir, gloria nel sangue.

Cuando es mayor la repugnancia, hace más conceptuosa la improporción; así, uno dijo de San Francisco de Borja, introduciéndole hablando con el cadáver de la Emperatriz:

Ojos claros, que en un tiempo
Competíais con el sol;
Cuando eclipsados, me dais
Mayor luz y resplandor.

Tiene sus realces también la disonancia; el aumento de parte del uno de los extremos cae mejor en ella que en la proporción. Ingeniosamente, el cordobés jurado, como siem-

pre, habiéndole dado a uno siete puñaladas, para sepultar con él un secreto, que escapando con la vida él después le hizo bien público, dijo: *que por cerrarle una boca, le había abierto siete;* hizo la contraposición del cerrarle una boca al abrirle siete. No menos ingenioso, como de su misma patria don Luis Carrillo discurrió del tiempo en este soneto:

¡Con qué ligeros pasos vas corriendo!
¡Oh, cómo te me ausentas, tiempo vano!
¡Ay, de mi bien y de mi ser tirano!
¡Cómo tu altivo brazo voy siguiendo!
Detenerte pensé, pasaste huyendo,
Seguíte y ausentástete liviano,
Gastéte a ti en buscarte, ¡oh, inhumano!
Mientras más te busqué, te fui perdiendo.
Ya conozco tu furia, ya humillado,
De tu guadaña pueblo los despojos;
¡Oh, amargo desengaño no admitido!
Ciego viví, y al fin, desengañado,
Hecho Argos de mi mal, con tristes ojos
Huir te veo, y véote perdido.

Duplicó la contraposición ingeniosamente el tan discreto cuan magnánimo Augusto, en este eterno apotegma: *Oíd, mozos* (dijo), *oíd a un viejo, que cuando era mozo los viejos le escuchaban.*

No se contentó con la disonancia, sino que añadió, con una extremada alusión, muchos realces el primogénito de la agudeza, Marcial. Blasonaba uno de la antigüedad de sus vasos, diciendo que unos eran de Néstor, otros de Laomedonte y del rey Príamo; pero después les daba en las tazas de mil años un mosto de ocho días. Basta, dijo, que en los vasos de su abuelo Príamo nos das a beber al niño Astianacta, su nieto:

Archetypis vetuli nihil est odiosius Eucti.
Ficta Saguntino cymbia malo luto.
Argenti furiosa sui cum stemma narrat
Garrulus, et verbis mucida vina facit.

Laomedonte fuerant haec pocula mensae,
Ferret ut haec, muros struxit Apollo lyra.
Hoc cratere ferox commisit praelia Rhaecus
Cum lapithis: pugna debile cernis opus.
Hi duo longaevo censentur Nestore fundi;
Pollice de Pylio trita columba nitet.
Hic scyphus est, in quo misceri jussit amicis
Largius Aeacides, et bibit ipse merum.
Hac propinavit Bytiae pulcherrima Dido
In patera, Phrygio cum data coena viro est
Miratus fueris cum prisca toreumata multum,
In Priami cyatis Astyanacta bibes.

Logra esta traducción del canónigo don Manuel de Salinas, que está muy ajustada:

No hay cosa más cansada y enfadosa,
Que estar del viejo Euto convidado,
Pues, eterno hablador, jamás reposa.
Más quiero yo en mi casa, descansado,
Beber en una barca saguntina,
Aunque sea de barro maestreado,
Ya a los aparadores se avecina,
Mostrando de sus vasos la braveza.
Que yo juzgué vasijas de cocina.
Originales, dice, con certeza
Son todos los que veis de fina plata,
Que ésta de mi casa es la grandeza.
De Laomedonte fueron paga grata
(Y a tanto hablar se le desvaha el vino)
Esos vasos, a cuyo precio trata.
Apolo de su lira al son divino
De hacer de Troya el muro tan perfecto,
En aquel bernegal tan peregrino:
De los Lapitas en la guerra Rheto
Bebió feroz, y estar tan abollado,
Que fue de aquella guerra me prometo.

Ese tazón con oro claveteado,
Con cuatro asas, y de dos cabidas,
Cuyas palomas, como se han rozado,
Están de tan usadas mal lucidas,
Es del sabio Néstor, el que ha vivido,
Como lo narra Homero, por tres vidas.
Con ese cifo Aquiles ha bebido,
Y en él mandó bebieran los legados
De Agamenón. ¡Con ésta brindó Dido
A Bicias, el mayor de sus privados,
En la cena que al Teucro dio opulenta!
Pero después que os tenga así cansados,
Notaréis que con todo lo que ostenta,
De Príamo en el vaso torneado,
En vino de ocho días no se afrenta,
de que al nieto Astianacta os ha brindado.

La mezcla de proporción e improporción hace una armonía agradable; de esta suerte, Ausonio Gallo dijo de la reina Dido:

Infelix Dido nulli bene nupta marito;
Hoc pereunte fugis; hoc fugiente peris.

Realzó, que no tradujo, el pensamiento el conceptuoso caballero Guarini, y dijo:

¡Ay, Dido, desdichada,
Mal casada de amante y de marido!
Aquél te fue traidor, y éste vendido;
Murió el uno, y huiste;
Huyó el otro, y moriste.

Más ceñido, y con igual felicidad, el Salinas traduce:

¡Ay, Dido desdichada,
Con marido ninguno bien casada!;
Muere el uno, y te pones en huida;
muere el otro, y te quitas tú la vida.

Hacen estos conceptos una disonancia muy concorde entre los correlatos, como éste, de un antiguo, en un bien concepteado poema:

En esto vino un recado,
Que al jardín de Zaida fuese,
Y enlutado el corazón,
Se fue vestida de verde.

Otras veces comienza por la improporción, y acaba por la conformidad el concepto, como éste, también antiguo, y no menos ingenioso:

Allá me llevan sin alma,
Obligación y parientes;
Volviérame mi cuidado,
Por ver si de mí le tienes.

Merecen laurear esta especie de sutileza dos grandes sonetos. El primero, de Lope de Vega, por lo ingenioso y por lo desengañado, dice:

¡Oh, engaño de los hombres! ¡Vida breve!
Loca ambición al aire vago asida,
Pues el que más se acerca a la partida,
Más confiado de quedar se atreve.
¡Oh, flor al hielo! ¡Oh, rama al viento leve,
Lejos del tronco!, si en llamarte vida
Tú misma estás diciendo que eres ida,
¿Qué vanidad tu pensamiento mueve?
Dos partes tu mortal sujeto encierra:
Una, que te derriba al bajo suelo,
Y otra, que de la tierra te destierra.
Tú juzga de las dos el mejor celo:
Si el cuerpo quiere ser tierra en la tierra,
El alma quiere ser Cielo en el Cielo.

El segundo, del culto Marino a Cristo y al pecador:

E questa, ohimè, del tuo celeste Figlio
L' imago o Re del Ciel? son queste, quelle
Guance si care agli Angeli, si belle,

Che dier l' ostro la rosa, il latte al giglio?
Son questi i seren occhi? è questo i ciglio
Onde ebbe il Sole i raggi, e le fiammelle?
Questo è'l crin, da qui l' or trasser le stelle?
O tutto (ahi lasso) lacero e vermiglio.
Di qual fu cruda man si crudo scempio;
E qual pietosa, de le membra sante,
Ritrate in vivo lino il caro esempio?
Questo Sol ti sia specchio, anima errante,
Dio novo, Dio fe l' uomo. Ahi fu ben empio.
L' uomo che a Dio tolse d' uomo il sembiante.

Éstas son las agradables proporciones e improporciones del discurso, concordancia y disonancia del concepto; fundamento y raíz de casi toda la agudeza, y a que se viene a reducir todo el artificio conceptuoso, porque, o comienza o acaba en esta armonía de los objetos correlatos, como se verá en todas las demás especies; por eso se le proponen en primer lugar al ingenio.

Discurso VI

DE LA AGUDEZA POR PONDERACIÓN MISTERIOSA

Mucho promete el nombre, pero no corresponde la realidad de su perfección; quien dice misterio, dice preñez, verdad escondida y recóndita, y toda noticia que cuesta es más estimada y gustosa.

Consiste el artificio de esta agudeza en levantar misterio entre la conexión de los extremos o términos correlatos del sujeto, repito, causas, efectos, adjuntos, circunstancias, contingencias; y después de ponderada aquella coincidencia y unión, dase una razón sutil y adecuada que la satisfaga. Examinó, ingenioso, Ovidio el sacrificio que se le hacía al sol, que era de un veloz caballo, y satisface sentencioso: que al Dios de la ligereza no se le habían de ofrecer animales tardos y perezosos.

No celeri fieret victima tarda Deo.

La agudeza está primero en la ponderación del sacrificio, que fuese más caballo que un elefante o un toro, y luego en dar la razón adecuada; de suerte, que dos formalidades o dos partes incluye esta agudeza: la una es la ponderación y la otra la razón que se da, y ésta es la principal; como se ve en este concepto de Lope de Vega, en su limada *Canción al Santísimo Sacramento:*

Alma no estriba en argumento humano,
Que en este Pan del mismo Dios la esencia,
Su Cuerpo y Sangre asista;
La razón es de amor la omnipotencia;
Dejad el tacto, el gusto, olfato y vista;
Dad oído a la fe, daraos la mano,
Cordero soberano,
Blanco del dedo del pastor Bautista,
Milagro inescrutable,
Silencio de sus obras admirable,
Después de ti (cuya grandeza advierte)
No hizo Dios milagro hasta su muerte,
Si no fue dar la oreja a Malco herido;
Porque la fe ha de entrar por el oído.

Tal vez no se hace la ponderación de propósito; conténtase con apuntar que, si la razón es valiente, bien se deja conocer el concepto como en éste; es antiguo, y así conceptuoso:

La torre de Felisalva
Yo apostaré que es aquélla,
Que en fe de su altivo dueño
Compite con las estrellas.

Comúnmente la ponderación despierta la curiosidad para la ingeniosa razón, así ésta:

Por eso al hijo de Venus
Le pintan desnudo y niño,

Porque los niños no saben
Pedir sino con gemidos.

También la razón que se le da al misterio puede preceder a la ponderación y reparo, como se ve en este cuartete de un soneto al nacimiento del Señor, dijo don Luis de Góngora:

Pero ¿qué fue nacer en tanto estrecho?
Donde para mostrar en nuestros bienes,
Adónde bajas, y de dónde vienes,
No quiere un portalillo tener trecho.

La razón que se da al reparo ha de ser ingeniosa, que en ella consiste la principal formalidad de esta agudeza; las más agradables son las que se dan por conformidad o correspondencia entre los dos términos o extremos de la ponderación en que se funda el misterio; de esta suerte glosa Lope de Vega el morir Absalón en el aire en este grave y conceptuoso soneto:

Suspenso está Absalón entre las ramas
Que entretejen sus hojas y cabellos;
Que los que tienen la soberbia en ellos
Jamás expiran en bordadas camas.
Cubre de nieve las hermosas llamas
Al eclipsar de aquellos ojos bellos,
Que así quebrantan los altivos cuellos
Las ambiciones de mejores famas:
¿Qué es de la tierra, que usurpar quisiste?
Pues apenas la tocas de liviano,
Bello Absalón, famoso ejemplo al suelo,
Esperanza, ambición, cabellos diste
Al viento, al Cielo, a la ocasión, tan vano,
Que te quedaste entre la tierra y Cielo.

Nótese la muchedumbre de correspondencias entre el quedar en el aire y su vanidad, mejor entre su ambición de ocupar la tierra y quedarse al aire; más recóndita, entre la

ocasión calva y sus cabellos, que le fueron lazo para tan desdichada muerte.

No se requiere que haya dificultad entre los extremos, y menos repugnancia o contradicción, porque ésas son otras especies más artificiosas en este género de agudeza; pero siempre ha de haber algún fundamento sobre que se haga el reparo y se levante la ponderación, como lo fue aquella rara contingencia que pondera Clemente Alejandrino en el principio de su oración *Ad gentes*. Contendían de destreza Eunomo y Aristón, dos excelentes músicos; asistían los jueces, era toda Delfos el concurso; estando Eunomo en la mayor fuga de su armonía, quebró una de las cuerdas del instrumento; voló al mismo punto una cigarra, que asentándose en el traste o clavija de la quebrada cuerda, comenzó con su canto a suplir la falta de ella. Pondera el de Alejandría la rara contingencia, y da salida al misterio, diciendo que es tan agradable la música aun al mismo Cielo, que con providencia especial la favorece y la autoriza. Hizo emblema de ello el prudente y no menos ingenioso Alciato, el primero hasta hoy en este modo de composición. Tomó el lema mismo de Clemente, y dijo: *Musicam Diis curae esse*, y añadió a la pintura esta glosa:

Locrensis posuit tibi Delphice Phoebe cicadam
Eunomus hanc, palmae signa decora suae.
Certabat plectro Sparthym comissus in hostem,
Et percussa sonum pollice fila dabant.
Trita fides rauco coepit cum stridere bombo,
Legitimum harmonias, et vitiare melos.
Tum citharae argutans suavis sese intulit ales,
Quae fractam impleret voce cicada fidem.
Quaeque allecta soni ad legem descendit ab altis
Saltibus, ut nobis garrula ferret opem;
Ergo tuae ut firmus stet honos, o sancte cicadae,
Pro cithara hic fidicen aeneus ipsa sedet.

Levantar el misterio donde no le hay es un helado desaire, porque da en vacío la ponderación. El más fundamental es la

conexión con este extremo o correlato, pudiendo haber sido con otros. Dificultó un moderno escritor de las excelencias de la Emperatriz del Cielo, el nacer y morar esta Señora en Nazaret, y no en otra de las ciudades de Palestina, y satisfizo así. Fue, sin duda, porque Nazaret quiere decir Ciudad Florida, que dondequiera que reina esta gran Señora todo lo convierte en paraíso, el corazón más helado en primavera, las espinas de culpas en flores de virtudes, y al fin todo florece donde María nace.

Las contingencias son la ordinaria materia de los misterios, porque como pudieron variarse, el concurrir éstas más que otras ocasiona luego el reparo. En el vestido puso misterio don Luis de Góngora, y dijo en su limada comedia de *Las Firmezas:*

A mi serafín vestido,
Hallé de un azul turquí,

y luego da la razón del reparo:

Que no se viste de menos,
Que de cielo un serafín.

Cuanto más extravagante la contingencia, da más realce a la ponderación. Fue extremada la de Plinio en su *Panegírico:* ponderó la contingencia de traer un lauro de Hungría, en sazón de adoptar Nerva a Trajano en el Capitolio, y dijo: Llegó en esta sazón una corona de Panonia, disponiéndolo así el cielo, para que los principios de un invicto emperador los honrasen insignias vencedoras: *Allata erat ex Pannonia laurea, id agentibus Diis, ut Invicti Imperatoris exordium victoriae insigne decoraret.* No sólo sirve la ponderación de la contingencia para lo presente, sino que se puede glosar para lo venidero; así dijo éste:

Con voz turbada la dice,
No es posible sucederme
Cosa triste en esta ausencia,
Habiéndote visto alegre.

La fuente de estas ponderaciones misteriosas es la variedad y pluralidad de las circunstancias, suceder con éstas más que con otras: de esta suerte más que de aquélla. Andrada dijo del morir el Angélico Doctor explicando los Cantares, que había sido en misterio de que su muerte no fue muerte, sino desposorios de aquella purísima alma con su Dios. Vencióse ya por lo ingenioso, ya por lo sacro, al glosar don Luis de Góngora el vestido del sol, el tocado de estrellas y chapines de la luna, en la reina del Empíreo, dando por razón del misterio su más brillante pureza:

Si ociosa no asistió naturaleza,
admirada a la tuya, ¡oh, gran Señora!,
Concepción limpia, donde ciega ignora,
Lo que muda admiró de tu pureza.
Dígalo, ¡oh, Virgen!, la mayor belleza
Del día, cuya luz tu manto dora,
La que calzas nocturna brilladora,
Los que ciñen carbunclos tu cabeza.
Pura la Iglesia ya, pura te llama
La Escuela, y todo pío afecto sabio,
Cultas en tu favor da plumas bellas.
¿Qué mucho, pues, si aun hoy sellado el labio,
Si la naturaleza aún hoy te aclama,
Virgen pura, si el sol, luna y estrellas?

Hasta en la circunstancia del lugar funda Marcial este prodigio de su agudeza. Pondera las muertes de los tres Pompeyos en las tres partes conocidas entonces del mundo, el padre en África, los dos hijos, en Asia el uno, en Europa el otro, y dio ingeniosa salida:

Pompeios juvenes Asia atque Europa, sed ipsum
Terra tegit Libyes; si tamen ulla tegit.
Quid mirum toto si spargitur Orbe? Iacere
Uno non potuit tanta ruina loco.

Hízolo castellano el gustoso Salinas, y dijo con propiedad:

Los dos Pompeyos del mayor romano
Hijos, a Europa y Asia dividieron
Sus cenizas, y allí donde se vieron
Triunfar, cedieron a enemiga mano.
Las arenas que baña el africano
Nilo, sepulcro al gran Pompeyo fueron,
Si es que al cielo los dioses no subieron,
Del divino valor asombro humano.
Las tres partes del mundo sujetadas
Por su valor, por su saber profundo,
Por túmulo la Parca les destina.
Prodigio grande, ¡oh, suertes desdichadas!,
Porque menor lugar que todo un mundo
Capaz no fuera de tan gran ruina.

Esta misma ponderación hizo el sutilísimo padre San Crisólogo al nacer el Verbo Encarnado entre las pajas de un portal, que quien había perdido una margarita tan preciosa, como el alma, no se dedignó de buscarla entre el estiércol asqueroso. *Et qui pretiosam perdidit margaritam, loca squalida non dedignatur intrare, et eam inter stercora ipsa perquirere non abhorret.*

Fúndase el misterio tanto en lo positivo, como en lo negativo de las circunstancias, y hácese el reparo, así en la que concurre como en la que faltó, si bien es menester más fundamento cuando se forma por carencia, para que no salga frío y sin alma de sutileza. No le faltó al Hortensio español, en aquel bien sazonado romance al rey don Alonso, por el estilo y por el concepto.

Ella los sus verdes ojos,
Maguer quiso abrir, non basta,
Porque nin color a Alfonso
Le quede ya de esperanza.

Hállase ponderación doble, esto es, a entrambas partes, ponderando la contingencia de una circunstancia y la negación de su contraria. Como en éste pondera un moderno el

aparecerse la estrella del Señor en el Oriente, y venir de allá sus Reyes, más que del Occidente. *Ecce Magi ab Oriente,* etc., y da una gran salida al misterio grande, diciendo que el plausible venir a Dios es del Oriente de la vida, del principio de las honras y riquezas; no el convertirse a Dios, al Ocaso, al dejo de los placeres.

Siempre el advertido obra con alma, ejecuta con intención; aunque cifrada en las acciones mudas, llega el atento y descúbrela a costa de su ingenio; de esta suerte ponderó uno, y dijo en un bien discurrido romance castellano:

Dos naves por arracadas,
Con dos soles por trinquetes.
Gargantilla de azabache,
Con perlas de nueve en nueve,
De rubíes y zafiros,
Colgada de ella una sierpe,
Cruel divisa del alma,
Y de sus iras crueles.

Cuanto más escondida la razón, y que cuesta más, hace más estimado el concepto, despiértase con el reparo la atención, solicítase la curiosidad, luego lo exquisito de la solución desempeña sazonadamente el misterio. Fue extremada salida al reparo del no decir el sagrado Evangelista cosa alguna de la Reina de los Cielos, ni poner otra palabra antes que la Divina encarnada. *Mariæ de qua natus est Jesus.* Porque ninguna otra que la Divina podía bien exprimir la grandeza de esta Señora, por lo infinito, por lo sabio y por ser imagen suya.

Puédese ir adelantando el misterio y ponderando las circunstancias de él, dándole una y otra salida, con aumento de sutileza, como se ve en este bien digno soneto del conceptuoso Camoens:

¿Cómo ficeste Porcia tal ferida?
¿Foy voluntaria ou foy por innocencia?
Mas foy façer amor experiencia

Se podía sofrer, tirarme vida.
E com teu proprio sangue te convida.
¿A não pores a vida resistencia?
Andome acostumando a paciencia,
Porque o temor a morte não impida.
¿Pois porque comes logo fogo ardente,
Se a ferro te acostumas? Porque ordena
Amor, que morra e pene juntamente.
¿E tens a dor do ferro por pequena?
Si que a dor costumada não se sente,
Eu não quero a morte sem a pena.

Dar una agradable proporción por desempeño es lo primoroso de este artificio. Fue muy sazonada la de Cayo Veleyo, careando a Mario, desterrado a Cartago, con las ruinas de esta memorable ciudad. Toleró (dice) su penosa vida en una choza, donde Mario, contemplando a Cartago, y ella mirándole a él, pudiesen recíprocamente consolarse: *Inopem vitam in tugurio ruinarum Carthaginensium toleravit: cum Marius aspiciens Carthaginem, illa intuens Marium alter alteri possent esse solatio.* Con extremada sutileza proporcionó don Luis de Góngora los pedernales de Madrid por fundamento de su duración:

Émula la verán siglos futuros:
De Menfis no, que el término le tasas;
Del tiempo sí, *que sus profundas basas,*
No son en vano pedernales duros.

Siempre el hallar correspondencia entre los correlatos es fundamento de toda sutileza: aquí hace más acepta la solución del reparo; por este rumbo, un erudito humanista comenta las carrozas de los gentílicos dioses diciendo que la de Diana arrebataban ciervas, porque en las lides de la torpeza está asegurada la victoria, más a la ligereza de la fuga que a la porfía del combate: la de Venus mueven cisnes, porque los poetas son de ordinario pías impías de la lascivia. Arrastran tigres la de Baco, en misterio de que la embriaguez alimenta la crueldad, y de esta suerte las va glosando todas.

Duplícase la sutileza cuando se duplican las correspondencias, y, dada una grande, se secunda con otra mayor. Así Anastasio Pantaleón, tan ingenioso en lo serio como donoso en lo burlesco, dijo de Santa Teresa:

Como hasta el Cielo presuma
Llegar de un salto veloz,
Prueba Teresa descalza
Si puede saltar mejor.
Desnuda a Dios le dedica
Alma, vida y corazón,
Que como de amor se abrasa,
Le da el vestido calor.
Como por Dios pompas deja,
Viste galas de esplendor,
Que al que por Dios se desnuda
De gloria le viste Dios.

En la formación del reparo anduvo ingenioso don Luis de Góngora, añadiendo la corrección gustosa a la ponderación, cuando dijo a unos ojos negros:

Pero no son tan piadosos;
Aunque sí lo son, pues vemos
Que visten rayos de luto
Por cuantas almas han muerto.

Dóblase el artificio cuando, para la solución del misterio, se carea con otro asímbolo. Renueve los aplausos todo buen gusto e ingenio a aquel pensamiento máximo, que tuvo igual el objeto. Fue su autor el padre Agustín de Castro, de la Compañía de Jesús; fue su asunto la mayor acción de la señora infanta Sor Margarita de la Cruz, religiosa princesa, que no se contentó con desnudar su cabeza de tantas reales coronas como la codiciaron, pero la despojó de sus mismos cabellos, corona natural de su rara hermosura, y de esta suerte, con ambiciones de esclava de su Dios, se le ofreció delante de un crucifijo; correspondió a tan agradable víctima el ce-

lestial Esposo con un favor augusto, inclinándole su empinada cabeza. Ponderó el ingenioso Castro que fue sobrenatural demostración de que la aceptaba por esposa; porque si en estas virginales bodas se entregan los espíritus, señal fue de este Misterio el inclinar la cabeza; significación fue de entregarle su espíritu, pues con la misma acción le entregó a su Eterno Padre: *Et inclinato capite tradidit spiritum.* Concepto digno de coronar esta especie de agudeza.

Discurso VII

DE LA AGUDEZA POR PONDERACIÓN DE DIFICULTAD

La verdad, cuanto más dificultosa, es más agradable, y el conocimiento que cuesta es más estimado. Son noticias pleiteadas, que se consiguen con más curiosidad y se logran con mayor fruición que las pacíficas. Aquí funda sus vencimientos el discurso y sus trofeos el ingenio.

Añade esta especie de agudeza al artificio de la ponderación misteriosa, la dificultad entre la conexión de los extremos, digo de los términos correlatos, y después de bien exprimida la dificultad o discordancia entre ellos, dase una razón, que la desempeñe. Sea ejemplo aquel inmortal concepto de Virgilio. Estaba Roma en medio de sus regocijos cesáreos, cuando se los aguó la suerte; lloró melancólica la noche, que siempre el pesar fue el dejo del placer; volvió a amanecer risueño el día, madrugó el sol serenísimo a las augustas fiestas. Cogió el poeta la diversidad de tiempos, ponderó la oposición del claro día con la lluviosa noche, y glosóla en este dístico, diciendo que Júpiter y el César iban a medias en el mando:

Nocte pluit tota, redeunt spectacula mane,
Divisum Imperium, cum Jove Caesar habet.

Concepto que le mereció a su autor, no uno, sino muchos laureles; y aun algunos se arrojaron a decir que este único

equivalía a todos juntos los de Marcial, no atendiendo a que la copia les quita a aquéllos de aprecio lo que le da a éste su singularidad. Ciñóle en esta quintilla don Manuel Salinas:

Toda la noche ha llovido,
Y de la aurora al nacer
Las fiestas se han proseguido;
El César tiene el poder
Con Júpiter dividido.

Así, que el artificio de esta sutileza consiste en levantar alguna oposición o disonancia entre los dos correlatos, que es rigurosamente dificultar. De esta suerte pondera Bartolomé Leonardo en este gran soneto la insolencia de un malo y la tardanza del divino castigo:

Si de Grecia sacaba el ostracismo
Los buenos, por insignemente buenos,
Contigo, por tan pérfido, a lo menos,
¿No hicieran sus repúblicas lo mismo?
La de Corinto echárate del Istmo
(Con ser viciosa) a límites ajenos
Y aun regalado en uno de los senos
Más sordos y profundos del abismo.
¿Y andas entre nosotros con ofensa
De la virtud? Mas no me desconsuelo
De que dilate un rayo la venganza;
Que cuando en los castigos tarda el Cielo,
Justamente irritado, su tardanza,
Después en el fuxor la recompensa.

Pondérase la discordancia, y luego pasa el ingenio a dar la sutil y adecuada solución. De esta suerte reparó uno en el decir Marta que la había dejado sola su hermana María, cuando estaba rodeada de ministras y criadas: *Reliquit me solam ministrare;* y da la razón, que así como la ausencia del sol no la suplen todos los astros juntos, así la falta de María y de su devoción no bastan a llenarla todos los demás santos, y sin Ma-

ría todo es soledad. Requiérese siempre que haya dificultad en el reparo, la cual no pide el misterio, pero en ella hay su latitud. No se pide repugnancia. Donosamente glosó uno la corona de laurel, premio en hojarasca de los ingenios:

Para coronar poetas,
Escogió sus ramas Febo,
Que de árbol que no da fruto
Se coronan los ingenios.

Pero aunque no se requiere la contrariedad, que es artificio mayor, con todo eso crece la sutileza, al paso que la ocasión del reparo, de tal suerte, que cuanto mayor es el fundamento de dificultar, realza más la razón que se da en desempeño. Reparó un moderno escritor de las glorias marianas en el título que puso al mayor de los libros el Autor de los Autores: *Liber generationis Jesu Christi.* ¿No fuera más glorioso *Libro de las hazañas, de los milagros, virtudes, doctrina y prodigios de Jesucristo?* La dificultad fue grande, mayor el desempeño. Es el máximo blasón de Cristo, según la Divinidad, el ser engendrado de su Eterno Padre, y es su mayor timbre, según la humanidad, el ser engendrado de su madre María; esta Señora es su mayor hazaña, el mayor de sus prodigios y el animado texto de su celestial doctrina.

Una disonancia entre el sujeto y su efecto hace agradable armonía, y si la razón que se da es sentenciosa, colma el artificio; fue muy debida al reparo ésta de don Antonio de Mendoza:

Pena que a dormir se atreve,
Que mucho se esté infamando;
Y quien dormir puede, amando,
¡Qué poco el alma le debe!
¿Duerme? Sin duda querido
Está, que de un desdeñado,
Se hace luego un desvelado,
Y de un amado un dormido.

Basta para fundamento del reparo, tal vez una disonancia en el decir. Notó, ingenioso y grave, el padre Fernando de Salazar, en su tomo, trono ya de la majestad mariana, la falta del verbo material en la embajada angélica; reparó en que dijo: *Dominus tecum,* sin decir *est,* ni *fuit,* ni *erit;* pues, en lengua de ángel, ¿no caben barbarismos, cuando se vieron cortedades de elegancia? Profundidades sí, misterios también. No determinó parte de tiempo (dice este docto Padre) por abarcarlos todos; dejólo indefinito, por no ocasionar duda de gracia en algún instante de su vida.

En el desempeño de la razón que se da hay también sus realces; es lo grande una debida exageración. Así el grave Lucano, después de haber ponderado, con la bizarría que acostumbra, la disonancia de la sangrienta guerra civil entre un suegro y un yerno, águilas contra águilas y legiones contra legiones, dio aquella hiperbólica salida: que no hallaron los hados otro camino para que reinase Tiberio, transformándola en felicidad, y añade la excelente paridad de la rebelión de los Gigantes, para que triunfase Júpiter; es grande el pensamiento, y de los de primera clase:

Bella per Emathios, plusquam civilia, campos,
Jusque datum sceleri canimus populumque potentem
In sua victrici conversum viscera dextra.
Cognatasque acies, et rupto federe regni,
Certatum totis concussi viribus orbis,
In commune nefas, infestisque obvia signis
Signa, pares Aquilas, et pila minantia pilis.

De esta suerte va ponderando, y luego da la valiente salida:

Quod si non aliam venturo facta Neroni
Invenere viam, magnoque aeterna parantur
Regna Deo, coelumque suo servire tonanti,
Non nisi saevorum potuit post bella Gigantum:
Hac mercede placent: diros Pharsalia campos
Impleat, et Poeni saturentur sanguine Manes.

Danse algunas veces dos salidas, una mejor que otra, que si el reparo es grande, admite doblada la sutileza. Así uno ponderó el ir la Virgen Madre a las montañas de Judea con tan notable prisa: *Abiit in montana, cum festinatione.* La reina a su criada: niña tierna a las asperezas de un monte, etc. Responde que iba con tanta ligereza para mostrar que no era menos que los querubines, a cuyas alas estaba acostumbrado el Señor; y como estaba preñada de un Hijo Dios, tenía apetencias, que no antojos, de tan heroicas virtudes; que el que a Dios concibe, apetece la santidad.

Concordar los extremos en el desempeño, que en la ponderación se discordaron, fue siempre gran ventaja de esta sutileza. Por una extremada proporción cantó doña Ana de Narváez a la conversión de la bella pecadora:

¿Dónde está el oro ilustre, Magdalena,
Que al cuello de marfil riquezas daba?
¿Dónde de ricas perlas la cadena
Que el cabello enlazaba?
Mas ya el amor ordena
Lo que él mismo estorbaba,
Y es, que el oro traslade sus despojos
Al corazón, *las perlas a los ojos.*

Lo mismo se dice de la improporción, que, con su armonía contrapuesta, lisonjea grandemente el ingenio. Vese en este soneto, fruto de la más fértil vega, a San Antonio de Padua:

Antonio, si los peces sumergidos
En el centro del mar, para escucharos
Sacan las frentes a los aires claros,
Y a vuestra viva voz prestan oídos;
Los que vivieren de razón vestidos,
Y más quien por la patria debe amaros,
A la armonía de estos hechos raros,
¿Qué mucho que suspendan los sentidos?
Ya con el Niño Dios, José segundo

Parecéis en los brazos, y él se ofrece
En figura de amor. ¡Qué amor profundo!
Tanto se humilla y tanto os engrandece,
Que porque parezcáis tan grande al mundo,
Dios tan pequeño junto a vos parece.

No es el menor primor de esta agudeza dar la salida por una sublime y gustosa semejanza; digna es ésta de todo buen gusto. Pondera uno la escondida y tan pleiteada belleza de la Reina de los Cielos en su Concepción purísima, y responde: Que así como cuando va a entrar en una iglesia una gentil dama atapada, solicita más la curiosidad de verla en los apasionados, y para obligarla a que corra el velo a la hermosa imagen de su Hacedor, comienzan a motejarla de fea, ella entonces levanta el manto y ostenta un prodigio de belleza, con admiración de todos y después aplauso. De esta suerte explica la entrada de María Santísima en el ser de naturaleza y gracia.

Aunque no preceda la ponderación, se da la razón de la dificultad alguna vez, que cuando es relevante, ella se ostenta por sí bastantemente, como se ve en ésta del Marino, después que por muchas y excelentes proporciones e improporciones, pondera los efectos de la Pasión del Señor; concluye con este gran reparo, que después de muerto, cuando parecía que no le quedaba ya más que poder hacer por el hombre, entonces abrió su pecho y franqueó su corazón. Es gran soneto:

Qui per altre lavar di sangue tinse
Sue pure membra il gran Figliol di Dio,
Qui con l' umor che di sua neve uscio
Del paterno furor le fiamme estinse.
Qui sol per me discior, se stesso avinse
Tra durissimi ferri, il Signor mio,
Qui perche poi d' onor cinto fuss'io,
Di pungente corona il crin si cinse.
Qui di fel puro le sue labbra asperse,
Per noi pascer di gloria, e qui piagato,

Per darne vita in Ciel morte sofferse.
Qui morte ancor nel sanguinoso lato
Poscie ch' altro non seppe, il cor s' aperse.
Ahi chi non l' ama, e piange, empio, ed ingrato.

Glósanse por este modo de conceptuar singularmente las contingencias, que siempre fueron gran materia de la prontitud ingeniosa. Nunca las perdonaba Marcial, y a esto aludió en aquel grave epigrama. Estaba Roma ardiendo en fuegos y sacrificios por Germánico; comenzó en esto el cielo a fulminar luces en relámpagos, y ponderó el príncipe de la agudeza, que, sin duda, los dioses hacían también fiestas en el cielo:

Quantus, Io, Latias mundi conventus ad aras
Suscipit et solvit pro Duce vota suo!
Nam non hac hominum, Germanice, gaudia tantum
Sed faciunt ipsi nunc, puto, sacra Dii.

Con gala y propiedad, tradujo así don Manuel Salinas:

Cuantos el pueblo romano
Cumple en sus aras, y ofrece
Nuevos votos, los merece
Tu vista, gran Domiciano;
Y no juzgues sólo humano
Este gozo en tu venida,
Que aun la imagino aplaudida
De los dioses más supremos,
Puesto que en el cielo vemos
Tanta llama esclarecida.

Discurso VIII

DE LAS PONDERACIONES DE CONTRARIEDAD

Éste es el concepto que más le cuesta al ingenio; duplica el artificio a los dos pasados, pues allí perdona la inconsecuen-

cia, y aquí aprieta hasta contradicción. Si toda dificultad hace punta al entendimiento, ¿cuánto más la que incluye repugnancia? Unir a fuerza de discurso dos contradictorios extremos, extremo arguye de sutileza. Fuelo, sin duda, en este género de agudeza aquel gran reparo que hizo el ilustrísimo señor don José de la Cerda, obispo de Badajoz, en los *Comentarios sobre Judit,* entretejidos todos ellos de semejantes sutilezas. Pondera aquellas palabras en la forma de la consagración eucarística: *Novi et aeterni testamenti.* Si nuevo, ¿cómo eterno? ¿Qué cosa más antigua que la eternidad? La novedad y la eternidad oposición dicen. Hazaña fue del amor, que, cuando es impetuoso, hace envejecer al amante; todo el espacio de una eternidad lo abrevia en un instante. Hizo círculo de sí, coronó el fin con el principio, y cifró todos los beneficios que pudiera hacer por toda una eternidad en un punto, y trajo toda la prolongada duración de los siglos a la novedad de un amoroso prodigio. Valiente pensar.

Consiste, pues, el reparo de contradicción en levantar oposición entre los dos extremos del concepto, entre el sujeto y sus adyacentes, causas, efectos, circunstancias, etc., que es rigurosamente dificultar. Pondérase la repugnancia, y luego pasa el discurso a darle una sutil y adecuada solución. Este concepto hizo célebre con razón aquel soneto de Lope de Vega a San Diego, en que le carea sabio lego, y da la ingeniosa solución:

Qué bien se echa de ver, divino Diego,
Que en Alcalá estudiastes Teología,
Pues tan divina cátedra se os fía
Desde donde enseñáis letras de fuego.
Mas, ¿cómo sois tan sabio, si sois lego?
Pues do maestros disputando un día
De tantos argumentos, la porfía
Controvertida resolvistes luego.
Teólogo salistes admirable
De un libro, cuyas hojas milagrosas
Hacen que un alma en todas ciencias hable;
Y entre las que sabéis maravillosas,

Mirad si sois filósofo notable,
Pues hacéis entender que el pan es rosas.

Dos partes, dos formalidades contiene: la primera, el reparo de la contradicción, y la segunda, el desempeño en la razón cabal. Vense entrambas en este gran reparo del profundo Orígenes, sobre aquella respuesta tan extravagantemente motivada, que dio la castísima Susana a los delincuentes jueces: *Si hoc egero, mors mihi est; si non egero, non effugiam manus vestras.* Si consiento, muero; si disiento, no escaparé de vuestras manos. Dificulta el gran apasionado de la honestidad, y dice: Señora, o sea turbación, o sea misterio, las razones trocáis. Si consentís, no moriréis, antes al contrario. Mas sí, que en la corrupción de la torpeza está la muerte, y en la pureza la inmortalidad.

Crece la sutileza al paso que la contrariedad de los correlatos; de esta suerte careó el erudito y elocuente Mureto en Venus el nacer en el agua y el vivir en el fuego, abrasando a sus secuaces, y da por solución una excelente moralidad:

Si Venus (ut mendax docuerunt turba Poetae)
De mediis vere nata putatur aquis,
Qui fieri potis est, mediis ut fluctibus orte,
Assiduo nostrum torreat igne Jecur?
O, dolor!, o, quid jam miseri speretis amantes
E media vobis nascitur ignis aqua!

No con menor sutileza y crisis dijo un ingenioso moderno:

Hipócrita Mongibelo,
Nieve ostentas, fuego escondes;
¿Qué harán los humanos pechos,
Pues saben fingir los montes?

Paso del reparo a dar por solución la juiciosa advertencia. En la repugnancia está su mayor punto esta agudeza. Contrapuso uno en Matusalén su vida con su nombre; éste significa deseo de la muerte, aquélla fue la más dilatada de los morta-

les; aquí está la contradicción, y viene a concordarla con un bien digno desengaño: que la muerte va siguiendo al que la huye, y parece que olvida al que no la teme.

Suele ser la ponderación muy de propósito en estos conceptos; porque como se funda en contrariedad y disonancia, sobresale mucho el empeño. Por este rumbo de sutileza dio principio el florido Claudiano a su primer libro *Contra Rufino.* Comienza empeñándose en dar alcance a la divina Providencia, va contraponiendo el orden de todo lo natural al desorden de lo moral; el concierto de los elementos, tiempos y plantas al desconcierto de los hombres; pasa a la disolución en el pecar, y pondera la espera de la Divina Justicia en el castigar; repara, contrapone, y parece que duda, hasta que da una gran moralidad por desempeño. Es concepto de primera magnitud:

Saepe mihi dubiam traxit sententia mentem
Curarent Superi terras, an nullus in esset
Rector, et incerto fluerent mortalia casu.
Nam cum dispositi quaesissem foedera mundi,
Praescriptosque maris fines, annique meatus
Et lucis noctisque vices; tunc omnia rebar
Consilio firmata Dei; qui lege moveri
Sidera, qui fruges diverso tempore nasci;
Qui variam Phaebem alieno jusserit igne
Compleri, solemque suo; porrexerit undis
Littora; tellurem medio libraverit axe.
Sed cum res hominum tanta caligine volvi
Aspicerem, laetosque diu florere nocentes;
Vexarique pios, rursus labefacta cadebat
Relligio, causaeque viam non sponte sequebar
Alterius vacuo, quae currere semina motu
Affirmat, magnumque novas per inane figuras
Fortuna non arte regi, quae numina sensu
Ambiguo, vel nulla putat, vel nescia nostri.
Abstulit hunc tandem. Ruffini poena tumultum,
Absolvitque Deos; jam non ad culmina rerum
Injustos crevisse queror: tolluntur in altum
ut lapsu graviare ruant.

La hermosa antítesis fue siempre artificiosa prevención de esta agudeza. Careó acertadamente un autor del Sacro Monte calzado, el arcángel San Gabriel, primero en el retrete de Nazaret, y después en el huerto de Getsemaní. Que aquí conforte al Hijo para la mayor ignominia, entiéndese, pero ¿que allí sea menester animar la Virgen Madre para la mayor excelencia? Enigma es, y soberano. Era tanta la humildad de esta gran Señora (responde) que fue menester que la misma fortaleza de Dios, que confortó a Cristo para padecer, aliente a María para reinar.

En la solución o desempeño del reparo hay muchos y valientes primores: hallar correspondencia y materia de concordar los extremos repugnantes es lo esencial de la razón que se da. Así el profundo y culto don Luis Carrillo dio por razón de la crueldad del amor, y su terribilidad, siendo tan niño, el ser ciego para ver el mal que causa; es perfecto el epigrama, como todos los de este autor:

Amor, déjame, amor; queden perdidos
Tantos días en ti, por ti gastados;
Queden, queden suspiros empleados;
Bienes, amor, por tuyos ya queridos.
Mis ojos ya los dejo consumidos,
Y en sus lágrimas propias anegados;
Mis sentidos, ¡oh, amor!, de ti usurpados,
Queden por tus injurias más sentidos.
Deja que solo el pecho, cual rendido,
Desnudo salga de su esquivo fuego;
Perdido quede amor, ya lo perdido.
Muévate (no podrá), cruel, mi ruego.
Mas yo sé que te hubiera enternecido,
Si me vieras, amor, mas eres ciego.

Conviértese la oposición en conformidad, que es pasar de un extremo a otro. Dificultó uno en las palabras del Arcángel a la Virgen, *Virtus Altissimi obumbrabit tibi.* ¿Cómo la asombra, cuando más la ilustra? La aurora del eterno sol, ¿cómo entre horrores? La madre de la luz vístase del sol, corónese de es-

trellas, pero no de sombras. Desempéñase que todas las cosas grandes que obró el Señor fueron fondos de los altos de su Madre; todos los lucimientos y excelencias de los demás santos sombras fueron de las luces de María; asombro para esta Señora, que no la asombró a ella. ¡Oh, gran discurrir!

Cuando es crítico el reparo, consiste la absolución en dar maliciosamente la oculta causa de la contrariedad. Reparó Marcial en que Tais, joven, tenía muy negros los dientes, y al contrario, Lecania, vieja, muy blancos, y da la razón diciendo: Es que los de ésta son comprados; los de aquélla, propios:

Thays habet nigros, niveos Lecania dentes.
Quae ratio est! Emptos haec habet, illa suos.

Anduvo muy sazonado don Manuel Salinas en la traducción. Dice:

De carbón los dientes tiene
Tais, niña delicada;
Lecania, vieja arrugada,
De nieve helada, ¿en qué viene?
Mas a buena luz mirados,
Yo daría una razón,
Que los de Tais suyos son,
Los de Lecania comprados.

Del misterio acontece pasar al reparo, aumentando la sutileza con la dificultad y es como nuevo realce del discurso. Notó el padre Jerónimo de Florencia que expiró el autor de la vida hablando con su Santísima Madre, para endulzar (dice) su amarga muerte; pero si María es amargura, y no como quiera, sino la del mar, que eso significa su nombre, ¿cómo puede azucarar cosa tan amarga como la muerte? Sí, que esta Señora es triaca del consuelo, que atrayendo para sí las penas y sinsabores, deja para sus hijos el contento.

Con extremado artificio Diego de Colmenares labró este dulcísimo soneto, en que va ponderando o combinando lo

dulce y lo agrio, del bien y del mal, y dando la razón a la bien proseguida contrariedad:

Seguro bien, aun de temor siquiera
No asegura de enfado al más constante,
Que a faltar el contrario repugnante,
Ni triste el mal, ni el bien alegre fuera.
Si por ausente sol montaña fiera
Blancas tocas arrastra, es ignorante,
Que a herir perpetuo el rayo rutilante,
Fuera ceniza cuanta flor espera.
Visten cambrón agudo y blanca rosa,
La planta que al amor dedica el suelo,
Porque su fruta dulce amarga cría.
Bien y mal mezclan tela deleitosa;
La esperanza en el mal causa consuelo,
Y sin temor el bien hidropesía.

Cuanto más recóndita la razón del desempeño, es más bien recibida por erudita, y que arguye la gran perspicacia del ingenio. Reparó uno en la corona de Hércules, que era de álamo, árbol sin fortaleza y sin fruto; ¿no fuera más propia de laurel, roble o moral? Corónase de álamo (responde), que es jeroglífico del tiempo, y con sus hojas blancas y negras de las noches y los días; porque las hazañas merecen inmortalidad, no las consumen los siglos, sino que las coronan.

Puédese dar la razón, sin que preceda el reparo, que ella misma lo exprime. Así, don Luis de Góngora:

Apenas tenía quince años,
Cuando un día a mediodía,
Dejé mi tierra por Flandes,
Sepulcro de nuestras crismas.
Donde padecí peligros
Tan grandes, *que juraría*
Que la muerte no me halló,
Porque triunféis de mi vida.

Otras veces se pospone la contrariedad en que se funda el reparo a la razón que se da. Mereció ser el primero este soneto, entre los cultos y profundos del caballero Guarini; pondéralo, que es bizarro en el estilo y agudo en la sustancia:

Il Ciel chiuso in bel volto, e l' sol diviso
In due stelle, mi prega amor ch' io cante,
Dov' ei soleva invitto, e già trionfante,
Nel seggio star de la sua gloria assiso,
Ma quell' eterno amor, che del bel viso,
Vide che' ndegno era terreno amante;
Volse per sé quelle bellezze sante,
E chiuse in poca cella il paradiso.
Ov' io pien di stupor, voci e parole,
Formo imperfette, e soto l' grave pondo
Manca il pensier, non che le rime e i versi
Nè poco fia che di si chiaro Sole,
Ch' ami li santi raggi al Ciel conversi,
Nè splende un Sol ne le mie carte al mondo.

No se contenta tal vez el discurso con levantar la contrariedad en la duda que pondera, sino que la repite en la razón que da, y de la misma oposición hace desempeño. Ingeniosamente, Marcial, de un hombre rico y regalado, que siempre estaba melancólico y suspirando, dijo:

Cum cathedralicios portet tibi rehda ministros,
Et libys in longo pulvere sudet eques;
Strataque non unas cingant triclinia Baias,
Et Thetis unguento palleat uncta tuo;
Candida setini rumpant crystalla trientes,
Dormiat in pluma nec meliore Venus.
Ad nocturna jaces fastosae limina moechae,
Et madet, (heu) lachrymis janua surda tuis;
Urere nec miserum cessant suspiria pectus.
Vis dicam, male sit cur tibi, Tucca! Bene est.

Esprimióle toda la viveza del picante don Manuel Salinas en este gran soneto:

Pajes rodean tu carroza hermosos,
Al caballo africano veloz picas,
Termas de varias mesas te fabricas,
Que tiñen siempre ungüentos olorosos.
En vasos de cristal vinos preciosos,
De Setta a tu opulenta mesa aplicas:
Tu blando lecho con cortinas ricas
Excede a los de Venus deliciosos.
De noche a la soberbia mujeril
Sordos riegan tus ojos su portal,
¿Por qué suspiras siempre?, ¡oh, Tucca!, ¿quién
Tu pecho abrasa en llama juvenil?
¿Quieres que te lo diga? *Tanto mal*
Procede de que tienes tanto bien.

Pide en alguna ocasión la valentía del empeño, o por la admiración de la duda, o por la expresión del efecto, una grande exageración por salida; tal fue ésta del culto caballero Guarini, en su tan aplaudido poema:

Erg. Perchè non l' ama.
Mirt. Ed è vivo? Ed ha core? E non è cieco?
Benchè si dritto miro
A lei per altro core,
Non restó fiamma piú, quanto nel mio,
Spiro da que begli occhi,
Tutte le fiamme sue, tutti gli amori.

Cuando el asunto del reparo es grande, solicita el ingenio a discurrir, y a que no se contente con uno ni con dos desempeños, sino que multiplique las soluciones valientes. Vese en este ingenioso soneto, con razón premiado en Zaragoza y discurrido en Huesca, por doña Ana Vicencia de Mendoza, a la milagrosa imagen de la Reina de los Cielos, aparecida en las amenas orillas del Gállego, y al misterio de tener su hermoso Niño en el brazo derecho. Cantó así en emulación de la misma Euterpe:

Éste, que acaso incierto es al cuidado,
La fe venere misterioso acierto,
Sacro favor, que se vincula cierto,
Al mérito feliz de imaginado.
De Madre, ¡oh Virgen!, es mayor agrado,
Pues hoy de vuestro corazón advierto,
Que por mostrarle al hombre descubierto
Al Hijo Dios le permitís negado.
Y si él es otro en vos, y no segundo,
Diré que le aplicáis a la otra parte,
Porque en entrambas el error le acierte,
Mas, ¡oh, infelice, cuánto ingrato mundo!
Este que arbitrio fue para ganarte,
Tomas para disculpa del perderte.

Discurso IX

DE LA AGUDEZA POR SEMEJANZA

La semejanza es origen de una inmensidad conceptuosa, tercer principio de agudeza sin límite, porque de ella manan los símiles conceptuosos y disímiles, metáforas, alegorías, metamorfosis, apodos y otras innumerables diferencias de sutileza, como se irán ilustrando.

En este modo de conceptear caréase el sujeto, no ya con sus adyacentes propios, sino con un término extraño, como imagen que le exprime su ser o le representa sus propiedades, efectos, causas, contingencias y demás adjuntos; no todos, sino algunos, o los más principales. Lucido pensamiento fue el de un orador cristiano, en que comparó al gran patriarca San Ignacio de Loyola con aquella primera luz que creó el señor en el mundo, y en opinión de graves y doctos expositores, de ella misma hizo al cuarto día el sol, formó la luna, forjó los planetas y los demás astros, repartiéndola en todas aquellas brillantes lumbreras. Así dice de Ignacio (que aun su mismo nombre le pregona lucimiento y fuego) como de primera luz, formó el Divino Hacedor en este Cielo reli-

gioso todas las demás lumbreras de santidad, de letras y de prudencia: repartió su espíritu en sus hijos, diciendo: Esta gran porción de luz será el Sol de Oriente un San Francisco Javier; esta otra, el Júpiter de un San Francisco de Borja y los demás príncipes santos; aquélla, el Mercurio de tantos doctos padres y escritores; el Marte de tantos mártires, la Antivenus, de un beato Luis Gonzaga, Estanislao y otros; la luna, de un venerable hermano Alonso Rodríguez, y los de su grado; el Saturno superior, con todos los demás astros, que fue una plausible acomodación.

No tienen algunos por agudeza la semejanza pura, sino por una de las flores retóricas, pero no se puede negar, sino que es concepto y sutileza de la inventiva, como se ve en otra del doctor Juan Pérez de Montalbán, que tuvo algunas cosas dignas de estimación y excedió en los símiles. Fue éste relevante, aunque censurado, más de la pasión que del ingenio:

¿Viste la concha del mar,
Que, bebiendo el sudor bello
Del alba, forma una perla
En su cóncavo pequeño;
Y que al paso que la concha
Va con la perla creciendo,
Crece la unión en entrambos
Con un ñudo tan estrecho,
Que para sacar la perla
Rompen la concha primero,
Y se quiebran con el golpe
Unos pedazos pequeños?
Pues así mi corazón
Fue concha que, con el tiempo,
Iba criando una perla,
Que es nuestro amor; fue creciendo,
Tan unido, que en los dos
De dos almas se hizo un cuerpo,
De dos mitades un alma,
Y un todo de dos compuestos.

Sácanme del corazón
Con violencia y con estruendo,
Un amor que había criado,
Y así, a los ojos salieron
Estas lágrimas, que son,
Por más que encubrirlas quiero,
Pedazos del corazón
Que se ha quebrado allá dentro.

Pondérase mucho por un símil, y se declara bien el intento; valióse de ellos, entre sus muchas agudezas, Marcial; así dijo en este epigrama, respondiendo a un otro poeta, que le censuraba sus trabajos: Yo más querría en un banquete dar gusto y satisfacer a los convidados que a los cocineros.

Lector et auditor nostros probat, Aucte libellos;
Sed quidam exactos esse poeta negat.
Non nimium curo. Nam coenae fercula nostrae,
Malem convivis, quam placuisse cocis.

En el castellano, don Manuel Salinas dice:

Aulo, si el lector y oyente
Aplauden mis poesías,
Poco importa que por frías
Las condene el maldiciente;
De un mal poeta no siente
Mi musa el diente severo,
Que si convido, más quiero,
Que los platos sazonados
Den gusto a los convidados
Que no al mismo cocinero.

En la misma semejanza pura se hallan sus primores de ingenio, que la realzan grandemente; con una sola se pueden exprimir dos contrarios afectos. Así dijo don Luis de Góngora:

Que los dos nos parecemos
Al roble, que más resiste
Los soplos del viento airado,
Tú en ser dura, yo en ser firme.

Puédese realzar el concepto, añadiendo a una semejanza otra mayor, y que exprime más el sentir, como en este madrigal, el Marino a San Lorenzo:

O non cura, o non sente,
Questi che l' alma ardendo, esala e spira,
L' empia da rei ministri accesa pira,
Ma gode tra le fiamme, in rogo ardente
Rinasce immortalmente,
O beata! o felice!
Salamandra di Christo, anzi Fenice.

Otras veces se ponen dos, pero con oposición, más que aumento, para declarar diferentes afectos; así dijo Mendoza, el conceptuoso:

¡Oh, mal terrible!
¡Ser Fénix en amar, y en morir cisne!

Muchas, continuadas y aplicadas bien, aunque no formen el exceso, tienen singular agudeza; con este artificio trazó aquella real canción el doctor Mira de Mescua, feliz ingenio, que comienza:

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Cortando el aire el suelto jilguerillo,
Sentóse en los pimpollos de una haya,
Y con el pico de marfil nevado,
Entre el pechuelo verde y amarillo,
Las plumas concertó, pajiza y gaya,
Y celoso se ensaya
A descantar en alto contrapunto
Sus celos, y amor junto,

Y al ramillo su apoyo, y otras flores,
Libre y gozoso cuenta sus amores.
Mas, ¡ay!, que en este estado
El cruel cazador, de astucia armado,
Escondido le acecha,
Y al tierno corazón aguda flecha
Tira con mano esquiva,
Y envuelto entre su sangre, le derriba,
Simple avecilla errada,
Imagen de mi suerte desdichada.

Mas don Francisco de Quevedo, a la muerte de don Luis Carrillo, no sólo se contenta con acumular las semejanzas, sino que después, por contrariedad, las va aplicando, y convierte en dicha la que ponderó infelicidad.

Miré ligera nave,
Que, con alas de lino, en presto vuelo
Por el aire suave
Iba segura del rigor del Cielo
Y de tormenta grave.
En los golfos del mar el sol nadaba
Y en sus ondas temblaba,
Y ella, preñada de riquezas sumas,
Rompiendo sus cristales,
Le argentaba de espumas,
Cuando, en furor iguales,
En sus velas los vientos se entregaron,
Y, dando en un bajío,
Sus leños desató su mismo brío,
Que de escarmientos todo el mar poblaron,
Dejando de su pérdida en memoria
Rotas jarcias, parleras de su historia.

Prosigue con otras no inferiores, y luego, en la última estancia, las resume y las aplica por contraria ponderación, diciendo:

Nave tomó ya puerto;
Laurel se ve en el cielo trasplantado,
Y de él teje corona;
Fuente encañada a la de Gracia corre,
Desde aqueste desierto;
Pájaro regalado
Serafín pisa ya la mejor zona,
Sin que tan alto nido nadie borre.
Así, que el que a don Luis llora, no sabe
Que pájaro, laurel, y fuente, y nave,
Tiene en el cielo, donde fue escogido,
Flores, y curso largo, y puerto, y nido.

De la semejanza suele pasar el ingenio al exceso, que hace el sujeto al término; de este modo don Diego de Morlanes, superior ingenio y universal, en un culto poema del incendio troyano, dijo:

La Fénix no sale ufana
Entre cenizas deshechas,
Como él entre ardientes llamas,
Si toda Troya es un Etna.

Adelantó el piadoso Eneas a la Fénix, dejando por poca la semejanza; con el mismo realce, don Luis de Góngora:

Era su hermosura tanta,
Que bien se hallaran claveles,
Más ciertos en sus dos labios,
Que en los dos floridos meses.

El término de la similitud no siempre es verdadero; tal vez se finge para más ponderación y para exprimir más la deformidad o conformidad del asunto. De este modo comenzó Horacio su *Arte poética,* fingiendo un monstruo de impropiedades, y luego lo asemeja a las obras de algunos escritores:

Humano capiti cervicem pictor equinam
Jungere si velit et varias inducere plumas,
Undique collatis membris, ut turpiter atrum
Desinat in piscem mulier formosa superne:
Spectatum admissi risum teneatis, amici?
Credite, Pisones, isti tabulae fore librum
Per similem, cujus, velut aegri somnia, vanae
Fingentur species: ut nec pes, nec caput uni
Reddatur formae, Pictoribus, atque Poetis,
Quidlibet audendi semper fuit aequa potestas.

Fíngese también por una alegoría el término de la semejanza, y después se aplica con desempeño. Don Luis de Góngora, a una amorosa emulación, dijo:

Porque corre a despeñarse
Medio asombrado un arroyo,
El paso quiere impedirle
Un arrayán piadoso.
Y aunque con mil cortesías,
Le va obligando a su tronco,
Por entre pies, hecho sierpe,
Se le escapa bullicioso.
El llevarse cuanto encuentra,
Es de sus celos asombro;
Y al fin, con precipitarse,
Da a su olvido testimonio.

De esta suerte va prosiguiendo la alegoría, y luego la aplica:

Este ejemplo le contaba
Un pastorcillo, celoso,
A una zagala, por quien
Hoy le sucede lo propio.

Siempre ha de ser conforme el término de la asimilación, porque como se escoge para imagen, se requiere en él la pro-

piedad, debe ser sublime en materias graves, y muy al caso. Fuelo mucho el cisne con que dio Dido principio y jeroglífico a su carta, eruditamente comentada por nuestro grande amigo el padre Sebastián de Matienzo, de la Compañía de Jesús:

Sic ubi fata vocant, udis abjectus in herbis,
Ad vada Maenandri, concinit albus olor.

En materias humildes y de burla, también ha de ser humilde, pero no que ofenda. En la *Fábula de Adonis* dijo el Frías, no fríamente, sino con mucha donosidad:

No pudiendo cabriolas,
Hacía el prado floretas,
Al son de un pícaro arroyo,
Que tocaba unas tejuelas.

De las contingencias suele tomar pie el discurso para grandes conceptos, como se dice en cada especie de agudeza; del mismo modo para la semejanza, y suelen ser las más gustosas, por lo pronto y tan a la ocasión. De un acaso formó este gran soneto don Luis Carrillo:

Viste de ejemplo el tronco, y de fiereza,
Éste que ves Centímano arrogante;
Aun muerto, dura en el feroz semblante
El ánimo que opuso a tanta alteza.
Parias en humildad da a la grandeza
Del siempre vencedor Altitonante,
Y así el árbol humilde, el arrogante
Rostro humilde, humillando su cabeza.
Señales mira en él del rayo ardiente,
De Júpiter respeta los despojos;
¡Oh, tú!; que admiras triste esta memoria,
Frescas aún viven en la altiva frente;
Toma en ella consejo, abre los ojos,
Y vete, que harto debes a su historia.

No siempre es menester poner formada la semejanza ni expresamente aplicarla, que bastantemente se percibe. Así, don Luis de Góngora:

Cada vez que la miraba,
Salía un sol por su frente,
De tantos rayos vestido,
Cuantos cabellos contiene.

Acontece no estar formada la semejanza por faltar alguna condición, o por repugnar alguna de las circunstancias y entonces se exprime condicionalmente, que es mayor artificio, como diciendo, si esto fuera o si esto no fuera, te asemejara, que es aún decir más. Con extremada sutileza, don Francisco de Quevedo introduce al sol, hablando con Dafne:

No corras más, Dafne fiera,
Que en verte huir tan furiosa
De mí, que alumbro la esfera,
Si no fueras tan hermosa
Por la noche te tuviera.

Este modo de discurrir condicional es muy relevante, y se hallan en él grandes conceptos, no sólo en esta especie, sino en todas las demás; porque se adelanta el ingenio a lo que no se atreviera absolutamente. Valiéndose de la condición, exageró mucho el ingenioso jurado en esta semejanza:

Entró donde el mármol pario
Pensara ver por Lisipo
Un ángel, *si de los ojos*
No le descendiera un Nilo,
Y tras él la roja sangre
Por el nevado camino,
Que abrió en el hermoso cuello,
Sediento puñal huido;
Tal quedó, como la rosa,
Que de su lugar nativo

Destronca el robusto arado,
Aunque por más beneficio.

Juntó con el artificio condicionado la correspondencia con los efectos don Luis de Góngora en este extremado soneto al túmulo de la reina doña Margarita:

No de fino diamante o rubí ardiente,
Luces brillando aquél, éste centellas,
Crespo volumen vio de plumas bellas
Nacer la gala más vistosamente,
Qué oscuro el vuelo, y con razón doliente,
De la perla católica, que sellas,
A besar te levantas las estrellas,
Melancólica aguja, si luciente.
Pompa eres de dolor, seña no vana
De nuestra vanidad, dígalo en viento,
Que ya de luces, ya de aromas tanto
Humo te debe. *¡Ay, ambición humana!*
Prudente pavón hoy con ojos ciento,
Si al desengaño se los das, y al llanto.

La gradación de una semejanza a otra más significativa tiene su especial agrado. Dígalo este augusto concepto, que se escribió con tinta real:

Halagüeños son al gusto,
Pues en un grave mirar
Cocodrilos aseguran,
Cuando basiliscos dan.

Realza la una semejanza a la otra, como más expresiva del pensamiento, de los dos ciegos amantes, el cordobés jurado:

Y la visita que un tiempo
Guardó de cuartana estilo,
Era ya fiebre continua,
Con frenesí y paroxismos.

Aunque no haya gradación de una a otra, sola la paridad entre dos semejanzas a dos sujetos correspondientes, es artificio, como ésta:

Cada labio colorado,
Es un precioso rubí,
Y cada diente un aljófar
Que el alba suele reír.

Vese la correspondencia entre las dos semejanzas a los labios y a los dientes.

Discurso X

DE LAS SEMEJANZAS CONCEPTUOSAS

No cualquiera semejanza (en opinión de muchos) contiene en sí sutileza, ni pasa por concepto, sino aquellas que incluyen alguna otra formalidad de misterio, contrariedad, correspondencia, improporción, sentencia, etc. Éstas (dicen) son objeto de esta arte, incluyen, a más del artificio retórico, el conceptuoso, sin el cual no serían más que tropos o figuras sin alma de sutileza. Vese en este gran soneto del primer cisne de España, que, a más de la semejanza para exprimir su afecto, incluye la eminente improporción y la contrariedad paradoja:

Como la tierna madre que el doliente
Hijo le está con lágrimas pidiendo
Alguna cosa, de la cual comiendo,
Sabe que ha de doblarse el mal que siente.
Y aquel piadoso amor no la consiente
Que considere el daño que haciendo
Lo que la pide hace, va corriendo,
Aplaca el mal, y dobla el accidente.
Así mi enfermo y loco pensamiento,
Que en su daño os me pide, yo querría

Quitarle este mortal mantenimiento.
Mas pídemele, y llora cada día
Tanto, que cuanto quiere le consiento,
Olvidando su muerte y aun la mía.

La proporción y correspondencia realza en sumo grado la semejanza. Por ella comienza don Francisco de Quevedo la fábula *De Dafne:*

Delante del sol venía,
Corriendo Dafne, doncella
De extremada gallardía,
Y en ir delante tan bella
Nueva Aurora parecía.

Por lo contrario, se funda con agradable primor en una contraposición. Grandemente, dijo el Conde de Villamediana:

Es la mujer un mar todo fortuna,
Una mudable vela a todo viento,
Es cometa de fácil movimiento,
Sol en el rostro y en el alma luna.

Aquella contrariedad da alma a la semejanza, que por sí sola fuera muerta. Admírese en este madrigal del conceptuoso Marino, al Nacimiento:

Avolto in sottil velo
(Rimirate, o, mortali!
E stupisci, o natura!)
Nasce il sommo Fattor fatto fattura
Tra duo vili animali
Giace in ruide piume,
Chi su le stelle assiso,
Ha gli Angeli ministri in Paradiso;
L' allegrezza del cielo
Piange e l' eterno sol trema di gelo.

Este mismo artificio contiene aquel elegante y premiado soneto de don Luis de Góngora al Patriarca San Ignacio, metido en el estanque helado, para apagar el fuego de un mozo lascivo:

En tenebrosa noche, en mar airado,
Al través diera un marinero ciego,
De dulce voz, y de homicida ruego,
De sirena mortal lisonjeado.
Si el fervoroso celador cuidado
Del grande Ignacio, no ofreciera luego,
Farol divino, su encendido fuego
A los cristales de un estanque helado.
Trueca las velas el bajel perdido,
Y escollos juzga, que en la mar se lavan
Las voces, que en la arena oye lascivas;
Besa el puerto altamente conducido,
De las que para norte suyo estaban
Ardiendo en aguas muertas llamas vivas.

Cuando el símil se ayuda de la correspondencia, o con las causas, o con los efectos del sujeto, es una gran delicadeza. Fue superlativo concepto del caballero Guarini comparar a Venus con la mar, fundándolo en ser su hija:

Figlia del mar ben degna,
E degnamente nata
Di quel perfido monstro,
Che con aura di speme allettratrice,
Prima lusinghi, e poi
Movi ne' petti umani,
Tante fiere procelle
D' impetuosi e torbidi desiri
Di pianti, e di sospiri;
Che madre di tempeste, e di furore,
Debba chiamarti il mondo,
E non madre di amore.

Añadió a la antítesis lo crítico y malicioso en esta semejanza, el mayorazgo de la agudeza, nuestro Marcial:

Mentiris Juvenem tinctis, Lentine, capillis:
Tam subito Corvus, qui modo Cignus eras.
Non omnes fallis: scit te Proserpina canum;
Personam capiti detrahet illa tuo.

No se pudo decir más, sí lograrlo en esta décima don Manuel de Salinas:

Lentino, que viejo ayer,
Hoy eres joven mentido,
De cisne, por lo teñido,
En cuervo mudas el ser;
Por más que quieras traer
Melena y barba fingida,
A Proserpina advertida,
No engañará tu invención,
Que quitando el mascarón,
Te jubilará la vida.

Fúndase también la semejanza en la correlación del nombre, y válese de la paranomasia para apoyo de la similitud. De esta suerte, un ingenioso orador fue buscándole los epítetos al sol. Virgilio le llama rey de la luz: *Per duodena regit Sol aureus astra.* Horacio, honra y lucimiento del cielo: *Lucidum coeli decus.* Ovidio, espejo del día: *Opposita speculi refertur imagine Phoebus.* Lucano, fuente de la luz: *Largus item liquidis fons luminis aetherius Sol.* Silio Itálico, lámpara del mundo: *Explorat dubios Phoebea lampade natos.* Estacio, el padre universal: *Donec Pater igneus Orbem impleat.* Séneca, el trágico, el rector de la claridad: *O lucis almae Rector.* El cristiano Vida, la rosada antorcha: *Et face Sol rosea nigras difiecerat umbras.* Platón, la cadena de oro del cielo: *Aurea coeli catena.* Plinio, alma del mundo: *Mundi animus et mens.* Ausonio, mayorazgo del resplandor: *Aurea proles.* Boecio, el cochero del día: *Quod Phoebus roseum diem curru provehit aureo.* Arnobiol, el príncipe de

los astros: *Syderum, Sol princeps.* Cicerón, el presidente de las antorchas: *Moderator luminum.* San Gregorio Nacianceno, el corifeo de las estrellas: *Reliquorum syderum Chorifeus.* San Basilio, ojo resplandeciente del cielo: *Oculus Coeli splendidus.* El Profeta Rey, gigante de la luz: *Exultabit ut Gigas.* Finalmente, el grave erudito Filón le llamó el duque de las estrellas: *Stellarum Dux.* Luego, aplicando la semejanza al santo Duque y beato Padre Francisco de Borja, dice: Sol es ilustrísimo, porque entre tantos nobilísimos descendientes, padre es de las estrellas. Entre cortesanos, el espejo del día y de su edad. Entre títulos y señores, el príncipe del lucimiento. Entre grandes, el gigante del esplendor. Entre virreyes, el presidente de los astros. Entre validos y favorecidos, la lámpara del día. Entre casados, la cadena de oro del cielo. Entre viudos, el decoro del firmamento. Entre seglares, alma del mundo. Entre religiosos, el corifeo de las estrellas. Entre superiores y generales, el rector de la luz. Entre sacerdotes, la fuente del resplandor. Entre doctos, ojo resplandeciente del cielo. Entre santos, la antorcha más resplandeciente y encendida. Finalmente, entre todos, el duque de las estrellas en nobleza, cortesía, valor, sabiduría, prudencia, religión, virtud, santidad, gracia. Aunque toda la acomodación de la semejanza fue erudita, pero la excelente paranomasia del duque de las estrellas con el santo Duque da el realce al pensamiento.

Siempre el nombre fue origen de grandes conceptos, como se dirá en su propia especie; así también para la semejanza da fundamento de conformidad y proporción. Don Luis de Góngora en *Las Firmezas* dijo:

> Desdichada Violante,
> A la flor de tu nombre parecida;
> Celosa como amante,
> Tan de azul, tan de púrpura teñida,
> Que es amante y celosa,
> Un lilio breve, una pequeña rosa.

Saca del nombre de Violante la alusión a la flor para la ingeniosa semejanza, exprimiendo sus dos afectos. En el equí-

voco del nombre se fundó también aquel aplaudido pasquín de Roma, en tiempo de Nerón, cuando al rebelarse Francia, despertó él del sueño de su flojedad: *Galli* (decía) *te cantando excitarunt;* los gallos han despertado.

La improporción y contrariedad de efectos se exprime artificiosamente por dos contrapuestos símiles. Dulcísimamente el Guarino dijo:

Amarilli del candido ligustro
Piú candida e piú bella;
Ma dell' aspido sordo,
E piú sorda, e piú fiera, e piú fugace.

Y en otra parte:

Se miro il tuo bel viso
Amore è un paradiso:
Ma se miro il mio core,
E un infernal ardore.

La contraposición siempre fue gran realce de toda sutileza, y aquí de la semejanza, porque hacen agradable armonía entre sí dos de ellas con su antítesis. Don Luis de Góngora:

Espuela de honor le pica,
Y freno de amor le para:
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejarla.

En el mismo término asimilado suele hallarse ya la artificiosa contradicción, y el saberla aplicar bien al sujeto es sutileza suma. Logra este ilustre soneto por sí, y por su autor, que fue el Marqués de Tarifa.

Tienen los Garamantes una fuente,
Que, por oculta calidad del suelo,
El agua tiene fría como el hielo,
Cuando la hiere el sol resplandeciente.

Mas luego que en la mar baña su frente,
Y el mundo se oscurece, y en el cielo
Tiende la negra noche el rico velo,
Hierve y abrasa como fuego ardiente.
¡Así yo, triste, en fuente convertido
De llanto, estoy helado en la presencia
De los ojos, que son el sol que temo;
Mas luego que oscurece mi sentido
La escurísima noche de su ausencia,
En vivo fuego me consumo y quemo!

Discurso XI

DE LAS SEMEJANZAS POR PONDERACIÓN MISTERIOSA, DIFICULTAD Y REPARO

Suelen ser las semejanzas, ya fundamento, ya desempeño de las ponderaciones misteriosas, de los reparos y dificultades de contradicción, porque unas veces dan ocasión para dificultar, otras veces a la dificultad sirven de salida con mucho artificio, y esto es lo más ordinario. De esta suerte, el pronto Rufo, mandándole el señor don Juan de Austria, el Primero, que ponderase con brevedad, cómo la muerte iguala los reyes con los más humildes hombres, y por otra parte suele avisarles con los cometas, dijo al punto:

Pues de reyes sois hermano,
Ved que el cielo diferentes
Los hace de esotras gentes,
A lo divino y humano.
Porque el cometa que envía
Cuando a morir los emplaza,
Rayo es que el cuerpo amenaza
Y estrella que el alma guía.

Extremada salida al misterio de los cometas, en las muertes de los príncipes, por la semejanza con su breve lucimiento, y

añade la correspondencia entre guiar el espíritu como estrella y amenazar el cuerpo como rayo.

Ni con menos artificio sirven de desempeño a la dificultad del reparo. Ponderó uno en la genealogía del Cristo Señor Nuestro, por San Mateo, el nombrar solas cuatro mujeres pecadoras, y después de ellas a aquella gran Señora, exenta de toda culpa y da la solución por una sazonada semejanza. Que así como estando el cielo nublado campea más una estrella, así María, que lo es del mar, brilla más entre los celajes de tantas culpas.

Hácese misterio de las contingencias ordinariamente, y dáseles salida extraordinaria por la semejanza. Cantó don Luis de Góngora al nacer el sol del Empíreo en nuestro humilde hemisferio:

Nace el niño, y velo a velo
Deja en cabello a su madre:
Que esto de dorar las cumbres
Es muy del sol cuando sale.

De este mismo artificio se valió el sutil Plinio en su *Panegiris,* ponderando que los motines y alteraciones del pueblo romano que precedieron al pacífico gobierno de Trajano habían sido como la tempestad del cielo y borrasca del mar, que aseguran después la serenidad y la bonanza: *Coeli, et maris temperiem commendant turbines, et tempestates: ita ad augendam pacem tuam illum tumultum praecesisse crediderim.*

En la misma semejanza se puede hacer el reparo, digo en el término asimilado, y dásele con la aplicación la relevante salida, que si fuere moral se estima más. De don Luis Carrillo, a un caballo, ejemplo de lo que fue, gran soneto:

El imperioso brazo y dueño airado,
El que Pegaso fue, sufre paciente;
Tiembla a la voz medroso, y obediente
Sayal le viste el cuello, ya humillado.
El pecho anciano, de la edad surcado,
Que amenazó desprecio al oro, siente,

Humilde ya, que el cáñamo le afrente;
Humilde ya, le afrenta el tosco arado.
Cuando ardiente pasaba la carrera,
Sólo su largo aliento le seguía,
Ya el flaco brazo al suelo apenas clava.
¡A qué verdad temió su edad primera!
Llegó, pues, de su ser el postrer día,
Que el cano tiempo, en fin, todo lo acaba.

Con enseñanza pondera la contrariedad de tiempos, hace reparo en el infeliz dejo y da una gran moralidad por solución. Con otra gran moralidad dio alma a un emblema Alciato, tomándola del griego Teócrito. Pinta al amor herido de una abeja, quejándose a su madre, y que ella, por una excelente retorsión, le zahiere la semejanza:

Alveolis dum mella legit, percussit Amorem
Furacem mala apes, et summis spicula liquit
In digitis: tumido gemitat puer anxius ungue,
Et quatit errabundus humum: Venerique dolorem
Indicat, et graviter queritur, quod apicula parvum
Ipsa inferre animal, tam noxia vulnera possit,
Cui ridens Venus. Hanc imitaris tu quoque, dixit,
Nate, feram, qui das tot noxia vulnera parvus.

Repara Amor que una pequeña abejuela le cause dolor tan grande, y dale su madre la solución, aplicándole con artificiosa retorsión su semejanza. No mal la parafrasea un antiguo español:

Madre mía, una avecilla,
Que casi no tiene pico,
Me ha causado más dolor
Que pudiera un basilisco;
La madre, que lo conoce,
Vengada, por verle herido.
De cuando la hirió de amores
De Adonis, que tanto quiso,

Medio riendo le dice:
De poco lloras, Cupido,
Siendo tú, y esa avecilla
Iguales en el oficio.

También se supone la semejanza ajena, y se puede fundar sobre ella el reparo, dando la ingeniosa salida. Así Fray Diego López de Andrada glosó que con razón se comparó el sentimiento del perder el cielo al de cinco vírgenes despreciadas de su esposo, porque no hay tormento que se le iguale al de una mujer despreciada.

Cuanto mayor es la razón de la dificultad, y más la razón del reparo, sale más la semejanza en la solución. Ingeniosamente reparó uno en la presteza con que se movió la Reina de todos para ir a visitar a su prima Santa Isabel, y responde con una valiente semejanza. Que así como el cielo no se movió hasta que tuvo al sol al cuarto día, y se vio o ilustrado o comunicativo, así este cielo animado de María, en habiendo concebido al sol infinito, se mueve con tanta ligereza, a dar luz y a comunicar tan divinas influencias.

La acomodación, y aun la salida al reparo de la semejanza, tal vez son hiperbólicas con mayor artificio, pues añaden el del encarecimiento. Admira ésta de don Luis de Góngora en la *Isabela:*

Hay una flor, que con el alba nace,
Caduca al sol, y con la tarde pierde
La verde rama, que su cuna verde
La tumba es ya donde marchita yace;
¡Oh, cómo satisface
No más sobrevenida
Que el mortal celo de que está ceñida
A mi esperanza, que infeliz la nombro,
Pues no fue maravilla, sino asombro!

Pondera la brevedad, repara en lo azul de su gala, y acomoda por exageración. Es doblado realce, cuando a más del misterio se añade la conformidad o proporción en la seme-

janza que desempeña. Comentó con sutileza uno el martirio de San Juan Evangelista en la tina de aceite, y dijo que con mucha razón el que era luz inextinguible de la Iglesia era antes ilustrado que extinguido con tal género de martirio.

El nombre da pie ordinariamente para los reparos, con su significación, y aplícase por la conformidad con los efectos. Este mote dio el agudo jurado a un caballero llamado Bracamonte en unas cañas:

El nombre tengo de monte,
Y el Etna debo de ser,
Pues nunca dejo de arder.

Repara en el nombre, y da salida con la semejanza al volcán de su pasión. Mejor fundó el misterio en el augustísimo nombre de María, Juan María de Incarnat., c. 3. Ponderó su felicísima significación, que es *Estrella de la mar,* y dale salida con la semejanza de la Estrella del norte, que así como ésta no conoce ocaso, así María nunca cayó en la culpa.

Comúnmente toda semejanza que se funda en alguna circunstancia especial, y le da pie alguna rara contingencia, es conceptuosa, porque nace con alma de conformidad y se saca de la misma especialidad del objeto. Las demás que no tienen este realce son semejanzas comunes, muertas sin el picante de la conexión fundamental. De esta suerte aquel gran benemérito de la agudeza, Rufo, dijo de un príncipe que, disparando una pistola, se le reventó el cañón y le derribó el pulgar, que quien era un león en el valor y en las armas, lo había de ser también en tener una uña menos como el león, singular en esto de las demás fieras. Lo vivo de esta semejanza consiste en aquella especialidad de tener un dedo menos, así como el león una uña, porque si se fundara el valor a solas, fuera una cosa muy común y un símil sin espíritu de concepto.

Dos contingencias pondera Marcial en este valiente epigrama, una en el sujeto, otra en el término asimilado. Quedó una víbora sepultada en la goma de los álamos, llamada elec-

tro. Huyendo Cleopatra a Egipto, se encerró en el precioso sepulcro que ella había fabricado, donde acabó, y no hallaron en él sino una víbora: glosa el poeta entrambas contingencias, y concluye con la maliciosa semejanza entre la ponzoñosa víbora y Cleopatra:

Flentibus Heliadum ramis dum Vipera serpit,
Fluxit in obstantem succina gemma feram;
Quae dum miratur pingui serore teneri,
Concreto riguit vincta repente gelu.
Ne tibi regali, placeas, Cleopatra, sepulcro;
Vipera si tumulo nobiliore jacet.

Tradújolo con la acostumbrada propiedad don Manuel Salinas, y dijo:

Junto a un álamo pasaba
Una víbora, en sazón,
Que al infeliz Faetón
Su triste hermana lloraba.
Helóla el precioso llanto,
Y mientras admira el ver
Que la puede detener,
Se halló presa con espanto.
De electro puro su suerte
El sepulcro la labró,
Donde viva se enterró,
Para hacer feliz su muerte.
Viva también te metiste,
Cleopatra, en sepulcro real
Huyendo el riesgo fatal
Donde a víbora te diste.
Pero no por más dichoso
Juzgues tu fin desdichado,
Si una víbora ha llegado
A túmulo más precioso.

Del Bautista ponderó un orador cristiano que con razón fue anunciado del ángel, al ofrecer su padre Zacarías el incienso. Porque el que había de ser la Fénix de los Santos se pareciese también a la Fénix en concebirse entre aromas. Del Evangelista ponderó otro el estar al pecho de su Maestro, cuando hace plato de su carne y sangre, porque es muy propio del águila congregarse donde hay cuerpo y cebarse en el corazón. De San Esteban, San Fulgencio, que, el que era corona de los mártires, lo pareciese en la preciosa pedrería. Todas estas semejanzas se fundan en alguna razón y circunstancia especial, que da pie al ingenio para el concepto.

Discurso XII

DE LAS PONDERACIONES Y ARGUMENTOS POR SEMEJANZA SENTENCIOSA

Válese con grande artificio el ingenio de las semejanzas para sacar una moralidad provechosa; pondera el término asimilado con sus circunstancias, y concluye convenciendo al sujeto. Felizmente consiguió su intento Bartolomé Leonardo, en este grave epigrama:

Cloris, este rosal, que libre o rudo,
Del arte huyó al favor de la floresta,
Su arrogancia selvática depuesta,
vecinas flores le verán desnudo.
Nota esa rosa, que aun ahora pudo
Abrir el paso a su niñez modesta,
Para cuán breves términos apresta
La grana, que libró del verde nudo.
Vive su planta los estivos meses;
Mas el honor de los purpúreos senos,
¡Mísera edad!, la madurez de un día.
Pues si lo raro, ¡oh, Cloris!, dura menos,
La pompa de tu abril, ¿por qué confía,
Que ha de reinar con hados más corteses?

Arguye con la fragilidad de la mayor hermosura entre las flores a la humana belleza. Únicamente el poeta teólogo San Gregorio Nacianceno, ornamento de la Iglesia Católica, en su *Poema de la Virginidad,* hace argumento de la Fénix a la inmortalidad de la pureza.

Ut Phoenix moriens primos revirescit ad annos,
In mediis flammis post plurima lustra renascens;
Atque novum veteri surgit de corpore corpus,
Haud secus egregia redduntur morte perennes,
Dum pia divinis ardescunt pectora flammis,
Corpore in afflicto sita vis, roburque piorum est,
Haec quisquis bene perspiciet cum corpore foedus
Non feriet, postquam meliori exarserit igne.

Añádese a la semejanza la sentencia con ventaja, y sale mejor la moralidad. Pinta don Luis de Góngora el palacio de la primavera, apodando y celebrando cada flor en aquel florido romance, que comienza:

Esperando están la rosa,
Cuantas contiene un vergel
Flores hijas de la aurora,
Bellas cuanto pueden ser.

Va describiendo con la cultura y realces de estilo que acostumbra, y concluye con esta sentencia, que fue el fruto de tanta flor:

Éste de la Primavera
El verde palacio es,
Que en cada un año se erige
Para poco más de un mes;
Las flores a las personas
Ciertos ejemplos les den,
Que puede ser yermo hoy
Lo que fue jardín ayer.

De la misma sentencia hace argumento Francisco López de Zárate, florido ingenio, en este célebre soneto:

Ésta, a quien ya se le atrevió el arado,
Con púrpura fragante adornó el viento,
Y negando en la pompa su elemento,
Bien que caduca luz, fue sol del prado.
Tuviéronla los ojos por cuidado,
Siendo su triunfo breve pensamiento:
¿Quién, sino el hierro, fuera tan violento,
De la ignorancia rústica guiado?
Aun no gozó de vida aquel instante,
Que se permite a las plebeyas flores,
Porque llegó al ocaso en el oriente.
¡Oh, tú, cuando más rosa y más triunfante!
Teme, que las bellezas son colores,
Y fácil de morir todo accidente.

Del término asimilado se hace tal vez el argumento en contrario, y entonces más se pondera la desemejanza del sujeto con quien se carea. Así el sentencioso Horacio, igualmente filósofo que poeta, en aquella su primera sátira tan plausible, arguye a un avaro con la moderación de la hormiga, que sólo el verano recoge, pero él ni en el tempestuoso invierno perdona a los peligros de los mares.

Parvula nam exemplo est magni formica laboris
Ore trahit quodcumque potest; atque addit acervo
Quem struit haud ignara ac non incauta futuri;
Quae, simul inversum contristat Aquarius annum,
Non usquam; prorepit, et illis utitur ante
Quaesitis sapiens. Cum te neque fervidus aestus
Dimoveat lucro; neque hiems, ignis, mare, ferrum,
Nihil obstet tibi: dum ne sit te ditior alter.

En una misma semejanza se pueden sacar dos moralidades a diferentes consideraciones, como se ve en este soneto de

Lope de Vega, también a la rosa, que como término tan sublime, todas las doctas abejas pican en ella:

¡Con qué artificio tan divino sales
De esa camisa de esmeralda fina!
¡Oh, rosa celestial alejandrina,
Coronada de granos orientales!
Ya en rubíes te enciendes, ya en corales,
Ya tu color a púrpura se inclina,
Sentada en esa basa peregrina,
Que forman cinco puntas desiguales.
Bien haya tu divino autor, pues mueves
A su contemplación el pensamiento,
Y aun a pensar en nuestros años breves:
Así la verde edad se esparce al viento,
Y así las esperanzas son aleves,
Que tienen en la tierra el fundamento.

Pero cuando a la semejanza da pie alguna circunstancia especial del sujeto a quien se arguye, entonces es rigurosamente concepto, y de semejanza retórica pasa a sutileza del ingenio. Así el culto Pontano Joviano, en un epitafio que suscribió al túmulo de una tierna doncella, llamada *Rosa,* fundando la agudeza en el nombre, forma la semejanza en lo frágil, así como en lo florido y hermoso. Es gran epigrama:

Non nomen tibi, qui nomen fecere parentes,
Dixerunt cum te, bella puella, Rosam.
Utque rosa brevius nihil est, aequeque caducum,
Sic, cito, sic breviter, et tua forma perit.

De la circunstancia o contingencia de mirarse en las aguas del Tajo, y ver en ellas las ruinas del castillo de San Cervantes, toma ocasión don Luis de Góngora para formar la semejanza y argüir con ella a una belleza:

Si de las aguas del Tajo,
Hace a su beldad espejo,

Ofrécele tus ruinas,
A su altivez por ejemplo.
Háblala mudo mil cosas,
Que bien sabrás, pues sabemos,
Que a palabras de edificios,
Orejas los ojos fueron.
Dirásla que con tus años,
Regule sus pensamientos,
Que es verdugo de murallas
Y de bellezas el tiempo.

Si la contingencia lleva consigo la deformidad, se glosa con más acierto y sutileza; censurando algunos que dos mujeres, de las que viven en la corte con libertad, entrasen en una casa muy autorizada a visitar muy en forma, respondió el pronto Rufo: Son como las moscas, que se pasan de un vuelo del estiércol a la mesa del rey. De estas prontitudes tiene muchas en su libro de los *Seiscientos apotegmas*. Lógrale, que es uno de los libros del buen gusto.

De la improporción, semejanza y alusión crítica compuso el juicioso Alciato este preñado emblema, y lo exprimió por una elocuente prosopopeya; habla un Delfín, arrojado del mar, su centro, a las arenas, en una furiosa tempestad, y dice:

Delphinem invitum me in littora compulit aestus,
Exemplum in fido quanta pericla mari.
Nam si nec propriis Neptunus parcit alumnis;
Quis tutos homines navibus esse putet?

Es extremada contingencia, y bien comentada, y hace la alusión tácita a sucesos trágicos grandes, y aun coronados. Sobre todo, cuando la semejanza va realzada con el misterio, y se le da salida con una grave y sentenciosa ponderación, es el triunfo de esta agudeza: relee, estima y aun admira este español epigrama a una fuente, que de la de su perenne ingenio nos comunica don Manuel de Salinas y Lizana, canónigo de la catedral de Huesca, tan ingenioso en sus poemas, cuan propio en los ajenos:

Risueña, hermosa y cristalina fuente,
El empleo mayor de los sentidos;
Sonora lisonjeas los oídos,
Los ojos solicitas transparente.
De olor bañan tus flores el ambiente.
El gusto y tacto digan embestidos
De augusto sol, si fueron socorridos
De tu helado raudal, dulce corriente.
Todo lo hermoso y lo agradable excedes;
Pero ni en esto tus aplausos fundo,
Que no repara en lo caduco el cuerdo.
Gloriarte sola, y justamente puedes,
De que siendo perenne acá en el mundo,
De la eterna morada haces recuerdo.

Altérnanse con mucha gracia dos y tres semejanzas juntas para la persuasión y el desengaño. El dulce sobre ingenioso Remondo, jesuita, persuade a la honestidad y al recato con estas tres de la nieve, del espejo y de la rosa:

Corporis intacti species, mentisque pudicae,
Nix, speculum, et mollis dicitur esse rosa.
Quid nive candidius? Speculo quid purius ardet?
Quidve potest tenera pulchrius esse rosa?
Mors rosae in at actu est, speculum levis inquinat aura,
Et nix vel minima labe notata nigra est.
Quam facilis labes, facilisque aetactus, et aura est,
Tam sic magna tuae cura pudicitiae.

La exageración hace muy salida la semejanza y la da mucho vivo para el desengaño, cual fue ésta de Villamediana, entre muchas muy significativas:

Méritos de desdichados
Son sufragios de precitos,
Que inútilmente dan gritos
Sujetos mal escuchados.
Nadie porfíe ni espere

Vencer efectos del hado,
Que el que ha de ser desdichado
Entre los remedios muere.

La gustosa crisis se explica mucho por una semejanza; usáronlas mucho los satíricos, como Juvenal, Persio, y también los filósofos morales; campean en Séneca, Plutarco y otros. Es digna de todo aprecio ésta de uno de los cisnes del Ebro, Juan de Verzosa, el aragonés Horacio por lo recóndito y sentencioso de sus *Epístolas,* que escribió a los mayores príncipes y personajes de la Europa; en una de ellas, al secretario Gonzalo Pérez, le dice:

Haud temere laudabo tibi, tradamque (Peresi)
Quemque hominum, genus humanum dignoscere cauto
Si bonus est propria tibi se virtute probabit;
Sin malus, agnosces, et me censebis ineptum,
Qui tales homines tradam tibi; et ille recedet
Post illa populo toti evitabilis, ut si
Quis percussori nummum commendet: et usque
Urgeat assiduus precibus, numeretur ut inter
Germanos, licet verae non esse monetae:
Prodet adulterium tinnitubus atque colore,
Ignibus, et lydo lapide, atque incude severa,
Nec panem pistor, nec caupo numismate vinum
Hoc permutabit. Commendet quisque tibi se
Moribus, et studio in Regem, curaque fideli.

El logro de este gran autor, con otros muchos de los antiguos españoles, especialmente de nuestros aragoneses, en número y calidad insignes, de quienes he tenido colmada fruición, si antes, ni aun noticia, reconozco y estimaré siempre al copioso y culto Museo de nuestro mayor amigo don Vincencio Juan de Lastanosa, benemérito universal de todo lo curioso, selecto, gustoso, en libros, monedas, estatuas, piedras, antigüedades, pinturas, flores, y en una palabra, su casa es un emporio de la más agradable y curiosa variedad.

Lo satírico hace la semejanza plausible: comparaba un dis-

creto las mercedes de los reyes al tirar piedras, que las grandes se quedan muy cerca, a los pies, pero las chinas caen muy lejos. Todo el fruto de una semejanza de éstas viene a ser el desengaño y la moral enseñanza. Sea corona de esta agudeza este precioso soneto, compuesto de las mismas arenas de oro de Hipocrene en vez de sílabas. Don Luis de Góngora, a la brevedad de la vida:

Menos solícito veloz saeta,
Destinada señal, que mordió aguda,
Agonal carro por la arena muda
No coronó con más silencio meta:
¡Qué presurosa corre!, ¡qué secreta
A su fin nuestra edad! A quien lo duda,
Fiera que sea, de razón desnuda,
Cada sol repetido es un cometa.
Confiésalo, Cartago, ¿y tú lo ignoras?
Peligro corres, Celio, si porfías
En seguir sombras y abrazar engaños:
Mal te perdonarán a ti las horas,
Las horas que limando están los días,
Los días que royendo están los años.

Discurso XIII

DE LOS CONCEPTOS POR DESEMEJANZA

Pretende la desemejanza aun más peregrino su artificio. Hállanse en ella todas las sutilezas y primores de ingenio que en la semejanza, con sola esta diferencia, que aquí se hace el careo al contrario, esto es, mostrando la diversidad que se halla entre el sujeto disimilado y el término a quien se desemeja, como se ve en este perfectísimo soneto que fue trofeo de la poesía española; contrapuso en él un príncipe en sangre, y más en el ingenio, lo fingido y turbio del corazón humano con la claridad de una fuente:

Risa del monte, de las aves lira,
Pompa del prado, espejo de la aurora,
Alma de abril, espíritu de Flora,
Por quien la rosa y el jazmín respira.
Aunque tu curso, en cuantos pasos gira,
Perlas vierte, esmeraldas atesora,
Tu claro proceder más me enamora
Que cuanto en ti naturaleza admira.
¡Cuán sin engaño tus entrañas puras
Dejan que por luciente vidriera
Se cuenten las guijuelas de tu estrado!
¡Cuán sin malicia cándida murmuras!
¡Oh, sencillez de aquella edad primera!
Perdióla el hombre y adquirióla el prado.

Pondérase la malicia humana y la candidez de la fuente, lo inescrutable del corazón y la transparencia de los cristales con agradable contraposición, y hácese el argumento de lo menos a lo más.

Las conceptuosas, y que son rigurosamente conceptos, son las que se fundan en alguna circunstancia especial, tomando pie de ella el discurso para conceptear, y entonces, a más del artificio retórico, añaden el conceptuoso, como se ve en ésta, que se sacó de una contingencia rara y singular. Eclipsóse el sol el día que nació un príncipe en nada esclarecido, y glosó uno que aún materialmente se le negaba el sol al que no lo había de ser por sus esclarecidos hechos. Al contrario, el ingenioso Remondo, jesuita, careó el nacimiento de Cristo, Señor nuestro, con su muerte; allí aparecen tres soles, aquí uno se eclipsa, allí se ven nuevas estrellas, aquí se esconden, y de la contrariedad de circunstancias saca que es el Señor el verdadero sol de las eternidades.

Clara dies (oreris media dum nocte) refulget
Dum moreris medio nox ruit atra die.
O verum solem supera inter lumina, quo lux
Ex Oriente, oritur, quo fugiente fugit.

Entretéjense aquí muchas sutilezas; el reparo en las contingencias, la contraposición entre las mismas, y concluye con la ingeniosa similitud. Cualquiera de las circunstancias o adjuntos del sujeto disimilado da pie con artificiosa sutileza para la diversidad. Del rey don Pedro el Cruel dijo un buen historiador que con razón le privó del reino y sustituyó un bastardo al que no había querido ser verdadero padre de sus vasallos.

Así como la correspondencia entre las propiedades del sujeto y término da ocasión a la semejanza, así, al contrario, la improporción y discordancia de los mismos extremos sirve de fundamento a la conceptuosa desemejanza y campea mucho aquella contraposición por ser muy artificiosa. Fue alma de este gran soneto, y, aunque comienza por la conformidad asímbola, concluye con la diversidad contraria. Cantó a un olmo don Luis Carrillo:

Enojo a un tiempo fue tu cuello alzado
A la patria del Euro proceloso;
Era tu verde tronco y cuello hojoso,
Dosel al ancho Betis, sombra al prado.
Ya que la edad no humilla, derribado
Gimes del tiempo agravios, ya lloroso;
Tu ausencia llora el río caudaloso,
Tu falta siente y llora el verde prado.
Envidia al alto cielo fue tu altura.
Cual tú, me abraza el suelo derribado,
Imagen tuya, al fin, ¡oh, tronco hermoso!
Tu mal llora del Betis la agua pura,
Y quien llore mi mal nunca se ha hallado,
Que en esto sólo basta el ser dichoso.

También la desemejanza suele ser sutil desempeño de un misterio o reparo. Salieron dos osos a despedazar los cuarenta muchachos que se burlaban del profeta Eliseo. Ponderó un grave escritor, el padre Francisco de Mendoza, jesuita, de los ingeniosos y que discurren con mucho fundamento, ¿por qué no envió el cielo leones o tigres, sino osos? Y da la valiente salida por desemejanza de la osa, que con su lengua va for-

mando y perfeccionando su deforme parto: castigó el Señor los hijos y corrigió los padres con el ejemplo de las cuidadosas fieras. San Ambrosio saca la moralidad: *Ursa insidians licet, ut scriptura ait (est enim plena fraudis fera) tamen fertur informes utero partus edere; sed natos lingua fingere, atque in speciem sui similitudinemque formare. Non miraris in fera, tam pii oris officia; cujus naturam pietas exprimit! Ursa igitur partus suos ad sui effingit similitudinem, tu filios tuos instituere similes tui non potes?*

Pondérase un desengaño con grande propiedad, por una disimilitud, que declara mucho la diversidad de los dos términos careados: usan de ellas ordinariamente los cómicos por su facilidad. Realzadamente el cortesano Mendoza dijo:

Soledad, no hay compañía
Mayor, donde el alma yace
Consigo, y en ella nace
Una verdad cada día:
En esta breve armonía,
Miro cuán breve reposa
En un peligro la rosa,
En un desmayo el jazmín,
Y que sola el alma al fin,
Permanece siempre hermosa.

Sirven con extremado primor para la crisis, ya juiciosa, ya irrisoria, porque exprimen con grande énfasis la deformidad del objeto. Con una dio valiente principio a la segunda jornada de su *Isabela* don Luis de Góngora; introdúcela diciendo:

Dichosa pastorcilla,
Que del Tajo en la orilla,
Por ella más que por su arena rica,
Viste sincera y pura
Blancura de blancura;
Nieve el pecho y armiños el pellico.
Y al viento suelta el oro encordonado,
Cuando vestirse quiere de brocado.
A sombra de un aliso,

Que al ruiseñor ya quiso
Servir de jaula de sus dulces quejas.
Después que han argentado
De plata el verde prado,
Reduce a sus rediles sus ovejas.
Do las ordeña, compitiendo en vano
La blanca leche con la blanca mano.
Pastorcilla dichosa,
Si ya te hizo esposa
Dulce propia elección, no fuerza ajena;
Al de plumas lozano,
Avestruz africano,
Que vuela rey en su desnuda arena,
Menosprecia la tórtola, y en suma,
Más arrullos escoge, y menos pluma.
Yo, pobre de ventura,
De caduca hermosura,
Rica, si bien nacida, y bien dotada, etc.

El nombre siempre ayuda a discurrir, es gran fundamento para la correspondencia o disonancia con los efectos. Valiéndose de él, forma una artificiosa contraposición un grande ingenio, en este valiente epigrama; pondéralo, que hallarás mucha alma en él. Es a Santa Inés, glosando su nombre de cordera, y su valor en el martirio de leona, y concluye desposándola con su Divino Esposo, ya León de Judá, y ya corderito de Dios:

Agna es virgo, lupos sed diro marte lacessis.
Non feritas agnas haec decet, imo leas.
Es Lea, et Agna simul, servas velut agna pudorem,
Vincis carnificum ceu lea torva minas.
Innocuo velut agna Dei sociaberis Agno;
Ut Lea, vincentis sponsa Leonis eris.

Entretéjense los primores conceptuosos entre sí a cada paso, y uno a otro se realzan grandemente. Así, en este sentido soneto de don Antonio de Mendoza, la exageración aviva

la desemejanza y acaba de perfeccionarla el reparo, con su sentenciosa salida:

Brama el mar de los aires ofendido,
Y estrella quiere ser en su elemento;
Gime de horrores desatado el viento,
Un mal de tantos montes oprimido.
Cruje la selva, el cielo embravecido.
Estremece el dudoso firmamento;
Que no hay quien niegue a un daño el sentimiento,
Una queja, una lágrima, un gemido.
Yo solo, siempre en padecer constante.
Soy de mi mal en la postrera cumbre,
Alma sin voz, silencio de diamante.
¡Oh, continua enseñada pesadumbre!
Sufrir sin novedad un triste amante,
Tanto debe un dolor a la costumbre.

Fórmase la desemejanza algunas veces, no tanto por la disparidad, cuanto por el exceso que hace el sujeto principal al término con quien se carea. Fue muy florido, entre epigramas, éste a la reina del Empíreo:

Sunt pulchrae sylvae, sunt pulchra et littora, pulchrum
Est pratum, in viridi gramina pulchra solo.
Sunt pulchrae gemmae, sunt astra, et sydera pulchra,
Sunt pulchri flores, est quoque pulchra dies
Pulchriores sylvis: pia Virgo, littore, prato
Gramine, gemma, astris, sydere, sole, die.

No menos realzan la desemejanza las contraposiciones y proporciones, que, como incluyen en sí tanto del artificio ingenioso, dondequiera que entran, comunican su perfección. Vanse alternando en este soneto que al duque santo cantó el padre fray Pedro Gracián, mi hermano, religioso de la Santísima Trinidad, que murió en la flor de sus mayores esperanzas:

Entre ajenas cenizas hoy renace
La Fénix de Gandía y el gusano,
Que no en cuna de aromas sale ufano,
Si en túmulo fatal pálido nace.
El ser le da, y al otro morir hace,
Gusano roedor del pecho humano;
Con nueva vida, nuevo cortesano
Quiere ser de Señor que nunca yace.
¡Oh, Fénix, la más rara que produjo
Brillante sol entre el incienso ardiente!
¡Santa transformación no comprendida!
Sólo el rayo de luz, sólo el influjo,
Te da ser de aquel sol, que omnipotente
Sacó de propia muerte ajena vida.

De la desemejanza sacar al contrario la conformidad y semejanza es gran obra del discurso; válese para esto el ingenio de alguna circunstancia especial para apoyo del concepto. Sutilmente, como siempre, discurrió el conceptuoso Andrada en el panegírico de San Marcos, y dijo: Que el llamarle la Escritura león entre los evangelistas y pintarle con el león, fue para desmentir la opinión de cobardía que algunos le prohijaron, y para significar el panal del Evangelio, que el Sansón de la Iglesia, Pedro, había de sacar de su boca. Transforma con agradable artificio, en semejanza del león, la oposición y disimilitud que otros le atribuyeron. Donosamente también se pasa de la desemejanza con un término a la conformidad y disimilitud con su contrario. El pronto Rufo, a una persona muy fea y muy engalanada, dijo:

Aunque de perlas te siembre,
Mico enfermo y con desmayo,
¿Quién bastara hacerte mayo,
Si Dios te hizo diciembre?

Hácese un mixto muy ingenioso de la similitud y disimilitud, con dos términos. De esta suerte formó su emblema el prudente Alciato, pintando una desvanecida calabaza trepan-

do por las ramas de un pino, para significar la frágil felicidad en aquélla y la permanente en ésta, y glosó así:

Aeriam propter crevisse Cucurbita pinum
Dicitur, et grandi luxuriasse coma?
Cum ramos complexa, ipsumque egressa cacumen:
se praestare aliis credidit arboribus.
Cui pinus, Nimirum brevis est haec gloria: nam te
Protinus adveniet, quae male perdet hyems.

Otra gran moralidad saca Anastasio Pantaleón, careando un almendro frustrado de sus frutos por lo anticipado, con un moral, lográndose por lo detenido. Dice, pues:

Tú, que en la pompa ya de flores vana
Perdiste ¡oh planta!, la sazón madura,
Donde tu juventud te quitó dura,
Cuanto verdor te aceleró temprana.
Si en la inclemencia de los cierzos cana
No se avisó del daño tu hermosura,
Estéril tronco estés, ruina oscura,
De infame acero, de segur villana.
Próvido miedo es ley del que desea,
Tenle ya tú, que prevenir las veces
A los males, ni ofende ni embaraza.
Ese amigo moral tu ejemplo sea,
Que la injuria temiendo, que padeces,
En tu mismo peligro se amenaza.

Discurso XIV

DE LA AGUDEZA POR PARIDAD CONCEPTUOSA

Éste es el cuarto orden de conceptos, que se funda también en el careo del sujeto con algún término, no ya por semejanza, sino por paridad. De esta paralela combinación salen las comparaciones o disparidades conceptuosas, de tan

grande artificio, que pueden ladearse con la más agradable sutileza. Pruébelo este perfectísimo soneto de don Miguel de Ribellas, caballero valenciano, poema nunca bastantemente apreciado, al príncipe de los arcángeles:

Gallardo capitán, que armado de oro,
Con la lanza fatal puesta en la mano,
Pisas el cuello del feroz tirano,
Que a su rey y a su Dios perdió el decoro.
El pie sagrado con respeto adoro,
Que así castiga el loco intento vano,
Y en el divino alcázar soberano
Tiene el primer lugar del primer coro.
Postraréme a tus pies con tu licencia,
Y allí do Lucifer está tendido,
Juntos los dos haremos penitencia:
Que si al mismo Señor tengo ofendido,
No queda entre él y mí más diferencia,
De estar él pertinaz, yo arrepentido.

Teje extremadamente la paridad entre el pecador y Lucifer, pero repara después, y revuelve con la diferencia de su arrepentimiento y la obstinación del demonio, de suerte que es un ingenioso mixto de paridad y disparidad.

Pero es de notar que no cualquiera comparación encierra agudeza, sino aquellas a quienes da pie y fundamento para el careo alguna circunstancia especial entre los dos términos paralelos, como lo fue aquella rara contingencia de perdonar el león de César a las liebres y otros animales mansos; careó el poeta este suceso, que admiró todo el teatro, con el llevar a Ganimedes la águila de Júpiter:

Aethereas aquila puerum portante per auras,
Illaesum timidis ungibus haesit onus:
Nunc sua Caesareos exorat praeda leones,
Tutus, et ingenti ludit in ore lepus.
Quae majora putas miracula? summus utrisque
Autor adest: haec sunt Caesaris, illa Jovis.

De las dos fieras y de los dos sucesos careados toma ocasión para igualar el César con Júpiter, y da salida al reparo con la lisonja. Oye con qué propiedad lo traduce don Manuel Salinas:

Si del Ida a Ganimedes,
Donoso rapaz troyano,
Arrebató del gran Jove
Volante armígero alado.
Y entre sus uñas al cielo,
Más seguro, y más temblando,
Le condujo, haciendo fiel
Del mismo riesgo sagrado.
Hoy admira los leones
En el gran anfiteatro,
En fe de su augusto dueño,
Portentos nuevos obrando.
Tan mansamente corteses,
Que en su gran boca jugando
Las liebres, la solicitan
Por nido, si ya fue pasmo.
¿Cuál, dime, raro portento,
Juzgas por mayor de entrambos?
¿Lo que yo puedo decirte
Metido a juez de milagros?
¡Qué autores tienen divinos
Los dos prodigios humanos!;
Si Júpiter lo es del uno,
Del otro lo es Domiciano.

Siempre ha de haber alguna circunstancia especial en que se funde la conformidad de los términos para levantar la comparación conceptuosa, que sin ésta no será sutileza, sino una desnuda figura retórica, sin viveza de ingenio, como se dijo de la semejanza y otras. De la uniformidad de palabras en el nacimiento del Bautista con el de Cristo, pues dice: *Elisabet impletum est tempus pariendi,* y de María: *Impleti sunt dies, ut pareret.* Concluyó Andrada, el ingenioso, la misteriosa pari-

dad entre el Señor y su Precursor. Cuanto esta conformidad se compone de más circunstancias, y más especiales, es mayor y más artificiosa la paridad; fuelo ésta, en este soneto grande, de primera clase, que a la octava maravilla del mundo en asunto había de corresponder otra en el concepto. Dijo don Luis de Góngora al Escorial y al prudente Filipo:

Sacros, altos, dorados capiteles
Que a las nubes borráis sus arreboles,
Febo os teme por más lucientes soles
Y el cielo por gigantes más crueles.
Depón tus rayos, Júpiter; no celes
Los tuyos, Sol; de un templo son faroles.
Que al mayor mártir de los españoles
Erigió el mayor rey de los fieles.
Religiosa grandeza del monarca,
Cuya diestra real al nuevo mundo
Abrevia, y el oriente se le humilla.
Perdone el tiempo, lisonjee la Parca
La beldad de esta octava maravilla,
Los años de este Salomón segundo.

Forma la paridad entre los dos reyes, fieles, sabios, y en la especialidad de sus dos maravillosos templos. Cuando la comparación toma pie de alguna contingencia extraordinaria es la más plausible. Así nuestro agudo universal, el aborto de la fiera en el anfiteatro, dando la vida al hijuelo, por la misma herida que la perdía la madre, lo careó con el nacimiento de Baco, y, añadiendo a la sutileza la moralidad, le llamó fiera:

Inter Caesareae discrimina saeva Dianae
Fixisset gravidam cum levis hasta suem,
Exiliit partus miserae de vulnere matris.
O Lucina ferox, hoc peperisse fuit?
Pluribus illa mori voluisset saucia telis,
Omnibus ut natis triste pateret iter.
Quis neget esse satum materno funere Bacum?
Sic genitum numen credite; nata fera est.

Excelente moralidad, y el ser a la ocasión hace la prontitud más gustosa. Sazonóla, o la traduce así don Manuel Salinas:

En los juegos crueles de Diana,
Preñada jabalí, de asta liviana,
Yace, y si la madre por la herida
La muerte halló, el hijuelo halló la vida.
¡Oh, Lucina feroz!, ¿quién tal creyera
Que un morir tan fatal, un nacer fuera?
Morir quisiera a más jaras tan ciertas,
Que a los demás cachorros fueran puertas.
¿Quién negará que fue también violento,
Rayo a rayo, de Baco el nacimiento?
Su madre pereció, y él a ser vino
Fiera al nacer, si al engendrar divino.

Cuando la conformidad de circunstancias llega a ser proporción, es mayor el artificio, porque la proporción, con su correspondencia bien fundada, realza a hermosura el concepto. Vese en este elegante, ingenioso y suave soneto de Bartolomé Leonardo a San Ignacio:

Cuelga Ignacio las armas por trofeo
De sí mismo en el templo, y con fe ardiente
Espera que las suyas le presente
Quien le infunde tan bélico deseo.
Que así, en dejando el pastorcillo hebreo
El real arnés, le dio una fiel corriente.
Limpias las piedras con que hirió en la frente
Altiva al formidable filisteo.
Salid, pues, nuevo rayo de la guerra,
A los peligros que producen gloria;
Oprimid fieras, tropellad gigantes,
Que si al valor responde la victoria,
No dejaréis cervices repugnantes,
Ni en los últimos fines de la tierra.

Alude al arroyo de Manresa, donde el santo se previno de la piedra de la iglesia y de la fe de Pedro para contrastar a Lutero y los demás herejes de sus tiempos, pareándole con el victorioso David, con grande armonía y proporción.

La correspondencia del nombre, ayudada de algo más, da ocasión con grande sutileza al careo. Así don Luis de Góngora, de los escritos, del renombre y patria de Santa Teresa, formó la paridad con el Tostado:

Tanto y tan bien escribió,
Que podrá correr parejas
Su espíritu con la pluma
Del prelado de su Iglesia.
Pues abulenses los dos,
Ya que no iguales en letras,
En nombre iguales, él fue
Tostado, y Ahumada ella.

La conformidad en empleos y el martirio en las dos cortes de la fe de los dos insignes mártires levitas contrapuso ingeniosa y gravemente San León, el Grande: *Leviticorum luminum coruscante fulgore quam clarificata est Hierosolyma Stephano, tam illustris fieret Roma Laurentio.*

Algunas veces se hace el careo más por contraposición que por conformidad. De esta suerte, el máximo, heroico y santísimo padre Urbano Octavo (en quien la erudición y sutileza ingeniosa fue agradable realce al decoro de sus graves y majestuosas prendas) contrapuso al arco del cielo el sagrado anillo de la Madre de Dios, preciosísima reliquia que atesora dichosa la ciudad de Perusia:

Imbriferis arcus fulgens in nubibus Orbem,
Effera diluvii damna timere vetat.
Sic Deus Omnipotens voluit, decus, anule majus
Est tibi, quem supplex Urbs Perusina colit.
Es gemino constans arcu foelicior index,
Nam peragit Virgo nupta salutis opus.

Virgineo terrae conjunges foedere Coelum,
Hac duce non pelagi, non stygis unda nocet.

Galantemente el Salinas lo traduce:

Puso el arco que vemos en el cielo
entre nubes oscuras más luciente
para quitarnos Dios Omnipotente
De segundo diluvio igual recelo.
Pero prenda mayor acá en el suelo,
La ciudad de Perusia felizmente
Goza en su anillo, en quien con reverente
Culto afianza su mayor consuelo.
De dos arcos seguro, y más dichoso,
Con sus memorias la mejor Esposa,
Dejó de los favores de su Esposo.
Tu desposorio, ¡oh Virgen piadosa!,
Nos remedió, y al lazo más precioso
Cielo y tierra juntaste poderosa.
¡Oh, princesa gloriosa!
¡Oh, reina de los cielos soberana!;
Si tú eres nuestro amparo y capitana,
Seguros por la mar navegaremos,
Ni el horror del infierno temeremos.

Si el término de la comparación es sublime y el fundamento de la conformidad con el sujeto favorece, hacen un concepto de primera clase. Tal fue éste al rey don Jaime el Conquistador, del doctor Juan Francisco Andrés, cronista del reino de Aragón, por aplauso de sus Cortes generales y autoridad de Su Majestad, noticioso anticuario, elegante humanista, culto poeta, grave jurisconsulto, juicioso historiador, porque no le falte a este Reino siempre un Jerónimo Zurita, cuya grata memoria nos la renueva. Dice, pues, en sus elogios a los reyes de Aragón, con igual eminencia en el verso que en la prosa:

De la suerte que el César escribía,
Depuesto de la mano el duro acero,

Las victorias y triunfos de aquel día,
Así el Conquistador Jaime Primero,
No sólo le emuló en la valentía,
Pero en ser cronista verdadero,
Dudando a qué debamos mayor gloria:
A sus hazañas o a su docta historia.

Hace el careo entre los dos valerosos campeones, fundándose en la especialidad del escribir entrambos sus hazañas. Añadió a la paridad el encarecimiento un ingenioso orador de las excelencias del apóstol de las Indias, San Francisco Javier, adelantándole a los que las descubrieron para el mundo, pues él para el cielo; y así como aquéllos enriquecieron a España con sus flotas, así Francisco enriqueció el cielo, que parece que estaba antes pobre sin estas Indias de las almas.

Puédese también hacer la paridad por misterio, fundándolo en alguna relevante contingencia, que son conceptos de superior arte. Compitieron Ulises y Ayax sobre el escudo del famoso Héctor, entregáronle los jueces al de Ítaca; pero, habiéndolo absorbido el mar en una tempestad, lo condujeron sus olas al sepulcro de Ayax, que estaba en sus orillas. Ponderó el suceso el poeta, y saca la justísima ventaja que le hacía, vengada por la suerte y declarada por el tiempo, en este ingenioso emblema:

Aeacidae Hectoreo perfusum sanguine scutum:
Quod Graecorum Ithaco concio iniqua dedit:
Iustior arripuit Neptunus in aequora jactum
Naufragio ut dominum posset adire suum;
Littoreo Ajacis tumulo namque intulit unda,
Quae boat, et tali voce sepulchra ferit.
Vicisti Thelamoniade, tu dignior armis
Affectus, fas est credere justitiae.

Glosó con juiciosa sutileza la contingencia y sacó de ella el vencimiento. Aún dice más primor cuando el careo se hace por reparo y dificultad, cuanto es más ingenioso el fundamento. Dificultó un moderno dilucidador de las glorias ma-

rianas, el llamarla siempre su Dios Hijo, *Mulier*, mujer, especialmente en el último trance, estando para morir. *Mulier ecce filius tuus*, y da por solución el careo con aquella primera mujer, que nos perdió a todos. Mujer la llamó a aquélla el Adán terreno, *Mulier quam dedisti mihi*. Mujer la llama a esta Señora el Adán celestial, si aquélla, siendo mujer, perdió el género humano, otra, y bien otra de aquélla, le gana; aquélla en el Paraíso, junto al árbol; ésta en el Calvario, junto a la Cruz: *Stabat juxta Crucem*. ¡Relevante careo!

Mas si el reparo en que se funda la paridad incluye contradicción, es el sumo primor de esta sutileza. Admíralo en este valiente soneto de Lope de Vega, más conceptuoso que bizarro:

Sangrienta la quijada, que por ellas
Adán comenzó a ser inobediente,
Caín deja mil bocas en la frente
Del tierno Abel, para formar querellas.
Tiran del manto de José las bellas
Manos de una mujer, y de impaciente
Por adúltero prende al inocente
Que cegó con la capa las estrellas.
Allí los padres muerto al mártir vieron,
Allí al vendido en carro de oro, el año
Estéril, los hermanos piden trigo;
Muere Abel, José triunfa, porque fueron
Caín hermano y Faraón extraño,
Y no hay cuchillo como el propio amigo.

Comienza aquí por una excelente proporción en los dos primeros versos, forma el careo, levanta el reparo, y dale salida sentenciosa.

Alcanzan mucho de artificio estas paridades, que se mezclan con la dificultad, porque se dobla entonces la sutileza. Aún añadió la semejanza, o hizo de ella solución a un gran reparo, aquel gran Menor fray Felipe Díez, ingeniosísimo franciscano, al fin portugués. Carea la Iglesia Santa a la triunfante Reina en el día de su Asunción, con las dos hermanas,

María y Marta. Hizo el reparo, ¿por qué no con los serafines, en el día de su mayor gloria? ¿Por qué con entrambas? Y da la valiente solución, por una agradable, realzada semejanza. Que así como cuando a la Reina Nuestra Señora se le corta una gala, no se le ajusta la medida inmediatamente, que sería indecencia, sino a una de sus damas, la más parecida a Su Majestad; así también hoy, que se le ha de cortar a la Emperatriz de los Cielos la mayor gala en su mayor triunfo, ajústase la medida de sus grandes merecimientos, lo mejor que se puede en dos damas: la una, que representa la vida activa, y la otra, la contemplativa; la naturaleza angélica y la naturaleza humana; la Iglesia militante y la triunfante; la gracia y la gloria, que todo lo abarca esta gran Señora.

No sólo sirven estas ingeniosas paridades para lo panegírico, sino también para la moralidad, y es gran fruto del carco una bien ponderada sentencia. Sea ésta de aquel gran filósofo en el verso, Bartolomé Leonardo, nuestro aragonés, en quien se compitieron lo ingenioso y lo prudente. Carea dos muertes desiguales, pondéralas por un valiente reparo y responde con una sentenciosa metáfora:

> Llego a Guadalajara en este punto,
> Marqués, donde el clamor de los metales
> Piadosos y las hachas funerales
> Lloran a un Duque y lo celebran junto.
> Al hijo de mis huéspedes difunto,
> Saca también la cruz de sus umbrales,
> Que un médico, sin máquinas murales,
> Es aquí otro Aníbal contra Sagunto.
> Es mi cochero músico y poeta,
> Mas tal cual es, mirando bien la suerte,
> De dos tan desiguales ataúdes,
> Ahora está clamando, y dice: *«¡Oh, muerte!*
> *¡Oh, mazo de batán, que así sacudes*
> *El paño fino, como la bayeta!»*

Comúnmente se suele mezclar en la paridad algo de antítesis y oposición, que hace el careo más gracioso; vanse entre-

tejiendo la conformidad y contrariedad, y hacen una labor muy conceptuosa. En un bien sazonado discurso, el maestro fray Gabriel Hernández, agustiniano, tan grande teólogo como predicador, que parece que vinculó el Señor el púlpito a los de esta sagrada familia, contrapone los dos hermanos, pretendientes de las dos mejores sillas, diestra y siniestra, de su Maestro, y pondera que lo que fue Juan por las letras fue Santiago por las armas. Fue célebre Juan por la pluma, fue famoso Diego por la espada; dieron por diferentes rumbos, y consiguieron entrambos la plausible corona.

Contrapuso con grande artificio fray Luis de León a la Virgen, vestida del Sol, *Apoc.* 12: *Mulier amicta Sole,* con su Dios Hijo, vestido de nieve en el Tabor, *Math.* 17: *Vestimenta ejus facta sunt alba sicut nix,* y dijo:

Del sol ardiente y de la nieve fría,
Juntándose la luz y la blancura,
Ha resultado en Cristo y en María,
Una admirable, ya y nueva hermosura;
Porque del sol la Virgen se vestía,
Siendo como la nieve blanca y pura,
Y el Hijo, aunque era sol muy encendido,
Sacó de nieve blanca su vestido.
Aqueste sol, en esta nieve hiriendo,
Conservó y no deshizo su belleza:
Antes con su virtud sombra la haciendo,
Añadió resplandor a su pureza,
Y en ella con sus rayos embistiendo,
Él se vistió de su naturaleza,
Y así como si un limpio espejo fuera,
Dio y recibió la luz, quedando entera.

Muchas paridades conglobadas hacen una armonía muy deliciosa, aplicándolas, o por conformidad o por exceso. Fue plausible discurso del padre Valentín de Céspedes, jesuita y perfecto orador de nuestros tiempos, panegírico a San José; formó la escala de Jacob en su real ascendencia, y fuele aventajando por sus gradas a todos los principales supuestos. Fue,

dice, más que los patriarcas; excedió a Abraham, pues esperó más, viendo preñada a su esposa, y creyó su inocencia; a Isaac en el contento; a Jacob en el empleo de la Raquel más bella; a José en la pureza, y en recoger el grano del cielo en Belén, que fue casa de pan; a Moisés, en ver a Dios, no en la zarza, sino en los brazos de su Madre Nazarena. Es más que los profetas, que si ellos le anuncian y Juan le señala con el dedo, José es voz que le manda, y sus brazos lo sustentan. Más que los apóstoles, que si a Pedro se le encomiendan las ovejas, a José sola una, y un cordero, que son la riqueza del cielo. Más que los querubines, que si ellos guardan el paraíso material, José el animado de María. De esta suerte, de grada en grada, fundándose en su nombre, que significa *Aumento*, sube y llega a competir con el Espíritu Santo el título de Esposo, con celos y finezas.

Discurso XV

DEL CAREO CONDICIONAL, FINGIDO Y AYUDADO

Es tanta la valentía de algunos ingenios, que llegan a discurrir lo que no es, como se ve en este modo de sutileza. Acontece algunas veces no estar ajustada del todo la correspondencia y conformidad entre el sujeto comparado y el término con quien se compara, y entonces, o la acaba de formar el discurso o la exprime condicionalmente. De suerte que la comparación conceptuosa es en dos maneras: o absoluta o condicional. La absoluta, la que se propone determinadamente y se funda en la conformidad ajustada entre el sujeto y el término, como se ve en este epigrama a San Martín. Dijo Lope de Vega:

Celebran Nuevo y Viejo Testamento
Dos capas; de José fue la primera,
Que la dejó para correr ligera,
Su castidad a un loco pensamiento.
La del segundo, con piadoso intento,

Fue de Martín, que con no darla entera,
Dio envidia a la que cubre la alta esfera,
Y tiene al mismo sol por ornamento.
¿Cuál será de estas dos la más preciosa?
Pero la de Martín será más bella,
Aunque es la de José casta y hermosa;
Porque si cubre al mismo Dios con ella,
Ya es capa de los cielos milagrosa,
Y la mayor, pues que se encierra en ella.

Propone por cuestión el careo, forma la artificiosa competencia y da la razón del exceso con la exageración, y aunque no es muy realzado el estilo, suple con la valentía del concepto, que es la parte más principal. Entre dos extremos suele estar la paridad, o porque excede la conformidad de los términos de la comparación, o porque no llega, ni del todo se ajusta; en ambas discurre el ingenio con artificio especial. Ponderó el exceso de la crueldad de Antonio en matar a Cicerón, el célebre epigramatario, con su acostumbrada sutileza:

Par scelus admisit Phariis Antomus armis;
Abscidit vultus ensis uterque sacros.
Illud, laurigeros ageres cum laeta triumphos;
Hoc tibi, Roma, caput, cum loqueris, erat,
Antoni tamen est peior, quam causa Pothimi,
Hic facimus domino praestitit; ille sibi.

Comienza pareando la maldad, mas luego repara y pondera el exceso, dando la juiciosa razón de él; goza segunda vez del concepto, en la galante traducción de don Manuel Salinas, ajustada a las mismas palabras:

Igual maldad Antonio que Fotino
A cometer cruel tirano vino;
De entrambos las espadas se igualaron,
Pues cabezas laureadas derribaron:
La de Pompeyo, ¡oh, Roma!, te dio glorias,

Cuando el orbe llenó de sus victorias,
Y cuando en paz estabas,
Con la de Cicerón discreta hablabas.
Mas, ¡ay!, que la de Antonio es mayor culpa,
Pues Fotino disculpa
Tiene, en que quiso lisonjear su dueño;
No así Antonio, en quien fue propio el despeño.

Después de puesta la paridad, entra la corrección para ponderar el exceso; auméntase artificiosamente el discurso y suele doblarse la ponderación por las correcciones, como se dirá en su lugar. Así don Luis de Góngora, en uno de sus romances, y no el peor:

Las gracias de Venus son,
Aunque dice quien las ve,
Que las gracias solamente
Las igualan en ser tres.

Pasa luego en el mismo romance al segundo modo de careo, que consiste en ajustar la conformidad o correspondencia por la condicional, y dice:

La que no es perla en el nombre,
En el esplendor lo es,
Y concha suya la misma,
Que luna de Venus fue.

Alude a las veneras de sus armas, que era Pimentel, y si no halla la correspondencia en el nombre para Margarita, hállala en la concha de su esplendor para perla. Es uno de los mayores primores de la sutileza este modo de acabar de ajustar la conformidad para dar fundamento a la comparación. Así aquel gran ingenio, y no sabido, porque aspirase a sobrehumano su concepto, viendo que a una madre y a un hijo les faltaba a cada uno la mitad de la vista y les sobraba la hermosura, dijo así:

Lusce puer, luscae lumen concede Parenti,
Sic tu caecus Amor; sic erit illa Venus.

Pondéralo, que es uno de los mayores conceptos que hasta hoy se han admirado. Tradújolo con todo su picante don Manuel Salinas:

Bizco niño, da advertido
Tu vista a tu bizca madre,
Y así harás que el ser os cuadre,
Ella Venus, tú Cupido.

Consiste su agudeza en ajustar la conformidad para que, siendo él ciego y ella con vista entera, se comparen a Venus y al Amor, y nótese que si ya en la realidad estuviera el caso, que el niño fuera ciego y la madre con perfecta vista, aunque fuera ingenioso el careo con Venus y Cupido, aun lo es más de esta otra suerte, por el artificio de inventar la conformidad.

Tal vez se supone una condición imposible para poder ajustar el careo, y entonces participa de la exageración, que es otra gran especie de agudeza. De esta suerte el eminente ponderador de los hechos heroicos, Valerio Máximo, hablando de la reputación de Cipión Africano, que hasta los mismos bárbaros enemigos le venían a ver, como a un animado prodigio, y arrodillados, le veneraron como a deidad: *Ad Africanum complures praedonum duces videndum confluxerant: abjectisque armis januae appropinquant et clara voce nuntiant Scipioni: non vitae ejus hostes, sed virtutis admiratores venisse; conspectum, et congressum tanti viri, quasi coeleste aliquod beneficium expetentes: potest januae tamquam aliquam Religiossisimam aram, sanctumque Templum venerati, cupide Scipionis dextram apprehenderunt, ac diu osculati, positis ante vestibulum donis, quae Deorum immortalium numini consecrari solent laeti, quia Scipionem vidiste contigisset, ad lares proprios reverterunt.* De la narración culta pasa a la ponderación ingeniosa, y dice: *Quid hoc fructu majestatis excelsius? Quid etiam jucundius? Hostis iram admirationes sui placavit: spectaculo praesentiae suae latronum gestientes oculos obstupefecit; de-*

lapsa coelo sydera hominibus si sese offerant, venerationis amplius non recipient. En aqueste decir, si las estrellas del cielo, dejando sus encumbradas esferas, bajaran a morar entre los hombres, no pudieran captar mayor veneración; aquí está la sutileza de la comparación condicional.

Pónese también la condición por causa y razón de no ajustar el careo, que si ella no interviniera, fuera cierta la paridad. Hablando de los dos reyes hermanos, don Pedro y don Enrique, dijo un antiguo poeta:

Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Caín el vivo,
A no haberlo sido el muerto.

Aunque no se ponga expresamente la condición, se entiende tal vez, y se sigue por consecuencia; de esta suerte, aquél que fue Vega fertilísima, inundada de los raudales aonios, cantó de un Carlos, y pudiera de dos, añadiendo a la comparación el reparo:

Término breve y sucinto,
Quiso el Cielo que viviese,
Porque otro Carlos no hubiese
Que igualase a Carlos Quinto.

Dio por razón del misterio el faltar la vida, que era la condición y fundamento de la conformidad, con que igualara el un extremo al otro. Por grande que sea el término del careo, no se juzga bastante tal vez, si bien se le concede alguna sombra de paridad, que es ingenioso encarecimiento, como éste:

Quien ve cual os hizo Dios,
Y ve otra más hermosa,
Parece que ve una cosa
Que en algo quiso ser vos,
Mostróse en vos tan sutil
Naturaleza, y tan diestra,

Que una sola facción vuestra,
Hará hermosas a cien mil.

Así como la semejanza suele ser desempeño de un reparo, así también la comparación, y sirve de razón sutil a la dificultad. Pondera uno aquellas misteriosas palabras de los *Cantares,* aplicadas por la Iglesia a la emperatriz del Empíreo, en su Asunción triunfante: *Quae est ista, quae progreditur quasi Aurora consurgens, pulchra ut Luna, electa ut Sol, terribilis, ut castrorum acies ordinata?* Y repara, ¿por qué la llama Aurora, y Luna y Sol y Estrellas?, y responde, que María, sola, equivale a todas las luces que brillan en el Empíreo, a los coros de los santos y a las jerarquías de los alados espíritus, y que ella sola bastaba a restaurar las ruinas de aquellas estrellas, que barrió el infernal dragón; si él las atropella con su cola, esta gran Señora las pone sobre su cabeza.

Puédese hacer el careo con el mismo sujeto propio, según diferentes afectos y tiempos, de suerte que se carea él mismo con sí mismo, contraponiendo sus efectos, ya por conformidad, ya por discordancia o por exceso. Así don Luis de Góngora carea a Cristo Señor Nuestro naciendo y muriendo, y contrapone el portal a la Cruz:

Pender de un leño, traspasado el pecho,
Y de espinas clavadas ambas sienes;
Dar tus mortales penas en rehenes
De nuestra gloria, bien fue heroico hecho.
Pero ¿qué fue nacer en tanto estrecho
Donde para mostrar en nuestros bienes,
Adonde bajas y de donde vienes,
no quiere un portalillo tener techo?
No fue esta gran hazaña, ¡oh gran Dios mío!,
Del tiempo, por haber la helada ofensa
Vencido en tierna edad, con pecho fuerte:
(Que más fue sudar sangre, que haber frío)
Sino porque hay distancia más inmensa
De Dios a hombre, que de hombre a muerte.

Entre términos inanimados se puede formar también el careo y contraponer el un extremo al otro, o por igualdad o por ventaja, y búscase también la conformidad real para fundamento del concepto. Reparó uno en aquel epíteto que dio Santo Tomás, y lo canta la Iglesia en aquella regalada antífona, *O sacrum convivium:* Llama a la mesa del altar, prenda de la gloria; *Et futurae gloriae nobis pignus datur.* La prenda (pondera) siempre vale más que el crédito para la seguridad, que si se prestan cien ducados, ella ha de valer doscientos; según esto, más será este convite sacramental que la gloria. ¿Cómo puede ser, que si aquí está el mismo Cristo, también está en la gloria, y se goza cara a cara? ¿Pues en qué está la ventaja de prenda? Podríase responder que se llama así para exprimir la seguridad que tiene de alcanzar el cielo el alma que comulga con el debido aparejo, pues saca prendas a Dios, con que asegura el crédito de la gloria. No basta la salida, siempre queda el empeño con el exceso de la prenda. Responde, pues, que en algo excede la Sagrada Comunión a la gloria, porque si allí se une con su Dios el alma por la visión beatífica, goza, pero no merece; aquí, empero, en esta fruición sacramental, goza y merece; empeña siempre más a Dios; es un continuado recambio; es premio y es mérito juntamente; y así con razón se llama el eucarístico convite prenda segura y cierta de la gloria. Excelente careo y concepto plausible, no como aquéllos de mucha metafísica y poca subsistencia.

En las paridades conglobadas, como son muchos los términos de la correspondencia, unos son animados y otros inanimados. Vese en este madrigal a San Esteban:

El que a Esteban las piedras endereza
Es piedra en la dureza;
Y el que las aguanta de rodillas
Es piedra en el sufrillas;
Las muchas que le tiran tantos hombres
De piedra tienen la dureza y nombres;
Y Dios, que es firme piedra, y esto mira,
Por piedra, piedra a piedra, piedra tira;

Ésta hiere inhumana,
Ésta ruega, ésta tira y ésta sana.

Cuanto más especial el fundamento de la comparación y más sustancial, hace el concepto más realzado y más perfecto. Los sacros suelen fundarse en algún lugar de la Sagrada Escritura, aunque después el picante del concepto se ayude de las demás circunstancias. De esta suerte un valiente ingenio, en un empeño panegírico de los dos gloriosísimos Vicentes, Patrones de Valencia, con especial razón de haber nacido en ella el uno y muerto el otro, o si no nacido entrambos, el uno para tanta gracia, el otro para tanta gloria. Fue ponderando aquel lugar del *Apocalipsis,* en el cap. 3: *Qui vicerit faciam illum columnam.* Encareció el misterio, proporcionó la fortaleza del vencedor con la de la columna, mérito y premio se corresponden; fundándose, pues, en tan especial autoridad, dijo que el verdadero Alcides, Cristo, había puesto por blasón de su valor y de su gracia aquellas dos columnas victoriosas en aquella gloriosísima ciudad, término de sus maravillas, y *non plus ultra* de sus favores divinos.

Discurso XVI

DE LOS CONCEPTOS POR DISPARIDAD

Todo gran ingenio es ambidextro, discurre a dos vertientes; y donde la ingeniosa comparación no tuvo lugar, da por lo contrario y levanta la disparidad conceptuosa. Así como en la agudeza de proporción, en no hallando la correspondencia entre los dos extremos, busca la improporción y contrariedad, que esto tiene el discurrir por careo. Fórmase la disparidad al contrario de la comparación, porque tiene por fundamento la diversidad o contrariedad entre los dos extremos disparados, si aquélla la conformidad entre ellos. Fue grande ponderación ésta de Bartolomé Leonardo, por una extremada disparidad, a la muerte del Inventor de la vida:

Hoy por piedad de su Hacedor le ofrecen
Prendas de sentimiento sus hechuras;
Llama el sol a la noche, y las oscuras
Sombras aprisa en tiempo ajeno crecen.
De la vida asaltadas se estremecen
Atónitas las mudas sepulturas;
Libran sus cuerpos a las almas puras,
Y a los justos vivientes aparecen.
Las piedras se quebrantan, y a su ejemplo
Visten los astros voluntario luto,
Rómpese el velo místico del templo.
Da cualquier obra al llanto algún tributo,
¿Y yo, siendo la causa, lo contemplo
Con pecho alegre y con semblante enjuto?

Hace el argumento de disparidad entre el hombre insensible, siendo causa de la muerte de su Criador, y las criaturas ya sensibles, pues hasta las piedras se parten de dolor; y es de celebrar en este gran poeta la facilidad de sus números, que en la prosa misma parece que no pudiera hablar con menos violencia. Era señor del decir.

Requiérese también, para que la disparidad sea conceptuosa y se realce a más que primor retórico, alguna circunstancia especial, que dé pie y sea fundamento de la agudeza. Como se ve en este grave e ingenioso careo que hizo San León, y lo concluyó por una muy ingeniosa diversidad entre los extremos; fue entre los dos fundadores de Roma gentil, Rómulo y Remo, y los dos de la Roma cristiana, San Pedro y San Pablo. Aquéllos, dice, te hicieron maestra del error; éstos, discípula de la verdad; aquéllos asentaron en ti la silla del imperio terreno, y éstos, del celestial. Manchó el uno de aquéllos tus fundamentos con la sangre fraterna; pero éstos los reedificaron con la de entrambos: *Isti enim sunt viri, per quos tibi Evangelium Christi, Roma, resplenduit; et quae eras Magistra erroris, facta es discipula veritatis. Isti sunt Patres tui, verique pastores, qui te regnis Coelestibus inferendam multo melius, multoque foelicius condiderunt, quam illi, quorum studio prima moenium tuorum fundamenta locata sunt; ex quibus is, qui tibi nomen dedit, fraterna te cede foedavit.*

Esta circunstancia especial, que da ocasión al reparo y a la ponderación de la diversidad, puede tomarse de parte de cualquiera de los adjuntos del sujeto pareado, ya de causas, ya de efectos, propiedades, contingencias o algún especial acontecimiento. De éste tomó pie Lope de Vega para este soneto, que consagró al gigante santo:

Pusieron los belígeros gigantes
Un monte en otro, por subir al cielo;
Que la soberbia que produce el suelo
Engendra pensamientos semejantes.
Mas cuando de sus fúlgidos diamantes
Tocar pensaron el celeste velo,
Cayeron con Nembroht, y el fuego en hielo
Sepultó sus cervices arrogantes.
Vos, gigante divino, de otro modo
Subís al cielo, sin que el paso os tuerza
Para alcanzarle, la que más le impide;
Pues le tenéis sobre los hombros todo,
Que aunque el Reino de Dios padece fuerza,
No la consiente a quien sin Dios la pide.

De la diversidad de los efectos se saca en disparidad ingeniosa la de las causas. Así Plinio ponderó en su panegiris el entrar triunfando Trajano en Roma a pie, rodeado de los senadores y caballeros, cuando los otros Césares solían entrar en triunfales carrozas, tiradas de fieras, y tal vez de graves personajes. Esto sí, dice, que no es triunfar de la paciencia de los vasallos, sino de la soberbia de sus antecesores: *Priores invehi importarique solebant, non dico quadrijugo curru, et albentibus equis, sed humeris hominum quod arrogantius erat. Tu sola corporis proceritate elatior aliis, et excelsior non de pacientia nostra quemdam triumphum, sed de superbia Principum egisti.*

Dondequiera que interviene la artificiosa improporción con su agradable antítesis, todo lo hermosea. Con ella realzó grandemente este ingenioso careo mixto de paridad y disparidad nuestro Marcial:

Casta, nec antiquis cedens Levina Sabinis,
Et quamvis tetrico tristior ipsa viro,
Dum modo Lucrino, modo se permittit Averno,
Et dum Baianis saepe fovetur aquis,
Incidit in flammas, juvenemque secuta, relicto
Conjuge; Penelope venit, abit Helene.

Comienza por una exagerada comparación, forma luego la improporción entre las aguas en que se baña y el fuego de amor en que se enciende, y perfecciona el epigrama con la gallarda contraposición entre la paridad y disparidad con Penélope y Elena. Lógrala segunda vez en la ajustada traducción del Salinas:

La que era en castidad una Sabina,
Más triste, que su esposo era cetrino,
Luego que frecuentó bella Levina
Los lagos, el Averno y el Lucrino,
Del agua de las termas cristalina,
A dar en el incendio de amor vino;
Sigue a un mancebo, y de su esposo ajena,
Penélope entró al baño y salió Elena.

Reparando en la conformidad del nombre, pondera la disparidad en los hechos con su acostumbrada sutileza Patérculo, que donde no es mucha la extensión del trabajo queda más lugar para la perfección intensa. El primero de los Cipiones (dice) abrió camino al valor romano, y el segundo a la flaqueza: *Potentiae Romanorum Primus Scipio viam aperuerat: luxuriae posterior aperuit.*

Para todo género de agudeza da fundamento el nombre, ajústale el ingenioso a la que más bien dice, según la conformidad y según la ocasión. Ayudándose de un equívoco, forma en el nombre la paridad, y luego en las demás circunstancias la disparidad, el agudo verso y prosa Juan Rufo. Dice a una grande hermosura, mayor, cuanto más honesta:

Di, Ana, ¿eres Diana? No es posible,
Que eres fecunda y eres más hermosa.
¿Eres por dicha el sol? Tampoco es cosa,
Aunque sola, a tu sexo compatible.
¿Eres Belona bella? Fue terrible;
Ni Venus, que era fácil, aunque diosa.
Pues ¿qué serás, ¡oh, imagen milagrosa!
Si el ser humana y tal es increíble?
Serás Diana, Ana, en la pureza,
Febo en el resplandor y en la alegría,
En valor Palas, Venus en belleza,
Y mujer a quien dio más que podía
La atenta y liberal naturaleza;
Que en hacerte, más hizo que sabía.

Está tan lleno de conceptos, que él sólo contiene más que ciento de aquéllos, cuya felicidad para en follaje inútil de palabras, sin fruto de agudeza. De la diferencia del nombre, con meliflua sutileza, sacó la contrapuesta disparidad San Bernardo, entre Eva y la verdadera madre de los vivientes, porque *Eva,* leída al revés, dice el *Ave* de María.

Por una disparidad se le da también valiente salida a un reparo, y entonces llega al mayor grado de su primor. Así, el jurado de Córdoba, aquél que juró de agudo, habiendo cegado el Conde de Cifuentes, niño de extremada belleza, glosó la contingencia, haciendo reparo en la diversidad de lo ciego y lo hermoso, y dio este conceptuoso desempeño:

Sin duda, que el cielo quiso
De piadoso, y prevenido,
Hacer al Conde Cupido,
Porque no fuera Narciso.

Ajusta el sujeto con un término, que es Cupido, y desparéale del otro, que es Narciso; de modo que fue doble el careo, y así doble la agudeza. Hállanse disparidades dobladas por una parte y por otra, con todos los extremos. De esta suerte dijo Veleyo de Homero que ni tuvo antes de sí a quien

poder imitar, ni después de sí quien pudiese imitarle: *Deinde Homeri illuxit ingenium, in quo hoc maximum es, quod neque ante illum, quem ille imitaretur, neque post illum, qui eum imitari posset, inventus est.*

El mixto de paridad y disparidad, con su agradable contraposición, es gran efecto de este artificio. El Góngora de Italia, el culto Marino fue pareando y diferenciando a San Esteban, con su capitán divino, en este singular epigrama:

Per calle, onde morendo a vita vassi,
Seguisti il nato Dio franco Guerrero,
E del tuo gran campion, campion primero,
Con piè di sangue acompagnasti i passi.
Foro a te gemme preziose, i sassi
Che celeste corona al crin ti fero,
Fabbricasti di lor palagio altero,
Ov'or teco il tuo duce alberga e stassi.
E se nel suo morir, per dolor forte
Le pietre si spezzar, ne la tua guerra
Ti fan le pietre trionfar di Morte.
Se a lui mentre moriva, aprí la terra
L'oscure horride tombe; a te le porte
Sue dorate, e lucenti, il Ciel disserra.

En un mismo acto pueden entrar muchos términos, de modo que con el uno diga conformidad el sujeto comparado, y con el otro oposición, y entonces es doblado el careo. De esta suerte antepuso uno a todas las ciudades de España la vencedora Huesca, madre dichosísima de los dos ínclitos mártires, San Lorenzo y San Vicente, honor de España y gloria de toda la Iglesia, acomodándole aquella célebre competencia que tuvo la madre de los dos Gracos con otra matrona romana, historia referida por Valerio Máximo y bien ponderada de su elocuencia. Compitieron en las galas y en las joyas de su ornato, hizo vistoso alarde aquélla de las suyas, pero ésta, presentando sus dos hijos, los dos Gracos, dijo que aquellos dos valerosos mancebos eran toda su gala y su riqueza; confesaron todos que tenía razón, y aclamáronla vencedo-

ra. Así Huesca bien puede ser que la hagan ventaja otras ciudades en edificios, jardines, puertos, alcázares, cortes, riqueza y número de moradores, pero si ella sale ladeada de sus dos hijos, de sus dos mártires, de sus dos levitas Laurencio y Vincencio, todas le han de ceder la ventaja, y aclamarla *Urbs Victrix Osca,* que es el timbre de sus antiguas monedas.

Forma la comparación Marcial entre el palacio del César y el alcázar de Júpiter; valos pareando en todo, y después que tiene realzado el cesáreo, revuelve, y dice que aún no es capaz de tan gran dueño:

Regia pyramidum, Caesar, miracula ride;
Jam tacet Eoum barbara Memphis opus.
Pars quota Parrhasiae labor est Mareoticus aulae?
Clarius in toto nil videt orbe dies.
Septenos pariter credas assurgere montes;
Thessalicum brevior Pelion Ossa tulit.
Aethera sic intrat, nitidus ut conditus astris
Inferiore tonet nube serenus apex;
Et prius arcano satietur lumine Phoebi,
Nascentis Circe quam videt ora patris.
Haec, Auguste, tamen, quae vertice sidera pulsat,
Par domus est coelo: sed minor est domino.

Es tan temerario el hipérbole, cuanto la lisonja es atrevida. Sobrepujó la dificultad del traducirlo la valentía de don Manuel Salinas:

Tu risa soliciten las reales
Pirámides (gran César) orientales.
Bárbara Memfis su milagro calla,
Porque vencida del Parrasio se halla.
Rincón suyo pretende ser en vano
Mareótico alcázar del Gitano:
Que no hay casa en el orbe yo creería,
Que así se sacie de la luz del día.
Sus siete torres, montes eminentes,
Al Olimpo y al Pelion, insolentes,

Afrentan por enanos, aunque al Osa
Con sacrílega audacia jactanciosa,
Belígeros gigantes empinaron,
Cuando escalar los cielos intentaron.
A las nubes desprecia, que inferiores
A la tierra fulminen sus rigores:
Y aun antes le da Febo luz hermosa,
Que a Circe encantadora artificiosa.
Pero tu casa, Augusto, aunque tus bellas
Torres fuertes taladran las estrellas;
Y aunque es igual al cielo en la grandeza,
En la magnificencia, en la riqueza.
De tu augusto poder gran desempeño,
Siempre le juzgo por menor que al dueño.

Cuando la disparidad participa algún punto de lo crítico y juicioso, es muy gustosa por lo picante. Que el agrio fue siempre sainete de los buenos gustos. El gran sazonador de estos bocados, que supo juntar lo juicioso y lo ingenioso, Trajano Bocalino, forma una bien discurrida competencia entre los dos célebres emporios de la Italia, Roma y Nápoles; introduce a Apolo, que da esta decisión: que por majestad de ciudad, Nápoles debió eternamente ceder a Roma y Roma a Nápoles, por lo delicioso del sitio. Que Roma debe confesar que en Nápoles hay más gente, y que Nápoles firmemente debe creer que Roma es habitada de mayor cantidad de personas. Que los ingenios y vinos napolitanos han menester que naveguen a Roma para adquirir su perfección en aquella corte y para ser más agradables al gusto de los discretos cortesanos; por lo cual solamente el romano es perfectísimo en su casa, como aquel que, sin jamás salir de la ciudad, puede decir haber peregrinado el universo. Que Nápoles tiene el primado entre todas las ciudades del mundo en el arte de domar potros, y Roma en la práctica de acrisolar y refinar los hombres. Que en Nápoles se hallan más caballeros, en Roma más encomiendas. Que entre los romanos, aquéllos solamente merecen el título de caballeros que traen la cruz en la capa, pero que, indiferentemente, todos los señores del Seggio de Nápo-

les, sin traer otra señal en ella, justísimamente son tenidos por caballeros, haciéndolos muy dignos de tan honrada prerrogativa la cruz que traen impresa en sus mismas carnes.

Juntó lo sentencioso con lo crítico el de Villamediana, que fue el único de nuestros tiempos en lo picante:

Si para mal contentos hay sagrado,
Dulce quietud del ánimo lo sea
En esta soledad, donde granjea
Aviso, y no fatigas el cuidado.
El metal en la lluvia desatado
Sobre ambiciosa mano lograr vea
Quien, aun con los engaños lisonjea,
De sus áulicas pompas adulado.
Sirenas sean lisonja de su oído,
Que adulterando a la razón las llaves,
Cierren la puerta del mejor sentido;
Yo, entre estas mansas ondas, a las aves
En canto, ni adulado, ni aprendido,
Deberé el desmentir fatigas graves.

No es menester a veces término extraño para la disparidad, que el mismo sujeto puede carearse consigo mismo, según diferentes tiempos y contingencias. Dé fin a esta agudeza la que da fin a todo, en este soneto de Lope de Vega a una calavera:

Esta cabeza, cuando viva, tuvo
Sobre la arquitectura de estos huesos,
Carne y cabellos, por quien fueron presos
Los ojos, que mirándola detuvo.
Aquí la rosa de la boca estuvo,
Marchita ya con tan helados besos;
Aquí los ojos de esmeralda impresos,
Color que tantas almas entretuvo.
Aquí la estimativa, en que tenía
El principio de todo movimiento;
Aquí de las potencias la armonía.

¡Oh, hermosura mortal, cometa al viento!
Donde tan alta presunción vivía,
Desprecian los gusanos aposento.

Discurso XVII

DE LAS INGENIOSAS TRANSPOSICIONES

Esta especie de conceptos es una de las más agradables que se observan. Consiste su artificio en transformar el objeto y convertirlo en lo contrario de lo que parece: obra grave de la inventiva y una pronta tropelía del ingenio. De esta suerte el Gran Capitán, de entendimiento igual a su valor, habiéndose pegado fuego a la pólvora, al comenzar aquella memorable batalla de la Chirinola, animó a sus gentes diciendo: «¡Ea!, que no es desgracia, sino luminarias anticipadas de nuestra cierta victoria.» Consistió la ingeniosa prontitud en glosar el infortunio, convirtiéndolo en dicha y haciéndolo conveniencia.

Aunque en este linaje de conceptos campea más la sutileza que la verdad, con todo eso se requiere algún fundamento de alguna conformidad o como apariencia con aquel otro extremo en que se transforma, como se ve en éste, del Marino a la llaga del costado:

Piaga dolce d' amore,
Già tu piaga non sei;
Ma bocca di quel core
Che parla ai senti miei
E quante in te consperse
Son stille sanguinose,
Tanto son per mio ben lingue amorose.

Es más fundada la transmutación, cuando el término transformado tiene algo de equivocación con el otro en que se transforma, y está como a dos luces, dos vertientes; así César en África cayó en tierra al saltar del bajel, pero corrigió pron-

to el agüero, y dijo: *Teneo te Africa.* No he caído, sino que he tomado posesión; equivocó el caer con el abrazarse con la tierra, y allí está el punto de esta sutileza.

Si hay alguna circunstancia especial que dé ocasión para la transposición, hace la agudeza más fundada, y así más plausible; porque con la conformidad, que dice con el término en que se convierte, da verdadero fundamento al concepto. Censurando el apellido de una dama tan honesta cuan hermosa, de áspero y nada conforme a su belleza, porque se llama D. N. *de Espinar,* acudió con su donosa prontitud el fino cordobés Rufo, y dijo:

Antes es nombre propio de hermosa,
Pues hasta el Espinar tiene de Rosa.

Fundó la conversión ingeniosa en la conformidad del nombre de *Espinar* con las espinas de la hermosa flor, con que hizo florida la sutileza. La paranomasia y cadencia del nombre basta para una artificiosa transposición: de una feliz muerte, que fue puerto a una muy penosa vida, dijo uno que no se había de llamar *Espirar,* sino *Respirar.*

La semejanza tercia mucho para la transposición, y lo que otro exprimiera por un símil, el ingenioso lo pondera por esta sutil transformación. El juicioso Alciato dice que el palacio no lo es, aunque lo parece, sino verdadera cárcel: las cadenas de oro de los áulicos no son adorno, sino prisiones, y las riquezas, grillos. Pinta en sentencioso emblema un áulico aherrojado, y añade esta explicación:

Vana Palatinos, quos educat aula clientes.
Dicitur auratis nectere compedibus.

Puede exprimirse la semejanza para dar mayor confirmación al transformar, y declárase más el concepto. Fuelo éste, y relevante, con que doña María Nieto de Aragón dio eternidad a la feliz memoria de la reina nuestra señora doña Isabel de Borbón, la deseada, y juntamente la mereció para su noble ingenio:

Cede al sueño fatal, la que divina
Ostentaba hermosura, cuando humana,
A la inferior porción tan soberana
Que anduvo en sus dos mundos peregrina.
Hoy luciente farol la determina
El hilo que cortó Parca temprana,
Disponiendo el ocaso en la mañana,
De rayos suspensión, mas no ruina.
Debe a la muerte el luminoso imperio,
Y a gozarle inmortal pisando estrellas,
Hoy traslada su luz, que no la oprime;
Y cual Sol que se opone al hemisferio,
Sólo niega a los ojos luces bellas,
Porque a la noche su deidad imprime.

Realzó grandemente con la semejanza una ponderación de estas transformantes el elocuente y grave orador Carrillo, franciscano, cuando dijo que las disputas y opiniones contrarias a la inmaculada concepción de la Virgen Santísima, no sólo no la habían hecho contraste, sino que antes la habían ilustrado más y que habían sido como las cuchilladas que da el diestro oficial en una gala, para que por ellas se muestre y campee más la tela de oro del aforro, que estaba escondida. *Astitit Regina a dextris tuis in vestitu deaurato, circumdata varietate, omnis gloria ejus filiae Regis ab intus in fimbriis aureis, circum amicta varietatibus, Psalm.* 44.

Algunas veces no se transforma el mismo suceso, sino sus circunstancias, como sus causas, prohijándole a otras de las que se piensan. Con este artificio va ponderando Bartolomé Leonardo aquel prodigioso sudor de sangre de Cristo nuestro Dios, en el Huerto, y da la causa de él:

¿Qué estratagema hacéis, guerrero mío?
Mas antes ¿qué inefable Sacramento?
¡Que os bañe en sangre sólo el pensamiento
De que se llega el plazo al desafío!
Derramad de vuestra alma otro rocío,
Que aduerma o arme al flaco sentimiento;

Mas vos queréis que vuestro sufrimiento
No cobre esfuerzo, por cobrar más brío.
Que no es temor el que os abrió las venas
Y las destila por los poros rojos,
Que antes él los espíritus retira,
Sino como se os viene ante los ojos
Mi culpa, ardéis de generosa ira,
Y en esta lucha aumento vuestras penas.

Vese la extremada transmutación en dar diferente causa al efecto de lo que parecía. Estaba armándose el animoso Conde de Cabra para entrar en una batalla, y comenzó a temblar por todo el cuerpo, hasta dar diente con diente; admirados de la novedad sus caballeros, les dijo: «No os espantéis, que este temblar no nace de temor, sino de esfuerzo. *Temen las carnes del estrecho en que las ha de empeñar el corazón.*»

Conviértense otras veces los afectos en los contrarios, y en otro muy diferente el fin que se pretendía. Glosó Marcial el inicuo intento de Antonio en matar a Cicerón, y dijo: «¿Qué importa querer poner silencio a aquella elocuente lengua, si todos, ahora, se han de hacer lenguas en su alabanza y tu vituperio?»

Quid prosunt sacrae praetiosa silentia linguae?
Incipient omnes pro Cicerone loqui.

Diciendo Adriano Sexto que haría echar en el Tíber el crítico Pasquín, porque no hablase tanto: «No conviene, Santísimo Padre, le dijo el galante Duque de Sessa, embajador de España, que se convertirá en rana, y si ahora canta de día, entonces cantará de noche y de día.»

Tiene también su agradable variedad esta agudeza, muchos y diversos modos de formarse. Convertir el objeto en su contrario es gran sutileza, como se ve en este antiguo, que fue todo alma:

Collar de perlas me diste,
Mas las que mis ojos vierten.

Enternecerán, si vivo,
A los diamantes más fuertes.
Los brazaletes y anillos,
Son esposas, que me tienen
Cautiva y desesperada,
De que mi dicha las quiebre.

Mézclase entonces la contraposición, que hace más picante la transposición. Convirtió el contento en pesar, con ingeniosa ponderación, el raro así en el concepto como en el afecto, Jorge de Montemayor. Era portugués, y dijo:

No me diste, ¡oh crudo amor!,
El bien que tuve en presencia,
Sino porque mal de ausencia,
Me pareciese mayor.

Explicó uno con el equívoco la contraposición, convirtiendo en risa un afectado llanto, y dijo: *Río de las lágrimas que lloro.* Debajo la palabra *Río* exprimió a dos luces, que era tanto su llanto, que se podía hacer un río, y que era tan poco el sentimiento, que era risa.

No contentarse con transferir llanamente, sino aumentando, el extremo en que se convierte el sujeto, es relevante primor, porque es ponderar de lo menos a lo más. Dijo don Luis de Góngora:

Muchos siglos coronéis
Esta dichosa región,
Que cuando os mereció Ave,
Serafín os admiró.

Así también el caballero Guarini, a una mariposa, conceptuosamente, que todos estos grandes autores dan siempre viveza de concepto, aun a sus más pequeños asuntos:

Una farfalla cupida e vagante,
Fatt' é il mio cor amante,

Che va quasi per gioco
Scherzando intorno al foco
Di due begli occhi e tante volte e tante
Vola, rivola e fugge, torna e gira,
Che nell' amato lume
Lascerà con la vita al fin le piume,
Ma chi di cio sospira,
Sospira a torto ardor caro e felice,
Morrá Farfalla, e sorgerá Fenice.

Por un valiente encarecimiento, Floro, que fue de los que hablaron siempre con el entendimiento, ponderó la recíproca muerte de Bruto, estando él dando de puñaladas a Arunte, hijo de Tarquino. Oye y nota la extremada transposición. No fue morir (dice), sino ir persiguiendo el adúltero hasta la otra vida: *Donec Aruntem filium Regis manu sua Brutus occidit: superque ipso mortuo, mutuo vulnere expiravit; plane quasi adulterum ad inferos usque sequeretur.* Añadió don Luis de Góngora al encarecimiento el misterio, y dio una sutil transposición por salida:

Tropezó un día Dantea,
Ninfa del mar, por quien son
Grosera la discreción
Y la hermosura fea:
(Si es bien que caída sea,
Tropiezo tan a compás.)
A la que presume más
De hermosa y de entendida,
Darla quiso esta caída,
Para dejársela atrás.

Dio a un reparo salida con la primorosa transposición, uno, y disculpó su variedad:

Si mi pluma otras loaba,
Ensayóse en lo menor,
que todas son borrador,
De lo que en vos trasladaba.

Todos los conceptos que se fundan en la crisis son más gustosos, porque se añade a lo picante del artificio lo picante de la materia, y así, esta sutileza del transformar las cosas, cuando es crítica, es extremada. A un soldado, que con descaramiento pedía mercedes, jactándose de una herida que tenía en la cara, le dijo el macedón Filipo: «Soldado, otra vez, cuando huyas, no vuelvas la cara a ver si te sigue el enemigo.» Ingeniosamente, le mudó el que él blasonaba valor en cobardía.

Fue único en este crítico discurrir Trajano Bocalini; tiene donosísimas transposiciones de los asuntos, en todo lo contrario de lo que se creía. Léele el discurso del Rey Católico don Fernando, cuando pidió ser colocado entre los famosos héroes, y sus aragoneses lo contradijeron. Pero en el del Gran Capitán anduvo deslumbrado; mejor discurrió en el de Harpócrates, calificando su silencio. Habiendo Apolo (dice) esta mañana de repente mandado llamar al gran maestro del silencio, Harpócrates, le dijo que había admirado hasta ahora su silencio, pero que le había dado gran deseo de oírle hablar; encogióse de hombros y dio señal de que no podía hablar; replicó Apolo que por ahora quebrantase el silencio y discurriese sobre cualquier elegante materia. Continuaba el callar, y se puso el dedo en la boca; enojado su Majestad, le mandó que en todo caso hablase. Llegósele entonces Harpócrates al oído, y le dijo muy quedito que estaba el mundo de tal modo depravado, que aquéllos eran sabios que tenían ojos para ver, juicio para notar y no lengua para hablar, de cuya respuesta quedó Apolo muy enfadado, y vuelto a los circunstantes, dijo que, finalmente, se había desengañado de que Harpócrates era uno de aquellos ignorantes, que debajo de un callado y aparentemente virtuoso silencio, esconden y palian una muy crasa ignorancia.

No sólo se transforma el caso ya pasado, sino el que ha de suceder, y se hace la transmutación en lo venidero. Dijo Marcial del hijo que le había nacido al César que no las Parcas, sino la hermosa Julia le había de hilar y tejer la vida; y nota, de paso, que como satírico la dice, puede ya tratar de hilar, pues ha nacido heredero del Imperio, y en vez del vital estambre, sucederá el vellocino de oro de Colcos.

Nascere, Dardanio promissum nomen Julo,
Vera Deum soboles: nascere, magne puer.
Cui pater aeternas post saecula tradat habenas:
Quique regas orbem cum seniore senex.
Ipsa tibi niveo trahet aurea pollice fila,
Et totam Phrixi Julia nevit ovem.

Es de los mayores epigramas, por lo grave y por lo ingenioso. Quiso que lo gozásemos en nuestra lengua española don Manuel Salinas, en esta culta octava:

Nace deidad a Julo prometida,
De dioses verdadero descendiente,
Niño grande, y después de larga vida
El cetro de su Imperio floreciente
Te dé tu padre, y en su envejecida
Edad, viejo gobiernes felizmente;
Con blandos dedos Julia por decoro,
Todo te hile el vellocino de oro.

Hizo también la transposición de lo que podía suceder don Luis de Góngora, y dijo:

Si eres del amor cautivo,
Desde aquí puedes volverte,
Que me pedirán por voto
Lo que entendí que era suerte.

Una transmutación de éstas es valiente salida de un empeño. De esta suerte, Augusto transformó su ambición en moderación, y revolvió el agravio de activa por pasiva, depuso los tribunos porque habían castigado al que había puesto una corona en la cabeza de una estatua suya, y, escandalizándose mucho sus cortesanos, dijo que no los había depuesto por el castigo, sino porque le habían prevenido y le habían quitado una ocasión tan grande de despreciar aquella honra.

Por una artificiosa corrección convirtió don Luis Carrillo el alivio de su mal en mayor pena, y dijo:

Llorad, ojos, llorad, pues desatando
Parte del mal, por quien estoy muriendo,
Irá en mi pecho su furor menguando.
En vano alivio con llorar pretendo,
Si vuelve al pecho por su mal volando,
Lo que de él sale por su bien corriendo.

Discurso XVIII

DE LAS PRONTAS RETORSIONES

Superioridad es de discurso no rendirse a la agudeza del que provoca, sino aspirar al vencimiento con otro igual, y aun mayor. Son venerados, son temidos semejantes ingenios, y en las lides de sutileza tenidos por vivos y de respuesta.

Es muy semejante esta especie de concepto a la pasada, aunque tiene su especialidad; consiste en retorcer un dicho o un hecho sobre el mismo que lo propone, ya motejando, ya alabando; discúrrese de muchas maneras, unas veces aplicándole lo mismo al actor por paridad o correspondencia de alguna circunstancia especial, por la cual le compete lo mismo y aun mejor. Preguntándole Pompeyo a Cicerón, cuando llegó a su campo, que dónde dejaba a su yerno Pisón, marido de Tulia, respondió pronto: «Queda en el campo de su suegro César.» Halló la paridad de lo mismo que le oponía, y exprimióla por respuesta.

Retuércese un hecho, así como un dicho, aludiendo a la misma circunstancia y descubriendo que corre la misma razón en el sujeto sobre quien se convierte. Introduce don Francisco de Quevedo a Apolo, hablando con Dafne, y la dice:

Di, ¿por qué mi dolor creces,
Huyendo tanto de mí
En la muerte que me ofreces?
Si el sol y luz aborreces.
Huye tú misma de ti.

Ojos, que en esa beldad,
Alumbráis con luces bellas
Su rostro y su crueldad;
Pues que sois los dos estrellas,
Al sol que os mira mirad.

No siempre se aplica lo mismo que propone el dicho; puédesele aludir en la respuesta a otra cosa equivalente. Diciendo un tuerto a un corcovado que era bien inclinado, respondió: «Eso es mirarme con buenos ojos.» Y diciéndole otro que había cargado de mañana, respondió: «Sí, que aún no habéis abierto las ventanas.» En todas éstas hay correspondencia y correlación proporcional a otra falta en el que moteja. Si esta correspondencia se exprime por las mismas palabras, aunque a diferente sentido, tiene más donosidad. Así aquel gran Pontífice, verdadero apreciador de las buenas letras, asilo de los varones doctos, en cuyo tiempo Pasquín no mordía, sino que lisonjeaba así:

Olim habuit Cypris sua tempora; tempora Mavors
Olim habuit: sua nunc tempora Pallas habet.

El felicísimo León X, entre otros grandes ingenios de quienes siempre iba rodeado, varón de gran gusto en lo más realzado del vivir, era uno el Archipoeta; jactándose éste de su facilidad en el verso, dijo:

Archipoeta facit versus pro mille Poetis.

Retorciólo León, diciendo con gran prontitud:

Et pro mille aliis Archipoeta bibit.

Por una ingeniosa paronomasia, jugando con el vocablo del sentido, respondió el nunca bastantemente llorado rey don Sebastián a los que le querían aterrar y divertir de su mal logrado intento con el prodigio de un cometa, siempre fatales, que había aparecido; él, con la rara prontitud y viveza

de ingenio que tenía, respondió: «¡Eh, que no lo entendéis! Que el *Cometa* me está diciendo que *acometa.*»

Por equívoco se forma con agradable primor la retorsión, valiéndose de la misma palabra dudosa, y que está significando a dos luces o a dos sentidos, y dásele crítico o favorable, diferente, empero, del que pretende el que la dice. De Cloe, que enterró siete maridos, y puso esto por alabanza suya en el epitafio, glosólo Marcial por retorsión, diciendo:

Inscripsit tumulo septem celebrata virorum,
Se fecisse Chloe: quid pote simplicius?

Tradújolo Bartolomé Leonardo, que de tan grandes hombres merece la agudeza de Marcial ser ilustrada:

Cloe, la séptima vez
Las exequias celebró.
Siete maridos lloró;
No hay tan honrada viudez.
¿Pudo con más sencillez,
Toda la verdad decir?
Mandó en la piedra escribir
Que ella les dio sepultura,
Y dijo la verdad pura,
Porque los hizo morir.

Cuando se le responde al que zahiere con lo contrario de lo que nota, y eso se le aplica a él, es mayor sutileza. Así Foción, diciéndole Demóstenes: «Mira que los atenienses te han de matar el día que salieren de sí», respondió: «Y a ti, si volvieren en sí.» Venció la retorsión, porque si aquél dijo cuando salieren de sí, éste, por lo contrario, cuando volvieren en sí, que es decir mucho más.

Hácese argumento con mucha gracia de lo mismo que el contrario opone, y el retorcer el argumento es sutileza plausible. Esta agudeza incluye aquel otro epigrama de Marcial a Cina, tan repetido y aun imitado:

Esse nihil dicis, quidquid petis, improbe Cinna:
Si nihil Cinna petis; nihil tibi, Cinna, nego.

Aún suena más picante y más donoso en nuestro romance; débesele a don Manuel Salinas:

Dices, Cina, que es no nada
Lo que a pedir te comides,
Cina, si nada me pides,
También yo te niego nada.

Hallar repugnancia en lo que dice el que provoca con lo que hace o acostumbra es grande respuesta, y retuércesele con maliciosa alusión. Entrando tarde en el Senado Laberio, y no hallando lugar, díjole Cicerón: «Yo le hiciera, si no estuviéramos tan apretados», tachándole a él de senador nuevo, y al César por haber hecho senadores a tantos. Respondió prontamente Laberio: «No sé cómo te falta lugar, estando acostumbrado a sentarte en dos sillas», notándole ser de los que comen a dos carrillos.

Válese de la conversión o transposición comúnmente, transformando las cosas en otras de lo que parecen, y cuando tercia la malicia crítica, es más agradable. Así Alciato, que fue ingenio de los de primera clase y universal en todo género de agudeza, introduce en uno de ellos un buitre tragador, que está trocando y quejándose a su madre de que echa por la boca las entrañas, pero ella, con donosa retorsión, le dice: «No echas, hijo, sino lo ajeno, que siempre robas.»

Milvus edax, nimiae quem nausea torserat escae,
Hei mihi, mater, ait, viscera ab ore fluunt.
Illa autem, quid stes? Cur haec tua viscera credas?
Qui rapto vivens sola aliena vomis.

La paridad en que se suele fundar la retorsión para rebatir la censura y aplicar lo mismo no siempre está en el sujeto que nota; puédese hallar en otro en quien se disimula; de suerte, que se puede hacer la retorsión a otro tercero, y des-

pués mediatamente al primero. Forma, por una ingeniosa retorsión, el gustoso Bocalino un discurso picante, como suele, que no son sino para hombres juiciosos y de gusto muy maduro. Dice, pues, que no queriendo Apolo tolerar que en el entendimiento de los hombres, que debe ser solamente albergue de una incorrupta verdad, se siembre por algunos la mentira, habiendo sabido que los poetas, en sus escritos, han publicado e introducido por verdaderos los tritones, basiliscos, unicornios, sirenas, hipógrifos, centauros, esfinges, la Fénix y otros animales, los cuales era notorio y manifiesto que jamás la madre Naturaleza había tenido pensamiento de criarlos en el mundo, demás que de la publicación de cosas tan fabulosas nacían graves inconvenientes, pues se sabía que algunos embusteros habían comenzado a hacer mercancía del cuerpo del unicornio, de las plumas de la Fénix, del basilisco acecinado, que vendían por muy caro precio a personas caprichosas o simples, declaraba con edicto los animales y demás cosas dichas, por expresas mentiras, meras fábulas, invenciones poéticas; que, por tanto, mandaba que los poetas se debiesen abstener de cometer semejantes desórdenes y que no pudiesen cantar en sus versos cosa alguna que no constase haber sido criada y producida de la Naturaleza. Oyendo esto los poetas, grandemente se alteraron y acerbamente se quejaron de que en un siglo de tantas mentiras, solamente se atendiese a prohibir sus doctas e ingeniosas invenciones, que era quitarle el alma a la poesía, y no se reparase en que infinitas cosas, con encomios de mucha reputación, publicaban los mayores letrados del Parnaso, así políticos como historiadores, por verdaderas, que no se veían ni se conocían entre los hombres, como era decir que se hallaban sujetos desinteresados, personas que aman más las públicas comodidades que sus privados intereses; ministros que no son esclavos de sus pasiones; príncipes libres de ambición y de la demasía de desear cosas de los otros; varones de entereza, héroes, hombres universales, etc. No se dice públicamente que viven estos prodigios en el mundo, y es notorio, más que a todos, a la majestad de Apolo, si en Egipto o en Arabia o en otra alguna parte de la tierra se hallan semejantes aves

Fénix. Que, por tanto, injiriese su majestad también estas quimeras en el edicto, para que fuese universal, y así, justamente obedecido.

Puede haber retorsión de retorsión, cuando revuelve el que objetó primero y rebate la respuesta con otra sutileza, perseverando en el vencimiento, que es gran prueba de prontitud y esfuerzo de ingenio. Sea ejemplar éste, sacado de aquel emporio de conceptos, la comedia de *Querer por sólo querer,* de don Antonio de Mendoza:

Sin con alma rigurosa
Te niegas lo que mereces
Y el ser amada aborreces,
¿Para qué naciste hermosa?
Que soy hermosa, ni apruebo
Ni gusto que me lo digas
Si es mentira, ¿qué me obligas?
Y si es verdad, ¿qué te debo?
¡Qué vana civilidad!
Que se agradezca me admira,
Que es mucho para mentira,
Y poco para verdad.
No es justo te cause enojos
Llamarte hermosa, que siento
Que paga el entendimiento
Una deuda de los ojos.

Con esta alternación de argumentos se van respondiendo y rebatiendo las razones; cuando se descubre en el contrario lo mismo que zahiere con exceso, es un artificioso retorcer, porque se arguye de lo menos que se le concede aquí, a lo más que se le nota en él. Motejando Domicio Censor a Lucio Craso el haber llorado un lebrel muerto, respondió: «Confieso que tienes tú más valor, pues habiendo enterrado tres mujeres, aún te estás por derramar la primer lágrima.»

Concédesele tal vez al contrario lo que objeta, pero revuelve el provocado, probando con una ingeniosa razón que aquello es más y se estima más que lo contrario. Respondió

sentenciosamente Marcial a Calístrato, que le zahería su pobreza, ordinaria en los grandes ingenios, y más poetas: «Confieso —dice— que nos diferenciamos ambos: tú, en ser rico; yo, en ser pobre; pero advierte, que lo que tú eres lo puede ser cualquiera, pero lo que yo, ni tú ni otros.»

Sum, fateor, semperque fui, Callistrate, pauper,
Sed non obscurus, nec male notus eques.
Sed toto legor orbe frequens; et dicitur, Hic est;
Quodque cinis paucis, hoc mihi vita dedit.
At tua centenis incumbunt tecta columnis,
Et libertinas arca flagellat opes;
Magnaque Niliacae servit tibi gleba Syenes;
Tondet, et innumeros Gallica Parma greges.
Hoc ego, tuque sumus; sed quod sum, non potes esse;
Tu quod es, e populo quilibet esse potest.

Excelente retorsión, digna de ser gozada en la versión del canónigo don Manuel Salinas:

Calístrato, confiésote que he sido
Y pobre soy, mas no desconocido;
Ni por mi mal nombrado,
Más de todos leído y celebrado.
En viéndome, aunque sea el más agreste,
Festivo dice, el gran Marcial es éste.
Y al fin, lo que la muerte no da a todos,
La vida me concede por mil modos.
Tú tienes casa bella y ostentosa,
Que cien columnas hacen majestuosa.
Riqueza que un Liberto sólo abarca
En envidiosa y envidiada arca.
Copiosas trojes Ceres te fecunda
En los campos que en Siene el Nilo inunda,
Si la Gálica Parma vellocinos
Te rinde los más finos.
Esto somos tú y yo, pero aunque pobre,
Y a ti todo te sobre;

Ser lo que soy, Calístrato, no puedes;
Mas para ser aquello en que me excedes,
Que es ser rico ignorante,
Cualquier del pueblo juzgo por bastante.

Válese la retorsión del reparo para responder con mayor sutileza, sacando la razón del misterio que encierran las mismas palabras que se oponen. Así uno respondió a aquellas misteriosas palabras del Señor, que fueron panegírico a San Juan: *Inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista,* que como la Virgen Madre Inmaculada no cayó, por eso tampoco se levantó, de modo, que más la ilustran a esta Señora exceptuándola, que la notan comprendiéndola.

No se contenta con desempeñar esta sutileza, sino que aspira siempre al vencer. Censurábale uno al mismo Marcial (¿qué será a los que no lo son?) de largo y prolijo; y respóndele por una contraposición victoriosa:

Scribere me dicis, Velox, epigrammata longa.
Ipse nihil scribis: tu breviora facis.

Sucintamente le cogió toda el alma don Manuel Salinas, y dijo:

¿A llamar cosa cansada
Mis epigramas te atreves?
Tú, si las haces más breves,
Veloz, que no escribes nada.

Discurso XIX

DE LA AGUDEZA POR EXAGERACIÓN

Poco es ya discurrir lo posible, si no se trasciende a lo imposible. Las demás agudezas dicen lo que es, ésta lo que pudiera ser; ni se contenta con eso, sino que se arroja a lo repugnante. Así dijo el profundo y sustancial Horacio, autor de los jui-

ciosos, ponderando la seguridad de la virtud y la intrepidez de la buena conciencia:

Justum, et tenacem propositi virum,
Non Civium ardor prava juventium,
Non vultus instantis tyranni.
Mente quatit solida; neque Auster.
Dux inquieti turbidus Adriae
Nec fulminantis magna Jovis manus,
Si fractus illabitur Orbis,
Impavidum ferient ruinae.

Consiste su artificio en un encarecimiento ingenioso, debido a la ocasión, que en las extraordinarias ha de ser el pensar y el decir extraordinario. De esta suerte, el célebre Licurgo, preguntándole por qué no había puesto en su severa política graves penas contra los parricidas, respondió que jamás se le había ofrecido, cuanto menos creído, que tan enorme maldad pudieran cometerla hombres. Está bien exagerado.

No escrupulea en la verdad este género de sutileza, déjase llevar de la ponderación y atiende sólo a encarecer la grandeza del objeto, o en panegiris o en sátira. Galante encarecimiento éste de Lope de Vega, que en lo cómico sin duda excedió a todos los españoles, si no en lo limado, en lo gustoso y en lo inventivo, en lo copioso y en lo propio:

Díjele que aquí no había
Iglesia como en Toledo,
Palacio como en Madrid,
Como en Lisboa paseos,
Ni flota como en Sevilla,
Como en Salamanca ingenios,
Como en Córdoba caballos,
En Ávila caballeros,
Jardines como en Valencia,
Como en Zaragoza templos,
Plazas en Valladolid,
Como en Barcelona puerto;

Pero que si la hermosura,
La gala del universo
Quisiese ver toda junta,
Viniese conmigo a veros.

En la misma verdad puede haber exageración, subiendo de una eminencia en otra el objeto, dándole el aumento por la artificiosa gradación. Pondera de esta suerte el maestro fray Gabriel Hernández, hijo hasta en la sutileza de su gran padre Agustino, que no se contentó la gracia de triunfar en la concepción de la Madre de Dios de la naturaleza y de la culpa, sino que se venció a sí misma, excediéndose con prodigiosos realces.

Fórmase de ordinario el encarecimiento, ensalzando el objeto y ponderando su exceso en sí o en alguna de sus circunstancias. Don Luis de Góngora en estas endechas suyas, aunque no van en sus obras, como ni otras muchas:

Al pie de una corriente,
Lloraba Galatea,
De sus divinos ojos,
Por lágrimas estrellas.
Ambar cernió su cofia, etc.

Otras veces, disminuyendo los términos careados para más realzar el sujeto. El mismo, en su limada fábula del *Polifemo* cantó de la amenísima Trinacria:

Sicilia, en cuanto oculta, en cuanto ofrece,
Copa es de Baco, huerto de Pomona:
Tanto de frutas ésta la enriquece,
Cuanto aquél de racimos la corona.
En carro que estival trillo parece,
A sus campañas Ceres no perdona,
De cuyas siempre fértiles espigas
Las provincias de Europa son hormigas.

Salen muy bien algunos encarecimientos conglobados, que digan entre sí correspondencia y vayan en proporción aumentando el objeto y concepto. El Marcial de Valencia, aquel que tuvo sin duda algún rayo por ingenio, pues en todas las artes y ciencias (que fue universal) afectó siempre lo más dificultoso. En las exequias del César de todo el mundo, Carlos V, cantó así el agudísimo Falcón:

Pro tumulo ponas Orbem, pro teamine coelum,
Sydera pro facibus, pro lachrymis maria.

Ilústrelo nuestro aragonés don Manuel Salinas con la propiedad y gala que acostumbra:

Por túmulo todo el mundo,
Por luto el cielo, por bellas
Antorchas pon las estrellas
Y por llanto al mar profundo.

De muchas exageraciones continuadas, hizo argumento uno para ponderar una inconstancia, diciendo:

¿Ves la instabilidad de la Fortuna,
O al animoso viento hoja ligera?
¿Ves tierno junco en húmeda ribera,
Que obedece a las olas de una en una?
¿Ves, en la tempestad más importuna
Del orgulloso mar, veloz galera?
¿Ves en la celestial azul esfera
El vario rostro de la blanca luna?
Pues ten por cierto que es Fortuna estable,
La hoja al viento, el junco al agua fuertes,
Inmoble la galera al mar mudable.
Los rostros de la Luna sosegados,
Sin crecer ni menguar de varias suertes,
Si son contigo, Alcida, comparados.

Por el mismo rumbo glosó don Luis de Góngora las contingencias de un viaje e hizo el argumento con una bien exagerada ponderación:

Cosas, Celalva mía, he visto extrañas:
Cascarse nubes, desbocarse vientos,
Altas torres besar sus fundamentos,
Y vomitar la tierra sus entrañas.
Duras puentes romper cual tiernas cañas,
Arroyos prodigiosos, ríos violentos
Mal vadeados de los pensamientos,
Y enfrenados peor de las montañas;
Los días de Noé, gentes subidas
Por los más altos pinos levantados,
Por las robustas hayas más crecidas.
Pastores, perros, chozas y ganados.
Sobre las aguas vi, sin forma y vidas,
Y nada temí más que mis cuidados.

Mayor sutileza contiene la exageración, cuando se forma entre dos extremos; ponderando en cada uno la dificultad realza mucho la suspensión y la duda de la deliberación a uno de entrambos, y exprímese la oposición, encareciendo el inconveniente que hay en cualquiera de ellos. Sea ejemplar al mayor ingenio y recuerdo a la más grata memoria este sublime epigrama, que hace de todos los demás lo que el sol de todos los astros, aun de los mayores; tuvo por autor a aquel serenísimo héroe, Infante gloriosísimo de España, tan llorado de toda ella en su muerte, cuanto aplaudido en su vida, al señor don Carlos, que no es nuevo en los príncipes y reyes españoles honrar las eruditas artes y ciencias, autorizándolas y ejerciéndolas. Atiende, pues, y celebra:

¡Oh!, rompa ya el silencio el dolor mío,
Y salga de este pecho desatado,
Que sufrir los rigores de callado
No cabe en lo que siento, aunque porfío.
De obedecerte, Anarda, desconfío:

Muero de confusión desesperado;
Ni quieres que sea tuyo mi cuidado,
Ni dejas que yo tenga mi albedrío,
Mas ya tanto la pena me maltrata,
Que vence al sufrimiento; ya no espero
Vivir alegre; el llanto se desata,
Y otra vez de la vida desespero,
Pues si me quejo, tu rigor me mata,
Y si callo mi mal, dos veces muero.

Nota la profundidad, la delicadeza, y saca de esta valiente uña la capacidad, aunque tan sosegadas de aquel generosísimo León. Éste, con otros no menos ingeniosos poemas del señor Infante, debemos agradecer al cuidado en observarlos y conservarlos del erudito e ingenioso caballero, gloria de Aragón por su ascendencia y ornamento de Castilla por su nacimiento y asistencia, don José Pellicer, bien conocido en toda la Europa por sus raras obras en su misma pluralidad.

A más de su propia agudeza, suele la exageración valerse de las otras especies, que la realzan mucho. Por una contraposición entre la elocuencia y el valor, entre el saber y el poder, encareció bien la excelencia que lleva el ingenio a las fuerzas, el filósofo en verso, Andrés Alciato. Pinta en un conceptuoso emblema a Hércules, que con las cadenillas de su boca aprisiona las gentes que no pudo sujetar con la acerada clava, y dice:

Arcum laeva tenet, rigidam fert dextera clavam,
Contegit, et Nemees corpora nuda Leo.
Herculis haec igitur facies? non convenit illud
Quod vetus, et senio tempora cana gerit.
Quid quod lingua illi levibus trajecta catenis
Quis fissa, facileis allicit aure viros?
An ne quod Alcidem lingua non robore Galli
Praestantem populis jura dedisse ferunt?
Cedunt arma togae, et quamvis durissima corda
Eloquio pollens ad sua vota trahit.

Por una hermosa proporción exageró un sentimiento aquel antiguo, doblando la agudeza:

Llorando mira Fileno
De Turia las aguas frías,
En las que vienen sus males
Y en las que se van sus dichas.
Sus corrientes acompaña
Con lágrimas infinitas,
Y son tantas, que con ellas
Las ondas del mar crecían.

Al contrario, por otra agradable improporción duplicada, encareció otro un contento con no menos delicadeza, diciendo:

Al cabo de una hora de años
De esperanzas impacientes,
Vióla salir a un balcón,
Haciendo los años breves.
Dio de espuelas al caballo,
Por ver el sol que amanece,
Hácele que se arrodille,
Y el suelo en su nombre bese.

Con la alternación y contrariedad campea más el encarecimiento. Difería el César su entrada en Roma hasta que se hiciese día, para que fuese más festiva. Dijo entonces Marcial: «Señor, no reparéis en que sea noche, que lo esclarecido de vuestras hazañas harán de la noche día.» Permítasele la lisonja por la agudeza:

Phosphore, redde diem: quid gaudia nostra moraris?
Caesare, venturo, Phosphore, redde diem.
Roma rogat: placidi numquid te pigra Bootae
Plaustra vehunt, lento quod nimis igne venis?
Ledaeo poteras abducere Cyllaron astro;
Ipse suo cedet nunc tibi Castor equo.

Quid cupidum Titana tenes? Jam Xanthus et Aeton
Fraena volunt: vigilat Memnonis alma parens.
Tarda tamen nitidae non cedunt sidera luci,
Et cupit Ausonium Luna videre ducem.
Jam, Caesar, vel nocte veni: sint astra licebit,
Non deerit populo te veniente dies.

Cultamente, sublimemente contrapone el deseo del día y el deseo de la noche, por gozar cada una de la imperial presencia, y concluye con la exagerada antítesis entre las tinieblas de la noche y los lucimientos del César. Venció la dificultad de la traducción el galante Salinas, y asimismo, diciendo:

Vuelve, lucero, el día,
No quieras retardar nuestra alegría,
Mira que el César ha de entrar mañana,
Vuelve la luz más clara y más temprana,
Roma te ruega, y todo el pueblo entero;
Que te detiene aquel tardo boyero
En perezoso claustro me imagino,
Según pasas despacio tu camino.
De Leda al astro el Cilarón pudieras
Quitar, porque veloz en él corrieras.
Y cuando imaginaras deseallo,
Castor, cortés, te diera su caballo.
Porque la luz de Febo detenida
Está; cuando fogosos, ya la brida
Piden Ethon y Xantho,
No te detengas tanto,
Que de Memnón la madre vigilante
Da prisa por mostrar al Sol infante;
Pero por más que anhelo,
No ceden las estrellas en el cielo
Al sol augusto; antes deseosa
De gozarle la luna más hermosa,
Su carroza parece, que ha parado
Por ver entrar al César deseado;
Mas aunque noche sea,

Entra, ¡oh, César!, que Roma te desea;
Que no le faltará, si tú entrar quieres,
Alegre día al pueblo, pues sol eres.

Discurso XX

DE LOS ENCARECIMIENTOS CONCEPTUOSOS

Son los tropos y figuras retóricas materia y como fundamento para que sobre ellos levante sus primores la agudeza, y lo que la retórica tiene por formalidad, esta nuestra arte por materia sobre que echa el esmalte de su artificio. No pasan algunos por concepto el encarecimiento así, a secas, dicen no ser más que un hipérbole retórico, sin el picante de la agudeza viva y verdadera, como la tiene este rey de los epigramas, al fin de Marcial. Discurrió el poeta muy a la ocasión, cuando en el anfiteatro acometió un tigre a un león y lo despedazó; ponderó que lo que no hacía en los montes se atrevía hacer después que estaba entre las gentes, de quienes había aprendido fiereza:

Lambere securi dextram consueta magistri
Tigris, ab Hyrcano gloria sacra jugo,
Saeva ferum rabido laceravit dente Leonem:
Res nova, nonnullis cognita temporibus.
Ausa est tale nihil, sylvis dum vixit in altis;
Postquam inter nos est, plus feritatis habet.

Exageró con fundamento y dándole pie para ello la rara contingencia. Fue muy ajustada la traducción de don Manuel Salinas:

La fiera, que ya obediente
A besar llegó la diestra
Del maestro, gloria Hircana,
Romana admiración nueva.
Con diente y garra cruel,

Miembro a miembro, y pieza a pieza
A un león despedazó,
Aquel gran rey de las fieras.
Pasmo, horror, espanto, asombro,
Solicitó tal empresa;
Ni en la edad pasada oída,
Ni vista en la venidera.
Mientras que tigre habitó,
De Hircania en las altas selvas,
Nunca fue tan atrevida,
Nunca tan brava y tan fiera.
Mas ya en el romano circo,
Tales crueldades ostenta;
Sin duda que entre nosotros
Ha estudiado más fiereza.

Requiérese, pues, que alguna circunstancia especial dé motivo y ocasión al encarecimiento para que no sea libremente dicho, sino con fundamento, que es darle alma al concebir. De esta suerte el agudísimo Rufo, pintando la matanza que iba haciendo el agraviado Veinticuatro don Fernando de Córdoba en su casa, dijo:

En un rincón de la sala
Hubo señal de ruido,
Y fue que detrás de un cofre
Estaba el pobre Galindo.
El cual, de puro temor,
Aun no osó estar escondido.

No se pudo ponderar más, fundándose para la exageración en el hacer ruido, cuando le importaba la vida el sosiego. Cuanto la circunstancia es más especial y prodigiosa, da pie para el encarecimiento mayor. Fue gran pensamiento éste del padre Felipe Gracián, de los Clérigos Menores, gloria y corona mía, más que hermano, eminente teólogo, como quien ha profesado la teología en las mejores cátedras de su sagrada religión, gran predicador, con plausibilidad en lo su-

til y bien discurrido. Ponderando un día de la Visitación de la Madre de Dios aquellas palabras de *San Lucas,* capítulo I: *Et factum est ut audivit salutationem Mariae Elisabeth exultavit Infans in utero ejus, et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth,* dijo este ingeniosamente devoto de la Reina de los Cielos que no sólo no podía caber el pecado en esta Señora, pero que ni aun en su presencia no osaba parar; que parece que se le opone más que su formalidad contraria, pues no sólo no le admite intrínsecamente en sí, pero ni aun en su exterior presencia le deja lugar de estar en los otros. De esta suerte discurre este padre, con razón benemérito de ocupar uno de los mayores puestos de su Orden, siendo Asistente por España al lado de su reverendísimo y religiosísimo General en Roma.

Ayúdasele algunas veces a la circunstancia, fingiendo otra que la ladee, y de entrambas se hace fundamento para el exagerar. Aquel portentoso ingenio, también de nuestra Bílbilis, y primero entre tantos, admirando la repentina muerte de Andrágoras, Marcial dijo que sin duda le mató el haber soñado al médico Hermócrates, que aun soñado mataba:

Lotus nobiscum est, hilaris cenavit; et idem
Inventus mane mortuus est Andragoras.
Tam subitae mortis causam, Faustine, requiris!
In somnis Medicum viderat Hermocratem.

Aunque le dio pie la repentina muerte, con todo no fue tan fundado el encarecimiento como sutil; ayudóse de la fingida circunstancia del sueño. ¡Oh, qué saladamente nos lo sazona en el castellano el canónigo de Huesca!:

Cenó Andrágoras, bañado,
Conmigo anoche, de gana,
Y ya muerto esta mañana
En su cama lo han hallado;
Si de tan arrebatado
Fin, quieres saber, Faustino,
La causa, yo la adivino:
Que en Hermócrates, doctor,

Soñó y que sin más dolor,
De un médico a morir vino.

Del equívoco y de las demás circunstancias del caso formó Lope de Vega una valiente exageración en este aplaudido epigrama a Leandro; es de lo mejor que hizo:

Por ver si queda en su furor deshecho,
Leandro arroja el fuego al mar de Abido,
Que el estrecho del mar al encendido
Pecho parece mucho más estrecho.
Rompió las sierras de agua largo trecho,
Pero el fuego en sus límites rendido,
Del mayor elemento fue vencido,
Más por la cantidad que por el pecho.
El remedio fue cuerdo, el amor loco,
Que como en agua remediar espera
El fuego que tuviera eterna calma;
Beber intenta el mar, y aun era poco,
Que si bebiera menos, no pudiera
Templar la sed desde la boca al alma.

Toda contingencia rara es lance para el exagerar, ya porque el discurso tiene fundamento, ya porque es a la ocasión. Fuelo éste, de un antiguo e incierto, pero bueno:

Constiteram exorientem auroram forte salutans,
Cum subito a laeva Roscius exoritur.
Pace mihi liceat, coelestes dicere vestra,
Mortalis visus pulchrior esse Deo.

Aquella contingencia de salir el hermoso mancebo cuando se esperaba la aurora o el sol fue el alma del concepto. Así dijo también don Luis de Góngora:

Los pájaros la saludan,
Porque piensan, y es así,
Que el sol, que sale en Oriente,
Vuelve otra vez a salir.

Sin alguno de estos apoyos parece arrojado el encarecimiento, por lo menos libremente dicho y sin fundamento. La circunstancia especial de que se toma pie para discurrir, excusa y aun parece que obliga a la exageración. Del inclinar la cabeza al morir el autor de la vida, y quedar como mirando hacia sus paternales entrañas y a su amoroso pecho, tomó pie a uno para decir que después de haber dado el Señor su preciosa sangre por los hombres, inclinó la cabeza a ver si quedaba alguna gota, y con la cabeza estaba haciendo señal a la lanza que la sacase del lado, y el salir agua después de la sangre: *Et continuo exivit sanguis, et aqua.* Fue en testimonio de que no quedaba ya sangre que salir.

La contingencia en que se repara y se glosa por encarecimiento ha de ser extraordinaria, y así puede ser extraordinaria también la ponderación. Fuelo aquélla de hacer colmena las abejas de una celada y llenarla, en vez de sangre, de su dulcísimo licor. Tomó ocasión de aquí el profundo Alciato para ponderar la abundancia de la paz y sus delicias; pintóla así, coronada de abejas, en un sentencioso emblema, y dijo:

En galea, intrepidus, quam miles gesserat, et quae
Saepius hostili sparsa cruore fuit.
Parta pace apibus tenuis concessit in usum
Alveoli atque favos, grataque mella gerit.
Arma procul jaceant; fas sit tunc sumere bellum,
Quando aliter pacis non potes arte frui.

Hace muy plausible el encarecimiento el ser a la ocasión. Fuelo éste del cordobés jurado, que lo dio en mote a un cuadrillero en unas cañas, que se detuvieron ocho días por unas grandes lluvias; decía:

Por envidia que el sol tiene
A otro sol que yo me sé,
Estos días no se ve.

Transformó Floro por una ingeniosa exageración la gran calamidad de Roma, cuando la tuvieron en tanto aprieto los

franceses; dijo que fue sin duda un glorioso examen del romano valor, en que quiso el cielo ver si merecía el Imperio de todo el mundo: *Ea certe fuit vis calamitatis, ut in experimentum illatam putem divinitus; scire volentibus immortalibus Diis, an Romana virtus Imperium orbis mereretur?*

A las ponderaciones misteriosas se les da salida agradable por un bien fundado encarecimiento. Glosó de esta suerte don Luis de Góngora la caída que dio de un caballo un menino, hermoso, galán y bien afortunado entonces:

Caballo, que despediste,
No sólo un bello español,
Mas con los rayos del sol,
La dura tierra barriste;
Viste ya de plumas, viste,
Que si en esto no sucedes
El ave real, no puedes
Debidamente llevallo;
Que el águila aun es caballo,
Indigno de Ganimedes.

Fundó misterio el conceptuoso Plinio en que muriese Nerva luego que adoptó al célebre Trajano, y exageró que fue un envidiarle los dioses la acción. *Dii Coelo vendicaverunt, ne quid post illud divinum, et immortale factum, mortale faceret, deberi quippe maximo operi hanc venerationem, ut novissimum esset; Autoremque ejus statim consecrandum, ut quandoque inter posteros crederetur an illud jam Deus fecisset.*

Cuando en el reparo hay dificultad o llega a contradicción, sale mejor el desempeño por un encarecimiento. Fue gran concepto de Marcial con que cantó la quema del Fénix de la amenidad, el Vesubio, a quien su más lozana pompa le causó su mayor ruina; pególe fuego un rayo, y después de abrasado hizo gran llanto el cielo en lluvia; careó el quemarle primero con el llorarle después, y dio la hiperbólica salida:

Hic est pampineis viridis Vesuvius umbris:
Presserat hic madidos nobilis uva lacus.

Haec juga, quam Nysae colles, plus Bacchus amavit:
Hoc nuper Satyri monte dedere choros.
Haec Veneris sedes, Lacedaemone gratior illi:
Hic locus Herculeo nomine clarus erat.
Cuncta jacent flammis, et tristi mersa favilla:
Nec Superi vellent hoc licuisse sibi.

Corresponde a la valentía del epigrama la traducción de don Manuel Salinas en este elegante soneto:

Éste es aquel Vesubio celebrado,
Cuyas vides con pámpanos frondosos,
Lagos de néctar, vinos generosos,
Llenaron de su fruto sazonado.
Centro de Baco, más que Nise amado,
Entre coros de sátiros gozosos,
Donde en soberbios templos majestuosos
Venus y Alcides tanto se han honrado.
Ya en estériles llamas con espanto
A pavesas lo admira reducido
De su poder, pesando al Jove ahora;
Y aun el cielo de ver destrozo tanto,
Encapotado, triste y afligido,
Si el llover es llorar, de pena llora.

La dificultad del reparo hace más ingenioso el encarecimiento con que se le da salida. Ponderó bien el discreto Bocalini la excelencia del saber y lo que valen las buenas letras en uno de sus profundos *Raguallos,* en que introduce a Apolo hablando con un saltimbanco que traía consigo una perrilla. «A mí y a mis doctos —dice— será gustoso rato ver saltar tu perrilla.» Obedeció luego el saltimbanco, y mandó aquella sabandija, que traía maravillosamente enseñada, hacer mil juegos e invenciones, y todas con tanta donosidad y sentido, que pareció que discurría, por la prontitud con que ejecutaba cuanto le mandaba el amo. Pero la acción de gastar Apolo el tiempo, concedido a negocios de tanta importancia, en la delectación de cosa tan vulgar, de tanta mayor admiración

fue a los personajes grandes del Senado, cuanto el gusto que su majestad mostraba de ver los saltos de la perrilla era extraordinario; la maravilla que ellos tenían de este ridículo entretenimiento se convirtió en admiración y enseñanza, porque Apolo, «¡Oh, gloria (dijo) de las ciencias!, ¡oh, suma felicidad de las serenísimas virtudes!, ¡único y riquísimo patrimonio del género humano!, ¡oh, mis queridos y amados letrados!, alegraos conmigo y ensanchad vuestros corazones con sumo gozo, pues veis ahora con los ojos la gran fuerza del saber, el único valor de las ciencias, cuando un poco de habilidad que un hombre ha sabido enseñar a un perrillo es bastante, no sólo para largamente sustentar a sí y a su amo, sino también para hacerle gozar el mayor contento que pueda tener un ánimo grande de andar y, con mucha ganancia, viendo el mundo; y, con todo, se halla entre los hombres quien no hace estimación del saber, quien le desprecia y hasta como dañoso le blasfema y persigue».

Sobre la contingencia especial cae bien el reparo y desempeña la exageración mejor. Comienza así una de sus cartas el fecundo y facundo Lope:

> Ahora creo, y en razón lo fundo,
> Amarilis Indiana, que soy muerto,
> Pues que vos me escribís del otro mundo.

Viene más nacido el encarecimiento, cuando aprieta el reparo. Dijo López de Andrade que permitió el cielo que los escritos de Santo Tomás padeciesen alguna contradicción, porque no fueran tenidos por canónicos. Hizo también un gran reparo el padre fray Raimundo Gracián de la Madre de Dios, que era carmelita descalzo, y, por consiguiente, gran religioso y docto, más corona mía, que hermano. Ponderando aquellas palabras del Sagrado Evangelio, cap. 11, de *San Lucas: Extollens vocem quaedam mulier.* Dijo que, habiendo curado el Señor un mudo y dádole la habla, no dijo el sagrado historiador lo que habló el mudo, ni se cuidó de eso, sino de lo que dijo una mujer de la turba, con ocasión del milagro, que fue: *Beatus venter qui te portavit, et ubera quae suxisti,* por ser

alabanza de la Virgen Santísima. Tanto estima el Señor la honra y gloria de su Madre.

Aunque algunas veces no se exprima el reparo, como se dijo en su lugar, se da la salida y es muy agradable la exageración. Así ponderó Rufo la ceguera de los dos amantes en su trágico romance:

Y aun hubo quien estuviese
Del manjar tan divertido,
Que de la mano a la boca,
Erró el derecho camino.

De lo que había de ser reparo hizo razón para fundar el encarecimiento; exagerar con correspondencia y proporción entre dos términos careados, encareciendo el extremo del uno y del otro, hace el concepto doblado. Vese en este donosísimo epigrama de Marcial:

Eutrapelus tonsor dum circuit ora Luperci
Expungitque genas, altera barba subit.

Contrapuso bien la prolijidad del barbero en quitar y la facilidad del otro en producir; no tiene menos sal en el castellano:

Cuando el eterno Eutrapelo,
A Lupercio, bien barbado,
Rae la barba del un lado,
Ya nació en el otro pelo.

Discurso XXI

DE LOS ENCARECIMIENTOS CONDICIONALES, FINGIDOS Y AYUDADOS

Lo que unas veces se arroja la exageración, otras veces se detiene y se modera, que como de sí es tan sobresaliente, necesita en algunas ocasiones de templarse, y aunque dice mu-

cho, pero no todo lo que iba a decir. De esta suerte cantó don Luis de Góngora:

Hierbas le aplica a sus llagas,
Que si no sanan entonces,
En virtud de tales manos,
Lisonjean los dolores.

Parece que se detiene otras veces, y dice mucho más de lo que significa. De este modo encareció Marcial lo agigantado de Claudia:

Summa Palatini poteras aequare Colossi,
Si fieres brevior, Claudia, sexquipede.

No menos picante lo exprimió don Manuel Salinas:

Pudieras, Claudia, igualar
Al palatino coloso,
Si pie y medio a tu monstruoso
Talle pudieras quitar.

Con excelente modo ponderó Bartolomé Leonardo la pérdida de los estimables trabajos de su gran hermano Lupercio, que los dos fueron sin duda el *non plus ultra* del Parnaso. Dice, pues:

Abrasó sus poéticos escritos
Nuestro Lupercio, y defraudó el deseo
Universal de ingenios exquisitos.
Haz cuenta que rompió su lira Orfeo,
Su heroica trompa el grave Mantuano,
Y Séneca el coturno sofocleo.

La razón que se da sirve tal vez de disculpa al encarecimiento, y juntamente de apoyo, como en ésta:

Yo seré el mantenedor,
Y defenderé que puedo

Tener el cielo en mis brazos,
Después que vos sois mi cielo.

El modo de encarecer condicional es muy usado en este género de agudeza. Así el divino Dionisio exprimió la milagrosa belleza y el sobrehumano decoro del sol de los serafines, María, si caben encarecimientos en tanto objeto; dijo que si la Fe no le asistiera, guiándole al conocimiento del verdadero Dios, que se equivocara en su Madre Santísima; la condición ayuda como circunstancia, que se deseaba para la exageración. «Echa agua —dijo Marcial—, y verás que nadarán luego esos peces», tan al vivo estaban metidos.

Artis Phidiacae toreuma clarum,
Pisces aspicis, adde aquam, natabunt.

De una lagartija, que estaba esculpida en un bernegal de plata, dijo más adelante:

Inserta Phialae Mentoris manu ducta,
Lacerta vivit, et timetur argentum.

Puédense también poner condicionalmente las contingencias para fundar el encarecimiento. Cultamente, como acostumbra a lo africano, y con ingenio, Apuleyo, poniendo en el centro de aquel atrio, tan bien descrito a la diosa de la caza, llegando a describir los lebreles, dice que si acaso ladrara por allí cerca alguno verdadero, creyera el más atento que salía el ladrido de las gargantas de los mármoles: *Atria longe pulcherrima columnis quadrifariam per singulos angulos stantibus, attollebant statuas Palmaris deae: facies quaqua pinnis explicitis, sine gressu pilae volubilis instabile vestigium plantis roscidis decitantes, nec ut maneant inhaerent, et jam volare creduntur. Ecce lapis parius in Dianam factus tenet libratam totius loci medietatem; signum perfecte luculentum, veste reflatum procursu vegetum introeuntibus obvium, et majestate numinis venerabile. Canes utrimque secus deae latera muniunt; qui canes, et ipsi lapis erant. His oculi minantur, aures rigent, nares hiant, ora saeviunt, et sic unde latratus de proxi-*

mo ingruerit, eum putabis de faucibus lapidis exire: et in quo summum specimen operae, fabrillis egregius ille signifex prodidit, sublatis canibus in pectus arduis, pedes imi resistunt currunt priores. Pone tergum deae saxum insurgit, in speluncae modum muscis, et herbis, et foliis, et virgulis, et sicubi pampinis, et arbusculis alibi de lapide florentibus splendet intus umbra signi de nitore lapidis. Sub extrema saxi margine poma, et uvae faberrime politae dependent; quas ars aemula naturae veritati similis explicuit; putes ad cibum inde quaedam, cum mustulentus Autumnus maturum colorem afflaverit, posse decerpi. Et si fontes, qui deae vestigio discurrentes in levem vibrantur undam, pronus aspexeris, credes illos ut vitae pendentes racemos inter caetera veritatis, nec agitationis officio carere.

La que se pone algunas veces por condición, otras, al contrario, se exprime por negación. Así Julio César Escalígero, que es uno de los ingeniosos, y sus obras dignas de la más selecta biblioteca, introduce a la gran Menfis, diciendo:

Africa cur posita est vobis pars tertia mundi?
Tertia quando Orbis pars ego sola forem.

En el castellano, don Manuel Salinas:

Muy mal el orbe reparte,
Quien hace África tercera,
No viendo que yo pudiera
Ser esa tercera parte.

Llega a tanto el encarecimiento, que se atreve a lo imposible; esto es, que pone por condición una imposibilidad. Pondera un moderno escritor de las glorias de la Madre de Dios aquellas palabras de la Sabiduría: *Ego ex ore Altissimi prodivi*, que, como tan cortadas a la grandeza de esta Señora, se las aplica la Iglesia; dice que esta gran Reina se gloría de haber salido de la boca del Altísimo, porque si la boca de Dios pudiera pedir, ella fuera a pedir de boca del mismo Dios, tan lejos estuvo de salir de la gula de nuestros primeros padres.

Con otro imposible concluye un epigrama a la grandeza del rey de España, el más agudo que culto Falcón. Pide al

mar y a la tierra que pasen más adelante sus límites, para que puedan caber los de la Monarquía española:

Vicit Alexander Persas, sed constitit illic,
Vix Indum vidit filius ille Jovis.
Roma caput mundi fertur vicisse Britannos;
Nec plus progressa est Caesariana manus.
Tu magis ambobus profers vexilla Philippe;
Nulla magis claret, quam tua magna domus.
Sol cadat, aut surgat, semper tua regna pererrat:
Magna, minorve dies per tua sceptra venit
Ut sit in Orbe locus, metas ubi fixere possis
Terra suos fines augeat; et unda suos.

Tradújolo con bizarría don Manuel Salinas:

Venció el joven Peleo a los persianos,
Mas no pasó de allí su monarquía,
Y aunque hijo del Jove se mentía,
Apenas llegó a ver a los bracmanos.
La cabeza del mundo a los britanos,
Rindió con su valor y su porfía;
Y aunque el valor de un César asistía,
No hicieron más progresos los romanos.
Tú, Felipe Segundo, sin segundo,
Sol de España, corriste tu carrera
Desde el un polo hasta el del nuevo mundo;
¡Oh, ilustre Casa de Austria! A quien venera
Ya en su cenit esté, ya en el profundo,
Febo luciente al torno de su esfera
Porque no se atreviera
La oscura noche a tu luciente Imperio.
Busque ya el hemisferio,
Ensanche al mar y tierra, en todas partes,
Donde puedas fijar tus estandartes.

Acontece también que la misma condición es la exageración, y en ella consiste la sutileza. Conglobólas en este soneto a San José Lope de Vega, con ingenioso encarecimiento:

José, ¿cómo podrá tener gobierno
El tiempo de quien padre y lumbre ha sido
Si en los brazos tenéis al Sol dormido,
Pues tiene vida por su curso eterno?
Aunque sois cuna de su cuerpo tierno
Del Alba virginal recién nacido.
Despertadle, José, si tanto olvido
No le disculpa vuestro amor paterno.
Mirad que hasta los ángeles espanta,
Ver que se duerma el Sol resplandeciente
En la misma sazón que se levanta.
Dejad, José, que su carrera intente,
Porque desde el pesebre a la cruz santa,
Es ir desde el Oriente al Occidente.

Ayúdanse los encarecimientos, ordinariamente, de la artificiosa ficción, de muchas maneras. Unas veces se finge la circunstancia o la contingencia para la ponderación encarecida. De este modo Alciato, que no perdonaba su gran ingenio a género alguno de sutileza, para ponderar la gran fuerza del amor, finge que cayendo un rayo, y encaminándose a herir una gran belleza, flechó el amor su arco y lo atravesó de una amorosa flecha, con que lo rindió, y ya más amante que vengativo, sin hacer daño, lamió o besó el pie a su hermoso objeto, no ya de sus rigores, sino de sus ternezas, quedando muy ufano el amor y blasonando que su fuego vence aun a los mismos rayos:

Aligerum fulmen fregit Deus aliger igne,
Dum demonstrat uti est fortior ignis Amor.

Fíngese otras veces la misma exageración, aplicándola a algún tercero con fundamento, y a la ocasión, por una artificiosa prosopopeya. Así Marcial introduce a Arria, ya atravesada por su propia mano, y que, dándole el puñal a su esposo, le dice: «No muero por las heridas que me he dado, sino por las que tú te darás»:

Casta suo gladium cum traderet Arria Paeto,
Quem de visceribus traxerat ipsa suis:
Si qua fides, vulnus quod feci non dolet, inquit;
Sed quod tu facies, hoc mihi, Paete, dolet.

Hízole español con propiedad y gala don Manuel Salinas, y dijo:

Viendo la casta Arria condenado
A muerte a Peto, su adorado esposo,
Por no hallarse con vida al riguroso
Trance fatal de verle degollado,
Con un puñal pasando su abrasado
Pecho, el más fiel, más bello y amoroso,
Sacándole después con prodigioso
Valor, le entrega a su consorte amado.
«Peto, dice, no muero de esta herida,
Que por no ver tan cruda y triste suerte,
Mil vidas a mil golpes las rindiera.
Sólo un dolor me quita cruel la vida:
La herida con que te has de dar la muerte,
Ésa es, Peto, la que hace que yo muera».

Tal vez se sigue el suceso y las circunstancias, para más ponderar la grandeza del objeto. Así don Luis de Góngora en su *Isabela:*

Pasó a un tiesto de claveles,
Que, agradecido le vi.
Los cristales de su mano
Pagarlos en un rubí.
Despacio rompía el capullo,
Como temiendo salir
Ante el clavel de sus labios,
Dulcemente carmesí.

Hasta en los otros se fingen los afectos, el engaño, la credulidad imposible, para más exagerar. Así Ausonio dijo en el *Elogio de Augusto:*

Ultor, successorque dehinc Octavius idem
Caesar, et Augusti nomine nobilior.
Longaeva, et nunquam dubiis violata potestas.
In terris positum credidit esse Deum.

De la que era contingencia y se podía observar para reparo, dándole salida por exageración, hizo don Luis de Góngora afectación fingida con sutileza y dio la razón por encarecimiento. Cantó a un arrebatado arroyo:

¡Oh, claro honor del líquido elemento,
Dulce arroyuelo de corriente plata,
Cuya agua entre la hierba se dilata,
Con regalado son, con paso lento!
Pues la por quien helar y arder me siento
(Mientras en ti se mira), Amor retrata
De su rostro la nieve y la escarlata,
En tu tranquilo y blando movimiento,
Vete como te vas; no dejes floja
La undosa rienda al cristalino freno,
Con que gobiernas tu veloz corriente;
Que no es bien que confusamente acoja
Tanta belleza en su profundo seno
El gran Señor del húmido tridente.

En sí mismo fingió don Luis Carrillo el afecto del temor para más exagerar el de su amor:

Póngole guarda a mi pecho
Del sufrimiento, que es tal
Su fuego, que a mi galera
Temo me le ha de abrasar.

Discurso XXII

DE LAS PONDERACIONES JUICIOSAS, CRÍTICAS Y SENTENCIOSAS POR EXAGERACIÓN

Así como el ingenio en los grandes objetos no satisface sino con un relevante encarecimiento, así en la voluntad suele ser tanta la intención del afecto, que no se satisface con menos que con una exagerada ponderación. Tuvo eminencia en ellas el inmortal Camoens, pero éste ha sido el blanco de sus aplausos. Es soneto a Jacob, más enamorado, cuanto más engañado:

Sete annos de pastor Jacob servía
Labão, pai de Rachel, serrana bela:
Mas não servía ao pai, servía a ela,
Que ela so por premio pretendía.
Os días na esperanza de hum so día
Pasaba, contentándose con vela;
Porem, o pai usando de cautela,
Em lugar de Rachel, lhe daba Lía,
Vendo o triste pastor que con enganos
Lhe fora asi negada a sua pastora,
Como se não tivera merecida,
Comenza de servir outros sete annos;
Dizendo: *Mais servira, se naon fora*
Pera tão longo amor, tão curta vida.

Fue extremado en estos encarecimientos este gran poeta. En la primera estancia de su primera canción dijo:

De meu não quero mais que meu desejo,
Nem mais de vos, que ver tão lindo gesto.
Ali me manifesto
Por voso ao ceo, ao mundo, ali me inflamo:
Nas lágrimas que choro
E de mim que vos amo,

Em ver que soube amar vos me namoró,
E fico por mim so perdido de arte,
Que ei ciumes de mim por vosa parte.

El miserable estado a que llega un hombre que se deja llevar de la tiranía de sus pasiones lo exageró con la dulzura y agudeza que suele el nunca bastantemente celebrado Garcilaso, en ese profundo y grave epigrama:

Pensando que el camino iba derecho,
Vine a parar en tanta desventura,
Que imaginar no puedo aun con locura
Algo de que esté un rato satisfecho.
El ancho campo me parece estrecho;
La noche clara para mí es oscura;
La dulce compañía, amarga y dura,
Y duro campo de batalla, el lecho.
Del sueño, si hay alguno, *aquella parte*
Sola que es ser imagen de la muerte
Se aviene con el alma fatigada.
En fin, que como quiera, estoy de arte,
Que juzgo ya por hora menos fuerte.
Aunque en ella me vi, la que es pasada.

Fórmanse por paridad con otro extremo, y el sumo en aquel grado estas ponderaciones, y aun después de hecho el careo se exagera el exceso que hace el sujeto comparado al término. Así discurrió en este epigrama el Mora:

Celos, de quien bien ama, amargo freno.
Que a un tiempo me corréis y paráis fuerte:
Sombras de la enojosa y triste muerte,
Tiniebla que se opone al sol sereno.
Víboras encubiertas en el seno
De dulces flores; mal que no se advierte;
Tras prósperos principios triste suerte,
Y en sabroso manjar mortal veneno.
¿De cuál gruta infernal acá salistes,

Ruina universal de los mortales?
¡Ay!, ¿por qué perseguís mis ojos tristes?
Volvé al infierno ya, dejad mis males:
Maldito sea el punto en que nacistes,
Que bien bastaba amor sin furias tales.

Hizo ingeniosamente el careo con el amor, y ponderó que mal por mal él bastaba, aunque dio el exceso a la rabia de los celos. Aún encareció más don Luis de Góngora, y después de haber adelantado los celos al infierno, da la razón ingeniosa:

¡Oh, niebla del estado más sereno,
Furia infernal, serpiente mal nacida!
¡Oh, ponzoñosa víbora escondida
De verde prado en oloroso seno!
¡Oh, entre el néctar de amor, mortal veneno,
Que en vaso de cristal quitas la vida!
¡Oh, espada sobre mí de un pelo asida,
De la amorosa espuela duro freno!
Vuélvete al lugar triste donde estabas,
¡Oh, celo, del favor verdugo eterno!
O al reino, si allá cabes, del espanto.
Más no cabrás allá, que pues ha tanto
Que comes de ti mismo, y no te acabas,
Mayor debes de ser que el mismo infierno.

Por otra paridad, arguyendo con el ejemplo, formó una valiente exageración don Luis Carrillo, cuya musa fue siempre bizarra e ingeniosa. Habla con el Betis:

No luches con los remos, no arrogante
Opongas tu cristal, ¡oh, Betis, claro!
Allana el verde cuello, ¡oh, dulce amparo
En puerto a nave, en sombra al caminante!
Así tu hermosa frente, el que el Levante
Mide pródigo en alma, en oro avaro,
Ciña ya de coral, ya del más claro
Aljófar vista el cuello rutilante.

Deja el grueso tridente, y con la mano
Ayuda, ¡oh, rey!, la quilla, no la iguale
Flecha que tarda deje el aire vano.
Mas si tu gusto a mi rogar no sale,
Su acento escucha, río más que cano,
Valdrá contigo, pues con Mares vale.

En las ponderaciones fue extremado, fue único Bartolomé Leonardo, entre muchas graves y de grande enseñanza, imitador en esto del antiguo Horacio. Oye esta donosa a nuestra Bílbilis, que todos los famosos poetas la celebran de amena y deliciosa con mucha razón, centro sin duda de Flora y de Amaltea:

Bílbilis, aunque el dios que nació en Delos
Te conserve fructífera sin daño,
Y cuando sobre ti desciende el año,
Sus guirnaldas te den todos los cielos;
Y aunque hagan tus preciosos arroyuelos
Fuertes las armas con el noble baño,
Y aunque eres patria del cortés tacaño,
Que en todas sus palabras puso anzuelos;
Si no encadenas los infieles canes,
Que tu aduana a los viandantes suelta,
Ni tu muro veré, ni tu camino.
Que para dar hasta Madrid la vuelta,
Embarcarme en Colibre determino,
Aunque la dé mayor que Magallanes.

Era gran ponderador este ilustre poeta, y así son tan preñadas sus palabras, pues oírselas a él era otra tanta fruición, porque les daba mucha alma. Frecuenté su museo, y cada vez admiraba más su profundidad, su seriedad; él era un oráculo en verso.

Discurso XXIII

DE LA AGUDEZA PARADOJA

Son las paradojas monstruos de la verdad, y un extraordinario y más de ingenio, alguna vez se recibe bien: en ocasiones grandes ha de ser el pensar grande. Por una plausible paradoja dio principio a su grave y docto sermón el ilustrísimo señor don fray Gregorio de Pedrosa, de la Orden de San Jerónimo, obispo de Valladolid, predicador primario de los reyes de España por lo docto, grave, ingenioso y bien dicho de su doctrina, digo al que predicó en las honras de la reina nuestra señora, doña Isabel de Borbón, *la Deseada*. Fue punto antiguamente, dice el orador prelado, disputado entre los griegos, si de mujeres ilustres, como de varones, debían hacerse en muerte oraciones laudatorias. Escribió Plutarco un libro de ellas, y refiere la de todas las naciones, con exageración particular de las francesas; a las cuales, en las capitulaciones que Aníbal hizo con Francia, consintió quedase la superintendencia de componer diferencias, si algunas después de aquella amigable paz se ofreciesen. En este tratado entra Plutarco, declarándose por la parte afirmativa contra Tucídides, que tenía la contraria, diciendo era la mejor mujer la de nadie alabada ni vituperada, y de quien por falta de conocimiento se ignoraba ser buena o mala. Parece por lo picante, airoso en el sentir, pero dale por irracional Plutarco, e inútil al mundo, porque de lo que ignora, ni puede recibir ejemplo ni escarmiento. Confórmome más, dice Plutarco, con el sentir de Gorgias, que escribió, no embarazándose el concepto ni atención en la hermosura, que es muy justo pase al talento y virtudes, para ser en vida estimadas y en la muerte de tan ilustre mujer con honorable decencia publicadas. Consagró esta parte por ceremonia debida el Senado Romano, etc.

Funda soberanía el entendimiento como potencia real en levantar criaturas, digo en acreditar dificultosas opiniones, y menos probables. Son empresas del ingenio y trofeos de la sutileza los asuntos paradojos: consisten en una propuesta tan ardua como extravagante. Así dijo don Antonio de Mendoza:

Sangrienta perdición, yugo tirano,
Guerra cruel, origen y osadía
De la injusta primera tiranía,
Que puso cetro en poderosa mano.
Bárbara ley, tan murmurada en vano,
Ayudar del morir a la porfía,
Como si no costara sólo el día,
Como si no sobrara el ser humano.
Mas aunque más, ¡oh, guerra!, estés culpada,
Es mayor la de fáciles antojos,
En bello campo de belleza armada.
No quiero amor, más quiero dar enojos
A la dura violencia de una espada
Que a la blanda soberbia de unos ojos.

Para el concepto paradojo se requiere también el fundamento de alguna circunstancia especial, que favorezca y dé ocasión al extravagante discurso. Merece ser idea aquel tan aplaudido pensamiento del padre Jerónimo de Florencia, llamado el predicador de los reyes y rey de los predicadores. Ponderó que la madre de Dios fue como un complemento de la Santísima Trinidad, fundándose en que, teniendo el Padre a quien comunicarse y también el Hijo, María fue a quien se comunicó el Espíritu Santo, en quien parece que se desahogó esta Divina tercera Persona, refundiendo todos su dones y gracias, de modo que aquella circunstancia tan especial de no tener el Espíritu Santo cuarta Persona a quien comunicarse da pie al concepto y hace que participe de sutileza.

Tienen por fundamento estas agudezas el mismo que los encarecimientos ingeniosos, porque son especie de exageración, y la más extravagante y sobresaliente. Hácese, pues, reparo en alguna contingencia rara, en alguna circunstancia especial, y tómase de ella ocasión para el atrevido discurrir. De San Francisco Javier dijo un gran ingenio que parece que había sido Apóstol de la Indias *de Jure Divino,* fundándose en que todos los apóstoles salieron a la conquista espiritual del mundo pareados: *Missit illos binos.* Sólo a Santo Tomás, após-

tol del Oriente, no se le halla otro compañero, sino este apóstol jesuita.

Del mismo caso que sucede cuando es extravagante, toma el ingenio pie para la exageración paradoja, y como es la ponderación a la ocasión es más agradable. Así Bartolomé Leonardo, en ocasión de una sentencia que se dio algo fuerte y fuera de lo que se esperaba, en un pleito, discurrió en este juicioso y picante epigrama:

Señor, a eterno ayuno me dedico;
No llegue para mí opulento el día,
Si yo no puedo ser por otra vía,
Que por litigio y tribunales rico.
Por aquella piedad te lo suplico.
Con que abreviado en la flaqueza mía
Siendo la voz que tierra y cielos cría,
Temiste de la voz de un juez inico.
¡Cuál saca la bellísima inocencia,
(Aun cuando el juez le da la mano amiga)
De las uñas causídicas el gesto!
¡Oh, siglo siervo de servil paciencia!
¿Cuál bruto, cuál frenético litiga,
Si puede hacer que lo condenen presto?

La correspondencia del nombre es gran apoyo para fundar todo concepto. Así ponderó el padre Felipe Gracián, mi hermano, de la Madre Virgen, que no sólo fue concebida en gracia, sino que en llamarse Ana su madre, que significa gracia, dio a entender el Cielo que era menester que ella también estuviese en gracia y aun fuese la misma gracia por renombre para concebir tan gran hija, que había de ser Madre del mismo Dios. Hizo el reparo en el nombre de Ana, que es gracia, y pasó a la valiente ponderación.

Dase por razón del encarecimiento paradojo aquella especialidad, de que tomó pie el ingenio, para que no parezca libremente dicha y sin apoyo; de aquí es que el atento luego pregunta, al oír la extravagancia del pensar: ¿en qué se funda? Y si no hay razón, no se gradúa por sutileza, sino por lige-

reza. Discurrió con artificio, como siempre, el ingenioso Escalígero en este epigrama al hecho tan hazañoso de Artemisa, al beberse las cenizas de su esposo y darle sepultura en su fidelísimo pecho.

In te vivebam tecum vivente, Marite,
Non potui tecum, te moriente, mori:
Quin potui; sed non poterat nos jungere mors, haec,
Hoc vetuit, non vis, defuit illa mihi.
Morte invita igitur, intra mea pectora vives,
Cumque tua, conjux, conjuge, totus eris.

Exprimió mucho; debíase a la ocasión. Tradúcelo así don Manuel Salinas:

En ti, querido esposo,
Vivía yo, mientras que tu viviste:
Más, ¡ay!, que en tan penoso
Viaje, no quisiste
Llevarme allá, con que mi muerte fuera
La prueba de mi amor más verdadera.
Pero, ¿qué digo? ¡Ay, triste!
Bien pude yo acabarme, mas mi pena
A mi muerte resiste,
Que a mayor desunión ambos condena:
Esto me la ha estorbado.
Que el amor y el valor no me han faltado.
A pesar de la muerte,
Tus cenizas bebiendo,
Vivirás en mi pecho, y de esta suerte,
O velando o durmiendo,
Estarás por más raro y nuevo modo,
Esposo, con tu esposa, siempre todo.

A un reparo extravagante se le debe desempeño igual, pero bien fundado; y cuando la razón sutil lo afianza, aunque se desmande en paradojo, será plausible. Reparó el padre Fe-

lipe Gracián, mi hermano, en aquellas palabra del *Pals.*, 110: *Escam dedit timentibus se.* Otra letra lee: *Praedam dedit timentibus se.* Porque llama comida hurtada y bocado robado al cuerpo sacramentado del Señor, que a este Divinísimo Sacramento aplica la Iglesia estas misteriosas palabras. Tenía, dice este ingenioso padre, tenía este manjar Eucarístico todos los gustos y delicias que se podían desear; sólo parece que le faltaba aquel sainete, que lo es grande, del ser hurtado, que aún allá dijo el Espíritu Santo: *Aquae furtivae dulciores.* Pues para que se entienda que nada de gusto y de regalo le falta, le llama manjar robado de pillaje. *Praedam dedit timentibus se.* Pero entra la mayor dificultad ahora, y es saber a quién se hurtó. ¿Por ventura a los ángeles? *Panem Angelorum manducabit homo.* ¿Quitóseles el hombre de entre las manos? Poco decir es ése. ¿Pues a quién lo robó? ¿A quién? Quitóselo de la boca al mismo Padre: *Ego ex ore Altissimi prodivi,* y San Juan: *Sic Deus dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret.* ¡oh, con qué gusto, oh, con que hambre, oh, con qué aprecio se ha de comer!

Déjase algunas veces llevar el discurso de la grandeza del objeto, y aunque no haya tanto fundamento, lo suple la sutileza de la ponderación. Así en este soneto, el más canoro cisne del Tajo:

Clarísimo Marqués, en quien derrama
El Cielo cuanto bien conoce el mundo;
Si al gran valor en que el sujeto fundo,
Y al claro resplandor de vuestra llama.
Arribaré mi pluma, y do la llama,
La voz de vuestro nombre alto y profundo,
Seréis vos sólo eterno y sin segundo,
Y por vos inmortal quien tanto os ama.
Cuanto del largo Cielo se desea,
Cuanto sobre la tierra se procura,
Todo se halla en vos de parte en parte:
Y, en fin, de sólo vos formó natura,
Una extraña y no vista al mundo idea,
E hizo igual al pensamiento el arte.

La proporción con que corresponde alguno de los adjuntos del sujeto o alguna de sus circunstancias es artificioso apoyo del más paradojo encarecimiento. Fuelo éste, e hizo muy celebrado el discurso de un orador tan ingenioso, cuanto pío, panegírico a San Roque. Fundándose en su traje de peregrino, y habiéndolo ponderado, dijo que más lo fue en sus hechos. Fue raro en todo, peregrino en su propia patria, peregrino en el modo de sacar la limosna, peregrino en tener tantos amigos y devotos siendo peregrino, peregrino en curar del mal que él muere, peregrino en su canonización, por aplauso universal, peregrino en el mundo, peregrino y raro en el mismo Cielo.

Por una agradable improporción pinta la gala del invierno, en aquel tan decantado romance, Luis Vélez, que fue ingenioso español, y en las prontitudes muy sazonado:

> Camafeos son los riscos,
> Airones los robles secos,
> Que estar desnudos los troncos
> Es la gala del invierno.

Hay acciones también extraordinarias, y la razón que de ellas dan sus autores lo suele ser mucho más. Tal fue aquélla del rey de Francia Luis XI, bastante prueba de su política. Refiriéndole sus familiares, después de una grave enfermedad que tuvo, cómo arrebatado de la frenesí había intentado arrojarse por una ventana si no le hubieran detenido, preguntó quiénes eran los que le detuvieron, y, sabidos, los mandó degollar. Admirándose sus cortesanos de tal paga a tal servicio, dio por razón que a un rey, aun cuando está fuera de sí por algún accidente, nadie se le ha de oponer a su voluntad ni resistir a sus intentos. Paradojo dictamen, aunque tan vivo. Al lado de ésta se puede poner aquella otra paradoja del Duque de Milán, Bernabé Vizconte. Venía paseando un día por un camino muy estrecho orillas de un gran río acompañado de sus caballeros; llegó a encontrarse en el paso más apretado con un villano que traía delante una bestia de carga. Viendo éste que no podía volver atrás ni dar lugar para que

pasase su señor cómodamente, con resolución y galantería más que suya, dio un empellón a la bestia y la despeñó al río, donde pereció. Pero lo que fue aplaudida la acción de los cortesanos fue siniestramente recibida del Duque, pues mandó al punto despeñarle a él también y arrojarle al río; satisfizo a la admiración, y aun indignación de todos, diciendo que no había de haber villano que pudiese alabarse de haber hecho género de galantería jamás, tanta es la ruindad de su vileza.

En la filosofía moral hay algunas paradojas muy plausibles. Extremada fue la de Luciano, varón de sublime ingenio, pero acre, y con demasía juicioso. Éste fue el que, por boca de Momo, dijo que le faltaba al hombre una ventanilla en el pecho para descubrir lo interior del corazón. Otro añadió que le faltaba otro rostro hacia atrás para poner la mira en lo pasado; y otro, que un ojo en cada mano para no creer sino lo que con ellas tocase; y también hubo quien dijo faltarle un candado en la boca. Célebre fue la de Pítaco, uno de los siete, que la mitad es más que el todo. Bion, que la hermosura es bien ajeno. Séneca, que no hay fortuna, sino prudencia o imprudencia. Así también se dijo ventura de fea y dicha de necio. Extravagantes y paradojos fueron los dos encontrados sabios Demócrito y Heráclito: aquél de todas las cosas se reía; éste de todas lloraba, con que significaron bien la miseria de la vida humana. De los dos extremos hizo un ingenioso emblema Alciato, en que dice:

Plus solito humanae nunc defle incommoda vitae
Heraclite: scatet pluribus illa malis.
Tu rursus, si quando alias, extolle cachinum
Democrite: illa magis ludicra facta fuit.
Interea haec cernens meditor, qua denique tecum
Fine fleam, aut tecum quo modo splene jocer.

No se determinó Alciato cuál de los dos dictámenes abrazaría, pero sí el prudente en verso, Bartolomé Leonardo, cuando dijo:

De los dos sabios son estos retratos,
Nuño, que con igual filosofía
Lloraba el uno, el otro se reía,
Del vano error del mundo y de sus tratos,
Mirando el cuadro, pienso algunos ratos,
Si hubiese de dejar mi medianía,
¿Cuál de los dos extremos seguiría
De estos dos celebrados mentecatos?
Tú, que de gravedad eres amigo,
Juzgarás que es mejor juntarse al coro,
Que a lágrimas provoca en la tragedia.
Pero yo, como sé que nunca el lloro
Nos restituye el bien ni el mal remedia,
Con tu licencia, el de la risa sigo.

Protágoras decía que en las cosas no había bien ni mal, pesar ni gusto, sino en la imaginación y en el modo de concebir cada uno. Más verdadera y más provechosa fue la de San Juan Crisóstomo, que: *Nemo laeditur nisi a seipso.* Que de nadie podemos recibir daño, sino de nosotros mismos.

Explícanse algunas veces estos paradojos dictámenes por una ingeniosa y gustosa ficción. Hállanse muchos partos de grandes ingenios. El que fue inventivo, prudente y muy sazonado fue el excelentísimo príncipe don Juan Manuel, hijo del infante don Manuel y nieto del rey don Fernando el Santo. Este sabio príncipe puso la moral enseñanza de la prudencia y de la sagacidad en algunas historias, parte verdaderas, parte fingidas, y compuso aquel erudito, magistral y entretenido libro, intitulado *El Conde Lucanor,* digno de la librería délfica. Entre otras, trae esta gustosa paradoja: teniendo el santo rey don Fernando cercada a Sevilla, entre muchos buenos, que ende eran con él, había tres caballeros que se tenían por los mejores hombres de armas que había en el mundo; decían al uno don Lorenzo Suárez; al otro, don Garci Pérez de Vargas; del tercero no me acuerdo cómo había nombre. Estos tres caballeros hubieron un día porfía entre sí sobre el valor, y acordaron que se armasen muy bien, e que llegasen hasta la puerta de Sevilla en guisa que diesen con las

lanzas en la puerta. Los moros, que estaban por el muro y torres, desque vieron que no eran más que tres, creyeron eran mandaderos, y ninguno les salió al encuentro. Ellos pasaron la cava y la barbacana; llegaron a la puerta de la ciudad, y pegaron con los cuentos de las lanzas en ella, volvieron las riendas a los caballos y se volvían para la hueste: los moros, que esto vieron, tuviéronse por escarnidos, y salieron en pos de ellos más de mil y quinientos de a caballo y veinte mil de a pie. Cuando los tres caballeros vieron que llegaban cerca, volvieron las riendas a los caballos contra ellos, y esperáronlos. Cuando estaban ya muy cerca, aquel caballero de quien olvidé el nombre, fuelos a ferir. Don Lorenzo Suárez y Garci Pérez se estuvieron quedos, y cuando se acercaron más, don Garci Pérez de Vargas fue para ellos. Don Lorenzo se estuvo quedo, y nunca se movió, hasta que los moros lo llegaron a ferir; metióse entre ellos, y comenzó a facer cosas maravillosas. Cuando los del real vieron aquellos caballeros entre los moros, fuéronlos a acorrer. E como quier que ellos estaban en muy gran priesa y fueran feridos, pero fue la merced de Dios que no murió ninguno de ellos. Desque el rey supo que por la contienda que entre ellos hobiera, fueron a facer aquel fecho, mandó llamar a cuantos buenos eran con él, para juzgar cuál de ellos lo ficiera mejor, y desque fueron ayuntados, ovo entre ellos gran contienda: ca los unos decían que fuera mayor esfuerzo del que primero los fuera a ferir, y los otros decían que el segundo, y otros que el tercero. Cada uno daba tantas buenas razones para lo alabar, pero al fin el acuerdo fue éste: que si los moros que venían a ellos fueran tantos, que se pudieran vencer por esfuerzo o por bondad que en aquellos tres caballeros oviese, que el primero que los fuera a ferir era el mejor caballero, pues comenzaba cosa que se pudiera acabar. Mas pues los moros eran tantos, que por ninguna guisa no los pudieran vencer, que el que iba a ellos, que non lo facía por vencellos, más la vergüenza le facía que non fuyese, y pues non había de fuir, y la quexa del corazón, porque non podía sufrir el miedo, le fizo que los fuese a ferir. El segundo, que esperó más que el primero, tuviéronlo por mejor, porque pudo sufrir más el miedo. Mas don Loren-

zo Suárez que sufrió todo el miedo, y esperó fasta que los moros le firieron, aquél juzgaron que era el mejor caballero, y concluye con esta moralidad:

Nunca vos fagan por quexa ferir,
Ca siempre venciera, quien sopo sofrir.

También fueron paradojas invenciones la de Fénix, para significar cómo son inmortales las cosas raras. El basilisco, que mata con la vista, el jeroglífico de la vana y engañosa hermosura de la carne, la rémora para exprimir la fuerza del vicio, de quien dijo Alciato:

Parva velut limax spreto Remora impete venti
Remorumque, ratem sistere sola potest:
Sic quosdam ingenio, et virtute ad sydera vectos
Detinet in medio tramite causa levis.
Anxia lis veluti est, vel qui meretricius ardor
Egregiis Juvenes se vocat a studiis.

En la política, si no a la práctica se permiten a la especulación y disputa. Como decir que el rey incapaz es mejor que el muy entendido, porque aquél se deja regir de sus consejos y éste de sus dictámenes. Luis XI de Francia, que el rey no ha de ser letrado, ni quiso que el Delfín, su hijo, aprendiese más latín que aquel dicho de Tácito: *Nescit regnare, qui nescit dissimulare.* Decía otro que no se ha de obrar por ejemplo, por faltar casi siempre alguna de las circunstancias. Oíle ponderar muchas veces a Francisco Gracián, mi padre, hombre de profundo juicio y muy noticioso, que la mayor capacidad de la más sabia mujer, no pasa de la que tiene cualquier hombre cuerdo a los catorce años de su edad.

En la filosofía natural son mejor recibidas las paradojas por ser menos escrupulosas. Tal fue aquélla de Pitágoras, que las esferas celestes hacen al moverse una suavísima armonía, sino que por estar acostumbrados a ella desde niños, no la discernimos. Semejante fue aquélla de que estuviera mejor el universo fabricado al revés: el sol inmoble en el centro, y la

tierra arriba en la circunferencia, en proporcionada distancia, con lo cual fuera siempre claro día y una continuada Primavera.

Las paradojas han de ser como la sal, raras y plausibles, que como son opiniones escrupulosas, y así desacreditadas, no pueden dar reputación, y muchas arguyen destemplanza en el ingenio, y si en el juicio, peor.

Discurso XXIV

DE LOS CONCEPTOS POR UNA PROPUESTA EXTRAVAGANTE, Y LA RAZÓN QUE SE DA DE LA PARADOJA

A este linaje de conceptos dieron nuestros antiguos españoles la palma de la sutileza. Usáronlos mucho, como se ve en sus obras, más ingeniosas que limadas. Así dijo Lope de Sosa:

La vida, aunque dé pasión,
No quería yo perdella,
Por no perder la ocasión
Que tengo de estar sin ella.

Consiste su artificio ingenioso en una proposición, que parece dura y no conforme al sentir, y dase luego la razón, también extravagante y tal vez paradoja. El comendador Escrivá, eminente ingenio valenciano, cuyas obras andan entre las de los antiguos españoles, dijo:

Ven, muerte, tan escondida,
Que no te sienta conmigo,
Porque el gozo de contigo
No me torne a dar la vida.

Enmendóla alguno o la enajenó, y dijo:

Ven, muerte, tan escondida,

Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir,
No me vuelva a dar la vida.

Vese la agudeza en aquella paradoja de que el contento del morir pueda darle la vida. Semejante a ésta fue aquélla en las obras del aragonés Diego de Fuentes, célebre poeta por lo conceptuoso, cuya noticia, con otras muchas, debo al curioso genio de nuestro gran amigo Juan de Garriz, veedor general de Navarra, varón de excelente gusto, como lo muestra la gran copia de libros selectos que pueblan sus eruditos camarines y mucho más ilustra su cortesano entender:

Tristeza, si has de volver
Donde ahora te partiste,
No lo tengo de saber,
Que será tanto el placer,
Que jamás pueda estar triste.

Añade aquí la repugnancia y contrariedad de que la tristeza le haya de dar eterno placer. Hizo él mismo la paradoja en contrario, diciendo:

Pues que no se puede haber
Lo que mi querer desea,
Quiero lo que no ha de ser,
Quizá con no lo querer,
Posible será que sea.

Son estos conceptos unos agudísimos sofismas para declarar con una extravagante exageración el sentimiento del alma. Tal fue éste de Diego Brandan, entre los antiguos portugueses:

Pois tanto gosto levaes,
Con minha morte sabida,
Pera me matardes mais
Me debes dar esta vida.

Fórmase una paradoja de éstas, trocándoles los efectos y atributos a dos sujetos contrarios, con que se incluye la repugnancia, para explicar más el sentimiento. Así el antiguo Cartagena:

Donde Amor su nombre escribe
Y su bandera desata,
No es la vida la que vive,
Ni la muerte la que mata.

El mismo, con la misma repugnancia paradoja, dijo:

No sé para qué nací,
Pues en tal extremo estó,
Que el vivir no quiero yo
Y el morir no quiere a mí.

Las demás empeño, y por consiguiente de más sutileza, son las repugnantes. Eslo ésta, que no se le ha hallado bastante estimación:

Mi vida vive muriendo;
Si viviese, moriría,
Porque muriendo saldría
Del mal que siente viviendo.

Así también dijo don Carlos de Guevara entre los antiguos españoles:

Es ganar, por vos perder,
La vida que males crece,
Pues que vuestro merecer
Más de perdella merece.

También encareció mucho, y con la misma sutileza Núñez:

Ya no es pasión la que siento,
Sino gloria, pues que sé,

Que puede sufrir mi fe
La fuerza de mi tormento.

En la propuesta y en la razón de ella suele intervenir variedad, porque unas veces la proposición suele ser la repugnante y paradoja, como ésta de Garci Sánchez:

Tan contento estoy de vos,
Que estoy de mí descontento,
Porque no me hizo Dios
A vuestro contentamiento.

Otras veces está la extravagancia en la razón que se da a la propuesta. Vese en ésta de Diego de Castro:

La vida, que jamás deja
Sin queja quien más la quiere,
El que más lejos se aleja,
No vive, mas nunca muere.

En entrambas se halla la disonancia paradoja, y se dobla entonces la agudeza: fue extremada ésta de Diego de San Pedro:

El mayor bien de quereros
Es querer un no quererme,
Pues procurar de perderos,
Será perder el perderme.

Tienen estos pensamientos de sutiles y primorosos lo que tienen de metafísicos, y como incluyen una repugnante imposibilidad, comúnmente piden mucha atención para ser percibidos, cuanto más concebidos, y toda es menester para éste:

Lo más padezco, que más
No puede mi mal crecer,
Pues no hay más que padecer,
Y aun eso padezco más.

En vez de la razón que se suele dar a la proposición extraordinaria, añadió éste más exageración, diciendo:

Sólo el silencio testigo
Ha de ser de mi tormento.
Y aun no cabe lo que siento
En todo lo que no digo.

Incluye esta especie de conceptos el encarecimiento paradojo, que es uno de los mayores excesos del pensar, y así tan primoroso, cuan dificultoso. Admírase en éste:

Después que mal me quisistes,
Nunca más me quise bien,
Por no querer bien a quien
Vos, señora, aborrecistes.

Con este modo de sutileza suele concluir y perfeccionar el grave y sutil Camoens sus sonetos, como éste:

Así que a vida, e alma, e esperança,
E tudo cuanto tenho, tudo e vosso,
E o proveito disso eu só o levo;
Porque é tamanha benaventurança,
O darvos quanto tenho e cuanto posso,
Que quanto mais os pago, mais vos debo.

No se contenta esta agudeza sino con un grande y repugnante exagerar, y todo le parece poco. Grande pensamiento fue éste del Conde de Oliva, esclarecido por su sangre y por su ingenio, que todo está fulminando *Centellas:*

¿Qué gloria puede esperar
El que se parte, y no muere,
Pues la muerte no le quiere
Y el vivir le da pesar?

Puede preceder la razón al encarecimiento, aunque de ordinario le sigue y lo confirma. Vese, y con admiración se lo-

gra, en ésta de don Juan Fernández de Heredia, eminente valenciano:

Es tan grande el sentimiento
En mí de veros partir,
Que la pena del morir,
De pequeña no la siento.

La condicional tiene también aquí lugar con ventaja, y cuando parece que había de templar el exceso de la exageración, lo aumenta. Nicolás Núñez cantó:

Si por caso yo viviese,
Esperaría morir,
Mas yo nunca vi venir
Muerte do vida no hubiese.

A más del encarecimiento se suele doblar el artificio, añadiendo y mezclando otras especies de agudeza. Declaró don Luis de Góngora la exageración, por una agradable correspondencia:

Bien podéis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda,
Que tenéis de acero el pecho
Y no habéis menester armas.

Por una valiente paridad, y ponderando el exceso del extremo con el mayor término, dijo Garci Sánchez:

Ved que tanto es más mortal
Que la muerte mi tormento,
Que todos mis males siento,
Sino el fin, porque no es mal.

Jugó de la paranomasia, creciendo sutileza de Soria, entre los antiguos españoles:

¿Qué esfuerzo puede ser tal,
Que sufra dolor tan grave,
Que la vida no se acabe,
Donde no se acaba el mal?
No tiene par mi dolor,
¿Y sabéis en qué lo veo?
Que es tan grande mi deseo
Como vuestro desamor.

Con la hermosa improporción comenzó el Conde de Salinas, y concluyó su elegante poema contra la Esperanza:

Esperanza desabrida,
Poco mejoras mi suerte,
¿Qué importa excusar la muerte,
Si matas toda la vida?
Eres sombra del deseo,
Jamás hablaste verdad;
Muy cruel para piedad,
Cuerda para devaneo.

Concluye:

Yo siempre te conocí,
Aunque me dejé engañar,
Pero no se puede estar,
Ni contigo, ni sin ti.
Con tus fiados placeres,
El alma traes engañada;
Eres nada, y con ser nada
Todas estas cosas eres.

Por sí sola, aunque no se socorra de otras agudezas, campea mucho esta especie, por la valentía de la ponderación encarecida. ¿Qué mejor se pudo decir de lo que en ésta el Almirante de Castilla?:

Cuando de vos me partía,

No morir me dio señal,
Que la triste vida mía
Se guarda para más mal.

No siempre se requiere que la propuesta sea repugnante. Basta que diga alguna disonancia, como ésta de don Antonio de Mendoza:

Finezas de María
A José, que no pudieron
Deberse a Dios, que ignorando,
Aún creyó más que sabiendo.

Bien es verdad que cuanto más extraña es la proposición que se echa, si después la razón corresponde en el desempeño, hacen más exorbitante el concepto, como lo fue éste:

De mi dolor inhumano
Sola el alma está contenta,
Que no es bien que el cuerpo sienta
Heridas de vuestra mano.

No merece menor aplauso este profundo epigrama, pues no contiene menos sutileza: concluye con una relevante paradoja exageración. Es de Ludovico Gonzaga, noble ingenio:

¿Cuándo en el duro mal de mi tormento
Tan severo rigor veré aplacarse?
¿O a dónde de sí mismo retirarse
Podrá quien lleva en sí su sentimiento?
Un fiero, un parricida pensamiento
En mis mismas entrañas veo forjarse,
Y tanto en mi dolor encarnizarse,
Que de mi muerte misma toma aliento.
Entre mortales ansias agonizo.
Que afecta la conciencia de mis males
Y sin poder morir estoy muriendo.
¡Oh, tristes y durísimas señales!

Pues la muerte, que ya de rabia emprendo,
Se me hace de rogar, porque la atizo.

No sólo los grandes sentimientos del ánimo son materia de este modo de discurrir, pero los encomios también. Valiente aclamación fue la de Marcial al decantado hecho de Scévola:

Dum peteret Regem decepta satellite dextra,
Injecit sacris se peritura focis.
Sed tam saeva pius miracula non tulit hostis,
Et raptum flammis jussit abire virum.
Urere quam potuit contempto Mutius igne,
Hanc spectare manum Porsena non potuit.
Maior deceptae fama est, et gloria dextrae:
Si non errasset, fecerat illa minus.

La agudeza está en aquella encarecida ponderación, que obró más errando que obrara acertando. Tradúcela con todo rigor y propiedad don Manuel Salinas:

De librar a su patria deseoso
Del asedio de Porsena apretado,
Por el campo enemigo se entra osado
Scévola, aquel Romano valeroso.
Dar muerte al rey intenta prodigioso,
Mas de iguales insignias engañado,
Por matar al señor, mató al criado
Junto al ara del culto religioso.
Mucio, el engaño de su mano viendo,
A quemarla la mete en medio el ara,
La venganza sufriendo como ajena.
Pero mirar el rey, aun no pudiendo
Espectáculo tal, que la quitara
Mandó, y que se fuera sin más pena.
¡Oh, valor grande! ¡oh, mano victoriosa,
Celebrada de propios y de ajenos,
Tu yerro alcanzó fama más gloriosa!
Si no erraras, hubieras hecho menos.

Una crisis se pondera extremadamente por este modo de sutileza. De esta suerte el ingenioso y erudito jesuita, el padre Juan Bautista de Ávila, lector de las lenguas hebrea, caldea y siríaca en los Estudios Reales de Madrid, en un religioso y conceptuoso poema a la fragilidad de un pecador, dijo:

Decidme, ¿quién soy, mi Dios?
Porque siendo uno en el ser,
Al pecar y al proponer
He pensado que soy dos.
Porque andáis, ¡ay alma!, vos
Tan otra en el corazón
De vos misma en la ocasión,
Que en un mismo instante creo
Que anda en un alma el deseo
Y en otra la ejecución.

Esta especie de conceptos participa de la pasada, por la paradoja que se propone o con que se afirma; es de las más primorosas y que más ostentan la valentía del ingenio. Selle su autoridad y encomio este sutilísimo epigrama del Cisne Cortesano, en su poema de *Querer por sólo amar:*

Ningún hombre nació para admitido,
Que ninguno merece ser amado,
Que si en porfías cansa un desdichado,
Matará en presunciones un querido.
Mal se queja el mejor de aborrecido,
Que en daño de razón no hay desdichado;
Sobra el ser hombre ya para culpado,
Y basta ser amor para ofendido.
No estén las hermosuras, no, quejosas
Del común desacierto de la dicha.
Que no hay suerte mayor que ser hermosas.
¡Oh, tantas veces ignorada dicha!
Que si un hombre pudiera hacer dichosas,
No fuera menester otra desdicha.

Discurso XXV

DE LOS CONCEPTOS EN QUE SE PROPONE ALGÚN DICHO O HECHO DISONANTE, Y SE DA LA EQUIVALENTE Y SUTIL RAZÓN

Toda agudeza que participa de razonamiento y de discurso es más ingeniosa, porque es asunto de la más noble acción del ánimo. Consiste el artificio de estos conceptos en una propuesta dificultosa, y a veces contraria a la verdad; y dase luego la razón, que con sutileza parece que la satisface.

Sea ejemplo este dístico de Marcial, en que a un hombre muy adeudado le dice:

Sexte, nihil debes; nil debes, Sexte, fatemur.
Debet enim, si quis solvere, Sexte, potest.

Tradújolo el canónigo don Manuel Salinas con su misma concisión y gracia:

Quiero a Sexto confesar
Que de ninguno es deudor,
Pues sólo debe en rigor
Aquel que puede pagar.

La propuesta siempre ha de ser algo dura y que cause reparo; llega después la solución no esperada y la desempeña. Alabó uno con exceso un manjar blanco, cuando todos lo condenaban por muy malo, y decía: «Valiente cosa, valiente». Preguntándole qué le hallaba de valiente, respondió: «Lo que le falta de gallina». No fue menos donoso aquél de otro bien conocido español, por sus prontos y sazonados dichos. Halló entreteniéndose dos feísimos consortes, y al punto dijo: «Vuélvome». Reparando ellos, y cesando de los abrazos, preguntáronle por qué se iba; respondió: «Porque no me den barato».

Diferénciase esta agudeza de la pasada en que no es la proposición paradoja, como en aquélla; basta que sea dificultosa

y disonante, como ésta del agudo Tapia, uno de los españoles antiguos:

Ninguno tenga esperanza
Que en el mal de amor hay medio.
Porque es cierta su mudanza
Y es incierto su remedio.

Siempre es menester que haya reparo en lo que se propone y que parezca dificultoso, para que la razón salga más y campee. Así Lope de Vega, en este desengañado epigrama:

No espanta al sabio, ni ha de ser temida
La muerte, que amenaza varios casos,
Y por la brevedad de nuestros pasos,
No puede estar muy lejos de la vida.
El sueño es una muerte, aunque fingida,
Que tiene, como el Sol, tantos ocasos;
De tierra son nuestros mortales vasos,
Con poco golpe quedará rompida.
La vida fue muy justo que estuviese
En esta suspensión, porque en concierto
El temor de la muerte nos pusiese.
Por eso hizo Dios su fin incierto,
Para que mientras más incierto fuese,
Más cerca nos parezca de ser cierto.

Cuanto más disonante es la propuesta, si después la razón la desempeña, es más agradable el concepto, como éste:

Los contentos huyo dellos,
Pues no me vienen a ver
Más que por darme a entender
Lo que se pierde en perdellos.

Cuando la propuesta dice contrariedad con lo pasado y se opone a las circunstancias, es menester una relevante salida

que la desempeñe. Fuelo sin duda ésta de Garcilaso; bástele su nombre por encomio:

No pierda más quien ha tanto perdido;
Bástete, amor, lo que por mí has pasado;
Válgame ahora haber jamás probado
A defenderme de lo que has querido.
Tu templo y sus paredes he vestido
De mis mojadas ropas, y adornado,
Como acontece a quien ha ya escapado
Libre de la tormenta en que se vido.
Yo había jurado nunca más meterme,
A poder mío, a mi consentimiento.
En otro tal peligro, como vano.
Mas del que viene no podré valerme;
Y en esto no voy contra el juramento,
Que no es como los otros ni en mi mano.

La razón que se da ha de tener sutileza; ordinariamente suele ser una exageración, porque como ha de ser desempeño de una proposición dificultosa, a veces contraria y disonante, requiérese que sea también ella extraordinaria. De esta suerte, arguyéndole a César por qué había repudiado a su mujer, si no tenía qué deponer contra ella, antes la abonaba, respondió: *Porque la mujer de César, ni aun la fama.* Por otro encarecimiento dio razón y concepto grande don Luis de Góngora, cuando dijo:

Al campo salió en estío
Un serafín labrador,
Que el sol en su mayor fuerza
No puede ofender al sol.

Cuando la razón que se da es contraria de la que se concebía, tiene mucho agrado por lo impensado y por lo dificultoso. De esta suerte Marcial, habiendo perdido un pleito, como no le diese su litigante el precio concertado, dando por ra-

zón el haber caído, replicó: «Antes, por eso me habías de pagar doblado, por el trabajo y por el corrimiento»:

Egi, Sexte, tuam, pactus duo millia, causam.
Misisti nummos, quot mihi? mille: quid est?
Narrasti nihil, inquis, et a te perdita causa est.
Tanto plus debes, Sexte, quod erubui.

Revolvió el argumento e hizo razón por sí de la que era contra sí mismo, que fue gran sutileza. Esta propia y galante traducción se le debe a don Manuel Salinas:

Sexto, tu abogado fui,
Por precio de dos mil reales,
Y solos los mil cabales
Me envías. La causa di.
Respondes que nada hablé,
Con que la causa he perdido;
Otro tanto me has debido,
Sexto, pues me avergoncé.

Cautivo Esopo, y viéndole en la plaza con otro concautivo, preguntó a éste el comprador qué sabía hacer. Respondió que todo. Preguntó a Esopo después, y dijo que nada; replicándole cómo decía aquello, dio la razón: «Si éste se lo sabe todo, no me deja para mí que saber, y así, vuelvo a decir que nada.» Gracioso encarecimiento fue éste del erudito y sazonado Salas Barbadillo en la *Fábula de Dafne:*

..... Apolo,
Dios tan prudente y tan cuerdo,
Que de cochero se sirve,
Por no sufrir a un cochero.

Aunque la razón sutil por sí sola es agudeza, y relevante, con todo, si se junta con algún otro género de concepto, dobla la sutileza; una proporción y correspondencia le da mu-

cho realce. De esta suerte acabó el Conde de Villamediana su fábula, también de Dafne:

Vivirás, laurel, exento,
Aun a los rayos de Jove,
Que no es bien sienta otras llamas
Quien resistió mis ardores.

No menor gracia le da un equívoco: habiéndole nacido a un caballero la cuarta hija, insistía uno en que había de llamarse Ana. Preguntándole por qué, respondió: «Porque sea cuartana de sus padres.» El jurado de Córdoba, censurando algunos el sobrado sentimiento de una mujer, a quien su marido la había arrojado una olla hirviendo, y ella, por esto, se había ido a casa de sus padres. «No me espanto —dijo Rufo— de que muestre tanto sentimiento, pues la dio con todos los cuatro elementos.» «La tierra —replicaron— ya se ve; el agua y el fuego, también, porque estaba hirviendo. Pero ¿el aire?», respondió: «La causa, y la poca ocasión que tuvo.» Jugó del retruécano con notable sutileza el ingenioso Núñez:

La vida sería el perdella,
Si no fuese mal perdida,
Porque sin ella se olvida
El mal que sufro con ella.

Precede algunas veces la razón, que prueba al dicho que propone, pero siempre queda la misma sutileza. Así dijo el Comendador Escribá:

Tan gran bien es conoceros,
Dama muy desconocida,
Que no conozco por vida
La que he vivido sin veros.

Así también el Conde de Villamediana dio primero la razón que la propuesta:

Pues sólo el que por vos muere,

Tiene a los vivos en poco;
Ninguno me llame loco,
Aunque enloquecer me viere.

La que había de ser propuesta sirve entonces de consecuencia, que nace de la razón antecedente. ¡Qué ingenioso el Conde de Ureña! Para que se vea cuán grandes hombres y cuán eruditos eran aquellos antiguos señores de España:

Pues quisiste ser ajena,
Mis servicios desechando,
Partirme he triste, llorando
Vuestra culpa con mi pena.

No mostró ser menos conceptuoso y estudioso don Diego López de Haro, que con igual sutileza discurrió así:

Pues la vida, en su manera,
A la voz es comparada,
Que se muestra en lo de fuera
Grande ser, no siendo nada.
Por do bien ninguno creo,
Pues de todo lo de aquí
Ha de ser de lo que veo,
Como fue de lo que vi.

Puédese poner condicionalmente la razón que se da a la proposición extravagante y dificultosa, como se ve en ésta de don Diego de Velasco, uno también de aquellos antiguos apreciadores del saber:

Si el mal que vos me habéis hecho
De otras manos me viniera,
Aunque mucho bien tuviera,
No quedara satisfecho.

Aunque se exprime como condición, es la verdadera razón de la propuesta dificultosa y hace entrada entonces de lo que

había de ser desempeño, que todos son primores grandes de este ingenioso artificio. De este modo discurrió también don Alonso de Córdoba:

Si por la pena se alcanza
De la gloria el merecella,
Quien padece en quejar della
De sí quita la esperanza.

Lo común es ir primero la proposición, que con su extravagancia suspende, y después con su ingeniosa razón satisface. Así, don Jorge Manrique:

Justa fue mi perdición,
De mis males soy contento;
No se espera el galardón,
Pues vuestro merecimiento
Satisfizo mi pasión.

Aunque al referirse va primero la propuesta, en el inventarse es primero la razón, que es como causa y origen de donde nace aquélla; ésta es la causa por que unas veces se antepone y otras se pospone; lo que importa es que sea ingeniosa, cual lo fue ésta del famoso Cartagena:

Si mi mal no agradecéis,
Aunque me dañe y condene,
Digo que muy bien hacéis,
Pues más que todas valéis,
Que más que todos yo pene.

Esta diferencia hay entre las composiciones antiguas y las modernas, que aquéllas todo lo echaban en concepto, y así están llenas de alma y viveza ingeniosa; éstas, toda su eminencia ponen en las hojas de las palabras, en la oscuridad de la frase, en lo culto del estilo, y así, no tienen tanto fruto de agudeza. ¿Qué más ni qué mejor se pudo decir de lo que dijo en esta redondilla Diego de San Pedro?:

En mi grave sufrimiento,
No hay dolor más desigual,
Que ser sólo el pensamiento,
El testigo de mi mal.

Si alguna puede excederla, será ésta del Duque de Medina Sidonia. Fue gran decir:

Es amor el disfavor,
Do puede el merecimiento
dar la paga del tormento
Con ser causa del dolor.

También es crítica esta agudeza, dando con su extravagante calificar mucho gusto a las mentes juiciosas. Ponderaba el licenciado Antonio Gracián, mi tío, con quien yo me crié en Toledo, que en los aragoneses no nace de vicio el ser arrimados a su dictamen, sino que, como siempre se hacen de parte de la razón, siempre les está haciendo gran fuerza.

Discurso XXVI

DE LA AGUDEZA CRÍTICA Y MALICIOSA

Dulcia qucum tantum scribas Epigrammata semper,
Et cerussata candidiora cute;
Nullaque mica salis, vel amari fellis in illis
Gutta sit: o demens, vis tamen illa legi!
Nec cibus ipse juvat morsu fraudatus aceti;
Nec grata est facies, cui gelasinus abest.
Infanti melimela dato, fatuasque mariscas;
Nam mihi, quae novit pungere, Chia sapit.

En este epigrama de buen gusto, de aquél que si en otras ocasiones fue apolíneo, en ésta, todo Marcial, se halla definida la crítica sutileza. Diole todo su picante en la ajustada traducción nuestro Salinas:

Escribiendo tú siempre con dulzura
Epigramas que tienen más lisura.
Que la tez de una fea, que estirada
Está del albayalde, y blanqueada.
Ni en ellos sólo un grano se percibe
De la gustosa sal, que el gusto avive;
Ni de la amarga hiel la mordicante
Gota que irrite: ¿quieres, ¡oh ignorante!
Que corran, que se lean tus poesías,
A todos enfadando por tan frías?
Advierte que el manjar da más agrado,
Cuando está con el agrio sazonado.
Ni es hermosa una cara, si en el ceño
No afecta alguna vez lo zahareño;
Dales melcochas, dátiles e higos
A los niños, que de eso son amigos;
Pero para mi gusto, la pimienta,
La naranja y mostaza me presenta.

Sea recomendación de esta gran obra del ingenio que aquellos dos máximos censores, Tácito en la prosa y Marcial en el verso, entre todas las demás especies de agudeza, a ésta dedicaron su gusto y en ella libraron su eminencia. Sutileza maliciosa, crítica, intencionada, al fin, todo superior gusto la estima porque lastima.

Consiste su artificio en glosar, interpretando, adivinando, torciendo, y tal vez inventándose la intención, la causa, el motivo del que obra, ya a la malicia, que es lo ordinario, ya al encomio. No se contentaba aquel gran oráculo de los políticos, el ídolo de estadistas, Cornelio Tácito, con la vulgar sencilla narración de la historia, sino que la forró de glosas, crisis y ponderaciones; no paraba en la corteza de los sucesos, sino que trascendía a los más reservados retretes, a los más ocultos senos de la intención, ni perdonó al mismo Augusto, de quien dijo que había escogido a Tiberio para sucesor en el Imperio, y antepuéstole entenado a Agripa y a Germánico, sobrinos, no por el bien común ni por especial afición, sino porque anteviéndole malquisto, por su natural crueldad e

hinchazón, al paso que fuese abominado, él fuese deseado de todos: *Ne Tiberium quidem charitate, aut Reipublicae cura succesorem adsertum; sed quoniam arrogantiam, saevitiamque ejus introspexerat, comparatione deterrima, sibi gloriam quaesivisse.*

Así como el obrar con artificio y con refleja nace de ventaja de ingenio, así el descubrir ese artificio y el notarlo es sutileza doblada. La brújula de este maleante, ingeniosísimo rumbo, fue Marcial; tiene extremados epigramas, llenos de estos saladísimos picantes. De Fábula, que siempre iba acompañada de feas y de viejas, dijo:

Omnes aut vetulas habes amicas,
Aut turpes, vetulisque foediores;
Has ducis comites, trahisque tecum
Per convivia, porticus, theatra.
Sic formosa, Fabulla, sic puella es.

Consiste la agudeza en aquel descubrirle la intención y el motivo que tenía de ir ladeada de feas, para con eso parecer hermosa, y de viejas, para ser tenida por muchacha. Exprimióle toda el alma en esta gran décima don Manuel Salinas:

Todas tus amigas son
Las más viejas y más feas;
Con ellas vas y paseas,
Ya se sabe tu intención.
Éstas en toda ocasión
Contigo gustas traer,
Para con eso poder,
Fábula, siempre engañosa,
Entre feas ser hermosa,
Y entre viejas niña ser.

De modo que todo el artificio de esta agudeza consiste en descubrirle la malicia artificiosa al que obra, y sabérsela ponderar. Así don Luis de Góngora:

Que la viuda en el sermón

De mil suspiros sin son,
Bien puede ser;
  Más que no los dé a mi cuenta,
Porque sepan do se asienta,
No puede ser.

Es menester que haya artificio y destreza en el que obra, ya verdadero, ya interpretado, y el notar aquella arte y segunda intención sutil con que obra es la crítica agudeza. De esta suerte Lupercio Leonardo le malicia la acción y la intención a Cloris, en este epigrama:

  Mirando Cloris una fuente clara,
Donde otras veces afilar solía
Las armas desdeñosas con que hería
Y en vano ahora contra mí repara,
  Vio cómo el tiempo sus mejillas ara
En señal de castigo y rebeldía,
Sembrando sal donde el amor tenía,
Para sacrificar las almas, ara.
Viéndose tal, con lágrimas y tierra
Enturbiaba la fuente por vengarse,
Como si ella la causa hubiera sido.
  Al fin, sacó este fruto de su guerra;
Que vio poder las aguas aclararse,
Más no cobrarse el tiempo, ya perdido.

Da a veces más gusto el fingir el artificio en la acción que exprimir el que se halla, ya por la novedad de la intención que se descubre, ya por la sutileza con que se finge. De Gelio, que siempre estaba edificando, y cuando no hallaba otro quehacer en su casa mudaba ventanas, abría puertas. Glosó Marcial que era por no prestar, con la excusa inexorable de decir: «Señor, estoy de obra»:

Gellius aedificat semper: modo limina ponit,
  Nunc foribus claves aptat, emitque seras;
Nunc has, nunc illas mutat, reficitque fenestras,

Dum tamen aedificet, quidlibet ille facit:
Oranti nummos ut dicere possit amico,
Unum illud verbum Gellius, aedifico.

Galantemente la traduce Salinas:

Siempre Gelio edificando
Está; ya las puertas pone,
Ya las ventanas dispone
De otra suerte; ya comprando
Cerraduras, ya mudando
Le hallaréis, lo que hizo ayer;
Nunca le falta quehacer,
Por si le vais a pedir
Prestado poder cumplir,
Y *«estoy de obra», responder.*

Puédese maliciar a dos vertientes, equivocando la intención, y dóblase entonces la sutileza, porque se fingen dos motivos, ingenioso cada uno. A una hermosa dama, que estaba rezando, dijo así el Camoens:

Ruégoos que me digáis
Las oraciones que rezasteis,
Si son por los que matasteis,
Si por vos, que así matáis.
Si son por vos, son perdidas,
Que ¿cuál será la oración
Que sea satisfacción,
Señora, de tantas vidas?
Si decís que encomendando
Los que matasteis estáis.
Si rezáis, ¿por qué matáis?;
¿Para qué matáis rezando?

Estos pensamientos siempre van a la ocasión, glosando la contingencia del suceso, y así tienen más de agrado. Cuando se pone la malicia en alguna circunstancia especial, se discurre con más fundamento. De esta suerte, Lope de Vega:

Como a muerto me echáis tierra en la cara,
Y lo debo de estar, y no lo siento,
Que un muerto en vuestro esquivo pensamiento,
Menos sentido que éste le bastara.
Vivo os juré, que muerto os confesara
La misma fe; cumplí mi juramento,
Pues ya después del triste enterramiento,
Ni cesa la afición ni el amor para.
No sé si os pueda dar piadoso nombre,
¡Oh, manos que enterráis al muerto amigo,
Después que le mató vuestra hermosura!
Que es de ladrón sutil, ya muerto el hombre,
No de piedad, de miedo del castigo,
Darle en su propia casa sepultura.

Aun donde no cabe, se finge ingeniosamente la afectada malicia. Estaba dando una hermosa dama unos confites a un niño, y al ponérselos en la boca, le decía que cerrase los ojos; no obedeciendo el rapaz, volvió a instarle que cerrase los ojos, y él proseguía en estarla mirando. Dijo entonces el galante y agudo Rufo: «Señora, él no quiere perder el cielo por una golosina.»

Llega a la mayor primor de su sutileza este concepto, cuando cae sobre reparo; pondérase la desproporción del objeto, y luego se le da salida por una maliciosa crisis. Reparó Marcial en que Gemello, mozo gallardo, pretendía con notables diligencias casar con Maronila, fea y vieja, y da la solución maliciosa del heredarla presto:

Petit Gemellus nuptias Maronillae,
Et cupit, et instat, et precatur, et donat.
Adeone, pulchra est? immo foedius nil est.
Quid ergo in illa petitur, et placet? Tussit.

Traduce así don Manuel Salinas:

Pide Gemello, y desea
Con Maronila casar;

Nunca cesa de rogar,
Insta, ofrece, galantea.
¿Qué es tan linda? Antes es fea;
Ni más vieja otra mujer,
Ni más sucia puede haber.
Pues en ella, ¿qué le agrada?
Yo en ella no veo nada
De bueno, sino el toser.

No se contenta con descubrir el artificio en la intención, sino que se arroja a fingirle; de esta suerte dijeron de Alejandro que el no haber procurado establecer su monarquía había sido, o porque ninguno de sus sucesores le igualase o por no imaginar a otro alguno capaz de tanto empleo. Tuvo extremados picantes de éstos el juicioso Bocalini en sus *Avisos,* ingenioso trabajo para solos hombres de fondo y de censura. Lee el discurso que hace de la República Otomana y su gobierno; pero entre todos, éste. Parecieron, dice, en esta corte de Apolo unos embajadores, por los hortelanos del universo, pidiendo a Su Majestad les diese algún instrumento con el cual pudiesen con facilidad escardar las malas hierbas de sus jardines. Admiróse Apolo de tan necia demanda; pero ellos, animosamente, dijeron que habían hecho esta petición movidos del beneficio que se les había concedido a los príncipes, a quienes para limpiar las huertas de sus Estados de las hierbas inútiles y de las plantas perniciosas, que por desdicha de los hombres virtuosos nacían en la República en tanta copia, les había dado el maravilloso instrumento del pífano y atambor, a cuyo sonido las malvas, las cicutas, las hortigas y las demás plantas dañosas de los hombres, inútiles, para dar lugar a las lechugas, pimpinela, melones, garbanzos y otras hierbas de los mecánicos y de los ciudadanos fructuosos por sí mismos, con gran alborozo y alegría se veían saltar fuera de la tierra e irse a secar y morir fuera de las huertas de sus patrias, a quienes en gran manera eran perniciosas, etcétera.

Válese el ingenio para esta malicia crítica de la correspondencia, entre los términos de ella, busca siempre alguna co-

rrelación proporcional, para que sea con fundamento el concepto. Así, en esta maliciosa crisis, en título de epitafio:

Aquí yace mosén Diego,
A San Antón tan vecino,
Que huyendo de su cochino,
Vino a parar en su fuego.

Conócese la armonía y proporción entre el fuego y el bruto, que son circunstancias del sujeto en que tuvo apoyo el concepto. Añadió a la consonancia la encarecida ponderación don Luis de Góngora, y dijo:

Labra un letrado un real
Palacio, porque sepades
Que interés y necedades,
En piedras hacen señal.

No sólo pondera a la malicia esta agudeza, sino al encomio y lisonja también, que es el otro extremo contrario de su sutileza. Obsérvase el mismo método en este segundo, que en el primero, con sola esta diferencia, que lo que allá glosaba el discurso a la malicia, aquí a la alabanza. Nótase el artificio en el obrar, ya exprimiendo el que hay en el motivo del que ejecuta, fingiéndole. Fue sublime pensamiento éste del padre Francisco Remondo, jesuita, por el objeto que fue a la Encarnación del Divino Verbo, y por el concepto, que fue sutil:

Vix hominem insigni similem sibi finxerat arte,
Cum subito est hominis tactus amore Deus.
Ut tamen averso fugientem vidit amore,
Qualis praecipites cum rotat amnis aquas.
Quid faciam? dixit; quoties mihi jungere conor,
Ex ocultis toties evolat iste meis.
An perimam? ast hominis nimio succendor amore,
An sequar? at fugiet, quo magis ipse sequar.
Haud sequar, haud perimam, ne se mihi subtrahat unquam,
Neve Deum fugiat, mox erit ipse Deus.

Pondera la superior divina traza con maravillosa crisis. Duplicó el sutilísimo Andrada, agustiniano, la agudeza en los dos sujetos, comentándoles los motivos a entrambos, y dijo que vencido el tirano, quedaron en competencia Dios y Sebastián. Dios consignándole la corona de mártir, sin que muera, y él volviendo a morir después de conseguirla. Aunque no murió en el primer tormento, sino en el segundo, la Iglesia le pinta, no muerto a palos, sino cubierto de flechas. Si se pudo engañar el tirano en tenerle por muerto, el mártir torna en busca de otro nuevo martirio. Queda el pleito entre Sebastián y Dios; Dios coronándole antes que muera, y él muriendo después de merecer la corona; aquello es liberalidad del divino amor, y esto, generosidad del amor de Sebastián: Dios muestra que no va tras verle muerto, sino tras coronarle, pues le consigna la corona por el tormento en que no murió; y él muriendo, después de conseguir la corona entre las flechas, muestra que no va tras ella, sino tras morir por Dios. Nota la mucha alma del estilo de este gran ingenio, a quien han querido imitar todos los que hablan con cuidado y profundidad.

Siempre que da pie al concepto alguna circunstancia especial es más sutil por lo fundamental, y porque se hace ingeniosamente el reparo sobre la especialidad de ella. De esta suerte discurrió Lope en este epigrama al ladrón santo:

¿Cómo es posible que de bueno den
Nombre a un ladrón, si el bueno se ha de dar
Al más sutil en escalar y entrar
Lo más guardado que sus ojos ven?
Pues Dimas, no contento de que estén
Las manos y los pies de par en par,
Otra puerta mayor quiere aguardar,
Y por la principal entrar más bien.
Si dijo el mismo Dios que no es ladrón
Quien entra por la puerta, claro está
Que no lo es ya, pues cinco puertas son.
Ladrón por lo pasado se dirá,
Que por subir al Cielo no es razón,
Pues no se roba aquello que se da.

Glósanse con grande sutileza los misterios y reparos por una crisis, que es aumentar agudeza. Ponderó sazonadamente el padre fray Pedro Gracián, mi hermano, religioso de la Santísima Trinidad, el ponerse a servir la suegra de San Pedro luego que la curó el Señor, y dijo que fue, ya para ilustrar el milagro, ya para dar ejemplo a las de su estado, pues toda la falta de paz con las nueras suele nacer del querer mandar siempre las suegras, y así ella se pone a servir para mostrar que la ha curado el Señor de enferma y de suegra.

Transformar un artificio afectado en su contrario no es la menor sutileza. De la clemencia de Augusto dijo Séneca que no era sino un hartazgo de crueldad: *Ego vero clementiam non voco lasam crudelitatem.* Y Cicerón, al mandar Julio volver a levantar las estatuas derribadas de Pompeyo, dijo que no lo hacía sino por restablecer las suyas: *Caesar dum Pompei statuas reponit, suas stabilit.*

Ni es menor notar la activa malicia de uno y la pasiva sencillez del otro. Gustosamente desengaña Marcial a Gauro, a quien uno le menudeaba los presentes, diciéndole: «Por rico y viejo se me hacen sospechosos, y temo que éste, con tanto presente, te desea ausente.»

Munera qui tibi dat locupleti, Gaure, senique,
Si sapis, et sentis, hic tibi ait: Morere.

No le quitó la sal, antes se la añadió nuestro Salinas, en esta elegante traducción:

Viejo y rico ¿tan de veras,
Quién ha dado en regalarte?
El quiere, Gauro, heredarte,
Y te dice que te mueras.

Contraponer dos intenciones, añade la hermosa antítesis a la gustosa crisis. De César y de Pompeyo dijo Floro que Pompeyo no podía sufrir igual ni César superior: *Nec hic ferebat parem, nec ille superiorem.*

Punto es de esta sutileza, a más de notar el afectado artifi-

cio, censurarlo por superfluo, que es mixto de ambas crisis, maliciosa e irrisoria. Así Marcial de Cina, que afectaba parecer pobre, como lo era, para con eso ser tenido por rico, dijo:

Pauper videri vult Cinna, et est pauper.

No se pudo traducir, ni con mayor concisión, ni con mayor propiedad de lo que traduce don Manuel Salinas:

Pobre parecer querría
Cina, y es pobre, a fe mía.

Así como se transforma el artificio de honesto en vicioso a la malicia, así, al contrario, de reprensible en loable a la lisonja. De esta suerte Plinio, en su culta y grave Panegiris, que es una perfecta práctica de toda esta teórica conceptuosa, glosó el excesivo donativo de Trajano al pueblo, diciendo que no había sido para redimir tiranías ni desmentir desafueros, como otros hacían, sino para recompensar la benevolencia de sus vasallos: *Nullam congiario culpam, nullam alimentis crudelitatem redimisti; nec tibi benefaciendi fuit causa, ut quae malefeceras impune fecisses. Amor impendio isto non venia quaesita est.*

Fíngese el artificio malicioso en las cosas inanimadas con mayor gracia, atribuyéndoles la afectación. Elegantemente dijo Luis Vélez en su romance del Invierno:

No quieren ser los arroyos
De los árboles espejos,
Porque los miran tan pobres,
Y tan galanes los vieron.

Añadió don Luis de Góngora la hermosa contraposición ya de lisonja, ya de burla, a la fingida crisis, diciendo:

Que no crean a las aguas
Sus bellos ojos serenos,
Pues no la han lisonjeado,
Cuando la murmuran luego.

Valióse de las dos contingencias especiales y correspondientes entre sí, ya del representar como espejo sus cristales detenidos, ya de murmurarla corrientes. Con la misma agudeza dijo Lope de Vega:

A tus quejas solamente
Daban respuesta las aguas,
Porque murmuraban, Filis,
Que no porque te escuchaban.

Fíngese en los mismos sujetos, animados de los demás efectos, con sumo artificio. Así la ufanía y la lisonja atribuyó el dulcísimo mantuano a la rosa, en esta galante descripción:

Ut cum vere novo tepefacta rosaria multae
Crescit frondis bonos: primum durescit in orbem
Folliculas barbaeque comam producit acutae
Mox implere sinus, tunicasque implere virentes
Incipit, et concreta diu sub cortice proles
Turget agens rimas tenues, et vertice summo
Purpureas ostentat opes, rubicundaque labra,
Postremo cum pulchra suos Aurora colores
Explicat et gelidum glomerant nova gramina rorem
Panditur omne decus, valisque emissus apertis
Flos hiat, et laeto arridet venientibus ore.

Discurso XXVII

DE LAS CRISIS IRRISORIAS

Es tan fácil esta agudeza, cuan gustosa, porque sobre la ajena necedad todos discurren y todos se adelantan antes al convicio que al encomio. Pero el ingenioso por naturaleza aquí dobla su intensión. La sutileza de estos conceptos consiste en notar en otros la simplicidad, de suerte que difiere esta especie de crisis de la pasada en que aquélla censura el artificio ajeno en el proceder, ésta la falta de él; aquélla, la

malicia; ésta, la sencillez o la necedad. Gran epigrama éste de Bartolomé Leonardo para ejemplo:

El metal sacro en Julia Celsa suena,
Émulo de proféticos alientos,
Que nos previene a insignes movimientos
Con propio impulso y sin industria ajena.
Ofusca el sol su faz limpia y serena,
Arrojando esplendores macilentos,
Y sacudido el orbe de portentos,
Se aflige y brama en su fatal cadena.
Y mientras que el horror de lo futuro
Los ánimos oprime o los admira,
Tú, Cremes, obstinado en tus amores,
Remites a los cetros la gran ira,
Y adulas a tu Pánfila con flores,
Deshonesto, decrépito y seguro.

Sólo puede competirle este otro de tan su igual, como de Lupercio, tan su hermano, que fueron los dos mellizos hijos de la más hermosa de las nueve:

Llevó tras sí los pámpanos octubre,
Y con iguales lluvias insolente,
No sufre Ibero márgenes ni puente,
Mas antes los vecinos campos cubre.
Moncayo, como suele, ya descubre
Coronada de nieve la alta frente,
Y al sol apenas vemos en Oriente,
Cuando la opaca tierra nos le encubre.
Sienten el mar y selvas ya la saña
Del Aquilón, y encierra su bramido
Gente en el puerto y gente en la cabaña.
Y Fabio, en el umbral de Tais tendido,
Con vergonzosas lágrimas le baña,
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

Concluye floridamente con la extremada improporción,

que hace más picante el concepto. Frecuento estos grandes autores en los ejemplos porque dan alma de agudeza a lo que dicen; los que no propongo a la imitación, no es por haberlos visto casi todos, sino porque los hallo sin espíritu de concepto; forman muchos libros, cuerpos, pero sin alma conceptuosa.

Da materia a este modo de conceptear de ordinario la desproporción del que obra, y glósala con gracia el que censura. Fue raro Marcial en este género de agudeza. A Basa, que tenía el servicio de oro y el vaso en que bebía de vidrio, la dijo:

Ventris onus misero, nec te pudet, excipis auro,
Basa: bibis vitro; carius ergo, etc.

¡Qué ajustadamente y con qué propiedad traduce don Manuel Salinas!:

Basa, en el vidrio beber
Y en oro fino purgar,
Gusto es particular,
Mas te cuesta el proveer.

Censúrase comúnmente la diversidad o contraposición de los adyacentes del sujeto, aquella contrariedad que hay entre ellos, que es la que funda la desproporción. Así Horacio pondera la variedad de los músicos, que rogados nunca comienzan, y después nunca acaban:

Omnibus hoc vitium est Cantoribus inter amicos,
Ut numquam inducant animum cantare rogati,
Injussi numquam desistant. Sardius habebat
Ille Tigellius hoc: Caesar, qui cogere posset,
Si peteret per amicitiam patris, atque suam, non
Quidquam proficeret. Si collibuisset, ab ovo
Usque ad mala citaret.

Otras veces se nota la improporción entre diferentes sujetos, ponderando la simplicidad en todos. Discurrió con mu-

cha donosidad, como solía, el maestro fray Hernando de Santiago, el mayor orador de su siglo, ornamento de la sagrada familia de Nuestra Señora de la Merced, en el sermón segundo de Cuaresma; y en la consideración tercera, dice: Siempre el pecador estos trabajos, enfermedades y muertes los mira como en casa ajena. Muere un mozo fuerte, recio y de gran salud, y dice el viejo: «Tan presto va el cordero como el carnero; mozos desarreglados, sin concierto, a la primera van.» Muere el viejo anciano, y dice el mozo: «Ése naturalmente muere; todos los malogrados así.» Muere un hombre enfermizo, que todas las coyunturas barruntan mejor los tiempos que las grullas, y a quien sus trabajos han hecho astrólogo. Dice el que vive sano: «Ése, años ha que estaba contado con los muertos.» Muere el muy sano, dice el achacoso: «No hay que fiar en salud; éstos que nunca saben qué es mal, el primero los despacha.» Muere el rico, dice el pobre: «Son glotones comedorazos; no hacen ejercicio; cierto es que han de morir ésos.» Muere el pobre, dice el rico: «Estos desdichados nunca comen sino mal pan; beben malas aguas; andan mal abrigados; duermen en el suelo; no tienen hora de vida segura.» Todos echan la muerte a casa ajena. La moralidad que tiene un punto de satírica es muy gustosa, pero ha de ponderar en común para ir segura.

Tienen también su agradable variedad estos conceptos en su artificio, ya de parte del objeto y de la desproporción censurada, ya del modo con que se zahiere. Cuando hay contrariedad en el objeto, se nota con plausibilidad. Así Lope, en su epitafio al inglés Henrico:

Más que de esta losa fría
Cubrió Enrique, tu valor,
De una mujer el amor
Y de un error la porfía.
¿Cómo cupo en tu grandeza
Querer, engañado inglés,
De una mujer a los pies,
Ser de la Iglesia cabeza?

Doblar el desacierto es doblar el concepto. Censuraba uno a los mercaderes de aquella calle de Toledo, llamada Alcaná: «¡Oh, gente necia, de día sin mujeres, de noche sin haciendas!» Decíalo porque es toda de tiendas muy pequeñas, y así sus dueños los días están en ellas y las noches se vuelven a sus casas.

Aumenta también mucho la sutileza el encarecimiento con que se pondera la improporción, y si hay dos juntas, mejor. Así don Luis Carrillo, en este valiente epigrama al varón más valiente, digo a Sansón, nota dos improporciones: una en el juez que le condena y otra en él, que no vio los engaños de una mujer:

Verse duda Sansón, y duda el lazo
Lo que él duda Sansón, duda y procura
Hurtarse fuerte en vano a la atadura;
Ella tiembla, temor y fuerza el brazo.
Aquel valiente, aquél que de un abrazo
Puso puertas a un monte, y su espesura
Flaca para él un tiempo ligadura,
Es a su libertad fuerte embarazo.
Llega el fiero juez, condena a muerte
Los ojos, y él, risueño y sosegado,
Dijo más, que su fuerte brazo, fuerte:
«Si tres veces de Dalila burlado
Sus engaños no vi, juez, advierte
Que ya de ellos estaba despojado.»

Por otro encarecimiento explica con su mucha erudición y sazonado estilo Mateo Alemán la sencillez del villano en decir que nunca supo amar, y la donosidad del pregonero en exclamar: «¡He aquí tu asno!». Célebre cuartilla fue ésta, del culto jurado, a una doble necedad:

No fiéis en prometido,
Pues que pecas de contado;
Que quien no paga tentado,
Mal pagará arrepentido.

Las crisis que son a la ocasión y tomadas de la especialidad de las circunstancias son las más ingeniosas, porque se conceptea con fundamento. De esta suerte, el doctor don Juan Orencio de Lastanosa, canónigo de la iglesia catedral de la ciudad de Huesca, varón de profundo juicio, conocida virtud, mucho saber, grave madurez, perfecto y cabal eclesiástico, suele ponderar que antes la piscina estaba arrimada al templo, con que le iba bien a sombra de la limosna y caridad de los eclesiásticos, pero ahora la piscina de los hospitales se ha juntado a la sentina de las comedias, con que no le puede ir bien, sino muy mal. Está grandemente ponderado, y nótese el artificioso careo de los términos, la contraposición entre ellos, piscina con hospital, templo con teatro.

Del objeto especial se pasa con grande artificio a satirizar en común, y dase la doctrina por universalidades, así como se dirá también en la agudeza sentenciosa. De un varón docto, tiranizado del indigno amor, toma ocasión Alciato para un elegante emblema, ponderando que bien bastaba haber sido ultrajada Palas, diosa de la sabiduría, de un mancebo liviano en competencia de Venus, y no ahora segunda vez de un alumno suyo, de quien debiera ser preferida a todas las demás:

Immersus studiis, dicundo, et jure peritus,
Et maximus libellio,
Helianiram amat, quantum nec Thracius unquam
Princeps sororis pellicem.
Pallada cur alio superasti judice Cypri?
Num sat sub Ida est vincere?

Satirízase en general con la misma sutileza y gracia, y nótanse las necedades comunes, que no es la menos principal parte de la sabiduría prudente. Así uno fingió la descendencia de los necios, diciendo: Que el Tiempo Perdido casó con la Ignorancia, tuvieron un hijo, a quien llamaron Penséque; éste casó con la Juventud, en quien hubo muchos hijos: a No pensaba, No sabía, No di en ello, Quién creyera. Ésta casó con el Descuido, y tuvieron por hijos a Bien está, Mañana se

hará, Tiempo hay, Otra ocasión vendrá. Tiempo hay casó con doña No pensaba, y tuvieron por hijos a Descuidéme, Yo me entiendo, No me engañará nadie, Déjese eso, Yo me lo pasaré. Yo me entiendo casó con la Vanidad, y tuvieron por hijos Aunque no queráis, Yo saldré con la mía, Galas quiero; ésta casó con No faltará, y de ellos nacieron Holguémonos y la Desdicha, que tuvo por marido a Poco seso, y por hijos a Bueno está eso, Qué le va a él, Paréceme a mí, No es posible, No me diga más, Una muerte debo a Dios, Ello dirá, Verlo heis, Excusado es el consejo, Esto es hecho, Aunque me maten, Diga quien dijere, Preso por mil, Qué se me da a mí, Nadie murió de hambre, No son lanzadas que dineros son. Enviudó Galas quiero, y casó segunda vez con la Necedad, y gastó todo su patrimonio; dijo el uno al otro: «Tened paciencia, que a censo tomaremos dineros con que nos holguemos este año, y el otro, Dios proveerá», y aconsejados con No faltará, hicieron así, y como al plazo no hubiese con qué pagar lo que debían a censo, el Engaño los metió en la cárcel; fueron visitados por Dios hará merced. La Pobreza los llevó al hospital, donde acabaron la autoridad de Galas quiero y No miré en ello. Enterráronlos con su bisabuela, la Necedad; dejaron muchos hijos y nietos, que andan derramados y perdidos por el mundo. Contráense después, y aplícanse estas crisis generales a la ocasión con otra tanta agudeza.

No sólo se censura el desacierto moral, sino el material también. Así dijo Bartolomé Leonardo a una natural belleza, deslucida antes que ayudada del arte:

Quita ese afeite, ¡oh, Lais!, que se aceda,
Y él mismo en el olor su fraude acusa,
Déjanos ver tu rostro, y si rehúsa
El despegarse, quítalo con greda.
¿Qué tirano la ley natural veda,
O qué murtas el diestro acero atusa,
Que alegren más que la beldad confusa
Del bosque inculto o bárbara arboleda?
Si lo blanco y purpúreo, que reparte
Dios con sus rosas, puso en tus mejillas

Con no imitable natural mixtura,
¿Por qué con dedo ingrato las mancillas?
¡Oh, Lais!, no más que en perfección tan pura,
Arte ha de ser el despreciar el arte.

De muchas crisis conglobadas se hace un discurso satírico agradable y fórmase la correspondencia entre los sujetos de la censura. Tiene muchos muy recibidos el juicioso Trajano Bocalini; entre todos, fue sazonadísimo aquél en que se pide a Apolo mande sea colocado entre los libros selectos de su biblioteca inmortal *El Galateo Cortesano*, y su majestad consulta los príncipes y repúblicas sobre el caso; está ingeniosamente discurrido, digo en su original o en sus primeras impresiones, que después, en cada lengua y nación le han reformado según su conveniencia.

Pondérase con mucha sal el desacierto, cuando desciende de un extremo a otro. Físgase Marcial de Gelia, que mientras andaba escogiendo maridos, y al principio asqueaba todo lo que no era casar con un príncipe, hízose vieja y casó al cabo con un esportillero:

Dum proavos, atavosque refers, et nomina magna;
Dum tibi noster eques sordida conditio est;
Dum te posse negas, nisi lato, Gellia, clavo
Nubere nupsisti, Gellia, cistifero.

La gustosa y elegante traducción se debe al erudito don Manuel Salinas:

Tú, que tu antigua nobleza
Contabas y dar la mano
A un caballero romano
Tenías por gran bajeza.
Gelia, que casar primero
Con senador blasonaste,
Pasó el tiempo, y te casaste
Con un feo esportillero.

Al contrario se hace la ponderación del extremo principal al menor, entre los cuales está la desproporción del desacierto. De esta suerte dijo Augusto César, cuando supo que Herodes ni a su propio hijo había perdonado en el degüello de los Santos Inocentes: «Que en casa de Herodes mejor era ser puerco que hijo, porque, como judío, no lo mataría.»

Por una inconsecuencia en el hecho, se censura con fundamental sutileza. Dijo tan ingenioso, cuan acertado, un truhán suyo al primero Francisco de Francia: «Sire, estos vuestros consejeros me parecen unos necios, que discurren por dónde habéis de entrar en Italia y no os aconsejan por dónde habéis de salir.»

De la malicia de uno y de la candidez de otro se hace un mixto muy artificioso para un gran concepto; así dijo Alonso Salas en este perfecto epigrama a San Juan:

Cumbre de santidad, monte sagrado,
Que al cielo nos enseña y encamina,
Tan señalado en santidad divina,
Que el mismo Dios por vos fue señalado.
Indice de aquel libro celebrado,
De la verdad que a la virtud inclina,
Y mano que corriste la cortina
Al sumo Dios cubierto y disfrazado.
¿Para qué le mostráis, varón famoso,
A un pueblo, que después, tiranamente,
Ha de ser de su sangre carnicero?
Encoged vuestro dedo milagroso.
Y advertid que el mostrarle a aquesta gente,
Es mostrar a los lobos el Cordero.

Cuando con una nota se zahiere a dos es doble el concepto. Caminaba muy a prisa, y aun con indecencia, Tulia, hija de Cicerón; al contrario, Pisón, su yerno, muy despacio; díjole a éste, estando presente ella: «Pisón, camina como hombre.» Con una palabra, notó la falta de ambos. Irónicamente corrigió el célebre orador agustiniano Castro Verde, y el mayor que ha habido en España, la inquietud de su numeroso

auditorio, diciendo a unos se sosegasen y no despertasen a otros que dormían; con esto los compuso a todos.

La contraposición de circunstancias trocadas glosó el jurado de Córdoba en esta redondilla:

Válgame la soberana
Virgen y Madre de Dios,
¡Qué mujer se pierde en vos
Y qué hombre en vuestra hermana!

Equivocar la necedad y pasarla de un sujeto a otro, mudadas las circunstancias o valiéndose de la artificiosa condicional, es sutileza primorosa. Asentó en el libro de las necedades un criado coronista, cortesano de ellas, en el palacio del Arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo, a su mismo amo, porque había dado una gran cantidad de dinero a un alquimista para traer materiales y hacer oro. Leyéndolas al fin del mes, como acostumbraba, replicó el arzobispo: «¿Y si viniere?» «Entonces, dijo el coronista, borraremos a V. Ilustrísima y le pondremos a él.»

Por un encarecimiento se glosa con realce la necedad. De un señor que había gastado mucho en una cosa de poquísima sustancia dijo uno que había hecho fuego de canela para asar un rábano. La semejanza favorece mucho a la crítica ponderación del jurar con verdad. Decía el cuerdo, sobre ingenioso Rufo, que era encender hachas al medio día.

Mayor fuerza de ingenio arguye el fingirse las necedades, que el suponerlas y notarlas. De semejantes chistes y donosidades están llenos los libros de placer, levantando mil graciosos testimonios a las naciones, a los pueblos y aun a los oficios y estados. Trae muchos muy ingeniosos el excelentísimo príncipe don Juan Manuel, en su nunca bien apreciado libro de *El Conde Lucanor,* en que redujo la filosofía moral a gustosísimos cuentos; bástele para encomio haberlo ilustrado con notas y advertencias, e impreso modernamente Gonzalo Argote de Molina, varón insigne en noticias, erudición, historia y de profundo juicio. Entre muchos muy morales trae éste, para ponderar lo que se mantiene a veces un engaño

común, y como todos van contra su sentir por seguir la opinión de los otros, alaban lo que los otros celebran, sin entenderlo, por no parecer de menos ingenio o peor gusto; pero al cabo viene a caer la mentira y prevalece la poderosa verdad.

Llegaron, dice, tres burladores a un rey, diciéndole que tejerían un paño con grandes labores, pero de tal arte, que cualquier que fuese de mala raza, bastardo o agraviado de su mujer, etc., no las podría ver. Holgó mucho el rey de oír esto, y mandóles dar un palacio donde lo tejiesen; tomaron mucho oro, plata y seda, pusieron sus telares y daban a entender que todo el día tejían; al cabo de algunos días fue uno de ellos a decir al rey cómo el paño era comenzado, y que era la cosa más fermosa del mundo, y que si su Majestad lo quisiese ver, fuese solo. El rey, queriendo certificarse, envió su camarero para que lo viese, pero no le apercibió que lo desengañase. Fue el camarero, y cuando oyó a los maestros la calidad del paño y lo que decían, no se atrevió a decir que no veía tal cosa; y contó al rey que viera el paño y las labores, y que era una cosa extremada. Envió el rey otro caballero, y dijo lo mismo que el primero; y después que todos los que envió le dijeron que habían visto el paño, fue el rey a verlo; entró en palacio, vio los maestros, que estaban haciendo como que tejían, y decían: «Ésta es la labor, y ésta tal historia, y ésta tal figura; y éste tal color, concertando todos en una cosa.» Cuando el rey oyó esto, y por otra parte que él no veía cosa, y que otros lo habían visto, túvose por muerto, ca creyó que no era fijo de su padre, etc., y por ende comenzó de loar mucho el paño, y vuelto a casa, comenzó a decir maravillas de cuán bueno era e cuán maravilloso. Al cabo de tres días, mandó a su alguacil mayor que fuese a ver aquel paño, y, por no perder la honra, comenzó a loarlo tanto como el rey, y más, de lo cual quedó el rey más triste; y otro día envió otro su privado, y sucedió lo mismo, con que de esta guisa quedó engañado el rey y cuantos fueron en su tierra, ca ninguno osaba decir que no veía el paño, e así pasó esto, fasta que vino una gran fiesta, e dijeron todos al rey que se vistiese de aquel paño; y los maestros hicieron como que lo traían envuelto en

unas toallas, y ficiéronle entender que lo descogían, y tomaron la medida, y hicieron como que cortaban; y el día de la fiesta volvieron, diciendo traían cosidos los vestidos, y ficiéronle entender que le vestían, e desque fue vestido, cabalgó en su caballo, con sus Grandes, para andar por la Corte. E desque las gentes lo vieron así venir, e sabían que el que no veía aquel paño era borde o judío o afrentado de su mujer, todos gritaban que lo veían y lo alababan, hasta que un negro, que guardaba el caballo del rey, se llegó a él, y le dijo: «Señor, vos vais en camisa, desnudo ides.» Otro que lo oyó, gritó lo mismo, y de uno en otro fueron confesando que no lo veían, fasta que los grandes, y el mismo rey, perdieron el recelo y confesaron su engaño. Fueron a buscar los burladores, y ya habían desaparecido con todo el oro, plata y sedas y mucho dinero, que el rey les había dado. Así prevalecen muchos engaños en el mundo, y tanto puede el temor de perder el crédito, por ser singular.

Ramo es de este género de conceptos, aunque por lo contrario, el censurar que no hubo desacierto ni necedad donde tanto lo parecía. Así Marcial, de uno que habiéndole pedido prestada una gran suma un mal pagador, le dio dada la mitad, dijo que no había sido simplicidad, sino gran treta, por no perderla toda:

Dimidium donare Lino, quam credere totum,
Qui mavult, mavult perdere dimidium.

Tuvo especial donosidad el Salinas en la traducción de estas sales tan breves y tan vivas:

El que con Lino halló modo
De darle lo medio dado,
De lo que él pidió prestado,
No lo quiso perder todo.

Fúndase en la desproporción de los dos extremos, aquella necedad, que cuerdamente zahiere Rufo a dos avaros:

¡Oh, ayunadores cautivos,
Quién vio tales desaciertos!
Por engordar gatos muertos.
Enflaquecer gatos vivos.

Ayuda a la desproporción de los opuestos extremos la antítesis, que fue siempre la hermosura del decir. Con el mismo primor ingenioso dijo don Luis de Góngora:

En los contornos la inquiere,
Doliéndose en los contornos
De que le niegue un recato
Lo que concediera un odio.

Acompañó la crisis con la gustosa sentencia el jurado de Córdoba en aquella sentenciosa carta a su hijo, donde cifró lo mejor de la prudencia; dijo:

Eso es fácil de inferir,
Pues no hay razón que consienta
Que sea el mentís afrenta
Y que no lo sea el mentir.

Discurso XXVIII

DE LAS CRISIS JUICIOSAS

Las juiciosas calificaciones participan igualmente de la prudencia y de la sutileza. Consiste su artificio en un juicio profundo, en una censura recóndita y nada vulgar, ya de los yerros, ya de los aciertos. De esta suerte dijo un soldado de Aníbal, cuando la victoria de Canas, que el general sabía vencer y no usar la victoria; conseguirla, pero no seguirla. El Marqués de Saborñano, discurriéndose en su presencia de un príncipe que daba orden a su capitán general que defendiese los Estados, pero sin combatir ni hacer jornada, dijo que esto era darle autoridad para poder ser vencido, mas no

para vencer. Éste y otros muchos graves y juiciosos dichos refiere el abad de San Miguel, Juan Botero, en su libro de los *Dichos memorables,* de los personajes más graves de estos tiempos. Léele, que es uno de los libros del buen gusto y de la curiosidad, digno de la librería más selecta, así como todas las obras del Botero; la *Razón de Estado* califica con el voto del Prudente Filipo, y muy leída, traducida por su mandado de italiano en español, pero entre todas sus obras las *Relaciones del mundo y de los monarcas,* en que da razón de los estados de cada uno, de sus rentas, potencia, gobierno, armas y confinantes, aunque tal vez se engaña, que no es mucho en tan universal trabajo, merecen ser colocadas en la librería délfica, y no se tenga por hombre noticioso el que no las hubiere leído.

Califícase unas veces en común, notando el desacierto general de todos. Así aquel elocuentísimo silenciario, que aun en el callar su nombre se ajustó a su sagrado instituto y más a la generosa humildad, el padre de don Miguel de Dicastillo, en su grave, ingeniosa y culta *Aula de Dios, Cartuja Real de Zaragoza,* discurre y pondera las falsas opiniones del mundo, dice así:

El parlero se da por elocuente,
El temerario pasa por valiente,
El rígido por justo,
El lascivo por hombre de buen gusto,
Y el que es un insolente
Pasa en nuevo lenguaje por corriente.
La mentira es ingenio y agudeza,
La sátira y el chiste sacudido,
Y su autor es jovial y entretenido;
La humildad es bajeza,
Pundonor la venganza,
La afectada lisonja es alabanza;
La cautela es prudencia,
Y el artificio del astuto es ciencia,
Llámase santidad la hipocresía,
El silencio ignorancia,

El valor arrogancia,
La prodigalidad, caballería,
La detracción, donaire,
El ser vicioso es gala,
Y el no seguir esta opinión desaire,
Estilo que ni el bárbaro lo iguala.
Con tan falsos juicios
Dan color de virtudes a los vicios,
Y creciendo el abuso.
El modo de pecar se vuelve en uso,
Y prosigue la culpa,
Con apariencia vana de disculpa, etc.

¡Qué juiciosamente censura la necedad común, con acierto bien especial! Arguyen gran profundidad de caudal estas ponderaciones, porque nacen de una sublime prudencia. Así también oí ponderar algunas veces al tan juicioso como valeroso caballero portugués, Pablo de Parada, el Cid de nuestros tiempos, a quien se deben todas las victorias grandes de estas campañas, que si los generales ordenaron las jornadas, él las ejecutó. Él defendió a Tarragona, cuando la sitió el más obrador francés de los que han venido a la guerra de Cataluña, el Mariscal de la Mota. Él, en los campos de Lérida, en aquella memorable batalla, siendo general don Felipe de Silva, fue el primero en el chocar y en el vencer, gobernando el famoso tercio del señor Príncipe. Él fue el que embistió con el regimiento de la Guarda las insuperables trincheras del Conde de Ancurt, llamado el Invencible, ocupó el primero el fuerte real y lo conservó, contra el parecer de los más, y dándole orden se retirase, suplicó diciendo que mientras aquellos buenos caballeros, honrados soldados, y él tuviesen vida, no se perdería aquel puesto, y prosiguiendo en el vencer, hizo huir al famoso Conde de Ancurt, y descercó a Lérida. Todo esto, que refiero ahora, lo vi entonces, yendo a su lado, hasta la misma trinchera enemiga. A éste, pues, Marte portugués, que renueva los hechos de aquellos primeros españoles en Italia y Flandes, digno de aquel siglo del belicoso Carlos, le oí decir y ponderar: «Que son tontos todos los que lo pare-

cen y la mitad de los que no lo parecen.»

Califícanse en primer lugar las personas, ya en general, ya en singular. Con una artificiosa antítesis describe la mujer Lope de Vega:

Es la mujer, del hombre lo más bueno;
Es la mujer, del hombre lo más malo,
Su vida suele ser, y su regalo;
Su muerte suele ser, y su veneno.
Es vaso de bondad y virtud lleno;
A un áspid libio su ponzoña igualo;
Por bueno, al mundo, su valor señalo;
Por falso, al mundo, su valor condeno.
Ella nos da su sangre, ella nos cría,
No ha hecho el Cielo cosa más ingrata;
Es un ángel y a veces una arpía.
Tan presto tiene amor, como maltrata:
Es la mujer, al fin, como sangría,
Que a veces da salud y a veces mata.

En singular, se califican con aceptación los sujetos, conociendo sus eminencias. De esta suerte Augusto deprecaba a Cayo, enviándole a Armenia la benevolencia de Pompeyo, la audacia de Alejandro y su fortuna propia. De esta misma agudeza nace graduar las provincias; tal fue aquella plausible crisis de las de España:

Boetica mittit equos; tauros Xarama feroces.
insignes Castella duces; Aragonia Reges.

En el castellano dijo así don Manuel Salinas:

Caballos da Andalucía,
Hermosos, cuanto veloces;
Toros Jarama feroces
Que en frondosos bosques cría.
Castilla al campo conduce
Los capitanes valientes,

Mas los Reyes excelentes
Sólo Aragón los produce.

Con mucha propiedad censura y describe las edades el sentencioso Horacio, en su célebre *Arte de Poesía:*

Reddere qui voces jam scit puer, et pede certo
Signat humum, gestit paribus colludere, et iram
Colligit ac ponit temere; et mutatur in horas.
Imberbis juvenis tandem custode remoto
Gaudet equis, canibusque, et aprici gramine campi
Caereus in vitium flecti, monitoribus asper,
Utilium tardus provisor, et prodigus aeris,
Sublimis, cupidusque, et amata relinquere pernix.
Conversis studiis aetas, animusque virilis
Quaerit opes, et amicitias; inseruit honori,
Commisisse cavet, quod mox mutare laboret.
Multa senem circunveniunt incommoda: vel quod
Quaerit, et inventis miser abstinet ac timet uti:
Vel quod res omnes timide, gelideque ministrat,
Dilator, spe longus, iners, avidusque futuri,
Difficilis, querulus, laudator temporis acti
Se pueris censor, castigatorque minorum.

Estas cuatro edades del hombre las comparaba un varón juicioso a las cuatro naciones de España, con mucha propiedad. No sólo los sujetos, estados, naciones y provincias, sino las mismas virtudes y los vicios se califican y ponderan juiciosamente por una aventajada crisis. Tal fue ésta en aquel célebre y erudito libro, prohijado a los mayores ingenios de España, por su sazonada y profunda enseñanza. Califica la Mentira y la Verdad en esta agradable y artificiosa alegoría:

«De todas las cosas criadas, ninguna podrá decir haber pasado sin su imperio. A todas llegó su día y tuvieron vez. Mas, como el tiempo todo lo trueca, las unas pasan y las otras han corrido.» «A la Verdad aconteció lo mismo; también tuvo su Cuando, de tal manera, que antiguamente se usaba más que ahora..., mas como lo bueno cansa y lo malo nunca se daña,

no pudo entre los malos cosa tan santa conservarse. Sucedió que, viniendo una gran pestilencia, todos aquéllos a quien tocaba, si escapaban con la vida, quedaban con lesión de las personas. Y como la generación fuese pasando, alcanzándose unos a otros, los que nacían sanos vituperaban a los lisiados, diciéndoles las faltas y defectos, de que notablemente les pesaba ser denostados; de donde poco a poco, vino la Verdad a no querer ser oída, y de no quererla oír, llegaron a no quererla decir, que de un escalón se sube a dos, y de dos hasta el más alto; de una centella se abrasa una ciudad. Al fin, fuéronse atreviendo, hasta venir a romper el estatuto, siendo condenada en perpetuo destierro y a que en su silla fuese recibida la Mentira. Salió la Verdad a cumplir el tenor de la sentencia; iba sola, pobre y cual suele acontecer a los caídos, que tanto uno vale, cuanto lo que tiene y puede valer, y en las adversidades los que se llaman amigos se declaran por enemigos. A pocas jornadas, estando en un repecho, vio parecer por cima de un collado mucha gente, y cuanto más se acercaba, mayor grandeza descubría. En medio de un escuadrón, cercado de un ejército, iban reyes, príncipes, gobernadores, sacerdotes de aquella gentilidad, hombres de gobierno y poderosos de aquellas provincias, cada uno conforme a su calidad, más o menos llegados cerca de un carro triunfal que llevaban en medio con gran majestad, el cual era fabricado con admirable artificio y extremada curiosidad. En él venía un trono hecho que se remataba en una silla de marfil, ébano y oro, con muchas piedras de precio engastadas en ella, y una mujer sentada, coronada de reina, el rostro hermosísimo, pero cuanto más de cerca, perdía de su hermosura, hasta quedar en extremo fea. Su cuerpo, estando sentada, parecía muy gallardo, mas puesta en pie o andando descubría muchos defectos. Iba vestida de tornasoles riquísimos a la vista, y de colores varios, mas tan sutiles y de poca sustancia, que el aire los maltrataba y con poco se rompían. Detúvose la Verdad en tanto que pasaba este escuadrón, admirada de ver su grandeza, y cuando el carró llegó y la Mentira reconoció a la Verdad, mandó que parasen, hízola llegar cerca de sí, preguntóla de dónde venía, dónde y a qué iba, y la Verdad la

dijo en todo. A la Mentira le pareció convenir a su grandeza llevarla consigo, que tanto es uno más poderoso cuanto mayores contrarios vence y tanto en más tenido cuantas más fuerzas resistiere. Mandóla volver, no pudo librarse, hubo de caminar con ella, pero quedóse atrás de toda la turba, por ser aquel su propio lugar conocido. Quien buscare la Verdad, no la hallará con la Mentira, ni sus ministros, a la postre de todo está y allí se manifiesta. La primera jornada que hicieron fue a una ciudad, en donde salió a recibirlos el Favor, un príncipe muy poderoso. Convidóla con el hospedaje de su casa. Aceptó la Mentira la voluntad, mas fuese al mesón del Ingenio, casa rica, donde le aderezaron la comida y festearon. Luego, queriendo pasar adelante, llegó el mayordomo Ostentación, con su gran personaje, la barba larga, el rostro grave, el andar compuesto y la habla reposada. Preguntóle al huésped lo que debía. Hicieron la cuenta, y el mayordomo, sin reparar en cosa alguna, dijo que bien estaba. Luego la Mentira llamó a la Ostentación, diciendo: "Pagadle a ese buen hombre de la moneda que le disteis a guardar, cuando aquí entrasteis." El huésped quedó como tonto, diciendo qué moneda fuese aquélla que decían. Túvolo a los principios por donaire, mas como instasen en ello, y viesen que lo afirmaba tanta gente de buen talle, lamentábase, asegurando nunca tal habérsele dado. Presentó la Mentira por testigo al Ocio, su tesorero; a la Adulación, su maestresala; al Vicio, su camarero; a la Asechanza, su dueña de honor, y otros sirvientes suyos, y para más convencerlo mandó comparecer ante sí al Interés, hijo del huésped, y a la Codicia, su mujer. Todos los cuales contestes afirmaron ser así. Viéndose apretado el Ingenio, con exclamaciones rompía los aires pidiendo a los cielos manifestasen la verdad, pues no sólo le negaban lo que le debían, pero le pedían lo que no debía. Viéndolo la Verdad tan apretado, como tan amiga que siempre deseó ser suya, le dijo: "Ingenio amigo, razón tenéis, pero no puede aprovecharos, que es la Mentira quien os niega la deuda, y no hay aquí sino yo de vuestra parte; en lo que puedo valeros es en sólo declararme como lo hago." Quedó la Mentira tan corrida de aqueste atrevimiento, que mandó a los ministros

pagasen al Ingenio de la hacienda de la Verdad, y así se hizo. Pasaron adelante, haciendo por los caminos, ventas y posadas, y lo que tiene de costumbre semejante género de gente, sin dejar alguna que no robasen, que un malo suele ser verdugo de otro, y siempre un ladrón, un blasfemo, un rufián y un desalmado acaba en las manos de otro su igual. Son peces que se comen los grandes a los chicos.»

«Llegaron más adelante a un lugar donde la Murmuración era señora, y gran amiga de la Mentira. Salióla a recibir, llevando delante de sí los poderosos de su tierra, y privados de su casa, entre los cuales iban la Soberbia, Traición, Engaño, Gula, Ingratitud, Malicia, Odio, Pereza, Pertinacia, Venganza, Envidia, Injuria, Necedad, Vanagloria, Locura, Voluntad, sin otros muchos familiares. Convidóla con su posada, la cual aceptó la Mentira, con una condición, que sólo se le diese el casco de la casa, porque ella quería hacer la costa. La Murmuración quisiera mostrarle allí su poder y regalarla, mas como debía dar gusto a la Mentira, recibió la merced que la hacía, sin replicarle más en ello, y así se fueron juntas a palacio. El veedor Solicitud y el despensero Inconstancia proveyeron la comida, y a la fama vinieron de la comarca con suma de bastimentos; todo se recibía sin reparar en precios, y en habiendo comido, queriendo ya partirse, pidieron los dueños su dinero de lo que habían vendido. El tesorero dijo que nada les debía, y el despensero que lo había pagado todo; levantóse gran alboroto; salió la Mentira, diciendo: "Amigos, ¿qué pedís? Locos estáis o no os entiendo; ya os han pagado cuanto aquí trajisteis, que yo lo vi, y os dieron el dinero en presencia de la Verdad; ella lo diga, si basta para testigo." Fueron a la Verdad que lo dijese; hízose dormida. Recordáronla con voces, mas ella, acordándose de lo pasado, dudaba en lo que había de hacer: acordó fingirse muda, escarmentada de haber hablado, por no pagar ajena costa y de sus enemigos, y con esta costumbre se ha quedado. Ya la Verdad es muda, por lo que le costó no serlo; ése que la trata, paga.» Nótese lo agradable del estilo, por ser sin afectación, sin violencia y tan a lo natural, terso, claro, corriente, puro, igual; esto es hablar con seso.

Mézclanse con mucha gracia y artificio la crisis juiciosa y la irrisoria, aquélla ponderando y ésta zahiriendo, como se ve en este moral soneto del filósofo de los poetas, Lupercio Leonardo:

¿Quién casamiento ha visto sin engaños,
Y más si en dote cuentan la hermosura,
Cosa que hasta gozarla sólo dura,
Y deja al despertar con desengaños?
O menos es la hacienda, o más los años,
Y al fin la que parece más segura,
No está sin una punta de locura,
Y a veces con remiendos de otros daños.
Mucho debes a Julia, Fabio amigo,
Que de tantos peligros te ha librado,
Negándote la fe que te debía.
Tú de que engañó al otro eres testigo,
Y ¿lloras no haber sido el engañado?
Ríete, si no quieres que me ría.

Hay unas verdades plausibles y gustosas, que participan igualmente de la agudeza y de la prudencia, como aquélla de Marcial a Emiliano, cuando le dice:

Semper eris pauper, si pauper es, Aemiliane.
Dantur opes nulli nunc, nisi divitibus.

No contiene otro concepto este agudísimo epigrama, sino una juiciosa, plausible verdad. Estímala en esta elegante traducción del célebre Salinas:

Siempre, Emiliano, serás
Pobre, si ya pobre fueres,
Que no se dan los haberes,
Sino a los que tienen más.

Cuando el común pondera una conocida infelicidad o dicha, un manifiesto desacierto; el observar y ponderar otro

más importante y recóndito es gran asunto de esta agudeza juiciosa. Así el gran Duque de Alba no condenaba tanto en Pompeyo el haber sido vencido de sus contrarios, sino el haber sido convencido de los suyos propios, en condescender con ellos y dar la batalla contra su mismo parecer.

Son también asunto primoroso de este artificio unas calificaciones paradojas, pero muy significativas. Tal fue aquel tan solemnizado juicio de Momo, cuando compitieron los tres dioses con tres obras sobre cuál era más perfecta. Presentó Vulcano un hombre, que había fabricado con suma arte: miróle Momo, y tachóle de que por cuanto nacía el engaño en su pecho, le faltaba una ventanilla en él, por la cual se pudiera ver lo que tenía allá dentro y si decían las palabras con el corazón. Ostentó Minerva una casa de extremada arquitectura, y fue también reprendida porque no la había fundado sobre un eje a modo de torno, para que, si aconteciese haber algún mal vecino, pudiese dar la vuelta y mudar la puerta a otra calle. Sacó Neptuno un perfectísimo toro, y censuróle de que no le había puesto los ojos delante de los cuernos, para que no hiriese a ciegas, sino con advertencia de lo que hacía.

Ayúdase con felicidad la crisis de las ficciones, para el censurar, porque, como es odiosa la censura, pónese en un tercero, ya por alegoría, ya por fábula. Como aquélla de la vulpeja, cuando, entrando en la oficina de un estatuario, vio una cabeza de un gallardo mancebo, muy bien acabada y hermosa, pero advirtiendo que estaba vacía por dentro, exclamó, diciendo: «¡Oh, qué lindo vulto!, pero no tiene cerbelo», con que zahirió a toda hermosura, que de ordinario es trono de la necedad.

Ingressa Vulpes in Choragi pergulam,
Fabre expolitum invenit humanum caput;
Sic eleganter fabricatum, ut spiritus
Solum deesset caeteris vivisceret.
Id illa cum sumpsisset in manibus, ait.
¡Oh, quale caput est! Sed cerebrum non habet.

Tienen estos conceptos mucho de satíricos y algo de sentenciosos, pero la rara observación y calificación juiciosa es lo que prevalece en ellos. Todas campean en este epigrama del antiguo Silvestre, ingenioso portugués, trasplantado a Granada:

¡Qué lejos está un necio de entenderse!
¡Qué cerca un majadero de enojarse!
¡Qué pesado es un torpe en atajarse
Y qué liviano un simple de correrse!
El uno es imposible conocerse;
El otro no hay querer desengañarse,
Y así no puede el necio adelgazarse,
Que todo es para más entorpecerse.
Al fin, se han de tratar con presupuesto.
Que son en defender su desatino
Más zafios y más tiesos que un villano.
Mas si el más sabio de ellos es un cesto,
Y no hay poder meterlos en camino,
Dejarlos por quien son es lo más sano.

El principal empleo, pues, de este modo de agudeza es una censura extraordinaria, nacida de un relevante juicio. Fue raro en estas crisis el Bocalini y, entre todas, aquélla de la reforma general del universo, cometida a los siete sabios de Grecia y a otros filósofos latinos. Tales Milesio dijo que nacía tanto desorden del común engaño, y así, que el remedio era hacer la ventanilla en el pecho humano; señalóse tiempo de ocho días para limpiar los interiores; al cabo de ellos, se conoció que aquello era en favor de los cuatro ignorantes, pues los demás, a dos días que traten con un hombre, el más fingido, le saben penetrar hasta las mismas entrañas, y así se desechó aquel parecer. Solón representó nacer de la desigualdad de bienes temporales, con que los poderosos oprimen a los pobres, y éstos los aborrecen; que se hiciese de nuevo la repartición del mundo. Contradijo Séneca, porque se seguiría otro mayor desorden, que a la gente soez y baja le tocaría mayor parte y a los nobles y virtuosos muy pequeña. Quilón

ponderó ser la raíz de todo el mal la codicia del oro y de la plata, y así, que se desterrasen del mundo y se anegasen en el mar tan infames metales, pero averiguóse que luego darían los hombres en otros, y no se conseguiría el remedio. Cleóbulo se enojó demasiadamente refutando este parecer, diciendo que el oro y plata eran medida y contrapeso de todas las cosas, que para eso los había criado el Sumo Hacedor, pero el hierro, producido de la Naturaleza para fabricar azadas, rejas y otros instrumentos necesarios para cultivar la tierra, la malicia y crueldad de los hombres los ha aplicado para hacer espadas, lanzas y puñales, instrumentos de la muerte. Pítaco, con sentimiento, propuso ser el daño el no dar los príncipes las dignidades y los premios a los beneméritos; volvió por ellos Periandro, acusando de poca fidelidad, de ingratitud y de presunción a los varones de grandes talentos, y que por eso echaban mano de hombres humildes y agradecidos. Bías lo atribuyó al haberse mezclado las naciones, y así que se volviesen a levantar los montes Pirineos entre los españoles y franceses; los encumbrados Alpes entre los italianos y alemanes; entre los franceses e ingleses fuese innavegable la Canal; entre África y Europa, el Mediterráneo; los ríos caudalosos Éufrates, Indo, Ganges, Tigris, Nilo, el Reno y otros, y cada uno se contentase con la patria en que nació. No fue aprobado el parecer, por ser contra la comunicación universal, y que no todo lo bueno nace en una parte de la tierra; el rígido Catón echó toda la culpa al sexo femíneo, y el remedio era suplicar al Criador que, así como a las abejas ha concedido el singular beneficio del procrear sin ayuda de hembra, haga también a los hombres la misma merced. Séneca fue de parecer se llamasen peritos maestros de cada arte y oficio, de conocida bondad, y que cada uno corrigiese los abusos introducidos en ella. Pero el secretario Manzoni aconsejó fuese llamado allí delante el enfermo, que viniese el Presente Siglo y se le preguntase a él su mal. Ejecutóse así; fue traído en una silla por las cuatro estaciones del año; era viejo de muchos años, pero de robusta complexión, que mostraba había de vivir muchos más; solamente parecía tener alguna dificultad en el respirar, y, mostrando mucha flaqueza en la

voz, se estaba siempre quejando. De lo cual, maravillados todos, le preguntaron qué le dolía. El Siglo, entonces, respondió: «Yo, señores, poco después que nací, caí en los males que tanto me afligen; tengo el rostro colorado, porque las gentes modernas me han hermoseado con extremados afeites; mi mal es semejante a la menguante y creciente del mar, que siempre tiene en sí a la misma agua, si bien mengua y crece; con esta diferencia, que cuando tengo buen aspecto por de fuera, el mal está dentro, y al contrario. Si queréis ver los males que me afligen, quitadme esta capa rica con que me han cubierto las personas honradas, ocultando horrores sin cuento. Quedaron espantados los reformadores de ver aquel cadáver vivo, y más, cuando advirtieron que era imposible quitarle las costras podridas de aquellas apariencias, por haber penetrado el mal hasta los huesos, que en todo él apenas se hallaba una onza de carne viva; al instante lo volvieron a vestir, y lo despidieron como a incurable, conociendo que en este mundo se vive más con el menos mal que con el perfecto bien, y que la suma providencia humana consiste en hacer aquella dificultosa resolución de dejar este mundo como le hemos hallado. Para desmentir la expectación común de tan importante junta, pusieron precio a las calabazas, lechugas y berzas. Abrieron luego las puertas de Palacio y se leyó al pueblo, que era infinito, la universal reforma, con indecible aplauso, porque la vil plebe con cualquiera pequeña cosa se satisface, y los hombres de sano juicio saben bien lo que dice Tácito, que habrá vicios mientras haya hombres.

Cuando la crisis se aplica a la ocasión es más gustosa, y, según las circunstancias, se suele singularizar. De esta suerte discurrió Marcial, persuadiéndole a uno que pagase y no pleitease:

Et judex petit, petit patronus,
Solvas censeo, Sexte, creditori.

Consiste su agudeza en un acertado juicio, aplicado a la ocasión, elegantemente traducido del Salinas:

Si el juez, si el procurador,
Si te pide el escribano,
Sexto, consejo es más sano
El pagar al acreedor.

En el modo de censurar hay también su variedad y artificio; siempre que se junta con el reparo es más artificiosa la crisis, porque, a más de lo juicioso, concluye lo ingenioso. Suele ponderar don Vincencio Salinas y Azpilcueta, Justicia hoy de la ciudad de Huesca, meritísimo por su gran prudencia, atención, integridad y eminentísimo caudal, que en Aragón los jueces no se llaman jueces, como en otros reinos, sino Justicias, en significación que han de ser la misma justicia y rectitud en su formalidad. Con una dubitación se da alma a la crisis. Del heroico Aníbal ponderó Valerio Máximo, dejándose llevar de la vulgar pasión contra los extranjeros, que dejó en duda si había de ser tenido por Máximo o por pésimo: *Insignem nominis, sui memoriam relicturus, indubio majorne, an peior haberi deberet poneret.*

Con una crítica antítesis dijo del disimulado Tiberio un atento cortesano, al rehusar por ceremonia o por tentativa el mando. Los demás cumplen tarde lo que prometen presto; tú, lo que temprano ejecutas, tarde lo prometes: *Caeteri quod pollicentur, tarde praestant; tu quod praestas, tarde polliceris.*

Censúrase con una improporción disonante; artificiosamente de Mario dijo Patérculo: Murió aquel varón grandemente dañoso en la guerra para los enemigos, en la paz para los amigos. *Morbo opressus decessit Marius, vir in bello hostibus, in otio civibus infestissimus.* Son ingeniosísimas calificaciones todas éstas, y que hacen muy agradable la narración de la historia. Decía Pompeyo, de sí mismo, que todas las dignidades las había conseguido antes de esperarlas y las había renunciado antes que otros las esperasen.

Válese con mucha destreza el ingenio para censurar de la condicional; de esta suerte pondera el docto y religioso padre Diego Pinto, de la Compañía de Jesús, aquél que tan divinamente escribió del Dios humanado y crucificado, en cuatro tomos, según las cuatro dimensiones de la cruz, para que

fuese la obra cuadrada y perfecta; ponderaba, pues, que si la ley de Dios mandara lo que las leyes del mundo y de los vicios (al avaro, que no gozase de sus haberes; al vengativo, que anduviese siempre cargado de hierro y de recelo; al ciego amador, no dormir ni descansar en su cama, sino andar toda la noche al frío y al sereno; al jugador, estar aherrojado a una mesa, perdiendo el tiempo, la paciencia y la hacienda; al ambicioso, ir con toda solicitud hecho esclavo de todos, y así de los demás), que fuera una ley intolerable y un Dios insufrible; y ahora observan los hombres tan puntualmente estas leyes, esperando por paga un infierno para siempre.

Discurso XXIX

DE LA AGUDEZA SENTENCIOSA

Es ésta la operación máxima del entendimiento, porque concurren en ella la viveza del ingenio y el acierto del juicio. Las sentencias y las crisis sazonan la historia, que sin estos dos resabios es insulsa la narración, especialmente a gustos juiciosos, a profundas capacidades; y aunque cualquier sentencia es concepto, porque esencialmente es acto del discurso una verdad sublime, recóndita y prudente. Pero las que son propias de esta arte de agudeza son aquellas que se sacan de la ocasión y les da pie alguna circunstancia especial, de modo que no son sentencias generales, sino muy especiales, glosando alguna rara contingencia por ellas. Bebiendo el romano Fabio un vaso de leche, atravesósele en la garganta un pelo que había caído en ella y ahogóle; de suerte que, habiendo sido pretor, con otras muchas honras obtenidas en el Senado, un pelo de la madre de la leche fue bastante a detener el curso de su felicidad y de su vida. A este raro asunto hizo este grave y sentencioso epigrama el ingenioso y docto padre Pablo de Rajas, valenciano de la Compañía de Jesús; oyéndole el gran Bartolomé Leonardo dijo que parecía mucho a los suyos. Sirvió de explicación a un emblema, en que se pintó esta historia, en

ocasión de las exequias reales que hizo Zaragoza al rey nuestro señor don Felipe el Piadoso:

En esa candidez, ilesa y pura,
Que la lisonjera en néctar se desata,
Cuando sencilla y fácil, de la plata
A los labios traslada su dulzura;
La más gallarda edad estar segura
No piense, que tal vez la muerte ingrata
En la leche se mezcla, y arrebata
Juntas, edad, salud, vida y ventura.
¡Por cuán estrecho paso recibimos
Y damos el aliento alternamente,
Pues queda como un átomo impedido!
¡Oh, vida, frágil bien! *¿Por qué vivimos*
Dudosos por instantes, si pendiente
Estás de un pelo en el licor caído?

Dásele salida a un reparo, a una misteriosa ponderación, con gran agrado y sutileza, por una plausible sentencia. Así el absoluto poder de la muerte, que otros ponderan por sentencias comunes, el ingenioso Marcial lo glosó primorosamente en su ocasión. Cayó un pedazo de hielo de las canales de un tejado, e hiriendo en el cuello a un niño que pasaba, le degolló. «¿Dónde no está la muerte —dijo el poeta—, si de las mismas aguas hace puñal para degollar?»

Qua vicina pluit Vipsanis porta columnis,
Et madet assiduo lubricus imbre lapis.
In jugulum pueri, qui roscida templa subibat,
Decidit Hyberno praegravis unda gelu:
Cumque peregisset miseri crudelia fata,
Tabuit in calido vulnere mucro tenet.
Quid non saeva sibi voluit Fortuna licere
Aut ubi Mors non est, si jugulatis, aquae?

Está bien ponderado y elegantemente traducido de don Manuel Salinas:

En el pórtico Vipsano,
Donde cien columnas hay,
Y a quien frondosos laureles
Tributo en coronas dan;
Donde el agua no risueña,
Engañosa si humedad,
A las losas comunica
Resbaladero al pisar.
A un segundo Ganimedes,
Que al templo iba a ministrar,
Hirió en el cuello del hielo
Un cristalino puñal:
Conque inexorable el hado
Cortó el estambre vital,
No bien comenzado aún,
Cuando mal cortado ya.
Acabó el infante bello,
Comenzando su crueldad
La Fortuna, con quien nada
Puede belleza ni edad.
¿Qué no quiso ésta, cruel,
Que pudiese ejecutar,
O adonde no está la muerte,
Aguas, si así degolláis?

Aunque las sentencias hablan comúnmente con universalidad, pueden con el arte singularizarse a la ocasión, y son sentencias contraídas que dan mucho espíritu al concepto. Así don Luis de Góngora, en desengaño de una vana belleza, dijo:

Mientras por competir con tu cabello,
Oro bruñido al sol relumbra en vano;
Mientras con menosprecio en medio el llano
Mira tu blanca frente el lilio bello;
Mientras a cada labio, por cogello,
Siguen más ojos que al clavel temprano,
Y mientras triunfa con desdén lozano

Del luciente marfil tu gentil cuello;
Goza cuello, cabello, labio y frente,
Antes que lo que fue en tu edad dorada,
Oro, lilio, clavel, cristal luciente,
No sólo en plata o viola trocada
Se vuelva, mas tú y ello juntamente
En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

Sirve la retórica gradación de materia al realce de la ponderación sentenciosa. Una extraordinaria contingencia es el más propio asunto de estas ponderaciones, y cuanto más prodigiosas las circunstancias, empeñan más el reparo a que da salida la sentencia. Estaban jugándose la vida tres hermosas doncellas, digo echando suertes sobre cuál había de morir primero; pero aquélla a quien cupo el infeliz agüero hacía burla de él, zahiriendo de ciega a la fortuna. Cayó en esto un pedazo del techo donde estaban, e, hiriéndola a ella sola, la dejó allí muerta. Coge el suceso Alciato para un magistral emblema, con esta inscripción: *Semper presto esse infortunia.* Glósalo de esta suerte:

Ludebant parili tres olim aetate puellae
Sortibus, ad Stygias quae prior iret aquas
Ast cui jactato male cesserat alea talo,
Ridebat sortis caeca puella suae.
Cum subito icta caput labente est mortua tecto,
Solvit, et audacis debita fata joci:
Rebus in adversis mala sors non fallitur; ast in faustis, nec precibus, nec locus est manui.

Es también grande desempeño una sentencia bien aplicada a la ocasión y sacada de las mismas circunstancias. Así, por una moral semejanza, tomada del mismo suceso, se desempeñó un acudido cortesano. Cenando el príncipe don Carlos, tan desabrido como siempre, cansado uno de los del cortejo, ya de la prolijidad, ya del desazonado humor del príncipe, fuese retirando poco a poco hacia la pared, que le falseó, por estar tras las cortinas el hueco de una chimenea; cayó él, y

por poco cayeran también los presentes de risa. Sólo Carlos, muy severo, dijo: «A tal grosería, tal castigo.» El áulico, entonces, tan pronto al responder como al levantarse, dijo: «Pardiez, Señor, así son todos los arrimos de Palacio.» De la semejanza de una rosa tomó también pie para una prudente moralidad y ejemplar sentencia Tomás Gudiel:

Hija del Sol y de sus bosques hija,
Sol de las flores nace en la mañana,
Rosa que ofende nácares ufana,
Si a la aurora su púrpura prohija.
Sobre mucha beldad el tiempo aguija
Y encubierta en la luz la muerte cana,
A joven flor con rayos inhumana
Hace que el Sol hasta morir la aflija.
Muere, belleza, porque el tiempo quiere
Darte ejemplar a menos reducido,
Del discurso luciente de tus años.
La luna de este espejo deslucido,
Clara te avisa, que lo bello muere,
Si te lisonjearen tus engaños.

De tan florido ejemplo saca el fruto de una desengañada verdad. Tal vez suele ser paradoja la sentencia, pero con su picante se hace más gustosa. De esta suerte ponderaba mi hermana, la madre Magdalena de la Presentación, priora de las carmelitas descalzas de San Alberto, que no puede haber santo que sea simple, porque la santidad es muy prudente, discreta y sabia, y todo lo es en eminencia, como Dios. Cuanto la paradoja es más recóndita y especial, es más plausible. Fuelo ésta de Marcial, y muy a la ocasión, ponderando la temprana muerte del muchacho Glaucia, lisonja y agrado universal de Roma; concluye el culto epigrama con una exageración más que sentencia:

Non de plebe domus, nec avarae verna catastae,
Sed domini sancto dignus amore puer,
Munera cum posset nondum sentire patroni,

Glaucia libertus jam Melioris erat.
Moribus hoc formaeque datum: quis blandior illo?
Aut quis Apollineo pulchrior ore fuit?
Immodicis brevis est aetas, et rara senectus.
Quidquid amas, cupias non placuisse nimis.

Dobló la ponderación con dos sentencias, una mejor que otra. Tradújolo con toda propiedad don Manuel Salinas:

Esta pira que admiras erigida
No es, no, de algún plebeyo monumento,
Ni de esclavo infeliz, que su avariento
Dueño encerró en mazmorra forajida.
A Glaucia sella, prenda tan querida,
Cuanto digna en Melior de sentimiento,
Por quien, aun no capaz de entendimiento,
Gozó de libertad lo que de vida
A lo hermoso en costumbres, y en su cara
Esto se dio y debió. ¿Quién más afable
Y quién más lindo, que al Sol vencía?
Breve es la edad y la vejez es rara
En prodigios. Si quieres sea durable
Lo que amas, no te agrade a demasía.

Prudente paradoja fue la de Biante, que la hermosura es bien ajeno, y ayudándola de la contraposición, informó su sagaz empresa Augusto con el *Festina lente*. Cuando la sentencia es útil, se eterniza en la memoria. El no menos ingenioso que valiente zaragozano, el almirante don Pedro Porter y Casanate, suele decir que para valer, méritos y medios. Por opuesta gradación encareció don Antonio de Mendoza, en su donosísima y siete veces repetida con el mismo agrado, comedia de *El marido hace mujer*, en competencia de *El senador*, de Terencio:

En la obligación partido,
Llegáis el campo a tener;
Cuerda, basta la mujer;

Sabio, aún no basta el marido.
Sufrir todos es el modo
Más cuerdo y de más disculpas:
Ellos todo si no es culpas,
Ellas las culpas y todo.

Válese la sentencia con felicidad de las demás especies de la agudeza, prestándose unas a otras el artificio y adelantando la perfección. De esta suerte el Falcón en la sutileza, y Cisne en los conceptos, a un reloj de arena, proporcionando el hombre, que es el polvo, con los que le miden la vida, cantó sentenciosamente:

Haec nimis hora fugax, dum vitro currit arena,
Nos monet extremum non procul esse diem.
Summa brevis vitae levibus componitur horis.
Et quia pulvis homo est, pulveris instar abit.

Gallarda correspondencia entre la fragilidad del vidrio y la del hombre, entre el deslizarse la arena y pasar la vida entre polvo y polvo; el que mide y es medido. Forma el misterioso reparo y da la relevante proporción, por desempeño en sentencia. Lógralo segunda vez en la elegante traducción de don Manuel Salinas:

Esta hora que corre tan aprisa,
Mientras en el reloj la arena dura;
De que no está muy lejos nos avisa
La última, tan llena de amargura:
De horas breves compuesta por precisa
Ley, nuestra breve vida se apresura,
Que como es polvo el hombre, así camina,
De la suerte que el polvo a su ruina.

Realzó lo sentencioso con lo ingenioso nuestro insigne bilbilitano Pedro Liñán, en todas sus obras juicioso, por no desmentirlo de poeta aragonés, y entre más de cien epigramas, todos selectos y conceptuosos, cantó así a un desengaño:

Si el que es más desdichado alcanza muerte
Ninguno es con extremo desdichado,
Que el tiempo libre le pondrá en estado
Que no tema ni espere injusta suerte.
Todos viven penando, si se advierte:
Éste, por no perder lo que ha ganado;
Aquél, porque jamás se vio premiado.
¡Condición de la vida injusta y fuerte!
Tal suerte aumenta el bien, y tal le ataja:
A tal despojan, porque tal posea;
Sucede a gran pesar grande alegría.
Mas, ¡ay!, que al fin les viene en la mortaja,
Al que era triste lo que más desea;
Al que era alegre lo que más temía.

No sólo sirven para concluir perfectamente un epigrama o un soneto estos conceptos sentenciosos, sino que en medio de una narración o discurso se dejan caer como perlas de la aurora sobre las fragantes flores. De esta suerte el fecundo Ovidio, en aquel razonamiento (tan moral cuanto alegórico) en que Apolo aconseja al temerario hijo a llevar el gobierno de su luz con moderación y con prudencia, se va dejando caer algunas sentencias, que en gran manera alcanzan lo grave de la enseñanza. Comienza, pues:

Regia solis erat sublimibus alta columnis,
Clara micante auro flammasque imitante Pyropo,
Cuius ebur nitidum fastigia summa tegebat,
Argenti bifores radiabant limine valvae,
Materiam superabat opus etc.
Inde loco medius rerum novitate paventem
Sol oculis juvenem, quibus aspicit omnia, vidit
«Quae» sibi «causa viae»? Quid hac, ait, «arce petisti»
Progenies, Phaeton, haud inficianda parenti?
Vix bene desierat; currus petit ille paternos.
Magna petis, Phaeton, *et quae non viribus istis*
Munera conveniunt nec tam puerilibus annis.
Sors tua mortalis; non est mortale quod optas, etcétera.

«Si potes his saltem monitis parere parentis,
Parce, puer, stimulis *et fortius utere loris?»*
Altius egressus coelestia tecta cremabis,
Inferius terras; medio tutissimus ibis,
Nen te dexterior tortum declinet ad unguem;
Neve sinisterior pressam rota ducat ad Aram,
Inter utrumque tene; Fortunae cactera mando.

Son verdades célebres las sentencias cuando son universales. Bien pueden ser célebres y sublimes, como aquélla de Platón: *Difficilia, quae pulchra.* El ser plausibles nació de lo recóndito y raro, y lo extraordinario del sentimiento da quilate a la sentencia, como ésta de Tucídides: *Plerumque foelix est prudentia.* Cuanto más breves son en el dicho, suelen ser más profundas en el sentido; así Epicteto redujo la filosofía prudente a solas dos palabras: *Sustine et abstine.* Dícense a modo de proverbios tal vez, como ésta de don Baltasar Andrés, benemérito de todas buenas letras, pero en las matemáticas eminente: *Que el rey hace la grey.* En la filosofía moral desaguan las sentencias, como en océano de las fuentes de tanto sabio, y entre todos el juiciosamente prodigioso Séneca hizo culta la estoiquez, y cortesana la filosofía. Entre muchas, dignas de la curiosidad discreta, que engastó su preciosa carta, Rufo dijo:

Todo el tiempo que vivimos
Hacia el morir caminamos;
Rodeando, si velamos,
Atajando, si dormimos.

Discurso XXX

DE LOS DICHOS HEROICOS

Así como hay sentencias que exprimen la profundidad de la mente, lo sustancial de la inteligencia, así hay dichos magnánimos que declaran con excelencia la grandeza del valor, la valentía del corazón y la generosa majestad de un grande pecho. Osténtase en aquéllas la gran capacidad; en éstos el ánimo, dichos propios de héroes. Hay unos universales, hay otros singulares en todo, y cortados a la ocasión, como aquel de Luis Duodécimo, cuando, temiéndole rey los que le habían agraviado Duque, los aseguró, diciéndoles: «No venga el rey de Francia los agravios hechos al Duque de Orleans».

Consiste la eminencia de estos apotegmas en exprimir el aprecio de alguna majestuosa virtud, y cuanto más excelente ésta, más merecedor el dicho de una inmortal estimación. En el generoso deseo de la gloria y fama, fue célebre aquél de Alejandro, ponderado de Plutarco en sus *Paralelos: Omnia praeripiet, Sodales, Pater, neque ullum mihi insignem, et illustrem relinquet vobiscum perpetrandum actum.* ¿Qué me dejará mi padre qué hacer? En la clemencia, fue extravagante el de Nerón, y más en él, que vivió por extremos; celébralo Séneca en sus libros *De clemencia,* y aun de él tomó ocasión para tan ilustre y erudita obra. Así comienza su segundo libro: *Ut de Clementia scriberem, Nero Caesar, una me vox tua maxime compulit, quam ego non sine admiratione, et cum diceretur audisse memini, et deinde aliis narrasse. Vocem generosam, magni animi, magnae lenitatis, quae non composita, nec alienis auribus data, subito erupit; sed bonitatem tuam, cum fortuna tua litigantem in medium adduxit. Animadversurus in latrones Praefectus tuus, vir egregius, et tibi Principi natus, exigebat a te scribens, in quos, et ex qua causa animadverti velles; hoc saepe dilatum, ut aliquando fieret, instabat. Invitus invito cum chartam protulisset, traderetque, exclamasti: Vellem nescire litteras. O dignam vocem, quam audirent omnes gentes,* etcétera. ¡Oh, quién no supiera escribir! En la equidad y entereza fue agradable aquél de Enrique el Castellano; que temía más las

maldiciones de sus oprimidos vasallos que las lanzas de sus enemigos. En la generosidad, el de Jacob Almanzor, que él había nacido para hacer bien a todos. Basta un dicho de éstos para acreditar de héroe.

Aunque la eminencia de estos sentimientos está más en ostentar la grandeza del ánimo y la superioridad del corazón, con todo eso se ayudan mucho de la agudeza del concepto, y entonces tienen doblada la perfección. Por un encarecimiento exprimió bien la profundidad de un pecho real el Tercer Pedro de Aragón, respondiendo al embajador del Papa, que le preguntaba contra quién armaba, que si supiera que su camisa llegaba a entender el menor secreto de su pecho, al mismo punto se la desnudaría y la abrasaría.

Por una significativa contraposición dijo la reina de Granada, cuando al perder de vista su ciudad comenzaron a llorar sus moros: «Bien es que lloren como mujeres los que no quisieron pelear como hombres.» Con la misma ingeniosa contrariedad dijo la reina de Navarra a don Juan de Labrit, su marido: «Nunca Navarra se perdiera si vos fuerais la reina y yo el rey.» Por una donosa paranomasia respondió el famoso virrey de Sicilia, Juan de Vega, a una señora que le daba cien mil ducados porque no degollase en la plaza de Palermo al conde, su marido, sino en la cárcel: «Señora, la justicia no tiene lugar, si no se hace en su lugar.» Alfonso de Alburquerque, en semejante caso, en Málaga, dijo que la justicia no tenía precio, y así, no se podía vender.

A un gran dicho de otro, añadir más, arguye doblado el valor. Refiriéndole al magnánimo de los reyes, Alfonso, aquel tan admirado dicho del emperador Tito, con razón llamado *Delicias del género humano,* cuando examinando una noche su liberalidad heroica, y viendo que aquel día no había hecho merced alguna, dijo: *Diem perdimus,* este día perdimos, añadió Alfonso: «No sé que haya habido día en el cual pudiera yo decir esto.»

Ni denota menor grandeza el corregir un dicho de éstos. Así, el católico César corrigió en su célebre jornada de Alemania la carta del César gentil. Dijo éste: «Vine, vi, vencí: *Veni, vidi, vici.*» Corrigió Carlos: «Vine, vi, venció Dios.»

Las máximas reales, aunque en rigor son sentencias, pero por lo que tienen de heroicas se les debe aparte observación, que no magisterio; unas exprimen la obligación, como aquélla de Vespasiano, que el rey ha de morir en pie, y dando audiencia; otros, la beneficencia, como la de Tito, su hijo, que de la presencia del príncipe, ninguno se ha de ir descontento; ya de la fidelidad, como el dicho del Primer Francisco de Francia, que si la fidelidad se perdiere, se busque en el pecho de un rey. Alfonso de Aragón decía que la palabra de un rey debe valer tanto como el juramento de un particular; ya la comprensión, como Mahometo, que reducía toda el arte de gobernar al premio y al apremio. León X, que tres cosas acarrean a un príncipe gloria y felicidad: el consultar con amigos prudentes, el no olvidarse de los amigos ausentes y el no pasar por alto sospecha alguna que concierna con la vida o con el reino. Matías Corvino, rey de Hungría, que la grandeza real consiste en vencer enemigos, obrar cosas dignas de la historia y alargar la mano con los que lo merecen. Julio Segundo, que las letras en los plebeyos son plata; en los nobles, oro; en los príncipes, piedras preciosas. Alfonso V, rey de Portugal, que el principado, o halla al hombre sabio o le hace sabio. Manuel Filiberto, Duque de Saboya, que las armas son de la condición del dado, que no se sabe cómo dirán.

La profundidad y grandeza de estos dichos es indicio de la del corazón. Habiendo dado Alejandro cuanto tenía y repartido sus estados con sus amigos, preguntóle uno con qué se quedaba. Respondió que con la esperanza. Gran dicho fue el de Artajerjes, que era acción más real el hacer Grandes que el deshacerlos. Mayor el de Agesilao, que para ser rey de los demás es menester serlo de sí. Julio César, que las hazañas grandes se han de ejecutar sin consejo, porque la consideración del peligro no extinga la audacia y la presteza. Antígono, que no había presidios más fuertes ni seguros que el amor de los vasallos.

Cuando el dicho es sublime y a la ocasión, con la admiración que causa, concilia crédito inmortal. Diciéndole al Duque Carlos Manuel de Saboya que el enemigo había ocupado

el Briqueraso, respondió: «Si no se lo ha llevado de allí, poco importa.» Pidiéndole al Emperador Carlos Quinto licencia para hacer fiestas por la victoria de Pavía y prisión del rey de Francia, Francisco, dijo que no, que cuando la victoria fuese de los infieles y estuviese prisionero algún príncipe de ellos, entonces se podrían hacer luminarias.

Acompañaron algunos el dicho heroico con alguna acción misteriosa, siendo lo sentencioso del dicho alma y explicación del hecho. Así, Alejandro se tapaba una oreja oyendo alguna acusación, y, preguntado por qué hacía aquello, respondió: «Guardo ésta para el reo.» Lloró el mismo, oyendo decir a Anaxágoras, filósofo, que había muchos mundos, y dio la magnánima razón, porque habiendo tantos, él no había aún conquistado el uno. También lloró César leyendo los hechos del Macedón, y dijo: «Porque de esta edad ya él había conquistado todo el Oriente, y yo nada.» Dio Jerjes prudente causa de su llanto, al contemplar desde un monte sus ejércitos innumerables.

Pero cuando un dicho de éstos, que son máximas de la prudencia, junta también la agudeza, merece doble la estimación. Así, el ilustrísimo señor don Esteban de Esmir, obispo de Huesca, ejemplar universal de prelados, de doctos y de santos, desempeñando bien el espejo de las armas de su noble y esclarecida prosapia, con igual prudencia que agudeza ponderaba un día que es menester gran seso para gobernar locos y mucho saber para regir ignorantes.

Discurso XXXI

DE LA AGUDEZA NOMINAL

Esta especie de concepto suele ser fecundo origen de las otras, porque, si bien se advierte, todas se socorren de las voces y de su significación. El nombre suele fundar la proporción. Así el padre fray Raimundo Gracián, mi primo, ponderaba que el Cielo, que le dio el nombre a su gran padre, Santo Domingo, de *Señor,* que eso significa Domingo, le había dado

también al santo y a su sagrada religión, las excelencias de *Señor* en la nobleza, en el ser señores de las cátedras, por sus muchas letras; señores de los púlpitos, por su apostólica doctrina; señores de los confesonarios, confesando los mayores reyes; señores de las sillas y tribunales de la fe; señores de los magisterios de los palacios sacros; señores de las sedes y prelacías mayores de la Iglesia; señores en la virtud, en el trato, en el proceder; señores en la tierra y señores en el cielo. Con esta tan realzada sutileza proporcionó la significación del nombre con la correspondencia de los efectos de su sagrada religión y su gran padre.

El nombre ocasiona los reparos y ponderaciones misteriosas. El oráculo de la agudeza, San Pedro Crisólogo, que en cada palabra encierra un alma conceptuosa, reparó en aquellas palabras de San Mateo, en el capítulo 28: *Venit Maria Magdalena, et altera Maria,* y valas glosando con esta sublimidad de agudezas: *Hoc nomen Matris est Christi; venit ergo Mater in nomine, venit mulier ut fieret Mater viventium, quae facta fuerat morientium mater. Non dixit venerunt, sed venit; sub uno nomine venerunt duae mysterio non casu. Venit Maria, et altera Maria. Venit ipsa, sed altera; altera sed ipsa; ut mulier mutaretur vita, non nomine, virtute non sexu, ut fieret resurrectionis nuntia, quae internuntia, et lapsus exiterat, et ruinae.*

Es como hidra vocal una dicción, pues a más de su propia y directa significación, si la cortan o la trastruecan, de cada sílaba renace una sutileza ingeniosa y de cada acento un concepto. Como se ve en este nombre de *Ana,* que, con ser tan breve, se han sacado de él todos estos conceptos. Glosó uno por equívoco, y dijo:

Ana de Anas, como vos,
No hay acá tapicerías,
Sino allá en las jerarquías
De los ángeles de Dios.

Ponderó otro del mismo nombre, que leído al derecho y al revés siempre es *Ana,* que es gracia y belleza; por dondequiera que miren, toda está hermosa y graciosa. Valióse del mis-

mo nombre otro para una empresa o emblema; pintó una áncora, y, por explicación, decía:

En el medio está la pena,
y en los fines quien la ordena.

Porque la mitad del nombre *Ancora* es *cor,* que significa el corazón, y las primeras y últimas letras del mismo nombre *An cor a,* dicen *Ana,* que era la que causaba el cuidado. Pintó otro un anadino, queriendo exprimir su deseo, dividiendo la dicción y diciendo *Ana di No.* El ingenioso jurado comenzó su soneto:

Di, Ana, eres Diana, etc.

Reparó el padre Felipe Gracián, de los Clérigos Menores, en el mismo nombre de *Ana,* y que lo fuese de la que fue madre de la Madre de Dios. Porque si Ana es Gracia, ¿qué le queda a María? ¿Qué? El ser gloria. Gloria es María, porque nace de la gracia; se aumenta o alimenta con la gracia y es heredera de la gracia. Gloria es María, pues es el centro, el paradero de Dios humanado. Gloria es María, que hace santos y felices a sus devotos. Gloria es María de todos y de todas maneras.

Alcanza el nombre su conveniencia y correlación con la cosa denominada y con sus adyacentes, no menos que las causas, efectos y propiedades con el mismo sujeto y entre sí, como se explicó en el discurso IV de la agudeza de correspondencia y proporción. Así, dijo el poeta:

Conveniunt rebus nomina saepe suis.

Pues si el concebir aquélla arguye sutileza en la reflexión del concepto, ¿por qué no asegura el mismo artificio en el exprimir ésta? Autorice tan hermosa especie de conceptos el celestial divino oráculo, prorrumpiendo en aquella delicadeza sacra: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.*

Caréase el nombre, no sólo con el sujeto, sino con todas sus circunstancias, con todos sus adyacentes, hasta hallar con uno o con otro la artificiosa correspondencia, la hermosa correlación. Así, en esta décima a la reina nuestra señora doña Isabel de Borbón, el padre fray Pedro Gracián:

¡Oh, Belisa, bella flor,
Por lo lindo *Lis* al fin,
Que en el español jardín
Logras el *cuadro* mejor!
Si la belleza y valor
Te competen amazona,
No fue fin, sino corona
El *Bel* que tu nombre sella.
Primero te llamó *Bella,*
Ya te define *Belona.*

Discúrrese felizmente combinando con una o con otra circunstancia hasta descubrir la agradable conformidad. El victorioso nombre de Esteban, que significa corona, lo esmaltó Agustino de los diamantes de las piedras que le hirieron y de los rubíes de la sangre que le sacaron: *Lapidatus a Judaeis coronam meruit, tamquam suo sibi nomine positam. Stephanus enim Graece, Latine corona appellatur. Jam coronae nomen habebat, et ideo palmam martirii suo nomine praeferebat.*

Variadas las circunstancias, se varía con grande artificio la conformidad del nombre, haciendo ya un viso, ya otro. De esta suerte el conceptuoso Ausonio glosó el renombre de Stella, ya en la vida, ya en la muerte, tomándolo del griego:

Stella prius superis fulgebas, Lucifer, at nunc
Extinctus, cassis lumine vesper eris.

De esta suerte tradujo Ausonio del griego, con quien puede ladearse el elegante Salinas, que así lo hizo español:

Estrella del alba bella,
Lucero fuiste viviendo,

Y ahora también muriendo
Serás de la tarde Estrella.

Abarca tal vez un nombre dos y tres correspondencias, y con antítesis de extremos en realce del sujeto, que es el significado. Aquél que entre predicadores mereció la antonomasia de sutil, Diego López de Andrade, notó en San Pedro que el renombre de *Bar Jona,* que significa hijo de la paloma, exprime juntamente el ser hijo del Espíritu Santo por dignidad y de Joná su padre por naturaleza. Para que en la mayor excelencia a que es levantado no se olvide de la humildad y bajeza de donde subió, y el mismo nombre, que le lisonjea de lo que es, le está avisando de lo que fue. Bien puede entrar después de este tan gran ingenio otro sutil imitador suyo, también agustiniano, el padre fray Gabriel Hernández. Ponderó con la misma sutileza que el renombre de su gran padre Augustino fue oráculo, fue definición de la grandeza, de lo augusto en todo de este sol de entendimientos. Fue, dice, Augusto en el ingenio, queriendo encerrar en él el inmenso océano del misterio trino, y con ser naturalmente imposible el darle alcance, con todo eso, receloso el cielo, despacha ángeles que le arguyan y le enfrenen la valentía del discurrir. Fue Augusto en el corazón, prodigio de amor divino, aspirando a finezas imposibles, pues no contento con transformarse en el amado, trascendió a mudar del todo el ser y a cederle en Dios por repugnancia condicionada. Fue Augusto en todo, sin límites, con asomos de infinidad.

Añadió a la correspondencia nominal la agradable semejanza, la alusión misteriosa y la aplicación erudita el delicado Marino, que, cuando sacro, más ingenioso, sobre el nombre de *María,* que es estrella de la mar, funda la semejanza de un derrotado Leandro, y con extremada contraposición concluye este soneto a la gran reina de todo lo criado, a la estrella de los serafines, María:

Stella di Dio, che con si chiaro albore
Spuntasti in questa notte oscura, e bruna,
Luna de la cui luce il Sole, e Luna

Ricca di puro, e lucido candore.
Sol da cui lume vinto il Sol minore
Che ti veste, s'abbagalia anco, e s'imbruna
Vergin bella, e celeste, in cui s' aduna.
Quantunque in creatura ha di splendore.
Da quest, Egeo profundo, in ch'io sommergo
Me stesso, i lumi a la tua santa face
Mal guidato Leandro affiso, ed ergo:
Trammi de l'onde tu, tu con verace
Raggio mi scorgi, in the mi specchio, ed ergo:
Iride di seren nuntia e di pace.

Convirtiendo el nombre y leyéndolo al revés, formó una ingeniosa retorsión, y a uno que satirizaba, que el nombre *Roma* vuelto al revés dice amor, porque es centro del amor profano, el ingenioso y erudito Mafeyo Barberino, después santísimo padre Urbano Octavo, coronando esta gran cabeza del mundo, no menos de laureles que de las tres coronas, respondió: que Roma es amor, porque como Madre universal del mundo abraza a todas las naciones y pueblos:

Nomen si invertas Amor est, ut congruit illi.
Nam pius in populos cuncta subegit Amor.

Siempre elegante el Salinas, pero aquí parece se excedió, cuando tradujo:

Roma, Amor, dice leído
Al contrario, que su amor,
Más que su grande valor
El mundo todo ha rendido.

Pondérase de ordinario la armonía que hace el misterioso nombre con el sujeto o con sus adyacentes, como son causas, efectos, propiedades, contingencias, etc., y en descubriendo la artificiosa proporción, se exprime con primorosa sutileza. Así el doctor Juan Francisco Andrés, no menos ingenioso en

la poesía que cuerdo en la historia, cantó a San Raimundo de Peñafort:

Peña fuerte es Raimundo en su apellido,
Y rey del mundo el nombre le publica;
Aquél su fortaleza santa explica,
Y éste cuanto hay mortal muestra rendido.
El elemento más embravecido,
Cuando el manto en las ondas su fe aplica,
El viento mansamente en él se implica,
Hasta haberle en la playa conducido.
Triunfó del mar airado y de los vientos.
Y cuando sus preceptos obedecen,
Muestra el mundo menor sus movimientos.
En unos y otros, los prodigios crecen,
Pues penden de su voz dos elementos,
Y los hombres escuchan y ensordecen.

No arguye menos sutileza descubrir la primorosa improporción y repugnancia entre el nombre y los efectos o contingencias del sujeto denominado; antes bien, entonces se levanta el conceptuoso reparo y se pondera la dificultad en la repugnancia entre los extremos del careo y dásele la acertada salida en un relevante desempeño. Estima este bizarramente conceptuoso epigrama del canónigo don Manuel Salinas, a su patrón y conciudadano San Laurencio. Dice:

Hijo de Huesca, augusto ciudadano,
Romano asombro, aragonés constante,
Cortesano español, muerto galante,
Que al Protomártir diste diestra mano,
Laurel que hizo el decreto soberano,
Corona de la Iglesia militante,
Oscense argento y oro el más flamante,
Acrisolado a incendios del tirano.
Pero ¿Laurel, y a rayos consumido?
¿No fuera más favor que os asistiera
Como en la zarza Dios, y no os quemara?

Mas sois Fénix de amor envejecido,
Y renovaros quiso en esa hoguera,
Para que así el amor se eternizara.

Juntó la proporción y la improporción en un doble concepto el extremado Marcial; glosó la conveniencia y la desconveniencia en el nombre de *Chione,* que significa *Nieve* en el griego; hizo el reparo, y sirvió la donosa crisis por desempeño. «Ni te dice, ni te desdice el nombre de *Nieve,* porque si eres negra, eres fría»:

Diana tuo cur sis, indignaque nomine, dicam.
Frigida es, nigra es: non es, et es Chione.

No le quitó, antes le añadió sal en la traducción don Manuel Salinas:

Chione, si saber quieres
Por qué de tu nombre digna
Te juzgo, y también indigna:
Porque negra y fría eres.

Suele envolver en sí otras muchas especies de agudeza, participando de su perfección. Tómase pie del nombre para una semejanza sublime y bien ajustada, como ésta del Tasso al gran Cosme de Florencia, comparándole a un mundo, que eso significa el nombre de Cosme:

Questa e vita di Cosmo, anci del mondo,
Per che un mondo fu Cosmo, etc.

Del mismo nombre se toma fundamento para un misterioso reparo, con mucho artificio. De esta suerte el Guarino, en su perfecto poema de *El pastor fido,* impreso tantas veces y traducido en casi todas las lenguas, y en la española con propiedad y elegancia:

Amarilis cruel, que aun con el nombre,

Amar, ¡ay, triste!, amargamente enseñas.

Cuando el reparo es con dificultad y contradicción entre el nombre y algunas de las circunstancias o efectos del sujeto, incluye más valentía de agudeza. De esta suerte el nombre de *Andrés,* que significa *Hombre,* y muy hombre, lo careó con el morir aspado, o aspando su cuerpo, la muy noble e ilustre señora doña Ana de Bolea, religiosa Bernarda, en el Real Monasterio de Casbas, en Aragón, tía del Marqués de Torres, compitiéndose la nobleza, la virtud y su raro ingenio, heredado del insigne y erudito don Martín de Bolea, su padre, cuyas poesías han sido siempre aplaudidas y estimadas. En uno, y no el menos conceptuoso de sus muchos y elegantes poemas, dijo:

Víspera de aquel muy hombre,
Que, sin hilar, murió aspando
La más sazonada vida
Para el tejido más alto.

Lisonjeó mucho Ovidio a Máximo, con decirle que llenaba bien los ensanches de su nombre:

Maxime qui tantum mensuram nominis imples.

No sólo en el nombre del sujeto principal, sino también en el de su nacimiento o muerte, se puede ponderar la conceptuosa conveniencia o improporción. Así, don Luis de Góngora:

Lilio siempre real, nací en Medina
Del cielo, con razón, pues nací en ella;
Ceñí de un duque excelso, aunque flor bella,
De rayos, más que flores, frente digna.
Lo caduco esta urna peregrina,
¡Oh, peregrino!, con majestad sella,
Lo fragante, entre una y otra estrella,
Vista no fabulosa determina.

Estrellas son de la guirnalda griega,
Lisonjas luminosas de la mía,
Señas oscuras, pues ya el Sol corona.
La suavidad que espira el mármol, llega,
Del muerto Lilio es, que aun no perdona
El santo honor a la ceniza fría.

Discurso XXXII

DE LA AGUDEZA POR PARANOMASIA, RETRUÉCANO Y JUGAR DEL VOCABLO

Esta especie de concepto es tenida por la popular de las agudezas, y en que todos se rozan antes por lo fácil, que por lo sutil; permítese a más que ordinarios ingenios. Emplearon muchos infelizmente en cosa tan común mucho caudal de agudeza, sin alcanzar los conceptos de más arte, y acabaré esta censura, comenzando un soneto de Bartolomé Leonardo:

Si aspiras al laurel, muelle poeta,
La docta antigüedad tienes escrita;
La de Virgilio y la de Horacio imita,
Que el jugar del vocablo es triste seta.

Consiste el artificio de estos conceptos en trocar alguna letra o sílaba de la palabra o nombre, para sacarla a otra significación, ya en encomio, ya en sátira. Fue éste el rey de los epigramas, a la reina de España y de las reinas:

Pallas, Juno, Venus, nemorosis montibus Idae
Certamen formae cum subiere suae;
Inter formosas si tu Dea Quarta fuisses,
Vicisses omnes, tu Dea sola, Deas.
Quam jejuna *foret Juno! quam* pallida *Pallas!*
Quam Dea vana *Venus! tu Dea sola fores.*

Ciñólo en esta octava, con toda propiedad y rigor, don Manuel Salinas:

Si cuando por cuál era más hermosa,
Palas, Venus y Juno en el monte Ida
Litigaron, entre ellas bella diosa
Te hallaras, fuera Venus la vencida,
Y tú sola quedarás victoriosa,
Tú sola hermosa, y reina esclarecida,
Palas pálida, y Juno fuera ayuna,
Venus vana, tú Diosa sola y una.

Múdase la significación con mudar alguna letra, y cuando es con propiedad grande y muy conveniente al sujeto, es sublime el concepto. De esta suerte dijo don Luis de Góngora:

La blanca y hermosa mano,
Hermoso y blanco alguacil,
De libertad y dinero,
Es de *nieve* y de *neblí.*

Si el retruécano dice con lo moral del sujeto, alcanza proporcional correspondencia, que es el más vistoso artificio. Al emperador Tiberio le zahirieron los romanos su embriaguez, trocándole el *Nero Claudio Tiberio* en *Mero, Caldo Biberio.* Sazonado fue éste de Andrelino a los amantes:

Si sapis amentem *dicas, non Lector* amantem;
Nam nihil insanus mentis amator habet.

Hízole más sazonado con su ajustada traducción don Manuel Salinas:

Que has de llamarle, lector,
Al amante, amente, siento,
Pues nada de entendimiento,
Tiene un insano amador.

Añadió la razón en desempeño a la transmutación del vocablo, pero fuera aun más digna de aprecio, si no la debiera al inimitable Terencio, que primero dijo:

Inceptio est amantium, et amentium.

Hay también correspondencia y proporción entre las dicciones y sus significados, correspondiéndose la una a la otra, como se logra en este panegírico de tan gran poeta a tan gran historiador, don Luis de Góngora a Luis de Babia:

Este, que Babia al mundo hoy ha ofrecido
Poema, si no a números atado,
De la erudición antes *limado,*
De la disposición después *lamido,*
Historia es culta, cuyo encanecido
Estilo, si no métrico, peinado,
Tres ya pilotos del bajel sagrado,
Hurta al tiempo y redime del olvido.
Pluma, pues, que *Claveros* celestiales
Eterniza en los bronces de su Historia,
Clave es ya de los tiempos, y no pluma.
Ella, a sus nombres, puertas inmortales
Abre, no de caduca, no, memoria,
Que sombras sella en túmulos de espuma.

Dos correlaciones incluye; la primera, entre aquellas dos dicciones, *Limado* y *Lamido,* la segunda, entre *Claveros* y *Clave.* Jugó de esta misma sutileza, más que de las palabras tres veces, con mucha donosidad Ausonio Gallo, describiendo la diosa, que todos los lugares y todos los elementos sujeta a su violencia:

Orta salo, suscepta solo, patre edita Coelo
Aeneadum Genitrix, hic habito alma Venus.

Es de notar que no en sola la corteza de las palabras para el pensamiento, sino que con ellas exprime el señorío de Ve-

nus en todas partes. Merece lograrse la sazonada traducción del Salinas:

Engendrada fui del cielo,
Del salado mar nací,
Fui criada acá en el suelo;
De Eneas madre, y consuelo,
Venus soy, que habito aquí.

Es tanta la variedad de estas agudezas, cuanta la licencia del barajar las sílabas de nombre a verbo. Y, al contrario, no la perdona don Luis de Góngora:

Ciego, que apuntas y atinas,
Caduco dios y rapaz
Vendado que me has *vendido,*
Y niño mayor de edad.

Con este primor de agudeza dio alma en lema a un jeroglífico, en un certamen que se consagró en la gran madre de las letras, al patriarca San Ignacio, un ingenio grande; eternizando el Tormes, hizo del nombre de *Ignacio* pira y letra al Fénix de los patriarcas, por lo abrasado de su amor y lucido de sus hechos. Pintó, pues, un Fénix con esta inscripción: *Murió y nació.*

Pártese algunas veces todo el vocablo, quedando con significación ambas partes. Ponderaba un varón grave y severo el tiempo que roban en España las comedias, y las llamaba *Come día* y *Come días.* Ganasa, célebre gracioso italiano, cuando volvió rico y raro a su patria, preguntado cómo había hecho en España tanto dinero, respondió: «Encorralando bestias.» Hácese de un vocablo dos, para sacar el concepto. El sazonado Frías dijo en su elegante poema de *Adonis:*

Donde los árboles bailan
Con brazos de ramas tiernas,
De quien sonajas *son hojas*
Y tal vez son castañetas.

Añádense al vocablo otras veces, ya sílabas, ya dicción entera. Así, el mismo Frías:

Nacía el Sol en su *bozo,*
Con *rebozo,* porque apenas
Del azafrán mostachil
Se divisaban las hebras.

No es menester mudar sílaba, que una sola tilde basta para dar fundamento a un gran decir. De esta suerte, el cordobés jurado:

A Rui González decilde
Que mire mucho por sí,
Porque el punto de la i
Se le va haciendo tilde.

No es menos agradable la antítesis en los retruécanos que en las demás especies de agudeza. Como se ve en ésta del Guarini, en su gran poema:

¡Oh, modestia, molestia!

Con la misma sutileza respondió el abad de Bennia a Luis Undécimo de Francia, cuando le pedía que le renunciase su abadía. «Sire, dijo, cuarenta años he gastado en aprender las dos primeras letras del Christus, que son A. B.; pido a V. M. otros cuarenta para aprender las otras dos que se siguen, C. D.» Vese la contraposición entre el alcanzar la abadía y el cederla, significada por la ingeniosa paranomasia. Saliendo un caballero de la Corte con título de premiado, y en realidad desterrado a un cargo en las galeras de España, sacó esta letra:

El amor, que me destierra,
Ése me habrá de enterrar;
¿Cómo vivirá en la mar
Quien deja el alma en la tierra?

El artificio de los laberintos españoles consiste también en esta transmutación o inversión del vocablo. Léese el nombre, retrógrado con realzada significación, como fue aquél que hizo un insigne poeta castellano en la Universidad de Bolonia, en alabanza de un caballero vizcaíno, llamado don Álvaro de Sevane, graduándose de doctor. Pintó un hermoso mancebo, que se va convirtiendo en águila, símbolo de la agudeza del ingenio. Quiso, pues, el poeta, jugar del nombre de Sevane, leyéndole al derecho y al revés, y decía: EN AVE SEVANE. Llenando de heroicos versos estas letras, como lo trae el autor del *Arte poética,* que fue un padre de la Compañía de Jesús, aunque la sacó en nombre de su hermano Juan Díaz Rengifo. Semejante a éste, y no menos ingenioso fue aquel otro al Sol de la Fe en el Oriente, San Francisco Javier, que, leído Javier al contrario, dice: *Rey va Javier.*

En esta sutileza tiene también lugar la composición de los anagramas; trastruécanse las sílabas y letras para forjar una nueva y misteriosa significación en elogio o en vituperio. Vase después glosando el anagrama con variedad de conceptos. Así el jurado de Córdoba explicó el nombre de García de Loaysa, arzobispo de Toledo:

García, *gracia* es tu nombre
Sin que una letra le falte,
Y *loa* el preciso esmalte
De tu felice renombre.
La *y* griega es conjunción,
Y el *sa* significa sabe:
Mas como todo en ti cabe,
Es nombre y definición.

Cuando el anagrama es fácil y con alusión a la realidad del significado es plausible. Decía uno del *Tahúr* que el mismo nombre, a dos veces que se repita dice bien lo que es, porque luego se viene a pronunciar: *HURTA TAURTA.* Todas estas sutilezas nominales encerró el padre fray Pedro Gracián, mi hermano, en un poema al santo, grande y Duque de Gandía, en su conversión. Cantó así:

Aquella altanera Garza,
Cuyo nevado candor
Era afrenta de las hebras
Del más rubio y claro Sol,
Embiste el fatal Neblí,
Nunca más, *azar, azor,*
Y se ceba en la cabeza,
A quien la edad perdonó.

Más adelante introduce al santo, hablando con el cadáver:

¡Oh, bella Belisa, dice,
Con cuyo bizarro airón
Adornaba su corona,
Carlos, mi rey y señor!
¡Ay, ave, cuya blancura,
Fue el blanco donde tiró
España, ya negro luto,
Por quien yo *en el blanco doy!*
Alas de cándida cera.
Que en la más alta región,
Os derretís, hoy las alas
Quebráis a mi corazón.
Y aunque coronada tumba,
Os sea Granada, yo
Digo que es todo *gran nada,*
Rey, Monarca, Emperador.

Corone de majestad y de gloria esta felicísima agudeza el sacro y adorado nombre de Dios, que dividido, está diciendo: DI-OS, Di os la vida, Di os la hacienda, Di os los hijos, Di os la salud, Di os la tierra. Di os el cielo, Di os el ser, Di os mi gracia, Di os a mí mismo, Di os lo todo: de modo, que del dar, del hacernos todo bien, tomó el Señor su Santísimo y Augustísimo renombre de DI OS en nuestra lengua española.

Discurso XXXIII

DE LOS INGENIOSOS EQUÍVOCOS

La primorosa equivocación es como una palabra de dos cortes y un significar a dos luces. Consiste su artificio en usar de alguna palabra que tenga dos significaciones, de modo que deje en duda lo que quiso decir. Diéronle al emperador Augusto un memorial que decía: «Señor, el Prefecto de Sicilia es ladrón; ¿qué te parece?» Leyóle, y escribió el humanísimo monarca: «Que me parece.» De esta misma equivocación usó el poeta Silvestre, cuando, leyéndole un versificante una poesía (hurtada de él) como suya, y preguntándole qué le parecía, respondió: «*Que me parece.*»

Úsase de la dicción equívoca algunas veces para exprimir mayor misterio y profundidad. Así don Luis de Góngora, en este sublime epigrama al monte santo de Granada:

Este monte, de cruces coronado,
Cuya siempre dichosa excelsa cumbre,
Espira luz y no vomita lumbre,
Etna glorioso, Mongibel sagrado,
Trofeo es dulcemente levantado,
No ponderosa, grave pesadumbre,
Para oprimir sacrílega costumbre,
De bando contra el cielo conjurado.
Gigantes miden sus ocultas faldas,
Que a los cielos hicieron fuerza, aquella,
Que los cielos padecen, fuerza santa.
Sus miembros cubre y sus reliquias sella
La bien pisada tierra; veneraldas
Con tiernos ojos, con devota planta.

Cuando el equívoco dice correspondencia con alguna de las circunstancias o adjuntos del sujeto, participa de mayor artificio. Así el ingenioso Rufo exprimió con un equívoco sus dos achaques:

Aunque pobre y en pelota,
Mal de ricos me importuna,
Porque al mar de mi fortuna
No le faltase *una* gota.

Válese aquí de las dos significaciones, que ambas le convienen, y es como doble la sutileza; repítese dos veces en alguna ocasión la palabra equívoca, exprimiendo en la una la una significación, y la otra en la otra. Así dijo uno, tan breve como ingenioso:

El marqués y su mujer,
Contentos quedan los dos;
Ella se fue a ver a Dios,
Y a él le vino Dios a ver.

De este mismo modo apodó uno unas cañas, que se habían corrido para celebrar el nacimiento de un príncipe de España: «Estos señores han hecho lo que debían, y deben lo que han hecho.» Suele comúnmente la equivocación terciar a la malicia y torcer el sentido. Desmentían el nombre de la franca Francia una gran plaga de tributos. Gemía la nobleza, blasfemaba la plebe y los cuerdos prohijaban la culpa al Duque de Pernón, valido por entonces. Tocó el punto un gran predicador del rey en su presencia, y dijo: «Fieles parisienses: no echéis la culpa de vuestras penas a su majestad cristianísima, que es padre legítimo y verdadero; el que la tiene, bien conocido es, Per nom y Per sobre nom»: riólo mucho el auditorio, y vengóse también.

De la misma suerte favorece la equivocación a la alabanza. Son las obras del divino Ledesma un equívoco continuado; fue plausible en este genio y quiso más ser primero en él, que segundo en otros. Extremado fue éste:

En una cama de *Campo,*
Estaba Cristo a la muerte,
Que en cama de campo nace,
Y en la cama de *Campo* muere, etc.

Pero, entre todos, el poema al Laurel de la vencedora Huesca, su dichosa patria, bastó a laurear su florida musa:

Esas encendidas barras
Que abrasan vuestras costillas,
Para otros son parrillas,
Mas para vos frescas parras.
Seréis sabroso bocado
Para la mesa de Dios,
Pues sois crudo para vos
Y para todos asado.

No perdonó el agudo universal a esta agudeza, antes usó de ella con mucha donosidad en éste y otros muchos epigramas. A uno, que siempre iba de negocio y de ocupación, dijo Marcial:

Semper agis *causas et res* agis. *Attale, semper*
Est non est quod agas, *Attale, semper* agis.
Si res, et causae desint, agis, *Attale, mulas,*
Attale, ne quod agas *desit,* agas animam.

Tienen esta infelicidad los conceptos por equívoco, que no se pueden pasar a otra lengua; porque como todo el artificio consiste en la palabra de dos significaciones, en la otra lengua ya es diferente, y así no tiene aquella ventaja; con todo eso, la valentía del Salinas pudo darle alma en el español, y dijo:

Siempre haces del hacendado,
Haces pleito, haces negocio,
Haces tiempo contra el ocio,
Haces del hombre ocupado;
Y cuando todo ha faltado,
Hacer mal tomas de veras;
Al caballo, haces carreras,
Porque no te falte, amigo,
Átalo, qué hacer, te digo,

Que hagas cama y que te mueras.

Es doble la sutileza, cuando se juega de la voz dos veces y se aplica a dos sujetos, como se vio en esta inscripción que estaba en un arco triunfal a las puertas de la insigne y antigua ciudad de Tarazona, del reino de Aragón, en ocasión del augusto y real recibimiento de su gran rey Felipe Segundo y del príncipe don Felipe el Tercero. Decía así:

A dos Filipos espero,
En quien hoy espera el mundo:
El Segundo sin Primero,
Y el Tercero sin Segundo.

Suele hacerse el reparo con ingenioso primor en la palabra equívoca; fórmase el empeño y dásele la salida con la explicación de la misma palabra y ponderando su profundidad. De esta suerte, el grande Augustino reparó en aquellas palabras del evangelista San Juan: *Lancea latus ejus aperuit.* Pondera la fuerza del verbo *Aperuit,* abrió, porque no dijo hirió, rasgó, sino abrió, y da la valiente solución: *Vigilanti verbo Evangelista usus est; ut non diceret latus ejus percussit, aut vulneravit, aut aliquid aliud, sed aperuit: ut illic quodammodo vitae hostium panderetur, unde Sacramenta Ecclesiae manaverunt.* Otro padre dijo que ya el amor había primero hecho llaga interior, y señalado la puerta a las divinas entrañas; no hizo la lanza sino abrir, como llave, a la puerta del corazón; por eso dijo San Juan, como tan entendido en los puntos del amor: *Aperuit,* abrió, y no usó de otro verbo.

Incluye tal vez en un equívoco una sentencia grave, que no siempre sirve a lo jocoso y burlesco. Así, el siempre de veras Bartolomé Leonardo en este soneto:

Fabio, pensar que el Padre soberano
En esas rayas de la palma diestra
(Que son arrugas de la piel) te muestra
Los accidentes del discurso humano
Es beber con el vulgo el error vano

De la ignorancia, su común maestra;
Bien te confieso que la suerte nuestra,
Mala o buena, la puso en nuestra mano.
Di, ¿quién te estorbará ser rey, si vives
Sin envidiar la suerte de los reyes,
Tan contento y pacífico en la tuya,
Que estén ociosas para ti las leyes,
Y cualquier novedad que el cielo influya,
Como cosa ordinaria la recibes?

Declárase muchas veces la refleja de la equivocación, exprimiendo el intento en la segunda repetición de la palabra. Así uno, hablando del condenado rico, dijo: «*Apenas* llegó al infierno, que allá siempre se va *a penas.*» Otras veces no se explica la preñez de la dicción, sino que se queda así a dos luces, como se ve en ésta:

Lágrimas, que no pudieron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré a la mar,
Pues que de la mar salieron.

Especialmente no se exprime la intención, cuando es maliciosa y satírica, como diciéndole a uno que era muy *salado,* fue tratarle de aquellos que se salan. Lo mismo es cuando es la equivocación atrevida y peligrosa, como aquél que en unas fiestas sacó la librea sembrada de reales de a ocho, con esta letra: *Son mis amores* . Aun la palabra equívoca no se pronuncia, sino que se alude a ella, cuando el respeto lo pide y el entendedor es bueno. Paseando un día los dos católicos consortes por un camino, que estaba lleno de malvas a un lado y otro, iba comunicándole un negocio muy grave el rey don Fernando a su prudente Isabela, y declarándole su intento; díjole la reina: «Señor, si el camino por donde vamos os hubiera de responder, ¿qué dijera?» Diose por entendido el discreto monarca, y celebró la de su gran consorte.

Puédese explicar el equívoco con otra palabra contraria, y entonces el concepto no se funda por correspondencia de la

una significación con la otra, sino por oposición contraria. De esta suerte dijo nuestro ingenioso aragonés Diego de Fuentes:

Zagal, no estés confiado
De mujeres, que te juro
Que el amor de ellas más puro,
Está dos veces aguado.

Es también grande artificio del equivocar cogerle el dicho a uno, y darle otro sentido del que él pretendió. Habiendo Sila alcanzado la dignidad de Pretor, amenazó a César, diciéndole que usaría de su poder. Respondió pronto e ingenioso Julio: «Con razón le llamas tuyo, pues le has comprado.» Del mismo modo se retuerce la palabra al encomio. Ponderaba el padre Felipe Gracián que parece que equivocó el Autor Supremo en la generación de Cristo Señor Nuestro: *Liber Generationis Jesu Christi,* aquella palabra *Liber,* que juntamente dice *Libro* y *Libre,* que por el mismo caso que fue *Libro,* María, donde se estampó la palabra de Dios, el Verbo Eterno había de ser *libre* de culpa. Libro blanco, cuyas hojas fueron sus purísimas y virginales entrañas.

Retuércese con mucha donosidad la palabra a la malicia, glosándola a diferente sentido. De Fábula, que juraba ser suyos los cabellos que traía en la cabeza, dijo Marcial que decía la verdad, pues los había comprado; suyos eran, pues le costaban su dinero.

Jurat capillos esse, quos emit, suos
Fabulla: numquid, illa Paule, peierat?

Con toda propiedad y elegancia lo españoliza don Manuel Salinas. Lee, y agradece:

Que es suyo, Fábula jura
Aquel pelo rubio y bello;
Y si ella compró el cabello,
Paulo, di, ¿será perjura?

No sólo con la crisis, sino con todas las demás especies de agudeza se mezclan y entretejen los gustosos equívocos; fundan la semejanza ingeniosamente. Así, el sagrado y plausible nombre de *María,* pondera un padre, que con gran misterio se equivoca con el mar: *Congregationes aquarum appellavit* María, porque todas excelencias y prerrogativas de los demás santos y aun ángeles, son como ríos que entran y se abarcan en el gran mar de María, y aun con todo eso, *Mare non redundat.*

La hermosa proporción y consonancia de los dos términos significados por el equívoco es muy agradable. Don Luis de Góngora:

Los cristales no tenían
Los extremos que ella hace;
Y porque de cristal fuesen
Lloró Minguilla cristales.

No lo es menos la contraposición entre los extremos equivocados. Marcial, a Nevia, que le había convidado, y todo cuanto sacaban a la mesa, decía ella que venía crudo y lo volvían adentro, dijo: «Paréceme que, si así se come, que no engendraré crudezas en el estómago»:

Dum non vis leporem, dum non vis carpere mullum,
Et plus quam patri, Naevia, parcis apro;
Accusas, rumpisque cocum, tamquam omnia cruda
Attulerit. Nunquam sic ego crudus ero.

Tradújolo con especial gusto don Manuel Salinas:

No hallas plato que te cuadre,
Todo es crudo para ti:
Salmón, liebre; al jabalí
Perdonas más que a tu padre.
Por desmentir tus vilezas,
Das la culpa al cocinero;
De esta suerte, Nevia, infiero
Que no engendraré crudezas.

Mirando y admirando una gran casa que había levantado un ministro, dijo uno: «Ésta no fue de sus pasados.» Acudió otro con ingeniosa antítesis: «Pues será de sus presentes.» Para una artificiosa corrección usó don Luis de Góngora del equívoco, diciendo:

Yo soy aquel gentil hombre,
Digo, aquel hombre *gentil,*
Que por su Dios adoró
A un ceguezuelo ruin.
La ceja, entre parda y negra,
Muy más larga que sutil,
Y unos ojos más *compuestos,*
Que son los de Quis vel Qui.
Pudo conmigo el color,
Porque una vez que la vi,
Entre más de cien mil *blancas,*
Ella fue el maravedí, etc.

Por muchos equívocos continuados, don Francisco de Quevedo, que fue el primero en este modo de composición, introduce a uno que va describiendo su infeliz vida; pone primero éste, por corrección irónica:

Me lloraron soga a soga
Con muy grande propiedad;
Porque llorar *hilo a hilo,*
Es muy delgado llorar.

Concluye después con esta conglobación de equívocos exagerados, duplicando la sutileza:

Los diez años de mi vida,
Los he vivido hacia atrás,
Que más grillos que el verano,
Cadenas que el Escorial.
Más alcaides he tenido
que el Castillo de Milán,

Más guardas que el monumento,
Más hierros que el Alcorán.
Más sentencias que el Derecho
Y excusas que el no pagar,
Más autos que el día del Corpus,
Más registros que el Misal.
Más enemigos que el agua,
Más corchetes que el gabán,
Más soplos que lo caliente,
Más plumas que el tornear.
Bien se podrá hallar un hombre
Más jarifo y más galán;
Mas hombre más bien prendido,
Dudo que se pueda hallar.

Son poco graves los conceptos por equívoco, y así más aptos para sátiras y cosas burlescas que para lo serio y prudente. Fue donoso en ellos Baltasar de Alcázar; a una mujer, que tenía gran nariz, dijo:

Tu nariz, hermana Clara,
Todos vemos claramente,
Que parte desde la frente;
No hay quien sepa dónde para.
Mas, puesto que no haya quién,
Por derivación se saca
Que una cosa tan bellaca
No puede parar en bien.

Discurso XXXIV

DE LOS CONCEPTOS POR ACOMODACIÓN DE VERSO ANTIGUO, DE ALGÚN TEXTO O AUTORIDAD

Requiere esta agudeza dos cosas: sutileza y erudición; ésta para tener copia de lugares y de textos plausibles, aquélla para saberlos ajustar a su ocasión. Consiste su artificio en

la prontitud de hallar la conveniencia de la autoridad con la materia presente y saberla aplicar con especial gracia y donosidad. De esta suerte, estando predicando en Lisboa un grande orador jesuita, de la Sagrada Pasión, y estando ya a medio sermón, entró la reina; envióle un recado al púlpito, que volviese a comenzar; obedeció el padre, y comenzó diciendo:

Infandum, Regina, jubes renovare dolorem.

Que es verso célebre de Virgilio, con que dio Eneas principio a su lamentable narración de Troya destruida, delante de la reina de Cartago. Cuando en la autoridad que se acomoda se halla la correspondencia y paridad con las circunstancias del caso presente es el punto de la sutileza. Así el católico rey don Fernando, viendo que no podía por maña y destreza destejer la liga de los príncipes, sus émulos, determinó de contrastarla por las armas y romper la guerra, valiéndose de aquellas palabras de Alejandro, cuando cortó el nudo gordiano: «Tanto monta cortar, como desatar», y después la acomodó en ingeniosa empresa el famoso Antonio de Nebrija, a quien tanto debieron las letras humanas en España.

Cuantas más son las correlaciones del texto, acomodado con las circunstancias del sujeto, es mayor el concepto y más fundamental. De esta suerte, a San Pablo Michi, mártir gloriosísimo Japón, de la Compañía de Jesús, que murió crucificado en su misma patria, acomodó el docto padre Juan Azaola, bilbilitano, aquel lugar de San Pablo: *Michi autem absit gloriari, nisi in Cruce Domini Nostri Jesu Christi, per quem michi mundus crucifixus est, et ego mundo.* Relevante concepto, porque encierra tres hermosas correspondencias: la primera, entre los dos sujetos principales, que va de *Pablo* a *Pablo.* La segunda, en el equívoco *Michi,* que es el nombre del santo y el pronombre. La tercera, en el *In Cruce Domini Nostri Jesu Christi,* que fue el martirio.

Ajustar todas las partes de la autoridad a las circunstancias del caso hace el concepto lleno. Un ingenioso, no menos que docto opositor en Salamanca, que tenía cuatro competidores, al doctor Aspe, maestro Basilio, fray Luis de León y al

doctor Mondragón, dijo informando que confiaba en Dios salir vencedor y poder cantar: *Super Aspidem et Basiliscum ambulabis, et conculcabis Leonem, et Draconem.* Con que cuadró la agudeza.

Acomódanse estas autoridades ordinariamente por equívoco, que hace donoso y plausible el concepto. Prometió San Francisco de Borja, Duque entonces de Gandía, al doctor Villalobos, insigne médico del Emperador Carlos V, por su saber y por sus dichos, una fuente de plata, si al otro día le hallaba sin calentura, como él lo aseguraba. Vino al plazo señalado, y, pulsándole, hallóle con muy poca, pero alguna: «Y, pues, dijo el Duque, ¿qué decís Villalobos?» «Señor, que *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*» Gustó mucho el santo Duque del buen dicho y de la buena nueva, y mandó al punto se le llevasen a su casa.

Aunque el equívoco da pie con la correspondencia de la palabra, es menester que las demás circunstancias ayuden y se conformen. De esta suerte, al tomar el santo Cisne de Jerusalén, Simeón, en sus brazos al Dios Niño: *Accepit eum in ulnas suas.* Fundándose en la palabra *Ulnas,* acomodó un grande orador en esta festividad aquel verso de Virgilio, en la égloga tercera, con que el pastor Dametas pregunta a Menalca que le diga en qué parte de la tierra no se ven sino dos o tres varas de cielo:

Dic quibus in terris (et eris mihi Magnus Apolo)
Tres pateat Coeli spatium non amplius ulnas.

Dio salida al enigma con el ver todo el cielo abreviado a las dos varas, a los dos brazos del canoro viejo. Sólo el equívoco forma la agudeza tal vez, y hace agradable la acomodación. Consultando el Primer Prudente y el Segundo Filipo de España, para una importante jornada de armas dos sujetos, un viejo muy experimentado y que tenía bien probada su opinión, porque era el Duque de Alba, el famoso, y un príncipe, aunque mozo, pero muy alentado y de grandes esperanzas, votó uno, diciendo: *Arma virumque Cano.*

Sirve la dicción equívoca para dar ocasión a la acomoda-

ción del texto; ella levanta la prontitud, pero entra después la artificiosa proporción y va combinando todas las circunstancias con agradable propiedad. Así, en un sermón panegírico al gran mártir vencedor por antonomasia, en su patria y en su día, acomodó un orador aquellas palabras del Apocalipsis: *Vincenti dabo Maná absconditum.* Si el maná era un prodigio del cielo, solicitando admiraciones: *Quid est hoc?* Vincente es un prodigio animado, pasmo de la fortaleza, obligando a preguntar: ¿Qué santo es éste? ¿Es hombre de la tierra o es ángel del cielo? Si el maná era una cifra de todos los sabores, bocado universal, Vincente es un agregado de todas las perfecciones y virtudes; él es virgen, él mártir, él apostólico, él doctor, él confesor esclarecido de Jesucristo y de su Santa Fe. Si el maná era semejante a la *Simila,* esto es, la flor del trigo, Vincente fue la flor de los santos, lo más granado: *Nisi granum frumenti.* Si el maná es *absconditum,* y como sacramentado, Vincente es un mártir en los tormentos, como imposible, obrando milagros y prodigios, está como sacramentado. Puédesele ayudar a la autoridad acomodada, añadiéndole alguna otra palabra para ajustar del todo la correspondencia. Así a la Margarita de las reinas, que tenía notable belleza en los ojos y la frente, mas tenía los labios austríacos, una toledana, digo discreta, acomodó el *per signum,* tan celebrado, concepto digno de aprecio máximo.

Truécase a veces una palabra por otra. Tan santo, como ingenioso, el padre Sebastián de Barradas, de la Compañía de Jesús, refiriéndole que en la plaza de Londres habían quemado el grave, docto y erudito libro del padre Francisco Suárez, que escribió *Contra Regem Angliae,* volviéndose al padre, le consoló con aquel verso de Ovidio a su libro: *Parve sed invideo sine me liber ibis in Urbem.* Acomodándolo de esta suerte, y trocando la última palabra:

Parvae, sed invideo, sine me liber ibis in Ignem.

No sola una palabra, sino parte de una autoridad se puede alterar. Así el Emperador Carlos V, a la presteza con que dio

felicísimo fin a su jornada de Alemania, acomodó la carta del César: *Veni, vidi, vici,* y escribió: *Veni, vidi, vicit Deus.*

Tampoco se escrupulea la acomodación en transferir una palabra en extraña lengua. Desafiáronse dos caballeros, llamados el uno Campo, el otro Mancio de Vega, iguales en la poca cordura, y dijo uno:

Bella per Ematos plusquam civilia Campos.

Pásase el equívoco de una lengua a otra, que tiene más dificultad, y así más sutileza. De esta suerte, el religioso padre Bernardino de Villegas, en su libro de la *Vida de Santa Lutgarda,* feliz por lo pío y por lo ingenioso, pondera que los dulces de las que son verdaderamente religiosas, y no señoras encerradas, han de ser:

Dulce lignum, dulces clavos,
Dulcia ferens pondera.

Las autoridades que se acomodan a sujeto contrario o muy diferente del de la autoridad tienen mucha viveza, porque añaden la oposición y aun la vencen. De este modo, el culto y agudo santo arzobispo de Rávena aplica a la ambición aquel célebre lugar de San Pablo a la caridad, y dice: *Ambitio patiens est, benigna est; omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet,* etc.

Unas son sagradas, y débense ajustar a cosas graves y decentes. Así el rey de Nápoles don Fernando, cuando desamparaba aquella gran ciudad, huyendo de aquel breve cometa Carlos Octavo de Francia, alzando los ojos al Cielo, dijo: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat, qui custodit eam.* Otras veces son tomadas de las letras humanas, y éstas no importa que se apliquen a cosas humildes. Así Rufo, de una comida muy ordinaria, guisada extraordinariamente, dijo:

Materiam superabat opus.

Al contrario, cuando se acomoda una autoridad de la erudición profana a cosas sagradas, es menester que sea sublime

y de sujeto digno. De esta suerte, el erudito y conceptuoso Valderrama, augustiniano, se vale de las letras humanas en los discursos sacros, con grande acierto, que no todo ha de ser profano, ni todo sacro; la prudente variedad es más gustosa, como más hermosa. No hace la sabia naturaleza sus obras homogéneas; no todo el hombre es sesos, ni ojos y nervios; y quieren algunos escritores que todos sus discursos sean unívocos, enfadando con su unítona agudeza. En el discurso que hace el primer día de la Pascua de Resurrección, dice: «De un príncipe de Barcelona nos dicen las historias que, saliendo a un bravo desafío, sacó una empresa en el escudo con tres diademas, con una letra en torno que decía, haciendo de las diademas y de la letra una sentencia entera: *Día de más valer.* Porque el día que más vale un hombre es aquél en que alcanza victoria y corona con su escudo y lanza, principalmente siendo el enemigo valiente y esforzado. Porque llevando este caballero esperanza de vencer a tan gran contrario, entendía conseguir tres coronas: la primera, de hombre de honra y pundonor; la segunda, de valiente y esforzado capitán; la tercera, de príncipe excelso y amigo de los suyos, pues se oponía al trance de la batalla por defenderlos. Otras tres coronas saca Cristo hoy, que es el día de su vencimiento, que en diferentes tiempos se las dieron. La primera corona fue la que le dio su Madre el día que se desposó con nuestra naturaleza humana, haciéndose hombre. La segunda le dio su Madrastra, la Sinagoga, que fue de espinas. La tercera, la de la Resurrección, en la cual lo coronó su Padre, pero como hoy es día de más valer, salen las tres coronas.

Ha de ser célebre la autoridad que se acomoda, y muy sabida, para que tenga más gracia y salga mejor. Tal fue aquélla con que don Martín Bautista de la Nuza, ornamento grande de Zaragoza, su patria, por su nobleza y por su ingenio, llegando a leer de oposición en el augusto teatro, vestido a lo soldado y con las insignias militares, porque se daban en él las manos el valor de Marte y el saber de Minerva, depuso al comenzar su lección el talabarte y la jineta, diciendo: *Cedant arma togae, concedant laurea linguae,* con aplauso universal. Comenzó otro su lección, que era en materia grave y superior,

después de otras inferiores facultades, delante un gran personaje, diciendo:

Sicelides Musae paulo majora canamus,
Non omnes arbusta juvant humilesque myricae
Si canimus sylvas, sylvae sint Consule dignae.

Puédese mudar todo el sentido de la autoridad que se aplica, y entonces es, o por contrariedad, o por exceso. De esta suerte el emperador Carlos Quinto a los felices progresos de sus conquistas en el Nuevo Mundo acomodó el *Non plus ultra* de Hércules, quitándole el *Non,* con que mudó el sentido en mayor gloria suya, y dijo *Plus ultra,* dando alma a su empresa de las dos columnas.

En este género de conceptos ha habido ingeniosísimos pasquines; entre todos aquél que pintó a Isabela de Inglaterra con el privado hereje en su regazo, y el mote de que ella se blasonaba y lo hacía poner en sus retratos: *Beata et immaculata Virginitas;* y añadió: *Quia quem coeli capere non poterant, tuo gremio contulisti.*

Hácense discursos enteros con mucho artificio en esta especie de agudeza, fundándose en la acomodación del texto, y la aplicación sirve de partes del compuesto. De esta suerte comenzó su sermón eucarístico el padre Felipe Gracián, en el día de esta festividad: *Forte est vinum. Fortior est Rex. Fortiores sunt Mulieres. Super omnia autem vincit Veritas,* de *Esdras* en el libro 3, cap. 3: Fuerte es el vino, pues rinde a un Dios y le trae a la mesa del altar; fuerte es el rey, obrando prodigios en aquel trono de una custodia; fuerte es la verdad que nos propone el Evangelio: *Vere est cibus;* fuerte es la mujer, y la mujer fuerte, que con su favor nos alcanza la gracia, etc.

Discurso XXXV

DE LOS CONCEPTOS POR FICCIÓN

Hállanse unas ficciones breves y de un solo concepto para un epigrama, para una ocasión, y éstas son las que se explicarán en este discurso, porque de las ficciones compuestas, como son épicas, alegorías, etc., se tratará adelante, en la agudeza compuesta, que es la agudeza de arte mayor. En éstas, el artificio es menor y sin partes, como se ve en este soneto de Bartolomé Leonardo:

«Dime, Padre común, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude a tribunal augusto?
¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
Hace a tus leyes firme resistencia,
Y que el celo, que más la reverencia,
Gima a los pies del vencedor injusto?
Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inicuas, la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.»
Esto decía yo, cuando riendo,
Celestial ninfa apareció, y me dijo:
«Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?»

Consiste el artificio de estas ficciones en una invención fabulosa de algún suceso o algún dicho ajeno para con ella exprimir bien el sentimiento, aumentando con lo fingido la ponderación. Así, Angeriano, para exprimir la gran belleza de Celia, y su mayor honestidad, finge a Cupido que, equivocándose con ella y con su madre, por ir a quejarse a Venus, se engañó, o no se engañó en ir a Celia:

Flebat Amor, matremque suam quaerebat: at ipso
Ut visa est vultu Coelia, pulchra suo.

Ipsam appellat Amor Matrem: sed Coelia torvo
Lumine, ait non sum Mater, Amor rubuit.

Gran traducción fue ésta de don Manuel Salinas, digna de todo aprecio:

Llorando el niño Amor con gran ternura,
En busca de su madre iba quejoso,
Cuando de Celia viendo el rostro hermoso,
Que copiaba de Venus la hermosura;
Madre, madre, vocea y se apresura,
Con los brazos abiertos, cariñoso,
De lograr los de Celia deseoso,
Que es ciego amor, y ciega la ventura.
Volvió el rostro a las voces de Cupido
Celia, y mirando al niño dios alado:
«No soy madre», le dijo muy severa.
Sonrojóse el rapaz, y aun más corrido
Que de su engaño, de lo desdeñado,
Fue a buscar a su madre verdadera.

Sirven de ordinario estas ficciones para exagerar algún asunto, dando alma con la invención al encarecimiento, porque se finge libremente un suceso y las circunstancias, de modo que ayuden al intento. Así en este epigrama que del griego tradujo Escalígero. Fingió su autor que la ninfa Doris se llegó a él y le ató las manos con una hebra de sus cabellos, y haciendo él burla de la frágil prisión se halló burlado, porque no pudo después romper el fuerte lazo del amor:

Legerat aureolo Doris de crine capillum
Et illo palmas vinxit utrasque mihi.
Risi equidem primo nodos mihi Doridis illos,
Visus erat facilis solvere posse labor.
Mox gemui, postquam non rupi vincula, tamquam
Artus strinxisset, dura catena meos.

Gran moralidad, con que exageró bien la violencia del

amor y el poder de su tiranía. Ésta fue traducción del griego en el latín; oye otra del latín en español, por don Manuel Salinas, que no merece menos estimación:

De sus doradas trenzas un cabello
La bella ninfa Doris cogió un día,
Que licenciosamente le ponía
Perfiles de oro al cristalino cuello.
Con este sutil lazo, cuanto bello,
Las dos manos, que asidas me tenía,
Fuertemente me ataba, y me decía:
«En fe de mío, no podrás rompello.»
Burléme yo, creyendo confiado,
Ser fácil de romper tan flaco ñudo,
Mas cuando lo intenté, creció mi pena.
Vime tan fuertemente aprisionado,
Que ni bastó el valor, ni industria pudo
Romper los hierros de tan gran cadena.

Aunque se ve que es ficción e inventado el suceso, con todo gusta el entendimiento de ver encarecido tan bien un *sentimiento*. De esta suerte encareció bien una frágil belleza don Luis de Góngora:

Cuando albricias pidió a voces
Bartolillo con donaire,
Por haber hallado Menga
En sus labios sus corales.

Tienen mucha donosidad estas ficciones y mucha viveza, ya por la invención, que es gran prueba de un ingenio, ya por el encarecimiento u otra agudeza con que se juntan. No discurría mal éste, aunque antiguo:

Y cuando el oro le falta,
Un cabello suyo enhebra,
Que del oro a sus cabellos
No hay conocer diferencia.

A un misterioso reparo se le da salida con una ficción de éstas, con extremado artificio, porque lo encarecido de la ficción sirve de valiente desempeño a la dificultad que se ofrecía. Común reparo es que la muerte se lleva muchos mancebos, y el amor, al contrario, arrebata muchos viejos. Los jóvenes mueren y los decrépitos aman, para que vaya todo el mundo al revés. La salida a este vulgar reparo la dio ingeniosamente Alciato, fingiendo que, encontrándose el Amor y la Muerte en una posada, cenaron juntos y colgaron sus armas en un mismo hierro, que lo fue. Madrugaron mucho, que ambos viven con solicitud y, como era de noche, que lo más de la vida humana va a oscuras y se pasa en tinieblas de ignorancia, trocaron las armas: tomó la Muerte el arco del Amor, y el Amor el de la Muerte, y desde entonces andan encontrados; aquélla tira a los mozos, y ésta asesta a los viejos:

Errabat, socio Mors juncta Cupidine: secum
Mors pharetras, parvus tela gerebat Amor.
Divertere simul, simul una et nocte cubarunt:
Caecus Amor, Mors hoc tempore caeca fuit.
Alter enim alterius male provida spicula sumpsit.
Mors aurata tenet ossea tela puer.
Debuit inde senex qui nunc Acheronticus esse,
Ecce amat, et capiti florea serta parat.
Ast ego mutato quia Amor me perculit arcu,
Deficio iniiciunt et mihi fata manum.
Parce puer, Mors signa tenens victricia parce:
Fac ego amem, subeat fac Acheronta senex.

Tradújolo un antiguo en un prolijo romance, que concluye con esta agradable moralidad:

Mirad cual está ya el mundo,
Vuelto lo de abajo arriba:
Amor, por dar vida, mata;
Muerte, por matar, da vida.

No siempre se finge el hecho, sino tal vez el dicho, aplicándoselo al sujeto de quien se discurre, y ha de ser ingenioso, que venga al propósito con alguna correspondencia o exageración. De esta suerte Marcial finge a Leandro, que hablando con las furiosas ondas, les decía: «Ondas, perdonadme al ir y sepultadme al volver»:

Cum peteret dulces audax Leandrus amores,
Et fessus tumidis jam premeretur aquis;
Sic miser instantes affatus dicitur undas:
Parcite, dum propero; mergite, dum redeo.

Oye cómo lo traduce y parafrasea el coronado cisne Garcilaso, tan sublime asunto es el traducir bien poemas de grandes autores:

Pasando el mar Leandro el animoso,
En amoroso fuego todo ardiendo,
Esforzó el viento, y fuese embraveciendo
El agua con un ímpetu furioso.
Vencido del trabajo presuroso,
Contrastar a las ondas no pudiendo,
Y más del bien que allí perdía muriendo,
que de su propia muerte congojoso.
Como pudo esforzó su voz cansada.
Y a las ondas habló de esta manera,
Mas nunca fue su voz dellas oída:
—Ondas, pues no se excusa que yo muera,
Dejadme allá llegar, y a la tornada
Vuestro furor executá en mi vida.

No se desanimó a vista de tanta propiedad y dulzura el canónigo don Manuel Salinas, antes le infundió el espíritu de imitación tan realzado ejemplar, y dijo:

Pasando a Sexto amante y atrevido
Leandro, a tomar puerto en sus amores,
Viendo su brazo al de la mar rendido,

Dos veces ciego del amor y horrores,
Así dicen que tierno y afligido
Habló a las ondas, no ablandó rigores:
Mientras que voy a Sexto, perdonadme,
Y al volver, en el Quinto sepultadme.

El dicho que se finge ha de encerrar alma ingeniosa, conforme al sujeto a quien se aplica y a la ocasión. Así el donoso Frías, en la *Fábula de Adonis:*

Y de la mano de un fauno
Quedó en memoria perpetua,
En las hojas de un lampazo
Esta epitáfica letra:
Flor es el que yace aquí,
Y la flor de la canela;
Anduvo a la flor del berro,
Murió en flor; huésped, alerta.

También se finge un dicho para dar salida a un reparo, como dijimos que se finge un suceso, o ya de entrambos, de hecho y dicho, se forma la artificiosa ficción. Tal fue ésta del caballero Guarini, en que pondera que, llegando la muerte a ejecutar una prodigiosa belleza, se retiró, diciendo que su guadaña no tenía lugar, estaba desterrada del Paraíso:

Pendeva a debil filo,
¡Oh, dolore!, ¡oh, pietate!
De la novella mia terrena Dea
La vita, e la beltate,
E già l' ultimo spirito traea
L' anima per uscire,
Né mancava a morir altro che morte,
Quando su fere scorte,
Mirando ella si bella in quel bel viso,
Disse, morte non entra in Paradiso.

Fingió hecho y dicho Angeriano, en este culto epigrama, y

concluyó con una bien ponderada exageración:

Factus Amor mittis transfixo clausit amanti
Lumina, collegit corporis ossa Cloris.
Traddidit inferias pia Cypris; carmen in ipsa
Urna Erato scripsit: tu lege quisquis amas.
Non hic corpus adest; non hic cinis ater, at una
Flamma carens, cremat haec flamma viator abi.

Así como para el desempeño de una dificultad se finge el suceso, así también para la semejanza, que declara mucho y exprime con igual realce la grandeza de un sentimiento. De estas fingidas semejanzas fue tejiendo su celebrada canción el doctor Mira de Mescua; dice en una:

Al cristalino mudo lisonjero
La bella dama en su beldad se goza,
Contemplándose Venus de la tierra;
El más exento corazón de acero
Con su vista enternece y alboroza,
Y es de las libertades dulce guerra:
El desamor destierra
De donde pone sus divinos ojos
Que dellos son despojos,
Los castos de Diana,
Y en su belleza se contempla ufana.
Mas, ¡ay!, que un accidente
Apenas puso el pulso intercadente,
Cuando cubrió de manchas
Cárdenas ronchas y viruelas anchas
El bello rostro hermoso,
Trocándole en horrible y espantoso.
¡Ay, beldad malograda,
Muerta luz, turbio sol y flor pisada!

Cuando se finge lo que pudo ser, es discurrir con fundamento y con toda propiedad, dase correspondendencia y proporción entre la circunstancia o contingencia fingida y las

verdaderas, procurando que ya que se finge, sea con agudeza. Glosó de esta suerte Bartolomé Leonardo la muerte del famoso Arquímedes:

Puédenos Grecia dar bastante excusa,
Si no la que Arquímedes dar pudiera,
Cuando ganó Marcelo a Siracusa.
Que saqueando la ciudad la fiera
Legión, se entró un soldado embravecido
Donde él con su compás de tal manera
Estaba en formar líneas divertido,
Que no sintió el estruendo del asalto,
Ni del romano el súbito ruido.
Pregúntale: «¿Quién eres?», mas él, falto
De voz para nombrarse, sordo y ciego,
De puro atento, y no de sobresalto:
«No borres esos círculos te ruego»,
Dice al bravo romano, el cual creyendo
Que despreciaba su pregunta el griego,
Pásale por el pecho el hierro, abriendo
Postigo al alma, y con la sangre hirviente
Borró sus mismos círculos muriendo.

La ponderación satírica sale con ventaja en una ficción, y ordinariamente se pone en un tercero por ser odiosa. Así don Luis de Góngora:

Por niñear un picarillo tierno,
Hurón de faldriqueras, sutil caza,
A la cola de un perro ató por maza,
Con perdón del bonete, un lego cuerno.
El triste perrinchón en el gobierno
De una tan gran carroza se embaraza:
Grítale el pueblo, haciendo de la plaza
(Si allá se alegran) un alegre infierno.
Llegó en esto una viuda mesurada,
Que entre los signos, ya que no en la gloria,
Tiene a su esposo, y dijo: «Es gran bajeza,

Que un gozque arrastre así una ejecutoria
Que ha obedecido tanta gente honrada
Y aun se la ha puesto sobre su cabeza.»

Con este género de conceptos pueden alternarse artificiosamente las ingeniosas cuestiones, que con la invención y con la suspensión entretienen mucho el ingenio. Vese en este soneto del Camoens:

Nun jardín adornado de verdura,
A que esmaltão por cima varias flores,
Entrou un día a Deosa dos amores,
Con a Deosa da caça e da espesura.
Diana tomou logo uma rosa pura,
Venus, un rojo lirio dos melhores,
Mas excediano muyto as outras flores,
As violas da graça e fermosura.
Preguntão a Cupido que alí estaba,
Qual de aquellas tres flores tomaría,
Por mais suave, pura e mais fermosa.
Sonríndose o menino che tornaba:
«Todas fermosas são, mas eu quería,
Viola antes que lirio nem que rosa.»

Aunque no tenga otra agudeza mixta, la ficción sola es bastante para sutileza. Así, un poeta clásico finge que una doncella tropezó con el amor; infeliz tropiezo, que estaba en el *suelo dormido; despertó a quien dormía, miróla*, y cegó ella, y aun pereció del amoroso veneno:

Forte Puer Veneris caperet dum in pelle soporem,
Ad primere ausa loco est huic pede Galla pedem
Laesus amor somnos abrumpit, et ardet ocellis
Impatiens, illos torquet, et illa perit.

Por esta misma sutileza se fingen algunas historias o cuentos donosos, para sacar de ellos alguna ejemplar moralidad. Fue eminente en estas históricas ficciones el sabio y prudente

príncipe don Manuel en su libro de *El Conde Lucanor,* siempre agradable, aunque siete veces se lea. Entre muchas muy artificiosas, es muy moral aquélla de don Álvar Fáñez. Casó con una hija del Conde Ansures. Estuvo algunos días en su casa un sobrino suyo, criado del rey, holgándose. Dijo éste a su tío que una sola cosa le desagradaba en su casa, y era que diese tanta mano a su mujer. No le respondió por entonces, sino que le convidó para una granja suya. Partieron ambos en dos caballos mano a mano, y venía detrás en su carroza la dama con sus hijos y familia; vieron en un prado una gran vacada suya, y preguntó don Álvaro: «¿Qué os parece, sobrino?, ¡qué hermosa y lucida yeguacería ésta!» «Señor —dijo el sobrino—, ésta vacada es.» «No es tal —replicó don Álvaro—, ¿no veis los potrillos, no sentís relinchar las yeguas?» Sí es, no es, llegó en esto la carroza, y dijo don Álvar Fáñez a su mujer la diferencia que tenían: «Mi sobrino dice que éstas son vacas; yo digo que son yeguas», y ella al punto, aunque veía todo lo contrario, dijo que tenía razón su marido, y que eran yeguas, de lo cual quedó atónito aquel caballero, y pasaron adelante. Encontraron al cabo de rato una grande y lucida yeguacería, y dijo don Álvaro al sobrino: «Ésta sí que es vaquería, que no la otra que vos decíades.» «Señor —replicó el caballero—, o vos o yo nos habemos calzado hoy el entendimiento al revés. ¿No veis los crines? ¿No sentís los relinchos?» Llegó en esta altercación la carroza. «Otra vez, señora, estamos disputando: ¿qué os parece? ¿Éstas no son vacas?» «Sí, señor —dijo su esposa—, razón tenéis, aquéllas eran yeguas y éstas son vacas.» Aquí acabó de perder los estribos el sobrino, y callando él, marcharon adelante. Ofrecióseles pasar un río, en que tenía don Álvaro un buen molino, y, mirando el agua, dijo a su sobrino: «¿Vos bien creeréis que este río corre hacia mano derecha?» «Así es y así lo veo.» «Pues no corre sino hacia la otra parte.» Que no es así, que sí es estaban altercando; llegó la dama y dijo que tenía razón su marido, que el río corría hacia arriba, como él decía, y no hacia abajo. Con esto calló el sobrino y prosiguieron su viaje. Llegando ya a la casa, dijo don Álvaro: «A buena hora llegamos, que son las doce de la noche.» «¿Cómo noche? —dijo el sobrino—. Mediodía

diréis, señor; ¿no veis el sol en medio el horizonte?» «No es sino la luna, y medianoche.» Estaba fuera de sí el sobrino oyendo esto, cuando la dama, que llegó y oyó la contienda, dijo que sí, que era medianoche, y que aquélla era la luna y no el sol, y que tenía mucha razón y decía verdad don Álvaro, su marido. Llegaron a la granja, pararon las mesas, comieron, y después, retirándose tío y sobrino, díjole don Álvaro Fáñez: «Verdaderamente que estaréis espantado de lo que ha pasado y de lo que habéis visto, sobrino. Vos tuvisteis razón en todo, porque aquella primera que vimos era vaquería, como vos decíades, y la segunda, yeguacería; el río corría abajo y ahora es mediodía; pero, para que entendáis qué mujer tengo yo, que si yo digo que lo negro es blanco, ha de ser así, y si yo digo que es de noche, lo ha de ser, aunque sea mediodía, para eso he hecho esto, y respondo a lo que ayer me dijiste, que daba mucha mano a mi mujer.» De éstas tan ingeniosas ficciones va entretejiendo su moral sabiduría este gran príncipe.

Dé fin a este discurso el dulcísimo Garcilaso con una ingeniosa ficción en que hace el argumento por una acordada semejanza, con una sentenciosa etopeya:

A la entrada de un valle, en un desierto,
Do nadie atravesaba ni se vía,
Vi que con extrañeza un can hacía
Extremos de dolor con desconcierto;
Ahora suelta el llanto al cielo abierto,
Ora va rastreando por la vía;
Camina, vuelve, para, y todavía
Quedaba desmayado como muerto;
Y fue que se apartó de su presencia
Su amo, y no le hallaba, y esto siente;
Mirad hasta do llega el mal de ausencia.
Movióme a compasión ver su accidente,
Díjele lastimado: «Ten paciencia,
Que yo alcanzo razón, y estoy ausente.»

Discurso XXXVI

DE LOS ARGUMENTOS CONCEPTUOSOS

Tiene la agudeza también sus argumentos, que si en los dialécticos reina la eficacia, en los retóricos la elocuencia, en éstos la belleza. Úsanse mucho en la poesía para exprimir y exagerar los sentidos. Es muy ordinario dar conclusión conceptuosa a un epigrama, a un soneto, a una décima con un bien ponderado argumento. Vese en éste de Lope de Vega:

Peregrino Abraham, intenta asilo
Al cielo airado, con la bella Sara;
Deja la estéril Canaán y para
En las riberas del fecundo Nilo.
Teme que llega a la garganta el filo
De Faraón, por su belleza rara;
Mas como Dios le guía, Dios le ampara,
Que no la industria del humano estilo.
Vuelve el rey a su mujer, y el vario
Temor respeta, de marido el nombre,
Que le matara Dios por el contrario.
¿Quién hay que del peligro no se asombre,
Viendo que el mismo Dios fue necesario
Para defensa del honor de un hombre?

Vase a probar el intento con estos argumentos, que eso basta para sutileza. Fórmanse de muchas maneras. Sean los primeros aquéllos en que se arguye de lo más a lo menos, haciendo correspondencia entre los dos términos del argumento. Gran concepto el de San Agustín, ponderando la turbación de Herodes y de toda Jerusalén, con la nueva del rey verdadero. «¿Qué hará —dice— el Tribunal del juicio, si así aterra a los malos el pesebre?»: *Quid erit Tribunal judicantis, quando superbos Reges cuna terrebat Infantis?*

Incluyen comúnmente proporción y consonancia estos argumentos, de una circunstancia a otra, como se ve en este epigrama de Ausonio:

Armatam Pallas Venerem Lacedaemone visens,
Vis, ne ut judicium sic ineamus, ait
Cui Venus arridens, quid me galeata lacessis,
Vincere si possum nuda, quid arma gerens?

Puede competirlo la elegante traducción de don Manuel Salinas:

Vio armada a Venus un día
En Lacedemonia Palas,
Y burlando de sus galas
De nuevo la desafía:
«Contigo competiría,
Aunque el juez troyano acuda.»
Respondió Venus: «Sin duda
Que vas, Palas, engañada,
Pues sabrá vencerte armada
Quien ya te venció desnuda».

De todos los adjuntos del sujeto se hace el argumento, como de un efecto a otro, de una causa a otra, etc. Así dijo el Marino en este digno epigrama de su gran asunto, que fue a la reina de todo lo criado:

Figlia di Dio, che de la eterna mente
Donna invitta del Ciel, pura e gradita
Santa e vera Minerva, a guerra uscita,
Pace portasti all'affannata gente.
Tu di fè, tu di amor, l' alma innocente
Armata e d' umiltá, venisti ardita
Al Tiranno d' Abisso a tor la vita,
Pur troppo in terra allor fatto possente.
Nè maraviglia è già che a le celesti
Force del tuo valor cadesse estinto
L' avversario infernal, se'l Ciel vincesti.
Anzi se'l Re del Ciel da te sol vinto
Di Leon fatto Agnello, aver potesti
Prigionero nel ventre; e'n fasce avvinto.

Así como éstos se fundan en la correspondencia de los extremos, así otros en la contraposición y distancia de una circunstancia careada con otra mayor. El caballero Guarini:

Ojos, astros mortales,
Ministros de mis males,
Que aun en sueños mostráis
Que mi muerte buscáis,
Si me matáis cerrados,
¿Qué haréis, ojos abiertos y rasgados?

Del mismo sujeto en un tiempo se toma argumento para otro, con aumento de la perfección. A una menina de la reina dijo uno ya con cuidado:

Si al salir mi Sol me abrasa,
¿Qué sería
Estando en el mediodía?

Pondérase en estos argumentos la improporción y a veces participan de la crisis mordaz e irrisoria. De esta suerte, el ingenioso Alciato, a una golondrina que hacía su nido en una estatua de la cruel Medea, en uno de sus emblemas:

Colcidos in gremio nidum quid congeris? Hen
Nescia cur pullos tam male credis aris?
Dira parens Medea suos saevissima natos
Perdidit, et speras parcat ut illa tuis?

Al contrario se arguye con igual artificio de lo menos a lo más, que es aquel argumento llamado *a minori ad majus*. El afectuoso Jorge de Montemayor dijo:

No te duelan mis enojos,
Vete, Sireno, a embarcar,
Pasa de presto la mar,
Pues que por la de mis ojos,
Tan presto puedes pasar.

Del modo que se arguye de lo más a lo menos y de lo menos a lo más, así también de igual a igual, ponderando la proporción y correspondencia. De esta suerte Francisco de Figueroa, poeta insigne, dijo:

¡Ay, esperanza, lisonjera y vana,
Ministra de cuidado y de tormento,
Que el más osado y loco pensamiento
Haces juzgar segura empresa y llana!
Si, cual suele llevar pluma liviana,
Te me ha llevado de continuo el viento,
Y con daño y vergüenza me arrepiento
De haber creído en confianza humana;
Déjame, que si amor y mi fortuna
Te han cortado mil veces floreciendo,
¿Qué puedes prometer seca y perdida?
Marchítanse tus flores en saliendo,
Sin hacer fruto, y si le hace alguna,
Es cebo dulce para amarga vida.

Caréase la igualdad del afecto con la de la causa. Así éste:

Y mi firmeza en firmeza
Sobró todas las firmezas,
Y mi tristeza en tristeza,
Por perder una belleza,
Que es sobre todas bellezas.

Todos estos argumentos se fundan en la hermosa correlación que hacen los dos términos para argüir del uno al otro. Estaban comiendo los dos reyes, el de España, don Fernando el Católico, que volvía de Nápoles, y el de Francia, que salió a uno de sus puertos a cortejarle; asistía en pie el Gran Capitán, cuando el francés, más de justicia que de llaneza, mandó que arrastrase una silla y se sentase a la mesa, diciendo: «Bien merece comer con reyes quien vence reyes.» Está la proporción del argumento en el comer con reyes, por vencer reyes. Propónese por causa la misma correspondencia. Así

también el doctor Juan Pérez de Montalbán, en este conceptuoso epigrama:

De un curioso, no ilícito desvelo,
Dina, bien persuadida y mal segura,
Con disfrazadas galas ver procura
En otras el retrato de su cielo.
Por sosegar su honor y su recelo,
Se cubre el rostro, pero fue locura,
Pues vino a ser afeite en su hermosura
El ocultarla con tan fácil velo.
Sale gallarda, y los claveles rojos,
Viendo a Siquén, de púrpura mejoran,
Y logra amor sus fímeras antojos.
Lloran los ojos el honor que ignoran,
Que como el daño nace de los ojos,
Son también los primeros que lo lloran.

También, *a paritate,* se arguye con sutileza tomando la paridad de un sujeto a otro, ponderando alguna ventaja para el exceso. Tan ingenioso, como cristiano, dijo don Antonio de Mendoza en aquel poema, que tuvo estrella, y divina:

Que si salió a ser vencida
Eva sin pecado, es cierto,
Que la que nació a vencelle,
Que se concibió con menos.

De la paridad de un efecto se arguye con correspondencia otro, y de cualquier circunstancia a otra igual. De esta suerte concluye el sutilísimo Camoens un soneto:

Que de tanta estranheça sois ao mundo,
Que não e de estranhar dama excellente,
Que quem voz fez, fiçese ceo e estrellas.

Por la disparidad con sumo artificio, por ser igual de los extremos; agradable pensamiento de don Luis de Góngora:

Serénense tus ojos,
Y más perlas no den,
Porque al Sol le está mal
Lo que a la Aurora bien.

Él mismo formó argumento de disparidad en la diversidad de las circunstancias, y dijo:

Con diferencia tal, con gracia tanta,
Aquel ruiseñor llora, que sospecho
Que tiene otros cien mil dentro del pecho
Que alternan su dolor por su garganta.
Y aún creo que el espíritu levanta,
Como en información de su derecho,
A escribir del cuñado el atroz hecho,
En las hojas de aquella verde planta.
Ponga, pues, fin a las querellas que usa,
Pues ni quejarse ni mudar de estanza
Por pico ni por pluma se le veda.
Y llore solo aquél que su Medusa
En piedra convirtió, porque no pueda
Ni publicar su mal ni hacer mudanza.

Sólo añaden estos conceptos al de disparidad (de que se discurrió en su propia especie) aquella formalidad de argumento con que se prueba y se exprime más el sentimiento y la intención. Ingeniosamente discurrió doña Hipólita de Narváez en este epigrama:

Rompe Leandro con gallardo intento
El mar confuso, que soberbio brama,
Y el cielo entre relámpagos derrama
Espesa lluvia con furor violento.
Sopla con fuerza el animoso viento,
¡Triste de aquél que es desdichado y ama!,
Al fin, al agua ríndese la llama,
Y a la inclemente furia el sufrimiento.
Mas ¡oh, infeliz amante!, pues al puerto

Llegaste, deseado de ti tanto,
Aunque con cuerpo muerto y gloria incierta.
¡Y desdichada yo, que en mar incierto,
Muriendo entre las aguas de mi llanto,
Aun no espero tal bien después de muerta!

Semejantes a los argumentos de paridad son los que se hacen *ab exemplo.* Argúyese con la misma razón y correspondencia de un sujeto a otro. Así el religiosamente poeta fray Luis de León desengaña arguyendo en aquella moral canción, que comienza:

Elisa, ya el preciado
Cabello, que del oro escarnio hacía,
La nieve ha variado.
¡Ay!, ¿yo no te decía,
Recoge, Elisa el pie, que vuela el día?, etc.
¿Qué fe te guarda el vano,
Por quien tú no guardaste la debida
A tu bien soberano,
Por quien mal prevenida,
Perdiste de tu seno la querida?
Prenda, etc.

Júntase también con el ejemplo el exceso, con que se pondera de lo más a lo menos, especialmente cuando el término de quien se toma es sublime. Este concepto dio alma a estas dos décimas a la muerta emperatriz de España, doña Isabel. Introduce en ellas Anastasio Pantaléon al beato padre Francisco de Borja, que dice:

Poco a la fortuna debe
Tu hermosura peligrosa,
Pues naciste tan hermosa
A período tan breve;
Si a tanta vida se atreve
La Parca, ¿quién puede huir?
O ¿por qué afecta vivir

Nuestra ambición mal segura,
Siendo ley de la hermosura
Criarse para morir?
De tu forma peregrina
Nada acuerda la verdad,
Que aun tal vez la majestad
Se ha esperado en la ruina;
Sola en ti, Isabel divina,
Huyó la forma y el ser,
Y en tanto ejemplo, aprender,
Quiero yo a morir ahora,
Ya que en el mundo se ignora
Escuela para el nacer.

Sea última sutileza el hacer antítesis del mismo ejemplo, arguyendo en contraposición de un término al otro. De esta suerte arguye, y aún convence, un ingenio de muchas esperanzas, Juan Lorenzo Ibáñez, moderno cisne del Ebro, en este soneto, bien hablado y bien concepteado:

El costado de Cristo, que inhumana
Fiereza rasga lanza rigurosa,
Desata rayos de jazmín y rosa,
Equivoca raudal de nieve y grana.
El corazón se asoma a la ventana
Que en el pecho le abrió mano alevosa,
Y para enriquecer su amada esposa,
Despide perlas y corales mana.
La ingratitud del hombre el mundo acuse,
Pues el llanto detiene cuando mide
Cristo en la Cruz un piélago de penas.
No por falta de lágrimas se excuse,
Pues JESUS caudalosas las despide
En la sangre del alma y de las venas.

Discurso XXXVII

DE OTRAS MANERAS DE ARGUMENTOS CONCEPTUOSOS

La contrariedad es grande fundamento de toda sutileza; así se arguye con agradable artificio de un contrario a otro. De Cástor, que todo lo compraba, infirió Marcial por consecuencia el otro extremo de que todo lo vendería:

Omnia, Castor, emit: sic fiet, ut omnia vendat.

No sólo es pronta la agudeza en tiempo, sino en palabras. Presto y bien, dos realces. Los dos encierra la gustosa traducción de nuestro Salinas:

En comprarlo todo da
Cástor, cuanto topa y ve;
Quien todo lo compra, a fe
Que todo lo venderá.

Grande sutileza es sacar de una cosa su opuesta, y a fuerza del argumento probar todo lo contrario. Fue eminente Lope de Vega, no sólo en lo fecundo, sino en lo conceptuoso; mostrólo en este valiente epigrama:

Puso Joab al animoso Urías
En el peligro que su rey le advierte,
Y trocando la infamia con la muerte,
Da vida y fama a sus cenizas frías.
Su incasta ausente los legales días
Llora la sangre que su culpa vierte,
Y al alma de su esposo ilustre y fuerte
Ofrece ingratas lágrimas impías.
Sujeto está el honor a la desdicha;
Pero ¿qué mayor bien del agraviado,
Que no le ser jamás de nadie dicha?
Y pues temerla puede el más honrado,
Dichoso quien murió con tanta dicha,

Que nunca supo que era desdichado.

Son estas sutilezas examen de un ingenio: es lo más que se puede discurrir. Pero hay aún su latitud en esta misma contrariedad y sus grados de oposición, según la mayor o menor distancia; entre dos opuestos efectos o circunstancias de un mismo sujeto se forma el argumento conceptuoso. De esta suerte, el Camoens:

Porque poco aprovecha, linda dama,
Que sembrase el amor en vos amores,
Si vuestra condición produce abrojos.

Aún dice más primor sacar efectos opuestos de una misma causa, y concluir que la misma contradictoriamente obra. Campea esta extremada sutileza en este célebre epigrama a Santa Cordula:

Cordula vivis adhuc de tot modo millibus una,
Inter tot caedes Cordula vivis adhuc?
It mare virgineum, pelago premit arva rubenti,
Ursula fixa jacet, Cordula vivis adhuc?
Hinc Amor inde timor connixi hastilia crispant
Quam timor abscondit, denique prodit amor.

Excedióse a sí mismo el ingenioso y elegante don Manuel Salinas en la traducción; celébrala:

Cordula, ¿que es posible haber quedado
Entre tantos millares con la vida?
Cordula, entre matanza tan crecida,
¿Tú sola con la vida has escapado?
La espalda oprime al piélago esmaltado
Virgíneo mar de sangre esclarecida,
¿Y tú vives aún, cuando rendida
Úrsula yace el cuerpo atravesado?
De aquí el temor, de allí el amor combate
Sobre el amante corazón, adonde

La lucha astillas crespas multiplica.
Vence al fin el amor en tal debate,
Porque la que el temor cobarde esconde,
El amor atrevido la publica.

A repugnantibus. Se pondera alguna circunstancia o suceso que apoya lo que se pretende y contradice a lo contrario. De San José, discurriendo sobre sus hermosos celos, dijo don Antonio de Mendoza, y es de lo mejor que tiene este gran ingenio:

Que no esté celoso intenta
Mostralle, ¡oh, grande argumento!
Despertóle, *y pues dormía,*
Ya se ve que no eran celos.

Pondérase en la causa la repugnancia, para inferir el encontrado efecto con artificiosa sutileza. De esta suerte el culto, aunque no oculto Zárate, arguye que las lágrimas de amor abrasan:

Brota diluvios la soberbia fuente,
Más piadosos que el cielo para Egito,
Cuando el piélago en ondas infinito,
Aun su misma ribera no lo siente.
Multiplican mis ojos tu corriente
Contra la fuerza del celeste rito,
Pues cuando abrasa el sol todo distrito
De sus márgenes pasa la creciente.
Hiriendo el sol las encumbradas sierras
Que al Nilo se derraman en tributo,
Vuelven a ser fructíferas las tierras.
En mí, causa mi sol el mismo efecto;
Mas, ¡ay, que son las lágrimas sin fruto,
Pues con ser agua, queman en secreto!

Ab adjunctis. Esto es de las circunstancias, es un modo de argumentar muy justo. Sea ejemplo este gran concepto del

Camoens, en que de los adyacentes saca la ingeniosa consecuencia:

Mi corazón me han robado,
Y amor, viendo mis enojos,
Me dijo: «Fuéte llevado
Por los más hermosos ojos,
Que desque vivo he mirado.
Gracias soberanas tales
Te los tienen en prisión»;
Y si amor tiene razón,
Señora, por las señales,
Vos tenéis mi corazón.

Por la semejanza se arguye con no menor propiedad y sutileza que por la paridad. Ingeniosamente, don Luis Carrillo:

Y si es cierto, ¿no consume
El que es fuego elemental?
Siendo mi fuego de un cielo,
¿Por qué me consumirá?

Añadió a la semejanza la grave sentencia don Luis de Góngora, y dijo:

¡Ayer deidad humana, hoy poca tierra,
aras ayer, hoy túmulo, ¡oh, mortales!
Plumas, aunque de águilas reales.
Plumas son: quien lo ignora, mucho yerra.
Los miembros que hoy este sepulcro encierra.
A no estar entre aromas orientales,
Mortales señas dieran de mortales;
La razón abra lo que el mármol cierra.
La Fénix que ayer Lerma fue su Arabia
Es hoy entre cenizas un gusano,
Y de conciencia a la persona sabia.
Si una urca se traga el océano,
¿Qué espera a un batel, luces en la gavia?
Tome tierra, que es tierra el ser humano.

Ad hominem. Es un argüir de lo concedido por otro, y un retorcerle contra su misma razón. Trocó Marcial graciosamente el dicho de Gelia, que, presentándole una liebre, le envió a decir sería hermoso siete días si la comía, a lo menos una semana. Jugó del vocablo *Leporem,* que con equivocación significa la liebre, y hermosura o lindeza. Comentó no rozado:

Si quando Leporem mittis mihi, Gellia, dicis,
Formosus septem, Marce, diebus eris.
Si non derides, si verum, lux mea, narras,
Edisti numquam, Gellia, tu Leporem.

Tradújolo un moderno en esta décima, con toda propiedad y rigor:

Una liebre, y a decir,
Discreta Gelia, me envías,
Que la coma, y siete días
Seré lindo; y si reír
Esto no es, ni fingir,
¿Sabes en qué he reparado,
Sol de un ciego enamorado?
Que si tú dices verdad,
Yo diría en puridad,
Que tú nunca la has probado.

Pero con no menos elegancia y mayor propiedad la sazonó el canónigo Salinas:

Si cuando liebre me envías,
Me dices, Gelia, has de ser,
Si la quisieres comer,
Marco, hermoso siete días.
Si no ríes, ni mentiste.
Mi luz en lo que has contado,
Me atrevo a decir, osado,
Que tú nunca la comiste.

De las causas a los efectos, y al contrario, se toma ingeniosamente el argumento y se forma la primorosa correspondencia. El siempre agudo Camoens:

Apartábase Nisi de Montano,
En cuya alma, partindose, ficaba,
Que, o Pastor na memoria debuxaba,
Por poder sustentarse deste engano.
Pellas prayas do Indico Occeano
Sobre o corbo cayado s'encostaba,
Eos olhos pellas agoas alongaba,
Que puoco se doía do seu dano.
Pois com tamanha magoa e saudade
Decía: «Quis deixarme aen que eu moro,
Por testemunhas tomo o ceo e estrellas:
Mas se em vos, ondas, mora piedade,
Levai tamben as lagrimas que choro,
Pois assi me levais a causa dellas.

Discurso XXXVIII

DE LA AGUDEZA POR UNA RARA INGENIOSA ILACIÓN

Supone esta especie de sutileza extraordinaria perspicacia de discurso. Consiste su artificio en sacar una consecuencia extravagante y recóndita, y así es parte de la pasada. Prestando uno cantidad de dinero a otro, viendo que éste los echaba en el lienzo sin contarlos, sacó con ingeniosa ilación aquél que no pensaba volverlos, y así se los pidió, diciéndole: «Quien no los cuenta, no los piensa pagar.» De las circunstancias y adyacentes se vale el discurso para colegir tan pronta y recóndita consecuencia. Así la sagaz vulpeja, de las pisadas de los brutos, que todos miraban hacia la cueva del león, y ninguna volvía atrás, infirió la importante verdad. Pondéralo bien el profundo y magistral Horacio en su primera carta:

Olim quod Vulpes aegroto cauta Leoni.
Respondit, referam: "Quia me vestigia terrent,
Omnia te adversum spectantia, nulla retrorsum."
Bellua multorum es capitum. Nam quid sequar aut quem?, etc.

No les pueden dar reglas ciertas e infalibles para estas sutiles consecuencias, sola la valentía y vivacidad de un ingenio es bastante para tan extravagante discurrir. Tal fue el de Junio Bruto, que consultando los hijos de Tarquino el oráculo de Delfos, sobre quién de ellos había de obtener el mando, y respondióles que el primero que besase a su madre; él, prontamente, fingiendo que caía, besó la tierra, discurriendo con notable prontitud que ella es madre universal, y no se engañó.

Contiene más sutileza, cuando al contrario de lo que otros piensan, se colige una verdad, y más si es prudente y cierta. A uno que celebraba su mucha felicidad arguyó el juicioso poeta Bartolomé Leonardo:

¿Es para ti la esfera de la luna,
Lico, esta patria universal del suelo?
¿Que no has visto la causa al desconsuelo,
Ni llorado jamás, ni aun en la cuna?
No haber hecho de ti experiencia alguna
Un caso adverso, ¿no te da recelo
De que no te ha juzgado digno el Cielo
De vencer ni una vez a la Fortuna?
No acredita al piloto la bonanza;
El ejercicio sólo es el que puso
Entre el valor y el ocio diferencia.
Mísero, quien no da filos al uso
De la razón, haciendo resistencia
Igualmente al temor y a la esperanza.

Tal vez suele ser paradoja la ilación, pero ingeniosa. Así Augusto pasando por una almoneda de un hombre muy adeudado, preguntó si se vendía la cama, y respondiéndole que sí; mandó comprarla y satisfizo al reparo de sus cortesanos, diciendo que no le dejaba dormir el cuidado del univer-

sal gobierno, y que creía que aquella cama tenía alguna especial virtud de hacer dormir, pues un hombre con tantas deudas podía descansar en ella. Pero no acudió mal el que dijo que antes había de comprar las de los acreedores.

En materia de los sueños ha habido raras y extravangantes interpretaciones, sacadas de lo que significaban las mismas cosas soñadas. Tal fue aquella que refiere Pedro Mateo, insigne historiador de Francia, juicioso, ponderador, elegante, ceñido y muy atento, con mucha razón estimado del gran Enrique IV, como tan apreciador de las letras, y en ellas de su propia inmortal fama. «No es bien —dice— despreciar ni estimar todos los sueños; los de los grandes príncipes no son vanos sobre las grandes resoluciones; después se conoce que han sido inspirados divinamente; pocos días antes de este suceso (fue la muerte violenta de Enrico), soñó la reina dos veces, cuando los plateros labraban la corona, que los más gruesos diamantes y todas las más ricas piezas que se dieron para su adorno se habían convertido en perlas, las cuales muchos interpretaron por lágrimas.» Hasta aquí Mateo. Otros dicen soñó que una rastra riquísima de perlas que traía se le había deshilado, y esparcídose todas ellas por el suelo, símbolo las perlas de las lágrimas que había de derramar. Semejante fue ésta a la que el otro sabio dio al rey Ciro, habiendo soñado que el sol se le iba de entre las manos; le pronosticó su cercana muerte y que aquello era un írsele la vida.

Pondéranse las contingencias y la correspondencia de las circunstancias, especialmente lo que suelen significar por la acepción común en jeroglíficos y símbolos, y forma su discurso con fundamento y sutileza el ingenio. Pero cuando la consecuencia es contraria a las circunstancias por su contraposición y extravagancia, es más gustosa, como lo fue la de Marcial en este epigrama a uno que afectaba mucho el ir embalsamado entre olores; díjole que del oler tan bien se seguiría el oler muy mal:

Hoc michi suspectum est, quod oles bene, Posthume, semper,
Posthume, non bene olet, qui bene semper olet.

Contradictoriamente saca la ilación, pero muy verdadera y plausible; compítela la elegante traducción de don Manuel Salinas:

Póstumo, el oler tan bien
Tengo por mala señal,
Porque siempre huelen mal
Aquellos que huelen bien.

Aunque no sea contraria, si es diferente de lo que los demás discurren y ponderan, se tiene por ingeniosa. Refiriéndole a Augusto los de Tarragona por gran prodigio que había nacido una palma en el altar que le tenían dedicado para rogar por su felicidad y salud, dijo el César: «De ahí colijo yo cuán frecuentes son vuestros sacrificios y el ofrecer incienso en él, pues no sólo nace hierba, sino palmas.»

Ésta es la sutileza que da valor y alma a las transposiciones, convirtiendo en acierto el que parecía yerro, en sublimidad la bajeza, y al contrario. Acusándole a Alejandro ciertos soldados de su ejército que, estando para pelear con un millón de enemigos, habían conjurado de no llevar a la real tienda los despojos que cogiesen: «¡Oh, valientes soldados —respondió—, que no tratan de huir!»

Como son extraordinarios estos discursos, suelen ayudarse de la exageración, interpretando por encarecimiento. De esta suerte pondera el docto y grave padre fray Luis de León en la muerte del príncipe don Carlos:

No temas que la muerte
Vaya de tus despojos victoriosa,
Antes irá medrosa
De tu espíritu fuerte;
Las ínclitas hazañas que tú hicieras,
Los triunfos que tuvieras,
Y vio que a no perderte, se perdía,
Y así el mismo temor la dio osadía.

Rebatir una ilación con otra igual, y aun mayor, gran prueba es de la valentía del discurso. Preguntando el otro César a

un mozo extranjero, parecíale mucho en el rostro y en el talle, si acaso había estado su madre alguna vez en la corte, percibió la malicia, y respondió: «Señor, no; mi padre, sí.» Profundo y verdadero discurso fue el de Metelo, contra el común sentir de toda Roma, que celebraba mucho la destrucción de Cartago; dijo él, lamentándose, que no eran fiestas por la victoria, sino exequias de su imperio, pues el ocio vengaría bien a Cartago. Extremado fue el del rey don Alonso el Magnánimo para dar libertad a la esclava que pedía justicia de su amo, mandó venderle el hijo; y el del otro ciego en la material vista, no en el entendimiento, que recuperó el tesoro escondido, aconsejándose si podría más con el que lo había hurtado. Esta especie de sutileza tiene más de ingenio que de arte.

Discurso XXXIX

DE LOS PROBLEMAS CONCEPTUOSOS Y CUESTIONES INGENIOSAS

Toda dificultad solicita el discurso y es agradable pasto del ingenio; con la proposición suspende y con la ingeniosa salida satisface; pero entre todos los problemas morales y panegíricos suelen ser muy agradables y plausibles. Tal fue aquella célebre pregunta del libro tercero de *Esdras,* propuesta y altercada por aquellos tres cortesanos que guardaban el sueño al rey Darío. ¿Cuál sea la cosa más fuerte? Dijo uno que el vino; otro, que el rey; y el tercero, que la mujer, adelantando cada uno su sentir con no menos eficaces que entretenidos argumentos; decidióse al cabo en favor de la verdad, dándole la palma por la cosa más fuerte e incontrastable de cuantas hay.

Consiste su artificio en una pregunta curiosa, esto es, recóndita, moral o panegírica; empéñase en ella el discurso, y después de bien ponderada la dificultad, dásele la gustosa solución. Así comenzó el sentencioso Horacio sus sátiras:

> *Qui fit Mecoenas, ut nemo, quam sibi sortem,*
> *Seu ratio dederit seu sors objecerit, ulla.*

Contentus vivat? Laudat diversa sequentes?
«O fortunati mercatores!», gravis annis.
Miles ait multo jam fractus membra labore;
«Contra Mercator, navim jactantibus Austris;
«Militia est potior: Quid enim? Concurritur: horae
Momento cita mors venit aut victoria laeta.
Agricolam laudat Juris legumque peritus.
Sub galli cantum consultor ubi ostia pulsat;
Ille datis, vadibus qui iure extractus in urbem est,
Solos foelices viventes clamat in urbe;
Caetera de genere hoc, adeo sunt multa, loquacem
Delassare valeant Fabium; ne te morer, audi
Quo rem deducam. Si quis deus. «En ego», dicat
«Jam faciam quod vultis», eris tu qui modo miles.
Mercator: tu consultus modo, rusticus; hinc vos,
Vos hinc mutatis discedite partibus... Eia!
Quid statis? nollunt; atqui licet esse beatos.
Quid causae est? merito quin illis Jupiter ambas
Iratus buccas inflet? neque se fore post hac
Tan facilem dicat, votis ut praebeat aurem.

Cuando el problema tiene tres o cuatro términos que compiten la verdad es más ingenioso y más gustoso, porque aquella competencia aumenta la suspensión y hace más reñida la dificultad. De esta suerte comenzó el padre Felipe Gracián un sermón el día de la Concepción Purísima de la Virgen Madre: ¿A quién toque más la fealdad moral de una mujer: a su padre o a su esposo o a su hijo? Parece que redunda más en los padres por la obligación que tienen de la buena educación de los hijos, y que las culpas de ellos condenan la falta de su providencia. Con todo eso, parece que al esposo en la opinión común le causa mayor nota, y llega a ser infamia. No se escapan los hijos, antes quedan siempre herederos de aquel desdoro y perjuicio materno, echándoseles cada día en la cara. Después de bien ventilada la moral cuestión con razones y autoridades, así sagradas como de las leyes humanas, aplicó el discurso a la reina de los cielos, probando que igualmente competió el librarla de la mancha original a las tres di-

vinas personas, por los tres títulos de Padre, de Hijo y de Esposo, que fue un discurso muy acepto, como bien discurrido.

La contrariedad de las respuestas tiene la misma gracia y relevante artificio, porque con su variedad suspende más el discurso, hasta que se vienen a unir y concordar en un sujeto con su moralidad y sentencia. Ingeniosamente introduce Falcón a Venus, que estando preñada preguntó a las Parcas qué había de parir. Láquesis dijo que un tigre; Cloto, que un pedernal; Átropos, que un rayo; y parió al amor, que lo es todo.

Alma Venus pregnans, cum jam prope partus adesset,
Consuluit Parcas, quid paritura foret?
Tigrim ait Lachesis; Silicem, Cloto; Atropos, Ignem;
Ne responsa forent irrita, natus Amor.

Corta al principio, y después ata, en qué consiste el agradable desempeño. Don Manuel Salinas traduce así:

Preñada Venus un día,
Estando el parto vecino,
Al Oráculo Divino
Consultó qué pariría.
Tigre, Láquesis decía,
Cloto, pedernal, y Fuego
Átropos; cumplióse luego,
Pues porque respuestas tales
Fueran en verdad iguales,
Nació de Amor el dios ciego.

Ordinariamente, las cuestiones problemáticas suelen ser en común a modo de las tesis; después, al aplicarse al sujeto o a la materia presente, se hacen hipótesis, porque se singularizan y determinan. De esta suerte un grande orador comenzó su panegiris el día de la Encarnación del Verbo Eterno, disputando cuál sea el mejor modo de elegir esposa en todas las naciones: unas estiman la más hermosa; otras, la más noble; nación hay en que los maridos las compran, y nación que los padres las dan; otros las pagan. Finalmente, conclu-

yó, que el mayor acierto fue el de Dios, escogiendo la llena de gracia: *Maria gratia plena.* Son muy plausibles estos discursos, y muy aceptos a los oyentes.

Las cuestiones singulares suelen juntarse con mucho artificio con las ficciones, para más dificultad y cuanto más se va enredando la salida y respuesta, entonces es más gustosa y se estima más por lo que tiene de desempeño. Vese en este célebre epigrama antiguo, donde la contradicción de las respuestas duplica la dificultad:

Cum mea me genitrix gravida gestaret in alvo,
Quid pareret fertur, consuluisse Deos?
Mas est Phoebus ait, Mars foemina; Junoque neutrum
Cumque forem natus Hermaphroditus eram.
Quarenti Lethum? Dea, sic ait, occidet armis:
Mars cruce: Phoebus aquis: sors rata quaeque fuit.
Arbor obumbrat aquas, ascendo, decidit ensis,
Quem tuleram casu, labor, et ipse super.
Pes haesit ramis, caput incidit amne; tulique
Foemina, vir, neutrum: flumina, tela, crucem.

Encierra en sí una gran moralidad, con que sella la agudeza, y concluye ponderando que, para la infalible muerte, las cosas más contrarias y distantes, todas se juntan en un punto. Parecióle imposible la traducción a alguno, y contentóse con exprimir la moralidad en este soneto:

El tronco antiguo de un frutal hermoso
Un arroyo bañaba cristalino,
Lisonja fue del gusto el bien vecino,
Armado en él subí, rapaz goloso.
Atento al hurto dulce, el pie dudoso
Mal fijé en una rama, perdí el tino;
Asido el pie, mi cuerpo al suelo vino,
Hasta llegar al arroyuelo undoso.
Anticipóse el hierro a mi caída,
Y recibióme el pecho atravesado,
Crecieron con mi sangre los cristales.

¿Qué desdicha no cede a tantos males,
Si espadas, horcas, ondas junta el hado,
Cuando quiere quitar a uno la vida?

Mas don Manuel Salinas salió con la traducción de todo el epigrama felizmente, y dijo:

Preñada de mí estando,
Fue mi madre a los dioses consultando
Qué había de parir. Febo la dijo:
«Tú parirás un hijo.»
Marte, a su instancia, respondió prolija:
«Parirás una hija»,
Juno dijo: «Tu parto, porque asombre,
Ni mujer ha de ser, ni ha de ser hombre.»
Cumplióse todo al punto,
Siendo mujer y hombre, todo junto.
Queriendo averiguar mi fatal suerte,
Los dioses consultó sobre mi muerte;
Juno la respondió que con espada
Mi muerte había de ser acelerada;
Marte dijo que ahorcado,
Y Febo que ahogado;
¡Ay!, todos verdaderos
Salieron los oráculos severos.
Frondoso un árbol sombra tributaba
A un río, que sus plantas argentaba;
Convidóme a subir, o su hermosura,
O por mejor decir, mi desventura,
Pues la ceñida espada
Cayóseme al subir; quedó clavada
Del pomo en las arenas;
Pisé una rama apenas,
Y faltóme su frágil delgadeza,
Cayendo de cabeza,
Colgado de los pies, que se enredaron
En las ramas, que al golpe se quebraron.
Mi acero, que al caer quedó derecho,

Me salió a recibir y pasó el pecho,
Con que de mis corales
Pudo aumentar el río sus raudales,
Quedando la cabeza sumergida.
Feneció de tres muertes una vida;
Allí juntó la fuerza de mi hado,
En mi fin desdichado,
Hembra, varón y nada,
Aguas que me anegasen, cruz y espada.

Con ocasión de algún suceso singular se suele sacar la pregunta problemática en común. Así el ingenioso jurado en su romance trágico dijo, hablando de la mujer:

¡Oh, martirio de los hombres!
¡Oh, doméstico enemigo,
Desventura inevitable,
Monstruo desagradecido!
¿Quién fue aquel tan riguroso,
Que nos dejó introducido
Un gravamen tan enorme,
Un fuero tan exquisito?
¿Que el honor de los varones,
Justamente merecido,
Restribe en un fundamento
Fácil de ser combatido?

Propónense algunas veces estas preguntas, así en general, abstrayendo de lo natural y moral; mas la solución siempre tira a la moralidad, como ésta: ¿Cuál sea la cosa más ligera?; dicen unos que el viento; otros, que la luz; y otros, que el pensamiento, y sin duda que lo es el placer en irse y el pesar en venir. Tal fue aquélla de Aristóteles: ¿Cuál sea la cosa que más presto envejece?, y responde él mismo que el beneficio. Otras hay mixtas de natural y moral, como ésta: ¿Cuál sea más amarga de estas tres cosas: la hiel, la mujer o la verdad? Otras todas morales: ¿Cuál sea más dificultoso: el vicio o la virtud? Haylas políticas y muy célebres: ¿Cuál sea mejor rey: el pacífico o el guerrero?

No es el menor primor de este artificio aquella impensada salida del empeño, aquel responder muy al contrario de lo que se piensa y de lo que los otros discurren. De esta suerte, un grande y religioso orador, el primer día de Cuaresma, y de su mayor expectación, en el más autorizado y grave auditorio, dio ingenioso principio a su discurso con una plausible cuestión de la definición del hombre. El griego dirá que es un *Microcosmos,* un mundo pequeño. Platón, que es medida de todas las cosas. Aristóteles, la armonía del universo. Plinio, cifra de todo lo criado. Cicerón, vínculo del mundo. Séneca, centro del saber. Catón, participante de la mente divina. Sócrates, dios para otro hombre. Pitágoras, árbol plantado hacia el cielo. Plutarco, rey de la tierra. Diógenes, sol con alma. El santo Moisés, imagen del mismo Dios. David, coronado de gloria. San Basilio, animal político. Nacianceno, gobernador de las criaturas. San Ambrosio, juez de todo. San Bernardo, ciudadano del paraíso. San Gregorio el Magno, contemplador de Dios. San Agustín, fin y blanco de las demás criaturas. Mas yo, con la autoridad del mismo Dios diré que es tierra, que es polvo y nieto de la nada: *Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.*

Hay algunas de estas preguntas problemáticas que no se les da respuesta, sino la misma admiración del objeto sirve de desempeño y respuesta, como se ve en esta sazonada y sentida décima del gran ponderador Bartolomé Leonardo:

Viéndose en un fiel cristal
Ya antigua Lice, y que el arte
No hallaba en su rostro parte
Sin estrago natural,
Dijo: «Hermosura mortal,
Pues que su origen lo fue,
Aunque el mismo amor le dé
Sus flechas para rendir,
Viva obligada a morir,
Pero a envejecer, ¿por qué?»

Los problemas morales son muy conformes a la razón, y así la recrean tanto y la satisfacen. Algunos hay naturales, que

por su curiosidad son muy gustosos, y suele valerse de ellos el orador para dar principio a algún discurso, como aquél: ¿Cuál haya sido el mejor pintor del mundo?, y responde que los dos meses, abril y mayo. Las cuestiones panegíricas por lo sublime e ingenioso son plausibles. Tal fue aquélla de un grave orador en el nacimiento del singular Bautista, fundada en el mismo Evangelio: *Quis putas puer iste erit: etenim manus Domini erat cum illo?* Dice que la ventura y felicidades de Juan se han de sacar de la mano de Dios, y va por ella preguntando quién ha de ser y discurriendo sus mayores excelencias. Relevante discurso fue también a San Juan Evangelista, fundado en las palabras del Evangelio: *Hic autem quid?*, y en el prodigio de no hallarse su cuerpo en su sepulcro, sino un celestial maná, obrador de maravillas, carea el *quid est hoc?* del maná y el *Hic autem quid?* de San Pedro, y forma la cuestión de quién es Juan: apóstol, evangelista, profeta, mártir, virgen, todo lo es como el maná, que a todo sabía.

Discurso XL

DE LA AGUDEZA ENIGMÁTICA

Son muy semejantes a los problemas los enigmas; fórmanse por una dificultosa pregunta; cuanto más morales son, más célebres, como éste: ¿Quiénes sean aquellas dos hermanas, que la una, donde una vez sale, nunca más vuelve a entrar, y la otra, donde una vez entra, nunca más vuelve a salir? Respóndese ser la vergüenza y la sospecha.

Fórmase el enigma de las contrariedades del sujeto, que ocasionan la dificultad y artificiosamente lo oscurecen, para que le cueste al discurso el descubrirlo. Como éste:

Por un amoroso exceso
Al más potente Señor
Le tiene el divino amor
En estrecha cárcel preso;
Y está con tanta afición,

Que aunque él es el prisionero,
Falta la prisión primero
Que él falte de la prisión.

Es panegírico a Cristo en el Sacramento, con que se pondera grandemente la gran fineza de su amor. De suerte, que también los enigmas sirven para más ponderar un hecho o un sentimiento grande, como se ve en éste del famoso Garcilaso:

Dentro en mi alma fue de mí engendrado
Un dulce amor, y de mi sentimiento
Tan aprobado fue su nacimiento,
Como de un solo hijo deseado;
Mas luego dél nació quien ha estragado
Del todo el amoroso pensamiento;
En áspero rigor y en gran tormento
Los primeros deleites ha tornado.
¡Oh, crudo nieto, que das vida al padre
Y matas al abuelo! ¿Por qué creces
Tan desconforme a aquél de que has nacido?
¡Oh, rabioso temor!, ¿a quién pareces?
¡Que aun la envidia, tu propia y fiera madre,
Se espanta en ver el monstruo que ha parido!

Extremada definición de los celos, que por una descripción de lo más prodigioso y extravagante del sujeto sobre quien se discurre, se saca comúnmente el enigmático concepto; pero siempre ha de haber alguna contrariedad entre las circunstancias y adjuntos de que se concibe, como aquél de Bión: ¿Cuál es la cosa más mala que el mismo mal?, y responde que el no saberlo llevar y sufrir. Hácese más dificultoso el enigma cuando incluye las contrariedades de un mismo sujeto; así, en éste del filósofo Anacarses: ¿Cuál es la cosa mejor y juntamente la peor del hombre?, y responde que la lengua.

No es necesario que la oposición de los extremos del enigma sea siempre contrariedad; bastará una diversidad extrava-

gante. Así fue aquél tan célebre de la esfinge, glosado así del atento Alciato:

Quod monstrum id? Sphinx est. Cur candida virginis ora?
Et volucrum pennas, crura leonis habet?
Hanc faciem assumpsit rerum ignorantia: tanti
Scilicet est triplex causa, et origo mali.
Sunt quos ingenium leve, sunt quos blanda voluptas,
Sunt et quos faciunt corda superba rudes.
At quibus est notum, quid Delphica littera possit,
Praecipitis monstri guttura dira secant.
Namque vir ipse bipesque tripesque, et quadrupes idem est,
Primaque prudentis laurea nosse virum.

Preguntaba: ¿Cuál es aquel animal que comienza a andar con cuatro pies, prosigue con dos y acaba con tres? Respondió Edipo ser el hombre, y valióle la vida, porque el conocerse uno, así como es dificultoso y de pocos, es más glorioso e importante. Sublime moralidad con que corona su emblema Alciato.

A más contraposición, más dificultad, y a más dificultad, más fruición del discurso, en topar con el significado, cuanto está más oscuro, como se ve en ese antiguo, pero con alma:

¿Cuál es la cosa más cierta,
Que no tiene punto cierto?
¿Cuál es la cosa más muerta
Que no tiene nada muerto?
¿Cuál es la cosa más viva
Que no tiene nada vivo?
¿Cuál es aquella cautiva,
Cautiva de su cautivo?

Compónese toda de contrariedades, y exprime con grande artificio nuestra muerte y la razón sujeta al pecado. Más difícil es esta otra de Juan de Córdoba:

Infame peste, estrago de la vida,
Torpe peso de honrados pensamientos,

Pecho de pedernales avarientos,
Boca de bestia fiera mal herida;
Fueros y leyes quiebras, fementida,
Montañas rompes, piélagos y vientos,
Ni embotas tus hidrópicos alientos
Con tanta sangre humana mal vertida.
Tú armaste contra el padre más piadoso
Del hijo vil, tal vez, la mano aleve,
Y tal del impío padre la fiereza.
Tú poblaste de sangre el golfo undoso,
Tú de asombro y dolor el golfo leve,
De miedo el sol, y el Cielo de tristeza.

Todas éstas se componen de las mismas contrariedades del sujeto, y se hace como una definición enredada, para que el discurso la desempeñe. Hay libros enteros de estos conceptos enigmáticos, algunos muy fríos, otros muy ingeniosos, como éste:

¿Qué es el cuerpo sin sentido,
Que concierta nuestras vidas,
Sin vivir?
Muévese sin ser movido,
Hace cosas muy sentidas
Sin sentir.
Éste nunca está dormido
Mas siempre mide medidas
Sin medir.
Tiene el seso tan perdido,
Que él mismo se da heridas
Sin herir.

Viose autorizada esta agudeza en el sacro enigma: *De comedente exivit cibus, et de forti egressa est dulcedo,* que también se compone de la contrariedad artificiosa.

Discurso XLI

DE LAS RESPUESTAS PRONTAS INGENIOSAS

Si una pregunta curiosa y dificultosa es prueba grande del discurso, una respuesta sutilmente adecuada y pronta será su desempeño. Habíase disfrazado el famoso Dante, y andaban por conocerle; para esto preguntaron: «¿Quién sabe del bien?» Respondió él: «Quien sabe del mal», y al punto fue descubierto. Estas respuestas sentenciosas hicieron tan célebres los siete sabios de Grecia, como Tales, que, preguntado cuál era la cosa más fácil y la más dificultosa, respondió que el conocer uno de sus defectos y los ajenos. Bías, ¿cuál era la más cruel de las fieras y más dañosa?: de las bravas, el tirano; de las mansas, el adulador; pero Diógenes, de las crueles, el murmurador; de las domésticas, el adulador. Estuvo la gracia en responder con tanta sutileza, fuera de lo que se preguntaba, con lo moral a lo natural.

Unas veces consiste su primor en dar la definición o declaración de la cosa que se pregunta, ya por una sentenciosa metáfora; así Zenón, preguntándole ¿qué era la hermosura?, ¿en qué consistía?, dijo que es flor que promete buen fruto de costumbres; Aristótelcs, prerrogativa de la naturaleza; Sócrates, tiranía breve; Teofrasto, engaño callado; Carnéades, imperio sin soldados; Teócrito, escollo de marfil.

Por una semejanza se explica agradablemente el sujeto de que se pregunta; pidiéndole a Platón qué cosa era la esperanza, respondió: sueño de hombres despiertos. Demócrito, que las palabras son la sombra de los hechos. Solón, que los amigos de los reyes son lo que los contadores entre las monedas.

Una definición sentenciosa es un relevante desempeño de la pregunta. Preguntándole a Pitágoras, ¿qué cosa es el amigo?, dijo: otro yo. *Amicus est alter ego.* Aristóteles, que dos cuerpos con un alma. Diógenes, del amar, que era ocupación de ociosos; el mismo, preguntándole uno de dónde era, dijo que ciudadano de todo el mundo. Prosiguiendo: ¿qué había estudiado?, que la ciencia que enseña a estar indiferente y prevenido para toda fortuna.

Al contrario, otras veces se pregunta el sujeto de la misma definición, y a quien convenga, la propiedad, el afecto o circunstancia, y la sutileza de la respuesta consiste en descubrirlo. De esta suerte, Sócrates, preguntando quién es el que más se parece a Dios, dijo que el que no depende de cosa alguna. Tales, ¿quién se podía llamar feliz?, respondió que el que tiene tres eses; esto es, santo, sano y sabio. Bión, ¿quién vive con más cuidado y afán?, el que en grandes puestos atiende a conservar su fortuna. Chilón, ¿cuál es la cosa más dificultosa?, dijo que el guardar el secreto encomendado. Aristóteles, ¿qué saca el mentiroso?, que ni él cree, ni a él le creen.

Pregúntanse tal vez las causas, y es discurrir señalar las morales y sentenciosas, como Diógenes, que preguntándole por qué nos dio la naturaleza dos oídos y una lengua, dijo, para hablar poco y oír mucho. El emperador Segismundo, ¿por qué favorecía tanto a los buenos ingenios?, dijo: la misma naturaleza me enseña a aventajarlos. Marcial, a uno que le extrañaba el no querer casar con una mujer muy rica:

> Prisco, ¿por qué no me caso,
> Dices, con rica mujer?;
> Porque yo no quiero ser
> La mujer, y ése es el caso.

Pídese también en la pregunta algún medio prudencial o alguna elección acertada, y la prontitud está en el saber iluminar. Preguntando uno a Diógenes de qué edad era bueno casar, respondió: para el mozo aún es presto, para el viejo ya es tarde, y, por consecuencia, nunca. A Antístenes, otro, ¿qué mujer escogería? Si fea, respondióle, da enfado; si hermosa, cuidado. Agesilao, ¿cómo se alcanza la buena fama?, dijo, que hablando lo muy cuerdo y obrando lo muy honroso. Agatocles, ¿de qué suerte reinará uno seguro y sin armas? Si tratare a sus vasallos como a hijos.

Respóndese tal vez una cosa impensada, pero acertada. Preguntándole a una doncella pobre, como por fisga, ¿dónde tenía su dote?, respondió que en su honestidad y buena fama. Cautiva otra, y preguntada del comprador si sería buena, res-

pondió: «Y aunque no me compres.» Sócrates, ¿qué sabía?, dijo: «Sólo sé que nada sé.»

Con la acción se responde misteriosamente. Así, aquel filósofo, preguntado qué era nuestra vida, dio una vuelta alrededor del corro, y sin decir palabra desapareció, significando que otro tanto es la vida humana. No respondiendo, alguna vez se responde mucho. Preguntándole a Biante un hombre muy malo qué cosa era la virtud, no le respondía; instado, dijo: «Es impertinente para ti.» Indirectamente, se puede responder con mucha agudeza. Preguntándole uno a Aristóteles cuál sea la causa que gustamos más de tratar y conversar con las personas de buen rostro, respondió: «Esa pregunta sólo pudiera hacerla un ciego.» A Antístenes consultó Antígono si iría a un convite: «Advierte —dijo— que te crías para rey.»

Cuando se pregunta la causa de alguna acción extraordinaria y notable, suele ser la respuesta desempeño del intento misterioso. Iba Diógenes por una calle caminando contra la numerosa corriente del pueblo; preguntóle uno por qué caminaba de aquel modo, y respondió: «Yo siempre voy al contrario del vulgo.»

Discurso XLII

DE LA AGUDEZA POR CONTRADICCIÓN Y REPUGNANCIA EN LOS AFECTOS Y SENTIMIENTOS DEL ÁNIMO

Es muy otra esta agudeza de la de improporción, porque allí se exprime la oposición de dos extremos extraños y extrínsecos, aquí la de los sentimientos propios y afectos del ánimo. Como se verá en estos dos ejemplos; sea el primero este valiente epigrama del doctor Juan Pérez de Montalbán:

Baja Rebeca al prado en rizos de oro
Dilatando la espléndida madeja,
Que en confianza de una cinta deja,
Por más ostentación de su tesoro.
Llega a la fuente, y el cristal sonoro

Rehusando el competir, de ella se aleja;
Unas veces murmura, otras se queja,
Y ella le riñe con galán decoro.
Alza los ojos y piadoso advierte
El siervo de Abraham al blando ruego,
Y con agua del fuego le divierte.
Las bodas de Jacob conciertan luego,
Porque el divino amor, para que acierte,
Empieza en agua y se remata en fuego.

Concluye con aquella contraposición entre el agua y fuego. Sea ejemplar de la presente sutileza este concepto, sacado de aquel gran poema de don Antonio de Mendoza, de *Querer por sólo amar*:

¡Ea!, vuelve, que ha de haber
Una mujer, que no quiere
Saber lo que quiere, y muere
Por lo que quiere saber.

Consiste la agudeza en aquella contradicción de querer y no querer juntamente. Bien es verdad que esta contraposición forma su artificio en la desproporción de las dos razones encontradas, como se ve también en éste:

Si vais a ver el ganado,
Muy lejos estáis de verme,
Porque en haberos mirado
No supe sino perderme.
Si vais a ver el perdido,
Tampoco me ved a mí,
Pues desde que me perdí,
Por ganado me he tenido.
Y si al perdido y ganado
Vais a ver, bien podéis verme,
Pues en haberos mirado
Supe ganarme y perderme.

Bien extremada la contraposición que contiene. Es muy usado este artificio, y cuando la contrariedad está en todo su rigor, que llega a ser repugnancia, es más ingenioso, como se ve en este epigrama:

En una roca de cristal luciente,
Que el blanco aljófar de un estanque lava,
Afila la herramienta de su aljaba
El Alcidalio, joven inclemente.
En dos lascivos viejos, insolente,
Dardos de fuego desde el agua enclava,
Que en llamas arden de lujuria brava,
Por la beldad que admiran en la fuente.
Arden los viejos en aleve fragua,
Sin que ataje sus llamas fulminantes
El que a Susana baña licor puro.
Antes más se avivaron con el agua
Sus llamas violentas, pues bastantes
Fueron para forjar hierro tan duro.

Pertenece más a la agudeza de improporción, porque aunque es entre los afectos y pasión, fue ajena. Más propia es ésta, que exprime mucho el sentimiento del ánimo con su repugnancia:

Si yo quiero, ¿por qué quiero
Para dejar de querer?
¿Qué más vida puede haber,
Que morir del mal que muero?

Dase razón a veces de la contradicción del afecto, y eso mismo es duplicar la agudeza, como en ésta:

Todo es uno para mí,
Esperanza o no tenella,
Que si hoy muero por vella,
Mañana porque la vi.

Si la contrariedad fuere doble, es gran primor comentarla, duplicando también la razón. Así, dijo el tan ingenioso, como afectuoso, Jorge de Montemayor:

¿Por qué te escondes de mí,
Pues conoces claramente,
Que estoy, cuando estoy presente,
Muy más ausente de ti?
Cuanto a mí, por suspenderme
Estando donde tú estés;
Cuanto a ti, porque me ves.
Y estás muy lejos de verme.

Después de haber exprimido un sentimiento, volver atrás y esforzar todo lo contrario sale muy bien, pero debe fundarse en la razón juiciosa. Así, Marcial, en este epigrama celebra primero a Fábula de hermosa, rica y joven, y luego se contradice con una bien crítica razón:

Bella es; novimus: et puella; verum est:
Et dives; quis enim potest negare?
Sed dum te nimium Fabulla, laudas,
Nec dives, neque bella, nec puella es.

Merece repetirse otra y muchas veces en la elegante traducción del Salinas:

Que eres bella conocemos,
Fábula, y moza, es verdad,
Y rica y de calidad,
¿Cómo negarlo podemos?
Pero después que, enfadosa,
Alabarte tanto quieres,
Digo que rica no eres,
Ni eres muchacha ni hermosa.

Muchas de estas contradicciones conglobadas hacen un concepto plausible, como se ve en este epigrama, y concluye con la exageración de su sentimiento en vez de la razón:

Cuitado, que un punto lloro y río,
Espero, temo, quiero y aborrezco;
Juntamente me alegro y entristezco;
De una cosa confío y desconfío.
Vuelo sin alas, estando ciego guío;
En lo que valgo más, menos merezco;
Callo, doy voces, hablo y enmudezco;
Nadie me contradice y yo porfío;
Querría hacer posible lo imposible;
Querría poder mudarme y estar quedo;
Gozar de libertad y estar cautivo;
Querría que se viese lo invisible;
Querría desenredarme y más me enredo;
Tales son los extremos en que vivo.

Aunque la contradicción no sea en el mismo tiempo, sino en diferentes, con todo aquella opuesta variedad basta para la sutileza:

Mira, pastora, mi suerte
Si ha traído buen rodeo,
Que si antes mi deseo
Me hizo morir por verte,
Ya muero porque te veo.

En vez de la razón que se suele dar de la contradicción, suele sustituir con no menor artificio y sutileza la interrogación, que deja como suspenso el afecto, y viene a exprimir más, como ésta:

Contentos, que presto os is,
Y que tan tarde llegáis;
Si venís, ¿para qué os vais?
Y si os vais, ¿por qué venís?

Juntó la contraposición el encarecimiento, la suspensión y toda la agudeza, el conceptuosamente bizarro don Gabriel Bocángel:

Centellas líquidas vierten
Dos soles de par en par.
Cuando es el agua de fuego,
Los rayos, ¿de qué serán?

De la misma contrariedad se puede dar razón y salida para la propuesta. Así, éste:

¿Quién, zagal, podrá pasar
Vida tan triste y amarga?
Que para vivir es larga,
Y corta para llorar.

Contradícese también uno mismo, según diferentes fines que da por razón de su contrariedad. Introduce don Luis de Góngora su única Isabela, que valió por mil:

Para igualar tu humildad
No tengo un maravedí:
Para alentar tu esperanza
Mi dote es un Potosí.

Colme de ornato y de aprecio esta conceptuosa sutileza aquel extremado soneto de Montemayor:

En ese claro sol, que resplandece,
En esa perfección sobre natura,
En esa alma gentil, esa figura,
Que alegra nuestra edad y la enriquece,
Hay luz que ciega, rostro que enmudece,
Pequeña piedad, gran hermosura,
Palabras blandas, condición muy dura,
Mirar que alegra y vista que entristece.
Por eso estoy, pastora, retirado,
Por eso temo ver lo que deseo,
Por eso paso el tiempo en contemplarte.
¡Extraño caso, efecto no pensado!
¡Que vea el mayor bien cuando te veo
Y tema el mayor mal yendo a mirarte!

Discurso XLIII

DE LAS OBSERVACIONES SUBLIMES Y DE LAS MÁXIMAS PRUDENCIALES

Parecerá esta obra más del juicio que del ingenio, pero de entrambos participa. Hay unas verdades realzadas, así por lo sustancial, como por lo extraordinario, cuya observación es acto relevante de la capacidad. Sagrada máxima fue aquélla del sabio de los reyes y rey de los sabios, con que dio principio a sus desengaños: *Vanitas vanitatum, dixit Ecclesiastes, vanitas vanitatum et omnia vanitas.* Quiso emularla la prudencia humana, y así comenzó Persio:

O curas hominum, o quantum est in rebus inane!

Consiste su perfección más en la sublimidad del conocimiento que en la delicadeza del artificio; dan mucha satisfacción por su enseñanza e iluminan realzadamente el ánimo. Tal fue aquélla de Ovidio, ponderando que entre todos los vivientes sólo el hombre camina con la cabeza levantada, colimando a las estrellas, señal concluyente de que él sólo fue criado para el cielo:

Pronaque cum spectent animantia caetera terras,
Os homini sublime dedit, caelumque tueri,
Iussit, et erectos ad sydera tollere vultus.

Las morales y que se dirigen al desengaño son muy estimadas de los varones prudentes y maduros; juntan lo útil con lo gustoso de la verdad. Muy celebrada fue aquélla:

Contentamiento, ¿do estás,
Que no te tiene ninguno?
Si piensa tenerte alguno,
No sabe por dónde vas.

No lo fue menos aquella otra de don Jorge Manrique:

Recuerde el alma dormida,
Avive el seso, y despierte,
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte,
Tan callando.
Cuán presto se va el placer,
Cómo después de acabado
Da dolor,
Cómo a nuestro parecer,
Cualquiera tiempo pasado
Fue mejor.

Todas éstas no tienen otra eminencia, sino la sublimidad de una verdad importante, sustancial y muy prudente. Lleno de esta alma juiciosa está este gran soneto del poeta grande, don Pedro Téllez Girón, Duque de Osuna:

¡Oh, si las horas de placer durasen
Como duran las horas del tormento!
¡Oh, si como se van las del contento,
Las del pesar tan presto se pasasen!
¡Oh, si algo los tiempos se mudasen
De mal en bien, siquiera algún momento,
O ya que no se muden en su intento,
En aumentarnos el dolor cesasen!
¡Oh, si el mal se midiese con la fuerza
Del que padece su trabajo fiero,
O fuese el sufrimiento cual la pena;
O ya que no hay quien la desgracia tuerza,
Un daño no nos fuese mensajero
De mil, a que viviendo nos condena!

Llámase esta agudeza prudencial, que como el sol ilustra el hemisferio, así estas verdades iluminan la razón con su grave y prudente desengaño. Grande octava fue ésta, y nunca bastantemente apreciada:

Yo ¿para qué nací? Para salvarme.
Que tengo de morir es infalible.
Dejar de ver a Dios, y condenarme,
Triste cosa será, pero posible.
¿Posible, y duermo, y río, y quiero holgarme?
¿Posible, y tengo amor a lo visible?
¿Qué hago, en qué me ocupo, en qué me encanto?
Loco debo de ser, pues no soy santo.

Las filosóficas observaciones, cuando son prácticas, son muy recibidas, porque de la admiración que solicitan pasan al provecho que acarrean. Todos los sonetos de Bartolomé Leonardo están llenos de profundidad y enseñanza, pero, entre todos, merece ser estudiado éste, a los engaños de la esperanza vana:

Si la ambición, que llega donde aspira,
No topa el gozo, que esperó Lamberto,
¿Cuál ingenio, o por cauto, o por experto,
De la esperanza infiel no se retira?
Corrido estoy de no poder sin ira
Contarte cuán a juego descubierto,
Siempre que me abonó algún bien por cierto,
En la fiel posesión le hallé mentira.
Si esperado el placer, cuando se alcanza,
Tan otro viene ya, que no le queda
Sino aquella apacible semejanza:
Hágame Dios tan recto juez, que pueda
Echar un lazo al cuello a mi esperanza,
Por falsificadora de moneda.

Filosofaba en el verso este grave y profundo ingenio; tiene muchos muy acertados, pero en las epístolas estuvo su mayor eminencia, como en los tercetos. Es gran método del enseñar juntar lo útil con lo dulce. Otras poesías entretienen, pero dejan el ánimo vacío; éstas deleitan y aprovechan. Gran soneto fue éste:

Rompe la tierra, y en el centro afila
El buey pesado la esplendente reja;
De varias flores, la discreta abeja,
En ruecas de oro, rayos del sol hila.
No sólo labra el ruiseñor, perfila
Nidos de paja, que en las ramas deja,
De hurtada hierba la inocente oveja,
Nevados copos al vellón destila.
Mano enemiga su labor desflora;
Triunfan malos y trabajan buenos,
Discanta el grajo lo que el cisne llora.
Gozan por propios los que son ajenos,
Que en los premios del mundo no es de ahora
Que el que merece más, alcance menos.

Hasta el entretenido y salado Marcial usaba de esta agudeza sustancial y grave; entreteje algunos epigramas doctrinales entre los satíricos y burlescos, que son como los altos más finos en el más rico brocado. Así, éste:

Callidus effracta nummos fur auferet arca;
Prosternet patrios impia flamma Lares,
Debitor usuram pariter sortemque negabit;
Non reddet sterilis semina jacta seges.
Dispensatorem fallax spoliabit amica;
Mercibus extructas obruet unda rates.
Extra fortunam est, quidquid donatur amicis;
Quas dederis, solas semper habebis opes.

Mereció ser traducido de la propiedad y bizarría del canónigo don Manuel Salinas:

Rompiendo el arca, el oro que escondía
Podrá el ladrón robarte codicioso;
Y tu palacio grande y ostentoso
Postrará por el suelo llama impía.
La propiedad y el logro que debía
Te negará el deudor menesteroso,

Y tu colono, en vano cuidadoso,
Al campo estéril la semilla fía.
Tu mayordomo engañarán mujeres,
Y tus cargadas naves crespas olas
Sumergirán con todas sus grandezas.
Sólo en efecto, lo que a pobres dieres,
Libre verás de la fortuna, y solas
Las que dieres, tendrás siempre riquezas.

Hay unos avisos o aforismos prudenciales, heroicos y sublimes, dignos de toda estimación por su realzada enseñanza. Célebres fueron los que dio el grave y prudente varón Juan de Vega a Hernando de Vega, su hijo, enviándole a Flandes, que por ser tan importantes los copió e ilustró don Juan de Silva, Conde de Portalegre, cuando envió su hijo don Diego a la Corte, donde le dice: «Porque sepáis que esta doctrina es de buen maestro, advertid que Juan de Vega fue un caballero que por el brío y valor que tuvo se hizo lugar en Castilla entre los hombres de mayor estado, y siendo hijo de otro muy sabio caballero del Consejo del rey don Fernando y del Emperador, todavía pasó muy adelante en cargos, porque fue virrey de Navarra, y embajador de Roma, y capitán general, y virrey de Sicilia, y presidente del Consejo Real, y con este oficio acabó la vida, antes de ser muy viejo, habiendo caminado por todos estos grados sucesivamente, sin haber sido privado del rey ni de su padre, que es lo que más habéis de estimar y desear que os acontezca, porque como la gracia y familiaridad de los príncipes pende de sola su voluntad, no al derecho de pretenderla por merecimientos puros, o se alcanza acaso, o por términos torcidos. Léalos el que desea acertar, y más en las Cortes, que así lo que dice Juan de Vega, como lo que el Conde añade, es todo muy sublime y digno de un cortesano atento.»

Otras hay observaciones reales, dictámenes para príncipes y cabezas del mundo y del mando. Estimó mucho el sabio y prudente Felipe Segundo, rey de España, las que encarga en su erudita y grave *Razón de Estado* el Botero, especialmente en el parágrafo de los medios para conservar la reputación, en el li-

bro segundo, y aquel otro *Avisos notables de prudencia.* Son todos preceptos grandes, dignos de un gran monarca.

También son singulares las que en su culto *Cortesano* encarga el Conde Baltasar de Castellón, y, por lo contrario, el discreto *Arancel de las necedades,* de Mateo Alemán, para huir de ellas, es precisamente importante y digno de ser observado.

Las verdades útiles son muy estimadas, noticiosas, provechosas, como son algunos refranes selectos. Tuvo extremado gusto en recogerlos el erudito y mucho más que gramático, el juicioso aragonés, que pudo hacer célebre la amena y fértil Alcañiz, su patria; tuvo sabroso ingenio, como se goza en sus libros tan gustosos, *El estudioso de la aldea, El estudioso cortesano,* y otros, dignos de la librería del varón discreto. En este breve epigrama dijo mucho nuestro bilbilitano:

Vitam quae faciunt beatiorem,
Jucundissime Martialis, haec sunt:
Res non parta labore, sed relicta,
Non ingratus ager; focus perennis,
Lis numquam, toga rara; mens quieta;
Vires ingenuae; salubre corpus;
Prudens simplicitas; pares amici;
Convictus facilis, sine arte mensa;
Nox non ebria, sed soluta curis;
Non tristis torus, attamen pudicus
Somnus, qui faciat breves tenebras;
quod sis, esse velis; nihilque malis;
Summum nec metuas diem, nec optes.

Ajustada versión la de don Manuel Salinas, aunque tan dificultosa. Dice:

Carísimo Marcial, escucha atento,
Lo que discurre el dulce pensamiento:
Que ha de tener la vida descansada,
Para llamarse bienaventurada.
Hacienda suficiente,

Heredada del padre o el pariente,
Que del propio sudor es muy costosa,
Fértil tierra, abundante y provechosa;
Fuego alegre y perenne,
Día libre de pleitos; y si tiene
Algún oficio urbano, no procure
Que mucho tiempo dure.
Quieta la mente, la salud entera,
Prudente candidez y verdadera,
Iguales los amigos
Y que nunca se vuelvan enemigos.
Ordinario el manjar, mesa sin arte,
Sin ceremonia el gusto se reparte,
Noche no vinolenta,
Sino de afán y de cuidado exenta.
Blando lecho y honesto,
Ni triste, ni tampoco descompuesto;
Que se mida el deseo
Con la hacienda, los gustos y el empleo.
Sin que otra cosa más apeteciere
De aquello que tuviere,
Y por último, al fin, precisa suerte,
El no temer, ni desear la muerte.

Los avisos donosamente cortesanos, que con tanta erudición y sal ilustra nuestro ingenioso y docto Tomás Gracián Dantisco, conservan siempre una general plausibilidad, de quien beneméritamente cantó Lope de Vega:

Gracián Galán Gallardo Galateo.

La carta que escribió a su hijo aquel Fénix de privados merece eternizarse en la memoria; comenzaba así: «Dícenme que os morís de necio; a mí siempre me dieron más pena mis años que mis enemigos», etc.

Discurso XLIV

DE LAS SUSPENSIONES, DUBITACIONES Y REFLEXIONES CONCEPTUOSAS

Es gran eminencia del ingenioso artificio llevar suspensa la mente del que atiende, y no luego declararse; especialmente entre grandes oradores está muy valida esta arte. Comienza a empeñarse el concepto, deslumbra la expectación o la lleva pendiente y deseosa de ver dónde va a parar el discurso, que es un bien sutil primor, y después viene a concluir con una ponderación impensada, como se ve en este valiente soneto de Bartolomé Leonardo:

Lice es aquélla; llega Fausto, y mira
Cómo con el cabello dora el viento,
Y el rostro juvenil, de donde atento,
Invisibles amor sus flechas tira.
¡Cuán bien con la piedad mezcla la ira
En el mirar risueño y el violento!
La boca, que entre perlas el aliento,
De jazmín salutífero respira.
Juzga si yo, con más razón que Ticio,
Que por Juno movió a los dioses guerra,
Pudiera contra el cielo rebelarme.
¿Has visto bien que no tiene la tierra
Sujeto igual? *Pues sabe que un adarme,*
Un adarme, no tiene de juicio.

Después de haberla celebrado, concluye con aquella inspirada ponderación crítica, deshaciendo todo el panegírico. Dan gran gusto estas salidas no pensadas, antes contrarias a lo que el concepto iba apoyando y previniendo. Este artificio contiene aquella tan decantada oda de Horacio, que comienza: *Beatus ille qui procul negotiis.* Toda ella va ponderando la felicidad de la vida del campo, quieta y sosegada:

Dichoso el que, apartado
De negocios, imita
A la primera gente de la tierra;
Y en el campo heredado
De su padre, ejercita
Sus bueyes, y la usura no le afierra;
No le despierta la espantosa guerra,
Ni el mar con son horrendo [le amenaza];
Huye la curial plaza,
Y las soberbias puertas de los vanos,
Ricos y poderosos ciudadanos, etc.

De esta suerte va refiriendo y recomendando sus ventajas y sus dichas, y luego vuelve la hoja, y concluye:

Mientras Alfio, usurero,
Estas cosas relata,
Mediado el mes recoge su dinero,
Y de ser labrador rústico trata,
Mas luego, a las Calendas,
Lo vuelve a dar a usura sobre prendas.

Por un bien ponderado encarecimiento dio la misma salida impensada Lope de Vega en este epigrama:

Halló Baco la parra provechosa;
Ceres, el trigo; Glauco, el hierro duro;
Los de Lidia, el dinero, mal seguro;
Casio, la estatua en ocasión famosa.
Apis, la medicina provechosa;
Marte, las armas, y Nembrot, el muro;
Citia, el cristal; Galacia, el ámbar puro,
Y Polinoto, la pintura hermosa.
Triunfos, Líbero; anillos, Prometeo;
Alejandro, el papel; llaves, Teodoro;
Radamanto, la ley; Roma, el gobierno.
Palas, vestidos; carros, Ericteo;
La plata halló Mercurio; Cadmo, el oro;
Amor, el fuego, y celos, el infierno.

Para que tenga gracia esta ponderación, que se hace como *ex abrupto,* y aunque no siempre contraria a lo que prometía el discurso, pero muy fuera de él, es necesario que sea profunda y contenga en sí alguna eminencia, ya de sentencia, ya de crisis, o alguna observación rara y enfática. Fuelo ésta con que don Francisco de Quevedo concluyó el soneto de Acteón y Diana, diciendo:

Estábase la efesia cazadora
Dando en aljófar el sudor al baño,
En la estación ardiente, cuando el año
Con los rayos del sol el Perro dora.
De sí, como Narciso, se enamora,
Vuelta pincel de su retrato extraño,
Cuando sus ninfas, viendo cerca el daño,
Hurtaron a Anteón a su señora,
Agua le echaron todas por cegalle,
Sin advertir primero que era en vano,
Pues no pudo cegar con ver su talle.
Trocó en áspera frente el rostro humano,
Sus perros intentaron de matalle,
Mas sus deseos ganaron por la mano.

Por una dubitación se pondera mucho y se exprime un sentimiento. Válese aquí la agudeza del fundamento retórico para aumentar su concepto; sirven los tropos y figuras de la elocuencia para realzar más la sutil ponderación, como se ve en este cabal soneto de don Juan de Arguijo, uno de los grandes ingenios de España, que atiende más a la profundidad y gravedad del concepto que a la verbosa altanería:

«¿A quién me quejaré del cruel engaño,
Árboles mudos, en mi triste duelo?
¡Sordo mar! ¡Tierra extraña! ¡Nuevo cielo!
¡Fingido amor! ¡Costoso desengaño!
Huyó el pérfido autor de tanto daño,
Y quedé sola en peregrino suelo,
Do no espero a mis lágrimas consuelo,

que no permite alivio mal tamaño;
Dioses, si entre vosotros hizo alguno
De un desamor ingrato amarga prueba,
Vengadme, os ruego, del traidor Teseo.»
Tal se queja Ariadna en importuno
Lamento al cielo, *y entre tanto lleva*
El mar su llanto, el viento su deseo.

Dase la razón de la duda, aumentándola con mucho artificio, esto es, de los dos extremos entre que está la perplejidad. Así, éste:

Callaré la pena mía
O publicaré el dolor;
Si la callo, no hay remedio;
Si la digo, no hay perdón.

El mismo dudar declara mucho y aumenta la ponderación. Don Luis Carrillo dijo:

Es la duda, si es mi pena,
O mi amor, en mi mayor;
Crece por vencer mi amor,
Crece por vencer mi pena.

Otra manera de dubitaciones hay que se dan más de parte del objeto, o se ponderan más en él, que en el concepto. Así dijo el culto y aliñado Hortensio:

Al fin con menguadas luces
Miró de Alfonso la cara,
Al, dijo, y calló con duda,
Si fabló *Alfonso* o *alma.*

Por encarecimiento usa muchas veces de estas ponderadas dudas don Luis de Góngora, con mucha arte:

Tan valiente sobre hermosa,

Que en duda están las heridas,
A cuál reconozcan más,
A su espada o a su vista.

Éstas se ponderan en el objeto, pero aquéllas consisten en el mismo discurrir, que arguye mayor sutileza. De esta suerte Jorge de Montemayor introduce uno que no acierta a determinarse:

Volved, señora, los ojos,
Que en el mundo no hay su par,
Mas no los volváis airados,
Si no me queréis matar,
Aunque de una y otra suerte
Matáis con sólo mirar.

También se pueden formar en otro sujeto por artificiosa prosopopeya. De esta suerte introduce el Conde de Villamediana a San Agustín, entre Cristo y su Madre:

No entre Scila y Caribdis, viva nave
Niega a impulsos australes blanco lino,
Entre nortes de luz, si aserto digno
Violencia es dulce, rémora suave.
Neutral piloto, amor apenas sabe
Uno u otro elegir, puerto divino
De gracia eterna, aquél inmenso, y Trino
Éste en que el mismo Trino eterno cabe.
Éxtasis, acordado parasismo
Del que pendiente del ambiguo acierto,
Mas en si está saliendo de sí mismo.
Y en dudoso elegir de acertar cierto,
Las suertes menosprecia del abismo,
Bajel, que entre dos cielos toma puerto.

La reflexión es un reparar y volver sobre lo que se va diciendo, que arguye sutileza y da ponderación; acontece por muchos modos, ya corrigiéndose, como éste, por una sentencia:

Pensáis que sois tan querido
Como algún tiempo lo fuistes,
Mas no es remedio de tristes
Imaginar lo que ha sido.

Otras veces, por limitación o excepción de la proposición primera, y son muy gustosas estas correcciones. Don Luis de Góngora, en quien toda sutileza cabe:

El aliento de su boca,
Todo lo que no es pedir,
Mal haya yo, si no vence
Al más suave jazmín.

Añadió a la excepción una extremada contradicción y encarecimiento el Camoens:

Saetas trae en los ojos, con que tira;
¡Oh, pastores!, huid, que a todos mata,
Si no es a mí, que de matarme vivo.

Ordinariamente, la reflexión es dando aumento de ponderación a lo que se ha dicho o explicando más. Dijo don Luis de Góngora:

La alegría eran sus ojos,
Si no eran la esperanza,
Que viste la primavera
El día de mayor gala.

Lo que se añade siempre ha de ser otro pensamiento, que pondere más o exagere. Así, dijo uno:

Que en vos de piedad se encarna,
Y pudiera de buen gusto.

Contraria a la reflexión es la prevención, que no revuelve sobre lo dicho, sino que previene lo que se va a decir. Así, don Luis de Góngora:

Bajéme para arrancarlo;
Y, al inclinarme, sentí
En mi cabeza su mano;
No la llamo de marfil,
Que todo marfil es cuerno,
Y estuviera mal allí.

Dase tal vez una ingeniosa razón de lo que no se dice, que es como preocupación. Jorge de Montemayor:

No quiero decir celosa,
Que desto la desengaña
Tenerse por tan hermosa.

Discurso XLV

DE LA AGUDEZA POR DESEMPEÑO EN EL HECHO

¡Oh, cuánto es en los súbitos casos el ingenio! Crece en los aprietos por antiparístasis, hasta desconocerse a sí mismo; en las demás sutilezas discurre, en ésta vuela, y cual suele la victoriosa planta, no sólo no cede al peso, ni se rinde al ahogo, pero crece entonces a privación y se descuella hasta coronarse de los solares rayos.

Hay laberintos del discurso que el mental Teseo, con el precioso ovillo de una acertada perspicacidad, mide y vence. Llámase esta sutileza de desempeño, y pudiera vencedora, pues sitiada la inteligencia de una perplejidad, y tomados todos los pasos al discurso, con todo eso, asistida de su prontitud, halla la extraordinaria salida. Sea su primer blasón el de aquel universal monarca, que mereció primero el renombre de Magno, debido por generalidad a todas sus eminentes prendas, dando un corte a todos los estorbos de su grandeza en el ñudo gordio, con aquella política paradoja: *Tanto monta cortar, como desatar.*

Consiste el sutilísimo artificio de esta especie de agudeza en hallar el único medio con que salir de la dificultad, en

descubrir el raro modo con que desempeñarse. Fue rey por esto Ciro, cuando en aquel examen de reyes descubrió primero el sol en la frente de la opuesta montaña, y Darío, por el solicitado relincho del caballo. El furor a veces de la pasión da armas, y también los medios para la ejecución del deseo, como se vio en la celebrada Porcia, cuyo hazañoso e ingenioso hecho lo decantó Marcial, y traducido por el canónigo don Manuel Salinas dice:

Después que oyó la desdichada suerte
Porcia de Bruto, su querido esposo,
Desesperada en trance tan penoso,
Matarse intenta, valerosa y fuerte.
Busca espada el dolor, y cuando advierte
Que le impiden el hecho más famoso,
¿Aun no sabéis, les dice, ¡oh, fin forzoso!,
Que no se niega a tanto mal la muerte?
Creía que os bastaban las lecciones
De mi padre Catón, para dejarme
Que en muerte a entrambos y en valor siguiera,
Dijo, y tragando ardientes los carbones,
Ahora sí, canalla, es el negarme
El hierro, dijo, porque no me hiera.

No se sujeta a preceptos este artificio, por ser tanta su variedad y depender los medios de las ocasiones; hállalos comúnmente una despejada prontitud, imperturbable perspicacia, que como tal halló siempre los desempeños muy a mano. Así aquel raro embajador de España, que en el griego, español y raro todo es uno, negándole asiento la bárbara majestad, hizo trono de su capa, y nunca más autorizado relató su embajada. Íbase después en cuerpo, continuando su bizarría; llegaron a avisarle de su olvido, que en él fuera afectación, y dijo: «los embajadores del rey de España no usamos llevarnos los asientos».

Es gran refugio de un yerro la prontitud y remedia con ventaja cualquier desaire. Célebre ejemplo el del indolente Scévola, no castigando, transformando sí en Fénix inmortal

su victoriosa mano, glosada de Marcial en otra parte. Cuando el medio es hazañoso, consigue celebridad. Tal fue aquél del heroico Guzmán, que con la muerte de un hijo dio inmortalidad a su prosapia. Arrojó el puñal de la cinta, adelantándose la fama en recogerle a los propios enemigos, y a esculpir con él, no en pechos de bronce, sino en eternos diamantes, con la sangre filial la antigua fidelidad de su casa. Hazañosa salida fue la que dio Sansón a su venganza. Así la decantó el cisne de la más fecunda vega:

Duerme seguro el Nazareno fuerte,
Que lo estuviera más donde destila
Rabia Caribdis y veneno Scila,
Que en los hermosos brazos de su muerte;
A tanta confianza se convierte,
Y a tanto amor en Átropos Dalila,
Coge el estambre, y el acero afila,
Porque sin fuerzas a morir despierte.
Ningún traidor asir con más ejemplo
A la ocasión por el cabello pudo:
Y aunque llegó de su venganza el día,
No el templo a él, mas él sepulta al templo:
Muere dos veces ciego, dice mudo,
¿Qué espera el hombre que en mujer se fía?

Otros hay por estratagema y por una rara extravagante invención. Heroica traza fue la del nunca asaz admirado don Fernando, ínclito infante de Castilla, cuando viéndose en el más urgente riesgo de su invencible fidelidad, pues le obligaba todo un reino a ser su rey, halló medio superior para mayor corona. Llegóse el día destinado para la coronación; debajo de la púrpura, no real, sino leal, al verdadero rey en pañales, y descubriéndolo de repente lo entronizó sobre su cabeza, diciendo: «Éste es vuestro rey, castellanos.» Premió el cielo tanta virtud con las barras de Aragón, en misterio de lo que él la había tirado en su lealtad. Envidióle Aragón a Castilla, pareciéndole que un varón tan grande no merecería menos que

ser contado entre sus coronados héroes y nunca bastantemente admirados reyes.

Suele ser la dificultad doble, por instar contradicción, y entonces es más estimable la ingeniosa salida. Discurrió a lo griego el tebano Ismenias en la embajada al persiano. Era inviolable ley entre los persas el hincar la rodilla en llegando a la real presencia. Era infamia entre los griegos hacer tal. Astuto él, para desmentir encontradas obligaciones, dejó caer al entrar un anillo, e inclinóse para recogerle, equivocando de esta suerte la cortesía con la contingencia.

Dificultades hay tan apretantes, y, por otra parte, tan acertada la salida, que se debe reconocer en ellas el sobreordinario iluminante auxilio. Tal fue la del ungido sabio, pesando en su justiciera balanza la carne y sangre del hijo pleiteado, y la otra de Claudio, emperador, mandó a una madre que admitiese esposo al que negaba hijo, por negarle la herencia.

Éste es el principal artificio, que hace tan gustosas y entretenidas las épicas ficciones, novelas, comedias y tragedias: vanse empeñando los sucesos y apretando los lances, de tal suerte, que parecen a veces no poder tener salida, y que entra entonces la licencia de Horacio:

Nec Deus intersit, nisi dignus vindice nodus.

Mas aquí está el primor del arte y la valentía de la inventiva en hallar medio extravagante, pero verosímil, con que salir del enredado laberinto con gran gusto y fruición del que lee y del que oye. De esta suerte saca Homero al astuto Ulises y a sus compañeros de la cueva de Polifemo, vistiéndole de pieles, y con otra astucia se libra de las engañosas voces de las sirenas:

Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem
Cogitat, ut speciosa dehinc miracula promat,
Antiphaten, Scyllamque, et cum Cyclope Caribdim
Nec reditum Diomedis ab interitu Meleagri,
Nec gemino bellum Trojanum orditur ab ovo,

Semper ad eventum festinat, et in medias res,
Non secus ad notas auditorem rapit, etc.

Es uno de los sublimes y realzados preceptos que encarga el magistral Horacio en su grande *Arte.* De estos ingeniosos empeños va entretejiendo el culto y sazonado Apuleyo la entretenida novela de *Psique,* tan cultamente relatada; y el griego Heliodoro la de *Cariclea,* dando que imitar al inglés Barclayo en su *Argenis,* y a otros muchos. Han adelantado grandemente este artificio nuestros españoles. Comenzó el prodigioso Lope de Rueda, a quien llamó el jurado de Córdoba, Juan Rufo, inimitable varón, con verdad; tuvo excelentes invenciones; sea bastante prueba aquélla en que introduce cuatro amantes encontrados, dos pastores y dos pastoras apasionados entre sí, con tal arte, que ninguno correspondía a quien le amaba; pidieron al Amor, en premio de haberle desatado de un árbol a que le habían amarrado la Virtud y la Sabiduría, que les trueque las voluntades y haga de modo que ame cada uno a quien le ama, y cuando parece que se desempeña, entonces se enreda más la traza: «Porque —pregunta Amor— ¿qué voluntades quieren que violente y mude: las de los hombres, o las de las pastoras?; que se concierten entre sí.» Aquí entra la más ingeniosa disputa, dando razones ellos y ellas por parte de cada sexo, que es una muy ingeniosa invención. El canónigo Tárrega aliñó ya más el verso, y tiene muy sazonadas invenciones, como la de *El príncipe constante* y *La gallarda Irene.* Sucedió Lope de Vega con su fertilidad y abundancia; hubiera sido más perfecto si no hubiera sido tan copioso; flaquea a veces el estilo y aun las trazas; tiene gran propiedad en los personajes, especialmente en los plebeyos; en las fábulas morales mereció alabanza, como aquélla de *El villano en su rincón, Con su pan se lo coma, La dama boba, Los melindres de Belisa,* y fue excelente *El Dómine Lucas.* El doctor Juan Pérez de Montalbán realzó más el estilo, tiene eminencia en los afectos, cometió algunas impropiedades. Pedro de Ávila fue feliz en las trazas, pero aquélla de *Las fullerías de amor* fue la más plausible que se ha oído. *La fuerza de la costumbre,* de don Guillén de Castro, por la bizarría del verso, y

por la invención, merece el inmortal laurel, así como *La dama duende,* de Calderón, y *La casa con dos puertas.* Pero quien llegó a lo sumo de la perfección en estos asuntos del ingenio fueron el conceptuoso Villaizán y el sentencioso Mendoza; parece que no se puede decir más de lo que ambos dijeron, ni llegar a más bizarría de verso, preñez de estilo, profundidad de concepto, gravedad de sentencias, invención de enredo, especialmente aquél, en la que intituló: *Ofender con las finezas,* y éste: *El marido hace mujer.* Mas unas y otras, y todas, callen delante del *Pastor Fido,* del Fénix de Italia, el caballero Guarino.

Discurso XLVI

DE LA AGUDEZA POR DESEMPEÑO EN EL DICHO

Antigua altercación, cuál sea mayor eminencia: en el hecho o en el dicho. Hijuela de aquella otra: ¿Qué varones sean más famosos: los que discurren o los que obran; los sabios o los valerosos? Son más los desempeños por el dicho; acúdese en ellos por una razón tan relevante, cuan pronta e impensada, sacada a fuerza de ingenio de los más arcanos senos del discurso; de suerte, que así como en los desempeños por la obra sale de la dificultad el ingenio, hallando el único medio, en éstos se desempeña con la razón sutil y adecuada. Satisfizo cortesanamente don Alonso de Aguilar al reparo del Rey Católico, cuando lo hospedó en su palacio de Montilla. Preguntóle cómo había hecho en una obra tan augusta, una escalera tan angosta, y respondió: «Señor, nunca pensé tener huésped tan grande.» Así también el otro mercader portugués satisfizo al rey de la prudencia cuando le zahirió del excesivo precio del diamante, diciendo: «¿En qué pensaste cuando diste tanto por él?» «Señor —dijo— en que había un rey Felipe de España.» Un dicho heroico es cabal desempeño de un héroe, cual fue aquél del determinado César, cuando llegó al Rubicón, y de quien dijo Lupercio Leonardo:

Aquel rayo de Marte acelerado,
Que domó tantas gentes extranjeras,
Y volvió contra Roma las banderas,
Que Roma contra Francia le había dado;
En el corriente Rubicón parado,
Revolviendo las cosas venideras,
Detuvo el curso de sus huestes fieras,
Del mismo caso que emprendió forzado.
Determinado, al fin, de ir adelante,
«Vamos —dijo—; que echada está la suerte;
Cuantas dudas se ofrezcan atropello.»
Y resuelto una vez, como constante,
No quiso menos que victoria o muerte:
Así dudé, y así pienso yo hacello.

No se contenta un gran ingenio con salir de la dificultad, sino que saca a otros. Llegando la cautiva reina Symgambris, madre del persiano Darío, a la presencia de Alejandro, por saludar al rey, postróse al valido Hefestión; turbación, que no malicia. Advertida de su equivocación, añadió a su pena el corrimiento; socorrió Alejandro, tan discreto como cortesano, y dijo: «No ha sido yerro, señora, que mis amigos son otro yo, y Hefestión otro Alejandro.» De suerte, que con una prudente sentencia bien aplicada se desempeñó a sí y a la reina.

No basta dar cualquiera razón para que se salga bien, sino que es menester que incluya sutileza, y válese para esto de las demás especies de concepto. Por una donosa transmutación convirtió Augusto la cortedad de uno, que le había convidado, en familiaridad, y ponderándola los demás con sentimiento y risa, dijo el César: «No creía que éramos tan amigos.»

El encarecimiento en su ocasión y con las circunstancias que se requieren para que sea sutileza es plausible desempeño. Encareciendo un caballero portugués el vano fuego de su amor, seguía una carroza una tarde de diciembre, y asegurando que él se ardía, díjole una menina se arrojase luego en el estanque grande del Retiro, que estaba allí cerca; respondió

ingenioso: «Señora, aún es pequeño», adelantando la exageración.

Por una contraposición y antítesis respondió, más pronta que cuerda, Julia, hija de Augusto; argüíala su padre sus demasías en aliñarse y componerse. «Hoy sí —la dijo— que pareces hija de Augusto, y no ayer.» «Es que ayer me aliñé esposa, y hoy hija, para venir a veros.»

Duplicó el desempeño Antígono, cuando pidiéndole Trasilo, filósofo, una dracma, respondió: «No es dádiva de un rey.» Replicó Trasilo: «Pues manda darme un talento», y él: «No es don para un filósofo.» Suele ser doble la salida. Estándole uno pidiendo una merced a Augusto, y viniendo otro a pedir otra, le respondió: «Así haré lo que tú pides, como lo que viene a pedir aquél.»

Discurso XLVII

DE LAS ACCIONES INGENIOSAS POR INVENCIÓN

Su mismo nombre de invención ilustra este modo de agudeza, pues exprime novedad artificiosa del ingenio y obra grande de la inventiva. No siempre se queda la sutileza en el concepto, comunícase a las acciones; son muchos y primorosos sus asuntos.

Ocupan el primer lugar las acciones misteriosas y significativas, que se valen de la ingeniosa invención para exprimir con plausibilidad su intento, como lo fue la del ínclito don Pedro, Conde entonces de Saboya, con méritos de rey. Entró este héroe en la presencia del emperador Otón a hacer reconocimiento del feudo imperial. Iba vestido todo el lado diestro de un precioso recamado, cubierto de pedrería, pero el izquierdo armado de fuertes y lucidas armas. Maravillado el César y sus potentados del peregrino traje, le examinó el intento. «Señor —respondió—, yo traigo esta mitad así adornada para mostrar que estoy pronto a cortejaros y serviros, y esta otra armada para dar a entender que lo estoy también para defender con las armas las tierras que con ellas he adquirido.»

Ingenioso encarecimiento fue el de otro filósofo, que al mediodía salió con la antorcha en la mano a buscar algún hombre en el mayor concurso de una plaza. Suelen, por la mayor parte, explicar un pensamiento por la semejanza, y son símiles ejecutados. Tal fue la prudente y cauta enseñanza de aquel abad que, sacando las tijeras de su estuche, fue igualando el arrayán y descabezando los pimpollos que sobresalían; pero, ¿dónde se reconocerá más la viveza del ingenio? ¿En el que le entendió o en el que se dio a entender?

Practícanse mucho estas invenciones en los caballerosos empleos, y son como empresas o jeroglíficos ejecutados. Excelente capricho el de aquel caballero que entró a tornear dentro de una bien fingida montaña, para significar su firmeza propia y la dureza ajena. Fue ruando por la real plaza, y en llegando a la esfera de su actividad e influencia, instantáneamente reverdeció el ufano monte, brollaron fuentes, brotaron plantas, cambiaron flores, volaron aves y bulleron fieras. Pero ya, encarándose con el marcial palenque, las fuentes se convirtieron en volcanes, las flores en llamas, la armonía en horrísono fragor, y todo el monte en un formidable Mongibelo, que con espantoso ruido reventó, desgajándose de cuatro partes, abortando un encélado armado, rodeado de varios monstruos, que con trompas y añafiles le hacían salva; fueron luego descendiendo por las gradas, que con grande artificio formaron las ruinas. Procúrase siempre, en estas invenciones, que tengan alma de significación y hermosura de apariencia.

Hay ejecuciones alegóricas que declaran grandemente un intento; hizo siempre la agudeza célebres las hazañas, y muchos hechos no tan heroicos como otros fueron más memorables por ilustrarlos ella. Sonó mucho la campana del rey don Ramiro de Aragón en Huesca, tocó a muerte para sus altivos vasallos, y para él a inmortalidad de su cobrada reputación, acción que bastó sola a hacerle tan conocido, como lo fueron los Jaimes, los Pedros y Fernandos por sus hazañas. En otro género de significar fueron muy celebradas las tres banderas, blanca, colorada y negra, que alternaba en su tienda aquel bárbaro rayo del Asia, el Tamorlán, y el presente

que hicieron los Escitas a Alejandro, elocuentemente referido del culto y elegante Quinto Curcio, digno autor de tan gran empleo.

Otras acciones hay que ponen todo el artificio de su invención en el ardid, y se llaman comúnmente estratagemas, extravagancias de la inventiva. Redujeron algunos toda la agudeza a la astucia. Paradojo pensar fue, pero sirva para recomendación de estas acciones; consiste su primor en una ejecución no esperada, que es un sutilísimo medio para vencer y salir con el intento. Tal fue la de aquél que, saliendo al desafío, llevaba un escudo de cristal, cubierto con un velo, y llegando a la ocasión, cogióle el sol al contrario, y desarrebozando el escudo de repente, le deslumbró y cegó, de tal suerte con la reflexión de los rayos, que con facilidad pudo vencerle. Y aquel otro que arrojó a su contrario una red, con que le enredó y prendió.

No fue menos ingenioso y más galante ardid el de Hipéricles, de quien refiere Plutarco que, habiendo defendido por un grande espacio, con extremada elocuencia, a una mujer hermosísima, llamada Friné, y viendo que era en balde, cortó el hilo a la oración, y quitándole un velo con que estaba cubierta, así como los demás reos, ostentó su belleza tan peregrina, que persuadió a los jueces mudamente la clemencia y alcanzó el perdón.

Son los estratagemas lo más primoroso de todas las artes. Válese de ellos la retórica; estímalos la pintura para duplicar la perfección; refiere muchos Plinio, el universalmente erudito; también el moderno Carducho, tan elocuente en la pluma como diestro en el pincel, hace memoria agradable de algunos muy bien pensados. No los desprecia la arquitectura, pero donde se logran con fruición es en los jardines y en los convites. Entre todos, aquél del rey don Felipe, el segundo de las Españas, siempre prudente y aquí ingenioso, mandó servir por postre, en una real merienda que dio a la reina, su consorte, y a las damas, unos pastelones, que en vez de la vianda, encerraban cada uno, dorado por dentro, una riquísima joya, compuesta y fabricada por su misma mano y gusto, que era grande; estaban ya con sus listones y todo aliño;

comenzaron las damas a descubrir y admirar su tesoro, y por lograrle luego, se echaban al cuello, ésta, una cadena de diamantes; aquélla, una brocha de rubíes; una, un joyel de esmeraldas; otra, una sarta de finísimas perlas, con que coronó el provecho al gusto y la galantería a la gala. Acomodó este sublime suceso el padre fray Pedro Gracián al convite del Sacramento, del cual se levantan las almas engalanadas de virtudes, que sacan de aquel pan del cielo, una con una rosa de esmeraldas de confianza, otra una cadena de diamantes de fortaleza; ésta, una rastra de perlas de lágrimas por sus pecados; aquélla, un corazón de rubíes, abrasado en el divino amor.

Donde prevalecen los estratagemas es en el arte militar. Rescató muchos del ignorante olvido Sexto Julio Frontino en sus cuatro agradables libros, para que sirviesen a la admiración ejemplar, ya que, ejecutados, al vencimiento. Los célebres son los heroicos, que sirven de ostentar plausiblemente alguna gran prenda del ánimo, como la magnificencia, el valor, la liberalidad, la prudencia. Cuerda invención fue la de Saladino, y mayor de lo que se pudiera esperar de un gentil, pero la muerte enseña mucho en poco tiempo. Mandó arbolar en una asta los míseros despojos de una mortaja, esto es, alhaja de la muerte, y que el pregonero fuese por toda la corte pregonando el desengaño siempre en ella perdido.

Extraordinaria invención fue la de aquel embajador extraordinario por España en Francia, en la más augusta ocasión del duplicado real himeneo. Acción bizarra, digo española, en quien la gala, la riqueza y la ingeniosidad, a su juicio de Paris, arbitraron el vencimiento. Sacó este galán príncipe el día de su embajada el oriente en piedras y el occidente en perlas, y pudo en fe del dilatado poder de su gran dueño, monarca de un sol a otro; riqueza suma, mayor el artificio, pues en llegando a la majestuosa presencia de la real esposa, que presidía como luna a un cielo de señoras y de damas, al doblar la rodilla, centro de un laberinto de hilos, en que iba violentada toda aquella pedrería, quebraron todos a compás, saltaron todas las piedras a tropel, remedando nube, que herida de los rayos de aquel sol de la belleza, granizó diamantes a las damas, llovió aljófares a las meninas, fulminó rayos a los

cortesanos, conquistando las voluntades todas con tan cortesana batería.

Discurso XLVIII

DE LA AGUDEZA EN APODOS

Son comúnmente los apodos unas sutilezas prontas, breves relámpagos del ingenio que en una palabra encierran mucha alma de concepto. Fórmanse de muchas maneras, ya por semejanza, y cuando tienen el fundamento de alguna circunstancia especial son más ingeniosos. De esta suerte el Gran Capitán, eminente en este género de donosa prontitud, a un caballero que amaneció muy armado en su caballo, después de una tan sangrienta batalla cuan gloriosa victoria, dudando los circunstantes quién era, y altercándolo, dijo: «San Telmo, señores, San Telmo.»

De muchos apodos juntos se hace una artificiosa definición del sujeto, que llaman los retóricos *a conglobatis,* y no son otra cosa que muchas metáforas breves y símiles multiplicados, como se ve en este epigrama de nuestro bilbilitano Liñán:

Es la amistad un empinado Atlante
En cuyos hombros se sustenta el cielo;
Nilo que por regar su patrio suelo
Sale de madre, repartido amante;
Cristal que hace el rostro semejante;
Voluntad que en dos almas vino a pelo;
Arnés a prueba, temple sin recelo;
Iris divina de la fe triunfante.
Su madre es la igualdad; por ella vive;
Del corazón ajeno se sustenta,
Y el ajeno del suyo, hasta acabarse.
Si mucho puede dar, mucho recibe;
Si poco, con lo poco se contenta,
Ni sabe hacer ofensas, ni quejarse.

Las mismas reglas que se dan para las semejanzas conceptuosas se deben aplicar a los apodos, que se fundan en ella; del nombre se toma pie con grande artificio. Así uno decía del Rey Católico, don Fernando, que era el Quinto de Castilla y la quinta esencia de los Fernandos, y por eso de todos los reyes. Cuando se duplica el apodo, de modo que es doble, sale entre los dos muy bien la contraposición. Así, a una fuente, dijo uno:

Hija de las entrañas de aquel monte,
Y madre de las flores de este prado.

En el movimiento la exprimió agradablemente el limado Zárate:

Retórica se para,
Retórica se mueve.

En el equívoco se fundan con mucha gracia. De esta suerte, un galante español llamaba a un cardenal, que causó graves daños a la monarquía católica, «el cardenal de Francia y el postema de España», jugando del vocablo de cardenal y postema. Tomando ocasión de lo que se alababa Afra, llamando a todas mamas y tatas, y siendo vieja se melindreaba niña, dijo Marcial:

Mammas atque tatas habet Afra; sed ipsa tatarum
Dici et mammarum maxima mamma potest.

Añadióle alma en esta cuartilla, que son muy ajustadas para estas sales breves y picantes, don Manuel Salinas:

De mamas y tatas llamas,
Afra, a todas, y en verdad
Que podrías, por tu edad,
Ser la mamá de las mamas.

Reálzanse unas con otras las sutilezas; a la semejanza da mucha viveza el encarecimiento. A Tiberio apodó su maestro «lodo amasado con sangre»; llamóle lodo por lo imperfecto de su natural, y amasado con sangre por su crueldad nativa. A la Virgen Madre llamó San Ambrosio la cara de Dios, en quien se ostenta su hermosura, *Quod si te formam Dei appellem, digna existis.* De la gran ciudad de Ormuz se dijo que, si el mundo es un anillo, ella es la piedra preciosa.

Por reparo misterioso se apoda concisamente, y es una de las mayores sutilezas, aunque no lo parece. Así comenzó don Francisco de Quevedo aquel su tan ingenioso como gustoso poema a la Fénix, que con razón aprecia don José Pellicer, en la Fénix de sus muchos y eruditos asuntos:

Ave del yermo, que sola
Haces la pájara vida,
A quien sola libró Dios
De las malas compañías.

Pasa adelante con los apodos, y valos variando por todos los géneros y modos de sutileza:

Mayorazgo del oriente,
Primogénita del día,
Cuyo tálamo es entierro,
Adonde eres madre e hija.
Parto de oloroso incendio,
Hija de fértil ceniza,
Guardajoyas de las llamas,
Donde naciste tan linda.
Ramillete perdurable,
Hecho de todas las Indias,
Estrella de pluma, vuelas,
Pájaro de luz, caminas.
Ave de pocos amigos
Más sola y más escondida
Que clérigo que no presta,
Que mercader que no fía, etc.

Los sentenciosos merecen todo aprecio. La hermosura sin honestidad dijo Jacob Almanzor que era vianda sin sal; Rufo la llamó «flor pisada»; las palabras, dijo un filósofo, que eran sombra de los hechos, y otro, que los hechos eran varones y las palabras hembras. Las leyes, Anarcasis, telas de araña. A la hermosura apodó la reina doña Isabel carta de recomendación, y a la almohada, uno, sibila muda; a los hijos llamaba uno enemigos dulces, y a los criados, no excusados. El elocuente y grave Tertuliano apodó a la lengua fiera encerrada entre los muros de los labios y verjas de los dientes. No siempre son por semejanza o metáfora. Hay algunos otros por un adjetivo muy significativo y propio. Así don Luis de Góngora, en su aliñado, elocuente y recóndito poema del *Polifemo,* dijo:

Los bueyes a su albergue reducía,
Pisando la *dudosa luz del día.*

El efecto atribuyó a la causa, por una artificiosa sinécdoque, el sentencioso y magistral Horacio, cuando dijo:

Pallida mors, aequo pulsat pede
pauperum tabernas Regumque turres.

Los satíricos son plausibles. A un rico llamó Sócrates *Aureum mancipium,* y Alciato, borrego con un vellón de oro. De un avaro dijo uno que su bolsa era boca de infierno. A uno muy mentiroso llamo Rufo mentiroso trilingüe, y a otro que tenía muchos nombres y renombres, don Ledanía; a un hablador muy necio, cascabel de plomo. El juicioso y grave Séneca dijo de la casa de un hombre delicioso y bestial que se había de sobrescribir en ella: *Hic jacet Batia,* y borrar el *hic vivit Batia.* Otros hay donosos, que por gracia dicen mucho y dan gran gusto. Así a uno que le había hecho muy mal la barba y la corona al padre Dicastillo, varón muy docto e ingenioso, y sobre todo gran religioso de la Compañía de Jesús, le apodó de esta suerte:

Tomás Oquendo, el sencillo,

Con sus horribles manazas
Hizo al padre Dicastillo
La corona con cepillo
Y la barba con tenazas.

Graciosamente apodó la navaja y las tijeras. Los juiciosos son admirados por su profundidad. Al fisco real llamaba Trajano el bazo de la monarquía, que cuanto engorda más él, enflaquecen los vasallos. A los palos de la horca llamaba Luis Undécimo puntales de la República, y la hacía cortesía cuando pasaba, dando la razón, que por ella era rey. A la necesidad apodó uno sexto sentido. A España, un político, boca del mundo, que traga el oro y plata de las Indias, casi sin mascar, échalo en el buche de Génova, quedándose ella con sólo el gusto, y de allí se reparte a todas las demás provincias el provecho. Al dormir en pecado mortal llamaba Rufo voltear sobre el hilo de la vida, que aún no es maroma, y de las canas dijo el mismo:

Cuando el seso florece,
Vemos que el hombre encanece,
Las canas deben de ser
Flores que brota el saber
En quien no las aborrece.

Son estos apodos o adjuntos gran ornato del estilo, perfección sin duda de la elocuencia, que van dando vida a las palabras. ¿Qué mejor se pudo decir que lo que dijo este antiguo?:

Oyéndolo está la Mora,
Aquí la paciencia pierde;
Cerró airada la ventana,
Y al Moro el cielo que tiene.

Parece que conglobó todos los modos y géneros de apodar el ingenioso Conde de Salinas, ornamento del saber y desempeñó de la española nobleza. A la esperanza:

Eres sombra del deseo,
Jamás hablaste verdad,
Muy cruel para piedad,
Cuerda para devaneo.
Falso esfuerzo de paciencia,
Pecado de fantasía,
Placer con hipocresía,
Mal cubierto de apariencia:
Del dolor falsa cubierta,
Que entretiene la razón;
Fuerza de imaginación,
Que sueña estando despierta.
Eres un largo morir,
Ciega a los inconvenientes;
No ves los tiempos presentes
Y allanas los por venir.

Discurso XLIX

DE LA AGUDEZA POR ALUSIÓN

La alusión con su enigmático artificio parece que remeda la locución y la sutileza angélica. Tiene por fundamento lo que otras agudezas por realce. Su nombre de alusión más parece que la censura que la define, pues derivándose del verbo latino *Ludo,* que significa jugar, le duda, si no le niega, lo grave, lo serio y lo sublime. Consiste su artificio formal en hacer relación a algún término, historia o circunstancia, no exprimiéndola, sino apuntándola misteriosamente, como se ve y se goza en este principio de aquel gran asunto de don Antonio de Mendoza, poema a la reina de la gracia, a la emperatriz de la gloria; comenzólo, y parece que desconfió de poderlo acabar, pero no fue sino picar el deseo para su mayor fruición y aplauso; dejólo ya acabado con suma perfección. Comienza, pues, aludiendo a su felicísimo nombre y prosigue con otras muchas misteriosas alusiones:

Hermosa, fecunda estrella
Del mar, donde en vez de puerto,
Naufragante sol humano
Buscó tierra y tomó cielo.
En siempre ocultos juicios,
Formada mujer primero
Que el hombre, y que fuese ángel
Despeñado de sí mismo.
Prevención solicitada
Contra el ardiente veneno,
De aquel serafín bizarro,
Antes luz y ahora fuego.
Cuya tierna planta hermosa,
Pisa del dragón más fiero,
El voraz rugiente altivo
Sañudo, erizado cuello.
Gloriosamente ceñida
De más cándidos luceros
Que estrellas costó a los orbes
Un solo vaivén soberbio.
Celestial, dulce María,
Que a vuestra pureza atento,
Si permitió el primer daño,
Fue por dalle en vos remedio, etc.

Sutileza en cifra, que para entenderla es menester noticia trascendente y un ingenio que practique a veces en adivino. Sirva ésta de breve apología por el recóndito y dificultoso Marcial en muchos de sus epigramas, que por no alcanzar sus alusiones, los condena la vulgar atrevida ignorancia a pedazos de hielo, siendo rayos, así como los demás forjados en la misma ingeniosa fragua: uno de ellos es éste:

Non miror, quod potat aquam, tua Bassa, Catulle,
Miror, quod Bassi filia potat aquam.

Alude el ingenioso bilbilitano a la embriaguez ordinaria de Basso y a la templanza de Cátulo, aquél padre, y éste esposo

de Bassa, jugando de la artificiosa contraposición en la preñez alusiva. Saladísima traducción la de nuestro canónigo de Huesca:

No tengo por raro caso,
Cátulo, el aguada ser
Bassa, siendo tu mujer,
Hija, si siendo de Basso.

Dos son los fundamentos de la alusión, la conveniencia o desconveniencia de lo que se dice con aquello a que se refiere, pero no se declara del todo, sino que se apunta, con lo cual se hace más preñado el concepto y dobla el gusto al que lo entiende. Sea ejemplo: acusaba Cicerón a Verres, y patrocinábale Hortensio, y si apretaba retórico al reo, motejaba agudo al patrón; dejóse caer en una énfasis una malicia, a que replicó Hortensio que se declarase, porque él no era Edipo, descifrador de enigmas. Acudió Tulio, y dijo: «Por lo menos no falta esfinge para serlo.» Aludió a una joya de una preciosa esfinge, que le había presentado Verres, y juntamente a la verdadera. Fundóse esta alusión en la consonancia de la oscuridad del dicho con la contingencia de haberle presentado la esfinge de oro. Cuando llega esta consonancia a ser proporción, da pie con mayor gracia y sutileza para aludir. De esta suerte el padre fray Pedro Gracián, en el poema al Duque Santo, convertido al ver el cadáver de la emperatriz doña Isabel:

Embiste el fatal neblí
Nunca más azar azor.
Y se ceba en la belleza,
A quien la edad perdonó.
Mirándolo está Francisco,
Y aunque otras veces cerró
Los ojos a su contento,
Hoy los abre a su dolor.

Alude a la mortificación del santo en la caza de halcones a

que se dio siendo cortesano por huir de otras recreaciones ilícitas y porque el emperador Carlos V estaba entonces tan cebado en ella, que solía socorrer a un gerifalte grullero que el Duque tenía y ser de los primeros que llegaban al socorro en un caballo turco muy ligero, con un lebrel suyo favorido que llegaba hasta abocar la grulla. Aconteciόle al Santo algunas veces, al mismo punto que el halcón hacía su presa y mataba la garza, bajar él sus ojos y quitarles su presa y aquel contento que con tanto trabajo había buscado todo el día. Esta proporción con que se alude, ya es con el nombre, ya con las circunstancias. Aludiendo al nombre de un ministro dijo don Luis de Góngora:

Arroyo, ¿en qué ha de parar
Tanto anhelar y subir?
Tú, por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar.

De ordinario, la alusión proporcionada es a lo pasado. Galantemente, un embajador de España, diciéndole el gran Enrico de Francia que pensaba con aquel numeroso ejército que tenía junto, poco antes de su infeliz muerte, ir a Italia, almorzar en Milán, oír misa en Roma y llegar a comer a Nápoles. Replicó el español: «Sire, si tanta prisa ha de llevar V. M., podrá muy bien, a ese paso, llegar a vísperas a Sicilia.» Gallarda y picante alusión, que se fundó en la correspondencia con lo pasado.

El otro fundamento es la desconveniencia del sujeto con el término a que se tira. Fue tan sazonada como picante la del rey don Juan de Portugal, sirviéndole la copa don Álvaro de Meneses; cayósele de la mano, que aun materialmente fue agüero de alegría, pues ocasionó gran risa en los señores e hidalgos; acudió el rey con su ordinaria prontitud, y dijo: «Basta, que si a Meneses se le ha caído la copa de la mano, pero no la espada en la batalla», tocando a algunos de los que se reían. Estuvo la sutileza alusiva en la contraposición de caérsele a uno la copa y al otro la espada. Por la misma discordancia concluyó don Luis de Góngora este bien acabado epigrama:

El Cuarto Enrico yace mal herido
Y peor muerto de plebeya mano;
El que rompió escuadrones y dio al llano
Más sangre que agua Orión humedecido.
¡Oh, glorioso francés esclarecido,
Conducidor de ejércitos, que en vano
De lirios de oro el ya cabello cano
Y de guarda real iba ceñido!
Una temeridad astas desprecia,
Una traición cuidados mil engaña,
Que muros rompe en un caballo Grecia.
Archas burló el fatal cuchillo. *¡Oh, España,*
Belona de dos mundos, fiel te precia,
Y armada teme la nación extraña!

Siempre se cifra en las alusiones alguna profundidad, algún misterio de la circunstancia que se toca; por eso se habla con preñez. Acontece que negando expresamente aquí una cosa en lo que se dice, allá se afirma en lo que se alude. Marcial a Zoilo, que se fisgaba de él porque traía mucho un vestido, le respondió alusivamente, que el suyo, aunque era nuevo, era mal ganado, o por lo menos prestado, y así ajeno; díjole:

Zoilo, que, con capa buena,
Desprecias la mía mala,
Mira, que, aunque no es de gala,
Por lo menos no es ajena.

Extremado modo de aludir, que negando aquí, afirma allá, en el término. De esta suerte se va disfrazando la relación más o menos, pero siempre como enigma, en que consiste la gracia de esta agudeza. Ni bien se dice, ni bien se calla lo que se quiere decir, y sirve de ordinario para la malicia y sátira. Presentándole a Augusto un precioso collar, alabólo mucho Dolabela, y aun amagó a pedirlo, pues dijo: «¡Oh, qué bien me estaría a mí, que tengo el cuello más alzado!» Respondió Augusto: «Mejor te estuviera una corona cívica», notándole de tan retirado en el pelear, cuan adelantado en el pedir.

Alúdese también a un dicho de otro, a una sentencia, al *O, foelix culpa* de San León aludió también en este epigrama Lope de Vega:

Deseos de ser Dios, que se atrevieron
A tanto mal como después pagaron,
Si en los cielos al ángel engañaron,
A la primer mujer disculpa dieron.
Pero si cuantos males nos vinieron,
De mujer atrevida se causaron,
Con la humilde mayor se remediaron,
Que honró la tierra y que los cielos vieron.
El mundo te agradezca, ¡oh, madre hermosa!,
Puesto que el daño universal te culpa,
De tus espinas, la encarnada rosa.
Porque quien más se queja de tu culpa,
Por lo menos te debe el ser dichosa,
Pues tuvo tal remedio por disculpa.

La paridad y semejanza son el más ordinario modo del aludir, y ésta es la erudición de los adagios griegos y latinos, que se refieren a varias historias, y se aplican por semejanza a las ocasiones, como aquél que dice *Tantali horti.* Refiérese a la ficción de Tántalo, y así lo aplica el siempre moral y sentencioso don Juan de Arguijo:

Castiga el cielo a Tántalo inhumano,
Que en impía mesa su rigor provoca,
Medir queriendo, en competencia loca,
Saber divino con engaño humano.
Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca,
Huye el copioso Erídano a su boca,
Y en vez de fruta, aprieta el aire vano.
Tú, que espantado de su pena, admiras
Que el cercano manjar, en largo ayuno
Al gusto falte, y a la vista sobre,
¿Cómo de muchos Tántalos no miras

Ejemplo igual? Y si codicias uno,
Mira al avaro en sus riquezas pobre.

Aludiendo a un común adagio, comenzó su sermón en el día de la invención de la Cruz un predicador, diciendo: «Algo se ha hallado la Iglesia santa, cuando está tan contenta el día de hoy, tan festiva y tan regocijada», etc. Con este mismo concepto concluye don Luis de Góngora aquel soneto, enviando unas piedras bezares a la Marquesa de Ayamonte:

Término sean, pues, y fundamento
De vuestro imperio y de mi fe constante,
Tributo humilde, si no ofrecimiento.
Camino, y sin pasar más adelante,
A vuestra deidad hago el rendimiento,
Que al montón de Mercurio el caminante.

Algunos han querido esforzar que la alusión en sí no es concepto si no incluye alguna otra especie de agudeza, como es la correspondencia de los correlatos, contraposición, semejanza o paridad, y así de otras; pero no hay duda, sino que ella sola hace concepto de por sí, aunque no se junte con otros, como se ve en ésta: alabándole a Nerón el plato de los hongos, muy validos entonces en Roma, dijo él en confirmación: «Al fin, son comida de dioses»; aludió al hongo envenenado con que mataron al emperador Claudio, su antecesor, y después le repusieron entre los dioses, según sus ciegos y vanos ritos. No tiene este pensamiento otra agudeza más que la alusión a la historia. Y así Marcial de otro, que él sólo se comía el plato de los hongos, y no daba a los convidados:

Boletum, qualem Claudius edit, edas.

Bien es verdad que la relación a la historia a que se alude es correspondencia que sirve para la acomodación, pero esta correspondencia es el medio común, es como el instrumento general para todas las especies de agudeza que se forman por el careo y correlación. Con todo eso se hallan algunas alusio-

nes que aun ésa no la incluyen, como ésta, no menos ingeniosa y picante que las pasadas. Entrando el Marrufino a besar la mano a Luis XI, de vuelta de saquear a Cambray, traía un riquísimo collar de oro con mucha pedrería; reparando en él, los demás Mosiures, y alabándoselo, alargó uno de ellos la mano para quererlo tocar. Al punto el rey, con mucha sal, que debiera con más celo: «Tá —dijo—, no lo toquéis, que es cosa sagrada», aludiendo a lo que se murmuraba, que lo había hecho de las custodias y relicarios de las iglesias que había despojado. Así que consiste el artificio de ésta y otras semejantes, en un apuntar sin explicarse del todo, que basta a ocasionar el reparo y despertar la curiosidad en el que no lo entiende y el gusto en el que lo entiende.

Discurso L

DE OTRAS MUCHAS DIFERENCIAS DE CONCEPTOS

Habló del ingenio con él quien le llamó finitamente infinito. Sería ponerse a medir la perennidad de una fuente y querer contar sus gotas, pensar numerarle al ingenio sus modos y diferencias de conceptos e intentar comprenderle su fecunda variedad. Cífranse en este discurso otras muchas especies de sutileza, repitiendo siempre que la agudeza tiene por materia y por fundamento muchas de las figuras retóricas, pero dales la forma y realce del concepto. Sea la primera la artificiosa distribución, que ilustra grandemente el estilo. Consiste su artificio en repartir a dos términos su empleo, su perfección, su circunstancia con agradable alternación. Así, dijo el eminente Hortensio, atento siempre a la perfección del estilo, así en el verso como en la prosa:

> Mano y faz ayuntar quiso,
> Mas la muerte al ayuntarlas,
> A entrambos tolló el cohorte,
> *Ella fina y él desmaya.*

Esta altercación puede ser en el mismo sujeto, según diferentes términos, circunstancias y lugares con el mismo artificio ingenioso, como se ve en este apreciado epigrama del doctor Montalbán, que ayudó a la semejanza con este realce de la repartición:

Corre con pies de sonorosa plata,
Huyendo de sí mismo, un arroyuelo,
Y dando vueltas por el verde suelo,
Con cinta de cristal las flores ata.
Cruza la selva, y cándido retrata
Cuanto encuentra su líquido desvelo,
Pisa un jazmín, y vístese de hielo,
Aja una flor, y mírase escarlata.
Así de Clori en líquidas querellas
Bajó, como pintada mariposa,
Un diluvio de lágrimas o estrellas;
Tocó las flores de su cara hermosa,
Y como el agua se detuvo en ellas,
Unas veces fue nieve, otras fue rosa.

Fuera perfecto este soneto si no le afeara aquel lunar de aquella *pintada mariposa:* es impropiedad hacer transición de una semejanza grande a otra no tal, de diluvio a mariposa: no fue más que ripio para llenar aquel medio verso; de éstas no tienen, ni don Luis de Góngora, ni los Leonardos, mucho menos el propio y atento Garcilaso; escribían con total perfección. Cae extremadamente la proporción o la contraposición en estos cortados. Don Antonio de Mendoza, cuyas obras cuanto más se desean, han de lograr más aplauso y lucimiento, dijo:

Causó un amor dos milagros,
Que uno a otro se encubrieron,
Glorias ella estando triste,
Penas él estando tierno.

No sólo entre dos extremos, sino entre tres y cuatro se pue-

de formar la agradable repartición, como ésta de don Luis de Góngora:

La hermosura de Granada,
Cuyo pie da al campo flores,
Cristal su mano al Genil,
Y al cielo sus ojos soles.

Entre muchos términos la sazonó Lope de Vega, y concluyó con una relevante gradación, que dio mucho picante al sentimiento, y exprimió con ponderación:

Dale en tu desdén entrada,
Así veas tu persona
Con la famosa corona
De nuestra Imperial Granada.
Gozarás oro de Dauro,
Verde jaspe de Genil,
Del Albaicín la sutil
Toca, de tu frente lauro.
Daráte Generalife
Flores, que esa mano arranque;
Comares en blanco estanque
Te dará dorado esquife.
Vibarrambla, sus balcones,
Para que en fiestas estés,
Y para adorar tus pies,
Vivalmazán sus pendones.
Celebrados carmesíes
La calle que es de tu nombre,
Granada, porque te asombre,
Granos de rojos rubíes.
Vivatabín con soldados
Te hará salva cada día;
Zacatín y Alcaycería,
Te darán tela y brocados.
La Vega con su verdura,
Rojo trigo y verdes parras,

Su nieve, las Alpujarras,
Corridas de tu blancura.
Dinadamar su corriente,
Todos los campos sus frutos,
Mis vasallos sus tributos,
Y yo el laurel de esta frente.

En la transición que aumenta, se apoya con mucho primor una ponderación, porque es un adelantar lo que pareció que ya había acabado, y un pasar con mayor aumento de un epíteto a otro mayor, de una semejanza a otra más sublime. Así don Luis de Góngora:

Cuantas veces remontada
En esfera superior,
De donde os perdía mi vista,
Os cobraba mi afición.
Muchos siglos coronéis
Esta dichosa región,
Que cuando os mereció ave
Serafín os admiró.

Es éste un sutil modo de amplificar lo que se va ponderando, y teniendo por común lo mediato, se pasa a lo sumo. Conceptuosamente, como siempre, Jorge de Montemayor:

Y por no caer en mengua,
Si le estorba la pasión,
Acento o pronunciación,
Lo que empezaba la lengua
Lo acababa el corazón.

Hay otro modo de transición, que es pasar del oblicuo al recto, como éste en los apodos y epítetos:

A besar el pie a una palma
Porque ella siempre corone
Las siempre gloriosas sienes
Del que es Palma de los Condes.

Válese aquí de la correspondencia, y juega de ella; de otro modo se suele trastrocar el dicho y pasar de lo que se dijo en singular al plural o al contrario; el ejemplo lo declara más. Sobrescribió uno una carta a Garcilaso, y dijo: «Al embajador de los reyes y rey de los embajadores.» Otro dijo a la Universidad de Salamanca: «¡Oh, escuela de los maestros y maestra de las escuelas!»

Las nugaciones irónicas incluyen artificio sutil, y aunque parece un decir sencillo, encierra mucha afectación. Así dijo Marcial a Elia, consolándola al despropósito. Es la traducción de Bartolomé Leonardo:

Cuatro dientes te quedaron,
Si bien me acuerdo, mas dos,
Elia, de una tos volaron,
Los otros dos de otra tos.
Segura puedes toser,
Elia, ya todos los días,
Pues no tiene en tus encías,
La tercera tos que hacer.

La que parece necedad se convierte en sutileza por decirse de industria. Algunas veces parece que va a exprimir un grande encarecimiento, y sale con un despropósito. Lope de Vega:

Pastora enemiga,
Ya de tus engaños
Vengo a estar de suerte,
Que al fin de mis años
Me llama la muerte.
En esta partida,
De tu amor incierto,
Ya no quiero vida
En estando muerto, etc.

Las ponderaciones por epifonema son muy conceptuosas y consisten en un encarecimiento, no hiperbólico, sino con

mucho fundamento en lo que se va ponderando: del troyano héroe cuando llegó a los pies de la reina de Cartago pidiendo asilo, dijo don Diego Morlanes, excelente ingenio zaragozano:

Reina, ampara a un perseguido
En el fuego, mar y tierra,
Que en tan latos elementos,
Aún no caben sus miserias.

Salas dijo:

Reina, acoge a un desdichado,
Que tiene tan mala estrella,
Que el fuego le echó en el agua,
Y el agua le echó en la tierra.

Consiste a veces el epifonema en sentencia. El culto Hortensio:

¡Ay, Ángel!, de aquesta guisa
Te ha parado mi amistanza,
Que la fermosura es culpa
Cuando abonda la desgracia.

Don Antonio de Mendoza, ponderando el silencio de la Virgen en sus favores del cielo, y no comunicarlos, ni aun a su esposo, dijo:

Encubrir glorias tan altas
Fue modestia, no precepto,
Que en soberanías suyas,
Los más grandes hablan menos.

Las ponderaciones de imposibles son semejantes a las de contradicción, y aunque incluyen repugnancia, exprimen con grande sutileza los afectos. Era extremado en esto Jorge de Montemayor:

Regalara yo la vida,
Para dar fin al cuidado,
Si a mí me fuera otorgado,
Perderla en siendo perdida.

Aun la dice mayor éste, pero no tienen más fundamento que el querer exprimir a lo imposible la grandeza del sentimiento:

Perderse por ti la vida,
Zagala, será forzado,
Mas no que pierda el cuidado,
Después de verla perdida.

En las gradaciones se apoyan con raro primor las ponderaciones, porque se va en ellas adelantando siempre o disminuyendo el sentido. Así introduce Lope de Vega a la infanta doña Teresa, hablando con el rey, su hermano, cuando trataba de casarla con el moro:

Hombre el más bárbaro y fiero,
Que a orillas del Tanais vive,
Donde beben sangre humana
Los abrasados caribes.
Caballero el más villano
Que en fiesta o batalla rige
Freno a caballo español,
Calza espuela, espada ciñe;
Rey, el más tirano injusto
Que roja púrpura viste;
Hermano el más inhumano,
Ya no león, sino tigre.
Una mujer, etc.

Las anfibologías, cuando son de industria, son conceptuosas. Especie de enigmas que hablan a dos luces, y se ha de entender en ellas todo lo contrario de lo que dicen, como aquélla:

Matar al rey no es mal hecho,
Antes ser cuchillo afirmo,
Del que lo matare, y firmo.

Los epigramas retrógrados tienen mucho de este artificio, y aunque es agudeza material, se estima por su picante malicia. Fue celebrado este epigrama, que leído al revés, y comenzando por la última palabra, dice todo lo contrario de lo que parece, pero no de lo que pretende:

Laus tua, non tua fraus, virtus, non copia rerum
Scandere te fecit hoc decus eximium
Conditio tua sit stabilis, nec tempore parvo,
Vivere te faciat hic Deus Omnipotens.

Éste, con otros muy ingeniosos, me comunicó en sus curiosos manuscritos el erudito, noticioso, grave y muy sustancial historiador, el maestro Gil González de Ávila, cronista de España, eminente así en lo eclesiástico como en lo secular; sean el desempeño sus obras, los tomos, digo, de *Las Iglesias de España,* el del rey de Castilla don Enrique el Enfermo, el gran gobernador, y el del reinado del rey nuestro señor don Felipe III, ya perfectamente acabado, y el del rey nuestro señor don Felipe el Cuarto, que va continuando, con otros muchos asuntos dignos de su verdad, gravedad y entereza.

TRATADO SEGUNDO
DE LA AGUDEZA COMPUESTA

Discurso LI

DE LA COMPOSICIÓN DE LA AGUDEZA EN COMÚN

DESTINO al más juicioso examen aquella gran cuestión, que ya en la praxis los príncipes de la sutileza decidieron. ¿Cuál sea más perfecto empleo del ingenio, la agudeza libre o la ajustada a un discurso? La suelta es aquélla en la cual, aunque se levanten tres y cuatro y muchos asuntos de un sujeto, ya en encomio, ya en ponderación, pero no se unen unos con otros, sino que libremente se levantan y sin correlación se discurren. Sea ejemplo la ingeniosa panegiris del segundo Plinio a Trajano, que es un agregado de asuntos y de agudezas, sin unirse entre sí sino en el material sujeto de la alabanza; lo mismo practican en lo sacro el cultamente elocuente Hortensio Paravicino; nuestro ingenioso aragonés de Daroca, el padre Juan Antonio Usón, de la Compañía de Jesús, y el prodigioso Ignacio de Vitoria, el envidiado agustiniano. La encadenada en una traza es aquélla en que los asuntos, así de la panegiris, como de la ponderación suasoria, se unen entre sí como partes, para componer un todo artificioso mental. Así uno, en el día del nacimiento de la emperatriz del cielo, ponderó la dificultad que hay en acertar a dar un parabién, y las vulgaridades que ordinariamente llevan consigo, temiendo errar la acción en este día. ¿A quién se ha de dar, dice, esta alegrísima norabuena? Si a Dios, parece ya desacierto darle el parabién de que le ha nacido madre, siendo eterno. Si al hombre, mayor de que le ha nacido hija,

cuando toda su perdición le vino por la mujer, etc. De esta suerte va encadenando los asuntos en un ingenioso panegírico; pondera más adelante que el día del Nacimiento del Señor, los ángeles se encargaron de dar el parabién, y así cantaron: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis,* pero aquí parece que desconfían, pues salen con preguntar: *Quae est ista, quae progreditur, quasi Aurora?* Fue un discurso muy sazonado y que se logró bien. Este modo de discurrir con trabazón y orden estaba muy valido antes; así lo practicaron el muy agradable Panigarola, el erudito Valderrama, el célebre Castroverde, y, en nuestros tiempos, el plausible don Plácido Mirto.

En España siempre hubo libertad de ingenio, o por gravedad, o por nativa cólera de la nación, que no por falta de inventiva. Sus dos primeros ingenios, Séneca en lo juicioso y Marcial en lo agudo, fundaron esta opinión, acreditaron este gusto. Prudente aquél, nunca pudo sujetarse a los rigores de un discurso, a la afectación de una traza, y si los émulos apodaron «arena sin cal» (menos mal dijeran granos de oro sin liga) el raudal de su doctrina, los apasionados lo aclamaron por gravedad española, opuesta en todo a los juguetes de la invención griega. Escribió epístolas, que es el más libre modo y más licencioso para decir cuanto hay, sin atarse, ni obligarse; entra y sale como y cuando quiere, que aunque no es de tanto artificio, es de más gusto.

Tributó nuestra Bílbilis a la gran emperatriz del mundo, no monstruos, como el África, sino aquel que lo fue en el ingenio. Entró Marcial en Roma destinado a la oratoria, mas su extremada prontitud, no sufriendo pihuelas de encadenada elocuencia, se remontó libre en todo género y modos de agudeza, cuantos se eternizan en sus epigramas.

Quedó vinculado este gusto (que no le llamo absolutamente acierto) en esta ingeniosa provincia, hermosa cara del orbe, y nunca más valido que en este feraz siglo, en que han florecido sus ingenios con su dilatada monarquía, discurriendo todos a lo libre, así en lo sacro como en lo profano.

Socorra la razón a la autoridad. Un ingenio anómalo siempre fue mayor porque se deja llevar del connatural ímpetu

en el discurrir y de la valentía en el sutilizar, que el atarse a la prolijidad de un discurso y a la dependencia de una traza le embaraza y le limita. Nótese la diferencia que hay de un sermón de San Agustín y del elegante Ambrosio, a una cansada alegoría de Orígenes y sus semejantes. La sutileza y aliñado estilo de San Crisólogo, aunque no se ata a la invención de una traza, no deja de agradar grandemente, y si se ajustara, no fuera tan relevante.

Crueldad es, que no arte, condenar una hora eterna al que oye o al que lee, a la enfadosa cárcel de una metáfora, digo a estar pensando en un águila, carroza o nave, aunque sea un sol. Ingeniosos son los *Raguallos* del Bocalino, pero no dejan de enfadar por la uniformidad de su alegoría. A más de que está expuesto todo discurso continuado al riesgo inevitable de que, si quiebra la atención, que acontece de ordinario, perece todo el trabajo y se malogra. Convenza en favor de este dictamen la variedad plausible que reina en este modo de conceptear libre, con su gran tropa de perfecciones, de hermosura, ornato, agrado, fecundidad, que pican el gusto y no le enfadan, aconteciendo todo lo contrario en lo prolijo de los discursos y en lo frío de las trazas.

Pero ¿quién jamás, dicen los contrarios, antepuso al compuesto el agregado? ¿La parte al todo y la confusión imperfecta al compuesto perfecto y aliñado? Siempre un todo, así en la composición física, como en la artificial, es lo más noble, el último objeto y el fin adecuado de las artes, y si bien su perfección resulta de la de las partes, pero añade él la mayor de la primorosa unión. Arduo es el asunto, pero nunca la dificultad fue descrédito, así como ni la facilidad ventaja; mucho cuesta lo que vale, y al contrario.

No merece llamarse gusto el que deja la agudeza aliñada por la descompuesta y desatada, cuando su mismo nombre condena en la una su desaliño y aprueba en la otra su artificioso aseo. Pruebe esta verdad este perfecto discurso del padre Pedro Sanz, gran religioso de la Compañía de Jesús, aquel apostólico orador que tan bien supo juntar lo ingenioso con lo desengañado, el aliño en el decir con la eficacia en el convencer; oísele el día de la festividad de la Santa Cruz,

entre aquellos dos majestuosos coros de la santa Iglesia de Toledo, que es decir en su centro, pues lo es de la sabiduría eclesiástica, de la discreción seglar y de la gravedad religiosa. Comenzó por una paradoja, que no se ha de llamar fiesta de la Invención ni de la Exaltación de la Cruz, sino glorificación, porque hace en la tierra la cruz los mismos efectos que la gloria en el cielo, y fue discurriendo por los cuatro dotes de los glorificados, ilustrando y probando con igual gusto que provecho. Hasta un epigrama es adecuadamente perfecto, cuando se vienen a unir los conceptos y hacer un cuerpo atado con alguna traza, como se ve en aquel gran soneto de don Luis de Góngora al Marqués de Castel-Rodrigo, que comienza: *Árbol de cuyos ramos fortunados,* y este otro de todas maneras relevante, por la pluralidad de conceptos y singularidad de cada uno, pero mucho más por la trabazón y composición que todos ellos hacen. Halléle entre las obras manuscritas del doctor y canónigo Francisco Antonio Fuser, bilbilitano, varón de tan excelente gusto como ingenio. Dice así:

Longinos hiere a Dios, tres veces ciego;
Ciego del cuerpo, como se ve claro;
Ciego del alma, sin buscar reparo,
Y ciego de la cólera y su fuego;
Llegó a la cruz con gran desasosiego
Para acabar un hecho feo y raro,
El cual, aunque costarle pudo caro,
Le dio la vida y le causó sosiego.
El hierro de la lanza que llevaba
Le sirvió de eslabón. Cristo de piedra,
La Cruz de yesca para sus enojos.
Hirió en el pedernal con furia brava,
Sacó fuego de amor, y tanto medra,
Que vino a ser la lumbre de sus ojos.

Auméntase en la composición la agudeza, porque la virtud unida crece, y la que a solas no pasará de una mediocridad, por la correspondencia con la otra llega a ser delicadeza; y

no sólo no carece de variedad, sino que antes la dobla, ya por las muchas combinaciones de las agudezas parciales, ya por la multitud de modos y géneros de uniones.

Son tantas las autoridades como las razones en prueba de esta verdad. La ingeniosa Grecia, alma del mundo erudito, maestra de la policía, autora de la cultura y oficina de sabios y de personas, aquélla que asqueó por bárbaras a las demás naciones, fue siempre autora de toda invención y traza. Sea antes ejemplo que exceso el buen gusto de Heródoto Alicarnaseo, que en la historia llana afectó el artificio del concierto.

La docta Italia, en quien siempre compitieron el saber con el valor, sus ejércitos con sus escuelas, antes hoy no hubiera memoria de Roma triunfante, si no fuera por Roma Sabia. ¿Qué supiéramos del suntuoso palacio Parrasio sino por la agudeza de Marcial, con que lo cantó? ¿Quién hubiera conocido tantos héroes sino porque Marcial los celebra? Al mismo Mecenas dio inmortalidad Horacio. Esta, pues, gran madre del saber, emporio universal de las artes y ciencias, estimó siempre por de más arte y primor la agudeza compuesta, y la practican hoy sus más floridos ingenios en tantos, tan elocuentes y sazonados discursos.

Altercada de este modo por una y por otra parte la cuestión a todo discurrir, al fin cada uno abunda en su dictamen. Pero mucho puede el uso, y más la agradable, plausible y hermosa variedad.

Dos cosas ennoblecen un compuesto conceptuoso, lo selecto de sus partes y lo primoroso de su unión, como se logró en este discurso de un grande orador y desengañado. Propuso que después de haber estado el inmenso Dios por toda una eternidad en sí mismo, queriendo salir a sus criaturas y morar en ellas por gracia, se fabricó el palacio de la naturaleza angélica; echóle de allí el pecado. Edificóse otra casa, aunque de barro, pero muy aliñada de dones y de gracias; crió al hombre; de aquí también le sacó la Culpa. No tiene Dios dónde ir. ¿Qué hará? ¿Volveráse a sí mismo? Pero una retirada le queda, que es la Virgen, palacio del mismo Sol: *Regia Solis erat.* Casa es de la sabiduría: *Sapientia aedificabit sibi*

domum. Sol es brillante siempre, y nunca eclipsado por el pecado: *In Sole posuit tabernaculum suum.* Casa de santidad perpetua: *Domum tuam Domine decet sanctitudo.* Ciudad, que la fundó el mismo Dios para una eternidad: *Deus fundavit eam in aeternum;* y con mucha razón la llama su mayor devoto *Asilo de Dios.*

Ganan en pluralidad y en primor los artificios intelectuales a los materiales y mecánicos, sino que, como obras del alma, dificúltalos su misma imperceptibilidad; los otros, como palpables, se vulgarizan a los sentidos. ¿Qué objeto puede hallarse más agradable y más digno empleo de la racionalidad y discurso, que un compuesto de conceptos y sutilezas? Séalo éste del célebre poeta Alonso de Ledesma, a San Ignacio de Loyola, metido en el estanque helado en París para convertir un mozo lascivo; está el epigrama lleno de alusiones y correspondencias a los adjuntos del sujeto santo, de equívocos, semejanzas y toda sutileza:

Vulcano cojo, herrero vizcaíno,
Si quieres ablandar un hierro helado,
De un pecador protervo y obstinado,
Saca tu fragua en medio del camino.
Los fuelles de oración sopla contino,
Hasta que enciendas un carbón tiznado,
Que en fuego de lujuria se ha quemado,
Y es para fragua cual carbón de pino.
El hierro y el carbón, que es culpa y hombre,
Traerás con las tenazas de obediencia
A tu amorosa y encendida fragua.
Pide a Jesús el fuego de su nombre,
La yunque y el martillo su conciencia,
Y tú serás hisopo puesto en agua.

La agudeza compuesta es en dos maneras, y otros dos son los géneros de compuestos. El primero es el que se compone de conceptos incomplejos, como de tres o cuatro proporciones, de tres o cuatro reparos, paridades, etc., unidos entre sí y que hagan juego de correspondencia. El segundo es un

compuesto por ficción, como lo son las épicas, alegorías continuadas, diálogos, etc.; ambos géneros se irán explicando por su orden en los discursos siguientes.

Discurso LII

DEL PRIMER GÉNERO DE AGUDEZA COMPUESTA

Es la agudeza de proporción la primera entre las incomplejas; es el compuesto de tres o cuatro proporciones el más principal y agradable, y si en sí grandes, por la conexión y trabazón parecen mayores. Sea el primer ejemplo del primer ingenio de estos siglos, el sutilísimo padre fray Diego López de Andrade, portugués y agustiniano. Abarcó en tres proporciones las tres mayores excelencias del Bautista. Careó el nombre de *Juan* con su nacimiento, vida y muerte, todo prodigioso, y probó que con razón se llamó *Gracia,* que eso significa *Juan,* porque nació sin méritos como la Gracia: *Fecit misericordiam suam cum illis.* Vivió como la Gracia, alimentándose y creciendo con virtudes: *Antra deserti teneris sub annis.* Murió como la Gracia, por el pecado: *Non licet tibi,* etc. No se pudo en este género discurrir con más sutileza.

De las improporciones y contraposiciones se compone con igual primor y artificio; ellas dieron alma a este ingenioso epigrama del doctor Juan Francisco Andrés, ornamento de su imperial patria, Zaragoza, que pudiera así llamarse, pues *goza* hoy de tan *augustos* hijos; fue a los dos santos hermanos, San Laurencio y San Orencio, hijos ambos de la victoriosa Huesca. Pondera el ser martirizado el uno en el fuego y el martirizarse el otro en el hielo, donde se metía el santo arzobispo de Aux, para mortificarse; celebra su constancia y su valor; concluye dando la razón al reparo de la ingeniosa contraposición, aludiendo al equívoco del nombre de su santa madre, que fue santa Paciencia:

Del fuego abrasador la llama ardiente,
No examina en Laurencio lo inflamado,

Que el calor de las ascuas no ha quemado,
Porque en su pecho incendio mayor siente.
La actividad de Orencio no consiente
Que le resfríe del cristal lo helado,
Porque el hielo, en pavesas transformado,
Confiesa el vencimiento claramente.
Laurencio se acredita de animoso
En las llamas, y Orencio en los cristales
Rayos brilla de amor afectuoso.
Que venzan elementos desiguales
No es mucho, cuando en parto prodigioso,
La *Paciencia* les dio fuerzas iguales.

El compuesto de reparos es la obra más costosa del ingenio, y, por tanto, la más primorosa. Tal fue éste, que tuvo al Espíritu Santo por autor y por objeto, en lengua de un orador cristiano. Armóle de tres contrariedades, tres milagros de la sutileza. Fue la primera que como este amor inmenso descendía a un mundo, que tan groseramente había tratado a la Sabiduría del padre, diole salida con esta semejanza. Húbose aquel gran padre, de quien todos los demás aprendieron el renombre, como una afectuosa madre, que habiéndole el rapaz ignorante hijuelo martirizado el desentrañado pecho, ya arañándole, ya mordiéndole, queda ella tan ajena de venganza, que recogiendo aquel esmaltado pecho con lo rojo de la sangre y lo blanco de la leche franquea luego el otro rebosando el regalado néctar. Procedió a la segunda, contraponiendo el ruido con que entró en el mundo este Divino Espíritu: *Factus est repente de Coelo sonus,* al silencio con que la omnipotente palabra descendió de las reales sillas: *Cum medium silentium tenerent omnia.* Responde que es amor, y violentado, revienta como el fuego con mayor estruendo. Pero donde echó el resto al discurrir fue cuando ponderó el descender en lenguas de fuego, habiendo primero venido en el Jordán mansa Paloma, y en el Tabor fresca y templada nube; satisfizo con una proporción relevante, que al cenáculo, donde se descentó el Pan del Cielo, con razón viene en lenguas, y éstas de fuego, en significación y misterio que a bocado,

que es Dios, le habemos de recibir con lengua de Espíritu Santo. Concluyó los tres asuntos con una erudita aplicación del ñudo gordio, a este divino ñudo inexplicable, diciendo que a tanto misterio y profundidad no hay hallar otra salida que dar un corte de veneración y silencio. Premiaron los oyentes este discurso, con llamarle el *Tanto monta* del ingenio.

En tan adelantada competencia presentó un riquísimo joyel de desempeños. Sea un águila real, coronada de tres rayos sutilísimos, que cuando más parece que la amenazan con sus dificultades, la coronan victoriosa con sus desempeños. Fue un discurso de un gran predicador, consagrado al águila del Empíreo, con tres valientes dudas, sobre sus tres blasones, sus tres mayores excelencias, en un apasionado, religioso auditorio. Amenazaba la primera al ser Benjamín de su maestro, *quem diligebat Jesus,* dificultando que no parece ser tan extremado el amor que le muestra Cristo, pues se exprime por un imperfecto, *diligebat,* que parece que el Sumo Artífice en este retrato de su amor (si el amor copia y retrata) no puso la última mano, que no acabó de retocarle, no le perfeccionó del todo, cuando sobrescribió: *Diligebat Jesus,* en vez del *faciebat.* Amagó la segunda, al ser hijo de la Reina del Cielo y sustituto del Hijo de Dios, ponderando que no estaba tan asentada esta prerrogativa, como se desea y requiere, pues aunque aceptó Juan, como quien ganaba, *et ex illa hora accepit eam Discipulus in sua.* Pero no consta que María aceptase, como quien perdía en el trueque. La tercera tocaba en lo vivo, por lo odioso de la comparación, y más en teatro de tantas y tan apasionadas atenciones, que no se halla una sola alabanza jamás en la boca de Cristo ni de su Madre, del Evangelista, hallándose encarecimientos del Bautista, y aun entonces, se dice: *cepit dicere ad Turbas de Joanne,* que no era aquello más de un comenzar. A estas tres dificultades correspondieron tres iguales desempeños. El primero al *diligebat,* que no procedía de falta de amor, sino de exceso porque nunca su divino amador puso tasa, puso término ni coto al amor de Juan; añadía cada día y cada instante amor a amor, y siempre le parecía poco, como diciendo, más amor, aún no es bastante, más y más, y cada día de nuevo *diligebat.* Al misterioso si-

lencio de su Madre Reina satisfizo que no sólo no fue disfavor, sino fineza, y que antes bien fuera agravio el aceptarle tan tarde por hijo, habiéndole reconocido por tal tanto antes, pues el mismo día que concibió al inmenso Dios en sus virginales entrañas concibió a Juan en el corazón, y que no fue impropiedad, sino misterio, el añadir el ángel al *concipies* el *in utero*, y aun aquel *hic erit magnus* fue alusivo a otro hijo menor; echó el sello a este desempeño San Lucas, refiriendo el nacimiento de Cristo, con decir: *Peperit filium suum primogenitum*, que fue un tácito confesar que sería el segundo Benjamín Juan. Sobre todo, se desempeñó con ventajas de los grandes encomios del Bautista, ponderando que esta diferencia hubo entre el valimiento de los dos Juanes con el soberano monarca, que al Bautista le aventajó Cristo en palabras; era su voz, *Ego vox clamantis*. Pero al Evangelista en obras tomó a pechos el favorecerle, apechugó con él para levantarle a la mayor grandeza.

El compuesto de encarecimientos no cede a cualquier otro; úsase de ellos raras veces, y en sujetos que los requieran con el fundamento de las extraordinarias circunstancias, que sin esta seguridad serían libremente fingidos, sin apoyo de sutileza. Por este rumbo glosó el padre Jerónimo Alverite, de la Compañía de Jesús, aragonés, ornamento de la ciudad de Borja, su patria, eminente predicador, así en las cosas como en el decirlas, las dos partes esenciales del perfecto orador, que tanto encomienda la retórica por estas dos palabras, invención y elocución, que raras veces se juntan, y así en Roma de tres grandes predicadores, que concurrieron juntos, decían: *Toletus docet, Lupus movet, Panigarola delectat.* Enseñaba el doctísimo Toledo, movía el fervoroso Lobo y deleitaba el elocuente Panigarola, de suerte que de todos tres se hiciera un consumado orador. Ponderó, pues, este nuestro los extravagantes favores que en competencia hicieron Cristo y su Madre al melifluo Bernardo, diciendo que dio que sospechar esta apasionada Madre que le hurtaba la leche al Hijo de Dios por guardársela a Bernardo, como lo suelen hacer las que crían dos, que la hurtan al uno para dársela después al otro; fundólo, porque no fuese libremente dicho, en la

fuerza de aquellas palabras, *et ubera quae suxisti,* que denotan atraer con violencia y aun con deseo y hambre. Más que el mismo Cristo, lo que no hizo en prueba de que era Hijo del Eterno Padre: *Si Filius Dei est, descendat de Cruce,* hizo en prueba de que era hermano de leche de Bernardo, desclavándose de la cruz por abrazarle y trocando los brazos de ella por los de Bernardo. Concluyó con una plausible paradoja, que Bernardo, no sólo fue hermano de Cristo adoptivo, como los demás por su sangre, sino natural por la leche.

Son muy agradables los mixtos, ni todas proporciones, ni todos reparos, sino alternados de una y otra agudeza. Fuelo éste a la emperatriz de los Serafines, en el día de su mayor triunfo, predicado por el docto y elocuente padre Jerónimo Bartoli, de la Compañía de Jesús, valenciano; comenzó por una aplicación de aquella galantería que usaban las doncellas romanas, y la refiere Clemente Alejandrino, *2, Pedag.,* cap. II, que llevaban en la planta del chapín o sandalia ciertas cifras, y al pisar las iban dejando estampadas en sus huellas, llegaban los apasionados a leerlas y descifrarlas con igual gusto que aplauso. Acomodó esto a la Virgen de las Vírgenes, augusta emperatriz del Empíreo, con aquel lugar de los *Cantares: Quam pulchri sunt gressus tui in calceamentis filia Principis.* Con esto entró en el discurso, leyendo varias cifras, que iban observando y glosando los más abrasados espíritus: *Quae est ista quae ascendit?* Fue la primera una extremada proporción, que así como Dios bajó al mundo a encarnarse en María, hoy María sube al Cielo a divinizarse en Dios. La segunda fue un reparo, que por qué no la subió consigo el Señor en el festivo día de su gloriosa Ascensión, y responde que quedó en el mundo, para que hubiese en él quien dignamente hospedase al Espíritu Santo cuanto descendiese fuego. Remató con un encarecimiento, probando que fue más célebre este triunfo que el del mismo Señor, pues aquí la servía su mismo Hijo de carroza triunfal: *Inixa super dilectum suum;* el Espíritu Santo de palio, *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi.* Entró como reina debajo de palio; el Padre Eterno la vistió la gala, *in vestitu deaurato,* y la hizo centro de toda variedad, *circumdata varietate.*

Discurso LIII

DE LOS COMPUESTOS POR METÁFORA

La semejanza o metáfora, ya por lo gustoso de su artificio, ya por lo fácil de la acomodación, por lo sublime a veces del término a quien se transfiere o asemeja el sujeto, suele ser la ordinaria oficina de los discursos, y aunque tan común, se hallan en ella compuestos extraordinarios por lo prodigioso de la correspondencia y careo. Fuelo aquél, y aun Fénix de todos, el Fénix de los santos, San Juan Bautista, en competencia del águila caudal, y a petición de sus apasionadas. Comienza el Fénix, dijo el padre Felipe Gracián, entre odoríferos aromas; fue Juan anunciado, *a dextris altaris incensi* y *hora incensi:* es único el Fénix. Fue Juan singular, *non erat illis filius* en singular. Nace el Fénix entre estériles cenizas, nace Juan de sus helados y canos padres. Pero no nace el Fénix, sino que resucita; no nació Juan, sino que resucitó de los pasados patriarcas y profetas: *Non surrexit major Joanne Bautista: quam ego decollavi Joannem, hic a mortius resurrexit.* Rebulle el Fénix al herirle los rayos del sol; comienza a exaltar Juan al amanecer por los montes de Judea el Sol Divino: *Exultavit Infans in utero meo.* Mora el Fénix en los retiros de los montes; mora Juan en los desiertos, *antra deserti teneris sub annis.* Acaba el Fénix en otro, y deshácese él para que el otro comience, y Juan *illum oportet crescere, me autem minui.* Fue al fin el raro, el singular, el Fénix de la gracia.

Cuando se ajustan todas las circunstancias y adyacentes del sujeto al término de la traslación, sin violencia, y con tal consonancia, que cada parte de la metáfora fuera un relevante concepto, está en su mayor exaltación el compuesto. Fue admirado y celebrado este poema, en que un padre de la Compañía de Jesús hizo cielo a la sagrada religión de Santo Domingo, estrellas y planetas a sus santos:

Dominici sacer Ordo tolis aequandus Olimpi,
Lumine Syderas praeterit ille faces.

Namque tot Empireo non flagrant vertice flammae,
Quot polus iste Virum flammea corda gerit,
Primus Motor ades, spheram qui ducere primam
Gaudes, et Dominum nomine jure refers.
Aurea Saturni renovavit saecla Hiacyntus,
Et merito illius pegmate laetus ovat.
Propitium Hesperiis jubar est Vincentius oris,
Sic Jovis imperium nomen, et omen habet.
Martis obire vices quid Petrus Martyr is ensem
Erigit, et dextra tela trisulca quatit,
Sol Thomas Solis vincit septemplicis ignes,
Diluit, et tenebras, nubila tetra fugat.
Mercurius Raymundus adest, qui clare vel ipsas,
Aeteris occlusi quit reserare fores,
Antivenus Catherina fuit, sed dignior illa,
Luce sua tantum nobilitate thorum.
Mox datur astricomos Phaebes spectare jugales,
Luna est, quae solem ventre Maria tegit.
Arctos adest, Aries, teloque armatus acuto,
Phillirides, Taurus, Buccina, Virgo, Rotae,
Tindaridae deerant: dedit hunc Augusta decorem,
Cum Fratres geminos, Tindaridasque dedit
Sic coelum hoc gestit, sic urbs Augusta triumphat,
Et peragunt festos terra, polusque dies.

Proporciona con notable correspondencia toda la religión con el cielo, y va distribuyendo cada estrella con su santo, con grande propiedad, tomando fundamento de las circunstancias especiales de los términos. Concluye con relevante agudeza que es lo más dificultoso y más estimado, haciendo el signo de Géminis a los dos hermanos, ornamento de Zaragoza y de su sagrada religión. Tradújolo con propiedad y bizarría de estilo el padre fray Pedro Gracián, diciendo:

Es del Guzmán la religión sagrada,
Émula de la máquina estrellada,
Y aun eclipsa sus lumbres,
Pues del Empíreo en las voladas cumbres.

No brillan astros materiales tantos
En este Polo, cuantos
Abrasados se ostentan corazones,
De santos doctos, ínclitos varones.
Eres tú el primer móvil, que la esfera,
Gran Domingo, conduces la primera.
Tu nombre misterioso,
Señor te aclama, con razón glorioso.
Jacinto amante, el siglo nos renueva
Del caduco Saturno,
Y el nuestro errado es ya dorado turno
Por el que tan precioso blasón lleva.
No flores, sí esplendores, dio Vicente,
Luz de doctrina a la española gente,
De la tarde lucero,
De Jove toma el nombre y el agüero.
El mártir Pedro entra aquí a la parte
Del belicoso Marte;
Ciñe sus sienes de luciente hoja;
Trisulcos rayos de su diestra arroja.
Es Sol Tomás, que al Sol oscureciera,
Si siete veces más resplandeciera;
Ahuyenta oscuridades,
Y de Escuelas serena tempestades.
Raimundo es el Mercurio, que la llave
Del mismo imperio tiene,
Y el cerrar y el abrir, cuando conviene,
Aun a los mismos reyes puede y sabe.
Catalina Antivenus fue temprano,
Mas pura en sí, y no menos hermosa,
Digna ennoblece esposa,
Tálamo eterno, trono soberano.
Relumbra de Diana el casto coche,
A pesar de la noche;
Luna es María que el horror destierra,
Y al Sol divino en vientre humano encierra.
Aquí la Osa y el vellón nevado,
El Sagitario armado,

Luce el Toro bocina resonante,
La espiga virginal, círculo errante.
El Géminis faltaba, y Zaragoza
Esta gloria la dio, que inmortal goza.
Blasonados hermanos,
Aunque floridos, en prudencia canos.
Así este Olimpo se alboroza padre,
Triunfa la augusta Madre;
Alegres días nos dispensa el Cielo,
Festivos los celebra el patrio suelo.

El horizonte del ingenio es comúnmente la panegiris; aquí es donde despliega la rueda de sus rayos, digo, de su sutileza, ya aludiendo, ya proporcionando, y aquí transfiriendo. De Santo Tomás de Aquino, fundándose en las palabras del Evangelio: *Vos estis lux mundi:* probó el elocuente orador don Plácido Mirto, que era todas las luces de antorcha, estrella y sol de la sabiduría. Por la desemejanza, al contrario, se forma con igual artificio un discurso. De esta suerte reparó uno: ¿Por qué, siendo cena grande la del banquete eucarístico, llama el Señor a los pobres hambrientos, y no a los príncipes y señores? Dio la razón, ponderando que no quiere este Señor que su comida tenga las propiedades de las comidas de los señores, que suelen ser, de ordinario, tarde, poco limpias y frías; no sea la sagrada comunión de esta suerte, sino, al contrario, frecuente, con gran limpieza de conciencia y con calor de devoción y fervor; de suerte, que por la desemejanza trazó su discurso con felicidad y gravedad.

Los discursos persuasivos participan tal vez del ingenioso artificio, y es entonces adecuada su perfección, porque se van introduciendo con notable agrado, y es cebo lo gustoso para lo importante. Tal fue aquél del docto y grave padre Jerónimo de Florencia, en las exequias del héroe de Lemos; hizo esposa a la muerte, y diola en dote las tres propiedades del bien, probando que es noble, hermosa y rica, disfrazando en la ingeniosa metáfora los tres quicios de la voluntad, sobre quienes se mueve lo honroso, lo útil y lo deleitable, a que se reduce todo el artificio retórico y toda la eficacia persuasiva.

En los poemas, especialmente epigramas, una metáfora bien seguida, aplicando con propiedad y correspondencia todas las partes de ella y las circunstancias, sale extremadamente. Fue plausible este soneto a San Jerónimo, y si le favoreciera lo realzado del estilo fuera sin duda perfecto:

Hizo Dios medicina provechosa
De afrentas y trabajos de esta vida,
Botica milagrosa, aunque temida,
Del mundo miserable, por costosa.
Del palo santo, Pedro tomar osa,
Y Benito, la zarza desabrida;
Juan, las unciones; Diego, la bebida;
Tomó el acero Catalina hermosa.
Vos, Jerónimo santo, habéis gastado
De esta botica, viendo lo que medra
El enfermo que viene aquí derecho;
Y así teniendo el pecho levantado,
Tomastes un terrón de azúcar piedra,
Que es cosa muy probada para el pecho.

Discurso LIV

DE LA ACOLUTIA Y TRABAZÓN DE LOS DISCURSOS

Lo más arduo y primoroso de estos compuestos de ingenio falta por comprender, que es la unión entre los asuntos y conceptos parciales. El arte de hallarla sería el superlativo primor de la sutileza. Esta conexión es constante, que ha de ser moral y artificiosa, así como todo el compuesto lo es. En los discursos metafóricos es aún más fácil, pues consiste en ir acomodando las partes, propiedades y circunstancias del término con las del sujeto translatos, y cuanto más ajustada es la correspondencia, campea más el discurso. De esta suerte comparó el Ambrosio de este siglo, el padre Jerónimo de Florencia, el nacimiento de la Madre de Dios al de la Aurora, discurriendo con mucha propiedad y atribuyéndole todos los

efectos, el alegrar los campos, el lucir y hermosear las flores, el fecundar las plantas, y, sobre todo, anunciar el sol.

Cuando el discurso es por acomodación y semejanza, no es menester más trabazón que la de las mismas partes del término acomodado al sujeto. De esta suerte, el grave, docto y sutil padre Francisco de Mendoza, en sus eruditos comentarios de los *Reyes*, transfiere la generación del Verbo Eterno a la sagrada comunión, fundándose en aquellas palabras del Evangelio: *Sicut missit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem, et qui manducat me, et ipse vivet propter me.* Va acomodando superiormente las excelencias del verbo eternamente engendrado al que comulga, probando que es Hijo, es Imagen y es Sabiduría del mismo Cristo Señor Nuestro. La gustosa semejanza se lleva consigo la unión y consecuencia grande, y así éstos son los compuestos más bien concertados de todos, concluyendo con toda perfección. Lo mismo que se dice de los discursos se halla en los epigramas. Sea ejemplar éste, verdaderamente bien discurrido, a la sagrada religión del Carmen, en metáfora de un acordado instrumento. Componíalo en las auroras de su lucido entendimiento, primicia de los colmados frutos de su saber, el doctor don Jorge Salinas y Azpilcueta, prepósito de la santa iglesia Catedral de Huesca. Dice, pues:

Quiere el Cielo encordar el instrumento
Del instituto sacro del Carmelo;
Por bordón pone el abrasado celo
Del que fue arrebatado al firmamento;
Cuartas hace del alto pensamiento
Del que volvió a la madre su consuelo;
Terceras del Bautista, del Sol velo,
Que hiere en uno y otro testamento.
La segunda es Andrés, que de la tierra
La Cruz como clavija le levanta,
Para templallo al celestial sonido.
La prima falta, sea quien destierra
La oscura confusión, y con su planta
Deja al soberbio burlador vencido.
Y pues remate ha sido

Desta dulce armonía,
La Madre del segundo Adán, María,
Este instrumento vencerá Aquerontes,
Como el de Orfeo mudará los montes.

La dificultad casi insuperable está en los discursos, que se forman de tres o cuatro reparos, proporciones y de las demás agudezas incomplejas. Puédense ir rastreando algunos modos de unir, y reducirse a método. Acontece, tal vez, que una propuesta, una hipótesis o asunto, contiene muchas partes, y la unión del discurso consiste entonces en irlas probando todas, explicando y especificándolas, de suerte que no es menester más trabazón, porque la propuesta las ciñe todas y las une en sí. De esta suerte el padre maestro Francisco Boil, ingenio de los de primera magnitud y único en la acolucia de los discursos, en el sermón del Menor mayor, toma por asunto que Francisco renovó la Iglesia de Dios en todo; va luego descendiendo por sus partes, y probando con mucha consecuencia que la renovó en la pasión con sus prodigiosas llagas; en la primitiva pobreza, en el fervor apostólico, en la doctrina, portentosos milagros, etc. Aquí no es menester más unión que el ir singularizando por partes aquella proposición primera universal.

Todo compuesto ha de tener partes, unas principales y mayores, y éstas no han de ser muchas; otras, menores, que componen aquellas primeras. Todas requieren conexión y orden, porque sin esto no son más que en lugar de *Scopus, Scopae disolutae,* y el todo, *rudis indigestaque moles.* Discursos amorcillados, sin principio ni fin, y todo confusión. Una propuesta universal, y como cabeza, ha de acabar en sí todas las demás. Así en un sermón del beato padre Francisco de Borja, un hijo suyo, y en su palacio, después de haber probado en la introducción que acostumbra Dios en las conversiones de sus santos no mudarles el empleo que tenían antes, sino el objeto, como en los apóstoles: *Faciam vos fieri piscatoris hominum,* y en la Magdalena: *Quoniam dilexit multum,* pasó de amante de las criaturas a serlo con tanta fineza de su Criador. Saca que en la conversión de San Francisco de Borja no le mudó Dios el empleo, sino el objeto y la materia, *circa quam,* y así, que si

en el siglo era grande y servía al Emperador de la tierra como grande, en la casa de Dios, cuando entra en ella, sirve a Dios como Grande, y va acomodando todos los empleos de un Grande a sus grandes virtudes: que comulgaba y hospedaba a su Señor Sacramentado, como Grande, con tres días de aparejo y tres después para dar gracias. Su asistencia en la Cámara, la gran presencia de Dios de ocho modos, que practicaba. El conocer, en entrando en una iglesia, dónde y si estaba el Santísimo Sacramento, aun la primera vez, y así fue discurriendo por todos los mayores actos y ejercicios de su vida. Luego pasó a los premios, que fueron de grande el sentarle Dios a su mesa y por su persona servirle: *Et transiens ministrabit illis.* Discurso que pudo satisfacer por su invención grave y conexión tan ajustada.

Otras veces, aunque el primer asunto, la primera propuesta no es general, pero da pie y ocasión para levantar la segunda, y ésta para la tercera. Así de la Reina de las Estrellas probó fray Jerónimo Andrés, monje del Real Convento de San Juan de la Peña, tan eminente en el púlpito como en la cátedra, que no se había conocido jamás en esta Señora, ni vacío de naturaleza, con falta de alguna de sus perfecciones, ni vacío de la gracia, ni de la gloria; aquí las ventajas de la naturaleza dan pie para los realces de la gracia, y éstos para los complementos de la gloria. Cuando van subiendo los asuntos, sale mejor el artificio con la gradación. Ponderaba otro gran orador que la misma Reina tuvo lo mejor de la naturaleza; de aquí hizo el ascenso, y probó que alcanzó lo mejor de la gracia, y concluyó que participó también lo mejor de la gloria. La gradación es la unión de este discurso.

El sujeto, cuando tiene partes en sí, da pie para la ponderación de ellas, y con la misma unión material ocasiona la formal en el concepto; si estas partes son varias y heterogéneas, ayudan mucho para la variedad y distinción de los asuntos parciales; no es menester más unión que la que el sujeto encierra con sus partes. El ingenioso y cultamente elocuente Hortensio, en el sermón de la Viña, formó el discurso del sujeto y de sus partes, correspondiendo a cada una de ellas una agradable moralidad, y propuso así:

Hoy en la Viña tenemos,
Sacra, Real Majestad,
Hoy tenemos en la Viña,
Uvas, pámpanos y agraz.

Cuando se discurre sobre alguna virtud o vicio, es por sus principales efectos y actos, y cuando se unen con correspondencia al mismo texto, es doblada la perfección. Ponderó el padre Felipe Gracián en un sermón la hermosura grande de la caridad, y cuán linda y agradable parece a Dios y a los hombres. Primero, porque tiene bellísimo rostro: *Diligite inimicos vestros,* aun a los enemigos lisonjea, haciéndoles buena cara; tiene, lo segundo, hermosas manos, que es gran parte de una beldad: *Et benefacite his qui oderunt vos.* Agradable y dulcísima boca: *Orate pro persequentibus vos.* Y de todas estas perfecciones se proporciona una belleza consumada y cabal, retrato del mismo Dios: *Ut sitis perfecti, sicut Pater vester coelestis perfectus est.* Al fin, un sol de beldades: *Qui solem suum oriri facit super bonos, et malos.*

No basta la unión del texto para que hagan compuestos los asuntos; es menester que digan alguna correlación entre sí y se encadenen en alguna circunstancia o predicado universal a todos ellos. Debajo de este género de desengaño, sacó tres asuntos el padre Diego Pinto, de la Compañía de Jesús, en otra parte ya celebrado, del capítulo sexto de San Juan, contra los tres maliciosos engañadores de las almas, en la festividad del Sacramento. El primero, de aquellas primeras palabras: *Caro mea vere est cibus.* Ponderando que el manjar que ofrece el Señor es verdadero, y, al contrario, el que el demonio siempre fue falso, ente de razón, sola apariencia. Fue el segundo, de la segunda proposición: *In me manet, et ego in eo.* Que los contentos del espíritu permanecen eternamente, son perennes los del Cielo, pero los del mundo pasan y desaparecen luego. Concluyó con el tercero contra la carne, que su vivir no es vivir, sino morir, no es vida sino infierno, pero el comer a Dios y alimentarse de su Humanidad y Divinidad es vivir de reyes, y aun más, vida de dioses: *Sicut missit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem, et qui manducat me, et ipse*

vivet propter me. Esto es discurrir con fundamento asuntos plausibles, llenos, sustanciales y cuerdos, bien diferentes de aquellos de que muchos caprichos se pagan, metafísicas de viento, alucinamientos, predicar en abstracto, amigos de concameraciones sin provecho ni agrado del auditorio.

En los discursos por cuestión, que no suelen ser los menos primorosos, consiste la unión en ir discurriendo por las partes y términos entre quienes está la duda. Armó de esta suerte el doctor Juan Francisco Ram, Arcipreste de Morella, ingenio también universal y benemérito de las ciencias sagradas y humanas, una ingeniosa competencia entre los atributos divinos, a cuál se deba la gloria del infinito don de la Eucaristía. Pretende la Omnipotencia por la mayor obra; la Sabiduría, por la más rara invención; la Providencia, por el más extravagante medio; la Bondad, por la más nueva comunicación; la Inmensidad, por el inaudito modo de presencia; la Liberalidad, por el sumo don, y así de los demás, pero decídese en favor del Amor, por la mayor fineza.

Hasta en una palabra equívoca pueden unirse los cabos del discurso, y se toma ocasión de ella para levantar las propuestas. Así uno, en el día del Patrón de las Españas, Santiago, predicando a un muy noble y lucido auditorio, fundándose en aquella palabra del sagrado Evangelio: *Petens aliquid ab eo;* dijo que habían pretendido el ser hijosdalgo en el Cielo, que no hay *algo,* sino allá, que ésta es la verdadera nobleza, y fue discurriendo en qué consiste y sus calidades, de suerte, que ciñó todos sus morales asuntos en aquella palabra equívoca.

De ordinario se va cortando a los principios del discurso, y al fin se ata. Va con suspensión el auditorio aguardando en qué ha de venir a parar, que es de más arte que el declararse luego al principio, y así de más gusto como sucede en los empeños, que cuanto más se van dificultando, se goza más de la acertada salida. Sea ejemplo este ingenioso epigrama de aquél que tuvo alas en el ingenio, el valenciano Falcón, al gran César de los españoles.

Cum modo ad Hesperias remearet Carolus undas
Et quateret reduces littoris unda rates.

Laetitia exultans caput extulit alta Pyrene,
Dixit, et a summo vertice, Roma veni.
Inde tuens altis surgentem collibus Hemum,
Intonuit rursum. Thracia terra veni.
Tam mare prospiciens, ubi desinit altus Oaxes,
Clamavit simili murmure, Creta veni.
Ostendam vobis Regem, quem jure putabis,
Roma Numam, Marthem Thracia, Creta Jovem.

Concluye uniendo, si comienza enramándose, y con eso satisface adecuadamente a la expectación, que le va atendiendo y aguardando dónde vendrá a parar. Merece bien la elegante traducción del canónigo don Manuel Salinas:

Llegando a Hesperia al puerto deseado
El Quinto Carlos en velera armada,
Portátil Corte, siempre venerada,
Del espumoso reino, aun más airado.
Ninfa Pirene, el rostro alborozado,
Descollando en la más cumbre empinada,
A Roma llama, a Tracia coronada,
Con el Hemo, su monte celebrado.
Vuelta al Oaxes, el que a Creta baña,
Y al mar le rinde su tributo undoso,
Dijo también a Creta que viniera.
Venid, dice, veréis un rey de España,
Que a Roma, Numa; a Tracia, un belicoso
Marte, y a Creta, Jove ser pudiera.

En los discursos morales es primorosa unión, y aun disposición, proponer dos partes encontradas, comenzar como apoyando paradojamente algún vicio, discurriendo en favor de él y luego revolver contra él, y refutarle. Comenzó uno un discurso defendiendo la murmuración, ponderando los provechos que acarrea, y luego revolvió contra ella, deshaciendo con ventajas lo primero. Así también don Plácido Mirto, elocuentísimo orador de nuestros tiempos, en el discurso que predicó del juicio en el célebre púlpito del hospital de Zara-

goza, comenzó deshaciendo los rigores y terribilidades de aquel día, sacando argumentos de todas las circunstancias en favor, y después que pareció tener engañada la humana propensión a su comodidad y deseo, revolvió contra ello, rebatió las apariencias de consuelo y probó eficazmente todo lo contrario.

Esta acolucia y trabazón, que habemos ido ilustrando y declarando, es intrínseca, inmediata y propia. Otra hay extrínseca, remota y de menos arte, aunque más practicada, que es trayendo alguna historia primero, o suceso remoto, y aplicándole por la semejanza o paridad al caso presente. En el sermón de la Pasión acomodó uno las cuatro tablas en que pintaron en Roma la cruel muerte de su César, para más conmover el pueblo a la compasión y a la venganza. A imitación de esto fingió como cuatro tablas, en que fue describiendo los principales pasos de la Pasión, moviendo eficazmente el auditorio al llanto y a la venganza de los pecados. De este modo de invenciones y trazas usó mucho el padre Jerónimo de Florencia, y en el real discurso a la muerte de la Margarita de las reinas introduce los cuatro doctores de la Iglesia, cantando cuatro lamentaciones. Fray Pedro de Valderrama hace una erudita información y pruebas de la limpieza de María para Madre de Dios. Otro, una feria el día de Todos los Santos.

Discurso LV

DE LA AGUDEZA COMPUESTA, FINGIDA EN COMÚN

Era la Verdad esposa legítima del Entendimiento, pero la Mentira, su gran émula, emprendió desterrarla de su tálamo y derribarla de su trono. Para esto ¿qué embustes no inventó?, ¿qué supercherías no hizo? Comenzó a desacreditarla de grosera, desaliñada, desabrida y necia: al contrario, a sí misma venderse por cortesana, discreta, bizarra y apacible, y si bien por naturaleza fea, procuró desmentir sus faltas con sus afeites. Echó por tercero al Gusto, con que en poco tiempo obró tanto, que tiranizó para sí el rey de las potencias. Vién-

dose la Verdad despreciada y aun perseguida, acogióse a la Agudeza, comunicóla su trabajo y consultóla su remedio. «Verdad amiga, dijo la Agudeza, no hay manjar más desabrido en estos estragados tiempos que un desengaño a secas, mas, ¡qué digo desabrido!, no hay bocado más amargo que una verdad desnuda. La luz que derechamente hiere atormenta los ojos de una águila, de un lince, cuanto más los que flaquean. Para esto inventaron los sagaces médicos del ánimo el arte de dorar las verdades, de azucarar los desengaños. Quiero decir (y observadme bien esta lección, estimadme este consejo) que os hagáis política; vestíos al uso del mismo Engaño, disfrazaos con sus mismos arreos, que con eso yo os aseguro el remedio, y aun el vencimiento.» Abrió los ojos la Verdad, dio desde entonces en andar con artificio, usa de las invenciones, introdúcese por rodeos, vence con estratagemas, pinta lejos lo que está muy cerca, habla de lo presente en lo pasado, propone en aquel sujeto lo que quiere condenar en éste, apunta a uno para dar en otro, deslumbra las pasiones, desmiente los afectos y, por ingenioso circunloquio, viene siempre a parar en el punto de su intención.

Una misma verdad puede vestirse de muchos modos, ya por un gustoso apólogo, que con lo dulce y fácil de su ficción persuade eficazmente la verdad. Usaron de ellos graves autores en la más importante enseñanza, tanto política, como moral. Así Horacio, y así lo traduce otro filósofo, también en verso, Bartolomé Leonardo:

Aquello de los dos cautos ratones,
Que en Horacio con gusto habrás leído,
Oye, aunque el repetirlo me perdones,
Rústico vivió el uno, y conocido
Del otro, al cual, si bien fue cortesano,
Le convidó en su campo al pobre nido.
Y siendo escaso o próvido el villano,
A conservar su provisión atento,
A honor del huésped alargó la mano,
Derramó sus legumbres, bastimento
De que guardaba su despensa llena,

Y los trozos del lardo macilento.
De pasas, de garbanzos y de avena,
Ufano entresacó lo más reciente
Y con los labios lo sirvió en la cena.
Mas hecho el cortesano a diferente
Gusto, de sus manjares fingió agrado,
Y probó algunos con soberbio diente.
En paja muelle, entonces recostado,
Próspero lecho, el gran ratón yacía,
Dueño de aquel vivar afortunado,
Que royendo unos tronchos se abstenía
De lo bueno y repuesto, porque el hijo
Se acreditase con la demasía.
Al cual riendo, el cortesano dijo:
«¿No me dirás, amigo, por qué pasas
La vida en este mísero escondrijo?
¿Antepones las selvas a las casas,
Y al sabor de los más nobles manjares
Unas legumbres débiles y escasas?
Ruégote que este yermo desampares,
Vente conmigo a mejorar tu suerte,
Donde venzas los últimos pesares.
Que todos somos presa de la muerte,
Y cuanto ella más lazos apercibe,
Con más cautela el sabio los divierte.
Este, pues, breve espacio que se vive,
¿Quién tan sin arte sirve a su destino,
Que de alimento sustancial se prive?»
Persuadido con esto el campesino,
Sale tras él por el boscaje oscuro,
Y hacia la Corte siguen el camino.
Llegados, entran por el roto muro,
Y en casa de uno de los más felices
Magnates se pusieron en seguro.
En cuyos aposentos los tapices,
Por la paciencia Bélgica tejidos,
Mostraba sus figuras de matices.
Sobre los lechos de marfil bruñidos,

Los carmesíes adornos de la China,
A la púrpura tiria preferidos.
Aquí el ratón campestre se reclina,
Y sin que el caro amigo se lo evite,
La cuadra y sus adornos contamina.
Y en los platos, reliquias de un convite,
Que una fiel mesa le ofreció, procura
Que el vientre de su ayuno se desquite.
Muy hallado tras esto, la figura
Hace de alegre huésped, discurriendo
Por la pieza con libre travesura.
Pero cesó el placer, por el estruendo,
Con que cierran las puertas principales,
Por no esperado entonces más horrendo.
Los canes luego, horror de los umbrales,
Como acostumbran con ladridos altos,
De su fidelidad dieron señales.
Aquí de tino, los ratones faltos,
Huyen hasta subir por las paredes,
Y ambos cayendo chillan y dan saltos.
Mas luego el campesino: «Tú que puedes,
Le dice al cortesano, llevar esto
Podrá bien ser que en tu vivienda quedes,
Que yo a tentar la fuga estoy dispuesto,
Y con celeridad tan proseguida,
Que a mi quietud me restituya presto;
Donde no hay asechanza que la impida,
Por incapaz del trato o por indigno,
Volveré a la escaseza de mi vida.
Todo cuanto me ofreces te resigno,
Con tu abundancia a tu placer te dejo
Por un hoyo sin luz, pero benigno.»
Éste el suceso fue, y éste el consejo,
Que yo venero con haberlo dado
Un tímido y silvestre animalejo.
A mi rústico albergue me traslado,
Bien, que según lo pinta mi juicio.
Un magnánimo alcázar, etc.

Enseñan mucho estos apólogos, y por la semejanza exprimen grandemente la verdad. Extremado fue aquél con que el excelentísimo señor don Francisco María Carrafa, Duque de Nocera, virrey que fue y capitán general de Aragón y Navarra, plausible en entrambas naciones por sus grandes prendas de superior entendimiento, indecible agrado, humano trato, galantería con que hechizaba las gentes, y en una palabra, él era universal héroe; cuando se le dio orden de que fuese al ejército de Fraga, para entrar por Lérida en Cataluña, mientras el Marqués de los Vélez entraba con el otro ejército por Tortosa, representó los inconvenientes del romper la guerra con Cataluña. Especialmente ponderaba que llamarían los catalanes a los franceses en su auxilio, con la excelente fábula del caballo, cuando pidió favor al hombre contra el ciervo, y ése le ensilló y le enfrenó y después le tuvo siempre sujeto.

El ordinario modo de disfrazar la verdad para mejor insinuarla sin contraste es el de las parábolas y alegorías; no han de ser muy largas ni muy continuas; alguna de cuando en cuando refresca el gusto y sale muy bien; si fuere moral, que tire al sublime desengaño, será bien recibida, como lo fue ésta del célebre Mateo Alemán, en su *Atalaya de la vida.* Habiendo, dice, el dios Júpiter criado todas las cosas de la tierra, y a los hombres para gozarlas, mandó que el dios Contento residiese en el mundo, no creyendo la ingratitud que después tuvieron, porque teniendo a este dios consigo, no se acordavan de otro. Indignado de esto Júpiter, convocó todos los dioses, haciéndoles un largo parlamento. Dioles cuenta de la mala correspondencia de los hombres, pues a solo el Contento adoraban, sin considerar los bienes recibidos de su prodigiosa mano; que diesen su parecer para remedio de semejante locura. Algunos, los más benignos, movidos de clemencia, dijeron: «Son flacos, de flaca materia, y es bien sobrellevarlos, que si fuera posible trocar nuestra suerte a la suya y fuéramos iguales, sospecho que hiciéramos lo mismo.» Momo quiso hablar, comenzando por algunas libertades, y mandáronle callar, que después hablaría, pero entre tanto no faltaron otros de condición casi igual, que dijeron: «Ya no es

justo dejar sin castigo tan grave delito; parécenos convenir destruirlos, acabando con ellos, no criando más de nuevo, pues no es necesidad forzosa que los haya.» Otros dijeron no convenir así, dando sus pareceres diferentes, de más o menos rigor, conforme su dictamen, hasta que, llegando Apolo a dar el suyo, dijo: «Supremo Júpiter, piadosísimo, tú, señor, les diste al dios Contento que lo tuviesen consigo por el tiempo de su voluntad; puédeseles quitar, pues lo han desmerecido, y en su lugar enviarles al Descontento, su hermano, que tanto se parecen, con que de aquí adelante reconocerán tu misericordia y su miseria, y por tu voluntad repartirás el premio al que lo mereciere, con la liberalidad que fuere tu gusto, no haciéndolo general a buenos y malos, gozando igualmente todos una bienaventuranza.» Loando todos este parecer, se cometió la ejecución de ello a Mercurio, que luego, desplegadas las alas, bajó a la tierra, donde halló a los hombres, con su dios del Contento, haciéndole fiestas y juegos descuidados, que pudieran en algún tiempo ser enajenados de su posesión. Mercurio se llegó donde estaba, y habiéndole dado de secreto la embajada de los otros dioses, aunque de mala gana, fuele forzoso cumplirla, y como los hombres estaban asidos a la ropa, usando de ardid, sacóles el Contento de ella, dejándoles al Descontento metido en su lugar y propias vestiduras, con que los hombres quedaron engañados, creyendo tener a su dios consigo. Aún este yerro dura desde aquellos pasados tiempos, llegando con el mismo engaño hasta el siglo presente. Creen los hombres haberles el Contento quedado, y que lo tienen consigo en el suelo, y no es así, que sólo es el ropaje y figura que le parece, y el Descontento está metido dentro. Ajeno vives de la verdad, si creyeres otra cosa, o la imaginas. ¿Quiéreslo ver? Advierte, considera del modo que quisieres las fiestas, los regocijos, pues ningún contento pudo ser tal, que no se aguase con alguna pesadumbre, y cuando haya faltado disgusto, no es posible que cuando a tu casa vuelvas, no te halles cansado, polvoroso, sudado, ahíto, resfriado, enfadado y por ventura descalabrado o muerto, que en los mayores placeres acontecen mayores desgracias. Vendrásme a confesar ahora que la ropa te engañó y la máscara

te cegó. Donde creíste que estaba el Contento, no fue más del vestido, y el Descontento en él».

A un mismo blanco de la filosófica verdad asestaron todos los sabios, aunque por diferentes rumbos de la invención y agudeza. Homero con sus epopeyas, Esopo con sus fábulas, Séneca con sus sentencias, Ovidio con sus metamorfosis, Juvenal con sus sátiras, Pitágoras con sus enigmas, Luciano con sus diálogos, Alciato con sus emblemas, Erasmo con sus refranes, el Bocalino con sus alegorías y el príncipe don Manuel con sus cuentos. La semejanza es el fundamento de toda la invención fingida y la translación de lo mentido a lo verdadero es el alma de esta agudeza; propónese la fábula, emblema o alegoría, y aplícase por la ajustada conveniencia. Así el universal Lope de Vega, que no olvida toda manera de erudición para la moral enseñanza, dijo:

En un cierto librillo,
Leía la otra noche mi carillo,
Pienso que eran las trápalas de Hisopo,
Que viendo un asno a un puerco, como un topo,
Siempre echado a dormir en su pocilga,
Con envidia, que el ánima pecilga,
Decía: «¡Que éste engorde y yo trabaje,
Que el amo y mozo de comer le baje
Cáscaras de melón y otros regalos,
Y mí con agua y paja me den palos!»
Pero llegando el día de San Lucas,
Agarraron del puerco, y al pescuezo
Pusiéronle el cuchillo, y cuando el asno
Oyó los gritos, dijo: «Hermano puerco,
Si para eso os engordaba el amo,
Igual es trabajar, asno me llamo.»

De suerte, que lo que un vulgar dijera llanamente, o a todo estirarse por un símil el erudito, el ingenioso exprime por una de estas obras de la inventiva. Es, pues, la agudeza compuesta fingida, un cuerpo, un todo artificioso fingido, que por translación y semejanza pinta y propone los huma-

nos acontecimientos. Comprende debajo de sí este universal género toda manera de ficciones, como son epopeyas, metamorfosis, alegorías, apólogos, comedias, cuentos, novelas, emblemas, jeroglíficos, empresas, diálogos. Gran lección en este punto aquélla de Horacio, entre otras muchas muy magistrales y selectas que encarga en su juiciosa *Arte poética,* dicha así, no porque trate en ella de lo material del metro y de las sílabas, sino de lo formal y superior de la poesía, digo de la propiedad en el decir, de la invención de los empeños, de la sublimidad de la materia, de la valentía del espíritu poético, de la bizarría del estilo, de la eminencia de la erudición, de la consecuencia en los asuntos y de la superlativa perfección de un consumado y verdadero poema. Dice, pues:

Sumite materiam vestris, qui scribitis aequam
Viribus, et versate diu, quid ferre recusent,
Quid valeant humeri, etc.

No es de esencia de la agudeza fingida el metro y composición poética, sino ornato que la prosa suele suplir con su aliñada cultura. No está la eminencia en la cantidad de sílabas, ni en la cadencia de ellas, que eso es muy material, no pasa del oído; sí en la sutileza del pensar, en la elegancia del decir, en el artificio del discurrir, en la profundidad del declarar. Nada debe a la más numerosa composición la preciosa *Metamorfosis* de Apuleyo, de quien dura aún la disputa, que *adhuc sub judice lis est,* de si es prosa o si es verso. ¿Qué cosa más ingeniosa y perfecta que el *Argenis* de Barclayo? En otro género, el *Rómulo* y *Tarquino,* del Marqués Virgilio Malvezi, en la profundidad, en la concisión, en la sentencia, deja atrás muchos poemas, y de quien se puede decir con verdad que *nihil molitur inepte,* pues no tiene palabra que no encierre un alma; todo es viveza y espíritu.

Discurso LVI

DE LA AGUDEZA COMPUESTA FINGIDA EN ESPECIAL.

Merecen el primer grado, y aun agrado, entre las ingeniosas invenciones las graves epopeyas. Composición sublime por la mayor parte, que en los hechos, sucesos y aventuras de un supuesto, los menos verdaderos y los más fingidos y tal vez todos, va ideando los de todos los mortales. Forja un espejo común y fabrica una testa de desengaños. Tal fue la siempre agradable *Ulisiada* de Homero, que en el más astuto de los griegos y sus acontecimientos pinta al vivo la peregrinación de nuestra vida por entre Scilas y Caribdis, Circes, cíclopes y sirenas de los vicios.

Campea aquí la agradable variedad, porque unas son heroicas, como la de Hércules y sus doce triunfos. Virgilio en el Troyano forma un sabio y valeroso adalid, con aquel artificio tan celebrado de comenzar la narración por el medio. Otras son amorosas, así Heliodoro, en los trágicos sucesos de *Teágenes y Cariclea,* describe elegantemente la tiranía del amor profano y sus violencias. Aunque de sujeto humilde, Mateo Alemán, o el que fue el verdadero autor de la *Atalaya de la vida humana,* fue tan superior en el artificio y estilo, que abarcó en sí la invención griega, la elocuencia italiana, la erudición francesa y la agudeza española. Divídense también, según accidente, en epopeyas en verso o en prosa; pero, como digo, más es material que formal la distinción.

Las metamorfosis tuvieron su tiempo y su triunfo, aunque estén hoy tan arrimadas. Todo lo dificultoso es violento, y todo lo violento no dura; así que el no estar hoy en práctica más es por sobra de dificultad que por falta de artificio e inventiva. Grande humildad y aun flojedad de nuestros modernos, darse a traducir, o cuando más parafrasear ajenas y rozadas antiguallas, pudiendo aspirar a inventarlas con ventaja.

Consiste su artificio en la semejanza de lo natural con lo moral, explicada por transformación o conversión fingida del sujeto en el término asimilado, de donde es que cual-

quiera símil se pudiera convertir en metamorfosis; lo mismo es del jeroglífico, que se funda en la semejanza. Sea ejemplo *El asno de oro,* si bien por no entendida su recóndita moralidad lo relajaron muchos a los cuentos que van heredando los niños de las viejas. Describe en ella el ingenioso africano la semejanza de un hombre vicioso, y por consiguiente necio, con el más vil de los irracionales, y que si sus apetitos bestiales y sus pasiones le transformaron en bruto, la sabiduría y el silencio simbolizado en la rosa que comió, que por eso daban los antiguos rosas al principio del convite, le vuelven a rehacer hombre.

A lo extraordinario de la transformación se añade lo entretenido de la narración fabulosa, en que está la dificultad de saberla inventar bien empeñada y entretejida de dificultades y aprietos, y cuanto ésta más se va empeñando, hace más gustosa la traza y el artificio, pero siempre ha de atender el arte al fruto de la moralidad, que es el fin de lo dulce y entretenido, al blanco de un desengaño, como se ve en la propia y bien discurrida transformación de Dafne en laurel: está significada la inmortal lozanía de la castidad y su seguridad de los rayos incentivos, siempre hermosa, siempre vencedora y triunfante. Al contrario, Mirra, continuamente llora el amargo dejo de su infame torpeza.

No está siempre la semejanza en lo principal de la fábula, digo en el término asimilado, antes a veces en una circunstancia sola, en un adyacente de él; como decir que IO fue transformada en una vaca, y no en otro bruto, porque sus mismas huellas, cuando más quiere encubrirse, más publican su liviandad, pues son una O partida por medio con una I, que juntas las dos letras están diciendo IO, que es decir: yo soy IO, yo; primor inapreciable del fingir.

Descúbrese ya el latísimo campo de las alegorías; afectado disfraz de la malicia, ordinaria capa del satirizar. Gran prueba es de su artificio el estar en todos tiempos tan validas. Consiste también en la semejanza con que las virtudes y los vicios se introducen en metáfora de personas, y que hablan según el sujeto competente. Las cosas espirituales se pintan en figura de cosas materiales y visibles, con invención y traza

de empeños y desempeños en el suceso. Con una bien hablada y mejor discurrida dio principio el maestro Hernando de Santiago, llamado por su agradable elocuencia Pico de Oro, el sermón del hijo pródigo. Consideremos, dice, una manera de imaginación como la que fingió Platón cuando dijo que era un carro la voluntad del hombre, que le tiraban dos caballos, el uno blanco y el otro negro; el blanco, el apetito racional, y el negro, el irracional, a quien llamó San Agustín porción superior e inferior. A esta traza, etc. Es una muy gustosa alegoría. Superior es en este género de artificio el pastor de Nochebuena, asunto digno de la piedad y agudeza del ilustrísimo señor don Juan de Palafox, obispo meritísimo de la Puebla de los Ángeles. En lo profano fue el primero en este género de inventar el impío Luciano en sus convites y diálogos. Los ingenios italianos los han autorizado y practicado con eminencia. El Petrarca en sus *Triunfos,* el Dante en sus *Infiernos.* Pero el que más los ha realzado ha sido Trajano Bocalino en sus críticos *Raguallos del Parnaso,* sazonando lo selecto de la política y lo picante de la sátira con lo ingenioso de la invención y con lo dulce de la variedad, aunque el estilo es sobrado difuso para un tan intenso ingenio. Algunos de los españoles los han favorecido, como el trágico maestre don Álvaro de Luna en sus Carrozas de las *Heroidas,* y el encubierto aragonés en su ingeniosísima *Tragicomedia de Calixto y Melibea.* Ni los franceses los despreciaron; aventajóse a todos el autor de los entretenidos *Campos Elíseos,* si bien imitó al ingenioso español don Diego de Mendoza en su ficción de la Barca de Aqueronte.

Son las Verdades mercadería vedada, no las dejan pasar los puertos de la Noticia y Desengaño, y así han menester tanto disfraz para poder hallar entrada a la Razón, que tanto la estima. Para esto se inventaron también los apólogos, que desengañan mucho y dulcemente; parece vulgar su enseñanza, mas su artificio no lo es, como se ve en éste, que lo ilustraron mucho grandes ingenios. Falcón lo puso en el verso, diciendo al maestre de Montesa don Pedro de Borja:

Borgia, vive modo, melior dum labitur aetas

Postera nostra non est, si verum haec fabula narrat.
Jupiter orbe novo terras lustravit ut uni
Cuique daret leges animanti, et tempora vitae, etc.

Mateo Alemán con su gustoso estilo lo refiere así, y puede servir de traducción: «Cuando Júpiter crió la fábrica de este universo, pareciéndole toda en todo admirable y hermosa; primero que criase al hombre, crió los más animales, entre los cuales quiso el Asno señalarse, que si así no lo hiciera, no lo fuera; luego que abrió los ojos, y vio esta belleza del orbe se alegró. Comenzó a dar saltos de una en otra parte, hasta que ya cansado, queriendo reposar algo más manso de lo que poco antes anduvo, le pasó por la imaginación cómo, de dónde o cuándo era. ¿Por qué o para qué fuese criado? ¿Cuál había de ser su paradero? Con este cuidado se fue a Júpiter, y le suplicó se sirviese de revelarle quién o para qué le había criado. Júpiter le dijo que para servicio del hombre, refiriéndole por menor todas las cosas y ministerios de su cargo; y fue tan pesado para él, que de solamente oírlo le hizo arrodillar en el suelo de ojos, y con el temor del trabajo venidero, aunque siempre los males no padecidos asombran más con el ruido, que hacen oídos, que después llevados, quedó en aquel punto melancólico, cual de ordinario le vemos; pareciéndole vida tristísima la que se le aparejaba, y preguntando cuánto tiempo había de durar en ella, le fue respondido que treinta años. El Asno se volvió de nuevo a congojar, pareciéndole que sería eterna, si tanto tiempo la esperase, que aun a los asnos cansan los trabajos, y con humilde ruego le suplicó que se doliese de él, no permitiendo darle tanta vida, y pues no lo había desmerecido con alguna culpa, no le quisiese cargar de tanta pena. Que bastaría vivir diez años, los cuales prometía servir como asno de bien, con toda fidelidad y mansedumbre, y que los veinte restantes los diese a quien mejor pudiese sufrirlos. Júpiter, movido de su ruego, concedió su demanda, con lo cual quedó el Asno menos mal contento. El Perro, que todo lo huele, había estado atento a lo que pasó con Júpiter el Asno, y quiso también saber de su buena o mala suerte; suplicóle que, pues con su compañero el Asno había

procedido tan misericordioso, dándole satisfacción a sus preguntas, le hiciese a él otra semejante merced. Fuele respondido que su ocupación sería en ir y venir a caza, matar la liebre y el conejo, y no tocar en él, antes ponerlo con toda fidelidad en manos del amo, y después de cansado y despeado de correr y trabajar, habían de tenerlo atado a estaca, guardando la casa, donde comería tarde, frío y poco, a fuerza de dientes, royendo un hueso roído y desechado, y juntamente con esto le darían a veces muchos palos. Volviendo a replicar, preguntando el tiempo que había de padecer tanto trabajo, fuele respondido que treinta años. Mal contento el Perro, le pareció negocio intolerable, mas confiado de la merced que al Asno se le había hecho, representando la consecuencia, suplicó a Júpiter que tuviese de él misericordia y no permitiese hacerle agravio, pues no menos que el Asno era hechura suya, y el más leal de los animales, que lo emparejase con él, dándole solos diez años de vida. Júpiter se lo concedió, y el Perro, reconocido de esta merced, bajó el hocico por tierra, en agradecimiento de ella, resignando en sus manos los otros veinte años de que le hacía dejación. Cuando pasaban estas cosas, no dormía la Mona, que con atención estaba en acecho, deseando ver el paradero de ellas, y como su oficio sea contrahacer lo que otros hacen, quiso imitar a sus compañeros. Fuese a Júpiter, y suplicóle se sirviese de darla alguna luz de lo que había de pasar en el discurso de su vida, y para qué había sido criada, pues era cosa sin duda no haberla hecho en balde. Júpiter la respondió que solamente se contentase saber por entonces que andaría en cadenas arrastrando una maza, si ya no la ponían asida de alguna baranda o reja, donde padecería el verano calor y el invierno frío, con sed y hambre, comiendo con sobresaltos, porque a cada bocado daría cien tenazadas con los dientes, y lo peor, que había de andar siempre entre muchachos. Esto se le hizo a ella muy amargo, y si pudiera lo mostrara entonces con muchas lágrimas, pero llevándolo en paciencia, quiso saber también cuánto tiempo había de padecerlo. Respondiéronla lo que a los otros, que viviría treinta años. Congojada con esta respuesta, y consolada con la esperanza en el clemente Júpiter, le supli-

có lo que los demás animales, y aun se le hicieron muchos; otorgósele la merced, según que lo había pedido, y dándole gracias, le besó la mano por ello, y fuese con sus compañeros.

»Últimamente crió al Hombre, criatura perfecta más que todas las de la tierra, diole poder sobre todo lo criado en el suelo, haciéndole señor y usufructuario de ello. Él quedó muy alegre de verse criatura tan hermosa, de tan gallarda compostura, tan capaz, tan poderoso señor, que le pareció que una tan excelente fábrica era digna de inmortalidad, y así suplicó a Júpiter le dijese, no lo que había de ser él, sino cuánto había de vivir. Júpiter le respondió que cuando determinó la creación de todos los animales y suya propuso darle a cada uno treinta años de vida. Maravillóse de esto el hombre, y de que para tiempo tan corto se hubiese hecho una obra tan maravillosa, pues en abrir y cerrar los ojos pasaría como una flor su vida, y apenas habría sacado los pies del vientre de su madre, cuando entraría de cabeza en el de la tierra, sin gozar su edad, ni del agradable sitio donde fue criado, y considerando lo que con Júpiter pasaron los tres animales fuese a él, y con rostro humilde le hizo este razonamiento: «Supremo Júpiter, si ya no es que mi demanda te sea molesta y contra las ordenaciones tuyas, te suplico que, pues estos animales brutos, indignos de tus mercedes, repudiaron la vida que les diste, de cuyos bienes les faltó noticia con el conocimiento de razón, que no tuvieron; pues dejaron cada uno veinte años de los que les habías concedido, te suplico me los des, para que yo los viva por ellos, y tú seas en este tiempo mejor servido de mí. Júpiter oyó la petición del hombre, concediéndole que como tal viviese sus treinta años, los cuales pasados, comenzase a vivir por su orden los heredados. Primeramente, veinte de asno, sirviendo su oficio, padeciendo trabajos, acarreando, juntando, trayendo a casa, y allegando para sustentarla lo necesario a ella. De cincuenta hasta setenta viviese los del perro, ladrando, gruñendo, con mala condición y peor gusto. Últimamente, de setenta a noventa, viviese los de la mona, contrahaciendo los defectos de su naturaleza, y así vemos en los que llegan a esta edad, que suelen, aun-

que tan viejos, querer parecer mozos: pulirse, aderezarse, hacer valentías, representando lo que no son, como lo hace la mona, y jugar con los niños caducando.»

Propónese pasar entre los brutos, árboles y otras cosas inanimadas, por ficción, lo que entre los racionales por realidad. Consiste también el fundamento de su artificio en la semejanza o paridad, pero después el primor está en la entretenida ficción con sus empeños y suspensiones, dándoles la extraordinaria salida. Mereció el más prudente y real aplauso la fábula del elocuentísimo Terrones, a la corte, del divorcio entre el León y la Leona, y el político desempeño del más astuto de los brutos. Llegaron a su mayor sublimidad, cuando se vieron en la sagrada página, célebre apólogo de los árboles, que alzaron por rey al Espino. Brillaron en los preciosos caracteres del señor de Argentón, en la política fábula de la piel del Oso. El príncipe don Manuel trae algunas selectas y bien fingidas, pero entre todas, aquella fábula de la Vulpeja, cuando se fingió muerta, y todos llegaban a quitarle algo para varios remedios; callaba ella, y sufría que la repelasen, la quitasen las uñas y los dientes, hasta que llegó uno a quererla sacar el corazón; aquí ella no esperó más, púsose en huida. Pero entre muchas, merece toda estimación ésta de Bartolomé Leonardo, así por la moralidad como por la elegante descripción y propiedad de los epítetos; dice:

El Águila juntó una vez sus aves,
Porque se lo pidió la Golondrina,
Para tratar de ciertos puntos graves.
Atravesó la rústica Gallina
El Ligústico mar, y la africana
Desamparó sus palmas y marina.
El Pavo, raro un tiempo en mesa humana,
Que la nueva y voraz gula española,
Tiene ya por comida cuotidiana,
Aquí sus varias plumas enarbola,
Y las Mirlas y Tordos alemanes,
De grandes alas y espaciosa cola.
El Cisne, que el mayor de los afanes

Lamenta con dulcísima armonía,
Y de Colcos vinieron los Faisanes.
También sus Francolines Jonia envía,
Y tú, a quien la naranja y la pimienta
Es tu bálsamo y mirra, Perdiz mía,
Aquí llegaste autorizada y lenta,
Y el Ansar fiel a los romanos gratos,
Cuyo censor primero los sustenta.
Las torpes Ocas y silvestres Patos,
Y los muelles Pichones, los Palomos,
Dichos torcazos, y en latín *torquatos.*
Las Aves tardas, a quien los que hoy somos
Llamamos Avutardas vulgarmente;
Cigüeñas largas y Mochuelos romos.
Luego una escuadra de sonora gente,
Ruiseñores, Calandrias; y Canaria,
Remitió sus cantores obediente.
Gorriones, Cuervos y la solitaria
Tórtola, lloradora de sus duelos,
La altiva Garza, en sus caprichos varia.
El Falcón y el Azor, desde los cielos
Se apean, no en alcándoras ni en barras,
Las Primas, Gerifaltes y Torzuelos.
Que todo el escuadrón de uñas bizarras,
Muestra sin capirotes ni pihuelas,
Pacíficas las frentes y las garras.
Las Grullas, que con diestras centinelas,
El ático carácter de su hueste,
Preservan de las súbitas cautelas.
La Codorniz marítima y la agreste,
Y las armadas de su cresta Upupas,
Y el fantástico pájaro celeste;
Tú aquí también, Lechuza, asiento ocupas,
Aunque a las sacras luces acometes,
Lámparas quiebras y el aceite chupas.
La Fénix no salió de sus retretes,
Donde al honor del ataúd o cuna,
Apercibe pastillas y pebetes.

Mas de otras aves no faltó ninguna,
Sino las que el derecho hizo excusadas,
A consultar de su común fortuna.
De todas las regiones apartadas,
Volaron a las cumbres de Pirene,
Por muñidores pájaros llamadas.
Allí, entre encinas y alcornoques, tiene
De Júpiter la insigne Camarlenga,
Capaz teatro, adonde a Cortes viene,
Habiendo, pues, con ceremonia luenga,
Honrado a los veloces circunstantes,
La Golondrina comenzó su arenga.
Dioles superlativos arrogantes,
Para captar común benevolencia,
Al uso de escolásticos pedantes.
Dijo, pidiendo al Águila licencia,
Que ella celaba el volador linaje,
Y así le quiso dar cierta advertencia.
«Como yo voy haciendo mi viaje
Sobre tantos países —dijo—, advierto
Lo que nos puede ser favor o ultraje.
Un inmenso peligro he descubierto,
Que aunque en la ejecución no está vecino,
Basta para atajarlo el ver que es cierto.
Desde el mar de Helesponto hasta el Latino,
Nace en los campos de la tierra grasa
Cierta semilla que la llaman lino,
Que los esteriliza y los abrasa:
Éste forma los lazos y las redes,
Cuando ya a estar hilado en ñudos pasa.
Engaño, que en las plantas o paredes,
Oculto con astucia no pequeña,
Peligra el robador de Ganimedes.»
Aquí acabó, mas la Águila, risueña,
Como si oyera al terenciano Traso
La no superflua plática desdeña.
Las demás, con su ejemplo, ríen a paso,
Mas luego suena pública la risa,

Sin hacer del aviso ningún caso.
Y aún hubo quien votó que con precisa
Relegación se castigase luego
Quien de cosas tan frívolas avisa.
Pero también pasó en donaire y juego,
Y volando en desorden y en huida,
Al aire se entregó el senado lego.
La Golondrina, atónita y corrida
De hallarse sola, y que con arrogancia
Quedaba su oración correspondida:
«Alto, cedamos —dijo— a la ignorancia
Universal, pues el ponerse enmienda
Se intenta con oprobio y sin ganancia.
Y cada cual a su interés atienda.
Yo a lo menos de selvas enemigas
Secrestaré en seguro mi vivienda.
Y en casas de hombres, en las altas vigas
Suspenderé mi nido, y los alados
Senadores remedien sus fatigas.
Tiempo vendrá en que, presos y enredados
En su infortunio, alabarán mi celo,
Pues de sanos consejos despreciados
La venganza dio al tiempo el justo cielo.»

Discurso LVII

DE OTRAS ESPECIES DE AGUDEZA FINGIDA

Prodigiosa es la fecundidad de la inventiva, pues halla uno y otro modo de ficción para exprimir su pensamiento. Por cuentos y por chistes han intentado algunos sabios el introducir la moral filosofía y comunicar sus desengaños a la razón; es de gran artificio, porque con la añagaza de la dulzura de la narración, se va entrando la sagacidad y la enseñanza prudente. Fue único en este género el príncipe don Manuel, en su nunca debidamente alabado libro de *El Conde Lucanor*, entretejido de varias historias, cuentos, ejemplos, chistes y fá-

bulas que entretenidamente enseñan. Entre todos, es muy sazonado este cuento, en que pondera la ingratitud de los que levantados a gran fortuna, se olvidan de sus amigos y aun corresponden con agravios a los mismos que les ayudaron a subir. «Había —dice— un deán en Santiago que tenía muy gran voluntad de saber el arte de la nigromancia, e oyó decir que don Illán de Toledo sabía ende más que ninguno que fuese en aquella sazón. Vínose para Toledo, enderezó luego a casa de don Illán, e fallólo que estaba leyendo en una cámara muy apartada; rogóle afincadamente que le mostrase aquella ciencia. Don Illán le respondió que él era deán y hombre de gran guisa, que podría llegar a grande estado, y que los hombres de que todo lo suyo han librado a su voluntad, olvidan aína lo que otri ha fecho por ellos, e así se recelaba, que le non faría tanto bien como le prometía. El Deán le aseguró que de cualquier bien que hobiese, que nunca faría sino lo que don Illán le mandase. Tomóle por la mano, llamó una criada de su casa, y dixole que tuviese unas perdices para que cenasen, mas que no las pusiese a asar hasta que él se lo mandase; baxaron por una escalera de piedra muy bien labrada, fallaron una cámara mucho apuesta, donde estaban los libros y el estudio en que habían de leer. Pero estando ellos en esto, entraron dos hombres, diéronle una carta al Deán que le enviaba el arzobispo su tío, en que le facía saber que estaba muy mal doliente y que le enviaba a rogar que si le quería hallar vivo, se fuese luego para él. Al Deán pesó mucho, lo uno por la dolencia de su tío, lo ál por dexar su estudio tan aína, y fizo sus cartas de respuesta, y enviólas al arzobispo su tío; y dende a cuatro días llegaron otros hombres de a pie, que traían otras cartas al Deán, en que se le facían saber cómo el arzobispo era finado y cómo le habían esleydo por arzobispo. Cuando don Illán oyó esto, díxole que le pedía por merced, que el Deanazgo que ficaba vacado le diese a un su hijo; respondióle el electo que le rogaba que quisiese consentir que aquel Deanazgo lo hubiese un su hermano, mas que fuese con él a Santiago y que llevase aquel su hijo; y él faría de guisa que fuese bien pagado. Fuéronse para Santiago; desque moraron ahí un tiempo, un día llegaron al ar-

zobispo mandaderos del Papa, con sus cartas, cómo le daba el Obispado de Tolosa, e que le facía gracia que pudiese dar el arzobispado a quien él quisiese. Cuando don Illán esto oyó, retráxole afincadamente lo que habían pasado y lo que le había prometido, pidiéndole de merced que le diese a su fixo. El arzobispo le rogó que consintiese lo hubiese un su tío, hermano de su padre, y que fuesen con él a Tolosa, que allá le medraría. Desque hubieron morado fasta dos años, llegáronle mandaderos del Papa, cómo le facía Cardenal, y que diese el obispado a quien él quisiese; entonce fue a él don Illán, y díxole que, pues tantas veces le había fallecido de lo que con él pusiera, que ya aquí no había lugar de le poner excusa ninguna. El Cardenal rogóle que consintiese que hubiese aquel obispado un otro su tío, hermano de su madre, que era hombre anciano, mas, que pues él era Cardenal, fuese con él para la corte, que asaz habería en que le ficiese bien. Don Illán, aunque lo sintió mucho, fuese con él para Roma. Moraron hi muy gran tiempo, y don Illán afincaba cada día al Cardenal que le ficiese alguna gracia a su fijo, y él poníale sus excusas. Finó el Papa, y todos los cardenales le esleyeron aquel Cardenal por Papa, y estonce fue a él don Illán, díxole que ya no le podía poner escusa de le non cumplir la promesa. De este afincamiento se sintió mucho el Papa, y comenzóle a maltraer que le faría echar en una cárcel, que era un encantador, hereje. Entonces don Illán dio voces, llamando la criada y mandóle que pusiese asar las perdices. Fallóse el Papa imaginado en Toledo, verdadero Deán de Santiago, como lo era, y tan grande fue la vergüenza que hobo, que no supo qué le decir; y don Illán que se fuese en buena ventura, que asaz había probado lo que podía esperar.» Nótese lo primero la relevante moralidad, la valentía del empeño, y cómo se va enredando la ficción, sobre todo la ingeniosa y pronta salida. Fue sin duda varón de grande entendimiento el príncipe, y en aquel tiempo cuando no estaban las letras tan adelantadas en España como ahora, fue más y merece mayor estimación.

Corta esfera le parece a la fecunda invención la de palabras y de escritos cuando pide prestados a la pintura sus

dibujos para exprimir sus conceptos, que es otro linaje de aguda invención, y puede llamarse figurada, por jeroglíficos, emblemas y empresas. Fúndanse también en la semejanza del sujeto figurado con el término que se pinta y sustituye, y podemos llamar el figurante. El más sublime género es el de las empresas, su mismo nombre las define, y dice que se inventaron para exprimir los empeños del valor, como aquélla del Marqués de Pescara, del Escudo Espartano, y por letra; *aut cum hoc, aut in hoc,* en éste muerto o con éste vivo, o ataúd o corona, que eran las palabras que les decían las matronas de Esparta a sus hijos cuando los enviaban a la guerra. Hállase en las empresas mucha variedad, y esencial, porque unas se forman por jeroglífico, exprimiendo el intento por la semejanza natural o artificial, como aquél que pintó dos ramas cruzadas de palma y de ciprés, con este mote: *Erit altera merces,* o vencer con la palma o morir con el ciprés.

El mote es alma de la pintura, siempre ha de incluir agudeza. La de equívoco contenía aquel que dimos a un valeroso caudillo de la caballería, tan eminente en las letras como en las armas; era la empresa muchas armas, lanzas, partesanas, cañones, etc., como en un haz, y que las ataba una serpiente, jeroglífico de la sabiduría. El mote: *Vincit dum vincit,* equívoco de los dos verbos: *Vincio* 'atar', y *Vinco* 'vencer', queriendo decir que, cuando la prudencia ata y une, las armas vencen. Pero tan clara puede ser la significación de la pintura, que no necesite de letra. Fue delicias del ingenio la de aquel César, que fue delicias del género humano, el humanísimo Tito Vespasiano, que para declarar su innata clemencia, grabó el rayo de Júpiter, dormido en una cama y acostado, sin ruido de letra, ni estruendo de mote; lógrase hoy en una moneda de plata, que entre millares escogidas de todos los Césares, emperatrices, del Magno Alejandro, de Felipe, su padre, y de otros muchos héroes, guarda el tesorero de la curiosa antigüedad, don Vincencio Juan de Lastanosa, esclarecido caballero en Aragón por su sangre, pues desciende del muy ilustre don Gombal de Lastanosa, criado muy favorecido del rey don Jaime el Conquistador; y de don Pedro de Lastanosa, camarero del rey don Pedro el IV, por su eminente ingenio

adornado de todas las buenas letras. Desempéñame el admirado y celebrado *Museo de las monedas antiguas de España,* antes de los romanos y godos, obra exquisita, que dio a la estampa estos años, por su buen gusto, como lo decanta el doctor Juan Francisco Andrés, coronista de Aragón, en la descripción elegante que intitula *De las antigüedades y jardines* de su casa. Por su heroico genio, aragonés Mecenas de todos los varones estudiosos, dando vida a sus obras modernas y resucitando las antiguas, merecedor insigne de una agradable y agradecida inmortalidad.

Otras hay totalmente diversas, que no se fundan en la semejanza natural, sino en la acomodación de alguna historia plausible, como el vellocino de Colcos en el Tusón; el *Tanto Monta* del rey don Fernando el Católico, y el Atlante del rey don Felipe el Prudente de España. Con más artificio, no por acomodación, sino por contraposición, fue el *Plus Ultra,* del emperador Carlos Quinto. La luna creciente, con una columna entre las dos puntas, impidiendo que no se junten, y este mote: *Ne totum impleat orbem.* Fue de Marco Antonio Colonna, en latín *Columna,* cuando volvió triunfante de la batalla naval; habiendo sido general de la Iglesia, aludió, y aun hizo antítesis a la empresa del Turco, que es una luna creciente, y la letra: *Donec totum impleat orbem.* Fue muy ingeniosa y está llena de alusiones.

Las amorosas empresas no pueden dejar de ser ingeniosas, porque lo es el amor. Tal fue la del famoso y valiente Solimán, que pintó un Cupidillo sacándose una espina que se había clavado de una rosa, aludiendo a la bellísima sultana, llamada la Rosa; otros dicen que el Cupidillo flechaba espinas de la rosa, en vez de sus antiguas flechas. Las propias de España son totalmente diversas de éstas. Consiste su artificio, no en la semejanza de la pintura con el intento que se pretende, sino en que el nombre de la cosa pintada, o solo o ayudado de otra palabra, exprima y diga lo que se pretende, de modo, que la pintura en éstos no representa tanto, cuanto sustituye por su voz y dicción. Tal fue la del diamante falso; la canasta con estas dos letras: V. M.; el corazón y la esportilla del Condestable, graciosamente comentado del Gran Capitán.

Las parábolas son especies de alegorías, muy a propósito para enseñar; por ser más graves que los apólogos, y no menos gustosas, participan algo de enigmas. También se funda su artificio por semejanza; son como una pintura narrada, que representa el intento que se pretende. Basta para su mayor estimación que la infinita sabiduría humanada las tomó por instrumento de su importante doctrina y predicación, de que está lleno el Sagrado Evangelio. Practicáronlas, después de tan superior ejemplar, los santos padres y predicadores. Plausible fue aquélla para ponderar que no se puede caminar al Cielo, sino por el Vía Crucis: *Tollat Crucem suam, et sequatur me,* y la diferencia de trabajos. Había, dijo un cristiano orador, un gran palacio en un camino real, y por donde todos los de aquella tierra pasaban; vivía aquí un gran señor, anciano venerable, y teníale todo lleno de cruces, el patio, salas y cuadras, unas grandes, otras medianas y también pequeñas. Todos los que pasaban habían de entrar a tomar cruz. Decíales el señor: «Escoged, tomad la que quisiéredes», y todos escogían la más pequeña, cargábansela a cuestas y caminaban con mucha pena y trabajo. Llegó uno y dijo: «Señor, yo vengo por mi cruz.» «Pues, hijo, escoged la que os agradare, ahí están todas.» «Eso no, señor —replicó él—, yo no me la he de tomar, que puedo engañarme; vos la escoged, dádmela de vuestra mano, y la llevaré con más gusto.» «Paréceme bien», dijo el anciano, y echando mano de una, la mayor de todas, se la entregó; espantóse el mozo, mas viendo que al ponérsela al hombro pesaba casi nada, contento y ligero, comenzó a caminar; iban los otros reventando con las suyas pequeñas, y admirados de tanta diferencia, le preguntaron la causa. «Hermano —dijo—, vosotros os habéis escogido vuestras cruces por vuestro gusto, y tomádolas por vuestra mano; yo no, sino que he tomado la que el Señor me ha querido dar.» Que esa diferencia hay entre el trabajo que uno se busca y el que Dios le envía, que aunque éste sea mayor, da Dios el esfuerzo para llevarlo.

En la parábola, todos los sujetos que se introducen son humanos, y en eso se distingue de la fábula; aun las virtudes o vicios de que se trata se fingen en personajes, como se ve en la ingeniosa y desengañada parábola que trae San Juan Da-

masceno de los amigos del hombre, y cómo en su trabajo todos lo desampararon; el que más le acompañó fue hasta la puerta; sólo Buenas Obras, de quien él hacía menos caso, le fue asistiendo, hasta llegar a la real presencia. Fíngense algunas veces las historias y sucesos, y sirven entonces como de parábolas. Así ésta del mismo San Damasceno, que la refirió Teudas al rey Abener: Un rey poderoso, dijo, estaba muy triste por no tener hijos; nacióle uno, y recibió extremada alegría, pero los médicos le dijeron que, a lo que entendían de la complexión y compostura de los ojos de su hijo, si hasta los doce años de su edad veía el sol o fuego, sin duda por la flaqueza de ellos perdería la vista. Temiendo esto el rey, su padre, le mandó criar en un aposento oscuro, donde estuvo hasta que cumplió los doce años, y después le mandó sacar de él y ver el mundo. Como el muchacho hasta entonces no había visto cosa, y se hallaba tan nuevo en todas, íbanle mostrando muchas de las que Dios ha criado y declarándole lo que era cada una, y sus nombres, aves, peces, flores, frutas, hombres y animales. Entre las otras cosas le mostraron algunas mujeres, y preguntando él cómo se llamaban, un soldado de la guarda del rey, su padre, burlándose, le dijo que se llamaban demonios y que eran los que enredaban a los hombres, sus mayores enemigos. Después que hubo visto tanta muchedumbre de cosas, y holgádose y aprendido los nombres de ellas, le preguntó su padre cuál de todas las cosas que había visto le había dado mayor gusto y deleite. El príncipe respondió que lo que más le había agradado eran aquellos demonios, enemigos de los hombres, que los engañan y enredan. Pero éstas no son en rigor parábolas, sino cuentos, que por aplicación sirven a la moralidad de que se discurre.

Discurso LVIII

DE LA DOCTA ERUDICIÓN Y DE LAS FUENTES DE QUE SE SACA

Vívese con el entendimiento, y tanto se vive, cuanto se sabe. Es la erudición, dice el Espíritu Santo, fuente del saber;

Tales la llamó parte de la felicidad; Sócrates, arreo del ánimo; Bion, tesoro de toda la vida; Demócrito, gozo de los dichosos y refugio de los desdichados; Aristipo, el ser hombre; Platón, salud del alma; Aristóteles, luz del entendimiento; Diógenes, alivio de la vida; Teofrasto, viático de todo el mundo; Glicón, asilo de la desdicha; Metrocles, merced del tiempo; Demades, ramo de divinidad; Hierón, trono de la virtud; Antístenes, jardín del espíritu; Séneca, armonía de la mente; Alejandro Magno, única ventaja de vivir; Dionisio, escudo contra la mala fortuna; Ladislao, distinción de la irracionalidad; Segismundo, riqueza de los pobres y suntuosidad de los ricos; Carlos Quinto, su comida; y nuestro Alfonso el Magnánimo, su verdadero reino.

Denomínase según algunos de la oposición contra la rudeza e ignorancia; consiste en una universal noticia de dichos y de hechos, para ilustrar con ellos la materia de que se discurre, la doctrina que se declara. Tiene la memoria una como despensa, llena de este erudito pasto, para sustentar el ánimo, y de que enriquecer y fecundar los convites que suele hacer a los entendimientos. Es un magacén rebutido, un vestuario curioso, un guardajoyas de la sabiduría. Sin la erudición no tienen gusto ni sustancia los discursos, ni las conversaciones, ni los libros. Con ella ilustra y adorna el varón sabio lo que enseña, porque sirve así para el gusto como para el provecho. Gustan los atentos oyentes en gran manera de oír una cosa curiosa, que no sabían, un buen dicho, un famoso hecho, o si ya lo sabían, gozan de la agudeza con que se aplica al sujeto presente. Sin este sainete son secos y desabridos los discursos; por ingeniosos y picantes que sean, luego enfadan y los pierde la atención del que oye, o los arrima la del que lee.

Cuanto más sublime y realzada fuere la erudición, será más estimada, pero no ha de ser uniforme, ni homogénea, ni toda sacra, ni toda profana, ya la antigua, ya la moderna, una vez un dicho, otra un hecho de la historia, de la poesía, que la hermosa variedad es punto de providencia. Especialmente se ha de atender a la ocasión y a sus circunstancias, de la materia, del lugar, de los oyentes, que la mayor prenda del que

habla o escribe, del orador o historiador, es el decir con seso. El grave y erudito Séneca de todo se vale, como se nota en sus sustanciales obras, ya de la sentencia de un filósofo, ya de la de un poeta, ni se digna de ilustrar con el verso su enseñanza. Hasta el verdadero maestro, el apostólico sabio, el predicador de las gentes, San Pablo, se valió en su ocasión de la erudición gentílica y poética: *Sicut et quidam vestrorum Poetarum dixerunt. Ipsius enim, et genus sumus;* el ser a propósito es gran ventaja de la autoridad.

La erudición de cosas modernas suele ser más picante que la antigua y más bien oída, aunque no tan autorizada. Los dichos y hechos antiguos están muy rozados; los modernos, si sublimes, lisonjean con su novedad; dóblase la ilustración con la curiosidad y con la ingeniosa acomodación. Requiérese grande elección, que es don de los primeros, por su singularidad y por su importancia, para escoger cosas buenas y a propósito. Si estas dos cosas se juntan, hacen un trabajo muy plausible, y que se logra con felicidad. Acontece no ser el cuerpo todo de la obra tan perfecto como otros, pero la eminencia de la erudición le hace agradable en gran manera y que sea más versado. Vese en los gustosos *Diálogos* de Escalante, que tratan del arte militar, ricos de escogida y sazonada noticia. La historia con suspensión de los sucesos entretiene. Las comedias, épicas y otras ficciones, con sus enredados empeños, deleitan. Los discursos, si no se favorecen de la erudición, son secos, estériles y empalagan.

Cuando concurren lo realzado del asunto, la agudeza de la invención y la variedad de la escogida erudición, hacen un todo muy perfecto y acepto. Así *El Embajador,* de don Antonio de Vera y Zúñiga, entre muchas muy lucidas de sus obras, fue excelente, digno de su gran ingenio en hacerle y de los demás en lograrle. Hállanse muchos libros que son como almacenes de la erudición, o, por mejor decir, fárragos donde están hacinados los dichos, apotegmas y sentencias, éstos enfadan luego; mejores son los que la ministran sazonada, dispuesta y ya aplicada.

Las fuentes de la noticiosa erudición donde han de acudir el gusto y el ingenio para ilustrar sus asuntos son muchas y

diferentes; la primera es la historia, así sagrada, como humana, de gran autoridad a la doctrina por lo práctico y por lo curioso; las sentencias y dichos de sabios, sacados de la filosofía moral y de la poesía, ilustran con magisterio; los apotegmas, agudezas, chistes, donosidades en su ocasión, son plausibles. Los dichos heroicos de príncipes, capitanes, insignes varones, son muy graves y autorizan magestuosamente. Los emblemas, jeroglíficos, apólogos y empresas son la pedrería preciosa al oro del fino discurrir. Pues los símiles declaran mucho y con aplauso; las alegorías y parábolas, o propias o ajenas, adornan sublimemente y ayudan al persuadir con infalibilidad; hasta los adagios y refranes valen mucho: han de ser comúnmente escogidos por huir la vulgaridad. Finalmente, las paradojas, problemas, enigmas, cuentos, tienen su vez también, y su triunfo, que de todo se socorre la prudente y sabia erudición, disfrutando siempre la nata, y como discreta abeja, recogiendo la flor de la agudeza de la prudencia y de la sabiduría. Quien trató este punto condignamente fue el grave y elocuente orador de los reyes, el doctor Aguilar de Terrones, Obispo de Tuy, en su nunca asaz celebrado y leído *Tratado del modo de predicar.*

Ni sólo sirve la erudición para el confirmar y probar, sino para el comenzar con sublimidad y aceptación. De esta suerte dio principio a su discurso un orador el día de la Purificación de la Virgen. Quien viere el día de hoy una pura y cándida paloma, que así la requiebra su esposo: *Veni columba mea.* Ojos de paloma, que todo les agrada, hasta el pecador más asqueroso, si arrepentido, *oculi tui columbarum.* Blanqueada con aquella leche con que cría a su Criador, *quae lacte sunt lotae.* Acompañada de otra su consorte, gran dicha y dignidad de José, llegar a hacer par con María, que por eso se llama *augmentum.* Quien oyere hoy un cisne blanco y puro, así en lo exterior de sus venerables canas, *senex puerum portabat,* como en lo interior de su conciencia, *justus et timoratus;* cisne que, haciendo estanque de sus lágrimas, se complace en ellas, *spectans consolationem Israel;* cisne por lo canoro, *nunc dimittis servum tuum.* Quien escuchare los arrullos de una tórtola viuda, que arrulla un Niño Dios, *confitebatur Domino;* Tórtola gemi-

dora, *et haec vidua erat;* a pares las aves en el presente: *par turturum, aut duos pullos columbarum,* con mucha propiedad dirá lo que San Gregorio Nacianceno, y otros refieren del Fénix, que admiradas las aves de su belleza, le van siguiendo y cortejando. Sin duda que asiste hoy aquí el Fénix prodigioso del Cielo, un Niño Dios, un Dios y Hombre. Acudamos con alados corazones a solicitar la misericordia, *suscepimus Deus misericordiam tuam.* Digo la gracia, etc.

Discurso LIX

DE LA INGENIOSA APLICACIÓN Y USO DE LA ERUDICIÓN NOTICIOSA

No basta la sabia y selecta erudición, requiérese lo más ingenioso y necesario, que es la acertada aplicación de ella. Puede reducirse a especie de agudeza, y de las más importantes; pertenece a las de careo, porque se forma correlación y se ajusta entre el sujeto o materia de que se trata, y la historia, suceso o dicho que se aplica. De esta suerte el sapientísimo Clemente Alejandrino, basta decir que fue maestro de Orígenes, acomoda a Cristo Señor Nuestro en la Cruz la antigua fábula de Orfeo, aquél que con la armonía de su lira atraía los montes, paraba los ríos, arrancaba los árboles, suspendía las fieras y todo lo atraía a sí. El verdadero Orfeo es aquel señor que, teniendo estirados sus sagrados miembros en la lira de la cruz, con aquellas clavijas de los duros clavos hizo tan dulce y suave armonía, que atrajo a sí todas las cosas: *Si exaltatus fuero a terra omnia traham ad me ipsum.*

Es eminencia de algunos entendimientos que todo se lo hallen acomodado, todo les viene a cuento, descubren luego la correspondencia y conformidad entre los dos términos, el aplicado y el que se aplica. Hácese, pues, el careo, búscase alguna correlación o consonancia entre las circunstancias o adyacentes de entrambos términos, como son causas, efectos, propiedades, contingencias y todos los demás adherentes, y en descubriéndola, sirve de fundamento y de razón para la

aplicación de aquel término con el sujeto. De esta suerte Lupercio Leonardo a un señor de España, que, por tener madrastra, se le siguieron algunos trabajos, le consoló con la paridad y semejanza de Alcides, exhortándole a la imitación de su valor:

Al hijo fuerte del mayor planeta,
Que al cielo y a los dioses fue coluna,
Sierpes le acometieron en la cuna,
Y llamas lo apuraron en Oeta;
Y hasta llegar a la región quieta,
Su madrastra le fue tan importuna,
Que no pudo del techo vez alguna,
Colgar la maza en ocio o la saeta.
Pero viendo la misma que los dioses
Le daban con aplauso eterno asiento,
Depuso la venganza, y aprobólo.
Así yo espero un tiempo en que reposes;
Que pues concurren tantos a un intento,
No podrá contrastarlos uno solo.

Siempre la aplicación se ha de fundar en alguna circunstancia que diga paridad o semejanza en el sujeto con otra igual del término aplicado; con este fundamento asienta ingeniosamente, y sale bien. Así, al morir la Madre de Dios de amor, sin enfermedad, y resucitar luego para ser coronada en el Cielo en cuerpo y alma, la aplica el ingenioso padre Diego de Baeza, de la Compañía de Jesús, aquel gran maestro del discurrir, fuente perenne de conceptos y agudezas, lo de la Fénix, que muere entre olorosos y lucidos incendios, muere entre encendidas llamas para resucitar luego más gallarda, victoriosa y triunfante. Así esta Fénix del Empíreo murió en medio de un inmenso incendio de su amor, entre las brillantes llamas de sus deseos, abrasada de sus amorosos afectos para resucitar luego gloriosa y triunfante a la diestra de su hijo, el mismo Dios. De suerte, que esta acomodación se funda en el morir la Fénix en el fuego, María en el amor y en el resucitar luego triunfando.

Cuanto más especial es la circunstancia en que consiste la correspondencia del sujeto y término para formar la aplicación es mayor la sutileza, y sale mejor; suele serlo con la contingencia rara. Así Ovidio, a su desgraciado ver, que le costó el no ver y el estar tan alejado, acomodó la desgracia de Acteón, que se perdió también por mirar con otra igual contingencia. Y así dice:

Cur aliquid vidi? cur noxia lumina feci?
Cur imprudenti cognita causa mihi est?
Inscius Actaeon vidit sine veste Dianam
Praeda fuit canibus non minus ille suis.

Cuando esta conformidad de circunstancias dice proporción y correspondencia agradable, bien fundada en la variedad de los extremos y sus propiedades, y aun en el nombre, es más ingeniosa la aplicación, y entonces se exprime por proporción más que por semejanza. A uno, que se llamaba Mirto, y se valió de la intercesión de una hermosa dama para un gran personaje de todas maneras grande, dijo uno:

Marti grata Venus, Veneri Gratissima Mirtus,
Ut placeas Marti, Mirte roga Venerem.

Es ingeniosa acomodación, que incluye muchas agudezas, las alusiones a Marte y Venus, la paronomasia de Marte y Mirte. Tradújolo en castellano, con toda su sal, el Salinas:

Venus a Marte agradable,
Y a Venus es grato el Mirto;
Si a Marte quisiere Mirto
Agradar, a Venus hable.

En el modo formal de aplicar hay su variedad y su especial sutileza; el ordinario y vulgar es decir: esto es como aquello, así fue, que es como por semejanza, sin más arte; pero hay más sutileza para que salga más realzada la aplicación. Aun la

misma semejanza la transformó en identidad, y la exprimió por encarecimiento don Luis Carrillo:

De la salamandra dicen
Que en el fuego viva está;
Por mi corazón lo digo,
Que a más fuego, vive más.

Para aplicar el principal término comienza don Luis de Góngora aplicando las circunstancias con una extremada exageración, de suerte, que va por gradación entrando, y de las partes arguye al todo:

Gallardas plantas, que con voz doliente,
Al osado Faetón llorasteis vivas,
Y ya, sin envidiar palmas ni olivas,
Muertas podéis ceñir cualquiera frente.
Así del sol estivo al rayo ardiente,
Blanco coro de náyades lascivas.
Precie más vuestras sombras fugitivas.
Que verde margen de escondida fuente.
Y así bese, a pesar del seco estío,
Vuestros troncos, y a un tiempo pies humanos
El raudo curso de este undoso río,
Que lloréis, pues llorar sólo a vos toca,
Locas empresas, ardimientos vanos,
Mi ardimiento en amar, mi empresa loca.

El más sutil modo de aplicar la erudición es por reparo y desempeño, de modo que la aplicación sea la salida de la dificultad, como se ve en este valiente epigrama, en que su autor dejó de ser Falcón y se transformó en águila:

Cum Patris aeterni Soboles aeterna subiret,
Isacidum muros, ut moreretur homo.
Spiritus afflavit divini Regis amorem,
Implevit Solymos, et pietate viros.
Altera pars ramos, pars altera sternit amictus,

Laeta canunt juvenes, carmina laeta senes.
Quae Deus insolito celat misteria cultu?
Cur nova funesto tempore pompa placet?
Disimulat festo mortem, quo Daemona fallat;
Vipera clam vicit, clam superanda foret.

Por argumento y ponderación, añadiendo exceso de parte del sujeto al término aplicado, es primor elegante de esta sutileza. Véase en este culto epigrama de don Luis Carillo, competido, pues fue primero, o imitado:

¿Caíste? Sí, si valeroso osaste.
¿Osaste? Y cual osado, en fin, caíste;
Si el cuerpo entre las aguas escondiste,
Tu fama entre las nubes levantaste.
Nombre, ¡oh, terrible error!, mozo, dejaste,
De que a estrella cruel obedeciste;
¿Lampecie gime tal? ¿tal Feba triste?
Una y otra a tu losa verde engaste.
Intentaste, ¡oh, gran joven!, como osado;
Seguiste al hado, que te vio vencido;
Caíste mozo más que desdichado.
Y así, en mi mal, gigante te he excedido,
Pues sin haber tus hechos heredado,
Cual tú, menos tus llantos, he caído.

Pero así como se aplica la erudición por conformidad y semejanza, así al contrario, por la contrariedad y desemejanza. Es el ingenio anfibio, está siempre a las dos vertientes de conveniencia y desconveniencia. Pondera la que descubre y discurre siempre para hallar el concepto en el un extremo o en el otro. Requiérese siempre alguna conformidad, aun en este género de diversidad, entre los dos términos, el aplicado y el sujeto a quien se aplica o desaplica, y es como fundamento para ponderar después la discordancia en los demás efectos. Como se ve en este profundo y significativo epigrama de don Juan de Arguijo:

Si pudo de Anfión el dulce canto
Juntar las piedras del troyano muro,
Si con suave lira osó seguro
Bajar el Tracio al reino del espanto;
Si la voz regalada pudo tanto,
Que abrió las puertas de diamante duro,
Y un rato suspendió de aquel oscuro
Lugar la pena y miserable llanto;
Y si del canto la admirable fuerza
Domestica los fieros animales
Y enfrena la corriente de los ríos,
¿Qué nueva pena en mi pesar se esfuerza,
Pues con lo que descrecen otros males,
Se van acrecentando más los míos?

Propónese tal vez el término de la acomodación, para que no lo sea ni se imite; persuádese la diferencia y deséase la importante disparidad. Así, Bartolomé Leonardo:

Que ya para volar aparejados,
Dédalo, al mozo Ícaro, le dijo:
Por tierra estamos y por mar cercados.
A vuelo habemos de librarnos, hijo,
Mas vuela entre dos aires, no te arrojes,
Sino por el camino que yo elijo:
Que si la medianía por mí escoges,
Del sol y el mal te librarán tus plumas,
Digo sin que te abrases ni te mojes.
Pasó el viejo, y un templo fundó en Cumas;
Cayó el rapaz, y con el nombre suyo
Intituló sus trágicas espumas.
Por esto no te admires, si me excluyo
Del tráfago, y me apelo a mi retrete,
Donde a mi soledad me restituyo.

Apenas se hallará punto de erudición que no se pueda aplicar a la ocasión, si se examinan bien las circunstancias para hallar la conveniencia. De la misma teología se acomo-

dan a veces algunos puntos selectos que realzan mucho la materia. Así, uno ponderó el desapego que se ha de tener de las criaturas, que aun el mismo Verbo Eterno no procede, en opinión del prodigioso Escoto, de la cognición de las criaturas, ni aun posibles, digna de ser imitada de los adoptivos tan conveniente independencia. De la filosofía, así natural como moral, se saca gustosa erudición, según opinión de Aristóteles, que lo primero que se comienza a formar en el hombre es el corazón; probaba otro que lo primero que habemos de consagrar a Dios es él.

Los sucesos modernos sublimes, y más si reales, aplicados a la ocasión son plausibles. Fuelo aquél de la heroica en todo, virtud, valor, prudencia, nuestra gran reina y señora doña Margarita de Austria, cuando convidándola el Sumo Pontífice Clemente Octavo, y no dándole silla alta ni cojín a la serenísima Archiduquesa, su gran madre, yendo a sentarse y reparando en ello la piadosa reina, cogió la silla de su madre para sí y cedióle la suya majestuosa; viendo esto su Santidad, mandó luego traer otra silla y cojín para la católica reina. Esta memorable acción la aplicó aquel elocuentísimo predicador de nuestros tiempos, el padre Lucas Carrillo, de la Compañía de Jesús, a la Reina de los Cielos, con su madre Santa Ana.

Hay también aplicación de aplicación; esto es, el hecho que estaba aplicado en común se puede singularizar a una ocasión especial. De esta suerte, Alciato, para declarar la temeridad de los que inferiores se atreven a los grandes y poderosos, trae aquella ridícula arrogancia de los Pigmeos, que, viendo a Hércules dormido, le embistieron; despertó el gigante, y sin echar mano a su clava, a soplos y entre las uñas, reventó millares, llenando el capillo de su leonina capa de ellos, más para juguete que para trofeo. Este galante emblema aplicó don Hermenegildo Lastanosa, heredero de su padre, don Vincencio, en todo, hasta en el buen genio, con no menos razón que agudeza, a nuestro español Alcides, grande en todo, sustentador del Cielo de la Iglesia, domador de monstruos, herejes y mahometanos, revestido de la piel y coraje del león, triunfador despierto de pigmeos enemigos. Es sublime para empresa:

Dum dormit, dulci recreat dum corpora somno
Sub picea et clavam, caeteraque arma tenet,
Alcydem Pygmaea manus prosternare letho,
Posse putat: vires non bene docta suas.
Excitus ipse, velut pulices, sic proterit hostes,
Et saevi implicitos pelle Leonis agit.

Es de notar que unas veces discurre el ingenio por invención; otras, por elección, así que no siempre inventa; ayúdase la elección de la erudición, y aun la misma invención para llenar y para aplicar se vale de ella.

Discurso LX

DE LA PERFECCIÓN DEL ESTILO EN COMÚN

Sacaron a eterna luz raros autores raras obras, con razón trabajos, porque les costaron. Escribió Cornelio Tácito, no con tinta, sino con el sudor de su valiente espíritu, más precioso que el licor de la perla gitana desleída. No es cuerpo el de Cayo Veleyo, ni el de Lucio Floro, pues que ambos son espíritus. Vive aún, y vivirá siempre, la obra de Valerio Máximo, porque escribió con alma, y su mucha viveza hace inmortal el *Panegírico* de Plinio. No escribió con ligera pluma Lucio Apuleyo su *Metamorfosis,* sino tarda y del metal más pesado. Cada día es su día para Marcial, y los muchos soles que todas las cosas deslucen a Homero y a Virgilio, los ilustran; escribieron al fin para la eternidad.

Dos cosas hacen perfecto un estilo, lo material de las palabras y lo formal de los pensamientos, que de ambas eminencias se adecúa su perfección. Conténtanse unos con sola la alma de la agudeza, sin atender a la bizarría del exprimirla, antes tienen por felicidad la facilidad del decir, aun en la poesía. Así, el grave y pío maestro José de Valdivieso, a quien sola la *Josefina* bastara, sin otras muchas obras, a darle eternidad en el coro de los claros y esclarecidos ingenios, adelantó mucho esta opinión. Estima este epigrama a Antonio y a Cleopatra, que encierra mucha alma:

Recibe, ¡oh, mi Cleopatra!, la postrera
Respiración del pecho enamorado,
Que justamente el cielo ha decretado
Que el que vivió a tu luz, a tu luz muera.
La fama quiso el hado que mintiera,
Que fuera grande impropiedad del hado
Que yo muriera cuando desdichado,
Y así aguardóme a que dichoso fuera.
Dichoso, pues, que muero cuando miro
Que quedas viva tú, que de otra suerte
Fuera morir dos veces de una herida.
Beban tus labios mi último suspiro,
Será quedando en ti dulce mi muerte
Y tú de entrambos vivirás la vida.

Son las voces lo que las hojas en el árbol y los conceptos el fruto. No fue paradoja, sino ignorancia, condenar todo concepto. Ni fue Aristarco, sino monstruo, el que satirizó la agudeza, antípoda del ingenio, cuya mente debía ser el desierto del discurso. Son los conceptos vida del estilo, espíritu del decir, y tanto tiene de perfección, cuanto de sutileza; mas cuando se juntan lo realzado del estilo y lo remontado del concepto, hacen la obra cabal, como lo fue este gran soneto de don Luis Carrillo:

Pues servís a un perdido, y tan perdidos,
Dejadme, pensamientos desdichados;
Basten los pasos por mi mal andados,
Basten los pasos por mi mal perdidos.
¿Qué, osados, me queréis? ¿A dó, atrevidos
Montes altos, ponéis de mis cuidados?
Mirad vuestros iguales fulminados,
Mirad los robles de su piel vestidos.
Dan vida a mi mediano pensamiento
El ver un pino y una fuente clara
En esta soledad, que el alma adora.
El árbol tiembla al proceloso viento,
Corrida el agua de humildad no para,
Que el alto teme y el humilde llora.

Hase de procurar que las proporciones lo hermoseen, los reparos lo aviven, los misterios le hagan preñado, las ponderaciones profundo, los encarecimientos salido, las alusiones disimulado, los empeños picante, las transmutaciones sutil, las ironías le den sal, las crisis le den hiel, las paronomasias donaire, las sentencias gravedad, las semejanzas lo fecunden y las paridades lo realcen. Pero todo esto con un grano de acierto, que todo lo sazona la cordura. Puédese decir de los conceptos lo que de las figuras retóricas: ni todo el cielo es estrellas, ni todo el cielo es vacíos; sirven éstos como de fondos, para que campeen más los altos de aquéllas, y altérnanse las sombras para que brillen más las luces. Aunque no tuvo palabra vacía el africano Apuleyo y en todas ocupa la atención, tal vez echa un concepto grande de los de primera magnitud. Va describiendo a Psique, cuando saca la luz a traición para averiguar el sospechado enemigo, y Cupido verdadero, que dormía en medio de aquella admiración amante y reverente, dice que la luz, o envidiosa o afectuosa, arrojó una centella, que abrasando al mismo Amor, impertinentemente le despertó: *Tunc magis, magisque cupidine flagrans Cupidinis prona in eum, eflictim inhians de somni mensura metuebat. Sed dum bono tanto percita saucia mente fluctuat, lucerna illa, sive perfidia pessima, sive invidia noxia, sive quod tale corpus contingere, et quasi basiare et ipsa gestiebat, evomuit de summa luminis sui stillam ferventis olei super humerum Dei dextrum. Hem audax, et temeraria lucerna, et amoris vile ministerium! Ipsum ignis totius Deum a duris?* Pondera esta otra valiente exageración, cuando está describiendo el palacio de Cupido: *Iam caeterae partes longe, lateque dispositae domus, sine pretio pretiosae; totique parietes solidati massis aureis splendore proprio coruscant, ut diem suum sibi domus faciat, licet sole nolente.*

Son también muy diferentes unos de otros en la decencia, porque el que es nacido para un epigrama no es decente para un sermón. Tienen sus engastes los pensamientos, y no se deben barajar las crisis y ponderaciones de un grave historiador con los encarecimientos y paronomasias de un poeta. Pide muy diferentes pensamientos, y aun palabras, una carta familiar que una oración, ni merece ser asunto principal de

un sermón el concepto que es brillante para un soneto. En el mismo verso se han de acomodar con distinción, porque el metro grave y heroico requiere conceptos graves, como éste del conceptuoso y elegante en sus versos, erudito y docto en sus discursos, noticioso y grave en sus historias, nuestro aragonés y zaragozano, el religioso padre fray Jerónimo de San José, carmelita descalzo. Oye y admira a un ruiseñor, cantando junto a una rosa:

Aquélla, la más dulce de las aves,
Y ésta, la más hermosa de las flores,
Esparcían blandísimos amores,
En cánticos y nácares suaves.
Cuando, suspensa entre cuidados graves,
Un alma, que atendía sus primores,
Arrebatada a objetos superiores,
Les entregó del corazón las llaves.
«Si aquí —dijo— en el yermo desta vida,
Tanto una rosa, un ruiseñor eleva,
Tan grande es su belleza y su dulzura,
¿Cuál será la floresta prometida?
¡Oh, dulce melodía, siempre nueva!
¡Oh, siempre floridísima hermosura!»

El romance quiere conceptos galantes más que profundos, figuras retóricas, más de la palabra que de la sentencia, estilo florido y bizarro; las quintillas piden cada una un concepto más que mediano; las sentencias las realzan mucho, y por eso fue tan estimado aquel poema del canónigo de Valencia, a *Endimión,* como se ve en éstas:

Luego tuvo otro dolor,
Con justa causa mortal,
Que en la enfermedad de amor
Sentir mucho el poco mal
Es el peligro mayor.
De todos, sin que le den
Pena, se vino a quejar,

Que el señal de querer bien
Un corazón, es formar
Quejas, sin saber de quién.

El soneto corresponde al epigrama latino, y así requiere variedad; si es heroico, pide concepto majestuoso; si es crítico, picante; si es burlesco, donoso; si es moral, sentencioso y grave, como éste del ideal Garcilaso:

Gracias al Cielo doy que ya del cuello
Del todo el grave yugo he sacudido,
Y que del viento el mar embravecido,
Veré desde la tierra sin temello.
Veré colgada de un sutil cabello
La vida del amante embebecido
En engañoso error adormecido,
Sordo a las voces que le avisan dello.
Alegrárame el mal de los mortales;
Aunque en aquesto, no tan inhumano
Seré contra mi ser cuanto parece.
Alegraréme como hace el sano
No de ver a los otros en los males,
Sino de ver que dellos él carece.

Las agudezas sales sirven de recreación del ánimo, y aunque no admiran, deleitan; tan acertada fue una gracia en una carta como un misterio en un sermón, y tan agradable un donaire en una conversación, como una sentencia en un consistorio; que si luce una estrella en lo más alto del cielo, también campea una flor en lo más humilde de un valle.

Los adjuntos y epítetos son gran parte del aliño del estilo, circunstancias de agudeza, y aun cifras; sola la eminencia en esta parte pudo dar crédito de ingeniosa elocuencia. Úsalos con grande arte y propiedad Bartolomé Leonardo, como se ve en aquella carta al excelentísimo señor don Fernando de Borja, nunca bastantemente blasonado héroe por su gran numerosidad de prendas; dícele:

Para ver acosar toros valientes,
Fiesta un tiempo africana y después goda,
Que hoy les irrita las soberbias frentes,
Corre ahora la gente al coso y toda,
O sube a las ventanas y balcones,
O abajo en rudas tablas se acomoda.
Así miraron étnicas naciones,
Míseros reos en teatro impío,
Expuestos al furor de sus leones.

No busca tanto los epítetos para la consonancia, cuanto para la elegancia y propiedad; no han de ser continuos ni comunes, sino significativos y selectos, porque en un epíteto se cifra tal vez un concepto, una alusión o una crisis, y hállanse algunos tan relevantes, que pasan los términos de su esfera. El estilo lacónico los tiene desterrados en primera ley de atender a la intensión, no a la extensión; en el mismo verso huye la redundancia. Ajústanse en este dístico cuatro muertes, variamente sucedidas en veinticuatro horas. Mató a un niño un carnero, la madre degolló a éste; vino el marido del campo, y dio de puñaladas a la mujer; cogióle a él la justicia y ahorcóle. Señaló el maestro de la academia este asunto para un dístico, y a uno de los discípulos le dio el demonio éste:

Verbex cum puero, puer unus, sponsa, maritus,
Impete, cultello, fune, dolore perit.

Mas el nervio del estilo consiste en la intensa profundidad del verbo. Haylos significativos, llenos de alma, que exprimen con doblada énfasis, y la sazonada elección de ellos hace perfecto el decir. Esta eminencia, con la mucha sutileza ha puesto entre los de primera clase a nuestro aragonés, y casi bilbilitano don Francisco Diego de Sayas y Ortubia; desempéñame con este digno epigrama a Cleopatra:

Sutilizando filos a la muerte,
En venenos fatales a la vida,
Quiere Cleopatra, a su impiedad rendida,

Dominar los orgullos de la suerte.
Observado el más dulce y el más fuerte
Temido, a un áspid sordo se convida,
Que cebado en la sangre de su herida,
Al César tan gran púrpura divierte.
Así atrevida de su imagen triste,
Al lento original trocó el semblante,
Con beldad, que al estrago se resiste.
¡Oh, vengadora altiva de su amante!
Lo posible con todos excediste,
Pues de despojo asciendes a triunfante.

Preñado ha de ser el verbo, no hinchado, que signifique, no que resuene; verbos con fondo, donde se engolfe la atención, donde tenga en qué cebarse la comprensión. Hace animado el verbo la translación, que cuesta la alusión, crisis, ponderación y otras semejantes perfecciones, que con aumento de sutileza fecundan y redoblan la significación. Elige el verbo entre mil Cornelio Tácito; no se casa con cualquiera Valerio, y con los muchos borrones iluminaron Virgilio y Marcial sus eternas obras, digo intensión del verbo, porque hay grados de propiedad en el significar; exageran unos; al contrario, otros escasamente apuntan, y hase de hablar a la ocasión.

Por raros, por superlativos que sean los conceptos, si no tienen estrella, suelen malograrse, que esto de ventura es achaque trascendiente. ¿Qué diré del uso? Que corren unos en un tiempo y arrincónanse otros, y vuelven éstos a tener vez porque no hay cosa nueva para el sol; florecieron en un tiempo las alegorías, y poco ha estaban muy validas las semejanzas. Hoy triunfan los misterios y reparos. Importa mucho el pensar al uso, no menos que la gala del ingenio; para mi gusto, la agradable alternación, la hermosa variedad, que si *per tropo variar natura è bella,* mucho más el Arte.

Discurso LXI

DE LA VARIEDAD DE LOS ESTILOS

Descendiendo a los estilos en su hermosa variedad, dos son los capitales, redundante el uno y conciso el otro, según su esencia: asiático y lacónico, según la autoridad. Yerro sería condenar cualquiera, porque cada uno tiene su perfección y su ocasión. El dilatado es propio de oradores; el ajustado, de filósofos morales. Los historiadores se bandean, lisonjeando el gusto con su agradable variedad. Más que vulgar ignorancia es querer ajustar un historiador a la seca narración de los sucesos sin que comente, pondere, ni censure. ¿Quién presumirá condenar a Valerio Máximo, que pondera, y a Tácito, que censura; a Floro, que aprecia, y a Patérculo, que comenta? Y si esta paradoja fuera verosímil, no había de haber más que un historiador de cada materia, porque en refiriendo uno los sucesos, no les quedaría que hacer a los demás, sino cansar con repetir. La desnuda narración es como el canto llano; sobre él se echa después el agradable artificioso contrapunto. Es anómalo el humano gusto, que apetece en un mismo manjar mil diferencias de sainetes. De los poetas, los épicos se explayan, los epigramatarios se ciñen.

Uno y otro estilo han de tener alma conceptuosa, participando del ingenio su inmortalidad. No hay autor de los célebres y príncipes que no tenga alguna especial eminencia de agudeza, porque Cornelio Tácito, aquél que significa otro tanto más de lo que dice, se extremó en las apetitosas crisis, examinando las intenciones y descubriendo el más disimulado artificio. Hablando del testamento de Augusto, y ponderando que había sustituido por herederos en falta de los suyos a los magnates de Roma, con estar mal con los más de ellos, glosa que lo hizo por captar la gloria y el aplauso de los venideros: *Augustus testamento Tiberium, et Libiam haeredes habuit, in spem secundam Nepotes, Pronepotesque; tertio gradu primores civitatis scripserat, plerosque invisos sibi, sed jactantia, gloriaque ad posteros.* De esta suerte tiene discretísimas censuras, y es artificio no común el escudriñar el artificio ajeno. Reciprocá-

ronse bien el malicioso Tiberio con el censurador Tácito; en el libro cuarto de sus *Anales* dice de él, cuando negó la licencia a España de erigirle aras, que con emulación del Asia se la pedía, que menospreciando la fama y la reputación menospreció las virtudes: *Quod alii modestiam, multi quia diffideret, quidam, ut degeneris animi interpretabantur, optimos quippe mortalium altissima cupere, sic Herculem, et Liberum apud Graecos, Quirinum apud nos, Deorum numero additos, caetera Principibus statim adesse, unum insatiabiliter parandum, prosperam sui memoriam nam contemptu famae, contemni virtutes.*

Lo que admira en Tácito es la copia con tanta sutileza, que aunque todos los hombres son naturalmente ingeniosos en los ajenos vicios, con todo eso, para que las crisis no sean vulgares, es menester sublime genio. Tuvo dictamen Tiberio de no mudar los virreyes por trienios, sino dejarlos en las provincias por mucho tiempo; llega a glosar esta política Tácito, y despliega grandes primores. Pudo nacer, dice, de flojedad, haciendo eterno lo que una vez agradó; ya de envidia, porque no gozasen muchos de los cargos o, finalmente, porque así como Tiberio era de ingenio astuto, así de juicio sospechoso; por una parte aborrecía los grandes vicios, por otra, las eminentes virtudes en los sujetos; de los muy buenos concebía peligro para sí, y de los muy malos temía la deshonra para la República: *Causae variae traduntur, aut taedio novae curae, semel placita pro aeternis servavisse; aut invidia, ne plures fruerentur; aut demum, quia ut callido ingenio erat Tiberius, ita anxio judicio, neque eminentes virtutes sectabatur, et rursum vitia oderat; ex optimis periculum sibi, a pessimis dedecus publicum metuebat.* Éste es el discurrir de Tácito, ésta su eminencia. ¡Cuán poco imitada de los que vinieron después, y mucho menos de nuestros populares modernos, tan plausible a todos los varones juiciosos!

Los nueve libros de Valerio Máximo, sin duda que se los dieron ya limados y perfectos las nueve cultas Piérides. Fue, al contrario, eminente en las ponderaciones juiciosas, gran apreciador de los hechos y dichos heroicos. De estilo también puntual, y, aunque excede en una, no por eso olvida las demás agudezas, Ensalza, entre otras, la grande acción del

gran Pompeyo, que con la misma mano valerosa con que rindió a sus pies al rey Tigranes, con la misma, cortés, le levantó a ser rey otra vez. Juzgando, dice, por tan bizarra acción el hacer reyes como el vencerlos: *Aeque pulchrum esse judicans, et vincere Reges, et facere.* Con ingeniosa correspondencia y proporción, en otra parte introduce a Quinto Crispino, hablando con Badio Campano, vencido en singular desafío. «Busca —dice— otra diestra que te mate, que la mía está acostumbrada a darte vida.» *Aliam quae occidat dexteram quaere, quoniam mea te servare didicit.* De esta suerte va discurriendo Valerio, siempre igual a sí mismo, sin echarse jamás a dormir. Pondera al siempre vencedor Alejandro, rendido, no a otro hombre mortal, sino a su envidiosa muerte: *Idem non hominum ulli, sed naturae fortunaeque cedens.* Y que entronizándose luego en la cama, franqueó su diestra por remate a cuantos la quisieron lograr. ¿Quién, dice, no diligenciará el besar aquella heroica mano, que ya oprimida del mal, animada más de su humanidad que de su espíritu, satisfizo al deseo de todo su numeroso ejército? *Dexteram omnibus, qui eam contingere vellent porrexit. Quis autem illam osculari non curaret, quae jam fato, oppressa maximi exercitus complexui humanitate quam spiritu vividiore suffecit?*

Lucio Floro, cuyo nombre alude a que la primavera, sobre el jardín de sus cuatro libros, vertió la copia de tantas flores y frutos de agudezas, se aventajó en la profundidad de los misterios y en la valentía de los reparos. Repara, pues, cómo del mayor extremo de la felicidad pasó en un punto César al mayor extremo de la desdicha; pondera el cúmulo de sus honores, templos en la ciudad, sus imágenes en el teatro, rayos en su corona, trono en el Senado, dosel en su casa, mes en el cielo, y, sobre todo, el ser aclamado por padre de la patria. Todas estas honras, dice, no fueron otro que arreos de una víctima destinada para una muerte fatal: *Omnes unum in Principem congesti honores circa Templa, imagines in Theatro, distincta radiis Corona, suggestus in Curia, fastigium in domo, mensis in Coelo, ad hoc pater ipse patriae perpetuusque dictator. Quae omnia velut infulae in destinatam morti victimam congerebantur.* Más arriba, ponderando que Pompeyo había escapado de la últi-

ma batalla, dice: «Fuera feliz Pompeyo en los mismos males, si hubiera corrido igual fortuna con su ejército, pero sobrevivió a su dignidad, para que con mayor deshonra por los bosques de Tesalia huyese a perecer.» *Felicem ut cumque in malis Pompejum si eadem ipsum, quae exercitum ejus fortuna traxisset; superstes dignitatis suae vixit, ut cum majore dedecore per Thesalica tempe aequo fugeret pulsus Hearis in deserto Ciliciae, scopulo fugam in Parthos Africam, vel Aegyptum agitaret: ut denique in Pelusiaco littore imperio vilissimi Regis, consiliis Spadonum, et ne quid malis desit. Septimii desertoris sui gladio trucidatus sub oculis uxoris suae, liberorumque moreretur.* Ponderando que Dolabela acabó con las reliquias de aquel ejército francés que abrasó a Roma, dice que fue porque no hubiera quien pudiera gloriarse de haber pegado fuego a la Fénix del mundo, que renació de aquellas llamas: *Incendium illud quid egit aliud, nisi ut destinata hominum, ac deorum domicilio civitas, non deleta, non obruta, sed expiata potius, et illustrata videatur? Nec non tamen post aliquot annos omnes reliquias eorum in Ethruria ad lacum Vadimonis Dolabella delerit, ne quis extaret, in ea gente, qui incensam a se Romanam Urbem gloriaretur.* De Sagunto y de Numancia concepteó como merecían, pues dijo de la primera que celebraron sus funerarias la desolada Italia, la cautiva África, con estrago de todos los reyes y capitanes; unos que la destruyeron, y otros que la vengaron: *Nam quasi has in ferias sibi, Saguntinorum ultimae dirae in illo publico parricidio, incendioque mandassent, ita manibus eorum vastatione Italiae, captivitate Africae, Ducum, et Regum, qui id gessere bellum, exitio parentarum est.* De Numancia, que constando claramente a los romanos que era invencible, determinaron enviar un capitán invencible, a prueba de la arruinada Cartago: *Novissime cum invictam esse constaret, opus quoque eo fuit, qui Carthaginem everterat.* Es de notar en Floro que el mismo vigor de su grande ingenio, que causa una infinita fecundidad de misterios y reparos, ese mismo le va siempre aumentando prodigiosamente la agudeza.

No fueron más de dos los libros de Cayo Veleyo Patérculo, para que fuesen el *non plus* de la agudeza, del aliño y de la elocuencia. Su eminencia consiste en la mayor beldad del ingenio, que son los conceptos de correspondencia y propor-

ción. Tal fue aquélla de César, que el imperio que había adquirido con las armas lo había de haber conservado con las mismas: *Ut Principatum, armis quaesitum, armis teneret.* Bellísima improporción ésta, dice, hablando de Cicerón: «Nadie hubo que defendiese la salud de aquél, que por tantos años había defendido la salud pública de la ciudad y la privada de tantos ciudadanos»: *Cum ejus salutem nemo defendisset, qui per tot annos, et publicam Civitatis, et privatam civium defenderat.* De su destierro y vuelta a Roma, dijo: *Neque post Numidici exilium, aut reditum, quisquam aut expulsus invidiosius, aut receptus est laetius.* De la liga que hicieron entre sí César, Pompeyo y Craso, dice que fue tan dañosa y fatal para ellos mismos, como lo fue para la República: *Inita potentiae societas, quae urbi; et orbi terrarum, nec minus diverso tempore, ipsis exitiabilis fuit.* Hablando de Catilina, dice que no con menos diligencia acompañó sus consejos ocultos que manifiestos: *At Catilina non segnicis nota obiit, quam sceleris conandi consilia inierat.* Contrapone elegantemente la ambición de Pompeyo en procurar las honras y su moderación en deponerlas: *In appetendis honoribus immodicus, in gerendis verecundissimus, ut qui eos libentissime iniret, ita finiret aequo animo; et quod cupisset arbitrio suo summere, alieno deponeret.* Artificiosa disonancia ésta, en que pinta el miserable estado de Roma, tiranizada de Sila: *Ne quid unquam malis publicis deesset, in qua Civitate semper virtutibus certatum erat, certabatur sceleribus.*

El padre de la elocuencia, Marco Tulio Cicerón, aquél que magnificó tanto a Roma con su lengua como Escipión con su brazo, tiene también eminente lugar entre los ingeniosos y agudos, aunque como orador se templaba y como filósofo ejercitaba más el juicio que el ingenio. En todo género de agudeza fue excelente la oración *Pro Fonteya;* hablando con el pueblo romano, dice así, con una artificiosa proporción: «Su hermana, virgen de Vesta, extiende a vosotros aquellas manos, que por vosotros tantas veces extendió a los dioses; mirad, que parece soberbia despreciar vosotros los ruegos, que si los dioses los hubieran menospreciado, no estuviera ya en pie la República. No queráis, romanos, que aquel sagrado fuego, conservado con el cuidado y vigilias de Fonteya, se vea

ahora apagado con sus lágrimas»: *Tendit ad vos virgo Vestalis manus supplices easdem, quas pro vobis Diis immortalibus tendere consuevit. Cavete ne periculosum superbumque sit, ejus vos obsecrationem repudiare, cujus preces si Dii aspernarentur, haec salva esse non possent. Prospicite, Quirites, ne ignis ille aeternus nocturnis Fonteiae laboribus, vigiliisque servatus Sacerdotis Vestae lachrymis extinctus esse dicatur.* Contra Pisón, trae este valiente encarecimiento en alabanza del César. «Fue —dice— tan grande su valor y su gobierno, que si los Alpes se allanaran y si las corrientes del Rhin se agotaran, no con la defensa natural, sino con sus hazañas, estuviera Italia fortalecida»: *Caesaris ego Imperio non Alpium vallum contra ascensum, transgressionemque Gallorum; non Rheni fossam gurgitibus illis redundantem Germanorum inmanissimis gentibus obiicio, et oppono, perfecit ille, ut si montes resedissent, omnes exaruissent, non naturae presidio, sed victoria sua, rebusque gestis Italiam munitam haberemus.* Ni perdonó a la agudeza nominal, pues dijo contra Vatinio Estruma, en la oración *Pro P. Sestio: Hi medentur Reipublicae, qui execant pestem aliquam, tanquam Strumam Civitatis.* En la *Filípica* tercera: «¡He aquí —dice— por qué su maestro de Antonio se hizo arador de orador.» Están llenas sus obras de semejantes ingeniosísimos conceptos.

Séneca fue un oráculo sentencioso. El *Panegírico* de Plinio a Trajano es una prodigiosa lisonja del ingenio y un breve praxis de toda esta arte conceptuosa. Entre los poetas, Marcial fue tan agudo universal, que las musas, leídos sus catorce libros, en lugar del vulgar *Finis* pusieron Fénix. Así como al jurado de Córdoba, Juan Rufo, le mudaron el nombre y le llamaron *Galán suyo.* Al Mendoza de los ingenios españoles le baste para encomio que el mayor gusto del mayor rey, y aun más discreto que monarca, le sublimó al valimento de su ingenio. El Benjamín de Córdoba, don Luis de Góngora, es hasta hoy última corona de su patria. Diego López de Andrade fue heredero de la valentía ingeniosa de su gran Padre, y en quien pareció que volvía a renacer el sol de la agudeza. Otros muchos grandes ingenios florecen en compañía, blasón de pluralidad, renombre de muchedumbre, y entre todos el comentador de los Reyes, y rey de los comentadores.

Ladéasele el padre Diego de Baeza, prestando luz a tantos de su séquito; compiten en celada la cultura y la agudeza.

¡Oh, tú, cualquiera que aspiras a la inmortalidad, con la agudeza y cultura de tus obras, procura de censurar como Tácito, ponderar como Valerio, reparar como Floro, proporcionar como Patérculo, aludir como Tulio, sentenciar como Séneca, y todo como Plinio!

Discurso LXII

IDEAS DE HABLAR BIEN

Otros dos géneros de estilo hay célebres, muy altercados de los valientes gustos, y con el natural y el artificial; aquél, liso, corriente, sin afectación, pero propio, casto y terso; éste, pulido, limado, con estudio y atención; aquél claro, éste dificultoso. Aquél, dicen sus valedores, es el propio, grave, decente; en él hablamos de veras, con él hablamos a los príncipes y personajes autorizados; él es eficaz para persuadir, y así muy propio de oradores, y más cristianos; es gustoso, porque no es violento; es sustancial, verdadero, y así el más apto para el fin del habla, que es darnos a entender. El artificioso, dicen sus secuaces, es más perfecto, que sin el arte siempre fue la naturaleza inculta y basta; es sublime, y así más digno de los grandes ingenios; más agradable, porque junta lo dulce con lo útil, como lo han practicado todos los varones ingeniosos y elocuentes.

Pero cada uno en su sazón, y todo con cordura; y nótese, con toda advertencia, que hay un estilo culto, bastardo y aparente, que pone la mira en sola la colocación de las palabras, en la pulideza material de ellas, sin alma de agudeza, usando de encontrados y partidos conceptos, de alforja los apodaba Bartolomé Leonardo, porque lo mismo exprime el que va delante como el que viene detrás. Ésta es una enfadosa, vana, inútil afectación, indigna de ser escuchada. Ornato hay en la retórica para las palabras, es verdad, pero más principal para el sentido, que llaman tropos y figuras de sentencias. Siem-

pre insisto en que lo conceptuoso es el espíritu del estilo. Esta eminencia ha hecho tan estimadas las cartas de aquel tan favorecido de la fama cuan perseguido de la fortuna Antonio Pérez, como se admira en ésta, que mereció ser la primera a Madama Caterina, hermana de Enrico IV, rey de Francia:

«Señora:

Pues no debe de haber en la tierra rincón ni escondrijo adonde no haya llegado el sonido de mis persecuciones y aventuras, según el estruendo de ellas, de creer es que mejor habrá llegado a los lugares tan altos como vuestra alteza la noticia de ellas. Éstas han sido, y son tales por su grandeza y larga duración, que me han reducido al último punto de necesidad, por la ley de la defensa y conservación natural, a buscar algún puerto donde salvar esta persona y apartarla de este mar tempestuoso, que en tal braveza le sustenta la pasión de ministros, tantos años ha, como es notorio al mundo. Razón, señora, bastante, para creer que he estado como metal a prueba de martillo, y de todas pruebas. Suplico a V. A. me dé su amparo y seguro, y donde pueda conseguir este fin mío; o si más fuere su voluntad, favor y guía, para que yo pueda con seguridad pasar y llegar a otro príncipe de quien reciba este beneficio. Hará V. A. obra debida a su grandeza, pues los príncipes tienen y deben ejercitar en la tierra la naturaleza de los elementos; que para conservación del mundo, lo que un elemento sigue y persigue, otro acoge y defiende. Y como a los príncipes se les presentan y admiten con gracia y curiosidad los animales raros y monstruosos de la naturaleza, a V. A. se le presentará delante un monstruo de la fortuna, que siempre fueron de mayor admiración que los otros, como efectos de causas más violentas; y éste lo puede ser por eso, y por ver con qué nonada se ha tomado y embravecido, tanto tiempo ha, la fortuna, y por quién se ha trabado tan al descubierto aquella competencia antigua, de la porfía natural de la pasión de la una, con el favor de la otra, y de las gentes.»

Escribióla en su mayor aprieto, y así el ingenio apretado hizo tan relevante esfuerzo. Sea el primero ejemplar del esti-

lo grave, conceptuoso y natural; tiene algunas palabras anticuadas este autor, que les sucede en todas lenguas lo que dijo Horacio de la latina:

Ut silvae foliis pronos mutantur in annos,
Prima cadunt: ita verborum vetus interit aetas,
Et juvenum ritu florent modo nata, vigentque.
Multa renascentur, quae jam cecidere; cadentque
Quae nunc sunt in honore vocabula, si volet usus;
Quem penes arbitrium est, et vis et norma loquendi.

Es el estilo natural, como el pan, que nunca enfada: gústase más de él que del violento por lo verdadero y claro, ni repugna a la elocuencia, antes fluye con palabras castas y propias; por eso ha sido tan leído y celebrado Mateo Alemán, que a gusto de muchos y entendidos es el mejor y más clásico español. Describiendo un aplauso, dice:

«Luego que llegó, vio alterada la plaza, huyendo la turba de un famoso toro, que a este punto soltaron: era de Tarifa, grande, madrigado, y como un león de bravo; así como salió dando dos o tres ligeros brincos, se puso en medio de la plaza, haciéndose dueño de ella, con que a todos puso miedo; encarábase a una y otra parte, de donde le tiraron algunas varas, y sacudiéndolas de sí, se daba tal maña que no consentía le tirasen otras desde el suelo, porque hizo algunos lances, y ninguno perdido. Ya no se atrevían a poner delante, ni había quien a pie lo esperase, aun de muy lejos. Dejáronlo solo, que otro más que Ozmín y su criado no parecían allí cerca. El toro volvió al caballero como un viento y fuele necesario, sin pereza, tomar su lanza; porque el toro no la tuvo en entrarle, y levantando el brazo derecho, que con el lienzo de Daraja traía por el molledo atado, con graciosa destreza y galán aire, le atravesó por medio del gatillo todo el cuerpo, clavándole en el suelo la uña del pie izquierdo, y cual si fuera de piedra sin más menearse, lo dejó allí muerto, quedándole en la mano un trozo de la lanza, que arrojó por el suelo, y se salió de la plaza. Todos quedaron con general murmullo de admiración y alabanza, encareciendo el venturoso lance y

fuerzas del embozado. No se trataba otra cosa que ponderar el caso, hablándose los unos a los otros; todos lo vieron, y todos lo contaban, a todos pareció sueño, y todos volvían a referirlo; aquél dando palmadas, el otro dando voces; éste habla de mano, aquél se admira; el otro se santigua, éste alza el brazo y dedo, llena la boca y los ojos de alegría; el otro tuerce el cuerpo y se levanta; unos arquean las cejas, otros, reventando de contento, hacen graciosos matachines, que todo para Daraja eran grados de gloria», etc. ¿Qué cosa más dulce puede hallarse? ¿Qué cultura que llegue a la elocuencia natural? En las cosas hermosas de sí, la verdadera arte ha de ser huir del arte y afectación. Aun en el verso, esta lisura hace tan ilustre a Garcilaso:

Hermosas Ninfas, que en el río metidas,
Contentas habitáis en las moradas
De relucientes piedras fabricadas
Y en columnas de vidrio sostenidas;
Ahora estáis labrando embebecidas,
O tejiendo las telas delicadas;
Ahora unas con otras apartadas,
Contándoos los amores y las vidas:
Dejad un rato la labor, alzando
Vuestras rubias cabezas a mirarme,
Y no os detendréis mucho, según ando;
Que o no podréis de lástima escucharme,
O convertido en agua, aquí llorando,
Podréis allá de espacio consolarme.

En este mismo género de estilo natural hay también su latitud; uno más realzado que otro, o por más erudición o por más preñez de agudeza, y también por más elocuencia natural. Que aunque este lenguaje es aquél que usan los hombres bien hablados en su ordinario trato, sin más estudio; con todo eso hay unos naturalmente más elocuentes que otros, y más aliñados. Como lo fue el maestro Márquez, benemérito de la lengua española. Dice en el cap. 38 del libro segundo de *El gobernador Cristiano,* dando un importante precepto a

los Príncipes: «Todos los que escriben materias de Estado aconsejan que el príncipe hable poco y premeditadamente, porque dejado aparte, que como dice el Espíritu Santo, es de necios hablar mucho, es gran pérdida del decoro y aventúrase sin remedio, si se le cayese alguna palabra menos compuesta, no tan discreta o tan limada, como se promete la expectación del pueblo. Un antiguo griego solía decir que nunca el príncipe ha de hablar, sino como si hablara en una tragedia, y quiso decir que ha de hablar de pensado y sin que palabra le sea casual. Atendiendo a esta doctrina, dice Suetonio que introdujo Tiberio la costumbre de hablar por memoriales, por no obligarse a responder de repente, y Salomón, el más discreto príncipe que tuvo el mundo, dice que por ningún camino llega más presto un rey a ser tenido por necio que por hablar, y que si lo echasen de ver algunos, traerían siempre el dedo en la boca. También es necesario que cuando hablare, sea con cuidado, y en estilo diferente del vulgar, como decía Amasis, rey de Egipto, y Aristóteles escribió a Alejandro, porque cualquiera palabra de un rey es tenida por oráculo, y lo escriben en mármoles los que la oyen, e importa conservar el crédito de bien hablado para que le estimen y teman ponerse en su presencia los que no lo son», etcétera. Esto es hablar en seso, y cuando las materias son importantes, conviene que se entiendan, pero con sublimidad y con fondo. En lo poético, aunque tal valedor del estilo desafectado, Bartolomé Leonardo, que parecen prosa en consonancia sus versos, fue más preñado su genio que el de Lupercio, su hermano:

Si en los sucesos prósperos declina,
¡Oh, Hercinia! la virtud de los mortales,
Y generosa crece entre los males,
Produciéndole glorias su ruina;
Más debes a la tierra peregrina,
Que a la de tus Penates naturales,
Así como el mejor de los metales
Debe más a la llama que a la mina.
Que la felicidad no perfecciona

Al alma, aunque la da noble materia
Donde con vigilancia se ejercite.
Y los monstruos que guarda Celtiberia
Dignos de Alcides son, el cual no admite
De las manos del ocio la corona.

Hay uno como medio entre los estilos natural y culto, que ni del todo se descuida, ni del todo se remonta, de frase sustancial y llena. Tal fue el de don Antonio de Fuen-Mayor, en la *Vida de Pío V,* digno asunto de tan vigilante pluma. Logra este razonamiento de un morisco a sus granadinos, que puede competir con los que introduce el famoso Livio: «Aunque es sin fruto trataros de lo que os está bien, estando con tanta pasión y tan determinados al mal; el dolor, la sangre, el conocimiento, no permiten que calle. Al menos no seremos todos incitadores de vuestra ira, habrá alguno que hable con consejo. Muéveos a alteraros las injusticias de los jueces y el deseo de libertad, cosas que entre sí mal convienen. Si queréis vengaros de los magistrados, ¿por qué alabáis la libertad contra el rey?, y si es afrenta estar sujetos, dejad los vicios de los que gobiernan, pues a justos era deshonra obedecer. Pero examinemos cada cosa. ¿Agravian os los magistrados en ejecutar las premáticas reales? Ése es su oficio, ser ministros de la ley; si ella es injusta, en ella está la culpa; no en el juez, sea de ellos. ¿Por qué amenazáis a los miserables cristianos, que entre nosotros viven? ¿Lavarán su sangre inocente los yerros que no han hecho? Cuando los cielos aprueben vuestra causa, no pueden el modo. Condena vuestra poca modestia la razón, si alguna tuvierais. ¿Y qué medio es para libraros de sus vicios romper guerra, donde serán mejor crueles y avarientos, que adonde el robo y el homicidio merecen premio? Si primero os ofendían, era con algún recato, escondiendo el odio y codicia; ahora, roto el freno del temor, e irritados, buscarán el cielo y tierra para que den fe y aplauso a sus atrocidades. En fin, ¿no podéis sufrir a cuatro que os gobiernan y llamáis contra vosotros todo el reino? La libertad dulce es, pero el que la quiere procure no perderla, porque quien una vez, reconocido señor, se rebela, más es contumaz siervo, que ama-

dor de la libertad. Compráramosla entonces con sangre, cuando el rey don Fernando pobló de pabellones esa vega; nuestros padres, mayores de cuerpos y ánimos, ejercitados en las guerras, llenos de armas, señores de las fuerzas y ciudades del reino, no pudieron resistir a los cristianos: vosotros menos, sin un muro, dados a la labor de la tierra, desarmados, ¿queréis sujetarles, cuando en riquezas y señoríos han crecido tanto? ¿Sois vosotros más nobles que los italianos, más fuertes que los alemanes, más desconocidos que los indios, más coléricos que los franceses, más ricos que los sicilianos? Italia, domadora del mundo, consiente gobernadores españoles en sus provincias. Los alemanes, con aquella gentileza de cuerpos y ánimo despreciador de la muerte, no bastaron a que no atravesasen el Albis las vencedoras insignias de España. Inmensos y no domados mares servían de muro a los del nuevo mundo, pero no bastaba para los corazones españoles un mundo, y conquistaron otro nuevo. La belicosa Francia sintió en lo más precioso los truenos de las bombardas de España, y cansada de ver presos sus reyes y ser vencida, buscó en la paz seguridad; los fértiles collados de Sicilia sirven a la abundancia de España. Solos vosotros os queréis oponer a la corriente de sus hados», etcétera.

Puede ladeársele éste de don Antonio de Vera y Zúñiga. En su *Epítome Carolina* introduce al César con esta oración, hablando a la Dieta: «Bien que el Canciller os ha dicho la resolución que he tomado y las causas de ella, os quiero acordar que este año se cumplieron cuarenta que el Emperador, mi abuelo, teniendo yo quince, me sacó de tutela ajena, entregándome a mí mismo; el siguiente, que murió el Rey Católico, mi señor, me hallé rey de España, porque mi madre lo hubo por bien; treinta y seis años ha que murió el Emperador, mi abuelo, cuya dignidad, ni por mi edad merecida, ni por mi diligencia solicitada, me dieron los Electores, que si bien no la procuré con ambición, la acepté con alegría, por el aumento de la religión y útil de Alemania, mi patria, y por la más inmediata ocasión de medir la lanza con el príncipe de los otomanos; las herejías de Lutero y sus valedores, la emulación de algunos príncipes cristianos, me han embara-

zado mucho, causa de no haber podido poner perfecto cobro en todo, bien que (los loores se den a su autor) hasta este día, ni dejé de salir con honor, ni excusé trabajo. A este efecto pasé nueve veces a Alemania la Alta, seis a España, en Italia siete, diez he venido a estos Estados. En Francia he entrado cuatro, dos en Inglaterra, y otras tantas en África. Ocho veces he entregádome al mar Mediterráneo, y al Océano, con ésta, que será la última, cuatro», etcétera. Llenó con ventajas el precepto de Horacio, cuando hablando de la propiedad del estilo, dijo:

Intererit multum, Davus ne loquatur, an Heros
Maturusne senex, an adhuc florente juventa
Fervidus, an Matrona potens, an sedula nutrix,
Mercator ne vagus, cultor ne virentis agelli,
Colchus, an Assyrius; Thebis nutritus an Argis.

Escribe el doctor Babia con estilo claro, pero muy terso y elegante. Cabrera es ya más afectado. El caballero Conestagio, en su *Unión del Reino del Portugal con Castilla,* renovó aquel juicioso y profundo estilo de Tácito; sea su encomio el traducirle del italiano en español el mismo Babia. El francés Pedro Matheo, eminente historiador de Enrico Cuarto, y muy estimado de él (sabiamente, pues con una valiente pluma vuela por los espacios de la eternidad la Fama), fue también juicioso, ponderativo algo en demasía, tanto, que le censuran algunos de su nación más de orador que de historiador; pero absolutamente se hace lugar entre los antiguos Floros, Patérculos y aun Cornelios; oye cómo comienza la historia de la lamentable muerte de su gran Enrique: «Si la paz constituye los estados felices, la Francia, que doce años continuos la había gozado a la sombra de las palmas y laureles de su gran rey podía decir que el Cielo no tenía que añadir tanta felicidad, si no era la constancia, antes deseada que experimentada en los cuidados del mundo; estaban ya extinguidos los incendios de las pasiones, las desconfianzas no molestaban los espíritus, no temían alterarse otra vez, ni perturbarse; estaban desmentidas las particulares miserias con la pública prosperidad.»

El Marqués Virgilio Malveci, merecedor de tan suprema clase, junta el estilo sentencioso de los filósofos con el crítico de los historiadores, y hace un mixto admirado; parece un Séneca que historia y un Valerio que filosofa. Supone este genio, sabida la historia a lo llano, echa él después su comento, y así ha sido más célebre en lo antiguo, que renueva, que en lo moderno de que da noticia. Entra así filosofando en su inmortal *Rómulo:* «Trabajo es el escribir de los modernos; todos los hombres cometen yerros; pocos, después de haber incurrido en ellos, los quieren oír; conviene adularlos, o callar; el discurrir de sus hechos es un querer enseñar más con el propio dictamen, que con el ejemplo ajeno, más a quien escribe, que a quién lee; más de callar, que de obrar. Los hechos de los príncipes tienen antes otro cualquier parecer que el verdadero; el contarlos como parecen tiene de lo épico; pero como son de lo satírico», etcétera. Este modo enseña más que deleita; en cada cláusula encierra una alma, por eso requiere viva atención; excede al estilo culto porque lo que éste pone en la agudeza, aquél en la profundidad. Pero vengamos ya al estilo aliñado, que tiene más de ingenio que de juicio, atiende a la frase relevante, al modo de decir florido; fue Fénix de él, no tanto por primero, pues ya en el latín Apuleyo y en el español don Luis Carrillo lo practicaron, cuanto porque lo remontó a su mayor punto don Luis de Góngora, especialmente en su *Polifemo* y *Soledades.* Algunos le han querido seguir, como Ícaros a Dédalo: cógenle algunas palabras de las más sonoras, y aun frases de las más sobresalientes (como el que imitó el defecto de torcer la boca del rey de Nápoles), incúlcanlas muchas veces de modo que a cuatro o seis voces reducen su cultura. ¡Oh, qué bien los nota el juicioso Bartolomé Leonardo!:

> Con mármoles de nobles inscripciones,
> (Teatro un tiempo y aras) en Sagunto,
> Fabrican hoy tabernas y mesones.

En la prosa fue igual suyo el agradable Hortensio; juntó lo ingenioso del pensar con lo bizarro del decir; es más admira-

ble que imitable; con todo sea para pocos y singulares, este trozo de oro en el Sermón de la Visitación: «Célebre es en la antigüedad la destreza de Alcón (así se llamaba un tirador grande de aquellos siglos); durmióse en el campo un hijuelo suyo, y como suele ser la hierba dulce, si engañosa celada de las culebras, una que acreditaba, entre otras, aquella verde traición llegó al muchacho, y abrazándole engañosamente con un orbe y otro, con una y otra vuelta, halló quietud a su enojo, y prevenía la muerte al muchacho; vínole a buscar el padre, pasmó a la primera vista, y neutral al ardor y al hielo, entre el temor de la muerte del hijo y el deseo de librarle de ella, quedó perplejo; pero ¡a cuánta lisonja le sirvió el susto! Coge el arco, ajusta la flecha, vibra la cuerda, pone la mira, sale la pluma del arco, rompiendo con tanto silencio como velocidad el aire; clava la culebra con tiento tal, que para que obediente, tanto al amor como a la destreza, midió la distancia que había del estruendo a la lesión, y en las entrañas de la sierpe, abrazada con el mozo, logrando el tiro, a la sierpe quitó la vida y al mozo no ofendió la piel, antes, despertando al golpe, llegó (como decimos vulgarmente) hasta saltar de placer. ¡Feliz golpe! ¡Extraña destreza! ¡Rara arte! La arte, dice Manilio, era el ser padre; la naturaleza venció al peligro, y a un mismo tiempo apartó del mozo la muerte y el sueño, la imagen y la verdad:

Ars erat esse patrem: vicit natura periclum,
Et pariter juvenem somnoque, et morte levavit.

Durmiendo estaba en la ignorancia de las entrañas, Juan, de su madre; cogido le tenía la primer culebra, vueltas dadas tan apretadamente al pecho, que bebía el veneno la alma, achaques de la primera hierba del Paraíso; desde su casa le da el ánimo a María, era Madre de Dios y nuestra; viene al lugar del peligro, reconoce en Juan la sierpe, vibra el amor, no los brazos de traidora, las entrañas sí de Madre; arroja la flecha que escogió el Padre por tal, como a voces lo dijo Isaías: *Posuit me quasi sagittam electam.* Penetró las entrañas de Isabel, atravesó la culebra; ¡sólo el estruendo sintió Juan, y en él el

beneficio de verse libre, saltó gozoso: *Exultavit infans in gaudio in utero meos.* ¡Extraña destreza! ¡Rara arte! *Ars erat esse Matrem.* La arte era ser Madre de Dios.»

El estilo del sutil Diego López de Andrade, agustiniano, es todo delicadeza; va siempre concepteando, como su gran padre Agustino, en el sermón de los Inocentes, Ambrosio, en el de Santa Inés, y San Crisólogo, en el de la Magdalena. El grave, el majestuoso y muy señor estilo, imitador del de San León Papa, es sin duda el del célebre doctor don Francisco Filhol, hebdomadario de la iglesia Catedral de San Esteban de Tolosa, cuya casa, aunque sea un rarísimo agregado de prodigios de la naturaleza y del arte, él es el primero y mayor de todos, por su docta santidad; gloria de Francia, admiración de Europa, ornamento de nuestro siglo, envidia de los venideros.

Discurso LXIII

DE LAS CUATRO CAUSAS DE LA AGUDEZA

La cognición de un sujeto por sus causas es cognición perfecta; cuatro se le hallan a la agudeza, que cuadran su perfección: el ingenio, la materia, el ejemplar y el arte; es el ingenio la principal, como eficiente; todas sin él no bastan, y él basta sin todas; ayudado de las demás, intenta excesos y consigue prodigios, mucho mejor si fuere inventivo y fecundo; es perenne manantial de conceptos y un continuo mineral de sutilezas. Dicen que naturaleza hurtó al juicio todo lo que aventajó el ingenio, en que se funda aquella paradoja de Séneca, que todo ingenio grande tiene un grano de demencia. Suele estar de día y tener vez, de modo que él mismo se desconoce; altérase con las extrínsecas y aun materiales impresiones; vive a los confines del afecto, a la raya de la voluntad y es mal vecindado él de las pasiones. Depende también de la edad; niñea y caduca con ella; su extremado vigor está en el medio; hasta los sesenta años es el crecer, desde allí adelante ya flaquea, y conócese bien en las obras de los más

grandes hombres; hasta los cuarenta años no está del todo hecho, y aunque a veces más picante, pero no tan sazonado, que es gran perfección la madurez; de modo que su florecer son veinte años, y si pareciere poco, sean treinta.

Agradable altercación: ¿qué ingenio sea más de codicia: el pronto, o el profundo y de pensado? Consta de la diferencia, no así de la ventaja. Son los ingenios reconcentrados con fondos de discurrir, con ensenadas de pensar. Es con grande estruendo la pronta avenida de un arroyo, pero no de dura, no tiene perennidad, con la misma facilidad desmaya; un río grande y profundo muévese sin ruido y lleva perennes golfos de caudal. Los milagros del ingenio siempre fueron repensados; dura poco lo que presto tiene ser; de donde nace, que hay conceptos de un día, como flores, y hay otros de todo el año, y de toda la vida, y aun de toda la eternidad. Débesele más en las prontitudes a la ventura que a la perspicacia. Lisonjean los prontos por lo temprano, como el agraz, pero ¿qué tiene que ver con lo sazonado de un bien maduro trabajo? Mas el ingenio pronto siempre está a punto de agudeza con seguridad de salir, que hay otros que mienten, no prenden en la más urgente ocasión. Es el águila reina del aire por la presteza, y el león de la campaña por su agilidad; van juntos en la luz la prontitud del comunicarse, y el lucimiento siempre está al canto de la actualidad, que sólo tiene de potencia lo poderoso. Toda presteza es dichosa; en el ingenio sale más bien; consiste esta prontitud, ya en el natural vigor del ingenio, ya en la copia de las especies, y más en la facilidad del usarlas; despiértalas una pasión, que suele ministrar armas. Hasta el material calor, o natural o artificial, las excita; con tal que se reformen apasionados dictámenes de poetas, como aquél: *Foecundi calices, quem non fecere disertum,* y pase éste por problema.

La materia es el fundamento del discurrir; ella da pie a la sutileza. Están ya en los objetos mismos las agudezas objetivas, especialmente los misterios, reparos, crisis, si se obró con ellas; llega y levanta la caza el ingenio. Hay unas materias tan copiosas, como otras estériles, pero ninguna lo es tanto, que una buena inventiva no halle en qué hacer presa, o por con-

formidad o por descoveniencia, echando sus puntas del careo. Aquí tiene gran parte la elección; ya que se ha de discurrir, sea en cosas sublimes, que puedan salir a luz los asuntos, y no que la vileza de la materia avergüence los primores del artificio. Ni todo ha de ser jocoso, ni todo amoroso, que tantos sonetos a un asunto liviano, más sentidos que entendidos, en el mismo Petrarca, en el mismo Herrera empalagan.

Hallámonos en la tercera causa de la agudeza, que es la ejemplar, la enseñanza más fácil y eficaz es por imitación; pero hanse de proponer las mejores ideas en cualquier empleo del ingenio; gran felicidad conocer los primeros autores en su clase, y más los modernos, que no están aún purificados del tiempo, ni han pasado por la justiciera censura de un juicioso Quintiliano. En el capítulo I del lib. 10 de su *Elocuencia,* que con un Séneca de su nación y de su patria, y en la extraña, no se ahorra. Los varones eminentes en la agudeza van en parte calificados en estos discursos, a prueba de sus citados conceptos; faltarán algunos, de los agudos, pocos, por no haberlos podido alcanzar a las manos, como el sentencioso e ingenioso portugués Sá, aquél que dijo, y lo ponderaba mucho el tan discreto como valiente caballero Pablo de Parada:

Noso propio entendimiento
Não nos lo queren deixar.

Otros se dejan, y aun de los celebrados por divinos, porque confieso que, aunque les he hecho anotomía del alma, jamás la pude hallar. Sólo propongo en este lugar por superior idea del pensar profundo, del decir majestuoso, este epigrama, grande en el objeto, que fue a la fiera que mató el rey nuestro señor; en el concepto, que fue del serenísimo señor infante don Carlos. Nególo nuestro aragonés y zaragozano (corrigiéndome de lo que dije en otra parte) don José Pellicer, a su agradable *Anfiteatro,* a ruegos de su heroico autor, con eficacia de mandatos, mas hoy le restituye a la fruición común, al aplauso universal y felicidad mía. Dice:

De horror armado, de furor ceñido,

Valiente lidia, a más victoria atento,
El bruto victorioso, cuyo intento
De más alto poder fue resistido.
Feroz en la campaña es ya temido;
A toda fiera alcanza el escarmiento,
Mayor aplauso debe al vencimiento,
Pues fue la causa de quedar vencido.
Los postreros amagos de la vida
Se vieron antes que la ardiente llama
Ejecutase el golpe de la herida.
Creció la admiración, creció la fama,
Y el aplauso común en voz debida,
Deidad te adora, vencedor te aclama.

Suele faltarle de eminencia a la imitación lo que alcanza de facilidad; no ha de pasar los límites del seguir, que sería latrocinio. Así el celebrado Camoens imita, que no roba, al gran Virgilio en su *Lusiada,* describiendo la muerte de doña Inés de Castro. La destreza está en transfigurar los pensamientos, en trasponer los asuntos, que siquiera se le debe el disfraz de la acomodación al segundo, y tal vez el aliño, que hay ingenios gitanos de agudeza.

Es el arte cuarta y moderna causa de la sutileza. Celebre la poesía la fuente de su monte, blasone la agudeza la fuente de su mente. Corone al juicio el arte de prudencia, lauree al ingenio el arte de agudeza. Si toda arte, si toda ciencia que atiende a perfeccionar actos del entendimiento es noble, la que aspira a realzar el más remontado y sutil bien merecerá el renombre de sol de la inteligencia, consorte del ingenio, progenitora del concepto y agudeza.

EL COMULGATORIO

LICENCIA

Yo, Diego de Alastuey, Provincial de la Compañía de Jesús, en la Provincia de Aragón, por particular comisión que para ello tengo de N. M. R. P. General Gosvino Niquel, doy licencia que se imprima este *Comulgatorio*, compuesto por el P. Baltasar Gracián, de la misma Compañía, el cual ha sido visto y aprobado por muchas personas doctas y graves de ella. En testimonio de lo cual di ésta, firmada de mi nombre y sellada con el sello de mi oficio. En Calatayud, a 2 del mes de febrero de 1655.

DIEGO DE ALASTUEY

Damos licencia para que se imprima. En Zaragoza, a 10 de abril de 1655.

Exea Regens.
D. SAL. *V. G. y Off.*

A LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA ELVIRA PONCE DE LEÓN,

MARQUESA DE VALDUEZA Y CAMARERA DE LA REINA, NUESTRA SEÑORA

Émulo grande es este pequeño libro de la mucha cabida que hallaron en el agrado de V. E. *El Héroe, El Discreto* y el *Oráculo,* con otros sus hermanos. Él con especial blasón se destina al obsequio de V. E., prometiéndose, no sólo el lucimiento en su heroica grandeza, sino el logro en su cristiana piedad. Quiere, ya que acertó en el delecto de la materia de que trata, no desdecir en el acierto del patrocinio a quien se dedica, reconociendo el superior gusto de V. E. por generoso dueño suyo, venerándole por el que más le ha de emplear. Facilítase también la felicidad de pasar inmediatamente de manos de V. E. a los ojos reales, a quienes se reconoce empeño, por lo que blasona de eucarístico, cuando de austríacas coronas y de cetros filípicos se vinculó eterno trono el Santísimo Sacramento, que a V. E. guarde.

Su más afecto Capellán de V. E. y su menor siervo

BALTASAR GRACIÁN

AL LECTOR

Entre varios libros que se me han prohijado, éste sólo reconozco por mío, digo legítimo, sirviendo esta vez al afecto más que al ingenio. Hice voto en un peligro de la vida de servir al Autor de ella con este átomo, y lo cumplo delante todo su pueblo, pues se estampa brindando a las devotas almas con el cáliz de la salud eterna. Llámole *El Comulgatorio,* empeñándole en que te acompañe siempre que vayas a comulgar, y tan manual, que le pueda llevar cualquiera o en el seno o en la manga. Van alternadas las consideraciones sacadas del Testamento Viejo con las del Nuevo para la variedad y la autoridad, y en cada una el primer punto sirve a la preparación, el segundo a la comunión, el tercero para sacar los frutos y el cuarto para dar gracias. El estilo es el que pide el tiempo. No cito los lugares de la Sagrada Escritura, porque para los doctos fuera superfluo y para los demás prolijo. Si éste te acertare el gusto, te ofrezco otro de oro, pues de la preciosa muerte del justo con afectuosos coloquios, provechosas consideraciones y devotas oraciones para aquel trance.

EL COMULGATORIO

CONTIENE VARIAS MEDITACIONES, PARA QUE LOS SACERDOTES Y LOS QUE FRECUENTAN LA SAGRADA COMUNIÓN PUEDAN PREPARARSE, COMULGAR Y DAR GRACIAS

MEDITACIÓN PRIMERA

DE LA PLENITUD DE GRACIA CON QUE LA MADRE DE DIOS FUE PREVENIDA PARA HOSPEDAR AL VERBO ETERNO

PRIMER EJEMPLAR DE UNA PERFECTA COMUNIÓN

PUNTO 1º *Para antes de comulgar.*—Considera el majestuoso aparato de santidad, el colmo de virtudes con que la Madre de Dios se preparó para haber de hospedar en sus purísimas entrañas al Verbo Eterno, disposición debida a tan alta ejecución. Fue lo primero concebida y confirmada en gracia, porque ni un solo instante embarazase la culpa el animado Sagrario del Señor. Llámase su padre Joaquín, que significa preparación de Dios, y su madre Ana, que es gracia, porque todo diga prevenciones de ella. Nace y mora en la ciudad florida, como la flor de la pureza; nómbrase María, que quiere decir Señora, con propiedad, pues hasta el mismo Príncipe de las Eternidades le está previniendo obediencias. Críase en el templo, gran maravilla del mundo, para serlo ella del Cielo. Hace voto de virginidad, reservándose puerta sellada para sólo el Príncipe, previénese su alma de la plenitud de la gracia, y alhájase su corazón de todas las virtudes, para hospedar un Señor por antonomasia Santo.

¡Pondera ahora tú, que has de llegar a recibir el mismo Verbo Encarnado en tu pecho, que María concibió en su vientre, si ella, con tanta preparación de gracias, como tú tan vacío de ellas! Mira que el que comulga, el mismo Señor recibe que María concibe, allí encarnado, aquí sacramentado; si la Madre de Dios, con tanto aparato de santidad se turba al concebirle, ¿cómo tú tan indigno no te confundes al recibirle? La Virgen, llena de virtudes, teme, y tú, lleno de culpas, ¿no tiemblas? Procura hacer concepto de una acción tan superior, y si la Virgen para concebir una vez al Verbo Eterno se dispone tantas, tú para recibirle tantas, procura prepararte ésta.

Punto 2º *Para comulgar.*—A esta prevención de toda la vida correspondió bien la de la ocasión. Negada estaba esta Señora al bullicio humano, entregada toda al trato divino, que retirada de la tierra, que introducida en el cielo. Menester fue que entrase el Ángel a buscarla en su escondido retrete, y que llamase al retiro de su corazón; tres veces la saludó para que le atendiese una; tan dentro de sí estaba, tan engolfada en su devoción; era velo a su belleza su virginal modestia, y el recatado encogimiento, muro de su honestidad. Admirado la saluda el Ángel, turbada le oye María, que puede enseñar a los mismos espíritus pureza. Convídala el Sagrado Paraninfo con la maternidad divina y ella atiende al resguardo de su virginidad; encógese al dar el sí de la mayor grandeza, y concede, no el ser reina, sino esclava, que en cada palabra cifra un prodigio y en cada acción un extremo.

Llega, alma, y aprende virtudes, estudia perfecciones, copia este verdadero original de recibir a tu Dios; advierte con qué humildad debes llegar, con qué reverencia asistir. ¡Qué amor tan detenido! ¡Qué temor tan confiado! Si la Virgen, tan colmada de perfecciones, duda, si llena de gracias, teme, y es menester que el que es fortaleza de Dios la conforte; tú, tan vacío de virtudes, oliendo a culpas, ¿cómo te atreves a hospedar en tu pecho al infinito e inmenso Dios? ¡Pondera qué disposición será bastante, qué pureza igual! Prepara, pues, tu corazón, si no con la perfección que debes, con la gracia que alcanzares.

Punto 3º *Para después de haber comulgado.*—En este purísimo Sagrario de la Gracia, en este sublime trono de todas las virtudes, toma carne el Verbo Eterno; aquí se abrevia aquel gran Dios que no cabe en los cielos de los cielos, y la que ya estaba llena de gracia quedó llena de devoción; luego que reconocería en sus purísimas entrañas su Dios Hijo, sin duda que su alma asistida de todas sus potencias se le postraría, adorándole y dedicándose todas a su cortejo y afecto; el entendimiento embelesado, contemplando aquella grandeza inmensa, reducida a la estrechez de un cuerpecito; la voluntad inflamándose al amor de aquella infinita bondad comunicada; la memoria, repasando siempre sus misericordias; la imaginación, representándole humano y gozándole divino; los demás sentidos exteriores, hurtándose al cariño de los foranos empleos, estarían como absortos en el ya sensible Dios; los ojos provocándose a verle, los oídos ensayándose a escucharle, coronándose los brazos y sellándose los labios en su tierna humanidad.

A esta imitación sea tu empleo, ¡oh alma mía! Después de haber comulgado, cuando tienes dentro de tu pecho, real y verdaderamente, al mismo Dios y Señor, estréchate con él, asístele en atenciones de cortejo, convóquense todas tus fuerzas a servirle y todas tus potencias a adorarle. Logra en fervorosa contemplación aquellos dulcísimos coloquios, aquellas ternísimas finezas que repetía la Virgen con su Dios Hijo encerrado.

Punto 4º *Para dar gracias.*—Cantó las gracias a Dios esta Señora, orillas de este abismo de misericordias, más gloriosamente que la otra María, hermana de Moisés, orillas del Mar Bermejo. Comenzaría luego a magnificar sus maravillas, que lo que le abrevió su vientre le engrandeció su mente. Convida a las generaciones todas la ayuden a agradecer las universales misericordias, y engrandecer el santo nombre del Señor. Pasa a eternizar de progenie en progenies los divinos favores, con agradecidos encomios, y luego, volviendo atrás, porque los pasados, los presentes y venideros magnifiquen al Señor, despierta a Abraham y a su semilla, para que reconozcan y alaben la gran palabra de Dios, desempeñada cuando ya encarnada; de este modo da gracias la Virgen Madre por haber concebido al infinito Dios.

Al resonar, pues, de tan agradecidos cánticos, no estés muda tú, alma mía, y pues recibiste al mismo Señor, aplaude con voz de exultación y de exaltación, que es el sonido de tales convidados; empléense esa boca y esa lengua, saboreadas con tan divino pasto, en sus dulces alabanzas. Cántale hoy al Señor un nuevo cantar por tan nuevos favores, y todo tu interior en su real divina presencia se dedique a la perseverancia de ensalzarle, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Meditación II

DEL CONVITE DEL HIJO PRÓDIGO, APLICADO A LA COMUNIÓN

Punto 1º Considera al inconsiderado pródigo, caído de la mayor felicidad en la mayor desdicha, para que sienta más sus extremos; de la casa de su padre al servicio de un tirano, metido en una vil choza, consumido de la hambre, arrinconado de la desnudez, apurado de su tristeza, envidiando un vil manjar a los brutos más inmundos, y aun ése no se le permite. Aquí acordándose de la regalada mesa de su padre, y cariñoso de aquel sabroso pan que aun a los jornaleros les sobra. Viéndose hambriento de él, hártase de lágrimas, principio de su remedio, pues hacen reverdecer sus esperanzas; confiado del amor paterno, que nunca de raíz se arranca, resuélvese en volver allá y entrarse por las puertas siempre abiertas de su Cielo.

Contémplate otro pródigo, y aun más mísero, pues dejando la casa de tu Dios y la mesa de tu padre, te trajo tu desdicha a servir tus apetitos, duros y crueles tiranos. Pondera cuán poco satisfacen los deleites, cuán poco llenan las vanidades, aunque mucho hinchan. Lamenta tu infelicidad de haber trocado los favores de hijo de Dios, en desprecios de esclavo de Satanás. Saca un verdadero desengaño despreciando todo lo que es mundo, apreciando de todo lo que es Cielo, y con valiente resolución vuelve antes hoy que mañana a la casa de tu Dios y a la mesa de tu buen Padre.

Punto 2º Resuelto el desengañado hijo de volver al paterno centro, dispónese con dolor para llegar al consuelo. Vuelve lo primero en sí que aun de sí mismo estaba tan extraño. Entra reconociendo su vileza ante la mayor grandeza, y revístese de una segura confianza, que aunque él es mal hijo, tiene buen padre, y asistido de dolorosa vergüenza, llega confesando su flaqueza y su ignorancia; comienza por aquella tierna palabra: «Padre»; y prosigue: «Pequé contra el Cielo y contra ti.» ¡Qué presto le oye el padre de las misericordias y salta a recibirle, antes en sus entrañas que en sus brazos! No le asquea andrajoso, ni le zahiere errado; escóndele, sí, entre sus brazos, porque ni aun los criados sean registros de su desventura, y aunque la necesidad del comer era más urgente, atendiendo a la decencia, manda le traigan vestido nuevo, en fe de una vida nueva; ajústale el anillo de oro en el dedo, en restitución de su nobleza profanada, y viéndole de suerte que no desdice de hijo suyo, siéntale a su mesa, y vestido de gala le regala.

Pondera tú con qué resolución deberías levantarte de ese abismo de miserias en que te anegaron tus culpas; cómo te debes disponer con verdadera humildad para subir a la casa de tu gran Padre, con qué adorno te has de asentar a la mesa de los ángeles, no arrastrando los yerros de tus pecados, desatado, sí, por una buena confesión; vestido de la preciosa gala de la gracia, anillo en el dedo de la noble caridad y con las ricas joyas de las virtudes, llega a lograr tan divinos favores.

Punto 3º Viéndole ya el padre de las misericordias aseado, dígnase de sentarle a su mesa, y para satisfacer su gran hambre, dispone sea muerto el más lucido ternerillo de sus manadas, y que todo entero, sazonado al fuego del amor, se lo presenten delante. Comenzó a cebarse con tanto gusto como traía apetito: el pasto era sabroso, su necesidad grande. ¡Con qué gusto comería! ¡Oh, cómo se iría saboreando! Mirándoselo estaría su buen padre, y diría: «Dejadle comer, que lo que bien sabe, bien alimenta; trinchadle más, hacedle plato, coma a satisfacción y hágale buen provecho.» Ahora sí conocería la diferencia que va de mesa a mesa, de manjar a manjares, y el que llegó a mendigar la más vil comida de los

brutos, ¡cómo estimaría ahora el noble regalo de los ángeles! Que si una gota de agua de esta mesa basta a endulzar el mismo infierno, ¿qué será todo aquel pan sobresustancial?

Pondera tú cuánto mayor es tu dicha, pues tanto más espléndida tu mesa, cuando en vez del sabroso ternerillo te comes el mismo Hijo del Eterno Padre Sacramentado; aviva la fe y despertarás el hambre, cómelo con gusto y te entrará en provecho, desmenúzale bien y te sabrá mejor, advierte lo que comes por la contemplación y lograrás vida eterna.

Punto 4º Quedaría el pródigo tan agradecido a tan buen padre, cuan agasajado, estimador de su gran bien, al paso que desengañado. ¡Qué propósitos sacaría, tan eficaces cuan verdaderos, de nunca más perder ni su casa ni su mesa, y en medio de esta fruición, qué horror concebiría al miserable estado en que se vio! ¡Cómo atendería a no disgustarle en cosa, ya por amor de hijo, ya por recelo de desgraciado! Iríase congratulando con todos los de casa, desde el favorecido al mercenario. ¡Cómo ponderaría el favor paterno y celebraría el regalo!

¡Cuánto mayores gracias debes tú rendir habiendo comulgado, cuando te hallas tan favorecido! Corresponda al favor tu fervor, levántense tus ojos de la mesa al Cielo, y pase la lengua del gusto de Dios a sus divinas alabanzas.

Meditación III

PARA COMULGAR CON LA INTENCIÓN DEL CENTURIÓN

Punto 1º Meditarás hoy las excelentes virtudes con que se armó este centurión para ir a conquistar la misericordia infinita, aquella ferviente caridad con que sale en persona a buscar la salud, no ya para un hijo único, sino para un criado sobrado, y quien así se humilla con su criatura primero, ¿qué no hará después con su Criador? Conoció cuán poco valen los humanos medios sin los divinos, y así solicita éstos con estimación y desengaño; no fía la diligencia al descuido de otro siervo, ni el hablar con Dios lo remite a otro tercero.

Pondera que hoy sales tú en busca del mismo Señor, no ya para solicitar la salud de un siervo, sino de tu alma; al mismo Jesús has de hablar; procura, pues, prevenirte de virtudes para conquistar sus misericordias, y llega con humildad a postrarte ante su divina presencia; saca un gran fervor de espíritu, una encendida caridad y una diligencia solícita.

Punto 2º Llega caritativo el centurión, y recibe el Señor benignísimo; confía que tiene en su mano el poder y muy a mano el quererle remediar. «Señor, dice, un criado tengo en mi casa paralítico, tan impedido, que no ha sido posible llegar acá con el cuerpo, sí con el afecto.» Respóndele el Señor: «Si él no puede venir, Yo iré allá a curarle.» Repara en la infinita bondad del Salvador. No sólo le escucha, pero se digna ir a su casa a curar al siervo; remunera una gran caridad con otra mayor, no permitiendo ser en ésta vencido de alguno.

Y entiende tú que, en mostrando deseo del Señor, Él mismo se convidará a entrarse por las puertas de tu pecho; ensancha los senos de tu alma para los favores de su diestra; dilata tu boca para que la llene de tan regalado manjar. Corresponda tu estimación a la infinita bondad; aviva el deseo de que venga a ti el Señor, que entre en tu pecho y sane tu alma.

Punto 3º Admirado el centurión de tan divina humanidad, careando su nada con la infinita grandeza, espantado y aun confundido, exclama: «Señor, yo no soy digno de que Vos entréis en mi pobre morada. Vos, Dios infinito; yo, un vil gusano; el Cielo os viene estrecho, ¿qué será mi pobre casa? Vos hecho a pisar alas de querubines, yo una hormiguilla vil, yo un pecador, menos que nada.» Repara que, cuando los fariseos hinchados multiplican desprecios del Señor, un soldado hace alarde de veneraciones; aquéllos no se dignan de venir a Él, y el centurión se espanta de que el Señor se digne ir a su casa.

Pondera que, si el centurión así se confunde de que el Señor quiera pisar sus umbrales, cuánto más tú de que se digne entrar, no ya en tu techo, sino en tu pecho. «Sola una palabra vuestra, dice, es bastante a dar salud a mi criado y llenar de felicidades mi casa.» Con sola una palabra se contenta, y a ti la misma palabra infinita, hecha carne, se entra en tus en-

trañas. Carea la grandeza de este Señor con tu vileza, y cuando llega a comulgar, aniquílate, pues eres nada; pondera que, si para la omnipotencia bastaba una palabra, pero no para su infinita misericordia.

Punto 4º En qué acción de gracias prorrumpiría el centurión a tantas misericordias; cuán agradecido quedaría después de tan favorecido: si humilde le veneró, agradecido le bendice, publicando a voces sus grandezas. Celebra también el Señor su fe, y propónenosla la Iglesia Santa por ejemplo al recibirle.

Pondera cuánto mayores gracias debes tú rendir a este Señor, cuántos mayores han sido los favores; mira que no vuelvas luego las espaldas a esta fuente de misericordia, desagradecido, sino alábale eternamente obligado, diciendo: «Cantaré las misericordias del Señor eternamente.» Corresponda a este pan cotidiano un hacimiento de gracias de cada día, practicando con el ejercicio una tan grande enseñanza de virtudes.

Meditación IV

PARA COMULGAR CON LA FE DE LA CANANEA

Punto 1º Considera cómo la cananea deja su casa y su patria, comodidades y culpas, y sale tan diligente cuan afligida a pedir misericordia a la fuente de ellas; multiplicáronse sus trabajos, y así se aumentó su diligencia. Llegaron a ella los ecos de los milagrosos hechos de Cristo, y no se hizo sorda; al punto vino clamando diligente, gran disposición para parecer delante de un Señor tan amigo de comunicar el consuelo y el remedio.

Pondera cómo la cananea viene pidiendo misericordia, y a ti te ruegan con ella; no te cuesta tanto hallar todo el pan del cielo como a ésta una migaja; no el salir de tu reino ni de tu patria; no el ir al cabo del mundo a comulgar, pues en cada iglesia tienes al Señor Sacramentado, y que te está convidando. Estima una felicidad tan grande y tan a mano, y procura

salir de ti mismo, de tu amor propio, de los fines errados de una intención torcida, para que entre sin embarazo este divino bien en tu pecho; saca una gran disposición de heroica fe, firme esperanza, oración perseverante y diligencia fervorosa.

Punto 2º Persevera en rogar la cananea, y hace el Señor del que no la oye, cuando más la atiende; suspende sus misericordias porque ella más conozca y repita sus miserias, que le es música sonora lo que enfado a los apóstoles.

Pondera lo que importa no desmayar en los ejercicios de virtud, y aunque el ministro del Señor tal vez se enfade, y otros te murmuren de que frecuentas confesiones y comuniones, tú no desmayes ni te retires; persiste como Ana, aunque censurada de Helí, que no se cansa ni se enfada aquel Señor, que tiene por sus delicias los ruegos y por descanso el estar en el pecho del que comulga; aprende perseverancia de esta fervorosa mujer, a no acobardarte con pusilanimidades y coronarás las obras.

Punto 3º Prosigue el Señor en ensayar su virtud en el crisol de la prueba, para que salga más luciente el oro de su fe, campee su paciencia y se realce más su humildad, y cuando gusta de tenerla cerca, entonces la dice: «Apártate, que no es bien arrojar a los perros el pan de los hijos.» Desmayara cualquiera viendo tales amagos de disfavor, mas la Cananea está tan lejos de agraviarse, que se humilla más; no la espantan rigores de Dios a la que sabe bien lo que son vejaciones del demonio; no siente los desprecios la que conoce sus deméritos. Retuerce ella el argumento, y no sólo a hombre, sino a Dios. «Sí, Señor, dice, que las migajuelas que caen de las mesas de los señores, gajes son de los perrillos; yo me conozco, que soy delante de Vos, como decía el Santo Rey, una bestezuela más inútil que un perrillo, pero también sé que Vos sois mi buen dueño, y que, pues sustentáis los pajarillos del aire, no me dejaréis a mí perecer.»

Pondera la excelente humildad de esta mujer, nota la lealtad de su fe, la fidelidad de su confianza, la fineza de su caridad, y si ella con una migajuela se contenta, y juzga que la sobra la dicha, tú, que no sólo alcanzas una migaja, sino que recibes todo el pan del Cielo, ¡cuánto más debes estimar

y lograr su suerte! Aprende aquí la humildad y practícala en humillaciones, saca estimación del favor y adoración de la grandeza del Señor a quien recibes.

Punto 4º Exclamó el Señor, oyendo tanta fineza: «¡Oh, mujer! Grande es tu fe, sea grande tu dicha; yo te otorgo lo que pides, pues así mereces.» Hizo el Señor esta demostración de admirado para que nos admirásemos nosotros y la imitásemos también.

Pondera qué gracias rendiría después la que con tal humildad llegó antes, y la que tan fiel vino pidiendo, ¡qué agradecida volvería alcanzando! ¡Cómo levantaría la voz al agradecimiento la que así el grito al ruego! ¡Oh, tú, que has conseguido tanto mayor merced, no migajuelas de favor, sino colmos de gracia! Sea también cumplido tu agradecimiento; si a gran boca, gran grito; resuenen eternamente en tu boca las divinas alabanzas.

Meditación V

DEL MANÁ, REPRESENTACIÓN DE ESTE SACRAMENTO: PONDÉRANSE LAS DILIGENCIAS EN COGERLE, SUS DELICIAS EN COMERLE Y LAS CIRCUNSTANCIAS DEL GUARDARLE

Punto 1º Meditarás la maravillosa disposición que precedió en aquel pueblo para recibir el milagroso manjar. Salen de Egipto y de sus tinieblas en busca de la luz, para la visión de paz; pasan un mar, abismo de miserias, dejando anegados sus enemigos mortales; caminan por un desierto, sin comunicar con las gentes, tratando con solo Dios; beben las aguas del maná, juntando la oración con la mortificación; fáltales la comida de la tierra para que apetezcan la del Cielo, que toda esta gran preparación es menester, y vivir una vida de ángeles para comer el pan de ellos.

Pondera tú, si para la figura sola, para una sombra de esta comida, precedió tanta disposición, ¿cuál será bastante para llegar a comer el pan sobresustancial, el Cuerpo y Sangre del

Señor, en verdadera y no figurada comida? ¿Cómo has de haber salido de la esclavitud del pecado? ¿Qué lejos han de estar de la ignorancia de sus tinieblas? ¿Cómo has de hermanar la oración con la mortificación? ¿Qué trato con Dios? ¿Qué retiro de los hombres? ¿Qué abstinencia de los viles manjares para lograr el maná verdadero?

Punto 2º Estando tan bien dispuestos, merecieron ser consolados del Señor. Envíales aquel exquisito manjar con que quedan admirados y satisfechos; no les envía comida de la tierra, sino del Cielo, para que vivan vida de allá: no sabe a solo un manjar, sino a todos, al que cada uno desea, para que adviertan que todo el bien que pueden desear, allí le hallarán cifrado, y así, atónitos, decían: «¿Qué manjar es éste tan raro, venido del cielo, enviado de la mano de Dios?»

Con cuánta más razón puedes tú hoy decir: «¿Qué comida es ésta tan preciosa?» Respóndete la fe, diciendo: «Éste es un Verbo hecho Carne, y ésta una Carne hecha por un Verbo. Éste es el pan de los ángeles que los hombres se le comen; éste es aquel pan que es regalo de los reyes; éste es el maná verdadero que da vida, y, en una palabra, esto es comerse el hombre a su Dios, que como es bien infinito encierra cuantos sabores hay; gústale, mira quán suave es, y cómo sabe a todas las virtudes y gracias.»

Punto 3º Para un manjar tan misterioso, misteriosas circunstancias se requieren: salían al alba a recogerle, en aquella virgen hora, sea éste el primer cuidado del día; menester es madrugar, cueste solicitud y desvelo, antes que salga el sol, que como es tan puro y delicado, con cualquier calor del mundo se deshace. Recoge cada uno lo que basta, que no tolera humanas codicias, no se guarda para otro día, porque quiere ser pan reciente y cotidiano, avisando de su frecuencia. Conviértese luego en gusanos, roedores de la delincuente conciencia.

Pondera cuánto más puntuales y misteriosas circunstancias requiere este Maná Sacramentado. Sea éste tu primer blanco, no te distraigas a otro empleo, no seas perezoso en buscarle, que te quedarás vacío; trátale con pureza, no sea que en vez de darte vida, engendre los gusanos de tu muerte.

Punto 4º Quedaron favorecidas aquellas gentes, mas no agradecidas, que de ordinario las mayores misericordias de Dios se pagan con ingratitudes del hombre. Asquearon luego el sabroso manjar, que como materiales no perciben los regalos del espíritu; despreciaron el pan del Cielo y apetecieron las cebollas gitanas.

Temo, alma, no seas tú aún más desagradecida que éstos, que cuanto mayor es el favor que has recibido, tanto más culpable será la ingratitud. Celebra este verdadero maná y repite su fruición más veces que el Real Profeta en sus cánticos de alabanzas del que sólo fue representación. Préciate de buen gusto, y conózcase en no apetecer más los viles contentos de la tierra.

Meditación VI

PARA COMULGAR CON LA DEVOCIÓN DE ZAQUEO

Punto 1º ¡Oh, mi Dios y mi Señor! Cuando los hinchados fariseos no se dignan de miraros, un príncipe de los publicanos solicita el veros. No llega a pedir remedio de sus males, como otros, y no porque no sean los suyos mayores, pues del alma, sino porque no los conoce. Tráele la curiosidad de conoceros milagroso, no el deseo de seguiros santo. Vase entremetiendo y no llega, que los ricos con dificultad se pueden acercar a Vos, pobre y trabajado desde nacido; nadie hace caso de él porque había hecho casa de ellos. Viéndose tan poco dispuesto, determina subir a un árbol a lo de hombre común, y sin reparar en el decir de los hombres, atropella por ver a Dios.

Pondera hoy, alma mía, cuando sales a comulgar, que vas en busca del mismo Señor, a conocerle sales, y a contemplarle; impedirte han el verle los accidentes de pan que le rodean, y mucho más las imperfecciones que te cercan; viéndote, pues, de tan corto espíritu, como Zaqueo de cuerpo, levántate sobre ti misma, sube en árbol de la devota contemplación o en el de la cruz de una mortificación perfecta, arraigado con la viva fe, verde con la esperanza, lleno de frutos de caridad, y

con los ojos del espíritu logra el verle, solicita el contemplarle.

Punto 2º Estaba Zaqueo viéndoos, Señor, muy a su gozo, desde el árbol, con tanto gusto, cuanto había sido su deseo; hacíase ojos por veros, y Vos, corazones porque os viese; gozaba de vuestra divina presencia, experimentaba en su alma maravillosos efectos, y cuando llegasteis a emparejar con él, mirasteis al que os miraba, levantasteis vuestros divinos ojos, que mirados o mirando, siempre fueron bienhechores. Fuéseos la palabra tras ellos, y aun el afecto, y nombrándole por su nombre, porque entienda que le atendéis y que a él se encamina un tan grande favor: «Zaqueo, le decís, desciende diligente, que hoy me quiero hospedar en tu casa muy de despacio.» ¡Oh, qué gozosa admiración correspondería a una dicha tan impensada! ¡Oh, lo que valen diligencias del hombre para con Dios, pues el que antes tenía por gran felicidad poder llegar a veros desde lejos, ya baja del árbol, ya se os acerca, se os pone al lado y se sienta a la mesa con Vos!

Imagínome subido en el árbol de la contemplación, apoyo de mi pequeñez, deseoso de ver y conocer al Señor, y que llamándome por mi nombre, me dice: «A ti digo, desciende, acércate a mí, sacramentado, llega a comulgar, que hoy me importa hospedarme en tu pecho.» Hoy, dice, no lo remitas a mañana. ¿Qué sabes si tendrás más tiempo, y si el Señor dice que le importa a su misericordia cuanto más a mi miseria? Acude, ¡oh, alma mía!, con diligencia fervorosa a recibirle, de modo que no lo diga a un sordo de ignorancia, a un perezoso de ingratitud.

Punto 3º ¡Con qué presteza obedecería Zaqueo! Lo primero sería postrarse y adorar aquellos pies que se dignaban hollar los umbrales de su casa; bien quisiera fuera en esta ocasión un gran palacio, para hospedar un huésped tan magnífico. ¡Cómo le franquearía cuanto tenía, poniéndole a sus pies, quien así lo repartía en manos de los pobres! «La mitad, dice, de mis rentas doy, Señor, de limosnas», y sin duda de aquí le nació la dicha, porque del hospedar al pobre se pasa a recibir al Señor; de dar de comer al mendigo se llega a comer a Dios. Pero cuando se viese sentado a la mesa con el Se-

ñor, tan apegado con Él, a quien aun verle desde lejos no se le permitía, ¡qué gozo experimentaría en su alma! No cabría en sí de contento, viendo cabía en tu casa el infinito Dios.

Pondera tú, cuando te ves sentado a la mesa del altar, mucho más allegado a Cristo, pues no sólo a su mismo lado te sientas, sino que dentro de tu mismo pecho le sientes, guardado allá en tu seno. ¡Qué contento debería ser el tuyo! No haya otro en el mundo para ti; corresponda la estimación al favor, despertándose en ti un continuo deseo de volverle a lograr, desquitando el sentimiento de haber perdido tantas Comuniones en lo pasado, con la frecuencia en lo venidero.

Punto 4º Quedó Zaqueo tan agradecido cuan gozoso, que los humildes son muy agradecidos; todo les parece sobrado, cuanto más un favor tan poco merecido; congratulábase con sus amigos, ganándolos todos para Dios. ¡Qué gracias haría al Señor, ofreciéndole cuanto tenía, y en primer lugar su corazón! «Desde hoy, Señor, que os he conocido, os comenzaré a servir; mudanza ha sido de vuestra diestra.» Levantóla el Señor para echarle la bendición, colmando su casa de bienes y su alma de perfecciones.

Pondera cuánto más agradecido debes tú mostrarte, pues si allí el Señor se dignó entrar dentro de la casa de aquel publicano, aquí dentro de tu pecho; allí convidó Zaqueo al Señor, aquí el Señor te regala; allí le ofreció Zaqueo toda su casa, aquí has de ofrecer toda tu alma y tu entendimiento para conocerle, tu voluntad para amarle, suplicándole te eche la bendición, no ya de hijo de Abraham, sino de aquel gran Padre que vive y reina por todos los siglos. Amén.

Meditación VII

PARA COMULGAR CON LA CONFIANZA DE LA MUJER QUE TOCÓ LA ORLA DE LA VESTIDURA DE CRISTO

Punto 1º Considera cómo habiendo padecido esta mujer tantos años una tan gran pensión del vivir, achaque de la culpa, y viendo cuán poco la habían valido los médicos de la

tierra, hoy acude al del Cielo; previénese en vez de paga, de una rica confianza en el poder y querer de este Señor; sabe que con este Médico Divino, el dar ha de ser pedir, y así viene diciendo: «Yo sé que, si llego a tocar, aunque no sea sino un solo hilo de su ropa, tendré seguro el de mi vida, aunque delgado.» ¡Oh, grande mujer! ¡Oh, gran misericordia del Señor! Otros médicos tocan al enfermo para curarle, aquí el enfermo toca al Médico para sanar. «Yo conozco, decía, su infinita virtud; grande es su poder, igual es su bondad; tan misericordioso es como poderoso; tóquele yo, que Él me curará.»

Reconoce tú los graves achaques que en imperfecciones afligen tu alma, ese flujo de pasiones reflujo de pecados; concibe un gran deseo de sanar, que es la primera disposición para la salud. Entiende que aquí tienes el mismo Médico Divino que sana a tantos enfermos; acude con viva fe, con heroica confianza de que todo tu remedio consiste en tocarle y recibirle.

Punto 2º Ceñía por todas partes el tropel de la gente al Salvador, rodeado iba de corazones, asistido de afectos, y así no la daban lugar a esta mujer para poder llegar a pedirle la salud cara a cara, que siempre se les ponen delante grandes estorbos a los que tratan de acercarse a Dios. Viendo esto, diría: «No merezco yo tanta dicha de poder hablar a mi Dios y mi Señor, siendo polvo y ceniza; mas yo sé que es tanta su virtud, que con sólo que yo toque la fimbria de su manto, quedaré sana.» Ella creyó, y el Señor obró; tocó la ropa, y al mismo punto quedó buena. Otros muchos apretaron al Señor y no sanaron; ésta sí, que llegó con viva fe, con eterna confianza; no le tocó con sola la mano, acompañóla con el fervoroso espíritu y tocóle al Señor en lo más vivo, que fue en la grandeza de su misericordia.

Pondera ahora tú, que llegas a comulgar, cuánto mayor es tu dicha, pues no sólo tocas el ruedo de su vestidura, sino a todo el Señor; tú le abrazas, tú le aprietas, en tu pecho le encierras, todo entero te le comes; aviva, pues, tu fe, enciende tu caridad, reconoce tu dicha, estima la ocasión, y pues tocas la orla de las especies Sacramentales, concibe una gran con-

fianza de que has de cobrar entera salud de todos tus vicios y pasiones.

Punto 3º «¿Quién me ha tocado?», dijo al punto Cristo, y San Pedro: «¡Oh, Señor, respondió, están os apretando tantos, y por todas partes, y decís ¿quién me ha tocado?» Sí, que aunque muchos se llegan a Jesús, pero no le tocan vivamente, no le adoran con espíritu: ésta sí que le tocó en lo más sensible de su infinita bondad; ella con fervor, ellos con frialdad, y así, ni el Señor los siente ni ellos sienten su divina virtud.

Oye cómo te pregunta a ti el mismo Cristo hoy: «¿Hasme tocado, alma, con fe viva? ¿Has comulgado con fervor, o no más de por costumbre? ¿Quién es el que me ha tocado vivamente?» ¡Oh, cuántos llegan a comulgar que no le tocan al Señor, ni aun en el más mínimo hilo de la ropa! ¡Cuántos le reciben sin la debida preparación! Y así, sin fruto, no sanan de sus llagas, porque no le tocan con sus corazones; no curan, porque no se curan. Saca de aquí un gran espíritu para acercarte a este Señor Sacramentado, de modo que Él sienta tu fervor y tú experimentes su favor.

Punto 4º Admirada la mujer de lo que siente y lo que oye, de ver una maravilla tras otra, llena de temor y de amor, no menos de verse descubierta que sana, confiesa a la par su indignidad y su dicha, rinde gracias a sus misericordias. Llamóla hija del Señor, que fue confirmar su bendición, y volvióla a encargar la confianza, pues tan bien le fue con ella.

Pondera qué gracias debes tú dar a un Señor que no ya un hilo de su ropa, sino todo su cuerpo y su sangre te ha franqueado; que no sólo te concede que le toques, sino que le comas. Sea comenzar el hilo de sus alabanzas, sin romperle eternamente. ¡Oh, con cuánta más razón podrá llamarse hijo de Dios el que comulga dignamente! Pues así como el hijo vive por el padre, así el que comulga vive por Cristo, porque se alimenta de su cuerpo, vive en Cristo porque permanece en Él. Saca un amor reverencial cuando llegas a tocar con tus labios, con tu lengua y con tus entrañas este Sacramentado Señor, y sea de modo que quedes tan agradecido cuan curado.

Meditación VIII

DE LA ENTRADA DEL ARCA DEL TESTAMENTO EN CASA DE OBEDEDÓN, Y CÓMO LA LLENÓ DE BENDICIONES

Punto 1º ¡Contempla la castigada temeridad de Oza, qué temor causaría en los presentes! Temblaron todos los legos, viendo muerto al sacerdote, y dirían: «Si éste, porque sólo alargó la mano a detener el Arca en el temido riesgo, así lo paga, ¿qué no merecerá el que la hospedare indignamente?» Él levantó la mano y todos la metieron en su pecho; todos temieron y todos se retiraron; hasta el mismo Santo Rey receló indigno su real palacio para tan gran huésped, y le juzgó insuficiente a tan divino cortejo.

Ponderarás tú ahora si un arca, que no fue más de sombra de este Divino Sacramento, así la cela el Señor, tal respeto la concilia, con tanta majestad quiere sea tratada, ¿qué reverencia, qué recato, qué pureza será bastante para haber de recibir al mismo inmenso e infinito Dios, contenido en esta Hostia? Si los ángeles asisten con temor, ¿cómo tú te llegas sin recelo? Si la pureza de los solares rayos no basta para viril, ¿cómo será decente centro la vileza de tu corazón, la inmundicia de tu conciencia? Saca una reverencia temerosa y un respetuoso temor, para llegar a encerrar toda la incomprensible Majestad del cielo en la corta morada de tu pecho.

Punto 2º Dispone el Rey sea llevada el Arca a casa, no de un príncipe, sino de un hombre virtuoso, que es la verdadera nobleza: era grande en los ojos del Señor, porque humilde en los suyos. Confirmó el Cielo la elección con multiplicados beneficios; eran muchas sus virtudes, pero mayor su humildad, grande su mérito, igual su encogimiento. Llamábase Obededón, que significa siervo del Señor, que es gran atractivo de la divina grandeza hacerse esclavo el que le ha de recibir; es la humildad la tablilla que nos muestra la posada de Dios. Teníase por más indigno que todos de hospedar el Arca en su casa, pero ejecutólo por obediencia, y así pudo cantar las conseguidas victorias, aunque no contar las recibidas mer-

cedes. ¡Con qué diligencia la dispondría, adornándola más de virtudes que de preciosidades! No faltaría el temor de Dios afectuoso, ni el amor muy recatado.

Pondera tú que has de hospedar hoy, no la sombra, sino el Sol mismo, aunque dentro la nube de los accidentes; no ya la figura, sino la realidad de un Dios real y verdaderamente encerrado en esta Hostia; no en tu casa, sino en tu pecho. ¡Cómo te debes disponer, cómo debes adornar el templo de tu alma, de riqueza en virtudes, de alhajas en méritos! Mira que hoy dispone el Rey del Cielo que entre el Arca de su Cuerpo Sacramentado bajo tu techo, en tus mismas entrañas; advierte, pues, con qué confusión la debes recibir, con qué reverencia cortejar.

Punto 3º *Entró el Arca del Señor en casa de Obededón*, favorecida primero en recibirla, y dichosa después en recibir bendiciones: no fue casa vacía, sino llena de devoción; tampoco lo fue el Arca, llena, sí, de los tesoros del Cielo, colmándola de felicidades. ¡Qué gozoso se hallaría Obededón al ver que, cuando él temía rigores, experimentaba favores! ¡Tanto se premian servicios de obediencia, obsequios de humildad! Pagóle bien el hospedaje el Señor, que como tan gran rey, donde una vez entra, nunca más se conoce miseria.

Pondera tú qué mercedes no te puedes prometer el día que esta Arca verdadera, no vacía, sino llena del divino Maná del Cuerpo y Sangre de Cristo, verdadero Dios y Señor, entra en tu pecho. Aquélla fue la caja, ésta la joya; aquélla llenó de bienes la casa de Obededón, porque fue figura de ésta. ¡Cuánto más colmará ésta de favores tu corazón! Logra la ocasión que tienes; advierte que aquí están todos los tesoros de Dios, la mina rica de la Gracia; sabe pedir, que el mismo rey en persona tienes hospedado en tus entrañas.

Punto 4º No fue la menor de las recibidas mercedes el agradecimiento de Obededón y de todos los de su casa, y fue tan grande, que llegó a ser fama: no se hablaba de otro en toda Israel, celebrando todos las felicidades de su casa; emulábanle la dicha y pudieran la virtud. Hasta el santo rey David, ya animado, trató de llevar el Arca a su real palacio,

deseando emplearse en los obsequios y participar de los beneficios.

¡Oh, tú, que hoy has comulgado!, mira que no enmudezcas a las divinas alabanzas, parte es de merced el agradecimiento, y pues te reconoces tanto más favorecido que Obededón, muéstrate otro tanto más agradecido: serán estas gracias empeño de nuevos favores, y pues todos los de tu casa han participado de las divinas mercedes, todas tus fuerzas y todas tus potencias se empleen en alabar al Señor; convida a las generaciones de las generaciones con el santo Rey Profeta te ayuden a cantar las misericordias del Señor por todas las eternidades de las eternidades. Amén.

MEDITACIÓN IX

PARA LLEGAR A COMULGAR CON EL ENCOGIMIENTO DE SAN PEDRO

Punto 1º Considera que, si Juan mereció recibir tantos favores de su Divino Maestro por lo virgen, Pedro los consiguió por lo humilde. Juan fue el discípulo amado, Pedro el humillado: había de ser cabeza de la Iglesia y superior de todos por su dignidad, pero él se hacía pies de todos por su humildad. Lo que le arrebataba el fervor en las ocasiones, le detenía su encogimiento; no osaba preguntar al Señor, y así el Señor le pregunta a él; cuando los otros pretendían las primeras filas, él no se tenía por digno de estar delante de su Maestro. Agradado el Señor de este encogimiento, dejando las otras barcas, entra la suya, desde ella predica y en ella descansa; llevaba Pedro las reprensiones, pero gozaba de los especiales favores.

Pondera qué buena disposición ésta de la humildad para llegar a recibir a un Señor que se agrada tanto de los humildes; y para haber de comulgar procura prevenirte de este santo encogimiento; retírate reconociendo tu bajeza, para que el Señor te adelante a gozar de su grandeza; siéntate en el último lugar en este divino convite, que el Señor te subirá

más arriba; humíllate cuando más quisieres agradar a un Señor que se le van los ojos tras los mansos y pequeños.

Punto 2º *Desvelados los Apóstoles, trabajaron toda una* noche y nada cogieron, porque no les asistía su Divino Maestro; estaban a oscuras sin su vista, y de balde sin su asistencia, que donde Él falta nada sale con felicidad. Pasó ya la noche de su ausencia, amaneció aquel Sol Divino, y todo se llenó de sus alegres influencias. Abrió San Pedro los ojos de su fe, y conocióse a sí mismo y a su Divino Maestro, reconoció su propia flaqueza y el poder del Señor, su vileza y su grandeza; en sí halló nada y en Dios todo; y así, dijo: «Divino Maestro, toda la noche hemos remado y nada conseguido, que sin Vos nada somos y nada valemos; mas ahora, en vuestro nombre calaré las redes.» Ejecutólo con esta confianza y logró el lance con doblada dicha, pues pudieron llenar ambas barcas de la abundante pesca.

¡Oh, alma mía!, tú que andas toda la noche de esta tenebrosa vida zozobrando en el inconstante mar del mundo, donde no hay hallar ni seguridad ni sosiego, oye lo que el Señor desde aquel viril te está diciendo: «Echa el lance de tus deseos a la mano derecha de las verdaderas felicidades, y llenarás tu seno de los eternos bienes; cala la red hacia el cebo de esta Hostia, y te apacentarás, no ya de los sabrosos pescados, sino de mi mismo cuerpo.» Mírale con los ojos de la fe de Pedro, ve careando tu pobreza con su riqueza; tu cortedad con su infinidad; tu flaqueza con su omnipotencia; tu nada con el todo, y dile: «Señor, sin Vos nada soy, nada valgo y nada puedo.»

Punto 3º Confúndese San Pedro, considerándose pecador, ante aquella inmensa bondad, aniquílase flaco ante el infinito poder, y lleno de humilde encogimiento, viéndose en la presencia del Señor, exclama temeroso, y dice reverente: «Señor, apartaos de mí, que soy un gran pecador; retiraos, ya que yo no puedo huir de Vos», que fue decir: «¿Quién soy yo? y ¿quién sois Vos, Señor? Yo, una vil criatura; Vos, el Omnipotente Creador; yo, la misma ignorancia; Vos, sabiduría infinita; yo, frágil, que hoy soy y mañana desaparezco; Vos, indefectible y eterno; yo, un vil gusano de la tierra; Vos, el Soberano

Monarca de los Cielos; yo, flaco; Vos, todopoderoso; yo, corto; Vos, inmenso; yo, pobre mendigo; Vos, la riqueza del Padre; yo, necesitado; Vos, independiente; yo, al fin, nada, y Vos, todo. Señor mío y Dios mío, ¿cómo me sufrís en vuestra presencia?»

¡Oh, alma mía, con cuánta más razón podrías tú exclamar y decir lo que San Pedro! Que si él, por sólo estar delante del Señor así se confunde y se aniquila, tú, que no sólo estás en su divina presencia, sino que le tocas con impuros labios, que le recibes en inmunda boca, que le metes en tan villano pecho, que le encierras real y verdaderamente en tus viles entrañas, ¿cómo no das voces, diciendo: «Señor, retiraos de mí, que soy el mayor de los pecadores. ¿Cómo me podéis sufrir ante Vos, Dios mío, y todas mis cosas? Yo nada, y todas las nadas»? ¡Con qué reverencia, con qué pasmo, con qué confusión habías de llegarte a comulgar, a vista de tan inmensa grandeza!

Punto 4º No le echa de su presencia el Señor a Pedro, antes le une más estrechamente consigo; está tan lejos de apartar los ojos de su humildad, que se le van tras ella; no le niega el rostro, franquéale, sí, el corazón y agradado de su recatado encogimiento, trata de encomendarle sus tesoros, las margaritas más preciosas y que más le cuestan, sus corderillos y ovejas. Quedó Pedro tan agradecido cuanto antes retirado, dos veces confundido de la repetida benignidad de su Señor, y si antes se negaba a su presencia, ya se adelanta a su alabanza, desempeñando humildades de su desconfianza, en animosos agradecimientos de su dicha.

¡Oh, Señor mío y todo mi bien! ¡Cuánto más obligado me reconozco yo hoy, cuando llego a recibiros, pues no sólo me permitís estar ante vuestra infinita grandeza, sino que os dignáis de estar Vos mismo, real y verdaderamente, dentro de mi pecho, Vos en mí y yo en Vos, que sois mi centro y todo mi bien; sea yo tan puntual en los obsequios como Vos generoso en los favores; no se muestre villano un pecho tan privilegiado y favorecido, y sea la confesión de mi vileza pregón repetido de vuestras inmensas glorias. Amén.

Meditación X

PARA RECIBIR AL SEÑOR CON LAS DILIGENCIAS DE MARTA Y LAS FINEZAS DE MARÍA

Punto 1º Contempla cuando las dos hermanas en sangre, y mucho más en el espíritu, entendieron que el Señor iba a honrarles su casa, ¡qué estimación concebirían!, ¡qué gozo recibirían de un tan grande favor! ¡Con qué deseo esperaría Magdalena a aquel Señor que algún día con tanta ansia había ido a buscar! Y si tuvo entonces por gran dicha el ser bien recibida, hoy estimaría por singular favor el poderle recibir. ¡Qué preparación harían tan grande, las que tan bien conocían la majestad y grandeza del huésped que esperaban! Grande sería el adorno de las salas, mayor el de sus corazones, y las ricas alhajas simbolizarían sus preciosas virtudes.

Pondera tú que el mismo Señor real y verdaderamente viene hoy en persona a hospedarse en el castillo de tu corazón, trata de entregarle las llaves que son tus potencias y sentidos; hermánense tu voluntad y entendimiento para asistirle con estimaciones y fineza; preceda una grande preparación de alhajas en virtudes, con mucha limpieza de conciencia, oliendo todo a gracia y santidad.

Punto 2º Vase llegando el Divino Maestro a las puertas del castillo, ostentando en su divino rostro un celestial agrado; saldríanle a recibir las dos hermanas con afectuosa reverencia, seguidas de toda su familia, porque todos se empleasen en servir al Señor. ¡Qué gozosas le reciben! ¡Qué agradecidas le saludan! ¡Qué corteses le agasajan! ¡Paréceme que estoy viendo a Marta muy solícita y a Magdalena afectuosa! Pero ¡con qué soberana apacibilidad correspondería el Señor a sus afectos! Llevaríanle en medio, en emulación de ambos serafines, aleando entrambas, la una amando y la otra sirviendo. Conduciríanle a la más aliñada pieza, digo al centro de su corazón, y allí no perderían punto de oír su celestial conversación, de gozar de su divina presencia.

¡Oh, tú, que recibes hoy al mismo Divino Huésped, mira que llega ya a las puertas de tus labios, al castillo de tu pe-

cho!, ¡salte el alma de contento a recibirle, acompañada de todas sus potencias y sentidos, sin que ninguno se divierta! ¡Salga la solicitud de Marta y la devoción de María; avívese tu fe, esfuércese tu esperanza, enciéndase tu caridad, y condúcele al adornado centro de tu corazón!

Punto 3º Divídense las dos hermanas los dos diferentes empleos, aunque ambos dirigidos al divino servicio. Acude Marta a prevenir el regalo material, quédase María gozando del espiritual; Marta prepara la comida, María goza del pasto de la celestial doctrina, y como acostumbrada a los pies de su Maestro, donde halló el perdón, ahora solicita el consuelo; prosigue amante la que ya penitente. ¡Con qué fruición asistiría a la real divina presencia! ¡Qué absorta, oyendo platicar a Cristo! ¡Qué altamente guardaría aquellas palabras de vida eterna! ¡Oh, qué consuelo siente un alma puesta a los pies de este Señor, después de haberle recibido! ¡Qué oración tan provechosa! ¡Qué comunicación tan agradable! Da quejas Marta al Señor de que su hermana la haya dejado sola, confesando la desigualdad de su empleo, y ponderóla el Señor con aquellas tan magistrales palabras, diciendo: «Marta, Marta, toda tu solicitud de la comida del cuerpo es turbación, y sosiego la del espíritu. De verdad que sólo un manjar es necesario, y ése da vida eterna: bien supo escoger María.»

Oye, alma, cómo te dice el mismo Señor a ti otro tanto: que te distraes en los bienes perecederos, que cuidas de los manjares de la tierra. No hay regalo como el Divino Sacramento; llégate a Mí y goza de mi dulce presencia, recíbeme en tu pecho y estate aquí conmigo, que ésta es la bienaventuranza de la tierra; no pierdas este buen rato de una santa y fervorosa Comunión.

Punto 4º ¡Qué agradecida quedaría Magdalena al duplicado favor, qué desengañada Marta de que no hay otro comer como gustar del Señor, apacentarse de su celestial doctrina y gozar de su divina presencia! No respondió palabra María, que estaba toda puesta en amar y agradecer, y quien así recibe favores de su Dios, no repara en agravios de su prójimo; habla con el corazón quien bien ama, remitiendo las palabras a los hechos.

Aprende tú, ¡oh, alma mía!, a estimar y agradecer; sean alabanzas los suspiros, y una comunión agradecido obsequio de la otra; habla con el corazón si amas, y sea tu único cuidado asistir y cortejar al Señor que has recibido. Saca un hastío grande a todos los contentos humanos, y apetece sólo el manjar divino; más cercano tienes al Señor que María, pues no sólo te concede estar a sus pies, sino estar él dentro de tu pecho; reconoce doblado el favor y rinde doblado el agradecimiento.

Meditación XI

DEL BANQUETE DE JOSÉ A SUS HERMANOS

Punto 1º Carea la benignidad de José con la crueldad de sus hermanos; todos conspiran en vender. ¿Quién? A un hermano, por su ternura amable y por su inocencia apacible. ¿Por qué? Sin culpas propias, antes por las ajenas. ¿A quiénes? A unos tan enemigos como infieles, tan bárbaros como gitanos. ¿Por cuánto? Por el precio y la inocencia de un cordero. ¿Con qué palabras? Cargándole de injurias, llamándole príncipe fingido y hartándole de oprobios como a sol soñado. ¿De qué modo? Despojándole de la túnica, si no inconsútil, talar. ¿Adónde le echan? Al desierto de un Egipto, al olvido de una cárcel.

Alma, ¿quién es este verdadero José, vendido, injuriado y maltratado? El benignísimo Jesús, amable por lo hermano y venerable por lo Señor. ¿Quién le vendió? Tú, vil e ingrata criatura. ¿Por cuánto? Por un vil interés, por un sucio deleite. ¿De qué modo? Pecando tan sin temor, ofendiéndole tan sin vergüenza. ¿Cuántas veces? Cada día, cada hora y cada instante. Confúndete, pues, hoy que llegas ante su divina presencia, con más causa que los hermanos de José, que aquí le tienes, no virrey de Egipto, sino Rey del Cielo. Si aquél disimulado, éste encubierto; si aquél les daba trigo, este Señor se te da en pan. Entra reconociendo tus traiciones, antes de recibir sus favores, pídele que te perdone, antes que te convide;

échate a sus pies, antes que te sientes a su lado; mezcla tus lágrimas con la bebida y come la ceniza de tu penitencia con el pan de su regalo.

Punto 2º Considera el mansísimo José, con qué amor corresponde al odio de sus hermanos: no se contenta con hospedarlos en su casa, sino que los mete dentro de sus entrañas; trueca las venganzas de ofendido en finezas de amoroso, reconociendo a los que le desconocieron y honrando a los que le injuriaron; enlaza con cariñosos abrazos a los que le ataron con inhumanos cordeles, y en vez de lazo al cuello retorna afectuosos abrazos; trata de enriquecer a los que le desnudaron, y llena de dones a los que de baldones; despierta con esto los que le tuvieron por dormido, y adoran verdadero al que despreciaron soñado; no sólo les da el trigo que vienen a buscar, sino que los sienta a su mesa y los festeja con espléndido banquete.

¡Oh, bondad infinita! ¡Oh, benignidad incomprensible del dulcísimo cordero Jesús! En la misma noche en que era entregado a sus enemigos en venganza, se entrega él a sus amigos en comida, recambia las amarguras en dulzuras; brinda con su sangre a los hombres, que andan trazando bebérsela; y cuando ellos aspiran a comérsele a bocados por rencor, Él se les da en banquete por amor; brinda con la dulzura de su Cáliz a los que le preparan la hiel y vinagre; trata de metérseles en el pecho a los que le han de abrir el costado; toma el pan en las manos liberales que han de ser barrenadas con los clavos; alárgalas con liberalidad, cuando han de ser estiradas con crueldad; endulza con leche y miel aquellas bocas que han de escupir su rostro. Dime, ahora, pecador, ¿puédese imaginar mayor ingratitud que la tuya, ni mayor bondad que la del Señor? Coteja estos dos extremos y échate a los pies de un tan buen hermano, reconociendo tu culpa, solicitando el perdón que no es posible te le niegue el que se te da todo en comida.

Punto 3º Olvidando antiguos agravios José, inventa nuevos favores, y cuando todo el mundo está pereciendo de hambre, dispone hacerles un banquete: «Comed, les dice, que yo soy José, no enemigo, sino muy hermano vuestro; no

enojado, sino misericordioso.» Comían como hambrientos y él les hacía plato, y cuando con sólo pan se contentaran para satisfacer su hambre, logran sazonados manjares para su regalo; no envidian el manojo superior, sino que gozan de sus frutos, y el Benjamín, sin culpa, como era lobo rapaz, tragaba al doble que todos.

¡Oh, tú, que estás sentado a la mesa del Altar, reconoce tu buen hermano Jesús, que no sólo te convida, sino que se te da en comida; fíase de ti, pues se entra dentro de tu pecho y se mete en tus entrañas! Mira que no le vuelvas a hacer traición, cometiendo nuevas culpas; come como hambriento y lograrás el regalo que cuando los demás perecen de hambre, a ti te sobran las delicias, come con desahogo y confianza, que esa casa, y esa mesa, siendo de Jesús tu hermano, tuya es, y te está diciendo: «Yo soy Jesús, a quien tú vendiste y perseguiste, no enojado, sino perdonador; acércate a mí sin recelo y colócame en tus entrañas con amor.»

Punto 4º Volverían los hermanos tan agradecidos cuan satisfechos, ya de los beneficios recibidos, ya de las injurias olvidadas. ¡Cómo irían por el camino celebrando su dicha, pues cuando temieron castigos experimentaron honras y favores! ¡Con qué diligencia caminarían a llevar las buenas nuevas a su padre del hijo José vivo, los que se las llevaron tan tristes algún día de despedazado! ¡Cómo se congratularían con su buen padre de la recíproca dicha del hermano! Y ¡cómo alternarían con él las gracias y alabanzas al Cielo! Haríanse lenguas en repetir una y muchas veces el suceso, y no se contentarían con que lo relatase uno, sino que todos lo volverían a repetir.

Alma, más debe a quien más se le perdona. ¡Qué gracias debes tú rendir a un Señor que tantas veces te ha perdonado y sentado a su mesa! Lleva las buenas nuevas al Padre Celestial; lleguen hasta el Cielo los nuevos cánticos de tu agradecimiento, volviendo una y muchas veces a repetir tu dicha y a frecuentar la Mesa del Altar.

MEDITACIÓN XII

PARA RECIBIR AL SEÑOR CON LA HUMILDAD DEL PUBLICANO

Punto 1º Considera cómo se dispone este gran pecador para poder parecer ante el Divino acatamiento; previénese de humildad todo lo que le falta de virtud; ahonda en el propio conocimiento para poder llegar a la infinita Alteza; no halla en sí sino culpas y en Dios misericordias. «¿Quién soy yo, diría, que me atreva a entrar en la casa del Señor? ¡Yo tan malo, y Él tan bueno! ¡Yo, abominable pecador, y Él, tan amable Señor! Yo soy un vil gusano, y así iré rastrando por el suelo a su templo. ¿Todo lo habrá de poner el Señor de su casa, cuando yo nada tengo y nada puedo? Un monstruo he sido en el pecar, mas el Señor es un prodigio en el perdonar; confiado, pues, en su bondad, lo que confundido de mi malicia, aunque sea un polvo enfadoso, un lodo inmundo, tengo de entrarme hoy por las puertas de su casa.» Encuentra al subir con un fariseo y confúndese más viéndose pecador, a vista de aquel que tiene por espejo de virtud, que de todo saca materia de humillación.

Pondera, ¡oh, tú, que has de subir hoy al templo, no sólo a hablar con el Señor, sino a recibirle; no sólo a ponerte en su presencia, sino a ponerle dentro de tu pecho, siendo un tan gran pecador!, con qué confusión debes llegar. No subas como fariseo, sino como humilde publicano; no te muevas con el pie de la soberbia, ahondando en tu propia bajeza, confesando tu indignidad e invocando la infinita misericordia.

Punto 2º Entra en el templo temeroso el publicano que ya poco fuera reverente. Pero ¿qué mucho, si ve temblar las mismas columnas del Cielo? Quédase lejos por humildad el que se alejó por el pecado, escoge para sí el ínfimo lugar, teniéndose por el mayor pecador; aun al fariseo no se osa acercar, cuanto menos a Dios; busca un rincón del templo el que no osa parecer en el mundo, y aun ése le parece sobrado favor; no se atre-

ve a mirar al Cielo porque sabe pecó contra él; hiere el pecho con repetidos golpes, ya para castigarle culpado, ya para despertarle adormecido; llamando está a su corazón, y al Cielo, para ablandarlos a entrambos. «Señor, dice, sed propicio para mí, pecador, así como lo sois para todos», que fue decir: «Señor, yo soy el pecador; Vos, el perdonador. Grande es mi miseria, mayor es vuestra misericordia. Señor, gran perdón, según vuestra bondad, y según la multitud de vuestras conmiseraciones; borrad la multitud de mis pecados.»

Contempla, alma mía, este ejemplar de penitencia: si este publicano, aun de hablar con Dios desde lejos se juzga indigno, ¿cómo te has de llegar tú a recibirle? Él se queda en un rincón, ¿cómo te atreves tú a acercarte al Altar? Él no osa abrir los ojos para ver a Dios, ¿y tú abres la boca para comulgar? Él hiere su pecho ante el Señor, ¿y tú le metes dentro de tu pecho? Él se aniquila pecador, ¿y tú, tanto mayor, no te confundes? ¿Qué haces que no das voces, diciendo al Señor: «Sed propicio para mí también, aunque soy el mayor de los pecadores. Señor, grande es mi confusión, sea grande vuestro perdón. Señor, en mí está la miseria, pero en Vos la misericordia?»

Punto 3º ¡Oh, poderosa humildad! Contempla cuán agradable es a Dios: no parecía tener cosa buena el publicano sino la humildad, ni otra mala el fariseo sino la soberbia, y aquélla agradó tanto al Señor, que le atrajo a donde estaba; y ésta le ofendió de suerte que de todo punto le ausentó. Echó la altivez al fariseo del más alto lugar, y la humillación realzó al publicano del más bajo, que no es nuevo en la soberbia hacer de ángeles demonios, así como en la humildad hacer de pecadores ángeles. Ya mira el Señor al que no le osaba mirar, y aparta sus ojos del que se complace en sí mismo; ocupa la divina gracia aquel pecho que ocupó la confusión, y es admitido de los ángeles el que es desechado del fariseo. Hállase el publicano con su Dios y Señor dentro de sí por la gracia, ya le hospeda en su corazón. ¡Qué contento le adora, qué afectuoso le abraza, qué dichoso le goza!

Alma, llega con tu humildad al Altar, que así quiere el Señor ser recibido; no hay mayor agasajo para tanta alteza que el conocimiento de tu bajeza; asístele con encogimiento y le

gozarás con más dicha; aniquílate tú para engrandecerle a Él; desprecia tu nada y lograrás el todo.

Punto 4º ¡Qué contento bajaría el publicano como tan bien despachado! Subió lleno de dolor, y baja lleno de consuelo. Poco habló al pedir, mucho sí al agradecer. Si antes confesara sus culpas, pregona ya las misericordias del Señor. Dábale saltos de contento el corazón, que recibió tantos golpes de penitencia, no cabiéndole en el pecho ahora de gozo, ni antes de sentimiento, y es sin duda que no volvería por el mismo camino, sino por el de la virtud, a la inmortal corona.

¡Oh, tú, que has comulgado!, da gracias al Señor como el publicano, y no con el fariseo, de las culpas perdonadas, no de las virtudes presumidas; no blasones merecimientos; agradece, sí, misericordias; vuelve de la Sagrada Comunión muy otro, y por diferente camino; no sea por el mismo, porque no te vuelvan a emprender tus pasiones que te aguardan, ni los vicios pasados, que están a la espera; y si el venir fue llorando, el volver sea cantando, con el manojo del Pan del Cielo; da gracias, pues recibiste perdones, y ensalza a un Señor que pone sus ojos en los humildes.

Meditación XIII

DE LA MAGNIFICENCIA CON QUE EDIFICÓ SALOMÓN EL TEMPLO, Y EL APARATO CON QUE LE DEDICÓ, APLICADO A LA COMUNIÓN

Punto 1º Considera la majestuosa grandeza del templo de Salomón. No quiso el Señor se lo erigiese el belicoso padre, sino el hijo pacífico y sabio, que es de sabios amar la paz. Siete años tardó en construirle, empleando su sabiduría, que fue la mayor, y su poder, que fue igual; y toda esta magnificencia, riqueza, artificio, ornato y majestad fue para colocar un Arca que no era más que sombra, una figura, una representación de este divinísimo sacramento.

Pondera tú hoy que has de colocar en tu pecho, no la som-

bra, sino la misma luz; no la figura, sino la misma realidad; no el Arca del Testamento, sino al mismo Dios y Señor Sacramentado: ¿Qué templo de devoción deberías tú construir? ¿Qué *Sancta Sanctorum* de perfección y santidad en medio de tu corazón? Si Salomón gastó siete años en edificar el Templo material, emplea tú siete horas siquiera en preparar tu alma, cuando fuera poco toda una eternidad. Compitan con las piedras finas las virtudes; suceda al oro brillante la encendida caridad; truéquense las maderas olorosas en fragantes oraciones; los aromas en suspiros, y campee, no ya la sutileza del arte, sino la hermosura de la gracia.

Punto 2º Llegó el festivo día tan venerado como deseado de la dedicación del Templo; concurrió toda Israel a hospedar y a cortejar su gran Dios; venían todos vestidos de gala y revestidos de devoción; ardían las víctimas a par de los inflamados corazones; como era fiesta común de todos, participaron todos, grandes y pequeños, pobres y ricos, del universal consuelo. Pero entre todos se señaló el religioso príncipe, dando a todos ánimo y ejemplo. Hincó en tierra ambas rodillas, y fijó ambos ojos en el cielo, lastrando con humildad el vuelo de su oración, y fue tan eficaz, que atrajo al Señor con sus plegarias. Llenóse el Templo de una oscura niebla, decente velo a la inaccesible majestad increada. Sintiéronse todos bañados de consuelo y reconocieron presente la gloria de su Dios y Señor.

Alma, ¿qué festivo aparato previenes tú el día que comulgas? Advierte que se consagra en templo tu pecho, y en morada del mismo Dios. Acudan todas tus potencias a la gran solemnidad; sea tu corazón el *Sancta Sanctorum* animado donde estén aleando el Entendimiento, querubín admirado, y la Voluntad, serafín encendido. Jubile tu interior a su santo nombre y cante la lengua sus alabanzas; alerta, que desciende el Señor, cubierto de la niebla de los accidentes, a lo íntimo de tus entrañas.

Punto 3º Entre gozoso y atónito, el sabio rey exclamó con aquellas memorables palabras, dignas de ser repetidas de todos los que comulgan: «¿Que es posible, dice, que esté en la tierra el Señor? Aun el imaginarlo espanta. ¿Dios en el sue-

lo cuando no cabe en el Cielo? El Cielo es corto, ¿qué será esta casa?»

¡Oh, con cuánta mayor razón podrías tú dar voces el día de hoy, que has hospedado al gran Dios de Israel en tu mismo pecho, y decir: «¿Que es posible que mi gran Dios se digne venir a mí, y que el Inmenso quepa en mi pecho? *Vere,* de verdad, que le encierre yo en mis entrañas. *Super terram!* ¿Dios, y en la tierra? ¿Dios, y en un corazón tan terreno como el mío, amasado de lodo?» Saca una humilde confusión, un religioso pasmo y un reconocido agradecimiento.

Punto 4º Cuando parecía haberse desempeñado el sabio rey con tan relevantes obsequios, se reconoció más obligado con tan especiales favores del Señor, que, en competencias de dar, siempre salió vencedor. Vio logrado Salomón su trabajo, pues tan honrado con la especial asistencia de Dios era sabio, y así sería reconocido; tantas voces como tantas veces resonaron en adelante en aquel Templo, fueron otros tantos agradecimientos. No se hablaba de otro en toda la Idumea, ni aun en toda la redondez del universo, siendo tan ensalzado cuan conocido el nombre del gran Dios de Israel.

Pondera tú, que hoy has recibido tantos favores del Señor, y al mismo Señor de los favores, cuán empeñado quedas en celebrarle y servirle: sé agradecido, si eres sabio, resuenen los ecos de tu corazón en las alabanzas de tu lengua; no se te oiga hablar sino de Dios el día que le consagraste el templo de tu pecho, y sobre todo guarda de profanarle, ni con pensamientos, ni con palabras, ni con obras: sea un *Sancta Sanctorum* de perfecciones donde arda siempre el fuego del amor.

Meditación XIV

DE LA FUENTE DE AGUAS VIVAS QUE ABRIÓ EL SEÑOR EN EL CORAZÓN DE LA SAMARITANA, APLICADA A LA SAGRADA COMUNIÓN

Punto 1º ¡Oh, mi buen Jesús! ¡Dios mío y Señor mío! ¡Y qué sediento caminái s en busca de una mujer tan satisfecha

de sus delitos! Vil, sí; desdichada, no, pues topa con el manantial de las dichas. ¡Oh, cómo se os conoce, Señor, lo que estimáis las almas, y que por una sola hubierais hecho lo que por todas! ¿Qué mucho vengáis a buscarla desde lejos, si descendisteis ya del sumo Cielo? No me admiro de veros sudar hilo a hilo, pues algún día sudaréis sangre, y correrán arroyos de ella de vuestras llagas, pero ¡qué olvidada llega la samaritana de Vos, y cuán en la memoria la tenéis, y aun en el corazón! Ignorante ella de los eternos bienes, hidrópica de sus gustos perecederos, solicita los aljibes rotos y deja la fuente de aguas vivas. ¡Qué poco se pensaba hallar la verdadera dicha, que no piensa sino en hallarla a ella! Venía en busca del agua, símbolo de los fugitivos contentos, y halló la vena perdurable de la gracia.

¡Oh, alma mía, y cómo que te sucede hoy lo mismo! Tú andas perdida en busca de los deleznables contentos, y el Señor te está esperando, si no en la fuente de Jacob, en la del Altar, verdadero y perenne manantial de su sangre y de su gracia. ¡Ea!, llégate sedienta a aquellas cinco fuentes de tu salud; déjate hallar de quien te busca, logra la ocasión, y apagarás la sed de tus deseos. Saca un verdadero conocimiento de su misericordia y tu miseria, de tu olvido y su cuidado.

Punto 2º Comienza a disponerla Cristo para hacerla capaz de sus infinitas misericordias; entra pidiendo para dar, y pídela una gota de agua. Él, que ha de verter toda su sangre por ella; empéñase en pedir poco para dar mucho. ¡Oh, qué sed tiene de dar! ¡Qué deseo de comunicar sus celestiales dones! Con deseo he deseado, dice el mismo Señor, hambriento de nuestra hartura; agua pide, mas es de lágrimas que limpien el alma, que blanqueen la conciencia, donde se ha de hospedar; sed tiene de que apaguemos la nuestra.

Advierte, alma, que el mismo Señor, real y verdaderamente en este divinísimo Sacramento, te está diciendo a ti: «Alma, dame de beber, lágrimas te pido; compadécete de mi sed que me duró toda la vida; no me des la hiel de tu ingratitud ni el vinagre de tu tibieza; venga una lágrima siquiera derramada por tantas culpas; ábranse esas fuentes de tus ojos, cuando en

diluvios se te comunican las de mi sangre.» Bríndale a tu Redentor con lágrimas de amargura, para que Él te anegue a ti en abismos de dulzura. Saca un gran desprecio de los mundanos deleites y una gran sed de los divinos contentos, para gozar eternamente de esta perenne fuente de la gracia.

Punto 3º Niega la vil criatura, no menos que a su Criador, una gota de agua que la pide. ¡Hay tal ingratitud! Pero está tan lejos el Señor de desampararla, que antes toma de aquí ocasión para favorecerla; juzga la samaritana que tiene bastante fundamento para negarle un poco de agua, así como todos los que se excusan de servirle. Replica Jesús, olvidado de sus deservicios, instando en nuestros bienes. «¡Oh, mujer, si conocieses el don de Dios, y para ti, y en esta sazón! ¡Si supieses con quién hablas! Conmigo, fuente perenne de todos los bienes, mina de los tesoros, manantial de los verdaderos consuelos; como tú me pedirías a Mí, y Yo a ti te franquearía, no una gota de agua, sino una fuente entera de dichas y misericordias, que da saltos hacia el Cielo y llega hasta la vida eterna.»

Oye, hija; inclina, alma, tu oreja, que el mismo Señor desde el Altar te dice a ti lo mismo. ¡Oh, si supieses! ¡Oh, si conocieses este don de dones, esta merced de mercedes que hoy recibes cuando comulgas! ¡Si supieses quién es este gran Señor que encierras en tu pecho! Tu único bien, todo tu remedio, tu consuelo, tu felicidad, tu vida y tu centro; el que sólo puede llenar tu corazón y satisfacer tus deseos, ¡cómo que le pedirías este pan de vida, cómo frecuentarías con más fervor la fuente de las gracias, la mesa del Altar! Aviva tu fe, alienta tu amor y échate de pechos sedienta en esta copiosa fuente de su sangre, bebe hidrópica de sus llagas y llénate, alma, de Dios.

Punto 4º En habiendo conocido la samaritana a su Criador y Redentor, ¡qué gozosa parte, hecha de pecadora predicadora! No vuelve las espaldas a la fuente ingrata, sino que parte para volver otra y muchas veces agradecida; va a comunicar su bien comunicado, a pagar en alabanzas sus misericordias, a congratularse de su dicha. Entra por su pueblo pregonando a voces el hallado Mesías; no la cabe el contento

en el pecho, y así rebosa en los prójimos primicias de su caridad; convoca, no ya siete solos para la ofensa, sino todos para el obsequio.

Pondera, alma, cuánto más agradecida te debes tú mostrar a este Señor, que no ya una fuente de agua, sino todas las cinco de su preciosa sangre te ha franqueado hoy, quedando tú bañada en el abismo de sus misericordias; séle reconocida, y serás agradecida; hazte pregonera de sus dones, comunicando a todos y con todos esta dicha, que por esto se llama Comunión.

Meditación XV

PARA COMULGAR CON LA REVERENCIA DE LOS SERAFINES DEL TRONO DE DIOS

Punto 1º Contempla aquella inmensa majestad del infinito y eterno Dios, que si no cabe en los cielos de los cielos, cuánto menos en la tierra de la tierra; atiéndele rodeado de las aladas jerarquías, asistido de los cortesanos espíritus, amándole unos, contemplándole otros, y todos alabándole y engrandeciéndole. Aquí sí pudiera desfallecer tu alma con más razón que la otra reina del Austro en el palacio del Salomón terreno; vuelve luego los ojos de la fe a este divinísimo Sacramento, y repara que el mismo Señor, real y verdaderamente que allí ocupa aquel majestuoso trono de su infinita grandeza, aquí se cifra en esta Hostia con amorosa llaneza; allí inmenso, aquí abreviado; allí conciliándole reverencia su majestad, aquí solicitándole finezas su amor.

Considera si hubieras de llegar por medio de los coros angélicos, rompiendo por las aladas jerarquías, haciéndote calle a un lado y otro los querubines y serafines, ¡con qué temor procedieras, con qué encogimiento llegaras! Pues advierte que al mismo Dios y Señor vas a recibir hoy por medio de las invisibles jerarquías. Repara con qué preparación vienes, con qué alas de virtudes te acercas, y sea émula tu preparación de los querubines en el conocer y de los serafines en el amar.

Punto 2º Estaban los abrasados espíritus tan cercanos a la infinita grandeza, que la asistían en el mismo trono, aunque aleando siempre, por acercarse más, que quien más conoce a Dios, más le desea; abrasándose están en el divino amor, y por eso los más allegados, que el amor no sólo permite, pero une; mucho aman y mucho más desean.

Pondera aquí, ¡oh, alma mía!, tu tibieza; carea con aquel fuego tu frialdad, y di, ¿cómo te atreves llegar a un Dios, que es fuego consumidor, tan poco fervorosa? Aleen tus potencias el entendimiento por conocerle, tu voluntad por amarle, y después de mucho, más y más, que lo que no consiguen los espíritus alados con su grandeza, consigues tú con tu vileza, pues no sólo se te permite asistir al Señor, batiendo las alas, sino tocándole con los labios, paladeándole en tu boca, hasta meterle dentro de tu pecho. Si a los serafines se les concede asistir en el trono de Dios, a ti que el mismo Dios asista dentro de tus entrañas; poco te queda que envidiarles: el conocimiento, no la dicha; la estimación, que no el favor.

Punto 3º Velaban sus rostros los amantes espíritus, corridos de no amar a su Dios y Señor tanto como debían, tanto como quisieran, de que no llegase su posibilidad donde su afecto; hacían rebozo con las alas a su empacho, si ya no era velo a su reverencia; asisten avergonzados de su cortedad, cuando confundidos de tan inmediata asistencia; cubren también los pies, acusándolos de tardos, en cortejo de sus alas, y en ellos sus detenidos afectos.

¡Oh, alma perezosa! Pondera que, si los serafines se recatan indignos de parecer ante la inmensa grandeza de Dios, y la recelan cara a cara, tú, tan llena de imperfecciones, ya que no de culpas, tan helada en su divino amor, tan tibia en su divino servicio, ¿cómo no te confundes hoy de llegar a recibirle, sirviéndole de trono tu corazón? Los serafines acusan sus pies hechos a pisar estrellas, y tú, con pies llenos del cieno del mundo, cubiertos del polvo de tu nada, ¿cómo osas acercarte? Avergüénzate de tu vileza, y sola la benignidad de este Señor Sacramentado baste a alentar tu indignidad; suple con humillaciones lo que te falta de posibilidades para poder lograr tan grandes favores.

Punto 4º Reconociendo los serafines su dicha, no cesaban de alabar la divina grandeza: noche y día repetían el Santo, Santo, que es el blasón divino; a coros le entonaban, provocándose unos a otros a los aplausos eternos; libraban en proseguidos cánticos, debidos agradecimientos, y eternizaban en continuas voces los favores del Señor.

Aprende, ¡oh, alma mía!, de tan grandes maestros del amar, el saber agradecer; sean émulos de sus incendios tus fervores; corresponda a su asistencia tu atención, y si tu incapacidad te detuviere, tu dicha te adelante; compitan a finezas de amor, extremos de humildad; a la alteza de tu vuelo, el retiro de tu bajeza, recambiando en gracias los favores, y las misericordias infinitas en alabanzas eternas por todos los siglos de los siglos. Amén.

Meditación XVI

PARA COMULGAR COMO EN CONVITE DESCUBIERTO

Punto 1º Considera el que está convidado a la mesa de un gran príncipe, cómo se previene, de modo que pueda lograr la ocasión; no se sacia primero de viles y groseros manjares el que los espera exquisitos y preciosos; consérvase ayuno dando filos al apetito, y hace algún ejercicio para hacer ganas; llega con saliva virgen guardando el hambre, y aun llamándola para su sazón come a deseo, y éntrale en provecho.

¡Oh, tú, que estás hoy convidado al mayor banquete del mayor Monarca! Pondera cómo aquí todo deja de ser grande y pasa a infinito: el Señor que convida y el convite; sólo el convidado es un gusano, y para ti se prepara toda la infinidad de Dios en comida, toda la grandeza del Cielo en regalo, que si el Pan es de los ángeles, la vianda es el mismo Señor. Llega con el interior vacío de todo a recibir un Dios que todo lo llena, no te sientas ahíto de las cebollas del mundo, a comer el Pan del Cielo, que en vez de darte vida te causará la muerte; ven ajeno de toda culpa al convite que tiene por renombre *buena gracia.* No comas este manjar con frialdad, que es so-

bresustancial, y no te entraría en provecho; sazonado, sí, al fuego de una fervorosa oración, y advierte que la devoción es el azúcar de este sabroso manjar blanco.

Punto 2º Acostúmbrase en los convites ir descubriendo los platos para que los convidados vayan eligiendo conforme a su gusto y comiendo al sabor de su paladar; pero cuando es un suntuoso banquete en que se sirven muchas y exquisitas viandas, dásele a cada uno de los convidados una memoria de todos, para que sepan lo que han de comer y guarden el apetito para el plato que llaman suyo, del que gustan más, para que vayan repartiendo las ganas y se logre todo con sazón.

¡Oh, tú, que te sientas hoy al infinito regalado banquete que celebra el poder del Padre, que traza la sabiduría del Hijo, que sazona el fuego del Espíritu Santo; advierte que están cubiertos los preciosos manjares entre accidentes de pan; llegue tu fe y váyalos descubriendo y tú registrando, para que sabiendo lo que has de comer lo sepas mejor lograr. Un memorial se te dará de las milagrosas viandas: *Memoriam fecit mirabilium suorum.* Léelo con atención, y hallarás que dice: «Aquí se sirve un cordero de leche virginal sazonado al fuego de su amor.» ¡Oh, qué regalado plato! Aquí un corazón enamorado de las almas. ¡Oh, qué comida tan gustosa! Una lengua, que aunque de sí mana leche y miel, pero fue aheleada con hiel y con vinagre. Mira que la comas de buen gusto, pues unas manos y unos pies traspasados con los clavos no son de dejar; ve de esta suerte ponderando lo que comes y repartiendo la devoción.

Punto 3º De gustos, ni hay admiración ni disputa; unos apetecen un plato y otros otro; cuál apetece lo dulce de la niñez de Jesús, y cuál lo amargo de su pasión; éste busca lo picante de sus desprecios, aquél lo salado de sus finezas. Cada uno según su espíritu y aquello le parece lo mejor, y de la manera que los que comen el manjar material se van deteniendo en aquello que van gustando; no vamos a prisa, dicen; rumiemos a espacio, masquemos bien y nos entrará en provecho; así acontece en este banquete sacramental: unos se van con el amado discípulo al pecho de su Maestro, y como águilas se ceban en el amoroso corazón; otros con la

Magdalena buscan los pies, donde hallan el pasto de su humildad; cuál con el dulcísimo Bernardo al costado abierto, y cuál con Santa Catalina a la cabeza espinada; ni falta quien le hurta a Judas el carrillo indignamente empleado, y que no le entró en provecho, porque llegó ahíto de maldad.

Llega tú al banquete, ¡oh, alma mía!, y cébate en lo que más gustares, aunque todo es bueno y todo bien sazonado, así tú lo comieses con bien dispuesto paladar; come como ángel el pan de los ángeles; come como persona, considerando, y no como bruto, no agradeciendo; mira que donde está el Cuerpo del Señor, allí se congregan las águilas reales.

Punto 4º Quedan sobremesa los gustosos convidados, conversando con el Señor del convite, y celebrándole los manjares, que no es la menor paga el agradecimiento; éste alaba un plato y aquél otro, cada uno según el gusto que percibió; ponderan la abundancia, alaban la sazón, admiran el regalo, agradeciendo éste, y obligando al Señor del convite para otro.

Alma, mucho tienes tú aquí que celebrar: alaba a Dios, pues comiste a Dios, ríndele eternas gracias por un manjar infinito; quédate en oración, que esto es quedar conversando con el Señor del convite sobremesa; muestra el buen gusto que tuviste en comerle, en el saber celebrarle. Saca llegar cada vez a esta mesa con una de estas consideraciones: hoy me como el sabroso corazón del Corderito de Dios, otro día sus pies y manos llagadas, que aunque lo comes todo, pero hoy con especial apetito aquella cabeza espinada, y mañana aquel costado abierto, aquella lengua aheleada, que cada plato de éstos merece todo un día, y aun toda una eternidad.

Meditación XVII

PARA RECIBIR AL SEÑOR CON EL DESEO Y GOZO DEL SANTO VIEJO SIMEÓN

Punto 1º Represéntate como si vieras aquel agradable espectáculo del Templo: mira con qué gracia entra en él la Fé-

nix de la pureza y trae dos palomillas sin hiel; sale a recibirla un cisne que, a par de las corrientes de sus dos ojos, canta dulcemente su muerte; ni falta una viuda tortolilla, que ya no gime su soledad, sino que profetiza su consuelo; todas estas aves unas cantan, otras arrullan al salir el alado Sol Divino que trae la salud en sus plumas, llenando de luz y de alegría todo el universo. Considera cómo se preparó el santo Simeón para recibir al Señor en sus brazos este día; no se dice que era anciano, sino justo, y temeroso del Señor, que en su santo servicio no se cuenta por años, sino por méritos; con razón temeroso que quien ha de recibirle ha de temerle; no tiemblan sus brazos tanto de vejez cuanto de recato, regidos de su delicada conciencia. ¡Oh, gran disposición! Hospedar antes en su alma al Divino Espíritu para recibir después en sus brazos el Encarnado Verbo; oyó las respuestas de la una persona divina para lograr los favores de la otra.

Pondera tú, alma, que has de recibir hoy al mismo Niño Dios, no fajado entre pañales, cubierto sí de accidentes. ¿Cómo te has de preparar toda la vida, si el santo Simeón, para llegársele cuando mucho a su regazo, así se ejercita en virtudes tantos años? ¿Cómo tú ni aun horas para meterle dentro de tu pecho? Él para solo un día se prepara tantos, y tú para recibirle tantos, ¿no te preparas un día?

Punto 2º Iba marchitándose su vida y reverdeciéndose su esperanza; cumplióle el Cielo su palabra mejor que el mundo las suyas; llegó al templo al punto que rayaba la aurora, y abriendo los ojos cansados de llorar, reconoció el Sol Divino entre los arreboles de su humanidad; no se contentaría con mirarle una vez quien le había deseado tantas; miraba aquella tierna humanidad y admiraba la divinidad; veía un niño chiquito y adoraba un Dios infinito; veneraba en un infante de pocos días el Príncipe de las eternidades.

Conoce, alma, que al mismo Niño Dios vas tú a buscar hoy al templo; mira si te guía el Divino Espíritu o si te lleva la costumbre; abre bien los ojos a la fe y verás un encuentro de maravillas en una pequeña Hostia, un Dios inmenso, cubierta de accidentes, una sustancia infinita; recibirás en un bocado todo el Cielo, y hecho pan cotidiano el Dios Eterno.

Punto 3º No se contenta ya con verle el santo viejo; va adelantando con el favor la licencia, trueca el temor en finezas, alea el blanco cisne, con santa candidez, por acercársele más; contentábase antes con verle, ya pasa a abrazarle. Pide a la Virgen se le permita un rato, quien desea toda una eternidad; concédesele liberal la que ruega con Dios a todos. Tomóle entre los brazos, que fue abarcar todo el Cielo; con que no se celebre ya el enigma de ver dos varas de Cielo, sí el ver hoy todo el Cielo en dos varas; *accepit eum in ulnas suas.* Transformóse al punto de cisne en serafín, alternando lágrimas con incendios. ¡Qué abrazos le daría! ¡Qué ternuras le diría! Y pareciéndole no tenía más que ver, trata de cerrar los ojos; no teniendo más que desear, pide licencia de morir, pues el dejarlo de sus brazos ha de ser dejar la vida.

Alma, reconoce aquí tu dicha, y sábela lograr; el mismo Cristo del Señor tienes contigo, no sólo entre tus brazos, sino dentro de tus entrañas; no apretado al seno, sino dentro de tu pecho; no sólo se te permite adorarle y besarle como a Simeón, sino comerle, y tragarle, y sustentarte con él; ésta es tu dicha, cual debe ser tu consuelo; éste es el favor de tu Dios, veamos cuál es tu amor. ¿Qué puedes ya desear en esta vida, habiendo llegado a comulgar? Pide el morir al mundo y vivir a Dios; no a la carne, sino al espíritu, y sea de hoy más tu conversación en el Cielo.

Punto 4º Viose el santo Simeón muy obligado con el favor divino, pero con poca vida para el agradecimiento, y faltándole las fuerzas para rendir las debidas gracias, escoge rendir la vida. No pudo contenerse que no pregonase las divinas misericordias, y cantólas dulcemente como divino cisne, despidiéndose de todo lo que no es Cielo, de todo lo que no es Dios; y, no quedándose con él contento a solas, propónele a todos los pueblos, comunícale a todas las gentes, por lumbre de los ojos todos y gloria del pueblo de Israel.

Imítale tú, que hoy has comulgado, en lo agradecido, ya que le excedes en lo dichoso, que él sólo llegó a tener una vez al Niño Dios en sus brazos, y tú tantas veces en tu pecho; no estimas, si no agradeces; no sientes, si no exclamas prorrumpiendo en nuevos cánticos, émulo de este dulcísimo

cantor, que, al cerrar sus ojos a todos los bienes terrenos, abre sus labios a las divinas glorias; cierra el corazón al mundo, y ábrele de par en par a sólo Dios, confesándole con todo él, en el concilio de los justos, en la congregación de los buenos.

Meditación XVIII

PARA RECIBIR AL SEÑOR EN LAS TRES SALAS DEL ALMA

Punto 1º Reconoce la majestuosa grandeza del Inmenso Huésped que hoy esperas, y sabrás cómo le has de recibir y de qué suerte le debes cortejar; sea en emulación de aquellas tres ricas salas del otro celebrado Monarca, que dicen se van excediendo al paso que en el número, en la preciosidad, siendo la primera de acendrada plata, la segunda de refulgente oro y la tercera de brillantes piedras preciosas; mas con ser tan relevantes los quilates de su materia, los dejan muy atrás los primores de su artificio, y porque se compitan el saber con el poder, según la calidad de los huéspedes, así son recibidos en diferentes salas: los nobles en la de plata, los grandes en la de oro y los príncipes en la de piedras preciosas.

Pondera tú ahora, alma mía, en cuál de estas salas has de recibir un Señor para quien son poco las alas de los querubines, corto el trono de los serafines, y estrecho el Cielo de los Cielos. ¿Por ventura en un entendimiento ilustrado, en una voluntad inflamada, en una memoria agradecida? Poco es esto en un pecho fervoroso, en unas entrañas enternecidas, en un corazón enamorado. Todo es nada; en un grado de perfección mucho mayor que el otro, subiendo de virtud en virtud. Todo no basta, pues ¿qué harás? Revístete, como dice el Apóstol, del mismo Señor, transfórmate en Él, y sea la una comunión aparejo para la otra.

Punto 2º Comulgan algunos fieles recibiendo al Señor en la primera sala, en la de plata, pero no pasan de allí; conténtanse con estar en gracia, no aspiran a mayor perfección: mucho es de estimar esta limpieza de conciencia, esta pureza de

alma, que un corazón contrito y martillado a golpes de penitencia nunca fue despreciable al Señor.

Procura tú, ¡oh, alma mía!, en primer lugar esta blancura de la gracia, esta pureza de la justificación, lava las manchas de las culpas con el agua fuerte de las lágrimas; no quede borrón alguno que pueda ofender los ojos purísimos de un huésped que tiene por renombre el Santo. Pero tú, alma, no te contentes con esta anchura, más de conciencia que de espíritu; más cortejo es menester, así de devoción como de perfección.

Punto 3º Más atentas y más puras otras almas, se disponen para recibir este gran Rey Sacramentado en la sala de oro de una encendida caridad: sea fragua el corazón para un Dios que viene a pegar fuego, y pues lo es consumidor, consuma imperfecciones y ábrase corazones. Esté el alma que comulga hecha un cielo y en competencia del mismo infierno diga: más y más arder, más y más amar. Sea fuerte como la muerte la dilección, y la emulación del amor, dura como el infierno; más y más gozar, más y más arder.

Pondera si has recibido hoy hasta este Inmenso Huésped en esta sala de oro del amor perfecto; derrítase ya lo helado de tu corazón; a vista de este amoroso fuego conviértanse en ascuas de oro tus tibiezas, inflámese la voluntad, arda el afecto y resplandezca una intensa afición a Jesús Sacramentado.

Punto 4º Aún no basta esto, más adelante ha de llegar un alma a hospedar el Señor en la sala de las piedras preciosas, y si es posible, de estrellas, esmaltando el oro de la caridad con todas las demás virtudes. Reciben al Señor algunas almas entre resplandecientes diamantes de fortaleza, con propósito eficaz de antes morir que cometer la menor imperfección advertidamente; entre esmeraldas de esperanza y de paciencia, no sólo sufriendo las adversidades con resignación, pero con gozo y consuelo; entre topacios de mortificación en todas las cosas y en todo tiempo; entre perlas netas de angélica pureza; entre resplandecientes carbunclos de la mayor gloria de Dios; entre encendidos rubíes de hacer siempre lo más perfecto; entre lucientes piropos hechos llama a fuer de serafines, nunca cesando de aspirar a más amor, a más conocimiento.

¡Oh!, si tú le recibieses, alma mía, en esta sala y con esta perfección, colmada de virtudes, rebutida de finezas, toda endiosada y transformada en el Señor. Amén.

Meditación XIX

DEL CONVITE DE LOS CINCO PANES, APLICADO A LA SAGRADA COMUNIÓN

Punto 1º Meditarás cómo siguen al Señor, no sólo los hombres robustos, sino las mujeres delicadas y los niños tiernos, que de todos es el servir a Dios y el reinar con Él; gustan tanto de oír su celestial doctrina, que no se acuerdan de la material comida; preceden tres días de ayuno para que logren con más gusto el milagroso manjar; sea el hambre su sazón, entre en estómagos puros, desembarazados de las terrenas viandas; en un desierto les para la mesa el Señor, que no en el bullicio de las plazas.

Advierte, alma, que si toda esta preparación fue menester para aquel milagroso pan, ¡cuál será bastante para haber de llegar a comer el pan que bajó del Cielo, el pan sobresustancial! Preceda la abstinencia de los viles mundanos manjares para llegar con el paladar virgen, con el estómago desembarazado; abra el apetito el ejercicio de las virtudes, la fatiga de la mortificación; haya mucho retiro de los hombres para gustar el pan de los ángeles; trate con Dios quien ha de comer a Dios. Toda esta preparación debes traer para lograr el divino pan, con gran gozo de tu espíritu, con provecho de tu alma.

Punto 2º Cuida el Señor de los que de sí descuidan, prueba su fe y corona su confianza; después de haberles dado en primer lugar el sustento del alma en doctrina, acude al del cuerpo en comida, y el que así provee los más viles gusanillos de la tierra no olvidará los hijos de sus entrañas; consulta con los Apóstoles, ministros de la mesa, dispensadores de su gracia. Hallóse un niño que traía cinco panes y dos pescados; niño había de ser, porque es tan novicia la tentación de la gula, cuan veterana la de la vanidad; sería prevención de algún discípulo para el ce-

lestial Maestro, que no admite otro regalo sino un pan de cebada, el que con tanta largueza provee a todas sus criaturas.

Pondera, ¡oh, alma!, que no te cuesta a ti tanto como a éstos el maná celestial; no el salir a los desiertos, no el cansarte y sudar, que en todas partes le tienes; mas si este pan se hubiera de comprar, díganos San Felipe lo que costaría; pero no se compra a precio de ducados, sino de afectos y deseos; de balde se da; conoce y estima tu dicha, pues te regala el Señor, no con solo pan, sino con su mismo Cuerpo y Sangre, que son las delicias de los reyes.

Punto 3º Estaba el Señor en medio de aquellas campañas, coronado de la infinita multitud de gentes, hecho centro de su confianza y blanco de su mira. Manda a sus Apóstoles les hagan sentar para que coman con concierto y con sosiego, y que sea sobre el heno, no tanto para la comodidad, cuanto para el desengaño de la fragilidad humana; toma un pan en sus manos y fija los ojos en el cielo, enseñándonos a reconocer todo nuestro bien de allá; échale su bendición, pártele, y vase multiplicando en millares; parecían sus dos manos dos perennes manantiales de pan, que no se daban manos los Apóstoles a repartir tantos como de ellas salían. El pan era milagroso, sería sazonado. Los convidados hambrientos, ¡con qué gusto le comerían, tan admirados del prodigio cuan gustosos del regalo!

Imagínate hoy convidado del mismo Señor, en medio las campañas de la Iglesia, y que, entre la infinita muchedumbre de los fieles, llegas a participar del milagroso pan. Pondera cuánto más delicioso y más sabroso es el que tú comes, que si aquél lo fue por salir de las manos de Cristo, en éste están contenidas sus milagrosas manos; comían ellos el pan del Señor, tú te comes al Señor del pan; comían el pan de aquellas manos, y tú te comes las manos de aquel pan; cómele con gana, pues se te da con fineza; recíbele con frecuencia, pues se comunica con abundancia, y si un bocado de aquel pan milagroso lo comieras con indecible gusto, logra éste, tanto más sabroso, cuanto sabe todo a Dios.

Punto 4º Quedaron tan agradecidos los bien satisfechos convidados, que trataron de levantar a Cristo por su rey, que

a obras tan de príncipe correspondan agradecimientos muy vasallos; experimentáronle ya médico, ahora le reconocen padre con la casa llena de pan; parecióles que era nacido para su príncipe, y no se engañan, que no se hallará otro, ni de más largas manos, ni de corazón más grande.

Alma, ¿qué agradecimiento muestras tú a un Señor que así te ha proveído de comida, no para un día solo, sino para toda tu vida? ¿Qué de veces le has experimentado médico? ¿Qué de veces le has hallado padre? Júrale hoy por tu Rey y tu Señor, ofrécele eterno vasallaje, renuncia las tiranías de Satanás, muera el pecado y viva la gracia, rindiéndolas a la infinita Majestad, por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN XX

DEL PANAL DE SANSÓN APLICADO AL SACRAMENTO

Punto 1º Atiende cómo precedió el desquijarar primero un león, para hallar en su boca después el sabroso panal, que es menester vencer las dificultades antes para lograr después el fruto de las victorias; convirtióse lo áspero de la mortificación en lo suave del premio, que así acontece cada día en el ejercicio de las virtudes; truécase la paciencia en sosiego, el llanto en risa, la aflicción en consuelo, el ayuno en salud de cuerpo y alma, y todas las demás virtudes que parecían leones, llegadas a gustarse, fueron sabrosos panales. Pero ¡qué bien se dispuso Sansón para conseguir el premio! ¡Qué animoso para la pelea! ¡Qué callado en la hazaña! ¡Qué liberal del bien hallado! Merece con razón lograr dulzuras.

Entiende, alma, que si has de gozar hoy de aquel divino panal, tanto más sabroso cuanto más prodigioso, pan de los Ángeles y panal que las abejas del Cielo han sazonado, guardado en la cera virgen, escogido entre millares, entresacado de las flores de las virtudes, que debes primero disponerte para pelear no menos que con leones; que has de desquijarar el vicio rey, el que en ti prevalece, el que tantas veces te ha ultrajado.

Punto 2º Saltéale la coronada fiera en el camino donde suelen temer los cobardes y volver atrás en lo comenzado, pero animoso el Nazareno, como tan mortificado, acostumbrado ya a vencer dificultades, apechuga con él, que importa mucho la valiente resolución de coger por las gargantas el león, y por las gañas el pez; desquijárale en castigo de su intento, que tiraba a tragarle.

Advierte, ¡oh, tú, que tratas de seguir el camino de la virtud, de frecuentar la sagrada comunión!, que se te han de ofrecer espantosas dificultades: intentará tragarte el león infernal por la culpa, antes que llegues tú a comer aquel panal, lleno de la dulce miel de la divinidad; y, ya que no te pueda impedir tu buen intento, te procurará distraer para quitarte la dulzura de la devoción, para resfriar el fervoroso apetito. Serás más tentado el día de la comunión; procura no ser vencido, y con valiente resolución trata de atropellar todas las dificultades.

Punto 3º Repite Sansón aquel camino y va en busca del león para renovar el gozo de su victoria; solicitaba lo fuerte y halló lo dulce; creyó topar con un león y se encontró con un panal de miel; aquí gozoso, depuesto lo admirado, no lo extraña con horror, ni hace desprecio con reparo, antes bien, sacándolo de las mismas gargantas de la fiera, lo traslada a su paladar; percibió luego la dulzura y comenzó a saborearse con él gozando del fruto de su trabajo; convidó a su madre y a los que le acompañaban, no tanto por hacer alarde de su valor, cuanto por comunicar el bien hallado.

Llega hoy, alma mía, al bravo león de la dificultad vencida en la virtud, de la tentación desquijarada, y si más misteriosamente lo considerares, acércate al muerto león de Judá, y sácale el panal dulcísimo sacramentado de su boca ahelada, de su pecho rasgado; gusta cuán suave es el Señor, cómele con devoción y percibirás su dulzura; saboréate con él, gozarás de la leche y de la miel que manan bajo la lengua del Divino Esposo.

Punto 4º Quedó tan ufano el valiente Nazareno de su dicha, tan gustoso del prodigioso panal, que hizo blasón de su dulzura y para más celebrarle le propuso en misterioso enigma. Ofreció premios a los entendidos, como a comida de entendimiento.

Sea ya tu timbre y tu blasón, ¡oh, alma dichosa!, este panal sacramentado; celébrale por tu mayor gloria; da gracias al Señor en alabanzas; sea tu agradecimiento señal de que te quedas saboreando en él, y conózcase cuán meliflua queda tu lengua en lo suave de sus cánticos; cante las glorias del Señor, boca que fue tan endulzada con su cuerpo y con su sangre; suban al cielo los aplausos de un pan que bajó de allá.

Meditación XXI

DEL CONVITE DE SIMÓN LEPROSO Y PENITENCIA DE LA MAGDALENA, APLICADO A LA SAGRADA COMUNIÓN

Punto 1º Contempla cuán a lo galante hoy el Señor acepta el convite de un leproso por sanar una bizarra pecadora; no va atraído de los sabrosos manjares, sediento sí de sus amargas lágrimas; Él es el convidado y Magdalena su convidada; luego que conoció al Señor, se conoció a sí misma, su grandeza y su bajeza, su amor y su frialdad; careó la bondad divina con su ingratitud humana, y ella, que gustaba de ser querida, en conociendo el infinito amor, se le rinde. Informóse dónde estaba aquel divino imán de sus yerros; no repara en el qué dirán los hombres, sólo no diga Dios; despójase de sus profanas galas para vestirse de la librea del Cielo, que es la estola inmortal; de esta suerte, herida del amor y llagada de dolor, vuela en busca de su amante amado y abate sus altaneras plumas a las divinas plantas.

Pondera cuán bien se supo disponer esta discípula novicia, qué preparación tan propia para convidarse, no a las delicias del banquete, sino a los suspiros de su corazón. Considérate, alma, cubierta de culpas, despojada de la gracia; aprende cómo te has de disponer para entrarte por el convite, no ya del leproso Simón, sino del agradable Jesús Sacramentado. Saca una resolución gallarda, renunciando al mundo y a sus pompas, y en traje de penitencia llega a echarte a los pies de aquel Señor que tan misericordioso te espera en el convite.

Punto 2º Comiendo estaba Cristo cuando llegó ham-

brienta de él la pecadora: llegó la sedienta cierva, fatigada del veneno de sus culpas, a brindar al Señor con sus lágrimas; éntrase sin llamar, pero llamada a impulsos de la gracia; y aunque cualquiera ocasión es buena para acercarse a Dios, parecióle más cómoda la de un convite para conseguir entre sazones mercedes. No se atreve a llegar cara a cara, que siente muy ofendida la divina, y la suya tan corrida cuan culpada; llega, pues, por las espaldas, que habían arado sus culpas, y cae herida del amor la bella altanera garza a los pies del cazador divino.

Alma, pues a ti te sobran culpas, no te falten arrepentimientos; sigue a la Magdalena en el llanto, pues la excediste en la ofensa; entremétete en el convite del Altar, harto más abundante y regalado que el del fariseo, donde no serás zaherida, sino bien admitida; no barrerás el suelo, sino que pisarás el Cielo; pide a la Magdalena te deje uno de los pies de Cristo para regarle, mientras ella baña el otro con su llanto; aprende de la discípula del Señor lecciones de penitencia; acompáñala ahora en el dolor, para que después en el consuelo te ayude.

Punto 3º Llora un mar de lágrimas la Magdalena para poder salir del abismo de sus culpas, regando los pies de Cristo; con sus amargas lágrimas lava su alma de la inmundicia de sus deleites, enjúgalos con sus cabellos, trocando en lazos de Dios los que habían enredado las almas; no cesa de besarlos, haciendo paces otras tantas veces como los había ofendido; toda se emplea ya en su amado, la que toda se le había negado; toda está puesta en él con sus potencias y sentidos, cuanto más con el corazón; báñale los pies con las dos fuentes de sus ojos, y chúpalos con sus dos labios; con sus blancas manos los aprieta y con sus rubios cabellos los enjuga, porque toda se consagre a Dios la que toda se había profanado.

Pondera, ¡oh, tú, que has comulgado!, tu mayor dicha con menos merecimiento; que si la Magdalena llega a lograr los pies de Cristo, tú a gozarle todo entero; si ella a besarle, tú a comerle; no sólo le aprietas los pies con tus manos, sino entrañas con entrañas; ella le ofrece sus lágrimas, el Señor te brinda con su sangre; ella le enjuga con sus cabellos, tú con

las telas de tu corazón; si ella le tiene asido, tú encerrado: emplea, pues, toda tu alma y tus potencias en servirle y adorarle el día que le recibes.

Punto 4º Censuraba el fariseo lo que la Magdalena hacía, y no lo que había hecho, que es el mundo fiscal de la virtud y abogado del vicio. Con otros ojos la mira el Señor, bien diferentes de los hombres: comienza a relatar los servicios de la Magdalena, haciendo los cargos de las omisiones de Simón. «Tú, dice, no te dignaste de besar mi rostro, y ésta no ha cesado en todo este rato de adorar mis plantas; no me diste aguamanos, y ésta de ojos me la ha servido; no gastaste una gota de aceite en mi cabeza, y ésta ha derramado en mis pies el más precioso bálsamo; no desplegaste una toalla con que me enjugase las manos, y ésta me ha enjugado los pies con la preciosa madeja de sus rubios cabellos.»

Oye, alma, que te dice a ti otro tanto el mismo Señor, hoy que le has hospedado, no sólo en tu casa, sino en tu pecho. «Alma, no me diste un beso de paz, cuando tantos de guerra con tus pecados; no derramaste una lágrima de ternura, cuando te estoy bañando en mi sangre. ¡Qué poca fragancia despides de virtudes, y qué fría, qué corta y qué grosera has andado!» Recambia tus cortedades en agradecimientos, y pues ganas a la Magdalena en el favor, procura igualarla en el amor. Oye lo que te dice Cristo: «Ve en paz, pues en mi gracia, estimándola como antes perdida»; y respóndele tú: «Mi Dios y mi Señor, antes perder mil vidas que volver a ofenderos.»

Meditación XXII

DE LA OVEJA PERDIDA Y HALLADA, REGALADA CON EL PAN DEL CIELO

Punto 1º Contempla cómo la simple ovejuela, engañada de su antojo y llevada de su gusto, se aparta del rebaño, se aleja de su pastor, perdida cuando más entretenida, apacentando sus apetitos en los verdes prados de sus deleites. «No

haya prado, dice, que no lo pase y lo repase mi gusto.» ¡Oh, cómo trueca las seguridades de la gracia en los evidentes riesgos de la culpa, y olvidando los cariños de un buen pastor que la defiende, se expone a las gargantas de un lobo que la trague!

Pondera, ¡oh, alma mía!, cuántas veces has hecho tú otro tanto: en ti se verifica la parábola, y el lobo infernal está en ella; tú eres la ovejuela tan simple como errada; dejaste los amenos prados de la gracia y habitas sombras de la muerte; dejaste tu buen Pastor que te compró con su vida, que te señaló con su sangre, y sigues un león cruel que te rodea para tragarte; acaba ya de conocer tu yerro y reconocer tu peligro, bala para que te oiga tu Pastor, llámale con balidos de suspiros, a golpes de tu pecho y al murmullo de tu llanto.

Punto 2º Luego que echa menos el cuidadoso mayoral su descuidada ovejuela, trueca el descanso de su cabaña en afanes de buscarla: he aquí que viene saltando por los montes y pasando los collados, y ella se está en los valles de su culpa. ¡Qué de penas le cuestan los gustos de ella, qué de amarguras sus dulzuras, qué de hieles sus panales! Él anda entre espinas, ella entre flores; él sin comer y ella repastándose; rásganle las zarzas el pellico, y llegan a ensangrentarle; va pereciendo de sed cuando más sudando; no para hasta subir a un monte para mejor atalayarla; despójase del pellico, y desnudo trepa un árbol arriba, donde, puesto en lo más alto, alarga sus dos brazos a dos ramas, de ellas pende, y con gran pena se sustenta; comienza a llamarla con valientes clamores, y aun con lágrimas; el Cielo oye por su reverencia, y la ovejuela se hace sorda en su obstinación; más, ¡ay!, que ya inclina la cabeza, viendo que no puede hablar, para hacerle señas, que primero dejará de vivir que de llamarla, y no contento con esto, déjase abrir el pecho, y muéstrala sus amorosas entrañas.

Alma, oveja perdida, ¿hasta cuándo ha de durar la dureza de tu corazón? Reconoce tu Divino Pastor, y estima lo que le cuestas; por ti dejó su Cielo y bajó al mundo, sudó sangre, rasgáronle los azotes las espaldas y las espinas las sienes; cargó y cayó con la cruz, subió al Calvario, sorteáronle los vesti-

dos, desnudo trepó al árbol de tu remedio, allí extendió sus brazos. ¿No le oyes cómo te silba con suspiros y con lágrimas? Mira que inclina su cabeza perseverando en llamarte; abre su costado y te franquea sus entrañas; acaba ya y deja los viles deleites de la villana tierra y gozarás de los regalados pastos del Altar, que es el paraíso de la Iglesia.

Punto 3º Hallada la ovejuela, vuelve su buen Pastor de muerte a vida. ¡Con qué agrado la recibe entre sus brazos, siempre abiertos para ella! No la riñe enojado, antes la acaricia compasivo, y sacando el sabroso pan de su seno, con su mano la convida y con su diestra la regala; trasládala de sus brazos a sus hombros, si antes agobiados con el peso de las culpas, ahora aliviados con la dulce carga; condúcela a sus seguros rediles, júntala con las otras noventa y nueve. ¡Qué gozoso va Él con ella, y qué dichosa ella con Él, balando y diciendo: «Mi amado para mí, y yo para Él toda entera, y con corazón entero!»

Considérate hoy, alma mía, favorecida del Divino Pastor, vestido del pellico blanco y regalada de su mano con el Pan del Cielo, que es el de tu Pastor, y tu pasto; toma el pan de su mano, y cómete la mano también; con sangre te redimió, con sangre te alimenta; Él te lleva en sus hombros, llévale tú en tu pecho; Él rasga su costado, métele tú en tus entrañas; come con gusto este pan que bajó del seno del Padre, repástate en él, conocerás la diferencia que hay de este manjar de los ángeles a una comida de bestias.

Punto 4º Balando va la hallada ovejuela, y dando gracias a su buen Pastor pregona con balidos sus favores: «¡Oh, amado Pastor mío, va diciendo, y lo que os debo, y quién pudiera pagarlo! Otros pastores se comen sus ovejas, y yo me como a mi Pastor; ellos las trasquilan para vestirse, y Vos os desnudáis por vestirme; ellos las desuellan, y Vos quedáis todo lastimado por curarme; ellos las tiran el cayado, y Vos me ponéis sobre los hombros; ellos las encojan y Vos me sanáis; ellos las despeñan, y Vos me lleváis a cuestas.»

¿Qué gracias os daré yo, Señor, por tantas misericordias? Correspondan mis fervores a vuestros favores, cantaré eternamente un cantar nuevo, juntando mis balidos con los de

aquellos rebaños celestiales que os están alabando y ensalzando por todos los siglos de los siglos. Amén.

Meditación XXIII

DE LA MALA PREPARACIÓN DEL QUE FUE ECHADO DEL CONVITE

Punto 1º Considera el cuidado de aquellos convidados en prevenirse de gala para poder parecer ante la real presencia; saben que es un rey el que los convida, y así no se contentan con cualquier atavío; procuran el mayor de la vida, cual suele ser el del día de la boda; muestra estimación de la persona que se visita, el ornato que se trae, y la composición exterior es indicio y aun empeño de la interior; no cualquier adorno es bastante para un día tan solemne como ser convidado de un rey; requiere ser precioso, porque los ojos reales están hechos a gran riqueza. Llegan, pues, estos convidados con galán aliño para ser admitidos con agasajo honroso.

Alma, hoy estás convidada del mayor Rey al mayor convite; según esto, pondera la obligación de adornarte; poco es ya el no venir con desaliño, pase a ser rica gala; no basta el no venir oliendo a culpas, sí arrojando fragancia de virtudes; no basta cualquier atavío, que están hechos los divinos ojos al aliño de los ángeles. Saca venir, con arreo de santidad, para sentarte a la mesa real con majestuosa decencia.

Punto 2º Estando todos dispuestos por su orden y compuestos por su aliño, se atrevió otro y muy otro a meterse entre ellos, sin el vestido de la boda, tan sin empacho cuan sin adorno, que es el atrevimiento arrojo de la vileza, con la cara deslavada y las manos sin lavar, oliendo a la inmundicia villana; entra en el salón que remeda un Cielo, con tanta insensibilidad suya, como sentimiento de los demás; introdúcese el cuervo entre los nevados cisnes; nada le dicen ellos como cándidos; demás de que en la ajena casa dejan el reñir a su dueño. Pensó a lo necio que no le vería el rey por estar bajo cortina, o ya que misericordioso disimularía como otras ve-

ces, pero engañóse, que agravios tan cara a cara, ofensas tan cuerpo a cuerpo no se pasan sin castigo, siquiera por el escarmiento.

Pondera tú, con temor, tan feo desacato, y no ya en otro, sino en ti mismo; imagina en tu garganta el afilado cuchillo; cuando te sentares a la mesa de este príncipe, no llegues revestido de tus pasiones, no te acerques oliendo a culpas; mírate primero al espejo de los otros, al cristal de un fiel examen; pruébate a ti mismo que eres hombre; no te confíes en que está el rey bajo la cortina de los accidentes, que está celando como esposo entre los canceles de su disimulo, tras las celosías de su reparo.

Punto 3º Estaban ya todos muy de asiento, con deseo de cebarse en las regaladas viandas de la mesa real, cuando entró el mismo rey en persona, que no fía a otros que a sus ojos el registro de esta mesa. Reconocidos todos los convidados, uno por uno, reparó luego en aquél, que por lo desigual sobresalía; ofendióle lo asqueroso, y mucho más lo atrevido, pero templando su indignación con su bondad: «Amigo, le dice: ¿cómo entraste acá? ¿Tú? ¿Y acá? ¿Y sin el aliño nupcial?» Tratóle de amigo, careándole con el primer traidor que profanó esta mesa. No tuvo que responder el desdichado, tan a la clara convencido, que se come el juicio, el que sin él come en esta mesa, que está aquí el juez, y el juicio; no son menester más pruebas; fulmínase al punto la sentencia de que sea echado fuera, que es la privación de su divino rostro el más sensible castigo; échanle por lo mal mirado en las tinieblas exteriores.

¡Oh, tú, que estás sentado a la mesa del Altar, mira, guarda, no te suceda tal desdicha! Oye lo que dice el Rey divino, que contigo habla: «Amigo, ¿cómo te atreviste a entrar acá? ¿Tú, pecador indigno? ¿Tú, y acá, en la sala de la misma pureza, en el centro de la santidad? ¿Qué es del ornato de las virtudes? ¿Dónde dejaste la vestidura de la gracia? ¿Qué dices? ¿Qué respondes? ¿Tú también enmudeces?» ¡Oh, qué confuso se hallaría con dos azares, de honra y hambre! Saca, pues, un bien prevenido escarmiento y un temor reverencial; procura gran disposición de gracia para no caer en su mayor desgracia.

Punto 4º ¡Qué gozosos quedarían los otros de su bien, a vista del mal ajeno! ¡Cómo levantarían las manos al Cielo viendo atadas las de aquel desdichado! Rendirían dobladas gracias al rey, del convite satisfechos y dichosos. ¡Cómo le alabarían ellos, viendo al otro enmudecer! Desplegaron sus labios al aplauso, los que antes al regalo.

Atiende tú a dar gracias al Señor, que así te tiene de su mano; mira que en las de Dios están tus suertes; no enmudezcas culpado, alaba a Dios perdonado; si estimas tus dichas, agradece sus misericordias; corona su mesa como renuevo de paz; no haya en cenizas del fulminado castigo; canta como bien comido; alaba como satisfecho a un Señor que te concedió acabar la fiesta en paz y te sació con la flor de la harina.

Meditación XXIV

DE LA DICHA DE MISIBOSET, SENTADO A LA MESA REAL, APLICADO A LA COMUNIÓN

Punto 1º Considera qué novedad le causaría a Misiboset verse llamado del rey David para sentarse a su lado y comer a su mesa; ocuparía su ánimo el gozo y su humildad el espanto. Veíase favorecido de la gracia real el que tan desfavorecido de la Naturaleza; desposeído de la fortuna, hijo de príncipe, que pasó: desamparado como pobre y olvidado como desposeído, cojo en el cuerpo y caído de ánimo, con tantas imperfecciones como humillaciones. Consideraba, pues, la grandeza del rey a vista de su bajeza, y diría: «¿Yo sentarme a la mesa real, cuando no tengo qué llegarme a la boca? ¿Que un rey me haga el plato, cuando nadie se digna de servirme?» Encogíase viendo lo poco que valía, y animábase viendo lo que el rey le honraba. «¿Qué he de parecer, decía, sentado entre tanta grandeza, con tanta imperfección?; pero al fin su gran bondad suplirá mi indignidad.»

Imagínate otro Misiboset, con más imperfecciones en el alma que él en el cuerpo, cojeando siempre en el divino ser-

vicio, contrahecho por la culpa y agobiado hacia la tierra, hijo y nieto de padres enemigos del Señor, y tú más pecador que todos; y que con todo eso otro mayor rey que David, pues Monarca del Cielo y tierra te convida a su mesa, y te hace plato; carea tu vileza con su grandeza; su infinidad y tu cortedad; saca una gran confusión, humillándote caído y animándote favorecido.

Punto 2º Trata de adornarse Misiboset para poder parecer ante la presencia real; suple con los arreos sus defectos; no llega asqueroso, por no doblar la ofensión, vestido sí de gala, para disimular sus imperfecciones. ¡Con qué encogimiento entraría en el palacio! Qué humilde se postraría a las reales plantas, diciendo: «Señor, ¿cuándo os he merecido yo tan gran favor? Sobrábame el comer con vuestros criados, pero ¿a vuestra mesa, a vuestro lado, y en un mismo plato, y de un mismo manjar, y yo? Mirad que no son mis méritos para tan prodigiosas mercedes.» Mas el santo rey, tan generoso cuan compasivo, le levantaría a sus brazos, diciendo: «Sí, sí, a mi mesa te has de sentar y conmigo has de comer.»

Pondera tú, cuando hoy estás convidado, no de un rey de la tierra, sino del Monarca del Cielo, a su mesa y a su plato, con qué ornato debes llegar, qué gala vestir, procurando encubrir las fealdades de tus culpas con los arreos de la gracia.

Punto 3º Sentado estaba Misiboset a la mesa real, tan encogido cuan honrado, favorecido del rey, admirado de los cortesanos; los grandes le asistían y él comía; el mismo rey le hacía plato, que sería de lo mejor. ¡Con qué gusto lo comería, como venido de la real mano! ¡Qué consolado estaría de su nueva dicha! ¡Qué satisfecho del regalo! Aquí se vieron juntos esta vez la honra y el provecho, y compitieron la benignidad de David con la humildad de Misiboset.

Pondera tú, el que comulgas, que por grandes finezas que use el rey de Israel con Misiboset, nunca llegarán a las que contigo hoy hace el Rey del Cielo: allí le daba el rey preciosos y regalados manjares, pero no se le daba a sí mismo; hacíale plato de la vianda real, pero no de su corazón; de suerte que comía con el rey, pero no se comía al Rey. Aquí sí,

en esta mesa del Altar comes con Dios y te comes a Dios; su mismo cuerpo te presenta, y con él su divinidad; cuanto tiene te da, y a sí mismo con todo. Logra con buen gusto tan exquisita comida, vete poco a poco cuando comes mucho a mucho; da lugar a la consideración, saboréate en él; mira que es gran bocado, pues es un Dios verdadero; advierte que los mismos ángeles te asisten, envidiándote la dicha, si celando la decencia.

Punto 4º Mostraríase agradecido Misiboset a tanto agrado, trocaríase el encogimiento al comer en el desahogo del agradecer; conocióse la estimación del favor recibido en volver a lograrlo. No se le conocerían las tardanzas de cojo, puntualidades sí de convidado; no se portó como hijo del mayor perseguidor que tuvo David, sino como el más fiel y reconocido vasallo.

Saca qué alabanzas debes tú dar a tan gran Rey, que así te ha favorecido; qué gracias rendir a un Señor que así te ha regalado. No le ofendas más como enemigo, sírvele como hijo tan obligado. Concluye diciendo: «¡Oh, mi Dios y mi Señor! Más humano os habéis mostrado que David en favorecerme, y todo divino en perdonarme, y con estar yo más lleno de imperfecciones en el alma que Misiboset en el cuerpo, os habéis dignado de admitirme a vuestra mesa y ponerme a vuestro lado; habéisme hecho plato de vuestro corazón y de vuestras entrañas, dándoosme todo en comida. ¿Qué gracia os daré yo, Señor, por tan grandes favores? Lo que decía el santo rey David: cáliz por cáliz. Sea una comunión recompensa de otra; pagaré el dar con tomar, que con Vos, Señor, no hay otra retribución; volveré otra vez a comer y comeros; bastaba para mí y sobraba sentarme a la mesa de vuestros jornaleros, pero para vuestra infinita bondad no bastaba; los ángeles os alaben por mí, pues yo he comido por ellos, y me he comido su pan; dadme una gracita tras otra, y sea que coma yo con Vos toda esta vida temporal y os goce toda la eterna.»

Meditación XXV

DE CÓMO DIO GRACIAS EL AMADO DISCÍPULO, RECOSTADO EN EL PECHO DE SU MAESTRO

Punto 1º Contempla cómo el discípulo de puro corazón se alza con el corazón de su Maestro; más goza quien más ama, y es propio de corazones vírgenes el amar más, porque negándose a las criaturas se entregan enteros a Dios. Es Juan el amado discípulo del amador de la pureza: dispónese con virgen pecho para recibir el Cándido Cordero; compite extremos de finezas con purísimos afectos, y después de haberle seguido por dondequiera que va, se echa a descansar en su pecho; allí reposa como en su centro, y quedaríase diciendo: «Mi amado para mí, y yo para Él, que se apacienta entre azucenas»; no pretende otro del valimiento de su príncipe, sino gozarle todo interior y exteriormente; él es su principio, y su fin su Dios y todas sus cosas, y pone a la Virgen entre ellas.

Pondera, alma, con qué pureza debes tú prepararte cuando llegas a comulgar, para que recíprocamente descanse el Señor en tu pecho, y tú en su seno; despiértese tu fe para que duerma en el Señor tu caridad; trata de disponerte con un corazón virgen negado a toda afición terrena, con una conciencia pura, limpia de toda culpa, y así amarás más y gozarás más de las divinas finezas.

Punto 2º ¡Oh, águila caudal, y con cuán penetrante vista te examinaste a los rayos del Sol Encarnado, e hiciste presa en su abrasado corazón! Después de haberte cebado en el pecho de Cristo, anidas en él; de modo que hallas pasto y tienes nido en su seno; vuelas a descansar en él; después de haber mirado de hito a hito al Sol enamorado, y bebídole sus luces entre arreboles de su preciosa sangre, cerraste los ojos en la quieta contemplación. ¡Oh, cómo despediste toda frialdad del espíritu al calor de aquel encendido corazón! ¡Oh, cómo escudriñabas las trazas de sus finezas, las invenciones de su amor; cómo tomaste de espacio el gozar de un amor que se eterniza! Que cuando pareció que se acababa, entonces comienza; y habiendo amado, amó hasta el fin.

Alma, con el mismo pecho te convida hoy el mismo Señor, cuando se te da en manjar; llega hoy a comulgar y a recostarte en su seno. Logra con iguales afectos iguales favores; y, si Juan fue el amado, procura tú ser la amante; muéstrate águila en la contemplación, así como en la voracidad; atiéndele con los ojos de la fe y haz presa con la encendida caridad.

Punto 3º En habiéndose comido Juan a Cristo, se toma licencia de recostarse en él; por dentro y fuera quiere estar rodeado de su Maestro. ¡Oh, gran discípulo del amor, y qué bien practica sus lecciones! Descansa el Hijo de Dios en el seno de su Eterno Padre, y Juan en el del mismo Hijo de Dios, que tal puesto escoge para reposar tal comida; sin duda que de este modo le entrará en provecho así como le entró en gusto.

Alma, aprende a dormir en Dios después de haberte alimentado de Dios; sosiégate en la contemplación, no te inquieten impertinentes desvelos; no luego te abatas al mundo, persevera en este Cielo. Pídele mercedes a un Señor que ha usado contigo tales finezas; asístele como águila en el contemplarle, ya que no lo pareciste en el comerle; atiéndele durmiendo como Juan con los ojos cerrados a las criaturas y abiertos a sólo Dios.

Punto 4º Quedó tan reconocido Juan al divino favor, que le tomó por blasón, hizo de él glorioso renombre, llamándose el amado discípulo, que se recostó en el pecho del Señor después de la cena. Juan quiere decir gracia, que los agradecidos son los favorecidos; no sólo no pone en olvido esta gracia, sino que la perpetúa en lo agradecido de su nombre, y quiere ser llamado por las gracias que retorna, significando que primero dejará de ser nombrado, que grato; conságrala a la eternidad en alabanzas y en afectos, y procura desempeñarse acaudalando amor sobre amor.

¡Oh, tú, que has comulgado!, pues seguiste al amado discípulo en los favores, no le dejes en los agradecimientos; y, si este divinísimo Sacramento fue buena gracia para ti, porque así se nombra como obra, correspondan en ti las buenas gracias: Eucaristía se llama, pidiendo lo agradecido en blasón; saca rendir gracias a gracia, fervores a favor, afectos a fineza y servicios a tal merced.

Meditación XXVI

DEL CONVITE DEL REY ASUERO

Punto 1º Considera cómo aquel gran monarca, para hacer ostentación de su grandeza, tomó por arbitrio celebrar un suntuoso banquete; gánanse las aficiones con las dádivas y las amistades en los convites. Convidó todos los grandes y señores de su reino, que a un banquete grande, grandes han de ser los convidados, y si real, príncipes. Vienen todos con ricos y galanes atavíos, compitiendo a bizarrías el favor, correspondiendo a tal honra tal ornato.

Pondera tú a cuánto mayor banquete estás hoy convidado, cuánto mayor es el Monarca que lo celebra, no para hacer ostentación de su grandeza, sino de su fineza: aquél era un rey de la tierra, éste de tierra y Cielo, y así, convida a los del Cielo para que asistan, y a los de la tierra para que coman; allí eran llamados los grandes, aquí son escogidos los pequeños; allí los ricos, aquí los pobres de espíritu; aquéllos vestidos de gala, éstos de gracia. Conocido, pues, el banquete a que hoy eres llamado, el palacio en que entras, la mesa en que te sientas, la majestad del Señor que te convida, conocerás el ornato con que has de venir, la reverencia con que has de llegar, el gusto con que has de comer.

Punto 2º Iban entrando aquellos príncipes y señores, y sentándose a la mesa por orden de dignidad, no de anticipación; no por años, sino por méritos; los más principales los primeros, y los más cercanos en sangre al rey estaban los más allegados en puesto. Servíanle a cada cual el plato que apetecía, siendo su boca medida; por exquisito que fuese el manjar, se le ponían delante; de modo que aquí lograban juntos la honra y el provecho, y no menor el gusto.

Pondera todas estas excelencias en este sacramental banquete: aquí todos son de la sangre, cuando todos la participan; todos están tan allegados al rey, que le tienen dentro de sí mismos, y tiene cada uno un rey en el cuerpo, y aun un Dios. Comen todos a pedir de boca, y más, pues más de lo que supieran pedir, de lo que pudieran apetecer; en cada bo-

cado un Dios, y en cada migaja un Cielo. Llega, alma, y toma lugar muy de asiento, come con reposo, tu boca sea medida, y advierte que cuando más tú la dilatares, más la llenará el Señor; repara en lo que comes, y comerás con espíritu.

Punto 3º Comían las regaladas viandas con buen gusto, como quienes tan bueno le tenían; eran todos príncipes, hechos a grandes bocados, y así sabían hacer estimación de lo que era bueno; comían mucho, acostumbrados a comer bien, y como cortesanos hacían lisonja al señor del banquete, con el logro del regalo, y más para un príncipe que picaba en liberal y manirroto. Los platos eran tan exquisitos cuan bien sazonados, y así nada perdonaban a su gusto, no perdían ocasión, nada se desperdiciaba.

Pero advierte que por mucho que aquel poderoso rey les quiso dar, no llegó a dárseles a sí mismo; quédese eso para este gran Dios que hoy, alma, para sí mismo te convida; compiten su poder y su querer. No los ama tanto Asuero que les dé un brazo suyo en un plato, que les brinde con la sangre de sus venas, que les haga pasto de sus entrañas. Pero este gran Rey de reyes y Señor de señores ama tanto a sus convidados, que les abre su costado, antes con el amor que con el hierro; háceles plato de sus entrañas y bríndales con su preciosa sangre. Alma, esto sí que es convidar, y esto, comer; llega con hambre insaciable a un manjar infinito, repasa lo que comes, que por eso se llama pan de entendimiento y comida de entendidos; procura estar de día y boca hecha a reales bocados, no degenere después en los groseros manjares del mundano Egipto.

Punto 4º Mas, ¡ay, dolor!, que siempre el pesar alinda con el contento. Todos los banquetes fueron azares, y éste del jardín de Asuero el que más. Pereció la reina porque no pareció. Mandó el Rey que con su belleza coronase la celebridad; desestimó ella el favor, desconocida, y sintió la indignación del rey, desgraciada; perdió con el convite la corona, y porque no quiso asistir al lado del rey, fue condenada a perpetua ausencia del mayor lucimiento, a las tinieblas exteriores; en la misma mesa fue condenada, que está en ella el juez, y quien come mal se come y bebe el juicio.

Escarmienta tú, ¡oh, alma mía!, en boca ajena, acude al

banquete del Altar con tanta preparación como estimación; mira que por ti se hace la fiesta; no faltes tú por grosera como otras por atrevidas. Conoce tu dignidad y tu honra, pues no sólo estarás al lado del Rey, sino que él estará en tu pecho. Ven con gracia y vuelve con gracia, rindiéndolas infinitas, que temo no seas desgraciada por lo desagradecida.

MEDITACIÓN XXVII

PARA LLEGAR A RECIBIR AL SEÑOR ADORÁNDOLE CON LOS TRES REYES Y OFRECIÉNDOLE SUS DONES

Punto 1º Sigue hoy con la contemplación y acompaña con la fe tres reyes de la tierra, en busca del Rey del Cielo; son sabios, que es gran disposición para hallar la sabiduría infinita. Salen del Oriente, principio del mundo, del comenzar a vivir; buscan el Sol, guiados de una estrella. Llegan a la gran corte de Jerusalén, donde todo es turbación, y hallan al Señor en el sosiego de Belén; desmontan de su grandeza, y acomódanse a la llaneza; los primeros pasos que dan son con sus bocas por aquel suelo, para haber de llegar al cielo de su pie; entran donde todo es abierto, descubren un Niño recién nacido, y un gran Dios que no se divisa, ni aquí por lo pequeño, ni allá por lo inmenso. Lógranle en brazos de la aurora entre lágrimas y perlas, júranle por su Monarca y adóranle por su Dios, ofreciéndole entre dones sus corazones.

¡Oh, tú, que hoy has de comulgar, pondera que sales en busca del mismo Rey! ¡Oh, si fuese guiado de la estrella de tu dicha, de la luz de su divina gracia! Hallarle has si eres sabio, no de este siglo, sino desengañado; ven del Oriente de tu vida, y caminando a prisa por las sendas de la perfección.

Punto 2º Guía la estrella a los tres reyes, al paso que los desengaña; introdújolos, no en un soberbio palacio, sino en un humilde portal; entran, no sólo pecho por tierra, sino lamiéndola, como trono de sus pies; no admiran tapicerías de seda y oro, sino telas de viles arañas; en vez de los estrados de brocado, hallan un establo alfombrado de pajas; en

medio de los brutos la Sabiduría Infinita, trocado en un pesebre de bestias el excelso trono de los serafines. Arrojáronse luego a sus pies, haciendo sitial de sus coronas, compitiendo las elevaciones de su espíritu con humillaciones de su afecto; lloraban y reían juntamente, efectos de un Niño Sol, y en la mayor pobreza del mundo reconocen toda la riqueza del cielo.

Alma, hoy la estrella de tu suerte te guía, si no a un portal, a un Altar, donde está esperando tus tres potencias el mismo Niño Dios que dio audiencia a los reyes; no te cuesta tantos pasos como a ellos el hallarle, que bien cerca le tienes; no sólo te permite que le adores, sino que le comas. Si los reyes tienen por gran favor lamer la tierra del portal, *terram lingent*, a ti se te concede lamer su humanidad y sustentarte de su divinidad; ellos llegan a besarle el pie, tú a meterle dentro de tu boca; ellos a tomarle en sus brazos, tú dentro de tus entrañas; estima tu dicha y lógrala ventajosa.

Punto 3º Franquearon los reyes sus tesoros al Niño Dios, después de haberle presentado sus almas; ofrécenle entre los resplandores del oro las amarguras de la mirra, pronosticándole como astrólogos fieles las penas de su pasión. Después de haberle adorado como a Dios, desean acariciarle como a Niño; permitióseles la Virgen Madre, si ya a los rústicos pastores; pedíale uno, tomábale otro, y ninguno le dejaba; abrigábanle con sus púrpuras en obsequio al que había de vestir otra con ignominia; no se hartaban de sonrosear aquellos carrillos a besos, que después sus enemigos habían de ensangrentar a bofetadas, y los que vinieron tan de prisa, lograban su dicha muy despacio, no hallaban el camino de volverse, y fue menester que se les mostrase el divino oráculo en su desvelado sueño.

Alma, póstrate tú a los pies de este Dios Niño. Después de haber comulgado, preséntale tus tres potencias: el incienso en contemplaciones, el oro en afectos y la mirra en las memorias de sus dolores; ofrécele una fe viva, una esperanza animosa y una caridad abrasada; franquéale el incienso de la obediencia, el oro de la pobreza y la mirra de la castidad; sírvele la oración para con Dios, la limosna para con el prójimo y la mortificación para contigo.

Punto 4º Mostráronse los magos liberales en las obras, no menos en los agradecimientos y alabanzas del Señor; procedieron en todo como reyes, en cuyos corazones no caben cosas pocas; lo que enmudecieron en informar a Herodes, se mostrarían elocuentes en bendecir al Señor; pregonarían en sus regiones las maravillas del hallado Rey, y es sin duda que los labios que sellaron en sus tiernas plantas no se cerrarían a las agradecidas glorias.

¡Oh, tú, que has comulgado!, procede como rey, no como villano tosco; muéstrate sabio en el agradecimiento, nada necio en el olvido; retorna en alabanzas las dichas; repasa y reposa la comida del Cielo en el sueño de la contemplación; vuelve por otro camino a nueva vida, cargado de virtudes, en recambio de tus dones; vuelve al Oriente del fervor y no al Ocaso de la tibieza.

Meditación XXVIII

CAREANDO LA GRANDEZA DEL SEÑOR CON TU VILEZA

Punto 1º ¡Oh, mi gran Dios y Señor! Mi espíritu desfallece cuando veo que Vos, un Dios infinito, coronado de infinitas perfecciones, os dignáis entrar en el pecho de una tan vil hormiguilla como yo. Vos, inmenso, que no cabéis en los cielos ni en la tierra, os estrecháis en el seno de un despreciable gusano. Vos, todo poderoso, que podéis crear otros infinitos mundos llenos de otras criaturas muy perfectas, queréis meteros dentro la poquedad de esta vil criatura, que nada puedo y nada valgo. Vos, sabiduría infinita, que todo lo sabéis y todo lo comprendéis, lo pasado, lo presente y lo venidero, y cuanto es posible, ¿os allanáis así con quien es la misma ignorancia? Vos, eterno, indefectible, que fuisteis antes de los siglos, y sois y seréis siempre, ¿venís a mí, que en un punto desaparezco? Vos, Señor, infinitamente santo y bueno, ¿queréis morar dentro del pecho de un tan indigno pecador? Vos, la suma grandeza; yo, la misma vileza. Vos, todo; yo, nada. Si las columnas del cielo tiemblan ante vuestra divina presencia,

¿cómo no se estremecerán las paredes de mi corazón? Ayudad, Señor, mi vileza, confortad mi pequeñez, para que no desfallezca al recibiros.

Punto 2º ¡Dios mío y Señor mío! Si el Bautista no se tenía por digno de desatar la correa de vuestro zapato, ¿cómo llegaré yo, no sólo a la cinta, sino a tocaros todo, a comeros y a meteros dentro de mi pecho? ¿Qué dijera el Bautista si hubiera de comulgar, si hubiera de recibiros, Señor, y meteros dentro de su pecho? Si Juan, santificado en el vientre de su madre, confirmado en gracia, criado en la aspereza de un desierto, lucero del sol, precursor vuestro, no se halla digno de tocar la correa de vuestro zapato; yo, nacido y criado todo en pecados; yo, lleno de culpas y miserias; yo, un tan gran pecador, ¿cómo he de llegar a recibiros, cómo os he de poner en mi boca y meteros dentro de mis entrañas? Si Juan con tanta penitencia, sin culpas se encoge, ¿qué haré yo con tantas culpas, sin penitencia? Mas oigo que me está diciendo el mismo Bautista: «He aquí el corderito del Señor; llégate a él, que es infinita su grandeza; también lo es su misericordia. Si es un Dios inmenso, también es un corderito manso; si tú estás lleno de pecados, Él es el que los quita.» Limpiadme, pues, Señor mío, más y más; criad en mí un corazón limpio; renovad un espíritu recto en mis entrañas para poder hospedaros en ellas.

Punto 3º «¿Quién sois Vos, Señor, y quién soy yo?», decía el humilde San Francisco. Lo mismo repetiré yo muchas veces. Si el santo patriarca Abraham se encogía para haberos de hablar, y decía que era polvo y ceniza, ¿cómo he de llegar yo, no sólo a ponerme delante de Vos, sino a poneros dentro de mi pecho? Si los serafines de vuestro trono, abrasados de amor se cubren los rostros con las alas, como corridos ante vuestro soberano acatamiento, ¿cómo me atreveré yo, tan frío y perezoso en vuestro servicio, a llegar a poner mi boca en vuestro costado, a sellar mis labios en vuestras llagas, a recibiros dentro de mi pecho? ¿Que es posible, exclamaré con Salomón, que es imaginable que el mismo Dios, real y verdaderamente more dentro de mí? Porque si los cielos de los cielos no os pueden, Señor, abarcar, ¿cuán-

to menos esta pobre morada donde os dignáis hoy hospedar? Pero atended, Señor, a mis plegarias, no a mis deméritos; supla mi humillación mi vileza, y el mismo conocerla sea disculparla.

Punto 4º ¡Oh, mi Dios y mi Señor!, ¿y dónde estaba yo cuando os alababan las estrellas de la mañana? Si vuestro lucero Juan os veneró en presencia y os celebró en ausencia por tantos favores recibidos, ¿qué diré yo por mercedes tan continuadas? Querría cantar hoy un cantar nuevo, porque hicisteis conmigo una maravilla de maravillas; y si Vos hicisteis memorial de ellas en este Divinísimo Sacramento, yo haré un memorial de eternas alabanzas. ¡Oh, si volase un serafín vuestro a purificar mis labios, primero para recibiros y después para ensalzaros, cantaré eternamente vuestras infinitas misericordias! Y aunque me reconozco vil y bajo, no querría ser grosero; antes lo que os he estrechado, Señor, al recibiros, querría engrandeceros al celebraros; daré gracias sin cesar al que me corona de misericordias.

Meditación XXIX

DE LA GRAN CENA, APLICADA A LA SAGRADA COMUNIÓN

Punto 1º Considerarás cómo en este gran Señor realza la bondad su grandeza, compítense lo infinito bueno con lo comunicativo mucho, y lo padre con lo rey poderoso; no se reserva para gozarse a solas sus infinitos bienes, sino que a todos los franquea, hasta convidar con los tesoros y rogar con las felicidades. Envía sus criados, tan diligentes como alados, a buscar los convidados perezosos; pero villanos éstos, porque terrestres, desprecian la honra y malogran el provecho; excúsanse de venir necios sobre desgraciados, y hechos a los viles manjares de su Egipto, asquean las delicias del Cielo; detienen a unos los grillos de oro de su codicia; a otros la liga de la sensualidad; desvanece a muchos ambiciosos la honra, que son las concupiscencias mundanas, de suerte que todo está prevenido y faltan los convidados. ¡Quién tal creyera!

Pero es el convite del Cielo y ellos muy del mundo, y lo que el Señor se ostenta cortés, ellos se muestran villanos.

Acuérdate tú, alma, cuántas veces has cometido mayores groserías, pues convidándote el Rey del Cielo a su mesa, villana tú, desconociste el favor, malograste la dicha, y en vez de prepararte para ir a comulgar, te rendiste a una inútil tibieza, a un vano entretenimiento. Saca una bien reconocida enmienda y un deseo eficaz de frecuentar este suntuoso banquete.

Punto 2º Viendo el Señor que no gustan de venir los convidados, gente de harto mal gusto, y que, instados de su bien, le desprecian, no por eso se disgusta con los demás, ni trata de retirar sus beneficios; antes, con más deseo de comunicarlos, da nuevas órdenes, y manda a sus ministros salgan a las calles y a las plazas, y convoquen todos los pobres, pues los ricos se retiran; vengan los hambrientos, que de ellos es la gran cena; y sea el mayor castigo de los mundanos el no probarla ni verla. Acuden éstos tan prontos como necesitados; vienen los cojos diligentes, los ciegos a dar en el blanco entran con humildad y son recibidos con agasajo, llenánse las mesas de pobres de espíritu, despreciados en el mundo, estimados en el Cielo, que de ellos es el reinar con Dios.

Considérate tú el más pobre de cuantos hay, cojeando siempre en la virtud, manco en el bien obrar, y hazte encontradizo con los ángeles; entremetiéndote en el Cielo, no guardes a ser buscado; llega humilde, y serás bien recibido; mira que es gran disposición el hambre para tanto manjar.

Punto 3º ¡Con qué apetito se sentarían a la abundante mesa los mendigos! Cómense los pobres las viandas de los príncipes. ¡Cómo se saborearían en ellas, sin el hastío de ahítos, sin el peligro de empachados! No pierden punto ni tiempo, no se divierten a otra cosa, porque saben que es cena y que no les queda a qué apelar; nada desechan, que ni lo permite la gana ni la sazón de los manjares; éntrales muy en provecho lo que tan bien les sabe, y quedan muy satisfechos los que hasta hoy no han comido cosa de sustancia.

Imagínate tú el más mísero de todos, llega con hambre a esta Mesa Sacramental y comerás con gusto, que por grande

que fuese aquella cena, no fue más que una sombra de la tuya; saboréate como mendigo y vete entreteniendo muy despacio en este delicioso manjar; cómelo con fe, rúmialo con meditación, advierte bien lo que comes y hallarás que en toda tu vida no has probado hasta hoy cosa ni de gusto ni de sustancia.

Punto 4º ¡Qué contentos, qué satisfechos quedarían éstos, no ya pobres, sino ricos convidados, que aquél te enriquece, que te hace el plato! ¡Cómo igualaría ahora lo agradecido a lo hambriento! ¡Qué de gracias repetirían al Señor del convite los que no se habían visto satisfechos hasta este día! ¡Qué parabienes se darían unos a otros de su dicha, a vista de la desdicha ajena! ¡Y cómo que la reconocerían y la celebrarían!

Alma, reconoce tu dicha, levanta tu voz con la agradecida Reina de los Cielos, magnificando al Señor y diciendo: a los hambrientos llenó de bienes y a los fastidiosos ricos los dejó vacíos; muéstrate tan agradecida cuanto fuiste honrada; pide a los ángeles te presten sus lenguas, si ya para el gusto, ahora para el agradecimiento. Saca llegar a comulgar, como pobre hambriento, a la gran Cena.

Meditación XXX

PARA RECIBIR AL SEÑOR COMO TESORO ESCONDIDO EN EL SACRAMENTO

Punto 1º Considera cuando un hombre de riquezas llega a tener noticia de algún gran tesoro escondido, ¡con qué facilidad lo cree, con qué diligencia lo procura! No se echa a dormir el que no sueña en otro que en enriquecer; no come ni bebe, hidrópico del oro; su primera diligencia es comprar el campo donde sabe que está, para tenerle más seguro; él mismo se pone al trabajo de cavarlo, porque de nadie se fía; la esperanza de hallarle desmiente su fatiga, y no siente que revienta de cansancio el que revienta de codicia; crece el ahínco, al paso que se va acercando a él, y alienta los cansados brazos el codicioso corazón.

Alma, hoy te ha dado noticia la fe de aquel tesoro tan grande, como infinito, escondido en un campo de pan, tan precioso, que encierra en sí toda la riqueza del cielo; pobre eres y volverás rica, si le hallas; logra esta misericordia y saldrás hoy de miseria; aquí tienes, en esta Hostia, todos los tesoros eternos. ¿Cómo no los buscas diligente? ¿Cómo no los logras dichosa? Muy a mano tienes el tesoro; gózale a manos llenas, llega a la Sagrada Comunión con el anhelo que un avaro a un gran tesoro.

Punto 2º Llamó Pablo estiércol las riquezas de este mundo, y con razón, pues vienen a parar en basura, son corruptibles y dejan burlados sus necios amadores; son inmundos y ensucian de vicios el corazón; locura sería, y grande, llenar los senos de basura, pudiendo de ricas joyas; cargar en el montón de lodo, pudiendo en el de oro. Esto hacen los hijos de este siglo, bastardos del eterno; desprecian el tesoro del Altar, y estiman el muladar del mundo.

No seas tú tan sin juicio, cuando de tan mal gusto, que pierdas un tesoro en cada comunión por un vil interés, por un sucio deleite, por una necia pereza; llega con codicia y volverás con dicha.

Punto 3º ¡Qué contento se halla el que halló el tesoro escondido, y más si precedieron en él lo codicioso y lo pobre! ¡Con qué afán le va descubriendo, y con qué gusto gozando!; viéndolo está y no lo cree, y no fiándose de los ojos, llega a satisfacerse con las manos; pero ¿qué mucho si todos los sentidos y potencias tiene allí empleados, sin divertirse a otra cosa porque nada se pierda, que hace de llenar los senos y aun los ensancha porque quepan más? La carga le es alivio, y el pesar es de que no pesa más; ya vuelve de su casa al campo sin parar un punto, mientras haya que llevar; vacía los senos y llena las arcas, y vuelve con diligencia a cargar; vuelve y revuelve, mira y remira, busca donde ya buscó, que esto es atesorar y para toda la vida.

Alma, tú que hallaste el riquísimo tesoro, tan escondido como sacramentado, en el campo del Altar, ¡con qué afecto debías llegar a lograrle! ¡Con qué atención a descubrirle! ¡Con qué ansia a recoger! ¡Con qué gusto a gozar! Mas, ¡ay!,

que no conoces el bien que tienes, no sabes lo que vale y lo que te importa. Reitera los caminos en frecuentes y devotas comuniones, y enriquecerás; acaba de poner tu tibieza, enemiga de la riqueza; mira que atesoras para ti, y para pasar toda tu vida, y ésa eterna, con dicha y con descanso.

Punto 4º ¡Con qué gozo reconoce su felicidad el que halló el tesoro! Cada día renueva la memoria de su dicha, teniendo muy presente aquella primera alegría; estima toda la vida aquel punto en que salió de miseria, y consagra el feliz día a la eternidad, señalándolo con piedra blanca, y aun preciosa. ¡Qué agradecido le queda al que le dio la noticia! Y ya que no admita parte en las riquezas, ríndele gracias, cuenta una y muchas veces su suerte a sus confidentes, congratulándose con ellos de su ventura.

¡Oh, alma!, si conocieras tu dicha, ¡cómo la estimarías! Si llegases a entender la infinita preciosidad de este maná escondido, que es maná para el gusto y piedra cándida en la dichosa suerte, ¡qué gracias que darías al Señor! Repite su memoria cada instante y frecuéntalo cada día; advierte que es tesoro infinito, que nunca se agotará, antes cada día le hallarás entero, siempre el mismo. Muéstrate agradecida al Señor, que lo reservó para ti; mira no lo pierdas por ingrata, ni lo malogres desconocida; vive de él toda tu vida, que será vivir a Dios por todos los siglos. Amén.

Meditación XXXI

PARA LLEGAR A LA COMUNIÓN CON EL FERVOR DE LOS DOS CIEGOS QUE ALUMBRÓ EL SEÑOR

Punto 1º Considera cómo se previene de la vista de la fe el fervoroso ciego de Jericó, para conseguir la corporal. Sale en busca del Salvador, sin acobardarle el recelo de los tropiezos, ni embargarle la pereza con excusas de imposibilidades: ve que no ve, y ve lo que le importa el ver, y así sale de su casa, dejándose a sí mismo; lo primero no le falta la lengua para gritar, aunque falten los ojos para ver, y quien lengua tiene

para confesar sus males al remedio llegará; parea la omnipotencia con la misericordia de Jesús, y así le nombra empeñándole en tan saludable nombre: «Jesús, dice, hijo de David el manso, no degeneréis Vos de misericordioso; Jesús, hijo de David, a quien le fue prometido el Salvador, dadme a mí salud; tened, Señor, misericordia de mí. ¡Vos, y de mí! Vos, un Dios infinito, de mí, un vil mosquitillo; Vos sois mi Criador, Vos habéis de ser mi remediador. Vos me disteis lo más, que es el ser; dadme lo menos, que es el ver; no seáis Dios escondido para mí, siendo tan conocido en Judea.» De esta suerte diligencia su remedio, a voces de oración.

Imagínate a ti ciego de tus pasiones, sin ver lo que más te importa, sin conocer tu Dios y tu Señor; grande es la ceguera de tu ignorancia, mayor la de tus culpas; pues mira, ciego, que hoy tienes aquí el mismo Jesús y Salvador, si no en Jericó, en el Altar; da voces, si quieres ver; ora, si deseas salud para conseguir tan gran bocado; quien lengua tiene para pedir perdón, al Cielo llegará; acude guiado de la fe; llámale, no ya hijo de David, sino Jesús, hijo de María, que es mejor, haya misericordia para mí.

Punto 2º Veníase acercando el Salvador hacia el ciego. ¡Gran dicha no estar lejos del Señor! Perdíale de vista con los ojos del cuerpo, cobrábale con los del alma; válese de la voz, cuando no puede de la vista, y esforzándola con alientos de fervor, prorrumpe en voces de esperanza. «Jesús, dice, que es decir fuente de salud y de vida, haya para mí una gota; si Vos, Señor, no me remediáis, ¿quién será bastante? No seré yo tan maldito que confíe en algún hombre; no dan vista las criaturas, antes la quitan.» Reñíanle unos y otros, enfadados de sus voces, no experimentados de su miseria; decíanle ellos que callase, y escuchábale Jesús y daba mayores gritos: «¡Señor, misericordia de mi miseria! Si yo no os veo a Vos, Vos bien me veis a mí.» «¿Qué quieres?», le pregunta Cristo, para que conozca más su necesidad y su remedio. Y responde él: «¿Qué puedo yo querer sino el veros, que en Vos lo veré todo, Dios mío, y todas mis cosas?»

Oye, alma, que contigo habla hoy el mismo Señor, y te dice: «¿Qué quieres? ¿Qué buscas? Pide mercedes a quien

te convida con su Cuerpo y Sangre, porque, ¿qué no te dará quien se te da todo? Yo soy tu blanco, fija en mí la vista; yo soy tu centro, descansa en mí. ¿Qué quieres?», pregunta el Señor. Respóndele tú: «¿Qué puedo yo querer sino a Vos, el veros y gozaros, recibir y recibiros: cerrar mis ojos a la vanidad, abrirlos a su blanco?» ¿Qué quieres? Y es decir: ¿Sabes qué cosa es comulgar? *Scitis, quid fecerim vobis?*

Punto 3º No se mostró menos misericordioso el Señor con el otro ceguezuelo de su nacimiento, antes más misterioso, pues, pudiendo con sola su palabra curarle, tomó lodo y púsosele en los ojos, haciendo colirio del que parecía estorbo; cogió tierra y amasóla con su saliva, con que la convirtió en un terrón de Cielo, y fue remedio la que ya daño; de los polvos de su humildad quiso saliese el lodo para su salud; abrióle los ojos cuando parecía se los tapiaba; con esto y con lavarse alcanzó tan buena vista, que pudo ver cuanto pudiera desear.

Pondera ahora la ventaja de tu favor, pues no te aplica el lodo amasado con su saliva, sino su mismo cuerpo amasado con su sangre y lleno de su divinidad; ponle, no sólo sobre tus ojos, sino dentro de tu pecho; ponle en los ojos de tu alma, con conocimiento y afecto; reconoce que para darte a ti la vista, te da sus mismos ojos; mira ya con los de Cristo, habla con lengua, camina con sus pies, vive con su vida, diciendo con San Pablo: «Vivo yo, mas ya no yo, porque Cristo vive en mí; Él es el que mira y Él es el que habla en mí.» Saca, que si la saliva del Señor obra tan eficazmente que da la vista a un ciego, ¿qué no obrará el que comulga la carne y sangre del Señor, unidas con su divinidad?

Punto 4º Recibió tal alegría el ciego con la vista, que iba dando saltos de placer, corriendo a la eterna corona. Volvió luego al Señor, agradecido a lograr la vista, viéndole, que no hay otro que ver, a emplear la lengua ensalzándole. Confesábale por su Dios y Señor, a pesar de aquellos ciegos de envidia; póstrase pecho por el suelo para ensalzar a su Redentor; pone sus rodillas en la tierra, que le fue puesta en los ojos; adora a su Criador y alaba a su Remediador; siempre que abriría los ojos para ver, abriría su boca para agradecer el favor.

¡Oh, con cuánta mayor razón debes tú, alma mía, rendir gracias al Señor de una merced tan divina; ten fija siempre la mira en el Señor, para que libre tus pies de los lazos de Satanás, y pues tienes ojos de fe para ver y conocer tu Dios y Señor en esa Hostia, trata de hacerte lenguas en celebrarle y ensalzarle por todos los siglos, etc.

Meditación XXXII

PARA RECIBIR AL SEÑOR DEL MODO QUE FUE HOSPEDADO EN CASA DE ZACARÍAS

Punto 1º Meditarás hoy la humildad de María, la devoción de Isabel, el pasmo de Zacarías, la alegría de Juan y las misericordias del Niño de Dios. Considera qué desprevenida juzgaría su casa Santa Isabel para recibir los Reyes del Cielo, que se le entraban por ella. Incrédulo Zacarías a las dichas y mudo a los aplausos; el Niño Juan poco fuera encerrado en la materna clausura, si no lo estuviera más en la cárcel de la culpa; Isabel, por lo anciana, inútil, y por lo preñada, impedida al debido cortejo; viendo esto, acógese a la humildad, y echando por el arbitrio del encogimiento, que es él la mayor preparación para tan grandes huéspedes, suple con humillaciones las faltas de prevenciones.

Pondera tú, que has de comulgar, que viene hoy el mismo Rey y Señor a visitar tu casa; si allí metido en la carroza virginal, aquí en una Hostia; si allí bajo las cortinas de pureza, aquí entre accidentes de pan; mira cuán desprevenido te hallas, qué falto de las virtudes con que quiere ser agasajado este Señor, y así da en el arbitrio de la humildad; espántate de ver que aquel Señor que ocupa los Cielos quiera hospedarse en tu pecho; encógete con más causa que Santa Isabel, y suplirás con humildad lo que te falta de devoción.

Punto 2º «¿De dónde a mí, dice Santa Isabel, con ser prima y con ser santa, que la Madre de mi Señor venga a mi casa? ¿Cuándo merecí yo tanta dicha? Yo menos que esclava; ella, Reina de los Cielos.» No dijo que el mismo Dios y Señor,

que eso no tenía ya ponderación, pero si con la madre se confunde, ¿qué sería con el infinito, eterno, inmenso y omnipotente Hijo? Basta este argumento de menor a mayor a concluir a un serafín, ¡cuánto más a una hormiga!. ¡Gran palabra ésta de Santa Isabel! Verdadero ejemplar de todos los que comulgan. «¿De dónde a mí?»

Por estas palabras debes tú comenzar, alma mía, cuando has de hospedar un tal alto Señor; repítelas muchas veces. ¿De dónde a mí, un vil gusano, un miserable pecador, un merecedor de nuevos infiernos; a mí, lleno de culpas, ingrato y villano, desconocido; a mí, una hormiguilla de la tierra; a mí, polvo y ceniza; a mí, nada, y aun menos? ¿Y que venga el mismo Dios? ¿Aquel infinito, inmenso y eterno Señor? ¿Y no sólo a mi casa, sino a mi pecho? ¿Que se entre, no sólo por mis puertas, sino por mis labios? ¿Que penetre, no ya al más esconcido retrete, sino a mi corazón? ¿Cómo no me confundo? ¿Cómo no desmayo? Sin duda que soy insensible.

Punto 3º Atiende cómo agasaja Santa Isabel a su huéspeda María, y cómo corteja el Niño Juan al Niño Dios, que en esta casa todo va proporcionado, nadie está ocioso en ella. En viéndose libre de la culpa, Juan da saltos por acercarse al Señor, como quien dice: ¡Oh, venid Vos a mí, Dios mío y Señor mío! ¡Oh, haced de modo que yo pueda acercarme a Vos! ¡Oh, cómo le abrazara y le apretara y le uniera consigo, si pudiera! La voluntad bien se vio en oyendo Santa Isabel la voz de la purísima Cordera; reconoce Juan el Corderito de Dios, que quita los pecados del mundo; dio saltos de placer, que no hay contento como salir del pecado.

Pondera tú, que has recibido al Señor, si Juan no cabe de contento dentro las maternas entrañas por ver que cabe en su casa el Infinito Dios; tú, que le has hospedado hoy dentro de tu mismo pecho, ¡qué saltos deberías dar de placer en el camino de la virtud, que llegasen a la vida eterna! Si Juan, porque le siente tan cerca de sí, tanto se alboroza, tú, que le tienes dentro de ti mismo, ¡cuánto te deberías consolar! ¡Mas, ay, que no sientes ni conoces! Allí se quedó el Señor dentro las entrañas de su Santísima Madre, y aquí se pasa a las tuyas; no se pudo acercar Juan inmediatamente al Señor,

con que hizo tan grandes esfuerzos, y tú te acercas tanto, que te unes sacramentalmente con él. Deseó San Juan llegar a sellar sus labios en los pies de aquel Señor, cuyo zapato no se atrevió después, cuando más santo, a desatar, y tú le recibes en tus labios, le metes dentro de tu boca, le tragas y le comes; procura vivir de él, con él y para él.

Punto 4º Todos quedaron gozosos y todos agradecidos. Reconoció Isabel, a par de su humildad, el favor; fue llena del Espíritu Santo en las mercedes y en los clamores, recibiendo y agradeciendo. No disimuló su gozo el Niño Juan cuando así se hace de sentir, y ya que no puede a gritos, a saltos lo publica; era voz del Señor, y empleóse después en sus divinas alabanzas. Cantó la Virgen Madre, magnificando al Señor, obrador de mercedes y maravillas.

Alma, no enmudezcas tú entre tantas voces de alabanza; sé voz de exaltación con Juan, no mudo silencio con Zacarías; abre tu boca al agradecimiento, pues la abriste a la comida; no sea montañés tu pecho en lo retirado, sí cortesano del Cielo en lo agradecido; levanta la voz con Isabel, salta con Juan y engrandécele con María Santísima.

Meditación XXXIII

DE CÓMO NO HALLÓ EN BELÉN DÓNDE SER HOSPEDADO EL NIÑO DIOS, APLICADO A LA COMUNIÓN

Punto 1º Considera cuán mal dispuestos estaban aquellos ciudadanos de Belén, pues no hospedaron en sus casas a quien debieran en sus entrañas; habíanse apoderado de ellos la soberbia y la codicia, y así no les quedó lugar para tan pobres y humildes huéspedes; no ofrecen siquiera un rincón a quien debieran sus corazones. Ciegos del interés, los parientes no ven el bien que se les entra por sus puertas, y los que no reconocen en el pobre a Dios, tampoco conocen a Dios hecho pobre.

Atiende, alma, que hoy ha de llegar a llamar a las puertas de tu casa el mismo Señor; si allí encerrado en la virginal ca-

rroza, aquí encubierto en una Hostia; desocupa el corazón de todo lo que es mundo, para dar lugar a todo el Cielo, que un Empíreo había de ser el seno donde se ha de hospedar este inmenso Niño; procura adornarlo de humildad y de pobreza, que éstas son las alhajas de que mucho gusta este gran Huésped que esperas.

Punto 2º Van buscando los peregrinos del cielo un rincón del mundo donde alojarse y no le hallan; todos los desconocen, por ser desconocidos; ni aun de mirarles ni escucharles no se dignan. He aquí que no halla cabida en el mundo el que no cabe en los Cielos y el vil gusano que no tiene cabida en el Cielo no cabe en todo el mundo; iría la Virgen de puerta en puerta, y todas las hallaba cerradas, cuando tan de par en par las del Cielo; de la casa de un pariente pasaba a la de un conocido; hacíanse todos de nuevas, preguntándola quién era. Respondería la Virgen que una pobre peregrina, esposa de un pobre carpintero, y en oyendo tanta pobreza dábanles con las puertas en los ojos. No digáis así, Señora, que no entiende el mundo ese lenguaje: decid que sois la Princesa de la Tierra, la Reina del Cielo, la Emperatriz de todo lo creado.

¡Mas, ay, que esos gloriosos títulos se quedan para tu puerta, oh, alma mía! Advierte que llega hoy a ella esta Señora y te pide que la acojas, que la des lugar donde nazca el Niño Dios; mira lo que la respondes. ¡Qué de veces le has negado la entrada con más grosería que éstos! Pues con más fe avívala y considera que el mismo Niño Dios, que iba buscando allí dónde nacer, aquí busca quien le reciba; allí entre velos virginales, aquí entre blancos accidentes; a las puertas del corazón llama, y no hay quien le responda; no halla quien le quiera, el querido del Padre Eterno, el deseado de los ángeles. ¡Ea, alma mía, levántate del lecho de tu tibieza, de tus mundanas aficiones; acaba, no empereces, que pasará adelante, a otro más dichoso albergue!

Punto 3º Estaba el Verbo Encarnado sin tener dónde nacer; no siente tanto que en la que ha de ser su patria le extrañen, cuanto que en la que es Casa de Pan no le reciban. ¡Oh, cómo le acogieran los ángeles en medio de sus aladas jerar-

quías! ¡Cómo le albergara el sol y le ofreciera por tálamo su centro! ¡Cómo el Empíreo se trasladara a la tierra, para servirle de palacio! Pero esa dicha a ninguno se le concede, sólo se guarda para ti. ¡Oh, tú, el que llegas a comulgar, ofrécele a este Niño Sacramentado por albergue tu pecho, rásguense tus entrañas y sírvanle de pañales las telas de tu corazón! Retiráronse a lo último, cansados e injuriados, a un establo, que hizo su centro el Señor, por lo pobre y por lo humilde; allí reciben los brutos con humanidad al que los hombres despidieron con fiereza; reclinóle su Madre en un pesebre, alternándole en su regazo; descansa entre las pajas el mejor grano, convidando a todos en la Casa del Pan, para que todos le coman.

Alma, no seas más insensible que los brutos; el buey reconoce a su Rey; no extrañes tú a tu Dueño; mírale con fe viva y hallarás que el mismo, real y verdaderamente, que estaba allí en el pesebre, está aquí en el Altar; cuando mucho, allí llegarás a acariciarle y besarle, aquí a comerle; allí le apretarás con tu seno, aquí le metes dentro de él; nazca, pues, en tu corazón, y asístanle todas tus potencias, amándole unas y contemplándole otras, sirviéndole y adorándole todas.

Punto 4º No hubo en la tierra quien hospedase al Niño Dios, ni quien nacido le cortejase; menester fue bajasen los cortesanos del cielo; y así, ellos cantaron la gloria a Dios, y dieron el parabién a los hombres, avisándoles del agradecimiento.

Alma, pues hoy se ha trasladado el cielo a tu pecho, y el Verbo Eterno del seno del Padre a tus entrañas, del regazo de su Madre a tu corazón, ¿cómo no te haces lenguas en su alabanza y te deshaces en lágrimas de ternura? Boca que tal manjar ha comido no está bien tan cerrada; labios bañados con las lágrimas de un Dios Niño, ¿cómo están tan secos? Pide a los ángeles prestadas sus lenguas, para imitar sus alabanzas. Ora, canta, vocea, diciendo: «Sea la gloria para Dios y para mí el fruto de la paz», con buena y devota voluntad. Amén.

Meditación XXXIV

RECIBIENDO EL SANTÍSIMO SACRAMENTO COMO GRANO DE TRIGO SEMBRADO EN TU PECHO. «NISI GRANUM FRUMENTI», ETCÉTERA

Punto 1º Considera cómo el Celestial Agricultor, no sólo se contenta con sembrar su divina palabra en los corazones de sus fieles, sino también el grano sacramentado en sus entrañas. Suele, pues, el cuidadoso labrador, antes de encomendar el fértil grano al piadoso seno de la tierra, mullirla y cultivarla muy bien; arranca las malas hierbas porque no le embaracen; quema las espinas porque no le ahoguen, y aparta las piedras porque no le sepulten, que tantos contrarios tiene antes de nacer, y muchos más después de nacido.

Advierte que hoy, por gran dicha tuya, ha de caer el grano más fecundo, y lo más granado del cielo en la humilde tierra de tu pecho, en el campo de tu corazón. Procura, pues, prepararle primero. Para poder lograrlo, riégalo con lágrimas que le ablanden; arranca los vicios, y de raíz, porque no le estorben; abrasa las espinas de las codicias, porque no lo ahoguen; quita los molestos cuidados, porque no le impidan; y aparta las piedras de tu frialdad y dureza, porque no le sepulten, para que de esta suerte, bien dispuestos los senos de tus entrañas y desembarazados, reciban este generoso grano que ha de fructificar la gracia y te ha de alimentar con vida eterna.

Punto 2º Teniendo ya la tierra preparada, madruga el diligente sembrador; sale al campo, y con liberal mano va esparciendo el mejor grano de sus trojes; recógelo la tierra en su blando seno, allí lo abriga y lo fomenta; el agua le ministra jugo, el sol calor, el aire aliento; comienza el fértil grano a dar señales de vida, va saliendo a luz la virtud que encierra, ensancha sus senillos, y extiéndese a la par hacia el profundo con humildes raíces que le apoyen, y hacia lo alto con lozanas verduras que le ensalcen.

Pondera cómo hoy el diligente Agricultor de tu alma traslada del divino seno al terreno tuyo el más sustancial grano,

delicias del mismo cielo; en tu pecho ha caído, abrígale con fervor, riégale con ternura, foméntale con devoción, aliéntale con viva fe, envuélvele en tu esperanza, consérvale en tu fervorosa caridad, para que arraigue en tus entrañas con humildad, crezca en tu alma, coronándola de frutos de gloria.

Punto 3º Es mucho de admirar con qué suave fortaleza va el grano de trigo apoderándose de la tierra, penetra su profundidad y rompe la superficie, desprecia el lodo, porque no le ensucie y puebla el aire donde campee; vence los muchos contrarios que le combaten: las escarchas que querrían marchitarle, las nieves que cubrirle, los hielos que amortiguarle, los vientos que romperle, y triunfando de todos ellos, sube, crece y se descuella. Trueca ya lo verde de sus vistosas esmeraldas por el rubio color de la espiga que le corona de oro, sirviéndole de puntas sus aristas. ¡Qué lindas campean las mieses! Si ya verdes, ahora doradas, alegrando los ojos de los que las miran, y mucho más de sus dueños, que las logran.

Pondera que si todo esto obra un granito material de trigo en poca tierra ¿qué no hará el grano sacramentado en el pecho del que dignamente le recibe? Dale lugar para que arraigue en tus entrañas, crezca por tus potencias, dilátese en tu corazón, sazónese en tu voluntad, campee en tu entendimiento y corone de frutos de sus gracias tu espíritu. ¡Oh, qué bien parece el campo de tu pecho con las ricas mieses de tantas y tan fervorosas comuniones! ¡Qué vista tan hermosa para los ángeles, y qué agradable para tu gran Dueño, que es Dios! Sal tú con la consideración a verlo y con alegría a gozarlo; enriquece tu alma de manojos de virtudes, de coronas de gloria.

Punto 4º ¡Qué gozosos empuñan ya las hoces los segadores! ¡Con qué solaz las mueven! Y los que antes salieron con sentimiento a arrojar el grano, ya lo recogen con alegría; sembraron con el frío y siegan con calor, pregonan a gritos su contento, pero, como villanos, son más codiciosos que agradecidos al dador, parando en relinchos profanos las que habían de ser alabanzas divinas.

Alma, tú que reconoces hoy los frutos de aquel celestial grano, multiplicados a ciento por uno, no imites a éstos en la

ingratitud, pero sí en el contento; levanta la voz a los divinos loores; dedíquense los cantares de la exultación de tu gracia a la exaltación de su gloria; resuenen el tímpano y el salterio, ya en afectos, ya en voces; corresponda a la infinita liberalidad eterno el agradecimiento, rindiendo a deudas de especial gracia, tributos de eterna gloria. Amén.

Meditación XXXV

PARA RECIBIR EL NIÑO JESÚS, DESTERRADO AL EGIPTO DE TU CORAZÓN

Punto 1º Contempla qué mal le prueba la tierra al Rey del Cielo: las vulpejas tienen madrigueras y las aves del cielo, nidos; y el Señor no halla dónde descansar; persíguele el hijo de la muerte y del pecado al Autor de la gracia y de la vida. ¡Qué presto le hacen dejar la Ciudad de las flores al que nació para las espinas! En brazos de su Madre va peregrinando a Egipto, región de plagas y de tinieblas, pero qué bárbaros le extrañan los gitanos, y qué poco le agasajan groseros; cierran las puertas al bien que se les entra por ellas.

Alma, hoy el mismo Niño Dios se encamina al Egipto de tu corazón, si allí fajado entre mantillas, aquí envuelto entre accidentes; no le trae el temor, sino el amor; no huye de los hijos de los hombres, sino que los busca, poniendo sus delicias en estar con ellos; no le hospedes a lo bárbaro gitano, sino muy a lo cortesano del Cielo. Pero si está tu corazón hecho un Egipto, cubierto de tinieblas de ignorancia, lleno de ídolos de aficiones, ¡caigan luego por tierra, triunfen las palmas, florezcan las virtudes, broten las fuentes de la gracia y sea ensalzado y adorado el verdadero Dios!

Punto 2º Fue largo y muy penoso el viaje de los tres peregrinos de Jerusalén a Egipto, y peor la acogida; padecieron todas las incomodidades del camino, y no gozaron de los consuelos del descanso. Nadie los quería hospedar porque los veían pobres y extranjeros, y si entre los parientes y conocidos no hallaron ya posada, ¿qué sería entre extraños y des-

conocidos? Guardaríanse todos de ellos como de advenedizos, y aun por algo dirían: «Vienen huyendo de su tierra», y acertaran en decir de su Cielo; temen no les roben sus bienes y pudieran sus corazones; mirábanlos como desterrados; no sabían la causa, y sospechaban lo peor; no conocen el tesoro escondido, ni el bien disimulado; antes, se recelan no les hurte la tierra el que viene a darles el Cielo. ¿Dónde se acogerá el Niño Dios peregrino? ¿Dónde irá a parar?

Alma, a tu corazón se apela; tu pecho escoge por morada; tú que le conoces, le recibes; llorando viene, enternézcanse tus entrañas; los gitanos le dan con las puertas en los ojos; ábranse de par en par las de tu corazón; oye que llama a tu puerta con llantos y suspiros, acállale con finezas; desterrado viene del seno del Padre al tuyo; mira cuál debería ser la acogida; de las alas de los querubines se traslada a las de tu corazón; no basta cualquier cortejo; esclavina blanca trae, que es su color la pureza; hospédale en medio de tus entrañas en emulación de los mismos Cielos.

Punto 3º Siete años estuvieron desterrados en Egipto los paisanos del Cielo. ¡Qué desconocidos de los hombres! ¡Qué asistidos de los ángeles! Pero qué poco se aprovecharon los gitanos de su compañía en tanto tiempo. Así salió el Señor de entre ellos como se vino, y así acontece a muchos cuando comulgan. No bastó el agrado del Niño Dios, la apacibilidad de la Virgen, ni el buen trato de San José para ganarlos; fueron tan desdichados como desconocidos, y siquiera pues se comían los dioses que adoraban, o adoraban por deidades las cosas que se comían, bien pudieran adorar por Dios a un Señor que se había de dar en comida.

Pondera cuántos hay que reciben al Señor a lo gitano, y más fríamente, que ni le asisten ni le cortejan, no más de entrar y salir, sin lograr tanto bien como pudieran; están muy metidos en su Egipto, casados con el mundo, no perciben los bienes eternos. No recibas tú al Señor a lo de Egipto, pues le conoces a lo del Cielo, aunque ya podrías recibirle a lo gitano; comiéndote a tu Dios y teniendo por Dios a un Señor que es tu regalo y comida, aviva la fe, conócele, que, aunque viene tan disimulado, es Rey de la Celestial Jerusalén; procu-

ra no perder el fruto, no sólo de siete horas, sino de siete años de su morada en tu pecho, y aun de toda la vida empleándola en tan devotas cuan frecuentes comuniones.

Punto 4º No hacen sentimiento los gitanos al ver que se les va y los deja el Niño Dios; no le ruegan se quede los que no desearon que viniese; no sienten su partida los que no desearon su llegada ni estimaron su asistencia. No querría, ¡oh, tú que has hospedado hoy a este mismo Señor!, que fueses tan desgraciado como desagradecido. ¡Oh, qué poco rastro queda en algunos de haber morado este Señor en su pecho! ¡Qué poco quedan oliendo a Dios y cuán presto al mundo! ¡Qué poco provecho sacan de sus comuniones, cuando pudieran tanto Cielo!

Procura quede en ti muy fresca la memoria, muy afectuosa la voluntad, muy reconocido el entendimiento de haber entrado y haber morado este Señor en tu pecho. ¡Oh, qué lindo Niño recibiste! Mira no se te vaya; queda muy cariñoso de su dulce presencia; suspira por volverle a recibir, y si no le conociste la primera vez, procura lograrle en las comuniones siguientes.

Meditación XXXVI

DEL CONVITE DE LAS BODAS DE CANÁ, APLICADO A LA COMUNIÓN

Punto 1º Considera que si en otras bodas todo huele a profanidades de mundo, en éstas todo a puntualidades de Cielo: atenta devoción de desposados, convidar al Salvador; para que principios de virtud afiancen progresos de felicidad, ni se olvidaron de su Santísima Madre, que fue asegurar Estrella. Asistieron también los Apóstoles en gran argumento de la generosa caridad de estos desposados, pues faltándoles su caudal para lo posible, les sobra el ánimo para lo generoso. Gran disposición ésta para haber de hospedar a Jesús y sentarle a su mesa, para merecer sus misericordias; reálzase más el mérito cuando tenían menos experiencia de las mara-

villas de Cristo: no le habían visto aún obrar milagro alguno, pero merecieron que comenzase.

Advierte que si has de hospedar hoy en tu casa y en tu pecho al mismo Jesús, tu Señor y todo tu remedio, Esposo y convidado a las bodas de tu alma, que es preciso disponerte con otras tantas virtudes como éstas, y sea la primera una viva fe, sígala una ardiente caridad, con una segura confianza que le convide a obrar iguales maravillas.

Punto 2º Pero es mucho de considerar cómo falta el vino a lo mejor del convite, y en él la significada alegría, ordinario azar de los mundanos placeres; desaparecer en un momento dejando con la miel en los labios y con la hiel en el corazón, y no hacen más que brindar con el vino para llenar de veneno; acuden desengañados éstos de Caná a procurar los gustos del Cielo, que son verdaderos y duraderos; ponen por medianera a la Madre, gran arbitrio para asegurar las misericordias de su Hijo; no se dice gastasen tiempo ni palabras en representar su necesidad a esta Señora, que como tan piadosa bástala el conocerla; acudieron ellos a María, y María a Jesús, que es el orden del divino despacho.

Hoy, alma, con el mismo desengaño y no menor experiencia, acude en busca del celestial consuelo, que la fuente de él aquí mana en el Altar; y sobre ser el mejor vino, tiene la excelencia de perenne, y aunque parece nuevo, es eterno. Deja los falsos contentos de la tierra, antes que ellos te hayan de dejar; mira que a lo mejor desaparecen y sólo Dios permanece; ellos no hartan, este divino manjar es el que satisface.

Punto 3º Compasivo el Señor siempre, y ahora obligado de la súplica de su Madre, da tan presto principio a sus divinas maravillas, como a los humanos remedios; convierte el agua en vino, esto es, los sinsabores de la tierra en consuelos del Cielo; fue generoso el licor, como símbolo de este Divino Sacramento y don de tan generosa mano, que dádivas de Dios siempre fueron cumplidas; comienzan unos y otros a lograrle y juntamente a celebrarle, sin que se desperdicie una gota; todos le gustan y todos se maravillan, quedando muy satisfechos del convite con tan buen dejo.

Pondera cuánto más milagroso favor obra hoy el Señor con los convidados a su mesa, y cuánto es más precioso su sabor; gusta y verás cuánto más regalado es este vino con que hoy te brinda; aquél fue obra de su omnipotencia, éste de su infinito amor; allí, para sacar aquel vino, abrió el Señor su mano poderosa, pero aquí rasgó su pecho; allí llenaron primero las hidrias de agua, aquí has de llenar de lágrimas tu lecho. Si tanto estimó la esposa el haberla introducido el Rey en la oficina de sus vinos, que son los divinos consuelos, ¿cuánto más debes tú hoy reconocer el favor de haberte franqueado los perennes manantiales de su sangre? Llegad, almas carísimas, con sed y bebed hasta embriagaros del divino amor, y di tú con el architriclinos: «¡Oh, quién hubiera logrado mucho antes esta mesa! ¡Oh, quién hubiera frecuentado desde el principio de su vida, y muchas veces, este Divinísimo Sacramento!»

Punto 4º Fueron efectos de tan excelente vino, agradecidos afectos a su Autor. Luego que supieron el prodigio, lo publicaron; mas los desposados, viéndose tan imposibilitados al desempeño como obligados del favor, correspondieron con repetidos agradecimientos a Cristo y a los demás con aplausos y con razón, que un tan generoso vino, que produce lilios castos, debía ser pregonado en la tierra y en el Cielo. Entre todos, la inventora de la pureza dio las gracias por todos, recambiando los rayos de leche purísima, que ministró a su hijo, en la preciosidad de tan puros raudales que hoy recibió.

Almas, suplicad a esta Señora os ayude al desempeño de tan aventajados favores, en adelantados agradecimientos, que al mayor de los prodigios, en gracia y en fineza, no se cumple sino con singulares alabanzas. ¡Oh, si correspondiesen las gracias a la gracia! Que si aquél fue el primero de las señales de Cristo, éste fue el sello de sus finezas y el triunfo de su amor.

Meditación XXXVII

PARA RECIBIR AL NIÑO JESÚS PERDIDO Y HALLADO EN EL TEMPLO

Punto 1º Meditarás qué afligida se hallaría hoy tal Madre sin tal Hijo, tan desconsolada cuan sola; la misma soledad duplica el sentimiento, pues falta quien ha de ser el consuelo de todas las demás pérdidas; no puede reposar, que sin Jesús no hay centro; no admite consuelo, que no hay con qué suplir faltas de Dios; dicen que ojos que no ven no quebrantan el corazón; aquí sí, porque no ven; fuentes son de agua sus ojos, porque les falta su lumbre; arroja tiernos suspiros, reclamos del ausente Dios; conoce bien lo mucho que ha perdido y así pone tanta diligencia en buscarlo.

Pondera tú, alma mía, que si el perder a Jesús sólo de vista causa tal sentimiento en su Madre, ¿qué dolor será bastante al perderle de gracia? Y cuando no sea tanta tu desdicha, llora el habérsete ausentado por tibieza; parte luego a buscarle con alas de deseos, llámale con suspiros, cuéstete siquiera una lágrima el hallarle, y si no comió la Virgen ni durmió hasta hallarle, cómetele tú en hallándole, y duerme en santa contemplación.

Punto 2º Sale la Virgen en busca de su Dios Hijo, tan deseado cuan amado; no le busca como la esposa en el lecho de su descanso, sino entre la mirra primera; gimiendo va la solitaria tortolilla en busca de su bien ausente; su voz se ha oído en nuestra tierra, que llegó el tiempo de la mortificación; balando va la cándida cordera, preguntando por el Corderito de Dios, que ya otra vez quiso tragarle Herodes, lobo carnicero; pregunta a los parientes y conocidos, que ellos debieran saber de él; acude al templo y lo acierta, que es seguro haber de hallar un buen Hijo en casa de su buen Padre.

Aprende, alma, esta disciplina, y el modo de hallar a Dios; no le toparás en el ruido de las calles, menos en el bullicio de las plazas; no entre mundanos amigos ni parientes, sino en el templo, que es casa de oración; sea la iglesia tu centro, búscale en los sagrarios, que allí le tiene encarcelado el

amor; cuéstente lágrimas los gozos y penas los consuelos; llámale con suspiros y lograrás sus favores.

Punto 3º Entra la Virgen en el Templo y descubre en medio de los doctores la Sabiduría del Padre; fue su contento desquite de su dolor. ¡Bienaventurados los que lloran, pues son tan consolados después! Enjugó lágrimas de la aurora el amanecido Sol; serenóse aquel diluvio de llanto al aparecer el arco de paz, que es grande el gozo de hallar a Dios en quien le desea, al paso que le conoce. ¡Qué abrazos le daría, cómo le apretaría en su seno, diciendo con la esposa: «Hacecito de mirra fue mi amado, cuando perdido; ya es manojito de flores, hallado; entre mis pechos permanecerá!» Tres días le costó de hallar y en ellos tres mil suspiros, lágrimas y diligencias, oraciones y dolores, para que estimase más el hallado tesoro.

Advierte, alma, que no te cuesta a ti tanto el hallar este Señor, pues siempre que quieres le tienes siempre en el Altar; mira qué a mano y qué a boca, pero no querría que esa misma facilidad en hallarle fuese ocasión de no estimarle, no digo ya perderle; recíbele hoy con los afectos y ternuras que su Santísima Madre; sella en él tus labios, que no sólo se te permite que le adores, sino que le comas; no sólo que le abraces, sino que te le tragues; guárdale en tu pecho y enciérrale dentro de él; repite con la esposa: «Manojito de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos morará, ya del entendimiento, ya de la voluntad, aquél contemplándole e inflamándose ésta.»

Punto 4º Fue siempre la Virgen Madre tan agradecida cuan graciosa: volvería a entonar a Dios otro cántico nuevo, por haberla vuelto de nuevo su amado Jesús; vino en alas de un corazón afectuoso, volvería en pasos de una garganta agradecida, celebrando las misericordias del Señor; congratularíase con los ángeles de dichosa, por haber hallado la gracia de las gracias, y la fuente de todas ellas. ¡Cómo guardaría su Niño Dios en adelante, nunca perdiéndole de vista, previniendo con agradecimientos los riesgos de volverle a perder!

¡Oh, alma mía!, tú que has hallado hoy en el Altar este mismo Señor, asistido de almas puras, alternadas con los ánge-

les, rodeado de sabios querubines, en vez de los doctores; tú que te hallas con el Niño Dios dentro de tu pecho ¿qué cánticos deberías entonar? ¿Qué gracias rendir? Conózcase en tu agradecimiento la estimación del hallazgo; no seas desagradecida si no quieres ser desgraciada; mira no le pierdas otra vez, con riesgo de perderle para siempre; guárdale dentro de tu corazón, pues es todo tu tesoro; mira no abras puerta a las culpas, que te le robarán.

Meditación XXXVIII

DEL CONVITE EN QUE SIRVIERON LOS ÁNGELES AL SEÑOR EN EL DESIERTO, APLICADO AL SACRAMENTO

Punto 1º Considera cómo se retira Cristo, nuestro bien, del bullicio del mundo, para vacar a su Eterno Padre: ayuna cuarenta días, enseñándonos a hermanar la mortificación con la oración, las dos alas para volar al reino de Dios; lo que carece el cuerpo de comida se sacia el espíritu de los divinos consuelos. Pero ¡qué buena preparación toda ésta, de oración y ayuno, desierto y cielo, aspereza y contemplación, para merecer el regalo que le envía su Eterno Padre! Los ángeles le traen a los que como ángeles viven.

Aprende, alma, lo que tu Divino Maestro obrando te enseña; menester es disponerte, con esta prevención de virtudes, para sentarte a la mesa de sus delicias; huye de los hombres para que te favorezcan los ángeles; sea tu conversación en el Cielo, pues te alimentas del pan de allá; prívate de los manjares terrenos, y así gustarás más del celestial. Saca un gran cariño al retiro, a la oración, a la mortificación, a la aspereza de vida, y lograrás con gusto este divino banquete.

Punto 2º Pero no sólo precedió el ayuno de tantos días al regalo del Cielo, sino el haber conseguido tres ilustres victorias, de los tres mayores enemigos, enseñándonos a vencer antes de comulgar; preceda la victoria al triunfo, quede vencida la carne en sus comidas, el mundo en sus riquezas y el demonio en sus soberbias; triunfe toda nuestra vida del deleite, del

interés y de la soberbia. No admitió el Señor el falso convite del demonio, y por eso logró el que le sirvieron los ángeles: aquél le ofrecía piedras por pan, y éstos le presentan pan por piedras. Siéntese a la mesa del Rey el que venció reyes.

Considérate hoy convidado en el desierto de este mundo al pan del Cielo; a la mesa del Rey te has de sentar, mira si has vencido reyes, los vicios que en ti reinaban; no llegues con los hierros de cautivo a la mesa de la libertad de Hijo de Dios. Quien ha de comer con Dios, y al mismo Dios, no ha de llegar ahíto de las comidas del mundo, que no gustarás del pan de los ángeles si llegas empachado de las piedras de Satanás.

Punto 3º Sintió hambre como hombre el Hijo de Dios, pero el Eterno Padre, que envió a su profeta un pan con un cuervo, hoy envía a su Hijo muy amado la comida con sus alados ministros; qué manjar fuese éste no se dice, quédese a tu contemplación; lo cierto es que no faltaría pan donde intervenían ángeles, y que con un Hijo hambriento y tan amado, mucho se aventajaría este Divino Padre al del pródigo. Pero por regalada que fuese aquella comida de los ángeles, no llegaría a la que hoy te ofrece a ti el mismo Señor de ellos; convidado te tiene, y Él mismo se te da en manjar.

Pondera con qué gozo te sentarás al lado del Señor en el desierto, con qué gusto comieras de aquel pan venido del Cielo; pues aviva la fe, y entiende que aquí tienes el mismo Señor, con Él comes, y le comes; Él es el que te convida y el convite. ¡Oh, si le comieses tan hambriento como lo está el Señor de tu corazón! Mira que es regalo del Cielo; cómele con apetito de allá; come como ángel, pues los ángeles te sirven y te envidian.

Punto 4º Dio el Señor gracias de hijo al que se le había mostrado tan buen Padre, eternas como a eterno, y cumplidas como a tan liberal; levantaría los ojos como otras veces al Cielo, y realzando los del alma, los fijaría en aquellas liberales manos de su Padre; celebrando el querer con el poder, reconocería el entendimiento estimaciones, y lograría la voluntad continuos afectos. Entonaría himnos, que proseguirían los coros angélicos, empleando todas sus fuerzas y potencias en agradecer el bien que todas habían participado.

Imita, ¡oh, alma mía!, a este Señor, en dar gracias; pues en recibir favores, agradece al Eterno Padre el haberte tratado como a hijo. ¿Qué mucho resuenen cánticos de alabanza en una boca de quien el Verbo Eterno fue manjar? Regüelde tu corazón una buena palabra, y hablen tus labios de la abundancia de tu corazón; conózcase en todas tus potencias el vigor que han cobrado con este divino manjar.

Meditación XXXIX

PARA RECIBIR AL SEÑOR CON EL TRIUNFO DE LAS PALMAS

Punto 1º Atiende cómo salen los humildes a recibir el humilde Jesús; los pobres al pobre, los niños al pequeño y los mansos al cordero. Salen con ramos de olivo pronosticando la paz, y con palmas la victoria. No salen los ricos detenidos con grillos de oro, no los soberbios que adoran al ídolo de su vanidad, ni los regalados cuyo dios es su vientre; así que los humildes son los que se llevan la palma, y aun el Cielo: tienden las capas por el suelo para que pase el Señor, que de ordinario más dan a Dios en el pobre los que menos tienen, y al mundo los que más. Colma el Señor su alabanza de las voces de los niños, que con la leche en los labios dicen la verdad, muy lejos de la lisonja; de suerte que todo este triunfo de Cristo se compone de humildad, pobreza, inocencia, candidez y verdad.

¡Oh, tú, alma, que has de recibir al mismo Señor en tu pecho! Mira que sea con triunfo de virtudes, que no hay disposición más conveniente que la humildad de los Apóstoles, la llaneza de una plebe, la mansedumbre de un bruto, la inocencia de unos niños, la pobreza de unos pescadores, para la llaneza de un humanado Dios.

Punto 2º «¿Quién es éste que entra con tan ruidoso séquito?», preguntan los soberbios; y responden los humildes, que le conocen mejor: «Éste es Jesús, el de Nazaret.» Harto responden con decir salvador y florido, pero responda el Real Profeta, y diga: «Éste que viene sentado en un jumentillo es el entronizado sobre las plumas de los querubines.»

Responda la esposa: «Este blanco con su inocencia y colorado con su caridad es el escogido entre millares.» Diga Pablo: «Éste que cortejan los pueblos es el adorado de los coros angélicos.» Hable Isaías: «Éste que va rodeado de infantes es el Dios de los Ejércitos.»

Mas, ¡oh, tú, alma!, pregunta: «¿Quién es este Señor que hoy se entra por los senos de mi pecho, triunfando de mi corazón?» Oye cómo te responde la fe: «Éste que viene encerrado en una Hostia es aquel inmenso Dios que no cabe en el universo; éste que viene bajo los velos de los accidentes es el espejo en quien se mira el Padre; éste que adoran tus potencias es el que cortejan las aladas jerarquías.» Si los pueblos sin conocerle así le cortejan, si los niños le aclaman, tú que le conoces, ¿con qué aparato le debes recibir? ¿Con qué pompa colocar en el trono de tu corazón?

Punto 3º Conmuévese toda la ciudad, admirando unos el triunfo y festejándole otros; conmuévase todo tu interior, el entendimiento admire y la voluntad arda; llénese tu corazón de gozo, y tus entrañas de ternura; dé voces la lengua y aplaudan las manos; si allí arrojan las capas por el suelo, tiéndanse aquí las telas del corazón; aquéllos tremolan palmas coronadas, levanta tú palmas victoriosas de tus rendidas pasiones, ramos de la paz interior; dejan los infantes tiernos los pechos de sus madres, y con lenguas balbucientes festejan a su Creador; renuncia tú los pechos de tu madrastra la tierra y emplea tus labios en cantar, diciendo: «Bendito seas, Rey mío y Señor mío, que venís triunfando en nombre del Señor; seáis tan bien llegado a mis entrañas, cuan deseado de mi corazón; triunfad de mi alma y todas sus potencias consagrándolas de hoy más a vuestro aplauso y obsequio.»

Punto 4º Mas, ¡ay!, que después de tan aclamado Cristo de todos, de ninguno fue recibido, no se halló quien le ofreciese ni un rincón de su casa, ni un bocado de su mesa: todo el aplauso paró en voces, no llegó a las obras. Desamparáronle en la necesidad los que le asistieron en el triunfo; en un instante no pareció ni un solo niño, que así desaparecen en un punto los humanos favores. Solo está el Señor en la casa de su Padre, que siempre está patente a sus hijos.

¡Oh, qué buena ocasión ésta, alma mía, para llegar tú y ofrecerle tu pobre morada! Recibístele con aplauso, cortéjale con perseverancia, ofrécele tu casa, que como tan gran Rey él pondrá la comida y te sentará a su lado, y en vez de la leche de niño que dejaste, te brindará con el vino de los varones fuertes; la boca que se cerró a los deleites profanos ábrase a las alabanzas divinas; prosiga la lengua que le come en ensalzarle, y corresponda al gusto el justo agradecimiento; no seas tú de aquellos que hoy le reciben con triunfo y mañana le sacan a crucificar.

Meditación XL

CARÉASE LA BUENA DISPOSICIÓN DE JUAN Y LA MALA DE JUDAS EN LA CENA DEL SEÑOR

Punto 1º Meditarás cuán mal dispuesto llega Judas a la Sagrada Comunión, y cuán bien preparado Juan; infiel aquél y traidor, revolvióle las entrañas la comida; amado Juan y fiel discípulo, sosiégala en el pecho de su maestro. Ciego aquél de su codicia, trata vender el pan de los ángeles a los demonios; atento Juan, y con ojos de águila, le guarda contemplándole en el mejor seno; trueca Judas la comida, recambiando el más divino favor en el más inhumano desagradecimiento; reposa Juan recostado en el pecho de su Maestro.

Pondera cuántas veces has llegado tú a la Sagrada Comunión como Judas, cuán pocas como Juan. ¡Qué aficionado a los bienes terrenos, qué perdido por los viles deleites! Con la traición en el cuerpo, de trocar por un vil interés, por una infame venganza, por un sucio deleite, la riqueza de los Cielos, el Cordero de Dios, la alegría de los ángeles. Escarmienta en adelante y procura llegar, no como Judas alevoso, sino como Juan, estimador de los divinos favores, logrando dichas y gozando premios.

Punto 2º Salió Judas la puerta afuera, en habiendo encerrado el Cordero de Dios en sus despiadadas entrañas; trueca un cielo por un infierno; no reposa como Juan, que no hay

descanso en las culpas. Hecho, pues, de discípulo regalado del Señor, adalid de sus contrarios, sale de entre los mayores amigos y vase a los enemigos, tan a los extremos llega el que cae de un tan alto puesto. «¿Qué me queréis dar por aquel hombre, les dice, que por bien poco os le venderé? Dadme lo que quisiereis y será vuestro.» Y responderíanle los enemigos: «Para lo que él vale, por cualquier precio es caro.»

Pondera ahora el increíble desprecio que hacen los pecadores de Dios; qué poco estiman lo que más vale; prefieren un vil deleite, que ya es mucho un Barrabás, y esto sucede cada día. Imagina tú, alma, que acercándote a Judas, le dices: «Véndemele a mí, traidor, que yo te le pagaré con el alma y con la vida, yo te daré cuanto hay y cuanto soy, porque es mi Dios y todas mis cosas, yo conozco lo que vale, y cuánto me importa.» Cómprale, alma, por cualquier precio, y cómele como pan comprado, que es más sabroso, o como hurtado, que es más dulce; mas, ¡ay!, que no tienes que comprarle, que de balde se te da; venid y comprad sin plata el manjar que no tiene precio, pero mira que no le vendas tú a precio de tus gustos; no vuelvas al vómito de tus pecados.

Punto 3º Carea ahora la infinita bondad del Salvador con la mayor iniquidad de Judas, su benignidad con la ingratitud, su mansedumbre con la fiereza. Llega Judas al huerto, si antes de flores, ya de espinas, hecho adalid de los verdugos, y entre los malos el peor; vase acercando a Cristo con el cuerpo, cuando apartándose más con el espíritu, y muy descarado, sella en el divino rostro sus inmundos labios. ¡Oh, mal empleada mejilla, que desean mirar los ángeles! No le huye el rostro quien se le entregó ya en comida; no le asquea la boca quien se depositó en sus entrañas, antes con el agrado de un cordero le llama amigo; bastara a enternecer un diamante y había para humanar un tigre, mas ¡oh, dureza de un pecador obstinado! «Amigo, dice, ¿a qué viniste?» No supo ni tuvo qué responderle Judas.

Respóndele tú cuando llegas a comulgar, advierte cómo te pregunta: «Amigo, ¿a qué vienes, a recibirme o a venderme? ¿Vienes como el querido Juan o como el traidor Judas?» ¿Qué le respondes tú? ¿Qué te dice la conciencia? Considera

que el mismo Señor tienes aquí en la Hostia que allí en el huerto, y no sólo llegas a besarle, sino a recibirle y a comértele. Mira no llegues enemigo, sino afectuoso; no a prenderle, sino a aprisionarle en tu corazón; no a echarle la soga al cuello y a las manos, sino las vendas del amor. Saca llegar con una reverencia amorosa, y con un gozo fiel a recibir y llevarte este mansísimo Cordero.

Punto 4º No dio gracias después de la Santa Cena el que comió sacrílegamente. ¿Cómo había de ser agradecido un fingido? Vendió el pan de los amigos a sus mayores enemigos, que fue echarlo a los perros rabiosos, la margarita más preciosa a los más inmundos brutos. Pero es de ponderar en qué paró. Él mismo se dio el castigo, siendo verdugo de su cuerpo el que lo fue de su alma. Sacó la muerte del pan de vida. Echó aquellas impuras entrañas en castigo de su sacrílega Comunión.

Considera el primero que comulgó indignamente cómo fue castigado. Pagólo con ambas vidas. Sea, pues, su castigo tu escarmiento. Procura ser agradecido para ser perdonado; desanúdese tu garganta a las alabanzas debidas; no sea lazo de suspensión labios que se sellaron en el carrillo de Cristo, con verdaderas señas de paz. Despliéguense en cánticos de agradecida devoción en el día que comulgas; no des luego la puerta afuera con el Señor en el pecho, como Judas; sosiégate en la contemplación, como el discípulo amado.

Meditación XLI

PARA COMULGAR EN ALGÚN PASO DE LA SAGRADA PASIÓN

Punto 1º Considera cómo Cristo Nuestro Señor, en aquella memorable noche de su partida, cariñoso de quedarse con los hombres y deseoso de perpetuar la memoria de su Pasión, halló modo para cumplir con su memoria y con su afecto; eternizó, pues, su amor y su dolor en este maravilloso Sacramento, para que fuese centro de sus finezas y memorial de su Pasión. Encarga, pues, a todos los que le reciben que

renueven la memoria de lo que nos amó y juntamente de lo que padeció.

Llega, pues, ¡oh, tú, que has de comulgar!, y recibe a tu Dios y Señor Sacramentado entre finezas y dolores; gustale sazonado entre sus sinsabores para tu mayor sabor, dulcísimo entre amarguras, entre penas más gustoso, y cuanto por ti más envilecido, tanto de ti más amado. Contémplale en algún paso de su Sagrada Pasión, y recíbele, ya regando el huerto con su sangre y tu alma con su gracia, ya preso, maniatado con las sogas crueles del odio, sobre los estrechos lazos del amor; ya como flor del campo ajada, sonroseado a bofetadas su divino rostro, porque campeen más las rosas de sus mejillas a par de las espinas de su cabeza. Contémplale tal vez amarrado a una columna, hecho un *non plus ultra* del amar y padecer, abierto a azotes su cuerpo y que mana un tal diluvio de sangre de la cruda tempestad de tus culpas; ya escarnecido de los hombres, el deseado de los ángeles; empañado con sucias salivas, el espejo sin mancilla, en quien se mira y se complace su Eterno Padre; ya llevando sobre sus hombros el leño, cual otro Isaac la leña al sacrificio; finalmente levantado en una cruz, con los brazos siempre abiertos para el perdón y clavados para el castigo; fijos los pies para esperarte a pie quedo e inclinando la cabeza para llamarte continuamente. De este modo, cuando comulgares, harás conmemoración tierna de su Pasión acerba con tu compasión afectuosa.

Punto 2º Aviva, pues, tu fe, y levanta tu contemplación, que el mismo Dios y Señor, real y verdaderamente, que estaba allí padeciendo en aquel paso que meditas, Él mismo en persona está aquí en el Sacramento que recibes; el mismo Jesús, tu bien, que estaba en el Calvario, le encierras en tu pecho. Considera, pues, si te hallaras allí presente con la fe que ahora tienes, con el conocimiento que alcanzas, en la ocasión que meditas, en el paso que contemplas, ¡con qué afecto te llegaras a tu Señor, aunque fuera rompiendo por medio de aquellos inhumanos verdugos! ¡Con qué ternura le hablaras! ¡Qué razones le dijeras! ¡Cómo le abrazaras! ¡Cómo te compadecieras de lo que padecía Él, y por ti! Acogiérasle en

tu regazo y te le llevaras hurtándole a la fiereza de los tormentos, y restituyéndole al descanso de tus entrañas.

¡Oh, alma!, pues sabes, como lo crees, que este Señor es el mismo que aquél, haz aquí lo mismo que allí hicieras: mira que aún llegas a tiempo. Imagina cuando comulgas que llegas al Huerto y que le enjugas el copioso sudor sangriento con las telas de tu corazón, que te acercas a la columna y le desatas para enlazarle en tus brazos y curarle las heridas, poniendo en cada una un pedazo de tu corazón; haz cuenta que le aprietas en tu seno coronado, aunque te espines, y que le sientas en el trono de tu pecho, que le trasladas de los brazos de la Cruz, donde con tanto afán pende, a tus entrañas, donde descanse. Comulga una vez en el Huerto y otra en la Columna; hoy en la calle de la Amargura y mañana en el Calvario, avivando con la fe tu devoción.

Punto 3º ¡Oh, cuánto hubieras apreciado el haber asistido a todos aquellos lastimeros trances de tu redención! ¡Oh, cómo hubieras logrado tu dicha, aunque penosa, de haberte hallado presente en todas aquellas ocasiones en que padecía el Señor! ¡Oh, quién se hubiera hallado, repites muchas veces, con el afecto que ahora tengo en aquellos doloridos pasos de la Pasión! Pues advierte que no llegas tarde, aun vienes a sazón; aquí tienes al mismo Señor que allí sufría, y si no padeciendo los dolores, representándolos para que tú te compadezcas. Y si allí cuando le vieras con la vestidura blanca, llamándole todos el amante, tú dijeras: «No es sino mi amante.» Y cuando al pie de la columna caído, revolcándose en la balsa de su sangre, alargaras tus dos manos para ayudarle a levantar, cuando los demás a caer; si oyeras decir al presidente en un balcón: «He aquí el Hombre», gritaras tú, diciendo: «Mi bien es, mi Esposo, mi Amado, mi Creador y Señor.» Y cuando nadie le quería y todos le trocaban por Barrabás, tú exclamaras y dijeras: «Yo le quiero, yo le deseo, dádmele a mí, que mío es, mi Dios y todas mis cosas.»

Pondera que si esto hicieras entonces, y así estimaras tu suerte, logra y agradece hoy haber llegado a la Sagrada Comunión; que si entonces dieras gracias por haberle recibido lastimado entre tus brazos, ríndelas mayores de haberle meti-

do dentro de tu pecho, Sacramentado; si tuvieras a gran favor llegar fervoroso a adorar aquellas llagas, reconócelo aventajado en haber llegado a comértelas; estima, ya que no haber acogido en tus brazos aquel hacecito de mirra, sí de medio a medio en tus entrañas, no sólo apegado al pecho, sino dentro de él y muy unido con tu corazón. De este modo puedes llegar a comulgar, recibiendo al Señor, un día en un paso de la Pasión, y otro día en el otro; ya preso, ya azotado, escupido, coronado, escarnecido, clavado, ahelcado, muerto y sepultado en el sepulcro nuevo de tu pecho.

Meditación XLII

PARA COMULGAR CON LA LICENCIA DE SANTO TOMÁS, DE TOCAR EL COSTADO DE CRISTO

Punto 1.º Advierte cómo este Apóstol, por su singularidad, perdió el favor divino hecho a toda la comunidad, que quien se aparta de la compañía de los buenos suele quedarse muy a solas. Entibióse en la fe y resfrióse en la caridad; pasó luego de tibio a incrédulo, que quien no sube de virtud en virtud va luego rodando de culpa en culpa. Cegó Tomás en el alma porque no vio el Sol resucitado entre los arreboles de sus vistosas llagas. Nególas en su Maestro y abriólas en sí mismo; buscaba consuelo a su corta dicha, en su corta fe de no haber gozado de la visita del Señor, en la obstinación de negarle resucitado. ¡Qué mala disposición ésta para obligar a Cristo repita sus favores! Poco lisonjea las llagas quien así renueva los dolores, no advirtiendo que más las abre cuanto más las niega.

¡Oh, alma mía, cómo compite con la de Tomás tu tibieza, y ojalá no la excediese! ¡Qué mala preparación la tuya para merecer hoy la visita del Señor, si allí resucitado, aquí sacramentado! Cuando los demás gozan de los frutos de la paz, tú te quedas en la guerra del espíritu. Aviva tu fe, alienta tu esperanza, enciende la caridad en la fervorosa oración.

Punto 2º Compasivo el Señor, si incrédulo Tomás, al

cabo de ocho días de prueba, para purificar sus deseos, dígnase de favorecerle en compañía ya de sus hermanos, que poco importa estén cerradas las puertas del cenáculo cuando las de sus llagas están tan abiertas y su costado de par en par. Métese en medio de los Apóstoles, como centro donde han de ir a parar sus corazones; fijó los ojos en Tomás, que fue abrirle los del alma; mándale que se acerque, pues por estar tan lejos de su divino calor tenía tan helado su espíritu; dícele alargue su mano, señal que no le había dejado del todo de la suya. «Mete el dedo, le insta, en este costado y haz la prueba, hasta llegar al corazón, que él con su fuego deshará el hielo de tu tibieza.» Pondera la gran misericordia del Redentor, que por salvar un alma recibiera de nuevo las heridas, y hoy, por curar un Apóstol, las renueva; a Tomás, helado, las franquea, cuando a la Magdalena, fervorosa, las retira, que son para los flacos las blanduras cuanto para los fuertes las pruebas.

Advierte, alma, que al mismo Cristo gloriosamente llagado tienes dentro de esta Hostia; oye lo que te dice: «Acércate a mí, recíbeme y tócame, no ya con los dedos, sino con tus labios; no con la mano grosera, sino con tu lengua cortés, con tu corazón amartelado; pruebe tu paladar a qué saben estas llagas; pega esos labios sedientos a la fuente de este costado abierto; apáguese la sed de tus deseos en este manantial de consuelos.» Aviva tu fe y estima tu dicha, que si Tomás llegó a meter el dedo en el costado del Señor, aquí todo Cristo se mete dentro de tu pecho; no pierdas ocasión, tócale todas sus llagas, estimando tan aventajados favores.

Punto 3º En tocando Tomás la piedra, Cristo, con el hierro de su incredulidad, saltó fuego al corazón y luz a los ojos: abrió los del cuerpo para ver las llagas y los del alma para confesar la divinidad. Viendo a Cristo hecho llagas por su remedio, él se hace bocas en su confesión, y exclamando, dice: «Señor mío y Dios mío, yo me rindo; conquistado me habéis el corazón con vuestras heridas, y digo que Vos sois mi Señor, mi Dios, mi Rey, mi bien y todo mi contento. Dios mío y todas mis cosas, que en Vos se encierra todo.»

Pondera ahora que si Tomás con sólo tocar la llaga del cos-

tado del Señor quedó contento, mudado y fervoroso, tú, que le has tocado todo cuanto le has recibido, ¿qué fervoroso y cuán trocado habrías de quedar, todo metido en Dios, pues todo Dios metido en ti?; confiésale por tu Señor, tu Dios, tu Creador, tu Redentor, tu principio, medio y fin; todo tu bien y único centro de tus deseos.

Punto 4º ¡Qué de buen gusto y qué de veces volviera Tomás a gozar de aquellas vistosas llagas, si le fuera concedido! ¡Qué sediento repitiera aquellas perennes fuentes del consuelo y del amor!

Alma, este singular favor para ti se guarda; frecuenta esta Sagrada Comunión hoy y mañana, y cada día te está esperando el Señor; así quieras ser dichosa como puedes. Quedó Tomás singularmente agradecido a tan singular misericordia; ya el que contradecía a todos, incrédulo, confiesa con todos, fiel; pídeles le ayuden a agradecer, como antes a creer; propone de confesar hasta morir, aunque sea con tantas heridas como ha adorado llagas. Procura tú ser agradecido con Tomás, y tú más, cuanto más obligado; hazte bocas en alabarle, así como en recibirle, y a un Señor que te ha abierto su costado y sus entrañas de par en par, despliega tú esos labios, salga tu corazón deshecho, ya por la boca en aplausos, ya por los ojos en ternuras.

Meditación XLIII

DEL CONVITE DE LOS DOS DISCÍPULOS DE EMAÚS, PARA RECIBIR AL SEÑOR COMO PEREGRINO

Punto 1º Contemplarás cómo estos dos discípulos, aunque dudosamente congregados en el nombre del Señor, luego se tiene en medio, que la conversación de Dios es el reclamo que le trae. Iban hablando de su Pasión, y así luego le tiraron a su conversación, la música más suave que le pueden dar las cítaras del Cielo. ¡Qué mal dispuestos los halla para comunicarles sus favores, muy alejados de Sí! Pero el Señor, compadecido, se les acerca; ellos huyen y Él los busca; míralos resfriados en la

fe, descaecidos en la esperanza, tibios en la caridad, pero con sus palabras de vida les va calentando los corazones, alentándoles su desconfianza o infundiéndoles nueva vida.

Advierte, alma, que el mismo Señor encuentras hoy en el camino de tu muerta vida; si allí peregrino, aquí milagroso; si allí con el disfraz de una esclavina, aquí de los accidentes de pan; si allí de paso, aquí de asiento. ¡Qué desalentada procedes en el camino de la virtud, qué tibia en el servicio de Dios! Llégate, pues, a este Señor en la oración, para que a los golpes de sus inspiraciones se encienda en tu pecho el fuego de la devoción; habla de Dios el día que con Dios; boca que ha de hospedar a Jesús no ha de tomar en sí otra cosa; no hable palabra que no sea de Dios, la que ha de recibir la palabra divina, y con saliva virgen llegue a gustar el pan y vino que engendran vírgenes.

Punto 2º Vanse acercando al castillo de Emaús, término de su fuga: hace el Señor amago de pasar adelante, cuando más gusta quedar; quiere que a deseos le detengan y con ruegos le obliguen; el que se introdujo a los principios voluntario, quiere ser rogado en los progresos de la virtud, como la madre que empeña al niño en el andar, dejándole solo para que pierda el miedo; viéndole ellos tan humano, cuando más divino, pídenle se detenga; no le convidan al uso del mundo por cumplir, sino con instancias para alcanzar; respóndeles que ha de ir lejos, que en apartándose de un alma mucho se aleja; la distancia que hay de la culpa a Dios.

Alerta, alma, que pasa el Divino Esposo a otras más dichosas, porque más fervorosas: menester es rogarle, lo que importa el detenerle. Si estos discípulos, sin conocerle, así le estiman, tú, que sabes quién es por la fe, procura agasajarle; ellos le imaginan extraño, tú le conoces propio; ruégale que entre no sólo contigo bajo un techo, sino dentro de tu mismo pecho; convídale, que al cabo será todo a costa suya, pues él pondrá la comida y tú las ganas, logrando la vida eterna.

Punto 3º Fácilmente condescendió el Señor, que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres; siéntanse a la mesa y Cristo en medio, igualándolos en el gozo y en el favor; pónenle el pan en las manos, con grande acierto, pues

siempre se logró en ellas; levantaría los ojos al cielo, para que fuese pan con ojos y divinos, y al partir de él, ellos abrieron los suyos y le conocieron Maestro, mas al mismo punto desapareció, que es en esta vida relámpago el que en la eterna Sol de luz y de consuelo; dejólos con la dulzura en los labios, quedando el milagroso pan por sustituto en su ausencia; dejólos envidiosos de la dicha de haberle conocido antes y deseosos de haberle gozado y adorádole sus gloriosas llagas, apretádole aquellos pies. ¡Oh, qué abrazos se prometían haberle dado si le hubieran conocido!

Advierte que el mismo Señor, real y verdaderamente, tienes tú aquí en la mesa del Altar; partiendo está y repartiendo el pan del cielo; no tardes en reconocer tu dicha, que cuando recuerdes será tarde y quedarás apesarado de no haberla logrado antes: llégate al Señor, que no se te irá como a los discípulos, porque le tiene el amor aprisionado. Goza de su divina y corporal presencia, adora aquellos traspasados pies, besa aquellas gloriosamente hermosas llagas; a ti te espera, por ti se detiene, tiempo y lugar te da, para que le contemples, y le ames y le comas.

Punto 4º Quedaron ambos discípulos entre penados y gozosos, alternando su dicha de haber visto a su Maestro con el sentimiento de haberle tan presto perdido; antes ido, decían, que conocido; ponderaban con estimación el favor que les había hecho y repetían las lecciones que les había enseñado; ardieron sus corazones en amor al ir y las lenguas en el agradecimiento al volver; volverían a referir con formales palabras lo que les había dicho, y ponderaban su eficacia y sus acciones; sobre todo el celestial agrado de su semblante; dábanse el uno al otro las norabuenas de su dicha, y al Señor las gracias de su misericordia; no acertarían a hablar de otro por muchos días, y aun por el mismo camino irían reconociendo las huellas de su Maestro, siguiendo las de su Santa Ley. Volvieron a donde estaban los Apóstoles, diciéndoles parte de su dicha, y renovaron su fruición.

Aprende, alma, a dar gracias a tu Divino Maestro el día que te sientas a su mesa; abre tus labios a las alabanzas, así como los ojos al conocimiento; mira que no le debas a tu ti-

bieza la dicha de haberle conocido antes; no habrías de hablar de otro en muchos días, yendo y viniendo tu lengua al sabor de tu muela, al gusto de tu paladar.

Meditación XLIV

PARA RECIBIR AL SEÑOR CON LA MAGDALENA, COMO A HORTELANO DE TU ALMA

Punto 1º Meditarás qué ansiosa madruga la Magdalena en busca de un Sol eclipsado. Apoderóse de ella el amor, y así no la deja reposar; fuera está de sí, toda en su Jesús amado, que no está donde anima, sino donde ama. Deja presto el lecho la más diligente esposa. Pero ¿qué mucho se le impida el dormir a quien no se le permite el vivir? No se quieta en ninguna criatura fuera del centro de su Criador; mas, ¡ay!, que no vive quien tiene muerta su vida, que no se dijo por ella: «A muertos y a idos no hay amor»; y finezas de quien bien ama, más allá pasan de la muerte; herida del divino amor y muerta del dolor, se va ella misma a enterrar en el sepulcro de su Amado.

Pondera qué buena preparación ésta de oraciones y vigilias, de lágrimas y suspiros, para hallar un Señor que murió de amores y vive de finezas. Madruga hoy, alma diligente, en busca del mismo Señor, que allí ensayó sus finezas para amarte y favorecerte a ti; no le busques cubierto de una losa, sino de una Hostia; no entre sudarios de muerte, sino entre accidentes de vida. Llora tus errores y suspira por sus favores, y conseguirás el premio de tus deseos.

Punto 2º Atraído el Señor, no ya de los yerros de una pecadora, sino del oro de un amante, se le franquea, pagando en favores tan extremadas finezas, muéstrasele en traje de hortelano, por lo que tiene de Jesús florido; pretende coger los frutos en virtudes de aquellas flores en deseos: pregúntala por qué llora y a quién busca, quien tan bien sabe que Él es la causa; pero tiene gloria en oírla relatar su pena. Responde ella, como de cosa sabida, que todos cree piensan en lo que

ella, y no se engaña, porque ¿en qué otra cosa se puede pensar que en Dios, ni hablar de otro que de Dios? No dice que busca un muerto, que aun pensarlo es morir: «Restitúyemele, dice, y no te espantes de que no tema, que, si me faltan las fuerzas, el ánimo me sobra; no hay horror donde hay amor»; dilata el Señor el descubrirse por oírla multiplicar deseos.

Alma, advierte que aquí tienes el mismo Señor, Hortelano de las almas, que las riega con su sangre; aquí asiste disfrazado entre accidentes de pan, escuchando tus amorosas finezas; pero si el amor le disimula, descúbrale tu fe, y si la Magdalena intentó llevársele amortajado, llévatele tú sacramentado.

Punto 3º Gozoso el divino Hortelano Nazareno de haberla visto regar con las fuentes de sus ojos, segunda vez sus plantas, viendo aljofaradas las rosas de sus llagas con las perlas de tan copioso llanto, manifiéstasele nombrándola por su nombre: «María», dice, y ella al punto, como oveja no ya perdida, reconoce la voz de su bien hallado Pastor; nombróla con tal agrado, que pudo conocer su gran misericordia; arrojósele afectuosa a sus pies, sabido centro de su propensión, y si ya otra vez cayó con el peso de sus culpas, ésta con el de su amor; calóse como solícita abejuela a la fragancia que despedían sus floridas llagas, pero detúvola el Señor, diciendo: «No te acerques, no me toques, que aún no he subido a mi Padre; quédense para ti las penas, resérvense para mi Padre las glorias; para ti las espinas, para Él las fragantes rosas.»

¡Oh, alma mía!, reconoce aquí tu dicha y procúrala estimar, pues no sólo no te manda este Señor que te retires recatada, sino que te acerques afectuosa; cuando a la Magdalena recata sus llagas, a ti te convida con ellas, no sólo para que las toques, sino para que te las comas; oye que te llama por tu nombre, con tales demostraciones de agrado que te atraiga su bondad; si te retira su grandeza, no pierdas la sazón de comulgar, que envidiarás toda la eternidad; arrójate a aquellos pies, aprieta aquellas floridas llagas y brotarán, en vez de sangre, miel dulcísima que comas, néctar celestial que chupes y con que te apacientes.

Punto 4º Pasó de favorecida a agradecida la Magdalena y,

no cabiéndole el contento en el pecho, parte a comunicárseles a los Apóstoles, deseando la ayuden a dar gracias y a gozar de los favores; congratúlase con ellos no de una sola dracma hallada, sino de cinco, y tan preciosas, que vale cada una un Cielo; ni se contentaría con esto, sino que convidaría los coros celestiales para que con sus aventajadas lenguas le ayudasen a adelantar las divinas alabanzas, mereciendo oír toda la vida sus agradecidos cantares.

Pondera que si la Magdalena por una vez que llegó a ver, que aun no a tocar, aquellas gloriosas llagas; a mirarlas, que no a besarlas, todos los años de su vida, día por día entre los alados coros, celebra esta dicha, tú, alma mía, que no una sola vez, sino tantas y en tantos años, día por día, prosigues en recibir todo el Señor, no sólo en besar sus llagas, sino comértelas, cómo debes repetir cada hora y cada instante las debidas gracias. Empléense a coros todas tus potencias en engrandecer y agradecer tan singulares favores; rebosen tus labios en alabanza de estas llagas la dulzura que chupó tu corazón.

Meditación XLV

PARA RECIBIR AL SEÑOR COMO REY, ESPOSO, MÉDICO, CAPITÁN, JUEZ, PASTOR Y MAESTRO

Estas siete meditaciones, que aquí van juntas, solía repartir el Padre San Francisco de Borja, cuando sacerdote, por los siete días de la semana, cada día una, y así las podrás tú platicar también; y cuando no era aún sacerdote comulgaba los domingos, tomando los tres días antes para prepararse, y los tres días después para dar gracias y sacar frutos.

Punto 1º Meditarás cuando recibieres al Señor como a Rey, cuán gran aparato previnieras si hubieras de hospedar en tu casa al Rey del suelo; pues ¿cuánta mayor preparación debes hacer para recibir el del cielo, no ya en tu casa, sino dentro de tu pecho? Y si como a Esposo divino, trata de engalanar tu alma con la bizarría de la gracia y con las preciosas joyas de las virtudes. Si como a Médico, deseándole con tanta

ansia, como tienes necesidad, despierten tus dolores el deseo, que ya Él padeció por ti y bebió la purga amarga de la hiel y vinagre, para sanarte de los graves males que te causaron tus deleites. Si Capitán, cuando toda tu vida es milicia, alístate bajo sus banderas, llámale en tu socorro, viéndote sitiado de tan crueles enemigos. Si como Juez, aparta de tu corazón toda culpa, que pueda causar ofensión a la rectitud de sus divinos ojos. Si Pastor, llámale con balidos de suspiros, ya para que te saque de las gargantas del lobo infernal, ya para que te apaciente en los amenos pastos que regó con su misma sangre. Si Maestro, reconociendo primero tus ignorancias y suplicándole que, pues es sabiduría infinita, te enseñe aquella gran lección de conocerle, amarle y servirle. Ésta sea la preparación en cada una de estas siete meditaciones.

Punto 2º Advierte que se va acercando este soberano Rey a las puertas de tu pecho, que son tus labios; viene con benignidad: sálgale a recibir tu alma con grandeza; pídele mercedes, que quien se da a sí mismo nada querrá negarte; ya llega el único amante de tu alma: salga, pues, a recibirle en sus entrañas, entre afectos y finezas. Ya sube el Médico divino, que es la salud y la medicina, la alegría de los enfermos, y él padeció primero los dolores: represéntaselos uno por uno, y pídele el remedio de todos. Arrímase ya el valiente Capitán a tu pecho: entrégale el castillo de tu alma, no te hagas fuerte en tus flaquezas. Ya te toma residencia el riguroso Juez: échate a sus pies, confesando con humildad tus graves culpas y conseguirás el perdón de ellas. Ya te viene buscando el Buen Pastor: oye sus misericordiosos silbos, síguele con cariño y toma de su mano el pan del cielo. Ya se sienta en la cátedra de tu corazón el Divino Maestro: escúchale con atención y apasiónate por su verdadera doctrina.

Punto 3º Logra el favor que te hace este gran Monarca; mira que es tan dadivoso como poderoso; sábele pedir, a quien te desea dar, que Él puede darte y quiere. Estréchate, alma, con tu enamorado Esposo, y pues él te abrió sus entrañas, recíbele en las tuyas; muchas heridas le cuestas, sacarás por sus llagas sus finezas; llámale tu vida, pues la perdió por quererte. Aplica los remedios que te trae este gran Médico,

cuando hace de su propia carne y sangre medicina; Él se sangró por tu salud y murió por darte a ti la vida. Sigue tu Capitán, que él va delante en todas las peleas; ni te faltará el pan, pues él se te da en comida; pelea con valor, que él recibirá por ti las heridas; no desampares su Estandarte hasta conseguir la victoria. Escucha, alma, e inclina tu oreja a tan sabio Maestro, que es la sabiduría del Padre; en comida se te da para que aprendas mejor, como al niño que le dan las letras de azúcar para que con gusto las aprenda; entrarán con sangre, pero no tuya, sino del mismo Maestro, que Él llevó los azotes por la lección que tú no supiste. ¿Qué descargos le das a un tan misericordioso Juez, que quiso ser sentenciado por tus culpas? Y el que no hizo pecado ni se halló engaño en su boca, satisfizo por tu malicia, pídele misericordia y propón una gran enmienda; no te confiscará los bienes, antes para que tengas que comer, Él se te da en comida. Júntate al rebaño de tu buen Pastor, que es juntamente tu pasto regalado: Él se expuso por ti a los lobos carniceros, que se cebaron en su sangre hasta no dejarle una gota, señal que no es mercenario; en sus mismas entrañas te apacienta y en sus hombros te conduce al aprisco de su Cielo.

Punto 4º Corresponde agradecido a un Rey tan generoso, y queden vinculadas las mercedes en eternas obligaciones de servirle. Logra en agrados los favores de tu Esposo, y procurá guardarle lealtad, que te va no menos que la vida, y ésa eterna. Paga en agradecimientos tan costosos remedios, y guarda la boca de tus gustos para emplearla en sus loores. Oiga el Mayoral del Cielo los balidos de tu contento en alabanzas, y tu Capitán los aplausos de su triunfo. Resuenen los vítores a tu sabio Maestro, y sea la mayor recomendación de su doctrina el practicarla en tu provecho. Preséntale al benigno Juez tu alado corazón, tan agradecido a su misericordia, cuan contrito de tu miseria; reconoce que vives por él, y que de favor suyo no estás ardiendo, hecho tizón eterno del infierno.

MEDITACIÓN XLVI

PARA RECIBIR AL SEÑOR COMO A TU CRIADOR, REDENTOR Y GLORIFICADOR Y ÚNICO BIENHECHOR TUYO

Punto 1º Considera el que recibió todo su bien de otros, con qué agasajo le recibe cuando se le entra por su casa; pone a sus pies cuanto tiene, porque sabe le viene de su mano; todo le parece poco; respecto de lo mucho que le debe, no le pesa de que no sea más lo recibido, sino porque no le puede servir con más; confiésale por su bienhechor, porque le hizo persona, y pone sobre su cabeza al que le levantó del polvo de la tierra.

¡Oh, tú, que comulgas! ¿Quién es este Señor que hoy hospedas en tu pecho? Mira si le debes cuanto eres. Él te sacó de la nada para ser mucho, pues te hizo; no le recibes en casa ajena, que Él la edificó con sus manos; Él te da la vida, empléala en servirle; Él te da el alma, empléala en amarle; recíbele como a tu único bienhechor, abre los ojos de la fe, y verás en esta Hostia el Señor que te ha criado; métele en tu pecho por mil títulos debido; ponle en tus entrañas, pues son suyas; conozca tu entendimiento cúyo es, y ame la voluntad un fin que es su principio. Sobre todo, confúndase tu corazón de haber convertido en instrumentos de su ofensa los que ya fueron dones de su liberalidad, favores de su infinita beneficencia.

Punto 2º Poco es ya dar la vida a uno; mucho, sí, darla por él, morir para que él viva, y aun esto es poco; el extremo de un bienhechor llega a morir por el mismo que le mata, redimir a quien le vende y rescatar a quien le compra. ¿Viose tal extremo de amar? Sólo pudo caber en un Dios enamorado.

Hombre, por ti murió, que tanto le has ofendido, el Señor, por un vil esclavo de Satanás. Mira qué extremos éstos: Dios y morir, vida y muerte, ¡y por ti, un despreciable gusano! Permitió ser injuriado por honrarte, fue escupido para que tú lavado, fue reputado por ladrón el que da el Paraíso a los ladrones, y se te da a sí mismo en el Sacramento; todo lo quiso

perder por ganarte a ti: hacienda, vida, honra, hasta morir desnudo en un palo. Bien pudiera este divino Amante de tu alma haber buscado otro medio para tu remedio, pero escogió el más costoso para mostrar su mayor amor: no quiso se dijese de su fineza que podía haber sido mayor, que pudo haber hecho más. Viose desamparado de su Padre, por no desamparar una desagradecida villana, de quien se había enamorado. Recíbele, pues, en esta Comunión de hoy, como a Redentor de tu alma, como a Salvador de tu vida; ofrécele cuanto tienes, hacienda, honra y vida, a quien la dio primero por ti; hospeda en tu pecho al que abrió su costado para meterte en él; llene tu boca de su preciosa sangre el que no alcanzó una gota de agua en su gran sed; endulce tus labios con su cuerpo el que sintió aheleada su boca con hiel, y pues no omitió el Señor cosa alguna que pudiera haber hecho por ti, no dejes tú cosa que puedas hacer en su santo servicio.

Punto 3º Recíbele ya como a tu eterno glorificador, que será echar el sello a todas sus misericordias y coronarte de miseraciones. Gran favor fue el criarte de la nada, mayor el redimirte con cuanto tenía; haberte hecho católico cristiano, cuando puso a otros entre infieles, que le hubieran servido harto mejor si le hubieran conocido; el haberte sufrido tan pecador, cuando otros con menos culpas están hechos tizones de las eternas llamas; haberte justificado y alimentado con su cuerpo y sangre: grandes son todos estos favores, dignos de todo agradecimiento y conocimiento, pero el que los corona todos es el haberte predestinado para su gloria, como lo crees, y que te ha de glorificar, como lo esperas; recíbele, pues, como a tu último fin, que Él es tu Alfa y Omega; Él es paradero de tus peregrinaciones, descanso de tus trabajos, puerto de tu salvación y centro de tu felicidad. Aviva tu fe, que el mismo que has de ver y gozar en el cielo, este mismo Señor, real y verdaderamente, tienes encerrado en tu pecho, como prenda de la gloria.

Punto 4º Llámase este divinísimo Sacramento Eucaristía, que quiere decir buena gracia, porque siendo gracia infinita que el Señor nos hace, solicita el perpetuo agradecimiento en el que comulga; no hay otro retorno al recibirle una vez, sino

volverle a recibir otra; ésta es la mayor acción de gracias; ni hay otro desempeño de tantas mercedes, como dignamente recibirle y comulgar, Cáliz por Cáliz, y pagar los votos al Señor, en públicos aplausos, delante todo su pueblo, y no queda ya sino una preciosa muerte en el Señor, después de haberle recibido, que es gran modo de agradecer un gran don de Dios recibiendo otro. Anegado te hallas en beneficios; anégate, pues, en su sangre; agradecerás como debes si amas como conoces. De esta suerte podrás comulgar varias veces, recibiendo un día al Señor como a tu Criador, y otro como tu Redentor; si hoy como justificador, mañana como tu glorificador.

Meditación XLVII

PARA COMULGAR EN TODAS LAS FESTIVIDADES DEL SEÑOR

Punto 1º Pondera cuán gran dicha hubiera sido la tuya si te hubieras hallado presente con la fe que alcanzas al misterio que meditas. ¡Con qué devoción te prepararas y con qué gozo asistieras! Porque si te despertara el ángel aquella noche alegre del nacimiento, ¡con qué diligencia te levantaras, con qué afecto acudieras a gozar del Niño Dios nacido; cómo lograras la ocasión de verle y contemplarle fajado entre pañales al que no cabe en los cielos; recostado entre pajas, al que entre plumas de querubines, llorando la alegría de los ángeles! Y en el día de la Circuncisión, ¡cómo acompañaras con tus lágrimas las gotas de su sangre; con qué consuelo gozaras de aquel rato de Cielo en el Tabor, cómo madrugaras la mañana de la Resurrección en compañía de la virginal aljofarada aurora, a ver salir aquel glorioso sol entre los alegres arreboles de sus llagas! ¡Con cuán devota pureza te previnieras para subir al monte el día de la triunfante Ascensión del Señor, y cómo se te llevara el corazón tras sí al centro celestial; con qué fruición lograras todas estas ocasiones; con qué fervor asistieras a todos estos misterios! Pues aviva tu fe y entiende que el mismo Señor, real y verdaderamente, que allí

vieras y gozaras, Él mismo en persona le tienes aquí, en este divinísimo Sacramento; y si allí en un pesebre, aquí en el Altar; si allí fajado entre animales, aquí entre accidentes; si allí grano entre pajas, aquí sacramentado te le comes; si en el Tabor le vieras vestido de nieve, aquí revestido de blancura; si en la Ascensión te le encubriera una nube, aquí te le esconde una Hostia. Procura disponerte con la misma devoción, pues la realidad es la misma; avívese tu fe y se despertará tu afecto; crezca el fervor, al paso que tu dicha.

Punto 2º Pondera con qué gozosa ternura fueras entrando por aquel Portal de Belén, tan vacío de alhajas cuan lleno de consuelos. ¡Con cuán cariñosa reverencia te fueras acercando al pesebre y enterneciéndote con el humanado Dios; con qué atenciones le asistieras; con qué afectos le lograras! Y no contentándote de mirarle, llegaras a tocarle y abrazarle, niño tierno y tú enternecido. Aviva, pues, tu fe, alienta tu tibia confianza, y llega hoy, si no al pesebre, al Altar. No te contentes con besarle y abrazarle, sino con comértele. Abrígale con las telas de tu corazón, y apriétale dentro de tu mismo pecho; si en la Circuncisión le vieras derramar perlas en lágrimas y rubíes en sangre, precioso rescate de tu alma, ¡cómo te compadecieras! Sin duda que ese corazón, exceso de los diamantes en la dureza, con la sangre de aquel herido Corderito se ablandara hasta destilarse a pedazos por los ojos. Recoge hoy, no algunas gotas de su sangre, como entonces, sino toda ella dentro de tu corazón, y si allí procuraras acallarle, allegándole a tu pecho, métele hoy dentro de él. Si en el Tabor desmayaras al verle Sol de la belleza, y cuando mucho le miraras de lejos, contémplale hoy desde cerca; sea tu pecho un Tabor, y tu corazón un Tabernáculo, exclamando con San Pedro: «Señor, bien estamos aquí, Vos en mí y yo en Vos.» Aquí le tienes resucitado; llega, en compañía de la Virgen Madre, a gozar de aquellas fragantes rosas de sus llagas, a reconocer entre aquellas cuchilladas de la carne las entretelas brillantes de la divinidad, y no sólo te permite que le toques y le adores, sino que le metas dentro de tu pecho. Detenle aquí tan glorioso como subía al Cielo, y condúcele a tu corazón, que no se te asentará como allí, sino que entrará triun-

fante en tus entrañas; sea un cielo tu pecho; despierta la fe y renovarás la fruición de todos estos misterios, que el mismo Señor, real y verdaderamente, tienes aquí cuando comulgas, que vieras y gozaras en todas aquellas ocasiones.

Punto 3º Procura sacar en esta Comunión todos los provechos que sacaras si te hallaras presente al misterio que se celebra; y, pues tienes al mismo Señor, real y verdaderamente, que allí tuvieras, pídele las mismas mercedes; sabe pedir a quien tan bien sabe dar. ¡Con qué memoria quedarás de haber visto y gozado de tu Dios y Señor, en cualquier misterio de éstos! Sea, pues, hoy, igual tu gozo, pues lo es tu dicha. ¿Qué hicieras de contarla entonces? Agradécela ahora, que no te intiman silencio, como a los Apóstoles en el Tabor, antes solicitan tu devoción a las divinas alabanzas. «¿Qué daré yo al Señor, decía el Profeta rey, en retorno de tantas mercedes?» Cáliz por Cáliz, sea esta Comunión gracias de la pasada, así como aquélla fue disposición para ésta. ¿Quién bastará a sacarte del portal, una vez dentro con los pastores? ¿Quién bajarte del monte con los discípulos? ¿Quién moverte del sepulcro con las Marías? Aquí tienes todo eso en el Altar, y aun más cerca, pues en tu pecho; sosiega en la meditación y permanece en alabar y glorificar al Señor. Amén.

MEDITACIÓN XLVIII

PARA COMULGAR EN LAS FESTIVIDADES DE LOS SANTOS

Fácil fuera, pero prolijo, disponer su especial meditación para comulgar en la festividad de cada Santo; podrá, pues, cada uno escoger alguna de las propuestas, la que viniera más ajustada al día y a la vida del Santo, pero si a alguno le pareciere que comulgaría con más devoción con alguna consideración más propia de la fiesta, elegirá algún paso o circunstancia de la vida que diga con la Comunión, disponiéndola en forma de meditación de esta suerte.

Punto 1º Considera algún favor especial que hizo el Señor a este Santo; como si has de comulgar el día de Santiago

el Mayor, pondera el llevarle Cristo consigo al Tabor y comunicarle su gloria; vuelve luego y considera cuánto mayor favor obra el Señor contigo, pues no sólo te permite a su lado, sino que se entra por tu pecho; procura, pues, disponerte, a imitación del Santo, con singulares virtudes para conseguir tan especiales favores. A San Mateo le llamó fuese con él a su casa, y se dejó convidar de él; a ti te llama hoy el mismo Señor, éntrase por tu pecho y te convida con su precioso cuerpo. A San Felipe le preguntó de dónde sacarían el pan para los cinco mil convidados; a ti no te dificulta, sino que te franquea el pan del Cielo. ¡Qué gozoso se halló San Andrés cuando vio al Señor y oyó decir al Bautista: «He allí el Corderito de Dios!» Fuese luego tras él y le preguntó dónde moraba; oye cómo te dice a ti lo mismo el sacerdote cuando llegas y te comes el mismo Cordero de Dios. Alégrate con tu buena suerte el día de San Matías, y prepárate como vaso de elección el día del Apóstol San Pablo, pues has de llevar en tu pecho, no sólo el nombre, sino el cuerpo del Señor; procura, pues, disponerte como estos justos, que si ellos para recibir los favores del Señor, tú al mismo Señor, fuente de todas las misericordias.

Punto 2º Pondera cómo estos Santos estimaron las mercedes del Señor y las supieron lograr; conoce tú el favor que te hace hoy tan singular, sábelo gozar y agradecer; abrásate, pues, en el fuego del amor, como Lorenzo, que si él sazonó su cuerpo para la mesa de Dios, hoy el Señor sazona al fuego del amor su cuerpo para tu comida. Si Ignacio se consideraba trigo molido entre los dientes de las fieras, para ser pan blanco y puro, el mismo Señor se te da en pan molido en su Pasión, y sazonado en amor. Si San Bartolomé sirvió su cuerpo desollado en el convite eterno, el Señor te presenta en comida su cuerpo, todo acardenalado y herido; si Santiago era consanguíneo de Cristo, y muy parecido a él, también eres tú consanguíneo del Señor, pues te alimentas de su carne y sangre; procura parecerle en todo y aun ser una misma cosa con Él. Si San José fue el aumentado en los favores, el crecido en las dichas, porque llevó al Niño Dios en sus brazos tantas veces, tú, que le tomas en tu boca, le guardas en tu pecho, crece en la perfección así como en el favor. A San Lucas se le

permitió sacar una copia, a ti el mismo original; imprímele en las telas de tu corazón.

Punto 3º Rindieron singulares gracias todos estos Santos al Señor por tan singulares mercedes; exclamó Esteban cuando vio a Cristo asomado a los balcones del Cielo en pie; prorrumpe tú en alabanzas al verle dentro de tu pecho; alábale con Santa Teresa, porque se desposó con tu alma y la ha engalanado con preciosas joyas de virtudes. Si a Catalina le dio el anillo de oro, a ti la prenda de la gloria. Admírate con San Agustín de que aquel inmenso mar de Dios quepa dentro del pequeño hoyo de tu pecho. Ensálzale con San Ignacio, de que no sólo en Roma, sino en todas partes, te sea favorable y propicio. El que a San Francisco le imprimió sus llagas y a San Bernardo franqueó su costado, hoy se te entrega todo y se imprime en tu corazón: sabe reconocer tu favor, y sabrás estimarle, procurando lograrle y agradecerle por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN XLIX

RECOPILACIÓN DE OTRAS MUCHAS MEDITACIONES

Conforme a las Meditaciones que aquí se han propuesto, puedes tú sacar otras, que, por ser hijas de la propia consideración y haberte costado trabajo, suelen despertar mayor devoción. De esta suerte:

Punto 1º Considera el afecto con que un niño desea el pecho materno, con qué conato se abalanza a él, apriétale el hambre, oblígale el cariño, y así llora y se deshace hasta que le consigue. Con este mismo afecto has de desear tú llegar a comulgar; llora, suspira, gime, ora y pide el pecho de Cristo: gran consideración del Boca de Oro. Pía, como el polluelo del pelícano, por el pecho abierto del Autor de tu vida. Clama, como el hijuelo del cuervo, viéndose desamparado por el rocío celestial. Apetece, carleando como el sediento caminante, la fuente de aguas vivas; busca el sazonado grano, como la solícita hormiguilla, y como el perrillo las migajas de

pan de la mesa de su señor: de esta suerte te debes preparar, con lágrimas y suspiros, con afectos y diligencias, con oraciones y mortificaciones, para la Sagrada Comunión, que cuantos más intensos fueren los deseos con que llegares, más colmados serán los frutos que sacarás.

Punto 2º Pondera el conato con que el tierno corderillo corre a tomar el pecho de su madre, con qué cariño le tira, con qué gusto le chupa: llega tú a la Sagrada Comunión con igual ahínco a tu necesidad, con tanto gusto cuanto el conocimiento; acude con la presteza que el polluelo a coger el grano del pico de la amorosa madre que le llama, recogiéndote después bajo las alas de los brazos de Cristo, extendidos en la Cruz. Abalánzate con el gusto que el sediento enfermo al vaso de la fresca bebida. Acércate con el consuelo que el helado caminante al fuego que le fomenta. Goza, gusta, come y saboréate con este pan del cielo, juntando el gozo con el logro, experimentando los celestiales gustos y sacando los multiplicados provechos.

Punto 3º Dale gracias a este Señor que te ha alimentado con su cuerpo y con su sangre, como el niño, que después de haberse repastado en el sabroso pecho de su madre, se la ríe, la abraza y la hace fiestas. Saluda muchas veces, como el derrotado navegante, la tierra donde llegó a tomar puerto; recibe con hacimiento de gracias y como el pobre mendigo el pedazo de pan que se le da cada día a la puerta del rico, echándole bendiciones. Póstrate como rescatado cautivo a los pies de tu único Redentor. Recibe este Señor como padre, hermano, amigo, abogado, fiador, padrino, protector, amparo, sol que te alumbra, puerto que te recibe, asilo que te acoge, centro donde descansas, principio de todos tus bienes, medio de tus felicidades y fin de tus deseos por todas las eternidades de las eternidades. Amén.

Meditación L

PARA RECIBIR EL SANTÍSIMO SACRAMENTO POR VIÁTICO

Punto 1º Considérate ya, hermano mío, de partida de esta vida mortal para la eterna, y advierte que para un tan largo viaje, gran prevención es menester de todas las cosas, especialmente de este pan de vida, para el paso de tu cercana muerte. Vas de este mundo al otro, desde esa cama al tribunal de Dios: mira, pues, cómo te debes prevenir con una buena y entera Confesión y con una fervorosa y santa Comunión. «Levántate y come, le dijo el ángel al profeta Elías, porque te queda gran jornada que hacer.» Oye cómo te dice a ti lo mismo el ángel de un buen confesor, que te desengaña de tu peligro: «Hermano mío, levanta tu corazón a Dios, de las criaturas al Creador, del suelo al Cielo, de las cosas terrenas a las eternas, que no sabes si te levantarás más de esa cama; come bien, que se te espera largo y peligroso camino; mira que has de andar sendas nunca andadas, por regiones de ti nunca vistas; procura hacer esta Comunión con circunstancias de última, con las perfecciones de postrera, echando el resto de la devoción. Mira que te despides del comulgar; conózcase tu cariño a este Divinísimo Sacramento en la ternura con que le recibes esta última vez; fija en este blanco esos ojos que tan presto se han de cerrar para nunca más ver en esta mortal vida; sean perennes fuentes de llanto hoy las que mañana se han de secar; esa boca, que tan presto se ha de cerrar para nunca más abrirse, ábrela hoy y dilátala bien, para que te la llene de dulzura este sabroso manjar; advierte que es maná escondido, y te endulzará el amargo trago de la muerte que por puntos te amenaza. Dé voces esa lengua, pidiendo perdón, antes que de todo punto se pegue al paladar; ese pecho, que se va enronqueciendo, arroje suspiros de dolor; ese corazón, que tan presto ha de parar en manjar de gusanos, apaciéntese del verdadero Cuerpo de Cristo, que se llamó gusano de la tierra; esas entrañas, que por instantes van perdiendo el aliento de la vida, confórtense con esta confección de la inmortalidad, y todo tú, hermano mío, que tan

en breve has de resolverte en polvo y en ceniza, procura transformarte en este Señor Sacramentado, para que de esa suerte Él permanezca en ti y tú en Él por toda una eternidad de gloria.»

Punto 2º Aviva tu fe, hermano mío, y considera que recibes en esta Hostia a aquel Señor, que dentro de pocas horas Él mismo te ha de juzgar; Él viene ahora a ti, y tú irás luego a Él; éste es el Señor que te ha de tomar estrecha cuenta de toda tu vida; desde esa cama has de ser llevado ante su riguroso tribunal; mira, pues, que ahora te convida con el perdón; si entonces te aterrará con el temido castigo, aquí se deja sobornar con dádivas; preséntale tu corazón contrito y lleno de pesar de haberle ofendido; aquí se vence con lágrimas, allí no valdrán ruegos; arrójate ante este tribunal de su misericordia, no aguardes al de su justicia. Eucaristía se llama, que quiere decir gracia y perdón; no dilates al del rigor; aquí está hecho un Cordero tan manso, que te le comes, allá un león tan bravo, que te despedazará si te hallare culpado; aquí calla y disimula culpas, allí vocea y fulmina rigores. «Échate a sus pies con tiempo, que mientras tenemos éste, dice el Apóstol, habemos de obrar bien y negociar nuestra salud eterna.» Clama con el penitente rey: «Señor, perdón grande, según vuestra gran misericordia y según la gran multitud de mis pecados» *(Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam)*. Hiere tu pecho con el publicano, diciendo: «Señor mío y Dios mío, sed propicio y favorable con este miserable pecador» *(Domine, propitius esto mihi peccatori)*. Grita con el ciego de Jericó: «Señor mío, vea yo ese vuestro agradable rostro que desean ver los ángeles» *(Domine ut videam)*. Confiesa tus errores con el pródigo: «Padre mío, que no me podéis negar de hijo; pequé, yo lo confieso, contra el cielo y contra Vos *(Pater, peccavi in coelum et coram te);* recibidme en vuestra casa, haya para mí un rincón en vuestro cielo.» Da voces con la cananea: «Jesús, Hijo de David», aunque mejor dirás: «Jesús, Hijo de María la misericordiosa, apiadaos de esta mi alma, que me la quiere maltratar el demonio» *(Jesu Fili Mariæ, miserere mei, quia anima mea male a dæmonio vexatur)*. ¡Ay, Señor, favor, que me la quiere tragar!» Pide y ruega con

el ladrón: «Señor, acordaos de mí, ladrón también de vuestras misericordias, ahora que estáis en vuestro Reino» *(Domine memento mei cum veneris in Regnum tuum)*. ¡Alégrame, Señor, con aquella dulcísima respuesta: *Hodie* (hoy mismo) *mecum* (conmigo) *eris* (tú mismo estarás) *in Paradyso* (en mi gloria). Amén.

Punto 3º Ya que has recibido este divino Señor Sacramentado, y metídole dentro de tu pecho, exclama, hermano mío, con el santo viejo Simeón: *Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum Verbum tuum in pace* («Ahora sí, Señor mío, que moriré con consuelo, pues en paz con Vos»). Di con el Profeta rey: *In pace in idipsum dormiam, et requiescam* («Ahora, sí, Señor, que dormiré y descansaré en paz, y en Vos mismo, de Vos sacramentado, iré a Vos glorioso»). De un Dios que he recibido en mi pecho, a un Dios que me reciba en su Cielo, y pues aquí he llegado a unirme con Vos por la Comunión, allá espero unirme con Vos por la bienaventuranza. Repite con San Pablo: *Mihi vivere Chistus est, et mori lucrum* («Mi muerte es mi ganancia, porque muriendo en Cristo, viviré a Cristo»). Ofrécele tu alma con San Esteban: *Domine Jesu accipe spiritum meum* («Dulcísimo Jesús, y más en esta hora, Jesús y Salvador mío, recibid mi espíritu»). Di también con el mismo Jesús: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum* («Padre mío amantísimo, en Vuestras manos encomiendo mi espíritu»); de ellas salió, a ellas ha de volver. Oye que te responde: *Noli timere, ego protector tuus sum, et merces tua magnanimis* («No temas, que aquí estoy Yo, tu protector y tu amparo, y la merced que recibirás de mi mano será grande de todas maneras»); no desconfíes por tus culpas, pues son tantas mis misericordias; pide y te darán, esto es, perdón, gracia y eterna gloria.

Punto 4º Después de tantos favores recibidos, bien puedes rendir las debidas gracias; canta como el cisne cuando muere con mayor ternura, y sea un cantar nuevo, comenzándole aquí y continuándole eternamente allá, en el Cielo: *Misericordias Domini in æternum cantabo.* Eternamente alabaré y bendeciré a un tan buen Señor, y si no puedes ya con la lengua, habla con el corazón; si no pueden moverse tus labios, muévanse sus alas, y conmuévanse tus entrañas; estima la

merced que te ha hecho el Rey del Cielo, que Él te ha venido a ver a ti, para que tú le vayas a ver allá; prenda es ésta de la gloria, empeñádose ha el Señor; vínose a despedir de ti sacramentado en señal de lo que te ama, y que te recibirá glorioso; vino a tu casa para que tú vayas a su Cielo. Exclama con el Santo Rey: *Laetatus sum in his, quæ dicta sunt mihi, in domun domini ibimus* («¡Oh, qué buenas nuevas me han dado, que he de ir hoy a la casa de mi Señor»). Acaba con aquellas gozosas palabras con que expiró el humilde San Francisco: *Me expectant justi donec retribuas mihi* («¡Ay, que me están esperando los cortesanos del cielo para admitirme en su dulce compañía!»); no iré solo, sino que iremos; irá acompañada mi alma de la Virgen Santísima, mi Madre y mi Señora, del santo de mi nombre, del Ángel de mi Guarda, de los santos mis patrones y abogados. Y si aún estás agonizando, caréate con Cristo Crucificado y consuélate con Él. Considera que a tu Señor le dieron hiel y vinagre en su mayor agonía, y a ti te ha dado el mismo Señor su carne y sangre en la tuya; Él murió en brazos de una cruda Cruz, y tú mueres en los brazos del mismo Señor, siempre abiertos para ti; a Cristo le abrieron el costado con la dura lanza, y Él ha sellado tu corazón con esta sacratísima Hostia; inclina su cabeza y te muestra la llaga de su costado, diciéndote: «Entra por esa puerta, siempre patente, al Paraíso, donde alabes, contemples, veas, ames y goces tu Dios y Señor, por todos los siglos de los siglos, Amén. Jesús, Jesús, Jesús y María sean en mi compañía. Amén.»

Fin de «El Comulgatorio»

ESCRITOS MENORES

CARTAS

I

MADRID, 27 DE JULIO DE 1641, A DON FRANCISCO ANDRÉS DE UZTARROZ

«SEÑOR mío: Aún no he podido hablar con don Tomás Tamayo, que la borrasca no ha dado lugar para cosas de gusto. Va ya amainando, gracias a Dios. Hase remitido el caso al Cardenal Borja. Todo es de las máquinas que se usan. Si a costa del Duque se han de ganar los reinos, puédese dar por bien empleado el padecer.

De Portugal se ha comenzado ya la guerra, no sé si con buen pie, porque el de Monterrey escribe que envíen otro; que aquella gente, en la primera ocasión, no quisieron pelear, echáronse tripa en tierra, y no hubo remedio de avanzar. Mataron a Ferrazas, según dicen. Fue el caso que siete de Olivenza tenían trato con Monterrey; descubrióse y los prendieron; hiciéronles escribir al de Monterrey que viniese a tal hora y por tal parte. No parecía alma en las trincheras. A su tiempo jugó de repente la artillería y mosquetería. Considere Vm. la riza. Y nuestra caballería atropelló a muchos. Ahorcaron los siete a vista. Partieron los nuestros a Elvas, pensando que estaría descuidada, y porque vino de allá el socorro. Aquí fue tal la resistencia y tal el echarse en tierra los nuestros, que no se hizo cosa. Éste es el principio de la guerra de Portugal.

Anoche llegó correo del Papa, inmediatamente al Nuncio, con sólo su pliego. Dícese que es satisfacción de haber admitido con tanta fiesta en Roma los embajadores de Francia, Portugal y Cataluña.

Los mal contentos de Francia derrotaron a Xatillon; murió de su parte de ellos el general, el conde de Suysons, que se alzó la visera y le dieron un mosquetazo. El rey de Francia quedó tan picado, que fue luego en persona allá con gran poder. Aquí llora la Cariñana la muerte de su hermano.

El de Inglaterra casó su hija con el heredero de Orange, y ha enviado a pedir al Emperador el Palatinado. El de Vergara dicen casó su hijo con la otra hija del inglés. Anoche se pegó fuego en Palacio. Gracias a Dios que no fue cosa. Guárdeme Dios a Vm.

Ha salido un Aristarco famoso contra la proclamación católica. El Brasil se entregó luego al de Braganza, perdiéndose en él cinco millones de renta, y de la India, tres que llegaron a Lisboa, y Sellés salió a convoyar las naos.

Madrid, y julio 27 de 1641.

BALTASAR GRACIÁN.

Sr. D. Andrés.»

II

ZARAGOZA, 11 DE MARZO DE 1642, SIN DIRECCIÓN

«Aquí han llegado hasta 18 religiosos de varias Órdenes, aragoneses y navarros, que los han echado de Cataluña, porque se hizo bando pena de la vida saliesen dentro de tantos días los religiosos extranjeros. Creo han exceptuado al P. Cabrera, criollo, y a un padre valenciano de nación, llamado Navarro. Éstos dicen se hallaron en Barcelona cuando entró el Virrey francés, Mariscal Brezé, y que le hicieron tales fiestas, que no se han hecho jamás a ninguno de sus buenos reyes y sus autoridades.

El francés les entregó al punto que juró el Virrey los rehenes que les tenía. Con todo, están mal, entre sí, y en topando un catalán a solas lo matan y roban los franceses. Don Pedro de Aragón, con el ejército de aquí, se juntó ya con los de Tarragona. Dicen que son entre todos 15.000, y va talando los lugares que se le resisten. Dícese que atraviesa a Cataluña

y se va a juntar con los nuestros de Rosellón, aunque hay para ello harta dificultad. No hay asomo de paces, antes dicen baja a Tolosa el rey de Francia, que partió ya de Lyon.

P. BALTASAR GRACIANO.»

III

ZARAGOZA, 24 DE JUNIO DE 1642, SIN DIRECCIÓN

«Estos días he estado fuera de Zaragoza, y por eso no he escrito agradeciendo a V. R. la caridad, las nuevas y noticias que nos ha enviado, que bien han sido menester para consuelo de tantos trabajos como aquí tenemos, si puede ser consuelo un buen suceso ausente y tan lejos para tantos malos presentes.

Ya V. R. sabrá cómo se rindió el castillo de Monzón, que era inexpugnable, y la llave de este reino. Queda ahora la puerta franca al enemigo, si Dios no lo remedia. Rindióse lunes a dieciséis de junio, después de ha veintidós días de sitio, no por falta de víveres ni municiones, pues le han quedado al enemigo; dentro había 150 quintales de pólvora, 1.000 de cuerda, ocho piezas de artillería, muchas bombas, que él no tenía ninguna, 100 cahíces de harina, mucho bizcocho, carnes saladas, 1.000 cahíces de legumbre. Fue por falta de agua, que perecieron muchos de sed. No había ya sino para dos días cuando el enemigo hizo llamada ofreciendo mucho. Púsose a consejo; pareció que era mejor rendirlo, llamando él, que no dentro de dos días rendirse a discreción. Hechos ya los tratos, llovió aquella misma tarde, que era domingo 14, y se recogió agua para tres días, pero como estaban ya hechos los conciertos, el Consejo de Guerra, aunque hubo diversos pareceres, resolvió se entregase. Hizo también el enemigo una gran mina, pero esto no fuera bastante. Antes cuando se dijo quería pegarle fuego se confesaron y pusieron a punto para defender la brecha, y el gobernador, don Martín de Azlor, el primero con su pica. A éste le culpan y hay varios di-

chos, unos en bien de él, otros cargándole. Lo cierto es que es muy alentado y experimentado, y también lo es tanta gente inútil, cerca de mil mujeres y niños, que daban gran pena con la sed que padecían. Había en el castillo más de 3.000 personas, y ese pobre caballero, de compasión, no las quiso echar: un rigor que pudo a los principios en los soldados haciendo, pasando gran trabajo los más, niños hechos a su regalo, aunque otros han peleado bien, pues la primera surtida que hicieron desalojaron al enemigo de San Juan, una de las fortificaciones. Aquí estaba La Mota. Huyendo, rodó y dicen se descoyuntó un brazo o quebró las costillas, de que es sangrado cuatro veces, y algunos valores que se han pasado a nuestra parte, dicen que ha partido un mariscal con parte de ella por aquí por Francia, por la Vall de Arán a lo de Rosellón y de ahí han ido otros a lo de Picardía.

Ha tomado ya el enemigo hasta doscientos lugares, y casi todos los ha quemado y saqueado; todo lo tala; tres iglesias colegiales ha destruido, y muchos conventos, el daño se aprecia en más de un millón; toda la ropa la han acarreado a Lérida. Hame dicho un canónigo de allí de Monzón, que salía con las monjas del castillo y traía la abadesa del brazo, que llegó un mariscal de parte de La Mota y le dijo a la abadesa se quedase en su convento, que lo reedificarían, harían buen pasaje, etc. Esto con grande insistencia, y que viendo no quería, le dijo al canónigo: *"Quo petitis?"* Él respondió: *"Caesaraugustam"*. Y, dando una risada el mariscal, añadió: *"Statim ibi ibimus."* Y su intento y su lenguaje es éste, si Dios no nos ayuda. Convidó a todos los de Monzón con sus casas y raíces, etc., pero que habían de hacer homenaje al Cristianismo. Ellos, en oyendo esto, clamaron que no, que más querían morir pidiendo limosna, vasallos de su Rey y señor; con esto se han venido. Todos iban pidiendo limosna: personas ayer muy ricas de a más de a mil y a dos mil ducados de renta. El Reino trata de ampararlos a todos y las catedrales han escogido los clérigos y los sustentan. Todo es venir gente huyendo a Zaragoza, que se va llenando. Hoy vino un convento de monjas Bernardas de Casbas; ayer entró otro de franciscas: es cosa lastimosa. El Condestable y Marqués de Távara, el día que se entregó el castillo, fueron de Fraga, con

hasta mil caballos y alguna infantería, y dieron una vista al enemigo, y viéndole tan superior de caballería y que era ponerse en evidente riesgo, se retiraron. Aquí no hay armas en el reino, aunque ya van viniendo: la artillería parte hoy de Tudela para acá, treinta y dos piezas, que aquí no hay una pieza ni en todo el reino, sino bien pocas en Fraga. La gente del Marqués de Leganés dicen cada día viene, pero nunga llega; son dos mil caballos y tres mil infantes, soldados viejos. El enemigo, dicen, ha enviado trompeta a Barbastro, que pongan en cobro las iglesias, porque pasado San Juan estará allí; otros dicen se encamina a sitiar a Fraga. Todo es fortalecerla y llevar víveres; hasta los tablones para los rastrillos los llevaron solos cuatro días ha, adonde el enemigo envió un tambor diciendo se rindiesen. Una pieza grande que halló en Monzón de las de Fuenterrabía la ha retirado a Lérida.

La Duquesa de Cardona con sus dos hijos, don Vicente y don Pascual, llegó a esta ciudad de Huesca antes de ayer, domingo, por no hallarse segura en Huesca, así que todo es ponerse en cobro y retirarse a dentro de España, y el enemigo caminar. Ha quitado el nombre a Monzón, y le llama Villafranca de la Mota, porque le ha costado tan poco; viene aquí entre ellos un cabo que le llaman el Vizconde de Rosellón, y a Espenan han dado al Canet.

Esto es, mi Padre, lo que hay, y el nombrado Monzón, emporio de las Cortes de Aragón, Valencia y Cataluña, oficina de tantas leyes y paces, en poder del enemigo. ¡Quién se lo dijera al rey don Jaime de Aragón o al Rey católico don Fernando! Zaragoza, y junio 24 de 1642.

PADRE BALTASAR GRACIÁN, DE LA COMPAÑÍA.»

IV

ZARAGOZA, 29 DE JULIO DE 1642, A UN JESUITA DE MADRID

«*Pax Christi,* etc. Hoy remito a V. R. copia de la carta que a un Padre de este colegio escribe desde Zaragoza el P. Jeróni-

mo Baltasar Gracián, de nuestra Compañía, su fecha en Zaragoza, a 29 de julio de 1642.

Entró S. M. el domingo 27 de julio en Zaragoza con mucha grandeza y gusto recíproco, mostrando mucho agrado en el rostro, y los aragoneses a voces gritando; "¡Viva el Rey nuestro Señor!", que se hundía el mundo. Hubo antes algunas dificultades sobre que S. M. pedía le alojasen 1.000 caballos y hasta 1.500 infantes; segundo, que las guardas de las puertas un día fuesen aragoneses, otro castellanos, etc. La Ciudad suplicó a S. M. que era descrédito suyo y alguna nota en la confianza. Resolvióse que en las puertas no haya guardas, ni unas ni otras; sólo en Palacio en la una puerta la hay de castellanos. Lo de los alojamientos se ajustó que fuese la infantería a los arrabales, digo a Altabas, y la caballería en doce lugares los más cercanos. Con esto fue la entrada célebre.

Venía lo primero la guarda del reino de Aragón de a pie con sus aspas y pedreñales, valientes mozos que desde Molina siguieron la carroza de S. M., corriendo siempre al estribo, no pudiendo seguir los caballos, etc., y así S. M. les mandó añadir cuatro reales de paga más cada día. En segundo lugar venía la guarda de este reino de a caballo, de lanzas y pistolas y su capitán, don Alberto de Arañón, muy galante, con un vestido de bordado de plata, su pistola en la mano; la guarda toda, vaquerillos azules y galón de plata los más. Serían otros ciento. Tras éstos se seguían las compañías de a caballo, la primera del Conde-Duque, por cabo el de Grajal, muy galán y grave. En las primeras hileras, muchos títulos: el de Palacios, el de Cantillana, etc.; la segunda era del de Veraguas, él iba bizarrísimo y muy donoso, su gente de corazas, con pistolas. La del Conde-Duque con espadas; la tercera, del Conde de Oropesa; el mismo muy galán, fuera de los antojos. A éste seguía la del duque de Ariscot, y así las demás. Las hileras eran de diez en diez. Acabadas las compañías, venía el juego de clarines, que suspendían. Eran ocho de S. M., eminentes con todo extremo. Seguíase el acompañamiento, que llaman de la Ciudad, que se compone de ciudadanos y caballeros, mucha cota de negro en caballos. Los últimos, los jurados; último, Zalmedina, etc. Tras éstos entraban carrozas de seño-

res; el Cardenal de Espínola, el Embajador de Alemania, los de la Cámara, y allí venía don Enrique Felípez al estribo derecho de don Jaime de Cárdenas. El mejor puesto llevaba don Fernando de Borja, que debe de ser el decano, Leganés y Carpio.

Luego venía una carroza de respeto, toda descubierta, riquísima por cierto, y toda tachonada de clavazón de plata sobredorada, asientos de brocada, cortinas de lama parda, presente de este reino a S. M. Dicen vale 4.000 ducados da plata. Tiran esta carroza seis caballos rucios rodados, jaeces verdes y muy vistosos. Venían después otros Grandes a caballo y seis u ocho caballos enjaezados de respeto. Traían los del diestro otros tantos criados de S. M. con su librea. Finalmente venía S. M. (Dios le guarde) muy galán y aplaudido: pluma blanca; el Conde a su estribo izquierdo. Tiraban la carroza seis mulas; el pueblo: "¡Viva el Rey!", por todas partes; sólo que añadían: "¡y muera la Mota!" y otros, que aun yo dije a los que tenía a la espalda: "¡Callad, diablos; no digáis eso aquí cerca! ¡Idos a otra parte!" Inmediatos a la carroza real, los arqueros con su librea y cuchillas de camino, que son como chivos, muy diferentes de los de a pie. Iban en ala o en dos apiñados. Remataron los criados de S. M., caballerizos y guardarneses, etc., y hasta 24 pajes con la librea de colorado y amarillo. La infinidad de coches de estado y de señores, no hubo paciencia para esperar, que eran sin número. Lo que sé decir es que me dijeron era el último el obispo de Málaga, con una rica y majestuosa librea y de grande número de criados. Ésta fue la entrada por las principales calles de la ciudad hasta Palacio: gente infinita.

Ayer lunes salió S. M. a la Virgen del Pilar. Estuvo cerca de una hora; excelente música; los caballeros ya se cansaban de tanto rezar. Luego dio vuelta por la ciudad, todo el Coso, mercado, ribera y puente, etc., sin guarda, y la gente con el mismo aplauso. El Conde, también solo, fue por la mañana al Pilar, y después por la ciudad con la misma suerte.

Esto es lo que hay de hospedaje. De guerras, grande trabajo. Insta el socorro de Perpiñán; así lo escribe Torrecusa de Tarragona; para todo agosto y no más, tienen que comer. No se tira una bala de una parte ni otra, porque el Francés cree

que si no es por hambre no se puede tomar. Es inexpugnable el castillo, y no se engaña. El rey de Francia porfió en estar allí, en Rosellón, y ha enfermado, con que se ha retirado, dicen que a unos baños, y que va con una calentura lenta; nosotros luego los matamos a todos, y Rocheliu resucitó. Ha mandado el Francés que todos los caballeros de Lenguadoc y Aquitania vengan al cerco de Perpiñán con tres caballos cada uno, sustentados a su costa cuarenta días; después, que él los sustentará, porque cree que será el tiempo del socorro o de la entrega.

Vase trazando el socorro, porque el camino de tierra, que es el mejor, está cortado de partes en partes; estacadas de punta para mancar los caballos; en tres partes, trincheras y artillería. Todos dicen es cosa muy dificultosa. El otro, que es por Urgel y Puigcerdá, es malísimo. El de mar no lo está menos, porque la armada enemiga, aunque quedó muy mal parada y peor que la nuestra, está en Barcelona al paso. La nuestra en Mahón, puerto de Menorca, reparándose, harto mal tratada. También han llegado ya 28 galeras de Italia. El enemigo no tiene sino 16; las nuestras son cerca de 40, pero para la caballería que es menester llevar no bastan. Los galeones no tienen viento estos meses, así que milagrosamente ha de ser este socorro, y a puro valor y oraciones. No hay sino misas y oraciones, que en esto nos va todo.

Hay también otra diferencia. Los capitanes dicen que es mejor vaya todo el ejército junto a Rosellón. El Conde es de parecer que una parte del ejército vaya a Lérida, y llamar al enemigo, y la otra parte al socorro. Ahora se altera la dificultad: el Señor nos alumbre y favorezca, y guarde a V. R.»

Hasta aquí la carta.

Enviada por el P. Sebastián González desde Madrid, el 6 de agosto de 1642, al P. Rafael Pereyra, residente en Sevilla.

V

TARRAGONA, JUNIO DE 1643, A UN JESUITA DE MADRID

«... El P. Baltasar Gracián, rector de Tarragona, escribe a uno de casa lo siguiente: "Luego que en Barcelona se supo por vía cierta la muerte del rey de Francia, quitaron en Barcelona su estandarte y las salvaguardas. Está aquello muy revuelto; hicieron exequias al difunto rey, según dijeron los prisioneros que cogieron aquí de un grande navío que vino a surtir debajo del baluarte de Santa Clara; acometiéronle las fragatas de Dunquerque, que partían a Rosas, y le rindieron.

Importa mucho la vida del Conde de Aguilar para los tratos en Barcelona, que sólo juró al de Francia por su vida, y que después pudiesen hacer libremente lo que bien les estuviese, de manera que hoy hay puerta abierta para poderse ajustar honrosamente con S. M. Dios lo encamine."

Añade después el Padre en otro capítulo: "Hame dicho el Conde de Aguilar que tiene carta de don Felipe de Silva, de cómo viene retirando al enemigo con 3.500 caballos y 10.000 infantes, y que confía en Dios llegar por acá. Del enemigo estos días no nos han dicho nada, sino que está muy ocupado en las exequias de su rey, y aun se dice han acudido muchos a Barcelona." Hasta aquí el P. Gracián.»

Extracto de una carta del P. González al P. Pereyra, a 16 de junio de 1643.

VI

TARRAGONA, 26 DE JULIO DE 1643, SIN DIRECCIÓN

«*Pax Christi*, etc. Copia de una carta del P. Baltasar Gracián, rector del Colegio de Tarragona, su fecha a 26 de julio de 1643.

"Aquí no estamos sitiados, pero en vigilia, y según dicen y

el aparejo muy próximo. El de La Mota se dice viene marchando a toda prisa y sé antes de anoche, vigilia de Santiago, durmió en Monblanch. Además de esto, se sabe que pasaron a Tolón 2.000 marineros para componer aquella armada. Tres días ha se hizo en Monjuig señal de armada de galeones y galeras; así lo ha contado un prisonero de los que cada día se huyen y vienen aquí; aunque ahora dicen los han sacado a los prisioneros en Barcelona de las Atarazanas, donde estaban más de 1.000, pereciendo de hambre y haciendo las fortificaciones, y los han llevado a Francia.

Con estas nuevas y avisos, todo es aquí prevención; hase pasado muestra rigurosa de caballería e infantería, y hay entre montados y desmontados más de 300 de la caballería sin los oficiales; de infantería hay 4.000 de todos, aunque son los más soldados buenos y viejos. Sin esto, hoy han llegado 1.200 en tres galeones y saetías de los de la tierra; con los que han venido de Reus se han formado cuatro compañías de a cien cada una, dejados los inútiles; víveres hay muchos, para cuatro años, de pan, vino, abadejo, tocino, arroz, aceite, legumbre, etcétera. Sólo leña faltará. Páganlo las casas, que no hay cuatrocientas en pie. Éste es el estado en que estamos; sea el Señor bendito que nos favorezca y ayude.

Hoy ha llegado un tambor mayor nuestro, que fue a tomar lengua del enemigo, con achaque de ir a trueque de unos prisioneros. Éste dice que ha sabido que el enemigo se iba retirando a Barcelona, y que su artillería la ha enviado allá; que la armada que ha aparecido delante de Barcelona se cree es la nuestra de Italia, porque han descubierto más de 30 galeras y no ha echado lanchas de aviso a Barcelona. Ellos están con mucho cuidado; sin esto dicen que ha dado medio peste en el ejército francés, y que han metido 4.000 enfermos en Lérida a la retirada.

Ítem: dicen que los nuestros de Rosas hacen grandes salidas, y molestan grandemente la comarca de Gerona. No falta también quien diga que el enemigo se retira por empeñar nuestro ejército dentro de Cataluña, y que perezca como el del año pasado con mal pasar. De Barcelona han ido a dar el pésame a la Reina viuda a París, por la Diputa-

ción, don Luis de Rocadell y el comendador Miguel; por la ciudad, don Pedro de Aymaya y otro. Gobierna aquélla Margarit. El único íntimo de los designios de Mota, mosiur de Argenson, salió de Barcelona para la raya de Aragón y Lérida, echando voz que Aragón pactaba y que él iba a concertar aquello. Todas son mentiras y para todas hallan crédito en Barcelona.»

Hasta aquí la carta del P. Gracián. Esta carta se escribió antes que en Tarragona tuviesen noticia de la rota que los nuestros habían dado a los franceses, etc.

Enviada por el P. González al P. Pereyra el 11 de agosto de 1643.

VII

VALENCIA, 21 DE DICIEMBRE DE 1644, A DON FRANCISCO ANDRÉS DE UZTARROZ

«*Pax Christi,* etc. Ya Vm. estará en su Zaragoza de dos maneras, viviendo y trabajando. El Monumento es muy curioso; dilo al Vicario del Hospital, que lo agradeció y estimó grandemente. Por sólo ver esta librería, podría Vm. dar una vuelta por acá, y también Morviedro. Ésa para el amigo don Vincencio. Suplico a Vm. la remita y la del P. García, el cual le remitirá 100 monedas escogidas. Ahora le tengo el sello famoso de Ovidio y el nigle de letras incógnitas, también sello, excelente cosa, y otros muy curiosos. Remitirélos a Vm. con la primera ocasión que vaya alguno por allá. Tenga Vm. muy santas y felices Pascuas como yo se las deseo. Valencia y diciembre 21 de 1644, de Vm. siervo.

BALTASAR GRACIÁN.

Sr. Dr. Francisco Andrés.»

VIII

LÉRIDA, 24 DE NOVIEMBRE DE 1646, A UN JESUITA DE MADRID

«*Pax Christi*, etc. Mi buen P. Pereyra: En la pasada prometí a V. R. mandarle copia de la relación de uno de los nuestros que se halló presente al desbarate que los franceses recibieron sobre Lérida, y hoy lo cumplo, aunque no me ha costado poco el transcribirla, mediante a mis muchas ocupaciones y achaques. Dice así:

"No he escrito a V. R. en toda esta campaña por no haber cosa considerable, pero ahora que el Señor ha sido servido de darnos una victoria tan grande, aunque ha concurrido el especial favor de nuestro Señor y el valor de nuestra gente, no puedo dejar de consolar a V. R. y a toda esa santa casa con la verdadera noticia, y por menudo, como quien se halló tan cerca. Digo, pues, mi padre, que después de haberse procurado hacer la diversión, cortándole los víveres al enemigo para obligarle a levantar el sitio, y no haberse podido conseguir, ya porque los paisanos no pensaron en otra cosa sino dónde y cómo poder llevarles víveres, pasando grandes convoyes, ya por el tesón del Conde de Ancourt, se determinó volver a la línea y embestir las trincheras, y aun dicen hubo carta de S. M. muy apretada para que así se hiciese. Juntámonos todos enfrente de Lérida, más abajo de Castel de Alis. A este puesto llegó el Duque del Infantado con 1.000 caballos y los tercios de Pablo de Prada, que es el regimiento de la guarda, y el de don Alonso de Villamayor (que sea en gloria), el de don Rodrigo Niño y el de Zaragoza y otros.

A la medianoche, el lunes, a 19 de noviembre, y una hora después que llegó el Marqués de Leganés, de Belpuche, con otros 1.000 caballos y los demás tercios, el tren de la artillería, puente y carros de la proveeduría: orden de embestir para el otro día, pero como una lluvia, aunque menuda, tan espesa, sin algún abrigo de fuego, que fue forzoso dilatar la facción hasta otro día, que fue a los 21 de noviembre, día de la Presentación de Nuestra Señora; marchóse el martes, a 20,

a vista de Lérida, tomando el rumbo hacia Flix, tanto que se desconsoló Brito cuando se descuidó el Francés, dándolo ya por hecho, y estaba tan soberbio que decía, y aun escribía, que si no era Dios del Cielo, no le podía echar otro, y así fue que, el Señor con su favor, infundiendo un extraordinario valor en nuestra gente, le echaron.

Cuando yo supe que íbamos a embestir, habiendo hecho alto todos los escuadrones enfrente de banderas, me fui de uno en uno y les hice breve exhortación, arrodillándose todos y llorando los maeses de campo, títulos y señores cuantos había. Luego los absolvía y aplicaba el jubileo de las misiones que había publicado. Fue esto de tanta importancia, que se levantaban gritando. "!Peleemos! Viva el Rey nuestro Señor y la Santa Fe Católica!", que arrojaban en alto los sombreros. Venían a porfía por mí los maeses de campo para que les diese ánimo a su gente y absolverlos, y hubo cabo que dijo que importó tanto esto como si se les hubieran añadido 4.000 hombres más. Para esto me dejó el Señor solo de todos los religiosos que envió S. M. por el señor Patriarca, que todos enfermaron y otros hizo prisioneros el enemigo. Prosiguiendo el suceso, se determinó que se embistiese el miércoles, día de la Presentación, y que fuese de noche por estas razones: primera, que no ofendería tanto la artillería del enemigo, que era mucha, pues se han hallado más de veinte piezas, casi todos cañones enteros y algunos extraordinarios; segunda, porque dándole arma por tres o cuatro partes, no acertaría por cuál se le atacaba con el grueso, y había de dividir las fuerzas; tercera, que con eso no vería nuestra falta de gente, que se nos había disminuido por mitad, pues no había de 4.000 caballos sino 2.000, y no llegaba la infantería a 5.000 hombres, pero la nata. Fue grande yerro no acometer cuando salimos, pero disimúlase con la enmienda.

Con esta resolución salimos del alojamiento al anochecer, dejando todo el bagaje y carruaje en un valle donde se hizo mucha fagina para los fosos; hiciéronse fuegos para desmentir al enemigo. Corría un viento furioso y frío que nos derribaba de los caballos; temíase mucho que nos impediría, ya porque arrebataría la pólvora en desatapando los fogones y no se po-

dría disparar, ya porque daba a unos en los ojos y a otros de lado, pero conocióse el especial favor del Señor y de su Santísima Madre, que al punto que se comenzó a pelear cesó y se serenó el cielo. Íbamos callando, sin atambores ni clarines, por desmentir al enemigo, y esto fue otro y gran milagro que el enemigo, entendiendo que nos íbamos, se había descuidado, de modo que habiendo tenido todas las noches antes un grueso batallón de caballería y de infantería, esta noche dijeron: "Ya no es menester; descansen los caballos y la gente", y el Conde de Ancurt se había acostado, de modo que cuando se embistió, él estaba en su cama. Así lo dicen los mismos monsiures prisioneros de su corte. Con esto llegamos sin que nos sintiesen.

Otra providencia y favor del Cielo que habiendo determinado fuese el ataque a las cinco de la mañana, y dado el orden al barón de Butier que había de venir de Fraga con la caballería de Borgoña y alguna infantería a embestir por la otra parte del río, se resolvió fuese luego, a las once de la noche, porque disparó el enemigo dos cañonazos, y había dado orden entrasen 500 hombres en el fuerte real que acometimos, y si nos tardáramos una hora entrara esta gente, con que fuera casi imposible el ganarle.

Con todos estos favores del Señor, se llegó al fuerte Real, más abajo de Villanoveta, donde el Conde tenía su corte.

Embistió Pablo de Prada por el lado de Villanoveta con un tercio de la guarda que llaman "de los Guapos", y él es el hombre más valiente y dichoso que tiene el Rey. Es portugués, hermano del Corregidor de Lisboa, a quien los portugueses en sus relaciones llaman "el traidor Prada", y las nuestras el más leal y valeroso al Rey nuestro Señor. Así deben llamar a quien, después de Dios Nuestro Señor, se le debe esta victoria, y todos lo dicen, y el Marqués de Leganés le dijo cuando lo abrazó: "Al señor Pablo se lo debemos todo." Es como se verá.

Llevaba por retén a don Rodrigo Niño con su tercio, que es de soldados viejos muy buenos. Por la otra cortina que mira al Segre y sus riberas abajo acometió don Alonso de Villamayor, gran soldado por cierto y de la flor de este ejército. Llevaba por retén el tercio de Zaragoza. Éstos llevaban es-

calas, faginas, muchos instrumentos de garfios para asir las trincheras, y éstos con unas granadas como nueces, que, en asiendo, pegan fuego y revientan arrojando cuadrados y balas, con que hicieron mucho efecto. Arrimaron las escalas al fuerte Real, que era muy grande, con sus cuatro baluartes, fosos y escarpas. El primero que subió y entró dentro fue el capitán don Matías Cacho, del regimiento de la guarda, hombre digno de todo premio. Un soldado arrimó otra escala y fue luego a subir por ella. Llegó el maese de campo Pablo de Prada a subir por ella, y el soldado le arrojó, que no le quería dejar subir primero. Díjole: "¡Oh, traidor! ¿A tu maese de campo no dejas subir?" Dijo él: "Perdone vuestra merced, y suba, que no le había conocido", y queriendo subir otro caballero, camarada del maese de campo, lo rechazó el soldado, y dijo: "Eso, no, suba V. M. después de mí." Y así fue, de suerte que Pablo de Prada con su tercio entró primero, y luego Villamayor, los cuales, sin que les mataran un hombre, lo gobernaron, haciendo cruel matanza en los franceses. Luego abrieron brecha con las zapas para que entrase la caballería dentro del cordón, y así entró en él el Duque del Infantado con 800 caballos y doblaron dentro. Mandó el maese de campo, general Totavilla, que avanzase la infantería abajo a la campaña, gran yerro contra el orden del general, que era por escrito, y yo lo he leído, que se hiciesen fuertes en su fuerte Real y se detuviesen allí, pero con el orden de Totavilla bajaron el regimiento y con él todos los demás tercios. Estaba el de Villalba, que es del Conde del Castrillo, a un lado del regimiento, cuando llegó el Conde de Ancurt, con todo su grueso de caballería e infantería, y acometió como suelen en el primer acometimiento, más que hombres; con todo, le rechazaron, y peleó bien nuestra caballería, y el Duque del Infantado se portó excelentemente, pero volviendo a cargar el enemigo, y habiendo herido a don Diego de Villalba, su tercio dio a huir. Con esto el Francés, viendo que huyen, avanza, y con esto los demás tercios volvieron las espaldas, y luego la caballería salió toda fuera de las trincheras. El maese de campo general y muchos se echaban por los fosos. Aquí hubo gran matanza de los nuestros; murió el Conde de Ovas-

to, portugués, don Carlos Mendoza; fue herido el Conde de Vagos; el Marqués de Lorenzana, don Alonso de Villamayor, murió atravesado de un arcabuzazo por los riñones, y su sargento mayor, don Juan Pacheco, fue herido; don Manuel de Bañuelos, don Diego de Luján. Murieron tres capitanes de caballos; muchos heridos, y entre ellos el capitán don Miguel de Fuentes, hermano del Padre Fuentes, con otros muchos de la infantería. También quedó herido don Rodrigo Niño. Sólo quedó de los maeses de campo, Pablo de Prada. Éste recogió la gente otra vez al fuerte Real, con el sargento mayor del tercio de Zaragoza, Daza, grande soldado que salió herido por dos partes. Pablo de Prada se hizo fuerte en el fuerte Real con 1.000 hombres, y porque el mismo Ancurt en persona les acometía a subir por aquella parte que cae adentro y estaba sin foso ni trinchera, sino exento para subir los carros de la artillería y sus caballos, aquí Prada hizo calar las picas y disparó las bocas de fuego que a toda diligencia hicieron del puesto a un soto pequeño y de sus mismas barracas, una mala trinchera con que se cubrían algo. Aquí Ancurt puso toda su fuerza en romper la gente y echarla del fuerte, con tal braveza, que se desconfió de poderle sustentar, y así avisó Totavilla al Marqués de Leganés, y dio éste orden se retirasen poco a poco y que la caballería los abrigase, no los siguiese el enemigo y los degollase. Comunicóse con Prada si estaba allá con seguridad; dijo que no había que temer, que le diesen otros mil hombres más, que estaba con pocos, y así entraron otros 1.000 infantes, y el maese de campo de Navarra, don Felipe de Agramonte, que peleó bien. Nueve veces los acometió Ancurt y todas las rechazaron, matándole lo mejor de su nobleza, y él en tanto peligro, que le mataron el caballo. Entonces dos caballeros suyos le retiraron, diciendo que el lugar del general no era donde le matasen, sino donde matase él. Estaba loco de rabia, enviaba un batallón de los suyos con infantería, y dábanle una valiente carga los nuestros, matándole muchos, y luego daba la vuelta el batallón y venía otro. Nueve veces chocaron, hasta que tres desmayó su gente y se retiró Ancurt desesperado. Retiróse a su fuerte Real de Villanoveta, y consultó lo que hacían. Resolviéronse que se

hiciesen allí fuertes, y que esperasen a que los nuestros avanzasen, y que salidos del fuerte a la campaña volviesen a cerrar como la primera vez, y con eso mezclados entrarían en el fuerte Real y los echarían de allí a los nuestros, o, si no, dar la batalla en el campo y degollar nuestra gente.

Esto estaba trazado cuando llegó aviso que el barón de Butier con la caballería de Borgoña estaba dentro por la otra parte con 400 caballos y 400 infantes, pero no eran sino 200 caballos y 150 infantes. El cual barón tenía orden de venir de Fraga y acometer por la otra parte, a las cinco de la mañana. Éste venía marchando y a media legua sintió el ataque a las once, y admirado y confuso dudó de lo que había de hacer, porque decía: "Esto debe de ser arma falsa, y si yo acometo, echo a perder la facción; si acaso, es el ataque, que los nuestros están rechazados", porque sintió la suspensión del pelear, hasta que llegó Ancurt al socorro; entonces, sintiendo las cargas tan valientes, se determinó él de chocar también. Llegó a la línea; dijéronle: *"Qui va la?"* Entonces dio su carga, y como eran pocos los que guarnecían, luego huyeron, con que entró en la línea sin contradicción. Había un batallón pequeño y luego los puso en huida. Con esto pasó las trincheras y contratrincheras, y se entró en la plaza; pasó la puente de piedra y dobló hacia Villanoveta. En esto llegó el aviso a Ancurt que los nuestros habían entrado por la otra parte y que los cortaban. Con esto dijo: "Esto es perdido; retirar a Balaguer", y puso su gente por la puente de palo que tenía hacia Balaguer y pasó todo su bagaje. Los nuestros estaban suspensos sin poderle avisar, que si el Barón de Butier tuviera aviso de que el enemigo huía, hubiera acudido al puente y le hubiera degollado mucha gente y cogido el bagaje, que es lo que más siente se le fuese.

Por otra parte, creía que los nuestros habían sido rechazados y estaba en notable cuidado. Al amanecer se vio que el enemigo había huido y cortado la puente de palo; porque no le siguiesen quemáronles las barcas.

Duró el pelear cuatro horas juntas, dando siempre valientes cargas. Olvidábaseme decir que cuando Prada pidió más gente, entró también el Duque del Infantado con 1.000 caballos,

y dieron en el tercio de los catalanes que más abajo estaban en escuadrones y algunos batallones de caballería, y los hicieron huir luego. El cojo de Grogtel tocó arma por Villanoveta, al principio del ataque, y los valones por el cuartel de los catalanes para divertir Ancurt. Llegó éste a la posta a Balaguer con solos 30 caballos. Lleva más de 2.000 heridos y muertos, los mejores y toda la gente particular; viose bien después ser así, porque todos los muertos, que serían hasta 400, eran blancos como la nieve y más, melenas rubias, mezclados con los caballos, que en mi vida vi espectáculo tan horrendo. Confesé a algunos que aún estaban vivos; otros no querían confesarse, que decían ser de la religión, esto es, herejes. En un instante los desnudaron todos; hasta don Carlos de Mendoza estaba en cueros con dos heridas, una que le atravesaba del cuello al costado, y otra en la cabeza; el Conde de Vagos, los mismos nuestros lo pillaron y echaron por el foso.

Son pocos nuestros muertos: no llegan a 100; los heridos, hasta 300; dejó el enemigo toda la artillería, más de 30 cañoñes, los dos puentes de barcas y de palo, muchos víveres y municiones. En el Fuerte Real que ganaron los nuestros, había tres piezas de artillería, que luego cargaron y les hacían grande daño a los franceses. Brito no hizo surtida porque no tenía gente; esto le faltaba, que víveres tenía para cuatro meses más. Antes se le han muerto muchos soldados de hambre, pudiéndoles dar más onzas, y así perdiera la plaza por sobra de víveres y falta de gente. Hay algunos prisioneros, no muchos, y algunos de cuenta.

Ésta es, mi padre, la relación cierta de lo sucedido para que V. R. dé gracias al Señor y a su Madre Santísima, que en su día se comenzó la pelea y el jueves se ganó la victoria, desagraviándose el Santísimo de tantos agravios como aquí estos sacramentarios le habían hecho públicamente, predicando la Preja en el sitio y aun se dice que en la parte que fueron vencidos.

Al Duque del Infantado se debe mucho por la grande instancia que hizo para que se acometiesen las trincheras, y después peleó muy bien, poniéndose en el mayor peligro. Débese la victoria principalmente al valiente Pablo de Prada, y confieso a V. R. que yo tuve alguna parte, de modo que ahora to-

dos los soldados y aun señores, cuando me ven, me llaman el Padre de la Victoria. Diome el Señor su espíritu aquel día para exhortarles y disponerlos, y una voz de clarín. Sea el señor glorificado por todo, que esto ha sido evidente milagro, porque el enemigo tenía 8.000 infantes y 2.000 caballos, y esto es cierto, y lo confiesan todos los prisioneros y nosotros no teníamos 5.000 infantes y sobre 2.000 caballos, y esto es también cierto, y ellos fortificados de meses, que admira el ver lo que han trabajado.

V. R., mi padre, se acuerde de éste su siervo en sus santos sacrificios y oraciones y comunique ésta con el señor don Fernando, a quien beso su mano, y con el señor don Francisco, y crea V. R. que ésta es cierta y verdadera, y que lo más vi yo porque estuve exhortando los tercios, así como iban entrando a pelear; por señas que dieron dos balas de artillería en el mismo escuadrón donde yo actualmente estaba entonces y muchas balas de mosquete que pasaban zumbando. Toda la noche confesé marchando y cuando hacíamos alto: en mi vida he trabajado más. Sea a gloria del Señor, que me guarde a V. R. Lérida y noviembre 24 de 1646.

En este mismo punto he hablado con los prisioneros franceses que están en nuestras aulas, y con un capitán de caballos de ellos, y me asegura que los cogimos durmiendo a todos y que el de Ancurt estaba en la cama, que pensaban nos íbamos a Flix."

Dirigida al P. Pereyra, residente en Sevilla, por el P. González, de Madrid.»

IX

HUESCA, 22 DE DICIEMBRE DE 1646, A DON FRANCISCO ANDRÉS DE UZTARROZ

«*Pax Christi,* etc.

Al P. Martínez dejé encomendada unas brazas que me hacían de lienzo encerado, y le he escrito que Vm. ha de venir para año nuevo, y me las podría traer y en ellas puede Vm. meter mucha cosa y estrenarlas y enseñármelas a buenas costumbres de buenos papeles. También le encomendé unos cristales en un joyelito: todo lo tiene a punto.

Suplico a Vm. me haga merced de traérselo y venir luego, que la librería del amigo don Vincencio merece quien también la sepa lograr como Vm. También suplico a Vm. se sirva de traerse a un tal Sá, portugués poeta que es tan bueno que me dice lo tenía siempre abierto el Conde-Duque. Tendrálo sin duda don Francisco de Urrea: es en portugués en quintillas o redondillas... Y todo lo bueno e ingenioso que Vm. hallare, porque la *Agudeza* ha de salir muy aumentada. Guarde nuestro Señor a Vm. y nos le traiga con salud. Y tenga Vm. felicísimas Pascuas con todos esos señores; y a nuestro Padre Señor Monje de San Juan de la Peña, un gran parabién del señor Abad: todo le viene a pedir de boca, que quien se muda Dios le ayuda. Huesca y diciembre 22 de 1646. A mi Señora Doña Tomasina las Pascuas por todos.

de Vm., BALTASAR GRACIÁN.»

X

HUESCA, 3 DE MARZO DE 1647, A DON FRANCISCO ANDRÉS DE UZTARROZ

«*Pax Christi*, etc.

En este instante se despide el Señor Fr. Jerónimo, que asiste a San Juan de la Peña, bueno y colorado, etc. Fue muy acertado el quedarse aquí, que allá ya fuera muerto. Paréceme que su obra de Vm. ya está muy adelante, y como se podía esperar; la nuestra mañana se acaba, que el buen Nogués va tan a la larga como Vm. sabe; ya remitiremos algunos libros para que Vm. nos los haga despachar en los amigos libreros, digo que nos los venda como el amigo Roberto y algún otro; también enviaremos para Madrid unos 200 ahora y otros 200 del *Oráculo*, que los piden de allá; aquí creo se despacharán ahora unos 200.

Lo que más se me ofrece suplicar a Vm. por ésta es que me haga favor de saberme (un tal Isidro Vicente, hijo de un tal Vicente que vive hacia la Cuchillería. Su padre ya murió, era procurador) saberme Vm. y decirme qué cosa es su calidad, qué hacienda tiene, qué empleo si practica, qué obligaciones, y si unos bastardillos de su padre viven, y qué obligación con ellos; que es cosa que me importa y a una persona que Vm. estima, y esto sea con brevedad, si puede ser para la estafeta... Tiene aquí un hermano Fr. Bernardo.

Los amigos están buenos, aunque don Vincencio siempre de mal humor. Si con estas bodas a que acude cada día no se mejora será incurable; por acá todo es casamientos; no hace otro el Conde de Atores; dos viudas casa ahora; anoche se juró con la una, doña Isabel Cohon por don Francisco Sans de Corses, y a doña Mónica de Torres tiene muy adelante con un tal Bellabuga de Monzón. Sólo nuestro amigo no acaba de resolverse. El canónigo Salinas, contento y muy de himeneo; la cosa más bien dispuesta: todo con grandeza. Señor mío, Vm. se esfuerce y mande. Huesca y marzo 3 de 1647.

Doy a Vm. la enhorabuena de la Ilustrísima monja, y a todos esos señores beso las manos.

de Vm., BALTASAR GRACIÁN.

Señor y amigo Dr. Andrés.»

XI

HUESCA, 10 DE MARZO DE 1647, A DON FRANCISCO ANDRÉS DE UZTARROZ

«*Pax Christi,* etc.

Muy caro es Vm. de ver, y muy a costa de los amigos ha sido este cargo. Pero al fin recompense Vm. la tardanza de la venida con una flota de curiosidades. Sobre todo Vm. haga imprimir el Índice de la librería de don Francisco, que a más de la utilidad de que se sepan los libros y para la codicia de los compradores será de suma honra que se admire el mundo de ver la estudiosidad de nuestros aragoneses. Sólo hay un inconveniente para nosotros, que nos encarecerá el valor de los libros que deseamos. Vm. no deje de recoger, si halla, *El pastor fido,* del Guarini, y si está en castellano mejor. (Yo le vi y le leí traducido.) Y si no, sea en italiano, como se hallare. El portugués Sá, que yo digo es poeta porque acaba una quintilla así "noso entendimento propio no nos le quieren dexar", y es todo así, muy sentencioso y crítico. El Conde-Duque siempre le traía consigo. El romancero portugués será gran cosa. Al fin, señor, aquí se ha de ver su buen gusto de Vm. y buena voluntad con los amigos. De Madrid me dicen me enviarán algunas cosas curiosas; un Orozco dicen, que hay de los equívocos, gran cosa, que excedió a Ledesma. Si Vm. le halla, todo entrará en provecho. El *Obelisco* del Príncipe está muy bueno y lo selecto lo califica mucho, que en los otros certámenes salía mucha broza con desdoro de nuestra Patria. Éste puede lucir dondequiera.

Paréceme que el canónigo Lastanosa irá luego por allá. Sea feliz la venida. Vm. se sirva dar muchos recados a nuestro

Padre de San Juan de la Peña, al señor Baltasar y a todos. El otro día nos espantó un librito del Padre Eusebio que me remitió el Padre La Naja de dictámenes buenos y bien declarados: pero, bien mirado, no nos desmaya ello; gánanos de mano en el asunto que es harto. Guarde nuestro Señor a Vm. muchos años. Huesca y marzo 10 de 1647.—De Vm. siervo,

BALTASAR GRACIÁN.»

XII

HUESCA, 21 DE JULIO DE 1647, A DON FRANCISCO ANDRÉS DE UZTARROZ

«*Pax Christi,* etc.

Estimo la merced que Vm. me hizo de remitirme el soneto del señor Infante y el madrigal a San Esteban. El segundo tomo de Mateo Alemán estimaré mucho y si Vm. puede sacar alguna cosa buena y heroica de la prima doña Tomasina, me holgaría de mostrar la estimación que tengo y debo. Doña Ana está ya campanudamente; la de aquí y la de Casbas estará también. Doña María Nieto ya va con repique, etc., Vm. saque lo que le suplico. A mi hermano me hará merced mandar dar esa carta. El Padre señor Jerónimo ya llegó con felicidad a San Juan, y creo le irá mejor por allá. Ya le serví con un par de *Oráculos* de buen papel. Si hay algún otro libro por allá digno de su calificación de Vm. o manuscrito, algo que pueda aprovechar, no deje Vm. pasar la ocasión. Al Señor Baltasar y a todos esos señores beso las manos. Huesca y julio 21 de 1647.

—De Vm.

BALTASAR GRACIÁN.

Señor Dr. Andrés.»

XIII

HUESCA, 12 DE ENERO DE 1648, A DON FRANCISCO ANDRÉS DE UZTARROZ

«*Pax Christi,* etc.

No escribo a Vm. tanto las gracias de la honra que Vm. me hace en el *San Orencio,* que reconozco por suma, cuanto la norabuena del realzado y elocuente estilo, que aunque en Vm. no es nuevo, pero en éste parece que se excede a sí mismo; no he visto más que los dos pliegos 3 y 4, pero me han satisfecho mucho. Será sin duda la obra muy estimada por el asunto y por el modo; y así me dice el amigo don Vincencio tiene Vm. otro aún más de su gusto que dar luego a la estampa. Esto sí que es correr y aun volar y no como nosotros a paso de un nogal que es menester siempre coger el fruto con violencia. Vamos ya en el pliego 38: tendrá la obra 50 según tanteo, y así Vm. nos habrá de remitir otra bala de papel, que con eso habrá recado, y sea tan blanco y bueno como el pasado. Vm. sí que lo ha acertado en el papel de Francia, porque aún en la materialidad salga perfecto; todo huele a riqueza de Cronista real. El amigo Canónigo está bueno: vase cada día remontando como Vm. habrá visto en la *Cleopatra,* que está muy donosa. Nuestro santo monje está buenísimo, gracias al Señor. Vm. se acuerde de mandarme y sea servido dar mis besamanos al señor Baltasar Andrés, señora hermana y a mi señora doña Gracia Lastanosa con el señor don Alejandro. Guarde Dios a Vm. como deseo. Huesca y enero 12 de 1648.

—De Vm.

BALTASAR GRACIÁN.

Hoy nos han leído un gran elogio de su Amigo de Vm. el Almirante Porter en un tomo que ha compuesto de las Misiones de Cinaloa el Padre Provincial de Nueva España. Con todo eso me atengo al nuestro en el *Arte.*»

XIV

HUESCA, 30 DE MARZO DE 1648, A DON FRANCISCO ANDRÉS DE UZTARROZ

«*Pax Christi,* etc.

Estimo mucho el presente de *San Orencio,* que lo que todos habíamos de pagar a Vm. al contrario Vm. lo franquea. Está muy de su pluma y disposición, todo acertado aun en lo material del papel y de la impresión. No así el nuestro, en todo manco; remedioso lo del Antonio que no sé cómo se fue, porque yo lo había mirado en una dedicatoria de Conclusiones y ha sido yerro con acierto, porque se ha impreso aquel medio pliego en papel francés, siquiera la entrada engañe. Hoy se le remiten a Vm. para Madrid 100 *Artes,* ésas para el amigo Salinas, para que Vm. las avíe a Madrid a *Roberto Lorenzo, mercader de libros; vive más arriba de la Soledad.* En un naipe puede ir este sobreescrito cosido. También yo abuso del favor y merced de Vm., pues tomando ocasión de esto le remito otro fardo, con 300 *Oráculos* para el mismo Roberto; los portes de aquí a Zaragoza yo los pago aquí a Jaime del Rey; de ahí a Madrid, allá Roberto y *remito dos reales* para que se lleven *a su casa de Vm. y de ella al ordinario* de Madrid. Jaime del Rey los dará. Perdone Vm. que la comisión es atrevida. A todos esos señores beso las manos. Huesca y marzo 30 de 1648.

De Vm. BALTASAR GRACIÁN.

Amigo y Señor Juan Francisco Andrés.

Esta carta es para Roberto Lorenzo en Madrid, para que la lleve el ordinario con los fardos. Ya yo le escribo otra por la estafeta.»

XV

ZARAGOZA, 22 DE FEBRERO DE 1652, A LASTANOSA

Lo particular de ella es: «Ya por mi cuenta no ha de ir cosa, sino por los mercaderes, y que me pague el original y

sacar algo de la dedicatoria, que el pasado me ha valido en esto 100 escudos libres y horros. Sólo Pablo de Prada me ha dado en dinero y presentes 80 escudos y muchas gracias; verdad es que es amigo de primera clase.»

XVI

ZARAGOZA, 29 DE FEBRERO DE 1652, A LASTANOSA

Dice: «Esta campana de Velilla ha ocho días que tañe poco o mucho cada día: nos tiene espantados y van muchos a verla.»

XVII

ZARAGOZA, 21 DE MARZO DE 1652, A LASTANOSA

«... Aquí nos guarda milagrosamente la Virgen en la aflicción de la peste, y no por falta de pecados. Todo es asesinos y ladrones, que ya del sexto no se hace caso. Han cogido a los de la muerte de don José de Contamina... Dentro de cinco días se le acaba el tiempo a Torrero, el que mató a doña Úrsula y la echó en el pozo. Dicen tiene un cómplice de alta importancia, pero, como digo: *agua bendita hay para todos.* Mejor anda la Inquisición en la visita de Catalayud, donde está don Antonio de Castro. El otro día, dicen, le fue llevada una arquilla o cofrecillo de una grande hechura, y que así como la abrieron en su presencia y a vista de muchos, cosa rara y la escriben hombres verídicos, saltaron encima un bufete muchas figurillas bailando, y entre ellas tres frailecillos de tres religiones que no las nombran; pero se sabrán, y de éstas cuentan grandes cosas. (No reflexiona más sobre este caso.)»

XVIII

CARTA DEL CANÓNIGO DON MANUEL DE SALINAS A GRACIÁN

«Huesca, 17 de marzo de 1652.

Antes de recibir su carta de V. P. tuve en el pliego de nuestro amigo el Coronista Andrés mi romance latino con las notas de V. P., y como su respuesta ha de ocupar lo más, y esto me coge con dos sangrías y la cabeza harto mal tratada de un corrimiento, responderé a otros capítulos brevemente.

Luego que recibí su carta de V. P. con las nuevas, no advertí que me decía era también para don Vincencio, y después rehusaba el enviársela por lo que V. P. decía de las paces de ambos; pero al cabo se la envié. Verdad es que he visto dos cartas de las de V. P., pero ha sido por tercera persona; que yo no me atrevo a cansarle, aunque le amo como antes, y creo le merezco el mismo afecto.

Cuanto a la *Susana,* hay opinión que no podía hallarse más propia voz que *labia* adonde se coloca. La voz *balsas,* si se tiene por vulgar, lo será también *cielo y tierra;* y *sol y luna,* pues no tienen estas cosas otros nombres en nuestra lengua, y me holgara mucho saber cómo los que componen realzado dijeran para nombrar *balsas* sin nombrarlas.

En los epítetos corre lo mismo: y al fin no nos detengamos en esto, que *cuerno* y *badajo* está dicho en su ocasión.

Con mucho realce, como yo, los he visto nombrados en una de las más célebres obras de Bartolomé Leonardo que no está impressa, y cuando yo se la comunique a V. P. me lo ha de estimar mucho.

Vamos al romance latino, en que me dice V. P. ha notado algún solecismo, alguna romanzada y alguna impropiedad. Cierto, mi Padre, que si no conociera a V. P., o si hubiera dádole alguna ocasión de olvidarse de mi amistad, pudiera creer que estas notas no son de amigo, sino de los que leen y escudriñan las obras con ansia de zaherirlas y de hallar tropiezos en ellas. Responderé brevemente a cada una y conocerá el desapasionado quién tiene razón.

En la primera copla, nota debajo el término *a nativitate.* Yo

creo que habrá muchos que dirán que he puesto chapines con esa palabra al linaje de mi Mecenas y que él no está descontento de la copla.

En la segunda, decir *clara Progrenies heroum,* o ponérmelo al principio no sé qué sea más que ganas de borrar. En la copla séptima, ¿qué tiene más *Sive* que *Seu?* En la copla octava querría que me dijese V. P. por qué me condena la frase: *pulchro impositus equo,* que la hallará V. P. en Famiano, Estrada y en otros, y me pone *insidens equo veloci,* echándome a perder el verso. *¿Genuit quem* está más bien dicho que *quem genuit?* Por esto se dijo *elegante hablasteis mente.* En la copla décima no es justo me quite V. P. *ipsius nutritio* por ponerme *mutuis amplexibus,* que no significa lo que pretendo, que es más que abrazos de Minerva. Ésta es la dedicatoria.

La primera copla del texto, totalmente me la echa a perder V. P., así en la elegancia y sentido como en el verso, que el tercero ni es verso ni es nada: díganlo las coplas.

Mía:

Gaudebat Ecclesia et Orbis
Diei celebritate
Quo Principes, Clavium unus
Ensisque, portitor alter.

De V. P.:

Gaudebat Urbis et Orbis
Ecclesia celebritate
Dum Princeps claviger unus
Ensisque portitor alter.

La segunda copla tiene lo mismo que la segunda de arriba. En la tercera, cuando halle V. P. quien tenga por mejor *noctis elapsa meta* que *tempore exacto,* lo mudaré y también el *facta crepuscula* por *orta.* En la copla quinta, me condena V. P. *cepisset purpurissare,* y pone *inequitare.* Repare V. P. que es frase de Apuleyo y Marcial. En la copla séptima, dice V. P. que es breve la palabra *affatim;* ¿quién se lo niega? Así viene bien al ver-

so y cuando quisiera defender que es larga no me falta apoyo en Peroto, por ser compuesta del advervio *fatim,* el cual se deriva del verbo *For, faris,* y pues, según el Nebrisense, *fatum,* por derivarse de *fatus, a, um,* tiene la *a* larga, *Fatim,* que tiene la misma derivación, la tendrá también larga y, por el consiguiente, su compuesto, *affatim.*

Lleguemos ya a la copla doce, donde digo: *arcano Phoebi lumine,* y V. P. nota a la margen sobre la palabra: *Arcano: impropio, que no es escondido, sino patente.* Aquí lo cojo lindamente a V. P. y verifico lo que escribió Pico Mirandulano al Bembo, hablando de *imitatione,* que el nombre del autor acredita tanto la escritura, que si versos de Virgilio o cláusulas de Cicerón las referimos por nuestras, no faltará quien las condene por malas. Esta frase, mi Padre, es de Marcial, y en él la ha celebrado V. P. mucho. Acuérdese V. P. del Epigramma 36 del libro VIII, que comienza: *Regia pyramidum,* y V. P. le celebra en el *Arte,* y yo le traduzco.

En la copla 21, en el tercer verso, ya pudo conocer V. P. que fue yerro de la pluma el decir *Sertit,* y que había de decir: *textilibus Sertis,* que es frase de Marcial, libro 6º, epigrama 80. Verdad es que el verbo *squallere* significa propiamente estar sucio, pero debe acordarse V. P. de la elegancia con que le traen a otro sentido los mejores autores. Lipsio se lo acuerda a V. P., pues denotando lo inaccesible de la jurisprudencia por la multitud de textos, dijo *Squallentem Sylvam Legum.* Vea V. P. si quiso decir sucia.

En la copla 22 el infinitivo *credere* me le hace V. P. finito, y echa a perder el verso y el sentido de la copla. En la copla 27 digo *frondi salicto* y V. P. lo reprende de solecismo; barbarismo bastara que fuera y aún de éste lo librara algún docto, pues no tiene otro daño que haber inventado el vocablo, porque el adjetivo *frondens* es impropio para el caso, y si los vocablos nuevos para hablar más propiamente se condenan en los autores, muy condenable estará Plauto, Apuleyo, y más Horacio, que en su *Arte* da esta licencia, la cual se ha tomado V. P. más de una vez sin ser menester, que es lo que condena Quintiliano, riéndose de los tales inventores de vocablos, pues en cosa de poco momento se exponen a mucha nota,

como la experiencia lo enseña. En la copla 35 me condena V. P. el genitivo *orium*, y es verdad que Calepino, a quien V. P. ha seguido, no le da, pero creo que tiene más autoridad Plinio el Mayor, de quien dijo Hermolao Bárbaro (como ha visto V. P. en la epistolica de este romance) que *tunderemus aquas* en la lengua latina. Si Plinio hubiera faltado, con ser así que llegó a aquel siglo tan adulterado, éste, pues, cita Despauterio para el caso con estas palabras: *Os quando genitivos est Oris non vererer Orium et Oribus dicere: quia doctissimi ita non multum raro legunt.* Plinius, Lib. 20: *Vitia orium graveolentia que sanare affirmat Cato;* y así parece que tengo bastante arrimo para tapar las bocas que se opongan a éstas del genitivo. En la copla 56 sobre la palabra *factitio* dice V. P.: "No hay tal vocablo." ¡Oh, cuánto me admira! Vea V. P. las Epístolas de Policiano, y hallará que Scala lo llama *Herculeum factitium*, y Estrada en la prolusión del estilo poético se vale del vocablo: dos testigos bastan para condenar a muerte. En la copla 66, donde digo *orbes circumda,* dice V. P. que el verbo es impropio y me da que pensar si se está V. P. aun en el error de los Filósofos que creyeron que no era redondo el mundo, porque siéndolo no puede haber verbo más propio en la lengua latina; la nave Victoria lo diga, que rodeó de polo a polo. En esta misma copla, condena V. P. el verbo *protelet:* no lo ha debido de ver, como yo, en Tertuliano. *Clangens* también me condena cuando me defiende Apuleyo. En la 67, dice V. P. que es mala sintaxis *obeo decantare,* queriendo decirme V. P. que había de decir *ad decantandum.* Según eso, Virgilio hizo mala sintaxis en muchas partes; en una dice: *et cantare pares, et respondere periti.* El poner el infinitivo por gerundio de acusativo es en los poetas latinos imitación de los griegos: véase a Escobar sobre el Nebrisense, que él escobará la conciencia de este escrúpulo. En la copla 71 me condena lo primero V. P. el ablativo de modo: *romana elocuentia,* y se tienta V. P. a condenarlo solecismo, cuando de ningún modo puede serlo; el caso fue que no atendió V. P. al sentido, que es, que con el estilo y elocuencia latina sabe unir y poner en concreto la melifluidad de Ambrosio con la viveza y acrimonia de Jerónimo. No condene V. P. el adjetivo *ambrosiam,* que se enojaran Saturnia Regna y

otros mil. En la copla 92 dice V. P. que es impropia la frase: *gratias non sentit saltantes,* pero si la viera V. P. en un elogio de Juan Pico a unos versos de Pedro de Médicis, no se atreviera a decir del Fénix de Italia que habló impropiamente. Ya no resta para salir de este empeño grande sino satisfacer a la última nota en la copla 95, la cual pudo *prima facie* dejarme aturdido [...], porque sobre la oración *et ignavie pestis ingeniorum fugiens* señala V. P. en los dos genitivos dos solecismos a la par: desdichada pareja [...] para correrme si hubiera de atenerme al canto llano de las escuelas menores cuando al regimiento del verbo *fugio,* pero V. P. sin duda habrá [...] enseñado muchas veces que no son solecismos porque los nombres con forma de participio rigen caso de nombre y no de verbo. Torrellas (si no me engaño, que no quiero presumir de bravo en la defensa) lo dijo en aquellas palabritas de su Syntaxis: *et adiectivam formam participiorum habentia,* etc. Sírvole a V. P. con dos parejas por la que me imputa de solecismos. *Caesar primo de Bello civili: Alea erat tam tardus ET FUGIENS LABORIS. Tacitus: vulgus CUPIENS VOLUPTATUM. Teren.: Herus per Liberalis ET FUGITANS LITIUM. Juvenalis: METUENS VIRG[ae] iam grandis Achilles. Salust.: Sui profusus, ALIENI APPETENS.*

Esto es lo que en breves horas, y sin poder cansar mucho la cabeza, he podido discurrir y hallar en mi defensa. Suplico a V. P. me avise si se satisface, y si tiene alguna duda más, que mi deseo es de aprender y para conseguirlo aprovecharme más de su grande erudición y censura de V. P. He hecho esta defensa, no como igual, sino como discípulo humilde que venerará siempre a V. P. como maestro y verdadero amigo, ofreciendo dar satisfacción siempre de que mi docilidad *non solum potest corrigi sed corripi,* como dijo Lipsio. Guárdeme Dios a V. P. muchos años como deseo. Huesca, 17 de marzo 1652.

V. P. me perdone le suplico si en algo excedo con el deseo de disculparme: no dudo que entenderá que éstas son contiendas del ingenio, no de la voluntad.

Mi Padre Baltasar Gracián, siempre discípulo y... de V. P.

q. s. m. b.,

J. MAN. SALINAS.»

RESPUESTA DE GRACIÁN A DON MANUEL DE SALINAS DESDE ZARAGOZA

«Bien sabe Vm. que ni de la *Susana,* ni del romance yo no decía mi sentir hasta que Vm. me ha obligado y no con intento de ser Salinomastix, que ya murió el ingenioso Salba, sino como amigo de Cristóbal representar algún tizne, que no deformidad, dije un átomo de lo que sentía, porque no dije de la *Susana* lo que un gran ingenio, que parecían versos de ciego y de quien no veía mucho; otro, que esa *Susana* había vuelto por el testimonio que les habían levantado a las traducciones del *Arte de ingenio,* y así otros; yo no diré sino que era poema humilde; lo asonante, vulgar; los epítetos, pobrísimos; la agudeza, rara; la prolijidad, suma; algunas palabras, civilísimas, que aunque no haya otras como *candil, cedazo, orinal,* etc., que no son para el verso así vas [...] y más para una reina que tiene tantos estanques, etc. Pero lo que no puedo disimular es lo que Vm. responde a las objeciones del romance, y dejando que todo él está lleno de hispanismos, impropiedades, barbaridades, sólo voy a lo de los solecismos, y comenzando por la dicción *orium,* plural de *os, oris,* responde Vm. que Plinio la usa; éste, señor mío, fue un error del puro gramático y verdadero Asino Dispauterio, que por leer *earum* puso *orium;* así le sacuden cuantos humanistas hay y los buenos latinos, y fue tan ignorante en esto Dispauterio, que aun a un autor tan grave y elegante como Plinio le quiso atribuir una impropiedad como ésta, porque nunca Plinio ni los clásicos autores dicen *las bocas,* sino *la boca, la lengua, la cabeza,* porque es una; *los ojos,* sí, *las narices, las orejas;* a más que, como bien dicen los que tratan ese punto, en el cap. 9 del libro 20, donde Dispauterio lee *orium* habla en él Plinio de las narices, y así dijo: *earum grabeolentiam sanare affirmat Cato,* y en los códices antiguos y correctos así dice, no *orium;* ni en toda la latinidad se hallará autor alguno que diga *orium,* y a Dispauterio le llama un grave autor *Corruptor Plinii.* Y esto, señor mío, es hablar con fundamento, y como quien ha leído retórica y prosodia y mayores y seminario en mi religión, y crea Vm. que quien ha de dar a los

latinos de mi religión un tapaboca habrá de tener más abiertos los ojos.

El segundo solecismo de cuatro cuartos, que yo le dije a Vm., es decir, *erat in forma Theatri.* Aquí hay solecismo claro, ni excusable, una romanzada y una impropiedad: el solecismo, en decir *in forma,* que había de decir *in formam;* la romanzada, decir estaba en forma de Teatro *erat in forma Theatri,* que es como aquel que decía: dad aire al verso, *dato aera,* armado de punta en blanco, y decía *armatus de cuspide in album;* la impropiedad, que ya que dijera así ha de decir *in speciem Theatri,* no *in formam, sed in speciem, vel ad modum.*

El tercero *Hortus squalet floribus* no tiene salida, sino que es no entender la propiedad y la significación del verbo *Squaleo,* que significa estar sucio, y la autoridad que Vm. cita de Lipsio es condenarse, porque allí Lipsio dice que con tantos textos y leyes han llenado de basura y de broza el derecho. Y así dice *Squalentem Silvam legum,* y de ahí tomar ocasión para decir uno *Coelum squalet,* él dirá una impropiedad y no entenderá de latín.

Cantans in frondi Salicto: aquí hay dos solecismos inexcusables porque *in* pide ablativo allí, por ser quietud, y *frondi* está en dativo, *salicto* es neutro: Virgilio dice *fronde salicta;* si *salicto* toma allí adjetivado, sino sustantivo por *salicetu* sincopado, ha de estar en genitivo, y no sé qué inventa Vm. aquí, si no es que tenga licencia de inventar solecismos, porque *frons, dis,* es latino versado Sa [...] aunque no tanto, pero lo es, y así no sé por dónde Vm. excusa este solecismo preñado, que [casi] siempre van a pares. Lo de *cantare* es vulgar solecismo, porque los verbos de movimiento piden supino, y esto, ni el asilo de Dispauterio puede excusarlo ni vale aquí su sacristía. La autoridad que Vm. cita de Virgilio es sino *ad effesios ad troyanos:* ¿qué tiene que hacer esa autoridad de la égloga 7 *et cantare pares,* etc., para si los verbos de movimiento piden supino o infinitivo? Digo, señor, que *non est ad rem* y que nace de no estar en la propiedad de la lengua latina.

Orbes circundare, impropiedad redonda, si no cuadrada, porque, señor mío, quién ignora que *circundo* significa *rodear,* ligando como la ciudad, los muros que la rodea, *moenibus cir-*

cundare urbem, zona corpus, etc.; *circumeo* es rodear con movimiento, y así el Sol *circumit orbem;* de la nave *Victoria* se dijo: *Prior ego velibolis ambibi cursibus orbem.* No dijo: *Prior ego circundedi,* como Vm. dice; corona, se dice, *circundat Caput,* porque ciñe *permanenter.* Vuelvo a decir que es no entender la latinidad. *Tubam clangens,* solecismo irremediable; ni Apuleyo, ni el más licencioso hasta hoy, ha usado a *clango,* sino, o sin caso, como el autor de *Filomela: Aquile clangunt,* o con ablativo de instrumento como Valerius, libro 3: *tuba clang* [it].

Gratias non sentit Saltantes, vuelvo a decir, y estoy en ello, que *sentio* allí está impropio, porque a más de que es hispanismo, no siento a Pedro: *non sentio Petrum, sentio* no se usa sino por el dolor, o para entender, pero pase, como dijo Plauto, *sentio sonitum,* no por elegancia.

Factitio, nis, digo que no hay tal dicción latina como Vm. supone allí *facticius, a um.* Si le hay, cosa hechiza, no natural, sino con arte. Allí Vm. pónele *factitio, onis,* y si no es solecismo como allí está, por eso le condené yo, a que no le hay, por no admitir solecismos. Aunque yo creía que Vm. lo inventaba, como dice de otros, que cierto es bravo aliento querer competir con un romance en tomar la licencia que tienen Virgilio en su *Eneida,* y Horacio con sus obras. Y, señor, en el latín no se puede inventar ahora, sino en algún término de cosa que no le había entonces, como *bombarda, Sclopetum,* etc. En el castellano puédese inventar ahora, porque estos autores van haciendo la lengua.

La latina, como no es usual, ya se supone hecha, ni hay salir de lo que se halla, ni se puede dar casos a los nombres que no le tienen. *Arcano Phoebi lumine,* Marcial lo dice, y bien en el epigrama 36 del [...] porque habla de la casa del César en el monte más alto de Roma, donde estaba tan levantada que cuando el Sol estaba aún allá en los antípodas ella ya le gozaba; por eso dijo *arcano* para los demás; pero en una casa de campo hundida ella, y a más de eso asombrada de los árboles, decir lo que de la otra en lo alto, exenta, etc., vea Vm. qué bien convendrá y cómo va la imitación. Eso mismo responde Vm. a lo de *Susana,* que imita a los Leonardos, y paréceme es como aquel caballero que viendo al rey don Fer-

nando, le cogió un gesto feo, que hacía vicio, que le quedó de una enfermedad.

A nativitate es idiotismo castellano; en latín no hay sino *natalis,* o *natalium;* ningún autor lo dijo, y Cicerón por el más basto no le usa; sólo en una ley lo usa Ulpiano por no tener modo como decir con claridad un punto. En todo el latín no se halla otro, y en la sacristía de la iglesia. *Genuit quem* y *clara progrenies Heroum* traspuse yo, y dije: *quem genuit, heroum progenies clara,* porque en el latín es más elegante *quem genuit,* porque el caso tras el verbo es composición de niños; lo mismo *clara progrenies heroum;* seguidito, llanito, no caiga el niño, y con todo eso da de ojos. *Nutricio* sin adjetivo no está bien porque no hay sustantivo propio. Sólo una vez lo usa Séneca, y por eso le censura Quintiliano, *Romana eloquentia;* y de otros, como no tengo el texto, no puedo dar la razón por que fueron condenados, así como *Protelet,* que en el sentido que ahí está no le tiene, que en su verdadero sentido no sólo Tertuliano, pero todos, o casi todos los antiguos lo usan. El *non avis Pestis ingeniorum fugiens,* como coinciden allí tres genitivos está duro y vicioso, lo cual no cometen las autoridades citadas, pero del modo que yo le vi, paréceme era solecismo de a dos como algunos de los pasados; ya digo, como no tengo el texto, no puedo hacer la censura absolutamente. Señor mío, el papel para quien no sabe latinidad es gran cosa y espantosa, pero quien la sabe y la ha leído como son ocho Padres aquí, todos maestros de mayores, los mejores latinos que se hallan en gran parte y que han leído los Seminarios de la Compañía, que es lo que más se puede decir, todos se han reído y dado la sentencia de Marcial, que sólo un borrón desde el principio hasta el fin puede ser enmieda: una *litura potest;* así que no trate Vm. de imprimirlo tan a prisa como la *Susana,* que descubrirá la verdad y declarará testimonial. Siempre me tiene Vm. muy a sus órdenes. Zaragoza.»

XIX

ZARAGOZA, 12 DE JUNIO DE 1652, A LASTANOSA

«Me impiden que imprima y no me faltan envidiosos, pero yo todo lo llevo con paciencia, y no pierdo la gana de comer, cenar, dormir, etc.»

XX

ZARAGOZA, 24 DE DICIEMBRE DE 1654, A LASTANOSA

«Aquí se vende la librería del Marqués de Torres: en ella hay de todo y algo muy curioso. En casa del virrey se juega muy alto: hay quien ha perdido siete mil de a ocho; otros a mil; hay tres mesas. Yo creo que el Duque no sabe se juegue tan alto. [...] Aquí suceden muchas desgracias; cada noche matan; el virrey no se descuida en castigar, pero libertó en la visita de la cárcel a una mujer que, irritada, mató a su marido tirándole no sé qué; lo cual glosaron muchos que no debe tener el duque mucho cariño a la duquesa.»

XXI

ZARAGOZA, 18 DE FEBRERO DE 1655, A LASTANOSA

«Al contrario en Castilla, donde se despacha ésta [*El Criticón*] como mis otras obras... Yo sabré de Martín Navarro lo que hay de aquellos libros y me holgaré de verlos, con que me tiene el Martín muy enfadado por unos libros que me han hecho falta.—P. D.: Al señor Canónigo le diga Vm. que si me quiere enviar a buscar 50 misas, me hará gran favor, y que ahí le remito la cédula de la otras 100, como se han dicho, y yo he añadido mías algunas para más seguridad. Aquí siempre duran los pleitos, y así dijo don Miguel Coloma, preguntando a quién habían dejado sus estados los Condes de Aranda, de

Sástago y Guimerá, dijo que a los abogados, notarios y procuradores.»

XXII

ZARAGOZA, 19 DE AGOSTO DE 1655, A DON FRANCISCO DE LA TORRE Y SEVIL

«*Pax Christi,* etc.

El correo pasado no pude escribir a Vm., aunque recibí su pliego, por tener más negocios que monseñor García. De salud, gracias al Señor, bien, y más para servir a Vm. Grandes calores, y lo mismo escriben de todas partes. Su tiempo es. Viniendo a las novedades, haga el primer papel nuestro Híjar con su duquilla. Seis meses más de lo que requiere el derecho tiene para casada. Dicen que la vieja, al cabo de sus días, juega a las muñecas. No está fea como decían; negra, sí. El día que yo la besé la mano, había gran runfla de damas, con... bizarría; estaban la de Navarréns, doña Tomasa Salvá, doña Hipólita Fúster, y otras de esta data; consoléme de que no me respondió palabra, ni aun saludándole y dándole la norabuena y bienvenida, etc., con que lo mismo fue con todos, según me dijo la Salvá, y añadió que las sacaron una agua muy turbia, con dos bizcochos. Las libreas son famosas; el Duque, galán; su hermano don Diego, bizarro, que no parece su hermano, con que digo harto. Ruy Gómez, que aún es mejor mozo, no quiso venir; dicen que no le dejan sus bizarrías. Salieron a recibir al Duque muchos de los gordos; entró con cuatro carrozas, dos literas, ocho galeras y muchas acémilas; serían cargadas de borra porque ellas no traen cosa, ni la han dado, sino esperanzas. Esto en cuanto al Duque, nuestro amigo.

El Gobernador está en Calatayud; fue a sosegar un motín que se levantó por causa de desaire de no haberles dado ni obispo ni cátedras, y dicen que los de Tarazona, en triunfo de la victoria, sacaron un obispo de paja, y lo quemaron, diciendo: "Judíos de Calatayud, ¡socorred a nuestro obispo,

que se quema!". Con esto, y otras cosas, se alborotó Calatayud, fuese falso o no, y quemaron las puertas a cuatro casas de allí mismo a la del Obispo, y no fue más la quema porque acudió la justicia y atajó el daño; tiraron un carabinazo a don Pedro Zapata, porque decían no había ayudado; al fin, un pueblo sin cabeza, ¿qué razón puede tener? Ha sosegado con ir el Gobernador y haber hecho cuerpo de guarda con la del Reino en la plaza de la Iglesia Colegial y rondar la justicia todas las noches.

Las inquietudes de Zaragoza se han sosegado con echar fuera los dos Jonases, digo los dos lugartenientes Vargas y Pallas. Salían llorando la pobre doña Jacinta sin remedio. Dan prisa los diputados al Justicia haga el terno; diéronle cuatro días, según fuero; hanse pasado sin hacerle, con que en Cortes dicen le pueden deponer por ello, pero muy lejos está el Rey de venir a ellas.

Hay gran paso de hechiceras. Dicen hierve la Inquisición, y que llamaron una señora condesa y otras sus discípulas, y hay quien dice hemos de ver con coraza algunos moños, especialmente de una que se ruge mató a Estanga, el Juez Encuestos. Pero yo digo que no había menester otro hechizo que sus pocos años y muchos siglos de hermosura. Suceden altísimos pasos de comedia.

Mi señora doña Bernarda andaba el otro día rodando por nuestra Iglesia, buscando quien la quisiese confesar, que no está Fernández; emprendióme (?) a mí el gentil hombre, y yo le remití el hermano sacristán que absuelve las chiquillas; cada día malpare, y unos niños como unos ángeles, y uno con zapatos y todo. Estos días fue la gran fiesta de Morlofa, sólo que fue en sábado, conque no hubo carne ni pescado. Conocí yo la poca solemnidad, en que el otro día, muy de mañana, estuvieron en casa los predicadores y confesores que fueron allá.

Ya no se juega en casa el virrey, ni creo hay qué jugar. Los toros son al otro día de San Bartolomé. Dicen salen a rejonear Pueyo, Cortés, y no sé qué otros. Previénense grandes galas y meriendas.

Doña Isabel Morlones creo se irá al Cielo, a ver mejores

fiestas. Está ya con la Santa Unción, y su cuñada, doña Antonia Guerrero, ha amanecido preñada de diablos, que no se usa cosa, mas hay conjuradores de todas Órdenes. La de Navarréns se paraliticó el otro día de todo un lado. Esto ha sacado de los remedios para la fecundidad, con que me dicen se van remediando. El de villar ha andado famoso con su judicatura, que ha sido uno de los judicantes y el más crudo, que le tiemblan los ministros. Viénele mal para su virreynato, que pretende no sé dónde.

De guerras, siempre prosiguen las malas nuevas, con que nos entretienen con la recuperación de Solsona; don Juan no obra cosa; la armada de Nápoles. Milán está invadido del Príncipe Tomás y del de Módena, y dicen estarán a dos leguas de la ciudad. Caracena dice que este año él lo defenderá, pero que el que viene, que se busquen. Nápoles, de mala data, porque el virrey está muy desacreditado; ha temido la nobleza con la plebe y la ciudad, por la hecha del de Veragua y el hijo del de Castrillo, cuando hirieron al Duque de Andría, que dicen morirá, por tenir herido el pulmón y escupir sangre. Temen, con esta ida de la armada de Tolón, que no haya algún mal suceso. En Flandes se perdió Landresi, y el enemigo ha sitiado a Chapela. Volvió el rey a la Fera, y la Reyna donde siempre se estuvo, Maurini. Este rey de Francia dicen nos ha de dar mucho en qué entender, más yo creo que no, porque antes estará todo perdido. De Cádiz escriben cómo el Inglés se está en el cabo de San Vicente esperando la flota y engañándonos, porque, armando allí veinte galeones para salirla a socorrer, envió a decir a su General Blaque que no tenían que inquietarse, que él no haría hostilidad alguna; viendo que no se le acababa de dar crédito, ha intentado quemarla.

En la India se ha apoderado de la isla de Santo Domingo la otra armada inglesa de Pene. Créese que la flota está a salvo en algún puerto, aguardando seguridad, conque no vendrá hasta Navidad, cuando el mal tiempo haya echado a las armadas inglesa, y a todo esto no se atreve España a romper con el Inglés, viéndose con tantos enemigos. De suerte que no hay otra nueva de consuelo en España sino el estar preñada la reina y pasar adelante con ello. No cesan las comedias y

fiestas, y, cuando se volvían los reyes a Palacio por los excesivos calores, dijo la reina: "¡Ya volvemos al calabozo!"

El Archiduque Leopoldo Ignacio fue coronado ya rey de Hungría. Ahora tratan de coronarle de Bohemia, y después Rey de Romanos. El Emperador está fuera de Viena, porque se está abrasando de peste. Murió la emperatriz vieja y ha dejado heredero al Archiduque de Flandes Leopoldo, que era su hijo, y el Emperador entenado. También murió la reina de Suecia, mujer de Gustavo el Bravo, y la enterraron en su sepulcro, y las almas juntas en el infierno. Su hija Cristina siempre se está en Bruselas; no acaba de volverse católica. El rey de Polonia, invadido por el sueco, con todo se defiende. Los venecianos, victoriosos contra el turco, cogiéronle la isla del Volo, donde tenía sus magacenes, de municiones y víveres. Aprecian el daño, con artillería, etcétera, en más de cuatro millones.

Hoy ha llegado nueva que han muerto sobre Solsona al hijo de nuestro virrey don Antonio Pinatelo, que estaba allá capitán de caballos; poco, pues, que pretendió y anduvo por esta compañía. Ya había corrido voz estaba prisionero, y al cabo se ha verificado de la muerte.

Muy buenas están las horas, y agradezco mucho la décima, que está muy ingeniosa. Sólo que el asunto no es *El confesor,* sino *El comulgador,* y querría remitir uno a Vm., sino que no sé por dónde, y así Vm. me avise cuando hubiere algún portador, etcétera.

No viene cosa nueva de libros de Madrid ni de otras partes. Todo está apurado, así como el dinero. Guárdeme Dios a Vm. como deseo para mandarme. Al Sr. amigo Ram., muchas saludes, etc. Zaragoza, 19 de agosto de 1655.

De Vm. quien su m. b.,
BALTASAR GRACIÁN.

Ahora me cuentan la refriega de Solsona, que entramos la plaza por fuerza, que nos mataron muchos, y dicen sería de tocavoz; otro sobrino del virrey queda estropeado, pero del enemigo dice pereció casi toda la gente.

Amigo y Sr. don Francisco de la Torre.»

XXIII

ZARAGOZA, 16 DE SEPTIEMBRE DE 1655, A DON FRANCISCO DE LA TORRE Y SEVIL

«*Pax Christi,* etc.

Dos me dieron juntas de Vm. porque estuvo Olmos fuera, y así hago relación a las dos. Tenemos una gran tragicomedia. En un día cayeron enfermos don Gerardo la Torre, mi señora doña Leonarda y mi señora doña Josefa; el primero, de tabardillo, tan apretado, que se llegó a la unción; está ya mejor, aunque no del todo fuera de peligro. Dio al hospital luego mil cahíces de trigo. Los momos dicen fue por una restitución; será levantamiento de cuentas. Dijéronse más de tres mil misas a tres sueldos, y a nosotros nos dejará mil cahíces de cebada. Ésa no ha venido luego, y así no sé cuándo vendrá; ya decían: "como a bestias a los Padres". Fue efecto de Fernández, que ha adolecido de asistirle, y ya está de mejoría. Doña Leonarda, de su preñado fantástico, acompañado de un millón de melindres. Doña Josefa, del mismo letargo que don Gerardo, está ya convaleciente. Fue muy célebre el testamento, porque había grandes legados, etc.; pero de dos tahúres no se acordaron, ni creo que los nombraba, como ni yo se los nombraré a Vm., y aseguro que al uno lo quisiera hacer su hermano, sino que él mismo se desayudó, etcétera. Son cosas de alta consideración. Hasta aquí esta tragicomedia.

Entre los toros, toreó a lo bravo don Francisco Pueyo, rompió muchos rejones con dos toros; dicen entró casi espantado; prueben ellos, que dejó presto la palestra; mandáronselo, porque, pues había andado bueno, no se echase a perder. Su padre anduvo el día antes por todos los conventos, y esto le echó a perder. Hubo dos millones de gente, casi todo el reino; dícenme se gastaron más de dieciséis mil ducados. Ahora hay otros de la cofradía de San Juan, pero no tan célebres. Serán dentro de diez días. Antes de aquéllos había seis o siete toreadores: el de Cortés, o sea el hijo de Ariza, y no sé qué otros, pero al día no parecieron.

De la Corte dicen salió un pasquín, en que decían: "Quien se hubiere hallado el juicio de don Luis, que no parece, se le dará de hallazgo la Monarquía." Todo va de malo en peor, porque de Cataluña dicen está sitiado Palamós con veintiocho navíos, y por tierra, y por eso se ha retirado el enemigo de acá hacia el campo de Urgel, y es tal nuestra flaqueza y falta de gente y de todo, que cualquiera plaza que sitiase se la llevara.

En Flandes, peor: el Rey de Francia, con treinta y dos mil hombres, es señor de la Campaña. Entró por Enau, Brabante, Cambray, etc., y todo lo corre y tala y saquea. Tomó a Condé y otra plaza después de Landresi. Nuestra gente anda de acá para allá, haciendo lo que se puede, que es harto poco.

En Italia, Pavía muy apretada del sitio que le pusieron el P. Thomas, General del Francés, y el de Módena; han tomado un arrabal, y tenían ya una media luna. Llegó la armada de Nápoles, y echaron en tierra hasta mil quinientos infantes, y Caracena anda pensando lo que puede para socorrer. De suerte que en todas partes nos quiebran la cabeza.

Sólo la armada que salió de Cádiz: treinta y cuatro bajeles con ocho mil hombres, y aun sobraron otros cuatro mil; de modo que por favor se embarcaron (¡qué cosa es pagar bien!); esta armada, pues, que se armó a costa de los hombres de negocios, llegó a vista de la goleta de Blaque, con orden de pedirle los pliegos del aviso de nuestra flota que había tomado, e intimarle se fuese luego de estos mares, pero el Inglés, que sabía nuestro gran poder y resolución, se huyó luego a las costas de África, y la nuestra tomó el cabo de San Vicente, para convoyar la flota que dicen se creen vendrá por todo septiembre, y si no, que no partirá de allá hasta el invierno muy entrado, para asegurarse, y que vendrá acá por Navidad, y, hasta que ella venga nos irá mal, que no hay un real, y ése que hay se gasta en comedias y tramoyas.

Los venecianos han tenido una gran victoria ahora nuevamente de la armada otomana a los Dardanelos. Es cosa grande, porque les han tomado muchas galeras, navíos, y degollado seis mil turcos, y muchos prisioneros.

El Papa ha dado licencia de que pase la caballería de Nápoles al socorro de Milán por el Estado bit[9] Nápoles está har-

to inquieto por la muerte del Duque de Andría, que hirieron los españoles.

El Duque de Mantua también ha falseado, porque está en Francia, y del Casal vienen los convoyes al enemigo sobre Pavía; no hay otro de consuelo, sino que el preñado de la reina va muy adelante y felizmente.

A don Martín de la Nuza han dado ya licencia de escribir a su mujer y padres. A la Duquesa de Maqueda quiso un esclavo robar diez mil doblones que tiene para la boda de su hijo; cogiéronle, y él, con su espada, rodeado de alguaciles, hizo tanto estrago en ellos como en los doblones.

Faltó el pan, cuando hay tanto y tan barato en la panadería del rey, y dando memorial a su majestad que las cédulas no eran seguras, porque las mejores se llevaban los ministros, respondió: "Dejad a esos pobres viejos que se desvelan en sustentarme la monarquía."

Ahora trataron de vender el trigo que tiene el rey en Cataluña en la proveeduría, para sacar algún dinero y pagar algo a los Cobos y al señor don Juan.

A los lugartenientes Vargas y Pallas les ha hecho renunciar su Majestad las plazas, conque se comienza otra cansera, porque si vienen los que proveerán con este título menos de que a los otros los han depuesto, no les darán la jura. A Vargas le han dado una plaza en Cataluña, y mil escudos a un hijo suyo. A Pallas, otra plaza en Cerdeña.

Doña Francisca Amigo parió un hijo, que son muy solemnizados en tiempos tan estériles. Un día de éstos llegará doña Hipólita de Aragón de los Sayos; ha puesto su casa con muchos balcones.

El virrey, muy melancólico con la muerte de su hijo don Antonio Pinatelo, que le mataron en lo de Solsona, y le hirieron el sobrino, don Francisco Pinateli.

Estoy esperando un día de éstos a don Vincencio Lastanosa.

Remito a Vm. un par de libritos del *Comulgador;* uno para Vm. y otro para el amigo señor arcipreste Ram. El lugar de Sexto Aurelio he mirado. No hay hombre que lo declare, ni he hallado en Erasmo y Manucio tal adagio. Paulo Diacono lee *Trocala* en lugar de *Tracala,* pero no explica. Él es nombre pro-

pio del que repartió su vida tan mal, y se le aplicó al César. Cuando el Padre Escoto no lo declara, es inapelable; otro he visto, y tampoco lo declara. *Tracalus* orador trae Quintiliano, libº I, cap. I. Ello, como digo, es alusión a aquel perdido *Tracala*. Acá decimos *Tricala, Tracala,* al que habla con trápala, etc.

Al amigo y señor arcipreste, muchas saludes. Vm. me mande. Zaragoza, 16 de septiembre de 1655.

De Vm. q. s. m. b.,
BALTASAR GRACIÁN.

Amigo y Sr. D. Francisco de la Torre.»

XXIV

ZARAGOZA, 21 DE OCTUBRE DE 1655, A LASTANOSA

«Aquí prosiguen las maldades. Ayer ahorcaron un salteador y violador de mujeres. El otro día degolló un soguero del mercado a su mujer porque se había ido con un criado del virrey y otro cerero llamado Villela, y él fue muerto a puñaladas.

El rey de Francia en París prosigue o comienza los amores de madama Monisni, la sobrina de Mazarino. Regálala muchas veces con meriendas, cenas, bailes y la lleva en su trineo de un solo caballo tirado, y el rey mismo es el cochero. Todos dicen pretende Mazarino casarla con el rey, siendo nieta de un sombrerero; ahí sí que revolvería la Francia.»

OTROS ESCRITOS

DEDICATORIA DE BALTASAR GRACIÁN, QUE FIGURA AL FRENTE DE LA OBRA *PREDICACIÓN FRUCTUOSA*, DEL P. PEDRO JERÓNIMO CONTINENTE, ZARAGOZA, 1652

Al ilustrísimo señor don Esteban Esmir, obispo de Huesca, del Consejo de su Majestad, etc.

El apostólico celo de salvar almas que movió al P. Jerónimo Continente, de nuestra Compañía de Jesús, a estampar estos Sermones tan llenos de fervor y espíritu le obligó con igual acierto a dedicarlos a la Pastoral solicitud, que siempre en V. S. I. ha resplandecido, de la salud y aprovechamiento de su rey, como se ha visto en llevar en todas las visitas predicadores apostólicos y doctos Confesores de nuestra Compañía, y dando V. S. I. por su misma mano en cada pueblo, el Pan que bajó del Cielo a sus ovejas, con gran consuelo y edificación de sus almas. Pero donde esta caridad paternal y ardiente celo más se ha mostrado ha sido en la ocasión presente del lastimoso contagio que tanto aflige hoy a la ciudad de Huesca y otros pueblos de la diócesis, pues cogiéndole a V. S. I. esta calamidad ausente de su Iglesia, y empleado en una obra de tanta gloria del Señor, como fundar en la antigua, noble y populosa villa de Graus (más dichosa, ya por ser patria de V. S. I.) un Colegio de la Compañía de Jesús, para que sea plaza de armas espiritual en misiones, doctrinas, escuelas y todo género de enseñanza a la Ribagorza, al reino de Sobrarbe y montañas de Aragón; al primer aviso que V. S. I. tuvo de que había entrado la peste en Huesca, dejando a Dios por Dios, se partió para allá y metiéndose de medio a medio en aquel contagioso incendio, de donde todos huían, cumple a la letra V. S. I. el oficio del

Pastor bueno; aquí paternalmente vigilante, sin descansar un punto de día y de noche, acude al remedio espiritual y temporal de ese trabajado rebaño con los Sacramentos, oraciones continuas, procesiones, gruesas limosnas, medicinas, y con todo género de consuelo, asistiendo y confortando a todos los estados, a la Iglesia, a la ciudad, a los conventos y hospitales, renovando con gloriosa imitación la siempre celebrada caridad de los Gregorios, en Roma, y de los Borromeos, en Milán, que sólo Dios puede premiar, lo que nosotros no ponderar. Reciba V. S. I. en tan buena sazón esta *Predicación fructuosa,* obra póstuma de su autor, a quien antes de acabar de estamparla premió el Señor con su gloria; merecedora es por mucho espíritu del patrocinio de tan gran celo, y guarde nuestro Señor y premie tan ejemplar vida, empleada en darla a tantos.

Humilde Capellán de V. S. I. que su mano besa, BALTASAR GRACIÁN, de la Compañía de Jesús.

APROBACIÓN DE BALTASAR GRACIÁN A LA *CORONA ETERNA* DEL P. MANUEL ORTIGAS, S. J. (ZARAGOZA, HEREDEROS DE PEDRO LANAJA Y LAMARCA, 1651)

He visto este libro del P. Manuel Ortigas, que V. M. me mandó. La materia es la más importante, y así merece la erudición y piedad con que el Autor la trata. Zaragoza, Septiembre, 7, 1650.

BALTASAR GRACIÁN

APROBACIÓN DE LORENZO GRACIÁN PARA EL *ENTRETENIMIENTO DE LAS MUSAS* DE FENISO DE LA TORRE —PSEUDÓNIMO DE FRANCISCO DE LA TORRE Y SEVIL— (ZARAGOZA, JUAN DE YBAR, 1653)

Por comisión del señor Doctor D. Diego Jerónimo de Sala, Canónigo de la Santa Iglesia de Zaragoza y Vicario General

de su Arzobispado, he leído este libro, que se inscribe *Entretenimiento de las Musas*, y pudiera añadir «delicias de Apolo, recreaciones del Parnaso y los buenos ratos del gusto y del ingenio». Confieso que tenía estos días postrado el apetito de un gran hartazgo de coplas, pero luego que comenzó a cebarse en los manjares de esta nueva «Baraja de versos», tan llenos de sales, donaires, agudezas y conceptos, de tal modo fue entrando en comer, que queda picado para otras muchas de su ingenioso Autor Don Francisco de la Torre, en quien no es novedad, sino hábito, lo ingenioso y lo discreto. Su Torre le llama Helicona, que cuando más Rimas hace, no cae, no descaece; antes se empina a herir los astros con sublime dorado chapitel. *Sublimi feriam sydera vertice.* Por ellas bebe los rosicleres del día *et primus arcano satiatur lumine Phoebi*, y, bañada de los brillantes rayos del laureado Planeta, bien merece salir a la luz de la estampa, cuando no escribe tilde contra nuestra Santa Fe, ni contra las buenas costumbres. En Zaragoza, a 12 de julio de 1654.

LORENZO GRACIÁN

APROBACIÓN DE LORENZO GRACIÁN PARA LA *VIDA DE SANTA ISABEL, INFANTA DE HUNGRÍA* DE FABIO CLYMENTE —PSEUDÓNIMO DE FRANCISCO JACINTO FUNES DE VILLALPANDO— (ZARAGOZA, DIEGO DORMER, 1655)

De orden del señor Doctor don Diego Jerónimo Sala, Canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza y Vicario General de su Arzobispado, he leído esta *Vida de Santa Isabel, Infanta de Hungría*, tan insigne en lo vivido cuan elocuente en lo escrito. Escríbela Fabio Clymente, cuya pluma, si antes voló ingeniosamente profana, ya se remonte clementemente cristiana, realzándose su grande elocuencia en el estilo, su noble elección en el asunto; y si dio ya con osado ingenio flores a la admiración, consagra hoy frutos a la devoción. Escribe de una santa desde quien se vinculó el nombre

de Isabel a las Heroicas Princesas, pasando a ser timbre del cristiano católico valor. Obligación de tan nobles plumas, no emplearse menos que en tan nobles y reales asuntos; y reconozco por otro igual acierto el dedicar a una tan esclarecida Esposa la heredada cristiana piedad de una tan ilustre madre; de suerte que con mucha razón se puede decir que un Clymente cerca está de piadoso, y el que fue tan favorecido de las Musas, ya valido de las Coronadas Santas. Deuda es la que pide por licencia, cuando en nada contradice a nuestra Santa Fe la que es prodigio de ella, ni se opone a las buenas costumbres quien nos propone tan superior ejemplar de ellas. En Zaragoza, a 16 de marzo de 1655.

LORENZO GRACIÁN

APROBACIÓN DE LORENZO GRACIÁN A *LA PERLA. PROVERBIOS MORALES* DE ALONSO DE BARROS (ZARAGOZA, DIEGO DORMER, 1656)

De orden del Señor D. D. Diego Jerónimo Sala, Canónigo de la Seo de Zaragoza y Vicario General de este Arzobispado, he visto estos *Proverbios Morales.* Su autor fue Barros, y el librito es de oro; gran argumento es de su fineza su mucha doctrina y de su estimación las muchas impresiones que se han hecho de él, que cuando muchos gustan de una cosa, mucho bueno tiene. Pero su mayor calificación son las eruditas glosas y comentos que le han hecho los mayores ingenios de España. Hele visto tener y estimar a hombres de buen gusto y entendimiento. Todos estos libros que enseñan deben preferirse a los que sólo entretienen. Éste adelanta mucho la prudencia y es antorcha del entendimiento. No tiene cosa contra nuestra Santa Fe y buenas costumbres, y así se le puede dar licencia. En Zaragoza, a 25 de abril, año 1656.

LORENZO GRACIÁN

PROFESIÓN DE CUATRO VOTOS DEL P. BALTASAR GRACIÁN

Ego, Baltassar Gratianus, professionem facio et promitto omnipotenti Deo, coram eius virgine Matre et universa caelesti curia ac omnibus circunstantibus, et tibi, R. P. Jacobo Alberto, rectori collegii gandiensis Societatis Jesu, vice praepositi generalis Societatis Jesu et successorum eius, locum Dei tenenti, perpetuam paupertatem, castitatem et obedientiam, et secundum eam peculiarem curam circa puerorum eruditionem, iuxta formam vivendi in literis apostolicis Societatis Jesu et in eius Constitutionibus contentam. Insuper promitto specialem obedientiam summo pontifici circa missiones, prout in eisdem litteris apostolicis et Constitutionibus continetur.

Gandiae, 25 die mensis iulii anni 1635, in ecclesia Sancti Sebastiani collegii Societatis Jesu.

BALTASAR + GRATIANUS

Ego, Baltassar Gratianus, professus Societatis Jesu, promitto Deo omnipotenti, coram eius virgine Matre et tota curia caelesti et coram R. P. Jacobo Alberto, rectore collegii gandiensis Societatis Jesu, locum generalis praepositi tenente, nunquam acturum quacumque ratione vel contenturum ut quae ordinata sunt circa paupertatem in Societate Jesu mutentur, nisi quando ex justa causa rerum exigentium videretur paupertas restringenda magis.

Praeterea promitto nunquam me acturum vel praetensurum, ne indirecte quidem, ut in aliquam dignitatem vel praelaturam in Societate eligar aut promovear.

Promitto praeterea nunquam me curaturum praetensurumve extra Societatem praelationem aliquam aut dignitatem, nec consensurum in mei electionem, quantum in me fuerit, nisi coactus obedientia eius qui mihi praecipere potest sub poena peccati.

Tum, si quem sciam aliquid praedictorum duorum curare vel praetendere, promitto illum remque totam manifestaturum Societati et praeposito eius.

Insuper promitto, si quando acciderit ut in praesidem alicuius ec-

clesiae promovear, pro cura quam de animae meae salute ac recta muneris mihi impositi administratione gerere debeo, me eo loco habiturum praepositum generalem Societatis Jesu, ut nunquam consilium audire detrectem quod vel ipse per se, vel quivis alius de Societate quem ad id ipse substituerit, dare mihi dignabitur. Consiliis vero huiusmodi ita me pariturum semper esse promitto, si ea meliora esse quam quae mihi in mentem venerint iudicabo, omnia intelligendo iuxta Societatis Jesu Constitutiones et declarationes.

Gandiae, die 25 mensis iulii anni 1635, in sacristia collegii Sancti Sebastiani Societatis Jesu.

BALTASAR + GRATIANUS
propria manu scripsi et subscripsi.

ANUA DE LA CASA DE PROBACIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS DE TARRAGONA DEL AÑO 1642

Ha habido este año en esta casa cuatro padres y dos hermanos coadjutores. Murió el H. Anoll en Barcelona, que fue ya de aquí muy enfermo para ver si cobraría la salud mudando de aires.

Aunque tan pocos, los frutos han sido muchos y la mies abundantísima, con la ocasión de estar aquí los ejércitos de Su Majestad Católica. Por la Cuaresma se redujeron muchos a mejor vida con las pláticas y ejemplos que se les predicaban en casa y por los cuarteles, yendo los Padres adonde estaba alojado cada tercio a contarles un ejemplo, repartiéndose por días. Muchos dejaron las amigas. Otros se confesaron que había 4 y 8 años que no se confesaban. Restituyéronse muchas cosas de iglesias saqueadas, como cálices, viriles, corporales, una Corona de la Madre de Dios y otros ornamentos sagrados.

Al Hospital se ha acudido frecuentemente con grande fruto, contándoles ejemplos y visitando los soldados enfermos, que han sido muchos.

No sólo en lo espiritual, sino en lo corporal, se les ha ayudado a los pobres soldados, que perecían de hambre hasta comerse los caballos muertos. Ha sido, pues, continua la limos-

na, y al paso que se les daba el Señor nos multiplicaba la cosecha de la cuesta y otras limosnas que venían de los naturales.

La víspera de la Madre de Dios de septiembre, estando alojado todo el ejército de Su Majestad en las campañas, que era de 15 mil infantes y 5 mil caballos, fueron dos Padres, y de tercio en tercio los fueron convidando para el día de la Virgen siguiente que se confesasen, y acudieron muchos, con grande edificación y provecho y necesidad de sus almas.

El mismo general, Marqués de Torrecusa, todas las veces que había de salir a campaña, se venía a confesar y comulgar a casa, dando ejemplo a sus soldados, que muchos le seguían, especialmente los cabos y señores.

Lo mismo fue de la Armada de Su Majestad Católica en que venía el Señor Príncipe de la Mar con 34 galeras y 60 galeones, que salieron los más a confesarse y comulgar en nuestra casa, así de los señores florentines como españoles, dando ejemplo, de los primeros, el señor D. Melchor de Boya, comulgando muy a menudo en nuestra iglesia y trayendo a otros muchos señores.

Hase mostrado grandemente lo que estima el Señor nuestros ministerios, y el hacerse gratis lo que gratis se recibió de su divina mano, que, habiendo sido destruidas cuantas huertas hay y campos en Tarragona y su término, así de religiosos como de seglares, sin quedar cosa que se cultive, sola nuestra huerta de casa se ha conservado sin faltar un árbol ni una planta, de que vivimos, que no ha quedado otra renta por ahora.

Hase acrecentado lo temporal con la muerte de Nofre Morell, insigne bienhechor de esta casa y muy devoto nuestro, que nos ha dejado toda su hacienda, que valdrá pasados de 30 mil escudos, y aun fueran 40 mil si no fuera la revolución de los tiempos y alteraciones de Cataluña. Fue Nofre Morell siempre muy ejemplar caballero; congregante muy fervoroso, comulgaba cada fiesta; estando para morir y pidiendo le llamasen al P. Vice-rector de esta casa para confesarse, dijéronle algunos que le asistían se confesase con un clérigo seglar, que estaban cerradas las puertas de la ciudad y los rastillos; él respondió: «Llámenme a los de la Compañía, que pues he vivido toda mi vida con ellos, con ellos quiero morir.» Y así le

cumplió el Señor sus deseos, asistiéndole de noche y de día los de casa; y, estando para espirar, decía: «Padre, que no tengo fervor, que no me siento con aquel amor al Señor que yo quisiera.» Dio su alma al Señor a 26 de noviembre de 1642, y fue enterrado en nuestra iglesia, en la capilla mayor.

Estas Obras Completas, en dos tomos,
de Baltasar Gracián
fueron compuestas en los talleres de Cromotex (Madrid).
Se ha utilizado papel fabricado especialmente por
Tervakoski Oy (Helsinki).
La encuadernación se hizo en los talleres
de Hermanos Ramos (Madrid).
Se acabó de imprimir en la Stamperia Valdonega (Verona),
el 11 de mayo de 1993.